Los que susurran

La represión en la Rusia de Stalin

Orlando Figes

Orlando Figes, el aclamado autor de *La Revolución rusa* (2000) y *El baile de Natacha* (2006), narra en este libro las vidas de la gente de a pie en la Rusia de Stalin, donde todos temían hablar en exceso y donde la sociedad tomó por costumbre comunicarse en susurros, a veces para proteger a familiares y amigos, y en otros casos para traicionarlos.

Un lugar y una época en los que el joven obrero pasaba información a su superior para mantener su empleo, un marido para desembarazarse de su amante, un vecino por una insignificante cuestión de envidias. Una sociedad en la que llevar una doble vida se convirtió en lo habitual. En esta soberbia obra, Orlando Figes da voz por primera vez a esos silenciosos supervivientes, tras un monumental trabajo, investigación y documentación, en un libro, simplemente, arrebatador.

«Uno de los libros más inolvidables que haya leído nunca». Simon Sebag Montefiores, *Mail on Sunday*



Orlando Figes

LOS QUE SUSURRAN

La represión en la Rusia de Stalin

ePub r1.1
Titivillus 01.07.18
EDICIÓN DIGITAL

Título original: *The Whisperers*
Orlando Figes, 2007
Traducción: Mirta Rosenberg
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2
Edición digital: ePubLibre, 2018
Conversión: FS, 2020





A mi madre, Eva Figes (nacida Unger, Berlín, 1932),
y en memoria de la familia que perdimos.

Mapas y árboles genealógicos

Unión Soviética Noreuropea

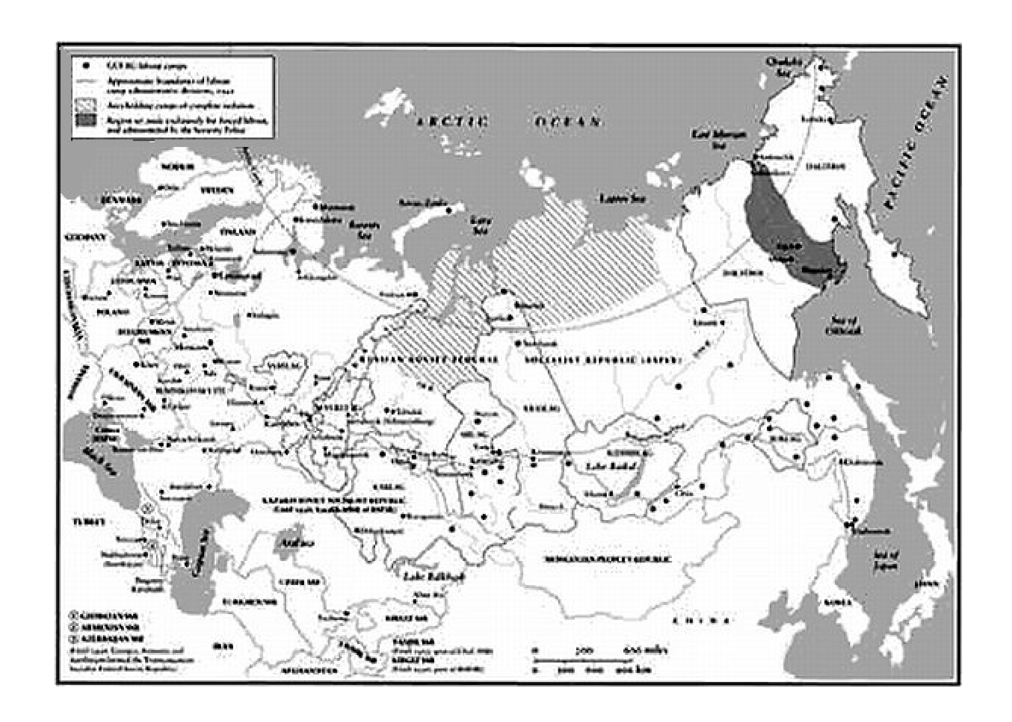
Unión Soviética Sureuropea

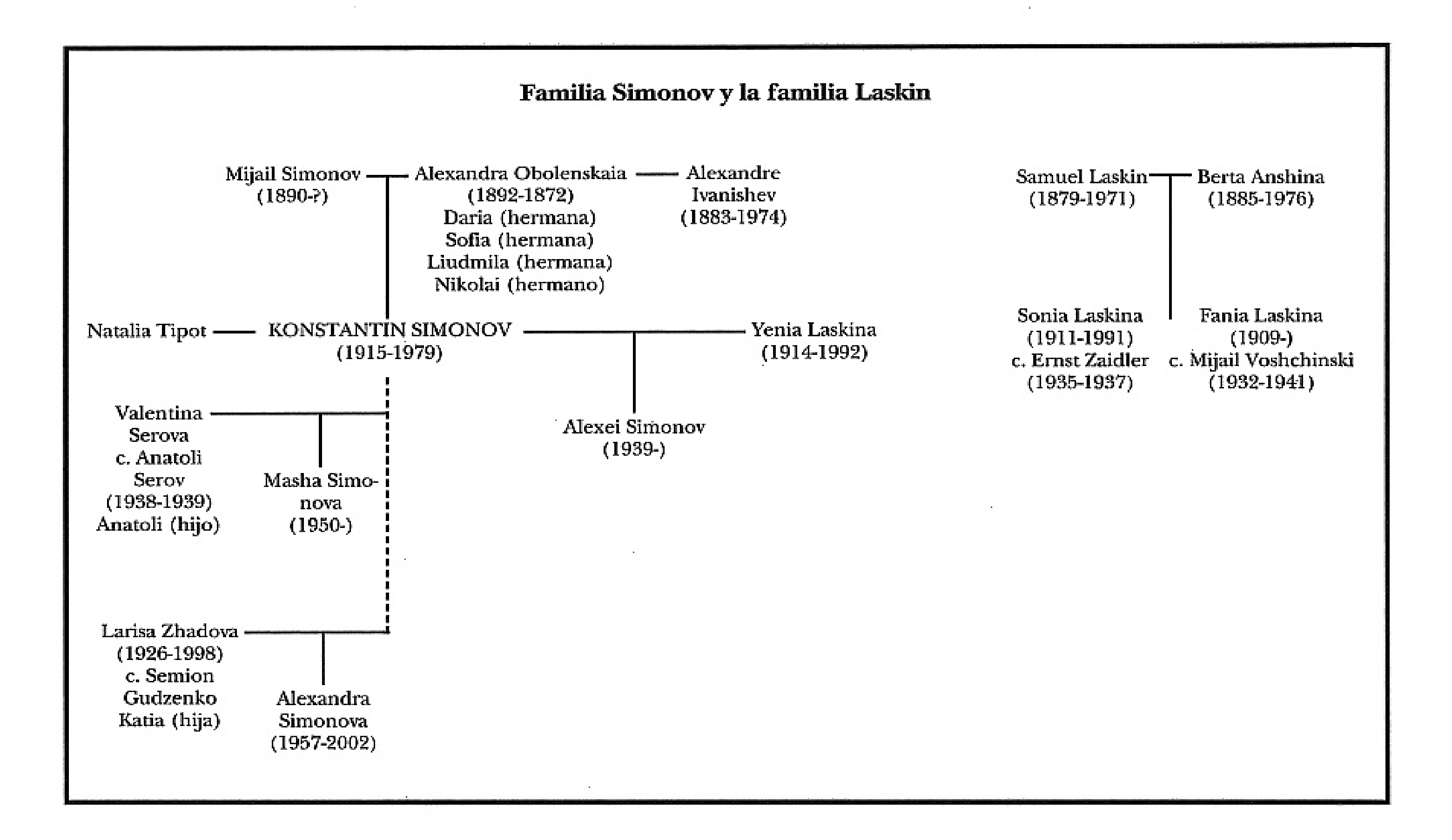


Siberia Central y Occidental

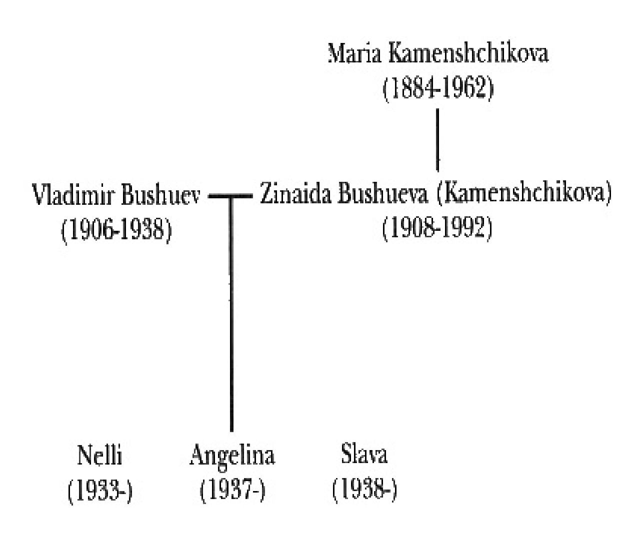


Siberia Oriental

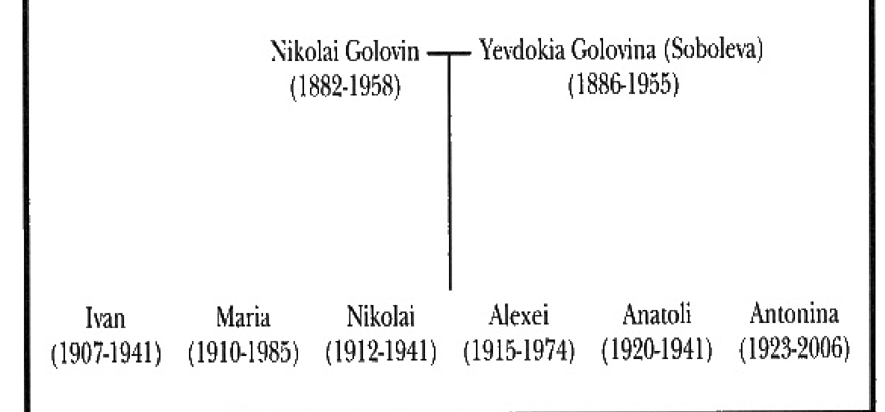

ARCTIC OCEAN
PACIFIC OCEAN
Laptev Sea
Lake Baikal
Lake Balkhash
Sea of Japan
KOREA
TURKEY


Familia Simonov y la familia Laskin
Mijail Simonov
(1890-?)
Alexandra Obolenskaia
(1892-1872)
Daria (hermana)
Sofia (hermana)
Liudmila (hermana)
Nikolai (hermano)
Alexandre
Ivanishev
(1883-1974)
Samuel Laskin
(1879-1971)
Berta Anshina
(1885-1976)
Natalia Tipot
KONSTANTIN SIMONOV
(1915-1979)
Yenia Laskina
(1914-1992)
Sonia Laskina
(1911-1991)
c. Ernst Zaidler
(1935-1937)
Fania Laskina
(1909-)
c. Mijail Voshchinski
(1932-1941)
Valentina
Serova
c. Anatoli
Serov
(1938-1939)
Anatoli (hijo)
Masha Simo-
nova
(1950-)
Alexei Simonov
(1939-)
Larisa Zhadova
(1926-1998)
c. Semion
Gudzenko
Katia (hija)
Alexandra
Simonova
(1957-2002)

Familia Bushuev



Familia Golovin



Familia Fursei-German

Anastasia Fursei
(1872-1957)

Nikolai Fursei — Vera German
(1897-1942) (1901-1942)

Iosif Goldenshtein — Nelli Goldenshtein
(1901-1978) (1903-1982)

Georgi
(1933-)

Marianna
(1937-)

Familia Golovnia-Babitski

Dmitri Golovnia — Lidia Petrakis

Anatoli Golovnia — Liubov Ivanova — Boris Babitski
(1900-1982) (1905-1983) (1900-1938)
Polina (hermana)
c. Vera Nikiforovna
Volik (1925) (hijo)

Oksana
(1927-1995)

Alexei
(1936-)

Familia Konstantinov

Elena Lebedeva
(1879-1968)

Alexandre Konstantinov
(1895-1937)

Liudmila Lebedeva
(1903-1992))

Alexandre Yefimov
(1899-1971)

Elena
(1925-)

Natalia
(1927-)

Familia Nizovtsev-Karpitskaia

Piotr Nizovtsev
(1893-1937)

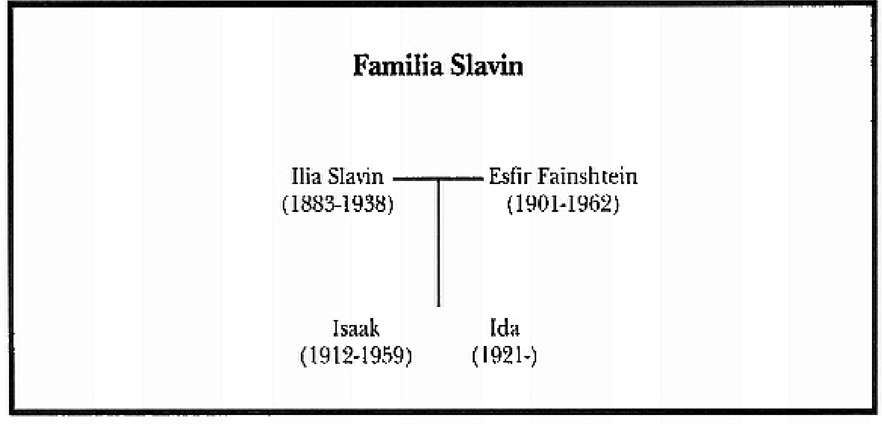
Anna Karpitskaia
(1900-1937)

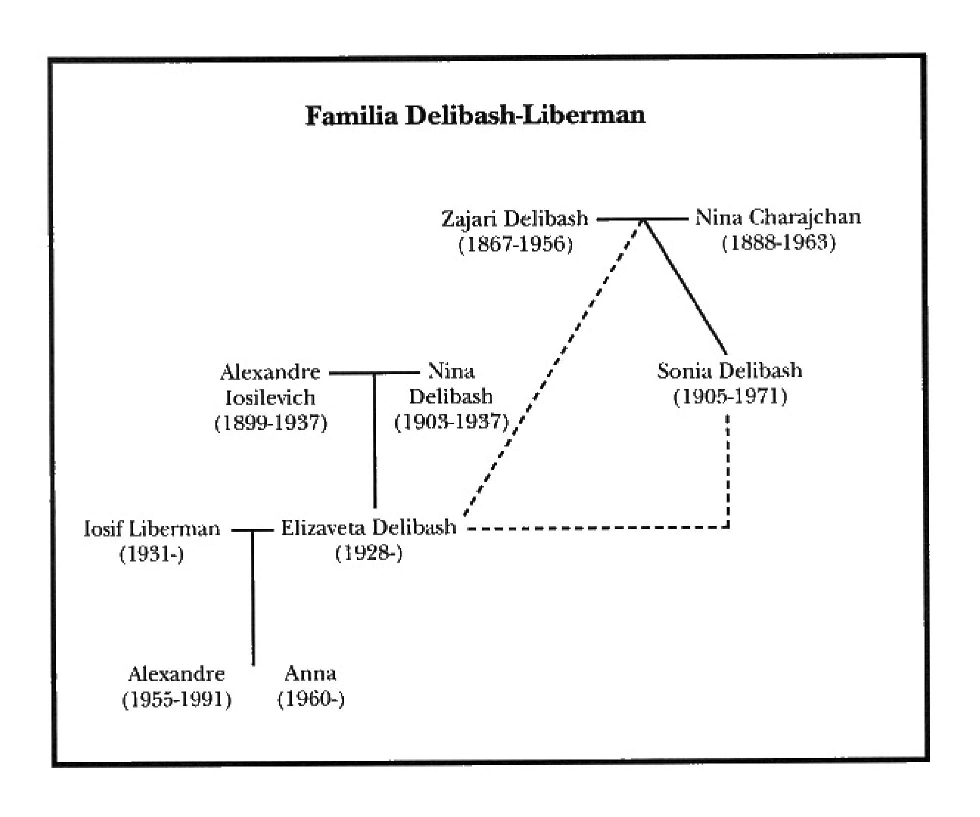
Mijail Sizov
(1898-1981)

Alexei
(1927-)

Vladimir
(1932-?)

Marksena
(1923-)




Familia Delibash-Liberman
Zajari Delibash
(1867-1956)
Nina Charajchan
(1888-1963)
Alexandre
Iosilevich
(1899-1937)
Nina
Delibash
(1903-1937)
Sonia Delibash
(1905-1971)
Iosif Liberman
(1931-)
Elizaveta Delibash
(1928-)
Alexandre
(1955-1991)
Anna
(1960-)

Introducción



Antonina Golovina, 1943

Antonina Golovina tenía ocho años cuando fue deportada, junto con su madre y dos hermanos menores, a una «colonia especial» de exilio penal en la remota región de Altai, en Siberia. Su padre había sido arrestado y sentenciado a tres años en un campo de trabajo por su condición de *kulak* o campesino rico, durante la colectivización de la aldea del norte de Rusia donde vivían, y desde entonces la familia había perdido su casa, las herramientas agrícolas y el ganado, que pasaron a ser propiedad de la granja colectiva. La madre de Antonina sólo tuvo una hora para empaquetar sus últimas pertenencias antes del largo viaje a Siberia. El hogar en que los Golovin habían vivido durante generaciones fue destruido, y el resto de la familia se dispersó: los hermanos y hermana mayores de Antonina, sus tíos y tías, huyeron en todas direcciones para evitar ser arrestados, pero la policía los

atrapó a casi todos y también fueron exiliados a Siberia, o enviados a trabajar a los campos del Gulag, y muchos desaparecieron para siempre.

Antonina pasó tres años en la «colonia especial», un campo de explotación forestal con cinco barracones de madera situados junto a un río, donde fueron alojados mil *kulaks* con sus familias. Dos de los barracones fueron sepultados por la nieve el primer invierno, y muchos de los prisioneros tuvieron que vivir en hoyos excavados en la tierra helada. No recibían aprovisionamiento, ya que la colonia estaba aislada por la nieve, por lo que la gente tuvo que vivir de los alimentos que habían traído de sus granjas. Murieron tantos de hambre, de frío y de tifus, que muchos no pudieron ser sepultados; sus cadáveres fueron apilados al aire libre para que se congelaran hasta que llegara la primavera, cuando por fin los arrojaron a las aguas del río.

Antonina y su familia volvieron del exilio en diciembre de 1934, y, tras reencontrarse con el padre, se instalaron en una vivienda de una sola habitación en Pestovo, una ciudad colmada de ex *kulaks* y sus familias. Pero el trauma que la niña había sufrido dejó una marca en su conciencia, y su herida más profunda era el estigma de sus orígenes *kulak*. En una sociedad en la que la clase social era lo más importante, Antonina fue señalada como «enemiga de clase», condición que le vedaba la educación superior y muchos empleos, y que la hacía vulnerable a los arrestos en las oleadas de terror que arrasaron el país durante el «reinado» de Stalin. Su sentimiento de inferioridad social le infundió «cierto miedo», como ella misma lo describe, de que «por ser *kulaks* el régimen pudiera hacernos cualquier cosa, porque no teníamos derechos y debíamos permanecer en silencio». Tenía demasiado miedo para defenderse de los niños que la acosaban en la escuela. En una ocasión, uno de sus maestros

la maltrató ante la clase, diciendo que «los de su clase» eran «enemigos del pueblo, miserables *kulaks*. Sin duda merecéis la deportación… ¡y espero que todos seáis exterminados allí!». Antonina se rebeló ante la profunda injusticia y, encolerizada, deseó gritar su protesta. Pero un miedo aún más profundo la acalló.[1]

Este miedo acompañó a Antonina toda la vida. Y la única forma que encontró de vencerlo fue integrándose en la sociedad soviética. Antonina era una joven inteligente con un profundo sentido de su individualidad. Decidida a superar el estigma de su nacimiento, estudió con dedicación para conseguir algún día ser aceptada socialmente como una igual. A pesar de la discriminación, destacó en sus estudios y gradualmente ganó confianza. Incluso se unió al Komsomol, la Liga de la Juventud Comunista, cuyos líderes soslayaron sus orígenes *kulak* porque valoraban su iniciativa y su energía. A los dieciocho años, Antonina Golovina tomó una audaz decisión que determinó su destino: ocultó su origen *kulak* a las autoridades soviéticas —una estrategia del alto riesgo— e incluso falsificó sus documentos para inscribirse en una escuela de medicina. Nunca habló de su familia a ninguno de sus amigos o colegas del Instituto de Fisiología de Leningrado, donde trabajó durante cuarenta años. Se convirtió en miembro del Partido Comunista (y siguió siéndolo hasta su abolición en 1991), no porque compartiera su ideología —o al menos eso afirma ahora—, sino porque quería alejar toda sospecha de ella misma y proteger a su familia. Tal vez también sintió que su pertenencia al Partido facilitaría su carrera y aseguraría su reconocimiento y prestigio en el ámbito profesional.

Antonina ocultó su pasado a sus dos esposos, con cada uno de los cuales vivió durante más de veinte años. Su primer

marido, Georgi Znamenski, era un amigo de toda la vida, pero rara vez hablaban del pasado de sus familias. En 1987, Antonina recibió la visita de una de las tías de Georgi, quien insinuó que su sobrino era hijo de un oficial naval zarista ejecutado por los bolcheviques. Sin saberlo, Antonina había estado casada todos esos años con un hombre que, al igual que ella, había pasado la juventud en campos de trabajo y «colonias especiales».

El segundo marido de Antonina, un estonio llamado Boris Ioganson, también venía de una familia de «enemigos del pueblo». Tanto su padre como su abuelo habían sido arrestados en 1937, aunque ella no lo descubrió ni le contó nada sobre su propio pasado oculto hasta principios de la década de 1990, cuando, alentados por la política del *glastnost* de Mijail Gorbachev y por las abiertas críticas de los medios a la represión estalinista, ambos empezaron finalmente a sincerarse. Antonina y Georgi también aprovecharon esa oportunidad para revelar sus historias secretas, que se habían ocultado mutuamente durante más de cuarenta años. Pero no le dijeron nada a su hija Olga, que era maestra, porque temían un contragolpe comunista y pensaron que la ignorancia la protegería en caso de que los estalinistas recuperaran el poder. Sólo gradualmente, a mediados de 1990, Antonina superó su miedo y reunió el coraje necesario para contarle a su hija sus orígenes *kulak*.

Los que susurran revela las historias ocultas de muchas familias como los Golovin, y en conjunto iluminan, como nunca antes, el mundo íntimo de los ciudadanos comunes del Soviet bajo la tiranía de Stalin. Muchos libros describen las características externas del Terror —los arrestos y juicios, la esclavización y las matanzas—, pero *Los que susurran* es el primero que explora en profundidad su incidencia en la vida personal y familiar. ¿Cómo vivía el pueblo soviético su vida

privada durante los años de Stalin? ¿Qué pensaban y sentían realmente aquellas personas? ¿Qué clase de vida privada era posible en los atestados apartamentos comunitarios en los que vivía la gran mayoría de la población urbana, donde cada cuarto era compartido por una familia entera y con frecuencia por más de una, y donde las conversaciones podían escucharse en la habitación contigua? ¿Qué significaba la vida privada si el Estado incidía en casi todos los aspectos de aquélla por medio de leyes, vigilancia y control ideológico?

Como Antonina, millones de personas vivían en una situación de miedo constante porque sus familiares habían sufrido la represión. ¿Cómo reaccionaban ante ese sentimiento de inseguridad permanente? ¿Qué clase de equilibrio podían establecer entre sus naturales sentimientos de injusticia y alienación del sistema soviético y su necesidad de encontrar un lugar dentro de ese mismo sistema? ¿Qué reajustes tuvieron que hacer para superar el estigma de su «arruinada biografía» y ser aceptados como iguales por la sociedad? Al reflexionar sobre su vida, Antonina dice que en realidad nunca creyó en el Partido ni en su ideología, aunque evidentemente se enorgullecía de su estatus de profesional soviética, lo que implicaba la aceptación de los objetivos y principios básicos del sistema en su desempeño profesional. Tal vez llevaba una doble vida, transigiendo a las exigencias de las normas soviéticas en su vida pública, pero sin dejar de sentir, en su vida privada, el mandato de los valores campesinos y cristianos de su familia. Muchas personas vivían esa dualidad en la sociedad soviética. Hubo muchos niños *kulak*, por no hablar de los nacidos en familias de orígenes nobles o burgueses, que rompieron completamente con su pasado y se sumergieron, ideológica y emocionalmente, en el sistema soviético.

El escenario principal de *Los que susurran* es la esfera

moral de la familia. El libro explora la manera en que reaccionaron las familias entre las diversas presiones del régimen soviético. ¿Cómo lograron preservar sus tradiciones y creencias, y transmitírselas a sus hijos, si sus valores estaban en conflicto con la moral y los objetivos públicos que el sistema soviético inculcaba a las generaciones más jóvenes en las escuelas y en instituciones como el Komsomol? ¿Cómo afectaba a las relaciones íntimas el hecho de vivir en un sistema dominado por el terror? ¿Qué pensaba la gente cuando un marido o una esposa, un padre o una madre eran súbitamente arrestados como «enemigos del pueblo»? Como leales ciudadanos soviéticos, ¿cómo resolvían el conflicto interno entre confiar en las personas que amaban y creer en un gobierno al que temían? ¿Cómo podían conservar fuerza alguna los sentimientos y emociones humanos en el vacío moral del régimen estalinista? ¿Cuáles eran las estrategias de supervivencia, los silencios, las mentiras, las amistades y traiciones, las concesiones y reajustes morales que moldearon millones de vidas?

Pues fueron pocas las familias que salieron indemnes del Terror estalinista. Según estimaciones conservadoras, alrededor de veinticinco millones de personas sufrieron represión por parte del régimen soviético entre 1928, cuando Stalin asumió el liderazgo del Partido, y 1953, el año en que murió, momento en que su reinado de terror, aunque no el sistema que había desarrollado durante un cuarto de siglo, tocó a su fin. Esos 25 millones de personas —ejecutadas por escuadrones de fusilamiento, prisioneros en el Gulag, *kulaks* enviados a «colonias especiales», trabajadores esclavos de diversas clases y deportados— representan alrededor de una octava parte de la población soviética, aproximadamente un millón de personas en 1941, o un promedio de una persona por cada familia y media de la Unión Soviética. Estas cifras no

incluyen a las víctimas del hambre ni a los muertos de guerra.[2] Además de los millones que murieron, o que fueron esclavizados, hubo decenas de millones, los familiares de las víctimas de Stalin, cuyas vidas sufrieron graves perturbaciones, con profundas consecuencias sociales que persisten incluso hasta nuestros días. Después de años de separaciones causadas por el Gulag, las familias no consiguieron volver a reunirse con facilidad; las relaciones se habían perdido, y ya no hubo ninguna «vida normal» que las personas pudieran reanudar.

Una población silenciosa y conformista es una de las consecuencias duraderas de la dictadura de Stalin. Las familias como los Golovin aprendieron a no hablar de su pasado, y algunos, como Antonina, incluso se lo ocultaron a sus amigos más íntimos y a sus familiares. Se les enseñaba a los niños a refrenar la lengua y a no hablar de su familia con nadie, y a no juzgar o criticar nada de lo que veían fuera de su hogar. «Había ciertas reglas sobre lo que escuchábamos y decíamos que nosotros, los niños, debíamos aprender», recuerda la hija de un funcionario bolchevique de mediano rango, que creció durante la década de 1930:

> Sabíamos que lo que oíamos decir a los adultos en susurros, o lo que escuchábamos que decían a nuestras espaldas, no debíamos repetírselo a nadie. Tendríamos problemas incluso si les decíamos que habíamos oído lo que habían dicho. A veces los adultos decían algo y luego nos advertían: «Las paredes oyen», o «Refrena la lengua», o alguna otra expresión destinada a que entendiéramos que lo que acababan de decir no era para nuestros oídos.[3]

Otra mujer, cuyo padre fue arrestado en 1936, recuerda:

> Nos enseñaron a mantener la boca cerrada. «Tu lengua te meterá en problemas» era lo que nos decían todo el tiempo cuando éramos niños. Íbamos por la vida con miedo a hablar. Mamá solía decir que cualquier otra persona era un informante. Teníamos miedo de nuestros vecinos, y especialmente de la policía… Incluso hoy me pongo a temblar cada vez que veo un policía.[4]

En una sociedad que creía que la gente era arrestada por hablar demasiado, las familias sobrevivían mordiéndose la lengua. Las personas aprendieron a llevar una doble vida, ocultando a los ojos y los oídos de los peligrosos vecinos, y a veces de sus propios hijos, toda información y opinión, creencias religiosas, valores y tradiciones familiares y modalidades de existencia íntima que estaban en conflicto con las normas públicas soviéticas. Aprendieron a hablar en susurros.

La lengua rusa tiene dos palabras para «susurrante»: una para definir a alguien que susurra por miedo a ser oído (*shepchushchii*), y otra para definir a la persona que informa a espaldas de la gente a las autoridades (*sheptun*). La distinción se origina en la época de Stalin, cuando toda la sociedad soviética estaba constituida por «susurrantes» de una u otra clase.

El tema de *Los que susurran* no es Stalin, aunque su presencia pesa en cada página, ni tampoco es, directamente, la política reinante en su época; el libro se centra en la manera en que el estalinismo penetró en la mente y en las emociones de la gente, en la manera en que condicionó todos sus valores y relaciones. Este volumen no pretende resolver el enigma de los orígenes del Terror, ni ser una crónica del apogeo y la decadencia del Gulag, sino que se propone explicar de qué forma la policía estatal logró echar raíces en la sociedad soviética e involucrar a millones de ciudadanos que se convirtieron en espectadores silenciosos o en colaboradores de su sistema de terror. El verdadero poder y el legado perdurable del sistema estalinista no emanaron de las estructuras del Estado ni del culto al líder, sino, como señaló en cierta ocasión el historiador ruso Mijail Gefter, «del estalinismo que penetró en cada uno de nosotros».[5]

Los historiadores apenas habían prestado atención a la esfera privada de la Rusia de Stalin. Hasta hace poco, todas las investigaciones estaban centradas sobre todo en la esfera pública, en la política y la ideología, y en la experiencia colectiva de las «masas soviéticas». El individuo —si es que aparecía de alguna manera— era presentado tan sólo como autor de cartas dirigidas a las autoridades (es decir, como actor público, más que como persona o miembro de una familia). La esfera privada de las personas comunes permanecía oculta. Las fuentes eran el problema principal. Casi todas las colecciones personales (*lichnye fondy*) de los archivos del ex Soviet y del Partido pertenecían a figuras famosas del mundo de la política, de la ciencia y de la cultura. Los documentos de esas colecciones fueron sometidos a una cuidadosa selección por parte de sus dueños antes de donarlos al Estado, están relacionados sobre todo con la vida pública de esas figuras renombradas. Entre los varios millares de colecciones personales examinadas en las primeras etapas de la investigación destinada a este libro, sólo unas pocas revelaron algo sobre la vida familiar o personal.[6]

Las memorias publicadas en la Unión Soviética, o accesibles en los archivos soviéticos antes de 1991, son en general poco reveladoras en cuanto a la experiencia íntima de las personas que las escribieron, aunque hay algunas excepciones, en particular las publicadas en el período del *glastnost*, después de 1985.[7] Las memorias de intelectuales emigrados de la Unión Soviética y de supervivientes soviéticos de la represión estalinista publicadas en Occidente son igualmente problemáticas, aunque fueron celebradas como «la auténtica voz» de «los silenciados», que nos contaban «cómo había sido» vivir en el período de Terror de Stalin como ciudadanos de a pie.[8] En el clímax de la Guerra Fría, a principios de la década de 1980, la imagen del régimen

estalinista en Occidente estaba determinada por las crónicas de supervivencia de estos intelectuales, en concreto las de Eugenia Ginzburg y Nadezhda Mandelstam, que proporcionaban un testimonio de primera mano a favor de la idea liberal del espíritu humano individual como fuerza de oposición interna a la tiranía soviética.[9] Esta visión moral —hecha realidad y simbolizada por el triunfo de la «democracia» en 1991— ejerció una poderosa influencia sobre las numerosas memorias escritas tras la caída del régimen soviético[10] También influyó sobre los historiadores, quienes después de 1991 se mostraron más inclinados a tomar en consideración las fuerzas populares de resistencia contra la dictadura estalinista.[11] Pero aunque estas memorias expresan la verdad para mucha gente que sobrevivió al Terror, particularmente para la *intelligentsia*, intensamente comprometida con los ideales de la libertad y el individualismo, no hablan en nombre de los millones de ciudadanos, incluyendo a muchas víctimas del régimen estalinista, que no compartían esa libertad interna ni la disensión, sino que, por el contrario, aceptaron silenciosamente y asimilaron los valores básicos del sistema, cumplieron sus normas públicas y tal vez incluso colaboraron en la perpetración de sus crímenes.

Los diarios que emergieron de los archivos parecieron al principio más prometedores. Se trata de diarios de toda clase (de escritores, diarios de trabajo, anuarios literarios, álbumes de recortes, crónicas diarias, etcétera), pero pocos de los referidos al período de Stalin aportan información fiable —sin emplear interpretaciones subjetivas— acerca de los sentimientos y opiniones del autor. No muchos se atrevían a correr el riesgo de escribir un diario íntimo durante las décadas de 1930 y 1940. Cuando una persona era arrestada —y casi cualquiera podía sufrir esa suerte en cualquier

momento—, lo primero que se le confiscaba era su diario, que se usaba como prueba incriminatoria en caso de que contuviera ideas o sentimientos que pudieran interpretarse como «antisoviéticos» (el escritor Mijail Prishvin escribió su diario con una letra diminuta, apenas legible con una lupa, para ocultar sus ideas a la policía si era arrestado y se confiscaba su diario). En general, los diarios publicados durante el período soviético fueron escritos por intelectuales que se cuidaban mucho de cometer alguna imprudencia.[12] Después de 1991, empezaron a aparecer más diarios —incluyendo algunos pertenecientes a miembros de los peldaños medios e inferiores de la sociedad soviética— de los archivos soviéticos, o salieron a la luz gracias a iniciativas voluntarias como la del Archivo del Pueblo de Moscú (TsDNA)[13]. Pero en general, el corpus de diarios de la era de Stalin sigue siendo pequeño (aunque aún pueden encontrarse más en los archivos del KGB), demasiado pequeño como para extraer de ellos conclusiones amplias sobre el mundo íntimo de los ciudadanos corrientes. Otro problema que se le plantea al historiador de la vida privada es «la jerga soviética» en la que muchos de estos diarios están escritos y las ideas conformistas que expresan; sin tener conocimiento de los motivos que la gente tenía (miedo, convicción o moda) para escribir sus diarios de este modo, resulta muy difícil interpretarlos.[14]

En los últimos años, numerosos historiadores han centrado su atención en la «subjetividad soviética», acentuando, en su interpretación de textos literarios e íntimos (diarios, sobre todo) el grado en que la vida íntima de los ciudadanos estaba dominada por la ideología del régimen.[15] Según algunos de ellos, al individuo le resultaba prácticamente imposible pensar o sentir fuera de los términos definidos por el discurso público de la política del Soviet, y cualquier otro pensamiento

o emoción era considerado como «una crisis de la personalidad» que exigía una purga.[16] La asimilación e interiorización de los valores soviéticos son una característica de muchos de los entrevistados de *Los que susurran*, aunque algunos se identificaban con el concepto de autosuperación del sistema estalinista, que estos historiadores han considerado representativo de «la subjetividad soviética». La mentalidad del Soviet que refleja este libro casi siempre ocupaba una región de la conciencia de los sujetos en la que los antiguos valores o creencias habían quedado en suspenso o habían sido eliminados; las personas no adoptaban esa mentalidad con el ardiente deseo de «convertirse en soviética», sino más bien por un sentimiento de vergüenza y de temor. Es por ese sentimiento que Antonina decidió demostrarse a sí misma que podía destacar en los estudios y convertirse en una igual dentro de la sociedad… para poder superar su sentimiento de inferioridad (que experimentaba como «una especie de miedo») por ser hija de un *kulak*. La inmersión en el sistema soviético era un recurso de supervivencia para mucha gente —incluyendo a muchas víctimas del régimen estalinista—, la única manera de silenciar sus dudas y miedos que, si se expresaban, les harían la vida imposible. Creer en el proyecto soviético, y colaborar con él, eran una manera de dar sentido a todos sus sufrimientos, ya que sin ese elevado propósito podrían llegar a sumirse en la mayor desesperación. Como lo expresó otro hijo de *kulak*, un hombre exiliado durante muchos años como «enemigo del pueblo», quien no obstante siguió siendo un estalinista convencido durante toda su vida, «creer en la justicia de Stalin… nos hacía más fácil aceptar los castigos, y nos liberaba del miedo».[17]

Esa mentalidad se refleja con menos frecuencia en los diarios y cartas de la era estalinista —cuyo contenido

habitualmente estaba determinado por las reglas soviéticas para la escritura adecuada, que no permitían ninguna manifestación del miedo— que en la historia oral.[18] Como cualquier otra disciplina sometida a los trucos de la memoria, la historia oral tiene sus dificultades metodológicas, y en Rusia, una nación que tuvo que aprender a hablar en susurros, donde el recuerdo de la historia soviética está preñado de mitos e ideologías, los problemas son particularmente graves. Al haber vivido en una sociedad donde millones de personas fueron arrestadas por hablar inadvertidamente con informantes, mucha gente mayor es extremadamente reticente al hablar con investigadores armados con micrófonos (aparatos asociados al KGB). Por miedo, vergüenza o por estoicismo, estos supervivientes han eliminado sus recuerdos más dolorosos. Muchos de ellos son incapaces de reflexionar sobre su vida, pues están habituados a evitar plantearse preguntas incómodas sobre cualquier tema, especialmente sobre sus propias elecciones morales en momentos definitorios de su ascenso personal dentro del sistema soviético. Otros se muestran reticentes a admitir cualquier tipo de responsabilidad por acciones de las que se avergüenzan, y con frecuencia justifican su conducta citando motivos y creencias que han impuesto a su pasado. A pesar de estas dificultades, y en muchos aspectos a causa de ellas, la historia oral tiene enormes ventajas para el historiador de la vida privada, siempre que el enfoque sea el adecuado. Esto significa comparar y comprobar rigurosamente los testimonios proporcionados por las entrevistas, y cotejarlos, siempre que sea posible, con los registros escritos de los archivos públicos y familiares.

Los que susurran se basa en cientos de archivos familiares (cartas, diarios, documentos personales, memorias, fotografías y retratos) que los supervivientes del Terror

estalinista mantuvieron ocultos hasta hace poco en cajones secretos o debajo de colchones en viviendas particulares de toda Rusia. En cada familia se llevaron a cabo extensas entrevistas con los miembros de más edad, que podían explicar el contexto de esos documentos privados y enmarcarlos dentro de la historia familiar que casi nunca se contó. El proyecto de historia oral relacionado con la investigación destinada a este libro, que se centra en el mundo íntimo de familias e individuos, difiere mucho de las anteriores historias orales del período soviético, que eran primordialmente sociológicas o relacionadas con los detalles exteriores del Terror y con la experiencia del Gulag.[19] [20*] Todos estos materiales se han reunido en un archivo especial, que constituye una de las mayores colecciones de documentos sobre la vida privada en la época de Stalin.[21*]

Las familias cuyas historias se relatan en *Los que susurran* representan un corte transversal que ofrece una amplia muestra de la sociedad soviética. Provienen de diversos niveles sociales, de ciudades, pueblos y aldeas de toda Rusia; hay familias que sufrieron la represión y familias cuyos miembros estuvieron involucrados en el sistema represivo como agentes de la NKVD o como administradores del Gulag. También hay familias a las que el Terror estalinista no rozó, aunque estadísticamente hubo muy pocas que salieran indemnes.

A partir de estos materiales, *Los que susurran* rastrea sobre todo la historia de una generación nacida en los primeros años de la Revolución, entre 1917 y 1925, cuyas vidas siguieron la trayectoria del sistema soviético. En los últimos capítulos, el libro da voz también a sus descendientes. Un enfoque multigeneracional resulta importante para entender el legado del régimen. Durante tres cuartas partes del siglo, el

sistema soviético ejerció su influencia sobre la esfera moral de la familia; ningún otro sistema totalitario tuvo un impacto tan profundo en la vida privada de sus súbditos, ni siquiera el de la China comunista (la dictadura nazi, que suele compararse con el régimen de Stalin, sólo duró doce años). El propósito de entender el fenómeno estalinista en la *longue durée* es otro de los rasgos que hace de ésta una obra singular. Las historias previas sobre el tema se centraron principalmente en la década de 1930, como si la explicación del Gran Terror de 1937-1938 fuera todo lo que se necesita para entender la esencia del régimen estalinista. El Gran Terror fue, sin duda alguna, el episodio más sanguinario del régimen de Stalin (en ese período se registraron el 85 por ciento de las ejecuciones políticas que se produjeron entre 1917 y 1955). Pero fue apenas una de las muchas series de oleadas represivas (1918-1921, 1928- 1931, 1934-1935, 1937-1938, 1943-1946, 1948-1953), cada una de las cuales aniquiló muchas vidas; la población de los campos de trabajo y «colonias especiales» del Gulag no alcanzó su punto máximo en 1938, sino en 1953; y millones de personas siguieron absorbiendo el impacto de este largo reinado de terror varias décadas después de la muerte de Stalin.

Las historias familiares entretejidas en la narración de *Los que susurran* probablemente sean demasiado numerosas, y tal vez el lector no pueda seguirlas como relatos individuales, aunque se puede emplear el índice para relacionarlas entre sí. Es mejor leerlas como variaciones de una historia común —la del estalinismo que marcó la vida de cada una de ellas—. Pero hay varias familias, incluyendo a los Golovin, cuyas historias recorren todo el relato, y de cada una de ellas se ofrece su árbol genealógico. El centro de *Los que susurran* está ocupada por los Laskin y los Simonov, familias vinculadas por matrimonio, cuyos destinos opuestos durante el Terror

estalinista se entrelazaron de manera trágica.

Konstantin Simonov (1915-1979) es la figura central, y tal vez (según el enfoque de cada lector) el héroe trágico de *Los que susurran*.

Nacido en una familia noble que sufrió la represión instaurada por el régimen soviético, Simonov se reconstruyó como «escritor proletario» durante la década de 1930. Aunque hoy se le ha olvidado, fue una figura importante del mundo literario soviético: recibió seis premios Stalin, un premio Lenin y el título de Héroe del Trabajo Socialista. Fue un talentoso poeta lírico; sus novelas centradas en la guerra fueron inmensamente populares; aunque sus piezas teatrales eran débiles y panfletarias, era un periodista de primera línea, uno de los mejores de Rusia durante la guerra; y más tarde fue también un soberbio autor de memorias, que examinó honestamente sus propios errores y las concesiones morales que hizo ante el régimen estalinista. En 1939, Simonov se casó con Eugenia Laskina —la más joven de las tres hijas de una familia judía que había llegado a Moscú desde la Zona de Residencia—[22*] pero pronto la abandonó, junto con el hijo pequeño de ambos, por la bella actriz Valentina Serova… un romance que inspiró su poema más famoso, «Espérame» (1941), que casi todos los soldados destacados en el frente sabían de memoria, porque expresaba su deseo de volver con sus novias o esposas. Simonov se convirtió en una figura importante de la Unión de Escritores entre 1945 y 1953, un período en el que los escritores más destacados de la literatura soviética eran convocados por los ideólogos de Stalin para participar en la persecución de sus colegas considerados demasiado liberales, y para unir su voz a la campaña contra los judíos en las artes y las ciencias. Una de las víctimas del antisemitismo oficial fue la familia Laskin, pero para entonces

Simonov estaba demasiado involucrado en el régimen estalinista como para estar dispuesto a ayudarlos y es posible que, en cualquier caso, no hubiera podido hacer demasiado por ellos.

Simonov era un personaje complejo. Había heredado de sus padres los valores del servicio público propios de la aristocracia y, en particular, el espíritu de la disciplina militar y la obediencia que acabó por asimilar a las virtudes que la ideología soviética atribuía al activismo público y el sacrificio patriótico, actitud que le permitió ocupar un lugar en el escalafón de mando de la jerarquía estalinista. Konstantin Simonov tenía muchas cualidades humanas admirables. Si era posible que alguien fuera «un buen estalinista», ése era él. Era honesto y sincero, ordenado y estrictamente disciplinado, y no carecía de calidez y encanto. Activista por educación y por temperamento, se sumergió en el sistema soviético a temprana edad y no encontró la forma de liberarse de sus exigencias y presiones morales. En este aspecto, Simonov encarnó todos los conflictos y dilemas morales de su generación —aquella cuyas vidas estuvieron ensombrecidas por el régimen estalinista—, y entender sus pensamientos y sus actos tal vez sea una manera de entender la época que le tocó vivir.

Capítulo 1

Los hijos de 1917 (1917-1928)

1

Elizaveta Drabkina no reconoció a su padre cuando lo vio en el Instituto Smolny, el cuartel general bolchevique, en octubre de 1917. La última vez que lo había visto, la joven tenía cinco años, justo antes de que él desapareciera en la clandestinidad revolucionaria. Ahora, doce años más tarde, ya no recordaba su aspecto. Sólo lo conocía por su seudónimo del Partido. Como secretaria del Instituto Smolny, Elizaveta estaba familiarizada con el nombre «Sergei Gusev», que aparecía en docenas de decretos firmados por él en su calidad de presidente del Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado, la organización que estaba a cargo de hacer cumplir la ley y garantizar el orden en la capital. Recorriendo a paso vivo los abovedados e interminables corredores de Smolny, donde los soldados en descanso y los miembros de la Guardia Roja lanzaban obscenidades y silbidos a su paso, la joven distribuía esos decretos en las improvisadas oficinas del nuevo gobierno del Soviet, situadas en las aulas, semejantes a módulos, de ese edificio que había sido antes una escuela para mujeres de la aristocracia. Sin embargo, cuando les dijo a las otras secretarias que la firma pertenecía a su padre, a quien había dejado de ver tanto tiempo atrás, a nadie le resultó notable ese hecho. Nadie le sugirió siquiera que debería contactar con él. En esos círculos, en los que se esperaba que cada bolchevique subordinara sus intereses personales a la causa común, estaba mal visto que alguien pensara en su vida privada en un momento en que el Partido estaba enzarzado

en la batalla decisiva por la liberación de la humanidad.[23]



Las cuatro secretarias de lakov Sverdlov, principal organizador de los bolcheviques en el Instituto Smolny, octubre de 1911: Drabkina es la segunda de la derecha.

Finalmente, el hambre impulsó a Elizaveta a acercarse a su padre. Acababa de terminar su almuerzo en el comedor del sótano, lleno de humo, cuando entró un hombre bajo, aunque musculoso y apuesto, con atuendo militar y *pince-nez* (anteojos o quevedos), seguido de una comitiva de trabajadores del Partido y Guardias Rojos, y se sentó ante la larga mesa central donde dos soldados servían sopa de col y gachas a los ansiosos proletarios. Elizaveta aún tenía hambre.

Desde una mesa más pequeña, situada en un rincón, la joven observó al recién llegado tomar su sopa, empuñando la cuchara con una mano y esgrimiendo un lápiz con la otra para firmar los papeles que sus acólitos ponían frente a él.

> De pronto, oí que alguien lo llamaba «camarada Gusev».
>
> Entonces advertí que debía ser mi padre. Sin pensarlo, me incorporé y me abrí paso hasta él entre las mesas atestadas.
>
> «Camarada Gusev, lo necesito», dije. Él se volvió hacia mí.
>
> Se lo veía muy cansado. Tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

«¡La escucho, camarada!»

«Camarada Gusev, soy su hija. Deme tres rublos para una comida».

Tal vez estaba tan exhausto que sólo entendió que le pedía los tres rublos.

«Por supuesto, camarada», dijo Gusev, hurgando en su bolsillo para sacar un billete verde de tres rublos. Tomé el dinero, se lo agradecí y me compré otro almuerzo.[24]

Lenin adoraba esta historia. Hacia 1924, durante los años anteriores a su muerte, cuando ella estuvo muy próxima a él, con frecuencia llamaba a Drabkina para que volviera a contársela. La historia se hizo legendaria en los círculos del Partido, como ejemplo del ideal bolchevique del sacrificio personal y de la devoción desinteresada por la causa revolucionaria. Como más tarde diría Stalin: «Un verdadero bolchevique no debería ni podría tener una familia, porque debería entregarse por completo al Partido».[25]

Los Drabkin eran un buen ejemplo de ese principio revolucionario. El padre de Elizaveta (cuyo verdadero nombre era Iakov Drabkin) se había unido a los socialdemócratas de Lenin cuando era estudiante, en 1895. Su madre, Feodosia, era una importante agente («Natasha») del Partido en la clandestinidad, que llevaba a su hija como cobertura durante los frecuentes viajes que hacía a Helsingfors (Helsinki) para comprar municiones y entregárselas a los revolucionarios de San Petersburgo (la dinamita y los cartuchos eran pasados de contrabando dentro de una bolsa que contenía los juguetes de Elizaveta). Después de la abortada revolución de 1905, los padres de Elizaveta tuvieron que ocultarse de la persecución de la policía del zar. La niña, de cinco años, se fue a vivir con su abuelo, en Rostov, donde permaneció hasta la revolución de febrero de 1917, cuando todos los revolucionarios fueron liberados por el Gobierno Provisional recién nombrado.[26*] Elizaveta se reunió con su madre en Petrogrado (así pasó a llamarse entonces San Petersburgo). Se afilió al partido

bolchevique, fue fusilera en la Guardia roja, participó en el asalto al palacio de Invierno durante el golpe del 25 de octubre en el que los bolcheviques asumieron el poder, y fue contratada como secretaria de Iakov Sverdlov, el principal organizador del partido de los bolcheviques. Ese empleo la llevó al Smolny, donde trabajaba Gusev, su padre.[27]

Ya en el poder, los bolcheviques urgían a sus miembros a seguir el ejemplo de los revolucionarios de la Rusia zarista, que «habían sacrificado su felicidad personal y renunciado a sus familias para servir a la clase trabajadora».[28*] Rendían culto al «revolucionario desinteresado», construyendo una nueva moral en la que todos los antiguos mandatos eran reemplazados por el único principio de servir al Partido y a su causa. En esta visión utópica, el activista revolucionario era el prototipo de una nueva clase de ser humano —una personalidad colectiva que sólo vivía para el bien común— que poblaría la futura sociedad comunista. Muchos socialistas consideraban la creación de este ideal humano como el objetivo fundamental de la Revolución. «La nueva estructura de la vida política nos exige una nueva estructura del alma», escribió Máximo Gorki en la primavera de 1917.[29]

Para los bolcheviques, la concreción radical de la «personalidad colectiva» implicaba «destruir la coraza de la vida privada». Permitir «una distinción entre la vida privada y la vida pública —sostenía la esposa de Lenin, Nadezhda Krupskaia— conduciría tarde o temprano a la traición del comunismo».[30] Según los bolcheviques, la idea de una «vida privada» separada del terreno de la política carecía de sentido, ya que la política incidía en todo: no había nada en la así llamada «vida privada» de una persona que no fuera político. La esfera personal, por tanto, debía someterse a la supervisión y el control públicos. Los espacios privados que estaban más

allá del control público eran considerados por los bolcheviques peligrosos caldos de cultivo de contrarrevolucionarios, que debían ser descubiertos y eliminados.

Elizaveta rara vez vio a su padre después del reencuentro. Ambos estaban ocupados con la actividad revolucionaria. Después de 1917, la joven siguió trabajando en el despacho de Sverdlov; durante la Guerra Civil (1918-1920), sirvió en el Ejército Rojo, primero como asistente médica y más tarde como artillera de ametralladoras, luchando contra el Ejército Blanco, o contrarrevolucionario, y las potencias occidentales que los respaldaban en Siberia, las tierras del Báltico y el sur de Rusia. Durante la campaña contra el Ejército Blanco del almirante Kolchak, en el frente oriental, incluso combatió bajo el mando de su padre, quien para esa época tenía un alto cargo en el Consejo Militar Revolucionario, el centro de mando de las fuerzas soviéticas encabezado por León Trotski. Elizaveta escuchó muchas veces las arengas que su padre impartía a los soldados, pero nunca se acercó a él porque, según lo expresó más tarde, creía que los bolcheviques «no debían prestar atención a asuntos personales». Sólo se encontraron dos veces durante la Guerra Civil: tina en el funeral de Sverdlov en 1919, y luego, ese mismo año, en una reunión oficial en el Kremlin. En la década de 1920, cuando tanto el padre como la hija estaban activamente involucrados en el trabajo del Partido en Moscú, se vieron con mayor frecuencia, e incluso vivieron juntos por un tiempo, pero nunca tuvieron una relación estrecha. Habían vivido separados durante tanto tiempo que no pudieron establecer entre ellos una relación familiar. «Mi padre nunca me habló de sí mismo —recordó Elizaveta—, y ahora me doy cuenta de que sólo llegué a conocerlo después de su muerte [en 1933], cuando la gente me contó historias sobre él».[31]

La Guerra Civil no fue tan sólo un combate militar contra los ejércitos Blancos: fue una guerra revolucionaria contra los intereses privados de la antigua sociedad. Para combatir a los Blancos, los bolcheviques desarrollaron su primera versión de la economía planificada (comunismo de guerra), que se convertiría en el modelo de los Planes Quinquenales de Stalin. Trataron de erradicar el comercio y la propiedad privados (incluso se proyectó reemplazar el dinero con el racionamiento universal); confiscaron las cosechas de los campesinos para alimentar a las ciudades y a los soldados; reclutaron a millones de personas para los ejércitos de trabajadores que se usaban en el «frente económico» para talar árboles que se usarían como combustible, para construir caminos y reparar vías férreas; impusieron formas experimentales de trabajo colectivo, alojando a los trabajadores en barracones construidos junto a las fábricas; libraron una guerra contra la religión, persiguiendo a sacerdotes y creyentes y clausurando cientos de iglesias; y silenciaron todo disenso y oposición a la Dictadura del Proletariado. En el «frente interno» de la Guerra Civil, los bolcheviques desencadenaron una campaña de terror (el «Terror Rojo») contra «la burguesía» —exfuncionarios zaristas, terratenientes, comerciantes, campesinos *kulaks*, pequeños comerciantes y la antigua *intelligentsia*—, cuyos valores individualistas los convertían en potenciales partidarios de los Blancos y otros «contrarrevolucionarios». Los bolcheviques creían que esta violenta purga de la sociedad era un atajo para alcanzar la utopía comunista.

En la primavera de 1921, las políticas instrumentadas por el comunismo de guerra habían arruinado la economía soviética y condenado al hambre a gran parte del campesinado. Una cuarta parte de los campesinos de la Rusia soviética corría el riesgo de morir de inanición. En todo el país, los campesinos

se sublevaron contra el régimen bolchevique y la confiscación de granos, en una serie de rebeliones que, según el propio Lenin, eran «mucho más peligrosas que todos los blancos juntos». En gran parte de la Rusia rural, el poder soviético prácticamente había desaparecido, y los campesinos tomaron el control de las aldeas y pueblos y cortaron el abastecimiento de grano a las ciudades. Los obreros hambrientos fueron a la huelga. Los marinos de la base naval de Kronstadt, que habían ayudado a los bolcheviques a tomar el poder en la vecina Petrogrado en octubre de 1917, se rebelaron contra ellos en un motín cuyos estandartes, de inspiración anarquista, exigían elecciones libres, «libertad de palabra, de prensa y de reunión para todos los trabajadores», y «libertad de trabajar la tierra para el campesinado como mejor le parezca». Era evidente que los bolcheviques se enfrentaban a una situación revolucionaría. «Apenas resistimos», reconoció Lenin a principios de marzo. Trotski, que había llamado a los marinos de Kronstadt «el orgullo y alegría de la revolución», condujo el ataque contra la base naval. El poder militar y el terror implacable se emplearon en igual medida para oprimir las sublevaciones del campesinado. Aproximadamente unas cien mil personas fueron encarceladas o deportadas, y quince mil murieron durante la represión. Pero Lenin también advirtió que, para aplacar la oleada de revueltas populares y para lograr que los campesinos reanudaran el suministro de alimentos a las ciudades, no bastaba con combatirlas: los bolcheviques tendrían que abandonar las aborrecidas políticas del comunismo de guerra y volver a instaurar el libre comercio. Tras haber derrotado al Ejército Blanco, los bolcheviques no tuvieron más remedio que rendirse ante al campesinado.[32]

La Nueva Política Económica (NPE), que Lenin presentó en el Décimo Congreso del Partido de marzo de 1921,

reemplazaba la confiscación de alimentos por un impuesto relativamente indulgente, y legalizaba el retorno del comercio privado y las manufacturas en pequeña escala. Favorecía la agricultura y la producción de productos de consumo por encima del desarrollo de la industria pesada. Lenin entendía que la NPE era una concesión, provisoria pero necesaria, a los pequeños propietarios rurales —apegados a los principios de la producción familiar— para salvar la revolución y lograr que el país volviera a ponerse de pie. Dijo que esta política duraría «por lo menos una década, y posiblemente más». La restauración del mercado devolvió la vida a la economía soviética. El comercio privado respondió rápidamente a la escasez crónica que se había robustecido en los años de la Revolución y de la Guerra Civil. Para 1921, la población soviética tenía la ropa y los zapatos remendados, cocinaba con cacharros rotos y bebía en tazas melladas. Todo el mundo necesitaba algo nuevo. Los comerciantes abrieron puestos callejeros, los pequeños mercados florecieron, y los campesinos llevaron alimentos para comerciar en las ciudades. Autorizados por las nuevas leyes, los cafés privados, comercios y restaurantes, clubes nocturnos y burdeles, clínicas y hospitales, asociaciones crediticias y de ahorro, incluso pequeños y medianos fabricantes, brotaron como hongos después de la lluvia. Moscú y Petrogrado, ciudades cementerio durante la Guerra Civil, volvieron súbitamente a la vida, con ruidosos vendedores, ajetreo de coches y negocios brillantemente iluminados que encendían las calles tal como había sido antes de 1917.

Para muchos bolcheviques, el retorno al mercado parecía una traición a la Revolución. El establecimiento de la NPE fue recibido con gran suspicacia por las bases del Partido (incluso el «favorito» de Lenin, Nikolai Bujarin, quien más tarde se convirtió en defensor de la NPE, sólo la aceptó a

regañadientes en el transcurso del período 1921-1923), y Lenin tuvo que emplear todo su poder de persuasión y autoridad para conseguir que el congreso la aprobara. Particularmente entre los obreros urbanos cundía el sentimiento de que la NPE sacrificaba sus intereses de clase para favorecer al campesinado, que estaba enriqueciéndose a su costa debido a los mayores precios de los alimentos. Les parecía que el florecimiento del comercio privado llevaría inevitablemente a ahondar la brecha entre ricos y pobres y a la restauración del capitalismo. Apodaron a la NPE «la nueva explotación del proletariado». Su furia se concentraba en los «hombres NPE», que prosperaron en la década de 1920. En la imaginación popular, educada por la propaganda soviética, los «hombres NPE» cubrían a sus esposas y amantes de pieles y joyas, conducían enormes automóviles importados, roncaban en la ópera, cantaban en los restaurantes y alardeaban ruidosamente en los caros bares de los hoteles de la fortuna de dólares que habían gastado en los casinos e hipódromos recientemente inaugurados. El legendario derroche de esta nueva clase pudiente, que contrastaba con el desempleo masivo y pobreza urbana de la década de 1920, engendró un amargo resentimiento en aquellos que pensaban que la Revolución debía acabar con las desigualdades.

En el frente interno, la NPE implicaba un indulto para los vestigios de «cultura burguesa» que el comunismo había prometido eliminar, pero de la que aún no podía prescindir. También detuvo la guerra contra la antigua clase media y la clase profesional intelectual, cuya competencia era necesaria para la economía soviética. Entre 1924 y 1928, también hubo una distensión de la guerra contra la religión: dejaron de clausurarse las iglesias, y el clero ya no sufrió la intensa persecución con la que se lo había acosado hasta entonces (y que se reanudaría más tarde); aunque la propaganda

antieclesiástica continuó difundiéndose a buen ritmo, se permitió a la gente observar su fe tal como lo había hecho siempre. Finalmente, la NPE dio respiro a los viejos hábitos domésticos y a las tradiciones familiares de la vida privada, provocando verdadera preocupación a muchos bolcheviques, que temían que las costumbres y la mentalidad de la «pequeña burguesía» rusa —los millones de comerciantes y empresarios cuyo número se había multiplicado gracias a la NPE— pudieran retrasar e incluso socavar su campaña revolucionaria. «Por haberse apoderado de la mente de millones de trabajadores —declaró Stalin en 1924—, las actitudes y hábitos heredados de la antigua sociedad son el enemigo más peligro so del socialismo».[33]

Los bolcheviques concebían la construcción de su utopía comunista como una batalla constante contra la costumbre y los hábitos. Con la finalización de la Guerra Civil, se prepararon para una nueva lucha, mucho más intensa, en el «frente interno», una guerra revolucionaria cuyo objetivo era liberar la personalidad comunista por medio de la erradicación de la conducta individualista («burguesa») y de los malos hábitos (prostitución, alcoholismo, vandalismo y religión) heredados de la antigua sociedad. Entre los bolcheviques, nadie dudaba de que esa batalla por transformar la naturaleza humana duraría décadas. Sólo había desacuerdo en lo referido al momento en que debía iniciarse esa lucha. Marx había enseñado que el cambio de la conciencia dependía de los cambios de la base material, y Lenin, cuando introdujo la NEE, afirmó que, hasta que no se crearan las condiciones materiales necesarias para una sociedad comunista —un proceso que necesitaría toda una época histórica—, no tenía ningún sentido tratar de construir un sistema moral comunista en la esfera de la vida privada. Pero la mayoría de los bolcheviques no aceptaba que la NPE

exigiera una retirada del frente de la vida privada. Por el contrario, cada vez estaban más convencidos de que era esencial un combate activo en cada momento y en todos los terrenos de la vida cotidiana —la familia, el hogar y el mundo interior del individuo, donde la persistencia de la vieja mentalidad era una amenaza considerable para los objetivos ideológicos básicos del Partido. Y a medida que vieron que los instintos individualistas de las masas «pequeño-burguesas» se hacían más fuertes en la cultura de la NPE, redoblaron sus esfuerzos. Como escribió Anatoli Lunacharski en 1927: «La así llamada esfera de la vida privada no puede estar fuera de nuestro alcance, porque es precisamente allí donde debe cumplirse el objetivo final de la Revolución».[34]

La familia fue el primer escenario al que los bolcheviques condujeron su lucha. En la década de 1920, era para ellos un artículo de fe que la «familia burguesa» era perjudicial para la sociedad: miraba hacia adentro de sí misma y era conservadora, un bastión de religión, superstición, ignorancia y prejuicio; alentaba el egoísmo y la codicia material, y oprimía a mujeres y niños. Los bolcheviques esperaban que la familia desapareciera a medida que la Rusia soviética pasara a ser un sistema plenamente socialista, en el que el Estado se hiciera responsable de todas las funciones básicas del hogar, proporcionando guarderías infantiles, lavanderías y comedores en los centros públicos y los edificios de apartamentos. Liberadas de las tareas del hogar, las mujeres ya no tendrían trabas para ingresar en la fuerza de trabajo en igualdad de condiciones con los hombres. El matrimonio patriarcal, con su moral sexual implícita, se extinguiría… para ser reemplazado, creían los radicales, por «uniones amorosas libres».

Tal como lo consideraban los bolcheviques, la familia era el

mayor obstáculo para la socialización de los niños. «Al amarlo, la familia convierte al niño en un ser egoísta, y lo alienta a creerse el centro del universo», escribió la teórica de la educación soviética Zlata Lilina.[35] Los teóricos bolcheviques coincidían en que era necesario reemplazar este «amor egoísta» por el «amor racional» de una «familia social» más amplia. *El ABC del comunismo* (1919) concebía una sociedad futura en la que los padres ya no emplearan el posesivo «mi» para referirse a sus hijos, sino que se ocuparan de todos los hijos de la comunidad. Entre ellos circulaban diferentes opiniones sobre el tiempo que llevaría concretar este cambio. Los radicales argumentaban que el Partido debía actuar de manera firme para destruir la familia de manera inmediata, pero la mayoría aceptaba la argumentación de Bujarin y de los teóricos de la NPE, quienes alegaban que, en un país campesino como la Rusia soviética, la familia seguiría siendo durante un tiempo la unidad primaria de producción y consumo, y que se debilitaría gradualmente, a medida que el país hiciera la transición hacia una sociedad urbana socialista.

Mientras tanto, los bolcheviques adoptaron varias estrategias —como la transformación del espacio doméstico— con el propósito de acelerar la desintegración de la familia. Para paliar la escasez de viviendas en las ciudades atestadas, obligaron a las familias ricas a compartir sus apartamentos con los pobres urbanos, política conocida con el nombre de «condensación» (*uplotnenie*). Durante la década de 1920, en la clase más usual de apartamento comunitario (*kommunalka*), los dueños originales solían ocupar las habitaciones principales de la «zona de recibo», mientras que en las habitaciones internas vivían otras familias. En esa época todavía se les permitía a los expropietarios elegir a sus corresidentes, siempre que cumplieran con la «norma sanitaria» (un espacio per cápita establecido, que era de unos

13,5 metros cuadrados en 1926, y que se redujo a apenas 9 metros cuadrados en 1931). Muchas familias elegían a criados o a conocidos para impedir que personas desconocidas se mudaran a vivir en el espacio vital excedente en sus casas. Esta política era ideológicamente atractiva, no sólo como guerra contra los privilegios, tal como la presentaba la propaganda del nuevo régimen («¡Guerra contra los palacios!»), sino también como parte de una cruzada destinada a crear un estilo de vida más colectivo. Los bolcheviques creían que, al obligar a la gente a compartir los apartamentos comunitarios, podrían convertirla en comunistas en lo referente a su pensamiento y conducta básicos. El espacio y la propiedad privados desaparecerían, la familia individualista («burguesa») sería reemplazada por una fraternidad comunista organizada, y la vida del individuo quedaría inmersa en la de la comunidad. Desde mediados de la década de 1920, se diseñaron nuevos tipos de vivienda que tenían en cuenta esta transformación. Los arquitectos soviéticos más radicales, como los constructivistas de la Unión de Arquitectos Contemporáneos, proponían la obliteración completa de la esfera privada mediante la construcción de «casas comunales» (*doma kommuny*), en las que todas las propiedades, incluso la ropa y la ropa interior, serían compartidas por los habitantes, donde las tareas domésticas como la cocina y el cuidado de los niños se asignarían de manera rotativa a diferentes equipos, y donde todos dormirían en un único gran dormitorio, dividido por sexos, con habitaciones privadas para mantener relaciones sexuales. Se construyeron muy pocas viviendas de esta clase, aunque estaban muy presentes en las concepciones utópicas y en novelas futuristas como *Nosotros* (1920), de Eugeni Zamiatin. Prácticamente ninguno de los proyectos que llegaron a materializarse, como el edificio del Narkomfin

(Ministerio de Finanzas) de Moscú (1930), diseñado por el constructivista Moisei Ginzburg, llegaron a ser plenamente comunitarios, ya que incluían tanto espacios privados como bloques comunitarios destinados a lavandería, baños, comedores y cocinas, guarderías y escuelas. Sin embargo, el objetivo no dejó de ser el de conducir la arquitectura hacia una dirección que instara a los individuos a abandonar las formas domésticas privadas («burguesas») y a adoptar un estilo de vida más colectivista.[36]

Los bolcheviques también intervinieron de manera más directa en la vida doméstica. El nuevo Código sobre el Matrimonio y la Familia (1918) estableció un encuadre legislativo que tendía claramente a facilitar la descomposición de la familia tradicional. Eliminaba la influencia de la Iglesia sobre el matrimonio y el divorcio, convirtiéndolos en un simple trámite de registro en los archivos estatales. El código garantizaba los mismos derechos legales a los matrimonios *de facto* (parejas que vivían juntas) que a los matrimonios legalmente registrados. Convertía el divorcio, que hasta entonces había sido un lujo del que sólo disfrutaban los ricos, en un trámite sencillo al alcance de todos. El resultado fue un enorme aumento de los matrimonios informales y el más alto índice mundial de divorcios —tres veces mayor que en Francia o Alemania, y veintiséis veces mayor que el índice de divorcios de Inglaterra en 1926—, a medida que el colapso del orden patriarcal cristiano y el caos de los años revolucionarios socavaron la moral sexual y los lazos familiares y sociales.[37]

En los primeros años del poder soviético, la disolución familiar era tan común entre los activistas revolucionarios que prácticamente se convirtió en un riesgo laboral. Las relaciones informales eran la regla en los círculos bolcheviques durante la Guerra Civil, cuando cualquier

camarada podía ser enviado sin aviso previo a algún remoto sector del frente. Esa actitud laxa siguió siendo usual durante la década de 1920, cuando los activistas del Partido y sus jóvenes émulos del Komsomol (Liga Juvenil Comunista) eran instruidos para poner en primer lugar su compromiso con el proletariado, postergando el amor romántico y la vida familiar. La promiscuidad sexual fue más pronunciada en las filas juveniles del Partido que entre la juventud soviética en general. Muchos bolcheviques consideraban la licencia sexual como una forma de liberarse de las convenciones morales burguesas y como signo de «la modernidad soviética». Algunos incluso defendían la promiscuidad como medio de contrarrestar la formación de relaciones de pareja, ya que éstas separaban a los amantes de la vida colectiva y minaban su lealtad hacia el Partido.[38]

La creencia de que un bolchevique era un mal marido y padre, porque las demandas del Partido lo mantenían lejos de su casa, se convirtió en un tópico. «Nosotros, los comunistas, no conocemos a nuestra propia familia —comentó un bolchevique de Moscú—. Uno sale muy temprano y vuelve tarde a casa. Rara vez ve a su esposa y casi nunca a los hijos». En los congresos del Partido, en los que se discutió el tema durante toda la década de 1920, se reconoció que los bolcheviques eran más proclives a abandonar a sus esposas y familia que los esposos que no eran del Partido, y que éste tenía mucho que ver con la primacía de la lealtad partidaria por encima de la fidelidad sexual. El problema de las esposas y madres ausentes era igualmente aguda en los círculos partidarios, al igual que en el círculo más amplio de la intelectualidad soviética, donde casi todas las mujeres estaban involucradas en la esfera pública.[39]

Trotski argumentó que el derrumbe doméstico afectaba

más a los bolcheviques que a otros porque estaban «más expuestos a la influencia de las nuevas situaciones». Como pioneros de un estilo de vida moderno, escribió Trotski en 1923, la «vanguardia comunista simplemente pasa más pronto y más violentamente por un proceso inevitable» para la población en general.[40] En muchos hogares del Partido existía la sensación de estar creando un nuevo tipo de familia —una familia que dejaba libres a ambos progenitores y les permitía actuar en la vida pública—, aunque a expensas de una relación íntima y cercana con los propios hijos.

Anna Karpitskaia y su esposo Piotr Nizovtsev eran activistas de alto rango del Partido en Leningrado (así se llamó Petrogrado después de la muerte de Lenin). Vivían en un apartamento privado cerca del Instituto Smolny con sus tres hijos, incluyendo a Marksena,[41*] la hija de Anna de su primer matrimonio, que había nacido en 1923. Marksena rara vez veía a sus padres, que se iban a trabajar por la mañana antes de que ella despertara y volvían muy tarde por la noche. «Sentí la falta de atención de una madre —recuerda Marksena —, y siempre estaba celosa de los niños cuyas madres no trabajaban». En ausencia de sus padres, los niños quedaban al cuidado de dos criadas, un ama de llaves y una cocinera, ambas campesinas que acababan de llegar de las zonas rurales. Sin embargo, por ser la hija mayor, recuerda Marksena, desde los cuatro años tenía «completa autoridad sobre el hogar, y era responsable de él». La cocinera le preguntaba qué debía preparar para la cena y le pedía dinero para hacer las compras en un comercio especial reservado a los funcionarios del Partido. Marksena informaba a su madre si las criadas transgredían las normas del hogar, «o si hacían algo que a mí no me parecía correcto», pero lo más habitual, recuerda, era que «yo misma las reprendiera cuando hacían cualquier cosa que no me gustaba». Marksena se sentía

responsable —entendía que a su madre le convenía dejarla a cargo de la casa— y lo aceptaba como algo natural: «Mi madre dejó perfectamente claro que lo que ocurría en casa no era cosa de ella, y yo nunca se lo cuestioné».

Educada para reflejar los valores de la nueva sociedad, Marksena fue una hija de 1917. Sus padres la consideraban «una pequeña camarada». No tenía juguetes, ni un espacio propio donde jugar libremente como una niña. «Mis padres me trataban como una igual y me hablaban como a una adulta», recuerda Marksena. «Desde temprana edad, me enseñaron a ser independiente y a hacer todo por mí misma». El primer día que fue a la escuela primaria, cuando tenía tan sólo siete años, su madre la acompañó caminando hasta la escuela y le dijo que memorizara el trayecto —una complicada travesía de casi tres kilómetros— para que pudiera regresar sola esa misma tarde. «Desde ese día, siempre fui caminando sola a la escuela», recuerda Marksena. «Nunca se me pasó por la cabeza que alguien debía acompañarme». Marksena compraba todos sus libros y cuadernos en un comercio del centro de la ciudad, al que llegaba después de una caminata de una hora. Desde los ocho años iba sola al teatro, usando el pase que tenían sus padres como funcionarios del Partido, que le permitía sentarse en unos palcos situados en un lateral de la platea. «Nunca nadie me dijo qué debía hacer —explica Marksena—. Me crie yo sola».

Los padres de Marksena eran figuras lejanas en su vida. Incluso en las vacaciones, viajaban solos a algunos de los centros de recreo para funcionarios del Partido en Crimea, dejando a sus hijos en Leningrado. Sin embargo, sus padres sí les imponían sus rígidas premisas ideológicas, que Marksena recuerda como una verdadera molestia. Su madre la reprendía por leer a Pushkin y a Tolstói en vez de los libros

didácticos para niños recomendados por el Partido, tales como la aventura científica *La tierra de Sannikov* (1926), de Vladimir Obruchev, y *La república de Shkid* (1927), de Grigori Belij y Alexei Panteleiev, una historia de huérfanos sin hogar que eran enviados a la escuela en Leningrado. Anna los había traído a casa, y Marksena los leyó obedientemente, pero después fueron guardados en un armario y olvidados. Su madre prohibió a Marksena invitar a amigos de la escuela, porque, según le dijo, era mejor que no vieran con cuánta comodidad vivían los líderes del Partido —aunque con modestia y espartana sobriedad— comparados con sus familias. Sus padres rara vez la elogiaban o la alentaban, y casi nunca la besaban o la abrazaban. Su única fuente de afecto era su abuela, quien la cuidaba cuando estaba enferma. «Me gustaba ir a su casa —explica Marksena—. Me prodigaba mucha atención. Me enseñó a coser, a enhebrar un collar de cuentas. Tenía juguetes para mí y hasta me compró una pequeña cocina de madera, de juguete, que colocó en un rincón de su cuarto, donde me gustaba jugar».[42]

Muchos niños nacidos en familias del Partido después de 1917 describen la ausencia de amor por parte de sus padres. En este aspecto, las costumbres de crianza de la élite soviética no eran demasiado diferentes de las de la aristocracia rusa del siglo XIX, que se interesaba muy poco por los niños y a los que dejaban, desde su más tierna edad, al cuidado de niñeras, doncellas y otros servidores del hogar.[43]

Angelina Yevseieva nació en 1922, en una familia de bolcheviques. Sus padres se habían conocido luchando para el Ejército Rojo durante la Guerra Civil. Al regresar a Petrogrado en 1920, su progenitor se convirtió en comandante de una de las divisiones que reprimió el levantamiento de Kronstadt. En 1925, se inscribió en la

Academia Médico-Militar, donde pasaba las noches estudiando. La madre de Angelina era funcionaría del Commissariat de Comercio. Poco después del nacimiento de Angelina, empezó a asistir al Instituto de Comercio Exterior, donde también estudiaba por las noches. Angelina recuerda haber pasado su niñez casi siempre al cuidado de un ama de llaves:

> Mi madre me amaba, era paciente y atenta, pero no afectuosa; nunca me consentía ni jugaba conmigo. Esperaba que me comportara como una adulta, y como tal me trataba… Mi padre estaba completamente absorto en su trabajo. Yo sentía que era un estorbo para él. Debo de haber sido un fastidio para mis padres.
>
> No me gustaba estar en casa. Crecí en el patio y en la calle, y era una niña traviesa. Una vez, cuando tenía ocho años, mi padre trajo una pecera al volver de un viaje de trabajo que había hecho a Moscú. Como no quería dejarme salir a jugar, incliné la pecera y todos los peces cayeron al suelo. Me golpeó con una manguera, y yo le grité: «¡No eres un padre sino una madrastra, eres una madrastra!».[44]

Maria Budkevich nació en Moscú en 1923, en una familia de un funcionario del Partido que trabajaba en Enciclopedia Militar, la editorial principal de las fuerzas armadas soviéticas. Su padre vivía en un apartamento propio aparte del resto de la familia, no porque estuviera separado de la madre de Maria —una investigadora dedicada a la historia del Partido durante la Guerra Civil—, sino porque vivir solo resultaba más inconveniente para su trabajo. Maria veía tan poco a su padre que, a los cinco o seis años, empezó a dudar que lo tuviera. «No entendía qué era un padre —recuerda—. Sabía que otras niñas tenían a alguien al que llamaban "papá", pero yo rara vez veía a mi propio padre. El aparecía de repente un día, al volver de un viaje al exterior. Había una gran celebración, con regalos para todo el mundo, y después volvía a desaparecer».[45]

Los padres de Elena Bonner eran militantes del Partido en Leningrado. Trabajaban desde la mañana temprano hasta

altas horas de la noche y rara vez veían a sus hijos, a quienes dejaban al cuidado de la abuela. Elena anhelaba el afecto de su madre. Fingía ser «una niña llorona» y con frecuencia simulaba estar enferma para obligar a su madre a quedarse en casa. Envidiaba a otros niños cuyas madres no trabajaban y que, comparados con ella, «parecían siempre contentos». Sus padres, incluso cuando estaban en casa, seguían tan preocupados por su trabajo en el Partido que prestaban escasa atención a los hijos. «Cuando tenía nueve o diez años —recuerda Elena—, mis padres se pasaban las noches escribiendo folletos, que según ellos se referían a "cuestiones de construcción del Partido". Durante mucho tiempo creí que el Partido construía casas».[46]

Los Bonner vivían en un albergue especial para trabajadores del Partido en lo que antes había sido el Hotel Astoria, en Leningrado. En las habitaciones escasamente amuebladas, todo estaba al servicio de su trabajo. Hasta la década de 1920, cuando Stalin empezó a recompensar a sus funcionarios leales con apartamentos de lujo y productos de consumo, casi todos los miembros del Partido vivían espartanamente. Incluso los funcionarios de alto rango vivían con modestia. La familia de Nikolai Semshko, comisario de Salud entre 1923 y 1930, ocupaba un pequeño apartamento, casi sin muebles, en el edificio Narkomfin de Moscú. «No les interesaba ninguna clase de *byt* (confort burgués) o decoración», recuerda uno de sus vecinos.[47]

Los bolcheviques idealistas de la década de 1920 rendían culto a este estilo de vida espartano. Habían heredado un intenso ascetismo de la clandestinidad revolucionaria, origen de sus valores y principios en los primeros años del régimen soviético. El rechazo de las posesiones materiales era una característica central de la cultura y la ideología de la

intelligentsia socialista rusa, que procuró barrer todos los signos de vida doméstica «pequeño-burguesa» —la porcelana ornamental sobre la chimenea, los canarios cantores, todas las plantas, los muebles cómodos, los retratos familiares y otros objetos triviales de la vida hogareña— para adoptar una forma de existencia más elevada y espiritual. La lucha contra el «*byt* filisteo» constituía el núcleo del anhelo revolucionario de establecer un estilo de vida más comunitario. Como el poeta Maiakovski escribió en 1921:

> Desde la pared, Marx no deja de observar
> y de repente,
> abriendo grande la boca
> rompe a bramar:
> La Revolución está enredada en hilos filisteos
> más terrible que Wrangel[48*] es el *byt* filisteo
> Mejor decapitar a los canarios,
> para que el comunismo
> no sea derrotado por unos simples pájaros.[49]

La estética bolchevique consideraba una actitud filistea prodigar atención a la decoración del hogar. El «espacio vital» (así denominaban al hogar los funcionarios soviéticos) ideal debía estar mínimamente amueblado y decorado. Era puramente funcional, con muebles que ocupaban poco espacio, como los divanes que también servían de camas. En el imaginario bolchevique, este estilo de vida simple era una forma de liberarse de la sociedad burguesa, en la que la gente estaba esclavizada por el culto a las posesiones. En *Cemento* (1925), la influyente novela de Fiodor Gladkov, un hombre y su esposa, ambos activistas del Partido, sacrifican su felicidad personal y abandonan su hogar y a su hija para ayudar a reconstruir una fábrica de cemento destruida por la Guerra Civil. Cuando Gleb, el esposo, empieza a añorar la calidez y la comodidad de su hogar, su esposa le recuerda de inmediato que existen propósitos más elevados: «¿Quieres flores en el

alféizar de la ventana y un lecho repleto de cojines? No, Gleb, en invierno vivo en una habitación sin calefacción, y como en la cocina comunal. Yo, soy una ciudadana soviética libre».[50]

Entre los bolcheviques existía una actitud igualmente austera con respecto a la apariencia personal: ropa a la moda, peinados elaborados, joyas, perfumes y cosméticos eran atribuidos al reino vulgar del byt. La «nueva gente» de la vanguardia del Partido se vestía con ropas simples y comunes —seudoproletarias, casi un uniforme militar—, sin un solo atisbo de adorno. Durante la época de la NPE, cuando los bolcheviques temían que las bases del Partido pudieran corromperse debido al confort y las tentaciones de la cultura «burguesa» que súbitamente estaban a su alcance, estas actitudes espartanas eran ensalzadas como símbolo de pureza ideológica. En 1922, Aron Solts, el principal portavoz del Partido en lo concerniente a la ética comunista, advirtió que la NPE podría seducir a los miembros y hacerles creer que «existe alguna clase de vida personal en la que son completamente libres de obedecer a sus propios gustos, e incluso de imitar lo que la sociedad burguesa considera elegante». Solts urgía a los bolcheviques a purgar su interior, este instinto burgués cambiando sus actitudes estéticas. Era «feo que una persona llevase anillos, brazaletes, dientes de oro», y en su opinión dicha conducta «debía suscitar indignación estética» en las filas del Partido.[51]

Valentina Tijanova nació en Moscú en 1922. Creció en el hogar del líder bolchevique Vladimir Antonov-Ovseienko, el hombre que encabezó la toma del Palacio de Invierno en octubre de 1917. Su madre había conocido a ese famoso bolchevique en Praga, donde Vladimir era embajador soviético, y había abandonado al padre de Valentina, un editor, para casarse con él en 1927. Valentina recuerda el

pequeño apartamento de Moscú, en el que había vivido su familia durante la década de 1920, como un lugar «sencillo, con muebles ordinarios y camas de hierro forjado». La única cosa de algún valor era una gran caja de malaquita que pertenecía a su madre. No había ningún ornamento ni objeto decorativo en el apartamento, y sus padres no tenían ningún interés por esas cosas. Ni siquiera cuando su madre se casó con un embajador lució joyas. El ascetismo también regía el hogar de los Antonov-Ovseienko. Su apartamento de la Segunda Casa de Sovnarkom, un gran edificio destinado a los funcionarios de alto rango del Partido en Moscú, tenía cuatro habitaciones pequeñas. En el cuarto de Valentina, semejante a una celda monacal, los únicos muebles eran una cama plegable, un escritorio y una pequeña estantería para libros. Recordando esta atmósfera austera, Valentina la describe como elemento consciente de los principios de la *intelligentsia* (*intelligentnost*) y de la ideología soviética. «Éramos gente del Sovietsovki, dice—. Vivíamos para nuestra fe en la felicidad futura de muestra sociedad, no para la satisfacción de nuestras propias necesidades. Había cierta pureza moral en la manera en que vivíamos».[52]

Liudmila Eliashova creció en la familia de un bolchevique letón. Su padre, Leonid, había huido de Riga cuando era un adolescente, en 1917, y se había unido a los bolcheviques en Petrogrado. Experimentaba cierto resentimiento y vergüenza hacia sus ricos padres judíos, que habían sido estrictos y crueles, y parte de la atracción que sobre él ejercía el movimiento obrero radicaba en ese estilo de vida espartano que, tal como reconoció en una carta dirigida a su esposa en 1920, adoptó como una forma de «renuncia a mi clase burguesa». Según su hija Liudmila. Leonid adjudicaba valor personal a las palabras de *La Internacional*: «Del pasado hay que hacer añicos, / legión esclava en pie para vencer». —No

sólo necesitaba renunciar a su clase —dice—, sino también a su familia y al estilo de vida en que había crecido, con sus cómodos apartamentos y *dachas*, su cocina refinada, sus ropas a la moda, partidas de tenis y tantas otras cosas semejantes».



Leonid Eliashov, 1932

Crio a sus hijas, Liudmila (nacida en 1921) y Marksena (en 1923), enseñándoles a avergonzarse de cualquier riqueza o confort que las situaba por encima de la clase obrera. Solía decirles que debían sentirse culpables por comer un buen desayuno, mientras otros niños, más pobres que ellas, tenían mucho menos para comer. A la hora de las comidas, solía decirles: «Es vergonzoso que estemos comiendo pescado o salchichas cuando todos los demás comen pan y huevos. ¿Qué es lo que nos hace mejores que los otros?». Creía firmemente en el «Máximo del Partido» —un sistema destinado a limitar los salarios de los miembros del partido en la década de 1920 —, y educó a su familia para vivir dentro de sus medios y posibilidades. A las niñas no se les permitía comprar zapatos nuevos hasta que los viejos estaban literalmente destruidos. Sólo podían comer dulces y golosinas en las principales fiestas soviéticas. «Vivíamos muy modestamente», recuerda

Liudmila.

> Teníamos muebles baratos… todos ellos comprados al gobierno. Nuestra comida era sencilla, nuestras ropas las más simples. Nunca vi a mi padre vistiendo otra cosa que el uniforme militar, una chaqueta y botas. Mi madre tenía un «conjunto especial» para el teatro, y uno o dos vestidos, pero nada más… Las salidas al teatro eran nuestro único lujo… eso y montones de libros.

Al igual que muchos hijos de 1917, Liudmila y su hermana fueron educadas para creer que el sacrificio era sinónimo de pureza moral y de la lucha revolucionaria por la felicidad futura de todo el mundo. En 1936, escribió en la portada de su diario: «El sacrificio destruye al insignificante y da templanza al fuerte».[53]

Para algunas familias, el ascetismo de los activistas del partido representaba una tensión excesiva. Los Voitinski son un ejemplo de eso. Iosif Voitinski nació en San Petersburgo en 1884, en el seno de una familia liberal de judíos rusos. Su padre era profesor de matemáticas, su hermano Nikolai ingeniero y, al igual que su otro hermano, Vladimir, Iosif se graduó en la Facultad de Leyes de la Universidad de San Petersburgo. La familia se dispersó con la Revolución de Octubre. Los padres de Iosif huyeron a Finlandia. Vladimir, exmenchevique y figura importante del Gobierno Provisional de 1917, emigró a Berlín, donde se convirtió en un crítico público de los bolcheviques. Iosif y su hermana Nadezhda fueron los únicos miembros de la familia que permanecieron en la así llamada por entonces Petrogrado. Como Vladimir, Iosif también era un exmenchevique, pero esperaba redimirse uniéndose a los bolcheviques y luchando en la Guerra Civil. Para demostrar su lealtad, incluso le escribió a su hermano a Berlín —seguramente sabiendo que su carta sería leída por sus superiores— rogándole que «reconsiderara sus principios políticos y regresara a la Rusia soviética para contribuir en el trabajo común». Aterrado por la posibilidad de recibir algún

castigo a causa de las actividades contrarrevolucionarias de su hermano, Iosif se entregó por entero a la causa del Partido. «Debido a los pecados de mi vida anterior, sólo me han aceptado como miembro durante un período de prueba —le escribió a Nikolai—, pero me hago cargo de una gran cantidad de obligaciones para el Partido, y como un buen comunista estoy siempre dispuesto a que me envíen al infierno».[54]



Josif y Alexandra Yakaterinoslav, 1924

De hecho, fue enviado a Yekaterinoslav, donde trabajó en el departamento legal del sindicato de comercio local. Iosif vivían con su esposa Alexandra en un húmedo sótano casi sin muebles. «No podemos encontrar nada mejor —escribió Alexandra a Nadezhda en 1922—. Todo es muy caro y sólo los hombres NPE pueden pagar la renta. En cuanto a nuestra vida doméstica, carecemos de lo más básico (ropa de cama, vestimenta, agujas, hilo). En una palabra, carecemos de todo».

Iosif estaba demasiado ocupado para pensar en esos «detalles domésticos». Era «poco práctico y desordenado en todo, salvo en su trabajo», según palabras de su esposa. La pareja no tenía dinero, porque el «Máximo del Partido» les

permitía tan sólo una pequeña suma, que enviaban casi en su totalidad a la madre de Iosif, en Finlandia. Alexandra hacía todo lo posible por complementar sus ingresos aceptando trabajos ocasionales. Pero le molestaba tener que trabajar tanto, y culpaba al Partido de haber arruinado sus «sueños de tener una familia». En 1922, Alexandra tuvo un aborto. Según le explicó a Nadezhda en una carta, ella hubiera querido tener el niño, pero había interrumpido su embarazo porque estaba «desgastada por la mala salud» y no quería «añadir una carga más a Iosif» en un momento en que él estaba «agobiado por su trabajo para el Partido». El matrimonio de ambos se resentía. Tenían constantes discusiones a causa del dinero. Iosif había estado sosteniendo una aventura con otra mujer, quien dio a luz un hijo en 1924, y él también se había hecho cargo de mantener a ambos. Su relación con Alexandra estaba a punto de romperse. Iosif solía irse de viaje a trabajar para el Partido, o bien a Moscú, donde dictaba un curso de derecho laboral, o al Kuban, donde trabajaba para los sindicatos. «Rara vez veo a mi Iosif—escribió Alexandra a Nadezhda en 1925—. Me amarga que todo haya terminado de esta manera, pero así es ahora nuestro estilo de vida. No hay lugar para la vida privada, y debemos sepultar todo romanticismo como si fuera una reliquia del pasado».[55]

2

Los bolcheviques consideraban que la educación era la clave para la creación de una nueva sociedad. Por medio de las escuelas y ligas comunistas para niños y jóvenes (los Pioneros y el Komsomol), procuraban adoctrinar a la generación siguiente, instaurando en ella el nuevo estilo de vida colectivo. Tal como declaró en 1918 uno de los teóricos de la educación soviética:

> Debemos convertir a los niños y jóvenes en una generación de comunistas. Los niños, como blanda cera, son muy maleables, y es necesario moldearlos como buenos comunistas (…) Debemos rescatar a los niños de la dañina influencia de la familia (…) Debemos nacionalizarlos. Desde los primeros días de su corta vida, deben encontrarse bajo la benéfica influencia de las escuelas comunistas… Obligar a la madre a entregar su niño al Estado soviético: ésa es nuestra tarea.[56]

La misión primordial de la escuela soviética era alejar a los niños de la familia «pequeño-burguesa», cuya adhesión a la vida privada tendía a socavar el cultivo de los instintos sociales, e inculcarles los valores comunales de una sociedad comunista. «Debe enseñarse a los jóvenes a pensar en términos de "nosotros" —escribió Anatoli Lunacharski, el comisario de Educación, en 1918—, y es necesario dejar atrás todos los intereses privados y particulares».[57]

La transmisión y difusión de los valores comunistas era el principio conductor de los programas escolares soviéticos. En este sentido, y así lo reconocían los especialistas en educación del Soviet, el papel del marxismo en las escuelas soviéticas era

semejante al rol que cumplía la religión en las escuelas zaristas. En las escuelas más experimentales, se ponía más énfasis en el aprendizaje de actividades prácticas que en la teoría. Incluso en las Escuelas Laborales Unidas, destinadas a proporcionar un marco nacional a todos los escolares y estudiantes soviéticos, desde el nivel primario hasta la universidad, el programa usualmente se organizaba en torno a una serie de talleres (en vez de aulas), donde se enseñaba a los niños oficios técnicos y manuales como introducción a las principales materias académicas, en particular, ciencias y economía.[58]

El adoctrinamiento político estaba orientado hacia la producción de activistas. La imagen de propaganda del niño ideal era la de un precoz orador político dedicado al discurso panfletario. Los pensadores pedagógicos sostenían que el comunismo no podía enseñarse en los libros. Debía inculcarse por medio de toda la vida de la escuela, que a su vez debía estar conectada con el mundo más amplio de la política por medio de actividades extracurriculares, tales como la celebración de las fiestas soviéticas, la participación en las marchas públicas, la lectura de los periódicos y la organización de debates y juicios escolares. La idea era iniciar a los niños en las prácticas, cultos y rituales del sistema soviético, de manera que, al madurar, se convirtieran en comunistas leales y activos.

Se les inculcaba, desde temprana edad, el culto al «tío Lenin». En los jardines de infantes se los llamaba «hijos de octubre» (*oktiabriata*) desde el momento en que eran capaces de señalar el retrato del líder soviético. Tras la muerte de Lenin, cuando se temió que toda una generación de niños pudiera crecer sin saber quién había sido el líder, se ordenó a las escuelas que establecieran «rincones Lenin», santuarios

políticos destinados a exhibir propaganda sobre el fundador, semejante a un dios, del Estado soviético. Los relatos legendarios sobre Lenin y otros héroes de la Revolución eran un importante medio de educación política. La mayoría de los niños no entendían la ideología del Estado soviético —veían la Revolución como una simple lucha entre «buenos y «malos»—, pero podían identificarse con los actos heroicos de los revolucionarios.

Las escuelas progresistas se organizaban como versiones en miniatura del Estado soviético: los planes de trabajo y los logros eran exhibidos en las paredes por medio de gráficos; las clases se organizaban como regimientos, y el funcionamiento diario de la escuela estaba regulado por una estructura burocrática de consejos y comités que servían a los niños de introducción al mundo adulto de la política soviética. Había escuelas donde se estimulaba a los niños a organizar su propia policía, donde se los invitaba a redactar denuncias contra los alumnos que habían transgredido las reglas escolares, y donde incluso celebraban juicios en el aula. Para inculcar el valor de la obediencia colectiva, algunas escuelas establecían un sistema de instrucción política con marchas, canciones y juramento de lealtad a la dirigencia soviética. «Marchábamos como soldados en las festividades públicas —recuerda Ida Slavina sobre su época estudiantil en Leningrado—. Nos sentíamos orgullosos de marchar como representantes de nuestra escuela. Cuando pasábamos ante un edificio desde cuyas ventanas nos observaba la gente, disminuíamos el paso y entonábamos al unísono: “empollones que se quedan en casa a mirar por la ventana, ¡qué vergüenza!”».[59]



Un rincón Lenin, década de 1920

Alexei Radchenko nació en 1910 en una familia de famosos revolucionarios. Su tío Stepan era un veterano del movimiento marxista clandestino desde antes de la época de Lenin, y su padre, Ivan, era miembro fundador del partido bolchevique, encargado de desarrollar la industria de la turba (considerada fuente vital de energía) después de 1917. La familia vivía en Shatura, una pequeña ciudad situada al este de Moscú, en una casa grande y cómoda próxima a la central eléctrica, donde se transformaba la turba en energía para abastecer a la capital soviética. La madre de Alexei, Alisia, descendía de una familia pequeño-burguesa sueco-alemana de Tallinn, y había rastros de su educación de clase media en sus gustos personales, en sus aspiraciones a la respetabilidad y en su preocupación por la felicidad doméstica. Pero ideológicamente estaba comprometida con el ideal comunista de aniquilar esa vieja cultura burguesa para crear un nuevo tipo de ser humano. Pionera de las teorías pedagógicas

soviéticas y estrecha colaboradora de Krupskaia en su trabajo dentro del campo de la educación, Alisia consideraba la escolaridad de su hijo como un laboratorio de educación comunista. Sus teorías se basaban en gran parte en las ideas de Piotr Lesgaft, el fundador de la educación física rusa, a cuyas clases Alisia había asistido en San Petersburgo en 1903-1904, y en los escritos de Máximo Gorki (el nombre de su hijo, Alexei, respondía a su admiración por el escritor: el nombre real de Gorki era Alexei Peshkov). Enseñó idiomas a su hijo, le hizo estudiar piano y violín, le asignó tareas en la casa y también todo el trabajo de jardinería con el propósito de infundirle respeto por el trabajo manual, y además concertó para él visitas a las casas de los pobres para desarrollar así su conciencia social. Directora de la Escuela de Trabajo Unido de Shatura desde octubre de 1917, Alisia organizó el establecimiento como una comuna, combinando la enseñanza académica con el trabajo agrícola en una granja, para que los niños entendieran desde el principio lo que era vivir una vida comunista.[60]

Alexei fue educado en la veneración de su padre y otros revolucionarios. Como niño enfermizo que era, pues sufría de una afección en la columna que le impedía caminar bien, Alexei vivía en un mundo de fantasías librescas. Idolatraba a Lenin y se tomó en serio las palabras estimulantes de su padre, que lo instaba «a ser como él». En diciembre de 1923, cuando se enteró de que Lenin padecía una enfermedad mortal, confesó en su diario: «Me fugaría de casa para darle toda mi sangre a Lenin si eso sirviera para salvarle la vida». Tras la muerte del líder soviético, Alexei hizo un rincón Lenin en su habitación, cubriendo los muros con retratos del líder soviético y con textos de sus discursos, que había aprendido de memoria.



Alexei e Ivan Radchenko, 1927.

Alisia llevaba un diario del desarrollo político de Alexei, que mantenía copiando entradas del diario del niño, ejemplos de sus tareas escolares y dibujos, todo ello complementado por sus propios comentarios acerca de la educación de su hijo. Tal como ella misma lo describió, su diario era una «bitácora científica» que podría servir como «guía para el tema de la educación comunista en las familias y en las escuelas». Alisia estimuló a su hijo para que se relacionara con los otros niños de Shatura —que venían de familias de obreros de la central eléctrica—, y trató de hacerle sentir que era el líder de esos amigos menos privilegiados, organizando juegos y actividades para ellos en la espaciosa casa de los Radchenko. «Sigue el ejemplo de tu padre —escribió Alisia en el margen del diario de su hijo—. Aprende a ser un líder de tus amiguitos, así como él es líder de la clase trabajadora». Alentado por su madre, Alexei estableció una organización «secreta» con algunos camaradas de la escuela: la Agencia Central del Comité Ruso de la Asociación de Niños del Mundo. Tenían su propia insignia, su propio himno revolucionario y sus propios estandartes rojos, hechos en casa, con los cuales marchaban por Shatura durante las fiestas

públicas.[61]

Los hijos de 1917 eran alentados a jugar a ser revolucionarios. Los educadores soviéticos estaban bajo la influencia de las ideas del «aprendizaje a través del juego» promovidas por pedagogos europeos como Friedrich Froebel y Maria Montessori. Consideraban el juego estructurado como una experiencia educativa por medio de la cual los niños asimilarían los valores soviéticos del colectivismo, el activismo social y la responsabilidad. El propósito primordial de la escuela soviética, con sus periódicos murales, sus rincones Lenin, consejos y comités, era inculcar a los niños la idea de que ellos también eran potenciales revolucionarios y que debían estar listos para sublevarse —de ser necesario, contra sus propios padres— si la dirigencia del Partido así lo requería. Raisa Berg, quien creció en el seno de una familia intelectual de Leningrado durante la década de 1920, recuerda la camaradería y la buena disposición a la lucha que reinaba entre sus amigos de la escuela:

> Los estudiantes de nuestra clase estaban unidos por un gran espíritu de amistad, confianza y solidaridad. Sin embargo, entre nosotros y nuestros maravillosos maestros, a los que amábamos, se desarrollaba un combate incesante, una verdadera guerra. No teníamos necesidad de elaborar estrategias o conspiraciones, vivíamos según un código no escrito: lo único que importaba era ser leales a nuestros camaradas. No podíamos contarles nada a nuestros padres, porque ellos podían delatarnos a los maestros.[62]

Uno de los juegos más populares en la década de 1929 era Rojos y Blancos, una versión soviética de indios y vaqueros en la que los niños representaban los acontecimientos de la Guerra Civil, con frecuencia usando armas de aire comprimido (*pugachi*), que se comercializaban especialmente para el juego. Rojos y Blancos solía terminar frecuentemente en luchas verdaderas, porque todos los niños querían ser Lenin, como recuerda uno de ellos:

> Peleábamos por el derecho a representar el papel del líder. Todo el mundo quería ser de los Rojos, los bolcheviques, y nadie quería ser de los Blancos, los mencheviques. Sólo los adultos podían acabar esas peleas (…) sugiriendo que lucháramos sin asignar bandos, y que los que ganaran serían los bolcheviques.

Otro juego era Allanamiento y Requisa, en el que un grupo (usualmente los niños) interpretaba el papel de la brigada de requisas del Ejército Rojo y otro grupo (las niñas) actuaba como «especuladores burgueses» o campesinos *kulak* que ocultaban su grano.[63]

Juegos como Rojos y Blancos y Allanamiento y Requisa impulsaban a los niños a aceptar la división soviética del mundo entre «buenos» y «malos». Los estudios realizados en las escuelas soviéticas de la década de 1920 revelaron que los niños, en general, ignoraban hechos básicos de la historia reciente (muchos alumnos no sabían qué era un zar), pero que habían estado bajo la influencia de las oscuras y amenazantes imágenes de los defensores del antiguo régimen tal como aparecían en los panfletos de propaganda, los libros y las películas soviéticas. Estas imágenes inducían a muchos niños a creer que los «enemigos ocultos» seguían existiendo, una creencia que con seguridad producía temores irracionales, histeria y hostilidad contra cualquier indicio del antiguo régimen. Una niña le preguntó a su maestra: «¿Los burgueses se comen a los niños?». Otra, que había visto a un compañero que llevaba una vieja camisa con una corona bordada en el puño almidonado, gritó repentinamente en clase: «¡Cuidado, es un partidario del zar!».[64]

Muchos hijos de 1917 tuvieron su primera experiencia política en los Pioneros. Establecida en 1922, la organización de los Pioneros seguía el modelo del movimiento de los Niños Exploradores, uno de las últimas instituciones públicas de la Rusia comunista que había sido proscrita en 1920. El espíritu de los Exploradores, que pretendía alentar en sus jóvenes

miembros un sentido de deber público por medio de actividades prácticas, siguió prevaleciendo en muchas organizaciones de los Pioneros (al igual que en algunas escuelas soviéticas de élite) durante la década de 1920. Alrededor de una quinta parte de los niños soviéticos de entre diez y catorce años de edad estaban enrolados en los Pioneros para 1925, y la cantidad fue en aumento en los años subsiguientes. Al igual que los Exploradores, los Pioneros tenían sus propios rituales y códigos morales. Tenían un juramento que cada Pionero debía aprender de memoria (muchos de ellos aún lo recuerdan después de tres cuartos de siglo): «Yo, un Joven Pionero de la Unión Soviética, juro solemnemente ante mis camaradas cumplir fielmente los preceptos de Lenin, defender con firmeza la causa de nuestro Partido Comunista y la causa del comunismo». Los Pioneros dedicaban mucho tiempo a marchar y cantar, a la gimnasia y el deporte. Tenían un diálogo establecido como contraseña ritual («¡Pioneros, listos!». Respuesta: «¡Siempre listos!»), que habían tomado del Ejército Rojo. Estaban organizados en brigadas. Tenían sus propios estandartes, banderas y canciones, y un uniforme propio (una camisa blanca y un pañuelo rojo), que era fuente de inmenso orgullo y que, según parece, era para muchos el principal atractivo de la institución. «Yo no entendía el compromiso que implicaba el movimiento. Como todo el mundo, sólo quería mi pañuelo rojo», recuerda un Pionero. Vera Minusova, que se unió a los Pioneros en Perm, en 1928, recuerda: «Me gustaba el uniforme, especialmente el pañuelo, que planchaba todos los días y usaba para ir a la escuela. Era la única ropa pulcra y elegante que tenía. Me enorgullecía y me sentía adulta cuando me la ponía». Valeri Frid, un escolar de Moscú en la década de 1920, estaba tan orgulloso de su pañuelo rojo que no se lo sacó ni para dormir durante varias noches después de

alistarse en los Pioneros.[65]

Gracias a los Pioneros, los niños soviéticos experimentaban un intenso sentimiento de inclusión social. Todos los niños querían ser Pioneros. Era algo excitante y atractivo, y el pañuelo rojo era una marca importante de aceptación social y de igualdad. Los niños que eran excluidos de los Pioneros —como ocurría en muchos casos, debido sobre todo al origen social— experimentaban un agudo sentimiento de vergüenza e inferioridad. Maria Drozdova fue expulsada de los Pioneros porque procedía de una familia *kulak*. Era tan intenso su deseo de que la volvieran a aceptar, que durante años usó el pañuelo escondido debajo de la camisa. A Sofía Ozemblovskaia, hija de un noble polaco, la echaron de los Pioneros tras haber sido vista en una iglesia. Ella recuerda emotivamente su expulsión:



Vera Minusova, principios de la década de 1930.

> De repente publicaron un anuncio —un «avance informativo»— en el periódico mural del corredor de la escuela: «¡Todos a formar filas inmediatamente!». Los niños se apresuraron a salir de sus aulas y se formaron en el patio. A mí me hicieron parar frente a todos ellos para avergonzarme. Los niños gritaban: «¡Qué vergüenza ha causado a nuestra brigada por haber ido a la iglesia!», «¡No es digna de llevar el pañuelo!», «¡No tiene derecho a usarlo!». Me arrojaron tierra y polvo, Después

trataron de quitarme el pañuelo. Rompí a llorar. Grité: «¡No os daré el pañuelo! ¡No me quitaréis el pañuelo!». Caí de rodillas y les supliqué que no me lo quitaran. Pero me lo quitaron de todos modos. Desde ese día, dejé de ser Pionera. [66]

El propósito de la organización de los Pioneros era inculcar a los niños soviéticos los valores y la disciplina comunistas. Se los sometía al mismo régimen de «planes de trabajo» y «revista» empleado en el Komsomol y en el Partido. Según el psicólogo y teórico pedagógico A. B. Zalkind, principal defensor del Partido del condicionamiento social de la personalidad, el objetivo del movimiento Pionero era entrenar «guerreros revolucionarios comunistas completamente liberados de los venenos clasistas de la ideología burguesa». Krupskaia creía que los Pioneros reemplazarían a la familia y se convertirían en la influencia primordial para los niños soviéticos. A los Pioneros se les enseñaba a ser trabajadores y obedientes, puros de pensamiento y en la acción. «En los Pioneros aprendí a ser aguda y pulcra, a terminar todas mis tareas puntualmente, y a ser disciplinada en todo lo que hacía —reflexiona Minusova —. Esos fueron mis principios para toda la vida».[67]

Los Pioneros llevaban a cabo una gran variedad de actividades: organizar marchas, editar periódicos murales, el trabajo voluntario (*subbotniki*),[68*] obras teatrales y conciertos, y todas ellas estaban destinadas a infundir en los Pioneros el sentido del activismo social y del liderazgo. Vasili Romashkin nació en 1914 en el seno de una familia campesina de la provincia de Moscú. Al recordar su época escolar y su involucración con los Pioneros, señala especialmente el énfasis sobre la actividad pública:

¿Qué significaba ser un «ciudadano soviético»? Significaba amar a la madre patria soviética, trabajar duro y dar el ejemplo, según nos enseñaban en la escuela y en los Pioneros. Yo me tomé estas palabras muy en serio. En mi tercer año escolar (en 1924), ya era presidente del comité escolar. Más tarde ejercí de presidente del tribunal de la escuela, de fiscal y

> de vicepresidente del sindicato escolar. Era un Pionero activo. En los Pioneros aprendí a amar a mi escuela y a mi país más que a mi propia familia. Amaba a la directora de la escuela de nuestra aldea como si fuera mi propia madre.[69]

Pero no todos los Pioneros eran tan activos como Romashkin. Para muchos niños, las actividades de los Pioneros eran tan sólo una forma de juego. Ida Slavina, hija de un prominente jurista soviético, recuerda haber formado su propio club en el edificio de apartamentos donde crecio, en Leningrado:

> Me gustaba leer el *Murzilka*, un periódico para niños en cuya cubierta se leía este eslogan: «¡Mamá! ¡Papá! ¡Nosotros os quitaremos el poder!». El periódico instaba a los niños a establecer un nuevo estilo de vida reuniendo todos sus juguetes y organizándose en un club, algo similar a los Pioneros. Yo era la líder de los niños de nuestra escalera. Leía el periódico en voz alta y explicaba a los miembros de mi club el significado de los artículos. La administración del edificio nos autorizó a usar una habitación del sótano para nuestras reuniones. Empapelamos las paredes con retratos de nuestros héroes revolucionarios y guardamos allí todos nuestros juguetes.[70]

Otros Pioneros se abocaban a actividades políticas con mayor seriedad. Alentados por sus mayores, imitaban las prácticas de los comunistas adultos y desempeñaban el papel de burócratas y policías. Estos precoces entusiastas iban con maletines a las «reuniones ejecutivas», donde argumentaban los eslóganes del Partido, redactaban actas formales y denunciaban a los maestros sospechosos de tener ideas antirrevolucionarias. Incluso había Pioneros que ayudaban a la policía a atrapar «espías» y «enemigos», actuando como informantes en las calles.[71]

A los quince años, los niños soviéticos pasaban de los Pioneros al Komsomol. No todos hacían esa transición. En 1925, el Komsomol contaba con un millón de miembros —alrededor del 4 por ciento de los jóvenes en edad de pertenecer a la organización (entre los quince y los veintitrés años)—, un porcentaje cinco veces menor que el de los niños

que formaban parte de los Pioneros.[72] Unirse al Komsomol era ingresar en una carrera que conducía a ser miembro del Partido. Había muchos empleos y cursos universitarios que sólo estaban disponibles para miembros del Komsomol, o en los que tenían preferencia ante candidatos mejor cualificados que ellos. Nina Vishniakova recuerda su ingreso al Komsomol como un «acontecimiento de gran importancia»:

> Hasta el día de hoy [escribió en 1990] recuerdo cada palabra del reglamento (…). Me produjo sentimientos muy intensos: recuerdo haber pensado que, de pronto, me había convertido en una adulta responsable (…). Me parecía que podía hacer mucho más de lo que había podido hacer antes de alistarme. Mi sueño siempre había sido pertenecer a la élite soviética, hacer algo importante, y ahora ese sueño se hacía realidad.[73]

El poeta Eugeni Dolmatovski, que nació en 1915 en el seno de una familia de abogados moscovitas, recuerda su transición de los Pioneros al Komsomol en 1930. Por llegar tarde a la reunión de admisión, Dolmatovski fue reprendido por el secretario del movimiento, quien le dijo que evidentemente no era «suficientemente maduro para unirse al Komsomol», y que «sólo lo hacía para forjarse una carrera». Cuando Dolmatovski le contó a su padre el incidente, fue criticado por tomárselo a la ligera. «Te están vigilando —le advirtió su padre—, y debes demostrar que estás dispuesto a entregarte a ellos». En la siguiente reunión, Dolmatovski fue interrogado por una muchacha, quien le preguntó si estaba «dispuesto a sacrificar su vida por el poder soviético».[74]

Pertenecer al Komsomol implicaba aceptar las órdenes, las reglas y la ética del Partido Comunista. Se suponía que los miembros del Komsomol debían poner su lealtad a la Revolución por encima de la lealtad a su familia. Ya no eran niños, sino jóvenes comunistas, de los que se esperaba que, como miembros del Partido, desarrollaran sus vidas en la esfera pública. El Komsomol funcionaba como un ejército de reserva para el Partido, una reserva de jóvenes activistas y

entusiastas que abastecía al Partido de voluntarios para el trabajo proselitista, así como de espías e informantes prestos a denunciar la corrupción y los abusos. Esas tareas atraían mucho a la juventud soviética de las décadas de 1920 y 1930, moldeada en los ideales de la Revolución y la Guerra Civil, cuando la acción y la energía eran fundamentales para el triunfo. Mucha gente joven se unía al Komsomol no por ser comunista, sino por ser activista: esos jóvenes querían hacer algo, y no tenían otra vía para canalizar su energía social.[75] Los miembros tenían la obligación de denunciar a los «enemigos de clase» entre sus padres y maestros y, como entrenamiento para la tarea, tomaban parte en simulacros de juicios de «contrarrevolucionarios» en las escuelas y universidades.

Nacidos demasiado tarde (entre 1905 y 1915) para ser educados con los valores de la antigua sociedad, y demasiado jóvenes para poder tomar parte en la sangrienta lucha de la Guerra Civil, estos jóvenes activistas tenían una visión muy romántica del «período heroico» de la Revolución. «Ansiábamos que nos asociaran con los revolucionarios, nuestros hermanos mayores y padres —recuerda Romashkin—. Nos identificábamos con su lucha. Nos vestíamos como ellos, al estilo militar, y hablábamos en una suerte de jerga del ejército, que copiábamos de los muchachos mayores de la aldea, quienes habían traído a casa ese lenguaje desde el Ejército Rojo». Los activistas adoptaron con todo ahínco la cultura espartana de los bolcheviques. Por haber crecido en el yermo paisaje económico de la Primera Guerra Mundial y la Guerra Civil, la austeridad no les era ajena. Aun así, eran militantes especialmente ardorosos en cuanto a su ascético rechazo de toda riqueza o placer personal («burgués») que pudiera desmerecer la lucha revolucionaria. Algunos formaron comunas a las que entregaron todo su dinero y

posesiones para «abolir el individualismo». También en términos morales eran absolutistas que luchaban por liberarse de los antiguos convencionalismos.[76]

Los idealistas del Komsomol de la década de 1920 formaban un grupo especial que desempeñaría un papel de importancia en el régimen estalinista. Los valores que los regían fueron descritos por Mijail Baitalski, un activista del Komsomol de la región de Odessa, quien formó un club junto con sus amigos: «Los que fanfarroneaban o se quejaban eran llamados "intelectuales corruptos". "Intelectual corrupto" era uno de los rótulos más insultantes. Sólo "egoísta interesado" era un insulto peor». En esos círculos existía un compromiso total con la causa del Partido. Nadie se escandalizó, por ejemplo, cuando se informó de que un agente de la Cheka (la policía política) había confiscado la ferretería de su propio padre para satisfacer necesidades de la Revolución. Pensar en la felicidad personal era considerado vergonzoso, y era una actitud que debía abolirse. La Revolución exigía el sacrificio de los placeres de hoy en nombre de una vida mejor en el futuro. Así lo expresaba Baitalski:

> Con las esperanzas puestas en el futuro, un sentimiento de participación personal en la revolución mundial, que era inminente, y la voluntad de compartir plena responsabilidad por ella, nos sentíamos elevados y fortalecidos en todos los aspectos, incluso en los más cotidianos. Era como esperar un tren que nos llevaría a alguna parte para realizar algo maravilloso, y todos nos esforzábamos, dichosos, por escuchar su silbato en la distancia…[77]

Las relaciones íntimas entre varones y mujeres jóvenes eran consideradas como una distracción de la pasión colectiva por la Revolución. El matrimonio era considerado despectivamente como un convencionalismo «burgués». «Es inadmisible pensar en las relaciones personales —declaró en 1926 un activista del Komsomol de la Fábrica Roja Putilov, de Leningrado—. Esas ideas pertenecen a una época anterior a la

Revolución de Octubre que ya ha pasado».[78] Baitalski tuvo un largo noviazgo con una joven judía llamada Yeva, secretaria de la célula local del Komsomol. Pero había pocas oportunidades para el romance porque Yeva estaba celosamente dedicada a su trabajo, y él sólo podía esperar llevarla de la mano y robarle un beso cuando la acompañaba a su casa después de una reunión del Komsomol. Finalmente se casaron, y Yeva tuvo un hijo, al que llamaron Vi en honor a Lenin (ésas eran las iniciales de los dos nombres de Lenin). En 1927, Baitalski fue expulsado como «contrarrevolucionario trotskista» tras la expulsión de Trotski del Partido. Yeva puso en primer término su lealtad al Partido. Dando por hecho que su esposo había sido culpable de cometer actividades contrarrevolucionarias, renunció a él y lo echó del hogar. Baitalski fue arrestado en 1929.

Al revisar estos acontecimientos desde la perspectiva de la década de 1970, Baitalski pensaba que Yeva era una buena persona, pero que su bondad había quedado en segundo plano ante su sentido del deber hacia el Partido, cuyos artículos de fe habían predeterminado su respuesta al «bien» y el «mal» del mundo. Había subordinado su personalidad y capacidad de razonamiento a la «intransigente» autoridad colectiva del Partido. Había «decenas de miles de Yevas» entre los bolcheviques, y su aceptación incuestionable del juicio del Partido persistió incluso cuando la Revolución dio paso a la dictadura estalinista:

> Esta gente no degeneró. Por el contrario, cambió demasiado poco. Su mundo interno siguió siendo el mismo, impidiéndoles ver las cosas que habían empezado a cambiar en el mundo exterior. Su desdicha fue su conservadurismo (yo lo llamaría su «conservadurismo revolucionario»), expresado a través de su inalterable devoción (…) a los estándares y definiciones adquiridos durante los primeros años de la Revolución. Incluso era posible convencer a esa gente de que, por el bien de la Revolución, debían confesar que eran espías. Y muchos fueron convencidos, y murieron creyendo en la necesidad revolucionaria de su

desaparición.[79]

3

«Nosotros, los comunistas, somos gente de un tipo especial —dijo Stalin en 1924—. Estamos hecho de mejor materia (…). No hay nada más alto que el honor de pertenecer a este ejército». Los bolcheviques se consideraban portadores de virtudes y responsabilidades que los distinguían del resto de la sociedad. En su importante libro *Ética del Partido* (1925), Aron Solts comparó a los bolcheviques con la aristocracia de la época zarista. «Hoy —escribió—, somos nosotros quienes constituimos la clase gobernante… Es de acuerdo con la manera en que vivamos, nos vistamos, valoremos esta o aquella relación, y de acuerdo con la manera en que nos comportemos, que se establecerán las costumbres en nuestro país». Por tratarse de una casta proletaria gobernante, resultaba inaceptable que un bolchevique se relacionara estrechamente con personas de una clase social diferente. Según Solts, era «de mal gusto», por ejemplo, que un bolchevique se casara con una mujer que no perteneciera a la clase proletaria, y esos matrimonios debían ser condenados de la misma manera que «hubiera sido condenado en el siglo pasado el matrimonio de un conde con una criada».[80]

La ideología del Partido rápidamente llegó a dominar todos los aspectos de la vida pública en la Rusia soviética, del mismo modo que la ideología de la aristocracia había dominado la vida pública en la Rusia zarista. El propio Lenin comparó a los bolcheviques con la nobleza y, de hecho, unirse al Partido,

después de 1917, era como ascender en la clase social. Otorgaba una situación preferencial a los cargos burocráticos, un estatus y privilegios de élite, y el derecho a compartir la suerte del Partido. Hacia el final de la Guerra Civil, los bolcheviques se habían atrincherado en todos los principales cargos del gobierno, cuya burocracia creció desmedidamente a medida que casi todos los aspectos de la vida en la Rusia soviética cayeron bajo el control del Estado. Hacia 1921, la burocracia soviética era diez veces más grande de lo que había sido nunca en el Estado zarista. Había dos millones y medio de funcionarios estatales, un número que duplicaba la cantidad de obreros industriales de Rusia. Ellos constituían la base social del régimen.

Las actitudes elitistas arraigaron rápidamente en las familias de los bolcheviques y fueron transmitidas a sus hijos. La mayoría de los escolares soviéticos daban por hecho que los miembros del Partido gozaban de un estatus más elevado que otros miembros de la sociedad, según un estudio realizado en varias escuelas en 1925, empleando juegos controlados. Si se les permitía decidir en una disputa entre dos niños, los otros usualmente decidían a favor del niño que reclamaba prioridad en el patio y cuyos padres eran bolcheviques. El estudio sugería que las escuelas soviéticas habían infundido un cambio importante en los valores infantiles, reemplazando el antiguo sentido de justicia e igualdad que antes predominaba en la clase trabajadora por un nuevo sistema jerárquico. Los hijos de los miembros del Partido mostraban un sentimiento de autoridad firmemente desarrollado. En un juego controlado, un grupo de niños jugaba a los trenes; los niños querían que el tren partiera y no querían esperar a que una niña subiera a bordo, pero la niña dijo: «El tren esperará. Mi esposo trabaja en la GPU [la policía política] y yo también». Luego subió a bordo del tren y exigió

que le dieran un billete gratis.[81]

El calificativo definitorio de esta élite autoproclamada era la «moral comunista». El Partido Bolchevique se autocalificaba como una vanguardia moral y política, cuyo mesiánico sentido del liderazgo exigía que sus miembros demostraran que eran dignos de pertenecer a esa élite. Por ser un elegido, cada miembro estaba obligado a demostrar que su conducta privada y sus convicciones satisfacían los intereses del Partido. Debía demostrar que era un verdadero seguidor del comunismo; demostrar que poseía una conciencia moral y política más elevada que la masa de la población; que era honesto, disciplinado, trabajador y que estaba desinteresadamente dedicado a la causa. No era un sistema moral en el sentido convencional. Los bolcheviques rechazaban la idea de la moralidad abstracta o cristiana por considerarla una forma de «opresión burguesa». Era, en cambio, un sistema en el que todos los temas morales estaban subordinados a las necesidades de la Revolución. «La moralidad—escribió un teórico del Partido en 1924— es lo que ayuda al proletariado en la lucha de clases. La inmoralidad es todo lo que la obstaculiza».[82]

La convicción era la cualidad moral crucial de todo bolchevique «consciente». Era lo que distinguía al verdadero comunista del que quería «hacer una carrera» y que se unía al Partido con fines interesados. Y la convicción era sinónimo de una conciencia limpia. Las purgas y los juicios públicos del Partido estaban concebidos como una inquisición del alma del acusado destinada a exponer la verdad de sus convicciones (de ahí la importancia que se otorgaba a las confesiones, consideradas como revelación del yo oculto). La convicción, y más aún las creencias, era un asunto público, no privado. Tal vez se las relacionaba con la tradición ortodoxa

de la confesión y la penitencia públicas, que marcaban una diferencia tan importante respecto de la naturaleza privada de la confesión en el Occidente cristiano. Sea como fuere, la moral comunista no daba lugar a la noción occidental de la conciencia como un diálogo privado con el yo interior. En este sentido, la palabra rusa para «conciencia» (*sovest'*) casi desapareció del uso oficial después de 1917. Fue reemplazada por el término *soznatel'nost'* que implica la idea de conciencia o la capacidad de alcanzar un juicio moral y una comprensión del mundo más elevados. En el discurso bolchevique, *soznatel'nost'* significaba el logro de una lógica moral-revolucionaria más elevada, es decir, la ideología marxista-leninista.[83]

Por supuesto, no se esperaba que todos los bolcheviques poseyeran un conocimiento detallado de la ideología del Partido. Para las bases, era suficiente que los miembros se dedicaran a la práctica diaria de sus rituales —juramentos, himnos, ceremonias, cultos y códigos de conducta—, de la misma manera que los fieles de una religión organizada expresaban su fe cuando asistían a la iglesia. Pero las doctrinas del Partido debían aceptarse como artículos de fe por todos sus seguidores. Su juicio colectivo debía aceptarse como Justicia. Acusados de crímenes por el liderazgo, los miembros del Partido debían arrepentirse, arrodillarse ante el Partido y recibir con gusto su sentencia. Defenderse era agregar otro delito a los ya cometidos: el de disentir de la voluntad y el poder del Partido. Esto explica por qué tantos bolcheviques se rindieron a su destino en las purgas, aun cuando fueran inocentes de los crímenes de los que habían sido acusados. Esa actitud quedó de manifiesto en una conversación hecha pública por un amigo del líder bolchevique Iuri Piatakov, poco después de la expulsión de Piatakov del Partido por ser considerado trotskista, en 1927.

Para conseguir ser readmitido, Piatakov había abjurado de muchas de sus más antiguas y acendradas convicciones políticas, pero esto no lo convertía en un cobarde, como lo acusaba su amigo. Más bien, como lo explicó Piatakov, demostraba que:

> un verdadero bolchevique podrá purgar rápidamente de su mente ideas en las que ha creído durante muchos años. Un verdadero bolchevique ha sumergido su personalidad en la colectividad, en «el Partido», en grado tal que eso mismo le permite hacer el esfuerzo necesario para liberarse de sus propias opiniones y convicciones… Está dispuesto a creer que el negro era blanco y el blanco era negro, si el Partido así lo requiere.[84]

No obstante, precisamente por haber cambiado tan radicalmente sus ideas, Stalin nunca confió en Piatakov —ni en otros «renegados»—, y ordenó su arresto en 1936.

Las purgas empezaron mucho antes de que Stalin accediera al poder. Tuvieron su origen en la Guerra Civil, cuando las filas del Partido crecieron rápidamente y sus líderes temieron ser aplastados por «carreristas» y «ventajistas». Los blancos de las primeras purgas eran grupos sociales enteros: «elementos burgueses regenerados», *kulaks* y grupos semejantes. Los bolcheviques que procedían de un entorno obrero eran eximidos del escrutinio, a menos que se hubiera formulado una denuncia específica en su contra en alguna reunión de purga. Pero durante la década de 1920 hubo un cambio gradual en la práctica de las purgas, con un énfasis cada vez mayor sobre la conducta y las convicciones privadas de cada bolchevique.

Este cambio se vio acompañado de un sistema cada vez más elaborado de inspección y control de la vida privada de los miembros del Partido. Los postulantes que ansiaban unirse al Partido debían demostrar que creían en su ideología. Se atribuía mucha importancia al momento en que se habían convertido a la causa, y se consideraba que sólo los que habían luchado en las filas del Ejército Rojo durante la Guerra

Civil habían demostrado su grado de compromiso. A lo largo de todo el transcurso de sus vidas, se requería a los miembros del Partido que escribieran una breve autobiografía o completaran un cuestionario (*anketa*), con el que proporcionaban detalles acerca de su entorno social, su educación y su carrera, y sobre la evolución de su conciencia política. Estos documentos eran, esencialmente, una forma de confesión pública mediante la cual los miembros del Partido reafirmaban sus méritos para contarse entre los elegidos. El punto clave era demostrar que la formación de su conciencia política se debía por entero a la Revolución y a la tutela del Partido.[85]

Un trágico incidente acaecido en la Academia de Minería de Leningrado sirvió para reforzar la insistencia del Partido en supervisar la vida privada de sus miembros. En 1926, una estudiante se suicidó en la residencia de la academia. Se descubrió que había sido impelida al suicidio por la cruel conducta de su amante. Konstantin Korenkov no fue llevado a juicio, aunque sí fue excluido del Komsomol acusado de «responsabilidad moral por el suicidio de una camarada». La Comisión de Control de la organización regional del Partido —una suerte de tribunal regional— invalidó la decisión, que consideró demasiado severa, y la reemplazó por «una severa reprimenda y una advertencia». Pocas semanas después, Korenkov y su hermano menor robaron la oficina del cajero de la Academia de Minería, matando al cajero de una puñalada e hiriendo a su esposa. El caso estuvo a cargo de Sofía Smidovich, miembro de alto nivel de la Comisión Central de Control, la organización responsable de ética y legalidad del Partido, quien definió el «korenkovismo» como una «enfermedad» cuyo síntoma más evidente era la indiferencia a la moral y la conducta de los propios camaradas:

> La vida privada de mi camarada no me concierne. El colectivo de estudiantes observa cómo Korenkov encierra a su esposa enferma, sangrando literalmente (…) bien, es su vida privada. Se dirige a ella con insultos y expresiones hirientes (…), nadie interfiere. Lo que es más: en la habitación de Korenkov suena un disparo, y el estudiante del cuarto de abajo ni siquiera considera necesario ir a ver qué está ocurriendo. Valora que se trata de un asunto privado.

Smidovich argumentó que era tarea del colectivo instaurar estándares morales a sus miembros por medio de la vigilancia y la intervención en sus vidas privadas. Sólo de esa manera, insistía, se podría promover el verdadero colectivismo y la «conciencia comunista».[86]

El sistema de mutua vigilancia y denuncia ideado por Smidovich no era un invento de la Revolución de 1917. La denuncia y la delación habían sido durante siglos elementos presentes en el gobierno ruso. Las peticiones dirigidas al zar en contra de funcionarios que abusaban de su poder habían desempeñado un papel vital en el sistema zarista, reforzando el mito popular de un «zar justo» que (en ausencia de tribunales o de otras instituciones públicas) protegía al pueblo de los «malos servidores». En los diccionarios rusos, el acto de «denuncia» (*donos*) era definido como una virtud cívica («la revelación de actos ilegales») más que como una actitud egoísta y malévola, y esta definición permaneció inalterada durante las décadas de 1920 y 1930.[87] Pero bajo el régimen soviético, la cultura de la denuncia adquirió nuevo significado e intensidad. Los ciudadanos soviéticos fueron alentados a informar sobre sus vecinos, colegas, amigos e incluso familiares. La vigilancia era el deber primordial de cada bolchevique. «Lenin nos enseñó que cada miembro del Partido debe convertirse en un agente de la Cheka, es decir, que debe vigilar y presentar informes», argumentó Sergei Gusev, quien había ascendido hasta convertirse en miembro de alto nivel de la Comisión Central de Control.[88] Los

miembros del Partido recibían la orden de informar sobre sus camaradas si creían que sus pensamientos o su conducta privada amenazaban de alguna manera la unidad del Partido. En fábricas y barracones, se exhibía una lista de los candidatos a convertirse en miembros del Partido delante de la oficina de la célula del Partido. Los miembros del colectivo eran invitados a escribir denuncias contra los candidatos, señalando sus defectos personales (como por ejemplo, que eran bebedores, agresivos o de mal carácter), que luego serían discutidos por un comité. Los informes de conversaciones privadas se convirtieron en una característica cada vez más común de las denuncias, aunque algunos líderes expresaron sus reservas acerca de la moralidad de esa práctica. En el XIV Congreso del Partido, celebrado en 1925, se decidió que informar sobre una conversación privada era en general una práctica censurable, pero no si esa conversación era considerada «una amenaza a la unidad del Partido».[89]

La instigación a la denuncia fue un elemento central de la cultura de la purga que se desarrolló durante la década de 1920. En las organizaciones soviéticas y del Partido, había reuniones regulares de purga en las que funcionarios y miembros del Partido debían responder a las críticas emanadas de las bases bajo la forma de denuncias orales y escritas. Estas reuniones podían volverse muy personales, como descubrió la joven Elena Bonner, quien presenció una de ellas realizada en la residencia del Comintern:

> Le preguntaban a la gente por sus esposas, y a veces por sus hijos. Resultó que algunos golpeaban a sus esposas y bebían vodka en cantidad. Batania [la abuela de Bonner] hubiera dicho que las personas bien educadas no formulan esa clase de preguntas. A veces, el que era sometido a la purga decía que no golpearía más a su esposa o que dejaría de beber. Y muchos decían, sobre su trabajo, que «no lo harían más» y que «entendían todo». Parecía como cuando a una la citan en la sala de maestros: el maestro está sentado, te reprende, los otros maestros esbozan una sonrisa perversa, y una dice rápidamente «entiendo», «por supuesto,

> me equivoqué», pero no lo dice en serio, o sólo quiere salir de allí para volver con los otros niños al recreo. Pero esta gente estaba más nerviosa que cuando una estaba ante la maestra. Algunos prácticamente lloraban. Era desagradable verlo. Cada purga llevaba mucho tiempo; en algunas sesiones, se ocupaban de tres personas a la vez, otras veces sólo de una.[90]

Poco a poco, había menos cosas de la vida privada de los bolcheviques que escapara a la mirada y la censura de la dirigencia del Partido. Esta cultura pública, en la que se esperaba que todos revelaran su mundo íntimo a la comunidad, fue específica de los bolcheviques —no hubo nada semejante en el movimiento nazi o fascista, donde cada nazi o cada fascista estaba autorizado a tener una vida privada, mientras se adhiriera a la ideología y las reglas de su partido—, hasta que se produjo la Revolución Cultural china. Los bolcheviques rechazaron explícitamente cualquier distinción entre vida privada y vida pública: «Cuando un camarada dice: "Lo que estoy haciendo en este momento es de la incumbencia de mi vida privada, no de la sociedad", decimos que eso no es correcto», escribió un bolchevique en 1924.[91] Toda la vida privada de un miembro del Partido era social y política, todo lo que hacía tenía un impacto directo en los intereses del Partido. Ése era el significado de la «unidad del Partido»: la completa fusión del individuo con la vida pública.

En su libro *Ética del Partido*, Solts concebía al Partido como un colectivo autocontrolado, donde cada bolchevique vigilaba y criticaba las motivaciones y conductas privadas de sus camaradas. Pero, en realidad, esta vigilancia mutua conseguía exactamente lo contrario: alentaba a las personas a aparentar cumplir con los ideales soviéticos, mientras ocultaban su verdadera personalidad en una esfera privada secreta. Ese disimulo se difundiría ampliamente en el sistema soviético, que exigía la *exhibición* de lealtad y castigaba la *expresión* del disenso. Durante el terror de la década de 1930,

cuando el secreto y el engaño se convirtieron en estrategias de supervivencia imprescindibles para casi todo el mundo en la Unión Soviética, apareció un tipo absolutamente nuevo de personalidad, y de sociedad. Pero esta doble vida ya era una realidad en la década de 1920 para grandes sectores de la población, especialmente para las familias del Partido, que vivían bajo la mirada pública, y para todos aquellos cuyo origen social o creencias los hacían vulnerables a la represión. La gente aprendió a llevar una máscara y a desempeñar el papel de leales ciudadanos soviéticos, aun cuando vivieran según principios diferentes en la intimidad de su propio hogar.

Hablar era peligroso en una sociedad como aquella. Las conversaciones familiares repetidas fuera del hogar podían ser causa de arresto y encarcelamiento. Los niños eran la principal fuente de peligro. Naturalmente charlatanes, eran demasiado pequeños para entender la importancia política de las cosas que escuchaban en sus casas. El campo de juegos, especialmente, era un semillero de informantes. «Nos enseriaron a controlar nuestra lengua y a no hablar con nadie acerca de nuestra familia», recuerda la hija de un funcionario bolchevique de mediano rango de Saratov:

> Había ciertas reglas sobre lo que se escuchaba y lo que se decía que nosotros, los niños, tuvimos que aprender. Lo que por casualidad escuchábamos decir a los adultos, en susurros, o lo que escuchábamos que decían a nuestras espaldas, no debíamos repetirlo ante nadie. Nos meteríamos en problemas incluso si permitíamos que los adultos se enteraran de que habíamos escuchado alguna conversación. A veces decían algo e inmediatamente nos advertían: «Las paredes oyen», o «Vigila tu lengua» o alguna otra expresión (…). Pero en general, aprendimos esas reglas por instinto. Nadie nos explicó que lo que se decía podía ser peligroso políticamente, pero de alguna manera lo sabíamos.[92]

Nina Iakovleva creció en una atmósfera de silenciosa oposición al régimen soviético. Su madre provenía de una familia noble de Kostroma que había huido de los

bolcheviques durante la Guerra Civil; su padre era un revolucionario socialista[93] que había sido encarcelado después de participar en el gran levantamiento campesino contra los bolcheviques en la provincia de Tambov, en 1921 (escapó de la cárcel y huyó a Leningrado, donde volvió a ser arrestado en 1926 y sentenciado a cinco años en la prisión especial de aislamiento de Suzdal). De niña, durante la década de 1920, Nina sabía que no debía hablar de su padre con sus amigos de la escuela. «Mi madre no decía una sola palabra sobre política —recuerda Nina—. Incluso declaraba explícitamente su falta de interés por los temas políticos». A partir de esa actitud de su madre, Nina aprendió a cerrar la boca. «Nadie estableció reglas específicas sobre lo que se podía decir, pero flotaba un sentimiento general, una atmósfera dentro de la familia, que hizo que entendiéramos claramente que no debíamos hablar de nuestro padre». Nina también aprendió a desconfiar de cualquiera fuera de su familia inmediata. «No quiero a nadie, sólo quiero a mamá, a papá y a la tía Liuba —le escribió a su padre en 1926—. Solamente amo a nuestra familia. No quiero a nadie más».[94]

Galina Adasinskaia nació en 1921 en el seno de una familia de activos opositores. Su padre era también un revolucionario socialista, su madre y su abuela eran mencheviques (los tres fueron arrestados en 1929). En la década de 1920, cuando todavía era posible que los exrevolucionarios socialistas y mencheviques trabajaran en el gobierno, los padres de Galina llevaban una doble vida. Su padre trabajaba en la administración de cooperativas, una organización económica promovida por la NPE, y su madre en el Ministerio de Comercio, pero en privado ambos seguían siendo fieles a sus antiguos principios políticos. Galina era excluida de esta esfera política secreta, sobre todo para protegerla. Fue educada para convertirse en una «niña soviética» (se unió a

los Pioneros y al Komsomol). «La política era algo que mis padres hacían en su trabajo, o algo sobre lo que escribían. Pero en casa jamás hablaban de esas cosas… Creían que la política era un asunto sucio».[95]

Los hogares en los que fueron criadas Nina y Galina posiblemente hayan sido casos extremos, pero las reglas de silencio que aprendieron instintivamente eran observadas en muchas familias. Sofía Ozemblovskaia, hija del noble polaco que fue expulsado de los Pioneros después de que se le vio en la iglesia, vivía con su familia en la mitad delantera de una casa de madera, en una aldea próxima a Minsk. «En casa nunca hablábamos de política ni nada semejante —recuerda —. Mi padre siempre decía: "Las paredes oyen". Una vez incluso nos mostró cómo podíamos escuchar la conversación de nuestros vecinos apoyando un vaso contra la pared. Entonces entendimos. A partir de ese momento, también temimos a nuestros vecinos».[96]

Liubov (Liuba) Tetiueva nació en 1923 en Cherdyn, una pequeña ciudad de los Urales. Su padre, Alexandr, clérigo ortodoxo, fue arrestado en 1922 y encarcelado durante la mayor parte de ese año. Tras su liberación, la OGPU (policía política) lo presionó para que se convirtiera en informante y entregara informes sobre sus propios feligreses, pero él se negó. El Soviet de Cherdyn despojó a los Tetiuev de derechos civiles, y no les entregó una tarjeta de racionamiento cuando se introdujo el sistema de racionamiento, en 1929.[97*] La iglesia de Alexandr fue tomada por los «renovadores» (*obnovlentsi*), reformistas eclesiásticos dispuestos a simplificar la liturgia ortodoxa y que tenían el apoyo del régimen soviético.



La familia Tetiuev (Liuba, a los cuatro años, sentada al centro), Cherdyny 1927.

Poco después, Alexandr fue arrestado por segunda vez, tras una denuncia presentada por los *obnovlentsy*, quienes lo acusaban de sembrar «discordia entre los creyentes» (negándose a unirse a ellos). La madre de Liuba fue despedida de su empleo en el museo de Cherdyn, donde trabajaba en la catalogación de la biblioteca, mientras que el mayor de sus dos hermanos fue expulsado de su escuela y del Komsomol. La familia dependía de las ganancias de la hermana mayor de Liuba, que trabajaba como maestra. Liuba recuerda su niñez en la década de 1920:

> Si mis padres necesitaban hablar de algo importante, siempre salían de casa y conversaban en susurros. A veces hablaban con mi abuela en el patio. Nunca mantenían esas conversaciones delante tic sus hijos… nunca… Jamás argumentaban ni hablaban críticamente del gobierno (aunque tenían mucho que criticarle), al menos nunca ante nosotros o donde pudiéramos oírlos. Lo único que mi madre siempre nos decía era: «No hay que ser charlatán. Nunca. Cuanto menos escuchéis, mejor». Crecimos en una casa llena de susurros.[98]

4

Muchas familias experimentaron una creciente brecha generacional durante la década de 1920: las costumbres y hábitos de la antigua sociedad siguieron predominando en el espacio hogareño privado, donde reinaban los mayores, pero los niños y los jóvenes estaban cada vez más expuestos a la influencia de la propaganda soviética difundida a través de la escuela, de los Pioneros y del Komsomol. Para la generación mayor, la situación planteaba un dilema moral: por un lado, querían transmitir a sus hijos las tradiciones y creencias familiares; por otro, tenían que educarlos como ciudadanos soviéticos.

En casi todas las familias, los abuelos eran los principales transmisores de los valores tradicionales. La abuela, en particular, desempeñaba un papel especial, ya que asumía la responsabilidad de la crianza de los niños y el manejo del hogar, cuando ambos padres trabajaban, o funcionaba como auxiliar en el caso de que la madre no cumpliera una jornada laboral de tiempo completo. En palabras del poeta Vladimir Kornilov, «(…) en nuestra época parecía que no había madres. / Sólo había abuelas».[99] La influencia de la abuela se manifestaba de diversas maneras. Al estar a cargo de la conducción del hogar, la abuela influía directamente sobre los modales y los hábitos de los niños. Contaba a sus nietos historias de «la vieja época» (antes de 1917), que a su vez podían servir como punto de referencia o de contrapeso a la

historia oficial, dándoles así la oportunidad de cuestionar la propaganda con que los bombardeaban en la escuela. La abuela mantenía vivos los valores del siglo XIX leyendo a los niños literatura rusa prerrevolucionaria, poco frecuentada en las escuelas soviéticas, o llevándolos a teatros, galerías y salas de concierto.[100]

Elena Bonner fue criada por su abuela. «Batania, no mamá, era el centro de mi vida», escribió Elena más tarde. Por ser activistas del Partido, el padre y la madre de Elena estaban ausentes con frecuencia del hogar de los Bonner. En la relación con su abuela Elena halló el amor y el afecto que anhelaba y que no recibía de sus padres. Batania proporcionó a su nieta un contrapeso moral a la influencia soviética que ejercían en ella sus progenitores. De niña, Elena advirtió que su abuela —una mujer regordeta pero «asombrosamente bella», con modales «calmos pero imperiosos»— vivía en un mundo diferente del mundo soviético en el que vivían sus padres.

> Los amigos y conocidos de Batania rara vez venían a nuestro edificio, donde sólo ella y los niños no eran miembros del Partido. Pero yo con frecuencia la acompañaba a visitarlos. Vi que vivían de otra manera… tenían platos diferentes, muebles diferentes. (En nuestra casa, Batania era la única que tenía muebles normales y unas pocas cosas bellas…) Hablaban de manera diferente sobre todas las cosas. Sentí (esta impresión definitivamente estaba marcada por papá y mamá) que eran personas de una clase diferente (…). Lo que no podía decir era si se trataba de una clase peor o mejor.

La perspectiva moral conservadora de Batania tenía sus raíces en el mundo de la burguesía judía rusa. Era trabajadora, estricta pero afectuosa, completamente consagrada a la familia. Durante la década de 1920, Batania trabajó como «especialista» (*spets*) —una clase de expertos y técnicos «burgueses», muy ridiculizada pero no obstante necesaria— en la oficina de la Aduana de Leningrado, donde desempeñaba un cargo de contable. Ganaba más que los

padres de los Bonner, limitados por el «máximo del Partido». Batania tenía anticuadas actitudes de frugalidad respecto del dinero y del gobierno de la casa, que eran motivo de constantes fricciones con el «régimen soviético» que los padres de Elena imponían en el hogar.



Batania Bonner con sus nietos (desde la izquierda: Zoria, Elena, Yegorka), Moscú, 1929.

Leía mucho pero «con obstinación se negaba a leer literatura contemporánea» y «por principios» no iba al cine, hasta tal punto llegaba su desdén por el mundo moderno. No albergaba más que «desprecio hacia el nuevo orden», se refería con menosprecio a los líderes del Partido y reprochaba a su propia hija los excesos de la dictadura bolchevique. Cuando estaba verdaderamente enojada, siempre empezaba diciendo: «Déjame recordarte que antes de esta revolución tuya…». Después de que el gobierno soviético prohibió la celebración de Carnaval, la más colorida del calendario ortodoxo, Batania, que simpatizaba con todas las viejas costumbres, le dijo a su nieta: «Bien, puedes agradecerle esto a tu papá y tu mamá». No es sorprendente, entonces, que Elena se sintiera confundida por el conflicto de valores que se daba

dentro de su familia. «Había un conflicto de colosales dimensiones en lo referido a nuestra educación», recuerda en la entrevista.

> La abuela solía traerme libros de la Biblioteca de Oro de los Niños, diversas tonterías, y mamá hacía una mueca de desaprobación, aunque nunca se atrevía a decirle nada. Mamá traía a casa otra clase de libros, el de Pavel Korchagin,[101*] por ejemplo, que trajo para mí en manuscrito, y que yo también leía. Yo no sabía qué clase de libros era la que más me gustaba.

Elena amaba a su abuela y la respetaba «más que a cualquier otra cosa en el mundo», pero —y no resulta sorprendente— también quería identificarse con sus padres y con su mundo: «Siempre percibí a los amigos de papá y mamá como familiares, y a los de Batania como extraños. En esencia, yo ya pertenecía al Partido».[102]

En el hogar moscovita de Anatoli Golovnia, que fue el camarógrafo de la mayoría de las películas de Vsevolod Pudovkin durante las décadas de 1920 y 1930, la madre de Anatoli, Lidia Ivanovna, era la influencia dominante. Nacida en el seno de una familia de comerciantes griegos de Odessa, Lidia había sido educada en el Instituto Smolny, donde adquirió las actitudes y hábitos refinados de la aristocracia rusa. Lidia transmitió esas costumbres al hogar de los Golovnia, que gobernaba con férrea disciplina, al estilo «Victoriano ruso». Despreciaba los vulgares modales de la esposa de Anatoli, una actriz de cine de extraordinaria belleza llamada Liuba, que había llegado a Moscú desde Cheliabinsk, lugar del que era originaria su pobre familia campesina. Lidia consideraba que el gusto de Liuba por la ropa y el mobiliario costosos reflejaba la codicia material de la «nueva burguesía soviética», la clase de campesinos y obreros que ascendían en las filas de la burocracia. En una acalorada discusión, que se produjo cuando Liuba volvió a casa después de una salida de compras, le dijo que representaba «el aspecto horrible de la

Revolución». La propia Lidia tenía gustos simples. Siempre se ataviaba con el mismo vestido, negro, largo y con grandes bolsillos en los que guardaba una polvera y unos impertinentes. Por ser una sobreviviente de la hambruna que había azotado el sudeste ruso y Ucrania al final de la Guerra Civil, vivía con terror de morir de hambre, aunque los ingresos de Anatoli eran más que suficientes para mantener a la familia, que incluía también a la hermana de Liuba y a su hija Oksana. Lidia planificaba cada comida en un pequeño cuaderno, con las cantidades exactas de cada cosa que había que comprar. Tenía sus comercios favonios, la refinada panadería Filippovski y la tienda Eliseyev de la calle Iverskaia, donde «solía permitirse el lujo de beber un vaso helado de zumo de tomate». Recordando su infancia, Oksana escribió en 1985:

> Mi abuela era una persona muy modesta y disciplinada. Era algo así como una moralista, quizás incluso una pedagoga. Siempre trataba de hacer «lo correcto». Recuerdo cuánto le gustaba decirle a su hijo, que era un bolchevique convencido: «Si hicieras las cosas como las hago yo, hace mucho que habrías construido tu comunismo». Daba su opinión sin miedo alguno, y no ocultaba nada de lo que pensaba o hacía. Creía firmemente en que las ideas debían expresarse con claridad y de viva voz, sin fingimientos, engaños o miedo. Con frecuencia solía decirme: «¡No hables en susurros, es de mala educación!».[103*] Ahora me doy cuenta de que se comportaba de esa manera para dar un ejemplo moral a su nieta… para mostrarme la manera correcta en que debía comportarme. ¡Gracias, abuela![104]

Las abuelas también eran las principales practicantes y guardianas de la fe religiosa. Casi siempre era la abuela quien organizaba el bautismo de un niño soviético —a veces sin el consentimiento o incluso el conocimiento de sus padres—, quien llevaba a los niños a la iglesia y les transmitía las costumbres y creencias religiosas. Aunque conservaran la fe religiosa, los padres de los niños soviéticos eran menos proclives a transmitirles esas creencias, en parte por miedo de

que se enteraran, por ejemplo, en la escuela, y de que todo el asunto tuviera desastrosas consecuencias para la familia. «Mi abuela me llevó a que me bautizaran, aunque mi padre y mi padre se oponían violentamente —recuerda Vladimir Fomin, que nació en el seno de una familia de obreros en Kolpino, cerca de Leningrado—. La ceremonia se celebró en secreto en una iglesia rural. Mis padres temían perder su trabajo en la fábrica si la gente descubría que yo había sido bautizado».[105]

Las creencias religiosas de una abuela podían provocar un choque entre el niño y el sistema ideológico reinante en las escuelas soviéticas. Nacida en 1918, en una familia de adinerados ingenieros de Tiflis, Eugenia Yevangulova pasó gran parte de su infancia con sus abuelos en Rybinsk, porque su padre, Pavel, que era director de Minas del Consejo de Minería Soviético, viajaba con frecuencia a Siberia, y su madre, Nina, que estudiaba en Moscú, no podía hacerse cargo del cuidado de su hija. Devota esposa de un comerciante, de la vieja escuela, la abuela de Eugenia fue la influencia más importante en la educación de la nieta. Le dio un pequeño crucifijo para que lo llevara bajo la blusa su primer día de clase. Pero un grupo de niños lo descubrió y se burló de la niña. «¡Cree en Dios!», gritaron mientras la señalaban. Eugenia quedó traumatizada por el incidente. Se volvió muy retraída. Cuando la invitaron a unirse a los Pioneros, se negó, un raro acto de protesta entre los niños de su edad, y más tarde se negó también a unirse al Komsomol.[106]

Boris Gavrilov nació en 1921. Su padre era gerente de fábrica y miembro importante del Partido en uno de los suburbios industriales de Leningrado. Su madre era maestra. Boris fue criado por su abuela materna, viuda de un rico comerciante de marfil, cuya fe religiosa ejerció sobre él una influencia duradera:

> La abuela tenía su propia habitación —teníamos cinco habitaciones en

> total—, cuyas paredes estaban cubiertas de imágenes religiosas y grandes iconos con sus lámparas votivas. Era la única habitación en la que mi padre permitía que hubiera iconos. Mi abuela iba a la iglesia y me llevaba con ella, sin decírselo a mi padre. Me encantaba el servicio de la Pascua, aunque era muy largo (…). La iglesia era su única alegría —no iba al cine ni al teatro—, y sólo leía libros religiosos, que fueron también los primeros libros que yo aprendí a leer. Mi madre también era religiosa, pero no iba a la iglesia. No tenía tiempo, y de cualquier manera mi padre no se lo habría permitido. En la escuela me enseñaron a ser ateo. Pero yo me sentía atraído por la belleza de la iglesia. Cuando murió mi abuela [en 1934], mi madre me alentó a seguir yendo a la iglesia. A veces incluso comulgaba e iba a confesarme. Siempre he usado una cruz, aunque no me considero especialmente religioso. Naturalmente, no dije ni una palabra sobre mi religión en la escuela, ni cuando ingresé en el ejército [en 1941]. Era imprescindible ocultar esas cosas.[107]

La división entre el hogar y la escuela creaba conflictos en muchas familias. Los niños con frecuencia se sentían confundidos por las contradicciones entre lo que les decían los padres y lo que les enseñaban los maestros. «En casa escucha uno una cosa y otra diferente en la escuela. No sé cuál es la mejor», escribió un escolar en 1926. El tema de la religión resultaba particularmente confuso. Una escolar comentó que se sentía «tironeada por dos fuerzas opuestas»: en la escuela le enseñaban que «no hay Dios, pero en casa mi abuela dice que Dios existe». El tema de la religión dividía a jóvenes y viejos, especialmente en el campo, donde los maestros alentaban a los niños a cuestionar las creencias y la autoridad de sus mayores. «A la hora del té, discutí con mi madre sobre la existencia de Dios —escribió un escolar rural en 1926—. Ella dijo que el poder soviético se equivocaba al combatir la religión y perseguir a los sacerdotes. Pero yo le aseguré: "No, mamá, la equivocada eres tú. El Partido está en lo cierto. El sacerdote es un mentiroso"». Una vez que se unían a los Pioneros, los niños ganaban en confianza. Adquirían conciencia de sí mismos como miembros de un movimiento dedicado a arrasar las retrógradas costumbres del pasado. «Un día, durante la Cuaresma, cuando volví a

casa de la escuela, mi abuela sólo me dio patatas con mi té —escribió un Pionero—. Yo me quejé, y mi abuela me dijo: “no te enojes, el ayuno de la Cuaresma aún no ha terminado”. Pero yo repliqué: “Tal vez sea así para ti, porque eres vieja. Pero nosotros somos Pioneros y no estamos obligados a respetar estos rituales». Esta seguridad y confianza se hacía aún más pronunciada en el Komsomol, donde el ateísmo militante era considerado signo de una conciencia política «progresista», y casi un requisito para la pertenencia al movimiento.[108]

Los padres debían elegir con gran cuidado lo que decían a sus hijos sobre Dios, tomando con frecuencia la decisión de no darles educación religiosa, aun cuando ellos mismos tuvieran inclinaciones religiosas. Reconocían que sus hijos debían adaptarse a la cultura soviética para tener éxito en sus vidas adultas. Esta clase de concesión era particularmente común entre las familias con profesiones de alto nivel, que entendían que la concreción de las ambiciones de un niño dependía de la acreditación por parte del Estado. Un ingeniero, hijo de un arquitecto, recuerda que sus padres fueron educados antes de la Revolución como creyentes en Dios, y para seguir los principios que sus abuelos les habían transmitido. Pero él fue educado para respetar otros principios, «ser decente —según él mismo lo expresó— y responder a todas las exigencias sociales que se le planteaban». Una situación similar prevalecía en el hogar moscovita de Piotr y Maria Skachkova, ambos bibliotecarios. Aunque eran religiosos e iban a la iglesia, no educaron a sus tres hijas para que creyeran en Dios, como recuerda una de ellas:

> Mis padres pensaban de esta manera: una vez se prohibió la religión, decidieron no hablar del tema con sus hijas, porque nosotras tendríamos que vivir en una sociedad diferente de la sociedad en la que ellos habían crecido. No querían obligamos a llevar una doble vida, en el caso de que

nos uniéramos a los Pioneros o al Komsomol.[109]

Muchas familias llevaban verdaderamente una doble vida. Celebraban las fiestas públicas soviéticas, como el 1 de mayo y el 7 de noviembre (el Día de la Revolución) y satisfacían la ideología atea del régimen, pero seguían observando su fe religiosa en la intimidad de sus hogares. Ekaterina Olitskaia era miembro del Partido Socialista Revolucionario.

En la década de 1920 fue exiliada a Riazan, donde se instaló en la casa de una anciana, viuda de un extrabajador ferroviario, y su hija, una integrante del Komsomol que trabajaba en una fábrica de papel. La anciana era una devota religiosa pero, por insistencia de su hija, guardaba sus iconos en un armario secreto oculto tras una cortina al fondo de la casa. Su hija tenía miedo de que la despidieran si el Komsomol descubría que había iconos en su casa. «Los domingos y otras fiestas de guardar ellas descorrían la cortina y encendían las lámparas votivas —escribe Olitskaia—. Y se cercioraban de que las puertas estuvieran cerradas con llave». Antonina Kostikova creció en un hogar igualmente reservado. Su padre fue el campesino coordinador del consejo de una aldea de la provincia de Saratov, entre 1922 y 1928, pero en privado conservaba su fe ortodoxa. «Nuestros padres eran muy religiosos —recuerda Antonina—. Sabían todas las plegarias. Mi padre era especialmente devoto, pero rara vez hablaba de religión, sólo de la noche, cuando estaba en casa. Nunca nos permitió [a sus tres hijos] verlo rezar. Nos decía que debíamos aprender lo que nos decían sobre Dios en la escuela». La madre de Antonina, una simple mujer campesina, guardaba un icono escondido en un compartimento dentro de la gaveta de una mesa, que Antonina sólo descubrió tras la muerte de su madre en la década de 1970.[110]

La observancia secreta de los rituales religiosos se daba incluso en las familias del Partido. De hecho, se trataba de una actitud muy común, a juzgar por el informe de la Comisión Central de Control, que revelaba que casi la mitad de los miembros expulsados del Partido en 1925 habían sufrido la purga a causa de su observancia religiosa. Había numerosos hogares del Partido en los que Cristo marchaba de la mano con el ideal comunista, y el retrato de Lenin se exhibía junto a los iconos de la familia en el rincón «rojo» o «sagrado» de la sala.[111]



Niñera campesina, familia Fursei (Leningrado).

La niñera, otra portadora de los valores tradicionales rusos dentro de la familia soviética, era una aliada natural de la abuela. Las niñeras eran empleadas de muchas familias urbanas, especialmente en los hogares en los que trabajaban ambos padres. Había un suministro casi ilimitado de niñeras que provenían del campo, particularmente después de 1928, cuando millones de campesinos huyeron a las ciudades escapando de la colectivización, y llevando con ellos las costumbres y creencias del campesinado.

Prácticamente todos los bolcheviques empleaban niñeras

para que cuidaran de sus hijos. Era una necesidad práctica de casi todas las mujeres del Partido, al menos hasta que el Estado proporcionó cuidado infantil universal, porque debían salir a trabajar. En muchas familias del Partido, la niñera actuaba como un contrapeso moral de las actitudes soviéticas que gobernaban el hogar. Irónicamente, los bolcheviques de mayor rango tendían a dar empleo a las niñeras más caras, que en general tenían opiniones reaccionarias. Los Bonner, por ejemplo, tuvieron una serie de niñeras, incluyendo a una que había trabajado en el hogar del conde Sheremetev, en San Petersburgo, una alemana báltica (conocida de los amigos terratenientes de Batania), que enseñó a los niños «buenos modales», e incluso una que había trabajado antes para la familia imperial.[112]

Las niñeras podían ejercer profunda influencia sobre la vida familiar. En el hogar de Leningrado de los activistas del Partido, Ana Karpitskaia y Piotr Nizovtsev, por ejemplo, había una niñera campesina llamada Masha, una devota antigua creyente[113*] que observaba sus rituales religiosos en la casa. Comía aparte, usando sus propios platos y cubiertos, rezaba cada mañana y cada noche en su habitación, e incluía a los niños en los elaborados ritos de su fe. Masha también practicaba la curación, como lo había hecho en su aldea natal del norte de Rusia, preparando remedios con hierbas para aliviar diversas enfermedades de los niños. Al ser una persona amable y cariñosa, Masha se ganó el respeto de sus empleadores, quienes la protegieron de la persecución que las autoridades soviéticas emprendían contra los activistas religiosos. Su presencia contribuyó a establecer la rara atmósfera liberal que reinaba en el hogar. «No nos resultaba raro tener a una antigua creyente en la familia —recuerda Marksena, la hija de Anna—. En nuestro hogar no había rastros del ateísmo militante que cundía en otros hogares del

Partido en ese momento. Nos educaron para ser tolerantes con todas las religiones y creencias, aunque nosotros éramos ateos».[114].

Inna Gaister fue otra hija de bolcheviques que se vio profundamente afectada por los valores de su niñera. El padre de Inna, Aron Gaister, era uno de los economistas principales de la Gosplan (la Comisión Estatal de Planificación); su madre, Rajil Kaplan, era economista del Comisariado del Pueblo de la Industria Pesada. Ambos procedían de familias trabajadoras de la Zona de Residencia, el rincón sudoeste del Imperio Ruso, donde los judíos habían sido forzados a residir en la Rusia /arista. La pareja se conoció en Gomel, una ciudad de Bielorrusia; se unieron al Partido durante la Guerra Civil y, en 1920, se mudaron a Moscú, a un apartamento comunal. Aron estudió en el Instituto de Profesores Rojos, mientras Rajil trabajaba en el Sindicato de Trabajadores Textiles. Como muchos judíos soviéticos, los Gaister depositaron todas sus esperanzas en el programa de industrialización, que según creían acabaría con el retraso, la desigualdad y la explotación en la Unión Soviética. Dos meses después del nacimiento de su primera hija, Inna, en 1925, contrataron a una niñera llamada Natasha, quien se fue a vivir con ellos a su nuevo hogar. Natasha Ovchinnikova procedía de una familia campesina de la provincia de Riazan, al sur de Moscú, cuya pequeña granja había sido arruinada por las confiscaciones de cereal instrumentadas por los bolcheviques durante la Guerra Civil. En la gran hambruna de 1921, Natasha huyó a la capital.



Natasha Ovchinnikova.

Rara vez hablaba de su familia con los Gaister. Pero incluso a la temprana edad de ocho o nueve años, Inna advirtió que el mundo en que había crecido su niñera era muy diferente del mundo en que vivían sus padres. Inna reparó en que Natasha rezaba en la iglesia; la oía llorar en su habitación. Vio la pobreza de sus familiares de Riazan —que también habían escapado a la capital y vivían como inmigrantes ilegales en un barracón atestado— cuando iba con Natasha a visitarlos. La sobrina de la niñera, una niña con quien Inna solía jugar, no tenía zapatos, de modo que Inna le llevó uno de sus pares y luego mintió, diciendo que los había perdido, cuando sus padres advirtieron la desaparición del calzado. Aunque era demasiado pequeña para plantearse cuestionamientos políticos, luna ya había sellado una tácita alianza con Natasha y su familia.[115]

El mundo campesino del que procedían estas niñeras estaba regido en general por las tradiciones de la familia patriarcal. En 1926, el campesinado representaba el 82 por ciento de la población soviética: ciento veinte millones de personas (en una población total de ciento cuarenta y siete millones de personas), dispersas en seiscientas trece mil

aldeas y poblados remotos desperdigados por toda la Unión Soviética.[116] El apego del campesinado al trabajo familiar de la granja que era propiedad privada de la familia era el último bastión del individualismo en la Rusia soviética y, para los bolcheviques, el más importante obstáculo social que interfería en la concreción de su utopía comunista.

En algunas regiones, especialmente en la Rusia central, las costumbres urbanas empezaban a infiltrarse en el campo, y los hijos alfabetizados de los campesinos empezaban a desplazar a sus padres en el gobierno de las granjas familiares, o a separarse de la familia extendida para establecer hogares propios. Pero en el resto del territorio las tradiciones de la familia patriarcal campesina seguían vigentes.

Antonina Golovina nació en 1923 en el seno de una familia campesina; era la menor de seis hijos. Su aldea, Obujovo, situada a ochocientos kilómetros al noreste de Moscú, era una antigua población de casas de madera en medio del bosque; había una laguna en medio de la aldea y una gran iglesia de madera construida en el siglo XVIII. Los Golovin habían vivido siempre en Obujovo (veinte de las cincuenta y nueve viviendas de la aldea estaban ocupadas por miembros del clan Golovin en 1929).[117] El padre de Antonina, Nikolai, había nacido en la aldea en 1882, y salvo los tres años que había pasado en el ejército durante la Primera Guerra Mundial, vivió allí toda su vida. Al igual que muchas aldeas, Obujovo era una comunidad estrechamente unida en la que la familia y las relaciones de parentesco desempeñaban un papel fundamental. Los campesinos se consideraban una sola «familia» y enseñaban a los niños a dirigirse a los adultos con términos familiares («tío», «tía» y términos por el estilo). Los intentos de los bolcheviques de dividir al campesinado en clases sociales en pugna —los *kulaks* (o «burguesía rural») y

los campesinos pobres (el así llamado «proletariado rural»)—fracasaron absolutamente en Obujovo, tal como ocurrió en gran parte de la Rusia soviética durante la Guerra Civil.

Como campesino trabajador, sensato y exitoso, y como miembro del más importante clan de la aldea, Nikolai era una figura muy respetada en Obujovo. «Era un hombre silencioso —no hablaba por hablar—, pero trabajaba honestamente y se ocupaba de las cosas», recuerda uno de los aldeanos. Al acabar la Primera Guerra Mundial, Nikolai se convirtió en líder de la comuna campesina de Obujovo. Gobernada por una asamblea de los principales granjeros, la comuna campesina era una antigua institución, establecida en la época de la servidumbre, que regulaba virtualmente todos los aspectos de la vida social y agraria de la aldea. Su capacidad de autogobierno se había ampliado considerablemente con la emancipación de los siervos de 1861, momento en el que se hizo cargo de las funciones administrativas, policiales y judiciales que habían estado en manos de los terratenientes y se convirtió en la unidad básica de la administración rural. La comuna controlaba la tierra de los campesinos, que en casi todas partes de Rusia era propiedad comunitaria, aunque se cultivaba individualmente; establecía los patrones comunes de cultivo y de pastoreo que eran necesarios para el sistema de campos abiertos (en los que no había cercos entre las franjas de tierra), y periódicamente redistribuía la tierra arable entre las granjas campesinas según el tamaño de las familias, un principio igualitario que también ayudaba a la comuna a pagar los impuestos al Estado, asegurando que la tierra estuviera cultivada en su totalidad por familias de trabajadores. En 1917, la comuna se convirtió en el núcleo de la organización de la revolución campesina. Después del colapso del antiguo orden rural, y tras la huida de la mayoría de sus líderes, de la burguesía y del clero, que abandonaron

las zonas rurales, en toda Rusia los campesinos se apoderaron del control de la tierra y —sin esperar orden alguna del gobierno central o de los partidos revolucionarios de las ciudades— la redistribuyeron entre la comuna campesina y los diversos consejos aldeanos (Soviets) y comités que habían establecido para el gobierno de sus propios intereses durante 1917.[118]

Antes de la Revolución, Nikolai había arrendado tierras arables.11 sacerdote de la aldea. Como la mayoría de los campesinos en Rusia, donde la superpoblación y los métodos agrícolas ineficaces daban como resultado la escasez de tierras, había dependido de esa tierra arrendada para alimentar a su familia. En 1917, la comuna se apoderó del control de las tierras de la Iglesia y las dividió, junto con las tierras comunales, entre los campesinos. Nikolai recibió cuatro hectáreas de tierra cultivable y de pastoreo, una extensión proporcional al número de «bocas» de su familia (es decir, el tamaño de su familia). Ahora tenía casi el doble de tierra de la que había tenido para cultivar antes de 1917, y ya no era arrendada. Pero cuatro hectáreas no bastaban para vivir en Obujovo, ni en ninguna otra parte del norte de Rusia, donde el suelo era pobre y la tierra cultivable estaba dividida en parcelas dispares por la zonas boscosas y luego (para asegurar que todos los campesinos recibieran una cantidad igual de estas pequeñas parcelas) era dividida nuevamente por la comuna en angostas franjas, cada una de ellas de unos pocos metros de ancho e inadecuadas para los arados modernos. La tierra cultivable de los Golovin estaba constituida por alrededor de ochenta franjas de tierras repartidas en dieciocho lugares distintos… una cantidad que no era inusual entre los campesinos de la región del Vologda. Para complementar sus ingresos, los campesinos trabajaban en artes y oficios, que siempre habían representado un papel

vital, casi tan importante como el de la agricultura, en la economía de las aldeas norteñas, y que florecieron con la NPE, ya que el gobierno estimulaba los oficios rurales e incluso los subsidiaba a través de cooperativas. Nikolai tenía un taller de talabartería en la parte trasera de su granja. «En nuestra casa», recuerda Antonina:

> Teníamos suficiente para vivir, pero sólo gracias a nuestro trabajo y a nuestro temperamento ahorrador. Los seis hijos trabajábamos la tierra, incluso el menor, y papá trabajaba muchas horas en su taller haciendo zapatos y otros artículos de cuero. Cuando compraba una vaca en el mercado, se aseguraba de sacar el máximo de ella. La despedazaba, vendía la carne, curtía el cuero él mismo (todos los campesinos de nuestra región dominaban ese oficio), fabricaba botas con él y luego también las vendía en el mercado.[119]

Esta ética del trabajo era «la principal filosofía de nuestra educación infantil», recuerda. Era típico en las más industriosas familias campesinas que los niños trabajaran en la granja desde tierna edad. Estos campesinos se enorgullecían de su labor, como recuerda Antonina:

> A papá le gustaba decirnos que todo lo que hacíamos debía estar bien hecho… como si fueran obras maestras. Eso era lo que llamaba «el estilo Golovin»… que en su boca era el mayor elogio. Cuando fuimos a la escuela, nos dijo a todos que debíamos estudiar mucho y aprender una buena profesión. A sus ojos, las buenas profesiones eran la medicina, la docencia, la agronomía y la ingeniería. No quería que sus hijos aprendieran a hacer zapatos, porque eso le parecía una vida muy dura, a pesar de que él era un artista en su oficio, y nosotros, sus hijos, al igual que todos los que venían a nuestra casa, nos sentíamos estimulados e inspirados por la belleza de su trabajo.[120]

Nikolai construyó su propia casa, un edificio largo, encalado, de una sola planta, junto al molino, en el centro de Obujovo. Era la única casa de ladrillos de toda la aldea; tenía un comedor y un dormitorio, ambos escasamente equipados con muebles de fábrica comprados en Vologda y dos camas de hierro, una para Nikolai y su esposa, Yevdokia, y la otra para sus dos hijas (los varones dormían en el suelo, en el comedor). Afuera, junto a la cocina, donde estaba la única

entrada de la casa, había un corral protegido para los animales, con un establo para vacas, una pocilga para cerdos, un pesebre y dos graneros. En el corral también había un baño, una letrina, un depósito de herramientas y un taller, y detrás se extendía un jardín colmado de manzanos.

Nikolai era un padre estricto. «Todos sus hijos le teníamos miedo —recuerda su hija Antonina—, pero era un miedo basado en el respeto.

Como solía decir nuestra madre: “Dios está en el cielo y papá en la casa”.

Lo que dijera papá lo entendíamos como una ley. Incluso los cuatro varones». En esta clase de familia patriarcal había poca ternura o intimidad entre los adultos y los niños. «Nunca besábamos ni abrazábamos a nuestros padres —dice Antonina—. No los amábamos de esa manera. Nos criaron para respetarlos y venerarlos. Siempre les obedecíamos». Pero eso no significa que no hubiera amor. Nikolai adoraba a su hija menor, quien recuerda un momento emotivo de su infancia, cuando apenas tenía cuatro años. Vestido con su mejor camisa de algodón, la de los días de fiesta, su padre la llevó en sus fuertes brazos hasta la iglesia de la aldea.

> De repente, tomó mis manos y se las llevó a los labios. Cerró los ojos y me besó las manos con gran emoción. Lo recuerdo bien. Ahora entiendo cuánto significaba yo para él, cuánto necesitaba expresar su amor. Estaba tan pulcro, olía tan bien con su camisa nueva adornada con encaje pardo. [121]

5

Para las élites de la antigua sociedad, la transmisión de las tradiciones y valores familiares a la generación siguiente era particularmente complicada; si querían tener éxito en la nueva sociedad, simplemente no podían aferrarse a sus costumbres habituales, sino que debían adaptarse a las condiciones que imponía la vida soviética. Para mantener un equilibrio entre lo antiguo y lo nuevo, las familias podían adoptar diversas estrategias. Por ejemplo, podían llevar una doble vida, retirándose a un mundo privado (la «emigración interior») donde se aferraban en secreto a sus antiguas creencias y convicciones, incluso ocultándoselas a sus hijos, que eran educados al estilo soviético.

Los Preobrazhenski son un buen ejemplo de una antigua familia de élite que conservó en secreto algunos de los aspectos de su vieja vida, a pesar de haberse adaptado a las condiciones de la vida soviética. Antes de 1917, Piotr Preobrazhenski había trabajado como sacerdote en el Hospital Psiquiátrico Priazhka, en San Petersburgo. Era uno de los «Espiritualistas» a los que la emperatriz Alexandra había recurrido para aliviar al zarevich de la hemofilia antes de la llegada de Rasputín a la corte. La esposa de Piotr era una graduada del Instituto Smolny, y confidente de la emperatriz viuda María Fiodorovna. Después de 1917, Piotr y su hijo mayor trabajaron como porteros del hospital. Su hijo menor, que había sido director del coro del monasterio Alexandre

Nevski, se unió al Ejército Rojo y murió en batalla durante la Guerra Civil. La hija mayor de Piotr se convirtió en secretaria en el Soviet de Petrogrado, mientras que su hija menor, María, abandonó su carrera de concertista de piano para convertirse en inspectora de granjas colectivas en la región de Luga. El esposo de María, un cantante, trabajaba como sanitario en el hospital Priazhka. Durante la década de 1920, la familia vivió en una oficina situada detrás del hospital. Nunca se quejaron de su apremiante pobreza, sino que vivían en silencio, aceptando las tareas que les asignaba el nuevo régimen… con una sola excepción. Cada noche sacaban los iconos de su escondite secreto, encendían las lámparas votivas y se abocaban a sus rezos. La familia iba a la iglesia, celebraba la Pascua y siempre adornaba su árbol de Navidad, incluso después de que los árboles de Navidad fueron prohibidos, en 1929, por ser considerados «una reliquia del estilo de vida burgués». María y su esposo hacían que su hija Tatiana usara una cruz de oro en una cadena, que le dijeron debía mantener escondida. «Me educaron para creer en Dios y, al mismo tiempo, aprender de la escuela y la vida soviética», recuerda Tatiana. Los Preobrazhenski habitaban en el margen entre esos dos mundos. Piotr continuaba trabajando en secreto como sacerdote no oficial para personas que todavía preferían sepultar a sus familiares según el rito cristiano… es decir, la silenciosa mayoría de la población soviética.[122*] «Nunca ganamos lo suficiente como para que nos alcanzara —explica Tatiana—, así que mi abuelo iba a los cementerios de Leningrado a oficiar los sacramentos a cambio de un pequeño estipendio».[123]

Para las antiguas élites profesionales había otra manera de adaptarse a la sociedad soviética conservando, al mismo tiempo, su tradicional estilo de vida familiar. Médicos, abogados, maestros, científicos, ingenieros y economistas

podían poner su capacidad al servicio del nuevo régimen, salvaguardando de esa manera algunas zonas de su privilegiada existencia. Incluso podían vivir bastante bien, al menos durante la década de 1920, cuando el nuevo régimen necesitaba desesperadamente de la competencia de estos «especialistas burgueses».

Pavel Vittenburg era una figura de importancia en el mundo de la geología soviética, y desempeñó un papel crucial en el desarrollo de los gulags árticos, o campos de trabajo forzoso, en Kolyma y en Vaigach. Había nacido en 1884, el octavo de los nueve hijos de una familia de alemanes bálticos de Valdivostok, en Siberia. El padre de Pavel era originario de Riga, pero había sido exiliado a Siberia después de participar en la sublevación polaca contra el dominio zarista de 1862-1864. Después de su liberación, trabajó para el telégrafo de Vladivostok. Pavel estudió en Vladivostok, Odessa y Riga, y luego fue a Tübingen, Alemania, antes de mudarse en 1908 a San Petersburgo, convertido en un joven y serio doctor en ciencias. Se casó con Zina Razumijina, hija de un ingeniero ferroviario y pariente lejana, quien en ese momento estudiaba medicina en San Petersburgo. La pareja compró una casa de madera, espaciosa y confortable, en el selecto lugar de vacaciones de Olgino, en el golfo de Finlandia, cerca de San Petersburgo. Del matrimonio nacieron tres hijas: Veronika en 1912, Valentina en 1915 y Eugenia en 1922. Era una familia íntima y unida. Como padre, recuerda Eugenia, Pavel era «atento, paciente y cariñoso», y en Olgino llevaban «una vida feliz, con música, pintura y veladas de lectura familiar». Hacían largas caminatas estivales, y celebraban perezosas comidas maravillosamente preparadas por la niñera Annushka, que había amamantado a Zina de niña. Los Vittenburg recibían con frecuencia la visita de artistas y escritores, como el famoso escritor para niños Kornei

Chukovski, quien pasó varios veranos en su casa. Esta suerte de existencia chejoviana se extendió durante toda la década de 1920.

Los Vittenburg estaban impulsados por una firme ideología de servicio público, que era casi el rasgo definitorio de la intelectualidad del siglo XIX. Después de 1917, Zina aprovechó su aprendizaje médico para establecer un hospital en la ciudad vecina de Lajta, donde atendía gratis a los pacientes. Pavel, elegido presidente del consejo de Lajta en 1917, organizó una escuela para enseñar tecnología a los hijos de los trabajadores pobres. «Siempre estaba trabajando —recuerda Eugenia—. Cuando no estaba escribiendo, estaba dedicado a planificar exploraciones para la Comisión Polar, u organizando papeles para el Museo Geológico. Siempre estaba ocupado y rara vez podía descansar».

Pavel estaba comprometido con la causa de la exploración y la geología polares, que era entonces incipiente, y en la que la Unión Soviética estaba a la cabeza de todo el mundo. Los exploradores polares eran retratados como héroes en los libros y los films soviéticos, y en el transcurso de la década de 1920 el gobierno soviético invirtió gran parte de su presupuesto científico en reconocimientos geológicos destinados a evaluar potenciales operaciones mineras en la zona ártica. Pavel no estaba interesado en la política, pero recibía con agrado la atención que le prestaba el régimen soviético y la oportunidad que le brindaba para proseguir sus investigaciones científicas en un contexto organizado y disciplinado. «Los últimos diez años han sido un período heroico de exploración polar —escribió Pavel en 1927, poco antes de partir de Olgino para llevar a cabo una investigación de los campos auríferos de Kolyma—. El futuro promete logros aún mayores».[124]



La familia Vittenburg en Olgino, 1925.

Otra pareja de élite que se adaptó a las condiciones soviéticas fue la de los padres del escritor Konstantin Simonov, que ocupa el centro de este libro. Simonov fue otro hijo de 1917. Su madre, Alexandra, descendía de los Obolenski, un antiguo gran clan de burócratas y terratenientes principescos, que ocuparon una posición prominente en el sistema imperial, aunque su padre, Leonid, al igual que muchos nobles, se había dedicado al comercio en la década de 1870. Nacida en 1890, y graduada en el Instituto Smolny, Alexandra era una mujer «a la antigua usanza», cuyas aristocráticas actitudes solían colisionar con el estilo soviético. Alta e imponente, «Alinka», como era conocida dentro de la familia, tenía ideas anticuadas sobre la «conducta correcta»: reglas de conducta que transmitió a su hijo, quien durante toda la vida fue conocido por sus modales caballerosos (incluso en el momento álgido de su carrera dentro de la estructura estalinista). Alinka esperaba que las personas fueran corteses, especialmente con las mujeres, leales a sus amigos y constantes con respecto a sus principios. Era «una pedagoga», recuerda su nieto, y «nunca se cansaba de decirles

a los demás cómo debían comportarse».[125]

En 1914, Alexandra se casó con Mijail Simonov, coronel del Estado Mayor que casi la doblaba en edad, y un año más tarde nació Konstantin.[126*] Como experto en fortificaciones militares, Mijail combatió en Polonia en la Primera Guerra Mundial, ascendiendo hasta convertirse en general del Quinto Ejército y jefe de Estado Mayor del Cuarto Cuerpo del Ejército. En 1917, desapareció. Durante los cuatro años siguientes, Alexandra no tuvo noticias de su marido, quien aparentemente estaba en Polonia en alguna misión secreta que le impedía ponerse en contacto con su familia en la Rusia soviética. Tal vez se unió al ejército polaco, o posiblemente a los Blancos, con quienes los polacos se aliaron durante la Guerra Civil rusa. En cualquier caso, era reticente a regresar a Rusia, donde su estatus como general zarista, si es que no se lo consideraba contrarrevolucionario, podía conducir, como mínimo, a que fuera arrestado por los bolcheviques. No se sabe hasta qué punto Alexandra estaba al corriente de las actividades de su esposo. Pero fuera lo que fuese que supiera, se lo ocultó a su hijo, sin duda para proteger sus intereses. En 1921, Mijail escribió a Alexandra desde Polonia. Le suplicó que fuera allí con su hijo para vivir con él en Varsovia, donde se había convertido en ciudadano polaco. Alexandra no lograba decidir qué debía hacer. Se tomaba con absoluta seriedad sus votos matrimoniales, y Mijail estaba, además, gravemente enfermo. Pero en última instancia fue demasiado patriota como para marcharse de Rusia. «Mi madre reaccionó con triste incomprensión ante la emigración rusa posrevolucionaria, aunque tenía amigos y parientes que habían huido —recordó Simonov años más tarde—. Simplemente no podía entender cómo era posible abandonar Rusia».

Alexandra se unió al ejército de mujeres jóvenes de familias nobles y burguesas que trabajaban como mecanógrafas, empleadas contables y traductoras en las oficinas del nuevo gobierno soviético. En el otoño de 1918, fue desalojada de su apartamento de Petrogrado. Era el momento álgido del Terror Rojo, la campaña de los bolcheviques contra las antiguas élites, cuando «la gente de antes» como los Obolenski, los nobles arruinados y los miembros de la «burguesía» fueron desalojados de sus hogares y despojados de todas sus pertenencias, asignados a equipos de trabajo o arrestados y encarcelados por la Cheka como «rehenes» durante la Guerra Civil contra los Blancos. Al cabo de muchos meses de elevar sus peticiones al Soviet, Alexandra y el niño Konstantin abandonaron Petrogrado para trasladarse a Riazan, a 200 kilómetros al sudeste de la capital soviética, donde vivieron con la hermana mayor de Alexandra, Liudmila, viuda de un capitán de artillería que había perdido la vida en la Primera Guerra Mundial, y cuyo regimiento formaba parte de la guarnición de Riazan. Alexandra y Konstantin se contaron entre los millones de residentes urbanos que abandonaron las ciudades en las que reinaba la escasez durante la Guerra Civil para estar más cerca del suministro de alimentos.[127]

Riazan era una ciudad de alrededor de cuarenta mil habitantes a principios de la década de 1920. Una de sus principales instituciones era la Escuela Militar, establecida por los bolcheviques para entrenar comandantes para el Ejército Rojo durante la Guerra Civil. Entre los integrantes del plantel de la escuela, se contaba Alexandre Ivanishev, un coronel del ejército zarista, herido dos veces (y tres veces víctima de ataques con gas venenoso) en la Primera Guerra Mundial, que había sido alistado por Trotski como comandante del Ejército Rojo. Alexandra se casó con

Ivanishev en 1921. Para una hija del aristocrático clan Obolenski, sin duda se trataba de un matrimonio inferior: Alexandre era hijo de un humilde obrero ferroviario. Pero Alexandra pasaba por tiempos muy duros y en el espíritu militar de su esposo encontró un reflejo de los principios de su propia clase, especialmente sus ideales de servicio público, que al parecer le servían de consuelo en medio de la incertidumbre provocada por las circunstancias.[128]

Alexandre era un militar consumado —puntual, concienzudo, ordenado y estrictamente disciplinado—, aunque de naturaleza amable y de buen corazón. Gobernaba su hogar de Riazan como si fuera un regimiento, recuerda Konstantin:

> Nuestra familia vivía en los barracones de los oficiales. Estábamos rodeados de personal militar, y el estilo de vida militar regía cada uno de nuestros pasos. Los desfiles de la mañana y la tarde se realizaban en la plaza que había frente a nuestra casa. Mamá participaba en varios comités, junto con otras esposas de oficiales. Cuando venían invitados a casa, la conversación giraba siempre en torno al ejército. Por las noches, mi padrastro dibujaba los planos de los ejercicios militares. A veces yo lo ayudaba. En la familia la disciplina era estricta, totalmente militar. Todo estaba planificado al minuto, con órdenes para cada momento. No se podía llegar tarde. No se podía rechazar una tarea. Había que aprender a refrenar la lengua. Incluso la mentira más insignificante era castigada. De acuerdo con su ética de servicio, mi madre y mi padre establecieron una estricta división de tareas en el hogar. Desde los seis y siete años me cargaron con responsabilidades. Quitaba el polvo, fregaba el suelo, ayudaba a fregar la vajilla, limpiaba las patatas, me ocupaba del queroseno e iba a buscar el pan y la leche.[129]

Esta crianza ejerció un efecto crucial sobre Simonov. Los valores militares que asimiló de niño («obediencia y meticulosidad, disposición a superar cualquier obstáculo, el imperativo de decir “sí” o “no”, de amar intensamente y de odiar del mismo modo», tal como él mismo definió esas cualidades) lo prepararon para adoptar el casi militar sistema soviético de mando político durante las décadas de 1930 y

1940.

A los trece años lo sabía:
lo que se dice es así.
Sí es sí, no es no.
Discutir es en vano.
Sabía lo que significa el deber.
Sabía lo que era el sacrificio.
Sabía lo que el valor podía lograr,
¡que para la cobardía no hay piedad!
(De «Padre», 1956) [130]

Simonov veneraba a su padrastro («un hombre al que nunca vi con otra ropa que no fuera el uniforme militar»), y desde temprana edad lo consideró su verdadero padre. Los principios militares del deber y la obediencia que asimiló de Alexandre se combinaron en él con las ideas de servicio público que recibió de su madre y de su aristocrático entorno. Estos principios fueron reforzados por los libros que leyó en la infancia, que transmitían el culto soviético a los militares. Su inspiración pro venía de las legendarias historias de la Guerra Civil, como Chapaev (1925), un «clásico soviético» de Dimitri Furmanov, lectura habitual de todos los escolares. Sus héroes de la niñez eran todos militares. Sus textos escolares estaban colmados de anotaciones sobre el soldado en que quería convertirse.[131] Desde muy joven, Simonov fue consciente de que debía ocupar su sitio en la jerarquía de mando.



Konstantin (extremo izquierdo),
Alexandra y Alexandre Ivanishev
(derecha), Riazan, 1927.

Fue educado para pensar en sí mismo no sólo como soldado, sino como oficial, responsable de hombres inferiores a él. Al mismo tiempo, su hipertrofiado sentido del deber público y la obediencia también le exigían subordinación a sus superiores. Como el mismo escribiría más tarde, su idea de «ser bueno» era un sinónimo de «honestidad» y «escrupulosidad» (*poriadochnost’*), un concepto que luego se convertiría en el origen básico de su respaldo al régimen estalinista. En todas sus relaciones formativas había figuras de autoridad. Cuando era sólo un niño, pasaba casi todo su tiempo en compañía de adultos, y era un experto en ganarse la aprobación de sus mayores. Sin amigos íntimos en la escuela, en realidad nunca aprendió las lecciones morales de la amistad, o de la lealtad a sus pares, que podrían haber actuado en detrimento de su creciente tendencia a complacer a los superiores, aunque la camaradería fue un tema dominante en su poesía (una esfera que albergaba sus anhelos) en las décadas de 1930 y 1940. Simonov era inteligente y precoz. Leía mucho y estudiaba con ahínco. Era

miembro de muchos clubes, tomaba parte en obras de teatro y estaba enrolado en los Pioneros. Aparte de sus anotaciones, sus libros de texto revelan que era un niño serio que pasaba largas horas dibujando mapas y gráficos, elaborando listas y planillas y organizando las tareas como un burócrata.[132]

En sus memorias, escritas durante el último año de su vida, Simonov sostuvo que sus padres habían aceptado el régimen soviético. No recordaba ninguna conversación en la que hubieran manifestado desaprobación alguna hacia el gobierno, o en la que hubieran lamentado no haber emigrado después de 1917. En su manera de presentar la situación, sus padres pensaban que, como miembros de la *intelligentsia*, tenían el deber de quedarse y trabajar para la Rusia soviética y, aun cuando sus propios valores no eran «soviéticos», tenían la obligación de criar a Konstantin como un niño «del Soviet». Pero ésa es tan sólo una parte de la verdad. Detrás de su apariencia de lealtad política, Alexandra ocultaba una opinión muy crítica hacia el régimen soviético, que, después de todo, había provocado la destrucción de su familia. El hermano de Alexandra, Nikolai, se había visto forzado a huir a París después de 1917 (debido a su cargo de exgobernador de la provincia de Jarkov, hubiera sido arrestado por los bolcheviques). No volvió a verlo nunca. El resto de la familia —Alexandra, su madre y sus tres hermanas— vivía atemorizada y en la pobreza, primero en Petrogrado y luego en Riazan. Después de la Guerra Civil, dos de sus hermanas, Sonia y Daria, regresaron a Petrogrado, y con la muerte de la madre, en 1923, también Liudmila volvió a Petrogrado. Librada a su suerte en Riazan, Alexandra pugnó por adaptarse al entorno soviético («Nací en otro mundo —escribió a su hijo en 1944—. Los primeros veinticinco años de mi vida transcurrieron en cómodas condiciones […]. Luego mi vida fue repentinamente destruida […]. Lavaba y cocinaba e iba de

compras y trabajaba todo el día»). Además de transmitirle los valores de la aristocracia, Alexandra también se esforzó por mantener vivas las prácticas religiosas. Llevó a su hijo a la iglesia hasta que cumplió los doce años (en las cartas que él más tarde le escribió a sus tías, sigue saludándolas en términos religiosos para las fiestas ortodoxas). No obstante, también le enseñó que sus orígenes nobles eran peligrosos y que debía ocultarlos si quería progresar.[133] A pesar del clima relativamente liberal que reinaba durante la NPE, la guerra de clases declarada por la Revolución sólo había llegado a una tregua transitoria y, por debajo de la pacífica superficie, crecía la presión por una renovada purga de las antiguas élites; purga que amenazaba a familias como la de los Simonov.



Una página del cuaderno escolar de Simonov (1923).

En 1927, su madre llevó a Simonov a pasar un tiempo con parientes de su padrastro en el campo, cerca de Kremenchug. «La tía Yenia» vivía con su esposo, Eugeni Lebedev, un viejo general retirado hacía mucho tiempo del ejército zarista a causa de una herida en una pierna, que lo había dejado

paralizado y le obligaba a depender de su esposa, más joven que él. El general era un hombre liberal, de buen carácter y optimista, y no refunfuñaba ni se quejaba del gobierno soviético. Konstantin disfrutaba con su compañía porque era interesante y un gran narrador de historias. Un día, después de una caminata por los bosques, Konstantin regresó a la casa de su tía. Le abrió la puerta un desconocido, que resultó ser uno de los varios hombres de la OGPU que habían venido a registrar la casa en busca de pruebas incriminatorias de actividades contrarrevolucionarias, antes de arrestar al general. En sus memorias Simonov recuerda el incidente:

> En el momento en que entré en la casa, uno de los hombres de la OGPU estaba levantando el colchón sobre el que reposaba el anciano para revisar lo que había debajo… «Siéntate, muchacho, y espera», me dijo, señalándome un taburete. No lo dijo con tono exactamente violento, sino más bien imperioso, y entendí que debía sentarme y obedecerle (…). El registro era llevado a cabo por dos hombres uniformados, pero no habían mostrado ninguna orden de allanamiento, y el anciano general los maldecía, furioso, y amenazaba con quejarse de su ilícita conducta. Me pareció que la tía Yenia estaba relativamente tranquila, temiendo sobre todo que su esposo tuviera un ataque al corazón, y trataba de calmarlo sin ningún éxito. Los hombres continuaron con el registro, hojeando cada libro por turno, buscando bajo los encajes y hules apilados en los estantes. El anciano, recostado en la cama y apoyado contra la pared, seguía maldiciendo (…). Finalmente, el registro tocó a su fin, y los hombres se marcharon sin llevarse nada. Se comportaron con circunspección, sin insultos ni maltratos, porque debían vérselas con un anciano semiparalizado (…). No advertí en este acontecimiento nada aterrador, trágico ni perturbador; me pareció más o menos normal.

Lo interesante de este episodio fue la manera en que lo percibió Simonov. Había sido testigo de un acto estatal de represión ilegal contra su familia, pero no se había asustado por eso, o al menos eso afirmó más tarde; de alguna manera, lo consideró un procedimiento de rutina («normal»). Simonov respondería de manera similar al arresto de otros parientes, incluyendo a su padrastro y tres tías, durante la década de 1930, racionalizando esos acontecimientos y

considerándolos actos «necesarios (…), errores, tal vez, porque sus parientes eran sin duda inocentes, pero comprensibles en el contexto de la necesidad del Estado de descubrir y castigar a todos los potenciales contrarrevolucionarios.[134]

En 1928, Simonov se mudó con su familia a Saratov, una gran ciudad industrial a orillas del Volga, donde Alexandre se convirtió en instructor de la escuela militar. La familia vivía en los barracones milita res, ocupando dos habitaciones contiguas, y compartía una cocina comunitaria con varias familias más. Simonov empezó la escuela secundaria, pero, en 1929, a los catorce años, la abandonó, decidiendo no completar la educación académica que sus padres habían planeado para él, y optando en cambio por asistir a una Escuela Industrial de Aprendices (FZU), donde la educación general se combinaba con el entrenamiento técnico. Al igual que muchos hijos de la antigua *intelligentsia*, Simonov ansiaba construirse una nueva identidad «proletaria» para liberarse así de sus orígenes sociales, que sin duda le impedirían avanzar en la sociedad soviética. La FZU, junto con otras instituciones técnicas „ superiores de fines de la década de 1920, estaba colmada de hijos de familias de la *intelligentsia* que, al serles negado el acceso a la universidad (que ahora favorecía a los postulantes de la clase trabajadora), asistían en cambio a escuelas industriales o técnicas para lograr el calificativo de «proletarios», rótulo que les abriría puertas a más empleos y más educación. Al igual que Simonov, quien consignó la profesión de su madre como «trabajadora de oficina», muchos hijos de la antigua élite ocultaban su origen social, o depuraban selectivamente su biografía para lograr acceder a las escuelas y universidades técnicas. Casi todos ellos se convertirían en ingenieros o técnicos de la revolución industrial del Primer Plan

Quinquenal (1928-1932), desarrollando una nueva identidad profesional que los liberaba del gran dilema de la clase social… porque lo único que importaba verdaderamente era su dedicación a la causa de la industria soviética. El rechazo de Simonov de la educación académica que sus padres habían planeado para él fue muy significativo: ése fue el momento en que le dio la espalda a la antigua civilización en cuyo seno había nacido, para adoptar una identidad «soviética».

En la FZU Simonov aprendió tornería. Por la noche trabajaba como aprendiz en la fábrica de municiones de Saratov. Simonov «no tenía verdadero talento para el trabajo industrial», según él mismo reconoció más tarde, y sólo perseveró «por vanidad». En las cartas que le envió a su tía Sonia, quien estaba en Leningrado, el adolescente expresaba su activismo social y su entusiasmo hacia la causa soviética:

> 1919
>
> ¡Querida tía Sonia!:
>
> Perdóname por demorarme tanto en responder a tu hermosa carta. Nunca he estado tan atareado: Soy miembro de cuatro clubes; estoy en la comisión directiva de dos de ellos, y soy presidente de uno (el de jóvenes naturalistas). Además, soy miembro de la comisión de competencia [socialista], el grupo de lectura, la junta editorial de la escuela y la brigada química [de defensa contra los ataques de gas venenoso]. También soy instructor de asistencia colectiva, miembro del comité de gestión [que informaba a la administración de la escuela de las actividades y opiniones políticas de los estudiantes de la FZU] e integrante de la MOPR, la Sociedad Internacional de Ayuda a los Trabajadores.
>
> En este momento, también estoy dedicado a organizar propaganda antirreligiosa a través del subcomité de gestión y encabezando el comité de la clase. Recientemente me designaron como organizador de un club de ajedrez en la escuela. Creo que no me olvido de nada.[135]

Resulta difícil saber qué había exactamente detrás de esta frenética actividad: las energías de un adolescente canalizadas a través del espíritu de servicio público, el cálculo de que gracias a estos compromisos podría ocultar su origen social y asegurar su posición en la sociedad soviética, o una

convicción apasionada por el ideal comunista. Pero fue el principio de la involucración de Simonov con el régimen estalinista.

6

La clase mercantil también encontró maneras de adaptarse al nuevo régimen, especialmente tras la instrumentación de la NPE. En 1922, Samuil Laskin, su esposa y sus tres hijas abandonaron la ciudad de Orsha y se establecieron en Moscú. La familia se mudó a una habitación en un sótano próximo al mercado de Sujarevka, que por entonces era sinónimo de comercio privado que floreció bajo la NPE. Samuil Laskin era un pequeño comerciante, dedicado a la compraventa de arenque y otros pescados salados. Al igual que muchos judíos, se había trasladado a Moscú para sacar provecho de las nuevas oportunidades que se ofrecían a los comerciantes privados. Albergaba toda clase de sueños para sus hijas, y deseaba que gozaran del beneficio de las escuelas y universidades soviéticas para que pudieran ejercer las profesiones de las que él mismo, por ser judío, había sido excluido antes de 1917.

Nacido en 1879, Samuil provenía de un gran clan de comerciantes de Orsha, una población con un gran mercado compuesta por casas de madera de una sola planta, sin agua corriente ni cloacas, situada en la Zona de Residencia. Su padre, Moisei, que comerciaba al por mayor con pescado salado, vivía en una desvencijada casa de madera entre las iglesias católica y ortodoxa, junto al frecuentado camino que iba hacia Shklov. Orsha era una población multicultural en la que rusos, polacos, bielorrusos, letones y lituanos convivían

con los judíos (hubo un pequeño pogromo en 1905). Los Laskin hablaban yidis y ruso. Observaban los rituales judíos, iban a la sinagoga y llevaban a sus hijos a la escuela judía, pero también asignaban enorme valor a la educación y el progreso de sus hijos en la sociedad rusa. Moisei tenía seis hijos. Los tres mayores (Sima, Saúl y Samuil) fueron educados en casa, pero los menores (Fania, Iakov y Yenia) fueron a la universidad y se graduaron en medicina, consiguiendo de alguna manera sortear las restricciones zaristas que impedían a los judíos acceder a las universidades y las profesiones.[136*] Fue un logro extraordinario para la época, especialmente en el caso de las dos mujeres, Fania y Yenia.[137]

Samuil fue el que continuó la actividad comercial de su padre. En 1907, se casó con Berta, hija de un comerciante judío de la vecina población de Shklov, donde la pareja vivió con sus tres hijas: Fania (nacida en 1909), Sonia (1911) y Eugenia (1914) hasta la Revolución de 1917. Hombre amable y tranquilo, práctico y sensato, con un vivo interés por la literatura y la política internacional, Samuil dio la bienvenida a la Revolución, considerándola la liberación de los judíos. Siempre había soñado con educar a sus amadas hijas, y con la declaración de la NPE, que le permitía ganarse la vida en Moscú, creyó que su sueño por fin se haría realidad.

La NPE convirtió Moscú en un enorme mercado. La población de la ciudad se duplicó en el curso de los cinco años posteriores a 1921. Después de las penurias de la Guerra Civil, cuando el comercio privado había sido proscrito, hubo una inmensa demanda de todo lo que podía proporcionar el mercado. Grandes multitudes se apiñaban en las calles de los mercados, como el Sujarevka, donde los comerciantes vendían de todo, desde trozos de hierro hasta ropa, cazos, sartenes, y… obras de arte. Samuil tenía una tienda de

arenque en la plaza Bolotnaia, un mercado de alimentos que abastecía a los frecuentados restaurantes y cafés de la ciudad, situado en la ribera sur del río Moscú, no muy lejos del Kremlin. Nadie sabía más que Samuil del comercio del arenque. Era capaz de abrir una lata del pescado salado y decir de inmediato de dónde procedía… del río Volga o del mar de Aral, de las cercanías de Astrakhan o de Nizhny Novgorod.

Al principio, la vida fue dura. La habitación del sótano de los Laskin, en la calle Meshchanskaia, estaba vacía. Dormían en colchones sobre el suelo y habían colgado una cortina del techo para separar la zona donde dormían los niños de la de los adultos. Compartían la letrina y la cocina con otros residentes del piso superior. Pero para 1923, el comercio de arenque de Samuil florecía, y los Laskin se mudaron a un apartamento que alquilaron en el segundo piso de lo que había sido una mansión, en la calle Sretenskaia. Era un apartamento confortable, con tres habitaciones espaciosas, un gran baño y con su propia letrina y cocina privadas, un raro lujo en el Moscú de esos días. A Samuil le iba tan bien, que incluso podía enviar dinero todos los meses a sus padres, en Orsha, y ayudar a su sobrino Mark, que también se había trasladado a Moscú con su familia. Los Laskin hacían salidas regulares al teatro Bolshoi, donde Samuil siempre alquilaba un palco.[138]

Pero luego, en 1923-1924, la escasez de productos y la inflación de los precios inflamaron el resentimiento proletario hacia los hombres NPE y su nueva riqueza, y para aplacar la inquietud popular los soviéticos cerraron 300.000 comercios privados.[139] Los Laskin fueron víctimas de la reacción. El comercio de Samuil sobrevivió, pero fue obligado a pagar un impuesto especial al Soviet de Moscú y, al igual que muchos

pequeños comerciantes, fue relegado a la subclase de los *lishentsy* —gente privada del voto y otros derechos civiles—. Samuil soportó con calma estos castigos. Durante varios años, pagó el excesivo «alquiler comercial» por su tienda de metal corrugado: uno de los muchos tributos especiales impuestos por el Soviet de Moscú a los comerciantes privados con el propósito de apaciguar el resentimiento de la clase trabajadora contra la NPE. En 1925, Samuil rechazó una invitación a trasladarse a Irán, donde la industria pesquera dependía estrechamente de la pericia soviética. Quería que sus tres hijas crecieran en la Unión Soviética para que aprovecharan las oportunidades que creía —equivocadamente, como luego se demostró— se les ofrecían ahora allí. Fania era la mayor y la más práctica de las tres. En 1926, aprobó sus exámenes escolares con honores, pero debido al estatus de su padre como *lishenets*, fue rechazada su solicitud de ingreso en una Escuela de Medicina, de manera que la joven empezó a trabajar en una fábrica y a estudiar economía en una escuela nocturna. Sonia era una joven seria, despierta y brillante, de una belleza notable, que había tenido poliomielitis en la infancia, enfermedad que le había dejado una leve cojera como secuela. Excluida como su hermana de la posibilidad de tener educación superior, Sonia estudió estadística en clases nocturnas de la Escuela Industrial Sokolniki de Moscú, antes de inscribirse en el Instituto del Acero en 1928. Como muchos judíos, incluyendo a su primo Mark, Sonia se adhirió al programa industrial del Primer Plan Quinquenal, que prometía una modernización de la retrasada Rusia campesina, la Rusia de los pogromos de la que los Laskin habían escapado al trasladarse a la ciudad.



La familia Laskin (de izquierda a derecha): Berta, Sonia, Eugenia (Yenia), Faniay Moscú, i930. Samuil estaba exiliado en este momento.

Eugenia (Yenia), la menor de las hijas, era la de temperamento más artístico y estudió literatura, una pasión que toda la familia compartía. La familia Laskin estaba «siempre en medio de un debate literario», recuerda Fania. Cuando Sonia fue rechazada por el Komsomol en 1927, por ser hija de un *lishenets*, las tres muchachas constituyeron un círculo de lectura propio, con Mark y otros hijos de amigos de sus padres que vivían en las cercanías. Discutían sobre política y hacían «juicios simulados» de los personajes literarios. En una oportunidad sometieron a juicio el Antiguo Testamento: encontraron un volumen de la Biblia y lo estudiaron juntos durante un mes.[140] Los juicios públicos de obras literarias, ideologías y costumbres religiosas eran acontecimientos de propaganda política muy populares en el curso de las décadas de 1920 y 1930.

Los Laskin eran un caso típico de la primera generación de judíos soviéticos. Se identificaban con el internacionalismo de la Revolución, que prometía erradicar todos los prejuicios y

desigualdades nacionales, y con su visión liberadora de la ciudad moderna, que ofrecía a los judíos un acceso sin precedentes a escuelas y universidades, a las ciencias y las artes, a las profesiones y oficios. Una generación después de 1917, los judíos rusos se habían convertido en población urbana, ya que la población de los *shtels* rurales de lo que antes era la Zona de Residencia o bien había emigrado o bien había muerto (a principios de la Segunda Guerra Mundial, el 86 por ciento de los judíos soviéticos vivía en áreas urbanas, la mitad de ellos en las once ciudades más grandes de la URSS). La población judía de Moscú aumentó de 15.000 personas en 1914 hasta un cuarto de millón de habitantes (el segundo grupo étnico más grande de la ciudad) en 1937.[141] Los judíos prosperaron en la Unión Soviética. Constituían una importante proporción de la élite del Partido, la burocracia, la oficialidad y la policía. A juzgar por las memorias de ese período, había relativamente poco antisemitismo o discriminación, aunque había muchos judíos, como Samuil Laskin, que habían sido despojados de sus derechos civiles a causa de su clase social y de su dedicación al comercio privado. Es cierto que se cerraron numerosas sinagogas, pero eso se debió a la campaña general de los bolcheviques contra la religión durante las décadas de 1920 y 1930. La familia siguió siendo el verdadero centro de la vida religiosa judía, donde la generación mayor se hacía cargo de los rituales y las plegarias tradicionales, que en casi todos los hogares coexistían con la observancia de las fiestas públicas soviéticas y la aceptación de las creencias soviéticas, especialmente por parte de los más jóvenes. Había una floreciente cultura yidis, activamente promovida por el gobierno soviético, con escuelas en lengua yidis, cine en yidis y teatro en yidis, incluyendo el Teatro Yidis Estatal de Moscú, bajo la dirección de Solomon Mijoels, que se convirtió en un centro focal para

muchos judíos bolcheviques e intelectuales de izquierda. En casi todas las familias judías de las grandes ciudades, el apego a la cultura judía tradicional convivía lado a lado con el compromiso intelectual con la literatura y el arte rusos soviéticos, como medio de acceso a la cultura más amplia del mundo internacional.[142]

Esta compleja identidad múltiple (judío-ruso-soviética) fue la que adoptaron Samuil y Berta. Ninguno de ellos era religioso. Nunca asistían a la sinagoga ni observaban los rituales y fiestas judías, aunque Berta siempre preparaba comida judía para las fiestas soviéticas. Samuil y Berta sabían yidis, pero el ruso era el idioma que hablaban en su hogar. Sus hijas entendían cuando ellos hablaban en yidis, pero no sabían hablarlo bien y no hicieron ningún esfuerzo por aprender esa lengua, que consideraban una «exótica reliquia» del pasado. Para las hijas, el tema de la identidad era más sencillo. «No queríamos pensarnos como judías —recuerda Fania—. Tampoco queríamos ser rusas, aunque vivíamos en Rusia y estábamos empapadas de su cultura. Nos veíamos como ciudadanas soviéticas». La familia consideraba que la educación, la diligencia y la cultura constituían el camino hacia la liberación personal y la igualdad. Samuil se interesaba activamente por la política soviética y se enorgullecía profundamente de los logros de prominentes judíos bolcheviques como Trotski. Aunque no era un hombre instruido, tenía la casa llena de libros y periódicos y adoraba debatir los acontecimientos políticos, especialmente los del exterior, sobre los cuales estaba extremadamente bien informado. Celebraba un «parlamento en la cocina» con amigos y parientes que asistían los domingos a las famosas «cenas Laskin»: la cocina judía de Berta, según se decía, no tenía rival en Moscú.[143]

En algunas familias judías, el deseo de ser «soviet» se reflejaba en la eliminación de cualquier resto de identificación con la cultura o la religión judías. En el hogar de la familia Gaister, por ejemplo, las costumbres judías eran tan mínimas —ya que consistían en poco más que algún aislado plato judío, o en alguna rara frase en yidis, o en las leyendas familiares sobre los pogromos de la época zarista— que ni siquiera cuando llegó a la adolescencia Inna tenía conciencia de ser judía. Rebeka Kogan, nacida en 1923 en el seno de una familia judía de la zona de Gomel, donde se conocieron los padres de Inna, recuerda su propia infancia en Leningrado como «absolutamente soviética». Sus padres observaban las principales costumbres judías y hablaban yidis ocasionalmente, en especial cuando no querían que Rebeka entendiera lo que decían, pero por lo demás la educaron «a la manera moderna», dice, «sin religión y sin la influencia de mis abuelos, que aún se aferraban a las costumbres judías».[144]

Ida Slavina tuvo una infancia similar. Nació en Moscú en 1921, en la familia de un prominente jurista soviético, Ilia Slavin, que había desempeñado un papel importante en la emancipación de los judíos de Bielorrusia. Ilia había nacido en una pequeña población próxima a Mogilyov, en 1883, el hijo mayor de una gran familia de pobres trabajadores judíos. Desde los doce años de edad, Ilia trabajaba y estudiaba en una farmacia local. Al calificarse como farmacéutico, estaría autorizado legalmente a vivir fuera de la Zona de Residencia.[145*] En 1905, se inscribió como estudiante externo en la Facultad de Leyes de la Universidad de Jarkov. A pesar de su falta de educación formal después de los doce años de edad, Ilia ocupó el primer puesto en los exámenes de primer año, lo que le permitió inscribirse oficialmente como un miembro del 3 por ciento de judíos admitidos según lo disponía el cupo establecido por el gobierno. Después de graduarse en la

universidad, le ofrecieron un cargo en el plantel académico, siempre que se convirtiera al cristianismo. Pero rechazó la oferta y regresó a la Zona de Residencia, donde trabajó como asistente de un abogado en Mogilyov. Durante la Primera Guerra Mundial, cuando los alemanes ocuparon los territorios occidentales, Ilia se mudó a Petrogrado, donde trabajó en la oficina central de la Unión de Ciudades, ayudando a los judíos de la Zona de Residencia a reasentarse en Rusia. Después de 1917, Ilia fue elegido juez y trabajó en los Tribunales del Pueblo de Mogilyov, Gomel y Vitebsk. Se trasladó a Moscú en 1921, y siguió ascendiendo dentro de la estructura legal del Soviet. Hombre apuesto, brillante, amable y de buen corazón, Ilia tenía elevados ideales, que aplicó al experimento soviético, llegando incluso a negar su condición de judío.

Desde 1903, Ilia había sido un sionista activo, un miembro reconocido del partido Proletarios de Sión, que pretendía establecer una sociedad socialista en Palestina. El sionismo de Ilia era producto de su vida en la Zona de Residencia, donde estaban establecidos los Proletarios de Sión. Pero una vez que llegó a Petrogrado, donde se relacionó con judíos europeizados y asimilacionistas, Ilia Slavin empezó a distanciarse del sionismo, y se acercó a la socialdemocracia. Tras haberse adherido a la Revolución por considerarla una causa internacional, Slavin aceptó la necesidad de subordinar los intereses nacionales judíos a la lucha de clases. Como presidente de los tribunales de Vitebsk, incluso defendió a los perpetradores de un pogromo obrero contra los judíos en 1919, argumentando que se había tratado de una expresión de su odio de clase contra los gerentes de fábrica judíos.[146] En 1920, Ilia abandonó el movimiento sionista, uniéndose brevemente a los bundistas (marxistas judíos), antes de incorporarse a los bolcheviques en 1921. Slavin reconoció sus

«errores políticos» (el sionismo y el nacionalismo judíos) en su autobiografía, escrita cuando se unió a los bolcheviques, y a partir de ese momento desterró la cultura judía del hogar de los Slavin. Le enseñó a su esposa Esfir a leer y escribir en ruso, le prohibió hablar en yidis y educó a sus dos hijos, Isaak (nacido en 1912) e Ida, para que fueran personas soviéticas sin ninguna tradición judía. Ida recuerda:

> Papá se esforzaba por ser correcto, por vivir la vida del bolchevique ideal. No teníamos costumbres judías en casa, y nunca hablábamos en yidis (…); nosotros, los niños, ni siquiera sabíamos la lengua. Una vez que se convirtió en bolchevique, mi padre se esforzó por sacar de nuestro hogar todo lo que le recordara al gueto y a la Zona de Residencia. Como internacionalista, creía en la igualdad de las naciones, en la Unión Soviética, y llenó nuestra casa de cosas soviéticas. La pertenencia que más valor tenía para él era una miniatura en mármol del mausoleo de Lenin que tenía sobre su escritorio.[147]

Sin embargo, las perspectivas de los nuevos judíos urbanos se hicieron menos brillantes cuando la NPE empezó a sufrir ataques más severos. En 1928, el Soviet de Moscú impuso una vez más un tributo especial a los pequeños comerciantes. Para Samuil Laskin, el nuevo tributo llegó en mal momento.



La familia Slavin, 1927. Ida con su padre Ilia (centro), su madre Esfn a la derecha de Ilia.

La NPE había restablecido los derechos de propiedad privada y cooperativa de las viviendas, y a principios de ese año Samuil había invertido dinero en un proyecto edilicio en la plaza Zubov: los especuladores edilicios estaban dedicados a construir una casa de dos plantas en el patio trasero de un gran edificio de apartamentos situado en este barrio de moda de Moscú, y la inversión de Samuil lo habilitaba como dueño de un apartamento de tres habitaciones en la planta alta. Samuil soñaba con la propiedad privada —quería dar esa seguridad a sus tres hijas mientras aún estaban estudiando— y por eso se negó a pagar el tributo completo. Fue arrestado, encarcelado durante un breve lapso en Moscú y luego exiliado a Nizhny Novgorod.[148] El arresto fue parte de un ataque estatal contra el comercio privado, que empezó en 1927 y que acabó por eliminar la NPE. Esta campaña contra la NPE estaba inextricablemente vinculada con el ascenso de Stalin y la derrota de sus dos rivales principales en el liderazgo del Partido, Trotski y Bujarin, quienes seguían respaldando la política de economía mixta que había introducido Lenin en 1921.

Los bolcheviques siempre habían sido ambivalentes respecto de la NPE, pero muchos de sus partidarios proletarios, que no podían costear los precios de los comercios privados, se oponían firmemente a ella. La desconfianza hacia la NPE se vio reforzada por las desenfrenadas fluctuaciones del mercado, que hacía subir los precios cada vez que la escasez de productos en el campo impulsaba a los campesinos a no enviar sus productos a las ciudades y retenerlos para sí mismos. La primera crisis importante del mercado se había producido en 1923-1924, cuando los soviéticos habían lanzado el ataque inicial contra los hombres NPE, en gran parte para apaciguar el descontento que cundía entre la clase trabajadora debido a la

inflación de precios. A mediados de la década de 1920, el mercado se estabilizó, pero se produjo una segunda crisis de importancia en 1927-1928, cuando una mala cosecha coincidió con una escasez de productos de consumo. A medida que subían los precios de las manufacturas, los campesinos disminuyeron sus entregas de grano a los depósitos y cooperativas del Estado; los precios fijos eran demasiado bajos para permitirles comprar los productos que necesitaban en sus hogares. Por lo tanto, los campesinos prefirieron usar su grano para comer y alimentar a su ganado, y lo guardaron en sus graneros o lo vendieron en el mercado privado en vez de entregárselo al Estado. Los partidarios de la NPE no estuvieron de acuerdo sobre la manera en que debían responder a la crisis. Bujarin estaba a favor de aumentar los precios fijos del Estado, especialmente con el propósito de preservar el mecanismo del mercado y la relación con el campesinado que Lenin había definido como la base de la NPE, aunque reconocía que el mayor gasto del Estado disminuiría el ritmo de las inversiones en la industria. Trotski, Kamenev y Zinoviev (la Oposición Unida) recelaban de la posibilidad de hacer más concesiones al campesinado, porque temían que eso sólo postergaría la concreción del objetivo soviético de la industrialización socialista. En su opinión, el Estado debía recurrir a una requisa temporaria del cereal de los campesinos para asegurarse así las reservas de alimento y de capital que necesitaba para fomentar la producción de bienes de consumo, y sólo entonces restaurar el mecanismo de mercado con los campesinos. Stalin se alió con Bujarin, pero sólo hasta la derrota de Trotski y Zinoviev en el Decimoquinto Congreso del Partido, realizado en diciembre de 1927, tras el cual se puso en contra de Bujarin y de la NPE. Denunciando la crisis de los cereales como una «huelga *kulak*», Stalin abogó por un retorno a las requisas y

confiscaciones de la época de la Guerra Civil para respaldar un Plan Quinquenal destinado a la industrialización de la Unión Soviética. Habló en términos violentos sobre el desarraigo definitivo de los últimos remanentes tic la economía capitalista (los pequeños comerciantes y la agricultura en pequeña escala) que, según afirmó, habían bloqueado el avance del país hacia la industrialización socialista.

La violenta retórica de Stalin —sus incitaciones a volver a la guerra de clase de la Revolución y de la Guerra Civil— complació a una amplia proporción de las bases proletarias del Partido, entre las cuales cundía la idea, cada vez más firme, de que la burguesía estaba volviendo bajo la forma de los hombres NPE, los «especialistas burgueses» y los kulaks. Muchos sentían que la NPE era un retroceso respecto del ideal bolchevique de justicia social, y temían que acabara por conducir a la reinstauración de la economía capitalista. «Nosotros, los jóvenes comunistas, hemos sido criados en la convicción de que el dinero había sido eliminado de una vez por todas —recuerda un bolchevique—. Si el dinero reaparecía, ¿no reaparecerían también los ricos? ¿No nos encontrábamos en una resbaladiza pendiente que nos llevaría de vuelta al capitalismo? Ésas eran las preguntas que nos formulábamos con gran ansiedad». La llamada de Stalin que incitaba a retornar a los métodos de la Guerra Civil resultaba muy seductora para los jóvenes comunistas —los nacidos entre las décadas de 1900 y 1910—, que eran demasiado jóvenes para haber participado en la lucha revolucionaria de 1917-1921, pero que habían sido educados en el «culto de la lucha» basado en las historias de la Guerra Civil. Un bolchevique (nacido en 1909) sostuvo en sus memorias que la visión de mundo militante de sus contemporáneos los había preparado para aceptar los argumentos de Stalin sobre la

necesidad de una «renovada guerra de clases» contra los «especialistas burgueses», los hombres NPE, los kulaks y otros «lacayos de la burguesía». Los jóvenes comunistas habían llegado a desalentarse, como explica un estalinista:

> Los miembros del Komsomol de mi generación —los que vivieron la Revolución de Octubre cuando tenían diez años o menos— estaban irritados con nuestro destino. En el Komsomol, en las fábricas, nos lamentábamos de que no nos quedara nada por hacer: la Revolución había terminado, los duros pero románticos años de la Guerra Civil no volverían nunca más, y la generación anterior sólo nos había dejado una vida aburrida y prosaica, despojada de lucha y excitación.

En 1927, Alexei Radchenko escribió en su diario:

> La juventud progresista de hoy no tiene ningún interés verdadero ni centro de actividad (…), estos no son los años de la Guerra Civil, sino tan sólo de la NPE, una etapa necesaria de la Revolución, pero muy aburrida. La gente está distraída por sus asuntos personales, por temas de familia (…). Necesitamos algo que nos sacuda y limpie la atmósfera (algunos incluso sueñan con una guerra).[149]

Stalin manipuló estas ideas románticas hablando de la Guerra Civil como «el período heroico» y de la Unión Soviética como un Estado en constante lucha contra los enemigos capitalistas dentro del país y en el exterior. Creó el «temor a la guerra» de 1927, llenando la prensa soviética de falsas historias sobre «espías» británicos y «planes de invasión» de la Unión Soviética, y usó ese miedo para abogar por el arresto masivo de potenciales «enemigos» («monárquicos» y «expueblo»). También usó la amenaza de la guerra para respaldar sus argumentos destinados a establecer el Plan Quinquenal y a incrementar y reforzar las fuerzas armadas. La NPE, argumentaba, era un medio demasiado lento para lograr armamentos industriales, y no suficientemente seguro para garantizar abastecimiento de cereales en caso de guerra. La concepción de Stalin del Plan Quinquenal se basó enteramente en la lucha incesante contra el enemigo. En el curso de sus luchas políticas contra Bujarin

por el control del Partido en 1928-1929, Stalin lo acusó de haber suscrito la peligrosa opinión de que la lucha de clases disminuiría con el tiempo y de que los «elementos capitalistas» podían reconciliarse con un sistema socialista (en realidad, Bujarin afirmaba que la lucha continuaría en el plano económico). Esta opinión, proclamaba Stalin, llevaría al Partido a bajar sus defensas contra los enemigos capitalistas, permitiendo que éstos se infiltraran en el sistema soviético para subvertirlo desde dentro. En un antecedente precursor de los argumentos que empleó para racionalizar las creciente oleadas de represión estatal durante el Gran Terror, Stalin insistió en que la resistencia de la burguesía sólo se haría más intensa a medida que el país avanzara hacia el socialismo, por lo que se requería ejercer constantemente un renovado vigor para «desarraigar y aplastar la oposición de los explotadores». [150] Estos fueron los argumentos que sirvieron para congregar las fuerzas de Stalin y que aseguraron su victoria contra Bujarin. El Terror fue la inspiración, no la consecuencia, del Plan Quinquenal.

El ataque contra los comerciantes privados fue la primera batalla de una nueva guerra revolucionaria. Miles de hombres NPE fueron encarcelados o expulsados de sus hogares. Hacia finales de 1928, más de la mitad de los 400.000 comercios privados registrados en 1926 habían sido aniquilados por los impuestos o clausurados por la policía; para fines de 1929, sólo quedaba uno de cada diez. Las nuevas restricciones impuestas a los *lishentsi* hicieron aún más dura la vida de las familias de los hombres NPE. Las tarjetas de racionamiento (introducidas en 1928) les eran negadas, y por lo tanto se veían obligados a comprar sus alimentos en los pocos comercios privados que quedaban, en los que los precios experimentaron una subida dramática. Cada vez con mayor frecuencia, sus familias eran desalojadas de las viviendas

estatales, y a sus hijos se les prohibía el acceso a escuelas y universidades soviéticas.[151]

Samuil Laskin regresó de su exilio en Nizhny Novgorod en el momento álgido de esta guerra de clase. En la primavera de 1929, los Laskin se mudaron a su nuevo hogar de la plaza Zubov. Samuil y Berta tenían una habitación, Sonia otra, mientras que Fania y Yenia compartían la sala. Pero el sueño de Samuil de tener una casa propia pronto fue destruido por la abolición de la propiedad privada que sucedió a la derogación de la NPE. El Soviet de Moscú nacionalizó la vivienda de los Laskin, que fue convertida en apartamento comunal al que se mudó una anciana pareja (ambos bien conocidos como informantes de la policía), que ocupó las dos habitaciones más grandes, y dejó a los Laskin una sola habitación, alquilada, que debían compartir. En noviembre de 1929, el comercio de arenque de Samuil fue expropiado por el Estado. Samuil fue arrestado por segunda vez, encerrado por varias semanas en la cárcel de Butyrki, y luego exiliado a Voronezh, de donde regresó en 1930 para empezar una nueva vida como empleado soviético en el mercado piscícola.[152]

Samuil lo había perdido todo. Pero soportó su dramática situación como lo había hecho siempre: sin una sola queja contra el régimen soviético. Nadezhda Mandelstam, amiga de Yenia en la década de 1950, escribió sobre este aspecto del carácter de Samuil en sus memorias de los años de Stalin:

> El padre de Yenia era un pequeño —de hecho, el más pequeño que se podría imaginar— comerciante, quien crio tres hijas y vendía arenque salado. La Revolución le causó profunda felicidad: proclamó igualdad de derechos para los judíos y le permitió concretar su sueño de darles a sus tres inteligentes hijas una buena educación. Cuando se lanzó la NPE, se la tomó al pie de la letra y, para alimentar a sus hijas, estableció su comercio de arenque salado (…), sólo para que se lo confiscaran cuando no pudo pagar los impuestos. Sin duda hizo cálculos para ver cómo podía salvar a su familia. Lo despacharon a Narym, o algún lugar semejante. Pero no se derrumbó por este encarcelamiento ni por otro anterior, que sobrellevó

en un momento en que se empezaban a introducir «nuevos métodos», vale decir, torturas más refinadas que las primitivas palizas, para los casos que involucraban «la confiscación de objetos de valor». Desde su primer lugar de exilio, envió cartas de tal conmovedora ternura a su esposa y a sus tres hijas, que ellas decidieron no mostrárselas a nadie fuera de la familia. Se pasó toda la vida yendo y viniendo del exilio, y más tarde lo mismo ocurrió con sus hijas y sus esposos, que también fueron exiliados y enviados a los campos de trabajo. De no haber sido por el padre, quien siempre ocupó el centro de la familia y no cambió con los años, el destino de esta familia hubiera sido el epítome de la típica historia de vida soviética. Él era la quintaesencia de la bondad judía, y poseía esas cualidades de misteriosa espiritualidad y bondad que santificaron a Job. [153]

Capítulo 2

La gran ruptura (1928-1932)

1

El 2 de agosto de 1930, los aldeanos de Obujovo celebraron el Día de Ilin, una antigua festividad religiosa que marca el final de verano, ocasión que los campesinos rusos celebraban con una fiesta y plegarias por una buena cosecha. Después del servicio en la iglesia, los aldeanos se congregaron en la casa de los Golovin, el clan más numeroso de Obujovo, donde se sirvieron pasteles caseros con cerveza mientras los niños jugaban al aire libre. Al caer la noche, comenzó el *gulian'e*, el baile folclórico. Liderados por una banda de balalaicas y acordeones, de la casa emergieron dos hileras separadas de jóvenes y jovencitas vestidos con trajes típicos, que avanzaron danzando por la calle principal de la aldea mientras entonaban canciones.[154]

Ese año el festejo se vio empañado por violentas discusiones. Los pobladores estaban radicalmente divididos entre los partidarios de conformar una granja colectiva o *koljoz*, tal como se lo había ordenado el gobierno soviético, y quienes se oponían. La mayoría de los campesinos se mostraban reticentes a entregar sus granjas familiares, en las que habían trabajado durante varias generaciones, y compartir su propiedad, sus caballos, vacas y herramientas agrícolas en un *koljoz*. En una granja colectiva, todas sus tierras, ganado y equipamiento serían colectivizados, así como las parcelas individuales serían agrupadas en campos más extensos para permitir el paso de tractores, y los

campesinos se convertirían en jornaleros, trabajadores asalariados con derecho a una huerta minúscula para cultivar algunas verduras y criar sus aves de corral. Los habitantes de Obujovo sentían un fuerte apego por los principios de trabajo y patrimonio familiares, y habían oído historias alarmantes sobre la colectivización de otras aldeas norteñas. Historias escalofriantes de soldados que forzaban a los campesinos a ingresar en el *koljoz*, de arrestos y deportaciones masivos, de casas incendiadas y gente asesinada, de campesinos que huían de sus aldeas y degollaban a sus animales para evitar la colectivización. «En nuestras granjas, todos podemos trabajar para nosotros mismos —había advertido Nikolai Golovin ante la asamblea comunal en el mes de julio—, pero en el *koljoz* volveremos a ser siervos».[155] Los campesinos más viejos de Obujovo habían nacido antes de la abolición de la servidumbre de 1861.

En 1917, Nikolai había liderado la revolución campesina de la región. Había organizado la confiscación de las tierras de la Iglesia (en la zona no había aristocracia terrateniente) y, a través de la comuna y el Soviet, había supervisado la subdivisión de los terrenos públicos, asignando las franjas de tierra arable a las granjas familiares de acuerdo con el número de integrantes de cada familia. Nikolai era un hombre muy respetado por sus vecinos, cuyas pequeñas granjas familiares, trabajadas con sus propias manos en terrenos públicos, habían crecido en número como consecuencia de la Revolución, y muchas veces acudían a él en busca de consejo en cuestiones agrícolas. Todos valoraban su inteligencia y su integridad, su voluntad de trabajo, su temple y su modestia, y tenían en muy alta estima sus opiniones, porque comprendía a fondo las políticas del gobierno soviético y era capaz de explicarlas con palabras sencillas. La vieja piedra de molino en la entrada de su casa era el punto de reunión espontáneo

donde los habitantes se congregaban en verano, después de la caída del sol, para escuchar de boca de Nikolai sus opiniones sobre los sucesos de la localidad.[156]

Los Golovin eran defensores de la tradición campesina. Su granja familiar seguía la organización de la línea patriarcal, según la cual los niños trabajaban bajo las órdenes de su padre y eran educados para obedecerlo como si su autoridad fuese de origen divino («Dios está en el ciclo y el padre en la casa»). Como toda la gente de campo, los Golovin creían en los derechos del trabajo familiar de la tierra. Ése había sido el principio rector de la revolución agraria de 1917-1918. En la Guerra Civil, donde había ayudado a organizar el Ejército Rojo del norte, Nikolai había entregado su apoyo al régimen soviético, confiado en que defendería esos derechos campesinos (durante la década de 1920, conservó un retrato del comisario soviético de asuntos militares, Kliment Voroshilov, junto a los iconos religiosos, en la habitación principal de la casa). Pero los bolcheviques atacaban cada vez con más ferocidad esos derechos, y los jóvenes militantes activistas del Komsomol lideraban la campaña a favor de la colectivización de Obujovo. El Komsomol se reunía en la escuela de pueblo, donde podían oírse violentos y encendidos discursos de los agitadores contra los campesinos más ricos de la aldea, en su mayoría, contra la familia Golovin. Los pobladores nunca antes habían oído ese tipo de propaganda, y muchos de ellos estaban impresionados por las larguísimas expresiones que empleaban los líderes del Komsomol. En sus discursos, afirmaban que existían tres clases de campesinos hostiles entre sí: los campesinos pobres, aliados del proletariado, los campesinos medios, que eran neutrales, y los campesinos ricos o *kulaks*, enemigos del proletariado.[157*]

En la cartelera exterior de la escuela local se colocaba una

lista de todos los vecinos, separados en estas tres categorías, y era el Komsomol el que generaba las divisiones consignadas en cada lista. Nunca antes los aldeanos se habían imaginado a sí mismos en términos de clases sociales. Siempre se habían considerado parte de una sola y misma «familia agrícola», y naturalmente los campesinos más pobres eran respetuosos, y hasta deferentes, para con los campesinos más prósperos, como los Golovin. Pero en las reuniones en la escuela local se les soltaba la lengua por el alcohol, y los más pobres sumaban sus voces a las altisonantes acusaciones contra los «*kulaks* Golovin».[158]



Yevdokia y Nikolai con su hijo
Alexei Golovin (década de 1920).

El Komsomol de Obujovo estaba compuesto por una docena de adolescentes que se paseaban por el pueblo en uniformes de aspecto militar, blandiendo sus armas e intimidando a los vecinos. Su líder era Kolia Kuzmin, el hijo de dieciocho años de un campesino indigente y alcohólico que vivía en una casucha destartalada y con el techo vencido en los suburbios del poblado, donde habitaban las familias más pobres de Obujovo. Ya de niño su familia lo enviaba a mendigar a las granjas más ricas de la zona, y más de una vez

llegó a la puerta de los Golovin reclamando, en nombre de la buena vecindad, «cerillas, sal, queroseno o harina, que en casa de los Kuzmin siempre se agotaban antes de fin de año», recuerda Antonina, hija de Nikolai. Su padre se compadeció del pobre adolescente y le dio trabajo en el taller de talabartería que tenía en el patio de su granja. Kolia trabajó allí durante varios años, hasta que en 1927 se unió al Komsomol y se volvió contra los Golovin.[159]

En muchas aldeas, en especial las más remotas, como Obujovo, donde no había células del Partido, la tarea de agitación bolchevique dependía enteramente del Komsomol. A mediados de la década de 1920, por cada miembro rural del Partido había cuatro integrantes rurales del Komsomol. La oficina partidaria más cercana a Obujovo se encontraba a siete kilómetros de distancia, en la ciudad de Ustiuzhna. Como el Soviet de Obujovo respondía a la familia Golovin, los inquietos jóvenes del pueblo que se unieron al Komsomol quedaron a cargo de la campaña a favor del establecimiento del *koljoz*. A partir del otoño de 1928, momento en que la cúpula del Partido Comunista empezó a instar a la colectivización masiva, Kuzmin y sus camaradas comenzaron a enviar anónimos con denuncias a la capital del distrito y a recorrer la aldea alentando a los campesinos más pobres a unírseles en la lucha contra la «influencia contrarrevolucionaria de los *kulaks*» y la Iglesia. En la primavera de 1929, Nikolai fue expulsado del Soviet de Obujovo y despojado de sus derechos civiles por ser «propietario capitalista de una empresa de cueros». Más tarde, en noviembre, su casa fue requisada por el Komsomol local y oficiales de la capital del distrito, que impusieron a esa granja *kulak* un pesado tributo de 800 rublos. Ese impuesto, parte de la política nacional de «presión» a los *kulaks* y de confiscación de sus propiedades, llevó a la ruina a más de

cuatro mil hogares campesinos sólo en la provincia de Vologda.[160]

Para pagar el gravamen, Nikolai se vio forzado a vender dos vacas lecheras, su maquinaria para fabricar calzado, una cama de hierro y un baúl de ropa. Incluso trabajó todo el invierno con dos de sus cuatro hermanos en una obra en Leningrado para ganar algo de dinero extra. Los tres hermanos pensaban abandonar Obujovo, donde la colectivización de la agricultura parecía ya inevitable, y averiguar cómo era la vida en la ciudad. Dormían sobre bancos en dormitorios comunes y comían en comedores comunes: así ahorraron lo suficiente para enviar a casa algunos cientos de rublos, pero a los pocos meses de llevar esa vida decidieron volverse al pueblo. «No es vida para un ser humano —explicaba Nikolai a su familia en una carta—, si uno tiene que comprar todo, pan, patatas y coles en una tienda».[161]

El regreso de Nikolai, en la primavera de 1930, llevó sus relaciones con el Komsomol a un punto de ruptura. Una noche estaba cenando en casa con su hermano Ivan Golovin, un campesino de la aldea vecina. Estaban sentados a la mesa, junto a la ventana de la cocina, y a la luz de la lámpara de queroseno sus siluetas se veían claramente desde el exterior en penumbras, donde esperaban Kuzmin y sus seguidores. Era evidente que los jóvenes estaban borrachos. Comenzaron a gritarles a los kulaks que salieran, e hicieron fuego contra la ventana. Ivan recibió un disparo en la cabeza. Se desplomó muerto en un charco de sangre.

Algunas semanas después, Kuzmin volvió a la casa de Nikolai, en esa oportunidad con dos oficiales del partido venidos de la capital del distrito. Esa noche había una reunión en casa de Nikolai, y la sala estaba repleta de parientes y

amigos. Kuzmin los acusó de estar celebrando una reunión ilegal. «¡Abran la puerta, kulaks! ¡Dejen de conspirar contra el poder soviético!», gritó, mientras golpeaba a la puerta. Tenía un arma, y empezó a disparar tiros al aire. Nikolai abrió la puerta y salió para enfrentarse a los intrusos; los interceptó en el porche y se negó a dejarlos entrar. Kuzmin amenazó a Nikolai de muerte («Te mataré de un tiro, como maté a tu hermano, y nadie va a castigarme», le oyeron decir), y ambos se enzarzaron en una pelea cuerpo a cuerpo. Nikolai derribó a Kuzmin, y los agresores se desbandaron. Algunos días después, Kuzmin escribió al jefe de la policía política (OGPU) de Ustiuzhna acusando a Nikolai de ser:

> Un *kulak* explotador que hace propaganda antisoviética en nuestra aldea, junto con otra docena de *kulaks* más. Dicen que el gobierno soviético le roba al pueblo. Su objetivo es poner a la gente en contra de la colectivización para sabotearla.

Kuzmin sabía que eso bastaría para que su antiguo patrón fuese arrestado, en especial cuando su denuncia tenía el respaldo de los dos oficiales bolcheviques, quienes además agregaban que Nikolai estaba «siempre borracho» cuando «insultaba a los soviéticos».[162]

No es extraño entonces que el 2 de agosto, cuando los invitados se preparaban para retirarse de casa de los Golovin después de la celebración del Día de Ilin, llegaran dos oficiales a arrestar a Nikolai. En los calabozos de Ustiuzhna, un tribunal de tres hombres de la OGPU acusó a Nikolai de albergar «intenciones terroristas» y lo condenó a tres años en las instalaciones penitenciarias de Solovetzky, situadas en una de las islas del mar Blanco. La última vez que Antonina vio a su padre fue a través de las rejas del calabozo de Ustiuzhna. Había llegado caminando con su madre y sus hermanos y hermanas a la capital del distrito para ver al menos una vez a su padre, antes de que fuese trasladado al campo de

Solovetzky. La imagen de su padre detrás de las rejas atormentaría los sueños de Antonina durante los próximos tres años.[163]

Unas semanas después del arresto de Nikolai, los campesinos de Obujovo fueron forzados a asistir a una asamblea de vecinos, donde se aprobó la clausura de las granjas familiares, el reparto de sus tierras, herramientas y animales, y el establecimiento de un *koljoz.*

La colectivización fue el gran punto de inflexión de la historia soviética. Destruyó un estilo de vida que había evolucionado durante varios siglos y que estaba basado en la granja familiar, las antiguas comunas campesinas y la aldea independiente, con su mercado y su iglesia, todas ellas organizaciones que los bolcheviques consideraban obstáculos para la industrialización socialista. Millones de personas fueron arrancadas de sus hogares y dispersadas a lo largo y a lo ancho de la Unión Soviética: fugitivos de las granjas colectivas, víctimas de la hambruna a causa de las constantes requisas de grano en los *koljoz*, niños huérfanos, *kulaks* y sus familias. Esa población nómada se convirtió en la principal fuerza de trabajo de la revolución industrial estalinista, ocupando las ciudades y las canteras de construcción, los campos de trabajo y los «asentamientos especiales» del Gulag (Administración General de Campos). El primer Plan Quinquenal, que fijó ese esquema de desarrollo compulsivo, abrió el camino a un nuevo tipo de revolución social (la «revolución desde arriba»), que sirvió para consolidar el régimen estalinista. Se alentó la desintegración de los antiguos vínculos y lealtades y la disolución de la moral, se impusieron los nuevos valores e identidades «soviéticas», y se subordinó al conjunto de la población a un Estado de cuyo plan económico pasaron a depender para todo: vivienda,

educación, empleo y abastecimiento.

La erradicación de la granja de la familia campesina fue el punto de partida de esa «revolución desde arriba». Para los bolcheviques, el campesinado era básicamente sospechoso. En 1917, la falta de influencia del régimen en las zonas rurales los había obligado a tolerar muy a disgusto la reforma agraria de los mismos campesinos a los que habían utilizado para socavar las bases del antiguo régimen. Pero siempre tuvieron claro que su objetivo a largo plazo era la abolición del campesinado minifundista para reemplazarlo por granjas colectivas mecanizadas de gran escala, donde los campesinos se convertirían en «proletariado rural». La ideología marxista había enseñado a los bolcheviques a considerar que el campesinado era una reliquia «pequeño burguesa» de la antigua sociedad, incompatible en definitiva con el desarrollo de una sociedad comunista. Parecía demasiado ligado a las costumbres patriarcales de la vieja Rusia, demasiado apegado a los principios y costumbres del libre comercio y la propiedad privada, y demasiado entregado al «egotismo» de la familia como para que pudiera ser completamente socializado.

Los bolcheviques creían que los campesinos eran una amenaza potencial para la Revolución, en tanto que controlaran la principal fuente de alimentos. Como había quedado demostrado en la Guerra Civil, el campesinado podía poner al régimen soviético al borde del colapso con sólo dejar de enviar grano al mercado. La crisis de grano de 1927-1928 renovó los temores de un «golpe *kulak*» en los altos círculos estalinistas. Como respuesta, Stalin reinstituyó las confiscaciones de alimentos y generó un clima de «guerra civil» contra la «amenaza *kulak*» para justificar sus políticas. En enero de 1928, Stalin viajó a Siberia, región clave en la producción de grano, y urgió a los jóvenes activistas a no

tener piedad con los *kulaks* sospechosos de retener grano. Su grito de guerra fue seguido de una serie de Medidas de Emergencia que instaban a los organismos locales a aplicar el Código Penal para arrestar a los campesinos y confiscar sus propiedades, si se negaban a entregar su grano a la brigada de requisas (una interpretación absurda del código que encontró resistencias incluso dentro del propio gobierno). Miles y miles de «*kulaks* maliciosos» (campesinos comunes, como Nikolai Golovin) fueron arrestados y enviados a campos de trabajo, y sus bienes fueron destruidos o confiscados, en ese intento del régimen por romper la «huelga *kulak*» que transformó la superpoblación carcelaria en mano de obra para una extensa red de campos de trabajo (que muy pronto serían conocidos como «Gulag»).[164]

A medida que la batalla por el grano recrudeció, Stalin y sus seguidores optaron por una política de colectivización masiva que les permitiera fortalecer el control del Estado sobre la producción de alimentos y extirpar cualquier «amenaza *kulak*» de una vez y para siempre. «Debemos desarrollar un mecanismo que permita que las granjas colectivas entreguen el total de su producción cerealera comercializable al Estado y a las organizaciones cooperativas, bajo amenaza de perder todo subsidio o crédito estatal», afirmó Stalin en 1928.[165] Stalin hablaba con creciente optimismo del enorme potencial de las granjas colectivas mecanizadas de gran escala. Las estadísticas mostraban que las pocas granjas de ese tipo que ya estaban en funcionamiento tenían un rendimiento enormemente superior al de los minifundios agrícolas de familias campesinas, que eran mayoría.

Ese entusiasmo por las granjas colectivas era algo relativamente nuevo. Hasta el momento, el Partido no había

puesto mucho énfasis en la colectivización. Bajo la NPE, el establecimiento de granjas colectivas fue una política alentada por el Estado con ayuda financiera y agronómica, aunque en los círculos del Partido había consenso respecto de que la colectivización debía ser un proceso gradual y voluntario. Durante la NPE, los campesinos no mostraron signos de despertar a las ventajas de la colectivización, y el crecimiento de los *koljoz* fue prácticamente insignificante. Después de 1927, cuando el Estado comenzó a ejercer mayor presión impositiva —otorgando créditos a las granjas colectivas e imponiendo fuertes gravámenes a las granjas *kulak*—, el sector *koljoz* comenzó a crecer muy rápidamente. Pero las que más interés despertaron en el campesinado no fueron los grandes *kommuni* (donde toda la tierra y propiedades eran compartidas), sino las asociaciones más pequeñas e informales de «tipo campesino» llamadas TOZ (donde la tierra se compartía, pero los animales y las herramientas seguían siendo propiedad de las familias). El Plan Quinquenal no daba muestras de que el Partido tuviese intenciones de modificar sus políticas, pues preveía un moderado aumento de la tierra colectiva sembrada y no se apartaba un ápice del principio de adhesión voluntario.

Fue Stalin quien, en 1929, forzó un brusco cambio de esa política. El *volte face* significó un revés decisivo para Bujarin, quien intentaba con desesperación conservar el sistema de mercado de la NPE dentro del encuadre del Plan Quinquenal, que en su versión original (adoptada en la primavera de 1929, pero fechada retroactivamente en 1928) se proponía objetivos razonables y optimistas de industrialización socialista. Stalin quería índices de crecimiento industrial más altos todavía, y para el otoño de 1929, las cifras que se proponía alcanzar el Plan Quinquenal habían aumentado de manera exponencial. La inversión debía triplicarse, la producción de carbón debía

duplicarse y el aumento de la producción de hierro en lingotes (que en la versión original del Plan ya debía incrementarse en un 250 por ciento) debía cuadruplicarse para 1932. En ese frenesí de optimismo alocado, compartido ampliamente tanto por los altos círculos del Partido como por las bases, la prensa soviética arriesgó un titular. «¡Un Plan Quinquenal en cuatro años!».[166] Fueron esas utópicas cifras de crecimiento las que obligaron al Partido a adoptar la política estalinista de colectivización masiva como única manera de abastecer a bajo coste las necesidades alimentarias de una mano de obra industrial en rápida expansión (así como para exportar y por ese medio ingresar capitales).

En el centro de todas estas políticas estaba la guerra que el Partido libraba con el campesinado. La colectivización de la agricultura constituía un ataque directo al apego de los campesinos por su aldea y por la Iglesia, a la granja familiar autónoma, a la propiedad privada y el libre comercio, que hundían sus raíces en el pasado de Rusia. El 7 de noviembre de 1929, Stalin escribió un artículo en el *Pravda*, «El año de la Gran Ruptura», donde declaraba que el Plan Quinquenal era el comienzo de la última gran lucha revolucionaria contra los «elementos capitalistas» de la Unión Soviética, y que conduciría a la fundación de una sociedad comunista construida por la industria socialista. Lo que Stalin quería decir con «gran ruptura», como se lo explicara a Gorki, era «la quiebra total de la vieja sociedad, y la ferviente construcción de una nueva».[167]

A partir del verano de 1929, miles de activistas fueron enviados a las zonas rurales para causar agitación y ganar adhesiones para las granas colectivas. Como los habitantes de Obujovo, la mayoría de los campesinos tenían miedo de abandonar su milenaria forma de vida para dar un salto de fe

hacia lo desconocido. Los ejemplos de granjas colectivas exitosas no eran tan numerosos como para persuadir a los incrédulos. Un especialista agrícola alemán que trabajaba en Siberia en 1929 describió las granjas colectivas como «candidatas a la muerte». Muy pocas poseían tractores o herramientas modernas. Estaban muy mal dirigidas por personas que sabían poco y nada de agricultura, y cometían «errores groseros» que «desacreditaban todo el proceso de colectivización». Según la OGPU, la percepción de los campesinos era que lo perderían todo —sus tierras y vacas, sus caballos y herramientas, sus hogares y familias— si se unían al *koljoz*. Como afirmó un viejo campesino: «Escucho un discurso tras otro que nos dice que debemos olvidar nuestras posesiones y poner todo en común. ¿Por qué entonces uno siente en la sangre el deseo de tener algo propio?».[168]

Incapaces de persuadir a los campesinos, los activistas comenzaron a utilizar la coerción. A partir de diciembre de 1929, cuando Stalin llamó a la «eliminación de los *kulaks* como clase», la campaña para convencer al campesinado a que se uniera en granjas colectivas cobró características de guerra. El Partido y el Komsomol estaban armados y preparados. Movilizaron tropas especiales y unidades de la OGPU, trabajadores urbanos y estudiantes voluntarios, que con el refuerzo de las milicias locales fueron enviados a las aldeas con órdenes estrictas de no regresar a las capitales de distrito sin haber establecido y organizado un *koljoz*. «Es mejor pasarse que quedarse corto —habían oído de boca de sus instructores—. Recuerden que no serán condenados por el exceso, sino por la indulgencia. ¡Cuidado!» Un activista recuerda un discurso pronunciado por el líder bolchevique Mendel Jataevich, en el que, frente a una asamblea de ochenta dirigentes del Partido en la región del Volga, dijo lo siguiente:

> Debéis asumir vuestras responsabilidades con el sentimiento del más estricto deber partidario, sin lloriqueos, sin una pizca de liberalismo. Arrojad por la ventana vuestro humanitarismo burgués y actuad como bolcheviques merecedores de llamarse camaradas de Stalin. Acabad con el elemento *kulak* allí donde asome la cabeza. Es una guerra: son ellos o nosotros. El último remanente decrépito de la agricultura capitalista debe ser eliminado a cualquier precio.[169]

Durante apenas los dos primeros meses de 1930, la mitad del campesinado soviético (alrededor de sesenta millones de personas de cien mil aldeas) fue empujado a las granjas colectivas. Los militantes emplearon diversas tácticas de intimidación en las asambleas de vecinos, donde se llevaba a cabo la trascendente votación para decidir si se unían al *koljoz*. En una aldea de Siberia, por ejemplo, los campesinos se negaban a unirse en una granja colectiva. Cuando llegó el momento de votar, los activistas se presentaron con soldados y pidieron que quienes se opusieran a la moción lo dijeran en voz alta. Nadie se atrevió a abrir la boca, y la moción fue aprobada «por unanimidad». En otra localidad, una vez que los vecinos votaron en contra de la granja colectiva, los activistas exigieron saber quiénes eran los campesinos que se oponían al poder soviético, y explicaron que el gobierno soviético ordenaba la formación de granjas colectivas. Como nadie osó admitir que se oponía al gobierno, los activistas dejaron registrado que la aldea había votado «unánimemente» a favor de la colectivización. En otras aldeas, sólo se permitía la participación en las asambleas a una pequeña porción de los habitantes (escogidos a dedo por los activistas), y el resultado de la votación se aplicaba a todos los vecinos. En la aldea de Cheremujova, en la región de Komi, por ejemplo, había 437 hogares, pero sólo 52 tenían representantes en la asamblea de vecinos: 18 votaron a favor de la colectivización, y 16 en contra, pero el resultado de la votación afectó al pueblo entero, que fue enrolado en el

koljoz.[170]

Los campesinos que se manifestaban en contra de la colectivización eran golpeados, torturados, amenazados y amedrentados hasta que aceptaban unirse a la granja colectiva. Muchos fueron expulsados por *kulaks* de sus hogares y desterrados de su aldea. El éxodo obligado de los campesinos hacia las granjas colectivas fue acompañado por un virulento ataque contra la Iglesia, punto focal del antiguo estilo de vida aldeano, que los bolcheviques consideraban como una fuente potencial de oposición a la colectivización. Miles de sacerdotes fueron arrestados, y sus iglesias fueron saqueadas y destruidas, lo que forzó a miles de creyentes a profesar su fe en el secreto de sus hogares. Los comunistas del c ampo y los oficiales soviéticos que se oponían a la colectivización forzada fueron expulsados del Partido y arrestados.

Para Stalin, la guerra contra los *kulaks* era una parte inseparable de la campaña de colectivización. Desde su punto de vista, no tenía ningún sentido tratar de neutralizar a los *kulaks* o intentar integrarlos como obreros rurales en un *koljoz*, como proponían algunos bolcheviques. «Cuando te cortan la cabeza —respondía Stalin—, no te preocupa quedarte pelado».[171] En su mente, la persecución a los *kulaks* tenía un doble propósito: deshacerse de un potencial opositor a la colectivización, y servir como ejemplo a otros aldeanos, instándolos a unirse al *koljoz* para no sufrir el mismo destino que los *kulaks*.

Por más que se hablara de los *kulaks*, no existían como categoría objetiva. El término se utilizaba de manera tan amplia y aleatoria, que prácticamente cualquier campesino podía ser acusado de *kulak* y despojado de todo, y a su vez esa vaguedad sólo hacía más profundo el terror que esa guerra

contra los *kulaks* pretendía generar. De acuerdo con la ideología leninista, los *kulaks* eran los granjeros capitalistas que empleaban mano de obra contratada, pero eso era cierto sólo con respecto a un puñado de los campesinos que fueron reprimidos por *kulaks* después de 1929. La NPE había permitido a los campesinos enriquecerse gracias a su propio trabajo, y algunos de ellos, como los Golovin, habían logrado con gran esfuerzo levantar una modesta propiedad en la granja familiar.[172*] Pero la NPE había mantenido bajo estricto con trol el empleo de mano de obra contratada, y de todos modos después de 1927, cuando aumentaron los impuestos al campo, la mayoría de los campesinos, como la familia Golovin, perdieron casi todos sus bienes personales. La idea de una «clase *kulak*» de campesinos capitalistas era una fantasía. La gran mayoría de los así llamados *kulaks* eran esforzados campesinos como los Golovin —los vecinos más sobrios, ahorrativos y progresistas de la aldea—, cuyas modestas riquezas se debían por lo general al hecho de ser familias más numerosas o componer un clan. La laboriosidad de los *kulaks* era famosa entre el campesinado. Como lo afirmó un trabajador de un *koljoz* en 1931, la campaña contra los *kulaks* significaba simplemente que «los mejores y más esforzados obreros de la tierra» fueron expulsados de las granjas colectivas.[173]

La destrucción de los *kulaks* resultó ser una catástrofe económica para la Unión Soviética. Despojó a las granjas colectivas de la ética del trabajo y la experiencia de los campesinos más habilidosos del país, lo que finalmente condujo a la decadencia terminal de la agricultura soviética. Pero la guerra de Stalin contra los *kulaks* no tenía su origen en consideraciones de tipo económico, sino en la decisión de eliminar toda posibilidad de resistencia a la colectivización de la vida rural. Los *kulaks* eran campesinos individualistas, los

líderes y sostenes más poderosos del antiguo estilo de vida agrario. Tenían que desaparecer.

La «eliminación de los *kulaks*» siguió el mismo patrón en toda la nación. En enero de 1930, una comisión del Politburó elevó a sesenta mil el cupo de «*kulaks* maliciosos» que debían ser enviados a campos de trabajo, y otros ciento cincuenta mil hogares *kulak* más (alrededor de seis millones de personas) que serían despojadas de todas sus posesiones y enviadas a campos de trabajo o «asentamientos especiales». La implementación de estos cupos estaba a cargo de la OGPU (que elevó el porcentaje de hogares a ser eliminados por *kulak* de tres a cinco), a través tic sus filiales locales y otras organizaciones del Partido (que en muchas regiones excedían deliberadamente los cupos con el afán de demostrar a sus superiores el celo ideológico que esperaban sus superiores).[174] Cada aldea tenía su propio cupo, establecido por las autoridades del distrito. Los activistas del Komsomol y del Partido confeccionaban listas de *kulaks* de cada aldea para que fueran arrestados y exiliados. Realizaban inventarios de las propiedades que debían ser confiscadas cuando los *kulaks* abandonaran forzadamente sus hogares.

Por curioso que pueda parecer, hubo muy poca oposición entre los campesinos a esta persecución contra los *kulaks*, especialmente si se considera la larga tradición de solidaridad vecinal del campesinado ruso (las campañas anteriores contra los *kulaks*, durante la Guerra Civil por ejemplo, no habían logrado dividir a los campesinos). Por cierto que, en algunos lugares, los aldeanos se resistían a los cupos, insistían que no había *kulaks* entre ellos y afirmaban que todos los campesinos eran igualmente pobres, así como hubo otros lugares donde se negaron a entregar a sus *kulaks* o incluso trataban de defenderlos utilizando la fuerza para evitar el arresto a manos

de los activistas que iban a buscarlos. Pero, ante la repentina desaparición de sus propios vecinos de la noche a la mañana, la mayoría del campesinado reaccionó con una pasiva resignación, hija del miedo. En algunas aldeas, los pobladores elegían a sus *kulaks* entre ellos mismos. Simplemente celebraban una asamblea vecinal y decidían quién sería enviado por *kulak*, decisiones en las que los granjeros aislados, las viudas y los ancianos eran los grupos más vulnerables. En otros lugares, se echaba a suertes.[175]

Dmitri Streletski nació en 1917 en el seno de una numerosa familia campesina en la región siberiana de Kurgan. Recuerda el modo en que fueron seleccionados sus padres para la deportación por ser *kulaks*:

> No hubo inspecciones ni miramientos. Simplemente llegaron y nos dijeron: «Todos vosotros —nos explicó Serkov, el jefe del Soviet de la aldea—. He recibido la orden [del comité regional del Partido] de encontrar diecisiete familias *kulak* para su deportación. No hay un solo habitante del pueblo que sea lo suficientemente rico para ser un *kulak*, y tampoco hay muchos ancianos, así que elegimos diecisiete familias al azar. Habéis sido elegidos —nos explicó—. Por favor, no lo toméis como algo personal. No puedo hacer otra cosa».[176]

Es muy difícil hacer una estimación exacta de la cantidad de personas que fueron reprimidas por *kulaks*. En el clímax de la «campaña *antikulak*» (en el invierno del 1929-1930, los primeros meses de 1931 y el otoño de 1932), las rutas del país estaban atestadas de largos convoyes de deportados que arrastraban consigo sus últimas posesiones, bultos patéticos de ropa de cama y vestimenta que cargaban a pie o empujaban sobre un carro. Un testigo presencial de la región de Sumy, en Ucrania, recuerda «filas que se extendían hasta donde se pierde la vista en ambas direcciones, y gente de nuevas aldeas que se seguía sumando a ellas» a medida que la columna marchaba hacia los puntos de recolección que se encontraban sobre la vía férrea. Allí eran subidos a vagones

de ganado que los transportaban a los «asentamientos especiales». Como la capacidad del ferrocarril no era suficiente para trasladar a semejante número de deportados, muchos de los *kulaks* quedaban a la espera durante meses en condiciones infrahumanas en precarios campos de detención donde los niños y los ancianos morían como moscas. Hacia 1932, había 1,4 millones de *kulaks* en «asentamientos especiales», en su mayoría en los Urales y Siberia, y un número todavía mayor a ése en campos situados junto a las fábricas y canteras de construcción Gulag, o simplemente haciendo vida de prófugos. En total, entre 1929 y 1932 fueron expulsados de sus hogares y aldeas al menos diez millones de *kulaks*.[177]

Detrás de las estadísticas, están las tragedias humanas, imposibles de contabilizar.



Kulaks exiliados de la aldea de Udachne, Khryshyne (Ucrania), a principios de la década de 1930.

En enero de 1930, la familia de Dmitri Streletski fue expulsada de su granja en Baraba, en la región de Kurgan, donde habían vivido durante cincuenta años. La casa de su abuelo fue destruida, y las herramientas, carros, caballos y

vacas fueron transferidos al *koljoz*, mientras que los utensilios menores, como la vestimenta, ropa de cama y enseres domésticos, fueron repartidos entre los vecinos. Los iconos de la familia fueron pisoteados y quemados. Los abuelos de Dmitri, tres de sus cuatro hijos y sus familias (catorce personas en total) fueron alojados en un establo y se les prohibió el contacto con los demás vecinos de la aldea, hasta que la orden para su deportación llegara desde la capital de distrito. Seis semanas más tarde, estaban todos exiliados en un aserradero de los Urales (donde los abuelos murieron en el lapso de un año). El padre de Dmitri, Nikolai, permaneció con su familia en Baraba. Veterano del Ejército Rojo en la Guerra Civil, Nikolai había organizado la primera granja colectiva (una TOZ de la aldea), y su experiencia agrícola resultaba imprescindible para el funcionamiento del *koljoz*. A Nikolai se le permitió conservar su casa, donde vivía con su esposa Anna y sus seis hijos. Pero entonces, un buen día, a principios de la primavera de 1931, se les informó de que también habían sido «elegidos» como *kulaks* para una segunda oleada de deportaciones desde Baraba. Les dieron apenas una hora para empaquetar sus escasas posesiones, para luego ser escoltados fuera de la aldea por una guardia armada, donde fueron abandonados en la estepa a campo abierto, bajo amenaza de muerte en caso de que regresaran. «Lo perdimos todo», recuerda Dmitri.

> ¿Qué esperaban, que empaquetáramos en menos de una hora? Mi padre quería llevarse sus bastones (uno de ellos tenía empuñadura de plata), pero los guardias no se lo permitieron. También se llevaron el anillo y la cadena de oro de mi madre. Era un asalto a plena luz del día. Tuvimos que abandonarlo todo: nuestra casa, el granero, los animales, ropa, calzado, vajilla y abrigo. Teníamos sólo la ropa que llevábamos puesta y algunas prendas más. Y por supuesto que nos teníamos a nosotros, padres, hijos, hermanos y hermanas: la verdadera riqueza viva de nuestra familia.[178]

Valentina Kropotina nació en 1930 en el seno de una

familia de campesinos pobres de Belarus. Fueron reprimidos por *kulaks* en 1932. El primer recuerdo de Valentina es de cuando ella y sus padres debieron huir de su casa en llamas, incendiada por orden de los comunistas de la aldea. Le prendieron fuego en medio de la noche, mientras la familia dormía en el interior. Los padres de Valentina apenas tuvieron tiempo de rescatar a sus dos hijas antes de escapar, con quemaduras severas, de una casa devorada por el fuego. El padre de Valentina fue arrestado esa misma noche. Fue encarcelado y luego deportado a la región siberiana de Amur, donde pasó los siguientes seis años en diversos campos de trabajo. La casa y granero familiares ardieron hasta los cimientos; la vaca y los cerdos fueron confiscados para la granja colectiva; los frutales del jardín fueron talados, y la cosecha fue pasto de las llamas. Sólo les dejaron un saco de arvejas. A la madre de Valentina, una campesina iletrada llamada Yefimia, se le negó el ingreso al *koljoz*. Fue abandonada junto con sus dos hijas en las ruinas de la casa calcinada. Yefimia construyó una casucha sobre los escombros de su antiguo hogar, en los arrabales del pueblo. Se ganaba la vida haciendo trabajos de limpieza. Valentina y su hermana no iban a la escuela: por ser «hijas de *kulaks*», no pudieron inscribirse durante varios años. Crecieron en las calles, acompañando a su madre a trabajar. «Todos los recuerdos de mi infancia son tristes —comenta Valentina—. Lo que más recuerdo es la sensación de hambre, que no se iba nunca».[179]



Valentina Kropotina (segunda desde la izquierda) y su hermana (segunda desde la derecha) con tres de sus primos, 1939.

Klaudia Rubliova nació en 1913, la tercera de los once hijos de una familia campesina de la región Irbei de Krasnoiarsk, Siberia. Su madre murió en 1924 mientras daba a luz al más pequeño de sus hermanos, dejando a su padre, Ilia, solo y con once hijos que criar. Hombre emprendedor, Ilia aprovechó la NEP para cambiar de oficio, de granjero a horticultor. Cultivaba semillas de amapola y pepinos, que podían ser atendidos por facilidad por sus hijos menores. A causa de esto, fue etiquetado como *kulak*, arrestado y encarcelado, y luego enviado a un campo de trabajo, dejando a todos sus hijos al cuidado de Klaudia, que tenía entonces apenas diecisiete años. Despojaron a los niños de todas las pertenencias de su padre: la casa, que él mismo había construido, fue confiscada por el Soviet de la aldea, mientras que los caballos, vacas, ovejas y herramientas de la granja fueron transferidos al *koljoz*. Durante varias semanas, los niños debieron vivir en una casa de baños públicos, hasta que llegaron las autoridades para llevárselos a todos a un orfanato. Klaudia escapó con el menor de los niños a Kansk, cerca de

Krasnoiarsk, donde vivía su hermana mayor, Raisa. Antes de irse, vendieron lo que les quedaba a los vecinos. «No nos quedaba mucho por vender, éramos niños —recuerda Klaudia—. Teníamos una manta forrada en piel y un viejo vellón de oveja, un colchón de plumas y un espejo que vaya a saber cómo logramos rescatar de nuestra casa. Eso era todo lo que teníamos para vender».[180]

¿Qué motivos tenían esos hombres y mujeres para llevar adelante esta guerra contra el campesinado? La mayoría de los activistas de la colectivización eran soldados y trabajadores reclutados, gente muy dispuesta a seguir órdenes de arriba (y de paso, llenarse los bolsillos). Sus comandantes, instructores y la propaganda les habían inculcado ese odio hacia los *kulaks*, a quienes se definía como «parásitos y chupasangres enemigos del pueblo». «Nos entrenaron para ver a los kulaks como gusanos, liendres que debían ser exterminadas, y no como seres humanos», recuerda un joven activista de la época, líder de una brigada del Komsomol en el Kuban. «De no ser por el *koljoz* —escribía en la década de 1980 otro antiguo activista de la colectivización—, ¡los *kulaks* nos habrían cortado la garganta y desollado vivos!»[181]

Otros simplemente se dejaron llevar por su fervor comunista. Exaltados por las románticas pasiones revolucionarias removidas por la propaganda del Plan Quinquenal, creían, al igual que los bolcheviques, que la voluntad humana bastaba para conseguir cualquier milagro. Como recuerda un joven estudiante de la época, «estábamos convencidos de que estábamos creando una sociedad comunista, que se concretaría al cabo de los cinco años del Plan Quinquenal, y estábamos listos para los sacrificios que fueran necesarios».[182] Hoy resulta fácil desestimar o restar importancia a la fuerza emocional de esas esperanzas

mesiánicas y el fanatismo que engendraron, en especial en las generaciones más jóvenes de entonces, que habían crecido en el «culto a la lucha» de la «novela romántica» de la Guerra Civil. Esos jóvenes, quería creer que era su responsabilidad llevar adelante esa lucha, que en palabras se traducía como «Internacional», en pos de una «nueva y mejor vida». Según las propias palabras de uno de los «veinticinco mil» —el ejército de entusiastas ciudadanos que fueron enviados a las zonas rurales para ejecutar la campaña de colectivización—: «¡Lucha, lucha, lucha siempre y sin cuartel! Sólo en eso nos enseñaban a pensar. Que no se conseguía nada sin luchar, que ésa era la regla de la vida social».[183]

Según esa visión militante del mundo, la creación de una sociedad nueva implicaría y de hecho haría necesario un virulento enfrentamiento con las fuerzas de la vieja sociedad (una lógica alimentada por la propaganda del Plan Quinquenal, con su constante acicate de «campañas», «batallas», y «ofensivas» en los diversos «frentes», como el social, económico, interno e internacional). De esta manera, el idealismo comunista reconciliaba el «terror» contra los *kulaks* con sus propias creencias utópicas. Algunos estaban anonadados por la violencia empleada. A otros incluso les horrorizaba el papel que les tocaba desempeñar. Pero todos sabían lo que estaban haciendo (no pueden aducir que desconocían lo que sucedía o que tan sólo «cumplían órdenes»). Todos creían que el fin justificaba los medios.

Lev Kopelev, un joven comunista que participó en una de las mayores atrocidades cometidas contra los campesinos ucranianos, describió cómo lograba racionalizar sus acciones. Kopelev era voluntario en una brigada del Komsomol que hacía requisiciones de grano *kulak* en 1932. Se llevaban todo, hasta el último mendrugo de pan. Mirando atrás, en la década

de 1970, Kopelev recuerda el llanto de los niños y el aspecto de los campesinos:

> Aterrados, suplicantes, odiosos, estúpidamente impávidos, extinguiéndose con desesperación o ardiendo de furia demencial (…). Era espantoso de ver y de oír. Y peor aún participar en ello (…). Yo me convencía, trataba de razonar conmigo mismo. No debo ceder, la compasión es debilidad. Estamos cumpliendo con una necesidad histórica, nuestro deber revolucionario. Estamos consiguiendo alimentos para la patria socialista. Para el Plan Quinquenal.[184]

La resistencia campesina a la colectivización se generalizó rápidamente incluso en aquellas aldeas menos castigadas por la represión contra los *kulaks*. Los registros de la policía consignan 44.779 «serios incidentes» entre los años 1929 y 1930. Los comunistas y activistas rurales fueron asesinados a cientos, y tantos otros miles sufrieron ataques. Había manifestaciones campesinas y levantamientos, ataques a las instituciones soviéticas, incendios provocados y daños contra las propiedades de los *koljoz*, así como protestas contra el cierre de iglesias. Era casi como un retorno a la situación que se presentaba hacia el final de la Guerra Civil, cuando las guerras rurales en todo el territorio habían obligado a los bolcheviques a abandonar las requisiciones e introducir la NPE, con la diferencia de que esta vez el régimen soviético tenía la fuerza suficiente para aplastar la resistencia campesina (de hecho, muchos de los levantamientos rurales de 1929 y 1930 fueron provocados por la policía para suprimir y barrer a los «rebeldes *kulaks*»). Al darse cuenta de su propia impotencia, los campesinos adoptaron las tradicionales «tretas del débil» como medio para sabotear la colectivización: mataron a su propio ganado para evitar que fuese confiscado para las granjas colectivas. El número de reses de la Unión Soviética cayó un 30 por ciento entre 1929 y 1930, y a la mitad si se considera el período de 1928-1933.[185]

Ante la posible ruina total del campo soviético, Stalin llamó

a una tregua de la campaña de colectivización. En un artículo del *Pravda* («Mareados por el éxito») de marzo de 1930, acusaba a los funcionarios locales de un celo excesivo en el uso de la fuerza contra el campesinado y de establecer *koljoz* por decreto. Millones de campesinos creyeron ver en esto una especie de anuencia para abandonar las granjas colectivas, y manifestaron su opinión con los pies: entre marzo y junio de 1930, la proporción de campesinos soviéticos alistados en granjas colectivas cayó del 58 al 24 por ciento (en la región de Tierra Negra, de Rusia central, cayó de un 83 a un 18 por ciento). Pero abandonar la granja colectiva no resultó ser tan fácil. Era casi imposible que los campesinos recuperaran sus propiedades y pertenencias, sus herramientas y ganado. Durante seis meses, hubo una tensa tregua. Luego, en septiembre de 1930, Stalin lanzó una segunda ola de colectivización, cuyo objetivo declarado era colectivizar al menos el 80 por ciento de las granjas familiares —a diferencia del 50 por ciento propuesto en la primera campaña— y eliminar a todos los *kulaks* para finales de 1931. El Politburó dio instrucciones al OGPU de preparar mil «asentamientos especiales», cada uno de los cuales debería estar preparado para recibir a trescientos familias *kulak*, en las regiones remotas del Norte, Siberia, los Urales y Kazajstán. Entre 1930 y 1931, dos millones de personas fueron exiliadas a esos lugares.[186]

En septiembre de 1930, al comienzo de ese segundo embate, fue establecido el *koljoz* de Obujovo. El nombre del *koljoz* «Vida Nueva» (*Novyi byt*), reemplazó al nombre de la aldea, que había recibido el nombre de Obujovo desde 1522. En las puertas del pueblo, se colocaron banderas rojas que indicaban que había sido colectivizada. La antigua iglesia, que se encontraba en el centro de la aldea, fue demolida y usaba como leña. En presencia de aldeanas que gritaban y

sollozaban, las campanas fueron desmanteladas y fundidas para usar el metal.

Los campesinos perdieron sus terrenos, que fueron organizados en enormes campos colectivos. El *koljoz* se llevó todos los caballos de trabajo, y las vacas fueron encerradas en vaquerías, pero la prometida nueva maquinaria agrícola nunca llegó, así que las vacas fueron devueltas a sus dueños para el ordeñe, y se impuso a cada familia un impuesto sobre la leche. Kolia Kuzmin, líder del Komsomol, se convirtió en jefe del *koljoz*. Tomó como esposa a una novia de una aldea vecina y se mudó a la casa más grande, que había sido confiscada a Vasily Golovin, ahora un exiliado *kulak*. A pesar de ser quizá la persona con menos experiencia agrícola de toda la aldea, Kuzmin era responsable del manejo diario del *koljoz*. Se emborrachaba con frecuencia y se ponía violento. El primer invierno fue un verdadero desastre. La cuota de leche y grano que el *koljoz* pudo enviar ese año fue enorme, pero la mitad de los caballos murieron y cada trabajador del *koljoz* recibía como paga apenas 50 gramos de pan al día.

Algunos aldeanos siguieron resistiendo. Cuando Kolia Kuzmin se presentaba en sus casas escoltado por una brigada armada para llevárselo todo, se vivían escenas de gran tensión. Muchos campesinos preferían huir antes que ser forzados a unirse al *koljoz*. El clan Golovin era muy extenso. De los 120 Golovin que vivían en Obujovo en 1929, sólo quedaban 71 a mediados de 1931 (20 habían huido a diversas ciudades, 13 estaban en el exilio por *kulaks*, 16 se habían ido a vivir a lugares aislados después de que se les negara el acceso a las granjas colectivas).

En cuanto al núcleo familiar cercano de Nikolai, se dispersó por completo. Dos de sus hermanos fueron al exilio. Su madre huyó al pueblo más cercano. Su hijo mayor fue

arrestado y enviado a trabajar como obrero del Gulag en el canal del mar Blanco (Belomorkanal). Otros dos de sus hijos, María e Ivan, escaparon para evitar ser arrestados. Su esposa, Yevdokia, y sus tres hijos menores intentaron ingresar en la granja colectiva, pero fueron rechazados por considerarlos «elementos *kulaks*», y sus vecinos los aislaron. Sólo la familia Puzhinin, sus más antiguos amigos, les dirigía la palabra. «La atmósfera era terrible —recuerda Antonina—. Mamá lloraba todo el día. Ya no salíamos a jugar, y los vecinos no nos visitaban nunca. Crecimos de golpe». Yevdokia y sus hijos fueron autorizados a quedarse en la casa familiar y a conservar una vaca y una pequeña parcela de tierra. Así lograron sobrevivir durante algunos meses, en parte también por la ayuda que recibían en secreto de sus parientes. Pero la vida se hizo insoportable cuando Kuzmin les confiscó la vaca, pues la leche era la base de su alimentación. En enero de 1931, Kuzmin manifestó su intención de «extirpar hasta el último de los *kulak* Golovin», y el Soviet de la aldea impuso a Yevdokia un impuesto astronómico: mil kilos de harina. «Kuzmin y su banda no tenían intenciones de darse por vencidos —recuerda Antonina—. Volvían una y otra vez, y en cada ocasión se llevaban todo lo que teníamos y pedían todavía más. Cuando ya no quedó grano, se llevaron el resto de las cosas de la casa, las herramientas y enseres, las carretillas, muebles, ollas y sartenes, y nos dejaron sólo la cama de hierro, algunas sábanas y unos andrajos».

Entonces llegaron las órdenes para su deportación. El 4 de mayo, un frío día de primavera, Yevdokia y sus hijos fueron expulsados de su casa y enviados a Siberia. Apenas les dieron una hora para juntar lo que les quedaba antes del largo viaje. La cama de hierro quedó al cuidado de sus amigos los Puzhinin. Esa cama era la última posesión de los Golovin, el lugar donde habían sido engendrados todos sus hijos y el

último rastro de su vida en Obujovo, donde habían vivido durante varios siglos. Antonina recuerda el momento de la partida:

Mamá no perdió la tranquilidad. Nos puso la ropa de abrigo que nos quedaba. Éramos cuatro: mamá, Aleksei, que tenía quince años, Tolia, que tenía diez, y yo, de ocho (…). Mamá me envolvió en un chal de lana, pero Kolia Kuzmin, que había venido a supervisar la expulsión, ordenó que me quitaran el chal, diciendo que también sería confiscado. Hizo oídos sordos a las súplicas de mi madre acerca del frío intenso y del largo viaje que nos esperaba. Tolia me dio un gorro que tenía, con orejeras, del que se había deshecho porque estaba roto, y me cubrí con él la cabeza. Recuerdo que sentía vergüenza de llevar un gorro de varón en vez del chal [que tradicionalmente llevaban las mujeres campesinas]. Mamá se inclinó y se persignó frente a los iconos familiares y nos condujo a la puerta (…). Recuerdo la pared de gente gris que nos siguió con la mirada y en silencio mientras avanzábamos hacia el carro. Nadie se movió ni dijo nada. Nadie nos abrazó, nadie nos dio la despedida. Tenían miedo a los soldados, que nos escoltaban hacía el transporte. Estaba prohibido mostrar simpatía hacia los *kulaks*, así que se quedaban ahí callados, mirando (…). Mamá dijo adiós a todos. «Les pido disculpas, mujeres, sin en algo las he ofendido», les dijo, con una inclinación, mientras se persignaba. Luego se volvió y se inclinó y volvió a hacerse la señal de la cruz. Cuatro veces se volvió, inclinándose para despedirse de la gente. Después se sentó en el carro y partimos. Recuerdo las caras de la gente que se quedó ahí parada. Nuestros amigos y vecinos, la gente con la que yo había crecido. Nadie se acercó. Nadie nos dijo adiós. Se quedaron en silencio, como soldados en hilera. Tenían miedo.[187]

2

De regreso a su aldea bielorrusa natal, en junio de 1931, el escritor Maurice Hindus, que había emigrado a Estados Unidos casi un cuarto de siglo antes, advirtió que como resultado de la colectivización «se ha apoderado de la gente una negligencia y un descuido que antes no existían». Se acercaba la fiesta de la Santísima Trinidad:

> (…) Y sin embargo no había signos de pintura en las ventanas o persianas, y era evidente que a los techos les faltaba mantenimiento. ¿Tanta negligencia era casual? No me lo parecía. La incertidumbre que el *koljoz* había sembrado en la zona hacía que la gente no hiciera nada por mejorar su casa.[188]

Hindus habría hecho la misma observación en cualquier otra aldea colectivizada. Despojados de sus tierras y animales, los campesinos perdieron el sentido de apego a la granja familiar que antes fuera su fuente de orgullo e independencia. Una vez reducidos a su función de trabajadores en el *koljoz*, ya no tendrían ni los medios ni el incentivo para ocuparse de sus hogares.

Los campesinos trabajaban en brigadas *koljoz*, y recibían su salario en la forma de una ración de comida (que ellos mismos debían complementar cultivando vegetales y criando cerdos y aves en la pequeña huerta que se les permitía conservar), así como una suma de dinero contante una o dos veces al año (en promedio, lo suficiente para comprar un par de zapatos). La parte del león de la producción del *koljoz* era adquirida por el Estado a través de un sistema de «contratos

compulsivos» que mantenían muy bajos los precios, y por lo tanto los administradores del *koljoz* debían exprimir a los campesinos si querían que les quedara algo para cubrir los gastos de mantenimiento. Los campesinos decían que la colectivización era una «segunda servidumbre». Estaban atados a la tierra y eran explotados por el Estado, al igual que sus ancestros habían sido explotados en servidumbre por los terratenientes.

En términos económicos, las granjas colectivas fueron una catástrofe. Muy pocas tenían tractores con que reemplazar los caballos sacrificados por los campesinos (en los primeros años, gran parte de su tierra fue arada a tracción humana). Las granjas, además, estaban pésimamente administradas. Los jefes eran gente como Kuzmin, escogida por su lealtad al partido y no por su experiencia agrícola. No había con qué reemplazar la iniciativa y la energía de los así llamados *kulaks*, los campesinos más laboriosos y esforzados que había antes de la colectivización. A los flamantes trabajadores *koljoz* no les interesaba su trabajo. Se concentraban en atender sus huertas y en hurtar propiedades del *koljoz*. A muchos campesinos *koljoz* les resultaba muy difícil reconciliarse con la idea de haber perdido todas sus posesiones personales. Sabían que este caballo o aquella vaca habían sido alguna vez suyos, y pretendían arar con el mismo animal, u ordeñar la misma vaca.[189]

Olga Zapregaeva nació en 1918, la cuarta de los seis hijos de una familia de campesinos de Krivosheino, una pequeña aldea de la región siberiana de Tomsk. Cuando Krivosheino se colectivizó, en 1931, el *koljoz* se apoderó de los bienes de su familia (tres vacas y tres caballos, herramientas agrícolas, carros y dos graneros llenos de heno), dejándoles sólo los pollos y las cabras. «En el *koljoz* nadie nos pagaba nada

recuerda Olga, quien tuvo que abandonar la escuela para ir a trabajar a los campos cuando apenas tenía trece años—. Teníamos que vivir de lo que cultivábamos en nuestra huerta, de nuestros pollos y cabras». El *koljoz* carecía de tractor, así que los vecinos araban la tierra con sus propios caballos, que se guardaban en establos especiales cercanos a las oficinas del *koljoz*, aunque a la madre de Olga, como a tantos otros campesinos, le preocupaba que sus caballos no estuviesen bien allí, y muchas veces se los llevaba a casa para asegurarse de que tuviesen atención y alimento. En un intento por erradicar esta conexión entre los campesinos y sus animales, los líderes *koljoz* de la región comenzaron a aplicar la política de alejar a las personas de sus aldeas de origen. Al padre de Olga le permitieron ingresar en el *koljoz* de Krivosheino, pero Olga y su madre y los otros hijos fueron enviados a un *koljoz* diferente, a ocho kilómetros de distancia, cerca de la aldea de Sokolovka, donde vivían en una habitación alquilada. «Allí trabajamos durante dos años —recuerda Olga—. Vimos a nuestro padre apenas una o dos veces, porque sólo teníamos un día libre, y pocas veces coincidía con el de él». En 1935, la familia volvió a reunirse en Tomsk, donde trabajaba el padre de Olga, en los establos de una obra en construcción. La madre de Olga consiguió trabajo en una factoría de carne, y la familia vivía junta en un barracón-dormitorio con doce familias más, todos antiguos campesinos que habían sido obligados a dejar su tierra.[190]

Después de la buena cosecha de 1930, las cosechas de 1931 y 1932 fueron desastrosamente malas. Aun así, las adquisiciones del Estado en 1932-1933 duplicaron las de los descollantes años de 1929 y 1930. El Partido basaba su leva de grano en las cifras récord de 1930, y en las cifras infladas de 1931 y 1932 remitidas por los funcionarios locales, ansiosos por demostrar su éxito. La cosecha real de 1932 fue por lo

menos un tercio menor que lo reflejado por los números oficiales (de hecho fue la cosecha más pobre desde la hambruna del año 1921). El resultado inevitable fue la rápida extensión del hambre, que comenzó en la primavera de 1932 y terminó para la misma fecha un año después, cuando 70 millones de personas (casi la mitad de la población de la Unión Soviética) vivían en zona de hambruna. El número de muertos es imposible de calcular, y gran parte de las muertes nunca fueron registradas, pero las mejores estimaciones demográficas sugieren que entre 1930 y 1933 murieron de inanición entre 4,6 y 8,5 millones de personas. Las regiones más golpeadas fueron Ucrania y Kazajstán, donde la resistencia campesina a la colectivización era particularmente fuerte, y las levas de grano eran también particularmente altas y frecuentes. Esta coyuntura ha llevado a algunos historiadores (como por ejemplo Robert Conquest) a afirmar que la hambruna «fue deliberadamente infligida», que fue «una masacre de hombres, mujeres y niños» causada por la ideología comunista. Eso no es enteramente cierto. Es innegable que el régimen es culpable de la hambruna, pero sus políticas no equivalen a una campaña de «terror-hambre», y menos aún de genocidio, como pretenden Conquest y otros.[191] La ferocidad de la hambruna tomó al régimen por sorpresa, y éste no tuvo reparos a la hora de entregar a sus víctimas. Continuó con las requisiciones de grano en las áreas más afectadas, y sólo redujo sus cuotas en el otoño de 1932. Muy poco y demasiado tarde. Cuando el hambre arreció, el gobierno trató de frenar a los que huían de las zonas devastadas hacia las ciudades del norte.[192]

Aun así, millones de personas abandonaron la tierra. Por cada treinta campesinos que ingresaban en un *koljoz*, diez abandonaban la agricultura, en su mayoría para convertirse en obreros asalariados en las fábricas. En los primeros años de

1932, había varios millones de personas en tránsito, atestando las estaciones de ferrocarril, escapando con desesperación de las zonas de hambruna.[193] Las ciudades no estaban preparadas para recibir semejante marea humana. Empezó a haber epidemias. I labia problemas de vivienda, de comestibles, de combustible, lo que empujaba a la gente a moverse de ciudad en ciudad en busca de mejores condiciones de vida. Temiendo que sus fortalezas industriales fuesen arrasadas por campesinos rebeldes empujados por el hambre, el Politburó introdujo un sistema de pasaportes internos para limitar las migraciones internas. La nueva ley consignaba que para obtener un permiso de residencia (*propiska*), necesario para conseguir empleo en la ciudad, los adultos debían contar con un pasaporte registrado en la policía local. La medida se aplicó en siete grandes ciudades en noviembre de 1932, y durante el siguiente año se extendió a otras ciudades. Era útil a la policía no sólo para control del movimiento poblacional, sino para purgar a las ciudades de los «elementos socialmente indeseables» (*kulaks*, intermediarios, campesinos descontentos) que podían convertirse en una fuente de oposición al régimen soviético. Como después se vería, la ley sólo consiguió que millones de campesinos sin hogar deambularan de una ciudad a otra, trabajando ilegalmente en fábricas y obras en construcción hasta que el sistema de los pasaportes los dejaba al descubierto.[194]

Como los campesinos más jóvenes dejaban el campo para ir a la ciudad, las familias se desintegraban. Millones de niños fueron abandonados en esos años. Muchos campesinos dejaban a sus hijos atrás cuantío escapaban de las granjas colectivas. Los *kulaks* preferían dejar a sus hijos a otras familias antes que llevarlos consigo en el largo viaje hacia los «asentamientos especiales» y otros lugares de exilio, donde se

decía que morían muchos niños. «A mí, que me exilien —afirmaba un *kulak* de Siberia—, pero yo a mis hijos no los llevo. No quiero arruinarles la vida». Entre las víctimas del hambre, el abandono de niños se convierte en un fenómeno de masas. Las madres dejaban a sus hijos en los umbrales, los enviaban a oficinas del Soviet o los abandonaban en la ciudad más cercana. Los huérfanos dormían en las obras en construcción y de día deambulaban por las calles, revolviendo la basura en busca de comida desechada. Vivían de la limosna, de hurtos menores y de la prostitución, y muchos de ellos se unían a bandas de niños que tenían el control de esas actividades en las estaciones de ferrocarril, los bares y las zonas comerciales. Algunos de esos niños eran atrapados por la policía y llevados a «centros de recepción», para ser luego trasladados a hogares de niños y campos de trabajo. Según los registros de la policía, 842.144 niños sin hogar ingresaron en centros de detención durante 1934 y 1935: una cifra espeluznante. Para finales de 1934, había 329.663 niños registrados en orfanatos sólo de Rusia, Ucrania y Bielorrusia, y muchos más en hogares especiales y campos de trabajo («colonias de trabajo educacional») controlados por la policía. Desde abril de 1935, cuando se aprobó la ley que disminuía la edad de imputabilidad a los menores a los doce años, el número de niños dentro del sistema Gulag comenzó a incrementarse sostenidamente, y en el transcurso de los siguientes cinco años, cien mil niños de entre doce y dieciséis años fueron condenados por la justicia por diversos delitos y felonías.[195]

Al abandonar Obujovo, Yevdokia Golovina y sus tres pequeños hijos fueron llevados a la estación de tren más cercana, en Pestovo, a 56 kilómetros de distancia, donde permanecieron en un centro de detención. Tres días más tarde, fueron subidos a un vagón de ganado para un viaje de

seis días a Kemerovo, en Siberia. Los vagones estaban llenos de familias, niños, hombres y mujeres de todas las edades. En un extremo del vagón, un balde que era vaciado al final del día les servía a todos de letrina. Se hacía en el momento en que el portón se abría y los guardias repartían un pedazo de pan por cabeza. En Kemerovo, los Golovin fueron llevados a un centro de distribución, donde varios cientos de familias permanecían bajo custodia a campo abierto, rodeados por un infranqueable cerco de alambre de púa, durmiendo sobre sus propias pertenencias. Un mes después, fueron transferidos a Shaltyr, un «asentamiento especial» para *kulaks* en la remota región siberiana de Altai.

Los «asentamientos especiales» eran campos aislados y primitivos. La mayoría de ellos contaban sólo con precarios barracones construidos por los exiliados a su llegada, donde varios cientos de personas dormían sobre planchas de madera, aunque en varios «asentamientos» los *kulaks* vivían directamente en hoyos cavados en la tierra, o eran alojados en iglesias y edificios abandonados, establos y graneros. La superpoblación era alarmante. En los terrenos del monasterio de Prilutski, cerca de Vologda, vivían 7.000 exiliados que debían compartir una única cocina, y no contaban con baños o instalaciones sanitarias. Un testigo ocular habla de las condiciones de vida de los veinticinco mil exiliados en Kotlas:

> En los barracones, pensados para albergar a doscientas cincuenta personas, está prácticamente oscuro. Un par de ventanas abiertas dejan que la luz llegue hasta las literas inferiores. Los habitantes preparaban sus alimentos en el exterior, en fogones a cielo abierto. La letrina no es más que un sector alambrado aparte.
>
> El agua viene del río, allá abajo, que todavía está congelado. Los habitantes oriundos de la zona les impiden acercarse a la noria («nos van a contagiar; sus niños están enfermos, muriendo») y les vendían el agua en botellas.

Técnicamente, los «asentamientos especiales» no eran un sistema de encarcelamiento (las deportaciones masivas eran

llevadas a cabo por oficiales administrativos que estaban más allá de la jurisdicción de la justicia), pero, a partir de la primavera de 1931, fueron controlados por los órganos del OGPU, que era responsable de la explotación de su trabajo forzado. Los exiliados de los «asentamientos especiales» debían entrevistarse con la policía una vez por mes. Matei Berman, jefe del sistema Gulag, afirmaba que las condiciones en esos asentamientos eran peores que en los campos de trabajo. Se empleaba a los hombres en extenuantes jornadas de trabajo intensivo en aserraderos y minas, mientras que las mujeres y niños cumplían tareas menos pesadas. Casi no se les suministraba alimento: apenas unas hogazas de pan para todo el mes. Cuando sucumbían a la enfermedad o la extenuación, se los dejaba morir, simplemente, como les ocurrió a cientos de miles durante el invierno de 1931-1932. [196]



Exiliados en un «asentamiento especial» de Siberia occidental, 1933.

Shaltyr estaba compuesto por cinco barracones de madera de dos pisos cada uno, construidos junto a la ribera del río. La población (de alrededor de mil campesinos) había llegado allí tras ser expulsada de lugares de toda la Unión Soviética,

aunque los rusos, siberianos, alemanes del Volga y ucranianos eran los más numerosos. Los hombres debían cortar árboles en el aserradero cercano, y volvían sólo los domingos. Aleksei, el hijo de Yevdokia, era uno de ellos, a pesar de tener apenas quince años. El primero de septiembre, su hijo menor, Tolia, y su hermana Antonina, ingresaron en la escuela: un aula única en uno de los barracones para alojar a todos los niños del asentamiento. Se obligaba a las niñas a cortarse la trenza que tradicionalmente llevaban todas las muchachas campesinas hasta casarse, como símbolo de su renuncia a la cultura campesina en la que habían sido criados. Para marcar el inicio del año escolar, el comandante del asentamiento dio un discurso durante el cual dijo a los niños que debían agradecer al poder soviético «el permitir que incluso nosotros, los hijos de los *kulaks*, pudiéramos estudiar para convertirnos en buenos ciudadanos soviéticos». La «regeneración» (*perekovka*) de los seres humanos que no encajaban en el molde de la «personalidad soviética» se convirtió en uno de los rasgos ideológicos importantes del sistema Gulag de esos primeros años, incluso en regiones tan aisladas y remotas como Shaltyr.

El primer invierno en Shaltyr fue muy crudo. Las nevadas fueron tan intensas que dos de los barracones cedieron bajo el peso de la nieve, lo que obligó a muchos de los niños, Tolia entre ellos, a vivir en hoyos en la tierra. Ante la escasez de hombres físicamente aptos para la tarea —pues todos pasaban el invierno en los aserraderos—, los escolares debían abrir senderos en la nieve todas las mañanas. El asentamiento quedó aislado durante varias semanas. No recibían víveres, así que la gente vivía de las pocas provisiones que habían traído de sus hogares. Varios cientos cayeron por el tifus: fueron confinados en uno de los barracones, abandonados a valerse por sí mismos, ya que no había medicinas. Yevdokia fue una

de las víctimas del tifus. En sus memorias, Antonina recuerda:

> Todos los días íbamos a ver a mamá. Nos parábamos junto a la ventana desde donde podíamos verla, acostada sobre su tablón. Tenía la cabeza afeitada y los ojos abiertos y desorbitados. Había perdido la memoria y ya no nos reconocía. Tolia dio unos golpecitos en la ventana. Llorando, gritó: «¡Mamá, mamá! ¡No estés enferma, levántate!».

Yevdokia sobrevivió, pero fueron tantas las víctimas del tifus ese invierno que el comandante decidió que no había tiempo de enterrarlos a todos. Los cuerpos fueron dejados en la nieve para que se congelaran hasta el deshielo de primavera, cuando finalmente fueron arrojados al río.

El segundo invierno fue todavía peor que el primero. A los exiliados no se les entregaba alimento alguno directamente, como parte de una política deliberada de reducción de la población de los asentamientos, según parece, en tres cuartas partes. Los exiliados se comían la corteza de los árboles y las raíces podridas de las plantas de patatas, que amasaban en forma de pasteles. Se les hinchaba el estómago, y muchos de ellos morían. Cuando llegó la primavera, todos sufrían de disentería. Los Golovin se salvaron gracias a un golpe de suerte. Un día, mientras inspeccionaba los barracones, el comandante advirtió que Yevdokia estaba leyendo el Evangelio. Necesitaba a alguien letrado que lo ayudara a llevar y traer la correspondencia al asentamiento minero Gulag de Tsentralnyi Rudnik, a doce kilómetros de distancia. Ella fue la escogida. Cuando salía a entregar correspondencia, Yevdokia llevaba una cesta con moras que sus hijos recogían en los bosques cercanos, y luego las vendía en el mercado de Tsentralnyi Rudnik para comprar calzado y alimentos. «El comandante lo sabía, por supuesto, pero hacía la vista gorda —recuerda Antonina—, porque no había otro que pudiera ocuparse de la correspondencia». Una vez llegó por correo un paquete con semillas de papa, y Yevdokia fue puesta a cargo del grupo que debía plantarlas. Antonina recuerda el suceso

con enorme satisfacción:

> ¡Fue como un día de vacaciones! ¡Estábamos todos tan contentos de plantar patatas! Adultos y chicos: todos trabajamos muchísimo. Éramos campesinos de verdad. Nuestros antepasados habían trabajado la tierra durante siglos, y ahora se nos permitía una vez más trabajar la tierra. Mamá era jefa de brigada, y un siberiano, Snegirev, era el jefe de nuestro colectivo de trabajo. Como éramos *kulaks*, no teníamos autorización para formar un *koljoz*. Mamá tenía miedo de que las patatas no crecieran sin fertilizante, y ninguno de los otros tenía experiencia en el cultivo de patatas. Pero en otoño levantamos una enorme cosecha. Las patatas nos habían salvado.[197]

Dmitri Streletski y su familia caminaron en la nieve durante varios días hasta llegar a su primer lugar de exilio, una enorme bodega abandonada en Kurgan, donde simplemente fueron abandonados a su suerte, sin comida ni alimentos, junto a varios cientos de familias *kulak* más, incluyendo varios de sus parientes lejanos. Habrían muerto de inanición de no ser por la ayuda de sus parientes y de gente de Kurgan que les llevaba comida. Los dejaron en ese sótano durante una semana. Dormían como podían, sobre sus bártulos o sobre el piso desnudo, hasta que los subieron a los vagones de ganado del tren para el interminable recorrido hasta Usole, al norte de Perm, desde donde se desplazaron en marcha forzada con custodia armada hasta la aldea-factoría de Pozhva, a 150 kilómetros de distancia. Allí los alojaron en uno de los talleres, y debieron dormir sobre el piso de cemento. «Para mi padre fue una agonía —recuerda Dmitri —. Envejeció de la noche a la mañana. Repetía que su vida había terminado (…) Todos sentían lo mismo. Pero a pesar de que no tenían más remedio que hacer lo que les decían, todos trataban de conservar la dignidad. Se negaban a comportarse como esclavos sumisos ante las autoridades». Al padre de Dmitri lo enviaron a cortar madera para la construcción del nuevo «asentamiento especial», cerca de Chermoz. El resto de los Streletski debió hacinarse junto a

tres familias más en una sola habitación en los altos del taller de un carpintero. Seis meses después, fueron a reunirse con el padre en el flamante «asentamiento»: diez barracones con espacio para que durmieran quinientos personas sobre planchas de madera. Rodeado por un espeso cerco de alambre de púa, el asentamiento estaba ubicado en medio de un vasto bosque de pinos, donde los hombres se internaban a cortar árboles para volver sólo una vez por semana. Con una ración diaria de apenas 200 gramos de pan, la tasa de mortalidad del asentamiento era obviamente muy alta. Pero los Streletski se las arreglaron para sobrevivir gracias a sus habilidades campesinas: los niños recolectaban setas y las vendían en Chermoz, la madre robaba de noche patatas de los sembrados del *koljoz*, mientras que el padre llegó a un acuerdo con los trabajadores de un matadero cercano, ayudándolos a construir sus casas de madera a cambio de sangre de animal, cuya desaparición, a diferencia de la carne o los huesos, no sería advertida por las autoridades. Durante la hambruna del año 1933, cuando la ración diaria de pan fue reducida a 50 gramos, la mitad de la población del «asentamiento especial» murió de hambre o enfermedad, pero los Streletski sobrevivieron bebiendo sangre.[198]

Los Streletski tuvieron la suerte de no haber sido separados. Para muchos otros, la experiencia del exilio fue sinónimo de desintegración.

Después del arresto de su padre en 1930, Klaudia Rubliova perdió contacto con siete de sus hermanos y hermanas. Fueron enviados a diversos hogares de niños y jamás volvió a saber nada de ellos. Klaudia y su hermana menor, Natalia, fueron a vivir con la hermana mayor, Raisa, en Kansk, cerca de Krasnoiarsk, Siberia. Klaudia trabajaba como niñera en la casa de un médico, pero luego el sistema de pasaportes llegó a

esa aldea de Siberia, y, como hija de un *kulak*, se vio obligada a escapar. Dejó a Natalia con Raisa y se instaló en casa de su tío, un inspector superior de trabajos forestales en Cheremkhovo, cerca de Irkutsk, donde fue registrada en el Soviet local bajo el nombre de su tío. En noviembre de 1933, el tío recibió una carta del padre de Klaudia, Ilia. Lo habían liberado de la cárcel y estaba viviendo en un «asentamiento especial» en algún lugar de la región de Tashtyp, a 2.000 kilómetros de distancia, no lejos de la frontera con China. Klaudia hizo un tramo del trayecto en tren y luego consiguió que alguien la llevara hasta la región de Tashtyp, que a su llegada, en enero de 1934, estaba completamente cubierta de nieve. Durante un buen tiempo, no pudo encontrar trabajo. Como en sus papeles no figuraba el nombre de su padre, nadie la empleaba, pero temía que si revelaba su origen *kulak* las cosas fueran todavía peores. Finalmente, fue tomada como niñera por el director del Soviet de Tashtyp, quien también le conseguía trabajos ocasionales en una fábrica de ropa. Un día, mientras hablaba con la nuera del funcionario, Klaudia le mostró dos fotos, una de sus dos hermanos Leonid y Alexandre, y otra de ella misma junto a sus dos hermanas.

> Ella [la nuera de director] me dijo inmediatamente: «¡Lenka! [Leonid] ¡Lo conozco!». Me quedé pasmada al oír el nombre de mi hermano. «¿Dónde está? ¿Dónde está?», le preguntaba yo, tratando de controlarme (…). En ese entonces, tenía miedo de pronunciar cada palabra, por temor a revelar que mi padre era un exiliado.

Klaudia encontró a su hermano en Tashtyp. Por él supo que su padre estaba viviendo en el «asentamiento especial» anexo a las minas de Kirov, en Khakasin. Se había vuelto a casar y había rehecho su vida, como recuerda Klaudia:

> Fui a visitarlo. Cuando llegué esa noche, acababan de volver de trabajar en las minas. Traían la vaca. No tuvieron miedo ni se sorprendieron de verme. Mi padre me saludó como si nos hubiésemos despedido el día anterior. Me senté con ellos algunos minutos en el exterior del barracón que ocupaban. Luego me fui.[199]

Esa fue la última vez que Klaudia vio a su padre. Volvieron a arrestarlo y lo fusilaron en agosto de 1938.





Las fotografías que mostró Klaudia. Izquierda: Leonid (el hermano mayor) con Alexandre, 1930. Derecha: Klaudiay de pie a la derecha, Natalia en el medio, y Raisa a la izquierda, junto a su marido. Kansk, 1930.

Muchas familias *kulak* huyeron de los «asentamientos especiales» y optaron por vivir como prófugos. Según los registros de la OGPU, para el verano de 1930 las fugas de los «asentamientos especiales» se habían convertido en un fenómeno masivo, y las cifras ascendían a decenas de miles. Las evasiones llegaron a su punto máximo durante la hambruna. En el período de 1932-1933, la OGPU registraba la exorbitante cifra de 422.866 *kulaks* evadidos de los «asentamientos especiales», de los cuales sólo 92.189 habían sido capturados tras la fuga.[200]

Los Ozemblovski eran una familia de origen polaco de la baja aristocracia. Después de 1917, perdieron sus tierras en Belarus, pero se quedaron en su ciudad, Oreshkovichi, en la región Pujovichi de la provincia de Minsk, donde continuaron cultivando la tierra en igualdad de condiciones con el resto de los campesinos. Alexandre y Serafima tenían cuatro hijos, dos varones y dos niñas. El mayor había nacido en 1917 y el menor en 1928, año de la fundación del *koljoz* de Oreshkovichi. Alexandre entregó todo su ganado y herramientas al *koljoz*, se quedó con una sola vaca para alimentar a su familia, pero se negó a ingresar en la granja. Tenía intenciones de emigrar a Estados Unidos o a Francia, como habían hecho muchos polacos de la región, pero Serafima le dijo: «¿Quién nos va a tocar? ¿Qué hemos hecho de malo? ¡Ya les dimos todo lo que teníamos!». Alexandre fue arrestado en la primavera de 1930. Pocos días después, volvieron por la familia. «Recoged vuestras cosas. Tú y tus hijos os vais al exilio», dijo el soldado de la OGPU. Serafima envolvió algo de ropa en una sábana y logró esconder algunos objetos de oro antes de que la subieran junto a sus hijos a una carreta que los llevaría a la iglesia, donde ya había varios cientos de familias *kulak* más. Algunos días después, se reunieron con los varones para un viaje de 3.000 kilómetros en vagones hasta los topes que les llevaron a un remoto asentamiento en la región de Komi, en el extremo norte del país. Una vez allí, les dijeron que se «hicieran un hogar» en un granero vacío. «No había nada: ni tablones donde dormir, ni cuchillos ni cucharas —recuerda Sofía—. Nos hicimos colchones con ramas recogidas del bosque».

Poco a poco, los exiliados construyeron un asentamiento de chozas de madera, una para cada familia, tal como vivían anteriormente en sus aldeas respectivas. Con el oro que habían logrado llevar consigo, los Ozemblovski compraron

una vaca. La vida familiar volvió a tomar impulso. Pero entonces llegó la hambruna, y su existencia se volvió insoportable, de modo que idearon un plan de evasión. Como el hijo menor ya estaba enfermo, decidieron que las mujeres debían escapar dejando a Alexandre al cuidado de los varones, con el riesgo de que volviesen a arrestarlo. Serafima y las dos niñas, Sofía, entonces de nueve años, y Elena, de cinco, avanzaban de noche y dormían de día en medio del bosque, alimentándose casi exclusivamente de bayas. Serafima tenía varios dientes de oro, y cada tanto se arrancaba uno para pagarle a un carro para que las llevara, o para sobornar a un soldado que pretendía detenerlas. Aunque parezca increíble, ella y sus hijas lograron regresar a Belarus. Se ocultaron durante una semana en la casa de los padres de Seralima, en Pujovichi, quienes tenían tanto miedo de que los descubrieran ayudando a fugitivos que aconsejaron a su hija entregarse a la policía. Serafima recurrió a la policía de Pujovichi, que al escuchar la historia de su fuga se compadeció tanto de ella que la instó a escapar nuevamente, y hasta se ofreció a darle veinticuatro horas de tiempo antes de salir tras ella. Serafima dejó a Elena con sus padres y se dirigió a la aldea vecina de Osipovichi, donde ella y Sofía alquilaron una habitación en casa de una pareja de ancianos. Serafima inscribió a su hija en la escuela y se dirigió de nuevo a la región de Komi para intentar encontrar a su marido y a sus hijos. «Se fue sin decir una palabra. Ni un adiós, ni un consejo de cómo hacer para sobrevivir», recuerda Sofía.

Durante el siguiente año, Sofía vivió con la pareja de ancianos, quienes resultaron ser de lo más crueles. «Me insultaban, me llamaban hija del enemigo del pueblo, y amenazaban con dejarme en la calle si no hacía lo que me decían. Yo no tenía ni dinero ni lugar adonde ir». Sofía era tan infeliz que escapó a casa de sus abuelos, que la recibieron

junto a Elena, a pesar de que ellos también habían sido desalojados de su casa en Pujovichi y estaban viviendo en una vieja casa de baños públicos.





La familia Ozemblovski.
Izquierda: Alexandre y Serafima el día de su boda, en 1914.
Derecha: Serafima con Sasha (izquierda) y Antón (derecha) a su regreso del exilio, en 1937.

Mientras tanto, Serafima había logrado llegar al asentamiento de Komi, sólo para descubrir que su marido, Alexandre, ya no estaba allí: había sido arrestado un día después de su fuga, y cumplía una sentencia de tres años en el campo de trabajo que había en los alrededores de Kotlas. La policía había logrado reclutar a Antón, el hijo mayor, como informante (fue entrenado para escuchar a escondidas y luego informar de las conversaciones de los colonos, y recibía pan a cambio de cada informe). De Sasha, el hijo menor, que todavía estaba muy enfermo, se ocupaba la maestra de la escuela. A pocos días de su regreso, Serafima fue arrestada y enviada a Kotlas. Pero se las ingenió nuevamente para

escapar, escabullándose del convoy que los traía de vuelta de la cantera, y se internó en el bosque. Hizo nuevamente el trayecto de 3.000 kilómetros hasta la región de Pujo vichi, donde se reunió con sus dos hijas. Se instalaron en una pequeña casa en Osipovichi, que unos familiares compraron para ellos, y vivían de lo que producía la diminuta huerta, donde también criaban cerdos y cabras. En 1937, llegaron Sasha y Anton (quien seguía trabajando para la policía en Belarus). Dos niños más tarde, la familia volvió a congregarse con la llegada de Alexandre, recientemente liberado de los campos de Kotlas. Sofía recuerda el momento de su regreso:

> Mamá corrió a su encuentro y se arrojó entre sus brazos. Papá le dijo: «Madre, ¿dónde están los hijos?». Y mamá contestó: «No te preocupes, los hijos están vivos y bien, los cuatro». Entonces papá cayó de rodillas y comenzó a besarle las manos y los pies, en agradecimiento por habernos salvado.[201]

La historia de los Okorokov es todavía más notable. En mayo de 1931, Alexei Okorokov fue deportado por *kulak* de su aldea de Ilinka, en la región de Kuznetsk, al sudoeste de Siberia. Exiliado en el norte, escapó de su convoy y caminó durante un mes para regresar a su aldea, a 900 kilómetros de distancia. Cuando llegó allí, descubrió que su esposa, Yevdokia, y sus dos hijas, Maria, de siete años, y Tamara, de nueve, habían sido expulsados junto a sus suegros. Se encontraban en un «asentamiento especial» cerca de Narym, a 800 kilómetros hacia el noroeste. Con papeles falsos, Alexei viajó días y noches hasta encontrar el asentamiento, del que varios días después escapó toda la familia junto con toda una brigada de prófugos *kulak* organizada por Alexei, abuelos y nietos incluidos. Caminaban toda la noche —Maria sobre los hombros de su madre y Tamara en brazos de su padre— para no ser avistados por las patrullas que peinaban la taiga en busca de *kulaks* en fuga. Siguieron caminando durante diez días, a veces en círculos, pues era muy difícil orientarse en ese

terreno, hasta que se les acabaron el agua y las provisiones y los viejos se desplomaron de agotamiento. La undécima noche fueron rodeados por una patrulla, que disparó sobre ellos e hirió a Alexei en el estómago. Los soldados los llevaron en un carro junto a otros fugitivos hasta la aldea más cercana, donde los alojaron en una casa de baños. Los prófugos fueron enviados de nuevo a Narym, aunque los más viejos fueron abandonados allí, incluidos los padres de Alexei, y nunca más volvieron a verlos.

Sin embargo, los Okorokov lograrían escapar de nuevo. Cuando el convoy rumbo a Narym se disponía a partir, Yevdokia sobornó a un aldeano para que emborrachara al guardia, lo que le permitió escapar junto a su esposo e hijas. Se dirigieron a Tomsk, ocultándose de día (cuando ya podían ver a lo lejos a los guardias con sus perros) y viajando de noche (hora en que el peligro real eran los osos y los lobos). Después de muchas noches de caminar sin pan ni nada que comer, se toparon con un asentamiento de la tribu kerzhaki diezmado por la viruela: los niños ya habían muerto todos. El jefe les ofreció cambiarles un poco de pan, un tarro de miel y un bote a cambio de Tamara, quien ya tenía edad para trabajar en la tribu. Amenazó con dar aviso a la policía si Alexei no aceptaba. A regañadientes, Alexei consintió. Yevdokia se trastornó mucho, pero él no podía escuchar sus ruegos. «Nos quedamos con los kerzhaki una semana, para recobrar fuerzas», recuerda Maria.

> Mamá no dejaba de llorar, y mi hermana comenzó a comprender que algo iba mal. El día de nuestra partida, papá llevó a mi hermana a una habitación aparte y la dejó allí encerrada. Después se llevó a mamá, que agonizaba de tristeza, y la subió al bote junto conmigo y las provisiones. Y así nos fuimos.

Después de haber navegado unos kilómetros, Alexei amarró el bote, escondió a su esposa e hija en los arbustos, y regresó al asentamiento kerzhaki con la intención de rescatar

a Tamara. Apareció cuatro días más tarde, cargando a Tamara sobre sus espaldas.

Pero sus desventuras estaban lejos de terminar. En su camino hacia el norte, se toparon con una patrulla. Fueron llevados a otro campo y alojados en un barracón rodeado por una tupida cerca de alambre de púas a ocho kilómetros de Tomsk, donde pasaron los siguientes seis meses. Alexei transportaba hortalizas a Tomsk en carro o a caballo, y Yevdokia y sus hijas sin duda debieron de trabajar en el *koljoz*, junto a otros prisioneros. En Tomsk, Alexei hizo amistad con un funcionario de la aldea que se apiadó de la historia de su familia y consintió en ayudarles a escapar. Un día, Alexei cubrió a sus hijas con un saco de patatas en la parte posterior del carro y partió rumbo a Tomsk, donde se ocultaron en casa del funcionario. Allí se les unió Yevdokia, que había saltado sobre un tren que pasaba junto al campo donde trabajaba. Vestidos con la ropa nueva que el funcionario les había proporcionado, los Okorokov regresaron en tren a Kuznetsk (que para entonces había sido rebautizada como Stalinsk); Alexei entró a trabajar en una mina de carbón, y Yevdokia en un comedor. Y la vida familiar empezó de nuevo. «Padre se puso a trabajar de inmediato en la construcción de una casa de madera con ventana y horno de barro. Teníamos nuestro rincón, sin hacer daño a nadie ni depender de nadie».

Y entonces, unos pocos meses después, llegó a Stalinsk el sistema de pasaportes. Alexei decidió regresar a Ilinka, su aldea natal, con la esperanza de que lo inscribieran, pero fue arrestado en cuanto puso un pie en el lugar, y llevado a un campo de trabajos forzados. Yevdokia se quedó esperando en Stalinsk, hasta que finalmente recibió una carta de Alexei. Al considerar que la carta pondría a la policía sobre la pista de su paradero, Yevdokia huyó con sus hijas a la vecina aldea de

Tashtagol, donde el sistema de pasaportes no había entrado en vigencia todavía. Alexei se reunió con ellas al poco tiempo, después de haber conseguido escapar del campo. Levantó otra pequeña choza y allí se instalaron. De vez en cuando, Yevdokia conseguía algún trabajo. Cuando advirtió que estaba encinta se practicó a sí misma un aborto golpeándose el vientre con los puños y extrayendo el feto con sus propias manos. Estuvo a punto de morir. No pudo levantarse de la cama durante varios meses. Ninguno de los médicos de la ciudad aceptaba verla porque el aborto había sido declarado ilegal por el gobierno. La mujer se curó a sí misma tomando infusiones de las hierbas que le llevaba Alexei.

En 1934, el sistema de pasaportes llegó también a Tashtagol. Alexei fue arrestado de nuevo y enviado a las metalúrgicas de Stalinsk condenado a trabajos forzados. También Yevdokia y sus hijas fueron arrestadas. Por pura casualidad, fueron enviadas junto a Alexei a Stalinsk. Vivieron juntos —una más entre miles de familias— en trincheras cavadas en la tierra de las márgenes del río, contra la pared exterior de la fundición. El «techo» estaba hecho de ramas y borrajo mezclados con barro, y las «paredes» chorreaban agua cuando llovía. Alexei fabricó algunos muebles rudimentarios, y talló algunas cucharas y cuencos de madera. Una vez más, los Okorokov comenzaban a tener algo parecido a un hogar. Habían sobrevivido milagrosamente sin verse dispersados como familia, pero los traumas de los últimos tres años habían dejado set lulas, en especial en las niñas. Maria y Tamara tenían frecuentes pesadillas. Eran temerosas y retraídas. «Después de tres años de vivir huyendo —reflexiona Maria—, mi hermana y yo habíamos perdido la costumbre de hablar. Habíamos aprendido a susurrar en vez de hablar».[202]

3

El Plan Quinquenal prometía la creación de una moderna sociedad industrial. «Avanzamos a toda máquina por el camino de la industrialización, del socialismo, dejando finalmente atrás nuestra vieja y retrasada Rusia —afirmaba Stalin en 1929—. Nos estamos transformando en una nación de máquinas, motores y tractores, y cuando hayamos sentado a cada soviético en un automóvil y a cada campesino sobre un tractor, entonces veremos si los capitalistas de Occidente pueden alcanzarnos».[203]

Los símbolos de este progreso eran los grandes proyectos de construcción del primer Plan Quinquenal. Ciudades industriales, como Magnitogorsk, un vasto complejo de acerías y metalúrgicas levantadas de la nada sobre las laderas yermas de los Urales. Vías férreas y canales, como el Moscú-Volga y el canal del mar Blanco, que permitieron el acceso a nuevas regiones para la explotación y abastecieron la creciente demanda de productos básicos de las grandes ciudades. Y los diques gigantescos, como el de Dneprostroi, la mayor presa hidroeléctrica del mundo, cuyas turbinas echaron a andar en 1932. Estos «éxitos» tenían un importante valor propagandístico para el gobierno de Stalin en una época en que la que, tanto fuera como dentro del Partido, había todavía una fuerte resistencia a las medidas de colectivización coercitiva y a las desproporcionadas ambiciones del Plan Quinquenal. Permitieron fomentar esa idea de «progreso

socialista» que auguraba el advenimiento inminente de la utopía socialista, lo que se convirtió en la justificación ideológica de todos los sacrificios exigidos al pueblo en aras del cumplimiento del Plan. En sus memorias, escritas en la década de 1980, Anatoli Mesunov, un hijo de campesinos que se convirtió en guardia le la OGPU en el canal del mar Blanco, resume así el efecto de la propaganda sobre millones de «estalinistas comunes», como también le gusta definirse a sí mismo:

> Yo tenía mis dudas sobre el Plan Quinquenal. No comprendía para qué teníamos que enviar a tantos convictos a la muerte para terminar el canal. ¿Qué urgencia había? Por momentos me preocupaba. Pero me convencía con la idea de que estábamos construyendo algo grandioso, no sólo un canal, sino una sociedad nueva que no podía construirse con voluntarios. ¿Quién se habría ofrecido para trabajar en el canal? Hoy comprendo que fue muy cruel construir el socialismo de esa manera, aunque sigo creyendo que se justifica.[204]

La revolución industrial de Stalin fue muy diferente de la industrialización de las sociedades occidentales. Como sugiere Mesunov, las tasas de crecimiento que Stalin se proponía para el Plan Quinquenal no se podrían haber alcanzado sin trabajos forzados, en especial en las remotas regiones del norte y en Siberia, de donde se extraían la mayor parte de los minerales y combustibles de la nación. La mano de obra forzada, comenzando por el arresto masivo y la deportación de *kulaks* en 1929, era la base de la lógica económica del sistema Gulag. Concebido en un primer momento como una prisión para los enemigos del régimen, el sistema Gulag pronto se convirtió en una forma de colonización económica: una manera rápida y barata de explotar los recursos industriales de las regiones más remotas de la Unión Soviética, donde nadie quería vivir. Y entre ellos, los funcionarios del Gulag reconocían que era esa la lógica que se aplicaba.[205] Los historiadores tienen diferentes

visiones del surgimiento del Gulag. Algunos lo ven como un subproducto de la consolidación política del poder de Stalin, mientras que otros ponen el énfasis en el papel que desempeñó a la hora de aislar y castigar a las «clases fantasma» como la «burguesía» o los *kulaks*, o a grupos étnicos o nacionales considerados peligrosos para el Estado.[206] Todos esos factores tuvieron su importancia, pero el móvil económico era clave, y su relevancia fue aumentando a medida que el gobierno empezó a pensar que las prisiones debían mantenerse a sí mismas.

En la década de 1920, los campos de trabajo eran básicamente prisiones donde se esperaba que los prisioneros trabajaran por el sustento. El más importante de ellos era el Campo de Particular Relevancia de Solovetski (SLON), establecido en 1923 por la OGPU en un antiguo monasterio situado en una isla del mar Blanco que recibía el mismo nombre, y que habría de convertirse en el prototipo Gulag de utilización de mano de obra forzada. En la época de los zares, el monasterio había servido para encarcelar a los disidentes políticos, pero los bolcheviques lo transformaron en una prisión general para todos sus adversarios (miembros de los partidos políticos proscritos, intelectuales, antiguos partisanos blancos), así como para «especuladores» y criminales comunes. Naftali Frenkel era uno de los prisioneros, un comerciante judío de Palestina que se había involucrado en el contrabando con la Rusia soviética y fue arrestado por la policía en 1923. Alarmado por la ineficiencia de la prisión, Frenkel escribió una carta exponiendo sus ideas de cómo administrar el campo y la introdujo en el «buzón de quejas». De alguna manera, la carta llegó a Genrikh Iagoda, el ambicioso jefe del OGPU. Llevaron a Frenkel inmediatamente a Moscú, donde explicó a Stalin sus ideas sobre la utilización de mano de obra de prisioneros, ideas que

el gobernante compartió con mucho agrado al ver las posibilidades económicas que tenía. En 1927, Frenkel fue liberado y le encomendaron la tarea de convertir el SLON en una empresa rentable. La población de la prisión aumentaba velozmente, de cien mil reclusos en 1927 a setenta y uno mil en 1931, a la vez que el SLON obtenía contratos para talar árboles y construir carreteras, y pasaba a administrar fábricas en Karelia, en la frontera con Finlandia. La mayoría de los recién llegados eran campesinos *kulak*, como Nikolai Golovin, llegado al campo de Solovetski en diciembre de 1930. Los prisioneros eran agrupados según su aptitud física, y las raciones dependían de su rendimiento laboral. Los fuertes sobrevivían… y los débiles morían.[207]

En 1928, los arrestos masivos, ya fuese de *kulaks*, sacerdotes o intermediarios, «especialistas burgueses» e ingenieros, «saboteadores», «elementos desestabilizadores» y otros «enemigos» de la industrialización forzada de Stalin, amenazaban con hacer colapsar el sistema penitenciario soviético. Entonces el Politburó estableció una comisión para estudiar qué posible uso podía dársele a la creciente población carcelaria. Encabezada por el comisario de Justicia, N. M. Ianson, la comisión también estaba integrada por el comisario del Interior, V. N. Tolmachev, así como por Iagoda, jefe del OGPU. Los tres hombres estaban enfrentados por el control de la población de las cárceles, pero Stalin favorecía a Iagoda, que proponía utilizar a los presos para colonizar y explotar los recursos industriales de la región norte y de Siberia a través de una red de campos de trabajo. Esas regiones constituían una fuente casi inagotable de madera, y los geólogos, como Pavel Vittenburg, habían localizado enormes reservas de oro, estaño, níquel, carbón, gas y petróleo; reservas que podían ser extraídas a muy bajo coste por trabajadores convictos. En abril de 1929, la Comisión propuso la creación de un nuevo

sistema de campos «experimentales» de cincuenta mil prisioneros cada uno, controlado por la OGPU. La Comisión subrayaba que al concentrar a un mayor número de reclusos en una misma instalación se reducirían los costes de mantenimiento de esa fuerza de trabajo forzado de doscientos cincuenta a tan sólo cien rublos por cabeza al año. Dos meses después, el Politburó aprobó una resolución («Acerca de la utilización de la mano de obra de los prisioneros») que encargaba a la OGPU la creación de una red de «correccionales-campos de trabajo» para la «colonización de las regiones [remotas] y la explotación de sus riquezas naturales por medio del trabajo de los prisioneros». A partir de todo ello, la policía política se convirtió en una de las fuerzas que daría mayor impulso a la industrialización soviética. Pasó a controlar un imperio en franco crecimiento: el de los campos penales de trabajo, cuya población aumentó de veinte mil reclusos en 1928 a un millón en 1934, momento en que la OGPU se fusionó con la NKVD (Comisariado de Asuntos Internos del Pueblo). La nueva autoridad tomó control entonces de la policía política y pasó a dirigir todos estos campos de trabajo a través del Gulag.[208]

El mayor de los campos penales de la primera época, Belbaltlag, que en 1932 albergaba a más de cien mil prisioneros, fue utilizado para construir el canal del mar Blanco, una vía navegable de 227 kilómetros de largo que conecta el Báltico con el mar Blanco. La idea del canal había surgido por primera vez en el siglo XIX, pero en ese momento no estaba al alcance del antiguo régimen, así que su construcción era una parte vital de la propaganda del Plan Quinquenal, como demostración de la superioridad del nuevo sistema soviético. Era un proyecto de gran envergadura y muy ambicioso, dado que los planificadores tenían la intención de construirlo sin maquinaria ni estudios topográficos previos.

Los que se oponían al proyecto (que habían imaginado construirlo con trabajadores a sueldo) aducían que el escaso tráfico marítimo del mar Blanco no justificaba los costes de la construcción. Pero Stalin insistía en que era posible construir el canal a bajo coste y en tiempo récord —un símbolo de la determinación y el poder del Partido—, siempre y cuando la OGPU proveyera suficiente mano de obra convicta. Frenkel quedó a cargo de la construcción. Los métodos que había utilizado en SLON fueron puestos nuevamente en práctica en el canal, e incluso muchos de los prisioneros fueron transferidos del campo de Solovetski al campo del canal. Para ahorrar tiempo y dinero, la profundidad del canal se redujo rápidamente de seis metros a tan sólo tres, lo que lo hacía virtualmente inútil para toda embarcación que no fuese una barcaza o un transporte de pasajeros (en algunos de los tramos del sur, construidos a la carrera a finales del proyecto, en 1932-1933, el canal tenía apenas dos metros de profundidad). Los prisioneros sólo disponían de herramientas manuales, como hachas toscas, sierras y martillos, en vez de máquinas y dinamita. Todo se hacía a mano: cavar la tierra, transportar los bloques de piedra, el traslado de la tierra removida en carretillas, la construcción de las grúas y los andamios de madera, por no hablar de los campamentos, que eran construidos por los propios prisioneros a lo largo de la ruta del canal. Trabajando hasta la extenuación bajo el frío polar, un número incierto de prisioneros, alrededor de veinticinco mil, sucumbió durante el primer invierno de 1931-1932, aunque entre los supervivientes se comentaba que el número de muertos era mucho más alto. Dmitri Vitkovski, un antiguo prisionero del campo de trabajo de Solevetski que trabajó como supervisor en el canal del mar Blanco, recuerda la escena de la siguiente manera:

> Al final del día de trabajo, los cadáveres yacían esparcidos aquí y allá.

> Tenían la cara llena de cristales de hielo. Uno se había acurrucado dentro de una carretilla volcada. Había metido las manos dentro de los puños de su abrigo y había quedado congelado en esa posición, muerto. A otro se le había congelado la cabeza entre las rodillas. Dos habían muerto espalda con espalda, uno contra el otro. Eran muchachos campesinos y los mejores trabajadores que uno pudiera imaginar. Llegaban al canal decenas de miles de ellos, y las autoridades hacían lo posible para que nadie fuese a parar al mismo campo que su padre. Trataban de separar a las familias. Y en cuanto llegaban les daban instrucciones sobre la grava y los guijarros imposibles de cumplir hasta en el mejor día de verano. No tenían a nadie que les enseñara, que les advirtiera. Y en su sencillez pueblerina se deslomaban trabajando, se debilitaban velozmente y luego se congelaban hasta morir, abrazados, de dos en dos. Por la noche, salían con trineos a recogerlos. Los cadáveres eran arrojados sobre los trineos y caían haciendo un ruido seco, metálico. Y en verano aparecían los huesos de los que no habían sido recogidos en su momento, e iban a parar al interior de la mezcladora de cemento. Y así fue cómo terminaron formando parte del hormigón de la última esclusa, en la ciudad de Belomorsk, y allí quedarán preservados para siempre.[209]

Además de la destrucción física de vida humana, el canal del mar Blanco fue motivo de indecibles penurias para muchas familias.

Ignati y Maria Maksimov eran novios desde chicos en la aldea de Dubrovo, en la región de Valdai, de la provincia de Novgorod. Se casaron en 1924, cuando Maria cumplió dieciséis años, y trabajaron en la granja de los Ignati hasta 1927, cuando se trasladaron a Leningrado, donde Ignati encontró trabajo como carpintero. En octubre de 1929, cinco meses después del nacimiento de su hija Nadezhda, Ignati fue arrestado (había participado en un levantamiento campesino contra los bolcheviques en 1919) y enviado primero al campo de Solovetski, y luego al tramo norte del canal del mar Blanco. Entretanto, Maria fue desalojada de su habitación en Leningrado. Regresó con Nadezhda a Dubrovo, sólo para descubrir que tanto la casa de sus padres como la de los Maksimov habían sido destruidas, y que ambas familias habían sido enviadas al exilio. En Dubrovo no quedaba un

solo miembro de su familia. Un antiguo vecino le aconsejó que dejara la ciudad si no quería ser arrestada ella también. Entonces cargó a su bebé y cruzó a pie la frontera de la vecina provincia de Tver, con la esperanza de quedar fuera del alcance de la policía de Novgorod, y llamó a la puerta de la primera casa de la primera aldea que encontró. Una pareja de ancianos le abrió la puerta. Maria se puso de rodillas y les imploró que se quedaran con su hija, para poder escapar, pues nadie daría trabajo a una mujer con un bebé. Los ancianos eran buena gente. Criaron a Nadezhda durante dos años, y Maria consiguió trabajo como cocinera en el ferrocarril que cubría el trayecto entre Murmansk y Leningrado. Las vías corrían a lo largo del sector norte del canal del mar Blanco, donde trabajaba Ignati, aunque en ese entonces Maria no lo sabía. No supo nada de su marido hasta 1932, cuando oyó decir a un conocido que estaba en un campo de trabajo en algún lugar de la región de Belomorsk, donde el canal llegaba al mar. Maria intentó contactar con su marido a través de notas que escribía en pequeños pedazos de papel y que arrojaba por la ventanilla del coche-comedor cuando el tren pasaba frente a los edificios en construcción de Belomorsk. Y, finalmente, el milagro ocurrió. Recibió una carta de Ignati, que se encontraba en realidad en un campo cercano a Kem, 55 kilómetros al norte hacia Murmansk por la misma línea férrea. A finales de 1932, Ignati fue liberado y enviado al exilio en Arjangelsk, donde se reunió con Maria y Nadezhda.[210]



Maaria Nadezhda e Ignati Maksimov, junto al hermano de Ignati Anton (de pie), en Arjangelsk, 1934.

El Gulag era más que una fuente de mano de obra para proyectos como el canal del mar Blanco: el Gulag era una forma de industrialización en sí mismo. El primer complejo industrial del sistema Gulag fue la fábrica de pulpa y pasta de papel de Vishlag, un conjunto de campos de trabajo ubicados sobre la ribera del río Vishera, en los Urales. El complejo se creó en 1926 como una vasta red de aserraderos administrados por SLON, pero no fue hasta el verano de 1929, cuando el bolchevique latvio Eduard Berzin quedó a cargo de los trabajos de construcción, que el campo empezó a desarrollar actividades industriales. La pureza de las aguas del Vishera llevó al Politburó a elegir el lugar para la producción de ese papel de alta calidad que apareció a principios de la década de 1930, cuando las publicaciones más prestigiosas, como la *Gran Enciclopedia Soviética*, se imprimían en papel de la fábrica de Vishlag. Hacia 1930, los campos de Vishlag tenían una población de veinte mil prisioneros (entre ellos el escritor Varlam Shalamov). De ellos, doce mil trabajaban en los aserraderos y dos mil en fábricas pequeñas (de ladrillos o

celulosa), mientras que los demás eran empleados en la construcción de la fábrica de pulpa de papel, así como de los barracones del asentamiento de Krasnovishersk y Gorod Sveta («Ciudad de luz»), que crecieron hasta transformarse en ciudades civiles.[211] Berzin concibió estos asentamientos Gulag como una «forma experimental de desarrollo industrial», cuyas instituciones culturales tenían la misión de reeducar a los prisioneros para convertirlos en «trabajadores soviéticos». Gorod Sveta se jactaba de poseer clubes de cine y radio, bibliotecas y comedores, centros de salud, jardines bordeados de fuentes, áreas silvestres, teatros al aire libre, lugares de reunión para debatir y el «club principal del campo», en el edificio con columnas, que a Shalamov le recordaba el Partenón, «sólo que más atemorizador».[212]

Vishlag era un lugar típico del sistema Gulag de los primeros tiempos, cuando la idea de utilizar la mano de obra de los convictos para «regenerar» a los seres humanos según el molde soviético no era tan sólo un lema de la propaganda, sino un verdadero artículo de fe para muchos bolcheviques. Por todo eso, el campo de Vishlag y su fábrica de papel eran ante todo un proyecto económico. Los principios operativos de Berzin estaban enteramente basados en las ganancias que generaban sus inversiones, lo que incluía incentivos morales y materiales para estimular a los prisioneros a alcanzar las metas de producción. En noviembre de 1931, Berzin fue ascendido y se convirtió en el primer director del Dalstroi (Grupo de Construcción del Norte), un vasto conglomerado de campos de trabajo (entre ellos los infames campos de Kolyma) en el extremo nororiental de Siberia —un área del tamaño de Europa occidental situada entre los océanos Pacífico y Ártico—, donde se encontraba el yacimiento de oro más grande del mundo debajo de la tierra helada. Berzin manejaba los campos de Dalstroi siguiendo los mismos

principios con los que había administrado Vishlag. Su trabajo consistía en hacer que los prisioneros extrajeran la mayor cantidad posible de oro (hacia mediados de 1930, la producción aurífera de los campos de Dalstroi superaba la producción total de oro de la Unión Soviética en 1928).[213] Mientras duró el reinado de Berzin (1931-1937), las condiciones en los campos de Dalstroi eran mucho mejores de lo que habrían ser serlo en años venideros, cuando los prisioneros recordarían con nostalgia el período Berzin, como lo hace Shalamov en sus *Cuentos de Kolyma*:

> Berzin intentó —y no sin éxito— conciliar el problema de la colonización de esas regiones tan remotas y aisladas con el problema agregado de tener que regenerar el alma de los convictos. Un hombre condenado a diez años podía acumular suficientes puntos de trabajo para ser liberado en dos o tres años. Con Berzin la comida era buena, la jornada laboral era de cuatro a seis horas en invierno y de diez en verano, y los salarios de los convictos eran colosales, lo que les permitía enviar dinero a sus familias y regresar a casa con su sentencia cumplida como hombres de bien (…). Los cementerios de ese período son tan escasos, que los primeros residentes de Kolyma parecen inmortales si se los compara con los que vinieron después.[214]

El campamento de Vishlag fue desmantelado en 1934, pero en ese entonces la fábrica de pasta y papel de Krasnovisherk se había convertido en un poderoso centro industrial de los Urales del Norte que atraía a muchos campesinos.

El crecimiento de la industria necesitaba ingenieros y otros especialistas técnicos. Ivan Uglitskij nació en 1920 en el seno de una familia campesina de Fiodortsovo, en la región de Cherdyn, de los Urales. Excluido del *koljoz* Fiodortsovo por *kulak*, el padre de Ivan escapó a Cherdyn y trabajó en las barcazas que transportaban madera por el río hacia la fábrica de pulpa y pasta de Krasnovishersk, donde se encontraban su hermano y su tío en un campo de trabajo. Ivan había nacido con un deseo intenso de progresar en la vida. Su padre siempre le decía que debía aprender un oficio. «Donde

vivíamos no había nada, ni industria ni nada —recuerda Ivan—. Mi sueño era ir a Perm, pero eso estaba muy lejos, y no podía pagarme el pasaje (…) Lo principal era tener un oficio. Sin eso no había futuro». El único lugar donde podía estudiar después de los catorce años era la Escuela Industrial de Aprendices (FZU), que estaba junto a la fábrica de papel. Todos los docentes eran antiguos prisioneros de Vishlag, como recuerda Ivan:

> Eran ingenieros, especialistas en su profesión, traídos del campo para enseñarnos la producción de papel y trabajos de electricidad. Yo me formé como electricista, y luego trabajé en la fábrica. Podía conseguir trabajo en cualquier ciudad y en cualquier fábrica, pues en esos años había una gran demanda de obreros cualificados, como yo. Incluso viajé hasta Perm y trabajé en la construcción de los astilleros del río… Estaba feliz de mi éxito. Mis padres también estaban muy orgullosos de mí.[215]

Millones de hijos de campesinos estaban llegando a la ciudad para forjarse un futuro. Entre 1928 y 1932, la población urbana creció al vertiginoso ritmo de cincuenta mil personas por semana. La población de las ciudades creció tan rápidamente, que el Estado no pudo afrontar el aumento de la demanda de productos de consumo básico, que figuraban al final de la lista de prioridades del Plan Quinquenal, así que a partir de 1928 se estableció el racionamiento de víveres, el combustible y otros varios productos domésticos. Reprimido el comercio privado, las calles se habían vuelto sombrías, los restaurantes y bares habían desaparecido, los escaparates estaban vacíos y la gente se vestía con descuido. Alexandre Barmine, un diplomático soviético que regresó a Moscú en el verano de 1930 después de pasar cuatro años en el extranjero, recuerda el impacto que le produjeron las dificultades económicas en la capital:

> Después de las mejoras de 1922-1928, Moscú ha sufrido espantosos cambios. Cada cara y cada fachada evidenciaban la miseria, el cansancio y la apatía. Casi no había tiendas, y los pocos escaparates que todavía existían tenían un aspecto desolador. No exhibían otra cosa que cajas de

cartón y latas de comida sobre las cuales los comerciantes, más por desesperación que por vergüenza, habían pegado etiquetas que decían «vacío». Todo el mundo iba en harapos, y la calidad de las telas no merece comentario. Sentía vergüenza de mi traje parisino. Había escasez de todo, en especial de jabón, botas, vegetales, carne, manteca y todos los alimentos grasos.[216]



La familia Uglitskij (ívan, de pie, al fondo), Cherdyn, 1938.

La escasez de vivienda era desesperante. En 1928, el residente urbano soviético contaba con un promedio de 5,8 metros cuadrados de espacio habitable, pero muchos de los trabajadores más pobres tenían apenas un par de metros cuadrados que eran estrictamente suyos. Un estadounidense describe de la siguiente manera las condiciones en que vivían muchos trabajadores en Moscú:

Kuznetsov vivía con otros 550, hombres y mujeres, en una estructura de madera de alrededor de 250 metros de largo por 5 metros de ancho. La habitación contenía aproximadamente 500 camas estrechas con colchones rellenos de paja y hojas secas. No había ni sábanas ni almohadas. Algunos de los residentes no tenían cama y dormían en el suelo o en cajas de madera. No había ni paredes ni paneles que dieran algo de intimidad. No había ni armarios ni guardarropas, porque cada uno poseía sólo lo que llevaba puesto.[217]

Muchos trabajadores procedentes de familias campesinas tenían pocas expectativas de disponer de un espacio propio.

En sus aldeas natales, tradicionalmente las familias comían todas de un cuenco común y dormían sobre bancos de madera cerca de la estufa. De todos modos, al llegar a la ciudad, para muchos sin duda fue difícil compartir su espacio vital con otras familias.

Nadezhda Pujova nació en 1912 en una familia numerosa campesina de la provincia de Pskov. En 1929 escapó del *koljoz* y fue a Kolpino, un extenso suburbio industrial de Leningrado, donde encontró trabajo en la fábrica de maquinaria de Izhora. Nadezhda alquiló un rincón en una habitación de la planta baja de una casa de madera, no muy lejos de la fábrica. Era una habitación grande y con corrientes de aire. Un hornillo de queroseno calentaba la estancia, que contaba con un baño-cocina y una entrada independiente desde el patio. Nadezhda conoció a su marido, Alexandre, en esa casa. Era el hijo mayor de una familia de campesinos de la región de Rybinsk, de la provincia de Iaroslavl, y había llegado recientemente a Kolpino para entrar como aprendiz en un taller mecánico. El dueño de la casa era un pariente lejano, que alquilaba a Alexandre un rincón en la habitación de arriba. Después de casarse, Alexandre se cambió a la planta baja para vivir junto a Nadezhda. La pareja colocó una cortina alrededor de su cama para conseguir cierta intimidad. En total, en la habitación vivían dieciséis personas, incluyendo a una prostituta que de noche llevaba a sus clientes, y un bombero, que se levantaba a las cuatro de la mañana para ir a trabajar. «Dormíamos mal —recuerda Nadezhda—. El bombero, que dormía junto a nosotros, se levantaba en medio de la noche y prendía una cerilla para ver la hora. Y siempre había hombres entrando y saliendo con Olga [la prostituta]. Decía que nos mataría si la delatábamos. La paciencia de todos estaba al límite». Durante el invierno, los parientes de Alexandre llegados de laroslavl solían venir a quedarse.

Llegaban en busca de trabajo en las fábricas, y además vendían botas de fieltro que hacían para completar sus ingresos en el *koljoz*. «Venían todos: tías, tíos, hermanas, hermanos con sus esposas (…)», recuerda Nadezhda.

> Me sorprendía el modo en que vivían. Eran tan sucios y primitivos. En Pskov no era así, la casa de mis padres siempre estaba limpia. Los parientes de Alexandre dormían en el suelo, las mujeres con mantas, los hombres cubiertos apenas con sus túnicas. Cuando estaban ellos, la habitación olía a establo.[218]

Los Golovin también siguieron la ruta migratoria hacia las ciudades. En febrero de 1933, Nikolai fue liberado finalmente del campo de trabajo de Solovetsky. Advertido de no reunirse con Yevdokia y sus hijos en Shaltyr, donde podían arrestarlo, se abrió camino hasta Pestovo, una pequeña ciudad cerca de Vologda, donde encontró trabajo como carpintero en una obra en construcción. Como muchas ciudades de provincias en los primeros años de la década de 1930, Pestovo estaba infestada de *kulaks* fugitivos. Uno de ellos era el hermano de Yevdokia, Ivan Sobolev, un antiguo sacerdote que había cambiado de nombre y había comenzado a trabajar como contador en el negocio de la madera, después de que los bolcheviques cerraran la iglesia de su aldea. Nikolai se convirtió en el líder de su brigada de trabajo en la obra en construcción, y se instaló en una pequeña cabaña de madera abandonada. Poco a poco, la familia volvió a reunirse. Nikolai, el hijo, llegó a Pestovo desde el canal del mar Blanco —uno de los doce mil prisioneros liberados como recompensa por los arduos trabajos de conclusión del canal, en agosto de 1933-, y se unió la brigada de trabajo que comandaba su padre. El otro hijo, Ivan, que había huido de Obujovo cuando arrestaron a los Golovin, también llegó a Pestovo después de vagar durante años por Siberia. Él también se unió a la brigada de su padre. La siguiente en llegar fue Maria, la hija, que también había escapado de la

aldea en su momento, y se reunió con la familia en 1934. Aterrorizada tras los tres años viviendo como fugitiva *kulak*, se había cambiado el nombre y se había casado con un trabajador bolchevique que, al enterarse de su verdadera identidad, la había golpeado y rechazado. Finalmente, en diciembre de 1934 y después de muchos meses de enviar peticiones al NKVD de Ustiuzh, Nikolai pudo reunirse con su mujer, Yevdokia, y sus otros tres hijos, Antonina, Tolia y Alexei, que había regresado a salvo del «asentamiento especial». Nikolai había transformado la cabaña de madera en un verdadero hogar. Era muy pequeña, pero para Antonina, que había pasado tres años en los barracones de Shaltyr, era el paraíso:

> >Era apenas una habitación pequeña. Dentro estaba la cama de hierro —la misma que nuestros vecinos, los Puzhinin, habían guardado para nosotros cuando fuimos deportados—, la cama en la que habían dormido nuestros padres y donde todos nosotros habíamos nacido. Era nuestra cama, no había duda. Tenía la mismas esferas de níquel en el cabezal, el mismo colchón. Era lo único que nos quedaba de nuestra antigua vida. [219]



La cama del hogar de los Golovin en Obujovo (fotografiada en Pestovo en 2005). A pesar de lo que recuerda Antonina, se trata de una cama muy común.

4

El 3 de septiembre de 1932, dos adolescentes aparecieron muertos en los bosques cercanos a la aldea de Gerasimovka, en la Siberia occidental. Según informó la prensa de la época, habían sido apuñalados por los integrantes de su propia familia porque Pavlik, el mayor de los jóvenes, de quince años y activo miembro de los Pioneros, había denunciado ante la policía soviética a su padre, Trofim Morozov, de ser un *kulak*. El clan Morozov había reaccionado y cobrado venganza. La verdad de lo ocurrido es difícil de desentrañar ante la intrincada red de mentiras e intrigas políticas. Desde el inicio de las investigaciones, tanto la prensa soviética como la policía se ocuparon de presentar el asesinato como un crimen político, con Pavlik en el papel de pionero modelo y sus asesinos en el papel de «*kulaks* contrarrevolucionarios».

Gerasimovka era entonces una remota aldea de los bosques cercanos a Tavda, a 350 kilómetros al noreste de Sverdlovsk, en los montes Urales. Estaba rodeada de campos de trabajo y «asentamientos especiales». Por las noches, los aldeanos podían oír los ladridos de los perros guardianes. Gerasimovka era un lugar miserable. Los campesinos más pobres tenían una vaca, y los más ricos dos. Tan sólo nueve tenían samovar. La escuela primaria local había sido inaugurada en 1931, y contaba con un solo maestro y apenas trece libros. Como gran parte del campesinado de la Siberia occidental, los habitantes de Gerasimovka eran ferozmente independientes. Habían

emigrado hacia el este desde Rusia central en el siglo XIX en busca de tierras y libertad, y no estaban dispuestos a abandonar sus conquistas para integrarse en una granja colectiva. Hasta agosto de 1931, ni una sola de las familias del pueblo se había adscrito al *koljoz*. No es de extrañar entonces que la prensa soviética describiera el lugar como un «nido de *kulaks*».[220]

Trofim Morozov era un campesino sobrio y trabajador con escasos recursos que había sido herido dos veces combatiendo para el Ejército Rojo durante la Guerra Civil. Era un hombre que inspiraba respeto entre sus vecinos y, en ese otoño de 1931, cumplía ya su tercer período como jefe del Soviet comunal. Fue entonces cuando el OGPU se enteró de que estaba vendiendo papeles falsos a los *kulaks* exiliados en los «asentamientos especiales». Es posible que el informante hubiera sido su propio hijo. Contrariamente a lo que afirmaba la prensa de propaganda soviética, Pavlik de hecho no era miembro de los Pioneros (esa organización no existía entonces en Gerasimovka), pero es evidente que aspiraba a unirse a ellos, y cuando abrió la escuela se convirtió en un agitador activo, acercándose a la policía. En Gerasimovka, Pavlik tenía fama de delatar a sus vecinos cuando hacían algo poco lícito (años más tarde, los aldeanos lo recordaban como «el joven malvado»). Estaba resentido con su padre por haber abandonado el hogar familiar para irse con otra mujer, dejándolo a él, el hijo mayor, a cargo de su madre, Tatiana, una campesina iletrada a quien al parecer el abandono de su esposo Trofim había dejado mentalmente perturbada, y que en un arranque de celos podría haber inducido a su hijo a delatar al padre. Según lo informado por la prensa acerca del juicio a Trofim, llevado a cabo en la escuela del pueblo en noviembre de 1931, Pavlik denunció los crímenes de su padre, y cuando Trofim le gritó «soy yo, tu padre», el

muchacho le dijo al juez: «Sí, alguna vez lo fue, pero ya no lo considero mi padre. No me estoy comportando como un hijo, sino como un pionero». Trofim fue condenado a un campo de trabajos forzados en los confines del norte, y luego fue asesinado de un tiro.[221]

Envalentonado por su actuación en el juicio, Pavlik comenzó a delatar a los aldeanos que escondían grano o que hablaban en contra del *koljoz*. Contaba con la ayuda de su hermano menor, Fiodor, que tenía entonces nueve años. Las actividades de los muchachos terminaron por enfurecer al pueblo entero. Sergei Morozov, abuelo de Pavlik, le prohibió la entrada en su casa, y otros miembros de la familia hicieron todo lo posible para impedir que siguiera informando a la policía. Pero no existen evidencias que involucren a la familia en el asesinato de los jóvenes, que seguramente fue obra de otros adolescentes, entre ellos el primo de Pavlik, Danila, como consecuencia de una disputa por un arnés y una pistola.[222]

Sin embargo, en cuanto la prensa tuvo conocimiento del hecho, la investigación fue politizada de inmediato. Danila fue inducido a implicar también a Sergei, su propio abuelo, como autor material del asesinato. La denuncia fue sustentada por otros dos miembros de la familia: Tatiana, que estaba más que dispuesta a culpar a quien fuese por la muerte de sus hijos, y otro primo de Pavlik, Potupchik, un ferviente estalinista y ayudante de la policía, quien fue recompensado por su participación en el caso con un ascenso en las filas del Partido. Finalmente, en noviembre de 1932, cinco miembros del «clan *kulak*» Morozov fueron llevados a juicio: el tío y el padrino de Pavlik, acusados de planear el asesinato, su abuelo y su primo Danila, como ejecutores del crimen, y su abuela, quien aparentemente había llevado a los jóvenes al bosque con engaños. La culpabilidad de todos ellos se dio por

probada desde un principio en esa farsa de juicio, y los fiscales incluso se permitieron citar los discursos de Stalin acerca de la intensificación de la lucha de clases en las zonas rurales para demostrar los móviles políticos del crimen. Cuatro de los cinco acusados —todos con excepción del tío de Pavlik, por alguna razón incomprensible— fueron sentenciados a «la mayor medida de castigo»: el pelotón de fusilamiento.[223]

A estas alturas los medios de prensa nacionales ya habían sacado sus propias conclusiones. En su versión de los hechos, Gerasimovka era un emblema de la Rusia retrógrada y campesina, y los Morozov un arquetipo de la patriarcal familia *kulak* que la colectivización se encargaría de hacer desaparecer. Pavlik se convirtió muy pronto en el héroe de un culto de propaganda lanzado en el otoño de 1933, cuando Gorki pidió la construcción de un monumento al joven mártir, quien en palabras del propio escritor, «había comprendido que un pariente de sangre puede ser también un enemigo de espíritu, y que por lo tanto no merece piedad alguna».[224] El culto al joven Pavlik se extendió por doquier, con abundancia de relatos, películas, poemas, obras de teatro, biografías y canciones que lo mostraban como el epítome del perfecto pionero, un vigilante fiel del Partido en el seno del hogar. La valentía y entrega que había demostrado al sacrificar a su propio padre fueron puestas como ejemplo para todos los alumnos de las escuelas soviéticas. El uso que se hizo de la figura de este joven tuvo un enorme impacto en las normas morales y la sensibilidad de toda una generación de niños, que del ejemplo de Pavlik aprendieron que la lealtad al Estado estaba por encima del amor filial o de cualquier otro vínculo interpersonal. Consiguieron inculcar en la mente de millones de personas la idea de que delatar a los amigos y familiares no era una acción vergonzosa, sino una manifestación de fervor ciudadano. Ni más ni menos que lo

que se esperaba de todo buen soviético.[225]

¿Quiénes fueron los más afectados por la lección que enseñaba la historia de los Morozov? Por lo que se deduce de las entrevistas, se diría que muy poco niños de familias bien constituidas, donde los principios morales eran claramente establecidos por los padres, aunque en este espinoso tema que en la actualidad se interpreta dentro del contexto del Terror, la memoria es poco fiable. Sin embargo, aparentemente el ejemplo de Pavlik fue muy positivo para aquellos que crecieron en un ambiente familiar inestable u opresivo, donde la influencia de los mayores no era lo suficientemente fuerte para contrarrestar las ideas del régimen soviético. Los más acérrimos propagandistas del culto eran casos paradigmáticos en ese sentido. El periodista de la región de Sverdlovsk Pavel Solomein, por ejemplo, el primero desde la prensa en llamar la atención del público soviético sobre la historia de Pavlik, había huido en la infancia de un padrastro abusador y había crecido en diferentes orfanatos. Gorki quedó librado a su suerte con tan sólo nueve años, cuando fue expulsado de la casa de su abuelo —un lugar de crueldad y atraso, donde los hombres se entregaban a la botella y las mujeres encontraban solaz en Dios— y había tenido que ganarse la vida en las ciudades industriales del Volga. Para muchos de origen desafortunado como ellos, Pavlik era un héroe porque se había liberado de la «oscuridad» de su entorno familiar y había desarrollado una conciencia política propia, y todos ellos eran entusiastas partidarios de la vida pública, donde habían encontrado una forma más elevada de la familia con los Pioneros, en cuyas filas marchaban junto con el Partido y la totalidad del pueblo soviético hacia «un luminoso y radiante futuro». La historia de Pavlik dejó sobre todo una fuerte impronta en los huérfanos. Ajenos a la influencia de la vida familiar, éstos eran incapaces de entender cuál había sido

el error de Pavlik al denunciar a su padre. Eran criados y adoctrinados por el Estado en la lealtad y la gratitud hacia un régimen que los había salvado de la indigencia, que era el destino que esperaba a los huérfanos que no habían tenido la suerte de nacer en la Unión Soviética, el mejor país del mundo.

Mijail Nikolaev tenía tres años de edad en 1932, cuando sus padres fueron arrestados y él fue enviado a un orfanato con un nuevo nombre. Nunca supo cuál era su verdadero nombre ni quiénes habían sido sus padres, por qué habían sido arrestados o qué había sido de ellos después del arresto. La política de los hogares infantiles era convertir a los niños como Mijail en «ciudadanos soviéticos» borrando su verdadera identidad. La historia de Pavlik Morozov, machacada hasta el cansancio en la mente de los huérfanos desde su más tierna infancia, ejerció una profunda influencia en Mijail desde muy chico. Pensaba en Pavlik como en un «verdadero héroe», y soñaba con emular sus logros descubriendo el también «a un espía». Al recordar su infancia, Mijail considera que sus sentimientos habrían sido distintos de haber crecido en el seno de una familia:

> En comparación con los niños normales, los huérfanos teníamos una idea muy pobre de la vida. No sabíamos siquiera en qué consistía una celebración familiar, ni habíamos disfrutado de conversaciones alrededor de la mesa, carecíamos de toda esa información, en mi opinión trascendente e informal, que moldea la forma en que una persona entiende la vida y las relaciones con el mundo. Nuestra «ventana al mundo» eran el aula de clases, los otros pioneros, la radio del rincón rojo y el periódico *Verdad Pionera (Pionerskaia Pravda)*. Toda la información proveniente de estas fuentes era idéntica, y había una sola forma de interpretarla. [226]

La popularidad de la historia de Pavlik, en especial entre los jóvenes, no hizo más que ahondar la profunda brecha cultural y generacional entre el antiguo orden aldeano patriarcal y el nuevo orden urbano del régimen soviético que ya dividía a

muchas familias. La población rural era cada vez más joven e ilustrada. Según el censo de 1926, el 39 por ciento de la población rural tenía menos de quince años, y más del 50 por ciento tenía menos de veinte, mientras que el índice de alfabetización de los hijos del campesinado que tenían alrededor de veinte años duplicaba el de sus padres, y las mujeres letradas de alrededor de veinte años quintuplicaban en número a sus madres. Educados en escuelas soviéticas, esos jóvenes campesinos ya no compartían las opiniones y creencias de sus padres, y encontraron en los Pioneros y el Komsomol la confianza que necesitaban para emanciparse del control paterno. Se negaban a ir a la iglesia, a llevar una cruz o a observar rituales religiosos, y con frecuencia aludían al poder soviético como nueva autoridad en esos temas, lo que más de una vez terminaba en discusiones con sus padres. Volvían su mirada más y más hacía las ciudades a la hora de buscar información o elegir sus valores, y a medida que la cultura popular de los centros urbanos se extendió por las remotas aldeas rurales en la década de 1920 y 1930, cada vez eran más los jóvenes que preferían la ciudad al campo. A consecuencia de ello, los niños de las zonas rurales comenzaron a creer que la vida en las ciudades era mejor y más evolucionada. La composición del Komsomol en uno de los distritos fuertemente agrícolas de la provincia de Voronezh a mediados de la década de 1920 mostró que el 85 por ciento de sus miembros provenía de familias campesinas; sin embargo, sólo el 3 por ciento decía querer trabajar en el campo. La mayoría de los niños de zonas rurales querían abandonar el campo e irse a la ciudad a trabajar en un comercio u oficina, a estudiar en la universidad, dedicarse a una actividad industrial o unirse al ejército.[227]

La familia Medvedev quedó desgarrada por estas divisiones entre jóvenes y viejos. Andrei Medvedev nació en 1880 en la

aldea de Oblovka, junto a la línea férrea que une Tambov con Balashov, a 570 kilómetros al sudeste de Moscú. Herrero de profesión, durante el invierno se ganaba la vida reparando los techos de los campesinos más ricos, pero en verano trabajaba junto a sus cinco hermanos en la granja familiar de su padre, Fiodor, en cuya casa vivían los diecisiete miembros de la familia Medvedev. Fiodor era un patriarca campesino, un ortodoxo devoto con largo cabello blanco hasta los hombros que gobernaba su casa por derecho divino. «Vivíamos de acuerdo a las costumbres de antaño —recuerda una de sus nietas—. Todos comíamos del mismo cuenco, y mi abuelo daba la señal de que se podía empezar con un golpe de cuchara contra un lado del tazón. Nadie decía una palabra a menos que él hablara».

En 1923, Andrei se casó con Aliona, una joven a quien doblaba en edad y que había llegado con su familia a la región de Tambov en 1917, escapando de la hambruna que asolaba Petrogrado. Aliona pertenecía a una familia de trabajadores pobres. Su padre era un maletero de estación que había quedado viudo con siete hijos que alimentar. En Tambov, habían sobrevivido ayudando en las granjas de la zona. Andrei llevó a su joven mujer a casa de Fiodor y, en 1924, nació Nina, la hija de ambos. Ya desde un principio a Aliona le costó mucho adaptarse a las costumbres patriarcales del hogar familiar. A pesar de haber ido sólo tres años a la escuela, Aliona se convirtió rápidamente en la secretaria del Soviet de la aldea. Organizó una escuela y comenzó a enseñar a los niños —así como a muchos adultos— a leer. A Andrei los libros no le interesaban y en casa de los Medvedev de hecho no había ninguno, así que ella llevaba libros y revistas del mercado local para que los niños aprendieran a leer. En 1928, la escuela de Aliona se transformó en un «centro de eliminación» (*likpunkt*) que formaba parte de la campaña

para la eliminación del analfabetismo (*likbez*), encarada a su vez por el Komsomol como parte de la campaña del Soviet contra la religión y la cultura patriarcal en las zonas rurales. Aliona se hizo activista del Zhenotdel, de la Rama Femenina del Partido, y muchas veces debía ausentarse del hogar para dar conferencias en localidades vecinas. Consternado por la independencia de Aliona, Fiodor amenazó con expulsarla del seno doméstico y discutía con frecuencia con su hijo, a su vez uno de los líderes del Soviet de la aldea, quien apoyaba las actividades de su esposa, a pesar de sus propios celos y su disgusto por los viajes de la mujer a la ciudad.

En septiembre de 1929, en Oblovka se estableció un *koljoz*. Sólo veintinueve de los sesenta y siete hogares de la aldea estaban de acuerdo, pero fue considerado suficiente para forzar la integración. Andrei fue elegido director del *koljoz*. Pero Fiodor no quiso inscribirse. Su vaca acababa de dar a luz un nuevo ternero, y no estaba dispuesto a renunciar a él. Padre e hijo discutieron violentamente. «De no haber intervenido mi madre, se habrían matado —recuerda Nina—. Se maldijeron y juraron no volver a verse las caras». La granja familiar se dividió. Andrei se mudó con su parte de la propiedad al *koljoz*, mientras que Fiodor, a los ochenta y un años, siguió trabajando el campo solo. Cuatro meses más tarde, el anciano fue arrestado por *kulak*, uno de los doce arrestados en Oblovka tras un informe realizado por el Soviet de la aldea. La casa de Fiodor fue arrasada hasta los escombros, y él fue deportado a Siberia. Pero la tragedia familiar no terminó ahí. Como director del *koljoz*, Andrei había atado su futuro a la vida rural, pero Aliona se sentía atraída por la ciudad, en gran medida por su esperanza de encontrar allí una cura para su hija Nina, que había quedado ciega como secuela de una enfermedad y necesitaba cuidados especiales. En abril de 1930, Aliona dejó a Andrei y volvió con

su familia de Leningrado, llevándose consigo a Nina; allí alquilaron el minúsculo rincón de una habitación propiedad de los amigos de unos parientes. «Teníamos cuatro metros cuadrados —recuerda Nina—, espacio en el que apenas cabían una cama estrecha, una mesita de luz y dos sillas pequeñas en las que dormía yo, mientras que mamá ocupaba la cama». La familia estuvo separada durante dos años, pero más tarde, en octubre de 1932, Andrei también se mudó a Leningrado. El deseo de reunirse con su mujer y su hija había podido más que su compromiso con la granja colectiva. Los Medvedev se mudaron a una habitación más grande en el centro de la ciudad, Nina asistía a la escuela donde enseñaba Aliona, y Andrei trabajaba como techador en el departamento de obras del OGPU.[228]

Muchas familias sucumbieron a la doble presión de la colectivización y la urbanización, como sucedió con los Medvedev. La colectivización fue apenas la última de una serie de catástrofes sociales que sufrió el campesinado ruso —entre otras, la Gran Guerra, la Revolución, la Guerra Civil y la Gran Hambruna, que acabaron con millones—, pero en cierto sentido fue la más traumática de todas, pues dividió a las familias y puso a hijos contra padres al adoptar aquéllos el nuevo estilo de vida soviético. Es difícil saber con exactitud cuántos hijos realmente denunciaron a sus padres. Por cierto que fueron unos cuantos, aunque quizá no tantos como los que parece desprenderse de la prensa soviética de la época, que da la impresión de que en la década de 1930 las zonas rurales bullían de Pavliks Morozov de la vida real. La prensa informaba por ejemplo de que un integrante de los Pioneros de nombre Sorokin había sorprendido a su padre robando grano del *koljoz* y lo había hecho arrestar por la policía, o de que un escolar llamado Seriozha Iadeiev le había dicho al director de su escuela que su padre ocultaba una reserva de

patatas, y de que un adolescente de trece años llamado Pronia Kolibin había denunciado a su propia madre por robar grano de los campos del *koljoz* y fue recompensado con un viaje a Artek, la famosa colonia vacacional que tenían los Pioneros en la isla de Crimea, mientras que su madre era enviada a un campo de trabajos forzados.[229]

Los Pioneros alentaban a los niños a emular al joven Pavlik delatando a sus padres. Era común la utilización de brigadas de la organización para vigilar los cultivos de los *koljoz* y denunciar el robo de grano por parte de los campesinos. El *Pionerskaia Pravda* publicaba los nombres de los jóvenes informantes y daba a conocer sus logros. En el clímax del culto a Pavlik Morozov en la década de 1930, denunciar a la propia familia era prácticamente un requisito para demostrar la lealtad de un verdadero pionero. Un periódico provincial advertía de que los integrantes de los Pioneros que no informaban sobre sus familias serían tenidos por sospechosos y, de probarse su falta, serían asimismo arrestados. En medio de este clima, no es de extrañar que los padres tuviesen miedo de hablar en presencia de sus propios hijos. Como recuerda un médico:

> Jamás hablaba contra Stalin ante mi hijo. Después de la historia de Pavlik Morozov, uno tenía miedo de que se le escapara hasta el menor comentario, incluso frente a los hijos, pues él podía a su vez repetirlo sin querer en la escuela, y al enterarse la dirección le preguntarían al niño, «¿dónde escuchaste eso?». Entonces el niño respondería, «lo dijo papá, y papá siempre tiene razón», y antes de que pudieras darte cuenta te habías metido en graves problemas.[230]

Uno de los que se metió en graves problemas fue el padre del joven Alexandre Marian. Alexandre era líder del Komsomol de su aldea natal de Malaeshti, cerca de Tiraspol, en el sudoeste de Ucrania. En 1932, cuando tenía diecisiete años, denunció a su padre, Tomofei, con una carta enviada a la policía. Alexandre era un fanático defensor de la

colectivización y de la guerra contra los *kulaks*, a quienes describía en una entrada de su diario del 8 de junio de 1931 como «la última pero mayor clase explotadora de la Unión Soviética». Tomofei no estaba de acuerdo. Tenía una opinión crítica de la colectivización y se lo dijo a su hijo, quien lo denunció sin perder un minuto. Timofei fue arrestado y enviado a un campo de trabajo. En una entrada de su diario de octubre de 1933, Alexandre consignaba una conversación en el Komsomol donde un camarada reclamaba que fuese destituido por las opiniones «contrarrevolucionarias» de su padre. Alexandre escribió:

> Debí explicarle a mi camarada que mi padre fue arrestado tras una denuncia mía. Las razones de sus puntos de vista antisoviéticos se remontan a su experiencia como prisionero de guerra en Austria [durante la Primera Guerra Mundial] (…). Regresó enamorado del orden austríaco, convencido de que la burguesía minifundista que había visto en Austria era la clave de la riqueza agrícola (…) A sus ojos, los errores de la primera etapa de la colectivización se debían al caos, y no a una complicación transitoria. Si al menos hubiese conocido las leyes de la dialéctica, si no hubiese sido un analfabeto político, habría sido capaz de reconocer la falacia de sus opiniones y retractarse.[231]

Probablemente las denuncias con semejante grado de fanatismo ideológico fueran raras. Las más de las veces, los jóvenes actuaban de forma reactiva, rechazando a ciertos miembros de sus familias más que denunciándolos, y esto incluso después de que estos parientes fuesen expuestos como «enemigos». Adoctrinados en la escuela y por los Pioneros, quizá les resultase ridículo cercenar sus propias posibilidades futuras por no tomar distancia de esos familiares que de todas maneras ya habían sido arrestados. Dicho comportamiento era el resultado de consideraciones complejas y presiones de todo tipo. Se los amenazaba con la expulsión del seno del Komsomol o de los Pioneros, o se les podía negar el acceso a una universidad o a cualquier profesión a menos que demostraran su lealtad al Soviet y su vigilancia, renunciando a

sus parientes arrestados. Esto explica los avisos que, como una fórmula, se repetían a miles en la prensa soviética:

> Yo, Nikolai Ivanov, renuncio a mi padre, exsacerdote, pues durante muchos años engañó a la gente diciéndoles que Dios existe, y es por eso que a partir de ahora corto con él todo vínculo.[232]

Algunas de estas renuncias quizá fueron alentadas por los mismos progenitores, quienes se daban cuenta de que era mejor para sus hijos distanciarse de ellos si querían progresar en la sociedad soviética. En 1932, por ejemplo, un muchacho de dieciséis años proveniente de un hogar judío tradicional de las cercanías de Kremenchug escribió al periódico de la localidad abjurando de las costumbres retrógradas de su familia:

> Me niego a seguir siendo parte de mi familia. Siento que mi verdadero padre es el Komsomol, que me enseñó lo que es importante en la vida. Mi verdadera madre es mi madre patria; y mi familia, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y el pueblo soviético.

Según su hermana menor, quien luego fue entrevistada, el joven escribió esa renuncia por insistencia de su padre. «Cuando yo tenía catorce años», recuerda la joven,

> mi padre nos reunió a mi hermano y a mí en la habitación y nos explicó que su forma de vida no era apropiada para los tiempos modernos. No quería que nosotros repitiéramos sus errores, como la observancia de las tradiciones religiosas judías. Nos dijo que debíamos ir a ver al director del periódico mural de la escuela y decirle que, a partir de ese momento, vivíamos una nueva vida y que no deseábamos tener nada que ver con el pasado religioso de nuestro padre. Fue nuestro padre el que nos obligó a hacerlo. Dijo que a él no le importaba, pero que para nosotros podía ser el principio de un futuro más prometedor.[233]

Existían también otros factores, más allá de la ambición, que empujaron a la gente a abjurar de sus familiares. Muchas de esas renuncias públicas eran escritas en la víspera de la partida rumbo a la ciudad, ya fuese para estudiar en la universidad o para ocupar un puesto de trabajo. Eran como la declaración de una flamante identidad, un compromiso para con los ideales y objetivos del régimen soviético. Los primeros

años de la década de 1930 fueron un período de grandes oportunidades y enorme movilidad social: los hijos e hijas de los obreros aspiraban a convertirse en profesionales, y los hijos de los campesinos soñaban con trasladarse a la ciudad. Todas estas ambiciones eran concienzudamente alimentadas por el aparato de propaganda soviético, que puso el culto al éxito personal en el centro del Plan Quinquenal. Películas, libros y canciones describían al detalle la explotación de los «héroes comunes» del proletariado (ingenieros y científicos, trabajadores modelo, aviadores y exploradores, bailarinas, deportistas hombres y mujeres), todos ellos fuente de orgullo para la Unión Soviética. Se alentaba a los jóvenes a creer que podían emular esos logros siempre y cuando trabajaran con ahínco y demostrasen ser dignos ciudadanos soviéticos.

Quienes atesoraban más fervientemente esas aspiraciones eran con frecuencia hijos de *kulaks*, una paradoja que está en el centro del conflicto entre los padres *kulaks* y sus hijos. Cargaban desde la infancia con el estigma de sus orígenes, y querían ser reconocidos como iguales por la sociedad, lo que sólo era posible cortando todos sus vínculos con el pasado. Obligados en general por la necesidad o el peligro, algunos abjuraban de sus parientes *kulaks*, otros los borraban de sus biografías o afirmaban que habían muerto o «escapado». Y sin embargo, el recuerdo de estos jóvenes todavía es capaz de despertar remordimiento y vergüenza, no porque hayan denunciado efectivamente a alguien, sino porque llevaban una vida relativamente «normal» y hacían carrera mientras sus padres desaparecían en el Gulag. Se habían reconciliado con el sistema soviético y habían encontrado un lugar en su seno, aun sabiendo que el sistema había destruido a sus propias familias.

Nadie expresó estos sentimientos de culpa con más contundencia que el poeta ruso Alexandre Tvardovski, nacido

en 1910 en la aldea de Zagore, en la provincia de Smolensk. Su padre, Trifon, era un herrero que proveía con modesto confort las necesidades de su esposa y sus siete hijos. Alexandre era un adolescente comunista. Se unió al Komsomol en 1924, y comenzó a militar en su pueblo. Solía tener fuertes discusiones sobre política con su padre, y escapó dos veces del hogar, incapaz de reconciliarse con el estilo de vida campesino familiar. En 1927, se unió a la Asociación Rusa de Escritores Proletarios (RAPP), se mudó a Smolensk y publicó su primer poema, *A un padre y hombre rico (Ottsu-bogateiu)*, en el periódico del Komsomol *Joven Camarada*:

En tu hogar no hay escasez,
eres rico —y yo lo sé,
de todas las granjas de cinco paredes
la tuya es la mejor. [234]

En la primavera de 1930, las autoridades impusieron un fuerte tributo a la familia de Trifon. Por temor a ser arrestado, Trifon huyó a la cuenca carbonífera de Donbass en busca de trabajo. Ese otoño lo siguieron sus hijos, Ivan (entonces de diecisiete años), y Konstantin (de veintidós), quienes consideraron que ir a buscar a su padre aliviaría a su vez la carga de su madre en casa. Ivan regresó en invierno y se encontró con que había sido expulsado de la escuela por ser hijo de un *kulak*. En marzo de 1931, la familia Tvardovski —con excepción de Alexandre— fue expulsada de Zagore. Konstantin (que había sido arrestado en Smolensk) y Trifon (arrestado a su regreso de Donbass) fueron subidos al mismo convoy en su camino a los Urales. La familia pasó los siguientes dos años entrando y saliendo de campos de trabajo y «asentamientos especiales», viviendo a escondidas, haciendo trabajos ocasionales en fábricas y minas en cualquier parte donde hubiese un vacío legal en el sistema de pasaportes que les permitiera quedarse al menos temporalmente,

separándose y volviéndose a reunir, hasta el otoño de 1932, cuando Trifon encontró trabajo como herrero en una mina de la ciudad de Nizhny Tagil, en los montes Urales.

Durante todo ese tiempo, Alexandre había estado estudiando en el Instituto Pedagógico de Smolensk, donde iba cobrando fama de joven poeta. En su primer poema largo, *El camino al socialismo* (1931), pintó un cuadro deslumbrante de la vida en las granjas colectivas. En las reuniones estudiantiles del instituto, hablaba a favor de la campaña contra los *kulaks*, pero está claro que el destino de su familia lo atormentaba, pues en la primavera de 1931 fue a ver al secretario regional del Partido, I. P. Rumiantsev, con la esperanza de que pudiese intervenir para aliviar su situación. Según recordaría luego Tvardovski en 1954, en esa oportunidad Rumianstev le dijo que «en la vida hay momentos en que uno debe elegir entre su propia familia y la Revolución». Después de esa entrevista, Tvardovski fue señalado como «indeciso». Su lealtad fue puesta a prueba por las autoridades soviéticas. Se lo atacaba por «hijo de *kulak*» durante los recitales poéticos y reuniones literarias. Sólo logró evitar la expulsión gracias a la fervorosa y valiente defensa que hizo de él el escritor local Adrián Makedonov (quien luego sería arrestado).[235]

Temiendo por su carrera, Tvardovski se distanció de su familia. En la primavera de 1931, sus padres le escribieron desde el «asentamiento especial» de Lialia, en los Urales. No esperaban que él pudiera ayudarlos con dinero, pues sabían que no tenía. Ivan recordaría en 1988 que «simplemente esperaban que se mantuviera en contacto con su madre y su padre, con sus hermanos y hermanas». Ivan continúa así:

> Alexandre respondió dos veces. En la primera carta prometía hacer algo. Pero muy pronto llegó la segunda carta, con estas líneas que nunca olvidaré: «Queridos míos, no soy un salvaje ni un animal. Os pido que

seáis fuertes, que tengáis paciencia y que trabajéis. La eliminación de los "*kulaks*" como clase no implica la eliminación de las personas, y menos aún de niños…». Y más adelante decía esto: «(…) No puedo escribiros (…), y no me escribáis».

Cuando esta carta fue leída a la madre de Ivan, ella:

> inclinó la cabeza y se sentó en un banco, donde quedó perdida en sus pensamientos, y los empezó a expresar en voz alta, aunque esas palabras no eran para nosotros, eran para ella misma, para convencerse del amor y la devoción de su hijo.
>
> «Yo sé, yo siento, yo creo (…) que fue muy difícil para él —dijo ella—. Estoy segura de que mi hijo no tuvo elección. La vida es como un carrusel. ¿Qué se puede hacer?»[236]

Dos meses más tarde, en agosto de 1931, Trifon tomó a Pavlik, su hijo menor, y escapó de Lialia, donde quedó el resto de la familia. Un mes más tarde, llegaron a Smolensk y fueron a buscar a Alexandre a la Casa Soviética, en cuyas oficinas editoriales trabajaba. Trifon pidió al guardia que llamara a su hijo:

> Yo sabía lo que nos había escrito a Lialia, pero me dije, ¡es mi hijo! Por lo menos que tome a su cargo a Pavlushka [Pavlik]. ¿Qué daño le ha hecho el niño, su propio hermano? Entonces salió Alexandre. Dios mío, ¡cómo puede ser tan aterrador el encuentro con un hijo! Lo miré. Yo estaba al borde del pánico. Él era un adulto, delgado y apuesto. ¡El hijo de su padre!
>
> Se quedó parado sin decir nada, mirándonos. Y entonces no dijo «hola, padre», sino «¿qué hacéis aquí?».
>
> «¡Shura [Alexandre]! ¡Hijo mío! —dije yo—. ¡Allá nos estábamos muriendo! ¡De hambre, de enfermedad, de tantos castigos injustos!»
>
> «¡De modo que decidisteis escapar!», dijo abruptamente, o me lo pareció, por su voz. Y su voz también era diferente, y me dejó helado.
>
> Me quedé callado, ¿qué podía decir? Que así sea, me dije.
>
> Sólo me daba pena el pequeño Pavlushka. Era sólo un niño y había venido con la esperanza de encontrar el amor de su hermano. ¡Todo había sido tan diferente de como esperábamos!
>
> «¡Lo único que puedo hacer es enviaros de nuevo, sin cargos, al lugar de donde venís!» Ésas fueron las palabras exactas de Alexandre en ese momento.
>
> Supe que no tenía sentido rogar, implorar, ni nada de eso.
>
> Sólo le pedí que me diera tiempo de ir hasta Stolpovo a casa de un amigo que me debía dinero, y añadí que, a mi regreso, podía hacer con

nosotros lo que quisiera. Él estaba visiblemente alterado.

«Está bien, puedes ir», me dijo.

Trifon fue entonces a Stolpovo a ver a su amigo. Bebieron juntos, mientras Pavlik dormía. Luego, a medianoche, llegó la policía para arrestarlo. Alexandre lo había denunciado.[237]

Pasaron cuatro años antes de que Alexandre viera o supiera algo de su familia nuevamente. Durante ese tiempo, según cree Ivan, Alexandre volcó sus remordimientos en su poesía inédita:

¿Qué eres, hermano?
¿Cómo estás, hermano?
¿Dónde estás, hermano?
¿En qué Belomorkanal?
(«Hermanos», 1933)

En 1935, Ivan fue a visitar a su hermano a Smolensk. Había huido del «asentamiento especial» y era un prófugo desde hacía tres años, haciendo trabajos ocasionales en Moscú y otras ciudades industriales, pero anhelaba volver a ver su ciudad natal y fue a ver a su hermano para contarle lo que había sido de su familia. Tuvieron dos breves encuentros, en los cuales Alexandre aconsejó a su hermano que abandonara Smolensk: «Aquí no hay nada para ti —le dijo a Ivan—. No encontrarás más que disgustos. ¡Para mí en cambio es importante vivir aquí, donde todo el mundo me conoce!»[238]



Alexandre Tvardovski, 1940.

En ese entonces, Ivan albergaba un profundo rencor contra su hermano. Pero en los últimos años llegó a comprender las presiones que sufría Alexandre, así como su necesidad de seguir siendo reconocido y respetado, allí donde el éxito le aseguraba cierta protección. Ivan reflexionó con compasión acerca de las elecciones a las que se vio forzado su hermano:

> Me atrevería a decir que mi visita removió su sentimiento de culpa y sus remordimientos. No podía haber olvidado esas cartas que nos escribió, ni su encuentro con mi padre en la Casa Soviética. Sentí pena por él. Me gustase o no, debía reconocer que era un sincero miembro del Komsomol desde la década de 1920. Ahora creo que Alexandre creyó que la violencia revolucionaria que barrió a nuestros padres, hermanos y hermanas, a pesar de ser injusta y equivocada, era como una prueba para demostrar si él era un verdadero miembro del Komsomol. Quizá no había a quién probárselo. Quizá sólo tenía que probárselo a sí mismo. No hay duda de que lo pensaba de esta manera: «Todo *kulak* es padre de alguien, y sus hijos son hermanos y hermanas de alguien. ¿Por qué mi familia tendría que ser diferente?
>
> Hay que ser fuerte y valiente, y no entregarse al humanitarismo abstracto y otros sentimientos ajenos a la lucha de clases». Su lógica era ésa. Si estás a favor de la colectivización, estás a favor de la eliminación de los *kulaks* en tanto clase, y no tienes derecho moral a pedir que se haga una excepción con tus padres.
>
> Es posible que, en su corazón, Alexandre llevara luto por su familia, pero era tan sólo otra familia *kulak* más.[239]

5

La «gran ruptura» de 1928-1932 destruyó todos los viejos lazos y lealtades que unían a las familias y a las comunidades, y dio origen a una nueva clase de sociedad en la que las personas se definían según su relación con el Estado. En este sistema, la clase social lo era todo; el Estado promovía a los «proletarios» y reprimía a los «burgueses». Pero la clase no era una categoría rígida ni permanente. Dado que millones de personas abandonaban sus hogares, cambiaban de trabajo o se mudaban por todo el país, resultaba relativamente sencillo cambiar de clase social o reinventarla. La gente aprendió a modelarse una identidad de clase que los ayudara a progresar. Todos se volvieron muy astutos para ocultar o disfrazar los orígenes sociales impuros, y retocaron sus propias biografías para darles una apariencia más «proletaria».

La idea de «trabajar sobre el yo» era común entre los bolcheviques. Era esencial para el ideal de crear un tipo de personalidad humana más elevada (el Nuevo Hombre Soviético), purgándose de todos los impulsos «pequeñoburgueses» e individualistas heredados de la antigua sociedad. Como escribió un líder del Partido en 1929: «Todos somos personas del pasado con todos los defectos del pasado, y debemos trabajar mucho sobre nosotros mismos. Todos debemos trabajar sobre nosotros mismos».[240] Al mismo tiempo, esta capacidad de las personas de cambiar y de manipular su identidad de clase era motivo de gran

preocupación para los líderes del Partido.[241] Se temía que el «proletariado» —la imaginada base social de la dictadura— fuera «diluido» por la afluencia masiva a las ciudades de los campesinos arruinados y otros «tipos pequeño-burgueses» (*kulaks*, comerciantes, sacerdotes, etcétera), o que el Partido pudiera llenarse de «interesados» y aventureros que habían conseguido ocultar sus impuros orígenes sociales.

Había muchas historias sobre esa clase de impostores en la prensa soviética. La más famosa era la de Vladimir Gromov, quien en 1935 fue sentenciado a diez años de trabajos forzados en el canal del mar Blanco por haber asumido la identidad de un ingeniero y de un arquitecto premiado. Gromov había usado documentos falsos para conseguir empleos bien pagados y un prestigioso apartamento en Moscú. Incluso logró convencer al comisario de Abastecimiento del Pueblo, Anastas Mikoian, de que le diera un adelanto de un millón de rublos[242]. La preocupación por los impostores delataba la profunda ansiedad que cundía en la dirigencia del Partido. Esta ansiedad influyó sobre la cultura de la purga, cuya violenta retórica de denuncia se basó en la necesidad de revelar la verdadera identidad de los «enemigos ocultos». Durante toda la década de 1920, la dirección del Partido alentó la creencia popular de que los colegas, los vecinos, incluso los amigos y los parientes podían no ser lo que aparentaban…, una creencia que sirvió para emponzoñar las relaciones personales y promover el terror masivo de 1937-1938. «Vean lo que son estos enemigos del pueblo —dijo el hermano de Elena Bonner ante el arresto de su padre—. Algunos de ellos incluso fingen ser padres».[243]

Como en el caso de la colectivización, el lanzamiento del Plan Quinquenal se vio acompañado de una masiva purga social de «los enemigos de clase» y otros «elementos ajenos»

con el objetivo de eliminar cualquier potencial oposición o disenso. Con la introducción del sistema de pasaportes, la policía recibió la orden de intensificar su campaña para excluir de las sociedad a los «socialmente impuros»: *kulaks*, sacerdotes, comerciantes, criminales, «parásitos» y prostitutas, gitanos y otros grupos étnicos (finlandeses, coreanos, alemanes del Volga y demás).[244] El temor a la exclusión social impulsó a millones de personas a ocultar sus orígenes. A pesar de que, teóricamente, la ideología autorizaba y fomentaba una autotransformación, el proceso podía ser largo e incierto. El ocultamiento podía parecer el camino más fiable —y sin duda el más corto— para lograr la aceptación social. En el caos que reinaba a principios de la década de 1930, resultaba relativamente fácil cambiar la propia identidad con el simple recurso de mudarse a otra ciudad o consiguiendo otros documentos. Los documentos falsos se podían obtener fácilmente por medio de sobornos, o comprándoselos a los falsificadores, que abundaban en cualquier ciudad que tuviera mercados. Pero ni siquiera era necesario pagar por una biografía «pura». Mucha gente tan sólo descartó sus viejos documentos y solicitó otros nuevos a un Soviet diferente, proporcionando diferente información sobre sus orígenes e incluso, a veces, cambiando su nombre y su lugar de nacimiento.[245] En provincias, los funcionarios soviéticos y policiales eran notoriamente ineficientes y corruptos.

En el caso de las mujeres, el matrimonio era otra manera de disfrazar sus orígenes sociales. Anna Dubova nació en 1916, en el seno de una familia campesina de la provincia de Smolensk. Su padre fue arrestado por *kulak* en 1929, y más tarde destinado a trabajar en una construcción de Podolsk, al sur de Moscú, donde su esposa e hijos se mudaron con él. La madre de Anna consiguió trabajo en una granja dedicada a la

cría de conejos, mientras que Anna se inscribió en una fábrica-escuela (FZU) dependiente de una panadería. Justo en el momento en que creyeron que estaban en camino de convertirse nuevamente en «gente normal», un amigo de la hermana de Anna, miembro del Komsomol, denunció a la familia por ocultar sus orígenes *kulak*. Los Dubov fueron deportados. Perdieron todas sus pertenencias y derechos de residencia. Los padres de Anna escaparon con sus hijos menores a Rzhev, situado a 200 kilómetros al este de Moscú, donde se instalaron «en una especie de cobertizo» que pertenecía a parientes de su padre.

Anua huyó a Moscú, donde otra hermana, casada con un moscovita, le ofreció un lugar donde dormir en el suelo de su diminuta habitación. Aun sin permiso de residencia y viviendo en la ilegalidad, Anna no abandonó sus ambiciones. Tras graduarse en la FZU, se convirtió en pastelera de la Fábrica Bolchevique de Pastelería, donde se especializó en decoración de pasteles. Su futuro empezaba a parecer esperanzador. Pero siempre existía el peligro de que volviera a perderlo todo si se revelaban sus orígenes *kulak* y su condición de ilegal. En una entrevista realizada en la década de 1990 asegura que:

> Durante todo este tiempo, sentía miedo cada vez que veía a un policía, porque me parecía que él podía percibir que en mí había algo que no estaba bien. Y me casé sólo para poder ocultar mis orígenes (…). Mi esposo era de la *bednota* [el campesinado pobre].
>
> Era miembro del Komsomol y secretario del Soviet de una aldea cercana a Moscú. Como miembro del Komsomol, su tarea era identificar y desposeer de sus bienes a los *kulaks* (…). Mi matrimonio fue una especie de camuflaje. No tenía lugar donde vivir, pero en cuanto me casé tuvimos una pequeña habitación totalmente para nosotros. Y cuando me iba a la cama, pensaba para mis adentros, «Dios mío, estoy en mi propia cama».

El marido de Anna era un buen hombre, pero bebía mucho. «No dejaba de soñar, pensando “Dios mío, si al

menos pudiera casarme con un tipo decente". Vivía con él, pero me pasaba las noches soñando con un marido decente, aunque ya había dado a luz a nuestra hija».[246]

Las personas obligadas a mantener una doble vida se sentían continuamente acosadas por la amenaza de ser desenmascaradas. «Vivía con un miedo constante —recuerda un excoronel de la policía secreta, un comunista ejemplar que ocultó sus orígenes nobles durante toda su vida—. Todo el tiempo pensaba: "Supongamos que de repente descubren quién soy de verdad. Entonces todo aquello por lo que he trabajado, todo lo que he construido para mí y mi familia, mi vida, mi carrera… se derrumbará en un minuto"». Pero el miedo era sólo uno más entre el gran número de impulsos y emociones contradictorios (pasividad, el deseo de retirarse, vergüenza, inferioridad) que podían engendrar en la misma persona un odio secreto hacia el régimen soviético, junto con la voluntad de superar sus propios estigmas demostrando devoción a la causa soviética. Las personas se sentían perdidas en esta dualidad. El yo íntimo estaba engullido por la personalidad pública. Como recordó un ciudadano moscovita: «Empecé sentir que era el hombre que fingía ser».[247]

El joven Simonov experimentó algo similar. Ocultando su origen noble, se inscribió como «proletario» en la Escuela Industrial (FZU) de Saratov, donde estudió para convertirse en tornero. Simonov se había inscrito en la fábrica—escuela contra los deseos de su padrastro, quien quería que el joven estudiara en un instituto superior o universidad, la trayectoria educativa típica de la clase de servicio del viejo mundo del que provenían sus padres. Pero el adolescente Simonov estaba entusiasmado ante la nueva sociedad industrial. «Era el principio del Plan Quinquenal —recuerda Simonov—, y yo fui conquistado por su espíritu romántico. Ingresé en un club

para discutir sobre el Plan y sus variantes, algo que me interesaba mucho más que mis estudios en la escuela secundaria. Mi padrastro se enojó tanto, que casi no me dirigió la palabra durante mi primer año en la fábrica-escuela».[248]

La atmósfera en la fábrica-escuela era proletaria de manera militante. La mitad de los estudiantes procedían de familias obreras y la otra mitad de hogares-orfanatos. Como hijo de una princesa, Simonov estaba peligrosamente fuera de lugar allí, pero se esforzó por parecer uno más, abandonando los pantalones cortos y las sandalias de los primeros años de su adolescencia y vistiendo el uniforme y la gorra de un obrero para no desentonar. El núcleo de la atracción que Simonov experimentaba por el proletariado era la idea de la independencia del obrero: «La vida de un hombre plenamente maduro, al menos como yo lo veía, sólo empezaba el día que comenzaba a trabajar y a traer dinero a casa. Yo quería ser independiente y ganarme la vida lo más pronto posible».[249] Al unirse al ejército de trabajadores industriales, Simonov también se independizaría de su familia, cuyo noble origen sin duda impediría su progreso.



Simonov «el proletario>», 1933.

Para financiar sus estudios en la fábrica-escuela de Saratov, Simonov trabajó como aprendiz en el turno nocturno de la Fábrica Universal. Ensamblaba cartuchos para los rifles de asalto producidos por la gigantesca planta de municiones. En el verano de 1931, estaba ganando ya 15 rublos, un modesto salario mensual, pero una contribución importante al presupuesto de su hogar, particularmente después del mes de abril, cuando su padrastro Alexandre fue arrestado y Simonov se convirtió, a los quince años, en el único asalariado de la familia.

El arresto se llevó a cabo de forma metódica y disciplinada. Llamaron a la puerta a las diez de la noche. La familia ya se había acostado, porque Alexandra estaba enferma. Alexandre no dejó entrar a la policía en su apartamento de los barracones hasta que no estuvo vestido. Konstantin se levantó para encontrarse con su padrastro leyendo la orden de allanamiento con una lupa:

> El registro se prolongó durante mucho tiempo; lo llevaron a cabo con suma corrección, revisando metódicamente todo lo que había en ambas habitaciones, examinando incluso mis apuntes de la fábrica-escuela sobre la tecnología de los metales, mis cuadernos del séptimo curso y la enorme cantidad de cartas de mi madre (…); a ella le encantaba escribir y le gustaba también que todos sus amigos y parientes le escribieran con frecuencia (…) Cuando los hombres acabaron con el registro, ordenaron los papeles y las cartas y, según recuerdo —aunque puedo estar equivocado—, hicieron una lista de las cosas confiscadas; yo creía que el asunto había concluido. Pero entonces uno de ellos extrajo un papel del bolsillo y se lo entregó a mi padre. Era una orden de arresto. En ese momento no pensé, aunque más tarde me di cuenta, que el arresto estuviera previsto desde el principio, independientemente de los resultados del registro. Me resultó muy duro ver a mamá. Aunque era de carácter fuerte, era evidente que estaba enferma, había estado allí sentada toda la noche con fiebre alta, y temblaba de la cabeza a los pies. Mi padre parecía tranquilo. Tras leer la orden —que una vez más inspeccionó con la lupa que siempre llevaba en el bolsillo del chaleco— y tras haberse asegurado de que era verdaderamente una orden de arresto en su contra, besó a mamá y le dijo que regresaría en cuanto se hubiera aclarado el malentendido. Sin decirme una palabra, me estrechó la mano con firmeza

y se marchó con los hombres que debían arrestarlo.[250]

Al igual que Alexandre, Simonov creía que se había producido algún malentendido. Seguramente sabía que en Saratov habían arrestado a muchos especialistas, incluyendo a varios oficiales de la escuela militar en la que daba clases su padrastro. Pero, como la mayoría de las personas que habían perdido a un familiar en los arrestos, Simonov suponía que su padrastro había sido arrestado por error. «Pensé que los otros arrestados eran culpables de algo, que eran enemigos, pero no los relacionaba con mi padrastro».[251] Esta distinción lo ayudó a mantener su confianza en el sistema de justicia soviético, que se había visto reforzada por la conducta ordenada y metódica de los oficiales de la OGPU, no sólo durante el arresto de Alexandre, sino también durante el arresto del pariente de su padre Eugeni Lebedev, llevado a cabo en Kremenchug, del que Simonov había sido testigo cuatro años antes.

Cumpliendo con las instrucciones de Alexandra, Simonov informó del arresto a sus maestros de la fábrica-escuela. No informarlo hubiera sido una cobardía, según le dijo Alexandra. Simonov no fue expulsado de la escuela, pero le aconsejaron postergar su solicitud de ingreso al Komsomol hasta que su padrastro fuera liberado. Alexandra y su hijo fueron desalojados del pequeño apartamento de los barracones. Todas sus pertenencias fueron arrojadas a la calle (una mesa con algunos taburetes, dos estanterías de libros, un armario, una cama y un baúl de los oficiales de la Primera Guerra Mundial con una hamaca en la que había dormido Simonov). Los vecinos hospedaron a Alexandra, que estaba enferma y tenía fiebre, y su hijo fue a los suburbios de Saratov a buscar algún lugar donde ambos pudieran instalarse. Tras encontrar una habitación y alquilarla, consiguió que un camionero los ayudara a trasladar sus cosas. Recordaría ese

día durante toda su vida —el día que se hizo cargo de su familia— como el momento en que se convirtió en un adulto.

> Lo recuerdo sin resentimiento, incluso con cierto grado de autosatisfacción, porque había demostrado que era capaz de afrontar cualquier cosa. Estaba herido, pero era principalmente por mi madre… Ella no podía perdonar a las personas que nos habían desalojado. Sin duda recuerdo aún sus nombres porque me di cuenta de la humillación que habían sufrido mis padres…[252]

La reacción de Simonov al arresto de su padrastro no fue inculpar o cuestionar el régimen soviético, sino trabajar aún más duramente para mantener a su familia. Tal vez el arresto de su padre también reforzó su convicción de que debía protegerse a sí mismo acentuando aún más su identidad proletaria. A lo largo de todo ese verano, Simonov siguió estudiando de día y trabajando en la fábrica por las noches. Fue ascendido al segundo nivel de obreros aprendices y empezó a recibir el doble de salario, lo que bastaba para mantener a su madre y enviar dos paquetes por semana a su padrastro, que continuaba preso. Alexandra ganaba un poco de dinero extra enseñando francés y alemán en una escuela secundaria. En otoño, Alexandre fue liberado de la prisión. «Abrazó y besó a mi madre. Incluso me besó también a mí, un gesto muy inusual —recuerda Simonov—. Algo había cambiado en él. Al principio no me di cuenta de qué era. Pero después lo entendí: su cara se veía fría y pálida, no tenía su habitual aspecto tostado por el sol».[253]

Alexandre no habló de las torturas que había sufrido en prisión. Lo único que dijo era que todas las acusaciones en su contra habían sido retiradas porque él se había negado a confesar, incluso bajo «severa presión». Tal como lo recuerda Simonov, la enseñanza que le dejó este incidente fue la necesidad de permanecer firme:

> Hoy [en 1978] me pregunto: ¿los acontecimientos de aquel verano en Saratov marcaron de alguna manera mi enfoque general de la vida,

dejaron algún rastro en mi psicología de muchacho de quince y dieciséis años? ¡Sí y no! En el caso de mi padrastro, las cosas salieron como debían. El siguió siendo lo que siempre había sido —un modelo de claridad y escrupulosidad— y toda la gente que lo conocía estaba convencida de que era inocente. Y durante esos espantosos meses, casi todo el mundo que lo había tratado alguna vez fue bueno con nosotros (…), y eso también estuvo bien, fue justo lo que esperábamos que ocurriera. Sin embargo, la historia de mi padrastro, que había terminado bien porque él era una persona muy fuerte y sólida, me dejó una sensación de inquietud, el sentimiento de que una persona más débil no hubiera salido de esta situación de la misma manera, porque no hubiera sido capaz de soportar lo que mi padrastro había soportado. Esta alarmante idea quedó grabada en mi mente (…). Pero sobre todo sentía, tal vez de manera inconsciente, que yo había madurado, pues también yo había demostrado que podía afrontar una crisis.[254]

Los hijos de *kulaks*, al igual que los hijos de burgueses o de familias nobles, sentían la presión que los llevaba a ocultar sus orígenes sociales. Se los excluía de las escuelas y universidades soviéticas, de los Pioneros y del Komsomol, del Ejército Rojo y de muchos empleos y cargos. Con frecuencia, su temor a la exclusión se manifestaba bajo la forma de una desesperada urgencia por demostrar que eran «ciudadanos soviéticos», un impulso que los instaba a distanciarse de sus familias. En 1942, Wolfgang Leonhard, el hijo de veinte años de un comunista alemán que había llegado a Moscú en 1935, fue deportado a la región de Karaganda, en Kazajstán. Estudió en una institución que formaba maestros, en la que la mayoría de los estudiantes eran hijos de *kulaks* que habían sido exiliados a esta región semidesértica a principios de la década de 1930. Habían sufrido terriblemente de pequeños, pero luego se les había permitido asistir a la escuela, y ya estaban a punto de convertirse en maestros. Como señala Leonhard, esto provocaba un cambio total en su identidad política:

Casi todos mis discípulos solían ir a sus casas los fines de semana. Es decir, que solían ir a uno de los asentamientos [especiales] que se encontraban en los alrededores de Karaganda o en las zonas centrales. Cuando volvían, solían hablar con indignación de sus padres. «¡Siguen sin entender nada en absoluto!», les oía decir con frecuencia. «Tantas veces

he intentado explicarles por qué la colectivización es útil y justificada… ¡pero los viejos jamás lo entenderán!»

Los hijos e hijas de los *kulaks* que habían sido exiliados aquí de pequeños se habían convertido en verdaderos estalinistas con el transcurso del tiempo.[255]

Muchos hijos de *kulaks* terminaron siendo fervorosos estalinistas (e incluso lograron forjarse una carrera importante incorporándose a los organismos de represión del Estado). Para algunos, la transformación significó un prolongado y meticuloso proceso de «trabajo sobre sí mismos», cuyo coste psíquico no fue desdeñable. Stepan Podlubni es un ejemplo. Nacido en 1914 en el seno de una familia campesina de la región de Vinnitsa, en el oeste de Ucrania, Stepan y su madre huyeron a Moscú en 1929, después de que su padre fuera exiliado, como *kulak*, a Arjangelsk. Stepan consiguió trabajo como aprendiz en la escuela industrial de la planta impresora del *Pravda*. Se incorporó al Komsomol, encabezó una brigada de trabajo de choque, editó un periódico mural (una forma de propaganda política), se convirtió en miembro de la junta de una fábrica y, en algún momento, al parecer fue reclutado como informante de la policía. Durante todo este tiempo ocultó cuidadosamente sus orígenes *kulak*. Llevaba un diario en el que consignaba su lucha por purgar la «psicología enferma» de sus antecesores campesinos y poder reconstruirse como ciudadano soviético. Trataba de leer los libros correctos, de adoptar todas las actitudes correctas, de cultivarse, vistiéndose con pulcritud y aprendiendo a bailar, y de desarrollar en él las virtudes públicas soviéticas del activismo y la vigilancia. Cada fin de año (en el mismo momento en que las agencias planificadoras del Estado hacían sus balances anuales del avance económico dentro del Plan Quinquenal), él hacía un «balance» de su «progreso cultural». Su origen *kulak* era para

él una fuente constante de autodesprecio y de dudas sobre sí mismo. Lo consideraba una explicación de sus propios defectos, y se preguntaba si verdaderamente sería capaz de convertirse alguna vez en un miembro de la sociedad como todos los demás:

> 13-9-1932: Ya he pensado varias veces en mi trabajo de producción. ¿Por qué no puedo soportarlo sin sufrimiento? Y, en general, ¿por qué me resulta tan duro? (…). Una idea de la que no puedo desprenderme, que me chupa la sangre como si fuera la savia de un abeto (…) es el tema de mi psicología. ¿Es posible que sea tan diferente de los otros? Esta pregunta me pone los pelos de punta, y cuando pienso en ella empiezo a temblar. En este momento, soy una persona entre dos aguas, que no pertenece a un bando ni a otro, pero que fácilmente podría deslizarse hacia cualquiera de ellos.

Podlubni vivía con el miedo constante de que se revelaran sus orígenes, de que lo denunciaran en el trabajo (un «nido de serpientes» lleno de «enemigos»), lo que determinaría su despido y posible arresto. Finalmente, su origen *kulak* fue de hecho descubierto por la OGPU, que le dijo que no haría nada en su contra siempre que él «siguiera haciendo un buen trabajo para la organización». Parece probable que Podlubni empezara entonces a informar sobre sus compañeros de trabajo. En su diario, confesó sentirse atrapado: le asqueaba su persona pública y claramente anhelaba «ser él mismo».

> 8-12-1932: Mi clandestinidad cotidiana, el secreto de mi interior… eso no me permite convertirme en una persona de carácter independiente. No puedo expresarme abierta o libremente, ni revelar mis pensamientos. En vez de eso, sólo puedo decir lo mismo que dicen los demás. Tengo que marchar sobre una superficie accidentada, por el camino que ofrece menos resistencia. Esto es pésimo. Sin advertirlo, estoy adquiriendo el carácter de un servil adulador, de un perro artero y complaciente: suave, cobarde, que siempre cede.

Podlubni recibió la sorprendente noticia de que uno de sus compañeros no había sido castigado, después de haber sido desenmascarado como hijo de un *kulak*, y la celebró como «un momento histórico», ya que eso implicaba que él mismo no debía seguir padeciendo el estigma de su origen social.

Vivió esta liberación personal con júbilo y lleno de gratitud hacia el gobierno soviético:

> 2-3-1935: La idea de que también yo puedo ser un ciudadano de la familia común de la URSS me obliga a responder con amor hacia aquellos que lo han hecho posible. Ya no estoy entre enemigos, a los que temo todo el tiempo, en todo momento, esté donde esté. Ya no temo a los que me rodean. Soy igual que los demás, soy libre de interesarme por muchas cosas, un amo interesado en sus tierras, no un lacayo genuflexo ante su amo.

Seis meses más tarde, Podlubni fue aceptado como estudiante en el Segundo Instituto Médico de Moscú. Siempre había soñado estudiar en un instituto superior, pero sabía que sus orígenes *kulak* serían un obstáculo. El hecho de que el Komsomol de la planta del *Pravda* hubiera avalado su solicitud fue para él la confirmación definitiva de su nueva identidad soviética.[256] Para muchos hijos de *kulaks*, el deseo de que los reconocieran como soviéticos, de convertirse en un miembro valioso de la sociedad, tenía menos que ver con la política o la identidad personal que con el empuje y la diligencia.

Antonina Golovina era una niña brillante, llena de energía e iniciativa, con un profundo sentido de su propia individualidad que había heredado de su padre, Nikolai. En Shaltir, era líder de la brigada escolar. Enseñaba a leer a los demás niños. En el camino de regreso a Pestovo, donde se reunió con su padre en 1934, la niña de once años selló su firme resolución de «estudiar duro y probarme a mí misma».[257] En su nueva escuela, los muchachos mayores se burlaron de ella llamándola «hija de *kulak*» (había muchos niños *kulaks* en la escuela de Pestovo), y fue maltratada por los maestros. Un día en que los niños fueron castigados por mala conducta, Antonina fue llamada al frente de la clase para recibir una reprimenda especial de una de las maestras principales, quien le gritó que ella y «los de su clase» eran

«enemigos del pueblo, ¡espantosos *kulaks*! Sin duda merecen que los deporten… ¡y espero que allí los exterminen a todos!». En sus Memorias (2001), Antonina recuerda ese incidente como el momento definitorio de su vida. Sintió verdadera furia ante la profunda injusticia, una furia que la impulsaba a responder con gritos a los gritos de la maestra. Sin embargo, fue acallada por un miedo aún más profundo causado por su origen *kulak*.

> De repente, sentí en mi interior que nosotros [los *kulaks*] éramos diferentes de los demás, que éramos criminales, y que había muchas cosas que nos estaban vedadas. Básicamente, y ahora lo entiendo, sufría un complejo de inferioridad, que me poseía bajo la forma de una especie de miedo de que el régimen pudiera hacernos cualquier cosa, porque éramos *kulaks*, porque no teníamos derechos y debíamos sufrir en silencio.

Después del incidente con la maestra, una compañera llamada María, cuyo padre había sido arrestado por ser *kulak*, le susurró a Antonina: “ Escucha, ¡escribamos una carta de queja contra la vieja bruja por habernos insultado de esa manera!». Antonina tuvo miedo, de modo que Maria escribió la carta en nombre de las dos. Escribió que, como niñas, ellas no tenían la culpa de que sus padres hubieran sido *kulaks*, y rogaba que se les diera la oportunidad de demostrar su valía estudiando duro. Las dos niñas decoraron la carta dibujando un árbol de Año Nuevo.[258*] Antonina escondió la carta en un hato de ropa para lavar (su madre hacía la limpieza y el lavado de ropa de la escuela) y la llevó hasta la puerta del director, donde la entregó. El director simpatizó con las dos niñas. Las llamó a su despacho y «nos dijo que secretamente estaba de acuerdo con nosotras, pero que no debíamos decirle una sola palabra a nadie». Evidentemente, el hombre habló con la maestra que había sido tan cruel con ellas, porque más tarde la mujer se mostró más cordial con las niñas. Incluso les asignó papeles en la obra teatral escolar, que trataba de una sufrida niñera campesina (encarnada por Antonina)

empleada en la casa de una *kulak* (Maria). Antonina escribe en sus memorias:

> Para cerrar mi monólogo final, debía decir estas palabras: «Me has chupado la vida, ahora me doy cuenta, y no quiero quedarme contigo. ¡Te dejo para ir a la escuela!». Y con ese parlamento salía de la escena. Hubo un aplauso atronador. Me había metido tanto en mi papel que mi indignación parecía genuina.[259]

Antonina se concentró por completo en sus estudios. Adoraba la escuela y le fue muy bien, ya que apareció varias veces en la lista de alumnos sobresalientes (*otlichniki*) exhibida en el vestíbulo de la escuela. Eso implicaba que era una de las elegidas para marchar en los desfiles escolares durante las fiestas soviéticas. Antonina amaba esas ocasiones, no porque le interesara la política (le parecía degradante llevar un estandarte), sino porque le enorgullecía representar a su escuela. Anhelaba ingresar en los Pioneros, y cuando la rechazaron a causa de su origen *kulak* su mortificación fue tal que se fabricó una versión casera del pañuelo típico de los Pioneros e iba al club con la fervorosa esperanza de que la incluyeran en sus juegos.[260] Poco a poco, logró hacerse un lugar propio. En 1939 fue admitida en el Komsomol a pesar de su pasado *kulak* (posiblemente el Comité del Komsomol hizo la vista gorda con respecto a su pasado, porque valoraba su iniciativa y su energía). Animada por este éxito, Antonina reunió valor para viajar de incógnito a su aldea natal —para entonces conocida con el nombre de *koljoz* «Vida Nueva»— en el verano de 1939. Allí descubrió que su vieja casa había sido convertida en una de las oficinas del *koljoz*.[261]

A medida que su confianza y su ambición aumentaron, Antonina decidió dejar de esforzarse por ser aceptada tal como era y simplemente resolvió inventarse una nueva identidad. Empezó a mentir sobre sus orígenes cada vez que debía completar algún cuestionario. «Sabía lo que hacía —

recuerda—. Había decidido escribirme una nueva biografía». A partir de los últimos años de su adolescencia, Antonina tuvo una vida secreta. No le habló de su familia a ninguna de sus amigas o amigos. Tampoco le contó nada a su primer novio, al que conoció en 1940, porque tenía miedo de que él la dejara si conocía cómo había sido su pasado. Durante los siguientes cincuenta años, ocultó su identidad a su propia familia, porque tenía miedo, por ellos y por sí misma. Retrospectivamente, observa:

> Debía estar alerta todo el tiempo, para no tener ningún desliz y delatarme. Cada vez que hablaba, debía pensar: «¿He olvidado algo? ¿He olvidado algo que podría despertar sospechas?». Así era todo el tiempo (…). Tenía miedo, y callaba. Ese miedo persistió toda mi vida. Nunca desapareció (…) Mamá siempre decía: «¡Cuando vives con lobos, debes aprender a vivir como los lobos!».[262]

Capítulo 3

La búsqueda de la felicidad (1932-1936)

1

En 1932, Fania Laskina contrajo matrimonio con Mijail Voshchinski, trabajador del Partido y administrador en jefe de las obras en los talleres arquitectónicos de los hermanos Vesnin, una de las empresas de construcción líderes en Moscú. Fania dejó la casa de los Laskin en la plaza Zubov y, después de pasar algunos meses en habitaciones de alquiler, se cambió con su esposo a un apartamento de tres habitaciones en la zona de Arbat, entonces muy de moda. El apartamento era diminuto, apenas 58 metros cuadrados de superficie total, pero comparado con las condiciones de vivienda de la gran mayoría de los moscovitas el lugar era moderno y lujoso, con su propia cocina, su propio baño y excusado, y hasta línea privada de teléfono.[263]

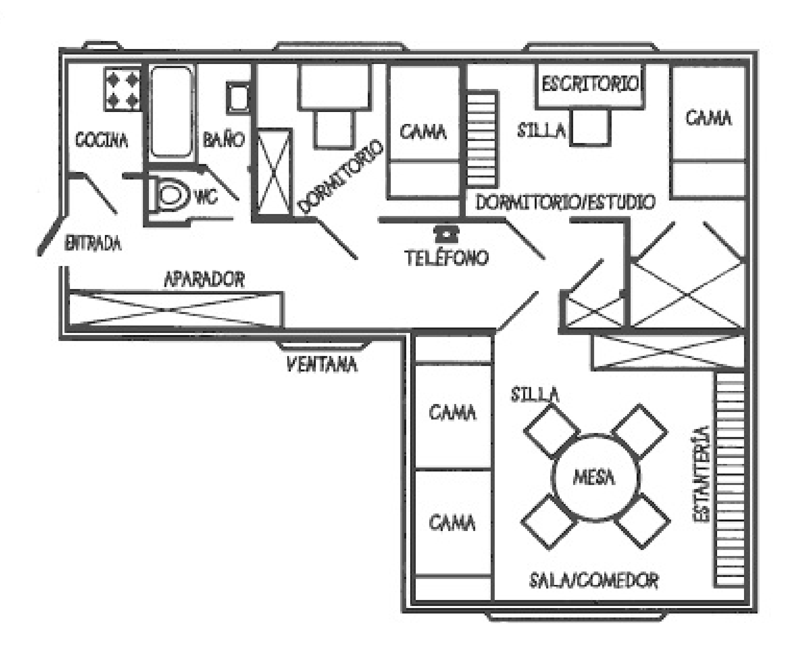
A principios de la década de 1930, Moscú creció a un ritmo trepidante. Entre 1928 y 1933, la población de la capital aumentó de 2 a 3,4 millones, a causa, sobre todo, del flujo masivo de campesinos hacia la industria. Su llegada puso en jaque la capacidad de la ciudad. A partir de 1933, el crecimiento de la urbe fue controlado con el sistema de pasaportes y la deportación masiva de «elementos extraños».[264] Vivir en Moscú era el sueño de millones de soviéticos. La ciudad era el centro del poder, la riqueza y el progreso de la Unión Soviética. La propaganda la retrataba como la prueba viviente de esa vida mejor que llegaría con el socialismo.



Fania Laskina y Mijail Voshchinski (foto de boda), Moscú, 1932.

Stalin se interesó personalmente en la «construcción socialista» de su capital. En 1935, firmó un ambicioso Plan Maestro para la Reconstrucción de Moscú. Los hermanos Leonid, Viktor y Alexander estaban entre los arquitectos responsables de diseñar el plan, bajo dirección del Soviet de Moscú. El plan preveía una ciudad de cinco millones de habitantes, con flamantes y vastas zonas residenciales conectadas por carreteras, circunvalaciones, jardines, sistemas de desagüe, redes de comunicación y una red de trenes subterráneos que sería la más avanzada del mundo industrializado. Todo fue planeado a escala monumental. El centro medieval de la ciudad, con sus calles estrechas y sus templos, sería borrado en su mayor parte para dar lugar a calles más anchas y grandes plazas. Se construyó una enorme ruta de desfiles que atravesaba el centro de la ciudad. La ampliación de la calle Tverskaia (rebautizada Gorki) hasta alcanzar los 40 metros de ancho se hizo demoliendo los edificios antiguos, y muchos monumentos históricos, como la sede de la Asamblea de Moscú del siglo XVIII, fueron

reconstruidos piedra a piedra unos metros más atrás, en la calle principal. Los puestos de feria de la Plaza Roja fueron barridos para permitir el paso de las filas que marchaban frente al mausoleo de Lenin, sagrado altar de la Revolución, en los desfiles que se celebraban el Primero de Mayo y el Día de la Revolución. Incluso se hicieron planes para dinamitar la catedral de San Basilio, de modo que el desfile de tropas pudiera pasar frente al mausoleo en línea recta. La Moscú de Stalin fue reforjada como una capital imperial, una San Petersburgo soviética. Más grande, más alta, más moderna que ninguna otra ciudad de la Unión Soviética, se convirtió en el símbolo de la sociedad socialista del futuro (Bujarin dijo que el Plan Maestro era «casi mágico», porque transformaría Moscú en una «nueva Meca a la que acudirán en masa desde todos los rincones del planeta todos aquellos que luchan por la felicidad del ser humano»).[265]



El hogar de los Laskin en Arbat,
en el n.° 14 de Sivtsev Vrazhek,

Departamento 59.

Los hermanos Vesnin desempeñaron un papel fundamental en la transformación de la capital. Su trabajo sobre la ciudad les obligó a cambiar radicalmente su filosofía arquitectónica. Durante la década de 1920, los Vesnin habían estado a la vanguardia del movimiento constructivista, que aspiraba a incorporar los ideales modernistas de Le Corbusier a la arquitectura soviética. La adopción del estilo neoclásico monumental que debieron adoptar para la reconstrucción del Moscú de Stalin significó una verdadera renuncia moral. Pero en tanto arquitectos, dependían de sus clientes, y el único cliente era el Estado. Ambos hermanos habían formado parte del comité para el proyecto del grandioso Palacio de los Soviets, destinado al solar que ocupaba la catedral de Cristo Salvador, demolida en 1932. El Palacio sería el edificio más alto del mundo (con 416 metros, habría de ser ocho metros más alto que el Empire State, inaugurado en Nueva York en 1931) y en su cúspide se erigiría una colosal estatua de Lenin, tres veces más grande que la Estatua de la Libertad.[266] El disparate nunca se consumó,[267*] pero durante años el lugar siguió siendo el monumento a la promesa moscovita.

Los Vesnin también colaboraron en la supervisión de la construcción del metro de Moscú, otro icono del progreso comunista. La perforación de los túneles comenzó en 1932. En la primavera de 1934, la tarea ocupaba a setenta y cinco mil trabajadores e ingenieros, muchos de ellos campesinos inmigrantes y prisioneros del Gulag. La perforación era un trabajo en extremo peligroso. Los incendios y derrumbes eran frecuentes a causa de la porosidad del suelo, y más de cien personas murieron durante la construcción de la primera línea, con doce kilómetros de vías entre Sokolniki y el parque Gorki. Se empleó mano de obra del Gulag en todos los proyectos importantes de construcción de la década de 1930

(en los alrededores de la capital había varios campos de trabajo). Un cuarto de millón de prisioneros tomó parte en la construcción del canal Moscú-Volga, que suministraba agua a la creciente masa de vecinos de Moscú. Muchos obreros murieron de extenuación, y sus cuerpos fueron enterrados en el lecho del canal. Al igual que San Petersburgo, la capital de Pedro el Grande y en muchos aspectos su modelo, el Moscú de Stalin era una civilización utópica construida sobre los huesos de los esclavos.

Cuando abrió la primera línea de metro, en 1935, el jefe del Partido de Moscú, Lazar Kaganovich, la aclamó como palacio del proletariado: «Cuando nuestros obreros toman el metro, deben sentirse contentos y aliviados. Deben sentir que están en un palacio que resplandece con la luz del socialismo imparable y victorioso».[268] Las estaciones de metro estaban construidas como palacios, con candelabros, vitrales de colores, terminaciones de bronce y accesorios cromados, paredes de mármol (de veinte tipos diferentes), pórfiro, ónix y malaquita. La estación Maiakovski (1938) se comparaba con la belleza de las iglesias, con sus cúpulas ovales en los techos, sus mosaicos pintados, las placas de mármol de sus pisos y sus arcos de acero, que creaban una atmósfera brillante y aérea en el vestíbulo central. Al idear sus planos para la estación de metro Fábrica Stalin (Avtozavod), en las postrimerías de la década de 1930, los Vesnin compararon el efecto que esperaban lograr con la atmósfera del interior de una catedral. La estación terminada (1943), con sus altas columnas de mármol de estilo cuasi gótico, el sencillo aprovechamiento del espacio y la luz y sus bajorrelieves de mármol blanco que exhibían las «conquistas» del Plan Quinquenal (Magnitogorsk, la Fábrica Stalin, el Palacio de los Soviets, el canal Moscú-Volga) son la perfecta materialización de ese ideal.[269] El esplendor de esos palacios proletarios, que

contrastaban con tanta crudeza con los escuálidos espacios privados, ruinosos y atestados donde vivía la mayor parte de la población, fue un aliciente fundamental para la moral del pueblo (no muy distinto al que ofrecía la Iglesia en épocas anteriores). Al incentivar el orgullo y la reverencia públicas, la belleza del metro ayudó a consolidar la fe del pueblo en los valores y objetivos públicos del orden soviético.

Los hermanos Vesnin también se implicaron en proyectos de construcción de hogares familiares particulares. Se les encargó el diseño de apartamentos de dos y tres habitaciones, como el que ocuparon Mijail Voshchinski y Fania Laskina al casarse. «Fuimos muy felices allí —recuerda Fania—. Era la primera vez que vivíamos en un apartamento con cocina y baño propios. Misha [Mijail] tenía su propio estudio. Y hasta teníamos un espacio para recibir visitas».[270]



Estación Maiakovski, 1940.

El nuevo énfasis puesto en la construcción de viviendas particulares supuso un cambio fundamental en la política

urbanística del régimen. Durante la década de 1920, cuando las políticas eran dictadas por el sueño utópico de construir nuevas formas de colectivismo, los bolcheviques habían creado las «casas comunales» (*doma kommuny*), enormes bloques comunitarios con hileras de dormitorios para varios miles de familias obreras, con cocinas, baños y lavaderos compartidos, lo que liberaría a las mujeres de las cargas domésticas y enseñaría a los vecinos a organizarse para vivir colectivamente. Los constructivistas de la Unión de Arquitectos Contemporáneos habían estado a la vanguardia de esta campaña del régimen para obliterar la esfera privada obligando a la gente a vivir en comunidad. Pero en 1931 las prioridades urbanísticas de Moscú habían cambiado. A pesar de la escasez crónica de alojamiento en la capital soviética (situación agravada por más de un millón de recién llegados), se decretó que el principal tipo de vivienda que se iba a construir en Moscú era la casa de lujo con apartamentos familiares individuales.



Estación Avtozavod, década de

1940.

El cambio de política tuvo seguramente que ver con el advenimiento de una nueva élite política e industrial, cuya lealtad al estalinismo quedaba garantizada por sus enormes donaciones materiales. El Plan Quinquenal había generado una excepcional demanda de nuevos técnicos, funcionarios y administradores en todas las ramas de la economía. Según el director del Gosplan, la agencia de planificación del Estado, en 1930 fueron necesarios 435.000 ingenieros y especialistas para cubrir nuevas demandas de la industria. Las antiguas y «burguesas» élites industriales no contaban con la confianza de los líderes del estalinismo (sólo el 2 por ciento de los ingenieros eran miembros del Partido en 1928). Muchos de esos obreros especializados se habían opuesto al optimismo fantasioso de los objetivos propuestos por el Plan Quinquenal para la industria: fueron masivamente depurados por «saboteadores» o «infiltrados» durante el Terror Industrial de 1928-1932, cuando el caos introducido por el Plan Quinquenal y las constantes interrupciones en el flujo de combustible y materias primas empujó a muchos trabajadores a denunciar a sus jefes cuando las fábricas cancelaban pedidos y ellos perdían su paga. El desplazamiento de los «burgueses especializados» de los puestos jerárquicos de la industria, la economía, las agencias de urbanismo, las academias y los institutos de enseñanza fue la oportunidad ideal para que la «*intelligentsia* proletaria» fuese ascendida y ocupara su lugar. El primer Plan Quinquenal marcó el auge de las Escuelas de Aprendices Fabriles (FZU), dedicadas a la capacitación de obreros, por lo general campesinos recién llegados del campo, para abastecer las crecientes filas de los trabajadores industriales y los puestos administrativos de la economía. Entre 1928 y 1932, el número de alumnos de las FZU ascendió de 1,8 a 3,3 millones (casi la mitad de los cuales era

de origen campesino), 14.000 trabajadores fueron ascendidos de la planta de fábrica al sector administrativo (muchos de ellos capacitados mientras trabajaban), y 1,5 millones de trabajadores dejaron las fábricas para ejercer trabajos administrativos o buscar educación superior. Mientras tanto, un millón de trabajadores se afiliaron al Partido. Con el fin de alentar las inscripciones se abandonaron los antiguos controles, y de hecho en algunas fábricas se afilió en masa a la totalidad de la fuerza de trabajo, en un intento de los líderes del Partido de crear una base social proletaria que diera sustento a la aplicación de sus políticas.[271]

Stalin necesitaba apoyo fiable. La Gran Ruptura había provocado un caos social y un descontento que minaban su liderazgo. Los archivos del Partido y de los Soviets están llenos de cartas y solicitudes de innumerables trabajadores y campesinos que se quejaban de las desgracias del Plan Quinquenal. Escribían al gobierno soviético, a Mijail Kalinin, el presidente soviético, o directamente a Stalin, para quejarse de las injusticias de la colectivización y las requisas desmedidas del grano de los campesinos, acerca de los problemas en las fábricas, de la corrupción de los empleados y funcionarios soviéticos y de la escasez de vivienda y de víveres en los comercios.[272] No era en absoluto un pueblo resignado a su destino. Hubo levantamientos y huelgas en todo el territorio.[273] En muchas calles de la ciudad las pintadas antisoviéticas eran casi tan visibles como la propaganda del régimen.[274] En las zonas rurales, la oposición al régimen soviético estaba muy extendida, y se hacía oír en canciones rimadas (*chastushki*):

> Plan Quinquenal, Plan Quinquenal,
> Plan Quinquenal, ni en diez años más.
> No quiero ir al *koljoz,*
> ¡que en el *koljoz* no hay ni pan! [275]

En el interior del Partido, no había oposición formal a la línea de Stalin, pero por lo bajo la discusión y el descontento por el coste humano entre 1928 y 1932 era enorme. En 1932, estos sentimientos comenzaron a cristalizar alrededor de dos grupos informales. Uno de ellos se formó alrededor de los antiguos seguidores de Trotski, de la Izquierda Opositora, en la década de 1920 (I. N. Smimov, V. N. Tolmachev, N. B. Eismont), quienes celebraron varias reuniones en las que se habló de sacar a Stalin del poder. El otro grupo estaba compuesto de elementos remanentes de la más moderada Derecha Opositora, conducidos por partidarios de la NEP como Rykov y Bujarin, y en particular por N. N. Riutin, exsecretario del distrito en la organización del Partido de Moscú. En marzo de 1932, Riutin convocó una reunión íntima y secreta de antiguos camaradas, de la que emanó un documento mecanografiado de 194 páginas titulado «Stalin y la crisis de la dictadura del proletariado». Era una crítica detallada a las políticas, metodología de gobierno y personalidad de Stalin que circuló entre las filas del Partido hasta ser interceptado por la OGPU. Todos los líderes de la así llamada Plataforma Riutin fueron arrestados, expulsados del Partido y arrestados en otoño de 1932. La mayoría de ellos serían fusilados en la Gran Purga de 1937, cuando muchos antiguos bolcheviques más, veteranos de 1917, fueron acusados de tener una u otra vinculación con el grupo.[276]

Al quedar expuesto el grupo de Riutin, la paranoia de Stalin que lo empujaba a creer en la existencia de opositores en el interior del Partido se acentuó. Coincidió con el suicidio de su esposa, Nadezhda Allilueva, ocurrido en noviembre de 1932, que descolocó profundamente al líder, quien a partir de entonces desconfiaba de todos los de su entorno. En enero de 1933 el Politburó anunció una meticulosa purga de las filas del Partido. Las instrucciones para la purga nada decían de los

miembros sospechosos de pertenecer a grupos de oposición, pero aconsejaban la expulsión de «elementos arteros que viven para engañar al Partido, que ocultan sus verdaderas intenciones y quienes, bajo un falso juramento de "lealtad" al Partido, buscan en realidad socavar sus políticas», y dejaban de esa manera en claro que la erradicación de los disidentes era una tarea urgente del Partido, que debía cerrar filas detrás de su líder.[277]

Mediante esta purga de los antiguos y el reclutamiento de los nuevos, la naturaleza del Partido fue evolucionando gradualmente a lo largo de la década de 1930. Mientras que los antiguos bolcheviques perdían terreno, una nueva clase de burócratas iba emergiendo de las huestes y filas de la industria, en su mayoría trabajadores ascendidos a cargos administrativos (*vidvizhentsi*). Los *vidvizhentsi* eran hijos (y muy ocasionalmente hijas) del campesinado y el proletariado capacitados en las FZU y otros institutos de enseñanza técnica durante el Primer Plan Quinquenal. Esta cohorte de funcionarios se convirtió en la columna vertebral del régimen estalinista. Cuando finalizaba el reinado de Stalin, componían la gran mayoría de los estamentos más altos del Partido (57 de los 115 ministros del gobierno soviético de 1952, incluyendo a Leonid Brezhnev, Andrei Gromiko y Alexei Kosigin, eran *vidvizhentsi* del Primer Plan Quinquenal).[278] La élite emergente de los primeros años de la década de 1930 era por lo general conformista, y obedecía ciegamente al régimen que le había dado origen y espacio. Con tan sólo siete años de educación promedio, pocos de los nuevos funcionarios tenían la capacidad de tener opiniones políticas independientes. Tomaban las ideas de las declaraciones de los líderes del Partido a la prensa, y repetían sus consignas propagandistas y su jerga política.[279*] Sus verdaderos conocimientos de la ideología marxista-leninista eran escasos: el contenido básico

del *Curso Breve* (1938), la historia del Partido escrita por Stalin, que todos conocían de memoria. Se identificaban completamente con el régimen estalinista, con sus valores e intereses, y todos ellos estaban más que dispuestos a avanzar en sus carreras obedeciendo órdenes de arriba.

El carácter de esta nueva élite fue retratado con mordacidad por Arkadi Mankov, contable de la Fábrica Triángulo Rojo de Leningrado. Hijo de un abogado, Mankov trabajaba en la fábrica para cualificarse como «proletario» y así poder ingresar en el Instituto de Bibliotecarios. En una entrada de su diario de 1933, describe a su jefe, un joven de veinticinco años que había empezado su carrera de la misma maneta que otros miles de jóvenes:

> Apareció en Leningrado de vaya uno a saber dónde, y gracias al intercambio laboral consiguió un trabajo en la fábrica. Después de trabajar allí algunos meses, se unió al Komsomol, se hizo activista (vale decir que hizo todo lo que le pidieron que hiciera), empezó a hablar en las reuniones, haciendo gala de sus conocimientos de los artículos de Molotov y Stalin, y de un día para otro fue ascendido a trabajador administrativo como economista laboral (…). Todos sus logros se reducen a la importancia de su cargo y a su generosa paga (300 rublos al mes). Da la impresión de ser una persona sumamente exitosa, satisfecha de sí misma y de su posición. Sonríe con amabilidad, usa una impecable camisa inglesa blanca, corbata y un traje oscuro nuevo, y tiene modales prepotentes y arrogantes. A pesar de ocupar un alto cargo, no tiene un trabajo específico. Hace todo tipo de tareas minúsculas: lleva el control de la gente, controla las cuentas, establece las normas de trabajo… Considera que su trabajo consiste en meter la nariz en todo, para expresar la «visión de fábrica», que su función es insistir, gritar, amenazar. Recolecta información cuidadosamente y con ella completa formularios sin sentido y tarjetas que nunca nadie mirará. Pone particular interés en investigar la legalidad de todas las innovaciones de los talleres, y siempre está consultando el reglamento.[280]

Compitiendo por recompensas tanto políticas como materiales, esta clase de funcionarios se enfrentaba a sus rivales sin reparos. En 1932, un director de Transmashtekh, un vasto conglomerado industrial, escribió al presidente

soviético Mijail Kalinin:

> El problema con el poder soviético es que promueve al tipo más vil de funcionario: el que cumple escrupulosamente los designios generales de la suprema autoridad (…) Estos funcionarios nunca dicen la verdad, porque no desean molestar a los líderes.
>
> Se alegran cuando la hambruna o la peste asolan el distrito o la guardia que toca a sus rivales. No son capaces de mover un dedo para ayudar a su prójimo (…). Lo único que veo a mi alrededor son repugnantes tretas políticas y personas que se condenan por un desliz de boca. Las denuncias no tienen fin. Uno no puede escupir sin acertarle a un asqueroso delator o un mentiroso.
>
> ¿A dónde hemos llegado? Ni respirar se puede. Cuanto menos dotado es un maldito, más baja es su calumnia. Por cierto, que la purga del Partido no es problema mío, pero creo que el resultado de todo esto será que los buenos elementos que todavía existen acabarán siendo eliminados.[281]

En *La revolución traicionada* (1936), donde traza las líneas principales de su teoría de un «termidor soviético», Trotski apuntó contra la vasta «pirámide administrativa» de burócratas, que según él alcanzaba los cinco o seis millones, sobre la que descansaba el poder de Stalin.[282] Esta nueva casta gubernamental no compartía los instintos democráticos o el culto espartano de los antiguos bolcheviques, que tanto se habían preocupado por evitar que las filas del Partido se corrompieran por la influencia burguesa de la NEP. Por el contrario, estos nuevos burócratas aspiraban a convertirse ellos mismos en una nueva burguesía soviética. Les interesaba sobre todo el confort doméstico, la adquisición de posesiones materiales, y los modales y pasatiempos «cultos». Eran socialmente reaccionarios, y se aferraban a las costumbres de la familia patriarcal, y en sus gustos culturales era conservadores, por más que políticamente abrazaran el comunismo como ideal. Su mayor aspiración era defender el sistema soviético, del que obtenían los recursos materiales de su bienestar y su posición en la sociedad.

El sistema, por su parte, se aseguraba de tenerlos contentos.

Durante el Segundo Plan Quinquenal (1933-1937), el gobierno incrementó la inversión en industrias de consumo, que desde hacía mucho no recibía aportaciones de capital, dedicados a impulsar la construcción de ciudades y fábricas. Hacia mediados de la década de 1930, el suministro de víveres, ropa y enseres domésticos había mejorado considerablemente (millones de niños que crecieron en estos años recordarán que fue entonces cuando recibieron como regalo su primer par de calcetines). A partir del otoño de 1935, la racionalización fue levantada progresivamente, dando lugar, según la propaganda soviética, a una especie de ánimo optimista entre los consumidores, a medida que los escaparates se llenaban de mercancías: cámaras fotográficas, gramófonos y radios producidos en masa para la clase media urbana con aspiraciones. El aumento en la producción de productos de lujo (perfumes, chocolate, coñac y champán) era constante, y aunque estaban destinados a la nueva élite, durante las ferias y fiestas soviéticas el precio era rebajado. Era importante para sostener el mito soviético de la «buena vida», para dar la impresión de que los objetos de lujo que antes sólo eran asequibles para los ricos ahora también podían llegar a las masas, que también podían permitírselos si trabajaban con denuedo. Flamantes revistas de consumo informaban al comprador soviético acerca de la creciente variedad de estilos de moda y diseños de interiores. Las inauguraciones de los centros comerciales y los restaurantes de lujo recibían enorme publicidad, como la antigua tienda Yeliseiev, rebautizada Almacén N.° 1, que volvió a abrir sus puertas en el parque Gorki de Moscú en octubre de 1934. «La nueva tienda venderá más de mil doscientos productos alimentarios», anunciaba el *Vespertino de Moscú*:

> En el sector de almacén hay más de treinta y ocho tipos de salchicha, veinte de la cuales son nuevas y nunca antes habían salido a la venta.

> También venderá tres tipos de queso (camembert, brie y limburger) fabricados por encargo para la tienda. En el sector de pastelería, hay doscientos tipos de dulces y postres (…)
>
> La panadería cuenta con más de cincuenta clases de pan (…).

Al día siguiente, la tienda recibió la visita de setenta y cinco mil personas. Uno puede sospechar que la mayoría sólo fue para mirar.[283]

La promoción de la cultura consumista soviética fue un retroceso ideológico enorme respecto del ascetismo revolucionario de los bolcheviques durante la primera década de la Revolución, o incluso durante el período del Primer Plan Quinquenal, cuando los comunistas llamaban a sacrificar la propia felicidad en aras de los objetivos del Partido. Los líderes del Soviet ahora transmitían el mensaje contrario: consumismo y comunismo eran compatibles. El socialismo, argumentaba Stalin en 1934, «no significa pobreza y privación, sino la eliminación de la pobreza y la privación, y la organización de una vida rica y culta para todos los integrantes de la sociedad». Stalin desarrolló esta idea en la conferencia de trabajadores de *koljoz* de 1935. Reprendiendo a las granjas colectivas por intentar eliminar toda forma de propiedad privada doméstica, Stalin pidió que se permitiera a los trabajadores de los *koljoz* conservar sus aves y vacas, que se les concediera más espacio para su huerta particular, y que se estimularan más los intereses individuales. «Una persona es una persona. Y quiere tener algo que le pertenezca», dijo Stalin a los delegados. No era «un crimen», sino el instinto humano natural de poseer algo propio, y «falta todavía mucho tiempo para que podamos reformar la psicología del ser humano y reeducar a la gente para que viva en colectividad».[284]

Un signo aún más acentuado de este retroceso de la cultura ascética de la Revolución fue la importancia que empezó a

darse en el Partido al aspecto personal y la etiqueta. Para los bolcheviques de la primera hora, el cuidado personal era antisocialista y desdeñable. Pero a partir de la década de 1930 el Partido declaró que los buenos modales y la buena presencia eran de rigor para el joven comunista. «Apoyamos la belleza, la ropa elegante, los peinados finos y la manicura —anunciaba el *Pravda* en 1934—. Las jóvenes deben ser atractivas. El perfume y el maquillaje son obligados en toda buena muchacha del Komsomol. Y para todo joven del Komsomol, un afeitado perfecto es de rigor». Durante la década de 1930, las ventas de perfumería y cosmética crecieron a paso firme y sostenido, y se realizaban conferencias para discutir cuestiones de moda e higiene personal.[285]

Se puso también un nuevo énfasis en la diversión y el entretenimiento. «Ahora la vida es mejor, camaradas. La vida se ha vuelto más alegre —declaraba Stalin en 1935—. Y cuando la vida es alegre, el trabajo marcha bien». El régimen estalinista promovió oficialmente el baile, condenado por los primeros bolcheviques como una frivolidad. Y muy pronto se puso rabiosamente de moda, con la proliferación de escuelas y academias de baile por todas partes. En los parques de Moscú había ferias ambulantes y desfiles para celebrar las festividades soviéticas. El cine soviético producía alegres musicales y comedias románticas en serie. El pueblo no tenía mucho pan, pero circo no faltaba.

La consolidación del régimen estalinista estuvo íntimamente relacionada con la creación de una jerarquía social basada en recompensas materiales garantizadas. Para todos aquellos que se encontraban en la cima de la pirámide, esas recompensas estaban al alcance de la mano en función de su desempeño y lealtad; para los que se encontraban en la

base de la pirámide, no eran más que una promesa de futuro, cuando el comunismo se consumara. El régimen estaba entonces vinculado al establecimiento de una sociedad de aspirantes, en cuyo núcleo se encontraba esa nueva clase media conformada por las élites industriales y partidarias, la *intelligentsia* técnica y profesional, los oficiales de la policía y el ejército, y los trabajadores industriales cuya lealtad se viese refrendada por sus esfuerzos laborales (los estajanovistas)[286*] El principio que definía a esta nueva jerarquía social era el servicio al Estado. En cada institución, el eslogan del Segundo Plan Quinquenal («¡Los mandos lo deciden todo!») servía para sostener a los leales servidores del Estado, y su lealtad era recompensada con mayores salarios, acceso especial a bienes de consumo y títulos y honores soviéticos.

La emergencia de la clase media soviética también fue promovida a mediados de la década de 1930 por el fomento instrumentado por el régimen de los valores familiares tradicionales («burgueses»), lo que implicó una subversión radical de las políticas antifamiliares aplicadas por el Partido desde 1917. Fue en parte una reacción frente al impacto demográfico de la Gran Ruptura: la tasa de natalidad había caído estrepitosamente, poniendo en jaque la provisión de mano de obra y poderío militar del futuro; la tasa de divorcio crecía de manera alarmante, y la fragmentación familiar había hecho del abandono infantil un fenómeno de masas, cuyas consecuencias debía afrontar el Estado. Pero el retorno a los valores familiares tradicionales también era un reflejo del conservadurismo de la nueva élite política e industrial, en su mayoría compuesta por gente que hasta hace poco formaban parte de la masa del campesinado y la clase obrera. Como escribiera Trotski en 1936, el cambio de política fue una abierta admisión del Soviet de que su utópico intento de «arrancar a la antigua familia de cuajo» (arrancar de raíz los

hábitos y costumbres de la vida privada e implantar instintos colectivos) había fracasado.[287]

A partir de mediados de la década de 1930, el Partido adoptó una postura más liberal respecto de la familia y el hogar familiar. La noción de «vida privada» (*chastnaia zhizn'*), una esfera cerrada e independiente, más allá del control y escrutinio del Estado, fue promovida activamente desde el Estado. En esta configuración de la división entre lo público y lo privado, lo privado y personal eran definidos en términos de individualidad, aunque la propia definición de esfera pública exigía la visibilidad de todos los aspectos de la vida del individuo. A efectos prácticos, significó la liberación del espacio entre cuatro paredes del hogar para la libre expresión de la domesticidad (gustos de consumo, estilos de vida, usos y costumbres y demás), pero reteniendo el control político de la vida privada de los individuos, sobre todo de los comunistas. «El Partido no interfiere ni fija estándares sobre detalles de la vida cotidiana de los comunistas», anunciaba en 1936 el Rabotnitsa, principal órgano de prensa femenino del Partido. «No insiste en reglas de comportamiento para los miembros del Partido en cada situación y aspecto de la vida de sus miembros. Pero el Partido sí exige que cada uno de sus miembros se comporte en su vida privada de un modo que sirva a los intereses del Partido y la clase obrera».[288]

El nuevo énfasis puesto en la construcción de viviendas particulares fue un signo de este cambio de política. Todos los ministerios principales tenían sus propios bloques de apartamentos en Moscú, que ocupaban los funcionarios de mayor rango. Las familias bolcheviques que, en la década de 1920, habían llevado una existencia más bien austera gozaban ahora de un relativo lujo, y eran recompensadas con viviendas nuevas, acceso privilegiado a los almacenes comerciales,

automóvil con chófer, dachas, vacaciones en centros vacacionales y de salud gubernamentales. Para muchas de esas familias, la década de 1930 fue el tiempo en que ganaron por primera vez su propio espacio doméstico y su autonomía. La adjudicación de dachas a la élite soviética (organizada a gran escala a partir de la década de 1930) fue un importante aliciente de la vida privada familiar. En la dacha, a salvo de ojos y oídos ajenos, la familia podía sentarse y conversar de una manera impensable hasta ese momento. Es más, la rutina diaria de la sencilla vida campesina (nadar, pasear al aire libre, recoger setas, leer, holgazanear en el jardín) daba a las familias un respiro de las restricciones de la sociedad soviética.

El régimen estalinista promovía el retorno al hogar de las relaciones familiares tradicionales. El casamiento se convirtió en una ceremonia glamurosa. Los registros civiles renovaron su aspecto y los certificados de matrimonio eran emitidos en papel de alta calidad proveniente de Vishlag, y ya no en el papel de envolver utilizado hasta entonces. El anillo de casamiento, prohibido por ser considerado una reliquia cristiana desde 1928, reapareció en los comercios soviéticos en 1936. Fue promulgada una serie de decretos destinados a fortalecer los cimientos de la familia soviética: la legislación de divorcio fue ajustada, y las tasas impuestas al divorcio se elevaron sustancialmente, lo que produjo la inmediata caída de esos índices; se aumentaron los subsidios por hijo; la homosexualidad y el aborto fueron proscritos. En el seno de la élite estalinista, había un retorno a conductas sexuales más convencionales, y hasta mojigatas. Se esperaba que el buen estalinista fuera monógamo, dedicado a su familia, como Stalin, según lo afirmaba la propaganda del culto a su persona.[289*] La conducta de los bolcheviques en sus relaciones íntimas era seguida muy de cerca. No era raro que

algún bolchevique fuera expulsado del Partido por ser considerado mal padre o mal esposo. Y se esperaba que las esposas de los miembros del Partido retomaran su papel tradicional en la crianza de los niños en el hogar.

La restauración ideológica de la familia estaba íntimamente relacionada con su promoción en tanto unidad básica del Estado. «La familia es la célula fundamental de nuestra sociedad —escribía un pedagogo en 1935—, y sus deberes en la crianza de los niños derivan de su obligación de educar buenos ciudadanos». A partir de la década de 1930, el régimen estalinista comenzó a representarse a sí mismo con símbolos y metáforas de índole familiar, un sistema de valores muy reconocible para la población en tiempos en que millones de personas se encontraban en un entorno nuevo y extraño. El culto a Stalin, que arrancó en estos años, mostraba al líder como «padre del pueblo soviético», tal como Nicolás II había sido el «padre-zar» (*tzar-batiushka*) del pueblo ruso hasta 1917. Las instituciones sociales como el Ejército Rojo, el Partido, el Komsomol, y hasta el «proletariado» eran concebidos como una «gran familia» que ofrecía en el compañerismo una forma más elevada de pertenencia. En este estado-partido patriarcal, el papel de los padres se veía ahora fortalecido como una figura de autoridad que apuntalaba los principios morales del régimen soviético en el interior del hogar. «Los jóvenes deben respetar a sus mayores, especialmente a sus padres», declaraba el Komsomolskaia *Pravda*, en 1935. Uno debe respetar y amar a sus padres, «incluso si son anticuados y no les gusta el Komsomol». Significaba un cambio radical respecto de las enseñanzas morales del culto a Pavlik Morozov, que alentaba a los niños soviéticos a denunciar a sus padres si se oponían a las políticas del gobierno. En 1935, el régimen hizo una reinterpretación del culto a Morozov, restando importancia a

la denuncia del joven y poniendo el énfasis en nuevos aspectos, como los esfuerzos escolares y la abnegación de Pavlik para el estudio.[290]

Los hijos de la élite soviética que crecieron en estos años los recuerdan con nostalgia, en especial por la sensación de «vida familiar normal» que se experimentaba. Marina Ivanova nació en 1928, en el seno de una familia de funcionarios acomodados del Partido. Su padre era secretario del Partido en la ciudad de Mga, a 50 kilómetros al sudeste de Leningrado, donde tenían una espaciosa dacha, aunque la familia vivía la mayor parte del tiempo en Leningrado, en el apartamento del abuelo de Marina, un antiguo aristócrata. «El apartamento era lujoso», recuerda Marina,

> y de pequeña podía correr por sus diez habitaciones. Los cuartos tenían techos altos y ventanales que se abrían sobre los jardines (…). Pinturas al óleo [reproducciones] de Repin y Levitan colgaban de las paredes. Un gran piano y una mesa de billar ocupaban ambas salas de recepción (…). Allí transcurren mis mejores recuerdos infantiles. Recuerdo las fiestas llenas de gente, con amigos de la familia y parientes, todos con sus hijos, reunidos en nuestra casa para festejar el Año Nuevo. Los chicos llevaban disfraces y papá se disfrazaba de Tío Escarcha y aparecía con chocolates y regalos para todos, que ponía al pie del árbol de Año Nuevo.[291]

Poco después de que Aron, su padre, fuese nombrado jefe de la sección agrícola de Gosplan en 1932, la familia de Inna Gaister se mudó al prestigioso bloque de apartamentos reservado a los altos funcionarios soviéticos (la «Casa del Terraplén»), frente al Kremlin de Moscú. Allí ocupaban un enorme piso con todos los avances del confort soviético provisto por el Estado, y una biblioteca con varios miles de libros. La familia disfrutaba del estilo de vida culto de Rusia, combinando sus ideales comunistas con los privilegios de la élite soviética. Tenían pases para el palco imperial en el teatro Bolshoi. Sus estancias en los centros vacacionales especiales del Partido, en Crimea, eran frecuentes, así como sus visitas a Astafevo, cerca de Moscú. Pero los recuerdos favoritos de

Inna son de los veranos en su dacha familiar de Nikolina Gora:

> La localidad estaba ubicada en un hermoso bosque de abetos, sobre una colina en una curva del río Moscova. Era un sitio de magnifica belleza, uno de los mejores en las cercanías de la capital (…). Nuestra dacha estaba justo sobre la orilla, elevada sobre el río. Era una casa de dos plantas. El hermano de mi madre, Veniamin, con envidia apenas disimulable solía llamarla «la mansión de mi hermana». En la planta baja había tres grandes habitaciones, y otras tres arriba, y una enorme galería. Los cuartos solían estar siempre ocupados. Siempre había alguno de los muchos parientes de mis padres, en su mayoría primos míos. Los fines de semana se sumaban los amigos de mis padres venidos desde Moscú (…), y yo tenía mis propios amigos de las dachas vecinas. Pasábamos la mayor parte del tiempo en el río. Papá había construido una escalera que bajaba desde nuestra dacha hasta el río, para que mi abuela pudiese llegar más fácilmente hasta el agua. Era una escalera de por lo menos cien escalones, y serpenteante, porque la pendiente era muy pronunciada. Mucho después de que la dejáramos, la gente seguía llamándola la escalera de Gaister. Al pie de la escalera había un pequeño muelle de madera que hacía las veces de trampolín. Como el agua alrededor del muelle era profunda, sólo me permitían nadar allí cuando mi padre estaba presente. Mis amigos y yo preferíamos el muelle de la dacha de los Kerzhentsev, donde el agua era menos profunda y mejor para nadar.[292]

Pero esos recuerdos felices no eran compartidos por todos. Para muchas familias, la década de 1930 fueron tiempos de creciente incertidumbre. La restauración de las relaciones tradicionales generaba muchas veces tensiones entre maridos y esposas. Según Trotski, que escribió extensamente sobre la familia soviética, el régimen estalinista había traicionado el compromiso revolucionario bolchevique de liberar a la mujer de la esclavitud doméstica. Su afirmación está refrendada por las estadísticas, que revelan el modo en que estaban divididas las tareas domésticas en las familias de clase obrera. Entre 1923 y 1934, las trabajadoras dedicaban tres veces más tiempo que sus esposos a realizar tareas domésticas, pero en 1936 dedicaban cinco veces más. Para las mujeres nada cambió durante la década de 1930: trabajaban largas horas en las fábricas y después hacían un segundo turno en casa,

cocinando, limpiando, ocupándose de los hijos durante al menos cinco horas, cada noche. Los hombres, por el contrario, quedaron liberados de la mayor parte de sus responsabilidades domésticas tradicionales (cortar leña, acarrear agua, preparar la estufa) gracias a la modernización de las viviendas, que trajo consigo la provisión de agua corriente, gas y electricidad, y les dejó así más tiempo libre para fines culturales o políticos.[293]

Pero Trotski también se refería a la política sexual de las familias:

> Uno de los capítulos más dramáticos del gran libro soviético será el relato de la desintegración y la ruptura de esas familias soviéticas en las que el esposo, en tanto miembro del Partido, sindicalista de comercio, comandante militar o administrador, desarrolló y cultivó nuevos gustos en la vida, mientras que su esposa, aplastada por la familia, se quedó en la etapa anterior. El camino de dos generaciones de burócratas soviéticos está empedrado de tragedias de mujeres rechazadas y dejadas atrás. El mismo fenómeno puede observarse ahora en las nuevas generaciones. Las mayores crueldades deben buscarse quizás en los más altos niveles de la burocracia, compuestos en su gran mayoría por advenedizos de escasa cultura que se creen con permiso para todo.
>
> Los archivos y memorias expondrán algún día flagrantes crímenes contra las esposas y las mujeres en general cometidos por los evangelistas de la moral familiar y las «delicias de la maternidad» obligada, que por la posición que ocupan son inmunes a la justicia.[294]

Vladimir Majnach nació en 1903 en el seno de una familia campesina pobre de Uzda, a 60 kilómetros al sur de Minsk (Bielorrusia). Su madre murió al dar a luz, y su padre emigró a América en 1906, y dejó a Vladimir al cuidado de su tía. A la edad de catorce años, escapó de la casa para unirse al Ejército Rojo, y participó en la toma de Minsk, en octubre de 1917. Pasó los siguientes cuatro años en el Ejército Rojo y luchó contra los polacos, que invadieron la Rusia soviética en la Guerra Civil. En 1921, Vladimir se unió a los bolcheviques y comenzó a estudiar en la Academia Agrícola de Mogilyov, donde conoció y se enamoró de Maria Chausova. Nacida en

1904, Maria era la hija de un comerciante campesino de la pequeña aldea de Krichev, a 100 kilómetros al este de Mogilyov. La menor de seis hermanas, y la primera en estudiar más allá de la escuela secundaria, Maria se graduó en la Academia Agrícola con una distinción en agronomía y economía, en 1925. Eran pareja de hecho y vivían como marido y mujer en Mogilyov (como muchos jóvenes soviéticos de la década de 1920 rehusaban registrar su matrimonio como signo de protesta contra las convenciones burguesas). Tras graduarse en la Academia Agrícola, Vladimir decidió dedicarse a la investigación. En 1928 fue a Moscú, donde ingresó en el Instituto de la Turba (en ese entonces considerado por los soviéticos como una importante fuente de energía) y se dedicó de lleno a su tesis bajo la dirección de Ivan Radchenko, veterano bolchevique y amigo de Lenin, entonces director del instituto. Los impecables antecedentes de Vladimir, su origen proletario y su entusiasmo por los planes de industrialización de Stalin no tardaron en captar la atención de la organización del Partido en Moscú, que en 1932 lo convocó para trabajar con Radchenko en el desarrollo de formas alternativas de energía para Moscú. Vladimir se convirtió en el primer director del Fondo Mosgaz, un flamante complejo industrial enteramente dedicado a la provisión de gas para una capital en vertiginoso crecimiento.[295]

Maria siguió a su esposo a Moscú, donde trabajó en el Comisariato de Agricultura como economista hasta 1933, cuando nació su hijo Leonid. Con el ascenso de Vladimir al Mosgaz, cambiaron su pequeña habitación en un edificio comunal por un gran apartamento privado en las colinas Sparrow (rebautizadas Lenin en 1935). Gozaban de todos los privilegios de la nueva élite de Stalin: coche oficial con chófer, dacha privada en la exclusiva localidad de Serebrianyi Bor, y

acceso a los comercios privados reservados a los trabajadores del Partido, donde se conseguía lo que fuese. Leonid describe sus primeros recuerdos como imágenes fragmentarias llenas de una sensación de abundancia y plenitud en la atmósfera de un cuento de hadas: allí estoy yo, sentado sobre los fuertes hombros de mi padre, mirando a mi alrededor un mar de luces y un esplendor de mármol (debía de tratarse del recién inaugurado metro de Moscú) (…) Allí estábamos junto al Mausoleo de Lenin, en la Plaza Roja, el 1 de mayo.[296]

Maria empleaba a una niñera, que tenía una habitación en la despensa del apartamento de los Majnach. Maria deseaba volver a trabajar en el Comisariado, pero Vladimir se oponía totalmente (le dijo que «un líder del Partido debe tener una esposa que se quede en casa») y perdió los estribos cuando su mujer intentó convencerlo de lo contrario. Al igual que muchos hombres del Partido, Vladimir creía que su vida familiar debía estar subordinada a sus obligaciones partidarias, ya que para el Partido su trabajo era más importante que el de su mujer, y por lo tanto la obligación de ella era organizar un «hogar comunista bien ordenado». En noviembre de 1935, escribió a Maria desde Leningrado, donde se encontraba de viaje por trabajo:

> ¡Querida! Estaré ausente durante varias semanas. Ya te escribiré para darte instrucciones y novedades. Por el momento, lo único que necesito son algunos libros [sigue la lista]… Sería buena idea redecorar el vestíbulo: es un poco oscuro. Eso es todo. Asegúrate de que nuestro pequeño esté seguro y bien cuidado. Y tú cuídate también. Abrígate al salir… Olvida tu sueño de volver a trabajar. Tu lugar ahora está en casa.[297]



Vladimir Majnach, 1934

El regreso a valores «burgueses» y materiales era muchas veces causa de tensiones en el seno de las familias. Anatoli Golovnia era una figura prominente del cine soviético, cámara y colaborador cercano de Vsevolod Pudovkin, quien dirigió varios clásicos del cine soviético como *La madre* (1926), *Tempestad sobre Asia* (1930) y *El desertor* (1933), y ganó el Premio Stalin no menos de cinco veces. Golovnia nació en 1900 en la ciudad de Simferopol, en Crimea. Su padre pertenecía a la baja nobleza y murió cuando Anatoli tenía dos años, y su madre quedó a cargo de él y de su hermano Piotr, con una ínfima pensión para criarlos. La familia se trasladó a Jerson, donde los niños recibieron una beca de la Noble Asamblea para estudiar en el Primer Gimnasio, una especie de escuela elemental. Después de la Revolución de octubre, Anatoli se unió a la Cheka, mientras que Piotr se unió a los Blancos. En 1920 Anatoli recibió el mando de una pequeña unidad de la Cheka cuya tarea era emboscar a una brigada blanca apostada en las cercanías. La brigada estaba al mando de un gran amigo de la escuela, hijo del director de la Noble Asamblea de Jerson. Anatoli no fue capaz de cumplir con mis órdenes, así que atiborró a sus

hombres de vodka y penetró en el campamento blanco para ponerlos sobre aviso. Todo este episodio de la vida de Anatoli, documentado en sus diarios, fue borrado de su biografía. Durante los siguientes tres años, Anatoli vivió prófugo de los rojos. Primero se afincó en Tashkent, donde intentó convertirse en agrónomo, pero tras ser expulsado de la escuela de agronomía escapó a Moscú, donde se registró en Instituto Técnico Cinematográfico del Estado (GTK), flamante escuela de cine de la capital soviética, para estudiar ionio cámara, en septiembre de 1923. Fue allí donde conoció y se enamoró de Liuba Ivanova, una joven actriz de extraordinaria belleza, que acababa de llegar a Moscú desde Cheliabinsk, en los Urales, donde había nacido en 1905; era la menor de catorce hijos de una familia campesina. La pareja se casó de inmediato, pero pasaban mucho tiempo separados, trabajando en sus respectivas películas. Muchas veces debían enviar sola en tren a su hija Oksana para quedarse con sus tías en Jerson o en Cheliabinsk, donde quedaba al cuidado de su abuela.



María y Leonid, década de 1940.

En 1933, Anatoli y Liuba recibieron su primer apartamento: dos pequeñas habitaciones en una residencia

comunal ubicada en los patios anexos de un enorme bloque de viviendas en el centro de Moscú. Su hija Oksana, quien entonces tenía siete años, recuerda ese apartamento en sus memorias (1981):

> Los pisos estaban pintados de rojo [pues no había alfombra]…
>
> Para los jóvenes de hoy, que viven por y para los bienes materiales, el lugar no sería más que una trastienda de objetos de descarte, o incluso un vertedero. El objeto más valioso de nuestra casa era el aparador «eslavo». Todos los enseres de cocina se guardaban en un aparador hecho en casa y pintado de blanco. Teníamos dos colchones con resortes, la mesa de escribir de papá, y tres estantes finlandeses con puertas de cristal, mi mueble favorito, pues contenía nuestros libros… Yo dormía en una litera detrás del aparador con la loza, en una esquina de la sala. La litera era lo único que me «pertenecía». De noche hubiera podido hasta hablarle. A veces creía que me dictaba los sueños.[298]

Era una vivienda modesta para dos personas importantes del cine soviético. Para entonces, Liuba era una primera figura de los estudios Mezhrabpomfilm, y ya había protagonizado varias películas mudas. Anatoli daba poca importancia a las posesiones personales. «En principio», se oponía a ellas, como solía decir, y desaprobaba profundamente el lujo y la abundancia. «Lo único que poseía en abundancia eran camisas blancas y corbatas», recuerda Oksana. La austeridad era un valor muy arraigado en la clase social de la que provenía Anatoli (la nobleza empobrecida de la que emergieron gran parte de los principales escritores, artistas, pensadores y revolucionarios de Rusia), así como en los hábitos frugales de su madre, que había criado a sus hijos con su mínima pensión de viudez, haciendo sacrificios para poder enviarlos a la escuela. Era precisamente este *ethos* de trabajo duro y disciplinado lo que atrajo a Anatoli hacia los bolcheviques en 1917. Según su nieta, «conservó siempre algo de la Cheka en su carácter. Era severo y estricto como abuelo, y de niña jamás me dedicó un solo mimo».[299]

De izquierda a derecha: Anatoli Golovnia como chequista, 1919; Liuba Golovnia, 1925; Boris Babitski, 1932.

Liuba era diferente. Cálida y afectuosa, desbordada en sus pasiones, estaba acostumbrada a que la mimaran, pues había sido la menor y más hermosa de su familia, y estaba deseosa de disfrutar de la gran vida moscovita. Se vestía costosamente y tenía muchas joyas. En 1934, Liuba se enamoró del glamuroso y apuesto jefe de Mezhrabpomfilm, Boris Babitsky. Abandonó a Anatoli y se fue a vivir con Babitsky en su dacha de Kratovo, muy cerca de la capital, donde vivía con su hijo Volik, de un matrimonio anterior. En otoño, Liuba y Boris regresaron a Moscú. Se cambiaron a un espacioso apartamento justo debajo de las oficinas de Mezhrabpomfilm, en el hotel Comintern (Hotel Lux), en el centro de la ciudad. El piso era lujoso: cuatro grandes habitaciones con pisos de parqué daban a un corredor y una enorme cocina donde dormían la niñera y la criada. «Era un palacio, un museo, un cuento de hadas», recuerda Oksana, quien fue a vivir allí en 1935. El interior había sido diseñado y construido por un trabajador francés del Comintern. El mobiliario (valiosas antigüedades, floreros de bronce, sillas de cuero y alfombras persas) fue comprado a precios muy rebajados en los depósitos del NKVD, en Leningrado. Se trataba de muebles

confiscados a familias de la antigua nobleza y burguesía, expulsados de sus casas y arrestados, por orden de Stalin, como respuesta al asesinato de Sergei Kirov, jefe del Partido en Leningrado, en diciembre de 1934. «Mamá estaba muy orgullosa de sus adquisiciones —recuerda Oksana—, «y le gustaba contarnos historias de cada uno de los objetos».[300]

La madre de Anatoli, la dominante Lidia Ivanovna, que tenía los valores de la vieja nobleza, pensaba que Liuba tenía «aspiraciones burguesas». Ridiculizaba sus «gustos vulgares» para la ropa y los muebles porque reflejaban «la codicia materialista de la nueva élite soviética».



Volik Babitski y Liuba Oksana en la dacha de Kratovo, 1935.

La suegra pensaba que su hijo se había casado con alguien que no estaba a su altura, y una vez, en medio de una acalorada discusión, llegó a decir que Oksana era «el peor error de la Revolución», pues era la hija de un matrimonio descarriado. Convencida de que Liuba había dejado a su hijo por Babitski porque podía satisfacer más holgadamente sus costosos gustos, Lidia intentó convencer a Anatoli, destrozado por la huida de su mujer, de que podía atraerla de nuevo con un apartamento más espacioso. Pero Anatoli no

era capaz de ir en contra de sus principios. Al mirar atrás, en sus memorias Oksana reflexiona sobre los tres puntos de vista sobre la propiedad que estaban en conflicto en su familia: el de la nobleza, la frugalidad espartana de los bolcheviques de la Revolución y el materialismo de la nueva élite soviética. Oksana simpatizaba con la posición de su madre. Sentía que el apego a su tierra natal no era tanto un deseo de propiedad como una debilidad por el tipo de vida que había llevado en su infancia:

> Mamá siempre decía que nos íbamos a «nuestra» dacha, como si nos perteneciese. Lo recuerdo porque papá solía decir que se oponía a la idea de que las cosas perteneciesen a alguien. A esa edad, yo no tenía idea de la propiedad y no pensaba acerca de las aspiraciones materiales de mi madre. Hoy intento entenderla mejor, y creo que no se trataba simplemente de un tema de propiedad. Mamá no sólo estaba construyendo una dacha: estaba construyendo una familia. Convirtió en cosa real su idea de familia, como lo habían hecho sus ancestros campesinos durante cientos de años. Amaba a Boris, me amaba a mí y amaba a Volik, y ese amor era el fuego de nuestro hogar.[301]

2

Eran muy pocos los que podían disfrutar del mismo estilo de vida de Liuba Golovnia. Para la gran mayoría de la población soviética, la década de 1930 fueron años de escasez material, e incluso para la nueva burocracia, con acceso a comercios especiales, la provisión de productos y víveres nunca era abundante. Según una estimación, durante la primera mitad de la década de 1930 el número de familias que recibía provisiones especiales (una buena estimación de la nomenclatura soviética) era de 55.500, de las cuales 45.000 vivían en Moscú. Las provisiones que recibían permitían a estas familias vivir con mayor holgura que la mayoría, pero para los estándares occidentales llevaban vidas muy modestas. A continuación, se detalla una lista de los productos que recibían una vez al mes las familias de los empleados gubernamentales en el centro de Moscú, en 1932:

4 kg de carne

4 kg de salchichas

1,5 kg de manteca

2 litros de aceite

6 kg de pescado fresco

2 kg de arenques

3 kg de azúcar

3 kg de harina

3 kg de grano

8 latas de comida

20 huevos

2 kg de queso

1 kg de caviar negro

50 g de té

1.200 cigarrillos

2 pastillas de jabón

Estas familias también podían comprar ropa y calzado en los comercios especiales con cupones que les daba el gobierno, y tenían acceso privilegiado a los víveres de lujo y productos de consumo cuando había disponibilidad. Pero su privilegiada posición era relativamente marginal, y la mayoría de los funcionarios comunes de Stalin llevaban una existencia modesta, con un par de prendas de ropa de más o un espacio apenas más grande para vivir que el ciudadano promedio. Como Mankov apuntara con sarcasmo en su diario: «Lo más que puede aspirar a poseer un hombre: dos o tres mudas de ropa diferentes, una de ellas importada, una bicicleta importada (o una motocicleta) y la posibilidad ilimitada de comprar uvas a 11 rublos el kilo (cuando están de oferta)».[302]

Existía una correlación exacta entre la adjudicación de bienes materiales y el poder o la posición en la jerarquía sociopolítica. Por debajo de la élite soviética, nadie tenía demasiadas posesiones, la mayoría de la gente sólo tenía lo puesto, y los alimentos apenas alcanzaban para todo el mundo. Pero incluso en la distribución de estos exiguos bienes había un estricto escalafón con infinitas categorías y subcategorías basadas en el estatus del empleado en su lugar de trabajo, en sus habilidades y experiencia y, en cierto sentido, también en su ubicación geográfica, pues los salarios eran mejores en Moscú y las grandes ciudades que en las

ciudades de provincias y las zonas rurales. A pesar de su imagen e ideales igualitarios, ésta era en realidad una sociedad altamente estratificada. La jerarquía de la pobreza era muy rígida.

El comercio privado compensaba parcialmente las frecuentes interrupciones de la economía planificada. La gente compraba y vendía sus enseres domésticos en el mercado de segunda mano. Si podían afrontarlo, compraban los productos que cultivaban los campesinos de los *koljoz* en sus huertos privados en los pocos mercados urbanos tolerados por el gobierno. Estaba permitido que la gente vendiera sus muebles y otros objetos preciados en las tiendas de comisionistas del Estado, o que cambiaran sus joyas y moneda extranjera por alimentos de lujo o artículos de consumo en los comercios de Torgsin, abiertos por el régimen a principios de la década de 1930 con el fin de despojar a la población de sus ahorros y recolectar fondos para el Plan Quinquenal. El mercado negro florecía al margen de los planes económicos. Los productos disponibles en los comercios del Estado eran vendidos a precios exorbitados por debajo del mostrador, o desviados hacia comerciantes particulares (amigos del funcionario, al que pagaban una cuota) para ser revendidos en el mercado negro. Para hacer frente al problema de suministros, se puso en marcha una «economía de favores», una pequeña red informal de clientes y proveedores (un sistema conocido como *blat*). En más de un sentido, la economía soviética no podría haber funcionado sin estas conexiones privadas. Para conseguir algo (una habitación en alquiler, enseres domésticos, un pasaje en tren, un pasaporte o papeles oficiales), era necesario tener contactos personales: familia y parientes, colegas, amigos y amigos de amigos. Los mismos principios del mercado negro funcionaban en las fábricas e instituciones soviéticas, donde

muchos bienes y servicios eran obtenidos a partir de contactos y favores personales. La propaganda soviética mostraba el *blat* como una forma de corrupción (la erradicación de este sistema de vínculos privados cliente-proveedor fue uno de los objetivos principales de las purgas), y este punto de vista era compartido en especial por muchos trabajadores. Pero la mayoría de las personas tenía una actitud ambigua respecto al blat: reconocían que no era moralmente correcto, y ciertamente no era legal, pero confiaban en él, al igual que todo el mundo, a la hora de suplir sus necesidades y sortear los escollos de un sistema que sabían injusto. Sin el blat, era imposible tener el menor confort en la Unión Soviética. Como dice un proverbio: «Mejor tener cien amigos que cien rublos».[303]

La escasez de vivienda era tan aguda en las ciudades superpobladas que la gente era capaz de hacer lo que fuese por tener más espacio vital. El masivo flujo de campesinos hacia la industria puso en jaque la capacidad urbanística de las ciudades. En 1931, en Moscú, el promedio era sólo de 5,5 metros cuadrados de espacio habitable por persona, y hacia 1941 esa cifra había caído a 4 metros. En las nuevas ciudades industriales, donde la construcción de viviendas estaba muy retrasada con respecto al crecimiento de la población, la situación era todavía peor.[304] En 1935, en Magnitogorsk, por ejemplo, el espacio habitable promedio de la clase obrera era de 3,2 metros cuadrados por persona. La mayor parte de los trabajadores vivían en barracones fabriles, donde las familias quedaban separadas, o en dormitorios comunes, donde la única privacidad era la que proporcionaba una sábana colgada entre bancos-camas. Una obrera de Magnitogorsk pintó un vivido retrato de la vida en los barracones:

> Dormitorios sin habitaciones separadas, divididos en cuatro sectores, espacios de cocina diminutos donde era imposible darse vuelta, anafes

sobrecargados de ollas y sartenes, gente en ropa de trabajo grasienta (en la planta de acero no había duchas), niños en los corredores, hacer cola para el agua, «muebles» destartalados: catres de metal, quinqués de queroseno, escritorios caseros y estantes.

Muchos barracones eran construidos sin cocina ni baño deliberadamente, para obligar a los habitantes a utilizar los comedores y los baños públicos, así como las lavanderías comunales. Pero la mayoría de los trabajadores de Magnitogorsk probaron su resistencia a la colectivización de su vida privada y prefirieron vivir en refugios cavados bajo tierra (*zemlianki*), donde, a pesar de las condiciones de vida primitivas, tenían al menos una mínima privacidad. En 1935, un cuarto de la población de Magnitogorsk vivía en estos pozos subterráneos. Había barrios enteros de *zemlianki* en los descampados de los alrededores de las fábricas y las minas. Los trabajadores demostraron una feroz resistencia a los intentos soviéticos de barrer con esta última zona de la propiedad privada.[305]

En la Rusia de Stalin, las relaciones humanas giraban en torno a la lucha por conseguir un mayor espacio para vivir. Según Nadezhda Mandelstam:

> Las futuras generaciones nunca entenderán los que significa «espacio para vivir» para nosotros. En su nombre se han cometido innumerables crímenes, y la gente está tan apegada a él que resignarse a perderlo ni se les pasa por la cabeza. ¿Quién podría rechazar estos maravillosos, preciosos, doce metros cuadrados y medio de espacio habitable? Nadie podría estar tan loco, y se pasaban de generación en generación como el castillo familiar, una villa en el campo o una hacienda. Maridos y esposas que no pueden ni verse, suegras y yernos, hijos e hijas adultos, antiguos criados que han logrado acomodarse en un agujero de la cocina: todos están casados de por vida con su espacio vital y jamás renunciarían a él. En el matrimonio y el divorcio, la primera cuestión que surge es la de la vivienda. He oído que se describe como perfectos caballeros a ciertos hombres que abandonan a sus mujeres pero les dejan la vivienda.[306]

Las historias de matrimonios falsos celebrados con objeto de conseguir más espacio para vivir son incontables, de

parejas divorciadas que seguían bajo el mismo techo por no perder su espacio de vivienda, y de vecinos que se denunciaban unos a otros con la esperanza de conseguir más espacio.[307]

En 1932, Nadezhda Skachkova, la hija de diecinueve años de una viuda campesina de la provincia de Tver, estaba estudiando en el Instituto Ferroviario de Leningrado. Vivía en el albergue estudiantil, donde compartía una habitación con varias jóvenes más. Como muchas otras recién llegadas del campo, Nadezhda no estaba registrada para vivir en Leningrado. Con la introducción del sistema de pasaportes, fue desalojada de su habitación. A través de algunos conocidos, Nadezhda se puso en contacto con un soldado ucraniano que tenía una habitación (de ocho metros cuadrados) en un apartamento comunal. El soldado estaba a punto de unirse a su batallón en el Donbass. Nadezhda le pagó 500 rublos para que se casara con ella, dinero que su madre juntó con la venta de su única vaca y sus enseres domésticos, y luego se trasladó a la habitación del joven, donde luego se instaló también su madre. La joven vio a su marido una sola vez:

> Fuimos a verlo la noche antes de que partiera con el ejército. Arreglamos el pago. Luego fuimos al registro civil para casarnos y, después de eso, a la oficina administrativa a registrarnos [Nadezhda y su madre] como residentes. Y así fue. La gente de la oficina sonrió, por supuesto: sabían que estábamos eludiendo la norma. Verificaron que todos los datos fueran correctos. Mi marido partió a la mañana siguiente. Y mamá y yo teníamos ocho metros cuadrados para vivir… Por supuesto que nunca pensé vivir con él. Era un muchacho simple, del campo, casi iletrado.
>
> Nos envió una o dos cartas, «¿Cómo están?» y esas cosas. No sabía escribir Donbass y escribía «Dobas». ¡Por Dios! ¡Ni eso sabía escribir![308]

El tipo de vivienda más común en las ciudades soviéticas era el apartamento comunal (*kommunalka*), en el que varias familias convivían en un mismo apartamento, compartiendo

cocina, baño y letrina, si es que tenían esa suerte (muchos habitantes urbanos sólo contaban con los baños públicos y los lavaderos).[309] En Moscú y Leningrado tres cuartas partes de la población vivían en apartamentos comunales a mediados de la década de 1930, y esa forma de vida siguió siendo la norma para la mayoría de las personas durante el período de Stalin.[310] Los *kommunalka*, así como todo lo demás, se modificaron sustancialmente en la década de 1930. Mientras que su propósito en la década de 1920 era afrontar la crisis habitacional y a la vez asestar un golpe a la vida privada, ahora su objetivo fundamental era extender los poderes de control del Estado en el espacio privado del hogar familiar. Después de 1928, los soviéticos reforzaron su política de «condensación», trasladando deliberadamente a activistas del Partido y trabajadores leales a los hogares de antiguos burgueses para poder tenerlos bajo control.[311]

Los Janeievski experimentaron todas las fases de la vida en los kommunalka. Alexei Janeievski provenía de un clan de ricos comerciantes de Voronezh. Llegó a Moscú en 1901 con el propósito de estudiar medicina. Alexei se convirtió en médico militar, y sirvió con honores en la Primera Guerra Mundial, donde fue ascendido al rango de teniente coronel, lo que le confería estatus nobiliario. En 1915, alquiló un confortable y espacioso apartamento en la calle Prechistenka, cerca del centro de Moscú. Allí vivió con su esposa, Nadezhda, y sus dos hijas pequeñas, Irina (nacida en 1917) y Elena (1921), junto con una niñera, hasta 1926, cuando el Soviet de Moscú aplicó a la familia su política de «condensación». Una obrera fabril, Marfa Filina, se mudó a una de las habitaciones del apartamento, seguida de la familia de un sastre, Vasili Kariakin, y luego de la familia de Nikolai Sazonov, veterano del Ejército Rojo de origen proletario que había llegado a ser profesor de la Academia Comunista. Allí

donde en la década de 1920 vivían tres adultos y dos niños, en 1936 se hacinaban catorce personas, cuando la segunda esposa de Nikolai se mudó al apartamento con su madre. Esta gente compartía la entrada, la cocina (donde dormían dos empleadas domésticas), la letrina y el baño, que no tenía agua (era utilizado como depósito), así que el único lugar para lavar era el grifo de agua fría de la cocina. Los Janeievski intentaron aislarse de sus vecinos colocando una puerta que separara la parte de atrás del apartamento, donde ellos vivían. A sus vecinos les gustaba la puerta, porque les daba privacidad a ellos también. En 1931, como parte de una campaña para promover la higiene personal, el Soviet del distrito ordenó la instalación de un baño en la vivienda, así que la puerta debió ser retirada. Pero la vida sin esa puerta ya había demostrado ser muy difícil, con peleas constantes entre los Janeievski y los Sazonov, así que Alexei sobornó al Soviet para que se llevaran el baño a otra parte. El espacio fue entonces utilizado nuevamente como depósito y la puerta privada reapareció. Sin embargo, la relación de los Janeievski con los Sazonov siguió siendo problemática. La suegra de Nikolai era mentalmente inestable, y cuando tenía uno de sus frecuentes ataques en el corredor de la vivienda, acusaba a cualquiera de robarle la comida, que ella guardaba debajo de su cama. Las diferencias de clases no dejaban de tener su importancia en este tipo de conflictos. Nadezhda temía que los Sazonov le robaran la platería, y se ofendía cuando alguien aparecía semidesnudo en el corredor. Les decía que olían mal y que bien podían bañarse más a menudo.[312]

Muchos de los antiguos propietarios se sentían amedrentados por los nuevos habitantes, pues sentían que los consideraban miembros de la «burguesía». Vera Orlo va, condesa antes de 1917, vivía en un apartamento comunal que una vez había sido parte de su casa familiar. Ella y su marido

se cambiaron a una sola habitación con su hija, quien describe la viciada atmósfera que se respiraba en la vivienda durante la década de 1930:

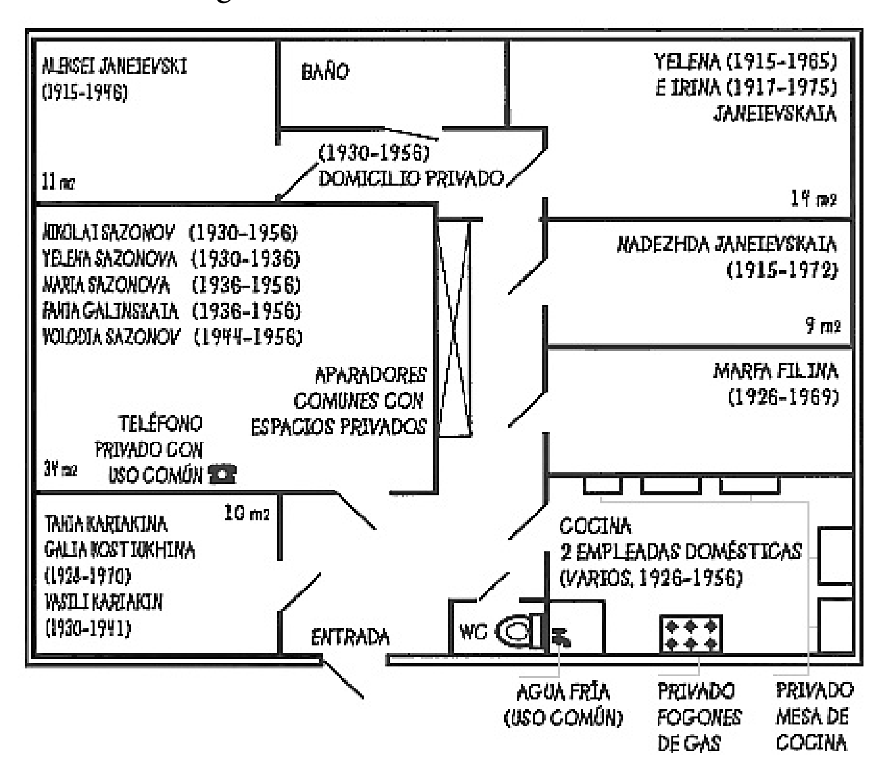
> La vida comunal era aterradora. Los habitantes medían cada centímetro cuadrado del corredor y cada baldosa de espacio común y les molestaba que mi madre dejara allí algunas piezas de mobiliario costoso. Decían que ocupaban mucho espacio, que debía tenerlas en su habitación, y que el corredor no le pertenecía. Los «vecinos» dictaminaban cuánto tiempo podía uno pasarse en el baño. En algunos apartamentos comunales, los habitantes instalaron cronómetros [a las luces del baño, para que nadie consumiera más electricidad de la que le correspondía.[313]

En comparación con la mayoría de los apartamentos comunales de Moscú y Leningrado, el hogar de los Janeievski no estaba tan hacinado. Eugeni Mamlin creció en un kommunalka con dieciséis familias (cincuenta y cuatro personas), cada una de las cuales vivía en una sola habitación, y todas compartían la misma cocina. Tenían dos retretes y dos servicios con agua fría, pero no tenían baño.[314] Minora Novikova creció en un apartamento comunal en Moscú. Tenía treinta y seis habitaciones (en cada uno al menos una familia) a lo largo de un corredor que recorría tres lados de la casa. En su habitación, vivían diez personas en un espacio de 12,5 metros cuadrados. «Es difícil decir cómo lográbamos dormir», recuerda Minora:

> En la habitación había una mesa, sobre la que dormía mi abuela. Mi hermano, que tenía seis años, dormía en un catre debajo de la mesa. Mi otra abuela dormía en el diván. Mi tía dormía en el suelo sobre un gran colchón de plumas, con su primo al lado, mientras que mi hermana, que entonces tenía dieciséis, mi primo de diez, y yo, que tenía once, nos acurrucábamos entre ellos como podíamos, no recuerdo bien cómo. A nosotros, los más pequeños, nos encantaba dormir en el suelo, porque podíamos arrastrarnos debajo de la cama de nuestros padres para jugar. Me imagino que para los adultos la situación no era en absoluto un juego.[315]

Nina Paramonova vivió en un «sistema de pasillo» parecido, en Leningrado. El apartamento ocupaba el piso completo de una casa que había sido expropiada a un barón

alemán por el Instituto de Comercio en 1925, y Nina se mudó allí en 1931 con su esposo, un ingeniero naval, cuando ella consiguió trabajo como contable en la administración de trenes de Leningrado.



El hogar Janeievski (apartamento comunal), en el n 33/19 de la calle Prechistenka (Kropotkin), departamento 25.

Era un apartamento de diecisiete habitaciones, con al menos una familia por cuarto. En total, había más de sesenta personas que compartían cocina, retrete y ducha (de agua fría).[316]

En el otro extremo del espectro social, la Tercera Casa Soviética, un apartamento comunal para empleados del gobierno en el centro de Moscú, también tenía ese «sistema de pasillo». El hermano de la mujer de Stalin, Fiodor Alliluev,

vivía junto a su madre en una habitación del segundo piso. Ninel Reifshneider, hija de un veterano bolchevique y escritor político, vivía con sus padres, abuelos, hermano y hermana, en una de las nueve habitaciones del piso de abajo, un espacio habitable de 38 metros cuadrados para seis personas, sin contar al padre, que por lo general dormía en el Hotel Metropol, donde también tenía una habitación. En las nueve habitaciones que daban a ese pasillo vivían treinta y siete personas. Compartían una gran cocina, que contaba con una ducha y un baño detrás de una mampara en uno de los lados, y un cubículo con la letrina en el otro.

Había otros dos cubículos con letrinas al final del corredor. En el patio había una leñera común, con leña para alimentar estufas y cocinas. La casa había sido concebida como un experimento de vida colectiva, pero tenía los servicios con los que esperaba contar la élite soviética. Tenía patio para que los niños jugaran, casa-club y cine en el sótano. Cada pasillo contaba con su criada, su ama de llaves y su niñera, que los residentes pagaban colectivamente.[317]

El apartamento comunal era un microcosmos de la sociedad soviética, los bolcheviques creían que, obligando a las personas a compartir su espacio vital, lograrían volverlas más comunitarias en sus ideas y comportamientos básicos. El espacio privado y la propiedad desaparecerían, la vida familiar sería reemplazada por la fraternidad y organización comunista, y la vida privada del individuo estaría sujeta a la vigilancia y el mutuo control de la comunidad. En cada apartamento comunal había responsabilidades compartidas que los vecinos debían repartirse entre ellos. Las facturas de servicios comunes, como el gas y la electricidad, o el teléfono, eran divididas equitativamente, ya fuese en función del consumo (por ejemplo, el número de llamadas telefónicas, o

la cantidad de lamparillas que había en una habitación), de la cantidad de espacio o del tamaño de la familia. Los gastos de reparaciones también se cubrían colectivamente, aunque muchas veces se producían discusiones acerca de las responsabilidades individuales, que por lo general debían ser resueltas en una reunión de vecinos. La limpieza de los espacios comunes (el vestíbulo, la entrada, el baño, la letrina y la cocina) era rotativa, y los turnos se anunciaban en un panel del vestíbulo. Cada cual tenía «su día» de lavar la ropa. Por la mañana debían hacer cola para el baño, cuyo uso también estaba organizado por turnos. Dentro de este mini-estado, los principios rectores debían ser la igualdad y la equidad. «Dividíamos todo lo más equitativamente posible —recuerda Mamlin—. Mi padre, que era «el mayor» de la casa, desglosaba todo hasta el último copec, y así todos sabían exactamente lo que les correspondía pagar».[318]

El puesto de «mayor» (*otvetstvennyi kvartoupolnomochennyi*) fue establecido en 1929, cuando se definió el estatuto legal de los apartamentos comunales como instituciones sociales con reglas y responsabilidades específicas hacia el Estado: control de la normativa sanitaria, recolección de impuestos, aplicación de la ley, e información a la policía acerca de la vida privada de los ocupantes.[319] Se suponía que los «mayores» debían ser elegidos por los habitantes de la casa, pero lo más común era que se eligieran a sí mismos y luego fueran aceptados por sus vecinos, ya fuese gracias a su fuerte personalidad o al lugar que ocupaban en la sociedad. Nina Paramonova recuerda que la «mayor» de su casa «manejaba el lugar como una dictadura. Todos la respetábamos por ser tan estricta. Le teníamos miedo. Sólo ella tenía autoridad para hacer cumplir los tumos de limpieza como correspondían».[320] Una nueva ley de 1933 puso los apartamentos comunales exclusivamente a cargo de los

mayores, reforzó sus vínculos con la policía y les dio autoridad sobre los «guardianes» (dvorniki), consabidos informantes encargados de limpiar las escaleras y el patio, patrullar el perímetro de la casa, cerrar con llave las rejas del patio por las noches y no perder de vista a los que salían y entraban. Gracias a los mayores y los guardianes, la administración del edificio se convirtió en la herramienta operativa básica de todo el aparato de control y vigilancia de la policía.

Hacia mediados de la década de 1930, la NKVD había logrado tender una vasta red de informantes secretos. En cada fábrica, oficina y escuela había gente que informaba a la policía.[321] La idea de la mutua vigilancia era central en el régimen soviético. En un territorio demasiado extenso para poder ser controlado por la policía, el régimen bolchevique (al igual que el zarista anterior) confiaba en la vigilancia de la gente por la misma gente. Históricamente, Rusia tenía normas e instituciones colectivas muy fuertes que alentaban esas políticas. Si bien los regímenes totalitarios del siglo XX pretendieron hacer que la población hiciera el trabajo de la policía, y uno o dos de ellos, como el Estado de la Stasi en la RDA, lograron durante un breve lapso infiltrarse en todas las capas de la sociedad, nadie tuvo el éxito del régimen soviético, que durante sesenta años logró controlar a la población mediante el escrutinio colectivo.

Los *kommunalka* cumplieron un papel vital en el sistema de control colectivo. Sus residentes sabían prácticamente todo de sus vecinos: sus horarios en días normales, sus hábitos personales, quiénes eran sus amigos y quiénes los visitaban, lo que compraban, lo que comían, lo que decían al teléfono (usualmente instalado en el pasillo), y hasta lo que decían en su propia habitación, ya que las paredes era delgadas (en

muchos cuartos las paredes no llegaban hasta el techo). El chisme, el espionaje y la delación estaban al orden del día en los apartamentos comunales de la década de 1930, época en que se alentaba a la gente a estar atenta y vigilar. Los vecinos abrían la puerta de su habitación para ver la cara de los invitados que llegaban, o lisa y llanamente para escuchar una conversación telefónica ajena. Entraban en las habitaciones de otros para «hacer de testigos» si marido y mujer discutían, o para intervenir si hacían mucho ruido, se excedían con el alcohol o se ponían violentos. El presupuesto era que, en un apartamento comunal, no había nada que fuese realmente «privado», y solía oírse decir que «lo que hace uno puede ser la desgracia de todos». Mijail Baitalski recuerda el apartamento comunal de Astracán donde vivía un pariente, y donde había una vecina particularmente controladora que vivía en la puerta de al lado: «Bastaba que oyese una cerradura, para que asomara su nariz puntiaguda en el corredor y registrara todo con mirada fotográfica. Nuestro pariente nos aseguró que la mujer llevaba un registro de los visitantes».[322]

En esas condiciones de hacinamiento era frecuente que hubiese discusiones acerca de algún objeto personal: comida faltante de la cocina compartida, robos en el interior de las habitaciones, ruido o música durante la noche. «El ambiente era irrespirable —recuerda una vecina—. Todos sospechaban que todos eran ladrones, pero nunca había evidencias. Sólo acusaciones murmuradas a espaldas de los demás».[323] Con la gente en ese estado de tensión, no tardaban en estallar peleas que terminaban en denuncias ante la NKVD. Muchas de estas rencillas tenían origen en resentimientos sin importancia. El apartamento comunal era el centro doméstico de la cultura soviética de la envidia, un rasgo que en ese sistema de necesidades materiales obviamente floreció. En un sistema

social basado en el principio de igualdad en la pobreza, si una persona tenía más que los demás de un determinado artículo, se presuponía que era en detrimento de la provisión de los otros. Toda señal de ventaja material (una prenda de ropa nueva, mejor vajilla o algún alimento especial) podía disparar una reacción agresiva de cualquiera de los otros residentes, quienes naturalmente sospechaban que esos productos habían sido obtenidos gracias al blat. Los vecinos se aliaban y enemistaban en razón de esas supuestas ilicitudes. Una mujer, que todavía vive en el apartamento comunal de Moscú donde creció en la década de 1930,[324] recuerda una larga disputa entre su madre, que trabajaba en una panadería, y la esposa del guardián, una consabida informante. «Cada vez que en la cocina aparecían pasteles o bollos, la guardiana acusaba a mi madre de robo o sabotaje, y amenazaba con denunciarla a las autoridades».[325] Mitrofan Moiseienko era un obrero fabril que completaba sus ingresos reparando muebles y ventanas, y haciendo trabajos manuales varios para los residentes de su bloque comunal, en Leningrado. En la primavera de 1935, se vio envuelto en una discusión entre vecinos que lo acusaban de cobrar demasiado por sus trabajos. Los vecinos lo denunciaron a la policía, bajo la absurda acusación de que el hombre había estado ocultando a Trotski en el sótano del edificio. Mitrofan fue arrestado y sentenciado a tres años en los campos de trabajo, cerca de Magadán.[326]

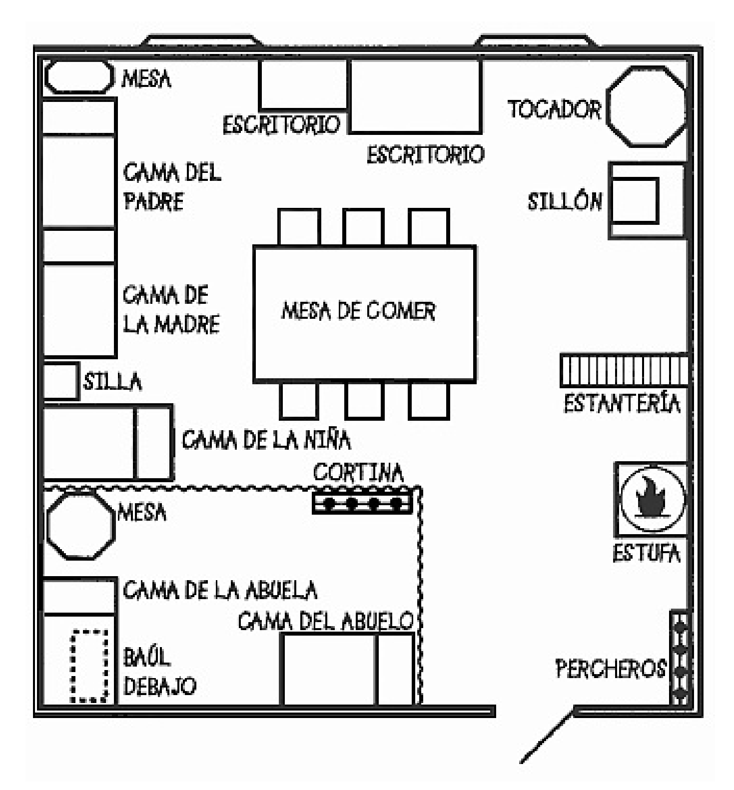
La cocina era escenario de muchas peleas. Por la noche, cuando la casa estaba llena de gente, el ambiente se calentaba. La cocina era un lugar común, pero en su interior, en la mayoría de los edificios comunales, cada familia tenía uno de los hornillos del anafe para poder cocinar, así como su propia mesa de cocina, donde en general comían, y lugar propio en el aparador para guardar la vajilla, en estantes abiertos, o entre la ventana interior y la exterior, que en invierno se

utilizaba como nevera. Los límites entre el espacio privado y el espacio común eran un constante motivo de fricción, y tan sólo utilizar el hornillo ajeno, utensilios o provisiones de otro era suficiente para desatar un escándalo. «No eran discusiones maliciosas —recuerda Minora Novikova—. Éramos todos pobres, y nadie tenía nada que valiera la pena robar. Pero nunca había suficiente espacio. Todos estaban tensos en la cocina, y entonces las rencillas eran inevitables. Imaginen a treinta mujeres cocinando a la vez».[327]

La falta de privacidad era la mayor causa de tensión. Incluso en el interior de la habitación familiar, no había un solo lugar que uno pudiese llamar propio. La habitación cumplía diversas funciones: dormitorio, comedor, lugar para recibir invitados, un lugar para que los niños hicieran sus tareas escolares, a veces incluso una cocina. «En nuestra habitación», recuerda Ninel Reifshneiders:

> no había objetos o muebles personales, no había ni un estante, ni una mesa o una silla que fuese propiedad de nadie. Ni mis abuelos, que tenían su cama detrás de una cortina para darles más privacidad, poseían nada propio. Mi abuela guardaba algunos objetos especiales en un baúl debajo de su cama, pero la mesa junto a su cama, por ejemplo, la usábamos todos.

En muchas habitaciones familiares, los niños más pequeños dormían detrás de una mampara provisoria, una biblioteca o un armario, para que tuviesen un lugar separado de los adultos y sus invitados nocturnos (y para evitar que viesen a los adultos cuando se desvestían para ir a la cama). Los padres debían hacer el amor en silencio y en medio de la noche.[328]



La habitación de los Reifshneiders (38 metros cuadrados) en la Tercera Casa Soviética, Sodovaia Karetnaia, Moscú.

En condiciones de tanta estrechez, tampoco había espacio para la imaginación. Los vecinos estaban acostumbrados a cruzarse semidesnudos en el corredor. Conocían lo peor de cada uno, porque lo veían cuando estaba borracho o descuidado, sin la máscara que usan las personas para protegerse en lugares públicos. Sabían cuándo un vecino tenía una visita por el sistema del timbre (pues cada habitación tenía su propio número o secuencia de sonidos en la campanilla de la puerta principal). Los lugares utilizados para funciones más íntimas (como el baño, la cocina y la letrina) eran compartidos por todos, y no era difícil adivinar lo que allí había pasado por las evidencias y detritos dejados atrás. La

soga de tender la ropa en la cocina, los objetos íntimos en el baño, las excursiones al baño en medio de la noche: con eso bastaba para saberlo todo. En esta forma de «privacidad pública», la vida privada estaba expuesta al escrutinio colectivo permanente.[329]

La falta de privacidad afectaba a la gente de maneras muy diversas. Para algunos, lo peor eran las constantes intrusiones: vecinos que entraban en la habitación, que golpeaban la puerta del baño o espiaban a las visitas. Otros reaccionaban ante el constante ruido, la falta de limpieza o las atenciones sexuales que los hombres mayores dedicaban a las muchachas. La letrina y el baño eran una incesante fuente de angustia e inquietud. En el apartamento comunal donde vivía Elena Baigulova en el Leningrado de la década de 1930, sólo había un retrete para cuarenta y ocho personas. La gente iba con su propio jabón y papel higiénico, que guardaban en su habitación. En 1936, una de los habitantes se casó con un negro. «Cuando apareció por primera vez fue un escándalo —recuerda Elena—. La gente no quería compartir el baño o la letrina con él. Pensaban que como era negro, era sucio».[330]

Las conversaciones privadas eran un problema aparte. La charla era claramente audible entre habitaciones colindantes, así que las familias se acostumbraron a susurrarse las cosas. La gente evitaba cuidadosamente hablar de política con los vecinos (en algunos apartamentos comunales, los hombres no cruzaban palabra).[331] Las familias de extracción burguesa o noble ocultaban celosamente su origen. «Si nuestros vecinos hubiesen sabido quién era el padre de mi madre —recuerda Alina—, habríamos despertado mucho resentimiento… así que vivíamos en un silencio sepulcral».[332] Hablar en un apartamento comunal podía ser realmente muy peligroso. En la familia de los Janeievski, Nadezhda era prácticamente

sorda, por lo que vociferaba sus opiniones antisoviéticas. Explicaba a sus hijas que la vida era mucho mejor en tiempos del zar, y en ese punto se ponía a gritar. Su marido Alexei, aterrorizado por los Sazonov, que vivían al lado, la hacía callar: «¡Cállate! ¿Quieres que nos arresten?».[333]

La gente se peleaba por la más mínima ocasión de privacidad. Guardaban sus toallas y artículos de tocador, sus ollas y sartenes, sus platos, vajilla y hasta la sal y la pimienta en las habitaciones. Lavaban, preparaban la comida, comían, secaban la ropa, todo en el interior de sus habitaciones. Los espacios comunes estaban parcialmente privatizados: cada familia tenía derecho a un sector de anaquel, una porción de corredor, una punta de la mesa de cocina, una clavija del perchero y espacio en el suelo para unos pares de zapatos junto a la entrada. Todas estas disposiciones eran consabidas para todos los residentes, pero algún extraño de visita podía ignorarlas. La gente soñaba con un espacio privado donde poder escapar de sus vecinos. Eugeni Mamlin «anhelaba una cocina con un pasaplatos conectado a la habitación, para no tener que usar más la cocina común, pero era sólo un sueño», recuerda su hija. Las escapadas a una dacha durante el verano eran un verdadero alivio de las presiones del apartamento comunal, al menos para aquellos que podían pagar el alquiler de una casa en el campo.[334]

En el mejor de los casos, el apartamento comunal alentaba un sentido de camaradería y solidaridad entre los habitantes. Muchos miran hacia atrás con nostalgia de aquellos años en el apartamento comunal, donde todo se compartía con los vecinos. «Antes de la guerra, vivíamos en armonía», recuerda una vecina:

> Todos se ayudaban entre sí, y nunca había discusiones. Nadie era avaro con su dinero: se lo gastaban todo en cuanto recibían su paga. Era divertida la vida en esa época. No como después de la guerra, cuando la

gente empezó a guardarse el dinero y a cerrar la puerta.

Parte de esta nostalgia está relacionada con recuerdos de una infancia feliz, de un tiempo en que, a pesar de las dificultades materiales, el patio estaba limpio y era un lugar seguro para que jugaran los niños, y el apartamento comunal conservaba una atmósfera de «familia extendida». En el kommunalka, los niños se mezclaban con otras familias mucho más que sus padres: jugaban juntos y estaban siempre en habitaciones ajenas, así que experimentaban esa colectividad más que nadie. «Vivíamos como una gran familia», recuerda Galina Markelova, quien creció en un apartamento comunal en Leningrado durante la década de 1930:

> En aquellos días, vivíamos con las puertas abiertas, y los niños podíamos correr libremente por toda la casa. Jugábamos en el corredor y corríamos de cuarto en cuarto entre adultos que jugaban al dominó o los naipes. No jugaban por dinero, sólo por diversión.
>
> Y se oían risas todo el tiempo. Había demasiados adultos, así que se turnaban para jugar, mientras los demás comentaban el juego. Celebrábamos juntos las festividades soviéticas, como una familia, y cada uno llevaba algo especial para comer o beber. Los cumpleaños eran momentos de mucha alegría, con juegos y canciones.[335]

Pero la cercanía podía ser asfixiante. El director de cine Rolan Bikov, que creció en un apartamento comunal en la década de 1930, recuerda ese modo de vida como represivo, como un esfuerzo por borrar todo signo de individualidad. En su casa imperaba «la ley de lo colectivo», recuerda Bikov, y no tenía sentido rebelarse: eso sólo conseguía que todos se unieran en contra del descontento. Elizaveta Chechik sentía algo parecido por el apartamento en el que creció:

> En cierto sentido, fuimos criados por todos los adultos de ese pasillo. Algunos de los niños con los que yo jugaba tenían padres muy estrictos, bolcheviques. Yo les tenía miedo y no estaba cómoda en presencia de ellos. Mirando ahora hacia atrás, me doy cuenta de que crecí con la sensación de que no era libre, que no podía ser yo misma, por temor a que alguien me viese y me desaprobara. Sólo cuando estaba en el apartamento

a solas y no había nadie más, me sentía libre de ese temor.[336]

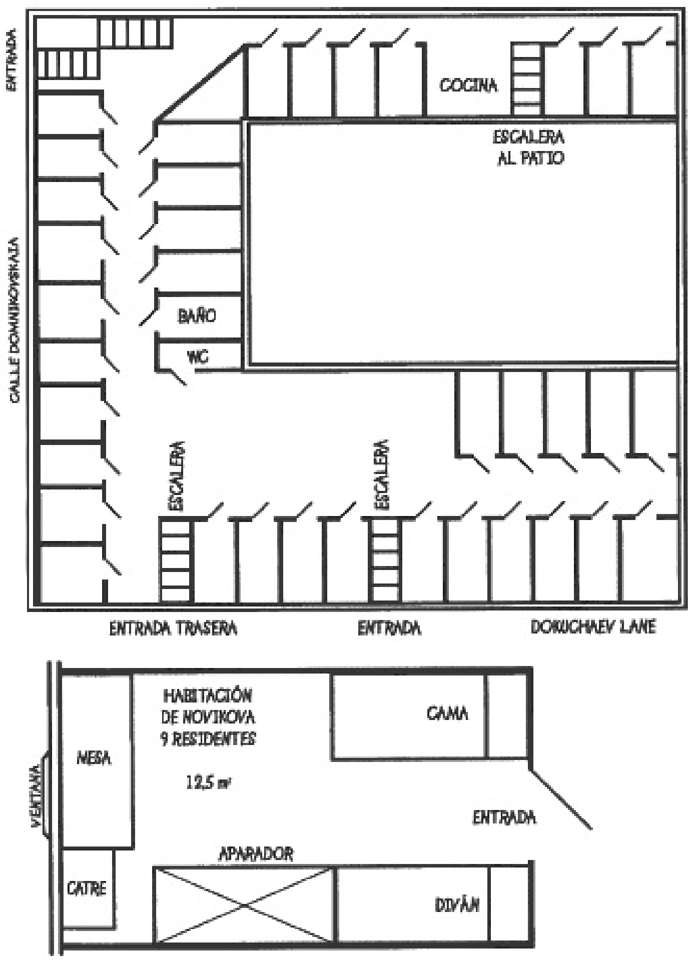
El apartamento comunal tuvo un impacto psicológico profundo en quienes vivieron allí durante muchos años. Durante las entrevistas, muchos de los que residieron durante mucho tiempo en apartamentos comunales confesaron un profundo temor a estar solos.[337*]/[338] El apartamento comunal prácticamente dio nacimiento a un nuevo tipo de personalidad soviética. En particular los niños se vieron afectados por los hábitos y valores colectivos. En el apartamento comunal, las familias perdieron el control sobre la educación de sus hijos: sus tradiciones culturales y costumbres fueron reemplazados por los principios domésticos comunes a toda la casa. Al recordar su infancia, Minora Novikova cree que el *kommunalka* la hizo más proclive a pensar en términos de «nosotros» que en términos de «yo».

> Todas las cosas eran de todos. No había secretos. Éramos iguales, éramos todos iguales. Por eso yo estaba acostumbrada a eso, y después en mi vida me costó mucho enfrentarme con algo diferente. Recuerdo mi primer viaje [como geóloga]: compré unos dulces y los repartí entre todos. El líder del grupo me dijo: «Tendrías que anotar cuánto gastaste, para que podamos devolvértelo». Eso me sorprendió, me pareció algo monstruoso, porque desde pequeña estaba acostumbrada a compartir todo lo que tenía.

Otros niños que crecieron en un *kommunalka* atribuyen a la vida comunitaria el haberles inculcado los valores del régimen soviético: amor al trabajo, modestia, obediencia y aceptación. Pero por debajo de eso siempre estaban el recelo y la cautela. «Un esfuerzo constante para controlarse a sí mismo y encajar», recuerda un residente.

> Era una sensación de opresión diferente a la de la cárcel, el arresto o el exilio, que yo también había experimentado, aunque de alguna manera era peor. En el exilio uno conservaba una idea de sí mismo, pero la opresión que yo sentía en el apartamento comunal era la opresión de mi libertad e individualidad interiores. Sentía esa opresión, esa necesidad de autocontrol, cada vez que iba a la cocina, donde era escrutado de arriba

abajo por la pequeña muchedumbre que allí se agolpaba. Era imposible ser uno mismo.[339]



Apartamento comunal («sistema de pasillo»), pasaje Dokuchaev, Moscú, 1930-1964.

3

Los ciudadanos soviéticos no tardaron en protestar contra la escasez y la inestabilidad de los precios. Escribieron miles de quejas al gobierno para protestar por la corrupción y la ineficiencia, a las que vinculaban con los privilegios de la nueva élite de burócratas. Y al mismo tiempo había muchos ciudadanos que perseveraban con la esperanza de ver consumada la utopía comunista antes de morir. Durante la década de 1930, el régimen soviético se sostuvo sobre esta idea. Se persuadió a millones de personas para que creyeran que las desventuras y penurias de su vida cotidiana eran un sacrificio necesario para construir una sociedad comunista. El trabajo esforzado de hoy tendría su recompensa en el futuro, cuando la «buena vida» soviética llegara a todos.

En *Ideología y utopía* (1929), el sociólogo alemán Karl Mannheim reflexionaba sobre la tendencia de los revolucionarios marxistas a experimentar el tiempo como «una serie de hitos estratégicos» a lo largo del camino que conduce al paraíso futuro, al que percibían como algo real y tangible. Como ese futuro es un factor del presente y define el curso de la historia, confiere sentido a las realidades cotidianas. En la Unión Soviética, esta idea del tiempo tiene sus raíces en las utópicas proyecciones de la Revolución de 1917. Para los bolcheviques, octubre de 1917 fue el comienzo del Año Uno de la nueva Historia de la Humanidad (así como 1789 marcó el comienzo del nuevo mundo creado por los

jacobinos). Al proyectar el presente en el futuro, la propaganda soviética daba una imagen de la Revolución como un movimiento hacia delante (la «marcha de la historia»), hacia la utopía comunista. Y esa misma propaganda exaltó los logros del Plan Quinquenal como prueba contundente de que esa utopía ya asomaba por el horizonte.[340]

El Plan Quinquenal tuvo un papel crucial en esta proyección utópica. El Plan tenía como objetivo adelantar la llegada de ese futuro socialista acelerando el ritmo de toda la economía (de ahí el eslogan «¡El Plan Quinquenal de cuatro años!»). De hecho, el objetivo era vencer al tiempo en sí, y subordinarlo a la voluntad del proletariado. En las economías capitalistas de Occidente, el trabajo estaba organizado de acuerdo con una estricta división racional. Pero en la Unión Soviética el trabajo estaba estructurado para ajustarse a los objetivos del Plan Quinquenal. Como la consecución de esos objetivos era siempre algo inminente, «tomar por asalto» los mecanismos de producción y trabajar a destajo durante un breve lapso de tiempo hasta alcanzar esos objetivos parecía tener sentido. La economía estalinista estaba basada en esa «toma por asalto» de la producción, que debía cumplir con los objetivos del Plan Quinquenal, así como todo el sistema estaba basado en la idea de que las penurias presentes serían recompensadas con la utopía comunista. Nikolai Patolichev, un *vidvizhenets* del Plan Quinquenal que después alcanzó los más altos rangos del Partido, recuerda:

> Nosotros, el pueblo soviético, nos privábamos conscientemente a nosotros mismos de un montón de cosas. Nos decíamos: «Hoy no tenemos todo lo que realmente necesitamos. ¿Y qué? Mañana sí lo tendremos». ¡Tanto era el poder de nuestra fe en la causa del Partido! A los jóvenes de mi generación nos hacía muy felices esa idea.[341]

Al recordar la década de 1930, muchos dicen que la sensación era que se vivía más para el futuro que para el

presente. Esa sensación era particularmente fuerte entre los que habían crecido después de 1917: gente joven, como Patolichev, totalmente imbuida de los valores e ideales del régimen soviético. Para esta generación, la utopía comunista no era un sueño lejano, sino una realidad tangible que estaba al caer, a la vuelta de la esquina. Los escolares soviéticos de las décadas de 1920 y 1930 imaginaban la consumación del comunismo como una transformación instantánea de su realidad inmediata (vacas de ubres llenas, fábricas humeantes) y no como una ciencia ficción alejada y remota.[342] Habían sido educados por la propaganda soviética y la literatura y el arte del realismo socialista para imaginar el futuro soviético en esos términos. El realismo socialista, tal como lo definiera oficialmente el Primer Congreso de Escritores de la Unión, en 1934, implicaba «una representación verdadera, históricamente concreta, de la realidad en su desarrollo revolucionario». El papel del artista era describir el mundo no como era en el presente, sino como sería (y como ya estaba siendo) en el futuro comunista.

Según Liudmila Eliashova (nacida en 1921) y su hermana Marksena (1923), esta concepción de la utopía comunista era ampliamente compartida por sus compañeros de escuela de Leningrado:

> Todos habíamos sido educados en la esperanza de un futuro feliz. Recuerdo cuando a mi hermana se le rompió nuestra muñeca de porcelana favorita. No teníamos dinero para comprar otra, pero fuimos al centro comercial, donde había muñecas en venta, y Marksena me dijo: «Cuando haya comunismo, esa muñeca va a ser nuestra». Nos imaginábamos el comunismo como una época que viviríamos en la que todo sería libre y gratuito, y todos tendrían la mejor de las vidas posibles. Nos hacía felices estar a la espera de ese futuro hermoso.[343]

Raisa Orlo va, que creció en Moscú en la década de 1930, recuerda la sensación de estar «volando hacia el futuro», que hacía que el presente perdiera realidad:

> Yo tenía la convicción inquebrantable de que mi existencia entre esas ruinosas paredes [del apartamento de la calle Tverskaia, en Moscú, donde ella creció] era apenas una preparación para la vida verdadera que estaba por comenzar. Esa vida empezaría en una casa flamante y reluciente. Allí yo podría hacer ejercicio por la mañana. Allí reinaría un orden ideal. Sería allí donde mis verdaderas y heroicas hazañas comenzarían. La mayoría de mis contemporáneos (ya viviesen en chabolas, en hoyos en la tierra, en apartamentos comunales o en los que en ese entonces eran considerados pisos privados de lujo) compartían la misma visión provisional, incompleta y transitoria de la vida. Deprisa, deprisa hacia el gran objetivo, hacia la nueva vida. Todo podía ser transformado y todo debía ser transformado: calles, casas, ciudades, el orden social y el alma humana. Y ni siquiera parecía demasiado difícil. Primero los más entusiastas harían planes sobre el papel. Luego tirarían abajo todo lo viejo («no se puede hacer una tortilla sin romper algunos huevos»). Luego limpiarían los escombros, y, en el espacio resultante, levantarían el edificio del sueño socialista. Así estaba siendo reconstruida Rusia. Y creíamos que con la gente se podía hacer lo mismo.[344]

Moscú fue la cantera de construcción de esa utopía. En la imaginación de los comunistas, donde «pronto» y «ahora» se confundían bastante, Moscú estaba revestida de un estatus y significado legendarios, como símbolo de la utopía socialista en construcción. En esa ciudad de ilusiones fantásticas y sueños, las ruinas de unos cimientos eran un futuro bloque de apartamentos, y la demolición de una iglesia daba la bienvenida a un nuevo Palacio de la Cultura. El comunista alemán Wolfgang Leonhard, llegado a Moscú con sus padres en 1935, recuerda su confusión cuando reemplazaron el viejo mapa de 1924 que tenían de la ciudad: el nuevo mapa mostraba como un hecho todas las mejoras que, de acuerdo con el Plan Maestro, sólo estarían concluidas en 1945. «Salíamos a la calle con los dos mapas —escribe Leonhard—. Uno que mostraba cómo había sido Moscú diez años antes, y otro que mostraba cómo sería diez años después».[345]

La velocidad del cambio en la Unión Soviética de principios de la década de 1930 era vertiginoso. La ilusión de que un nuevo mundo estaba en marcha hizo que muchos

(incluido un gran número de intelectuales socialistas de Occidente) se engañaran acerca del régimen de Stalin. Nina Kaminskaia, una joven estudiante de leyes, siguió creyendo en ese nuevo mundo aun después de que su padre fuese despedido de su empleo en el banco soviético, y a pesar de las evidencias de una oscura realidad que ya empezaban a verse. En sus memorias, recuerda una canción que ella y sus amigos cantaban, una canción de alegría por la vida feliz que se acercaba, que simbolizaba el optimismo de su generación y su ceguera frente a la tragedia que sus padres ya estaban viviendo:

> Creer en la patria es muy sencillo,
> en nuestra patria se respira bien.
> La tierra soviética que amamos
> nos da buena vida a cada quien.
> Y todos los que vengan después
> de noche en sus almohadas llorarán
> por no haber nacido en nuestra época,
> por no haber compartido nuestro pan.[346]

Los miembros de la *intelligentsia* soviética estaban tan embriagados por esta atmósfera de optimismo desenfrenado, que cerraron sus ojos a los horrores perpetrados por el régimen estalinista en el nombre del progreso. En abril de 1935, Boris Pasternak escribió a Olga Freidenberg:

> El hecho es que, cuanto más vivo, más convencido estoy de lo que se está haciendo, a pesar de todo. Muchas cosas nos impresionan y nos parecen salvajes, [sin embargo] el pueblo nunca antes pareció estar tan adelantado y con la autoestima tan alta, y por motivos tan buenos y razonables.

Nadezhda Mandelshtam recuerda que ella y su marido, el poeta Osip Mandelshtam, también llegaron a pensar de esa manera en algún momento, por temor a que la Revolución les pasara de largo por al lado, «y que no advirtiésemos la trascendencia de lo que estaba sucediendo ante nuestras narices». Osip fue arrestado en 1934, después de leer un

poema sedicioso que había escrito sobre Stalin («asesino y carnicero de campesinos»). Tal como observa Nadezhda Mandelshtam, era más fácil creer en lo que se estaba haciendo en pos de la utopía socialista que insistir, como lo había hecho su esposo, en enfrentarse a la realidad: «Un hombre que pensara que con las ruinas del pasado no se construye el futuro estaba condenado de antemano a aceptar su destino frente al pelotón de fusilamiento».[347] Aceptar esa visión del futuro implicaba adoptar ciertas actitudes que hicieran más llevadera la convivencia con el régimen. Implicaba aceptar que el Partido era una fuente de verdad revelada. Para muchos, esta idea entraba permanentemente en conflicto con la verdad observable de la realidad existente, que no coincidía precisamente con la Verdad Revolucionaria del Partido. Se veían obligados a vivir entre los estrechos márgenes de estas dos verdades (reconocer las fisuras del sistema soviético sin dejar de creer en las promesas de una vida futura mejor), algo que sólo lograban con un acto consciente de fe política. Lev Kopelev, un joven comunista que tomó parte en algunos de los peores excesos contra los *kulaks* en 1932 y 1933, recuerda los esfuerzos que debía hacer para subordinar sus principios morales (lo que él llamaba «verdad subjetiva») a los más altos ideales morales del Partido («verdad objetiva»). Kopelev y sus camaradas estaban horrorizados de lo que se estaba haciendo con el campesinado. Pero se sometían al Partido: la idea de aspirar a cambiar de posición partiendo de los ideales «burgueses de conciencia, honor y humanidad», los aterraba. «Pero lo que más miedo nos daba —recuerda Kopelev— era perder la cabeza, caer en la duda o en herejías, y por lo tanto nos dejábamos llevar por una fe sin frenos».[348]

Wolfgang Leonhard tenía una conciencia parecida de esta doble realidad. Cuando se unió al Komsomol «ya hacía mucho tiempo que sabía que la realidad de la Unión Soviética

era muy distinta a la que pintaba el *Pravda*». Su madre había sido arrestada en 1937. Se habían llevado a sus amigos y maestros, y él había crecido en un orfanato. Pero como bien explica a sus lectores occidentales, a quienes «podía sonar extraña» su alegría al ser aceptado en el Komsomol:

> De alguna manera, yo disociaba esas cosas, incluso mis impresiones personales y experiencias, de mi convicción política fundamental. Casi como si se tratase de dos niveles separados: el nivel de la vida y experiencia cotidianas, el cual yo censuraba, y el de las grandes líneas del Partido, que, a pesar de todas mis dudas, yo seguía considerando como correctas en principio.[349]

Creer en «la marcha hacia el comunismo» exigía la aceptación del coste que ello suponía en vidas humanas. El Partido enseñaba a sus seguidores que estaban envueltos en una batalla a vida o muerte contra los «elementos capitalistas» internos y externos, que tendría su fin con la victoria final de la utopía comunista. La llegada al poder de Hitler en 1933 fue un punto de inflexión crucial en esta lucha. Se la consideró como la reivindicación de la teoría de Stalin, que afirmaba que cuanto más se acercara la Unión Soviética al comunismo, mayor sería la resistencia de sus enemigos. El Partido endureció su posición, obligando a los escépticos a dejar de lado sus dudas y a unirse contra el fascismo (o arriesgarse a ser acusados de «mercenarios fascistas»). A partir de 1933, las purgas del Partido se intensificaron, así como el escrutinio de los actos privados destinados a desenterrar a miembros pasivos y «elementos ocultos». Se tildó de «enemigos» y «elementos extraños» a amplios sectores de la sociedad, empezando por lo que quedaba de la nobleza y la burguesía de Leningrado, quienes fueron arrestados y enviados al exilio a millares como consecuencia del asesinato del jefe del Partido de esa ciudad, Sergei Kirov, en diciembre de 1934. Todo grupo sospechoso de ser «una reliquia del pasado capitalista» (antiguos *kulaks*, pequeños comerciantes, gitanos,

prostitutas, criminales, vagabundos, mendigos y demás) era susceptible de ser erradicado bajo la acusación de obstaculizar la construcción de la sociedad comunista. Entre 1932 y 1936, decenas de millones de estos «elementos socialmente dañinos» fueron rodeados por la policía y expulsados de sus ciudades y aldeas.[350] La mayor parte de ellos fue enviada al Gulag.

4

En agosto de 1933, una «brigada» de ciento veinte escritores líderes soviéticos zarparon en un viaje de excursión por el canal del mar Blanco organizado por Semion Firin, el comandante de la OGPU a cargo de los campos de trabajo del canal. La idea del viaje surgió en un encuentro que tuvo lugar en la casa de Máximo Gorki en Moscú, en octubre de 1932, donde varios de los escritores más importantes del país debatieron la función de la literatura con algunos miembros del Politburó que estaban presentes, incluido Stalin, y otros funcionarios del Partido. En una de las declaraciones más tempranas de la doctrina del realismo socialista, Gorki pidió una literatura heroica que estuviera a la altura de los «grandes logros» del Plan Quinquenal, y Stalin, que comparó a los escritores soviéticos con «ingenieros del alma humana», propuso realizar una excursión por el canal para inspirarlos. La organización estuvo completamente a cargo de la OGPU. «Desde el instante mismo en que pasamos a ser invitados de la Cheka, llegó para nosotros el comunismo consumado —comentaría más tarde no sin ironía el escritor Alexandre Avdeienko—. Nos daban toda la comida y bebida que pedíamos. No pagábamos nada. Salchicha ahumada, queso, caviar, fruta fresca, chocolate, vino y coñac, y en cantidades ilimitadas. Y todo eso, en un año de hambruna».[351]

Después de permanecer en el Hotel Astoria de Leningrado, los escritores se trasladaron en tren hasta el canal del mar

Blanco, donde inspeccionaron los diques y compuertas, y visitaron el centro cultural para presenciar una obra teatral interpretada por los prisioneros. Desde la seguridad del barco, vieron a los convictos trabajando, pero no les permitieron hablar con ellos. Para muchos de los escritores era evidente que les estaban presentando una versión edulcorada de la vida en el campo. «Era obvio, al menos para mí, que nos estaban mostrando las aldeas Potemkin», recordaría Tamara Ivanova en 1989. Pero si los escritores tenían sus dudas, pocos eran los que tenían las agallas de levantar la voz para decirlo. Durante el trayecto, los escritores tuvieron oportunidad de interrogar a Firin, que hacía las veces de guía. Según Avdeienko, el único que se atrevió a preguntar sobre el uso de trabajos forzados fue Dmitri Mirski (antes príncipe Dmitri Sviatopolk-Mirski), que había formado parte del Ejército Blanco durante la Guerra Civil, luego emigrado a Gran Bretaña, donde se unió a los comunistas, para volver a la Unión Soviética en 1932, con la creencia de que la Rusia de Stalin «desempeñaría un papel de enorme importancia en la historia del mundo»: y él quería ser parte de eso. La pregunta de Mirski incomodó al resto de los intelectuales presentes. Era obvio que le resultaba sospechoso el secreto que rodeaba la construcción del canal. «Aquí hay secretos ocultos por todas partes. Debajo de cada dique. Detrás de cada exclusa», le dijo Mirski a Avdeienko, en clara referencia a los cuerpos allí enterrados. Pero ni siquiera Mirski dejó que esas dudas le impidieran participar en la publicación del libro comisionado por la OGPU para celebrar la finalización de las obras. Editado por Firin y Gorki, *El canal del mar Blanco* fue compilado en tiempo récord por treinta y seis de los más grandes escritores de Rusia (incluidos Mijail Zoshchenko, Viktor Shklovski, Alexei Tolstói y Valentin Kataev) junto con el artista Alexandre Rodchenko (quien tomó las fotos). El libro fue presentado ante los delegados del

XVII Congreso del Partido, en 1934, como «una muestra de la disposición de los escritores soviéticos a la hora de servir a la causa bolchevique». Si bien lo presentaron como la historia de la construcción de canal, el tema principal del libro, así como el mensaje de propaganda que incluía, era la influencia liberadora y redentora del trabajo físico. Al tomar parte en la gran tarea colectiva de la construcción del canal, los criminales y *kulaks*, se afirmaba, «empezaron a sentirse útiles para la sociedad». Eran regenerados y reconvertidos en socialistas a través del trabajo forzado.[352]

Los escritores tenían diferentes razones para su connivencia con la legitimación del Gulag. Sin duda, algunos de ellos estaban de acuerdo con el ideal estalinista de la *perekovka*, la regeneración del alma humana a través del trabajo forzado. La historia que escribió Zoshchenko para *El canal del mar Blanco*, por ejemplo, era acerca de un ladrón de poca monta llamado Rottenberg que, habiendo perdido el rumbo en la vida, regresaba al buen camino gracias al trabajo penal en el canal. Como lo explica en un artículo aparecido en *Leningrado Literario*, Zoshchenko creía en las bases fácticas de su historia:

> Me interesaban las personas que habían construido sus vidas en la pereza, el engaño, el robo y el asesinato, y concentré mi atención en el tema de su reeducación. Para ser sincero, al principio era escéptico, y suponía que la supuesta regeneración era tan sólo la cínica manifestación del deseo de los prisioneros de conseguir beneficios o la libertad. Pero debo decir que en eso estaba equivocado. Yo vi una verdadera regeneración [durante el viaje al canal]. Percibí en los trabajadores de la construcción un verdadero orgullo, y advertí un verdadero cambio psicológico en muchos de esos camaradas (como puede llamárselos ahora).[353]

Gorki también era un creyente. Nunca visitó el canal del mar Blanco, pero eso no le impidió hacer un encendido elogio en el libro comisionado por la OGPU (como tampoco impidió que en 1935 algunos socialistas del extranjero, como

Sidney y Beatrice Webb, elogiaran a su vez el canal como «gran logro de la ingeniería… y un triunfo de la regeneración humana»). Gorki había pasado la década de 1920 en Occidente, y en 1928 realizó el primero de una serie de viajes de verano a la Unión Soviética, hasta que finalmente se instaló allí en 1931. El «gran escritor soviético» fue recubierto con honores: le ofrecieron una residencia en la famosa mansión Riabushinski, en Moscú, dos grandes dachas, servicio personal (que resultó estar formado por espías de la OGPU) y alimentos y víveres especiales del mismo departamento policial que surtía al propio Stalin. No es impensable entonces que a Gorki le resultara difícil advertir el inmenso sufrimiento humano que dejaban a su paso los «grandes logros» del Plan Quinquenal. En el verano de 1929, Gorki había visitado el campo de trabajo de Solovetski. El escritor quedó tan impresionado con lo que le mostraron los guías de la OGPU, que escribió un artículo en el que aseguraba que muchos prisioneros se habían redimido gracias al trabajo en el Gulag, y que amaban tanto su trabajo que tenían pensado quedarse en la isla incluso después de cumplidas sus condenas. «La conclusión es obvia —escribió Gorki—. Hacen falta más campos como Solovetski».[354]

Otros escritores fueron a ese viaje por curiosidad, como era sin duda el caso de Mirski. O por las consecuencias que podía acarrearles no ir y negarse a participar en ese proyecto, como el escritor Mijail Bulgakov. Viktor Shklovski, teórico literario y novelista cuyo hermano estaba preso en un campo de trabajo, no se unió a la brigada de escritores, pero hizo un viaje personal al canal del mar Blanco y apoyó la idea de la *perekovka*, no sólo en el volumen recopilado por la OGPU, sino en varios libros más. Incluso escribió el guion de una película de propaganda sobre el canal del mar Blanco. Parece improbable que Shklovski estuviese convencido de hacerlo

(durante su viaje al canal del mar Blanco, uno de los oficiales de la OGPU le preguntó cómo se sentía en la excursión, y Shklovski respondió: «Como un zorro plateado vivo en el interior de una peletería»). En palabras de su hija, era tan sólo «el precio que tenía que pagar por la vida de su hermano». El hermano de Shklovski fue liberado en 1933. Pero en 1937 lo volvieron a apresar y desapareció para siempre en el Gulag.[355]

Otros también lo hicieron para promover sus carreras. Ése era por cierto un buen motivo para Avdeienko, un escritor de origen proletario desconocido en el momento que aceptó formar parte de la excursión y que tan sólo dos años después, en 1935, fue aclamado unánimemente por la crítica soviética por la aparición de su primera novela. «Con ese viaje llegué a la cima y así mi vida despegó —reconocería Avdeienko mucho más tarde—. ¡Un trabajador a destajo llamado a la literatura! Con un solo movimiento, ingresé en las filas de escritores merecedores de los más altos honores en el panteón soviético». Avdeienko se convirtió en colaborador regular del *Perekovka* (órgano interno de prensa de la OGPU-NKVD en los campos de trabajo en el canal del mar Blanco), donde se manifestaba a favor del trabajo forzado como forma de regeneración humana.[356]

Konstantin Simonov era otro «escritor proletario» que se haría un nombre gracias al canal. En 1933, trabajaba como mecánico (uno de los cientos de técnicos bajo las órdenes de Boris Babitski) en los estudios Mezhrabpomfilm. Simonov y los otros mecánicos pasaban sus descansos y horas de almuerzo mirando a Pudovkin y Golovnia trabajar en la película *El desertor* (una experiencia que, según él, despertó su interés por el arte). «En aquellos años —recuerda Simonov—, yo no tenía educación suficiente, pero leía muchos libros, sobre todo de historia, e intenté por primera vez dedicarme a

escribir». Inspirado por la propaganda del canal del mar Blanco, Simonov llenó «un cuaderno con malos poemas» acerca de la regeneración por medio del trabajo penal, que de alguna manera llamaron la atención de la Goslitizdat (la editorial del gobierno) y de la OGPU. Extractos de uno de esos poemas, «El canal del mar Blanco», fueron publicados en 1933 en una antología de jóvenes poetas soviéticos. Con este éxito como precedente, en abril de 1934 Simonov tramitó a través de la Goslitizdat un permiso para visitar el canal y recolectar material acerca de la regeneración de los trabajadores convictos, con el objeto de escribir una serie de poemas ensalzando los campos de trabajo. La Goslitizdat aprobó el viaje y pagó el viaje de Simonov para que pasara un mes en el campo de trabajo de Medvezhegorsk, en el canal del mar Blanco, donde fue empleado para trabajar en el *Perekovka*. Vivía en los barracones con una brigada de prisioneros que no se tomaban al joven poeta de diecinueve años muy en serio («cuando les dije que estaba escribiendo un poema sobre el canal, se me rieron en la cara»). Por este motivo, a Simonov le pareció que los prisioneros lo trataban «con relativa naturalidad».[357]

A principios del verano de 1934, la construcción del canal del mar Blanco estaba prácticamente terminada. Los trabajadores observados por Simonov estaban dedicados a la construcción de caminos e instalaciones (tareas relativamente sencillas comparadas con el pesadísimo trabajo de cavar el canal con pico y pala, como había ocurrido entre los años 1931 y 1933, cuando murieron decenas de miles de personas). Como la construcción del canal tocaba a su fin, los administradores del campo estaban recompensando a los trabajadores con bonos, honores y medallas. También estaban concediendo liberaciones anticipadas a algunos criminales menores que componían la fuerza de trabajo de la zona

visitada por Simonov. El principal objetivo de esas recompensas era reconfirmar el mito de la *perekovka*. Daban a los prisioneros incentivos para que trabajaran más y se regeneraran (o dieran esa impresión) para obtener así la libertad o beneficios materiales. Simonov se lo creyó. Era joven e inocente. Como recuerda en sus memorias, regresó del canal del mar Blanco «decidido a escribir nueva poesía acerca de la regeneración de las personas a través del trabajo»:

> A pesar de no haber estado allí mucho tiempo, me convencí de que había constatado con mis propios ojos que la regeneración realmente funcionaba, que era lo que yo quería creer. ¿Qué otra cosa, si no el trabajo, podía redimir a una persona en una sociedad como la nuestra?

Simonov quedó particularmente impresionado por la historia que le había contado un ingeniero-preso, un socio cercano del Gobierno Provisional («prácticamente el último comandante del Palacio de Invierno»),

> quien fue condenado a ocho, si no a diez años, bajo el artículo 58, y trabajaba tan bien en su capacidad de ingeniero en el canal que fue liberado después de sólo tres años. Entonces se dedicó a trabajar voluntariamente como jefe de ingenieros en una cantera de construcción relacionada con el canal Moscú-Volga. Este tipo de historias se vieron confirmadas por las impresiones que yo mismo había tenido en mi viaje. [358*]

En realidad, el deseo de algunos profesionales de seguir trabajando en el sistema del Gulag después de su liberación pocas veces era resultado de la regeneración. Pero Simonov creía que lo que había visto en el canal se ajustaba a las historias que había oído o leído en la prensa soviética. «Desde mi punto de vista —recuerda en sus memorias—, el canal del mar Blanco era mucho más que una construcción: era una escuela de humanitarismo para regenerar a la gente mala y convertirla en buena, a criminales comunes en constructores del Plan Quinquenal».[359]

Para Simonov (un aristócrata abocado a la regeneración de su propia identidad como un «escritor proletario»), la idea de

perekovka tenía resonancias especiales. En sus memorias, Simonov recuerda que percibía la regeneración de los *kulak* y los «saboteadores burgueses» como algo «muy prometedor para la sociedad» y como una inspiración para sí mismo, porque mostraba que era posible «enterrar el pasado y emprender un nuevo camino». La regeneración de los antiguos opositores del XVII Congreso del Partido (el «congreso de los vencedores») de 1934 fue otra inspiración para el joven escritor, que se esforzaba mucho por forjarse una carrera en la esfera del arte, un ámbito tan fuertemente vigilado por el Partido. En ese congreso, muchos líderes que se habían opuesto a las políticas extremistas de Stalin (Bujarin, Kamenev, Zinoviev, Rikov, Tomski, Piatakov y otros) tuvieron la oportunidad de hacer uso de la palabra. Abjuraron de sus antiguas opiniones, le cantaron loas a Stalin en nombre de la unidad del Partido, y fueron recibidos de vuelta en su seno como quien se ha regenerado. A Simonov su ejemplo lo reconfortaba. En su opinión, la aceptación de los opositores arrepentidos en el seno del Partido probaba que también era allí donde la gente con un pasado, como él, podía ser perdonada. Simonov comprendió que su propia regeneración dependía de la reconstrucción de su personalidad política. Al igual que los exopositores, él también tenía que renunciar a su pasado para demostrar que era un comunista de valor. Sus textos sobre el canal del mar Blanco fueron el medio para hacerlo. De regreso del canal, volvió a presentarse para ingresar en el Komsomol. En su primer intento, después de la muerte de su padrastro en 1931, le habían aconsejado que retirara su postulación. Pero esta vez le dieron la bienvenida. Esta inclusión significó un gran alivio para Simonov. En sus memorias, recuerda que sus esperanzas para el futuro llegaron a su clímax en 1934:

> No puedo hablar por el resto de la gente de mi edad, pero, para mí,

> 1934 fue el año de mi juventud más lleno de esperanzas. Daba la sensación de que el país había salido de un período oscuro y que, aunque persistían algunos problemas, la vida era más fácil, tanto en lo espiritual como en lo material. Y yo estaba feliz de poder ser parte de la construcción de esa vida nueva (…)
>
> La corrección de Stalin, que estaba liderando la industrialización del país con gran éxito, me parecía indiscutible. Como yo lo veía, tenía razón en enfrentarse a sus opositores y mostrarles su error.[360]

En el verano de 1934, poco después de su regreso, Simonov escribió un poema, «Horizonte», sobre la regeneración de un criminal en los campos de trabajo. El poema fue muy corregido (y censurado en parte) por el Departamento de Educación y Cultura de la OGPU, que concluyó que el poema estaba muy mal escrito («pretencioso», «torpe», «cacofónico», «mecánico», «sentimental»), pero que sin embargo era digno de publicarse por sus valores propagandísticos.[361] «Horizonte» fue pulido por el propio Simonov, y eventualmente publicado con el nombre de «Pavel Chiorni», en 1938. En años venideros, Simonov miraría hacia atrás «con sentimiento de horror» por este poema. Insistió en que fuera eliminado de todas las antologías publicadas de su obra.[362] Pero a ese poema debe su carrera. Demostró su capacidad para producir poesía útil al régimen estalinista. Le sugirieron entonces que se postulara para el Instituto Gorki de Literatura. Sus patrones políticos de la Goslitizdat y el Departamento de Educación y Cultura de la OGPU incluso le dieron una recomendación.[363]

Establecido en el antiguo palacio Herzen, sobre el bulevar Tver, el Instituto Literario abrió sus puertas en 1933 para promover a los escritores de la clase trabajadora (hasta 1936 fue llamado Universidad Literaria Nocturna de los Trabajadores). Las clases eran nocturnas, algo que a Simonov le permitía continuar con su trabajo en la Mezhrabpomfilm y así complementar su beca de 200 rublos. La mayoría de los

alumnos de la escuela no pertenecían directamente al proletariado. Eran hijos de familias nobles o burguesas que, como Simonov, se habían cualificado para entrar en el instituto pasando antes por una fábrica escuela o trabajando en una fábrica. La mitad de los alumnos eran miembros del Komsomol o del Partido. El instituto era un lugar cosmopolita, con escritores de veintisiete nacionalidades distintas.[364] Entre los numerosos estudiantes judíos había dos muchachas que se convertirían en las dos primeras esposas de Simonov: Natalia Tipot, hija de un conocido productor de variedades teatrales, quien se casó con Simonov en 1935, y Yenia Laskina, hija menor del arruinado hombre de la NEP Samuil Laskin, quien ingresó en el instituto en 1936 y se casó con Simonov en 1939.



Simonov en 1939.

El propio Simonov admite que no sentía una inclinación especial por la literatura. Fue una carrera que hizo a causa de su biografía mancillada. «De no haber sido por mi origen noble —le confesó a Natalia—, nunca me hubiera interesado en absoluto por la literatura, sino por la política y la historia».[365] Tampoco era considerado uno de los estudiantes más talentosos del Instituto Literario (en 1936, ocupó el séptimo lugar de una lista encabezada por la poetisa Margaret Aliger).

Pero se lo conocía como un estudiante concienzudo, bien organizado (planeaba cuidadosamente el tiempo que dedicaba a trabajar, leer, e incluso a socializar), y siempre cumplía con los plazos de sus tareas. Sus compañeros de estudios lo apodaban «culo de hierro», por lo trabajador. «Se sentaba y escribía, y escribía», recuerda la poetisa Eugenia Dolmatovski (segunda en la lista de excelencia). Aliger recuerda a Simonov como alguien que desde el primer momento destacó como líder. Casi siempre vestido con chaqueta de cuero, como los bolcheviques de la Guerra Civil, o con chaqueta, camisa y corbata, Simonov tomaba distancia de la cultura bohemia de otros alumnos del instituto, y pasaba su tiempo libre participando en actividades del Komsomol, o escribiendo críticas literarias, en vez de ir a jugar al billar. No es extraño entonces que la dirección del instituto pusiera sus ojos en él, lo considerara un hombre leal al Partido y le confiara más de una tarea (en 1937, desempeñó un papel central en la delación de los «elementos antisoviéticos» dentro del instituto). Simonov era serio y severo, más parecido a un burócrata literario que a un joven poeta. «Como no había escrito un libro propio», recordaba en 1945,

> escribía muchas reseñas de libros escritos por otros. Era muy estricto e impaciente, lo que demuestra que las reseñas más cruelmente negativas de un libro siempre han sido escritas por críticos que no han tenido éxito en su propia escritura.[366]

Como poeta del Instituto Literario, Simonov estaba aprendiendo a escribir para sus superiores políticos. El tema de la *perekovka*, que se convirtió en un tópico recurrente de la tradición del realismo socialista en la década de 1930, reaparece en varios de sus poemas tempranos, que volvían sobre el tema del canal del mar Blanco. Pero su poesía se concentró más y más en las esperanzas del Plan Quinquenal y en el tema heroico de la lucha, cuyo epítome era la Guerra

Civil española. En eso Simonov estuvo muy influenciado por su maestro en poesía, Vladimir Lugovskoi (1901-1957), una carismática figura para los jóvenes poetas del instituto, cuya habitación estaba llena de espadas y pistolas, recuerdos de sus días en el frente durante la Guerra Civil rusa y en la última campaña contra los rebeldes musulmanes basmachi de Asia Central, en 1931. Simonov exploró el tema de la masculinidad y el coraje heroicos en poemas como «El general», inspirado por la muerte del comunista húngaro Máté Zalka (también conocido como general Lukács) en la Guerra Civil española. Para Simonov, que había construido su escala de valores basándose en el ethos militar de su padrastro, la valentía y el sacrificio de luchadores como Zalka no eran solamente «maravillosas cualidades humanas», sino «virtudes de primera necesidad» en un mundo devorado por la guerra entre el socialismo y el fascismo. Como explicaría Simonov a un periodista extranjero en 1960, «los jóvenes comunistas de la década de 1930 odiábamos con pasión a todo aquel que por indulgencia creyera que nuestra victoria final sería fácil y sin derramamiento de sangre». Era una generación imbuida de la idea de la lucha y la confrontación, una generación que vivía preparada para el combate. En 1973, al recordar sus años de estudiante, Simonov describía toda una época:

> El Instituto Literario abrió el mismo año que los nazis llegaron al poder. Todos nuestros años de estudio estuvieron bajo la sombra de una guerra inminente contra el fascismo. Eran años en los que era imposible pensar en la literatura o la relación de uno con ella sin pensar que tarde o temprano nosotros también estaríamos obligados a tomar parte (ya fuese con la pluma o el fusil entre las manos, no lo sabíamos aún) en esta ominosa guerra contra el fascismo.

En enero de 1936, Simonov publicó su primer poema en *Izvestia*, «Brindis de Año Nuevo». Fue un signo primerizo del favor que el joven poeta (entonces de tan sólo veinte años) concitaría entre los líderes del Partido. En este poema,

Simonov conjuraba la idea de una batalla final entre la luz y la oscuridad:

¡Amigos, debemos hoy permanecer alerta!
¡Los lobos rodean a la República!
Así que alcemos nuestras copas
y bebamos en silencio
por aquellos que empuñan la ametralladora,
los que sólo son amigos de su rifle,
por todos los que conocen el verbo «combatir»,
un verbo triste que todos debemos conocer,
por aquellos que la habitación dejan en silencio
para caminar hacia el fuego desconocido…[367]

Al mismo tiempo que Simonov se forjaba una carrera, sus tres tías de Obolenski languidecían en el exilio en Orenburg, ciudad de las estepas orientales del Volga, 1.500 kilómetros al sudeste de Moscú, después de haber sido expulsadas de Leningrado en la ola de represión que siguió al asesinato de Kirov. Simonov quería mucho a sus tías. Les escribía con regularidad desde que era un niño. Liudmila, la mayor de las tres hermanas de su madre, se había casado con Maximilian Tideman, un capitán de artillería de una familia de alemanes rusificados. Su muerte, acaecida durante la Primera Guerra Mundial, había dejado a Liudmila y sus tres hijos varados en Riazán, donde se encontraba el campamento de Maximilian. Después de regresar a Petrogrado en 1922, Liudmila trabajó como maestra en una escuela para niños discapacitados. Cuando fue arrestada, en 1935, sus tres hijos ya eran mayores. Dos fueron con ella a Orenburg, pero su hijo mayor permaneció en Leningrado, donde era muy apreciado como director de la Fábrica Triángulo Rojo, lo que lo salvó de ser arrestado. Daria, o «Dolly», la hermana mediana, era discapacitada, y el lado izquierdo de su cuerpo tenía deformidades y estaba paralizado, lo que hacía muy difícil moverla. Las desgracias personales la habían transformado en

una solterona amargada. Dogmática en religión, expresaba abiertamente su odio por el régimen soviético y se aferraba a las costumbres de la aristocracia. En 1927, Dolly fue a visitar a Alexandra en Riazán. Las peleas por cuestiones de religión eran permanentes, afirma Simonov, lo que contribuyó a que él se hiciese ateo (aunque, en las últimas cartas a sus tías, Simonov sigue manifestando sentimientos religiosos). Visitó a Dolly en Leningrado en varias oportunidades, pero lo hacía por obligación. Prefería a Sonia, la tercera y menor de las tías, con quien se quedaba cuando estaba en Leningrado. Sonia era una mujer rolliza con «la cara redonda y una sonrisa amable», lo que reflejaba, afirma Simonov, «su buen talante natural y su mentalidad abierta». A diferencia de Dolly, Sonia se había adaptado al sistema soviético, aunque sus modales, valores y creencias conservaban rastros de la cultura aristocrática decimonónica. Con estudios de maestra, trabajaba como bibliotecaria y vivía sola en una gran habitación de un apartamento comunal. Pero no estaba ni amargada ni descontenta con su suerte. Por el contrario, Simonov la recuerda como la más alegre y vital de sus tías. Como no tenía hijos, le encantaba que sus sobrinos y sobrinas la fueran a visitar y se quedaran en su casa. Sentía debilidad por Konstantin, el menor de sus sobrinos, cuyo interés por los libros ella fomentaba. «Mi querido, muy querido Kiriushonchik —le escribió a Simonov—, espero que crezcas para convertirte en alguien útil y en un consuelo para todos nosotros, que tanto te queremos. Espero que siempre tengas suficiente para comer, como nosotros en los viejos tiempos».

La última vez que Simonov vio a Sonia fue en el otoño de 1933, cuando se quedó en su casa de Leningrado. Allí escribió sus primeros poemas. En febrero de 1935, Sonia fue exiliada a Orenburg con Liudmila y Dolly. Simonov recuerda la reacción de su madre cuando se enteró, en Moscú, de que sus

«tres hermanas habían sido enviadas al exilio, junto con mucha otra gente que ella había conocido de niña en San Petersburgo».[368]

> Se quedó sentada con las cartas en la mano [que acababa de recibir desde Orenburg] y de pronto dijo: «Si aquella vez hubiese vuelto con Liulia [Liudmila] desde Riazán a Petrogrado, a estas alturas estaría con ellas, seguramente». Recuerdo que me sorprendió el modo en que pronunció esas palabras. Explicó que se sentía culpable de no estar con ellas, sentía que de alguna manera se las había arreglado para escapar a la desventura de sus hermanas. Luego le preguntó a mi padrastro: «¿Nos expulsarán también de aquí?». Cuando dijo «nos» no hablaba de la familia, hablaba de ella, de sus orígenes, del clan de los Obolenski.[369]

Simonov no explica qué fue lo que le impresionó. Quizá lo sorprendió que su madre se sintiera culpable. Pero había algo más. Simonov había sido educado para pensar en sí mismo como una «persona soviética». Ni siquiera el arresto de su padrastro había logrado conmoverlo en ese sentido. Por el contrario, había renovado sus esfuerzos para construirse una identidad proletaria. Todos esos esfuerzos para regenerarse a sí mismo, primero como ingeniero y luego como «escritor proletario», habían fortalecido su identificación con el sistema soviético. Pero la reacción de su madre ante el arresto de sus tías (la primera vez, aparentemente, que Simonov la oía identificarse a sí misma con el «ajeno social», en términos soviéticos) le obligó a afrontar la realidad.

La madre y el padrastro de Simonov enviaban cada mes un paquete de alimentos y ropa a Orenburg, y él mismo separaba una parte de su propio salario para contribuir a esos envíos. En 1936, Alexandra visitó a sus tres hermanas. Tal como lo recuerda Simonov, ella tenía miedo de no regresar (mucha gente temía ser arrestada si visitaba a sus parientes exiliados). El padrastro de Simonov, siempre práctico, pensaba que sería mejor que Alexandra no fuera, porque si la arrestaban sería aún más duro tener que ayudar a sus tres hermanas. Pero Alexandra insistió en ir, porque, como dijo, «si no lo hacía,

dejaría de ser ella misma». Al regresar de Orenburg, Alexandra estaba «exhausta, triste, agotada por el largo viaje y por las terribles condiciones que reinan allí —recuerda Simonov—, pero no dejaba de albergar esperanzas para el futuro… porque creía que ya no les podía ocurrir nada peor». [370]

Pero lo peor aún estaba por llegar. En 1937, Sonia y Dolly fueron arrestadas y recluidas en Orenburg. Sonia fue fusilada, y Dolly murió más tarde en un campo de trabajo. Sólo Liudmila sobrevivió. Reflexionando retrospectivamente sobre estos acontecimientos en su último año de vida, Simonov recordó su reacción ante la muerte de su tía favorita:

> Cuando me enteré de que la habían encarcelado, y ya no supimos nada más de ella, y cuando luego nos dijeron que había muerto —aunque no dónde ni cómo— recuerdo haber experimentado un intenso y doloroso sentimiento de injusticia que estaba completamente relacionado con Sonia, o al menos en su mayor parte. Ese sentimiento no desaparecía de mi alma —no tengo miedo de decirlo— y se me grabó para siempre en la memoria como la mayor injusticia cometida por el Estado, por el poder soviético, contra mí, personalmente. El sentimiento es particularmente amargo porque sé que, si Sonia hubiera estado viva, ella habría sido la primera persona que yo hubiera ayudado en el momento en que podía hacerlo.

Simonov se lamentaba debido a la conciencia que adquirió años después: la conciencia de que había sido cómplice del sistema de represión que había aniquilado a sus tías. Sin embargo, como admite en sus memorias, en la época en que ellas fueron arrestadas su reacción había sido diferente. Sentía lástima por sus tías, pero encontró una manera de racionalizar e incluso de justificar la suerte de las mujeres:

> No recuerdo qué pensé al respecto entonces [en 1937], cómo evalué y cómo me expliqué a mí mismo lo ocurrido (…). Sé que no puede haberme resultado indiferente, aunque sólo sea porque quería mucho a una de mis tías [Sonia]… Pero quizá pensé: «No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos». Esa aceptación parece mucho más cínica hoy de lo que parecía entonces, cuando la Revolución, la destrucción de la vieja sociedad, todavía no estaba tan lejana en la memoria de la gente, y

cuando era raro sostener una conversación sin recurrir a esa expresión. [371]

Si la visita de Simonov al canal del mar Blanco lo acercó al régimen, en el caso de otros logró producir el efecto contrario. En 1929, Ilia Slavin, exsionista y jurista distinguido del Instituto de Derecho Soviético de Moscú, fue transferido a Leningrado para consolidar el departamento legal de la Academia Comunista. Durante las purgas de ese año, el Departamento de Leyes de la Universidad de Leningrado había sido cerrado y sus académicos «burgueses» fueron expulsados. El departamento legal de la Academia Comunista constituido en su reemplazo necesitaba a bolcheviques de confianza como Slavin para fortalecer su resolución contra los «derechistas burgueses» del mundo legal soviético, cuya presencia aún se hacía sentir en Leningrado.[372] Slavin se había convertido en una figura importante en el campo del derecho soviético. Asesor del Comisariado de Justicia, era además uno de los miembros de la comisión que había redactado el Código Criminal Soviético de 1926, la primera revisión de importancia de la legislación penal que se había hecho desde 1917. En Leningrado, los Slavin tenían dos habitaciones en un gran apartamento que compartían con otra familia (en Moscú habían vivido en un apartamento comunitario compartido por quince familias). Finalmente, se mudaron a un apartamento de tres habitaciones en la Casa del Soviet en Leningrado, donde vivían muchos empleados del gobierno, científicos y artistas. «Éramos relativamente privilegiados», recuerda Ida Slavina, la hija de Ilia:

> Mi hermano y su esposa tenían su propia habitación, mis padres tenían otra, en la que mi padre además trabajaba, y yo dormía en el comedor. Cuando teníamos invitados, yo me iba a dormir al cuarto de mis padres y después, cuando ellos mismos se iban a la cama, mis padres me trasladaban al diván del comedor (…) Pero no había ni por asomo ningún lujo (…), era un estilo de vida espartano, casi puritano, completamente dedicado a los ideales socialistas de mi padre (…) Compartíamos nuestras

raciones extra, de las que mi padre se avergonzaba, con nuestros amigos y parientes más pobres (…). Los libros eran nuestro único lujo.[373]

Slavin prestó servicio a sus patrones políticos con un violento ataque contra «las tendencias burguesas» de muchos juristas soviéticos en un libro encargado por la Academia Comunista como parte de la purga —dispuesta por el régimen en 1931— del mundo académico legal. En ese texto breve pero venenoso, *Sabotaje en el ámbito del derecho criminal soviético*, Slavin comparaba los escritos de varios juristas académicos de importancia en la década de 1920 con sus escritos anteriores a 1917, para poner en evidencia de esa manera sus ocultas pero verdaderas tendencias «burguesas». Escribiendo por convicción política, con la profunda creencia de que era necesario eliminar la antigua concepción legal, Slavin denunciaba a esos juristas, acusándolos de intentar subvertir los presupuestos ideológicos básicos del sistema legal soviético. Eligió como blanco de sus críticas al desaparecido Departamento Legal de la Universidad de Leningrado, que, sostenía, había estado entrenando a los sacerdotes y guardias Blancos de «ayer» para que fingieran ser «los marxistas de hoy y los comunistas de mañana». Varios de los juristas atacados por Slavin fueron de inmediato destituidos de sus cargos en las universidades de Leningrado y de Moscú, obligándolos de esa manera a buscar trabajo en provincias.[374]

En el archivo familiar de los Slavin, hay una foto de 1931 donde se ve a Ilia Slavin con sus colegas profesores y algunos estudiantes de la Academia Comunista. En el dorso dice: «¡Al camarada Slavin! Lo recuerdo con cariño como un firme comunista de la guardia bolchevique., como nuestro profesor, como inquebrantable luchador en el frente ideológico, como una escoba de acero barriendo a los gusanos de las alturas académicas». A Ida Slavin le resulta difícil conciliar esa

descripción con el recuerdo que tiene de su padre: el de un hombre suave y cariñoso. Tal vez Slavin fue atrapado por el sistema de represión por ser demasiado débil para resistirse a las exigencias del Partido. Tal vez se sentía vulnerable debido a su previa participación en el movimiento sionista, y escribió ese libro para demostrar que era digno de ser un miembro de la «guardia bolchevique». O tal vez, como piensa Ida, «perdió el camino» porque sus convicciones lo confundieron.

Slavin creía en la *perekovka*. Antes de 1917, llevó a cabo experimentos de regeneración fundando un taller y centro cultural para los presos de una cárcel local en Mogilyov, donde trabajaba como asistente legal y donde había trabado relación con el director del penal. La idea de la regeneración aparecía en muchos de sus escritos legales de las décadas de 1920 y 1930, particularmente en sus artículos sobre la idea de los Tribunales de Camaradas (*tovarishcheskie study*), los tribunales en los lugares de trabajo, donde argumentaba a favor del uso de las penas laborales, bajo la forma del servicio comunitario, como método aplicable para reformar a los presos.[375]

En 1933, la directiva de la Academia Comunista encomendó a Slavin una nueva tarea: la de escribir un libro titulado *La regeneración de los trabajadores penales según la ilustra el canal del mar Blanco*.[376] En esencia, se le pidió que proporcionara justificaciones legales y filosóficas de la existencia de los campos de trabajo del Gulag. Tal vez los artículos anteriores de Slavin sobre la regeneración determinaron que se le encargara a él esta espantosa tarea. Pero fue elegido fundamentalmente porque ya había demostrado, con *Sabotaje en el ámbito del derecho criminal soviético*, que estaba dispuesto y era capaz de construir argumentos legales para el sistema represivo del régimen.



Profesores y estudiantes del Departamento Legal de la Academia Comunista de Leningrado, 1931. (Slavin, de cabello cano está sentado en el extremo izquierdo de la primera fila, en las sillas).

Sin embargo, creer en la *perokovka* era una cosa, y verla en acción era otra. En 1932-1933, Slavin realizó varios viajes al canal del mar Blanco y a otras sedes de trabajo penal, incluyendo el canal Moscú-Volga y los campos de trabajo de Kolyna, en el noreste de Siberia. Lo que vio allí destruyó su fe en el ideal soviético de la regeneración. Ida recuerda que su padre regresaba de esos viajes «exhausto y deprimido», que «no hablaba con nadie durante varios días, como si estuviera en estado de shock». Slavin quedó particularmente consternado tras su visita a una colonia de trabajo infantil, donde lo alarmó advertir la brutal disciplina que aplicaban los guardias para «regenerar a los niños infundiéndoles el espíritu soviético». Slavin no pudo escribir el libro sobre el canal del mar Blanco. Durante varios años, lo postergó como pudo. Desechó gran cantidad de borradores de capítulos (uno de ellos titulado «Distorsiones fascistas de la política de

regeneración»), a medida que iba advirtiendo que no había *perekovka* en los campos de trabajo.

Slavin sabía que estaba acorralado. Tras el asesinato de Kirov, cuando la mitad del cuerpo docente fue purgado de la Academia Comunista, Slavin temió que lo arrestaran también a él. Ida recuerda que sus padres se encerraron en su habitación: «Se quedaron allí sentados hablando en susurros durante toda la noche». Los archivos del Partido confirman que, en diciembre de 1934, el nombre de Slavin fue agregado a una lista de sospechosos políticos («para ser arrestados en una fecha futura») que habían abandonado otros partidos para unirse a los bolcheviques.[377]

Sometido a una presión cada vez más intensa por los dirigentes de la Academia Comunista, Slavin entregó algunos capítulos en borrador del libro sobre el canal del mar Blanco. En esos capítulos, Slavin expresaba algunas críticas sobre el funcionamiento diario del sistema del Gulag, pero no hacía alusión alguna a la política de regeneración, de la que no había visto ningún rastro. El capítulo que antes había titulado «Distorsiones fascistas» aparecía ahora como «Distorsiones de la política de regeneración». Fue un acto de valentía, por el que la comisión editorial de la Academia Comunista lo criticó severamente en mayo de 1935. Ese acontecimiento marcó un momento de decisivo cambio moral. Sintiendo que ya no podía sostener sus convicciones bolcheviques, renovó sus antiguos contactos con los sionistas…, un intento desesperado, en palabras de Ida, «de hacer retroceder el reloj y reparar sus errores políticos». Pero Slavin sin duda sabía que era demasiado tarde. Se encontraba en una situación sin esperanza. Si completaba el libro sobre la perekovka podría haberse salvado, pero su moral no le permitía hacerlo, de manera que siguió postergándolo, seguramente sabiendo que,

cuanto más tiempo lo demorara, tanto más se acercaría a su arresto. «Estoy acabado —dijo Slavin en una reunión de sus camaradas del Partido realizada en la Academia Comunista en marzo de 1937—. Soy un fracaso político».[378]

5

A mediados de la década de 1930, la población del Gulag creció hasta alcanzar proporciones gigantescas, a medida que las víctimas de la colectivización y la hambruna eran arrestadas y enviadas a los campos de trabajo, que habían pasado a considerarse un componente esencial de la economía industrial soviética. Entre 1932 y 1936, la población de los campos de trabajo, de las colonias y las «colonias especiales» llegó a la cifra de 2,4 millones de personas (la población carcelaria añadía medio millón más).[379] Esta fuerza de trabajo esclava desempeñaba un papel particularmente vital en la industria de la construcción, en la industria maderera y en la minería de las remotas regiones del Ártico, donde la mano de obra se negaba a ir por propia voluntad. A causa de ello, incluso dentro del Gulag las personas tenían posibilidades de progreso. Había oportunidades disponibles, no sólo para guardias de prisión y administradores, quienes tras cumplir un período de servicio en el Gulag solían ser ascendidos en la NKVD, sino también para un selecto grupo de prisioneros, siempre que poseyeran la capacitación requerida por el sistema del Gulag y que se comprometieran con la línea del Partido, o al menos tuvieran la voluntad de adaptarse a ella.

Pavel Vittenburg, el geólogo que había tenido un papel tan importante en la exploración soviética de regiones mineras en la zona del Ártico, fue arrestado en abril de 1930. Era uno de

los varios cientos de científicos expulsados durante una purga en la Academia de Ciencias. Encarcelado en Leningrado, acabó por hundirse tras los prolongados interrogatorios y las amenazas contra su familia, y finalmente confesó que pertenecía a una organización monárquica que había ayudado a organizar la sublevación de Iakutsk en 1927 (cuando Vittenburg se dedicaba a la exploración de los campos auríferos de Kolyma en el noreste de Siberia). Llegó al límite de su resistencia cuando su interrogador se puso de pie ante él para dar la orden de arrestar a su esposa Pavel, Zina (Zinaida). Mientras Pavel estaba en la cárcel, Zina vivía esperando que la arrestaran. La familia fue obligada a trasladarse a una habitación de su espaciosa casa rural de Olgino, mientras un informante de la OGPU ocupaba las otras habitaciones y organizaba la confiscación de todos sus bienes. La hija de Pavel, Eugenia, recuerda haber acompañado a su madre en los viajes semanales a Leningrado, cuyo objetivo era preguntar por la suerte de Pavel en la oficina de la OGPU de la calle Gorojovaia:

> Solía dejarme, a mí, que era una niña de ocho años, junto a las fuentes (que en ese entonces no funcionaban) de los jardines del Almirantazgo, diciéndome que debía esperar allí su regreso. Si no venía, era porque la habían arrestado, y en ese caso debía dirigirme a una dirección que ella me había escrito en un papel y yo guardaba en un bolsillo. Era la dirección de Tatiana Lvovna, quien me daría albergue y cuidaría de mí.

En febrero de 1931, Pavel fue condenado a morir fusilado. En el último momento, fue indultado y lo sentenciaron en cambio a diez años de reclusión en un campo de trabajo. Su casa de Olgino fue confiscada (se convirtió en la dacha del funcionario de la OGPU). Pavel fue destinado al campo maderero de Mai-Guba, donde se producía madera para el canal del mar Blanco, y más tarde transferido para construir la red de desagües de un campo de trabajo próximo a Kem, situado en el sector norte del canal, donde éste desembocaba

en el mar. Mientras tanto, Zina se mudó con sus dos hijas, Eugenia y Valentina, a una sola habitación de un apartamento comunal de Leningrado (su hija mayor, Verónica, se había marchado a Dagestán). En el apartamento vivían dieciséis personas, incluyendo a sus dueños originales, una pareja mayor que ocupaba la habitación central, y su excriada, una mujer colmada de «resentimiento de clase», que vivía detrás de una cortina en el corredor. Durante el verano, Zina envió a sus dos hijas a Kiev, a casa de unos familiares, mientras ella trabajaba como médica voluntaria en el campo de trabajo de Kem para poder estar cerca de su esposo.[380]

Poco después del regreso de Zina a Leningrado, en agosto de 1931, Pavel fue trasladado como geólogo a la isla de Vaigach, en una expedición especial organizada por la OGPU y destinada a explorar la posibilidad de explotar los minerales preciosos de la zona.



Zina y Pavel Vittenburg en el campo de trabajo de Kem> (canal del mar Blanco), 1931.

Pavel fue afortunado. Lo salvó su pericia como geólogo. Aunque seguía siendo un prisionero, le permitían trabajar en su propia especialidad y pudo demostrar su talento al servicio

del Gulag. La expedición a Vaigach estaba encabezada por Fiodor Eijmans, el jefe de la OGPU de todo el Gulag, quien en junio de 1930 dejó su cargo en Moscú para establecer el primer campamento en esa remota isla del Ártico, situada en el mar de Kara. Casi la mitad de los 1.500 prisioneros eran geólogos, topógrafos e ingenieros, y la prospección consiguió revelar los ricos depósitos de cinc y plomo que ofrecía la isla, aunque buscaron en vano oro y platino, que constituían el verdadero motivo que había impulsado a Eijmans a involucrarse en el proyecto. El pueblo nenet (samoyedos) que vivía en la isla y proporcionaba el transporte a la expedición, tenía antiguas leyendas sobre una «mujer dorada», un tótem de oro macizo. Las condiciones de vida en el campamento eran muy duras, especialmente durante los primeros meses, antes de que se construyeran los barracones, cuando todos se vieron obligados a vivir en tiendas de campaña. Las minas de cinc y de plomo se excavaron manualmente, la disciplina era severa (la gente era fusilada por cometer minúsculas infracciones) y muchos morían a causa del frío extremo, que casi siempre llegaba a los −40 °C durante el invierno.[381]

Cuando Vittenburg llegó al lugar, la búsqueda de oro se había vuelto desesperada, hecho que probablemente explica que lo hubieran destinado a la isla, dada la necesidad de reforzar el número de geólogos ya instalados allí. Rápidamente designaron a Pavel geólogo jefe. Completó el peritaje de Vaigach, cuyo resultado fue la apertura del complejo minero del Gulag, las primeras minas en el Círculo Ártico, en el año 1934. Publicó varios artículos sobre la expedición en periódicos de la OGPU, e incluso llevó un álbum de recortes, bocetos y notas sobre la historia natural de la isla. Para ser un prisionero, Pavel tenía una vida privilegiada. Recibía raciones especiales, vivía en una casa aparte de los especialistas e incluso tenía su propia oficina. En

1932, se le permitió recibir una visita de su familia, que regresó de nuevo al verano siguiente para acompañarlo en una expedición intensiva de toda la isla. Tras dejar a Valentina con una amiga en Leningrado, Zina, junto con Eugenia, fue a vivir con Pavel durante el verano de 1933, cuando el nuevo comandante del campamento, Alexei Ditsklan, quien había reemplazado a Eijsman en octubre de 1932, permitió que los especialistas vivieran con sus familias. Las cartas que Zina enviaba a sus hijas describen las condiciones de vida:

> Isla de Vaigach
>
> 26 de agosto de 1933
>
> Mis queridas hijitas Veronichka y Liusenka [Valentina]:
>
> La noche del 24, ya muy tarde, llegamos finalmente a casa de papá. Nos llevó tres días, tres de ellos en medio de fríos vientos de intensidad cinco, llegar aquí. Gulenka [Eugenia] fue muy valiente, sobre todo si se considera que la mayoría de los pasajeros que nos rodeaban no pararon de quejarse… Papochka nos vino a buscar al barco, cargó todo en su bote de motor, y, a las once de la noche, llegamos a casa. Papochka tiene muy buen aspecto, ha ganado peso y tiene excelente color en la cara, sin una sola arruga. Está de buen ánimo, lleno de energía y, como siempre, está muy feliz con su trabajo (…). Vivimos muy bien en una casa para especialistas, algo notable en realidad si se tiene en cuenta que estamos en el paralelo 70. Tenemos dos habitaciones preciosas, cada una con tres ventanas, de manera que son muy luminosas, a pesar de estar orientadas hacia el noreste y el noroeste. Hay una enorme estufa con un horno, así que tendré que mejorar mis habilidades de ama de casa, que he perdido por completo. Os enviaré una foto de papá en el próximo barco, así podréis ver por vosotras mismas qué bien está y cuánto peso ha ganado…, Ayer por la noche fuimos a una reunión de despedida para aquellos [prisioneros] que regresan al continente, y de bienvenida para los recién llegados. Nos gustaron mucho los discursos, Y los Héroes del Trabajo fueron muy bien recibidos. Según parece, la expedición a Vaigach quedó primera en la Competencia de toda la Unión Socialista. Se produce aquí una maravillosa regeneración (*perekovka*) de la gente, como si las personas se rehicieran: todos los prisioneros vuelven al continente como trabajadores calificados, educados y conscientes. Si pudiéramos lograr más transformaciones como ésta… La velada finalizó con un «periódico viviente» [una forma de propaganda política] y un concierto excelente. Esas son las noticias del primer día y medio que hemos pasado aquí…[382]

Gradualmente, dentro de los límites del campo de trabajo, los Vittenburg volvieron a la rutina de su vida familiar. Zina trabajaba como médica en la clínica del campo de trabajo, y Eugenia asistía a la escuela para hijos de los especialistas y administradores. «Nuestra vida giraba en torno al trabajo de mamá y papá», recuerda Eugenia.

> Cada mañana, fuera cual fuera la temperatura exterior, papá llenaba un cazo con agua fría y se lavaba en nuestra habitación, comía algo para desayunar y se iba a trabajar en la sección de geología. Cuando volvía, comíamos y luego él se sentaba ante su escritorio. Mamá siempre volvía cansada del trabajo. Por la noche apenas si tenía energía para leer. Yo hacía todo el trabajo doméstico después de la escuela, porque era la que tenía más tiempo.
>
> Iba a buscar nuestra cena (dos para trabajadoras voluntarias y una para un prisionero) al comedor comunitario. Los cocineros eran chinos. Eran excelentes, me enseñaron a hornear. En general la comida nos parecía digna de reyes, comparada con la que teníamos en Leningrado.[383]

¿Qué se oculta tras esta visión entusiasta del Gulag? Según Eugenia, el optimismo de Zina, incluso su fe en la *perekovka*, eran sentimientos genuinos, no simplemente expresiones que incluía en sus cartas para congraciarse con los censores.[384] Sin duda, la felicidad de haber podido reunirse y ser nuevamente una familia influyó en su estado de ánimo. Pero también tenía importancia la situación relativamente privilegiada de la que gozaban los especialistas como los Vittenburg, que los protegía de los peores aspectos de la vida en el campo de trabajo. También es posible que estuvieran tan dedicados a su trabajo como para que eso mismo les diera cierta predisposición a aceptar con gusto cualquier perspectiva de su situación que les permitiera continuar trabajando y dormir bien por las noches.

En 1934, se produjo una revuelta en la isla de Vaigach. Un grupo de prisioneros que trabajaba en el extremo más alejado de la isla se rebeló y mató a sus guardias. Los rebeldes, sin embargo, no podían escapar de la isla, y finalmente fueron

fusilados o capturados y devueltos al campo de trabajo. Por ser una de los médicos, Zina tuvo que atenderlos y, tras supervisar las heridas de cada uno, decidir qué prisionero estaba en condiciones de volver al trabajo. Vio pruebas de terribles palizas, pero nada consiguió debilitar su fe en la *perekovka*, ni su voluntad de (tal como había acordado hacerlo al firmar su contrato de trabajo) cumplir con el régimen disciplinario del campo de trabajo reduciendo al máximo el período de licencia por enfermedad de los prisioneros. Por su dedicación al trabajo tras la rebelión, Zina fue recompensada con el título honorario de «trabajadora entregada» (*udarnitsa*), y su nombre inscrito en el «Libro Rojo» del campo. Ayudaba a enseñar a leer a los prisioneros y también participaba en las clases destinadas a adiestrarlos en algún oficio, con la convicción de que esas cosas contribuirían a transformar la personalidad de esos hombres y los rehabilitaría para volver a ser parte de la sociedad. Incluso se inscribió en la escuela del Partido y les dijo a sus hijas, por carta, que le encantaba estudiar allí.[385]



Pavel Vittenburg en su oficina, campo de trabajo de Vaigach, 1934.

Según Eugenia, Pavel estaba igualmente dispuesto a adoptar la perspectiva oficial del Gulag. Por lo que ella había

podido observar, Pavel «vivía completamente para su ciencia» y «no se interesaba en absoluto por la política». Estaba «agradecido al régimen soviético por haberle dado la oportunidad de seguir trabajando en su especialidad y también por haberle dado autorización a su familia para que fuera a Vaigach a vivir con él». Si creía en la propaganda sobre la *perekovka*, era, según su hija, por ser «sincero, ingenuo incluso, y un romántico por naturaleza». Quizá gran parte de todo eso sea cierto. Pero es el punto de vista de una hija cariñosa que rinde tributo a la memoria de su padre. Vistas desde una perspectiva diferente, las acciones de Pavel podrían considerarse reveladoras de una profunda concesión moral. Evidentemente, su trabajo florecía en el entorno del campo de trabajo, donde se le proporcionaba todo lo que necesitaba para ello. «Qué agradable es ser jefe en Vaigach —escribió Pavel en su diario—. Reina una disciplina cuasi militar, y los trabajadores se comportan con total obediencia». En julio de 1935, se concedió a Pavel una liberación temprana, seis años antes de lo que establecía su sentencia, en recompensa y reconocimiento de su valioso trabajo. Pero él quería completar su investigación geológica en Vaigach, y firmó un contrato con la administración para seguir trabajando allí voluntariamente. Según parece, éste fue un verdadero hito, el momento crucial en el que dejó de ser un prisionero que trabajaba coercitivamente para el Gulag, y se convirtió en un colaborador del sistema para poder continuar con su propia investigación.

Tras finalizar su trabajo en Vaigach, Pavel fue al campo de trabajo de Dimitrov, donde lo emplearon como geólogo en la construcción del canal Moscú-Volga. Mientras tanto, Zina y Eugenia, que habían regresado a Leningrado, descubrieron que «la vida se había hecho más confortable». Volvieron al apartamento comunitario en el que habían vivido antes,

donde se reunieron con Valentina y Veronika. Pronto les adjudicaron un cuarto extra, cuando los antiguos dueños fueron arrestados en el Terror que cundió en Leningrado después del asesinato de Kirov. Como no se les permitió recuperar sus muebles de Olgino, ya que la propiedad aún seguía siendo usada como dacha por la NKVD, las Vittenburg fueron invitadas a acudir al depósito de la NKVD y abastecer sus necesidades eligiendo entre el mobiliario confiscado a las víctimas de los arrestos realizados en Leningrado. Valentina y Veronika eligieron un par de sillones antiguos, un diván, un espejo, una estantería y un piano de cola.[386]

Pavel regresó a Leningrado en 1936. Durante los dos años siguientes trabajó para la administración del Gulag del océano Ártico, encabezando varias expediciones a Severnaia Zemlia. «Cómo conseguir más espacio para vivir, para que podamos estar cómodos todos juntos, como una familia unida (…), ése es el problema que aparentemente no puedo resolver», escribió Pavel a Eugenia en 1936. Aunque había logrado asegurarse una posición privilegiada gracias a su trabajo en el Gulag, todavía se sentía inseguro en el terreno político, y estaba preocupado por su familia.

> Es duro aceptar que soy incapaz de proporcionarles una vida confortable, la que merecen después de pasar tantos sufrimientos a mi lado. Lo único que puedo hacer es construir una casita, pero mamá no quiere saber nada. Las personas poderosas que podrían ayudarme me han vuelto la espalda. ¿Cuándo recuperaré aunque sea la décima parte de la influencia que tenía antes de 1930?

Pavel hizo un esfuerzo consciente y deliberado para sovietizarse. Tomó clases de historia del Partido, y abrazó la Verdad de sus enseñanzas. A fines de 1936, estaba dispuesto a aceptar la idea del Partido respecto de los «trotskistas» y otros «enemigos». «Qué vergüenza que nunca haya sabido nada de todo esto —anotó Pavel en su diario—. Si al menos hubiera sabido que leer historia amplía tanto el horizonte y permite

que uno consiga entender adecuadamente la línea general del Partido, tal vez mi vida no hubiera sido condenada a seguir el duro camino del exilio y la prisión. ¿Por qué fue destruida mi vida? ¡Ese bastardo de Trotski es el culpable de que se hayan perdido miles de vidas!»[387]

La historia de Pavel nos recuerda que el Gulag era mucho más que un campo de prisioneros. Como una de las fuerzas impulsoras de la economía industrial soviética, empleaba un enorme ejército de especialistas y técnicos: ingenieros, geólogos, arquitectos, investigadores científicos, incluso diseñadores de aeronaves, y les ofrecía una oportunidad única de desarrollar sus carreras.

Pavel Drozdov nació en 1906 en el seno de una familia campesina de Chernigov. Su padre había estado activamente involucrado en el movimiento marxista antes de 1917. Después de que sus dos progenitores murieran en la Guerra Civil, Pavel fue a Moscú, se inscribió en la Facultad de Economía de la Universidad de Moscú y luego se especializó como electricista. (Más tarde trabajó para Energía de Moscú, la planta responsable de la electrificación de gran parte de la capital.) En 1925, Pavel fue arrestado por su participación en una organización estudiantil de la Universidad de Moscú. Fue exiliado por tres años a la región de Krasnovishersk, donde trabajó en un campo maderero dependiente del complejo de campos de trabajo de Vishlag, que se hallaba entonces en su etapa inicial. Tras su liberación, producida en 1927, un año antes de lo que establecía su sentencia, Pavel eligió quedarse en el campo, donde lo emplearon como contable. Se casó con Alexandra, una joven campesina de una aldea próxima al campo, y tuvo dos hijos, que vivían con él en el albergue de los administradores del complejo de campos. En 1929, cuando Eduard Berzin, el «ilustrado» jefe del Gulag, llegó a

Vishlag, la suerte de Pavel experimentó un cambio dramático. Berzin era defensor de la regeneración de los prisioneros, y creyó encontrar en Drozdov el ejemplo viviente de su ideal: «Reconocí el talento de Pavel, en particular su memoria fotográfica»; a Berzin le gustaba decir que Pavel «tenía una calculadora dentro de la cabeza». Rápidamente lo ascendió en el departamento de administración del campo, y en sus conversaciones con los funcionarios de alto rango del campo mencionaba con frecuencia al exprisionero poniéndolo como un ejemplo de regeneración. En 1929, Pavel fue designado contable jefe del campo maderero, y en 1930, jefe contable de todo el complejo de Vishlag. Como uno de los asistentes principales de Berzin, Pavel siguió al jefe del Gulag cuando éste abandonó Vishlag para ir a organizar la red de campos de trabajo de Dalstroi, en el noreste de Siberia. En Magadán, capital de este imperio Gulag, Pavel se convirtió en contable principal de la sección de planificación del complejo de Dastroi y en inspector de los campos de trabajo del complejo. Ascendido al rango de teniente general en la NKVD, Pavel fue recompensado con un apartamento de cuatro habitaciones, suficientemente grande para alojar no sólo a su familia, sino también a la familia de su hermana. También le dieron un apartamento en Moscú, donde Alexandra y los niños pasarían los meses invernales. La familia tenía una vida privilegiada, con acceso a los comercios especiales y a los sanatorios reservados exclusivamente a la élite estalinista, y recibían regalos de las fábricas de Dalstroi en las fiestas soviéticas.[388] No estaba nada mal para un hombre que, apenas unos años antes, había sido un prisionero común del Gulag.

Mijail Stroikov nació en 1901 en una familia de antiguos creyentes de las cercanías de Ivanovo, a 300 kilómetros al noreste de Moscú. En 1925, se inscribió en el Instituto de Arquitectura de Moscú y se casó con Elena, una joven artista

de una escuela *rabfak* (donde los estudiantes que procedían de la clase obrera eran preparados para estudiar en un instituto). Su hija Julia nació en 1927. Justo antes del nacimiento de la niña, Mijail fue arrestado y exiliado a Siberia: había pertenecido a un grupo estudiantil que se oponía a las políticas agrarias de los bolcheviques. Elena fue expulsada de la escuela *rabfak* y se puso a trabajar en una fábrica textil. En 1930, Mijail regresó a Moscú y reingresó en el Instituto de Arquitectura, pero dos años más tarde fue arrestado nuevamente y encarcelado durante dos años en la prisión de Butyrki. Mijail era considerado un estudiante brillante. No había podido completar su tesis doctoral antes de ser arrestado, pero gracias a la intervención de su profesor, le permitieron hacerlo en la Butyrki, e incluso ir a hacer su defensa en el instituto. Es inconcebible que Mijail pudiera hacer todo eso sin apoyo de la policía política. Tenía dos tíos en la OGPU, y uno de sus más viejos amigos era Filipp Bazanov, el primer marido de Elena, quien también era un funcionario de alto nivel de la OGPU. Bazanov ayudó a Elena (y trató de convencerla de que volviera con él) mientras Mijail estaba preso. En 1934, Mijail fue exiliado a Arjangelsk. Aunque tenía familiares allí, entre los que se contaba la familia del exvicegobernador de Murmansk, no los visitó porque no quería ponerlos en peligro.

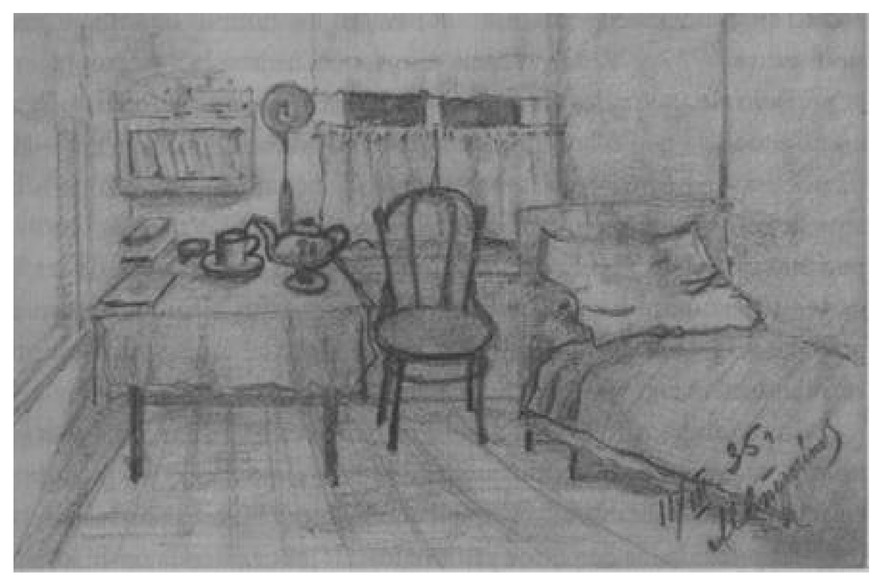
A Mijail lo salvó su excelencia como arquitecto. La NKVD lo empleó como arquitecto planificador para varios proyectos de construcción importantes (fábricas y puentes), usando mano de obra Gulag de los campos aledaños. Pronto se convirtió en uno de los principales arquitectos de Arjangelsk. Incluso en su condición de prisionero exiliado, Mijail disfrutaba de mejores condiciones de vida que Elena y Julia en Moscú. Ganaba una buena suma de dinero. Comía en el comedor para técnicos e ingenieros de la NKVD, donde se

servía carne todos los días, mientras que Julia y Elena vivían en Moscú con una dieta de gachas y pan. Mijail les envió dinero para comprar carne. Julia estaba enferma con frecuencia y necesitaba desesperadamente alimentarse mejor. A fines de 1934, Elena la envió a vivir con su padre en Arjangelsk, con la esperanza de que se beneficiara de la situación relativamente confortable de la que gozaba Mijail. La última vez que Julia había visto a su padre (el único recuerdo que tenía de él) había sido dos años antes, en la cárcel de Butyrki, una visita que la había dejado en tal estado que, con apenas seis años de edad, había intentado suicidarse. Mijail le alquiló el rincón de un cuarto a una anciana, Elena Petrovna, quien les preparaba la comida. Julia recuerda esas comidas (chuletas de cerdo con macarrones, tortas de carne molida, muslos de pollo, helado) con nostalgia.

> Por la tarde, cuando papá regresaba del trabajo, me preguntaba: «¿Qué le pediremos a Elena Petrovna? ¡Qué te gustaría comer?». A mí nunca me cansaba su deliciosa comida, y siempre decía [el primer plato que nos había preparado]: «¡Chuletas con macarrones! ¡Chuletas con macarrones!». Un día papá se cansó y me imploró: «Liusenka, piensa en alguna otra cosa, ya no puedo seguir comiendo lo mismo». Pero yo no podía pensar en nada que no fueran las dichosas chuletas.

Para Julia, esos años que pasó en Arjangelsk, desde 1934 hasta 1937, fueron los más felices de su vida. Le encantaba la escuela. Adoraba el ballet. Su padre la llevó al teatro y compró un gramófono para que ella pudiera bailar con música de ballet en el diminuto espacio que tenían. «El rincón de papá», como Elena denominaba a ese espacio, tenía apenas siete metros cuadrados, con un tabique de contrachapado que Mijail había construido para dividirlo del resto del cuarto, donde vivía Elena Petrovna. Mijail estaba muy orgulloso de su obra, que creaba la ilusión de que tenían un cuarto independiente. «El rincón de papá» sólo tenía espacio para una cama, una mesa, una silla y una estantería en la pared.

Pero era una especie de hogar, y Julia se sentía muy feliz de vivir allí con su padre.



«El rincón de papá». Dibujo de Mijail Stroikov, 1935.

En enero de 1937, Elena se trasladó a Arjangelsk. Se aproximaba el final de la sentencia de Mijail, y ella quería volver a Moscú con toda la familia. Pero las autoridades no le permitieron quedarse en Aqangelsk hasta el final del exilio de Mijail, por lo que Elena volvió a Moscú con Julia. Pocas semanas más tarde, en marzo, Mijail fue arrestado y sentenciado a cinco años en un campo de trabajo por «agitación contrarrevolucionaria» (fue fusilado en 1938). Elena no sabía nada de su arresto. No recibió más cartas de su esposo. Sólo se enteró de lo que había ocurrido el verano siguiente, cuando volvió a Arjangelsk y habló con Elena Petrovna.[389]

Los Vittenburg, los Drozdov y los Stroikov fueron, por supuesto, casos excepcionales. La gran mayoría de la población del Gulag fue mano de obra esclava, o languideció en los campos de prisioneros o en remotas colonias, con

escaso acceso a las comodidades de una vida normal y sin perspectivas de que se les conmutara la pena. El coste en vidas humanas fue enorme. Las estadísticas de la NKVD revelan que más de ciento cincuenta mil personas murieron en los campos de trabajo soviéticos entre 1932 y 1936.[390] Estas cifras arrojan una luz diferente sobre el período de mediados de la década de 1930, que ha sido considerado con frecuencia como la calma que precedió a la tormenta de 1937-1938 (la poetisa Ana Ajmátova llamó a esa época los «años vegetarianos»). Para aquellos cuyas vidas fueron devastadas por el Gran Terror, esa visión del período que abarca hasta mediados de la década de 1930 puede ser verdadera. Pero para los millones de personas cuyas familias fueron dispersadas en los campos de trabajo y las colonias del Gulag, esos años fueron tan terribles como cualquier otro.

Leyendo las cartas que los prisioneros enviaban a sus familiares (cartas que se escribían teniendo siempre presente que deberían pasar por la censura), resulta notable advertir hasta qué punto el Gulag cambió los valores y las prioridades de tantos prisioneros…, particularmente de los «presos políticos», que tanto se habían sacrificado en nombre de sus ideales. Por más que antes se hubieran preocupado por conseguir progresar en su carrera, o por la promesa de una utopía comunista, los años de vida en un campo de prisioneros o en el exilio los forzaban a reconsiderar su vida y a asignar el mayor valor a la familia.

Tatiana Poloz (Miagkova por nacimiento) nació en 1898 en el seno de la familia de un abogado en la región de Borisoglebsk, en la provincia de Tambov. Su madre, Feoktista, hija de un sacerdote, era miembro del Partido Social Democrático, que apoyó a los bolcheviques cuando se separaron de los mencheviques en 1903; ella fue quien alentó

a Tatiana a actuar en política. En 1919, Tatiana se afilió al partido bolchevique y participó en el trabajo de propaganda que se llevó a cabo tras las filas del Ejército Blanco de Denikin, en el frente sur durante la Guerra Civil. Allí conoció a su esposo, Mijail Poloz, uno de los dirigentes de los borotbistas (socialistas revolucionarios), el único partido ucraniano que convocaba un seguimiento masivo del campesinado. En ese momento, Poloz prestaba servicio en el Consejo Militar del gobierno ucraniano independiente. Al finalizar la Guerra Civil, los borotbistas se fusionaron con los bolcheviques, Ucrania pasó a estar bajo el dominio soviético, y Poloz se convirtió en el representante político (*polpred*) de Ucrania en Moscú. Tatiana ingresó en la Escuela Superior del Partido, asistiendo a las clases dictadas por Trotski. En 1923, Mijail fue designado comisario de Finanzas del gobierno soviético ucraniano. El y Tatiana se establecieron en Jarkov (la capital de Ucrania hasta 1934), donde en 1924 nació su hija Rada.

Tres años más tarde, Tatiana fue exiliada a Astracán, y luego, en 1929, a Chelkar, Kazajstán. Fue acusada de ser una activa opositora, relacionada con el grupo de Smimov, una importante facción de la Oposición de Izquierda que había estado encabezada por Trotski hasta que sus líderes fueron expulsados del Partido en 1927. En el otoño de 1929, Mijail fue a Kazajstán para visitar a Tatiana. Le suplicó que renunciara a la política de oposición por el bien de su hija, quien entonces vivía con la abuela. Según un camarada opositor de Tatiana que también estaba exiliado en Chelkar, en cierto momento Mijail susurró a su mujer algo al oído: «Era alguna clase de información secreta que la dejó totalmente abatida e impotente». Tal vez Mijail le dijo que Smirnov y su grupo habían estado negociando una capitulación con las autoridades estalinistas, con la esperanza

de volver a ser aceptados en el Partido. El 3 de noviembre de 1929, se publicó en *Pravda* un artículo de Smirnov en el que declaraba su absoluto apoyo al Plan Quinquenal y a la «línea general del Partido», renunciaba a su posición trotskista y pedía a sus seguidores que «superaran sus vacilaciones y volvieran al seno del Partido». De inmediato, cuatrocientos integrantes del grupo de Smirnov firmaron una declaración de sometimiento a la línea general del Partido, y entre ellos se contaba Tatiana, quien fue liberada del exilio y autorizada a regresar con su familia.[391]

En 1930, la familia se mudó de Jarkov a Moscú, donde Poloz fue designado subdirector de la Comisión Presupuestaria de la Unión Soviética, mientras Tatiana trabajaba como economista en la industria automotriz. Vivían con la madre de Tatiana, Feoktista, y un ama de llaves, en un gran apartamento de la Casa del Dique, el prestigioso edificio de apartamentos para trabajadores del gobierno situado frente al Kremlin, aunque, por ser revolucionarios románticos que siempre habían vivido para sus ideales, la familia no atribuía demasiada importancia a su privilegiado estilo de vida. Tatiana mantuvo su posición trotskista, tanto en contra de los deseos de su esposo, quien insistía en que oponerse a Stalin era fútil, como de los de su madre, que era una estalinista convencida. En 1933, fue arrestada nuevamente, junto con el resto del grupo de Smirnov, y sentenciada a tres años de aislamiento especial en un campo de prisioneros de Verhneuralsk, en los Urales. Mijail fue arrestado pocos meses más tarde, en 1934, acusado de intentar establecer un gobierno ucraniano burgués, y sentenciado a diez años en el campo de trabajo de Solovetsky. Expulsadas de la Casa del Dique, Rada y su abuela se trasladaron a un apartamento amueblado en las afueras de Moscú, donde se les unió la tía de Rada, Olga, cuyo esposo había sido arrestado tres años

antes, y su hijo Volodia. Feoktista «trató de enseñarme a respetar y amar a mis padres», recuerda Rada:

> Pero, al mismo tiempo, esperaba que yo amara y respetara al poder soviético. No era una tarea fácil, pero de alguna manera lo consiguió. La abuela creía sinceramente que Stalin no conocía la enorme proporción de los arrestos (…). Creía que los enemigos del poder soviético eran tantos que las autoridades no podían saber con precisión quiénes eran los culpables. En nuestra casa, se oía con frecuencia la expresión: «No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos».[392]

Entre 1933 y el mes de junio de 1936, Tatiana escribió 136 cartas a Feoktista y Rada, un promedio de una carta por semana. Ésa es una de las colecciones de cartas privadas más importantes de las que se enviaron desde el Gulag.[393] Las primeras cartas reflejan las preocupaciones políticas de Tatiana. La mujer pide que se le envíen los escritos de Marx. Comenta en detalle los últimos acontecimientos políticos. En junio de 1934, por ejemplo, las cartas de Tatiana estaban llenas de elogios de la tripulación del Cheliuskin, que acaba de realizar un viaje pionero a través del océano Ártico, desde Leningrado hasta el estrecho de Bering. La travesía había acabado en desastre cuando el vapor fue aplastado por el hielo y se hundió en las profundidades del mar de Chuckchi, en febrero de 1934.



La familia Poloz, 1934: Rada está de pie entre su tía Olga y su abuela, Feoktista. El niño es Volodia, el hijo de Olga.

Pero la tripulación, que acampó sobre un iceberg, fue finalmente rescatada por aviones soviéticos y trasladada a Moscú, donde la propaganda convirtió el incidente en una historia de supervivencia heroica. La tripulación de *Cheliuskin* había «demostrado al mundo lo que son los bolcheviques», escribió Tatiana el 24 de junio, añadiendo cuatro días más tarde sobre el mismo tema:

> El orgullo de ser ciudadano soviético probablemente nunca ha sido tan intenso y tan generalizado como lo es hoy. El orgullo por las «buenas cualidades» del pueblo soviético, por los hermosos aeroplanos soviéticos, por los buenos científicos y marineros soviéticos y todo el resto, el orgullo de ser bolchevique, ya que los bolcheviques han demostrado el poder supremo de sus ideas y de su capacidad de organización en medio de esos icebergs. ¡Y qué potente debe ser todo eso para educar a los niños!

La educación política de Rada aparecía como una constante preocupación en esas cartas. «Mamá siempre escribía sobre cómo había que construir el comunismo», recuerda Rada:

> Quería que me convirtiera en ingeniera y en escritora… Y sus cartas ejercieron influencia sobre mí. Aunque me crio mi abuela, me gustaba pensar que, por medio de esas cartas, mi madre también estaba presente en mi educación.[394]

Tatiana quería que Rada fuera educada para ser comunista. Derramó todo un mar de tinta en comentarios sobre su conducta en casa (de la que decía haberse enterado leyendo «los periódicos» para evitar revelar que su fuente de información era Feoktista):

> 12 de junio de 1935
>
> ¿Y cómo andan nuestras obligaciones en el hogar, mi mónita? En los periódicos dicen que haces tus tareas domésticas sin gran entusiasmo, y que con frecuencia te olvidas de lo que tenías que hacer. Pero también dicen otras cosas. Leí este cable en Izvestia: «Moscú (TASS). A la gran trabajadora y estudiante modelo Rada, de once años, se le pidió hoy que lavara los platos y limpiara la cocina. La tarea fue llevada a cabo muy bien. Los platos quedaron limpios y todo en orden. Rada contempló los resultados de su esfuerzo con gran satisfacción y le dijo a nuestro corresponsal que, de ahora en adelante, cumpliría con sus tareas manteniendo ese mismo nivel de excelencia». El corresponsal lo aprobó, por supuesto, y yo también. Estudia, mónita, cocina, lava, limpia cuando

te lo pidan: lo principal es que hagas lo que te piden.

A medida que se alargaba el tiempo que Tatiana permanecía en prisión, sus cartas denotaban cada vez mayor preocupación por las relaciones familiares. A Mijail no le permitían escribir a Moscú, pero sí estaba autorizado a escribirse con Tatiana, cuyas cartas se convirtieron, por lo tanto, en el único medio por el que Rada podía recibir información sobre su padre, y Mijail sobre su hija. Reflexionando sobre las cartas de su madre, Rada cree que a Tatiana le permitieron mantener las relaciones familiares que necesitaba para sobrevivir. Las cartas estaban «llenas de optimismo —escribe Rada en sus memorias—; siempre nos recordaba que el tiempo pasaba, y que ella esperaba con ansiedad el feliz momento en que la familia volvería a reunirse una vez más». Muchas de las cartas que Tatiana enviaba desde la prisión venían con pequeños regalos (muñecas de trapo, animales de juguete e incluso ropa) que ella misma había hecho para Rada en el campo de prisioneros. [395]

Fragmento de una carta de Tatiana dirigida a Rada, 12 de junio de 1935.

Tras ser liberada de la prisión de Veijneuralsk en 1936, Tatiana fue exiliada a Uralsk y más tarde a Alma-Ata. Feoktista pasó dos semanas con Tatiana en Uralsk, durante el mes de marzo de 1936. Fueron dos semanas maravillosas para Tatiana, quien más tarde escribió sobre la nueva intimidad que había experimentado con su madre mientras ambas se habían sentado juntas, «mi cabeza descansando sobre tu hombro», y habían hablado sobre el pasado.[396] Poco después de que Feoktista regresara a Moscú, Tatiana le escribió: «¡Mamusenka! He vuelto a casa pero esto no es un hogar. Tú no estás aquí, no hay *hogar* [escrito en inglés, *home*], ni calor ni calidez. En abril, cuando Tatiana fue trasladada a Alma-Ata, empezó a alimentar la esperanza de que Rada pudiera ir a vivir con ella. Invirtió toda su energía en organizar ese viaje. Sus cartas de esa época estaban colmadas de esperanza y entusiasmo, tal como escribe Rada: «Su obstinación y su persistencia estaban completamente concentradas en la tarea de encontrar trabajo y una pequeña habitación donde pudiera vivir con su hija». El viaje de Rada no se concretó. En junio de 1936, cuando Rada estaba a punto de partir de Moscú para reunirse con su madre en Alma-Ata, Tatiana volvió a ser arrestada y enviada a un campo de trabajo desconocido. «Ya habíamos comprado los billetes para Alma-Ata», recuerda Rada:

> Habíamos encontrado a algunas personas para que me cuidaran durante el viaje, habíamos empaquetado todas mis cosas y enviado un telegrama con los detalles de mi llegada. Recibimos esta respuesta: «El destinatario ya no vive aquí». Devolvimos el billete. Me quedé en Moscú y nunca más volví a ver a mi madre.

Tatiana fue enviada a Kolyma, una de las peores colonias estalinistas del Gulag. En noviembre de 1937, la fusilaron. Mijail fue ejecutado en Karelia en el transcurso del mismo

mes. La correspondencia con su esposa («una trotskista») fue registrada en su prontuario de la NKVD como prueba suficiente de su culpabilidad que justificaba su sentencia de muerte.[397]

Rada no se enteró de la muerte de sus padres. Trataba de no pensar en ellos, porque no sabía si estaban vivos o no. Pero una vez vio a su madre en un sueño:

> Al principio me encontraba en la cubierta de un barco, en medio del mar. Tenía en las manos dos textos escolares empaquetados con papel marrón. Abría uno de ellos y reconocía la letra de mi madre. La primera oración era muy extraña: «Cuando leas estas líneas, yo ya estaré en el fondo del mar…». Leí unos renglones más, que no puedo recordar. Después, el miedo me paralizó. Había unas enormes cañerías que arrojaban cascadas de agua. Mi miedo creció, apoderándose de mí, hasta que desperté.[398]

Rada creyó el «mensaje» de su sueño (que su madre se había ahogado) y empezó a pensar en ella todo el tiempo. Más tarde, cuando oyó hablar a algunos supervivientes de Kolyma sobre un barco cargado de prisioneros que se había hundido, se convenció aún más de que ese había sido el destino de su madre. Siguió creyendo en su sueño durante muchos años; incluso después de haber recibido el certificado de defunción que le enviaron las autoridades, declarando que su madre había sido fusilada, Rada siguió creyendo que Tatiana se había ahogado.

Tatiana Poloz no fue la única socialista fervorosa que experimentó una nueva valoración de lo que significaban los vínculos familiares después de haber sido arrestada. Nikolai Kondratiev había nacido en 1892, en una familia campesina de la provincia de Kostroma, a 40 kilómetros al noreste de Moscú. Estudió economía en la Universidad de San Petersburgo, se afilió al Partido Socialista Revolucionario y desempeñó un papel importante en la formulación de las reformas agrarias de 1917. En la década de 1920, Kondratiev

era un prominente economista que trabajaba como asesor del gobierno soviético. Era un firme partidario de la NEP, ya que favorecía la primacía de la agricultura y las manufacturas de productos de consumo por encima del desarrollo de la industria pesada. En este período, desarrolló su teoría sobre los círculos de largo plazo en la economía capitalista (las «ondas de Kondratiev»), que lo hizo famoso en todo el mundo. Pero, con la anulación de la NEP, Kondratiev fue destituido de todos sus cargos. En julio de 1930, fue arrestado bajo el cargo de pertenecer a un «Partido Obrero Campesino», ilegal y probablemente inexistente. Stalin le escribió a Molotov: «Kondratiev y algunos otros bribones definitivamente deben ser fusilados».[399] Sin embargo, Kondratiev fue sentenciado a ocho años en un campo de prisioneros con aislamiento especial situado en un monasterio del siglo XIV, el de Spaso-Yefimeyev, en Suzdal, donde estuvo recluido a partir de febrero de 1932.

La salud de Kondratiev se deterioró rápidamente. Entraba y salía del hospital de la prisión quejándose de severos dolores de cabeza, mareos y sordera intermitente, reumatismo crónico en las piernas, diarrea, vómitos, insomnio y depresión. Para 1936, estaba prácticamente ciego. Sin embargo, Kondratiev seguía adelante con su investigación y se dedicaba a preparar cinco libros nuevos. Escribió cerca de cien cartas a su esposa, Eugenia,[400] casi todas ellas con pequeñas notas dirigidas a su hija Elena («Aliona»), que había nacido en 1925. El dolor que Kondratiev sentía a causa de la separación resulta casi palpable en estas cartas. A su hija es a quien más echa de menos. La situación era aún más penosa porque Kondratiev era obviamente un padre amantísimo. Deseaba desesperadamente desempeñar algún papel activo en la crianza de su hija, y su mayor sufrimiento en la prisión era que no podía hacerlo. «Qué terrible es que ella esté creciendo

en mi ausencia —le escribió a Eugenia en marzo de 1932—. Eso me atormenta más que cualquier otra cosa».[401] Como padre, Nikolai volcaba todo su amor en las cartas dirigidas a Elena. Cuando ella no le escribía, se lo reprochaba diciéndole que no lo amaba lo suficiente. Nikolai le recordaba constantemente los incidentes de la vida que ambos habían compartido antes de su arresto. Hacía dibujos en sus cartas y le contaba historias sobre la vida silvestre alrededor del monasterio: los pájaros que iban a visitarlo, los zorros que había visto. En muchas de sus cartas Nikolai incluía flores prensadas, o hierbas de los prados cercanos al monasterio, pero, sobre todo, concentraba toda su atención en el desarrollo intelectual de su hija. Le enviaba acertijos y rompecabezas. Le recomendaba libros que debía leer, pidiéndole que luego le escribiera contándole sus impresiones. La alentaba a escribir un diario, corregía sus errores de ortografía y la reprendía diciéndole que debía «escribir pulcramente, siempre tratando de hacer las cosas bien».[402] Al pie de muchas de las cartas de Nikolai, aparece, con la caligrafía de una niña pequeña, la palabra «papá». Las cartas eran todo lo que Elena tenía de su padre. Cuando creció, se convirtió en botánica y profesora de la Universidad de Moscú. Tal vez las cartas de su padre influyeron sobre ella, despertando su interés por la botánica.



Nikolai y Elena («Aliona») Kondratiev, 1926.

En 1935, Nikolai le envió a Elena un cuento de hadas que él mismo había escrito e ilustrado, como regalo para el día de su onomástica.[403] «Las extrañas aventuras de Shammi» cuenta la historia de una gatita que va en busca de la tierra ideal, en la que «la gente, los animales y las plantas viven felices y en armonía». *Shammi* parte con su amigo, el gato *Vasia*, que es muy cobarde y no quiere ir. En el camino, se encuentran con muchos animales que tratan de disuadirlos del viaje, prometiéndoles felicidad si abandonan la búsqueda, pero *Shammi* sigue adelante, reclutando a varios animales (una cabra, un burro, un caballo y una gallina) que «han trabajado duro y anhelan una vida mejor». Pero muy pronto los viajeros empiezan a tener problemas: discuten entre ellos, algunos son devorados por un cocodrilo, otros mueren en el bosque bajo los disparos de los cazadores.



«Las extrañas aventuras de Shammi» (detalle)

El 31 de agosto de 1938, Kondratiev escribió a su hija:

> Mi querida y dulce Alionushka:
>
> Probablemente tus vacaciones ya han terminado y has vuelto a la escuela. ¿Cómo has pasado el verano? ¿Te has puesto más fuerte, has aumentado de peso, te has bronceado con el sol? Me gustaría mucho saberlo. Y me gustaría mucho, pero mucho, verte y besarte muchas veces. Yo todavía no me siento bien, aún estoy enfermo. Mi dulce Alyonushka, deseo que no enfermes este invierno. También quiero que estudies mucho, como lo hiciste antes. Lee buenos libros. Sé una niñita buena e inteligente. Escucha todo lo que te dice tu madre y no la decepciones. También me sentiría muy feliz si lograras no olvidarte del todo de mí, tu papá. ¡Bueno, que tengas salud! ¡Y sé feliz! Te beso infinitamente. Tu papá.[404]

Esta fue su última carta. Poco después, el 17 de septiembre, Nikolai fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento.

Capítulo 4

El Gran Terror (1937-1938)

1

Julia Piatnitskaia no sabía qué pensar cuando su esposo fue arrestado, la noche del 7 de julio de 1937. Osip Piatnitski era un veterano bolchevique, miembro del Partido desde su fundación y uno de los camaradas más dignos de confianza de Lenin. En un artículo aparecido en *Pravda* que celebraba el cincuenta aniversario de Piatnitski, en enero de 1932, Krupskaia, la viuda de Lenin, lo había descrito como «un típico profesional revolucionario que se entregó enteramente al Partido, y que sólo vivió para defender sus intereses». Julia se preguntaba cómo era posible que Osip fuera considerado ahora «un enemigo del pueblo». Ella era una bolchevique comprometida, pero no sabía si creer lo que decía la prensa soviética, que había llamado a Piatnitski «traidor» y «espía», o si creer al hombre que había amado durante casi veinte años. Osip era el padre de sus dos hijos, pero después del arresto ella ya no estaba segura de conocer realmente a su marido. «¿Quién es Piatnitski? —escribió Julia en su diario—. ¿Un verdadero revolucionario o un bribón? (…). Podría ser cualquiera de las dos cosas. No lo sé. Eso es lo más atroz».[405]

Julia había conocido a Osip en 1920, cuando ella tenía veintiún años y él treinta y nueve. Había nacido en el seno de una familia ruso-polaca, en Vladimir. Su madre era una noble polaca que había transgredido todas las costumbres de su casta al casarse con un sacerdote ortodoxo ruso sin el permiso de sus padres. Julia, que tenía seis años cuando murió su

madre, había heredado su temperamento rebelde y romántico. Apasionada y bella, a los dieciséis años había escapado de su casa para alistarse como enfermera en el ejército ruso durante la Primera Guerra Mundial. Se casó con un joven general, quien desapareció en acción en 1917. En el curso de la Guerra Civil, se unió a los bolcheviques. Trabajó como espía para el Ejército Rojo, infiltrándose en el cuartel general del almirante Kolchak, jefe del Ejército Blanco en el frente oriental. Pero finalmente fue descubierta. Salvando su vida de milagro, huyó a Moscú, tuvo una crisis nerviosa, y mientras se recuperaba en un hospital conoció a Osip, quien estaba allí visitando a un amigo. Julia era una persona muy excitable y volátil, emocional y poética. Tenía un profundo sentido de la justicia, producto de su estricta educación religiosa, que ejercía gran influencia sobre su conducta política. Era cálida y afectuosa, y según la hija de uno de los camaradas de Osip, todas las personas que la conocían la adoraban. «Nosotros, los niños, siempre estábamos tranquilos en presencia de ella. Cuando ella estaba allí, olvidábamos nuestras preocupaciones (…). Siempre se la veía llena de vida».[406]

Osip, por el contrario, era serio y taciturno. Un hombre fornido, de baja estatura, con rasgos suaves y atractivos, era un modelo del revolucionario profesional. Modesto hasta el punto de ser absolutamente desinteresado, rara vez hablaba de su vida privada (muchos de sus más antiguos camaradas del Partido ni siquiera sabían que Osip tenía una familia). Había sido uno de los activistas más importantes de la clandestinidad marxista antes de 1917. Se encargaba de entrar literatura ilegal de contrabando desde Europa. Había pasado mucho tiempo en el extranjero, especialmente en Alemania, donde se lo conocía con el seudónimo de «Freitag» (Viernes), o «Piatnitsa» en ruso, de donde derivaba el apellido Piatnitski

(su apellido judío verdadero era Tarshis). Cuando se casó con Julia, Osip era secretario del Comité Central del Partido en Moscú. Pero pronto fue transferido a la Comintern, la organización internacional del Partido Comunista, donde estaba a cargo del crucial Departamento de Organización, convirtiéndose así en verdadera cabeza de toda la Comintern. Piatnitski supervisó la enorme expansión de las actividades de la Comintern, con la que se pretendía extender la Revolución a todos los rincones del mundo. Sus *Memorias de un bolchevique* (1926), un manual de los principios éticos y organizativos del Partido, fue traducido a más de veinte idiomas. Piatnitski estaba exhausto de trabajar. «Permanecía en las oficinas de la Comintern de la mañana hasta la noche», recordó.[407] A mediados de la década de 1920 —cuando tenía poco más de cuarenta años— encaneció por completo y luego se quedó calvo.

El trabajo de Osip también significó una pesada carga para la vida de su familia. El apartamento de los Piatnitski, en la Casa del Dique, estaba siempre colmado de visitantes extranjeros. Osip se perdió la infancia de sus dos hijos, Igor (nacido en 1921) y Vladimir (nacido en 1925). Su ausencia constante era causa de muchas discusiones con Julia, quien además se sentía cada vez más desilusionada con el aburguesamiento del Partido y la dictadura de Stalin durante la década de 1930. Igor recuerda una discusión entre sus padres —debe de haber sido en 1934— en la que ella empezó a recitar, en voz alta y con furia, los versos sediciosos del poeta de principios del siglo XIX, Dimitri Venivtinov:

> El polvo, el hedor, pulgas, cucarachas
> y en todas partes el peso de su mano y su arrogancia
> y todos esos rusos en constante cháchara:
> a todo esto debemos llamar nuestra santa madre patria.

Aterrado al pensar que sus vecinos pudieran oírla, Osip le

rogó a su esposa: «¡No alces la voz, Julia!».[408]

Hacia 1935, la posición que Piatnitski había alcanzado en la Comintern lo había hecho famoso entre los comunistas de todo el mundo (Harry Pollitt, el comunista británico, dijo que Piatnitski era la Comintern). En este momento, la política exterior de Stalin se orientaba a contener la expansión de la Alemania nazi por medio del fortalecimiento de las relaciones con los estados democráticos occidentales («seguridad colectiva»). En 1934, la Unión Soviética incluso se había unido a la Liga de las Naciones, organización a la que apenas dos años antes había denunciado como «conspiración imperialista». La Comintern estaba subordinada a esta política exterior.



Osip y Julia (sentada a la derecha en el primer escalón) con sus hijos Igor (junto a Osip) y Vladimir Piatnitski (sobre el regazo de Julia), y algunos hijos de los vecinos en su dacha cercana a Moscú. Finales de la década de 1920.

Encabezada por su nuevo secretario general, el comunista búlgaro Georgi Dimitrov, la Comintern tenía ahora la tarea

de construir alianzas con los socialistas europeos y conducirlos hacia la formación de gobiernos de coalición («Frentes Populares») con los partidos de centro para contrarrestar así la amenaza fascista. La política tuvo cierto éxito en Francia y en España, donde se eligieron gobiernos del Frente Popular en 1936. Pero había opiniones que criticaban esta estrategia dentro de la propia Comintern, entre las que se contaba la opinión del propio Piatnitski. Muchos comunistas, incluyendo a exmiembros de la Oposición de Izquierda encabezada por Trotski en la década de 1920, consideraban la estrategia una traición a la causa revolucionaria internacional, que según ellos sólo podría materializarse mediante «Frentes Unidos» de comunistas y socialistas, excluyendo a los partidos de centro de la burguesía; hicieron causa común con exmiembros de la más moderada Oposición de Derecha, encabezada por Rikov y Bujarin, quienes estaban cada vez más disconformes con el abuso de poder de Stalin. Estos dos grupos consideraban a Stalin un «contrarrevolucionario». Para 1936, la Comintern estaba colmada de susurros de descontento causados por la política exterior de Stalin. Los izquierdistas vinculaban el acercamiento estalinista a las potencias occidentales con el aburguesamiento de la élite soviética. Profundamente comprometidos con el ideal de la revolución mundial, temían que la Unión Soviética, bajo el liderazgo de Stalin, dejara de ser un modelo para los proletarios de Occidente, y se convirtiera en mero guardián del orden y la seguridad. Estaban particularmente decepcionados porque Stalin no había ofrecido apoyo adecuado a los diversos defensores de la izquierda de la República en la Guerra Civil española, cuando, en el otoño de 1936, los nacionalistas del general Franco —que recibieron el total apoyo de la Italia fascista y la Alemania nazi— avanzaron hasta los suburbios de Madrid. A veces, incluso a

algunos leales partidarios de Stalin les resultaba difícil estar de acuerdo con decisiones que consideraban una traición de su compromiso ideológico con el internacionalismo revolucionario. Como un viejo bolchevique explicó a William Bullitt, embajador estadounidense en la Unión Soviética, en 1935: «Es necesario que usted entienda que la revolución mundial es nuestra religión, y que no hay uno solo de nosotros que, en el análisis final, no se opondría incluso al propio Stalin si nos pareciera que está descuidando la causa de la revolución mundial».[409]

Stalin empezó a desconfiar cada vez más de la Comintern, porque temía que estuviera escapando a su control. En el VII Congreso, realizado en agosto de 1935, urdió una remodelación completa de la plana mayor. Piatnitski fue relevado de su cargo ejecutivo y designado para hacerse cargo de un nuevo departamento del Comité Central, con la tarea de supervisar el trabajo de la burocracia del Partido. El juicio —destinado a funcionar como alarde de poder— de los expositores Kamenev y Zinoviev, realizado en agosto de 1936, fue una clara advertencia de Stalin, dirigida a sus críticos, que expresaba que, a partir de ese momento, todas las políticas se decidirían desde arriba. Y la advertencia se concretó especialmente en la Comintern, donde Stalin calificó la oposición como obra de «espías foráneos». «Todos ustedes, allí en la Comintern, han caído en manos de enemigos», escribió Stalin a Dimitrov en febrero de 1937. Varios miles de funcionarios de la Comintern y comunistas extranjeros fueron arrestados en 1937-1938. Los partidos comunistas alemán, polaco, yugoslavo y báltico fueron prácticamente aniquilados. En el cuartel general de la Comintern y en el Hotel Lux de Moscú, donde vivían muchos funcionarios de la Comintern, cundió tanto el pánico que, según las palabras de un funcionario, «muchos están medio locos y son incapaces

de trabajar a causa del miedo permanente».[410]

Stalin denunció a Piatnitski como trotskista. Más tarde, fue acusado de estar involucrado en una «organización de espionaje fascista de trotskistas y derechistas dentro de la Comintern». Pero según la versión de los acontecimientos relatada por sus hijos, la verdadera causa del arresto fue un valeroso discurso que creían que había pronunciado en la reunión plenaria del Comité Central en junio de 1937.[411*] Aparentemente, Piatnitski quedó consternado ante lo que había descubierto en su trabajo en el Comité Central. Se sintió particularmente perturbado por el enorme poder personal de Stalin y por su desenfrenado empleo de la NKVD para la eliminación de sus enemigos.



Osip Piatnitski en el VII Congreso de la Comintern, Moscú, Í935.

Se cree que, en la reunión plenaria de junio, Piatnitski acusó a la NKVD de fabricar evidencias contra «enemigos del pueblo» y requirió el establecimiento de una comisión especial del Partido con el propósito de controlar el trabajo de este departamento gubernamental. Era un discurso suicida, tal como el propio Piatnitski debió de advertir. Cuando terminó de hablar, reinó el silencio en la sala. La tensión era

palpable. Se dispuso un receso. Siguiendo instrucciones de Stalin, varios líderes del Partido, entre los que se contaban Kaganovich, Molotov y Voroshilov, intentaron convencer a Piatnitski para que retirara sus palabras y de esa manera salvara su vida. Molotov le rogó que pensara en las consecuencias que su acción tendría para su esposa e hijos. Pero Piatnitski se negó a retirar sus palabras; alegó conocer cuál sería su destino, pero dijo que su «conciencia de comunista» no le permitía retractarse. Según Kaganovich, Piatnitski le dijo que su protesta había sido un acto consciente y premeditado. «Dijo que, por la unidad y la pureza moral del Partido, estaba dispuesto a sacrificar su vida y, si era necesario, a pasar por encima de los cadáveres de sus hijos y de su esposa». Cuando informaron de lo ocurrido a Stalin, se resolvió suspender por ese día la sesión plenaria. A la mañana siguiente, el plenario abrió con un discurso de Nikolai Yezhov, jefe de la NKVD, quien acusó a Piatnitski de ser un espía zarista enviado por los poderes capitalistas a infiltrarse en la Comintem. Yezhov pidió un voto de censura contra Piatnitski. Fue aprobado con tres abstenciones, una de ellas de Krupskaia, quien se negó a creer en las acusaciones de la NKVD contra Piatnitski («es el más honesto de los hombres. Lenin lo quería y respetaba enormemente») hasta que éste fue arrestado.[412] Piatnitski regresó de la reunión plenaria «exhausto y deprimido», tal como consignó Julia en su diario. Cuando ella le preguntó qué ocurría, Piatnitski «habló de todos los niños, todos los inocentes que estaban obligados a vivir bajo constante presión psicológica».[413]

Durante las dos semanas siguientes, Piatnitski se quedó en casa, encerrado en su despacho. Comía muy poco, y se pasaba todo el día al teléfono tratando de contactar con Yezhov. Julia no pudo soportar la tensión y se fue a la dacha a pasar unos días…, una decisión de la que más tarde se arrepintió.

«Tendría que haber estado a su lado —escribió en su diario en marzo de 1938—. No entendí por lo que él estaba pasando. No fui suficientemente inteligente, ni suficientemente fuerte. Ser la esposa de una persona así implica servirle, estar siempre en el lugar que le toca».[414] Durante esa quincena, Osip se preparó para su arresto. Transfirió sus ahorros y valores a Julia y destruyó sus cuadernos y cartas personales. Al ser un revolucionario veterano, que había sido arrestado muchas veces, sabía muy bien cómo debía prepararse. El 5 de julio fue expulsado del Partido. Se sentía tan abatido, advirtió Julia a su regreso de la dacha, que pensaba en el suicidio. No podía imaginar su vida sin el Partido. Pero al día siguiente, cuando hicieron una visita a viejos amigos, Osip les dijo que había cambiado de opinión, y declaró que se sometería al castigo en nombre de la unidad partidaria: «Si es necesario hacer un sacrificio por el Partido, por pesado y doloroso que sea, lo soportaré con alegría». Osip advirtió a sus hijos de que sería arrestado. Les explicó que había discutido con sus camaradas de la cúpula del Partido y que ellos lo habían denunciado; negó su culpabilidad y dijo que lucharía para demostrar su inocencia mientras fuera posible, pero que si lo arrestaban no debían albergar ninguna esperanza de volver a ver a su padre. «Me advirtió de que no luchara contra Stalin. Eso fue lo más importante que me dijo», recordó Igor.[415]

La NKVD fue a buscar a Osip poco después de las once de la mañana del 7 de julio. Yezhov en persona hizo el arresto. Los hombres de la NKVD irrumpieron en el apartamento, le arrojaron una bata a Julia y le dijeron que la guardara. Ella empezó a lanzarles gritos e insultos, ante lo cual Yezhov le dijo que «los ciudadanos soviéticos no se dirigen de esa manera a los representantes de la autoridad». Osip se disculpó por la conducta de su esposa. Se fue con los hombres de la NKVD, llevando consigo una pequeña maleta que contenía su

bata y un cepillo de dientes. Julia se desmayó cuando salieron. Al volver en sí, ya no estaban. «Sólo podía pensar en una cosa —anotó Julia en su diario—, y era la sobrecogedora idea de que nunca más volvería a verlo…, eso y un terrible sentimiento de impotencia». Al día siguiente, cuando Julia estaba en su trabajo, la NKVD irrumpió en el apartamento. Revisaron los papeles de Osip y se llevaron todos los objetos valiosos de la familia: dinero en efectivo y libretas de ahorro, una radio, una bicicleta, abrigos, sábanas, ropa blanca e incluso desaparecieron cosas pequeñas como tazas de té. La puerta del despacho de Osip fue sellada con cera. Nadie se atrevió a romper el sello, pero si lo hubieran hecho, habrían dispuesto de una biblioteca que podrían haber vendido para mantenerse durante los meses siguientes, cuando, al igual que todas las familias de «enemigos del pueblo», se encontraron súbitamente reducidos a la pobreza.[416]

Probablemente, la suerte de Osip ya estaba decidida mucho antes de su protesta en la reunión plenaria de junio. Durante el Gran Terror de 1937-1938 —cuando al menos un millón trescientas mil personas fueron arrestadas por delitos contra el Estado—, la Comintern fue uno de los principales blancos de Stalin. Vale la pena examinar los motivos, porque son una clave que permite descifrar el enigma que plantea el origen del Terror.

El Gran Terror, un acontecimiento extraordinario incluso dentro de los estándares del régimen estalinista, no fue una rutinaria oleada de arrestos masivos, como las otras que habían diezmado el país durante todo el reinado de Stalin, sino una política calculada de asesinato masivo. Como ya no le satisfacía encarcelar a sus «enemigos políticos», reales o imaginarios, Stalin ordenó a la policía que sacara a la gente de las cárceles y los campos de trabajos forzados y que les diera

muerte. En los dos años, 1937 y 1938, según estadísticas incompletas, nada menos que 681.692 personas, y probablemente muchas más, fueron fusiladas por «crímenes contra el Estado» (el 91 por ciento de las sentencias a muerte por crímenes políticos entre 1921 y 1940, si es que se da crédito a las cifras de la NKVD). La población de los campos de trabajo y las colonias del Gulag creció durante esos mismos años desde 1.196.369 hasta 1.881.570 personas (una cifra que excluye al menos ciento cuarenta mil muertes dentro de los campos mismos y un número desconocido de muertes producidas durante el transporte hacia los campos). Otros períodos de la historia soviética ya habían sido testigos de arrestos masivos de «enemigos», pero nunca habían sido ejecutadas tantas víctimas. Más de la mitad de las personas arrestadas durante el Gran Terror fueron fusiladas más tarde, cifra que excede con mucho al 10 por ciento de los arrestados en 1930, durante el segundo pico de ejecuciones del período estalinista, cuando se registraron y ejecutaron 20.201 sentencias de muerte. Durante la «operación *antikulak*» de 1929-1932, el número de arrestos también fue muy elevado (586.904), pero de estas víctimas sólo el 6 por ciento (35.689 personas) fueron ejecutadas más tarde.[417]

No resulta sencillo explicar el origen del Gran Terror. Tampoco resulta particularmente claro por qué se concentró tan intensamente en el curso de esos dos años. Para empezar a entenderlo, no debemos considerarlo un acontecimiento descontrolado o accidental, un producto del caos del régimen estalinista que podría haber entrado en erupción casi en cualquier momento —una interpretación que, ocasionalmente, se ha ofrecido para explicar el fenómeno—,[418] sino más bien como una operación planeada y controlada por Stalin como respuesta a circunstancias específicas que él mismo percibió en 1937.

Algunos historiadores han rastreado los orígenes del Gran Terror hasta el asesinato del líder del Partido en Leningrado, Sergei Kirov, acaecido en diciembre de 1934: un acto que, según se dice, desencadenó la criminal cacería emprendida por el régimen contra sus enemigos ocultos. Pero esta teoría plantea la pregunta de por qué los arrestos y las matanzas no se iniciaron entonces en 1934-1935. ¿Por qué hubo un período de calma de dos años antes de la tormenta de 1937-1938? Después del asesinato de Kirov, se produjeron arrestos masivos en Leningrado, pero por lo demás los años de 1935 y 1936 no provocaron prácticamente ninguna clase de persecución en las clases políticas del resto de la Unión Soviética. De hecho, bajo la dirección de Alexandre Vishinski, fiscal de la URSS, el régimen hizo un deliberado esfuerzo por recuperar un orden legal más estable y tradicional tras el caos de 1928-1934.[419] Otros historiadores han relacionado el Gran Terror con los temores de Stalin a una amenaza interna, particularmente en las zonas rurales, donde, se argumenta, el descontento masivo podría haber asumido una faceta política, al menos si se hubiera permitido que se llevaran a cabo elecciones, tal como lo había prometido la «Constitución de Stalin» de 1936.[420] Pero los informes de la NKVD sobre el descontento interno eran poco fiables (los «sentimientos antisoviéticos» y las «amenazas de descontento» solían ser inventos de la NKVD para justificar de ese modo sus aumentos presupuestarios y de personal), y no se ha comprobado en absoluto que Stalin o algún otro miembro del círculo gobernante los tomaran en serio. En cualquier caso, esos informes no contienen ninguna demostración de que en 1937 la amenaza interna fuera mayor que en cualquier otro momento. En el período de 1928-1932 hubo exactamente la misma cantidad de informes de descontento y oposición, pero en esos años no se produjeron en absoluto la cantidad de

ejecuciones perpetradas por el Estado en 1937-1938.

Otros historiadores han postulado que la mejor manera de entender el Gran Terror es «como una cantidad de fenómenos relacionados pero diferenciados», cada uno de ellos explicable en sí mismo, pero no como parte de un único acontecimiento.[421]

Y sin duda el Gran Terror fue una compleja amalgama de distintos elementos: los «grandes juicios» contra los viejos bolcheviques; las purgas de la élite política; los arrestos masivos llevados a cabo en las ciudades; la «operación *kulak*» y las «operaciones nacionales» contra las minorías. Pero aunque puede resultar útil analizar por separado los diversos componentes del Terror, no deja de ser cierto que todos ellos empezaron y terminaron de manera simultánea, lo cual implica sin duda que fueron parte de una campaña integral que requiere explicación.

La clave de una comprensión integral del Gran Terror radica tal vez en el miedo de Stalin a una guerra inminente, y en su percepción de la existencia de una amenaza internacional a la Unión Soviética.[422] La agresión militar de la Alemania de Hitler, que se manifestó por medio de la ocupación de Renania en 1936, y la ocupación japonesa de Manchuria convencieron a Stalin de que la URSS corría peligro debido a que estaba cercada, en dos frentes, por potencias del Eje. El miedo de Stalin se vio reforzado en noviembre de 1936, cuando Berlín y Tokio se unieron en un pacto (al que más tarde se adhirió también la Italia fascista) en contra de la Comintern. A pesar de su constante apoyo de «la seguridad colectiva», Stalin no albergaba gran esperanza de que la alianza soviética con las potencias occidentales sirviera de mucho para contener la amenaza del Eje: los estados occidentales no habían intervenido en España;

parecían abocados a aplacar la furia de la Alemania nazi y, según se afirma, a Stalin le daba la impresión de que su objetivo oculto era desviar las fuerzas de Hitler hacia el este y lograr una confrontación entre Alemania y la URSS, en vez de declararle la guerra ellos mismos en Occidente. Para 1937, Stalin estaba convencido de que la Unión Soviética estaba al borde de una guerra contra los estados fascistas en Europa, y con Japón en el este. La prensa soviética mostraba constantemente al país amenazado por todos los flancos y socavado por la infiltración de fascistas —«espías» y «enemigos ocultos»— en todos los rincones de la sociedad.

«Nuestros enemigos de los círculos capitalistas son incansables. Se infiltran en todas partes», le dijo Stalin al escritor Romain Rolland en 1935. La visión que Stalin tenía de la política —como la de muchos bolcheviques— había sido profundamente moldeada por la lección de la Primera Guerra Mundial, en cuyo trasfondo la revolución social había acabado con el régimen zarista. Temía que se produjera una reacción similar contra el régimen soviético en caso de que se desencadenara una guerra contra la Alemania nazi. En este aspecto, la Guerra Civil española reforzó sus temores. Stalin se interesó de cerca por el conflicto español, considerándolo (al igual que la mayoría de sus asesores) «un escenario válido para una futura guerra europea entre el comunismo y el fascismo».[423] Adjudicó las derrotas militares de los republicanos en 1936 a las luchas internas de facciones entre los comunistas, los trotskistas, los anarquistas y otros grupos izquierdistas españoles. Eso lo indujo a concluir que, en la Unión Soviética, era urgente instrumentar una represión política destinada a aniquilar no sólo «una quinta columna» de «espías y enemigos fascistas», sino también toda potencial oposición antes de que estallara una guerra contra los fascistas.

Según parece, el miedo paranoico a los «enemigos» era uno de los rasgos de carácter de Stalin. Ese miedo se había visto reforzado por el suicidio de su esposa Nadezhda en 1932, y por el asesinato de Kirov, a quien Stalin afirmaba amar como a un hermano. «Tal vez Stalin nunca confió demasiado en las personas —escribió su hija Svetlana—, pero después de que morían dejaba de confiar por completo en ellas».[424*] Stalin culpó del asesinato de Kirov a los «zinovievitas» (la «oposición de Leningrado»), y dio orden de arrestar a los partidarios de Zinoviev, el exjefe de Leningrado, aunque no había ninguna prueba que los relacionara con el crimen. Muchos de ellos fueron acusados en última instancia de «complicidad moral» en el asesinato de Kirov, alegando que habían alimentado un clima de oposición que promovía el asesinato de los líderes soviéticos. En el curso de los dos meses y medio que siguieron al asesinato, cuando Stalin se hizo cargo de la investigación en Leningrado, fueron arrestados casi mil «zinovievitas». Casi todos ellos fueron exiliados a remotas colonias. Zinoviev y Kamenev, aliados de Trotski en la Oposición Unida contra Stalin en la década de 1920, fueron arrestados: Zinoviev fue sentenciado a diez años de prisión, Kamenev a cinco. Cuando los oficiales de la NKVD se mostraron reticentes a arrestar a tantos leales miembros del Partido, Stalin llamó a Iagoda, el jefe de la NKVD, y le advirtió que debía tener una actitud más alerta y vigilante si no quería que le «bajaran los humos». La posición de Zinoviev se vio aún más debilitada en 1935, cuando Yezhov, encargado de llevar a cabo la purga del Partido, afirmó haber descubierto una gran red de «espías extranjeros» y «terroristas», organizada por Trotski y Zinoviev en el corazón mismo del Kremlin, que no había sido detectada por la NKVD. Finalmente, Stalin perdió la paciencia con Iagoda y lo reemplazó por Yezhov, un brutal verdugo sin ninguna

conciencia moral que estaba dispuesto a someterse a las fantasías paranoicas de Stalin fabricando por doquier pruebas de «conspiraciones contrarrevolucionarias» y «círculos de espionaje». Durante varios años, Yezhov había promovido la teoría de que Kamenev y Zinoviev, cumpliendo órdenes enviadas por Trotski desde el extranjero, habían conspirado para asesinar a Kirov, a Stalin y a otros miembros de la cúpula del Partido. Sobre esa base, Stalin reabrió la investigación del crimen de Kirov. En agosto de 1936, Zinoviev, Kamenev y otros catorce líderes del Partido fueron sometidos a juicio por traición. Todos ellos fueron condenados a muerte, junto con otras ciento sesenta personas arrestadas que al parecer tenían alguna conexión con la conspiración.[425]

Este fue el primero de varios «juicios de exhibición de poder» realizados en Moscú. Su propósito era descubrir y eliminar una red perfectamente coordinada de «espías» y «terroristas» organizada por exopositores. Un segundo juicio, llevado a cabo en enero de 1937, resultó en la condena de Georgi Piatakov, subcomisario de Industrias Pesadas, de Karl Radek y de otros quince expartidarios de Trotski, acusados de espionaje y sabotaje industrial. En abril-mayo de 1937, Tujachevski (subcomisario de Defensa), el general Uborevich (comandante del Distrito Militar de Bielorrusia) y el general Iakir (comandante del Distrito Militar de Kiev), fueron arrestados, torturados brutalmente y juzgados a puerta cerrada por traición y espionaje. Se dijo que estaban financiados por los alemanes y los japoneses. Todos ellos fueron fusilados el mismo día. En el último juicio, el mayor de todos, celebrado en marzo de 1938, Bujarin, Iagoda y Rikov, junto con otros trece funcionarios de alto rango, fueron condenados a morir fusilados por conspirar con los zinovievitas y trotskistas para asesinar a los líderes soviéticos, sabotear la economía y hacer espionaje para los poderes

fascistas. I d hecho de que Iagoda estuviera involucrado en la conspiración podía explicar, al parecer, por qué se había tardado tanto en descubrir toda esa maquinación.

Cuando un líder del Partido era arrestado, todos los que estaban en su órbita social caían bajo sospecha. La típica ciudad de provincias estaba gobernada por una camarilla de funcionarios de alto rango: el jefe de distrito del Partido, el jefe de policía, los directores de las fábricas locales, las granjas colectivas y las prisiones, el líder local del Soviet, y cada uno de ellos tenía su propia red de patrocinadores y clientes en las instituciones de la ciudad. Estos funcionarios se protegían entre sí mientras conservaran sus círculos de poder. Pero el arresto de uno inevitablemente provocaba el arresto de todos los otros miembros de su círculo, así como de todos sus adláteres, una vez que la NKVD, por medio de su trabajo de investigación, ponía al descubierto las conexiones existentes entre ellos. En 1937, por ejemplo, la NKVD arrestó al secretario del Partido de Nikopol, en Ucrania oriental. También arrestó a sus asistentes, sus amigos, los hombres y mujeres a los que había dado empleo en Nikopol. El comandante del destacamento de Nikopol cayó en la redada, luego el fiscal local y todo su equipo legal, finalmente el director del Soviet de Nikopol… el banco local, el periódico, todas las instituciones locales fueron sometidas a una «limpieza»… el director de la Administración Comunal, el jefe del Cuerpo de Bomberos, el director de la Caja de Ahorros… [426]

Así, el terror que cundía entre los miembros de la cúpula se extendió a las filas inferiores del Partido, las instituciones soviéticas y la sociedad. Según una estimación, en 1937-1938 fueron encarcelados y ejecutados 116.885 miembros del Partido. Cuanto más alto era el rango de un miembro del

Partido, mayores posibilidades tenía de ser arrestado, ya que sus subordinados estaban siempre prestos a denunciarlos para poder así reemplazarlos en sus cargos. De los 139 miembros del Comité Central elegidos en el XVII Congreso del Partido en 1934, 102 fueron arrestados y fusilados, y otros cinco se suicidaron en 1937-1938; además, en esos años se encarceló al 56 por ciento de los delegados del congreso. El Ejército Rojo fue diezmado todavía más: de los 767 miembros de alta jerarquía (comandantes de brigada y rangos superiores), 412 fueron ejecutados, 29 murieron en la cárcel, 3 se suicidaron y 59 siguieron en prisión.[427]

Stalin debía de saber que la gran mayoría de estas víctimas eran completamente inocentes. Pero como sólo hacía falta un puñado de «enemigos ocultos» para hacer una revolución mientras el país estaba en guerra, en su opinión estaba plenamente justificado arrestar a millones con tal de eliminar a esos pocos. Como dijo Stalin en junio de 1937, si apenas el 5 por ciento de los arrestados resultaban ser verdaderos enemigos, «eso sería un buen resultado». Las evidencias eran una consideración de mínimo interés. Según Nikita Kruschev, quien era entonces presidente del Comité del Partido en Moscú, Stalin «solía decir que si un informe (una denuncia) tenía un 10 por ciento de verdad, debíamos considerarlo válido». En la NKVD, todo el mundo sabía que Stalin estaba dispuesto a arrestar a miles para atrapar a un solo espía. Sabían que, si reducían la cantidad de arrestos, eso sólo les causaría problemas y serían acusados de falta de atención y vigilancia. «Mejor demasiado que insuficiente», advirtió Yezhov a sus agentes de la NKVD. Si «se mata a unas mil personas de más [en una operación], no importa demasiado».[428]

Para Stalin y sus partidarios, el Gran Terror fue una preparación para la guerra inminente. Molotov y Kaganovich

siguieron defendiendo esta lógica hasta la muerte. «Stalin no corrió ningún riesgo» (*perestrakhoval*), explicó Molotov en 1986. La «gran purga» era una «póliza de seguro», un medio necesario para que el liderazgo pudiera eliminar a los «indecisos», los «arribistas» y los «enemigos ocultos» del Partido, que podrían haber resultado problemáticos en tiempos de guerra. Se cometieron errores, admitió Molotov, muchas personas fueron injustamente arrestadas, pero «habríamos sufrido mayores bajas en la guerra, y tal vez una derrota, si la cúpula hubiera vacilado y hubiera permitido la lucha interna».

> Estábamos obligados a asegurarnos de que en período de guerra no hubiera una quinta columna. Es poco probable que todas esas personas fueran espías, pero… lo principal es que no se podría confiar en ellas en el momento decisivo… Si Tujachevski, Iakir, Rikov y Zinoviev se hubieran unido a la oposición durante la guerra, habríamos tenido una lucha cruel y pérdidas colosales… ¡Todo se habría destruido!

En la década de 1980, Kaganovich justificó de manera similar el Gran Terror: el liderazgo había advertido que una guerra era inminente, y que el país debía protegerse «drenando la ciénaga (boloto)», es decir «destruyendo a los indecisos y a los que no eran de fiar». Y esto no es una racionalización retrospectiva de Kaganovich. En junio de 1938, le dijo al Partido de Donbass que la represión masiva era necesaria debido a la amenaza de guerra, y que el país «ya estaría en guerra» si «sus espías y enemigos internos» no hubieran sido aniquilados en «la gran purga».[429]

Coordinado por el Kremlin y llevado a la práctica por la NKVD en las localidades, el Gran Terror se extendió a lo largo y ancho de la sociedad bajo la forma de una serie de campañas masivas destinadas a purgar el país de elementos «antisociales» y potencialmente «antisoviéticos» como preparación en caso de guerra. La mayor de estas campañas masivas fue, con mucho, la «operación *kulak*» instituida por

medio de la Directiva 00447, de infausta memoria: fue causa de la mitad de todos los arrestos (669.929) y de más de la mitad de las ejecuciones (376.202), entre 1937 y 1938. Casi todas víctimas eran ex *kulaks* y sus familias, que habían regresado recientemente de las «colonias especiales» y de los campos de trabajo del Gulag después de cumplir la sentencia estándar de ocho años por «agitación y propaganda contrarrevolucionarias» impuesta durante la campaña de colectivización de 1929-1930. Stalin temía que el país se llenara de *kulaks*, descontentos y resentidos que pudieran convertirse en una amenaza en tiempos de guerra. Estaba particularmente preocupado por los informes de la NKVD acerca de una organización monárquica Blanca, la Unión Militar General Rusa (ROVS), que según se decía, preparaba una «sublevación *kulak*» que coincidiría con una invasión japonesa de Siberia. Decenas de miles de supuestos miembros de la ROVS fueron fusilados en el transcurso de la «Operación *kulak*», aunque muy rara vez se los incluía en las estadísticas oficiales (la NKVD de Altai, por ejemplo, hizo un informe aparte sobre los 22.108 miembros de la ROVS que había ejecutado en 1937). La «Operación *kulak*» estaba vinculada con una purga integral de los Soviets locales. Fue particularmente brutal en las áreas fronterizas, como las provincias occidentales, y en regiones como el Donbass y Siberia occidental, donde el régimen temía más a la población.[430]

También hubo «operaciones nacionales» de gran escala, deportaciones masivas y ejecuciones de minorías soviéticas que eran consideradas «espías» potenciales en caso de guerra: alemanes, polacos, chinos, incluso rusos de Harbin, que habían regresado a la Unión Soviética desde Manchuria después de la venta del ferrocarril de China oriental a Machukuo, el estado títere de Manchuria establecido por los

japoneses en 1932. La desconfianza que Stalin albergaba hacia los polacos de las regiones soviéticas occidentales era particularmente intensa. Se remontaba a la Guerra Civil rusa, cuando Polonia había invadido Ucrania y más tarde había derrotado al Ejército Rojo cuando éste había lanzado un contraataque contra Varsovia…, una derrota militar por la que Stalin se había sentido personalmente humillado debido a los errores tácticos que él mismo había cometido en su capacidad de comisario en el frente. Stalin consideraba a los polacos soviéticos (al igual que a muchos bielorrusos y ucranianos, a los que en realidad incluía en la categoría de «polacos») como una quinta columna del estado polaco «semifascista» del mariscal Jozef Pilsudski, que, según temían los soviéticos, podía llegar a aliarse con la Alemania nazi y lanzar un nuevo ataque contra la Unión Soviética. A consecuencia de la «Operación nacional» contra los polacos, lanzada por medio de la Directiva 00485 en agosto de 1937, casi ciento cuarenta mil personas fueron ejecutadas o enviadas a un campo de trabajo para el mes de noviembre de 1938.[431]

Desapareció tanta gente en 1937-1938, particularmente en el Partido y en los círculos intelectuales de las principales ciudades, que los arrestos parecían ser arbitrarios y al azar, como si cualquiera pudiera ser detenido por los furgones celulares que deambulaban por las calles cada noche. La población carcelaria representaba una amplia muestra de todos los estamentos sociales. La mayoría de los prisioneros no tenía idea de por qué delito habían sido encarcelados. En otoño de 1938, casi todas las familias habían perdido a un pariente, o conocían alguien que tenía familiares presos. La gente vivía esperando con temor que golpearan a la puerta en medio de la noche. Todos dormían mal y se despertaban cada vez que oían que un vehículo se detenía en la calle. Se

quedaban acostados esperando que los pasos pasaran de largo junto a su puerta, por el corredor o la escalera, antes de volver a entregarse al sueño, aliviados porque no les había tocado recibir esas visitas. Liubov Shaporina, la fundadora del Teatro de Títeres de Leningrado, anotó en su diario el 22 de noviembre de 1937:

> Las alegrías de cada día. Por la mañana me despierto y automáticamente pienso: gracias a Dios que anoche no me arrestaron; no arrestan gente durante el día, pero no se sabe qué podrá ocurrir esta noche. Es como el cordero de Lafontaine: todo el mundo tiene suficientes cargos en su contra para justificar su arresto y su exilio a lugares desconocidos. Tengo suerte, estoy completamente tranquila, simplemente no me importa. Pero la mayoría de la gente vive sumida en el más absoluto terror.[432]

Vladimir Piatnitski, el hijo de Osip, recuerda la atmósfera reinante en la Casa del Dique antes del arresto de su padre:

> Había más de quinientos apartamentos destinados a la élite de los trabajadores del Partido en ese sombrío edificio, y los arrestos eran un acontecimiento de rigor. Como yo estaba casi siempre jugando en el patio y en los corredores, vi varios arrestos. Al anochecer, cuando oscurecía, el edificio se quedaba desierto y silencioso. Era como si sus habitantes se hubieran escondido a la espera de una catástrofe. De pronto, varios vehículos entraban en el patio, de ellos salían hombres uniformados y vestidos de civil, que se dirigían por grupos hacia las distintas escaleras de la entrada: cada uno de ellos conocía «su» dirección, la que le correspondía. Después se veía cómo se encendían las luces de varios apartamentos. Como yo sabía dónde vivía todo el mundo, podía darme cuenta de quién era el que sería arrestado. Si se encendían todas las luces del apartamento, significaba que estaban registrando la vivienda. En esa época mucha gente esperaba que la arrestaran, pero nadie sabía cuándo le tocaría el turno.[433]

La gente esperaba su turno. Muchos preparaban una maleta y la tenían al lado de la cama para estar listos cuando la NKVD llamara a su puerta. Esta pasividad es uno de los rasgos más notables del Gran Terror. Había muchas maneras de evitar un arresto: salir de la ciudad y adoptar una nueva identidad comprando documentos en el mercado negro era el método más simple y eficaz, porque la NKVD no se destacaba

por su capacidad de rastrear a la gente que se trasladaba de un sitio a otro.[434] El pueblo ruso tenía una larga tradición de escapar a las persecuciones del Estado, desde los Antiguos Fieles hasta los fugitivos que huían de la servidumbre, y ésa fue la táctica adoptada por millones de campesinos que huyeron de las granjas colectivas y de las «colonias especiales». Pero la población urbana se quedó mayoritariamente en su sitio, sin presentar ninguna resistencia, esperando que fueran a por ellos.

Retrospectivamente, el guionista de cine Valeri Frid (1922-1998), que fue arrestado en 1943, pensaba que la mayoría de las personas estaban paralizadas por el miedo. Estaban tan hipnotizadas por el poder de la NKVD, a la que creían omnipresente, que ni siquiera podían considerar la posibilidad de resistirse o de escapar.

> No se me ocurre ninguna analogía en la historia humana. De manera que tendré que arreglarme con un ejemplo procedente de la zoología: el del conejo hipnotizado por la serpiente… Todos éramos como conejos y reconocíamos el derecho de la serpiente a engullirnos; quien cayera bajo el poder de su mirada caminaba, con bastante calma y sensación de estar condenado, hacia su boca.[435]

Viacheslav Kolobkov recuerda el pánico de su padre, un obrero de fábrica de Leningrado, cuando oía que un vehículo se detenía de noche delante de su casa.

> Cada noche permanecía despierto… esperando el ruido del motor de un automóvil. Cuando lo escuchaba, se sentaba, rígido, en la cama. Estaba aterrado. Yo podía oler su miedo, su sudor nervioso, y percibir el temblor de su cuerpo, aunque apenas si alcanzaba a distinguirlo en la oscuridad. «¡Vienen a por mí!», decía siempre al oír el ruido de un motor. Estaba convencido de que sería arrestado por algo que había dicho: a veces, en casa, solía maldecir a los bolcheviques. Cuando oía que un motor se detenía y el golpe de la puerta de un vehículo, se levantaba y empezaba a buscar, sumido en el pánico, las cosas que, suponía, le resultarían indispensables. Siempre tenía esas cosas cerca de la cama para poder prepararse cuando «ellos» vinieran a buscarlo. Recuerdo las cortezas de pan junto a su cama… su mayor miedo era tener que irse sin llevar pan consigo. Hubo muchas noches que mi padre se pasó sin dormir…,

esperando la llegada de un automóvil que nunca vino.[436]

Al enfrentarse con el arresto, la élite bolchevique era particularmente pasiva. Casi todos sus integrantes estaban tan adoctrinados por la ideología del Partido que cualquier idea de resistirse era fácilmente arrasada por una necesidad más profunda de demostrar su inocencia ante el Partido. Eugenia Ginzburg era la esposa de un líder del Partido en Kazán y ella misma una activista del Partido. Después del arresto de su esposo, Eugenia perdió su empleo y temió que su propio arresto fuera inminente. Su madre política era «una simple mujer campesina nacida en la época de la servidumbre —recuerda Ginzburg—; tenía una estructura mental profundamente filosófica y una notable capacidad de dar en el clavo cuando hablaba de los problemas de la vida». Esta anciana campesina le aconsejó que escapara:

> «Ojos que no ven, corazón que no siente, suelen decir. Cuanto más lejos estés, mejor. ¿Por qué no vas a nuestra vieja aldea, Pokrovskoya?»
>
> «¿Cómo podría irme, abuela? ¿Cómo podría dejar todo, a mis hijos, mi trabajo?» [replicó Ginzburg].
>
> «Bueno, de todas maneras ya te han quitado tu trabajo. Y los niños estarán perfectamente con nosotros».
>
> «Pero debo demostrar mi inocencia ante el Partido. ¿Cómo es posible que yo, una comunista, me esconda del Partido?»[437]

La convicción de ser inocentes paralizó a muchos bolcheviques. De alguna manera, lograron convencerse a sí mismos de que sólo los culpables eran arrestados, y de que su inocencia los protegería. Elena Bonner recuerda haber oído sin querer una conversación entre sus padres, sostenida a altas horas de la noche, después del arresto de un amigo íntimo. Los dos eran fieles miembros del Partido, de toda la vida. Elena se había despertado en mitad de la noche, angustiada porque ese arresto la había hecho tomar conciencia de que «había llegado nuestro turno, muy pronto y de manera inexorable».

> Estaba oscuro en el comedor, pero había voces en la habitación de mis padres. Fui hasta la puerta. Y pude oír que mi madre se sonaba. Luego habló, entre sollozos. Yo nunca la había visto llorar. Repetía una y otra vez «toda mi vida», y lloraba… Papá respondió suavemente, pero no pude entender sus palabras. De pronto, ella gritó: «Conozco a Stiopa de toda la vida. ¿Sabes lo que eso significa? Lo conozco desde hace el triple de tiempo que a ti. ¿Entiendes? ¿Entiendes lo que es eso?». Y luego solamente sus sollozos. Y un crujido y el ruido de pantuflas sobre el suelo… Papá se había levantado de la cama. Me alejé de la puerta de un salto, temerosa de que mi padre pudiera salir de la habitación. Pero él empezó a caminar por el cuarto de arriba a abajo: cinco pasos hasta la ventana, cinco hasta la cama, como un péndulo. Encendió una cerilla. Mamá empezó a hablar otra vez. «¿Puedes creerlo? ¿Puedes creer esta pesadilla?» Había dejado de llorar. «¿Crees que Agasi….? ¿Crees que Pavel, que Shurka…? ¿Crees que ellos…?» No completaba las oraciones, pero el sentido quedaba claro. Después dijo, con voz calma y suave: «Sé que no puedes creerlo». Papá le respondió con una voz extraña, suplicante. «Pero, Rufa-*djan* [así llamaba a Ruth, la madre de Elena], ¿cómo podría no creerlo?» Al cabo de una pausa, prosiguió. «Después de todo, no nos han arrestado a ti y a mí».[438]

Había otros bolcheviques, entre los que se contaba Piatnitski, tan profundamente comprometidos con los ideales comunistas que estaban dispuestos a confesarse culpables de los cargos que se les imputaban, a pesar de saberse inocentes, si eso era lo que el Partido les exigía.[439*] Según la moral comunista, se esperaba que un bolchevique acusado de crímenes contra el Partido se arrepintiera, que se pusiera de rodillas ante el Partido y aceptara su juicio. Eso es lo que Piatnitski sin duda quiso decir cuando, en la víspera de su arresto, afirmó que si debía sacrificarse por el Partido, «lo haría con alegría».

Muchos bolcheviques trataban de preparar a su familia ante la posibilidad de ser arrestados, y de protegerla en la medida de sus posibilidades. Piotr Potapov, un funcionario de transporte del río Kama, envió a su familia a visitar unos parientes de Nizhny Novgorod pocos días antes de su arresto, que se produjo en agosto de 1937. «No habíamos ido de vacaciones durante más de cinco años —recuerda su hija—.

Pero él intuyó lo que le esperaba y temió por nosotros. Quería que estuviéramos lejos cuando la NKVD viniera a buscarlo». Lev Ilin, un funcionario de alto nivel del ferrocarril de Murmansk, hizo que su familia se mudara del espacioso apartamento de Leningrado donde vivían y los estableció en un pequeño apartamento cooperativo, para que no se vieran obligados a compartir la vivienda con otra familia en caso de que él fuera arrestado. Se aseguró de que su esposa, quien nunca había trabajado, consiguiera empleo en una fábrica textil, para que alguien de la familia estuviera en condiciones de mantener a su hija. Le rogó a su esposa que se divorciara de él, con la esperanza de que así estuviera a salvo de ser arrestada, pero ella se negó, diciendo que sería «un vergonzoso acto de traición». La pareja tuvo duras discusiones al respecto, que persistieron hasta el día del arresto de Lev.[440]

Stanislav y Bárbara Budkevich, ambos arrestados en 1937, trataron de preparar a su hija Maria, de catorce años, para que pudiera arreglárselas sola. Le enseñaron a ir a hacer las compras, le recomendaron que no dijera una palabra sobre sus padres en caso de que fueran arrestados, y la obligaron a leer lo que los periódicos publicaban sobre los juicios, para que entendiera la naturaleza de la amenaza que posiblemente la privara de la presencia de sus padres. «Lo entendí todo —recuerda Maria—. Mi padre estaba muy próximo a Tujachevski, trabajaba con él en el Estado Mayor, y nuestro edificio estaba lleno de personal militar, así que entendí lo que estaba ocurriendo al ver que las personas eran arrestadas, una a una». El padre de Maria fue arrestado el 8 de julio; su madre el 14 del mismo mes.

> Mamá intuyó que vendrían a buscarla esa noche. Durante largo rato estuvimos las dos solas, sin Andrei [el hermano menor de Maria], aunque mamá sabía que yo tenía exámenes al día siguiente. Era medianoche cuando por fin ella me dijo: «Se está haciendo tarde, será mejor que te

vayas a la cama».

La mañana siguiente, al despertar, Maria descubrió que su madre no estaba —había sido arrestada durante la noche— y que los hombres de la NKVD se encontraban dedicados a registrar la habitación. Junto a la cama, la madre de Maria le había dejado una nota de despedida y algo de dinero.[441]

El jurista llia Slavin fue arrestado la noche del 5 de noviembre de 1937. No había escrito el libro que le había encargado la NKVD sobre la reestructuración que había destinado a trabajadores del Gulag a las obras del canal del mar Blanco. El día de su arresto, llia fue citado a la oficina del Partido en Leningrado, donde le ofrecieron el cargo de director del Instituto de Leyes; el director anterior acababa de ser arrestado. Slavin experimentó un gran alivio. Había estado esperando lo peor, pero ahora parecía que se había salvado. Volvió a su casa de buen ánimo. Esa noche la familia Slavin celebraba el cumpleaños de Ida, quien cumplía dieciséis años. Tal como Ida recuerda:

> Mamá sirvió un delicioso banquete. Mi hermano hizo una «edición especial de cumpleaños» de nuestro propio periódico mural *Aleluya* [un combativo panfleto que la familia Slavin hacía y colgaba en su casa] y fue el pianista de esa noche. Yo me puse un elegante vestido nuevo para recibir a mis amigas de la escuela… Papá estaba en gran forma: jugó con nosotras, tan tonto como un niño, bailó con todas las chicas, bebió un montón e incluso cantó su canción favorita: «El ruiseñor».

Cuando los invitados se marcharon, llia empezó a hablar de sus planes para las próximas vacaciones estivales. «Quería que las pasáramos todos juntos, en familia, y habló de la posibilidad de ir al Cáucaso y al mar Negro».

La NKVD llegó a la una de la mañana. Ida recuerda:

> De repente, me despertó una luz brillante, y una voz desconocida me dijo que me vistiera con rapidez. En la puerta se erguía la figura de un oficial de la NKVD. Fingió hacer el esfuerzo de mirar hacia otro lado mientras yo me debatía poniéndome la ropa, y luego me llevó al despacho de papá. Allí estaba papá, sentado en un taburete en medio de la

> habitación, y de repente se lo veía mucho más viejo. Mamá, mi hermano y su esposa embarazada se sentaron conmigo en el sofá. El conserje se quedó en la puerta, mientras el oficial de la NKVD se ponía cómodo…

Sólo recuerdo algunos momentos aislados de esa noche:

Mientras paseaba la mirada por el despacho de mi padre, el oficial de la NKVD (nunca olvidaré su nombre: se llamaba Beigel) exhalaba un suspiro de tanto en tanto. «Cuántos libros tiene aquí. Yo soy estudiante y no tengo tantos libros». Hojeando los volúmenes, se detenía cada vez que encontraba en ellos una dedicatoria, golpeaba fuertemente la mesa con un puño y preguntaba con tono imperativo: «¿Quién es este autor?».

Después, en una escena casi cómica, Beigel me pidió que fuera a buscar mi manual de alemán. Teatralmente (evidentemente había interpretado la misma escena muchas veces en muchos hogares con hijos de mi edad), buscó un artículo de Karl Radek que estaba al final del texto. En ese momento, Karl Radek ya había sido arrestado, pero aún no había sido condenado ni había aparecido en los diarios en la lista de «enemigos del pueblo». Con gesto majestuoso, Beigel arrancó las páginas del manual, les prendió fuego con una cerilla y dijo, como si fuera un noble héroe: «Agradece que esta cosa ha sido destruida y que no tendré que llevarte junto con tu papá». Yo estaba demasiado asustada para pronunciar una palabra. Pero entonces mi padre rompió el silencio, diciendo: «Gracias…».

Aparte del ceremonioso Beigel, la otra cosa que me quedó grabada en la memoria es la figura inmóvil de mi padre. Nunca antes lo había visto así…, tan absolutamente abatido, sin espíritu, casi indiferente a la humillación que estaba sufriendo. Era algo tan poco propio de él… Cuando lo miré, su rostro estaba desprovisto de toda expresión, y ni advirtió ni sintió mi mirada. Simplemente, se quedó allí sentado en

medio de la habitación… inmóvil y en silencio. Era él y al mismo tiempo no lo era.

El registro de la casa duró toda la noche. Del despacho pasaron al comedor y de allí a la habitación de mi hermano.

El suelo estaba cubierto de páginas arrancadas de libros y manuscritos que habían sacado de los armarios y de las vitrinas, y de fotos de álbumes familiares que se guardaban ordenadamente en un baúl especial. Se llevaron muchas de esas cosas. También se llevaron una cámara, un par de binoculares (prueba del «espionaje») y una máquina de escribir…, nuestra vieja Underwood, en la que nuestro padre había mecanografiado todos sus artículos…

¿Qué habrá pensado él durante toda esa larga noche, mientras ellos husmeaban en las páginas de su vida? ¿Habrá acabado eso con su fe? ¿Qué terror sintió cuando Beigel (¡ese insignificante gusano!) dejó constancia de todos los detalles de su pertenencia al Partido como prueba de su crimen?

Era ya de mañana cuando acabó el registro; todo fue confiscado y condujeron a mi padre por el corredor. Nosotros lo seguimos. La puerta de la habitación de mis padres fue sellada. Le dijeron a papá que se vistiera. Mamá tenía sus cosas preparadas en un pequeño maletín [contenía un par de gafas, artículos de tocador, un pañuelo y 100 rublos en efectivo].

Entonces mi padre rompió su silencio y dijo: «Adiós». Mamá se aferró a él y lloró, mientras él le acariciaba la cabeza y repetía una y otra vez: «No te preocupes, todo se aclarará».

Esa noche destruyó algo en mi interior. Destrozó mi fe en la armonía y el sentido del mundo. En nuestra familia siempre había habido un culto a nuestro padre. Para nosotros, él estaba en un pedestal tan alto que, cuando cayó, pareció que el mundo se terminaba. Yo sentía terror de mirarlo a los

ojos, quería evitar que él viera mi miedo. Los hombres de la NKVD condujeron a papá a la puerta. Yo los seguí. De repente él se dio la vuelta para mirarme una vez más. Advirtió el caos de emociones que me embargaba. Ahogada por las lágrimas, fui corriendo a abrazarlo. El me susurró al oído: «Pequeña, mi amada hija, la historia comete errores, pero recuerda: iniciamos algo grande. Sé una buena joven comunista».

> «¡Silencio!», gritó Beigel. Y después alguien me apartó de papá.
>
> «Adiós, queridos míos. Hay que tener fe en la justicia…»,
>
> quiso decir algo más, pero se lo llevaron escaleras abajo.[442]

La idea de que Ida podía ser arrestada no era una amenaza más del oficial de la NKVD. A los dieciséis años, la joven podía ser detenida y encarcelada, e incluso ejecutada, por los mismos delitos que un adulto. En 1935, el gobierno soviético había disminuido la edad de imputabilidad criminal a los doce años, en parte con el propósito de estar en condiciones de amenazar a los prisioneros con el arresto de sus hijos si se negaban a admitir los crímenes que habían cometido (ese mismo año, un segundo decreto autorizaba la detención y encarcelamiento de familiares de cualquiera que estuviera preso por crímenes contra el Estado). De hecho, se estableció un sistema de toma de rehenes. Durante los interrogatorios que precedían al juicio, muchos bolcheviques fueron amenazados con la detención de sus familiares. Kamenev, por ejemplo, fue amenazado con el fusilamiento de su hijo: accedió a firmar su confesión cuando Stalin le aseguró personalmente que su familia no sufriría daño alguno. Lo mismo hizo Zinoviev. Ivan Smirnov cedió durante su interrogatorio al ver que los guardias trataban brutalmente a su hija. Stanislav Kosior soportó crueles torturas, pero se derrumbó al ver que su hija era introducida en la habitación y violada antes sus ojos.[443]

A pesar de las promesas de Stalin antes del juicio, una vez que el bolchevique en cuestión había sido ejecutado, se ordenaba el arresto de muchos de sus familiares. El hijo de Kamenev fue fusilado en 1939 (un hijo menor fue enviado a un orfanato, donde le cambiaron el apellido, que terminó siendo Glebov). La esposa de Kamenev, que había sido enviada al exilio penal en 1935, fue juzgada nuevamente en 1938 y fusilada en 1941. El hijo de Zinoviev fue ejecutado en 1937. Su hermana fue enviada a los campos de trabajo de Vorkuta y más tarde fusilada. Otras tres hermanas, dos sobrinos, una sobrina, un primo y un cuñado fueron enviados a los campos de trabajo forzoso. Tres hermanos y un sobrino de Zinoviev también fueron fusilados. La hija de Smirnov fue encarcelada. Su esposa fue ejecutada en uno de los campos de trabajo de Kotlas en 1938. Casi todo el clan Trotski fue asesinado por la NKVD entre 1936 y 1938: Alexandre, el hermano de Trotski, su hermana Olga, su primera esposa Alexandra Sokolovskaia, sus hijos Lev y Sergei, y los dos esposos de su hija Zinaida (quien se había suicidado en 1933). [444]



Ida Slavina (izquierda) y sus padres, 1937.

La obsesión de Stalin por castigar a los familiares de sus enemigos fue algo que tal vez había traído consigo desde Georgia: las venganzas entre clanes eran parte de la política en el Cáucaso. En la élite bolchevique, la familia y los clanes estaban vinculados a las lealtades políticas; se sellaban alianzas por medio de los matrimonios; se destruían carreras

por tener lazos de sangre con opositores y enemigos. Tal como Stalin entendía el tema, la familia era colectivamente responsable de la conducta de cada uno de sus miembros. Si un hombre era arrestado como «enemigo del pueblo», su esposa era automáticamente culpable, porque si no lo había denunciado, se suponía que compartía las opiniones de su esposo o que había tratado de protegerlo. Como mínimo, era culpable de no haberse mostrado suficientemente vigilante y alerta. Stalin consideraba que la represión de los familiares era una medida imprescindible para eliminar de la sociedad a los descontentos. Cuando le preguntaron por qué las familias de los «enemigos» de Stalin habían sufrido la represión, Molotov explicó en 1986: «Había que aislarlos. De otra manera, hubieran manifestado toda clase de quejas, y la sociedad se hubiera visto afectada por la desmoralización».[445]

Julia Piatnitskaia vivía esperando su propio arresto. Confesó sus preocupaciones en el diario que había empezado a escribir unos días antes del arresto de Osip, acaecido el 7 de julio. Sus temores flotaban sobre un mar de problemas y angustias cotidianas. Vladimir, su hijo menor, tuvo que regresar de Crimea, donde había estado desde principios de junio, en el campamento para Pioneros de Artek. Julia temía que la NKVD lo enviara a un orfanato en caso de que ella fuera arrestada antes de poder hacer los arreglos para que el niño quedara a cargo de parientes o amigos. Su hijo mayor, Igor, acababa de cumplir dieciséis años. Antes del arresto de su padre, se había mostrado ansioso por hacerse un nombre en el Komsomol, pero ahora todo era diferente, y también él corría peligro de ser detenido. Julia trató de hacer frente a las confusas emociones de Igor (furia contra su padre, dolor por haberlo perdido, desaliento y vergüenza) mientras se debatía por contener sus propios sentimientos, igualmente confusos. «Igor se pasa el día en cama leyendo», anotó Julia en su diario

el 11 de julio.

> No dice nada de papá, ni de las acciones de sus ex «camaradas». A veces yo expreso mis pensamientos más infectos y venenosos, pero él, como el joven comunista que es, me prohíbe que diga esas cosas. A veces me dice: «Mamá, no te soporto cuando te pones así, te mataría».[446]

La preocupación más inmediata de Julia era llegar a fin de mes. Al igual que muchas esposas que se habían quedado sin marido durante el Gran Terror, estaba preocupada por la lucha diaria por la supervivencia, y tan traumatizada por su súbita pérdida de estatus que apenas se detenía a pensar en el peligro que corría.[447] Durante el registro de su casa, Julia había perdido su libreta de ahorros y todos los objetos de valor que hubiera podido vender más tarde. Sólo disponía del minúsculo salario de su empleo de oficina, que apenas si alcanzaba para alimentar a las cinco personas que dependían de ella y vivían en su apartamento (sus hijos, su anciano padre, y su madrastra y su hija Liudmila, que no tenía empleo). También tenían un perro bóxer. La familia subsistía con sopa y trigo.

Acostumbrada a la vida de privilegio típica de la esposa de un bolchevique de alto rango, a Julia le resultó difícil adaptarse a la pobreza. Experimentaba gran amargura y estaba colmada de autoconmiseración. Llegó a ir a las oficinas del Partido para presentar sus quejas a un funcionario, quien le dijo que se curtiera y se acostumbrara al estilo de vida del proletariado. Pasaba gran parte de su tiempo libre vagando por la ciudad en una infructuosa búsqueda de un empleo mejor. La acería de construcción (TsKMash) no tenía espacio para «especialistas» («no estamos en la Alemania fascista», le dijo el funcionario a Julia). Ni siquiera la fábrica de la cárcel de Butyrki tenía necesidad de trabajadoras de «su clase» (es decir, esposas de «enemigos»). «El funcionario de la fábrica ni siquiera echó un vistazo a mis papeles —escribió Julia en su

diario—, ni tampoco quiso preguntarme nada: simplemente me miró y me dijo “no”». Sus colegas del trabajo se negaron a ayudarla. «Todo el mundo me evita —escribió Julia—. Sin embargo, tengo gran necesidad de apoyo, aunque sea una mínima atención o un consejo». En su casa, mientras tanto, la tensión creció a medida que la situación empeoraba. La medio hermana de Julia y su madrastra se quejaban con frecuencia de la falta de comida y culpaban a Osip de todos sus problemas. Incluso intentaron que Julia fuera desalojada del apartamento. Al cabo de unas pocas semanas, Liudmila consiguió empleo y se mudó con sus padres a otro apartamento para no «hundirse» junto con los Piatnitski. «Si no podemos salvamos todos —dijo Liudmila—, al menos que se salven aquellos que pueden hacerlo». Julia se preguntaba si Liudmila y sus padres no sentirían vergüenza de su conducta. Pero lo dudaba:

> Es vergonzoso que durante siete años Piatnitski les diera de comer, mandara a Liuba [Liudmila] a una buena escuela y que les ofreciera un buen apartamento donde vivir. Y en cuanto tenemos problemas, sólo piensan en cómo huir lo más rápidamente posible de mí y de mis hijos…, de los desdichados.[448]

Poco después de la mudanza de sus parientes, Julia y sus hijos fueron desalojados de su hogar e instalados en un apartamento más pequeño en la planta baja de la Casa del Dique. Compartían el apartamento con la familia de un bolchevique armenio que había sido arrestado la primavera anterior. Julia estaba desesperada, sentía que su vida se derrumbaba y se le pasó por la cabeza la idea del suicidio. En su desesperación fue a ver a una vecina, la única persona de la Casa del Dique que no tenía miedo de hablar con ella, y le contó sus pesares. La anciana le dijo que no debía sentir lástima de sí misma: muchos funcionarios vivían en habitaciones más pequeñas. Además, dijo la mujer, Julia estaba mejor sin Piatnitski porque, le explicó, «ustedes no se

estaban llevando tan bien». Ahora sólo debía pensar en sí misma y en sus dos hijos, ya no debía pensar en su esposo. Reflexionando sobre esta conversación, Julia escribió esa noche en su diario: «Es cierto que él no pasaba demasiado tiempo con nosotros. Siempre estaba trabajando. Y para cualquiera que venía a pedirnos algún favor (es decir, casi todo el mundo), resultaba obvio que no nos llevábamos bien». [449] Y no sería la única duda que Julia albergaría hacia su esposo en el curso del año siguiente.

2

EL diario del escritor Mijail Prishvin, 29 de noviembre de 1937:

> Nuestro pueblo ruso, como árboles cubiertos por la nieve, está tan sobrecargado con los problemas de la supervivencia, y desea tanto conversar entre sí sobre ellos, que simplemente carece de la fuerza necesaria para seguir resistiendo en silencio. Pero en cuanto alguien habla, algún otro escucha lo que dice… ¡y el que habló desaparece! La gente sabe que puede meterse en graves problemas por una sola conversación, y por eso sellan una conjura de silencio con sus amigos. Mi querido amigo N. estaba encantado al localizarme en un atestado compartimento [de tren], y cuando finalmente quedó libre un asiento, se sentó a mi lado. Quería decirme algo, pero no podía hacerlo en medio de tanta gente. Se puso tan tenso que cada vez que se disponía a hablar echaba un vistazo a las personas que estaban junto a nosotros, y luego a las que teníamos enfrente, y todo lo que podía decir era: «Sí…». Y yo le contestaba exactamente lo mismo, y de esa manera, durante dos horas, viajamos juntos desde Moscú hasta Zagorsk:
>
> «Sí, Mijail Mijailovich».
>
> «Sí, Georgi Eduardovich». [450]

En el mejor momento de la época soviética, hablar podía ser peligroso, pero durante el Gran Terror unas pocas palabras al descuido era todo lo que hacía falta para que alguien desapareciera para siempre. Había informantes en todas partes. «Hoy, un hombre sólo habla libremente con su esposa… por la noche, tapándose la cabeza con las mantas», comentó en una oportunidad el escritor Isaak Babel. Prishvin escribió en su diario que entre sus amigos había «tan sólo dos o tres ancianos» con los que podía hablar libremente, sin temor a suscitar rumores maliciosos o denuncias.[451]

El Gran Terror silenció eficazmente al pueblo soviético. «Nos educaban para mantener la boca cerrada», recuerda Rezeda Taisina, cuyo padre fue arrestado en 1936.

> «Tu lengua te meterá en problemas», eso es lo que nos decía la gente todo el tiempo, a nosotros, los niños. Íbamos por la vida temerosos de hablar. Mamá solía decir que, de cada dos personas, una era un informante. Teníamos miedo de nuestros vecinos, y especialmente de la policía. Aun hoy tengo miedo de hablar. No puedo expresar mi opinión, ni defenderme ni hablar en público, siempre me quedo sin decir una palabra. Es algo que está arraigado en mi carácter, porque es lo que me enseñaron en la infancia. Aún hoy, cuando veo a un policía, empiezo a temblar de miedo.[452]

Maria Drozdova nació en el seno de una familia campesina estrictamente religiosa de la provincia de Tver. En 1930, los Drozdov huyeron al campo para escapar de la colectivización de su aldea. Con documentos falsos se mudaron a Krasnoe Selo, cerca de Leningrado, donde el padre de María trabajó en una fábrica de muebles y su madre, Anna, en un hospital. Anna era una campesina analfabeta. Convencida de que los bolcheviques eran el Anticristo, cuyos agentes veían y escuchaban todo lo que ella hacía, la mujer tenía miedo de estar en público, de salir o de hablar fuera de la habitación familiar situada en el apartamento comunitario en el que vivían. En 1937, cuando su padre, coadjutor de una iglesia, fue arrestado, Anna se paralizó de miedo. Se negaba a salir de la casa. Ni siquiera quería hablar en la habitación, por miedo a que la oyeran los vecinos. Al anochecer, le daba terror encender la lámpara, porque creía que eso podría llamar la atención de la policía. Incluso tenía miedo de ir al baño, porque podía limpiarse con una hoja de periódico que contuviera algún artículo en el que se nombrara a Stalin.[453]

Entre amigos y conocidos, existía el acuerdo tácito de no hablar sobre los acontecimientos políticos. Cualquiera podía ser arrestado y obligado por la policía a incriminar a sus amigos informando sobre esas conversaciones, que serían

usadas como pruebas de sus actividades «contrarrevolucionarias». En ese clima, embarcarse en una discusión política con alguien que no fuera un amigo íntimo era hacer caer sobre uno la sospecha de ser un informador o un provocador.

Vera Turkina recuerda el silencio con el que sus amigos y vecinos respondieron al arresto de su padre, presidente del tribunal provincial de Perm:

> En la casa que estaba frente a la nuestra, había tres muchachas cuyo padre también había sido arrestado (…). Todos tratábamos de eludir el tema: «No está aquí, se ha ido de viaje a alguna parte», es todo lo que decíamos al respecto (…). Mi padre fue víctima de su «lengua floja» (…) o eso es lo que suponíamos en nuestra familia, porque era demasiado directo y franco, y en algún lado había hablado más de lo que debía. La convicción de que hablar de más había sido la causa de su arresto reforzó nuestro propio silencio.[454]

Tan callado estoicismo era una reacción común ante la pérdida de amigos o familiares. Como Emma Gershtein escribió acerca del poeta Mandelstam en 1937: «Él no hablaba de los amigos desaparecidos y ahora muertos. Nadie lo hacía entonces (…). ¡Estaban prohibidas las lágrimas! Así era la atmósfera de esos años».[455]

El silencio reinaba en muchas familias. La gente no hablaba de sus parientes arrestados. Destruían sus cartas, o se las ocultaban a sus hijos, esperando que esa actitud los protegiera. Incluso en el hogar era peligroso hablar de esos parientes, porque, como se decía, «las paredes oyen». Después del arresto de su esposo, Sergei Kruglov, producido en 1937, Anastasia y sus dos hijos fueron trasladados a un apartamento comunitario en el que un delgado tabique los separaba de la familia de un miembro de la NKVD que vivía en la habitación contigua. «Se oía todo, podían oír incluso nuestros estornudos, y también cuando hablábamos en susurros. Mamá siempre nos decía que no abriéramos la boca»,

recuerda Tatiana Kruglova. Durante treinta años vivieron con temor a hablar, porque estaban convencidos de que su vecino de la NKVD informaba de todo lo que decían (en realidad los mantenía en ese estado de terror porque quería vecinos tranquilos y obedientes).[456]

Tras el arresto de su padre, Natalia Danilova se fue con su madre a vivir con la familia materna, los Osorgin, donde se prohibía mencionar a su padre. Los Osorgin eran una familia noble, y los bolcheviques habían arrestado a varios de sus miembros, incluyendo al esposo de la tía de Natalia, Mania, de fuerte personalidad y regente de toda la casa. «Ella era hostil hacia mi padre, tal vez porque él era campesino y socialista —recuerda Natalia—. Mi tía parecía pensar que mi padre era culpable, que se merecía el arresto, y que con sus acciones había causado problemas a toda la familia. Y nos obligó a todos a aceptar esa versión de lo ocurrido. Sólo ella tenía derecho a hablar de esas cosas; el resto de nosotros sólo podíamos manifestar nuestro desacuerdo en susurros».[457]

Las familias desarrollaron reglas de conversación especiales. Aprendieron a hablar elípticamente, a aludir a ideas y opiniones de tal manera que encubrían su significado ante los extraños, vecinos y criados. Emma Gershtein recuerda a la esposa de un primo llamada Margarita Gershtein, una veterana opositora que vivió durante un tiempo con su familia en Moscú. Un día Margarita hablaba de que 110 tenía sentido oponerse a Stalin, y estaba en medio de una oración («por supuesto, podríamos destituir a Stalin, pero…») cuando, de pronto,

> se abrió la puerta y Polia, nuestra criada, entró en el comedor.
>
> Yo me puse a temblar, aterrada, pero Margarita, sin cambiar un ápice su porte negligente, redondeó la frase exactamente en el mismo tono, con la misma voz clara: «entonces, Emmochka, ve y compra esa seda, no lo pienses. Te mereces un vestido nuevo después de todo lo que has hecho». Cuando la criada salió del comedor, Margarita me explicó que nunca hay

que dar la impresión de ser atrapada en falso. «Y no camines con paso furtivo ni mires con inquietud a tu alrededor».[458]

Los niños, charlatanes por naturaleza, eran particularmente peligrosos. Muchos padres decidieron que, cuanto menos supieran sus hijos, tanto menos vulnerable sería toda la familia. Antonina Moiseieva nació en 1927 en una familia campesina de la provincia de Saratov. En 1929, los Moiseiev fueron catalogados como *kulaks* y exiliados a una «colonia especial» de los Urales. Tras su retorno a Chusovoe, una población cercana a Perm, en 1936, la madre de Antonina advirtió a sus hijos:

> «No debéis opinar sobre nada ni juzgar, pues si lo hacéis serán arrestados», nos decía siempre. Nos pasábamos la noche entera en la fila para conseguir pan, y ella nos decía: «¡No digáis nada! No es asunto vuestro que el gobierno no tenga pan». Mamá nos decía que era pecado juzgar. «¡A refrenar la lengua!», nos decía cada vez que salíamos de casa. [459]

Vilgelm Tell creció en una familia húngara en Moscú. Su padre fue arrestado durante una de las «operaciones nacionales» en 1938, cuando Vilgelm tenía nueve años. Por lo que recuerda, ni su madre ni sus abuelos le hicieron ninguna advertencia específica ni le dieron ninguna instrucción sobre cómo debía comportarse, pero él podía percibirla atmósfera de miedo reinante:

> Sabía de manera intuitiva que debía mantenerme en silencio, que no podía hablar ni decir nada de lo que pensaba. Por ejemplo, cuando viajábamos en un tren atestado, yo sabía que debía permanecer callado, que no podía mencionar nada, ni siquiera las cosas que veía a través de la ventanilla (…). También percibía que todos los demás sentían exactamente lo mismo. Siempre reinaba el silencio en lugares públicos como un tranvía. Si la gente hablaba, sólo lo hacía sobre cosas triviales, como por ejemplo dónde habían comprado esto o aquello. Nunca hablaban de su trabajo o de cosas serias.[460]

Oksana Golovnia recuerda haber viajado en un atestado autobús de Moscú con su padre, Anatoli, el realizador cinematográfico, y haber mencionado a su «tío Lodia» (el

director de cine Pudovkin):

> Papá me susurró al oído: «Nunca pronuncies el nombre de alguien cuando estés en un lugar público». Ante mi inquisitiva mirada de temor, dijo entonces en voz alta: «¡Mira si esas pequeñas galletas no parecen orejitas!». Entendí lo que pretendía decirme: que alguien sentado cerca de nosotros estaba escuchando lo que decíamos. La lección que mi padre me dio aquel día marcó mi rumbo para toda la vida.[461]

En su diario de 1937, Privshin escribió que la gente se estaba volviendo tan experta en encubrir el verdadero significado de lo que decían, que corrían el riesgo de perder la capacidad de volver a decir alguna vez la verdad.

> 10 de julio:
>
> La conducta en Moscú: no se puede hablar de nada ni con nadie. El verdadero secreto de cómo comportarse es percibir lo que algo quiere decir, y quién lo dice, sin decir nada. Hay que eliminar por completo cualquier remanente de necesidad de «hablar sinceramente».[462]

Arkadi Mankov consignó un fenómeno semejante en su diario:

> No tiene sentido alguno hablar del ánimo general. El silencio predomina, como si nada hubiera pasado. La gente habla sólo en secreto, entre bambalinas y en privado. Las únicas personas que expresan sus opiniones en público son los borrachos.[463]

A medida que las personas se retraían cada vez más, el ámbito social se reducía inevitablemente. «La gente ha dejado por completo de confiar en los demás», escribió Privshin en su diario el 9 de octubre. Se estaba convirtiendo en una sociedad de gente que susurraba:

> La enorme masa de la clase baja simplemente se ocupa de sus tareas y susurra con toda calma. Algunos ni siquiera tienen nada que susurrar: para ellos «todo es como debe ser». Otros susurran para sí mismos, en soledad, refugiándose silenciosamente en su trabajo. Muchos han aprendido a quedarse completamente callados…, como si yacieran en una tumba.[464]

Con la desaparición de la verdadera comunicación, la desconfianza cundió en toda la sociedad. La gente escondía su verdadera personalidad tras una máscara pública. Exteriormente cumplían con el modelo público de la correcta

conducta soviética; interiormente vivían en el terreno del pensamiento privado, que la mirada pública no podía escrutar. En esta atmósfera, crecían el miedo y el terror. Como nadie sabía qué era lo que se podía ocultar tras esa máscara, se suponía que las personas que parecían ser ciudadanos soviéticos normales podían ser, en realidad, espías o enemigos. Sobre esta base, las denuncias e informes de «enemigos ocultos» se tornaban verosímiles, no sólo para el público en general, sino para colegas, vecinos y amigos de los denunciados.

La gente buscó refugio en un mundo privado donde pudiera existir la verdad. Algunas personas empezaron a escribir diarios durante el Gran Terror. Pese a todos los riesgos, llevar un diario era una manera de articular un mundo libre de ocultaciones, de dar voz a los propios miedos y dudas en un momento en que hablar era peligroso.[465] El escritor Privshin confesaba sus mayores temores en su diario. En 1936, había sido atacado por los burócratas literarios de la Unión de Escritores por un enconado comentario que había expresado en una fiesta de Año Nuevo, un comentario que ahora temía que pudiera llegar a costarle su libertad. «Tengo mucho miedo —escribió— de que esas palabras caigan en el archivo de un informante encargado de transmitir datos sobre el escritor Privshin». Privshin se retiró de la esfera pública y se encerró en su diario. Llenó las páginas con una escritura minúscula, apenas legible con lupa, para ocultar sus pensamientos a la policía en caso de que fuera arrestado y le confiscaran el diario. Para Privshin, el diario era una «afirmación de individualidad», un lugar donde ejercer su libertad interior y donde podía hablar con su propia voz. «O bien uno escribe un diario para sí mismo —cavilaba Privshin —, para excavar hasta su yo más profundo y conversar con uno mismo, o lo escribe para relacionarse con la sociedad y

expresar secretamente su opinión sobre ella».[466] Para Privshin, el diario era ambas cosas. Lo llenó de reflexiones en las que expresaba en qué se oponía a Stalin, señalaba la influencia destructiva de la cultura de masas soviética, y reafirmaba la indestructibilidad del espíritu humano individual.

El dramaturgo Alexandre Afinogenov empezó a llevar un diario en 1926. Lo llenó de autocríticas y de reflexiones acerca de cómo podía mejorarse a sí mismo como comunista. Después, a mediados de la década de 1930, cayó en desgracia ante el régimen: la perspectiva psicología a de sus obras teatrales proletarias perdieron el favor de las autoriridades literarias, ahora comprometidas con la doctrina del realismo socialista. Su pieza teatral *La mentira* (1933) fue atacada por Stalin, quien dijo que carecía de un auténtico héroe comunista cuya vida estuviera consagrada a la causa de los trabajadores. Se dijo que el grupo literario al que pertenecía —encabezado por el expresidente de la RAPP (Asociación Rusa de Escritores Proletarios), Leopold Averbaj— era una «agencia trotskista de la literatura» que conspiraba para destituir al régimen soviético. En la primavera de 1937, Afinogenov fue expulsado del Partido y la NKVD lo desalojó de su apartamento de Moscú. Se mudó a su dacha de Predelkino, donde vivió con su esposa y su hija en aislamiento casi total. Sus viejos amigos le dieron la espalda. Un día, en un tren, oyó una conversación entre dos oficiales del ejército que expresaban su satisfacción de que el «espía japonés Averbaj» hubiera sido atrapado finalmente, y su «secuaz Afinogenov» estuviera en la cárcel esperando ser juzgado. A medida que Afinogenov se recluyó en su mundo interior, su diario cambió de carácter. Todavía había momentos en los que se criticaba a sí mismo, en los que aceptaba las acusaciones y trataba de purgarse como

comunista, pero había en el diario más introspección, más inmediatez psicológica y más uso del «yo», en vez de el pronombre «él» que antes había empleado para referirse a sí mismo. El diario se convirtió en un refugio secreto de sus pensamientos y reflexiones íntimas:

> 2 de noviembre de 1937.
>
> Al regresar a casa, me siento con mi diario y pienso solamente en mi rincón privado del mundo, que permanece incólume, intocado por la política, y escribo sobre eso. Ahora que he sido excluido del flujo general de la vida, de repente siento la necesidad de hablar con gente sobre todo lo que está ocurriendo… pero ahora ese anhelo de comunicación sólo puede satisfacerse en estas páginas, porque nadie querrá hablar conmigo. [467]

Eugenia (Yenia) Yevangulova empezó a llevar un diario en diciembre de 1937, el año en que sus dos progenitores fueron arrestados. El diario se convirtió para ella en un lugar donde desahogar sus emociones y sostener lo que ella denominaba «una conversación interna» con sus padres, quienes habían desaparecido en el Gulag. «No me abandona la ardiente esperanza de que algún día mis seres queridos lean este diario, así que debo esforzarme para lograr que sea sincero», escribió en la primera entrada. Para Yevangulova, una estudiante del Instituto de Tecnología de Leningrado, el diario era cada vez más importante como medio de conexión con su yo individual que, según temía, corría el riesgo de hundirse en medio del estilo de vida colectivo del instituto. El 8 de marzo de 1938, Yenia escribió: «Tal vez no me he expresado de manera correcta: mi yo interior no ha desaparecido (lo que sea que esté dentro de una personalidad nunca puede desaparecer), pero está profundamente oculto, y ya no siento su presencia en mi interior». Sentía que su personalidad sólo podía expresarse a través de una genuina conexión con los otros… pero no había nadie con quien conectar. Sus compañeros de estudio desconfiaban de ella por considerarla hija de «enemigos del pueblo»; lo único que tenía era su

diario. Como escribió en diciembre de 1939: «A veces siento un desesperado anhelo de encontrar un amigo verdadero, alguien que pudiera entenderme, alguien con quien pudiera compartir todos mis torturantes pensamientos, aparte de este mudo diario».[468]

Arkadi Mankov, como Yevangulova, ansiaba relacionarse humanamente. Decidió mostrarle su diario a un compañero del curso al que asistía en la Biblioteca Pública de Leningrado. El diario de Mankov estaba lleno de ideas antisoviéticas, de manera que era un gesto de inmensa confianza, incluso de necedad, enseñárselo a un hombre al que apenas conocía pero, como confesó en su diario, había actuado impulsado por «la soledad, la cotidiana soledad interminable en la que vivo mi vida sin propósito».[469]

También Prishvin sucumbió a la tentación de establecer relaciones con otros. En diciembre de 1938, pidió a un amigo que lo ayudara a encontrar una secretaria que pudiera ayudarlo a corregir y seleccionar sus diarios, a pesar de que sabía lo peligroso que podría ser admitir «a una persona extraña en mi laboratorio y dejar que lo sepa todo de mí». Esa noche tuvo una pesadilla. Estaba cruzando una gran plaza abierta y perdía su sombrero. Sentía que lo habían dejado desnudo. Al preguntarle a un policía adonde había ido su sombrero, recordó repentinamente, mientras analizaba el sueño en su diario, que le «había pedido a un extraño que se involucrara en los detalles más íntimos de mi vida. La pérdida del sombrero que era mi secreto me había dejado expuesto». La mujer que llegó a la casa de Prishvin pocos días más tarde para entrevistarse con él también mostró aprensión ante la idea de trabajar en los diarios de un hombre al que no conocía. Sugirió que ambos deberían conocerse antes de empezar a trabajar juntos. Hablaron sin parar durante ocho

horas. Se enamoraron y, al cabo de un año, ya estaban casados.[470]

3

Había informantes en todas partes: en las fábricas y las escuelas, en las oficinas, en los lugares públicos y en los apartamentos comunitarios. Según todas las estimaciones, en el momento álgido del Gran Terror millones de personas informaban sobre sus colegas, amigos y vecinos, aunque resulta difícil precisar la cifra porque sólo existen datos dispersos y evidencias anecdóticas. Según un funcionario policial de alto nivel, un oficinista soviético de cada cinco era informante de la NKVD. Otro afirmó que el número de informantes regulares alcanzaba el 5 por ciento de la población adulta de las principales áreas urbanas (la creencia popular suponía que la cifra era mucho mayor). El nivel de vigilancia variaba mucho dependiendo de la ciudad. En Moscú, donde existía un enorme control policial, había al menos un informante cada seis o siete familias, según un exfuncionario de la NKVD. En Jarkov, por el contrario, había tan sólo cincuenta informantes en una ciudad de ochocientos cuarenta mil habitantes (es decir, un informante por cada dieciséis mil ochocientas personas), según un exmiembro de la NKVD, quien afirmaba haber controlado a todos los informantes de la ciudad. Entre esos dos extremos, la ciudad de Kuibyshev puede resultar más representativa del nivel de vigilancia que existía en la Unión Soviética en general: en 1938, la policía afirmó tener alrededor de mil informantes en una población de cuatrocientos mil habitantes.[471] Esta cifra

incluye sólo a los informantes registrados, empleados regularmente por la policía y recompensados usualmente de alguna forma (con dinero, empleos, vivienda, raciones especiales o garantía de que no serían arrestados). No incluye a los millones de «fuentes fiables» (trabajadores de fábricas y de oficinas, activistas estudiantiles, conserjes, vigilantes, etc.) que eran como los ojos y los oídos de la policía en cada rincón y recoveco de la sociedad.[472] Tampoco abarca las denuncias e informes de cada día, que la NKVD no había solicitado, y que hicieron que el Estado policial fuera tan poderoso. Todo el mundo sabía que se esperaba que «los leales ciudadanos soviéticos» informaran acerca de cualquier conversación sospechosa que llegara a sus oídos: el miedo a ser castigado por «falta de vigilancia» impulsaba a muchos a una actitud colaboracionista.

En general, existían dos categorías: la de los informantes voluntarios, que usualmente estaban motivados por la posibilidad de obtener una recompensa material, por la convicción política o el rencor hacia sus víctimas; y los informantes involuntarios, que estaban presionados por las amenazas de la policía o por las promesas de brindar ayuda a sus familiares encarcelados. Resulta difícil condenar a los informantes de la segunda categoría: muchos se encontraban en situaciones casi insoportables en las que cualquiera hubiera cedido a la presión ejercida por la NKVD.

En 1943, el escritor Simonov recibió la visita de «X», un excompañero del Instituto Literario. Después del arresto de su padre, X había sido amenazado con la expulsión del instituto, a menos que accediera a redactar informes sobre las conversaciones que escuchara entre los otros estudiantes. Desde 1937 en adelante, X había trabajado como informante de la NKVD. Impulsado por la culpa y el remordimiento, fue

a ver a Simonov para advertirle de que en el pasado había informado sobre sus conversaciones. «X estaba terriblemente avergonzado», dijo el escritor entonces. Tal vez también estuviera un poco asustado, ya que en 1943 Simonov se había convertido en un famoso escritor, con buenas conexiones en el Kremlin; incluso era posible que ya se hubiera enterado de los informes que presentaba su examigo. X le dijo a Simonov que se suicidaría si descubría que alguien había sufrido a consecuencia de sus informes. Le explicó que había procurado excluir de sus informes cualquier prueba incriminatoria, pero seguía sintiendo que sus acciones «le habían hecho insoportable la vida».[473]

Wolfgang Leonhard recuerda haberse encontrado, en 1939, con una condiscípula, una muchacha con la que siempre había sentido que podía hablar sinceramente. Solían ir a caminar por los parques de Moscú y hablaban de los grandes temas políticos del momento. Un día la joven le confesó que había cedido a la presión que la NKVD ejercía sobre ella para lograr que escribiera informes sobre lo que decían los otros estudiantes. Deprimida y con cargos de conciencia, quería advertirle a Leonhard que, aunque todavía no le habían exigido que informara sobre él, ya no podrían seguir encontrándose para conversar.[474]

Valeri Frid recuerda la manera en que fue reclutado como informante en 1941. Estaba en el Komsomol y estudiaba en el Instituto Estatal de Cinematografía de la Unión (VGIK), que había sido trasladado de Moscú a Alma-Ata, en Kazajstán. La falta de alimentos era desesperante. Frid se vio involucrado en un chanchullo relacionado con tarjetas de racionamiento falsificadas. Un día lo citaron en las oficinas de la NKVD. Sus interrogadores conocían todo el caso de las tarjetas de racionamiento, y le advirtieron de que sería expulsado del

Komsomol y del instituto si no accedía a las exigencias que le planteaban y demostraba ser una «persona soviética», presentando informes sobre sus compañeros. Frid cedió a la presión y firmó un acuerdo en el que aceptaba redactar informes. En cuanto hubo firmado, sus interrogadores le estrecharon la mano y empezaron a tratarlo de manera afable y amistosa. Le dijeron que no tendría ningún problema con lo de las tarjetas de racionamiento (en realidad, le dijeron que podía seguir traficando libremente con ellas), y le dieron un número de teléfono al que debía llamar en caso de que tuviera algún problema con la policía. Al regresar a su albergue, Frid rompió a llorar. Durante tres días, no pudo comer ni dormir. Se aseguró de que sus informes fueran muy generales y de que no incluyeran hechos incriminatorios. El agente de la NKVD al que Frid le daba sus informes, un hombrecito con toda la dentadura de oro, no se mostró en absoluto satisfecho. Pero Frid se salvó de ser castigado porque la VGIK volvió a establecerse en Moscú en 1943.[475]

Sofía Ozemblovskaia se convirtió en informante cuando tenía tan sólo diecisiete años. Había nacido en el seno de una noble familia polaca en Osipovichi, cerca de Minsk, en liielorrusia. Después de la Revolución de 1917, sus padres se convirtieron en agricultores campesinos, pero durante la colectivización de la agricultura fueron exiliados como *kulaks* a la región norteña de Komi. En 1937, la familia regresó a Osipovichi, pero volvieron a ser arrestados más tarde durante una de las «operaciones nacionales» contra los polacos, y enviados a una «colonia especial» cerca de Perm. Sofía decidió escapar. «Tenía que huir para proporcionarme alguna alternativa de vida», explica. Sofía se inscribió en una fábrica-escuela (la manera más directa de conseguir un «origen proletario»), y luego ingresó en la escuela de medicina de Kudymar, una ciudad próxima a Perm, en los Urales. Nadie le

preguntó nada sobre sus orígenes *kulak*. Ni siquiera le pidieron su pasaporte, documento del que ella carecía. Seis meses más tarde, fue citada a presentarse en las oficinas de la NKVD. «Pensé que me enviarían a la cárcel porque me había escapado», recuerda Sofía. De hecho, le dijeron que tendría que trabajar para la NKVD si no quería ser expulsada de la universidad por haber ocultado sus orígenes. Su tarea era entablar conversación con sus compañeros, aludiendo a los acontecimientos políticos, y redactar informes que consignaran todo lo que le decían. Le proporcionaron un pasaporte. Con la protección de la NKVD, Sofía se graduó en la escuela de medicina y tuvo una carrera exitosa en el servicio de ambulancias de Perm. Retrospectivamente, no siente ningún remordimiento por lo que hizo; aunque sabe que muchos estudiantes fueron arrestados como consecuencia de sus informes, cree que sus acciones fueron el precio necesario que la hija de un *kulak* debía pagar por su supervivencia durante los años de Stalin. Sofía se casó con el hijo de un funcionario importante de la NKVD. Al principio no contó nada a sus hijos respecto de sus actividades políticas. Pero en la década de 1990, «cuando había libertad y ya no teníamos nada que temer», decidió sincerarse:

> Decidí contarles todo a mis hijos y a mis nietos. Les encantó que lo hiciera. Mi nieto me dijo: «¡Abuelita, qué inteligente eres al recordar todo eso. Nosotros lo recordaremos toda la vida… recordaremos cómo sufriste la represión, cómo la sufrieron tus padres».[476]

En sus memorias, Olga Adamova-Sliuzberg relata la historia de un joven informante, hijo de un bolchevique ejecutado durante el Gran Terror, cuya tarea era relacionarse con otros cuyos padres habían sido arrestados. Este muchacho informaba de cada palabra de descontento que pronunciaban, de cada duda y cada pregunta que planteaban. Muchos de sus amigos fueron arrestados por sus informes.

Olga conoció a algunos en la prisión de Butyrki después de que ella misma fuera detenida en 1949. Les preguntó qué pensaban de ese muchacho. Todos se mostraron extrañamente comprensivos. La opinión general era que se trataba de «un buen chico, pero ingenuo, que creía cada eslogan que oía, cada palabra que publicaban los periódicos». La madre del muchacho, «una mujer maravillosa y sincera», le repitió varias veces a Olga que su hijo no había actuado por resentimiento, sino impulsado por sus elevadas convicciones. «Habló mucho de la excepcional amabilidad, la brillantez y la honestidad de su hijo». Tal vez el muchacho sentía que estaba actuando como un patriota al denunciar a sus propios amigos en defensa de la causa soviética: tal como lo había hecho el niño héroe Pavlik Morozov al denunciar a su padre.[477]

Sin duda, durante el Gran Terror muchas personas denunciaban con la sincera convicción de que de esa manera cumplían con el deber patriótico de los ciudadanos soviéticos. Eran víctimas de la propaganda sobre los «espías» y los «enemigos», y estaban dispuestas a descubrirlos, incluso entre sus amigos. Pero sobre todo temían meterse en problemas si arrestaban a alguien que conocían y no lo habían denunciado: era delito no revelar la relación con el enemigo, y la «falta de vigilancia» era la causa válida de miles de arrestos. En aquel clima de miedo generalizado, las personas se apresuraban a denunciar a los otros antes de que los otros pudieran denunciarlas a ellas. Esta demencial maraña de denuncias tal vez no sirva para explicar la enorme cantidad de arrestos producidos durante el Gran Terror, ya que la mayoría de las víctimas de la NKVD fueron arrestadas masivamente durante la «Operación nacional» y la «Operación *kulak*», pero sí puede explicar por qué tantas personas fueron absorbidas por el sistema policial en calidad de informantes. Fuera de sí, los ciudadanos solían presentarse en las centrales de NKVD y del

Partido para entregar nombres de familiares y amigos que podían ser «enemigos del pueblo». Redactaban detallados informes sobre sus colegas y conocidos, consignando incluso un encuentro casual con personas que habían estado relacionadas con esos «enemigos». Una anciana escribió a la oficina del Partido de su fábrica para informar de que su hermana había trabajado en una oportunidad como personal temporal de limpieza en el Kremlin, y aseguraba que le había limpiado la oficina a un hombre que más tarde había sido arrestado.[478]

El miedo impulsaba a la gente a tratar de purgarse (de ponerse del lado de los puros), quitando la mancha que implicaba el contacto con potenciales enemigos. Muchos de los informantes más fanáticos eran personas con una «biografía arruinada» (hijos de *kulak* y «enemigos de clase» o exopositores), que tenían razones de peso para temer el arresto. Informar sobre los amigos se convirtió en una manera de demostrar que eran dignos «ciudadanos soviéticos». La NKVD implementaba deliberadamente la política de reclutar voluntarios entre los grupos más vulnerables. Con frecuencia elegían a los familiares de los arrestados, que a su vez temían que los detuvieran. Alexandre Karpetnin, un exagente de la NKVD que también fue arrestado en 1938, recuerda cómo lo entrenaron para que reclutara informantes:

> Había que buscar personas en cuya vida hubiera algo sospechoso. Digamos, por ejemplo, una mujer cuyo marido había sido arrestado. La conversación se desarrollaría de la siguiente manera:
>
> «¿Es usted una verdadera ciudadana soviética?»
>
> «Sí, lo soy».
>
> «¿Está dispuesta a demostrarlo? Todos dicen que son buenos ciudadanos».
>
> «Por supuesto que estoy dispuesta».
>
> «Entonces ayúdenos. No le pediremos demasiado. Si se entera de algún

acto o escucha alguna conversación antisoviética, avísenos. Podemos encontrarnos una vez por semana. Usted debe llevar por escrito todo lo que haya visto o escuchado, consignando quién lo dijo, quién estaba presente en ese momento. Eso es todo. Entonces sabremos si es verdaderamente una buena ciudadana soviética. Nosotros la ayudaremos si tiene algún problema en su trabajo. Si la despiden o la bajan de categoría, la ayudaremos».

Eso era todo. Después de eso, la persona accedía a informar.[479]

Olga Adamova-Sliuzberg cuenta la historia de una joven llamada Zina, una profesora de matemáticas de Gorki a quien conoció en la cárcel de Lubianka. Zina había sido arrestada por no haber denunciado a uno de sus profesores, un catedrático que enseñaba materialismo dialéctico y que viajaba a Gorki desde Moscú una vez por semana. En sus conversaciones con Zina, el profesor había expresado abiertamente sus críticas al régimen estalinista. Como en Gorki se alojaba en una residencia estudiantil, había usado el apartamento de Zina para celebrar reuniones con sus amigos, y tenía allí un baúl en el que guardaba sus libros. Cuando la NKVD hizo un registro, resultó que se trataba de libros trotskistas. Zina reconoció su culpabilidad. Decidió expiar su pecado y «eliminar cualquier mancha y limpiar su conciencia» informando a la NKVD acerca de otros «enemigos». Contó a sus interrogadores todo sobre cierto profesor que había dado clases en el instituto. Un día, había habido un corte de luz mientras el profesor llevaba a cabo un experimento. No había velas, así que, según explicó:

partió una regla y encendió una astilla de madera, tal como suelen hacerlo los campesinos, para proporcionar luz. El profesor terminó su experimento a la luz de esa astilla y al final comentó [burlándose de la famosa frase de Stalin]: «La vida se ha vuelto mejor, más dichosa. ¡Loado sea Dios, hemos llegado a la época de la astilla!».

El profesor fue arrestado. Zina no sintió que hubiera actuado mal al denunciarlo, y sólo experimentó cierta incomodidad cuando tuvo que enfrentarse a él durante el interrogatorio al que fue sometido. Cuando Olga le preguntó

qué pensaba de haberle «arruinado la vida a alguien» por una cosa tan insignificante, Zina respondió: «En política no hay cosas insignificantes. Como tú, al principio no entendía el sentido delictivo que encerraba ese comentario, pero más tarde me di cuenta».[480]

Muchas denuncias estaban motivadas por el resentimiento. La manera más rápida de eliminar a un rival era denunciarlo como «enemigo». El resentimiento albergado por la clase baja hacia la élite bolchevique fue el combustible que dio potencia al Gran Terror. Los obreros denunciaban a sus jefes, los campesinos denunciaban a los jefes del *koljoz* cada vez que se sentían sometidos a exigencias demasiado estrictas. La NKVD solía usar a los criados para que informaran sobre sus empleadores. Markusha Fischer, la esposa rusa de un periodista estadounidense, dio empleo a una niñera que creía en la existencia de «enemigos». «Representaba verdaderamente la mentalidad de los hombres y mujeres comunes —escribió Markusha—. No la torturaba ninguna duda política y aceptaba cada declaración oficial como si fuera palabra santa».[481] Muchas familias vivían con miedo constante a sus criados.

En 1935, la NKVD ubicó a nuevos criados en los hogares de muchos trabajadores del Partido de Leningrado, como parte de una campaña destinada a aumentar el nivel de vigilancia tras el asesinato de Kirov. Anna Karpitskaia y Piotr Nizovtsev, funcionarios de alto rango del Partido en Leningrado, fueron obligados a despedir a Masha, su vieja ama de llaves, la devota Antigua Creyente que solía preparar remedios con hierbas. La nueva ama de llaves, Grusha, era «una mujer severa y desagradable», recuerda Marksena, la hija de Anna, quien entonces tenía doce años de edad. «La policía nos la había enviado para que nos vigilara». Marksena

y sus hermanastros menores advirtieron instintivamente que no debían hablar en presencia de Grusha. «Casi no cruzábamos una palabra con ella», recuerda Marksena. Grusha dormía en la cocina, separada de las habitaciones de la familia, donde sí se permitía vivir a Milia, la niñera que había estado en la familia desde hacía muchos años. Además, Grusha recibía el tratamiento de una criada, a diferencia de lo que ocurría en el caso de Milia o de lo que había ocurrido con la antigua ama de llaves, que habían sido consideradas parte de la familia.

Anna y Piotr eran hostiles a Stalin. Marksena recuerda conversaciones susurradas en las que sus padres compartían la sospecha de que Stalin había sido responsable del asesinato de Kirov. Podrían haber hablado abiertamente ante Masha, dado que el hecho de que la mujer fuera una Antigua Creyente era garantía de su discreción, pero era peligroso dar voz a esos sentimientos en presencia de Grusha. En julio de 1937, los padres de Marksena fueron arrestados (los dos fueron fusilados en el otoño de ese mismo año). Sus hermanos menores fueron enviados a un orfanato. Marksena se mudó a un apartamento comunitario con la niñera Milia. Grusha desapareció.[482]

En esta atmósfera de recelo, odio y resentimiento, no hacía falta demasiado para que las disputas insignificantes y la envidia se convirtieran en denuncias. En 1937, Boris Molotkov, un médico rural de la región de Gorki, fue abordado por el jefe de distrito de la NKVD, un viejo amigo de la familia, quien le pidió que practicara un aborto a su amante. Cuando Molotkov se negó (los abortos eran ilegales en esa época), el funcionario de la NKVD ordenó que una serie de informantes lo denunciaran como «contrarrevolucionario», Boris fue arrestado y enviado a la

cárcel del distrito. Su esposa también fue arrestada, acusada con pruebas falsas del asesinato de un trabajador del hospital local.[483]

Con frecuencia, los intereses sexuales y amorosos desempeñaban un papel de importancia en estas mortales disputas. Amantes no deseados, esposas y maridos…, todos ellos eran denunciados en gran número durante el Gran Terror. Nikolai Sajarov era un ingeniero cuyo padre, un sacerdote, había sido ejecutado en 1937, pero Nikolai era muy valorado por su pericia en el campo industrial, y creía que esa circunstancia lo protegería del arresto. Sin embargo, cierto día alguien se interesó por su esposa y denunció a Nikolai como «enemigo del pueblo». Lipa Kaplan se metió en problemas cuando se negó a satisfacer las exigencias sexuales de su jefe, en la fábrica donde trabajaba. El jefe arregló que un informante denunciara a Lipa por un comentario que la mujer había hecho después del asesinato de Kirov, tres años antes. En ese momento, Lipa no fue arrestada (la denuncia fue considerada absurda), pero en 1937 bastó para que la sentenciaran a diez años en la cárcel de Kolyma.[484]

Los ascensos en la carrera y las recompensas materiales eran un incentivo para casi todos los informantes, aunque en general esos estímulos se mezclaban de manera compleja con la convicción política y el temor. Miles de funcionarios de bajo nivel se abrieron paso hacia las jerarquías superiores del Soviet gracias a su función de informantes (una función que era alentada por el régimen). Un hombre, Ivan Miachin, promovió su carrera gracias a haber denunciado al menos a catorces líderes del Soviet y del Partido en Azerbaiján, entre febrero y noviembre de 1937. Para justificar su actitud, Miachin declaró más tarde: «Pensábamos que eso era lo que debíamos hacer (…). Todos redactaban informes». Tal vez

Miachin pensaba que era un mérito estar tan vigilante y alerta. Tal vez le causaba un placer malicioso el hecho de arruinar las vidas de sus superiores, o le enorgullecía ayudar a la policía. Había informantes de esa clase: entrometidos corresponsales que numeraban cuidadosamente sus informes y los firmaban como «uno de nosotros» (svoi) o «Partisano» para demostrar su lealtad. Sea como sea, el ascenso personal, un salario más alto y mejores raciones, o la promesa de una vivienda más amplia, sin duda eran aspectos importantes para los denunciantes. Cuando un apartamento quedaba vacío debido al arresto de sus ocupantes, solía pasar a manos de los funcionarios de la NKVD, o se dividía y era ocupado por otros servidores del régimen estalinista, tales como chóferes y empleados de oficina, algunos de los cuales indudablemente recibían esa recompensa por haber proporcionado información sobre los anteriores ocupantes.[485]

Ivan Maligin era un ingeniero de Sestroretsk, al norte de Leningrado. Era muy competente, una persona profundamente respetada por los obreros de su fábrica, que lo llamaban «el ingeniero zar» y que incluso ayudaron a su familia cuando Maligin fue arrestado por la NKVD. El ingeniero era casi una celebridad local. Escribía libros de texto, panfletos populares y artículos para la prensa soviética. Vivía con su esposa y sus dos hijos en los suburbios de la ciudad, en una gran casa de madera que él mismo había construido. Pero, como suele ocurrir, su riqueza y su fama despertaron celos y envidias. Maligin fue arrestado por una denuncia presentada por uno de sus colegas de la fábrica que envidiaba su éxito. Había afirmado que Maligin usaba su casa para mantener contactos secretos con los finlandeses. En realidad, resultó que la denuncia había sido organizada por un pequeño grupo de agentes de la NKVD, quienes obligaron a Maligin a venderles la casa por 7.000 rublos (había sido

valorada recientemente en casi medio millón). Los funcionarios amenazaron con arrestar a su esposa si se negaba a venderles la propiedad. Maligin fue fusilado. Su esposa e hijos fueron desalojados de su casa, que fue ocupada por los funcionarios de la NKVD y sus familias.[486] Sus descendientes siguen viviendo allí hasta la fecha.

Hacer una buena carrera en los años del Gran Terror implicaba necesariamente hacer concesiones morales, cuando no por medio de informes directos, manteniendo al menos una silenciosa aceptación del régimen estalinista. Simonov, cuya carrera cobró vuelo en esos años, escribió con extraordinario candor y sinceridad sobre lo que consideró la colaboración de la silente mayoría soviética durante el Gran Terror. En sus memorias, dictadas en su lecho de muerte en 1979, Simonov se inculpaba a sí mismo:

> Para ser sincero sobre esa época, no sólo Stalin es imperdonable, sino también uno mismo. No es que haya hecho algo malo —tal vez uno no hizo nada malo, al menos directamente—, sino que se acostumbró al mal. Los acontecimientos que se produjeron en 1937-1938 parecen ahora extraordinarios, diabólicos, pero para mí, que era entonces un joven de veintidós o veinticuatro años, se convirtieron en una suerte de norma, algo casi habitual y común. Uno vivía en medio de esos acontecimientos, sordo y mudo a todo, no veía ni oía nada cuando la gente que lo rodeaba era fusilada, cuando desaparecía gente por todas partes.



La casa de Maligin en Sestroretsk,
década de 1930

Procurando explicar esa indiferencia, Simonov recordaba su propia reacción ante el arresto, acaecido en 1939, de Mijail Koltsov, un escritor muy influyente, cuyos artículos sobre la Guerra Civil española fueron una verdadera inspiración para el joven círculo literario en el que se movía Simonov. En su interior, Simonov nunca había creído que Koltsov fuese un espía (tal como le confesó al escritor Fadeiev, en 1949), pero de alguna manera en ese momento había conseguido reprimir sus dudas. Ya sea por miedo o por cobardía, o por el deseo de creer al listado, o simplemente porque su instinto le obligaba a evitar cualquier idea subversiva, había logrado producir una pequeña adaptación interna para poder adecuarse a las necesidades del régimen estalinista. Había recalibrado su brújula moral para poder navegar a través del laberinto moral del Gran Terror y cumplir la travesía con su propia carrera y sus propias convicciones intactas.[487]

Simonov no era un informante, pero fue presionado por las autoridades soviéticas, que tal vez querían que actuara como tal. En la primavera de 1937, Vladimir Stavski, el secretario de la Unión de Escritores, lo invitó a unirse a otros tres jóvenes prosistas del Instituto Literario para trabajar juntos durante unas vacaciones en el Cáucaso. Debían escribir sobre la vida de Sergo Ordzhonikidze, el excomisario de industria pesada, un georgiano famoso y camarada de Stalin en la Guerra Civil, quien acaba de suicidarse. Poco antes de la fecha en la que debían partir, Simonov fue citado al despacho de Stavski. Éste le exigió que le contara «todas las conversaciones antisoviéticas [que había estado manteniendo] en el Instituto». Quería que confesara y se arrepintiera, para ponerlo en una posición en la que le resultara difícil negarse a las exigencias de las autoridades. Cuando Simonov negó que hubiera mantenido esa clase de conversaciones, Stavski alegó «tener información» al respecto. Le dijo que era «mejor que

dijera la verdad». Stavski «estaba claramente enojado por mi aparente incapacidad de ser sincero y contarle la verdad», recordó Simonov. Después de varias escaramuzas en las que Stavski lo acusaba y Simonov lo desmentía, llegaron a un punto muerto, y Simonov seguía negándose a cooperar. Stavski lo acusó de difundir «poesía contrarrevolucionaria» y lo excluyó del viaje. Gradualmente, Simonov se dio cuenta de dónde provenía la «información» de Stavski. Entre los estudiantes del instituto cundía una verdadera locura por la poesía de Kipling. Un día Simonov entabló una conversación sobre Kipling con un joven profesor, quien luego le preguntó qué opinaba de la poesía de Nikolai Gumiliov (que había sido fusilado por «contrarrevolucionario» en 1921). Simonov respondió que le gustaba una parte de la poesía de Gumiliov, pero no tanto como la de Kipling. Alentado por el profesor, recitó algunos versos de Gumiliov. Al recordar la escena, Simonov se sintió aterrorizado por primera vez en su vida. Sabía que corría peligro de ser arrestado, no sólo por su opinión sobre Gumiliov, sino también a causa de su origen noble que, aparentemente, el profesor había relacionado con su gusto por Gumiliov en el informe que había presentado a Stavski. Durante el resto del año académico, Simonov evitó al profesor, quien también fue arrestado ese mismo año (se había convertido en informante en un último intento desesperado de salvarse, y había procurado involucrar a Simonov).[488]

En la primavera de 1937, la angustia y el nerviosismo cundían en el Instituto Literario. Al igual que otras instituciones soviéticas, el instituto, desprevenido, fue sorprendido por el auge del Gran Terror, y prevalecía en su ámbito el pánico de que la sorpresa fuera signo de «falta de vigilancia». En una serie de reuniones de purga, estudiantes y profesores reclamaron «mayor vigilancia y verdadera

autocrítica bolchevique» para limpiar el instituto de todos los «formalistas» y «averbajianos» [trotskistas]. Varios estudiantes fueron arrestados, algunos por su poesía de sesgo liberal o religioso, otros por defender a Boris Pasternak (a quien la prensa soviética había criticado por su estilo individualista). Alrededor de doce estudiantes fueron «corregidos» por el Komsomol (es decir, obligados a retractarse de su obra en una reunión de estudiantes en la que fueron criticados con gran severidad). Una de esos estudiantes fue expulsada del instituto y entregada a la NKVD después de negarse a condenar a su padre, un poeta que en ese momento no gozaba de favor, diciendo con valentía a sus acusadores: «Mi padre es la persona más honorable de la Unión Soviética». Por eso pasó diez años encarcelada en la prisión de Kolyma.[489]

Dos buenos amigos de Simonov en el instituto sufrieron persecuciones durante el Gran Terror: el poeta Valentín Portugalov fue arrestado en febrero de 1937, después de que un condiscípulo informara a la policía de algo que había dicho; y en abril de ese mismo año, Vladimir Lugovskoi, el carismático profesor, fue denunciado por el Comité Ejecutivo de la Unión de Escritores, acusado de haber permitido la reedición (en 1935) de algunos de sus poemas escritos en la década de 1920 (versos románticos sobre la naturaleza rusa), que más tarde habían empezado a considerarse «políticamente perjudiciales». Obligado a abjurar de sus poemas, Lugovskoi escribió «Sobre mis equivocaciones», un ejercicio de autodenigración de diez páginas en el que juraba purgarse de «todas las ideas anticuadas» que le habían impedido «seguir la marcha de la historia».[490] Lugovskoi estaba aterrorizado. Durante los años siguientes no publicó poesía, con la excepción de un «Canto a Stalin», que fue musicado en 1939.[491] Hombre de voz suave y trato afable,

Lugovskoi también pronunció una serie de virulentos discursos políticos en los que reclamaba la sangre de los enemigos. «Ha llegado el momento —dijo en octubre ante un grupo de escritores de Moscú— de purgar nuestro país de todos esos bastardos enemigos, los trotskistas, de barrer con una escoba férrea a toda esa gente que traicionó a nuestra madre patria, y de purgarnos internamente de todos esos elementos».[492]

También Simonov reaccionó impelido por el miedo. Hasta el incidente en el despacho de Stavski, había sido considerado un estudiante modelo y un fiel ciudadano soviético, pero ahora su reputación estaba manchada. Considerando retrospectivamente el incidente con Stavski, Simonov recordó que había experimentado «asombro y gran conmoción, no tanto debido a una súbita sensación de peligro…, sino más bien por darme cuenta de que no creían ni confiaban en mí». Se abocó a demostrar su valía y dignidad por medio de una serie de ataques contra los «formalistas» y otros «enemigos» en las reuniones de purga que se celebraban en el instituto.[493] El más extraordinario de esos discursos, que pronunció en una reunión abierta del 16 de mayo, incluía una virulenta condena a su amigo Eugeni Dolmatovski:

> Con frecuencia hay conversaciones [en el instituto] en las que las personas sólo hablan de sí mismas. En particular, recuerdo haber escuchado un repulsivo discurso del camarada Dolmatovski en una reunión de cuarto año. No dijo «el instituto» ni «nosotros», sino más bien «yo y mi instituto». Su postura era: «El instituto no presta suficiente atención a individuos como yo. El instituto se fundó para educar a dos o tres talentos, como yo, Dolmatovski, y sólo eso justifica su existencia. Para talentos como yo, Dolmatovski, el instituto debe ofrecer lo mejor de lo mejor, incluso a expensas del resto de los estudiantes».[494]

Tal vez Simonov haya hablado con el espíritu de autocrítica (que incluía la crítica de los más íntimos amigos que no tenía) que siempre había sido una parte fundamental de los valores del Komsomol. Se esperaba que los estudiantes demostraran

que eran leales y vigilantes. Tal vez no deseara causarle ningún mal a su amigo, aunque evidentemente envidiaba que el talento de Dolmatovski gozara de elevada consideración, expresada frecuentemente por el director del instituto (quien situaba a Simonov en una categoría inferior, considerándolo «sólo bueno para la enseñanza, el periodismo o el trabajo editorial»).[495] En esa oportunidad, la denuncia de Simonov implicó consecuencias relativamente menores para Dolmatovski. Después de graduarse en el instituto en 1938, fue enviado a trabajar como periodista en el Lejano Oriente, un cargo que estaba muy por debajo de su talento literario, y que más tarde calificó como el trabajo más duro que tuvo que hacer en su vida. Podría haber sido mucho peor. Los dos hombres conservaron su relación en términos amistosos, y con frecuencia escribían en la prensa elogiándose mutuamente, pero entre los amigos de Simonov siempre prevaleció la sospecha de que Dolmatovski le guardaba rencor.[496]

En cuanto a Simonov, los años del Gran Terror, que tan catastróficos resultaron para muchos de sus amigos, fueron el período que lo catapultó a la fama como poeta que contaba con el favor del régimen estalinista. En 1937, aportó varios poemas dedicados al culto de Stalin, incluyendo uno, «Desfile», escrito para orquesta y coro:

> Esto es un canto sobre Él,
> sobre sus leales amigos,
> sus leales amigos y camaradas.
> Todo el pueblo
> es su amigo:
> es imposible contarlos,
> son como gotas de agua en el mar. [497]

En «Lucha en el hielo» (1938), Simonov contrapuso la historia nacionalista del príncipe ruso del siglo XIII Alexandre

Nevski, que derrotó a los Caballeros Teutónicos, a la lucha soviética contra los enemigos externos e internos (un tema también usado para la película épica realizada ese mismo año por Sergei Eisenstein, *Alexander Nevski*). El poema, que era parte de una campaña de propaganda que apuntaba a preparar al país para una probable guerra contra Alemania, fue para Simonov el primer verdadero éxito literario. Le reportó «fama y popularidad», según las palabras de Lugovskoi en la recomendación que presentó para que fuera aceptado como miembro de la Unión de Escritores, en 1938.[498] Cualquier perjuicio que hubiera sufrido la carrera de Simonov por su negativa a convertirse en informante parece haber quedado compensado por los versos patrióticos que había escrito a partir de ese momento, ya que fue aceptado como el miembro más joven de la Unión de Escritores con plena aprobación de Stavski.

El hecho de que Simonov traicionara a Dolmatovski no era algo inusual en la frenética atmósfera impuesta por el Gran Terror. Un informante recordó cómo había luchado con su conciencia cuando la NKVD le exigió que presentara informes sobre sus amigos, quienes le habían vuelto la espalda después del arresto de su padre. Se preguntó a sí mismo: «¿Quiénes son mis amigos? No tengo amigos. No le debo lealtad a nadie más que a aquellos que me fuerzan a ser leal a ellos, y a mí mismo».[499] El miedo destruyó los lazos de amistad, el amor y la confianza. Destruyó los lazos morales que mantienen ligada a una sociedad, a medida que las personas se acusaban entre sí en la caótica lucha por la supervivencia.

Después de su arresto en 1937, Eugenia Ginzburg fue traicionada por muchos de sus amigos. Fueron obligados a denunciarla cara a cara durante su interrogatorio en la prisión

de Kazán (la NKVD solía disponer esos «careos»). Uno de esos amigos era Volodia Diakonov, un escritor que formaba parte del departamento editorial del periódico donde ella había trabajado. «Éramos viejos amigos», recuerda Ginzburg.

> Nuestros padres habían sido compañeros de estudios, yo lo había ayudado a conseguir el empleo, y con gusto, casi amorosamente, le había enseñado el oficio de periodista. Era cinco años menor que yo. Solía decir que me quería como a una hermana.

Durante el careo, el funcionario a cargo del interrogatorio (que hablaba pobremente el ruso) leyó la declaración hecha por Diakonov, donde denunciaba a Ginzburg como miembro de un «grupo terrorista contrarrevolucionario» con sede en el periódico. Diakonov intentó negarlo, alegando que sólo había dicho que ella tenía un cargo importante en el equipo editorial, pero el funcionario insistió diciéndole que debía firmar una declaración que confirmara la existencia de ese grupo terrorista.

> «Volodia —le dije con cariño—. Sabes perfectamente que es una trampa. Nunca dijiste nada semejante. Si firmas esto causarás la muerte de cientos de tus camaradas, gente que siempre ha sido buena contigo». Al interrogador casi se le salieron los ojos de las órbitas. «¡Cómo te atreves a presionar al testigo! Te mando de inmediato a la más baja celda de castigo. Y tú, Diakonov, firmaste todo esto ayer cuando estabas solo aquí. ¡Y ahora te niegas! Te hago arrestar ya mismo por presentar pruebas falsas».
>
> Amagó con hacer sonar una campanilla… y Volodia, que parecía un conejo enfrentado a una serpiente, lentamente escribió su nombre con mano tan temblorosa como si hubiera sufrido un ataque, con una caligrafía absolutamente diferente de los audaces trazos de su pluma con los que firmaba sus artículos sobre el código moral de la nueva era. Después, dijo en un susurro casi inaudible:
>
> «Perdóname, Zenia. Acabamos de tener una hija. Tengo que seguir viviendo».[500]

4

¿Cómo reaccionaba la gente ante la súbita desaparición de colegas, amigos y vecinos en la época del Gran Terror? ¿Creían acaso que eran verdaderamente «espías» y «enemigos», tal como afirmaba la prensa soviética? ¿Era posible que creyeran esas cosas de personas que conocían desde hacía tantos años?

Los verdaderos comunistas no podían dudar de lo que les decía la cúpula del Partido. No se trataba de que creyeran o no que Tujachevsky o Bujarin eran espías, sino de que aceptaran o no el juicio del Partido en el que habían depositado su fe. Había toda clase de maneras de resolver las preguntas que surgían cuando un amigo y camarada se convertía repentinamente en un «enemigo». Anatoli Gorbatov, un oficial del Ejército Rojo en Kiev, recuerda el proceso por el que tuvo que pasar, al igual que muchos integrantes del ejército, cuando Tujachevski y otros jefes militares fueron denunciados como espías.

> ¿Cómo es posible que hombres que tuvieron una actuación tan destacada en la derrota de los intervencionistas foráneos y los reaccionarios del ámbito nacional (…) se hayan convertido de repente en enemigos del pueblo? (…) Finalmente, tras barajar una multitud de explicaciones posibles, acepté la respuesta más común en esa época (…) «Es obvio —decía mucha gente en esos días— que cayeron en las redes de organizaciones de inteligencia foráneas mientras se hallaban en el extranjero (…)».

Cuando el general Iakir fue arrestado fue «un golpe terrible».

> Conocía bien a Iakir y lo respetaba. En mi interior seguía alimentando la esperanza de que se trataba solamente de un error…
>
> «Se aclarará y lo dejarán en libertad», me decía, pero era la clase de cosa que uno se arriesgaba a decir sólo entre los amigos más íntimos.[501]

Aparentemente, el mismo Iakir estaba dispuesto a aceptar la decisión del Partido, a juzgar por las últimas palabras que pronunció ante el pelotón de fusilamiento: «¡Larga vida al Partido! ¡Larga vida a Stalin!».[502]

Las cárceles de Stalin estaban repletas de bolcheviques que seguían creyendo que el Partido era fuente y origen de toda justicia. Algunos aceptaban las acusaciones que se les hacían tan sólo para poder seguir conservando esa fe. Aunque con frecuencia se empleaban torturas para lograr que los bolcheviques confesaran, el «factor decisivo» de su aceptación no era la violencia, según explica un exprisionero (que no era comunista), sino el hecho:

> de que la mayoría de los comunistas convencidos tenían que preservar a toda costa su fe en la Unión Soviética. Eran incapaces de renunciar a ella. En ciertas circunstancias, se requiere una enorme fuerza moral para renunciar a las convicciones de toda una vida profundamente arraigadas, aunque resulten insostenibles.[503]

En 1938, Nadezhda Clrankina se encontró con gran cantidad de miembros del Partido en la prisión de Kazan. Todos ellos seguían creyendo en línea del Partido. Cuando les contó detalles de la gran hambruna de 1932, ellos le dijeron que «era mentira, que yo exageraba para poder difamar el estilo de vida soviético». Cuando les contó cómo la habían desalojado de su casa sin ningún motivo, o la manera en que el sistema de pasaportes había destruido a muchas familias, ellos le decían: «Es cierto, pero ésa era la mejor manera de lidiar con personas como tú».

> Pensaban que me lo merecía por haber criticado los excesos. Pero cuando a ellos les ocurría lo mismo, pensaban que se trataba de un error que sería corregido (…) porque nunca habían concebido ninguna duda en absoluto, y habían cumplido con cualquier clase de orden que llegara

desde arriba, con gran celo y alegría (…). Y cuando los expulsaban del Partido, nadie defendía a nadie: todos se quedaban callados o levantaban la mano para apoyar la expulsión. Era una especie de psicosis general.[504]

Para la mayoría de la población, existían dos realidades: la Verdad del Partido y la verdad basada en la experiencia. Pero durante los años del (irán Terror, cuando la prensa soviética desbordaba de noticias sobre los juicios y las nefastas acciones de los «espías» y los «enemigos», pocos podían discernir más allá de la versión propagandística del mundo. Era necesario poseer una extraordinaria fuerza de voluntad, usualmente vinculada con un sistema de valores diferente, para que una persona no creyera lo que decían los periódicos y pudiera cuestionar los presupuestos básicos del Terror. En el caso de algunas personas, la religión o la nacionalidad eran los determinantes que les permitían adoptar una visión crítica; en otros casos, se trataba de un credo partidario o ideológico diferente; y para otros, la visión crítica estaba determinada por la edad (habían visto demasiadas cosas en Rusia como para creer que la inocencia podía proteger a alguien de un arresto). Pero para cualquiera que estuviera por debajo de los treinta años, y que sólo conocía el mundo soviético, o que no había heredado otros valores de su familia, resultaba casi imposible desoír lo que transmitía el sistema de propaganda y poner en tela de juicio sus principios políticos.

Los jóvenes eran particularmente crédulos: habían sido adoctrinados por esa propaganda que les habían inculcado en las escuelas soviéticas. Riab Bindel recuerda:

En la escuela nos decían: «Ved cómo no quieren permitirnos vivir en el comunismo (…), ved cómo hacen estallar las fábricas, cómo descarrilan los tranvías y matan gente (…), todo es obra de los enemigos del pueblo». Nos repetían eso con tanta frecuencia, hasta dejarlo grabado en nuestras cabezas, que dejamos de pensar independientemente. Veíamos «enemigos» en todas partes. Nos decían que si veíamos algún individuo sospechoso por la calle, debíamos informar de ello (…), ya que podía tratarse de un espía. Las autoridades, el Partido, nuestros maestros…,

todos nos decían lo mismo. ¿Qué otra cosa podíamos pensar?

Tras dejar la escuela, en 1937, Bindel encontró empleo en una fábrica, donde los obreros maldecían diariamente a los «enemigos del pueblo».

> Cuando había un incidente en la fábrica, ellos decían: «¡Camaradas, esto es sabotaje y traición!». Buscaban a alguien que tuviera alguna mancha en su pasado y lo llamaban enemigo. Lo encarcelaban, lo golpeaban hasta que confesaba que él lo había hecho. En su juicio, decían: «Mira a ese bastardo que se infiltró entre nosotros para destruirnos!».[505]

Muchos trabajadores creían en la existencia de los «enemigos del pueblo» y clamaban porque fueran encarcelados porque los identificaban con los «jefes» (dirigentes del Partido, gerentes y especialistas), a los que responsabilizaban de sus propias dificultades económicas. Por cierto, esta actitud de desconfianza hacia las élites explica el gusto con que fueron recibidas las purgas dentro de un amplio sector de la población, que percibía el Gran Terror como «una pelea entre los amos» y que, por lo tanto, no lo consideraba un problema de su incumbencia. Un chiste que circulaba en todas partes durante la época del Gran Terror sirve como claro ejemplo de la manera en que esos sectores veían lo que estaba ocurriendo. La NKVD llama con violencia a la puerta de un apartamento en medio de la noche. «¿Quién es?», dice un hombre desde el interior. «¡La NKVD, abra la puerta!» El hombre responde, aliviado: «No, no. Se han equivocado de apartamento… ¡los comunistas viven en el apartamento de arriba!».99

El arresto de un familiar cercano no bastaba para que la mayoría de la gente dejara de creer en los «enemigos». De hecho, muchas veces reforzaba esa convicción. Ida Slavina, cuyo padre fue arrestado en 1937, siguió firmemente aferrada a sus convicciones del Komsomol hasta 1953:

> Yo no creía que mi padre fuera un enemigo del pueblo. Por supuesto, pensaba que era inocente. Pero al mismo tiempo creía que

> indudablemente existían los enemigos del pueblo. Estaba convencida de que personas buenas como mi padre habían sido erróneamente encarceladas debido al sabotaje al que se dedicaban esos enemigos. Su existencia era obvia para mí (…); leía sobre ellos en la prensa y los aborrecía tanto como cualquiera. Asistía a las manifestaciones de protesta organizadas por el Komsomol contra los enemigos del pueblo. En ellas coreábamos: «¡Muerte a los enemigos del pueblo!». Los periódicos nos proporcionaban esa clase de eslogan. Nos llenaban la cabeza con los juicios espectaculares. Leíamos las terribles confesiones de Bujarin y otros dirigentes del Partido. Nos horrorizábamos. Si personas como ésas eran espías, entonces los enemigos estaban en todas partes.[506]

Rosa Novoseltseva, cuyos padres fueron arrestados en 1937, nunca pensó que fueran verdaderamente «enemigos», pero estaba dispuesta a creer que los dirigentes de primer nivel del Partido, como Bujarin, podían ser verdaderos enemigos porque, tal como lo expresó en ese momento, «alguien tiene que ser responsable de las trágicas circunstancias en que se encuentra nuestra familia». Vladimir Ianin, quien nació en el seno de una familia de diplomáticos soviéticos, creía en todas las acusaciones que se hacían contra «los enemigos del pueblo»; pensaba que Yezhov era «un gran hombre», a pesar de que su padre, su hermana mayor, seis de sus tíos y una tía habían sido arrestados durante el Gran Terror. Sólo después del arresto de su madre, que se produjo en 1944, empezó a poner en tela de juicio sus convicciones. Escribió una carta a Stalin para decirle que su madre era absolutamente inocente y para advertirle que ese arresto demostraba que la NKVD había caído en manos de «los enemigos del pueblo».[507]

Incluso las víctimas de Stalin siguieron creyendo en la existencia de los «enemigos del pueblo». Los consideraban causantes del arresto que habían sufrido (y que consideraban parte del «sabotaje contrarrevolucionario») o suponían que los habían confundido con verdaderos «enemigos del pueblo». Dmitri Streletski era vástago de una familia de

kulaks que habían sido exiliados como «enemigos del pueblo». Pero él siguió creyendo en toda la propaganda del régimen de Stalin, y se convirtió en un ferviente estalinista hasta el año 1953. Cuando observa su vida retrospectivamente, Streletsky cree que «era más fácil para nosotros [las víctimas de la represión] sobrevivir a nuestro castigo si seguíamos creyendo en Stalin, si seguíamos pensando que Stalin era engañado por los enemigos del pueblo, y no perdíamos todas las esperanzas que habíamos depositado en él».

> Nunca creímos que Stalin fuera el causante de nuestros sufrimientos. Sólo nos preguntábamos cómo era posible que él no supiera que lo estaban engañando (…). Mi propio padre decía: «Stalin no lo sabe, y eso significa que tarde o temprano nos liberarán [del exilio] (…)». Tal vez fuera una forma de autoengaño, pero psicológicamente creer en la justicia de Stalin nos hacía más fácil soportar la vida. Nos quitaba el miedo.[508]

Pavel Vittenburg, el geólogo que pasó muchos años en los campos de trabajo, apoyaba el Gran Terror como método para combatir a los «enemigos del pueblo». Tal como se lo explicó a su esposa en una carta enviada mientras formaba parte de una expedición a Severnaia Zemlia, en lebrero de 1937:

> Me preguntas si pude escuchar por la radio la noticia del juicio de Piatakov. Me enteré de todo (…) y ahora entiendo que mi propia caída se debe a esos canallas de los trotskistas… que intentaron destruir nuestra Unión [Soviética]. Tantas personas inocentes, ajenas al Partido, han sido enviadas al exilio a causa de sus oscuros manejos.[509]

En el caso de los que no estaban tan seguros de la existencia de todos esos «enemigos del pueblo», no fueron tanto los juicios los que engendraron sus dudas (pocas personas cuestionaban la veracidad de las acusaciones), sino más bien la súbita desaparición de colegas, amigos y vecinos cuya culpabilidad no resultaba verosímil.

Una manera común de afrontar esas ideas perturbadoras era no pensar…, no involucrarse en la vida política y retraerse

por completo a la vida íntima. Muchas personas consiguieron sobrevivir al Gran Terror dando la espalda a los acontecimientos políticos, incluso los miembros de la élite política, que sin duda debieron de cerrar los ojos a las desapariciones que se producían dentro de su propio círculo. Mijail Isaev era un importante jurista soviético, miembro de la Suprema Corte de la Unión Soviética, que vivía cómodamente en Moscú junto a su esposa y sus cuatro hijos. Durante los años del Gran Terror, no se habló de política en su casa, a juzgar por lo que recuerda su esposa Maria, pese a que los arrestos masivos afectaron a muchos de sus amigos. Isaev parecía asombrosamente ajeno a todo lo que acontecía a su alrededor, incluso en su propia casa. En una carta a su hija, escrita en diciembre de 1937, se quejaba de la desaparición de su ama de llaves, una madura solterona, que no había ido a trabajar desde hacía varios días. La casa estaba desordenada, e Isaev estaba obviamente enojado de que la mujer se hubiera «marchado sin ninguna clase de advertencia». No «tenía idea» de por qué había desaparecido la mujer, y se preguntaba si debería despedirla. Nunca se le pasó por la cabeza que su ama de llaves podría haber sido arrestada (y de hecho, así era) y no tenía manera de enviar un mensaje a sus empleadores.[510]

Muchos hijos de estas familias de élite estaban protegidos de los acontecimientos políticos. Nina Kaminskaia, hija de un abogado y exactivista del Kadet (liberal), nunca pensó en la política: no se hablaba del tema en casa de sus padres. Incluso cuando su padre perdió su empleo en un banco soviético, Nina siguió con su «despreocupada vida de estudiante» en la escuela de leyes en la que se había inscrito en 1937. Años más tarde, habló de este tema con una amiga. Las dos coincidieron en que habían vivido felices durante el Gran Terror, sin miedo e incluso sin ser conscientes de lo que estaba ocurriendo. «Simplemente, no percibimos el horror y la

desesperación que azotaron a la generación de nuestros padres». La amiga de Nina recordó un incidente producido en 1937. Había vuelto a su casa tarde, de una fiesta, y había perdido la llave:

> No podía hacer otra cosa más que llamar a la puerta y despertar a sus padres. Durante un rato nadie respondió, así que volvió a llamar. Muy pronto oyó pasos y se abrió la puerta. Apareció su padre, vestido como si nunca se hubiera acostado, como si acabara de llegar o estuviera a punto de salir. Llevaba puesto un traje oscuro, una camisa limpia y una corbata cuidadosamente anudada. Al ver a su hija, la escrutó en silencio y luego, sin una sola palabra, la abofeteó en pleno rostro.

Nina conocía al padre de su amiga. Era un hombre cultivado, que no utilizaba ninguna clase de violencia. Su reacción ante aquella irrupción a altas horas de la noche fue obviamente provocada por el temor de que «ellos» hubieran venido a buscarlo. Al principio, su amiga quedó consternada ante la violenta reacción.

> Llevada por la autocomniseración, cubrió a su padre de reproches, pero al cabo de un tiempo olvidó por completo el incidente. Pasaron años hasta que volvió a recordar el rostro pálido de su padre, su silencio y aquella bofetada (…), sin duda la única vez en la vida que ese hombre golpeó a alguien. Me contó esta historia con enorme dolor, atormentada por la culpa que le causaba pensar en su propia incomprensión y en la de toda nuestra generación.[511]

La manera en que las personas se enfrentaban a sus dudas era suprimiéndolas, o encontrando algún modo de racionalizarlas para poder preservar la estructura básica de su fe comunista. No lo hacían conscientemente, y en general sólo han podido entender su conducta años más tarde. El padre de Maia Rodak fue denunciado en 1937 como «enemigo del pueblo» porque inadvertidamente había pronunciado una frase que Trotski había empleado en cierta oportunidad en una carta dirigida a las autoridades soviéticas. Después de su arresto, Maia intentó (y ahora así lo entiende) conciliar sus dudas sobre el Terror y su fe en el comunismo.

> Me sentía muy perturbada, acosada por demasiadas preguntas. Como

> reacción, me obligué a convertirme en una conformista. Eso es lo que ocurrió, aunque sólo ahora uso la palabra «conformista»… No era un juego, sino una estrategia de supervivencia. Por ejemplo, a mi amiga Alia y a mí no nos gustaba el culto que se prodigaba a Stalin, pero que esa idea fuera equivocada era simplemente inadmisible, incluso ante nosotras mismas. Yo era muy consciente de la constante necesidad de corregirme, de purgarme de toda duda.[512]

En sus memorias, Simonov reflexiona sobre su reacción ante el arresto de un familiar (el hermano de una tía de su madre), un veterano oficial del ejército que fue detenido en relación con el juicio de Tujachevski y de otros comandantes militares en el año 1937. Simonov recuerda que tenía dudas sobre la culpabilidad de los acusados. Durante su infancia, había idolatrado a Tujachevski (a quien veía con frecuencia en el apartamento de su tío en Moscú). La madre de Simonov estaba furiosa con el arresto y absolutamente segura de la inocencia de su pariente. Por lo tanto, Simonov evaluó las evidencias con especial cuidado, pero finalmente decidió aceptar lo que leía en la prensa soviética. Al igual que la mayoría de la gente en ese momento, Simonov suponía que nadie se atrevería a ejecutar a jefes militares de tan alto rango sin que hubiera pruebas concluyentes de que habían cometido traición:

> Era imposible dudar de la existencia de una espantosa conspiración. Cualquier duda al respecto resultaba inconcebible (…), no había ninguna alternativa. Estoy hablando del espíritu de la época: o bien eran culpables o era imposible entender lo que ocurría.

Ateniéndose al mismo razonamiento, Simonov estaba dispuesto a aceptar que su pariente había cometido algún crimen. Como ya había sido arrestado en otra ocasión (en 1931), y liberado por falta de pruebas, a Simonov le parecía que este nuevo arresto debía de significar que ahora habían salido a la luz pruebas más claras de su culpabilidad (una conclusión reforzada por el hecho de que su padrastro, quien también había sido arrestado en 1931, no había sido detenido

nunca más por la policía).[513] Dicho de otro modo, Simonov interpretó los signos de manera que le sirvieran para reforzar su fe en el sistema comunista, porque la incredulidad era «inconcebible».

Otra manera en que las personas conciliaban la súbita desaparición de amigos y parientes con su fe en la justicia soviética era diciéndose que algunas buenas personas eran arrestadas «por error». Según esta lógica, era inevitable que hubiera errores en la identificación de los verdaderos «enemigos del pueblo», porque había muchos «enemigos», y estaban muy bien ocultos. De acuerdo con esta manera de pensar, el verdadero enemigo siempre era otro (los hijos y esposos de todas las otras mujeres que hacían fila para entregar sus paquetes ante las puertas de la cárcel) y nunca los amigos y parientes de uno.

Recordando el arresto de su esposo, producido en 1936, Olga Adamova-Sliuzberg resumió así su reacción:

> No, era imposible, ¡eso no podía ocurrirme a mí, a él! Por supuesto, había habido rumores (sólo rumores…, era apenas a principios de 1936) de que algo ocurría, de que se estaban produciendo arrestos. Pero seguramente todo eso le ocurría a otra gente…, sin duda no era algo que pudiera ocurrimos a nosotros.[514]

Cuando lo arrestó la NKVD, el esposo de Olga pensó que había habido algún «malentendido». Al igual que millones de otras personas, le dejó dicho a su esposa que todo se aclararía pronto («debe de ser un error»). Sin duda volvería pronto, sólo se llevó un maletín con lo indispensable para pasar la noche. Slavin y Piatnitski hicieron exactamente lo mismo.

Convencidas de que se había cometido un error, muchas personas escribían a Stalin pidiéndole la liberación de sus familiares. Anna Semionova, que fue educada como comunista, recuerda haber escrito a Stalin después de que su padre fuera arrestado en junio de 1937. «Me imaginé que al

cabo de unos días Stalin recibiría mi carta, la leería y diría: “¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué un hombre honesto ha sido arrestado? Hay que liberarlo de inmediato y ofrecerle una disculpa”». Tres meses más tarde, cuando se llevaron también a la madre de Anna, ella volvió a decirse que «debía de ser un error».[515]

La caída de Yezhov, el jefe de la NKVD que instrumentó el Gran Terror, reforzó este sistema de creencias. Yezhov fue destituido en medio de una multitud de escándalos (no todos ellos absolutamente falsos) sobre su vida privada, en el otoño de 1938. Se hablaba de sus relaciones homosexuales, de orgías bisexuales, de que era un adicto al alcohol y de fantásticas historias sobre su esposa, de quien se decía que era una «espía inglesa». Pero el verdadero motivo de la caída de Yezhov era que Stalin había llegado a darse cuenta de que los arrestos masivos habían dejado de ser una estrategia viable. Al ritmo que se producían, en poco tiempo más toda la población soviética estaría en la cárcel. Stalin expresó claramente que la NKVD no podía seguir encarcelando gente partiendo sólo de las denuncias, sin comprobar su veracidad. Advirtió sobre los arribistas que denunciaban a otros tan sólo para mejorar su posición dentro de la sociedad. Después de la destitución de Yezhov en diciembre de 1938, su sustituto, Laurenti Beria, anunció inmediatamente una completa revisión de los arrestos realizados durante el mandato de Yezhov. En 1940, se habían revisado un millón y medio de casos, se habían anulado cuatrocientas cincuenta mil sentencias, se habían cerrado ciento veintiocho mil casos, treinta mil personas fueron liberadas de la cárcel y trescientos veintisiete mil de los campos de trabajo y las colonias del Gulag. Estas liberaciones devolvieron la fe en la justicia soviética a mucha gente. Los indecisos pudieron adjudicar el «terror de Yezhov» (*Yezhovshchina*) a una aberración pasajera, en vez de

considerarlo un abuso sistemático. Los arrestos masivos habían sido obra de Yezhov, se decía, pero Stalin había corregido sus errores y desenmascarado a Yezhov como un «enemigo del pueblo» que había intentado debilitar al gobierno soviético arrestando a sus funcionarios y sembrando el descontento. El 2 de febrero de 1940, Yezhov fue juzgado por el Colegio Militar, acusado de conspiración terrorista y de espionaje para los gobiernos de Polonia, Alemania, Inglaterra y Japón, y fusilado en un edificio especial que él mismo había construido para ejecutar a los «enemigos», a poca distancia de la Lubianka.[516]

La designación de Beria fue recibida con alivio. «Estábamos encantados con la aparición de esa figura pura e ideal que creíamos era Beria», recuerda Mark Laskin, quien, como mucha gente, esperaba que «todos los inocentes fueran liberados, y que quedaran en las cárceles sólo los verdaderos espías y enemigos».[517] Simonov recuerda que la revisión dispuesta por Beria fue suficiente para devolverle su fe en la justicia soviética y despejar cualquier duda que podría haber despertado en él el arresto de sus familiares. De hecho, el efecto que ejerció sobre Simonov fue fortalecer su convicción de que cualquiera que no hubiera sido liberado, o que hubiera sido arrestado más tarde, debía ser culpable de algún delito. Al recordar su reacción ante el arresto, acaecido en 1939, del escritor Isak Babel, y del director teatral Vsevolod Meyerhold, Simonov confesó:

> A pesar de la importancia de esos hombres en el ámbito de la literatura y el teatro, y de la enorme consternación que provocaron sus súbitas desapariciones (incluso en esa época), el hecho de que esos arrestos fueran tan repentinos y, en general, en esos círculos, tan inusuales, y como se produjeron bajo el mando de Beria, que procuraba corregir los errores de Yezhov… todo eso me hizo pensar: tal vez estos hombres son verdaderamente culpables de algo. Quizá muchas de las personas arrestadas durante el mandato de Yezhov eran inocentes, pero estas personas no habían sido detenidas por Yezhov, y ahora eran arrestadas

repentinamente, mientras se corregían los viejos errores. De manera que parecía probable que hubiera buenas razones para que los arrestaran.[518]

Uno de los que albergaban serias dudas respecto de los cargos presentados contra Meyerhold y Babel era Vladimir Stavski, el exsecretario general de la Unión de Escritores, el hombre que había intentado reclutar a Simonov como informante. Nacido en el seno de una familia de clase obrera en la ciudad provinciana de Penza, Stavski no hubiera podido elevarse hasta el pináculo del círculo literario soviético sin haber aprendido cómo acallar sus principios morales. Como «verdugo de la literatura soviética» de Stalin, había autorizado el arresto de numerosos escritores y había escrito personalmente la denuncia que produjo el arresto de Mandelstam en la primavera de 1938.[519] Pero Stavski estuvo siempre adormentado por las dudas y los temores. Confesó su desesperación en su diario, que, al igual que Prishivn, redactaba en unos garabatos diminutos y apenas legibles. Stavski estaba particularmente consternado por una historia que había oído acerca de un funcionario del Partido que usaba como burdel su automóvil con chófer. «No entiendo cómo sucedió —había dicho el chófer sobre el funcionario—. Era un hombre común, uno de los nuestros, pero después cruzó alguna línea divisoria y se convirtió en un cerdo con el sucio hocico lleno de mugre. Un obrero no se ensucia tanto en toda su vida».[520] Tal vez como respuesta a su pérdida de fe, Stavski empezó a beber copiosamente, engordó y cayó enfermo, faltando a su trabajo durante días y días, mientras se recuperaba de su última juerga alcohólica. Evitaba las reuniones en las que eran denunciados escritores, o sólo hablaba contra ellos tibiamente. Por todo esto, en noviembre de 1937 acabó finalmente siendo denunciado por el Comité del Partido de la Unión de Escritores:

Como líder de la Unión de Escritores, el camarada Stavski no deja de

> hablar sobre la necesidad de control y vigilancia de nuestra literatura, y aboga por una campaña destinada a desenmascarar a los enemigos. Pero en realidad ha contribuido a ocultar a los averbajianos, en verdad actúa concretamente para desarmar a los enemigos del pueblo y a los elementos extraños del Partido y guarda silencio sobre sus propios errores y sus relaciones con el enemigo.[521]

Stavski empezó a sufrir cada vez más la presión que sobre él ejercían sus amos políticos y, en última instancia, fue destituido, en la primavera de 1938, de su cargo directivo en la Unión de Escritores.

Había muchas personas que, como Stavski, albergaban dudas respecto de los arrestos masivos, pero eran muy pocos los que se atrevían a manifestarse en contra. En cualquier caso, las posibilidades de materializar una oposición eficaz eran extremadamente limitadas, como demostró claramente la protesta de Piatnitski ante la sesión plenaria del Partido. Había grupos e individuos que escribían a los dirigentes del Partido, expresándoles su indignación ante los arrestos masivos, pero casi siempre se trataba de cartas anónimas. «Cientos de miles de inocentes se pudren en las cárceles, y nadie sabe por qué… Todo se basa en mentiras…», escribió en junio de 1938 un grupo anónimo («perdone que no firmemos con nuestros nombres porque está prohibido quejarse»).[522] Había algunas protestas de miembros del Partido en las provincias, especialmente de viejos bolcheviques cuya moral política se había formado antes del ascenso al poder de Stalin.

Olga Adamova-Sliuzberg cuenta la historia de un viejo bolchevique llamado Altunin al que conoció en Kolyma, en 1939. El hombre venía de alguna parte de la provincia de Voronezh y había trabajado como curtidor antes de unirse al Partido. Era un individuo maduro y apuesto, con una barba rojiza, y seguramente había sido muy fuerte y vigoroso, pero se había consumido trabajando en las minas. En el momento

en que Olga lo conoció, lo habían transferido a una brigada femenina de construcción m Magadán, donde se le empleaba como fabricante de herramientas. Le contó a Olga su historia:

> Cuando empezó todo, en 1937, primero este camarada era un enemigo, después lo era aquel otro, y los expulsábamos del Partido, todos levantábamos la mano; y después los matábamos, ¡matábamos a nuestros propios camaradas!
>
> Al principio yo fingía estar enfermo. De esa manera no tendría que ir a las reuniones del Partido y levantar la mano. Pero después me di cuenta de que había que hacer algo: no podíamos seguir así, estábamos destruyendo el Partido, matando a personas honestas y buenas. No creía que todos fueran traidores, conocía muy bien a esas personas.
>
> Una noche me senté y escribí una carta. Envié una copia a mi organización local del Partido, otra a Stalin y otra a la Comisión Central de Control [del Partido]. Escribí que estábamos matando la Revolución…, puse todo mi corazón en esa carta.
>
> Se la mostré a mi esposa. Ella me dijo: «Esto es un suicidio. El día siguiente al que envíes esa carta, te mandarán a la cárcel».
>
> Pero yo respondí: «Que me manden a la cárcel. Mejor tras las rejas que levantar la mano y matar a un camarada».
>
> Bien, ella tenía razón. Envié la carta y tres días después estaba en la cárcel. Me obligaron a confesar cualquier cosa… y me cayeron diez años en Kolyma.

Cuando le preguntó si alguna vez se arrepentía de lo que había hecho, Altunin dijo que sólo una vez, cuando lo castigaron encerrándolo en una celda de aislamiento porque su equipo de trabajo no había limpiado las raíces de los árboles de un bosque bajo una densa helada:

> De pronto sentí lástima de mí mismo: otra gente había sido sentenciada por nada, pero yo me había jugado la vida. ¿Y qué sentido tenía haber escrito eso que escribí? Nada cambiaría. Tal vez Solts [el director de la Comisión Central de Control] se había sentido un poquito avergonzado, pero el viejo Bigotes [Stalin]… ¿qué le importaba a él? No había manera de conmoverlo. Y justo en este momento, pensé, podría estar en casa con mi esposa y mis hijos, todos sentados alrededor del samovar en una cálida habitación. En cuanto pensé eso, empecé a golpearme la cabeza contra la pared para impedir que esos pensamientos me dominaran. Me pasé la noche caminando de arriba abajo en la celda y maldiciéndome por haberme arrepentido.[523]

La única fuente de oposición que podía ejercer alguna

genuina influencia se encontraba dentro del mismo sistema represivo. Los jueces de los tribunales locales solían ser eficaces para morigerar las condenas, a veces incluso desestimando algunos casos por falta de pruebas, aunque, a partir del verano de 1937, casi todas las personas que caían en la masiva oleada de arrestos fueron sometidas a juicio sumario y condenadas por las troikas, los tribunales especiales de tres miembros (usualmente compuestos por un miembro de la NKVD, otro de la Fiscalía y otro del Partido) que se establecieron con el propósito de sortear el paso por los tribunales.[524] También dentro de la NKVD había algunos funcionarios valientes dispuestos a hablar en contra de los arrestos masivos, particularmente en el transcurso de las «Operaciones *kulak*», que a muchos agentes de la NKVD les recordaba el sangriento caos de 1928-1933. Eduard Salin, jefe de la NKVD en la provincia de Omsk, hizo oír su voz en un congreso convocado por Stalin y Yezhov para discutir la «Operación *kulak*», en julio de 1937. Salin dijo que en su región había un

> número insuficiente de enemigos del pueblo y de trotskistas como para lanzar una campaña de represión, y en general considero completamente equivocado decidir de antemano cuánta gente será arrestada y fusilada.

Poco después del congreso, Salin fue arrestado, juzgado y fusilado.[525]

Mijail Shreider fue otro funcionario de la NKVD que expresó su oposición a los arrestos masivos. En sus memorias, escritas en la década de 1970, se autocalifica como un «chekista puro», inspirado por los ideales leninistas de Félix Dzerzhinski, el hombre que en 1917 fundó la Cheka. Shreider escribió sus memorias para justificar su trabajo en la Cheka y se caracteriza a sí mismo como una de las víctimas del Gran Terror. Según su versión de los acontecimientos, el régimen de Stalin lo desilusionó cuando observó la corrupción que

cundía entre sus compañeros de la NKVD durante la década de 1930. Algunos camaradas que, cuando él los conoció, eran hombres decentes y honestos, ahora estaban dispuestos a emplear cualquier forma de tortura contra los «enemigos del pueblo», si eso implicaba un ascenso en sus carreras. Shreider también se sentía consternado por la escalada de los arrestos. No podía creer que existiera tal cantidad de «enemigos del pueblo». Pero tenía miedo de que si expresaba sus dudas acabarían por denunciarlo. Pronto descubrió que muchos de sus colegas compartían ese miedo, pero nadie rompía la conjura del silencio. Incluso cuando desapareció un colega en el que todos confiaban, lo máximo que sus camaradas se atrevieron a decir era que tal vez fuera un «hombre honesto». Nadie insinuó que podría ser inocente, porque eso implicaba el riesgo de ser denunciado por cuestionar la purga. «Nadie entendía por qué se producían todos esos arrestos —recordó Shreider—, pero la gente tenía miedo de hablar, porque eso podría provocar sospechas de que estaban en comunicación con los "enemigos del pueblo", o incluso colaborando con ellos».[526]

Durante varios meses, Shreider observó en silencio mientras viejos amigos y colegas eran arrestados y sentenciados a muerte. Incapaz de oponerse al Terror, se convirtió en una suerte de objetor de conciencia al no asistir a las ejecuciones de sus colegas de la NKVD, que se llevaban a cabo en el patio de la Lubianka. Después, en 1938, Shreider fue transferido a Alma-Ata, donde se convirtió en el segundo de Stanislav Redens, el jefe de la NKVD de Kazajstán (y cuñado de Stalin). Shreider y Redens trabaron una estrecha amistad. Vivían en casas contiguas, y sus familias se visitaban constantemente. Shreider advirtió el creciente disgusto de Redens por los métodos de tortura que empleaban sus agentes. Pensó que Redens era un hombre de gran

sensibilidad humana. Redens, por su parte, había advertido en Shreider a un hombre que compartía sus dudas ante los métodos que se usaban en el Gran Terror. Una noche, ya tarde, lo condujo fuera de la ciudad y detuvo el automóvil. Los dos hombres se bajaron y empezaron a caminar. Cuando ya estaban fuera del alcance de los oídos del chófer, Redens le dijo a Shreider: «Si Félix Eduardovich [Dzerzhinski] estuviera vivo, haría fusilar a muchos de nosotros por la manera en que trabajamos ahora». Shreider fingió no entender lo que le decía: demostrar complicidad con esa idea bastaba para garantizar su inmediato arresto, y no podía estar seguro de que lo que le decía su jefe no fuera una simple provocación. Redens siguió hablando. Shreider entendió entonces que sus palabras eran genuinas. Una vez que quedó claro que podía confiar en su amigo, le abrió su corazón, y ambos hablaron con sinceridad. Redens lamentaba que todos los comunistas decentes hubieran sido eliminados, mientras que los individuos como Yezhov no sufrían ningún daño. Sin embargo, todavía había temas sobre los que le resultaba demasiado peligroso hablar. Recordando aquellas conversaciones sostenidas en susurros, Shreider pensaba que Redens sabía mucho más de lo que decía sobre el Terror: «Su situación y las circunstancias de la época le obligaban, al igual que a todos nosotros, a no llamar las cosas por su nombre, y a no hablar de ciertas cosas, ni siquiera con sus amigos».[527]

A partir de sus conversaciones con Redens, Shreider cobró valor. Las charlas le provocaron enojo y remordimientos. Escribió a Yezhov para protestar por el arresto de un viejo colega de la NKVD, y contra el arresto del primo de su esposa, garantizando la inocencia de los dos hombres. Pocos días más tarde, en junio de 1938, Redens recibió un telegrama de Yezhov ordenándole el arresto de Shreider. Cuando Shreider recibió la noticia en el despacho de Redens, le rogó a

su amigo que apelara a Stalin: «Stanislav Frantsevich, me conoces muy bien y, después de todo, eres su cuñado. Debe de ser un error». Redens respondió: «Mijail Pavlovich, intercederé por ti, pero me temo que sea inútil. Hoy te toca a ti, sin duda mañana me tocará el tumo a mí». Shreider fue encarcelado en la prisión de Butyrki, en Moscú. En julio de 1940, fue sentenciado a diez años en un campo de trabajo, seguidos de tres años de exilio. Redens fue arrestado en noviembre de 1938. Fue fusilado en enero de 1940.[528]

5

La noche del arresto de su padre, en mayo de 1937, Elena Bonner fue enviada por su madre a la casa de su tía Anyia y de su tío Liova, para que no estuviera en casa mientras la NKVD registraba el apartamento de los Bonner. Elena, de catorce años, recorrió a pie las calles de Leningrado y llamó a la puerta de sus familiares. «La puerta se abrió de inmediato, como si estuvieran esperándome», recuerda Elena, quien luego le explicó a su tía lo que ocurría. Su tío estaba enojado y furioso. Empezó a hacerle preguntas sobre el trabajo de su padre:

> No entendí cuál era su intención e hice ademán de entrar en el apartamento. Ania dijo algo. Liova prácticamente le gritó: «¡Ania, maldición, no te das cuenta…!». Y me impidió el paso, cruzando un brazo sobre el vano de la puerta. Luego dijo, casi en un susurro y muy rápido: «No podemos dejarte entrar, no podemos hacerlo. ¿Qué te pasa? ¿No lo entiendes?». Lo repitió varias veces, rociándome con su saliva. Ania dijo algo. Vi que su boca se movía, pero no podía oír nada salvo el susurro de Liova, tan audible como un grito. Me alejé de la puerta hasta apoyarme contra la baranda de la escalera. La puerta se cerró con un golpe. Me quedé allí, incapaz de entender lo que me había ocurrido. Después, me enjugué el rostro con la mano y empecé a bajar la escalera. No había llegado abajo cuando oí que la puerta se abría. Cuando miré hacia arriba, Liova estaba en la entrada. Temí que me hiciera volver.
>
> Pero no dijo nada, y empezó a cerrar la puerta lentamente. Le grité «¡canalla!» y vi que se ponía pálido.[529]

Hay innumerables historias que dan testimonio del abandono de amigos y vecinos, y hasta de familiares, cuando se producía el arresto de un pariente cercano. La gente tenía miedo de establecer contacto con las familias de los

«enemigos del pueblo». Cruzaban la calle para evitarlos, no les dirigían la palabra cuando se encontraban en los corredores de los edificios comunitarios y prohibían a sus hijos que jugaran en el patio con niños de esas familias. Las personas quitaban las fotos de los amigos y parientes que habían desaparecido, y a veces hasta las rasgaban o tachaban sus caras en los retratos familiares.

Según Solzhenitsin:

> La forma menos dura y a la vez más difundida de traición no implicaba hacer algo malo directamente, sino simplemente ignorar a la persona condenada que estaba al lado, negarle la palabra, evitarla. Si habían arrestado a un vecino, a un compañero de trabajo o incluso a un amigo íntimo, uno guardaba silencio. Actuaba como si no se hubiera dado cuenta.[530]

Olga Adamova-Sliuzberg recuerda que, cuando su esposo fue arrestado:

> La gente se dirigía a mí con un tono de voz especial. Algunos cruzaban la calle cuando me veían. Otros me prestaban especial atención, pero era una actitud heroica, de la que tanto ellos como yo éramos perfectamente conscientes.[531]

Después de que sus padres fueran arrestados en junio de 1937, Inna Gaister y su hermana fueron desalojadas de la dacha familiar de Nikolina Gora. Según las instrucciones dejadas por sus padres, su niñera las llevó a la casa del poeta Alexandre Bezimenski, un antiguo amigo del padre, quien se suponía que les daría albergue. El poeta las llevó en automóvil a la estación de tren más cercana y las embarcó en el primer tren a Moscú. «Tenía demasiado miedo de involucrarse —recuerda Inna—. Con frecuencia solía alojarse en la casa de mi abuela, pero él y su esposa acababan de tener un bebé, y el miedo sin duda le hizo olvidar toda decencia».[532]

Cuando Stanislav y Varvara Budkevich fueron arrestados en julio de 1937, su hija Maria y su hermano menor fueron desalojados de las tíos habitaciones que la familia tenía en el

apartamento comunitario en el que habían vivido en Leningrado. Las habitaciones fueron ocupadas luego por sus vecinos, una familia con tres niños pequeños, con los que los Budkevich habían tenido una relación amistosa hasta 1937, cuando la mujer los había denunciado a la NKVD como contrarrevolucionarios y espías (Stanislav era de origen polaco). La mujer incluso había afirmado que Varvara, una historiadora, era una prostituta que llevaba a los clientes a su apartamento. El hermano de Maria fue llevado a un orfanato, pero ella quedó a su suerte; sólo tenía catorce años en ese momento. Durante los primeros días, Maria se quedó en la casa de una compañera de la escuela. Después encontró una habitación donde vivir sola. Una vieja amiga de la familia, esposa de un funcionario bolchevique, le aconsejó que preguntara a sus antiguos vecinos si sabían algo de sus padres. Cuando Maria volvió al apartamento comunitario, la recibieron con hostilidad:

> Dios mío, estaban tan asustados, me tenían tanto miedo que ni siquiera me dejaron entrar. Casi inimaginable. La mujer que había ocupado nuestras habitaciones estaba molesta, furiosa, cuando me vio. No recuerdo si su esposo ya había sido arrestado, o si temía que vinieran a buscarlo. Tal vez la familia tenía también problemas. En cualquier caso, no me prestaron ninguna ayuda.
>
> La mujer dijo simplemente: «No sé nada. Nada, ¿entiendes? ¡Y por favor no vuelvas nunca por aquí!».[533]

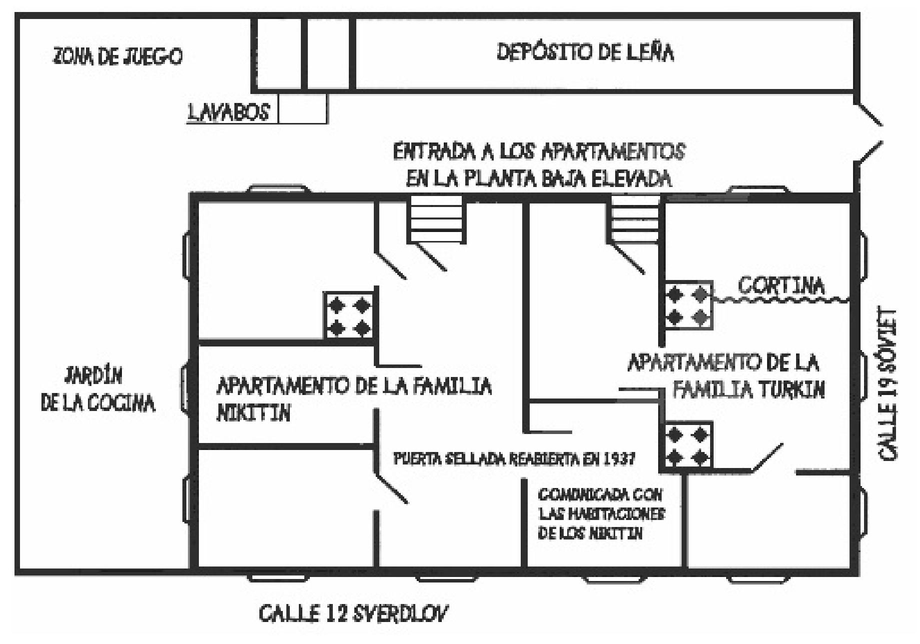
De la noche a la mañana, los vecinos se convertían en desconocidos. Durante casi treinta años, los Turkin habían vivido al lado de los Nikitin. Compartían la planta baja de un edificio de madera de tres plantas en la esquina de las calles Soviet y Sverdlov, en Perm: los siete miembros de la familia Turkin (Alexandre, Vera y sus dos hijas; la madre de Vera y su hermano y su hermana) ocupaban tres habitaciones en el ala derecha de la casa, y los Nikitin, una familia de cuatro miembros, ocupaban tres habitaciones del lado izquierdo de

la vivienda. Alexandre Turkin era un veterano bolchevique, uno de los camaradas de Sverdlov en la clandestinidad revolucionaria de Perm. Al igual que toda su familia, Alexandre estaba empleado en la acería Motovilija. También era periodista en el periódico local y juez de los tribunales regionales. En 1936, fue arrestado por trotskista. Su esposa, Vera, una obrera que no se interesaba por la política, dio por sentada su culpabilidad. La madre de Vera, una mujer dominante que gobernaba el hogar de los Turkin, también creía en la culpabilidad de Alexandre. Recortó su cara, eliminándola del retrato familiar que había en la sala. «Si tenemos un enemigo entre nosotros, debemos eliminarlo», dijo. Vera fue despedida de su trabajo en la planta de Motovilija después de haber sufrido una lesión en un accidente (por ser la esposa de un «enemigo del pueblo», carecía de todo beneficio por enfermedad). El único empleo que pudo encontrar fue como vendedora de periódicos en un puesto callejero. El hermano de Vera y su hermana Valia también fueron despedidos de sus empleos en la fábrica. Valia, que estaba embarazada, fue inmediatamente abandonada por su esposo, a quien concedieron el divorcio por razones políticas. La familia se encontró en una comprometida situación económica, y tuvo que luchar para sobrevivir. Nunca había demasiado para comer. Pero lo más difícil de soportar, según la hija de Vera, era el ostracismo al que los sometieron sus amigos y vecinos:

> Todo el mundo nos tenía miedo. Tenían miedo de dirigirnos la palabra, o incluso de acercarse a nosotros, como si fuéramos apestados que podían contagiarlos… Nuestros vecinos nos evitaban, prohibían a sus hijos que jugaran con nosotros… En 1936 [cuando Alexandre fue arrestado], nadie dijo nada acerca de los «enemigos del pueblo»… simplemente se quedaron callados. Pero en 1937, todo el mundo nos llamaba «enemigos del pueblo».

También los Nikitin volvieron la espalda a sus vecinos.

Anatoli Nikitim era contable de la planta Motovilija. Tal vez su temor era que lo despidieran, y eso lo indujo a cortar toda relación con los Turkin. Las dos familias solían comer juntas en la cocina compartida; sus hijos solían jugar en el patio común. Pero empezaron a mantenerse aparte, sin hablarles. Los Nikitin incluso escribieron una carta dirigida al Soviet en la que renunciaban a todo vínculo con sus vecinos, y fueron recompensados con una habitación extra que les quitaron a los Turkin. Valia y su bebé fueron desalojados de su cuarto. La hermana de Anatoli ocupó la habitación de Valia, que fue comunicada con la zona de los Nikitin reabriendo una puerta que estaba sellada.[534]



Los apartamentos de los Turkin y los Nikitin, Perm.

Los Piatnitski sufrieron un ostracismo similar después del arresto de Osip, en julio de 1937. Desalojada de su casa, con dinero que apenas le alcanzaba para alimentar a sus hijos, Julia recurrió a sus amigos del Partido en busca de ayuda. Primero fue a ver a Aron Solts, un hombre que había sido

íntimo amigo de Osip durante casi treinta años. Cuando llamó a la puerta, el ama de llaves de Solts le dijo: «Tiene miedo. Me despedirá si la dejo pasar. Me pidió que le dijera que él no la conoce». Julia recurrió entonces a Tsetsilia Bobrovskaia, una vieja bolchevique a la que conocía desde el año 1917. Al principio ella también se negó a ver a Julia, pero luego accedió a dejarla pasar «por unos minutos» antes de irse a trabajar. No quiso escuchar lo que le ocurría a Julia, pero le dijo con los ojos llenos de lágrimas: «Ve directamente a las autoridades, a Yezhov. No pidas nada a tus camaradas. Nadie te ayudará, y nadie puede ayudarte». Pocos días más tarde, Julia iba en el metro cuando se encontró con la viuda del líder bolchevique Viktor Nogin: «Me miró pero no dijo nada… Entonces Lapev (un ferroviario que conocía bien a Piatnitski) subió al vagón: me vio y durante todo el viaje miró hacia otro lado». Los hijos de Julia, Igor y Vladimir, fueron abandonados de la misma manera por sus amigos. El mejor amigo de Vladimir, Eugeni Loginov, hijo de uno de los secretarios de Stalin, dejó de ir a visitarlos. Todo el mundo dejó de ir a verlos. Vladimir fue víctima de una campaña persecutoria en la escuela. «Todos se mofaban de mí y me insultaban, llamándome enemigo del pueblo —recuerda—, y me robaban las cosas, los libros y la ropa, sólo porque sabían que no podía defenderme». Aislada y traicionada por todos sus amigos, Julia reflexionó sobre la tenue naturaleza de los vínculos humanos. El 20 de julio, escribió en su diario:

> ¡Qué horribles son las actitudes de la gente en esta época! Estoy convencida de que alguien es amigable, o actúa de una manera amigable, demostrando «camaradería», no es por interés humano o debido a algún sentimiento de buena voluntad, sino simplemente por alguna clase de interés material o para lograr alguna otra situación ventajosa. Todo el mundo sabe que hemos perdido todo, pero nadie mueve un dedo para ayudarnos. Nos estamos muriendo, y a nadie le importa.[535]

Como descubrió Elena Bonner, incluso los parientes daban

la espalda a las familias de los «enemigos del pueblo». Alexei Yevseiev y su esposa Natalia eran activistas comunistas. Alexei era médico, asesor del Ejército Kojo especializado en enfermedades venéreas, y Natalia era economista del trust maderero del Lejano Oriente. Vivían con su hija Angelina en Jabarovsk, en el Lejano Oriente. En 1937, Alexei y Natalia fueron expulsados del Partido (Alexei estaba relacionado con el mariscal V. K. Bliujer, cuyo Ejército del Lejano Oriente fue blanco de una purga de grandes proporciones). Angelina, quien entonces tenía quince años, recuerda el momento en que su padre volvió a casa después de haber sido expulsado del Partido:

> Estaba aterrado. Volvió a casa y dijo, horrorizado: «¡Van a arrestarme!». Yo era una chica estúpida de quince años, y contesté: «Si te arrestan, será porque es necesario». Mi padre siempre me decía: «Si los arrestan, será porque es necesario». He vivido toda mi vida escuchando esas palabras: «Será porque es necesario». No entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

Alexei fue arrestado el 1 de junio, acusado de participar en «una conspiración fascista contra el gobierno soviético» (fue fusilado en Jabarovsk en marzo de 1938). Después de su arresto, Natalia y Angelina fueron desalojadas de su apartamento. Temiendo ser arrestada también, Natalia huyó con Angelina a Moscú, donde vivía su familia, con la esperanza de dejar a su hija al cuidado de parientes. Como sólo tenía quince años, existía el riesgo de que enviaran a Angelina a un orfanato en el caso de que su madre fuera detenida. Ninguno de los familiares de Natalia, todos ellos comunistas fervientes, quiso prestarles ayuda. Cuando Natalia le pidió que albergara a Angelina su hermana menor, activista del Komsomol, respondió: «Deja que el poder soviético se ocupe de ella, nosotros no la necesitamos». La madre de Natalia fue aún más hostil. Le dijo a su nieta en la cara: «Odio a tu padre, que es un enemigo del pueblo, y también te odio a

ti». Durante varios días, Natalia y su hija durmieron en un banco del parque, hasta que finalmente fueron recibidas por Andrei Grigorev y su esposa, unos antiguos amigos de Alexei de la época en que era estudiante en la Facultad de Medicina de la Universidad de Moscú. Angelina no tenía documentos legales que la autorizaran a permanecer en la capital soviética, pero los vecinos de los Grigorev en el apartamento comunitario (entre los que se contaba la cuñada de Molotov) fingieron no ver nada de lo que ocurría en la zona de los Grigorev: les convenía tener médicos en la casa. Tras dejar a su hija en Moscú, Natalia regresó a Jabarovsk, donde fue arrestada pocas semanas más tarde.[536]

Shamsulavi y Gulchira Tagirov eran maestros en la región tártara de Barda, a 140 kilómetros hacia el sudoeste de Perm. Shamsulavi era un activista revolucionario que había desempeñado un papel importante en el establecimiento del *koljoz* de su aldea. En 1936, Shamsulavi fue arrestado bajo el cargo de «nacionalista musulmán», junto con otros treinta y cuatro maestros y líderes religiosos tártaros de la zona de Barda (lo fusilaron en 1938).

Gulchira quedó librada a su suerte con seis hijos, el mayor de once años y el menor de pocas semanas. Por ser una de las personas de la aldea que sabía leer (en tártaro y en ruso), era muy respetada por los aldeanos, quienes se ocuparon de que no le faltara comida para alimentar a su familia. Hasta el funcionario que había llevado, a cabo el arresto, torturado por el remordimiento que le causaba haber detenido a un buen hombre como Tagirov, prestó ayuda a Gulchira y a su familia. Una vez por semana le llevaba una carta de Gulchira a Shamsulavi, que estaba preso en Barda. «Perdóname —le escribió él mismo en una carta dirigida a Shamsulavi—, no tenía alternativa. Me obligaron a arrestarte, aunque yo sabía

perfectamente que eras inocente. Ahora repararé mi culpa ayudando a tu familia». Gulchira siguió siendo maestra en la escuela de la aldea de Akbash, aunque sus clases eran supervisadas frecuentemente por agentes de la NKVD, que rastreaban signos de nacionalismo musulmán en cada cosa que decía la mujer.



Gulchira Tagirova y sus hijos (Rezeda en el centro), 1937. La fotografía fue tomada en un estudio de Sarapul y enviada a Shamsulavi cuando se encontraba en la cárcel.

En 1937, Gulchira y sus seis hijos fueron desalojados de su casa, a partir de una denuncia presentada por el presidente del Soviet local. Con sus posesiones cargadas en un carro tirado por un caballo, caminaron veinte kilómetros hasta la aldea de Yeshkur, donde vivía la madre de Shamsulavi con su hijo mayor, en una gran casa de dos plantas en la que sobraba espacio. La madre de Shamsulavi era una mujer religiosa y educada: su casa estaba repleta de libros. Pero se negó a albergarlos. Culpaba a Gulchira del arresto de su hijo. Como había oído los rumores de la amistad de su nuera con el funcionario que había detenido a su hijo, tal vez sospechaba

que Gulchira había desempeñado algún papel en el arresto de Shamsulavi. La hija de Gulchira, Rezeda, cree que los parientes de su padre actuaron de esa manera por temor de que Gulchira fuera una «enemiga del pueblo» que había sido responsable del arresto de su esposo y que también podía ponerlos en peligro a ellos mismos. La madre de Shamsulavi le dijo a Gulchira que no tenía sitio para ella en su casa.

Le negó la entrada y ni siquiera le ofreció comida para sus hijos después del largo viaje. Esa noche, la familia del hermano menor de Shamsulavi se trasladó a las habitaciones desocupadas de la planta alta (vendió su propia casa en Akbash, donde trabajaba como comerciante, para justificar la mudanza). Rechazada por la familia de su esposo, Gulchira encontró una habitación para ella y sus hijos, que le alquiló un obrero del *koljoz*, en el límite de la aldea. La madre de Shamsulavi fue a visitarlos en una ocasión, pero se quejó de que los niños hacían mucho ruido y no regresó nunca más. Gulchira y sus hijos vivieron en Yekshur durante quince años, pero sólo en raras ocasiones veían a la familia Tagirov, que se negaba a hablar con ellos. «Lo más doloroso —recuerda Gulchira— era verlos pasar a nuestro lado, por la calle, cuando nadie podía vernos, y que aun así no nos dirigieran la palabra, ni siquiera para saludarnos». Los hijos de Gulchira crecieron en la misma aldea que sus primos, pero casi nunca se relacionaron con ellos. «íbamos a la escuela con ellos, pero nunca jugábamos ni íbamos a su casa —recuerda Rezeda—. Siempre nos trataron con frialdad, y nosotros a ellos también».[537]

El miedo provocaba los peores sentimientos de la gente. Sin embargo, también se daban actitudes de extraordinaria solidaridad por parte de colegas, amigos y vecinos, e incluso, a veces, por parte de extraños que corrían enormes riesgos por

ayudar a las familias de los «enemigos del pueblo». Albergaban a sus hijos, les daban comida y dinero o los recibían en su casa cuando los habían desalojado. Había funcionarios bolcheviques y de la NKVD que se compadecían de las familias de sus víctimas y que hacían todo lo posible por ayudarlos, advirtiéndoles del peligro o localizando el paradero de sus parientes arrestados.[538]

En marzo de 1937, el arquitecto Mijail Stroikov volvió a ser arrestado en su exilio, en Arjangelsk. Su esposa Elena y su hija Julia, de diez años, fueron acogidas por un viejo amigo de la familia, Konstantin Artseulov, que también vivía en el exilio, en la ciudad de Mozhaisk, a 100 kilómetros al sudoeste de Moscú, con su esposa Tatiana y su hijo Oleg, que era de la misma edad que Julia. Konstantin estaba desempleado. Había estudiado pintura, como Elena, y había sido despedido de su empleo de piloto de la fuerza aérea soviética poco antes de su arresto, y por ser exiliado no podía conseguir empleo en Mozhaisk. Toda la carga de mantener a las dos familias recayó sobre Tatiana, quien trabajaba como maestra en Mozhaisk. «Vendieron todo lo que pudieron para darnos de comer —recuerda Julia—. Arriesgaron su vida al recibirnos en su casa». Julia se quedó con los Artseulov mientras su madre se dedicaba a buscar trabajo en otros sitios. En noviembre de 1937, Konstantin fue denunciado por un vecino por albergar a la hija de un «enemigo del pueblo». Lo arrestaron una vez más, lo encarcelaron y más tarde fue fusilado. No obstante, su esposa, Tatiana, siguió protegiendo a Julia, escondiéndola con todo cuidado de la vista de sus despreciables vecinos. Finalmente, en 1938, Tatiana envió a Julia clandestinamente a Moscú, donde unos amigos de Konstantin habían accedido a albergarla hasta que su madre encontrara trabajo. Elena fue a buscarla ese verano y la llevó a Pushkino, una pequeña ciudad situada al norte de Moscú, donde otras amistades de

Konstantin le permitieron encontrar empleo en el Comité de Artistas de la Ciudad de Moscú, la organización responsable de producir retratos de los líderes soviéticos. Elena se convirtió en una de las más respetadas retratistas de la dirigencia soviética…, irónico destino para la esposa de un «enemigo del pueblo».[539]

El padre de Oleg Liubchenko, un periodista ucraniano, fue arrestado en 1934 y fusilado en 1937. Exiliados de Kiev, Oleg y su madre, Vera, terminaron en Maloiaroslavets, una pequeña ciudad situada al sudoeste de Moscú. No tenían pasaporte para Moscú, pero con frecuencia iban allí y se quedaban en un apartamento comunitario en Arbat, en el que los familiares de Vera, que habían sido terratenientes muy conocidos de Riazán, habían vivido durante varios años durante la década de 1920.La hermana de Vera aún vivía en el apartamento. Desde 1936 hasta 1941, Oleg y su madre residieron ilegalmente allí. Todos los que vivían en el apartamento los aceptaron amablemente, arriesgándose a ser desalojados y posiblemente arrestados por dar albergue a inmigrantes ilegales. La matriarca del apartamento, una vieja chekista llamada Klaudia Kolchina, les ofreció todo su apoyo. Fue ella quien había invitado originalmente a la familia de Vera a vivir en el apartamento cuando terminó la Guerra Civil, en el momento en que ella misma había ido a instalarse en Moscú, y después de conocer a los parientes de Vera en la calle. Klaudia se había enterado de lo ocurrido al padre de Oleg en Riazán, y estaba segura de que el hombre era inocente de los delitos por los que lo habían fusilado. Por haber formado parte de la Cheka, y por conocer perfectamente los métodos de trabajo policial, solía decir: «Tenemos leyes, pero no legalidad». La presidenta del comité de la casa también tenía la mejor disposición hacia ellos, pese a que era una activa comunista. Era perfectamente consciente de que había

ilegales viviendo en el apartamento pero, según recuerda Oleg, en las raras ocasiones en que él o su madre se aventuraban a salir al patio, o cuando la mujer los veía entrar por una puerta lateral, miraba «más allá de nosotros con expresión severa, como si intentara no reparar en nuestra presencia».[540] Había gran cantidad de ilegales en los edificios de viviendas del Arbat, un barrio prestigioso de la capital que sufrió los embates del Gran Terror.

Después del arresto de Ilia Slavin, producido en noviembre de 1937, su esposa Esfir y su hija Ida fueron desalojadas de su apartamento de tres habitaciones en la Cámara del Soviet de Leningrado. Fueron trasladadas a un cuarto minúsculo, de ocho metros cuadrados, en un apartamento comunal, sin agua corriente ni electricidad, situado en un remoto suburbio de Leningrado. Cinco meses más tarde, Esfir también fue arrestada. La recluyeron en la prisión de Kresty y luego fue sentenciada a ocho años de trabajos forzosos en el Campo de Trabajo de Akmolinsk para Esposas de los Traidores a la Patria (ALZhIR), de Kazajstán. De repente, la joven Ida, de dieciséis años, había quedado librada a su suerte. «No estaba preparada en lo más mínimo para las tareas cotidianas de la vida —recuerda—. Ni siquiera sabía cuánto costaba el pan, ni cómo lavarme la ropa». Sin ningún familiar en Leningrado, Ida era incapaz de mantenerse: ni siquiera podía pagar el alquiler de su pequeño cuarto. Pero la rescataron sus amigas del colegio y sus padres, quienes se turnaron para alojarla durante unos pocos días (si la albergaban en sus casas durante más tiempo, corrían el riesgo de ser denunciados por los vecinos, que los acusarían de dar refugio a la hija de un «enemigo del pueblo»). Para muchas de esas familias, dar albergue y comida a un hijo más era una pesada carga. Ida atribuye a esa ayuda un valor inestimable: «No sólo me dieron refugio y alimento, sino también el apoyo anímico que yo

necesitaba para poder sobrevivir».

Ida estudió duramente para los exámenes que debía aprobar para graduarse en el décimo y último curso, tras el cual podría inscribirse en un instituto superior. Con la ayuda de sus amigos, encontró un empleo como personal de limpieza, lo que le permitió pagar el alquiler de su pequeña habitación. Cada día viajaba tres horas entre su casa y la escuela, y después otra hora más para ir a su trabajo como limpiadora. Dos noches a la semana, hacía cola en la puerta de la prisión para averiguar si sus padres habían sido trasladados, y si aún seguían vivos.

La otra persona que ayudó a Ida fue la directora de su escuela, Klaudia Alexeieva. Aunque antigua y respetada miembro del Partido, Alexeieva siempre se había opuesto a las purgas en su escuela y había hecho todo lo posible por resistirse, protegiendo a los niños cuyos padres habían sido señalados como «enemigos del pueblo». Por ejemplo, había organizado el sistema de albergue rotativo que no sólo había rescatado a Ida, sino también a muchos otros niños de la escuela que habían quedado huérfanos. En una ocasión, Alexeieva había invalidado valientemente la decisión del Komsomol que pretendía expulsar a una niña de quince años por «no haber denunciado» a su propia madre, quien había sido arrestada como «enemiga del pueblo». Ida recuerda que Klaudia optó por una táctica relativamente simple. Se mostró deliberadamente «ingenua» y «estricta» en el cumplimiento de la famosa «directiva» de Stalin: «Los hijos no son responsables de sus padres»[541*]

> En nuestra escuela había muchos niños cuyos padres habían sido arrestados. Gracias a Klaudia, ninguno de ellos fue expulsado.
>
> No se realizaban esas espantosas reuniones que solían llevarse a cabo en las otras escuelas, en las que esos niños eran obligados a abjurar de sus padres… El día siguiente al arresto de mi madre, cuando llegué a la escuela, Klaudia me llamó a su despacho y me dijo que hasta el final del

año académico el comité de padres pagaría mi almuerzo en el comedor escolar. Me sugirió que redactara una carta para que me eximieran de los exámenes escolares por problemas de salud [permitiendo así que Ida pasara directamente al décimo curso]. «Pero, Klaudia Alexandrovna —contesté—, ¡si me encuentro perfectamente sana!» Ella se encogió de hombros, sonrió y me lanzó un guiño.

Ida fue eximida de los exámenes. Pero la vida siguió siendo muy dura para ella, y estuvo muchas veces al borde de abandonar sus estudios:

> Cada vez que hablaba de dejar la escuela para buscar trabajo, Klaudia me llevaba a su despacho y me decía: «Tus padres volverán… debes creerlo. Si no terminas tus estudios y no haces algo con tu vida, no te lo perdonarán». Eso me empujaba siempre a seguir adelante.[542]

Ida se convirtió en maestra. Pero Ida Slavina no fue la única niña que fue apoyada por la directora de su escuela. Elena Bonner, una compañera de Ida, también recibió la ayuda de Klaudia Alexeieva. Tras el arresto de sus padres, acaecido en el verano de 1937, Elena trabajó como empleada de limpieza de noche, pero eso no le permitía aún pagar las cuotas escolares (introducidas en las escuelas de nivel medio a partir de 1938). Decidió abandonar la escuela y buscar un trabajo de jornada completa, continuando sus estudios en una escuela nocturna, en la que no tendría que pagar. Elena llevó la solicitud de ingreso a Alexeieva, buscando su aprobación.

> Klaudia Alexeieva tomó el papel de mi mano, lo leyó, se puso de pie, fue a cerrar la puerta de su despacho y me dijo en voz baja: «¿De verdad crees que te pediría dinero a ti para darte una educación? ¡Vete ahora mismo de mi despacho!».

Para ser eximida del pago de las cuotas escolares, Elena debía solicitárselo a un funcionario del Partido, el Komsorg, u organizador del Komsomol, que «vigilaba el estado político y moral de los estudiantes y maestros» y que «causaba terror a todo el mundo, dado que era obviamente el representante de la NKVD en la escuela». Bonner estaba demasiado aterrorizada como para presentarle su solicitud. Finalmente, sus cuotas escolares terminaron siendo pagadas por alguien,

anónimamente… Elena cree que sólo pudo haber sido la propia Klaudia. Reflexionando retrospectivamente sobre esos acontecimientos, Elena recuerda que en su clase de veinticuatro estudiantes, había once cuyos padres habían sido arrestados.

> Todos sabíamos quiénes eran, pero no hablábamos, no queríamos llamar la atención, sino que simplemente seguíamos adelante con toda la apariencia de ser niños normales… Estoy casi segura de que cada uno de esos once niños terminaron el décimo curso al mismo tiempo que yo…, todos ellos rescatados por la directora de nuestra escuela.[543]

Entre todas las profesiones, los maestros son los que aparecen con mayor frecuencia en el papel de protectores e incluso salvadores de niños como Ida Slavina. Muchos maestros se habían formado con los valores humanistas de la antigua intelectualidad, especialmente en las escuelas de élite como la de Alexeieva. «La mayoría de nuestros maestros eran personas muy educadas, humanistas y liberales», recuerda Ida.

> Nuestro profesor de educación física había sido oficial del ejército zarista y había combatido con la Caballería Roja durante la Guerra Civil. Hablaba con fluidez tres idiomas europeos… Teníamos un grupo teatral y un club de poesía, ambos alentados por nuestros maestros (ahora me doy cuenta) como manera de hacernos conocer la literatura del siglo XIX, que no tenía cabida en «el aula soviética». Nuestro profesor de historia, Manus Nudelman, era un brillante narrador y un gran divulgador de la historia. Era un inconformista, tanto en sus ideas como en su forma de vestirse, excéntrica y bohemia. En sus clases evitaba con todo cuidado hablar del culto a Stalin, que era una parte obligatoria de todas las clases de historia de esa época. Fue arrestado en 1939.[544]

Svetlana Cherkesova tenía apenas ocho años en 1937, cuando sus padres fueron arrestados. Vivía con su tío e iba a la escuela en Leningrado, donde su maestra, Vera Yeliseyeva, les decía a los niños que debían ser amables con Svetlana porque era «una desafortunada» (un término que procedía del vocabulario de la caridad del siglo XIX). Svetlana recuerda:

> En nuestra clase no había enemigos del pueblo… eso era lo que decía nuestra maestra. Siempre admitía en su clase a los hijos de personas que

> habían desaparecido. Había muchos. Había un niño, por ejemplo, que vivía en las calles, siempre estaba sucio, sin zapatos ni ropa, porque no tenía a nadie que lo cuidara. Ella le compró un abrigo de su propio bolsillo y lo llevó a su casa para que se bañara.[545]

Vera Yeliseieva fue arrestada en 1938.

Dimitri Streletski también recibió un buen trato de sus maestros en Chermoz, donde su familia vivió en el exilio desde 1933. Su maestra de física le daba dinero para el almuerzo, un gasto que su familia no estaba en condiciones de soportar. Dimitri quería agradecérselo, pero cuando ella le entregaba el dinero se llevaba un dedo a la boca para indicarle que no debía decir nada. La maestra temía meterse en problemas si se sabía que había estado ayudando al hijo de un «enemigo del pueblo». Dimitri recuerda:

> Nunca cruzábamos una sola palabra: nunca tuve la oportunidad de darle las gracias. Ella me esperaba ante la puerta del comedor y, cuando yo pasaba, deslizaba tres rublos en mi mano. Tal vez me susurraba algo al pasar, alguna palabra de aliento, pero eso era todo. Nunca hablé con ella, y en realidad ella tampoco me dirigió la palabra, pero yo sentía una enorme gratitud hacia ella, y ella lo sabía.[546]

La escuela de Inna Gaister (la escuela n.° 19) estaba en el centro de Moscú, cerca de la Casa del Dique en la que vivían muchos líderes soviéticos, y asistían a ella muchos niños que habían perdido a sus padres durante el Gran Terror. En la cercana Escuela Experimental de Moscú (MOPSh), preferida por muchos integrantes de la élite bolchevique, esos niños hubieran sido expulsados o se les hubiera obligado a abjurar de sus padres inmediatamente después de haber sido arrestados, pero en la escuela de Gaister la atmósfera era diferente: los maestros tenían una actitud liberal y protectora hacia sus estudiantes. En junio de 1937, tras el arresto de sus dos progenitores, Inna volvió a la escuela a principios del año lectivo. Durante mucho tiempo sintió miedo de contarles a sus maestros lo ocurrido. «Habíamos crecido oyendo la historia de Pavlik Morozov», explica Inna, que temía que la

obligaran a abjurar de sus padres como había hecho el niño héroe de la historia. Pero cuando finalmente reunió el coraje necesario para contarle todo a su maestra, la docente simplemente respondió: «Bueno, ¿eso le está ocurriendo a muchas personas? Ahora entremos a clase». El padre de Inna fue uno de los acusados en el famoso juicio de Bujarin, pero ninguno de los maestros prestó atención a ese hecho. Cuando se introdujeron los aranceles escolares, su maestra se los pagó de su propio salario (Vladimir Piatnitski, el hijo menor de Osip, que era alumno de la misma escuela, también financió sus estudios gracias a la generosidad de una maestra). Gracias a la influencia de estos valerosos docentes, la escuela n.° 19 se convirtió en un lugar seguro para los hijos de los «enemigos del pueblo». Allí también se alentaba a los otros niños a brindar protección a los compañeros menos afortunados. Inna recuerda una ocasión en la que estuvo involucrado uno de los niños más difíciles de su clase (había sido adoptado por sus padres en un orfanato y tenía severos problemas de conducta). El chico había confeccionado una lista de veinticinco «trotskistas» de la clase (es decir, hijos de «enemigos del pueblo») y la había pegado sobre la pared del aula. Fue atacado por todos los otros niños de la clase. Inna también recuerda un incidente relacionado con el juicio de Tujachevski, cuando a todas las escuelas soviéticas se les ordenó que borraran la imagen de ese «enemigo del pueblo» de todos los manuales. En la escuela de Gaister se instrumentó una política diferente:

> Algunos de los muchachos estaban desfigurando la foto de Tujachevski en sus manuales, agregándole bigotes o un par de cuernos. Una de nuestras maestras, Rajil Grigorevna, les dijo: «Ya les he dicho esto a las niñas, y ahora os lo diré a todos: voy a entregaros a cada uno una hoja en blanco, y quiero que la peguéis cuidadosamente en los libros cubriendo el rostro de Tujachevski. Pero debéis hacerlo con cuidado, porque tal vez hoy sea una mala persona, un enemigo del pueblo, pero mañana él y otros pueden regresar, y podemos llegar a considerarlos nuevamente buenas

personas. Y entonces podréis retirar esa hoja sin desfigurar su cara.[547]

6

El 14 de octubre de 1937, cuando Sofía Antonov-Ovseienko fue arrestada en el balneario de Sujumi, sobre el mar Negro, no sabía que su esposo Vladimir había sido detenido tres días antes en Moscú. Vladimir era el segundo marido de Sofía, y ella era la segunda esposa de Vladimir. La pareja se había conocido en Praga en 1927, cuando Vladimir, un veterano bolchevique que había encabezado el asalto contra el Palacio de Invierno en octubre de 1917, era embajador soviético en Checoslovaquia (más tarde fue embajador en Polonia y en España).



Vladimir Antonov-Ovseienko con su esposa Sofía (derecha) y su hijastra Valentina (Valichka), 1936.

En 1937, cuando Vladimir fue llamado de regreso a Moscú para asumir el cargo de comisario de Justicia, ambos todavía estaban muy enamorados, pero el arresto de Sofía puso todos esos sentimientos en duda. Después de su arresto, Sofía fue enviada de regreso a Moscú. Desde su celda en prisión, escribió a Vladimir, rogándole que creyera en su inocencia. Sofía ignoraba que él leería su carta recluido en otra celda de una prisión de Moscú.

> Moscú. 16. Cárcel X
>
> Querido mío, no sé si recibirás esta carta, pero de alguna manera intuyo que es la última vez que te escribo. ¿Recuerdas que siempre decíamos que si alguien era arrestado en nuestro país debía de haber buenas razones para ello, algún delito cometido…, algo justificado? No hay duda de que en mi caso también hay algo que lo justifica, pero no sé qué puede ser. Todo lo que sé, tú también lo sabes, porque nuestras vidas han sido inseparables y armoniosas. Sea lo que fuere que me ocurra ahora, siempre agradeceré el día en que nos conocimos. He vivido a la luz de tu gloria, y siempre me he enorgullecido de eso. Durante los últimos tres días, me he dedicado a revisar mi vida, preparándome para la muerte. No encuentro en ella nada (aparte de los defectos usuales que distinguen a un ser humano de los «ángeles») que pudiera considerarse criminal, ya sea con respecto a otro ser humano o con respecto a nuestro Estado y nuestro gobierno… Todos mis pensamientos han sido exactamente iguales a los tuyos… ¿y acaso hay alguien más devoto y dedicado a nuestro Partido y a nuestro país que tú? Conoces lo que hay en el fondo de mi corazón, sabes que mis acciones, mis pensamientos y mis palabras son leales y genuinos. Pero el hecho de que esté aquí debe de significar que he cometido algún delito…, que he hecho algo mal, y no sé qué puede ser… No soporto la idea de que puedas no creer lo que te digo… Me ha estado torturando hace ya tres días. Me quema el cerebro. Conozco tu intolerancia ante cualquier falsedad, pero incluso tú puedes cometer errores. Según parece, el propio Lenin estaba equivocado. Entonces, te ruego que por favor me creas cuando digo que no hice nada malo. Créeme, amado mío… Otra cosa más: es hora de que Valichka [la hija del primer matrimonio de Sofía] ingrese en el Komsomol. Lo que me ha ocurrido sin duda será un obstáculo para ella. Mi corazón se colma de pesar ante la idea de que ella piense que su madre es una sinvergüenza. Lo más terrible de mi situación es que la gente no me cree… y no puedo vivir así… Pido perdón a todos los que amo por haber hecho caer sobre ellos tanta desgracia… Perdóname, amado mío. ¡Si al menos pudiera saber que me crees y que has podido perdonarme! Tu Sofía.[548]

El Gran Terror socavó la confianza que unía a las familias. Las esposas dudaban de sus maridos; los esposos de sus esposas. Usualmente, el lazo entre padres e hijos era el vínculo familiar que primero se cortaba. Los hijos de la década de 1930, que habían crecido en el culto a Pavlik Morozov, habían aprendido a concentrar toda su fe en Stalin y en el gobierno soviético, a creer cada palabra que leían en la prensa soviética, aun cuando sus padres aparecieran mencionados como «enemigos del pueblo». Los niños sufrían la presión en las escuelas, en los Pioneros y en el Komsomol, que les exigían que abjuraran de sus familiares arrestados, si no querían sufrir las consecuencias que se harían sentir en el ámbito de su educción y de su carrera.

Lev Tselmerovski tenía dieciocho años cuando su padre (un ingeniero militar, muy trabajador) fue arrestado en Leningrado en el año 1938. Lev había sido miembro del Komsomol, se había entrenado como piloto y soñaba con alistarse en el Ejército Rojo, pero después del arresto de su padre fue exiliado —sin pasar por un juicio y calificado de «elemento socialmente ajeno»— a Chimkent, Kazajstán. Allí trabajó en una fábrica. Su madre y sus dos hermanas vivían en Kazalinsk, a 500 kilómetros de distancia. En septiembre de 1938, Lev escribió a Kalinin, el presidente soviético, para abjurar de su padre y argumentar que él mismo no tenía por qué pagar por los delitos de su progenitor:

> Unas pocas palabras acerca de mi padre. Mi madre me dijo que fue desterrado a los campos de trabajo del norte por sus actitudes inconformistas. Personalmente, nunca lo creí, porque yo mismo le oí contarles a mis hermanas cómo había combatido contra los Blancos en el norte. Nos contó sus hazañas bélicas. Cuando S. M. Kirov fue asesinado, lloró… Pero tal vez todo eso no era más que un astuto disfraz. Varias veces me contó que había estado en Varsovia… Creo que se le debería permitir a mi padre que respondiera por sí mismo, pero yo no quiero sufrir la desgracia que él mismo se provocó. Quiero alistarme en el Ejército Rojo. Quiero ser un ciudadano soviético con todos los derechos

usuales porque siento que soy digno de ese título. Fui educado en una escuela soviética donde me inculcaron el espíritu soviético, y por lo tanto mis opiniones son absolutamente diferentes de las de mi padre. Me rompe el corazón tener que llevar el apellido de una persona ajena a mí. [549]

Anna Krivko tenía dieciocho años en 1937, en el momento en que su padre y su tío, ambos obreros de una fábrica en Jarkov, fueron detenidos. Anna fue expulsada de la Universidad de Jarkov y la echaron del Komsomol por ser considerada un «elemento ajeno». Salió a buscar un empleo para mantener a su madre, a su abuela y a su hermana, que entonces era apenas un bebé. Trabajó durante un tiempo en un criadero de cerdos, pero fue despedida cuando sus empleadores se enteraron de que su padre había sido arrestado. No podía encontrar ningún otro empleo. En enero de 1938, Anna escribió al subdirector de su Soviet, el miembro del Politburó Vías Chubar. Abjuraba de su padre y rogaba a Chubar que ayudara a su familia. Anna amenazaba con matarse y matar a su hermanita si no podía llegar a tener una vida decente en la Unión Soviética. Su carta era extrema: la joven estaba desesperada por demostrar que era digna de ser salvada por ser una leal estalinista. Pero también es posible que odiara realmente a su padre por haberle causado a su familia una desgracia tan enorme.

No sé de qué se acusa a mi padre y a su hermano, ni por cuánto tiempo han sido condenados a prisión. Me siento avergonzada y no sé qué hacer. Creo profundamente que el tribunal proletario es justo, y que si los han condenado significa que se lo merecían. No albergo hacia mi padre sentimientos dignos de una hija, sino tan sólo el sentimiento más elevado de una ciudadana soviética hacia su madre patria, el Komsomol que me ha educado y el Partido Comunista. Apoyo con todo mi corazón la decisión del tribunal, la voz de 170 millones de proletarios, y celebro su veredicto. Según mi propio padre lo admitió, fue enrolado en el ejército de Denikin, donde sirvió como guardia blanco durante tres meses en 1919, y por eso fue condenado a dos años y medio [en un campo de trabajo] en 1929; eso es todo lo que sé sobre sus actividades… Si hubiera advertido en su conducta alguna otra señal de actividad antisoviética, a pesar de tratarse de mi propio padre, no habría vacilado ni un momento

en denunciarlo a la NKV1). ¡Camarada Chubar, créame! Me siento avergonzada de llamarlo padre. Un enemigo del pueblo no puede ser mi padre.

Sólo las personas que me han enseñado a odiar a los canallas, a todos nuestros enemigos, sin compasión ni excepciones, pueden ocupar ese papel. Me aferró a la esperanza de que el proletariado, el Komsomol de Lenin y el Partido de Lenin y de Stalin ocuparán el lugar de mi padre, cuidando de mí como su verdadera hija y ayudándome a encontrar mi camino en la vida.[550]

Algunos padres, después de ser arrestados, alentaban a sus hijos a abjurar de ellos, preocupados por la posibilidad de poner en peligro sus carreras y perspectivas sociales. Olga Adamova-Sliuzberg conoció a una mujer llamada Liza en la cárcel de Kazán, en el año 1937. Liza había crecido en San Petersburgo, antes de la Revolución. Había pasado su infancia en las calles porque su madre era una mendiga. Después de 1917, Liza trabajó en una fábrica. Se había afiliado al Partido y se casó con un funcionario bolchevique que pertenecía al comité de coordinación de la fábrica. Vivían bien y criaron a sus dos hijas, Zoia, la mayor, y la menor, Lialia, educándolas como modelos de Pioneras. «A veces teníamos en la fábrica una mañana dedicada a los niños», le contó Liza a Olga,

y nuestra hijita Zoia se ponía de pie y cantaba, engalanada con su vestido de seda y su pañuelo de Pionera, y mi esposo me decía: «No hay en el mundo entero una niña mejor que nuestra Zoia. Será una Artista del Pueblo cuando sea mayor». Entonces yo recordaba cómo había mendigado de puerta en puerta cuando era niña… y amaba tanto a nuestro gobierno soviético, que hubiera dado la vida por él.

El esposo de Liza había sido arrestado acusado de apoyar a Zinoviev («si yo hubiera sabido que había traicionado a Lenin, lo hubiera estrangulado con mis propias manos», decía Liza). Después ella también fue arrestada. Un día Liza recibió una carta de Zoia. Llegó tarde, un sábado, el día que los prisioneros tenían autorización para escribir y para recibir cartas, y Liza le estaba escribiendo a Zoia en el momento en que recibió esta carta de su hija:

Querida mamá: ya tengo quince años y estoy planeando ingresar en el Komsomol. Debo saber si eres culpable o no. No dejo de repetirme: ¿cómo pudiste haber traicionado a nuestro gobierno soviético? Después de todo, nos iba muy bien, y tú y papá erais muy trabajadores. Recuerdo que vivíamos muy bien. Solías hacernos vestidos de seda y nos comprabas dulces. ¿Es cierto que recibiste dinero de «ellos» [los «enemigos del pueblo»]? Hubiera preferido que nos vistieras con batas de algodón. ¿Pero tal vez no eres culpable, después de todo? Si no lo eres, no ingresaré en el Komsomol y nunca los perdonaré por lo que te hicieron. Pero si eres culpable, no te escribiré nunca más, porque amo a nuestro gobierno soviético y odio a sus enemigos, y te odiaré si eres uno de ellos. Mamá, dime la verdad. Preferiría que no fueras culpable, y yo no me uniría al Komsomol. Tu desdichada hija, Zoia.

Para entonces, Liza ya había escrito tres de las cuatro páginas permitidas de su carta dirigida a Zoia. Pensó por un momento y luego escribió la página final en grandes letras mayúsculas:

ZOIA, ES CIERTO. SOY CULPABLE, ÚNETE AL KOMSOMOL. ÉSTA ES LA ÚLTIMA VEZ QUE TE ESCRIBO. SED FELICES, TÚ Y LIALIA. MAMÁ.

Liza le mostró las cartas a Olga, y luego se golpeó la cabeza contra la mesa. Ahogada en sollozos, dijo: «Es mejor que me odie. ¿Qué vida tendría fuera del Komsomol? No sería nadie. Odiaría al poder soviético. Es mejor que me odie a mí». Olga recuerda que, desde ese día, Liza «no volvió a decir una palabra sobre sus hijas y no recibió nunca más una carta».[551]

A muchos niños, el arresto de un familiar cercano les suscitaba toda» clase de dudas, todos los principios en los que creían por ser «niños soviéticos» entraban en conflicto con lo que sabían de las personas que amaban.

Cuando su padre fue arrestado por «trotskista», Vera Turkina no sabía qué pensar. Tanto su madre como su abuela aceptaban la culpabilidad de Alexandre. En la prensa soviética había artículos que informaban sobre las actividades criminales de su padre, que era un conocido bolchevique de Perm. A cualquier sitio donde fuera, Vera oía a la gente murmurar sobre ella, la hija de un «enemigo del pueblo», a

sus espaldas. «Mi padre se convirtió para mí en causa de vergüenza», recuerda Vera.

> La gente me decía que si lo habían arrestado, debía de ser culpable de algo. «Donde hay humo, hubo fuego», me decía todo el mundo. Cuando mi madre fue a preguntar por mi padre a la oficina de la NKVD, le dijeron: «Espere y ya verá como lo confiesa todo». Yo también supuse que era culpable. ¿Qué otra cosa podía creer?[552]

Elga Torchinskaia era una escolar soviética modelo. Amaba a Stalin, veneraba a Pavlik Morozov y creía en la propaganda sobre los «espías» y los «enemigos». Siguió pensando de esa manera cuando su padre fue arrestado, en octubre de 1937. El hombre, un veterano bolchevique que se oponía cada vez más a las políticas impuestas por Stalin, nunca había hablado con ella sobre sus opiniones políticas. En la casa de la familia Torchinski, en Leningrado, al igual que en muchas familias, la política no era un tema de conversación cuando los niños estaban presentes. Además, Elga no tenía ninguna perspectiva de los arrestos masivos fuera de lo que le habían enseñado en la escuela: no tenía otra manera de entender las razones por las que su padre había sido arrestado, ningún dato que le hiciera dudar de la legitimidad de su arresto. En 1938, dos tíos de Elga fueron arrestados. Uno de ellos volvió de los campos de trabajo en 1939, y le contó a Elga espantosas historias sobre las torturas a los que lo había sometido la NKVD. Ni siquiera esos relatos consiguieron hacer tambalear la convicción de Elga de que, si alguien era arrestado, «tenía que ser por algo que hizo». En 1939, cuando cumplió dieciséis años, Elga se postuló para ingresar en el Komsomol. En su solicitud, declaraba que su padre era un «enemigos del pueblo», y afirmó falsamente que estaba divorciado de su madre. Su declaración fue una suerte de abjuración pero, como Elga admite ahora, en ese momento estaba confundida, tenía miedo de hacer preguntas y había rechazado a su padre por pura ignorancia. «Todos éramos zombis… Eso es lo que

pienso. Dios mío, éramos apenas unas criaturas. Habíamos sido educadas por el Komsomol. Creíamos todo lo que nos decían».[553]

El silencio la carencia de noticias o de información exacerbaban la incertidumbre de la familia. Sin tener noticias de la persona arrestada, y de cualquier cosa que demostrara su inocencia, los parientes no tenían nada a que aferrarse, nada con que defenderse de la acusación de culpabilidad que todo el mundo consideraba válida.

Nina Kosterina era hija de un bolchevique de pura cepa. Había tenido una niñez soviética modelo, y había ingresado en el Komsomol a fines de 1936, justo en el momento en que su conciencia empezaba a registrar los primeros temblores del Gran Terror. Cuando su tío fue arrestado, Nina se debatió por asignar algún sentido a ese acontecimiento. El 25 de marzo de 1937, escribió en su diario:

> Ha ocurrido algo espantoso e incomprensible. Dicen que el tío Misha estaba involucrado en alguna organización contrarrevolucionaria. ¿Qué está ocurriendo? El tío Misha…, un miembro del Partido desde los primeros días de la Revolución…, ¡de repente se convierte en un enemigo del pueblo!

Cuando el dueño de la casa que alquilaba la familia fue arrestado, Nina se preguntó cómo reaccionaría si los arrestos llegaban a su propia casa:

> Están ocurriendo cosas extrañas. Pensé y pensé, y llegué a la siguiente conclusión: si mi padre resulta ser un trotskista y un enemigo del pueblo, no sentiré lástima por él. Escribo esto, pero (lo confieso) me corroe el gusano de la duda.

En diciembre de 1937, el padre de Misha fue expulsado del Partido y destituido de su cargo oficial. Previendo su arresto, escribió a Nina para prevenirla: «Debes estar segura de que tu padre jamás ha sido un canalla… y que jamás ha mancillado su nombre con nada sucio ni bajo». La carta desempeñó un papel crucial: aunque confundida y desesperada, Nina pudo

aferrarse a la convicción de que su padre era inocente en el momento en que finalmente lo arrestaron, en septiembre de 1938.

Tal como la joven consignó en su diario:

> 7 de septiembre
>
> Qué ominosa oscuridad ha envuelto toda mi vida. El arresto de papá es un golpe tan grande… Hasta ahora siempre había mantenido la cabeza alta, con honor, pero ahora… Ahora Ajmetev [un compañero de clase] puede decirme: «¡Somos camaradas en la desgracia!». ¡Y pensar cuánto lo despreciaba, a él y al trotskista de su padre! Esta idea de pesadilla me tortura noche y día: ¿mi padre también es un enemigo? ¡No, no puede ser, no lo creo!
>
> Se trata de un terrible error.

El padre de Nina pasó dos años en la cárcel esperando que una troika lo «juzgara», cosa que finalmente ocurrió y fue condenado a cinco años en un campo de trabajo por considerarlo «un elemento socialmente peligroso». En noviembre de 1940, escribió su primera carta a la familia. Nina quedó conmovida por la belleza de la carta, en la que percibía el espíritu de su padre, su «fuerza y su frescura», a pesar de las penurias del campo de trabajo. Pero su madre estaba enojada, y sólo preguntó: «¿Es culpable o no es culpable? Si es inocente, ¿por qué no apela contra la sentencia?». La carta siguiente respondía con eficacia a la pregunta de su madre. «No hay nada más que decir sobre mi caso —escribió el padre de Nina—. No hay caso alguno, sólo una pompa de jabón con la forma de un elefante. No puedo resistirme ni enfrentarme a lo que no existe, no existió y nunca podría haber existido».[554]

La desaparición de un padre y un esposo provocaba una enorme tensión en las familias. Las esposas renunciaban a sus esposos que habían sido detenidos, no siempre porque pensaran que podían ser «enemigos del pueblo», aunque podían haberlo creído, sino porque eso les facilitaba la

supervivencia y ofrecía alguna protección a sus familias (por ese motivo, muchos esposos aconsejaban a su mujer que abjurara de ellos). El Estado presionaba a las esposas de los «enemigos» para que renunciaran públicamente de sus maridos. Si no lo hacían, podían sufrir graves consecuencias. Algunas mujeres eran arrestadas bajo la acusación de ser «esposas de enemigos» y enviadas a los campos de trabajo, con o sin sus hijos. Otras eran desalojadas de sus casas, despedidas de su empleo, despojadas de los vales de racionamiento y de sus derechos civiles. También se aplicaban presiones económicas: se recortaban los salarios, se congelaban los ahorros y se les aumentaba el alquiler. Para convencer a las mujeres de que debían renunciar a sus maridos, el coste del divorcio, que normalmente era de unos 500 rublos, se rebajaba a apenas 3 rublos (el precio de una comida en la cantina de la fábrica o de la escuela) cuando se trataba de un caso de divorcio de un prisionero.[555]

Requería una extraordinaria fuerza, y no poco coraje, que las mujeres se resistieran a estas presiones y permanecieran junto a sus esposos. Irina y Vasili Dudarev habían estado casados durante casi quince años cuando Vasili fue arrestado en 1937. Se habían conocido en Smolensk, a principios de la década de 1920, donde ambos estudiaban para convertirse en maestros. Vasili, un bolchevique de toda la vida, se convirtió en una figura importante del Partido en Orel. En 1933, lo enviaron a Azov, una ciudad cercana a Rostov, en la desembocadura del río Don, donde se convirtió en jefe del Partido. Irina trabajaba en una fábrica de medias. No tenía intereses políticos, pero por amor a Vasili se unió al Partido y se convirtió en «esposa del Partido». Cuando su marido fue arrestado, Irina fue a buscarlo…, no sólo a las cárceles, sino también a los depósitos del ferrocarril de Rostov y de Bataisk, a 30 kilómetros de distancia, donde los domingos por la

noche se preparaban los trenes de prisioneros que partían hacia los campos de trabajo:

> Caminaba al lado de las vías, junto a los trenes, con la esperanza de encontrar a mi esposo y poder darle algunas cosas para el viaje. Vi muchos trenes. Los vagones de carga, cubiertos de hielo, estaban completamente cerrados; incluso los respiraderos de la parte superior habían sido tapiados con bandas de metal, dejando apenas una rendija libre. Podía oír el ahogado murmullo de voces que salía de los vagones. Cuando pasaba junto al tren, preguntaba en voz muy alta: «¿Está Dudarev aquí?». El murmullo de voces cesaba, y a veces una voz respondía: «No…». Pero un día una voz respondió: «¿Dudarev? Sí…». Era el guarda del tren… Extraje las ropas limpias que había preparado, las puse en una bolsa pequeña y se las entregué. El guarda me permitió escribirle una nota «sobre asuntos de negocios». Me sentí muy feliz de que Vasili supiera que lo estaba buscando, y que no dejaba de pensar en él. Había tenido mucho miedo de que, al no tener noticias mías, pudiera haber creído que yo había renunciado a él… En mi nota escribí una lista de las cosas que le había entregado al guarda y me despedí diciendo: «Todo está bien. Te mando un beso». Pocos minutos más tarde, el guarda vino a devolverme la bolsa y la nota. En el reverso decía, escrito con la letra de Vasili: «Recibí todo. Gracias».

Irina nunca dudó de la inocencia de su esposo. Fue citada en reiteradas oportunidades por la NKVD, que le mostró las «pruebas» de las actividades criminales de Vasili, amenazándola con el arresto si no lo denunciaba, pero ella se negó cada una de las veces. Irina recuerda una reunión del Partido celebrada en su fábrica en la que la instaron a revelar los crímenes contra el Estado cometidos por su esposo, pero Irina, con gran coraje, negó que él hubiera cometido algún delito:

> Estaba sentada sola en un extremo de la mesa, mientras todos los demás se sentaron tan cerca como podían de los líderes del comité que estaban en el otro extremo. Nadie me dirigía la palabra. Uno de los secretarios del Partido informó a la concurrencia de que Dudarev había sido arrestado como enemigo del pueblo, y que ahora debían decidir sobre mí. Los miembros el Partido hablaron por turno. No tenían mucho que decir, salvo repetir algún eslogan. Sobre mí no dijeron nada, excepto que había engañado al Partido. Me exigieron que les contara los crímenes que había cometido mi esposo y que explicara por qué los había ocultado. Nadie me miraba. Intentando conservar la calma, di una respuesta breve,

> pensando con gran cuidado cada palabra. Dije que había vivido con mi esposo durante quince años, que sabía que era un buen comunista, que gracias a su influencia me había unido al Partido y que no creía ni por un minuto que se hubiera involucrado en algo malo. Esto produjo rezongos y protestas. Alguien gritó: «¡Pero ha sido arrestado!», como si eso fuera prueba de su culpabilidad. Todos, uno a uno, intentaron convencerme de que era mi deber para con el Partido revelar los crímenes cometidos por Dudarev. Pero nadie se atrevió a enunciar de qué se lo acusaba… Una y otra vez me pidieron que denunciara a Dudarev como un enemigo del pueblo. Y cada vez me negué.

Irina fue expulsada del Partido. Perdió su puesto en el comité coordinador de su fábrica y fue degradada a un puesto mal pagado en el departamento contable. Pocos días más tarde, el Soviet de la ciudad gravó su apartamento con un costoso impuesto retroactivo, explicándole que estaba destinado a pagar «el exceso de espacio vital» que ella y su esposo habían ocupado durante varios años. En julio de 1938, Irina fue arrestada por «no haber denunciado las actividades criminales de su esposo». La liberaron en diciembre de ese mismo año, y ella regresó a Smolensk.[556] Dudarev fue fusilado en 1937.[557*]

Julia Pianitskaia no sabía qué creer después del arresto de su esposo. Deseaba pensar lo mejor de él, pero la desesperada situación en la que Osip la había dejado le hacía difícil no sentir cierto rencor hacia él (como les ocurría a sus hijos) por la desdicha que había ocasionado a toda la familia. Igor, de dieciséis años, se sentía traicionado por su padre, cuyo arresto lo había aislado de sus amigos del Komsomol. Vladimir, de doce, acusaba a su padre de haberle arruinado su sueño de hacer carrera en el Ejército Rojo. «Vova [Vladimir] odia intensamente a su padre y siente lástima por Igor», escribió Julia en su diario. Intimidado por las pullas de sus examigos y con problemas frecuentes en la escuela, Vladimir quedó muy perturbado por un incidente que se produjo en los Pioneros: el líder lo había interrogado sobre su padre, y cuando

Vladimir se negó a responderle, declaró ante todo el mundo: «Tu padre es un enemigo del pueblo. Ahora tu deber es decidir cuál es tu relación con él».

Julia y Vladimir tenían peleas constantes. En una oportunidad, cuando Vladimir estaba furioso debido a que su madre se había negado a escribirle a Yezhov para que le devolviera su pistola de juguete y algunos libros militares (objetos que habían sido confiscados por la NKVD durante la requisa de la casa), el niño le dijo, encolerizado: «Es una vergüenza que no hayan fusilado a papá, ya que es un enemigo del pueblo». En otra ocasión, cuando el niño volvió a casa de la escuela con una mala nota, Julia perdió los estribos e insultó a Vladimir. Le dijo, según consignó en su diario, «que su mala conducta demostraba que era el hijo de un enemigo del pueblo». Rompiendo a llorar, Vladimir replicó: «¿Acaso es culpa mía haber nacido como hijo de un enemigo del pueblo? Ya no quiero que sigas siendo mi madre, me iré a un orfanato». Julia amenazó con mandarlo a la cama con un pedazo de pan como única cena. Vladimir le dijo que iba a «degollarla». Entonces ella lo abofeteó dos veces en el rostro. [558]

Julia no podía más. Desalojada de su apartamento y luchando por encontrar un empleo mejor, empezó a cuestionar a su esposo de manera cada vez más intensa. «Sólo una idea se repite una y otra vez en mi cabeza: ¿Quién es Piatnitski?», se preguntaba.

> 20 julio de 1937.
>
> … Anoche pensé en Piatnitski y me sentí llena de amargura: ¿cómo puede habernos dejado caer en este horrible pozo de vergüenza? ¿Cómo es posible que él, que trabajaba con esa gente y conocía sus métodos, no haya podido prever que nos condenarían a una vida de tormentos y de hambre?… Sin duda está más que justificado sentir cierto rencor hacia Piatnitski. Permitió que se arruinara la vida de sus hijos, perdió todo nuestro dinero, que para empezar no era demasiado. ¿Pero quiénes son exactamente estos hombres que nos han robado todo? La autoridad ya no

es más que el terror arbitrario… y todo el mundo tiene miedo. Me estoy volviendo loca. ¿Qué estoy pensando? ¿Qué cosas estoy pensando?[559]

Durante seis meses, Julia continuó interrogándose a sí misma en su diario, intentando descubrir quién era en realidad su esposo. Cuando le informaron de que Osip había sido acusado de actividades de espionaje contrarrevolucionarias el 7 de febrero de 1938, Julia escribió en su diario:

¿Quién es? Si es un revolucionario profesional, tal como afirmaba ser este hombre al que conocí hace diecisiete años, entonces fue desafortunado: estaba rodeado de espías y enemigos que saboteaban su trabajo, y el de muchos otros, y él simplemente no se dio cuenta… Pero evidentemente Piatnitski nunca fue un revolucionario profesional, sino un canalla profesional y un espía, lo cual explica por qué era un hombre tan reservado y tan severo. Evidentemente, no era el hombre que creíamos…

Y todos nosotros…, yo, su esposa, sus hijos, no significábamos nada para él.[560]

Igor fue arrestado el 9 de febrero de 1938. Estaba en su aula, en la escuela, cuando dos soldados fueron a buscarlo. Lo recluyeron en la cárcel de Butyrki. Muerta de preocupación por su hijo, Julia cayó en la más completa desesperación. Según Vladimir, tuvo un colapso nervioso: se pasaba días enteros en la cama y con frecuencia pensaba en el suicidio.[561] Lo único que impedía que se matara era la idea de que debía seguir viviendo por sus hijos, que repetía como un mantra en su diario. «Sería mejor morir —escribió el 9 de marzo—. Pero eso dejaría a Vovka e Igor completamente solos en el mundo. Ellos son lo único que tengo, y eso significa que debo luchar por seguir viva». No obstante, había momentos en los que Julia experimentaba un abatimiento tan profundo que la única salvación que imaginaba era cortar todo vínculo humano, incluso con sus hijos:

17 de febrero de 1938.

Anoche creí haber encontrado la solución: no la muerte, aunque ésa es la salida más sencilla y atractiva, dada mi débil voluntad y la profunda

> desesperación que siento…, sino esta idea: los niños no son necesarios: debería entregar a Vovka al Estado y vivir sólo para trabajar…, para trabajar sin preocupaciones, dedicar mi tiempo sólo a leer, a vivir cerca de la naturaleza…, sin albergar sentimientos hacia ningún ser humano. Me pareció una solución tan buena… dedicarme por completo al trabajo, y no tener cerca a nadie que ellos puedan quitarme. ¿Por qué tengo a Vovka, y de qué le sirvo? Estoy sepultada bajo una montaña demasiado grande como para disfrutar de la vida de un ser humano normal, para vivir por Vovka. Él sólo desea vivir, tener amigos, sol, un hogar acogedor, una existencia que tenga sentido, pero yo…, yo soy la esposa de un contrarrevolucionario.[562]

Julia trató de entender las razones del arresto de Osip y de Igor. A diferencia de su hijo Vladimir, no podía llegar a odiar a Osip por ser un «enemigo del pueblo». Anotó en su diario: «Vovka me atormenta porque soy incapaz de odiar a Piatnitski; al principio creí que sin duda acabaría odiándolo, pero finalmente advierto que tengo demasiadas dudas». Trató de razonar con Vladimir, argumentando que su padre «podría ser inocente y ellos habían cometido un error prejuzgándolo, o tal vez había sido engañado por los enemigos».[563] Julia creía en la existencia de los «enemigos del pueblo». Con frecuencia consignaba en su diario que había visto personas «sospechosas», y no dudaba en absoluto de la justicia impartida por los tribunales soviéticos. Durante el juicio de Bujarin, estaba convencida de que era correcto que los «malhechores» hubieran sido condenados a morir fusilados. Políticamente, era ingenua, lenta para entender la realidad que la había engullido. Estaba más que dispuesta a convertir a Bujarin en chivo expiatorio de la catástrofe que había destruido a su familia. Al comentar la ejecución de Bujarin y de sus secuaces en marzo de 1938, Julia opinaba que «el derramamiento de su maligna sangre» era «un precio demasiado bajo que debieron pagar por el sufrimiento que han infligido al Partido».

> Hoy los borrarán de la faz de la tierra, pero eso no servirá demasiado para disminuir mi odio. Yo los condenaría a una espantosa muerte: los

encerraría enjaulas para ellos en un zoo de contrarrevolucionarios, y todos iríamos allí a mirarlos con desprecio y asombro… Eso sería insoportable para ellos: que los ciudadanos fueran a observarlos como si fueran animales. Nuestro odio hacia ellos jamás se extinguiría. Permitirles que vean cómo seguimos trabajando para construir una vida mejor, todos unidos, que vean cómo amamos a nuestros líderes, a esos líderes que no son traidores. Que vean cómo luchamos contra el fascismo mientras ellos no hacen más que alimentarse como animales, porque no son dignos de que los consideremos personas.

Al describir la «vida mejor» del futuro, cuando «sólo la gente honesta pueda vivir y trabajar», Julia veía alguna esperanza para su familia:

> Tal vez Igor regrese, y también Piatnitski… es decir, si es decente y, por supuesto, inocente de los crímenes que fueron cometidos por tantos enemigos; ¿qué hubiera pasado de no haber detectado a esos reptiles?; si sus intenciones fueron honestas, por supuesto que volverá. ¡Cómo me gustaría saberlo! Piatnitski, ¿eres culpable en algún sentido? ¿Estuviste en desacuerdo con la línea del Partido? ¿Te opusiste aunque sea a uno de nuestros líderes? Cuánto más fácil sería mi vida si pudiera saber la verdad. Y en lo que se refiere a Igor, creo en las palabras de F—. «Todo lo que está bien mantendrá el fuego encendido. Y no necesitamos nada que no esté bien».[564]

Juilia decidió poner toda su fe en el fuego: si Osip era inocente, el también sobreviviría al Terror.

Piatnitski estaba preso en la cárcel de Butyrki, la misma en la que habían recluido a su hijo. Lev Razgon lo encontró en una celda atestada (que había sido construida para veinticinco personas pero albergaba a sesenta y siete) a principios de abril de 1938. Razgon vio a «un anciano encorvado y flaco [Piatnitski tenía entonces cincuenta y seis años], con el rostro desfigurado por las heridas».

> [Piatnitskt] me explicó, cuando me vio observando su rostro, que eran las marcas que le había dejado la hebilla metálica del cinturón de su interrogador. Yo había visto a Piatnitski a principios de 1937… Era imposible reconocer al hombre que tenía ahora ante mí como el hombre que yo había visto antes. Sólo sus ojos tenían el mismo brillo vivaz, aunque ahora eran mucho más tristes. Delataban un inmenso sufrimiento espiritual.

Piatnitski le preguntó a Razgon por su caso, de qué lo

habían acusado, y luego Razgon le preguntó por el suyo.

> Piatnitski se quedó en silencio. Después dijo que no tenía ninguna ilusión sobre su suerte, que su caso ya llegaba a su fin y que él estaba preparado. Me contó que lo habían sometido a un interrogatorio incesante, que lo habían torturado, haciéndole confesar exactamente lo que necesitaban, y que lo habían amenazado con golpearlo hasta la muerte. No había terminado de hablar, cuando vinieron nuevamente a buscarlo.[565]

El 10 de abril, Piatnitski fue transferido a la cárcel de Lefortovo, donde fue sistemáticamente torturado e interrogado cada noche desde el 12 de abril hasta su juicio, que se realizó a fines de julio. Según su principal inquisidor, quien negó haber empleado medidas coercitivas físicas, Piatnitski se comportó «con calma y compostura, pero una vez, encontrándose por algún motivo en un estado de gran agitación, me pidió permiso para beber y, dirigiéndose hacia el botellón de agua, se golpeó la cabeza con él».[566] Osip fue juzgado por el Tribunal Militar del Soviet Supremo, junto con otros 137 prisioneros, el 27 de julio. Fue acusado de ser uno de los líderes de un círculo de espías fascistas constituido por trotskistas y derechistas dentro de la Comintern. Yezhov envió a Stalin una lista con los nombres de los convictos. En la parte superior de la lista, conservada en los Archivos Presidenciales del Kremlin, aparece una breve orden manuscrita: «Fusilar a los 138. I. S[talin]. V. Molotov».[567]

Julia no sabía nada de todo esto. Ni siquiera sabía que Piatnitski estaba preso en Butyrki cuando ella hacía cola ante las puertas de la cárcel para entregar un paquete para su hijo. Cuanto más tiempo transcurría sin noticias de él, tanto más difícil le resultaba aferrarse a la esperanza de que su esposo fuera inocente. Todo el mundo le decía que se olvidara de Osip, que pensara en sí misma y en sus dos hijos. El 12 de abril, la noche en que comenzó nuevamente la tortura de Osip en la cárcel de Lefortovo, Julia tuvo una pesadilla. Soñó

que era atormentada por un gato. Creyó que el sueño era significativo, y se preguntó si no significaría que su hijo Igor estaba sufriendo torturas en la cárcel de Butyrki (había oído rumores sobre eso en la cola de las mujeres que iban a llevar paquetes a la prisión). La idea de que Igor podía estar pasando por esos sufrimientos condicionaron los sentimientos de Julia hacia Osip, tal como lo consignó en su diario:

> Mi vida se ha convertido en un interminable descenso en espiral. Hablo conmigo misma, en un susurro, y siento una desesperación absoluta… por Piatnitsa [Piatnitski] y por Igor, pero especialmente por mi pobre muchacho. Está pasando su primavera número diecisiete en una miserable, oscura y sucia prisión, en una celda con desconocidos. Lo importante es que es inocente. Piatnitski ha vivido su vida…, no ha podido reconocer a los enemigos que lo rodeaban, o se ha degenerado, lo cual no es tan raro, porque se entregó por completo a la política, pero Igor…[568]

La idea de que ya era demasiado tarde para hacer algo por Piatnitski reforzó la decisión de Julia de hacer todo lo posible por ayudar a Igor, quien aún tenía toda una vida por delante. Había aceptado la posibilidad de que su esposo fuera culpable. Pero no estaba dispuesta a aceptar que su hijo de dieciséis años pudiera haber estado involucrado en algún crimen. Julia decidió renunciar a su esposo con la esperanza de que eso salvaría a su hijo.

Fue al despacho de la fiscalía de Moscú. Cuando le informaron de que Piatnitski había cometido un grave delito contra el Estado, Julia respondió: «Si es así, él ya no significa nada para mí». El fiscal aconsejó a Julia que iniciara una nueva vida. Ella le dijo que le gustaría trabajar para la NKVD, y él la alentó a que presentara una solicitud formal, prometiéndole que la recomendaría. Julia pensó que el fiscal era un hombre amable y solidario.

> Le estreché la mano calurosamente, aunque tal vez eso fuera demostrar un exceso de sentimiento, algo que nunca he podido controlar…, pero me sentía próxima a ese hombre, cuya tarea es difícil pero necesaria, y quise

> expresarle el respeto que sentía por él como camarada, demostrar mi apoyo moral a esos camaradas que están aniquilando a los cerdos en nuestro Partido. Lo subrayo una vez más: a pesar de mi propio sufrimiento, y a pesar de la posibilidad de que algunos inocentes acaben por ser sacrificados (¡y por favor, que mi Igor no sea uno de ellos!), debo ser fiel a los principios, debo seguir siendo disciplinada y paciente, pues de otro modo no habrá lugar para mí entre las personas.

Una vez que decidió renunciar a su esposo, Julia estaba dispuesta a pensar lo peor de él. El 16 de abril, escribió en su diario:

> ¡Oh, simplemente no puedo entenderlo! Pero si es así, ¡cómo lo desprecio, cómo aborrezco su alma llena de bajeza y cobardía, que a mí me resulta incomprensible!… ¡Oh, qué buena actuación montó! Ahora entiendo por qué se rodeaba de la «afectuosa camaradería» de todos esos espías, provocadores y burócratas. Pero seguramente no tenía verdaderos amigos. Era esencialmente un hombre sombrío, que nunca se mostró franco conmigo… Tal vez nunca haya amado al Partido, tal vez nunca se preocupó por el bien del Partido… Pero ¿y nosotros, yo y los niños? ¡Ni siquiera pensaba en nosotros![569]

Tres semanas más tarde, Igor fue conducido ante un tribunal de tres miembros y acusado de organizar un grupo contrarrevolucionario de estudiantes…, una acusación tan absurda que el propio tribunal la desestimó, aunque condenó a Igor a cinco años en un campo de trabajo bajo la acusación, menos grave y mucho más vaga, de agitación antisoviética.[570*] Julia se enteró de la condena de su hijo el 27 de mayo. Se puso histérica y le exigió al procurador que la arrestara a ella también: «Si él es culpable, yo también lo soy». Reflexionando esa noche sobre los acontecimientos, Julia tanteaba, a ciegas, procurando entender el Terror:

> Tal vez Piatnitski era verdaderamente malo, y todos debemos perecer por su culpa. Pero es difícil morir sin saber quién es verdaderamente Piatnitski, ni qué delito cometió Igor. No puede haber hecho nada malo. Pero entonces, ¿por qué se lo llevaron?
>
> Tal vez por ser alguien que podía convertirse en criminal, por ser hijo de un enemigo… Quizá porque es una manera de movilizar a la fuerza a esa parte de la población en la que el Estado no confía, pero cuyo trabajo puede resultar útil… No lo sé, pero sería lógico. Por supuesto que, de ser

> así, Igor y todas las personas como el nunca volverán. Son útiles para el Estado, pero ya no tienen una vida. De todas maneras, es aterrador quedarse atrás… tener que esperar sin saber nada.[571]

Julia fue arrestada también el 27 de octubre de 1938. Tenía treinta y nueve años de edad. Su diario fue confiscado en el momento del arresto y lúe usado como prueba para sentenciarla, bajo la acusación de haber conspirado contra el gobierno junto con su esposo. Fue enviada al campo de trabajo de Kandalaksha, en la distante región norteña de Murmansk. Vladimir fue obligado a ir con ella, aunque estaba muy enfermo, recuperándose de una operación, y hubo que sacarlo de la cama. En Kandalaksha, Vladimir fue alojado en los barracones y alimentado dos veces por día por un guardia de la NKVD, mientras Julia iba a trabajar en la construcción de Niva-GES, una planta hidroeléctrica situada en las cercanías del campo. Poco después de su llegada, Vladimir escapó y logró regresar a Moscú, donde se quedó en casa de varios compañeros de colegio, incluyendo la casa de la familia de Eugeni Loginov, cuyo padre trabajaba como secretario personal de Stalin. Al principio, los Loginov habían vuelto la espalda a los Piatnitski, pero luego algo los hizo cambiar de opinión. Tal vez, simplemente, la decencia. Vladimir se quedó tres meses en la casa de los Loginov. Luego, una noche, oyó una conversación que sostenían entre ellos: el padre de Eugeni estaba en dificultades por haber dado albergue al hijo de Piatnitski. Para evitarles mayores problemas, Vladimir fue a entregarse al Soviet de Moscú. El funcionario con el que habló era un antiguo camarada de Piatnitski de la época de octubre de 1917. Ordenó que le trajeran unos emparedados a Vladimir, y luego llamó a la policía. Vladimir fue conducido al centro de detención de la NKVD, situado en el antiguo monasterio Danilov, desde donde los hijos de los «enemigos del pueblo» eran enviados a los orfanatos de toda la Unión

Soviética.[572]

En marzo de 1939, Julia fue denunciada por otras tres trabajadoras de la planta Niva-GES. Las mujeres afirmaban que había dicho que su esposo había sido injustamente arrestado, porque era inocente, y que consideraba que Stalin era un líder indigno del proletariado. Acusada de agitación antisoviética, Julia fue condenada a cinco años en el campo de trabajo de Karaganda, en Kazajstán. Igor estaba preso en el sector industrial del campo, y de alguna manera Julia consiguió arreglar un encuentro con él. «Pasamos juntos un día notable y muy triste —recuerda Igor—, y después ella volvió [a la sección de mujeres del campo]». Físicamente muy frágil, y desequilibrada mentalmente, Julia no estaba en condiciones de soportar las penurias de la vida en los campos de trabajo. Todavía era bella y atrajo la atención del comandante del campo (algo que puede explicar por qué la habían autorizado a visitar a Igor); pero rechazó sus invitaciones sexuales, por lo que él la castigó mandándola a trabajar como obrera manual en la construcción de un dique. Durante dieciséis horas diarias, Julia estaba de pie, con agua helada hasta la cintura, cavando para sacar tierra. Enfermó y murió en una fecha desconocida del invierno de 1940.

En 1958, tras haber sido liberado de los campos de trabajo, Igor recibió la visita de una vieja conocida de la familia, una mujer llamada Zina, quien había visto a su madre en el campo de trabajo de Karaganda, en el que ella también había estado prisionera. Zina le dijo a Igor que Julia había muerto en el hospital del campo, y que había sido sepultada en una tumba colectiva. En 1986, Igor recibió otra vez la visita de Zina, que para entonces ya tenía ochenta años. Le dijo que en la ocasión anterior le había mentido respecto de su madre, porque Julia, antes de morir, le había hecho prometer que le ahorraría a

Igor los espantosos detalles de su muerte (y, admitió Zina, porque había tenido miedo de decirle la verdad). Pero recientemente Zina había visto a Julia en sueños… y Julia le había preguntado por su hijo. La mujer consideraba eso una señal de que debía contárselo todo respecto de los días finales de su madre. Julia no había muerto en el hospital. En diciembre de 1940, Zina había buscado a Julia por todo el campo de Karaganda. Nadie quería decirle dónde estaba, pero una mujer le señaló un corral de ovejas en medio de la estepa y le dijo que podría encontrarla allí. Zina fue hasta el corral, y en medio de las ovejas, yaciendo sobre el suelo helado, estaba Julia:

> Se estaba muriendo, todo su cuerpo era consumido por la fiebre, toda ella ardía, estaba hirviendo y se estremecía. Las ovejas montaban guardia a su alrededor, pero no le ofrecían ninguna protección contra el viento y la nieve que se amontonaba en torno a ella. Me puse en cuclillas a su lado, ella intentó incorporarse pero no tenía fuerza suficiente para lograrlo. Tomé su mano y traté de darle calor con el aliento.
>
> «¿Quién eres?», me preguntó. Le dije mi nombre y agregué que había venido de tu parte, que tú me habías pedido que la encontrara…
>
> Ella fue presa de gran agitación. «Igor… mi muchacho —susurró entre sus labios helados—. Mi muchachito… ayúdalo, te lo suplico, ayúdalo a sobrevivir». La tranquilicé y prometí cuidarte, como si eso dependiera de mí. «Dame tu palabra —susurró Julia—. No le cuentes cómo murió su madre. Dame tu palabra…»
>
> Estaba al borde del delirio. Me incliné sobre ella y le hice la promesa que me pedía.
>
> Entonces, a mis espaldas, un guardia gritó: «¿De dónde has venido? ¿Cómo llegaste hasta aquí?». El guardia me hizo incorporar por la fuerza y me condujo a las cuadras, fuera del corral. «¿Quién eres?»
>
> Le expliqué que había venido en carácter de líder de sección de un taller de herramientas y que había encontrado accidentalmente a esa mujer allí. Pero me detuvieron. Me dijeron que no debía decir ni una sola palabra sobre lo que había visto: «¡Cierra la boca, y ni una palabra!».

Julia murió en el corral de las ovejas. Había estado allí en el momento en que la enfermedad la atacó, y se prohibió a todo el mundo que fuera a verla. Fue sepultada en el sitio donde murió.[573]

Capítulo 5

Las huellas del Terror (1938-1941)

1

En la cálida tarde veraniega del 28 de julio de 1938, la abuela de Nelli salió a recoger frambuesas al jardín y dejó a la niña al cuidado de su hermana Angelina, mientras la madre de ambas, Zinaida Bushueva, amamantaba a su hijo varón y preparaba la comida. Desde el arresto de su padre nueve meses atrás, la pequeña Nelli había tenido que acostumbrarse a ayudar en la casa, a pesar de sus escasos cuatro años. Cuando se abrió la puerta y aparecieron los dos soldados de la NKVD, Zinaida tenía al pequeño Slava prendido de su pecho. Los hombres le ordenaron vestirse y la condujeron a ella y a sus hijos a los cuarteles generales de la NKVD en el centro de Perm. Unos minutos después, la abuela de Nelli regresaba con las frambuesas: la casa estaba vacía, la familia se había ido.

En el edificio de la NKVD el interrogador hizo los arreglos correspondientes para que las dos niñas fueran enviadas a hogares de menores. «Tu mamá saldrá en un largo viaje de trabajo —le explicó el hombre a Nelli—. Ya no volverás a verla». Entonces Zinaida perdió el control. Cuando los guardias llegaron para llevarse a sus hijas, comenzó a gritar y a morder a los guardias que la sujetaban. Mientras se la llevaban, Nelli alcanzó a darse vuelta, sólo para ver cómo a su madre le cruzaban la cara de un golpe. Las hermanas fueron enviadas a hogares distintos: Nelli, a un orfanato judío (por ser de piel más oscura), y Angelina a un hogar de niños de los alrededores. La NKVD tenía como política separar a las

familias de los «enemigos del pueblo» y dar a sus hijos una nueva identidad.

A Zinaida le permitieron conservar al pequeño Slava: el niño tenía neumonía y debía ser alimentado por su madre. Durante tres semanas, la madre y su bebé permanecieron en la celda atestada de una prisión. Zinaida fue acusada de no haber delatado a su marido, y condenada a ocho años de trabajos forzados en el Campo de Trabajo para Esposas de Traidores a la Patria de Akmolinsk (ALZhIR), que formaba parte del complejo de campos de Karaganda, en Kazajstán. En septiembre de 1938, se encontraba en la larga caravana de prisioneras transferidas de Perm a Akmolinsk. El día de su partida, fueron obligadas a permanecer de rodillas durante horas en una de las plazas de la ciudad, a la espera de ser transportadas en pequeños grupos, a caballo o en carro, hasta la siguiente estación. Los habitantes de Perm se detenían a contemplar el espectáculo, pero ninguno hizo nada por ayudar a los prisioneros excepto la madre de Zinaida, que había divisado a su hija y a su nieto Slava en el centro de la plaza e intentó hacerles llegar un abrigo a través de uno de los soldados. «Sal de aquí, vieja», le dijo el guardia, obligándola a retroceder a punta de pistola. Una vez en la estación, las mujeres fueron subidas a vagones para el transporte de ganado. El convoy tardó diez días en recorrer los 1.500 kilómetros que los separaban de Akmolinsk. Zinaida compartía el vagón con delincuentes comunes. Al principio la molestaron, e intentaron incluso arrebatarle a su hijo, pues suponían que con un niño pequeño conseguirían su liberación en menos tiempo, pero con el correr de los días y a medida que Slava enfermaba más y más, los demás prisioneros se compadecieron de la pobre madre, y hasta gritaban a los guardias pidiéndoles leche para alimentar al bebé. Al llegar al campo, obligaron a Zinaida a dejar a Slava

en el orfanato de Dolinka, centro administrativo del complejo de campos de Karaganda: no volvería a verlo durante cinco años. Por sus conocimientos de contabilidad, a Zinaida le ofrecieron trabajo en las oficinas del campo, una posición privilegiada para cualquier prisionero, pero ella no lo aceptó y pidió que le asignaran los trabajos agrícolas más extenuantes. «Si tengo tiempo de pensar, perderé el juicio —le explicó Zinaida al jefe del campo—. He perdido a mis tres hijos. Quiero olvidarme de mí misma y perderme en las tareas manuales».



Angelina y Nelli Bushueva, 1937.

Después de ver a su hija arrodillada con Slava en la plaza, la madre Je Zinaida emprendió la búsqueda de sus nietas Angelina y Nelli. Con ayuda de sus otros dos hijos, en un par de semanas encontró a la pequeña Nelli. Pero no pudo encontrar a Angelina hasta la primavera de 1940, cuando la niña ya tenía cuatro años, y ya tenía edad para recordar luego parte del incidente:

> Mi primo Gera, hijo del tío Vitia, vivía cerca del orfanato. Un día, los niños del orfanato habíamos salido a caminar junto al río. Caminábamos de a dos, en una larga fila, y yo iba al final de todo.
>
> Gera y sus padres también estaban cerca del río. Mi primo me reconoció inmediatamente. Gritó: «¡Mirad, allí está nuestra Aka!». Todos

se detuvieron y se produjo una verdadera escena. Las encargadas del orfanato no permitían que mis familiares se acercaran a mí, pero el tío Vitia habló con una de ellas, que le dijo que yo me llamaba Alei, o Angelina, no estaban seguras…

Mi abuelita empezó entonces a presentar solicitudes para reclamarme al orfanato, y luego, de pronto, un día vino a buscarme… Lo recuerdo como si fuera hoy. Me trajo un par de zapatos rojos con hebillas brillantes, y me los puso. Yo levanté los pies para ver la suela nueva de los zapatos. Eran tan suaves y rojos, y estaban tan limpios. No quería que se me ensuciaran. Quería sacarme los zapatos y limpiarles la suela con la lengua, de tan brillantes que eran, pero la abuela me dijo: «Ya basta, deja esos zapatos de una vez y vamos con tu hermana Nelli». Todavía recuerdo mi confusión. ¿Qué era una hermana? ¿Quién era Nelli? No tenía la menor idea. Junto a la entrada del orfanato, nos esperaba una niña y mi abuela me dijo: «Ésta es Nelli, tu hermana». Y yo dije, «¿Y?». Lo único que yo entendía era que se llamaba Nelli, pero no el significado de tener una hermana. La niña se me acercó. Tenía el pelo corto, negro. Llevaba un impermeable gris, y mordía el extremo del cuello de su abrigo. Recuerdo que dije: «¿Por qué está mordiendo el cuello del impermeable?». Y mi abuela la reprendió, «¡Otra vez mordiendo ese cuello!».[574]

La sensación de hambre impregna todos los recuerdo infantiles de Angelina. La ración diaria del orfanato era tan magra (pan negro duro y una sopa grisácea y desleída), que la primera reacción de Angelina frente a sus nuevos zapatos rojos fue llevárselos a la boca para comérselos, como si se tratara de un tomate. No es que las cosas mejoraran mucho junto a su hermana Nelli y su abuela. Demasiado vieja y enferma para trabajar, la mujer vivía en la extrema pobreza, y desde su expulsión de la vivienda familiar como consecuencia del arresto de Zinaida en 1938, ocupaba la diminuta habitación de un apartamento comunal. Hacia 1941, la hambruna sobrevolaba la ciudad de Perm (conocida desde 1940 por el nombre de Molotov). Muchas de las avenidas principales habían sido transformadas en huertas asignadas a ciertos residentes, pero la abuela de Angelina no era una de las elegidas. «Nos acostumbramos a comer cualquier cosa —recuerda Angelina—. Los brotes tiernos de los tilos, pasto y hasta musgo. Incluso piel de patata que recogíamos por la

noche de la basura de los que estaban mejor que nosotros». Para Angelina, su hambre era una fuente de vergüenza y humillación. Era el hambre lo que la definía como miembro de la clase baja, más aún que el arresto de sus padres como «enemigos del pueblo», un concepto que por otra parte no tenía entonces edad para entender. Una pandilla de niños que vivían en el edificio de enfrente, habitado por obreros de fábrica, sabían que Angelina revisaba su basura en busca de comida, y no perdían ocasión de intimidarla y burlarse de ella cada vez que se cruzaban en la calle. La niña aprendió a callarse y no contestar. Pero un día el jefe de la pandilla, el más corpulento de los jóvenes, hijo de una familia de obreros de rango, le dio una hogaza de pan con manteca a un mendigo en la calle. «Lo hizo sólo para que yo lo viera —recuerda Angelina—, quería humillarme, y yo no podía hacer nada. Pero el pan con manteca era demasiado. Yo hubiese dado cualquier cosa por ese pan con manteca, y no podía creer que fuese a parar a manos de un mendigo. Entonces les grité: "¡Qué hacéis! ¡Es pan con manteca!". Y todos se echaron a reír mofándose de mí».[575]

Como muchos niños que perdieron a sus padres durante el Gran Terror, Angelina no era plenamente consciente de su pérdida. A diferencia de Nelli, que podía recordar a sus padres, Angelina sólo tenía dos años cuando los arrestaron, y por lo tanto no tenía la sensación de haber sufrido con su desaparición. Cuando aprendió a leer, comenzó a imaginar la muerte de sus padres a la manera de los libros, especialmente como en sus historias favoritas sobre Napoleón y Moscú en llamas. Así recuerda una conversación de la época de posguerra, cuando ella tenía alrededor de diez años:

> Vino a visitarnos una amiga de mi abuela. Hablaba de mi madre y de mi padre. Mi abuela tenía fotos de todos sus hijos en los muros de la habitación. La mujer iba señalando las fotos una por una, y me preguntaba quién era quién.

«¿Esa quién es?»

«La tía Nina», contestaba yo.

«¿Y ése?»

«Tío Sanya».

«¿Y aquél?»

Yo dije: «Esa es la madre de Nelli».

«¿Cómo que es la madre de Nelli? También es tu mamá».

Y yo insistí: «No, ésa no es mi mamá. Es la mamá de Nelli».

«¿Y entonces, tu mamá dónde está?»

«Mi mamá murió en el incendio de Moscú».[576]

La verdadera figura materna en la vida de Angelina fue su abuela. Fue ella quien rescató a Angelina y a Nelli de los orfanatos y finalmente logró reunirías con su madre. Las historias de niños salvados por sus abuelas en esas épocas abundan. Desde los comienzos del Gran Terror, eran por lo general las abuelas el foco de reunión de los miembros dispersos de las familias reprimidas. La hazaña de esas mujeres debe contarse entre las gestas más heroicas de la historia soviética.

Natalia Konstantinova y su hermana Elena perdieron a sus padres durante el Gran Terror. Su padre fue arrestado en octubre de 1936 y ejecutado en mayo de 1937. Su madre, Liudmila, fue arrestada el mes de septiembre siguiente, y condenada a ocho años de trabajo en un campo cerca de Magadán, por ser esposa de un «enemigo del pueblo». Natalia, que tenía entonces diez años, y su hermana de doce fueron enviadas a un orfanato. Su abuela, una mujer de un temple de acero, llegó a un arreglo con la NKVD y logró rescatarlas. Elena Lebedeva nació en Moscú en 1879, en el seno de una pujante familia de comerciantes. Asistió a la escuela durante cuatro años antes de casarse, a los diecisiete, para luego dar a luz a siete hijos, el cuarto de los ellos, Liudmila, nació en 1903. Cuando Elena se acercó a los cuarteles generales de la NKVD para reclamar la liberación de

sus nietas, le dijeron que sólo le entregarían a las niñas si estaba dispuesta a irse con ellas al exilio, pero que podía quedarse en Leningrado si las dejaba en el orfanato. Elena no lo dudó. Cogió a las niñas, vendió sus cosas y sacó billetes de tren para las tres para dirigirse a Ak-Bulak, una remota aldea de la estepa que se extiende entre Orenburg y Kazajstán. Y no fue hasta que llegó allí que se enteró de que la NKVI) pagaba los pasajes de salida de todos los exiliados.

Ak-Bulak era una olvidada estación secundaria del ramal principal que conectaba Rusia con Asia Central. Muchos de los siete mil habitantes del lugar, en su mayoría rusos y kazajstanos, eran empleados ferroviarios, aunque la comunidad de exiliados políticos desempleados también era considerable. Ciertamente, los empleos para una abuela de cincuenta y ocho años de edad no abundaban, pero los parientes que Elena tenía en Leningrado le enviaban regularmente pequeñas cantidades de efectivo y mercancía que podía vender en el mercado o trocar con las lugareñas, cuya amistad se esforzó mucho en conquistar. Elena no encontraba habitación para alquilar, así que vivía con sus nietas en una choza que adquirió, para luego compartirla con otra familia de exiliados. Se trataba de una de las casas más viejas del pueblo, construida en el siglo XIX con ladrillos de estiércol de camello y techo de arcilla. En invierno, se calentaban quemando estiércol de camello en un horno de arcilla. Entre 1938 y 1939, su primer año en el lugar, la región fue azotaba por una hambruna, y la supervivencia era una tarea casi imposible. Las niñas no tenían calzado. Iban descalzas a la escuela de chapa para niños exiliados, tan distinta de la escuela de ladrillo de los hijos de los obreros ferroviarios. Pero a las niñas les iba bien en la escuela, y hacia finales del segundo año fueron transferidas a la otra escuela. Incluso se unieron a los Pioneros. Las relaciones entre los

ferroviarios y los exiliados eran buenas. «Nadie nos llamaba exiliados», recuerda Natalia. No fue sino hasta 1942, cuando las dos jovencitas se postularon para el Komsomol, que alguien señaló que eran hijas de un «enemigo del pueblo». E incluso en esa oportunidad no fue uno de los hijos de los obreros, sino un evacuado de Moscú, que sacó el tema para impedir que las niñas fueran aceptadas en el Komsomol.[577]

Al mirar hacia atrás y recordar los años pasados en Ak-Bulak, entre 1938 y 1945, Natalia considera que ella y su hermana tuvieron una infancia feliz, a pesar de todas las penurias que pasaron. «Tuvimos la gran suerte de crecer en el mundo cerrado de nuestra abuela. Nunca teníamos suficiente para comer, y casi nada que pudiéramos decir que fuese nuestro, pero éramos felices con el amor de nuestra abuela.



La casa de Ak-Bulak donde vivió Elena con sus nietas, década de 1940.

Eso nos bastaba, y nadie nos lo podía robar». Los amigos de la escuela solían preguntarles dónde estaban sus padres, pero ella evitaba dar respuestas. Nunca hablaba de sus padres, temerosa de que la gente pensara que si habían sido arrestados, «algo malo habrían hecho». Para Natalia, el

arresto de sus padres era fuente de vergüenza y confusión. No lograba comprender qué habían hecho y por qué se los habían llevado. Pero jamás dudo de su inocencia ni por un instante. Natalia afirma que su abuela fue la gran responsable de esa inquebrantable convicción: está convencida de que, de no haber sido por su abuela, más tarde habría cedido ante las presiones de los Pioneros y el Komsomol, y habría terminado por abjurar de sus padres por «enemigos del pueblo». «Mi abuela ya lo había visto todo —reflexiona Natalia—. Cuando llegó la Revolución, ella ya tenía casi cuarenta años. Entendía perfectamente cómo funcionaba el poder soviético, y nunca se dejó engañar».



Elena Lebedeva con sus nietas,
Natalia (izquierda) y Elena
Konstantinova, Ak-Bulak, 1940.

Elena había sido educada en los valores de otro siglo y en otro ambiente social, pero comprendió que sus nietas debían ser capaces de sobrevivir en el mundo soviético, y nunca intentó imponer a las niñas sus ideas antisoviéticas. Siempre les dijo que sus padres eran buenas personas que habían sido arrestadas por error, y que algún día regresarían los dos. Les contaba a las niñas historias de cuando su madre tenía la edad de ellas, de lo hermosa que era y cómo le gustaba jugar al tenis, de todos sus apuestos pretendientes y admiradores, y de

cómo había conocido a su padre y juntos habían construido una familia feliz. Les decía a las niñas que su madre había salido exactamente igual a ellas. Gracias a estas historias, las niñas aprendieron a conocer a su madre, y a sentirla más presente en sus vidas. Según cuenta Elena, hermana de Natalia: «Nuestra abuela fue la persona más importante en nuestra vida, más importante incluso que nuestra madre… Ocupó el lugar de mamá aun después de nuestro regreso a Leningrado [en 1946], donde nos reunimos con nuestra verdadera madre [en 1951]».[578]

Ocuparse de sus nietos podía ser una verdadera carga para los abuelos, quienes muchas veces eran desalojados de sus hogares, despojados de sus bienes, privados de sus empleos, ahorros, pensiones y raciones, como consecuencia del arresto de sus propios hijos bajo el cargo de «enemigos del pueblo». Y no todos los nietos volvían a ser recuperados. El padre de Veronika Nevskaia fue arrestado y enviado al campo de Vorkuta en agosto de 1936, tres años después de la muerte de su esposa y madre de su hija, ocurrida en 1933. La pequeña Veronika, entonces de seis años de edad, y su hermano menor Valentin fueron enviados a un orfanato. Veronika fue adoptada por la tía de su padre, Maria, quien la tomó a su cargo a sabiendas de que la NKVD las enviaría a ambas al exilio a la región de Kirov, a 1.200 kilómetros al este de su Leningrado natal. Mujer muy devota de poco más de setenta años, Maria consideraba que era su deber cristiano ocuparse de todos los niños de su familia. Vivía sola, y su marido había fallecido muchos años antes sin dejarle hijos. Maria encontró a los hijos de su sobrino en el orfanato. Veronika siempre había sido su debilidad. Le compraba regalos y le gustaba sentarse a leerle los clásicos. Pero era demasiado vieja y débil para cargar con Valentin, un niño difícil, con problemas de conducta y que requería cuidados especiales, ya que, debido a

una malformación congénita en la vejiga, era incontinente. Maria recogió a Veronika, pero dejó a su hermano menor en el orfanato. No volvieron a saber nada de él. En 1941, recibieron un telegrama que les informaba de que Valentin había muerto en el hospital del orfanato, a la temprana edad de siete años. Al recordar esa época, Veronika está convencida de que su abuela (es así como llama a la tía de su padre) no habría podido cuidar del niño. Pero también cree que la anciana sentía remordimientos por haberlo abandonado. Pocos días después de recibir el telegrama, Maria falleció. Veronika fue recogida por unos parientes lejanos, y así fue pasando de pariente en pariente: a nadie le entusiasmaba demasiado tener una boca más que alimentar. Así pasó los siguientes cinco años, como huésped indeseado de los hogares de familiares desconocidos, hasta 1946, cuando viajó a Vorkuta para reunirse con su padre.[579]

El arresto de sus padres convirtió a muchos niños en adultos de la noche a la mañana. En especial a los hijos mayores, de quienes se esperaba de pronto que respondieran como adultos ayudando en la casa o atendiendo a sus hermanos más pequeños.[580]



Veronika y Maria, Slobodskoi, región de Kirov, 1939.

Inna Gaister tenía doce años cuando sus padres fueron

arrestados en el verano de 1937. Junto a sus hermanas menores, Natalia, de siete, y Valeria, de un año, y su primo Igor, de nueve, Inna vivía con su abuela en el apartamento familiar de la Casa del Terraplén, en Moscú. Inna recibió una serie de nuevas responsabilidades y tareas que la elevaban a la categoría de padre suplente, por no decir titular. Inna escribió a la NKVD para solicitar que les fueran restituidas las propiedades que habían quedado confinadas en el apartamento que ocupaban anteriormente. Embaló las cosas de sus padres e hizo cola toda la noche para poder entregárselas en la prisión de Butyrki. Cuando supo que su madre había sido enviada al campo de trabajos de Akmolinsk (ALZhIR), Inna aceptó un trabajo nocturno dando clases de apoyo a niños menores que ella, y así ahorrar un poco de dinero para enviarle todos los meses un paquete con víveres. Poco después del arresto de sus padres, los niños Gaister fueron desalojados del apartamento. Los cuatro niños y su abuela se mudaron entonces a una habitación que alquilaban junto a otros ocho Gaister más, todos niños que habían perdido a sus padres durante el Gran Terror. Eran trece personas en la casa, doce niños y una abuela, viviendo en una habitación de 20 metros cuadrados. Como era la mayor, Inna debía lavar y ayudar con la limpieza y la cocina. Tardaba al menos una hora en tranvía en llegar a la escuela desde su nueva casa, y al volver por la tarde debía esforzarse en lavar la ropa para que estuviera seca al día siguiente. Físicamente estaba extenuada, y las fotografías de la época la muestran con profundas ojeras bajo los ojos. Al recordar ese período de su vida, Inna considera que la ayudó a desarrollar estrategias de supervivencia sumamente útiles:

> Esa vida me entrenó para la lucha: la lucha diaria por sobrevivir. No sólo por mí misma, sino por Valiushka [Valeria] y Natalka [Natalia]. Yo tenía apenas doce años cuando mis padres fueron arrestados. Pero su detención me obligó a madurar de la noche a la mañana. Entendí de

> inmediato que mi infancia había llegado a su fin. Primero se fue nuestra niñera, pues no se entendía con mi abuela. Mi tarea era ocuparme de Valeria, que era todavía un bebé. Recuerdo lo último que dijo nuestra niñera al partir: «¡No olvides limpiarla todas las noches!». Yo estaba horrorizada. «Ya verás cómo ensucia todo el pañal», agregó… Me vi de pronto en una situación completamente nueva y diferente. Debía lavar la ropa de toda mi familia, por cierto muy numerosa. Y además debía estudiar mucho, si no quería que mi vida se arruinara del todo. También tenía que apoyar a Igor y a Natalka, que solía preguntarme por qué todos tenían padre y madre menos nosotros. Yo le respondía que nosotros en cambio teníamos una abuela que nos quería mucho. En muchos aspectos fui como una madre para Natalka y Valiushka, aunque en otros aspectos yo era todavía una criatura.[581]

La abuela de Inna, al igual que Elena Lebedeva, solía hablarles muy a menudo de sus padres. Quería que supieran que no habían sido abandonados, que sus padres las querían y algún día volverían. Pero otras abuelas tenían un punto de vista muy diferente.



Inna Gaister (a los trece años) con sus hermanas Valeria (de tres) y Natalia (de ocho), Moscú, 1939. La fotografía fue tomada para ser enviada a su madre al campo de trabajos de Akmolinsk (ALZhIR).

Los padres de Iraida Faivisovich eran peluqueros en Osa, una pequeña ciudad de los Urales, cerca de Perm. Fueron arrestados en la primavera de 1939, supuestamente por

formar parte de una conspiración política contra el régimen soviético, y basándose en informes de clientes de la peluquería que afirmaban haber oído a los Faivisovich quejarse de la escasez de alimentos. La pequeña Iraida, entonces de cuatro años, fue recogida primero por unos vecinos, y luego pasó por casa de diversos familiares que se negaron a recibirla de forma permanente, hasta que fue rescatada por su abuela materna, Marfa Briujova. Marfa era una campesina sencilla y una ortodoxa muy devota que ya había criado a dieciséis hijos, entre ellos cinco que no eran propios. La mujer culpaba a su yerno de su propio arresto y el de su hija. Decía que habían hablado de más, y no se cansaba de repetirle a Iraida que debía aprender a cerrar la boca. Iraida creció en una atmósfera de «silencio forzado», donde se le prohibía hablar o preguntar acerca de su madre o padre. Su sentimiento de inferioridad, que tenía sus raíces en el estatus de huérfana que tenía en la escuela, no hizo más que profundizarse en ese ambiente de silencio y aislamiento, obligándola a reprimir sus temores y necesidades. Oía en sueños las voces de sus padres, que la llamaban. La madre de Iraida estaba prisionera en el campo de trabajos de Arjangelsk, y escribía a su hija a Osa todas las semanas, pero Marfa quemaba las cartas sin siquiera abrirlas. La mujer escondió incluso las fotos de los padres de la niña para que los olvidara. «Vamos a sobrevivir las dos, juntas», solía decirle su nieta.[582]

Las abuelas también desempeñaron un papel fundamental como corresponsales entre los campos de trabajo y los hogares de familia. Eran ellas las que escribían y leían las cartas, manteniendo de esa manera siempre vivo ese vínculo crucial entre padres e hijos gracias al cual millones de familias lograron sobrevivir a la separación del Gulag.

Cuando sus padres fueron arrestados, en 1936 y 1937, Oleg

Vorobiov y su hermana Natasha fueron rescatados por su abuela. Nadezhda Mijailovna era una mujer valiente e inteligente, una de las primeras médicas diplomadas de Tiflis antes de la Revolución de 1905. Advertida de que la NKVD internaría a los niños en un orfanato, los escondió en la zona rural de Tula, donde los ocultó en casa de sus padrinos durante varios meses, antes de regresar a Moscú, donde vivió con los niños y su marido en una serie de habitaciones alquiladas en los arrabales obreros de la ciudad. Consideraba que los suburbios eran más seguros que el centro de la ciudad, donde habían vivido anteriormente. En general, los obreros no se interesaban demasiado por las preferencias políticas de sus vecinos, y eran más sensibles a cuestiones de clase o de origen étnico.[583] Para proteger a sus nietos, Nadezhda los adoptó y les cambió el nombre. Cada semana, escribía extensas cartas al padre y la madre de los niños, presos en los campos de trabajos de Solovetski y de Temnikovski, respectivamente, con detalles de su vida cotidiana:

> 25 de enero de 1939.
>
> … Oleg está ansioso por ir a la escuela. El abuelo lo despierta a las siete y media de la mañana: basta con decirle que es la hora y ya está en pie. Ponemos agua a calentar en el cazo eléctrico y hacemos emparedados frescos con huevo, pescado y embutidos; Oleg se los come tomando también chocolate caliente, café, té o leche, antes de salir rumbo a la escuela. Es muy quisquilloso con la comida, y come bastante poco: media pieza de pan y un vaso de leche, y ya está lleno. Y se niega a llevar al colegio más de medio emparedado.[584]

Pocos detalles son efectivamente ciertos, pues no había ni huevos, ni pescado ni embutidos, por lo menos hasta donde Oleg logra recordar, tan sólo pan y a veces manteca. Pero las cartas servían para transmitir a los padres la reconfortante sensación de que la vida familiar seguía siendo normal durante su ausencia, por prolongada que fuera, y que cuando regresaran los estaría esperando tal como la recordaban.

Mijail, padre de Oleg, era ingeniero en jefe. Antes de su arresto, había trabajado en el Ministerio de Defensa, en Moscú. En 1940 fue trasladado de Solovetski al campo de trabajos de Norilsk, en el Círculo Ártico, donde necesitaban con urgencia gente con sus conocimientos para la construcción de un colosal complejo industrial que pronto se convertiría en el principal productor de níquel y platino del país. Como era un especialista, Mijail tenía permiso para enviar y recibir paquetes y correspondencia una vez por semana. Gracias a las cartas que intercambiaba con Nadezhda, podía seguir de cerca los progresos de su hijo Oleg, y así escribirle al niño consejos sobre sus estudios, sus lecturas, sus entretenimientos y amistades. «Sus cartas ejercieron una poderosa influencia en mi vida», recuerda Oleg.

> Esas cartas fueron una guía tanto o más poderosa que si mi padre hubiese estado realmente junto a mí durante mi crecimiento. Como yo lo extrañaba mucho, intentaba comportarme en todo momento como imaginaba que debía hacerlo para ganarme su aprobación, al menos por lo que concluía de sus cartas.

Oleg era afortunado de tener esta conexión especial con su padre. Las cartas eran la prueba escrita del amor paterno, algo en que los niños podían creer y que podían leer como signo de la inocencia de sus progenitores. A veces, las misivas incluían un dibujo o los versos de algún poema, una flor seca o incluso retazos de un bordado que expresaban los sentimientos y emociones que no podían transmitirse con palabras, que por otra parte eran censuradas. Las relaciones se iban construyendo a partir de esos retazos.[585]

En todas sus cartas, Mijail se ocupaba de recalcar a su hijo la necesidad de comportarse «como un hombrecito».

> 25 de agosto de 1940.
>
> Querido hijo, ¿por qué hace tanto que no me escribes? Sé que estás de vacaciones… pero insisto en que me escribas al menos una carta cada

> cinco días… Agrega tus dibujos a la carta y deja que Natasha escriba también un poco… Nunca olvides que eres su protector. Ella es todavía muy pequeña y a veces se pone caprichosa, pero debes inculcarle el buen juicio. Te he escrito muchas veces que tu deber de hombre es proteger a tu hermana Natasha, a tu abuela y abuelo, asegurarte de que estén bien hasta mi regreso. Eres mi segundo al mando, la cabeza de nuestra pequeña familia. Tengo puestas en ti todas mis esperanzas.

A pesar de sus escasos diez años, al recibir esta carta Oleg sintió que ya era adulto. Se sentía responsable de su hermana, y ya nunca volvió a ver el mundo como un niño. En sus propias palabras, «tuve que crecer de la noche a la mañana». [586]

2

Los Bushuev, los Gaister y los Vorobiov tuvieron la suerte de ser rescatados por sus familiares, pero millones de niños quedaron librados a su suerte tras el arresto de sus padres. Muchos fueron a parar a orfanatos, pensados para menores de dieciséis años, pero otros deambulaban por las calles pidiendo limosna o se unían a pandillas de rapaces que controlaban buena parte del crimen y la prostitución de poca monta en estaciones de tren, mercados y demás lugares muy transitados de la ciudad. La ley aprobada en 1935 que redujo la edad de imputabilidad de los menores a doce años tenía como principal objetivo combatir la criminalidad infantil en alarmante aumento. Entre 1935 y 1940, los tribunales soviéticos condenaron a ciento dos mil niños de entre doce y dieciséis años de edad por crímenes y delitos menores. Muchos de ellos terminaron en las colonias de trabajo administradas por la NKVD.[587]



Oleg y Natasha, 1940. La foto fue tomada para enviársela a Mijail al campo de Norilsk.

Algunos niños lograban eludir el sistema y debían aprender a valerse por sí mismos. Mijail Mironov tenía diez años de edad cuando sus padres fueron arrestados en 1936. Eran ambos obreros fabriles ucranianos, partisanos rojos de la Guerra Civil que se habían abierto camino en las filas del Partido, primero en Moscú y más tarde en Leningrado, antes de ser arrestados. La hermana de Mijail, Lilia, ya había dejado el seno familiar para irse a estudiar medicina a Moscú, así que Mijail se quedó solo. Durante un tiempo, se alojó en casa de diferentes parientes, pero para todos resultaba una carga, pues se trataba de familias obreras muy numerosas que apenas lograban sobrevivir. En septiembre de 1937, Mijail fue aceptado como alumno en la escuela de dibujo que la Casa de los Pioneros abrió en Leningrado. Su tío Bela, a cargo de Mijail durante esos últimos meses, vio entonces la oportunidad de deshacerse del jovencito, y lo mandó a vivir al dormitorio de estudiantes anexo a la Casa de los Pioneros. Mijail perdió completamente el rastro de su padre (quien fue fusilado en 1938), y no volvió a tener noticias de su hermana, quien temía ser expulsaba de la escuela de medicina si escribía a sus parientes y su biografía mancillada quedaba al descubierto. Mijail sólo mantuvo contacto con su madre, a la que escribía con regularidad al campo de trabajo de Vorkuta. Aislado y solo, sin amigos ni familia, Mijail necesitaba desesperadamente del amor de su madre, que en sus cartas quedaba reflejado con su saludo final de despedida: «Te mando 1.000.000.000 de besos». En la primavera de 1941, Mijail fue expulsado de la escuela de dibujo por falta de talento, y a cambio lo registraron en una escuela fabril. Desalojado también del dormitorio de la Casa de los

Pioneros, encontró un espacio en los barracones de los soldados. «Me aburro mucho —escribía el joven de quince años a su madre en julio de ese año—. No hay nadie aquí. Todos se fueron, y estoy solo». En septiembre, cuando las tropas alemanas rodearon Leningrado, Mijail escapó a Moscú, pero al llegar a esa ciudad descubrió que su hermana y el instituto médico ya habían sido evacuados rumbo a Asia Central. Ninguno de sus otros parientes moscovitas lo aceptó en su casa, así que Mijail terminó durmiendo en la calle. Murió durante la batalla de Moscú, en octubre de 1941.[588]



Mijail Mironov y sus dibujos (fragmento de una carta a su madre).

Maia Norkina tenía trece años cuando su padre fue arrestado en junio de 1937. Un año más tarde, cuando la NKVD se llevó también a su madre, Maia fue expulsada de su escuela en Leningrado. La niña tenía en la ciudad varios tíos y tías, pero ninguno quiso recibirla en su casa. «Tenían miedo de perder el trabajo —explica Maia—. Algunos eran miembros del Partido. Esos eran los más asustados, y se negaron de plano a aceptarme entre ellos». Todos suponían que Maia sería llevada a un orfanato, pero nunca nadie fue a buscarla, así que la niña siguió viviendo en las tres habitaciones que habían pertenecido a su familia, en un apartamento comunal con una excelente ubicación en el centro de la ciudad. Sus parientes codiciaban ese espacio de

vivienda tan preciado, e instalaron allí a uno de los tíos y lo inscribieron como residente, aunque en realidad nunca estaba allí, pues vivía con su esposa e hijos en otra parte de la ciudad. «Vivía sola, con total independencia», recuerda Maia. La jovencita de catorce años pedía prestados los libros de escuela a sus antiguos compañeros, viajaba una hora para comer en casa de sus tías, o compraba comida con monedas que le daban sus parientes. Los vecinos del edificio comunal también le daban a veces sobras de comida. Todos los días hacía cola frente a los cuarteles de la NKVD de Leningrado, con la esperanza de poder despachar un paquete para su padre. Durante un tiempo, los funcionarios aceptaron los paquetes, pero luego le informaron de que su padre había sido condenado a «diez años sin derecho a correspondencia» (lo que significaba, como descubriría muchos años más tarde, que había sido fusilado). Hacer llegar paquetes a su madre, exiliada en los campos de trabajo de Potma, era todavía más extenuante, pues la cola duraba noches y días. Así vivió Maia hasta agosto de 1941, cuando cumplió dieciocho años y se unió a los Voluntarios del Pueblo en la defensa de Leningrado. Como no había recibido educación formal, sus opciones no eran muchas.[589]

Zoia Arsenteva nació en Vladivostok en 1923. Su padre, capitán de un vapor, fue arrestado en un viaje a Petropavlovsk-Kamchatski el 25 de noviembre de 1937. Su madre fue arrestada en su hogar de Vladivostok el mismo día. Zoia no fue llevada a un orfanato porque, a pesar de tener catorce años, aparentaba muchos más. Quedó librada a su suerte en el apartamento comunal donde viviera su familia desde 1926. No tenía parientes a quienes recurrir. La hermana de su madre vivía en Jabarovsk y sólo en verano viajaba a Vladivostok, donde tenía una dacha. La familia de su padre era de Leningrado. Zoia había gozado de una niñez muy

protegida. Su madre no trabajaba y se había dedicado por completo a la hija. Pero de pronto, Zoia se vio obligada a valerse en todo por sí misma. Iba a la escuela, y cocinaba en la pequeña cocina de queroseno que había en el pasillo y que debía compartir con el resto de los residentes del apartamento comunal. Con ayuda de los vecinos, fue vendiendo parte de la herencia familiar (un reloj de oro, el anillo de plata de su madre, los antiguos binoculares de su padre, su cámara, libros y esculturas) para comprar víveres y comida preparada en la cantina de una fábrica cercana. Gran parte del dinero que logró reunir se utilizó para presentar una apelación para la liberación de su padre, acusado de pertenecer a la «Organización Contrarrevolucionaria Transpacífica», que desde su celda en Petropavlovsk-Kamchatski enviaba todas las semanas cartas a su hija con complicadas instrucciones acerca de oscuros vericuetos legales y recuperación de cuentas bancarias. Cada semana, Zoia respondía a su padre con un detallado informe de los avances en su caso, y cada semana también la joven hacía cola toda la noche en la puerta de la cárcel de Vladivostok para entregar un paquete a su madre. Su padre estaba impresionado con la madurez que había alcanzado su hija y el modo en que respondía a la crisis familiar. En mayo de 1940, el hombre escribió a su mujer, en ese entonces en un campo de trabajo cercano a Iaia, Siberia:

> He recibido dos cartas de Zizika [ZoiaJ. Siento pena por ella, pero a la vez sus progresos me llenan de alegría. Está creciendo, y rebosa de buena salud. Pronto cumplirá diecisiete, y ya es completamente independiente. Es una joven inteligente, y su valor merece todo nuestro reconocimiento. No se amedrentó y supo salir adelante sola a los catorce años. ¡Y ahora hasta le gusta! Como si la estuviera viendo: una pequeña ama de casa con total dominio de sus asuntos domésticos y escolares.[590]

Desde la perspectiva de Zoia, tener que ocuparse por entero de sí misma no era un experiencia para nada gratificante. Como diría muchos años después, «un día

arrestaron a mamá, al día siguiente empezó mi vida de adulto». En las cartas que escribía a sus padres nada decía de las tribulaciones que debía afrontar. Algunos se hacían pasar por amigos de sus padres para aprovecharse de ella, ofreciéndose a vender sus pocos tesoros familiares para quedarse con la mitad de la ganancia. En la primavera de 1939, una verdadera conocida de su madre, que trabajaba como secretaria en el Soviet de la ciudad, se mudó con todas sus cosas al apartamento de Zoia con el pretexto de que de esa manera estaba protegiendo a la joven de que se instalaran con ella personas desconocidas en busca de espacio para vivir. Pero algunas semanas después, la mujer llamó a la policía e hizo enviar a Zoia al orfanato para quedarse con la vivienda. En el internado, Zoia hizo huelga de hambre para protestar contra su reclusión. A través de uno de los empleados del orfanato, logró ponerse en contacto con su tía de Jabarovsk, que acababa de llegar a pasar el verano en su dacha. Zoia permaneció en el orfanato durante tres meses, hasta que su tía logró recuperar el apartamento comunal de su sobrina y, finalmente, el día de su décimo séptimo cumpleaños, le permitieron volver a su casa. Logró terminar su último año de escuela yendo a clases nocturnas, y luego se inscribió en el Instituto Ferroviario de Jabarovsk. En el invierno de 1940, su padre fue condenado a cinco años de trabajos forzados en Siberia, donde murió en 1942. Su madre fue liberada en 1944. [591]



Zoia Arsenteva, Jabarovsk, 1941.

Marksena Karpitskaia tenía trece años cuando fueron arrestados sus padres, funcionarios de rango del Partido en Leningrado, el 5 de julio de 1937.

Sus hermanos menores fueron enviados a orfanatos: el mayor, Alexei, de diez años, a un hogar para niños cerca de Kirov, y el menor, Vladimir, de cinco años, a una institución en la república tártara. Como Zoia, Marksena aparentaba más edad de la que tenía, y por lo tanto no la enviaron al orfanato. En cambio, se mudó con Milia, su niñera, a una habitación en un edificio comunal. La mujer era una campesina sencilla que ayudó y explotó a Marksena en igual medida. Como muchos niños criados en hogares comunistas durante la década de 1920, a Marksena le inculcaron el sentido del deber desde la más tierna infancia. Sus padres la trataban de «pequeña camarada» y la dejaban a cargo de sus hermanos menores. Llegado el momento, ese entrenamiento le fue de gran utilidad:

> Tenía a Milia, pero la que estaba a cargo de todo era yo, hasta del dinero. Le pagaba por sus servicios, pero cuando descubrí que me robaba le dije que ya no la necesitaba más. De todos modos, le permití seguir durmiendo en la habitación, porque no tenía adonde ir.[592]

Para tener apenas trece años, Marksena era una muchacha sumamente ingeniosa. Logró rescatar los objetos personales

de sus padres que habían quedado en el apartamento precintado tras su arresto, para venderlos a través de Milia en el montepío, último vestigio oficial del mercado privado, donde los ciudadanos soviéticos podían comprar o vender enseres domésticos. Sin embargo, si Marksena logró sobrevivir fue gracias al funcionario del Partido y amigo de la familia Boris Pozern («tío Boria»), en ese entonces fiscal del Oblast de Leningrado, que conocía a Marksena desde muy niña. Pozern ordenó a un soldado que abriese el apartamento para que Marksena pudiese recuperar algo de dinero y cosas para vender: los zapatos y trajes de su padre, un vestido de su madre y un abrigo de piel, toallas y sábanas. El «tío Boria», que arriesgó su vida para ayudar a una niña huérfana, fue arrestado y fusilado en 1939.



Marksena, Leningrado, 1941.

Marksena ocultó estos bienes en su habitación del apartamento comunal. Fueron vendidos o robados, uno por uno, por los vecinos de Lis habitaciones colindantes. Luego Milia trajo a su novio a vivir al apartamento, hasta que Marksena reunió el valor para echarlos a ambos a patadas y puso cerradura en la puerta del cuarto. Siguió viviendo sola en el apartamento comunal tres años más. Vendió sus últimas posesiones a través de una tía, que desde el arresto de sus padres apenas se atrevía a dirigirle a la joven la palabra por temor, pero que ahora se apresuraba a ofrecerle ayuda para

vender sus bienes. El edificio comunitario donde vivía Marksena estaba ubicado en un barrio del proletariado profundo de Leningrado: todos sus vecinos eran obreros. Sabían que Marksena vivía sola, algo ilegal para un menor de edad, pero nadie la denunció a la policía, quizá porque era más conveniente tenerla cerca para poder robarle. Como un profesor de su escuela la hostigaba por ser hija de un «enemigo del pueblo», Marksena se cambió a una escuela cuyo director simpatizó con su caso y la ayudó a ocultar las manchas de su biografía. En 1941, a los diecisiete años, se graduó con las mejores calificaciones en todas las asignaturas. Se inscribió como alumna de la Facultad de Lenguas de la Universidad de Leningrado. En febrero de 1942, cuando la universidad fue evacuada, Marksena se quedó en Leningrado, trabajando en la Biblioteca Pública. No dejó de escribir a su hermano Alexei hasta que las tropas alemanas sitiaron la ciudad. El niño regresó a Leningrado en 1946, con graves secuelas de su estancia en el orfanato. El hermano menor, Vladimir, despareció sin dejar rastro.[593]

Como consecuencia del Gran Terror, la cantidad de huérfanos y expósitos se multiplicó. Entre 1935 y 1941, el número de niños internados sólo en orfanatos de Rusia, Bielorrusia y Ucrania se elevó de trescientos veintinueve mil a seiscientos diez mil aproximadamente, cifra que no incluye a los niños «liberados» por los orfanatos para trabajar en granjas o fábricas soviéticas.[594] La mayoría de los hogares para niños no eran otra cosa que centros de detención para delincuentes juveniles, vándalos menores e infractores de poca monta, así como «huérfanos desconocidos» (como los describió el escritor Ilia Ehrenburg), que habían perdido a sus padres durante los arrestos masivos de 1937 y 1938. Las condiciones en estos hogares eran tan desastrosas, que decenas de funcionarios sintieron la obligación de escribir a

las autoridades para manifestar su preocupación personal por la suciedad y los niveles de hacinamiento, el frío y el hambre, la crueldad y el abandono a los que eran sometidos sistemáticamente los niños internos. Los hijos de los «enemigos del pueblo» eran estigmatizados y se llevaban la peor parte. Al igual que los hermanos menores de Marksena, eran separados y enviados a hogares distintos y distantes entre sí, como parte de una política (endiente a dispersar a las familias de los «enemigos». Se les ordenaba olvidar sus orígenes, y los más pequeños recibían incluso un nuevo nombre y una nueva identidad. Sufrían el hostigamiento y la exclusión de mis congéneres, así como de sus maestros y tutores, temerosos de tener algún gesto de cariño o preocupación que pudiese interpretarse como un signo de simpatía para con los «enemigos».[595]

Después del arresto de sus padres, Inessa Bulat y su hermana fueron destinadas a hogares para niños diferentes. Inessa, que tenía entonces tres años, fue a un orfanato en Leningrado, mientras que a Mella, de once, le tocó un hogar cerca de Smolensk. A las dos les recordaban permanentemente que eran hijas de «enemigos del pueblo» (sus padres habían sido arrestados en conexión con el juicio a Piatakov y a otros <trotskistas», en enero de 1937).[596] Inessa no tiene recuerdos anteriores al orfanato, pero los dos años pasados allí dejaron profundas cicatrices en su vida:

> Las condiciones eran terribles. No se podía ni entrar a las letrinas: los pisos estaban cubiertos de mierda líquida hasta la altura de los tobillos… El edificio daba a un enorme muro de ladrillo rojo. Era realmente como estar atrapado en el infierno (…).
>
> El patrón de la casa no dejaba de repetirme: «No olvides lo que son tus padres. No des problemas. Quédate quietecita ahí sentada y no andes metiendo tu nariz de espía donde no te incumbe» (…). Me volví retraída, me encerré en mí misma. Después de eso, siempre me costó llevar una vida normal. Había pasado demasiado tiempo en el orfanato, donde había aprendido a no sentir nada.

El orfanato donde estaba internada Mella alojaba a «varias docenas» de hijos de políticos. Así lo recuerda:

> Los hijos de padres arrestados no osábamos jamás hablar de nuestras familias. Nos ponían a todos en la misma lista y nos llamaban «trotskistas», así que formábamos una especie de subgrupo. No éramos demasiado amigos entre nosotros, pero tratábamos de mantenernos juntos… Los otros niños nos arrojaban piedras y nos insultaban, así que nos manteníamos juntos para protegernos mutuamente.

Mella escribía a su abuela en Leningrado. Cuando sus padres fueron arrestados, la mujer se había negado a recibirlas en su casa. Recientemente divorciada de un marido alcohólico que la golpeaba, la abuela de las niñas vivía en condiciones paupérrimas en una habitación del sótano de un edificio, y trabajaba como inspectora en la Fábrica Tabacalera de Leningrado. Temía que si daba albergue y auxilio a hijos de los «enemigos del pueblo» podía perder su empleo. También pensaba que sus nietos estarían mejor en un hogar de expósitos. Pero las cartas de Mella la horrorizaron. No tenía idea de las espantosas condiciones en las que vivían sus nietas. En 1939, las rescató a ambas de sus respectivos orfanatos y se las llevó a vivir con ella en su sótano de Leningrado.[597]

Cuando Vladimir Antonov-Ovseienko y su esposa Sofía fueron arrestados en octubre de 1937, su hija Valentina tenía quince años. Sofía y Vladimir fueron fusilados el mismo día: el 8 de febrero de 1938. Vladimir era el padrastro de Valentina. Su verdadero padre era Alexandre Tijsnov, tipógrafo de una extensa familia proletaria de Moscú que llegó a editor de la editorial de la Joven Guardia y luego se cambió a Libros Internacionales, de Praga, donde Sofía había conocido a Vladimir, entonces embajador soviético en esa ciudad. Valentina había visto a su padre hasta 1934, pero desde entonces habían perdido contacto. «No vino a vernos cuando regresamos a Moscú. Nunca le pregunté a mi madre por qué —dice Valentina—, y ella nunca me lo explicó. No

hay duda de que mi padre no quería interferir en nuestras vidas». Cuando Sofía y Vladimir fueron arrestados, a Valentina la enviaron al centro de detención que la NKVD administraba en las instalaciones del antiguo monasterio de Danilov, desde donde los hijos de los «enemigos del pueblo» eran despachados a los diferentes orfanatos que funcionaban en toda la Unión Soviética. Valentina cayó enferma en cuanto llegó al internado. Su padre, Alexandre, sabía dónde se encontraba, pero no intentó rescatarla. Se acababa de volver a casar, y probablemente no quería poner en riesgo su vínculo con su nueva esposa, quien a su vez fue arrestada en 1938.

Del monasterio Danilov, Valentina fue transferida al hogar de niños de Dnepropetrovsk, donde permaneció hasta 1941, cuando regresó a Moscú. Al reflexionar sobre su vida en aquellos días, Valentina dice:

> El orfanato es un trauma que nunca pude superar. Ésta es la primera vez que hablo del tema con alguien. Fueron los años de mi crecimiento, cuando más habría necesitado una madre, una madre y también un padre; y cuando empecé a entender que estaban muertos, un sentimiento de pérdida definitiva lo impregnó todo.
>
> En el orfanato solían darnos dulces en Año Nuevo, e incluso a veces los maestros eran cariñosos con nosotros, pero lo único que yo sentía era esa horrenda sensación de pérdida que me rodeaba, que me aislaba y me dejaba sola, sola y sin nadie. Yo era la única que no tenía una madre con la que contactar, la única que no recibió nunca una carta. Estaba completamente sola. La única en todo el grupo cuya madre había sido fusilada [largo silencio]. Me dolía enormemente.[598]

Lo único que redimía al orfanato de sus horrores, y que rescató a Valentina en sus momentos de desesperación, era la amistad inquebrantable que forjó con otras huérfanas como ella.

Las historias de horror de niños criados en orfanatos son incontables, pero también hay ejemplos de niños que allí encontraron amor y una verdadera «familia».



Niñas del Orfanato n.° I, Dnepropetrovsk, 1940. Valentina, en el centro de la segunda hilera desde arriba.

Calina Kosheleva tenía nueve años cuando la internaron en un orfanato, tras el arresto y ejecución de su padre, campesino de la región de Podporozhe, al noreste de Leningrado, durante la «Operación *kulak*» de 1937. La familia se dispersó a los cuatro vientos. Galina y su hermano fueron primero a Kirov, desde donde el niño fue enviado al orfanato de la vecina aldea de Zuevka, y ella hacia el norte hasta Oparino, entre Kirov y Kotlas. En cuanto llegó, Galina contrajo neumonía. «Había hecho todo el viaje desde Leningrado con un vestido de verano y un chal. Nada más. Apenas un par de sandalias en los pies. Cuando salimos era verano, pero llegamos a Kirov en noviembre». Galina pasó todo el invierno enferma. La cuidaba la directora del orfanato, una joven mujer siberiana llamada Elizaveta Ivanova, que le dio a Galina su propio abrigo de invierno y le compró leche con dinero de su bolsillo en la granja colectiva de las inmediaciones. El vínculo que unía a Elizaveta con Galina era como de madre e hija. La mujer no tenía hijos propios, y se dedicó a la pequeña de nueve años como si fuera suya: le leía de noche y la ayudaba con sus estudios cuando no podía asistir a clase. Quería adoptarla, pero no tenía suficiente

espacio en su vivienda para tener derecho a la adopción. Después, en 1945, la madre de Galina reapareció súbitamente. Había escapado de la NKVD en 1937 y había vivido ocultándose, con un bebé recién nacido a cuestas. Había trabajado como rompehielos en la Ferroviaria Murmansk, hasta que fue capturada por el ejército alemán, que la envió a un campo de concentración finlandés en Petrozavodsk. Liberada por las tropas soviéticas en 1944, fue en busca de sus hijos. Calina se entristeció mucho de tener que dejar a Elizaveta y el internado. Se trasladó a Podporozhe con su madre y su hermano, y luego a Leningrado, en 1952. Durante todos esos años, siguió escribiendo a Elizaveta al orfanato. «Yo la quería tanto que mi madre estaba celosa —recuerda—. No quise a mi madre ni la mitad, y en todo caso nuestra relación no era tampoco ni la mitad de buena».[599]

Nikolai Kovach nació en 1936 en el campo de trabajo de Solovetski. Sus padres habían sido condenados en 1933 a diez años de prisión en las islas del mar Blanco. Como su madre estaba entonces embarazada de su hermana mayor, Elena, se les permitió vivir juntos como familia en el interior de la prisión. Pero luego, en enero de 1937, la NKVD prohibió la cohabitación en todos los campos de trabajo. La madre de Nikolai fue destinada a un campo en Karelia, donde sería fusilada en noviembre de 1937, y su padre fue despachado rumbo a Magadán, donde lo fusilaron en 1938. En ese entonces, Elena estaba enferma de tuberculosis, así que fue enviada a un orfanato de Tolmachyovo, al sur de Leningrado, donde el régimen proveía también a los internos de atención médica. Pero Nikolai fue llevado al norte, a Olgino, uno de los centros vacacionales en el golfo de Finlandia favorito de la élite de Petersburgo antes de 1917, donde la NKVD había abierto un orfanato para hijos de «enemigos del pueblo» en un ala del viejo palacio blanco del príncipe Oldenburg.

Como Nikolai, fueron muchos los niños internados en orfanatos que no recordaban a sus familias, pero establecían un vínculo especial con el personal de cocina, que les daba cariño y cuidados, y hasta incluso una sensación de familia. «Había una escalera que bajaba directamente a la cocina», recuerda Nikolai:

> Yo descendía por esa escalera y las cocineras gritaban, «¡Ahí viene Kolia!». Me acariciaban la cabeza y me daban un pedazo de pan. Yo me sentaba al pie de la escalera a comer mi mendrugo, para que nadie más me viera. Todos tenían hambre, y yo tenía miedo de que me quitaran mi pedazo de pan… Las cocineras eran mujeres de la región que nos tenían lástima y trataban de ayudarnos.

Los niños también visitaban a los ancianos de la zona y los ayudaban con sus huertas. «Eso era lo mejor», recuerda Nikolai:

> Los hombrecitos a los que ayudábamos nos mostraban afecto, y nos acariciaban el cabello. Nuestra necesidad de afecto y de todo lo que normalmente proporciona una familia era enorme, aunque no supiéramos bien de qué se trataba. No nos molestaba no tener familia porque no teníamos idea de lo que era, ni sabíamos que tal cosa existiera. Necesitábamos amor, nada más.

Muchas veces encontraban ese amor en su vínculo con mascotas y animales. «Teníamos perros, conejos, caballos», recuerda Nikolai:

> Detrás del cerco del orfanato había una granja con caballos. Allí nos sentíamos libres. A veces, en verano, los mozos de los establos nos dejaban llevar los caballos al río. Montábamos a pelo, nos metíamos en el río con los caballos y volvíamos al galope dando gritos de alegría. En verano, en la loma que había junto al pueblo, se celebraban carreras de caballos. No nos perdíamos ni una. Nadie conocía los caballos mejor que nosotros, los amábamos.

Entre los huérfanos había pequeños grupos informales que cumplían muchas de las funciones básicas de una familia: niños de la misma edad que se agrupaban para protegerse de otros que los llamaban «enemigos del pueblo» y los perseguían para pegarles, y niños mayores que protegían a los débiles, los ayudaban con sus lecciones y quehaceres, y los

consolaban cuando lloraban de noche o mojaban la cama. Pero todos se unían para hacer frente común contra los maestros del orfanato, siempre estrictos y muchas veces crueles.[600]

Nikolai no tenía ni idea del aspecto de sus padres. Ni siquiera sabía si habían muerto. Pero veía a su madre en sueños:

> Muchas veces soñaba con mamá. Creo que era mamá. No veía su cara, ni siquiera su figura. Siempre eran sueños felices. Yo volaba por el cielo con mamá. Ella me abrazaba y me ayudaba a volar, pero yo no podía verla. De alguna manera ella siempre estaba de espaldas a mí, o estábamos lado a lado. No volábamos alto. Pasábamos a vuelo rasante por los campos y pantanos que rodean el orfanato. Era verano y ella me decía: «No tengas miedo, no vamos a volar muy alto, ni nos vamos a alejar demasiado».
>
> Y siempre sonreíamos, siempre estábamos sonrientes en mis sueños. La felicidad, la sensación física de felicidad, sólo la conocí en esos sueños. Todavía hoy, cuando pienso en la felicidad, recuerdo esos sueños, esa sensación de felicidad plena.

Nikolai se construyó una imagen muy fantasiosa de sus padres, al igual que muchos otros huérfanos. No soñaba con su padre, pero se lo imaginaba piloto de aviones, que fue el modelo de héroe de la Unión Soviética desde finales de la década de 1930 y durante la década de 1940. En sus sueños, Nikolai anhelaba una familia, aunque como él mismo confiesa, no tenía ni idea de lo que tal cosa significaba: no conoció una familia real, ni siquiera a una madre con su hijo, hasta que tuvo más de trece años.[601]

Sin la influencia de una familia, Nikolai y sus compañeros del orfanato crecieron con ideas muy particulares de lo que está bien y lo que está mal. Su sentido de la moral quedó muy marcado por «la ley de la jungla» que rige en el orfanato, ley que exigía a los niños sacrificarse siempre en pos del interés colectivo. Nikolai explica:

> Si alguien había hecho algo malo por lo que podían ser castigados

todos, entonces esa persona era obligada a confesar a las autoridades. Preferíamos que el castigo fuera para él, antes que recibirlo todos como grupo. Si no era posible persuadirlo verbalmente para que confesara, había métodos de coerción física para obligarlo a entregarse. No lo denunciábamos: estaba prohibido traicionar a los nuestros. Pero nos asegurábamos de que confesara.

Pero si bien estaba prohibido traicionar a los propios, la vara con la que se medían las relaciones entre niños y adultos definitivamente no era la misma. Todos los huérfanos admiraban a Pavlik Morozov. «Era nuestro héroe», recuerda Nikolai:

Como no teníamos ni idea de lo que era una familia o un padre, el hecho de que Pavlik hubiese traicionado al suyo no tenía ninguna trascendencia para nosotros. Lo importante era que había capturado a un *kulak*, un burgués, y eso a nuestros ojos lo convertía en un héroe. Para nosotros era una historia de lucha de clases, ni más ni menos, y no una tragedia familiar.[602]

El andamiaje moral del orfanato, que propugnaba lazos colectivos fuertes y vínculos familiares débiles, se convirtió con el tiempo en terreno muy fértil para el reclutamiento de nuevos adeptos para la NKVD y el Ejército Rojo. Millones de niños que desde la década de 1930 pasaron toda su vida en instituciones soviéticas (el orfanato, la armada, el campo de trabajo) nunca supieron lo que era la vida familiar. Los huérfanos eran especialmente susceptibles a la propaganda del régimen soviético porque no tenían padres que los guiaran o aportaran un sistema de valores alternativo. Mijail Nikolaev, que creció en una serie de institutos y orfanatos en la década de 1930, recuerda que tanto él como sus compañeros expósitos eran adoctrinados para creer que la Unión Soviética era el mejor país del mundo, y que eran los niños más afortunados del planeta, porque lo recibían todo del Estado, encabezado por el padre de la patria, Stalin, que se preocupaba por todos los niños:

De haber vivido en otro país, nos habríamos muerto de hambre y frío: era eso lo que nos decían. Y de más está decir que creíamos hasta la

> última palabra. En el orfanato nos decían cómo era la vida, lo que debíamos pensar y sentir, y nosotros lo aceptábamos. Todas nuestras ideas sobre el mundo las recibimos del poder soviético.[603]

La leyenda de Plavlik Morozov también dejó una impresión duradera en Mijail. Soñaba con emular sus hazañas, exponer a algún enemigo o espía, y cuando fue aceptado entre los Pioneros se llenó de orgullo. Para Mijail, como para muchos otros huérfanos, unirse a los Pioneros era convertirse en miembros plenos de la sociedad soviética. Hasta ese momento, su origen siempre lo había avergonzado. Conservaba apenas lirones de recuerdos vagos y fragmentarios de su madre y de su padre: una tarde a caballo junto a su padre, la imagen mental de su madre sentada frente a la lámpara limpiando una pistola (y que lo llevaba a pensar que su madre había sido miembro del Partido). No sabía quiénes habían sido sus padres, ni cuáles eran sus nombres (Mijail Nikolaev fue el nombre que recibió al ingresar en el orfanato). Recordaba un incidente de cuando él tendría entre cuatro y cinco años: su antigua niñera lo había ido a visitar al hogar de niños y le había dicho que sus padres habían sido fusilados por ser «enemigos del pueblo». Luego agregó: «Deberían fusilarte a ti también, como a tu madre y a tu padre». Mijail sintió vergüenza durante toda su infancia por este motivo. Pero esa vergüenza se desvaneció cuando ingresó en los Pioneros: era la primera vez que el régimen soviético lo reconocía y valoraba. El Mijail Pionero veía en Stalin una figura paterna de protección y autoridad. Creía que todos lo bueno provenía de Stalin: «El hecho de que nos vistieran y alimentaran, de que pudiéramos estudiar, de que pudiésemos asistir al campamento de los Pioneros, incluso el hecho de que hubiese un árbol de Año Nuevo: todo se lo debíamos al camarada Stalin», afirma Mijail.[604]

Los niños del orfanato de Mijail debían trabajar desde muy

temprana edad. Lavaban los platos y limpiaban el patio desde los cuatro años, trabajaban en la granja colectiva desde los siete y, cuando cumplían once, eran enviados a las fábricas textiles de la cercana Orekhovo-Zuevo, a 50 kilómetros al este de Moscú. El verano de 1941, Mijail fue asignado a una metalúrgica de los suburbios industriales de Orekhovo-Zuevo. A pesar de que sólo tenía doce años, partiendo del examen físico los médicos del orfanato lo declararon de quince, pues era corpulento, y le dieron documentos nuevos donde constaba, incorrectamente, que había nacido en 1926. Era parte de una política que buscaba declarar a los niños huérfanos mayores de lo que realmente eran para que fuesen aptos para el servicio militar o el trabajo industrial. Mijail trabajó en la acería durante los siguientes dos años, como parte de una brigada de huérfanos obreros. «Trabajábamos por turnos: doce horas diurnas una semana, y doce horas nocturnas la siguiente. La semana laboral era de siete días». Las condiciones de trabajo en la planta eran terribles, muy alejadas de las imágenes del trabajo industrial que difundía la propaganda y que Mijail había recibido a través de los libros y el cine, y fue entonces cuando comenzó a dudar por primera vez de todo lo que le habían enseñado. Los niños dormían en ropa de trabajo sobre el piso de las instalaciones, y comían en la cantina de la fábrica. No se les pagaba. En el otoño de 1943, Mijail escapó de la fábrica y se alistó como voluntario en el Ejército Rojo. Lo hizo por hambre, no por patriotismo, y se convirtió en conductor de tanques. Tenía apenas catorce años.[605]

Como Mijail, Nikolai Kovach se hinchó de orgullo cuando fue admitido en los Pioneros. Le daba un lugar fuera del orfanato en el que se había criado, y lo ponía a la par de otros niños de su edad. Kovach se unió luego al Komsomol y se convirtió en activista del Partido. Su «libro favorito» era la

Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética. Ya adolescente, se alistó en el Ejército Rojo y sirvió en el Lejano Oriente. Cuando lo dieron de baja no logró adaptarse a la vida civil: había vivido demasiado tiempo en instituciones soviéticas, así que decidió trabajar para la NKVD, lo que le permitía estudiar por las noches en su academia militar de élite. Kovach trabajó en una unidad especial de la NKVD cuya principal misión era capturar a niños que se habían fugado de hogares infantiles.[606]

3

María Budkevich, una jovencita de catorce años que había sido entrenada por sus padres para valerse por sí misma en caso de un eventual arresto, logró sobrevivir durante casi un año después de que la NKVD se los llevara en julio de 1937. Siguió viviendo en el apartamento familiar de Moscú hasta el verano de 1938, cuando la NKVD la internó en el centro de detención del monasterio Danilov. Durante esos meses que pasó sola en su casa, María recibía ayuda de Militsa Yevgenevna, una antigua amiga de sus padres que se compadeció de la criatura. El esposo de la mujer, oficial bolchevique, había sido arrestado poco tiempo antes que los padres de María, por lo que Militsa presuponía que los habían apresado por su relación con él. Luego la mujer comenzó a sentir miedo de las consecuencias para ella misma si se sabía que ayudaba a la hija de un «enemigo del pueblo», y llamó a la NKVD. Cuando fueron a buscar a María, Militsa le dijo: «No me guardes rencor… En el hogar de niños vas a estar mejor. Todo será más fácil, y ya no serás una hija de los enemigos del pueblo».[607]

Del monasterio Danilov, María fue transferida a un orfanato cerca de Gorki, con otros veinticinco hijos de «enemigos del pueblo». El director del orfanato era un hombre paternal que alentaba a María a estudiar y a hacerse una carrera por ella misma, más allá de su oscuro historial. La joven se unió al Komsomol, aun sabiendo que para ingresar

debía abjurar de sus padres, y participaba de las actividades del grupo, que en lo fundamental se ceñían a la delación pública de «enemigos del pueblo» y a cantar loas a Stalin y al Partido durante las manifestaciones masivas y los desfiles. Ella recuerda que se unió al Komsomol convencida de que eso era lo que sus padres esperaban de ella: «¿Cómo no me iba a unir al Komsomol? Mamá siempre me había dicho que debía convertirme en Pionera y luego en un miembro de la Juventud Comunista. Habría sido una vergüenza no ingresar». Al mismo tiempo, y sin tener plena conciencia de los acontecimientos que rodeaban el arresto de sus padres, María sentía que por algún motivo ingresar no estaba bien. Recuerda la sensación de culpa hacia sus padres, como si los hubiese traicionado, aun cuando finalmente no la obligaron a abjurar de ellos. De todos modos, se sentía incómoda al colaborar con la propaganda del Komsomol, y como ella misma recuerda, «sólo fingía cantar loas a Stalin, repitiendo palabras en las que no creía». En el fondo, su incomodidad nacía de la sensación instintiva de que sus padres habían sido arrestados injustamente, e incluso escribió a Stalin en persona en 1939 como protesta, pero esa convicción entraba en conflicto con la identidad política que había tenido que adoptar para sobrevivir y salir adelante. Gracias a su afiliación al Komsomol, por ejemplo, Maria pudo inscribirse en el Instituto Politécnico de Leningrado, una universidad de ciencias de excelencia que en muy pocas ocasiones recibía como estudiantes a hijos de «enemigos del pueblo».[608]

Millones de niños crecieron en esa zona gris que existía entre el sistema soviético y sus «enemigos», divididos por lealtades incompatibles e impulsos contradictorios. Por un lado, estaba el estigma de una biografía mancillada, que alimentaba su necesidad de ser aceptados como miembros plenos de la sociedad a cualquier coste, pero sobre todo

adoptando los ideales soviéticos, ingresando en el Komsomol y quién sabe incluso si al mismo Partido. Por otro lado, estaba el recuerdo de sus familias, que no hacía más que alienar a estos niños del sistema que tanto sufrimiento había causado a los suyos.

Yenia Yevangulova tenía sentimientos encontrados respecto del arresto de sus padres en el verano de 1937. A los diecinueve años de edad, acababa de terminar la escuela, y de pronto sus posibilidades de ir a estudiar a Moscú se borraban de un plumazo. En cambio, tuvo que irse a vivir a Leningrado con el tío de su padre, un profesor de metalúrgica retirado que la ayudó a ingresar en la Facultad de los Trabajadores (*rabfak*), desde donde la joven tenía esperanzas de ser transferida al Politécnico. A medida que se acercaba el día de su postulación para el instituto, los temores de Yenia aumentaban, ante la perspectiva de tener que revelar el arresto de sus padres en la *anketa*. Se sentía como una «leprosa» y temía que la descalificaran a pesar de haber obtenido las mejores calificaciones en los exámenes de ingreso. En 1938, fue admitida en el Departamento de Metalúrgica del Instituto, donde las plazas disponibles no eran tan codiciadas como en otras áreas. Yenia confesó en su diario que durante su primer año en el lugar se sentía deprimida, y que hasta tuvo ideas de suicidio. Tras reflexionar sobre su tristeza en esa época de su vida, Yenia llegó a la conclusión de que se debía a la «negación» de sus orígenes tras la desaparición de su padres. Durante su paso por la Facultad de los Trabajadores, el arresto de sus padres había sido un motivo de vergüenza constante, pues sus compañeros la habían hostigado sin piedad, y la llamaban «hija de traidores a la patria». Una vez en el Instituto Tecnológico, Yenia intentó superar ese estigma demostrando ser una estudiante ejemplar.

Por momentos luchaba por liberarse del recuerdo de sus padres, de disfrutar como el resto de los estudiantes y seguir con su vida. Pero esos fugaces instantes de felicidad eran seguidos de profundos remordimientos, cuando recordaba que sus padres estaban en los campos de trabajo. Poco después del arresto de su padre, Yenia había soñado que reaparecía para atacarla. Esa imagen no dejaba de atormentarla:

> Mi padre aparecía en la bruma de la habitación contigua, me ponía la punta del arma en el corazón, y disparaba. Yo no sentía dolor físico, sólo la impotencia de no haber podido detenerlo… Y después me daba cuenta de que tenía el pecho cubierto de sangre.

Una tarde, durante su estancia en el instituto, sus amigas la invitaron a patinar, y fue feliz por primera vez en meses. Pero esa misma noche volvió a ver a su padre en sueños y por la mañana se despertó «profundamente deprimida».[609]

Al recordar los años de su adolescencia, muchos de estos «huérfanos desconocidos» afirman que, en un determinado momento, muy ansiado por todos, el estigma de la represión finalmente quedó borrado y fueron reconocidos como ciudadanos soviéticos. Casi todos los hijos de «enemigos del pueblo» manifiestan haber sentido ese anhelo de aceptación social, y son muy pocos los que decidieron dar la espalda al régimen soviético.

Para Ida Slavina, ese momento de aceptación llegó durante el verano de 1938, poco después del arresto de su madre (el padre había sido apresado en 1937). Su profesora de educación física la invitó a participar en el desfile escolar. Ida era esbelta, alta y atlética. Participaba como atleta y gimnasta en marchas escolares desde los catorce años, pero, después del arresto de su padre, había sido excluida de los desfiles. En sus memorias (1995), recuerda su alegría al ser readmitida para desfilar como paracaidista en una demostración gimnástica

cuyo lema era «Por tierra, mar y aire», una celebración de los logros deportivos soviéticos:

> Recuerdo la sorpresa de mis entrevistadores,[610] cuando me reconocieron en una fotografía entre un grupo de atletas durante un desfile. No podían entender que yo hubiese desfilado, cuando mi madre acababa de ser enviada a un campo de trabajo. Yo por supuesto lo atribuyo al egoísmo propio de la juventud: tenía dieciséis años, no soportaba la infelicidad, quería ser feliz y ser amada. Pero no era sólo eso. Sumarme al desfile era también expresión de mi deseo de sentirme nuevamente una persona entera, de volver a tener la sensación de ser parte de un gran «nosotros». Al marchar con todos y como todos al son de *Sin fronteras*, tenía la sensación de ser un genuino exponente de mi madre patria. Yo estaba convencida [como dice la canción] de que llevaríamos «el estandarte soviético de mundo en mundo, de siglo en siglo». ¡Yo estaba con los demás, era parte de ellos! Mis amigos y maestros volvían a creer en mí, lo que significaba, o al menos eso creía yo, que también creían en la inocencia de mis padres.[611]

Para la mayoría de los adolescentes, ser aceptados en el Komsomol simbolizaba la transición: dejar de ser hijos de un «enemigo del pueblo» para convertirse en «ciudadanos soviéticos».



Demostración gimnástica «Por tierra, mar y aire», Í938. Ida, en el centro de la hilera de atrás.

Galina Adasinskaia tenía diecisiete años cuando su padre fue arrestado, en febrero de 1938. Los padres de Galina eran activos opositores al régimen y la joven no tenía la menor esperanza de poder ingresar en la organización juvenil

comunista. Exiliada de su Leningrado natal junto a su madre a Iaroslavl, Galina vivía el estigma de la represión con gran sufrimiento, e intentó superarlo postulándose de todos modos para ingresar al Komsomol. Escribió al comité del Komsomol de su escuela para solicitar que tomaran su caso «en consideración» (o sea, que examinaran su postulación a la luz del arresto de sus padres). Galina admite que con ese gesto buscaba conscientemente purgar ella misma la situación, declarar abiertamente su «biografía mancillada», con la esperanza de ser perdonada y salvada a través de lo colectivo. En la reunión del Komsomol donde se discutió su admisión, los líderes decidieron que Galina era «no apta por ser enemiga del pueblo». Pero uno de sus compañeros de clase protestó, y aseguró que si Adasinskaia no era admitida, todos los demás estudiantes renunciarían. «El comisario del Partido estaba rojo de furia», recuerda Galina:

> Se quedó sentado en su estrado y desde allí gritaba, «¿qué es esto? ¿Una provocación? ¡Una falta disciplinaria!». Pero finalmente me dejaron entrar en el Komsomol. Y hasta me eligieron coordinadora de mi clase, y salimos primeros [en la competencia socialista] de la escuela.

Para Galina, ése fue el primer paso para ser aceptada nuevamente en el seno de la sociedad. Recuerda que, cuando a su vez ella fue arrestada en 1941, «al examinar mis antecedentes en el Komsomol mi interrogador no podía creer lo que veían sus ojos».[612]

En general, el sacrificio exigido para ser admitido en la sociedad soviética implicaba la renuncia de las tradiciones y creencias familiares. Liuba Tetiueva nació en 1923 en la aldea de Cherdyn, al norte de los Urales, la cuarta entre los hijos de un sacerdote ortodoxo de la región. El padre de Liuba, Alexandre, fue arrestado en 1922 y estuvo en prisión durante la mayor parte de ese año. Tras su liberación, la OGPU intentó presionarlo para que se convirtiese en informante y

delatase a sus propios feligreses, pero se negó. Cuando su iglesia fue tomada por los obnovlentsy, reformistas de la Iglesia apoyados por el régimen, Alexandre fue arrestado por segunda vez, para ser liberado nuevamente unos meses más tarde, en el otoño de 1929. Como consecuencia, la madre de Liuba, Klaudia, fue despedida de su empleo en el museo de Cherdyn, y su hermano Viktor fue expulsado de la escuela por ser hijo de un «enemigo de clase». En 1930, Alexandre decidió distanciarse de su familia con el objeto de protegerla, así que partió con su hijo Viktor y se instaló en Chermoz. Con la esperanza de mejorar las posibilidades futuras de su hijo, Alexandre lo entregó en adopción a una familia de trabajadores muy activos dentro de la Iglesia. Como «hijo de trabajadores», Viktor pudo completar su séptimo grado en la escuela y luego se graduó como maestro. El resto de la familia permaneció en Cherdyn, donde tuvo que afrontar la ruina, hasta que se vieron obligados a irse a vivir con la madre de Klaudia a Solikamsk, una nueva ciudad industrial situada a 100 kilómetros al sur.

Liuba creció en Solikamsk, donde le enseñaron cuál era «su lugar».

> Mamá no se cansaba de repetirme que yo era la hija de un sacerdote, y que no debía juntarme con la gente ni confiar nunca en nadie, y menos aún hablarles de mi familia. Debía ser modesta y recordar cuál era mi lugar. Solía decirme: «Otros pueden olvidarlo, pero tú no».

La familia vivía en la miseria. Klaudia trabajaba como instructora en *likbez*, institución creada para erradicar el analfabetismo entre los adultos, pero no ganaba lo suficiente para alimentar a la familia sin tarjetas de racionamiento. Se las arreglaron para sobrevivir gracias a las pequeñas sumas de dinero que enviaba Alexandre, que trabajaba en Chermoz como sacerdote. Más tarde, en agosto de 1937, Alexandre fue arrestado nuevamente, y en octubre de ese año fue fusilado.

Klaudia y sus hijos siguieron vendiendo sus últimas posesiones y cultivando hortalizas. Finalmente, llegó ayuda en forma de dinero, de la mano de algunos de los antiguos parroquianos de Alexandre, campesinos a los que la Iglesia había ayudado durante la colectivización.

Liuba había visto a su padre sólo una vez después de su partida a Chermoz. Lo había ido a visitar en junio de 1937, pocas semanas antes de su arresto. «Papá estaba molesto por mi ignorancia en temas religiosos —recuerda Liuba—. Quiso enseñarme el eslavo de la Antigua Iglesia, pero me negué. Fue la primera y última clase de religión de mi vida». Tantos años de represión sólo habían conseguido que Liuba ansiara deshacerse de su carga familiar. Durante su primer año en la nueva escuela de Solikamsk, había sido el blanco de la campaña de propaganda antirreligiosa: el maestro la señalaba y les decía a todos los demás alumnos que si se exponían a la religión terminarían tan mal como Liuba. Hostigada por los demás niños, Liuba quedó reducida «a tal estado de miedo e histeria», como ella misma recuerda, que:

> Tenía miedo de ir a la escuela. Finalmente, mi madre y mi abuela decidieron no llevarme más a la iglesia. Me dijeron que era mejor tener un solo tipo de educación, y que debía creer todo lo que me decían en la escuela acerca de la religión.

Liuba ingresó en los Pioneros. Estaba orgullosa con su pañuelo al cuello, emblema de su inclusión, se hizo activista, y hasta participó en manifestaciones contra la Iglesia en 1938, con carteles que pedían «¡muerte para todos los sacerdotes!». Liuba se graduó de maestra, la profesión elegida por tres de los cuatro hijos de Alexandre. Durante cuarenta años, enseñó la doctrina del Partido acerca de la Iglesia. Al mirar hacia atrás, Liuba se siente culpable de haber vuelto la espalda a las tradiciones y creencias de su familia.[613] «Siempre pensé: cuánto más fácil habría sido si mi padre hubiese sido maestro

en vez de sacerdote, si hubiese tenido un padre como el de todas las demás chicas».[614] Comparada con su hermano Viktor, que abjuró formalmente de su padre durante una reunión del Komsomol, hay que reconocer que Liuba hizo lo estrictamente necesario para sobrevivir en la sociedad soviética.

Convertirse en activista soviético era una de las estrategias de supervivencia más comunes entre los hijos de «enemigos del pueblo», ya que les permitía ocultar sus espurios orígenes políticos y a la vez les ayudaba a sobreponerse a su temor e inseguridad.

Elizaveta Delibash nació en 1928 en Minusinsk (Siberia), donde sus padres vivían entonces en el exilio. Alexandre Iosilevich, su padre, era el hijo de un tipógrafo de Leningrado, veterano oficial bolchevique y de la Cheka desde comienzos del régimen, y compañero de Elizaveta Drabkina (la adolescente que había encontrado a su padre en el Instituto Smolny en octubre de 1917) hasta enamorarse de Nina Delibash, hija de un oficial georgiano de segunda línea, con la que se casó en 1925. Dos años más tarde, Alexandre fue arrestado después de perder el favor de sus empleadores (en 1926 había dejado la policía para estudiar economía en Moscú). Exiliado en Siberia, hasta allí lo siguió Nina, ya embarazada de su hija. En 1928, Nina y su bebé regresaron a la capital soviética, y más tarde las siguió Alexandre, después de su liberación, quien consiguió un empleo en el Ministerio de Comercio Exterior. En 1930, volvieron a arrestar a Alexandre, y lo sentenciaron a diez años en los campos de trabajo de Sukhobezvodny, parte del complejo de Vetlag Gulag, cerca de la ciudad de Gorki (Nizhny Novgorod). Nina fue arrestada al mismo tiempo, y enviada a una serie de «asentamientos especiales» de Siberia, desde donde regresó a

Moscú en 1932. Elizaveta permaneció con la familia de su padre en Leningrado, con ocasionales visitas a su madre en el exilio o en Moscú, hasta 1935, cuando ella y Nina se sumaron a Alexandre en el campo de Sukhobezvodny. Nina trabajaba como voluntaria, y la familia vivía en los barracones del campo, donde Elizaveta asistía a la escuela. Pero luego, en 1936, los padres de Elizaveta fueron arrestados una vez más. Alexandre fue ejecutado en mayo de 1937. Nina fue condenada a diez años en el campo de Solovetsky, donde fue fusilada en noviembre de 1937.

Después del arresto definitivo de sus padres, Elizaveta se salvó de ser enviada a un orfanato gracias a otro de los prisioneros del campo de Sukhobezvodny, quien la llevó consigo a Leningrado tras su liberación, en 1936. Elizaveta se alojó con diferentes parientes, primero con su tío Grigori (arrestado en abril de 1937), después con la tía Margo (arrestada en julio) y luego con la tía Raia (arrestada en agosto). Finalmente, unos parientes lejanos la sacaron de Leningrado y la llevaron a la dacha que tenían en las afueras de Moscú, donde la escondieron de la NKVD antes de enviarla con la familia de su madre, en Tiflis. Elizaveta se sentía un estorbo, un niño no deseado que pasa de mano en mano, e ignoraba la preocupación de sus parientes por ocultarla de la policía.

Los abuelos de Elizaveta eran gente sencilla (su abuelo era de origen campesino y su abuela, hija de comerciantes), pero ambos habían recibido educación y habían absorbido los valores liberal-cristianos de la intelectualidad de Tiflis. Elizaveta no iba a la escuela, pero recibía lecciones en casa de su abuela, que había sido maestra en la Academia Tiflis antes de 1917. Los abuelos no creían en las purgas. Le dijeron a su nieta que sus padres eran personas decentes e inocentes que habían sido castigados injustamente. Nina escribió a sus

padres dos veces desde el campo de Solovetski. Agregó a la carta algunas palabras de aliento y consuelo para su hija Elizaveta. Su última carta fue escrita justo antes de su ejecución, el 2 de noviembre de 1937, y entregada a uno de sus ejecutores, quien la envió ilegalmente. «Papá, mamá, voy a morir. Salvad a mi hija», escribió Nina. Y dijo a Elizaveta que siempre estaría cerca de ella desde la Osa Mayor, en el cielo nocturno. «Cuando la veas, piensa en mí —le escribió—, porque allí estaré». Las cartas de Nina y todas sus fotografías fueron destruidas después del arresto de su hermano en Tiflis, en diciembre de 1937[615*]

Pero el recuerdo de esa carta final, que su abuela le leyó decenas de veces, no se borró nunca de su corazón: «Siempre, siempre estaba esperando a mi madre —recuerda—. Incluso de adulta, cuando salía de noche, levantaba la vista al cielo en busca de la Osa Mayor, y pensaba en mi madre. Hasta 1958 [cuando averiguó que su madre había sido ejecutada] seguí creyendo que era el signo de que algún día volvería».

El arresto de su tío volvió peligrosa la permanencia de Elizaveta en Tiflis, pues la capital de Georgia era el escenario de arrestos en masa. Aunque tenía casi diez años, Elizaveta no había ido nunca a la escuela, pero ninguna institución de Tiflis hubiera inscrito a una hija de «enemigos del pueblo». En enero de 1938, sus abuelos la subieron a bordo de un tren rumbo a Leningrado, donde vivió con la hermana de su madre, Sonia. Sindicalista de la fábrica Kirov, ferviente estalinista y veterana activista del Partido, Sonia fue la única de sus tíos y tías que no fue arrestada durante el Gran Terror. Al recordar esa época tan traumática de su vida, Elizaveta piensa que no tenía verdadera dimensión del impacto del Terror en su vida. Sus parientes no le decían mucho. A los diez años, ya había vivido tantas cosas extraordinarias (como

crecer en un campo de trabajo en el exilio, perder a sus padres o encontrar la salvación en media docena de hogares diferentes), que no distinguía fácilmente dónde terminaba lo «normal» y comenzaba lo «anormal». Lo que sentía, según recuerda, era la desorientación y el abatimiento general que emanaban de sentirse «no querida, indeseada», una sensación exacerbada por la atmósfera del apartamento de su tía, que en comparación con el ambiente cálido y amigable de la casa de su abuela, era fría, severa y tensa desde el arresto del marido de Sonia, en junio de 1938. Expulsada del Partido poco después, Sonia tenía siempre una maleta lista con algunas mudas de ropa y unos mendrugos de pan, por si venían a arrestarla en medio de la noche.



Elizaveta Delibash, 1949.

Elizaveta se volvió más y más retraída. «Tenía miedo de todo el mundo». Recuerda un incidente una vez que su tía la envió a comprar algo a la tienda de la zona. La vendedora le había dado 5 copecs de más de cambio. Al regresar a casa, su tía le dijo que debía devolver el dinero y disculparse. Elizaveta estaba aterrada, no porque se sintiera culpable de haber retenido el dinero, sino porque temía acercarse a un extraño, la vendedora, y verse obligada a dirigirle la palabra.

A pesar del arresto de su esposo, la represión de

prácticamente todos sus otros familiares y de su propia expulsión del seno de Partido, Sonia siguió siendo una estalinista fiel y convencida. Enseñó a su sobrina a creer todo lo que leía en la prensa soviética y a aceptar la posibilidad de que sus padres hubiesen sido culpables de algún crimen. Le dijo que su padre había pertenecido a un grupo de oposición y que, por lo tanto, había sido arrestado como «enemigo del pueblo», aunque afirmaba que probablemente Nina era inocente. «Sonia rara vez mencionaba a mis padres —recuerda Elizaveta—. Yo temía preguntarle acerca de ellos para no tener que escuchar algo desagradable. Era un tema de conversación que estaba prohibido». Quizá Sonia pensaba que su sobrina sería relegada o quedaría fuera del sistema soviético si pensaba demasiado en el destino de su familia. Con el apoyo de su tía, Elizaveta se alistó en los Pioneros y luego en el Komsomol. En ambas ocasiones disfrazó la verdad sobre sus padres por consejo de Sonia, afirmando que habían sido arrestados en 1935, antes de la purga general de los «enemigos del pueblo». Así recuerda Elizaveta su ingreso en el Komsomol:

> Yo estaba sobrecogida de terror, un terror que se remontaba al arresto de mis padres, cuando había quedado completamente sola. Terror del mundo exterior, terror de todo y de todos. No quería intimar con nadie por miedo a que me preguntaran por mis padres. Nada me causaba más terror que una reunión del Komsomol, donde todos te preguntaban por tu familia.

Poco a poco fue superando sus temores. Al ser aceptada en el Komsomol, Elizaveta ganó confianza. «Por primera vez en mi vida, ya no me sentía como una oveja negra», recuerda. Destacaba en los estudios, lo que le ganó una autoridad genuina entre sus compañeros de clase. Se hizo activista, y fue elegida representante del Komsomol en su escuela y luego representante del Komsomol en el distrito donde vivía, en Leningrado. Al recordarlo, Elizaveta piensa que fue el

activismo lo que la salvó, garantizándole un cierto grado de control sobre su vida:

> Cuando me uní al Komsomol y me convertí en uno de «nosotros», cuando me mezclé con mis compañeros y me convertí en su líder, ya no tuve miedo. Yo podía ir y pelear por su causa, negociar en nombre de ellos con las autoridades. Por supuesto, también estaba luchando por mí misma, porque tras mi aparente fortaleza yo podía tener mis propios miedos bajo control.[616]

Para los niños *kulaks* crecidos en «asentamientos especiales» y otros lugares de exilio, abrazar la causa soviética fue la única manera de sobreponerse al estigma de su nacimiento. Hacia fines de la década de 1930, muchos de los niños exiliados con sus padres *kulaks* habían alcanzado la mayoría de edad. La NKVD estaba inundada de peticiones de estos adolescentes que pedían ser liberados del exilio y reinsertados en la sociedad soviética. Algunos abjuraban de sus padres oficialmente y por escrito. Durante la década de 1930, sólo un puñado de peticiones recibió una respuesta favorable: algunas hijas de *kulak* fueron liberadas de sus lugares de exilio para casarse con ciudadanos soviéticos de pleno derecho, pero a excepción de esos casos, la política general era que la reinserción de los hijos de los *kulaks* contaminaría y desmoralizaría a la sociedad. Sin embargo, desde fines de 1938 se produjo un cambio en esta política, con nuevo énfasis en la regeneración y rehabilitación de los hijos de *kulaks*. A los dieciséis años, se les permitía abandonar sus lugares de exilio y recuperaban sus derechos civiles, a condición de que abjuraran de sus familias.[617]

Dmitri Streletski era uno de esos hijos de *kulaks*. Nacido en 1917 en la región de Kurgan, marchó al exilio con su familia hacia un «asentamiento especial» cerca de Chermoz, al norte de los Urales, durante la colectivización. Dmitri creció en el asentamiento, donde el estigma de sus orígenes *kulaks* se vivía como una maldición. «Me sentía un paria —recuerda—. No

me sentía un ser humano completo; sentía que de alguna manera estaba manchado y corrompido porque mi padre era un exiliado… No me sentía culpable, como un enemigo, pero me sentía de segunda clase». Su vía de escape fue la educación: «Mi padre siempre nos decía que teníamos que estudiar, que la educación era lo único bueno que se podía sacar del régimen soviético». Y Dmitri estudiaba. Fue el primer niño del asentamiento en completar su décimo nivel en la escuela y su aplicación fue recompensada con su admisión en el Komsomol, en 1937. «Orgulloso y feliz» de ser reconocido finalmente como un par, no tardó en convertirse en activista. Dmitri identificaba su propio progreso con los objetivos del Partido. Consideraba que el Partido era una forma superior de comunidad, una «fraternidad de las mejores mentes y los mejores hombres», donde encontraría su salvación. Por consejo de su padre, Dmitri hizo una visita al comandante de la NKVI) del «asentamiento» y le pidió su ayuda para continuar sus estudios en la universidad. El comandante Nevolin era un buen hombre. Sintió pena por el pobre joven, cuyos logros escolares conocía, y advirtió de inmediato que era alguien que merecía su ayuda. Nevolin le dio a Dmitri un pasaporte y 100 rublos, más de dos meses de jornal del asentamiento, y lo envió a Perm con una carta de recomendación de la NKVD, que le permitió inscribirse como estudiante en la carrera de física de la universidad.

Dmitri nunca intentó esconder su origen *kulak*. Lo declaró en un cuestionario que debió completar para su ingreso a la universidad, y a partir de entonces tuvo que sufrir el hostigamiento de sus compañeros. Finalmente huyó, convencido de que cuanto más lejos fuese, más posibilidades tendría de estudiar sin el peso de su pasado sobre sus espaldas. Primero se registró en el Instituto de Minería de Sverdlovsk, luego se trasladó todavía más al este, a Omsk,

donde estudió en el Instituto Agrícola. Pero hasta allí también lo persiguieron sus orígenes. A seis semanas de haber empezado el primer semestre, Dmitri recibió una llamada del decano, quien le informó de que debía abandonar de inmediato el instituto: habían recibido órdenes de expulsar a los hijos de *kulaks*, sacerdotes y demás «elementos sociales extraños». Totalmente descorazonado, decidió regresar a la región de Kurgan, donde todavía le quedaban algunos parientes. Era eso o regresar al «asentamiento especial»: no tenía otro lugar adonde ir. Dmitri fue entonces a ver su antigua maestra, en la escuela de la aldea donde había estudiado de niño, antes de marchar al exilio. La maestra lo recordaba bien, y le ofreció dar clases como profesor de física. Dmitri no tenía diploma de ningún instituto superior, pero a decir verdad bastaba con que conociera a fondo la historia del Partido escrita por Stalin, el Curso Breve, y ése era casualmente su libro favorito. Enseñó en la escuela durante un año. En el verano de 1939, fue a visitar a sus padres a Chermoz, quienes le habían escrito que las condiciones de vida en el «asentamiento especial» habían mejorado notablemente.



El profesor de física Dmitri Streletski (sentado en el extremo derecho) con alumnos de séptimo grado en el «asentamiento

especial» de Chermoz, septiembre de 1939. De pie a la derecha, Viktor Bezgodov, director de la escuela.

En realidad, en cuanto puso un pie en el asentamiento, el nuevo comandante del lugar, un hombre mucho menos compasivo que Nevolin, lo mandó arrestar de inmediato, confiscó su pasaporte y amenazó con enviarlo a los campos de trabajo. Una vez más, Dmitri se salvó por su brillante historial de calificaciones. El director de la escuela de Chermoz, que recordaba a su alumno estrella, apeló a la NKVD con la excusa de estar desesperadamente necesitado de personal docente. Y así fue como le permitieron quedarse. Dmitri enseñó en la escuela del asentamiento durante los siguientes dos años, hasta el estallido de la guerra, cuando fue reclutado por el Ejército de Trabajo y enviado a un aserradero (los hijos de los *kulaks* estuvieron exonerados del frente de batalla hasta abril de 1942).

A pesar de todos sus sufrimientos a manos del régimen soviético, Dmitri era un patriota que creía fervientemente en la justa causa del Partido, y deseaba con toda su alma llegar a ser parte de él. «Soñaba con ingresar en el Partido», explica:

> Quería ser reconocido como un ciudadano más, eso era todo lo que yo esperaba del Partido. No era para progresar en mi carrera. Para mí el Partido era un símbolo de honestidad y dedicación. Había gente honesta y buena que era comunista, y yo quería ser uno de ellos.

Cuando su solicitud fue rechazada en 1945, sufrió una gran desilusión, y al relatar la experiencia casi sesenta años después, sus manos vuelven a temblar de emoción mientras habla. Pero después de 1956, cuando el Partido hizo el intento de atraer a algunos miembros de grupos que Stalin había reprimido, fue finalmente admitido en esa fraternidad de pares a la que tanto había deseado pertenecer durante veinte años.[618]

4

Zinaida Bushueva fue condenada a ocho años en el Campo de Trabajo para Esposas de Traidores a la Madre Patria del ALZhIR, cerca de Akmolinsk, en Kazajstán. Después de cinco años en el campo, la transfirieron de la zona interior de la prisión al asentamiento circundante, donde las condiciones era mejores y las familias a veces podían reunirse con los prisioneros. Zinaida escribió a su madre a Molotov. A pesar de estar desesperada por reunirse con sus hijas, Angelina y Nelli, Zinaida no quería «arruinarles la vida» y someterlas a las penurias de los campos de trabajo. En Molotov, por otra parte, la escasez de alimentos era crónica. Se trataba de una ciudad superpoblada a consecuencia de las evacuaciones de los territorios soviéticos arrasados por la guerra, y las familias de «enemigos del pueblo» como los Bushuev, que no recibían vales de comida ni tarjetas de racionamiento, vivían en condiciones desesperantes. La abuela de las niñas decidió que lo mejor era reunir a Angelina y a Nelli con su madre, Zinaida. Le parecía imposible que las condiciones en el campo pudiesen ser peores que en Molotov.

Izquierda: Zinaida con sus hermanos, 1936. Derecha: Zinaida (en el centro) en el ALZhIR, 1942. Las fotografías privadas de prisioneros del Gulag son una rareza, y las tomaban para enviarlas a sus familias. Aquí, las tres mujeres se han hecho fotografiar juntas para reducir costes.

Para que las niñas llegaran al ALZhIR, primero debían pasar, sin embargo, por un orfanato. Una vez que estuviesen bajo la tutela del Estado, Zinaida podría solicitar que fuesen transferidas al campo de trabajo donde ella se encontraba. Después de tres meses en el orfanato, Angelina y Nelli fueron recogidas por su abuela, quien las llevó en tren desde Molotov hasta Kazajstán, y llegaron a Akmolinsk muy tarde, en una noche de enero. Zinaida fue a esperarlas a la estación, donde las encontró sentadas en el andén, buscando abrigo de la tormenta de nieve que se había desatado. La mujer vestía una chaqueta a cuadros, pantalones y botas de fieltro: el atuendo de invierno habitual de los prisioneros. Cuando Nelli, que tenía nueve años, vio a su madre, se lanzó sobre ella y la rodeó con sus brazos. Pero la última vez que Angelina había visto a su madre tenía tan sólo dos años, y como no podía recordarla, retrocedía, llena de temor. «Esa no es mi mamá —decía la niña—, no es más que un campesino (*diaden'ka muzhik*) en ropa de invierno». Después de cinco años de duro trabajo,

Zinaida había perdido su aspecto y figura femeninos, y ya en nada se parecía a la imagen ideal de madre que Angelina se había construido en su mente a partir de las fotos familiares.[619]

El ALZhIR era el más grande de los tres campos de trabajo Gulag exclusivamente femenino. Los otros eran el campo de trabajo de Tomsk, y el campo de Temnikovski, en la república de Mordovia. Construido a toda prisa para cubrir la creciente demanda de centros de detención para las esposas de los «enemigos del pueblo», el ALZhIR recibió los primeros convoyes de mujeres convictas en enero de 1938. La mayoría de ellas fue alojada en los antiguos barracones de la antigua colonia para niños huérfanos que estaba bajo el control de la NKVD. Hacia 1941, la población estimada del campo ascendía a diez mil mujeres, que en su mayoría trabajaban en los cultivos, como Bushueva, o en las fábricas textiles que confeccionaban uniformes para el Ejército Rojo. Las condiciones de vida en los campos de Kazajstán eran buenas, comparadas con las de Siberia o el Extremo Norte. Pero para las mujeres del ALZhIR, en especial para las que habían crecido en medio de las comodidades de la élite soviética, la vida en los campos era durísima, sobre todo los primeros años. Inicialmente clasificado como establecimiento penitenciario de máxima seguridad, el ALZhIR aplicaba un «régimen punitivo especial» (*spets-rezhim*) a sus prisioneras, como parte de una campaña para reprimir a las «esposas de traidores». La zona interior de la prisión estaba separada de los barracones del asentamiento por una alambrada custodiada desde torres de vigilancia y patrullada por guardias con perros. Las mujeres debían levantarse a las cuatro de la mañana para ir a trabajar, y el último control antes de dormir era a medianoche. Sin embargo, muchas prisioneras recuerdan que los guardias eran tan ineficientes,

que muchas veces las despertaban de nuevo en medio de la noche para volver a pasar lista. Las raciones de comida dependían de la capacidad de cada interna para cumplir con su cuota de trabajo diaria: todo aquel que durante diez días seguidos fuese incapaz de completar el trabajo asignado era transferido a los «barracones de la muerte», donde se lo dejaba morir. «Todas las mañanas sacaban a los muertos en un carro y los enterraban en una fosa común en los confines del campo», recuerda un antiguo guardia. Lo más difícil de soportar para las internas era la prohibición de recibir correspondencia de sus familiares, una de las características del «régimen especial». Después de mayo de 1939, el «régimen especial» fue levantado, y el ALZhIR recibió la nueva categoría de «campo general de trabajo», y las condiciones de vida comenzaron a mejorar. A medida que más y más mujeres completaban su sentencia en el interior de la prisión o eran recompensadas por su trabajo con un traspaso adelantado al asentamiento del perímetro, los barracones fueron ampliados.[620*] La vida allí era mucho más tolerable. No había alambradas, las mujeres eran escoltadas por los soldados al trabajo por la mañana, y contadas por la noche al volver, pero, por lo demás, nadie las molestaba. En el «club» del asentamiento, la vida cultural era muy activa, bajo los auspicios del comandante del campo, Sergei Barinov, a quien todos recuerdan como un muy buen hombre. Muchas internas eran esposas o familiares de veteranos bolcheviques y oficiales del Ejército Rojo, entre ellas escritoras, actrices y cantantes, y hasta solistas del Teatro Bolshoi de Moscú. Según Mijail Iusipenko, subcomandante del ALZhIR, el primer convoy de prisioneras incluía ciento veinticinco médicas, cuatrocientas enfermeras calificadas, cuarenta actrices y trescientas cincuenta pianistas. Mijail Shreider, segundo al mando de la NKVD de Kazajstán, recuerda su malestar

cuando se vio obligado a visitar el ALZhIR, donde estaban recluidas tantas de las esposas de sus antiguos colegas, «por las que yo nada podía hacer». El administrador del campo le aseguró a Shreider que las condiciones de vida de las prisioneras del ALZhIR eran buenas, pero de todas formas le siguió pareciendo «un lugar ominoso», igual de malo que cualquier otro campo del Gulag, no tanto por las condiciones físicas, sino por la enorme cantidad de madres separadas de sus hijos.[621]

En este sentido, los Bushuev tuvieron la suerte de poder estar juntos. Cuando transfirieron a Zinaida a los barracones del asentamiento, su hijo Slava, que desde su llegada al ALZhIR estaba internado en un orfanato, pudo reunirse con su madre. El traslado de Zinaida también significaba que Nelli y Angelina podrían estar con ella. Vivían todos juntos en uno de los barracones, donde había dos niveles de hileras de tablones para dormir. Angelina lo recuerda:

> Las otras mujeres se las habían arreglado para dejarnos vivir como familia en uno de los rincones, dos en la hilera de arriba y dos en la de abajo, una mesita de noche y un pequeño anaquel rinconero que era todo nuestro, donde guardábamos el pan y el dulce… En la cantina nos daban la comida, y nosotros comíamos sentados sobre nuestro tablón de dormir… Nunca nadie nos robaba nada… En nuestro barracón había cuatro familias, y cada una tenía su rincón, donde disfrutar de un poco de privacidad. Todos estábamos de acuerdo en que era lo mejor.

Angelina y Nelli fueron a la escuela en el campo de trabajo. Y hasta se unieron a los Pioneros que operaban en el campo alentando a los hijos de los «enemigos del pueblo» a cultivar y desarrollar los valores soviéticos. Como en el campo no había bufandas rojas, las pioneras se las fabricaban ellas mismas, tiñendo jirones de algodón con la sangre de los mosquitos que infestaban las instalaciones.[622]

Sin embargo, la mayoría de las mujeres del ALZhIR tenían poca o ninguna relación con sus familias. Cuando el ALZhIR

se convirtió en un campo general de trabajo, las reclusas tuvieron permiso para escribir y recibir cartas, siempre de acuerdo con las normas epistolares estipuladas por el Código del Gulag de 1939: se permitía a los prisioneros un paquete y una carta al mes, o cada tres meses si, como en el caso de la mayoría de las mujeres en el ALZhIR, eran convictas por crímenes «contra la Revolución». Pero en realidad la cantidad de cartas que recibía cada mujer dependía del capricho de los guardias, del funcionamiento interno del campo y de su ubicación geográfica, pues algunas eran tan remotas que no llegaba hasta ellos el correo. Inna Geister recuerda el complejo operativo destinado a enviar paquetes a su madre al ALZhIR.



Niños en ALZhIR, 1942. Slava Bushuev, a la derecha.

Las oficinas de correos normales no aceptaban despachos con destino a los campos de trabajo. Para eso estaban las oficinas especiales, pero como no se anunciaba públicamente su ubicación (no olvidemos que las autoridades soviéticas no reconocían la existencia de los campos), la gente debía guiarse por la información o los rumores que circulaban en las colas de espera de la prisión. En 1938, fueron cancelados todos los envíos procedentes de Moscú; por lo tanto, Inna debía viajar hasta Mozhaisk, una ciudad a 100 kilómetros al sudoeste de Moscú, y luchar con la multitud para entregar un paquete en un vagón determinado de un tren especial de prisioneros con

destino a Kazajstán.[623]

Para las mujeres del ALZhIR, verse privadas de esas cartas era una forma de tortura, y más de una vez hicieron oír su queja. Cuando Esfir Slavina, esposa del jurista Ilia Slavin, llegó al ALZhIR en 1938, se quedó horrorizada al comprobar el gran número de adolescentes (muchas de ellas menores incluso que su hija Ida, de dieciséis años) que de alguna manera habían terminado en un campo de trabajo. Esfir temía que Ida también estuviese prisionera en un campo, en alguna parte, pero no tenía derecho a mantener correspondencia y no sabía nada de su hija. De hecho, Ida estaba en ese momento en Leningrado tratando de valerse por sí misma, en casa de diversos compañeros de escuela, y enviaba a su madre todas las semanas paquetes que jamás llegaron a sus manos. Esfir inició una huelga de hambre. Era el primer signo de protesta que se registraba en el ALZhIR, donde las prisioneras, en su mayoría miembros del Partido o esposas de bolcheviques, seguían siendo leales al régimen soviético y hacían su trabajo a conciencia y sin quejarse. Esfir no estaba involucrada en política y jamás había prestado atención a los asuntos legales de su marido: su único interés era su familia. Cuando se negó a comer fue trasladada a un pabellón de castigo, pero con el correr de las semanas y a medida que la mujer se acercaba al colapso físico, los administradores de la prisión le permitieron recibir cartas de su familia. Es posible que la huelga de hambre no fuera el factor determinante: cuesta imaginar que las autoridades del campo se preocupasen por la vida o la muerte de un individuo. Por otra parte, ya estaba en curso el traspaso del ALZhIR de su «régimen especial» al de «campo general de trabajo», que permitiría de todas formas a las prisioneras recibir correspondencia de sus familias. Lo más probable es que a los funcionarios les preocupara la reacción de las otras

internas si Esfir moría, pues ya hacía tiempo que el tema de la correspondencia era un punto sensible, y las quejas por la falta de correo eran cada vez más frecuentes. Pocos días después de la capitulación de las autoridades del campo, Ida fue convocada al cuartel general de la NKVD en Leningrado, donde se le informó de que podía enviar un paquete a su madre. El envío llegó durante los meses de invierno de 1940, época del año en que casi nadie en el ALZhIR recibía cartas, y menos aún paquetes. El triunfo de Esfir la había convertido en una heroína. Cientos de mujeres se reunieron en el barracón para observar el tan preciado contenido del paquete, y muchas cobraron valor para reclamar por ellas mismas ante las autoridades del campo.[624]

A medida que se flexibilizaron las restricciones a la correspondencia, las mujeres del ALZhIR comenzaron a desnudar su corazón en las cartas, y enviaban pequeños obsequios a sus hijos dentro del sobre como prueba de su amor. «Hasta tal punto deseábamos que nuestros hijos tuvieran algo hecho con nuestras manos», recuerda una de las prisioneras del ALZhIR.[625]

Dina Ielson-Grodzianskaia fue condenada al ALZhIR en 1938, después del arresto de su marido Yevgeni, director de la Escuela Técnica Superior de Moscú, en diciembre de 1937 (fue fusilado en 1938).

Tanto la hija de pareja, Gertrud (Gerta), que entonces tenía cinco años de edad, como su hermano menor fueron adoptados por una tía. Agrónoma calificada, Dina desempeñó un papel fundamental en la organización agrícola del campo, y se convirtió en una de esas personas «de confianza» del Gulag, que trabajaban como especialistas o colaboraban con las autoridades del campo para obtener esas pequeñas ventajas que podían significar la diferencia entre la vida y la

muerte.[626] A diferencia de las demás prisioneras, Dina tenía permiso para enviar y recibir cartas y paquetes con bastante regularidad. Solía enviar a su hija algo hecho a mano por ella misma, una prenda de ropa o un juguete, y hasta una vez una hermosa toalla bordada con animales, que Gertrud atesoró toda su vida. «Siempre la tuve junto a mi almohada, sin importar dónde me encontrase, incluso en dormitorios comunes para estudiantes, en todos y cada uno de los lugares donde viví —recuerda—. Esa toalla era la prueba de que tenía esa madre de cuento de hadas que habitaba en mi imaginación. Yo había llenado su ausencia con una imagen de madre buena y hermosa, pero que vivía muy, muy lejos».[627]

La añoranza de la madre encuentra su parangón en el anhelo de un hijo, incluso en las condiciones de un campo de trabajo. Hava Volovich, tipógrafa ucraniana, tenía veintiún años cuando fue arrestada y condenada a un campo de trabajo en el Extremo Norte, en 1937. Sola y aislada, ansiaba tener un hijo, sentir la alegría del amor de un niño.



Detalle de la toalla bordada por Dina para Gertrud.

Era un sentimiento compartido por muchas mujeres del campo, como recuerda en sus conmovedoras memorias:

> Nuestra necesidad de amor, de ternura, de caricias, era desesperante, rayana en la locura. Todas queríamos un hijo, el ser más querido y cercano, por quien poder dar la propia vida. Tenía tanta necesidad de tener una mano para tocar que fuese mía, alguien en quien apoyarme durante esos largos años de soledad, opresión y humillaciones.

Hava tuvo un amorío con un hombre no identificado («no

escogí al mejor de todos en ningún aspecto») y concibió a una niñita de rizos dorados a la que llamó Eleonora. El campo no tenía instalaciones específicas para madres. En el barracón donde Hava dio a luz, había tres parturientas más, hacinadas en una pequeña habitación.

> Llovían chinches y pulgas de las vigas del techo sobre las camas, y pasamos toda la noche limpiando a los recién nacidos de bichos. Durante el día, debíamos salir a trabajar y dejábamos a los niños con alguna mujer vieja ya excusada de sus labores, que podía comer de la comida que dejábamos para las criaturas.

La maternidad dio a Hava un nuevo propósito y aliciente en la vida:

> No creía ni en Dios ni en el diablo. Pero cuando tuve a mi hija, desee con todo mi corazón que existiera un Dios… Rogué a Dios que prolongara mi sufrimiento mil años mientras no me apartara de mi hija. Rogaba que me liberaran junto con ella, aunque tuviese que arrastrarme y mendigar. Rogaba que me dejaran criarla hasta que fuera adulta, aunque tuviese que vivir de la caridad de la gente. Pero Dios no escuchó mi plegaria. No había dado todavía sus primeros pasos, apenas le escuché decir sus primeras palabras, ese primer «mamá» que llena de sol el corazón, que ya nos cubrieron de andrajos y, a pesar del crudo frío del invierno, nos subieron a un camión de carga y nos transfirieron a un «campo para madres». Y allí mi rollizo angelito de cabellos dorados pronto se convirtió en un fantasma pálido de profundas ojeras violáceas y llagas en los labios.

Destinaron a Hava a una brigada de leñadoras y luego a un aserradero. Sobornaba a las enfermeras del hogar de niños para que le permitieran ver a su hija fuera de los horarios de visita permitidos, antes del recuento de la mañana y durante la hora del almuerzo. Lo que veía no era nada tranquilizador:

> Vi cómo las enfermeras despertaban a los niños por la mañana. Los sacaban de la cama a patadas y los empujaban a golpes, les arrancaban los camisones con insultos y los bañaban con agua helada. Los niños no podían ni llorar. Resoplaban suavemente como los ancianos y exhalaban un silbido profundo y grave. A veces ese horrendo silbido sonaba durante días cerca de los catres. Los niños que ya tenían edad para caminar o gatear permanecían tumbados sobre sus espaldas, con las rodillas apretadas contra el estómago, y hacían ruidos extraños, como el gorjeo ahogado de las palomas.

Una de las enfermeras, responsable de diecisiete niños, había encontrado el modo de acelerar su tarea:

> La enfermera traía un cuenco de humeante avena cocida de la cocina, y lo repartía en platos diferentes. Cogía al niño que tenía más a mano, le ataba los brazos a la espalda con una toalla y comenzaba a cebar al crío con cuchara tras cuchara de comida, no dándole casi tiempo a tragar, como si estuviera cebando a un pavo.

Las enfermeras sólo se ocupaban como es debido de sus propios hijos, y ellos eras los únicos, recuerda Hava, «que vivieron para ver la libertad». Eleonora enfermó. Tenía el cuerpo cubierto de moretones:

> Nunca olvidaré el modo en que me tomó del cuello con sus manitas escuálidas y gimió, «Mamá, ¡vamos a casa!». No había olvidado el barracón infestado de bichos donde había llegado al mundo, donde había estado con su madre…
>
> La pequeña Eleonora (…) pronto se dio cuenta de que su anhelo de una «casa» era vano. Ya no extendía los brazos hacia mí cuando iba a visitarla: me daba la espalda sin decir nada. Su último día de vida, cuando la alcé para amamantarla (algo que tenía permitido), se quedó mirando al vacío con los ojos muy abiertos, después presionó sus pequeños y débiles puños contra mi mejilla, se prendió a mi pecho y lo mordió. Luego señaló hacia su camita. Esa tarde, cuando volví con mi carga de leña, su catre estaba vacío. La encontré en la funeraria. Desnuda, entre los cuerpos de prisioneros adultos. Había estado en este mundo un año y cuatro meses, y murió el 3 de marzo de 1944.[628]

La mayoría de los campos de mujeres tenían también un hogar para niños. En 1944, el complejo para niños del ALZhIR alojaba a cuatrocientos pequeños de menos de cuatro años, casi todos concebidos en el campo. En otros campos de trabajo algunas mujeres buscaban quedar embarazadas para quedar excusadas de los trabajos más pesados, recibir mejor alimentación o ser beneficiadas incluso con una amnistía, como sucedía a veces con las embarazadas.[629] La mayoría de las mujeres del ALZhIR no podían entrar en una amnistía porque cumplían condenas por «crímenes contra la Revolución», y las demás razones eran igualmente irrelevantes para la mayor parte de las prisioneras que daban

a luz en el campo. Según varios exprisioneras del ALZhIR, la mayoría de los cuatrocientos niños concebidos en cautiverio son fruto de la violación de sus madres a manos de los guardias, en especial de Mijail Iusipenko, subcomandante del campo, feroz depredador de las mujeres prisioneras. Años más tarde, solía jactarse de que en el ALZhIR «había tenido poder sobre varios miles de mujeres hermosas, esposas de líderes del Partido caídos en desgracia».[630]

Las relaciones sexuales entre prisioneras y carceleros no siempre eran consecuencia de una violación o del deseo de concebir. Algunas mujeres accedían a las exigencias sexuales de un guardia para obtener su protección: tener sexo con un hombre era mejor que ser violada por muchos. En los campos de trabajo mixtos (con áreas para hombres y áreas para mujeres), las mujeres también mantenían relaciones con los prisioneros «de confianza», gracias a cuya posición privilegiada podían acceder a comida y abrigo, o incluso a uno de los preciados empleos en la cocina o las oficinas del campo.[631] En esas relaciones reinaba la ley de la selva (el poder que tenían los prisioneros «de confianza» de proteger, hostigar o amenazar a las mujeres, que superaba ampliamente el poder sexual de éstas), pero desde el punto de vista de las mujeres, sólo estaban haciendo lo necesario para sobrevivir.

Ketevan Orajelashvili fue condenada a cinco años de trabajos en el ALZhIR tras el arresto de su esposo, Eugeni Mijeladze, director de la Ópera de Tiflis, en 1937[632*] Ketevan nada sabía del destino de su marido (fusilado en 1937), ni de sus dos hijos, Tina y Vajtang, quienes crecieron en una serie de orfanatos para ser luego enviados a campos de trabajo, hasta que alcanzaron la mayoría de edad. Ketevan era joven y bella. En el ALZhIR, había llamado la atención de varios guardias y funcionarios del Gulag, entre ellos Sergei Drozdov,

con quien se casó tras su liberación, en 1942. Vivieron junto a su hijo Nikolai, nacido en 1944, en Karaganda, donde Drozdov trabajó como oficial en la administración de los campos en Kazajstán.[633]

Liudmila Konstantinova, madre de Natalia y Elena, se había graduado en el Instituto Smolny para Jóvenes de la Nobleza de San Petersburgo. Su primer marido, semiólogo del Observatorio Pulkovo de Leningrado, fue arrestado en 1936. La propia Liudmila fue condenada a ocho años en un campo cerca de Magadán.



Ketevan, Sergei y su hijo Nikolai, Karaganda.

En 1938, Liudmila conoció a un compañero de prisión, Mijail Yefimov, mecánico de origen campesino que había cumplido una condena de tres años por «vandalismo» (lo habían arrestado durante una riña de borrachos), pero había decidido quedarse como trabajador voluntario en el campo, y tenía su propia casa en el asentamiento para empleados y guardias. Mijail se interesó en Liudmila. Al principio, ella rechazaba sus acercamientos, pues añoraba todavía el día en que podría reencontrarse con su marido y su familia (no sabía que lo habían fusilado). Pero luego Liudmila cayó enferma por una infección renal. Mijail le enviaba cartas de amor y dinero como obsequio. Le llevaba comida. Liudmila nunca se recuperó del todo de su enfermedad. Con el tiempo, ella

perdió las esperanzas de volver a ver a su marido, y asumió que había muerto. Entonces se volvió más y más dependiente de Mijail, que la cubría de atenciones. Cuando le concedieron el divorcio de su marido (no era difícil divorciarse de un «enemigo del pueblo»), Liudmila se casó con Mijail, y tras su liberación, en 1945, se instaló con él en Rostov-on-Don.[634]

Las mujeres del campo no sólo buscaban la protección de los funcionarios del Gulag. El destino de las prisioneras podía estar a veces atado a protectores poderosos ajenos al campo. Liuba Golovnia, exesposa del cineasta Anatoli Golovnia, estuvo presa en el ALZhIR. Liuba fue arrestada y condenada a cinco años en los campos de trabajo en abril de 1938, cuatro meses antes del arresto de su segundo esposo, Boris Babitski, jefe de los estudios Mezhrabpomfilm de Moscú, fusilado en 1939. Liuba pensaba que la habían arrestado por comprar muebles en los almacenes de la NKVD de Leningrado (se sentía culpable de haber comprado mobiliario confiscado de casa de los arrestados, y a su regreso de los campos, lo vendió todo). La realidad es que había sido arrestada por ser la esposa de Babitski, nada más. Babitski estaba involucrado en un escándalo que condujo a la detención de docenas de personalidades de la cinematografía soviética. Las exitosas canciones de la película de Gregori Alexandrov *Veselye rebiata* («Tipos alegres») habían llegado de alguna manera a Estados Unidos, donde fueron editadas en un disco de fonógrafo, lo que condujo a la investigación de espionaje en los estudios Mezhrabpomfilm, en 1937 y 1938.

Cuando Liuba fue arrestada, los tres hijos de la pareja (de tres matrimonios diferentes) fueron retirados por la NKVD de los apartamentos que la familia ocupaba en el hotel Comintern: Aliosha, de dos años de edad, hijo del matrimonio de Liuba con Babitski, fue enviado a un orfanato

en el centro de Moscú, mientras que Volik, hijo de trece años del primer matrimonio de Babitski, y Oksana, de once, hija de Liuba y Anatoli, fueron ambos llevados al centro de detención para niños que la NKVD tenía en el monasterio Danilov. Oksana permaneció hacinada en una de las celdas del monasterio con otras veinte chicas. Volik fue llevado a un área especial para mayores de doce, pues ya había alcanzado la edad de imputabilidad y era penalmente responsable, por lo que debían trasladarlo a los «campos especiales» para adolescentes y colonias penales administradas por la NKVD. Le tomaron las huellas dactilares y fotos para su prontuario.

Unas semanas después, el padre de Oksana, Anatoli Golovnia, apareció en el monasterio. Oksana recuerda el momento en que vio de pronto a su padre en el patio. Vestía chaqueta de cuero larga y estaba de espaldas, pero ella lo reconoció incluso desde lejos y empezó a gritar «¡papá, papá!» desde la ventana de su celda y tan fuerte como podía. Anatoli caminó hacia el portal. Estaba a punto de irse, pues el director le había informado de que la niña no estaba allí. Una de las infames camionetas de la NKVD que recogía a los sospechosos de sus hogares, pasó junto a Anatoli y atravesó la reja. El ruido del motor ahogaba los gritos de Oksana, que se desgañitaba para llamar la atención de su padre. Sabía que ésa sería su última oportunidad, y soltó un último grito. Esta vez Anatoli se volvió. Ella gritó de nuevo, sin dejar de agitar las manos por entre los barrotes de la ventana. Anatoli examinó con la mirada el edificio. Eran tantas las ventanas y tantas las caras, que Golovnia tardó en identificar a su hija, pero finalmente su ojo de camarógrafo dio con ella. Corrió nuevamente al despacho del director, donde fue convocada también Oksana. Ella le dijo a su padre que Volik se encontraba también en el monasterio. Sacarla a ella era relativamente sencillo, ya que seguía siendo legalmente su

hija. Pero rescatar a Volik, quien ya era considerado un adulto y además no era hijo de Anatoli, requeriría recurrir a sus contactos en la NKVD. Después de horas de negociación y unas cuantas llamadas telefónicas a Lubianka, Volik fue liberado. En cuanto a Aliosha, Anatoli no logró averiguar nada. Pero Oksana recordaba que el vehículo de la NKVD se había detenido para dejarla antes de llevarlos a ella y a Volik al monasterio. Junto con su padre, Oksana reconstruyó la ruta que habían recorrido desde el apartamento de los Babitski en el hotel Comintern. Una vez localizado el orfanato, Anatoli «entró y media hora después apareció con Aliosha en brazos», recuerda Oksana.[635]

Los tres niños encontraron refugio en el hogar de Anatoli, dos pequeñas habitaciones en un apartamento comunal en el centro de Moscú que compartía con su madre, la arrogante Lidia Ivanovna. Un año más tarde, en septiembre de 1939, la madre de Volik apareció para recogerlo, y se fueron ambos al campo. La hermana mayor de Liuba, Polina, se llevó a Aliosha a la dacha que los Babitski tenían en Kratovo, donde vivieron con la hermana de Polina, Vera, y su padre, en dos pequeñas habitaciones. El tercer cuarto, el más grande, era ocupado por otra familia. Polina trabajaba en Moscú y a veces pernoctaba en casa de Anatoli. Viuda dos veces y sin hijos propios, Polina aceptaba con estoicismo los sufrimientos de su vida. Después del arresto de su hermana, la habían desalojado de su hogar y había perdido su empleo de secretaria del Teatro Maly de Moscú. Trabajó durante un tiempo como guardia del Museo del Teatro de Moscú, pero fue despedida también de allí, y terminó como operaría en una fábrica.[636]

De Liuba no se supo nada durante un año. El «régimen especial» del ALZhIR prohibía a los prisioneros recibir o enviar cartas a sus familias. Luego, en la primavera de 1939,

en cuanto el «régimen especial» quedó sin efecto, llegó un telegrama de ella. Polina respondió a su hermana, e iniciaron una fecunda relación epistolar, referida sobre todo a cuestiones domésticas y a la crianza de los hijos, aunque, según afirma Oksana, también hablaban de muchas otras cosas, pero en código, para que escapase al control de los censores. Polina era una hermana abnegada, y escribía a Liuba casi todas las semanas. Le enviaba dinero, libros, ropa, artículos escritos a máquina extraídos de las revistas y fotografías de los niños, en especial de Aliosha.

Anatoli escribía a Liuba con menos frecuencia, y sus cartas eran por lo general de otro tenor. Solía enviarle dinero, paquetes con comida, y una vez hasta un manual para proyeccionistas, para que aprendiera un oficio útil. Durante el primer año, Liuba había trabajado en una cantera de construcción, pero se había caído y roto una mano cargando postes de madera y Barinov, comandante del campo, le asignó tareas más livianas; después de recibir una petición de Anatoli, permitió que la mujer se ocupara de la sala de cine del club de oficiales. Y fue ése el único privilegio que Liuba obtuvo de Barinov. En 1942, murió Polina en Dzhambul, Kazajstán, adonde había huido con Aliosha cuando en enero de ese año comenzó a temer su propio arresto. Aliosha fue internada en un orfanato por unos parientes lejanos, quienes información a Liuba enviando un telegrama al ALZhIR. Liuba obtuvo permiso para viajar hasta Dzhambul, varios cientos de kilómetros al sur de Akmolinsk, retirar a Aliosha del orfanato y regresar con el niño para vivir en el asentamiento que rodeaba el ALZhIR. Se trataba de una concesión extraordinaria para una prisionera, y Barinov, que firmó los papeles de salida, corrió un gran riesgo al hacerlo. Es probable que la belleza de Liuba tuviera su peso a la hora de ofrecerle esos privilegios, aunque ésa bo es la opinión de sus

compañeros de cautiverio, quienes enfatizan en cambio la influencia de Anatoli Golovnia. Las cartas de Anatoli a Liuba parecen escritas sin temor a los censores, y en varias de ellas critica incluso a las autoridades del cine soviético. Anatoli escribía acerca de su amor por Liuba, la perdonaba por haberlo dejado y le encarecía que volviese con él cuando la liberaran («que puede ser más pronto de lo que crees… Creo que puedo tener éxito si hago una solicitud por ti a las autoridades»). Como Liuba ignoraba la suerte que había corrido Babitski, desalentaba a su exmarido. Pero Anatoli perseveró. Le escribió sobre el éxito de sus películas *Minin y Pozharski* (1939) y *Suvoyov* (1941), sobre los premios que recibía (la Orden del Trabajo Rojo en 1940 y el Premio Stalin en 1941), y sobre la prosperidad de su vida y las fiestas a las que asistía en el Kremlin. Jugaba con las emociones de Liuba, recordándole lo mucho que la necesitaba su hija: «Voy a esperarte y a rezar por tu regreso, aunque sólo sea por el bien de Oksana. Soy un mal padre, como sabes, y no puedo dedicarle demasiado tiempo. Y nuestra hija está en una edad en la que necesita más que nunca la figura de una madre. Conmigo tiene vergüenza».[637] Anatoli debía de saber que Babitski no regresaría. Se lo dejó muy claro a Liuba, y trató de que entendiera que estaría mejor con él. También quería creer que tenía suficientes influencias como para acelerar su liberación, o al menos quería que Liuba tuviese la impresión de que podía hacerlo siempre y cuando ella accediera a regresar con él.

5

En enero de 1939, el escritor Konstantin Simonov se casó con Yenia Laskina, la menor de una las tres hijas de Samuil Laskin, compañero de estudios de Simonov en el Instituto Literario desde 1936. El romance había comenzado la primavera anterior, cuando Simonov estaba todavía casado con Natalia Tipot, otra compañera de clase, aunque en aquellos años los matrimonios civiles que se constituían en los círculos de la bohemia estudiantil moscovita no tenían entidad real. Según Yenia, Simonov comenzó a cortejarla con un poema romántico («Cinco Páginas») originalmente escrito para Natalia. Era quizá costumbre entre los jóvenes poetas reciclar los poemas de amor para utilizarlos en nuevas conquistas sexuales, y ciertamente era un procedimiento típico de la relación de Simonov con las mujeres en ese entonces. Era rápido y torpe, rápido para perder la cabeza por amor, y sexualmente inexperto.[638]

Yenia era una mujer pequeña, casi «tamaño de bolsillo», y de agradables facciones. Pero Simonov se sentía atraído sin duda también por sus cualidades espirituales: era generosa, paciente, devota de sus amigos y poseía la rara habilidad de llevarse bien con todo el mundo y de llegar a todos con su bondad, un talento heredado de su padre. Yenia era secretaria de la Unión Estudiantil del Instituto Literario. Durante las reuniones de purgas llevadas a cabo en el instituto en 1937, durante las cuales Simonov denunció a Dolmatovski, ella

defendió con valentía a dos estudiantes extranjeros (en desventaja para defenderse por sí solos), cuyo trabajo para ella había sido injustamente criticado por el plantel docente.[639] Lo que a Yenia le atrajo de Simonov es difícil de explicar. Se enamoró de él y lo amó durante toda su vida. Sin duda que le atraía su apariencia, ya que era apuesto, así como su talento poético y su inteligencia, su virilidad y sus dotes de líder, que en el instituto siempre le habían hecho destacar.

Ocho meses después de su boda, en agosto de 1939, nació su hijo Alexei. El parto fue difícil, y tanto Yenia como Alexei enfermaron y debieron permanecer aislados en el hospital durante varios días. «Te quiero mucho mi querida, nuestra vida juntos será maravillosa, estoy convencido», escribió Simonov a su mujer.

> Hablé con el doctor, dijo que todo está bien. Y que el bebé se va a recuperar muy pronto. Escríbeme lo que más te gusta de nuestro hijo… Hoy comencé un poema nuevo. A partir de ahora voy a escribir todos los días… Mi amor, tengo tantos deseos de escuchar tu voz, de ver tu carita, que debe de estar pálida y delgada… Pregunta si puedo enviarte hígado cebado de ganso.[640]



Yenia y Konstantin durante su luna de miel en Crimea, 1939.

Poco después del nacimiento de su hijo, Simonov recibió su primera misión como corresponsal de guerra. El periódico *Geroicheskaia Krasnoarmeiskaia* («Heroico Ejército Rojo») lo

envió a Jalkin Gol a cubrir el conflicto entre la Unión Soviética y Manchuria, controlada por los japoneses. Desde Mongolia, donde la Unión Soviética tenía concentradas sus fuerzas, envió a Yenia una carta con el poema «Una fotografía».

No llevo en mi viaje fotos tuyas,
sin ellas, mientras recordemos, nos podremos ver.
El cuarto día, con los Urales, a lo lejos
escondo esos recuerdos a mis curiosos vecinos.[641]

La batalla de Jalkin Gol (conocida en Japón con el nombre de Incidente Nomonhan) fue el enfrentamiento decisivo de una guerra fronteriza que se venía gestando desde la invasión japonesa de Manchuria y el establecimiento del gobierno títere de Manchukuo, en 1932. Stalin desconfiaba de las ambiciones imperiales de Japón sobre Siberia y también sobre Mongolia, que si bien era nominalmente parte de China, estaba bajo influencia soviética desde 1921. Cuando comenzaron las escaramuzas entre mongoles y japoneses en la frontera en disputa, Stalin envió un gran número de fuerzas: cincuenta y siete mil soldados de infantería, artillería pesada, quinientos tanques y los mejores aviones de la Fuerza Aérea Soviética, todo al mando de la estrella en ascenso del Ejército Rojo, el general Georgi Zhukov. Las fuerzas soviéticas obligaron al ejército de Kwantung a retroceder desde la ribera del río Jalkin Gol, donde los japoneses sostenían que se encontraba la frontera, hasta Nomonhan, 16 kilómetros al este, la frontera según los rusos. Apabullados por el enorme despliegue de artillería y tanques del Ejército Rojo, el 16 de septiembre los japoneses pidieron un alto el fuego. Los soviéticos se adjudicaron una victoria aplastante. El Ejército Rojo era efectivamente invencible, tal como lo afirmaba la propaganda soviética. La realidad, sin embargo, era mucho menos heroica. Como Simonov pudo comprobar por

experiencia propia, las pérdidas del lado soviético habían sido mucho mayores que las reconocidas por el gobierno (el Ejército Rojo declaraba nueve mil muertos y heridos, pero la cifra verdadera ascendía a veinticuatro mil, de los cuales siete mil habían muerto en acción).[642] Y las imágenes eran pavorosas. Frustrado al ver cómo la censura manipulaba las noticias de la guerra, Simonov decidió ofrecer una versión más verídica de los hechos en su poesía. «*El tanque*» narra la historia de un pelotón de soldados soviéticos que sufre enormes bajas durante la pírrica victoria contra los japoneses. Los soldados dejan atrás un tanque quemado que el poeta levanta como símbolo de su arrojo y sacrificio. El controlador político de Simonov era nada más y nada menos que Vladimir Stavski, exdirigente del Sindicato de Escritores, que ya lo había censurado por mantener conversaciones «antisoviéticas» en 1937. Stavski impidió la publicación del poema de guerra, y aconsejó a Simonov que recordase la misión de propaganda que tiene todo escritor, en este caso, presentar una imagen positiva y triunfalista de la guerra. Con esa intención, Stavski le sugirió que reemplazara la imagen final del tanque quemado por la imagen de un tanque nuevo.[643]

El conflicto fronterizo con Japón acrecentó el miedo de Stalin a quedar atrapado en una guerra de dos frentes con los integrantes del Eje. En la primavera de 1939, los ejércitos de Hitler invadieron Checoslovaquia, y no encontraron oposición ni de Francia ni de Inglaterra, que seguían intentando apaciguar a Hitler, pero que a los ojos de Stalin sólo estaban logrando alentar a nazis y japoneses a dirigir sus ataques contra la Unión Soviética. A pesar de las conversaciones entre Francia, Gran Bretaña y el gobierno soviético para conformar una alianza en defensa de Europa oriental y los Estados bálticos contra la agresión alemana, la

crisis checoslovaca demostró a Stalin que los poderes de Occidente no actuaban de buena fe. Los ingleses y franceses habían prolongado las conversaciones con los rusos durante toda la primavera de 1939, usando como excusa la renuencia de los polacos a permitir que el Ejército Rojo atravesara masivamente Polonia con sus tropas. Querían contar con el apoyo de la Unión Soviética para disuadir a los nazis con diplomacia, pero todavía no estaban dispuestos a firmar un pacto militar con Stalin. Mientras tanto, los alemanes intentaban un acercamiento con el gobierno soviético, cuya neutralidad era esencial para el éxito de la planeada invasión a Polonia. Se proponían dividir Europa oriental en diferentes zonas de influencia, y en el reparto, la Unión Soviética se quedaba con Polonia oriental y las tierras del Báltico. En agosto, Stalin decidió que no podía seguir esperando a Francia y Gran Bretaña. Estaba convencido de que la guerra en Europa era inminente, y que la Unión Soviética no sería capaz por sí sola de resistir a la Alemania nazi, en especial con tantas fuerzas apostadas en Manchuria. Desde su punto de vista, no tenía más remedio que llegar a un acuerdo con Hitler. Fue a raíz de esa coyuntura específica de 1939, y no de complejas elucubraciones a largo plazo, que Stalin se decidió a firmar el célebre pacto de no agresión con la Alemania de Hitler, el 23 de agosto de 1939. Según lo veía el líder soviético, el pacto daba a la Unión Soviética suficiente margen para armarse en caso de ser necesario, y a la vez hacía del Este europeo y los países bálticos una zona de amortiguación muy útil entre Alemania y Rusia. Al mantenerse al margen de una guerra entre dos fuerzas que parecían hostiles a los intereses de la Unión Soviética (los poderes capitalistas de Occidente y los estados fascistas), Stalin esperaba que ambas facciones se desangraran en un interminable conflicto que incluso encendiera la chispa de la revolución en uno y otro lado

(como había sucedido en Rusia en 1917 con la Primera Guerra). Como dijo a la Comintern: «No nos oponemos [a la guerra], si pelean a fondo y se debilitan unos a otros».[644]

Una vez asegurada la neutralidad soviética, Alemania invadió Polonia occidental a principios de septiembre. Dos días más tarde, Francia y Gran Bretaña declararon la guerra a Alemania. Y poco después el Ejército Rojo entró en Polonia por el este, en consonancia con los protocolos secretos del pacto nazi-soviético, según el cual se habían dividido Europa oriental en dos zonas, una alemana y otra soviética. Después de la ocupación de Polonia, la Unión Soviética comenzó a presionar a los estados bálticos y a Finlandia para que aceptaran cambios fronterizos y bases militares soviéticas en el interior de su territorio. Estonia, Letonia y Lituania cedieron a las presiones soviéticas, y firmaron pactos de «defensa y asistencia mutua», que hicieron posible la ocupación por parte del Ejército Rojo. Las tropas invasoras soviéticas llegaban acompañadas de unidades de la NKVD, que se ocupaba de los arrestos y ejecuciones: quince mil polacos del POW y siete mil prisioneros más fueron ejecutados por la NKVD en la selva de Katyn, cerca de Smolensk, y al menos un millón de «elementos antisoviéticos» fueron deportados desde Polonia y los países bálticos. Finlandia demostró ser la menos condescendiente, negándose a aceptar la instalación de bases militares soviéticas en su suelo. En noviembre de 1939, los soviéticos lanzaron una invasión sobre Finlandia, muy seguros de ganar con facilidad después del éxito militar en Manchuria, Polonia y los países bálticos. Pero la guerra con Finlandia fue una catástrofe. Las tropas soviéticas no estaban preparadas para enfrentarse al duro invierno y nunca pudieron franquear las compactas defensas finlandesas. En el transcurso de cuatro meses, murieron ciento veintiséis mil soldados soviéticos, y

cerca de trescientos mil resultaron heridos, hasta que finalmente llegaron los refuerzos soviéticos, lograron quebrar las líneas de defensa, y obligaron a los finlandeses a capitular. [645]

Para Simonov, como para tantos otros comunistas de todo el mundo, el pacto nazi-soviético fue un golpe ideológico tremendo. La lucha contra el fascismo era uno de los pilares del pensamiento y la idiosincrasia comunistas. «Para mi generación, quienes cumplimos dieciocho años alrededor de la época en que Hitler ascendió al poder en 1933, la guerra con Alemania siempre fue algo inminente —recordaba Simonov en la década de 1970—. Para nosotros esa guerra no empezó en 1941, sino en 1933». Para los jóvenes de esa generación, que en tiempos de la Guerra Civil rusa no tenían aún edad para pelear, la Guerra Civil española tuvo un significado muy especial, y de ella extraían el material para sus fantasías heroicas. Pero también porque creían que la Guerra Civil española era la batalla inicial de la guerra definitiva entre el comunismo y el fascismo, que llegaría a su clímax en un duelo a muerte entre la Unión Soviética y la Alemania nazi. Simonov recuerda que «en Jalkin Gol vimos con nuestros propios ojos que esa lucha no era imaginaria ni una predicción para el futuro». Simonov estaba en Jalkin Gol cuando se enteró del pacto nazi-soviético. Con la mente plagada de imágenes sangrientas de la lucha de las fuerzas soviéticas contra Japón, Simonov creyó primero que el pacto era una decisión pragmática para impedir que Alemania «nos asestara un golpe fatal por la espalda». Incluso celebró la invasión soviética de Polonia y los países bálticos como medida de defensa necesaria contra el expansionismo militar alemán. Pero moralmente estaba confundido. Sentía que ese pacto significaba traicionar a Europa, traicionar la promesa comunista de defender al débil del poder de los tiranos, y no

se sentía cómodo con ese nuevo orden ideológico que, de un momento a otro, había vuelto inaceptable toda crítica a la Alemania nazi. «Eran los mismos fascistas de siempre —recuerda Simonov—, pero ya no podíamos escribir o decir a viva voz lo que pensábamos de ellos».[646]

Ese conflicto interior ha quedado reflejado en varios trabajos de Simonov, en especial en su primera gran obra teatral, *Un joven de nuestra aldea (Paren'iz nashego goroda)*, escrita en el otoño de 1940, a su regreso de Jalkin Gol. La pieza cuenta la historia del joven y atrevido Sergei, oficial del Ejército Rojo y entusiasta miembro del Komsomol, que regresa de la Guerra Civil española y se presenta como voluntario para pelear en Jalkm Gol. *Un joven de nuestra aldea llama* a alzarse en armas contra el fascismo, y por momentos parece incitar al público a la hostilidad contra la Alemania nazi, pero como el mismo Simonov destacaría más tarde, el alegato antifascista no podía ser más abierto a causa del pacto entre Hitler y Stalin. Cuando la obra se representó por primera vez, en el Teatro Lenin del Komsomol, en marzo de 1941, los actores tuvieron la libertad de manifestar su oposición al pacto dando mayor intensidad dramática a las líneas de diálogo que tenían una intención germanofoba.[647]

También otros conflictos, de orden más íntimo, recorren ese texto teatral. El héroe de la misma está inspirado en el poeta Mijail Lukonin (1918-1976), compañero de Simonov en el Instituto Literario que había peleado en la guerra con Finlandia. Lukonin tenía apenas tres años menos que Simonov, pero pertenecía a otra generación de poetas soviéticos, sobre todo por haber nacido después de 1917 y en el seno de una familia proletaria sin antecedente alguno de la cultura prerrevolucionaria que caracterizaba a la generación de Simonov. El escritor idealizaba a Lukonin: este joven

poeta, que antes de ingresar en el Instituto Literario en 1937 había trabajado en una fábrica de tractores de Stalingrado, encarnaba para Simonov el ideal de «escritor soviético y proletario» que él mismo tanto ansiaba ser. En 1939, Simonov entregó al dramaturgo Afinogenov una primera versión completa de *Un joven de nuestra aldea*. La obra le gustó, aunque señaló que el protagonista no tenía apellido. Simonov estaba bloqueado y no lograba decidir cómo llamarlo. Afinogenov le preguntó entonces qué apellido le hubiese gustado de haber podido elegir, quizá porque intuía que Simonov había dotado al personaje de todas las cualidades y virtudes que él mismo hubiese deseado tener. Sin dudarlo, Simonov contestó que le hubiese gustado llamarse Lukonin, y así fue como decidió el apellido del héroe de su pieza. El verdadero Lukonin no quedó muy complacido: «¿A ti te gustaría que yo escribiera una obra sobre un jugador de fútbol y le pusiera de nombre Simonov?».[648]

La heroína de *Un joven de nuestra aldea* también tiene referentes reales: Simonov escribió el papel protagonista femenino para Valentina Serova, estrella de la pantalla y los escenarios soviéticos de la época, de quien se había enamorado perdidamente. El escritor vio por primera vez a Valentina en una obra en el Teatro Lenin del Komsomol, poco después de regresar de Jalkin Gol, y aunque era un hombre casado y debía de saber que sus posibilidades de ganar el corazón de la dama no eran muchas, llevó su obra a ese teatro con la esperanza de estar cerca de la actriz. En la obra, el personaje femenino remeda a Valentina, pero no como era realmente, sino como Simonov quería que fuese: confiada, amorosa, paciente y benévola. Del mismo modo, el personaje masculino, Sergei Lukonin, es un retrato de cómo Simonov habría querido ser: más viril y valiente, más soviético que en la realidad. Esos dos ideales literarios basados

en Valentina y Simonov reaparecen en casi todos sus poemas, novelas y obras para la escena de la década de 1940.

Valentina era joven y hermosa, viuda famosa y estrella de cine, pero había una pequeña historia secreta de su pasado que la hacía vulnerable. Su padre, Vasili Polovik, ingeniero hidráulico de la región Jarov, al este de Ucrania, había sido arrestado en Moscú durante las purgas en la industria de 1930 —cuando Valentina tenía trece años—, y lo habían enviado a un campo de trabajo. Liberado en 1935, Vasili fue arrestado de nuevo en 1937, y condenado a ocho años en el campo de Solovetski. La madre de Valentina ocultó cuidadosamente toda esta información. La mujer era primera actriz del Teatro Kamerni de Moscú, donde Valentina pasó gran parte de su infancia. Cambió su nombre de Polovik (de origen ucraniano) a Polovikova (nombre ruso) e hizo todo lo que pudo por borrar hasta el último vestigio de su pasado ucraniano. Valentina fue educada para negar todo conocimiento de su padre, y durante los últimos años directamente decía que de niña nunca lo había visto. Y no fue sino hasta 1959, quince años después de su liberación del campo de trabajo de Solovetski, que reunió el valor necesario para encontrarse con su progenitor.[649]



Valentina Serova, 1940.

En 1935, Valentina ingresó en el Komsomol. No pasó mucho tiempo antes de que Alexandre Kosariov, un líder de la organización, pusiera sus ojos en ella. La reputación del hombre señalaba una decidida debilidad por las actrices jóvenes, un gusto que podía satisfacer a sus anchas gracias al control que ejercía sobre el Teatro Lenin de Moscú. Kosariov se encargó de inmediato de patrocinar la carrera de su hermosa y joven protegida, pero en noviembre de 1938 fue arrestado (y luego fusilado) en una purga general de la cúpula del Komsomol, a la que Stalin acusaba de no haber logrado librarse de los «elementos contrarrevolucionarios» en el interior de sus filas. Durante un banquete en el Kremlin, poco antes del arresto de Kosariov, Stalin se le había acercado y tras brindar con él, le dijo al oído: «¡Traidor, te voy a matar!». El arresto de su mecenas puso a Valentina en situación de riesgo, sobre todo cuando fue acusada de «contrarrevolucionaria» por un exnovio despechado, al que había abandonado por Kosariov. Llamada a declarar en su defensa durante una de las reuniones de purga realizada en el Sindicato de Trabajadores del Teatro, fue interrogada acerca del arresto de su padre y obligada a abjurar de él bajo pena de expulsión.[650]

Lo que salvó a Valentina finalmente fue la influencia de su nuevo marido, el famoso aviador Anatoli Serov, a quien había conocido en el transcurso de una velada organizada por Kosanov. Los pilotos ocupaban el lugar más alto del panteón de héroes soviéticos. En particular la aviación simbolizaba el poderío militar y el desarrollo de la Unión Soviética, y muchos jóvenes se unieron a la fuerza aérea seducidos por e\ glamour de los aviones. Serov era la imagen perfecta que necesitaba la propaganda: apuesto, cuidado, aspecto ruso saludable y orígenes perfectamente campesinos. Sus hazañas en la Guerra Civil española eran legendarias, y cuando

conoció a Valentina ya era un héroe nacional y una celebridad pública, uno de los pilotos más condecorados, y el favorito del Kremlin. Anatoli y Valentina se casaron diez días después de conocerse, y se mudaron al apartamento suntuosamente amueblado que acababa de desocupar Marshal Yegorov al ser arrestado en conexión con el caso Tujachevski. La pareja pudo gozar del decadente estilo de vida de la élite estalinista, con sus recepciones y fiestas nocturnas en el Kremlin. La desgracia se abatió sobre ellos con el primer aniversario de su boda: Anatoli murió en un accidente aéreo. Las circunstancias del hecho siguen siendo oscuras, pero se sabe que Serov y su copiloto, Polina Osipenko, volaban a baja altitud con mal tiempo. Los hombres fueron enterrados en el muro del Kremlin con todos los honores de Estado. Cuatro meses más tarde, en septiembre de 1939, Valentina dio a luz al hijo de Anatoli, a quien llamó como su padre. Como viuda de un héroe militar, gozaba de la protección de la cúpula del Kremlin, que la ayudó a lanzar su carrera como actriz de cine. Su primer papel importante fue el de la protagonista de *Una chica de carácter* (1939), un papel hecho a su medida. El mismo Stalin era uno de sus admiradores: en el banquete de su sexagésimo cumpleaños en el Kremlin, Stalin propuso un brindis por las viudas de dos famosos pilotos, Anatoli Serov y Valeri Chkalov, que estaban sentadas en un extremo de la mesa. Stalin invitó entonces a Valentina a acercarse a su mesa y brindar con él. Ella temblaba de pies a cabeza, derramando el vino. Valentina recuerda que entonces Stalin le apretó la mano y le dijo con calma: «No se preocupe, no pasa nada. Sea fuerte, camarada Serova. Nosotros no la abandonaremos».[651]

Ya en el verano de 1940, Simonov estaba muerto de amor por Valentina, pero ella no respondía a sus tanteos. No había terminado aún de hacer el duelo de su esposo, tenía un recién nacido, y no quería dar esperanzas a Simonov, un hombre

casado y con un bebé como el suyo. Simonov, Yenia y Alexei vivían en ese entonces en el apartamento Laskin de la plaza Zubov. Y aunque Yenia no comprendía el alcance del creciente interés de su esposo por la joven actriz, sin duda advertía sus frecuentes ausencias del hogar Laskin.[652] El matrimonio siguió adelante durante un año más, mientras Simonov insistía sin éxito en sus tanteos amorosos, pues no era el tipo de hombre en el que Valentina normalmente se habría fijado. Era demasiado agobiante en sus atenciones, demasiado serio y seco, y carecía de la elegancia y la desenvoltura de sus anteriores pretendientes, todos hombres más poderosos y exitosos que Simonov. Durante el primer ensayo de *Un joven de nuestra aldea*, Simonov le preguntó a Serova qué opinaba de la obra. Ante todo el mundo, ella le dijo que era «una obra de mierda». Ni siquiera esto lo desanimó. La cubría de regalos. Escribía obras con papeles para ella. Pero más que nada le enviaba poemas, muchos de ellos reciclados:

> No llevé fotos en mis viajes.
> En vez de eso, escribí poemas para ti.
> Los escribí por tristeza
> Por añorarte.
> Y conmigo te llevé…

Poco a poco, gracias al poder de su pluma, logró ablandarla. Pero no fue hasta 1943, cuando Simonov se convirtió en el poeta favorito del país y en un hombre influyente en el Kremlin con el poema de amor «Espérame», que Valentina sucumbió a sus ardientes proposiciones y aceptó casarse con él. Simonov y Serova alcanzarían la fama gracias al poema «Espérame», que sirvió de inspiración a los millones de hombres que pelearon en la guerra. Pero nadie sabía que el matrimonio tenía fines políticos y que Simonov tenía una esposa anterior, a la que abandonó junto a su

propio hijo.[653]

Capítulo 6

«Espérame» (1941-1945)

1

En 1941, Leonid Majnach se alojaba en casa de sus abuelos, en la pequeña ciudad de Krichev, Bielorrusia, a 600 kilómetros de la frontera soviética con Polonia. Sus padres, que no podían salir de Moscú, lo habían enviado allí de vacaciones, porque querían sacarlo de la capital, donde el calor del verano había sido asfixiante. El padre de Leonid, Vladimir, era director del Trust Mosgaz, el principal abastecedor del gas que se consumía en la capital soviética, y debía permanecer en Moscú para redactar un informe importante y detallado para la dirección del Partido, referido a los planes de energía en caso de que estallara la guerra. La casa de los abuelos de Leonid estaba situada al borde de Krichev, allí donde la ciudad terminaba para dar paso a densos bosques de roble y campos de pastura. Era una modesta casa de madera de la clase en la que habitualmente vivían los pequeños propietarios, trabajadores y comerciantes en todas las regiones occidentales de la Unión Soviética, con un pequeño corral para los cerdos y un jardín lleno de manzanos.

Aunque estaba situada en las regiones fronterizas del oeste, Krichev no tenía ningún plan de defensa o evacuación que pudiera poner en práctica en el momento en que los alemanes lanzaron su enorme ejército sobre la Unión Soviética, con la primera luz del día 22 de junio. I a dirigencia soviética no estaba preparada para la guerra, y las ciudades como Krichev

no tuvieron ninguna advertencia de la inminente invasión hasta el mediodía de ese día, cuando Molotov, con voz quebrada, anunció por radio el inicio de las hostilidades. Durante los tres días siguientes, la radio fue para Krichev la única fuente de noticias acerca de la guerra. Luego, el 26 de junio, sin ninguna advertencia previa por parte de las autoridades soviéticas, Krichev fue bombardeada por aviones alemanes. El caos y la confusión reinaron en la ciudad. La gente huyó a los bosques. Vacas y cerdos fueron abandonados para que corrieran hacia donde pudieran. Los cadáveres yacían en las calles.

En medio de este caos, la madre de Leonid, Maña, llegó a Krichev. Había partido de Moscú el primer día de la invasión con la esperanza de rescatar a sus familiares antes de que las tropas alemanas los dejaran aislados. Justo en ese momento, su marido, Vladimir, había emprendido un breve viaje a la región de Leningrado y no volvería a Moscú hasta fines de junio. Maria consiguió viajar hasta Smolensk, que estaba sometida a un denso bombardeo aéreo, pero no había trenes que pudieran llevarla más al oeste, hacia el frente soviético. Maria emprendió la marcha a pie, en sentido contrario a la corriente de soldados y civiles en retirada, y llegó a Krichev, tras recorrer 120 kilómetros hacia el sudoeste, cuatro días más tarde. «Cuando llegó, estaba casi negra de polvo y de mugre —recuerda Leonid—, y completamente exhausta del viaje».

Los habitantes de Krichev recogieron con premura sus pertenencias y se dirigieron hacia el este. Los dos mil judíos de la ciudad, casi la mitad de la población, se contaron entre los primeros que se marcharon, preocupados por los rumores que habían oído sobre la brutalidad de los nazis; pronto los siguieron los comunistas, quienes también tenían motivos igualmente buenos para temer a las tropas invasoras. Por ser parientes de un funcionario soviético de alto rango, la familia

Majnach necesitaba abandonar Krichev lo antes posible. Maria demoró la partida de la familia tanto como pudo, con la esperanza de que su esposo se pusiera en contacto con ellos. El 16 de julio, el día antes de que los alemanes tomaran Krichev, ella aún no había tenido ninguna noticia de Vladimir, de manera que le escribió una carta a Moscú, empaquetó algunas pertenencias en un carro tirado por un caballo, y se puso en marcha con Leonid y sus padres, desplazándose lentamente hacia el este por los más pequeños caminos rurales para eludir a los aviones alemanes, que bombardeaban las rutas principales. No tenía idea de que Vladimir se dirigía a toda velocidad hacia ellos en su limusina con chófer. «Como viajaba por la ruta principal desde Smolensk, debe de haber estado a unos pocos kilómetros de distancia cuando nos cruzamos con él», concluye Leonid.

Vladimir llegó a Krichev justo a tiempo para ver a los alemanes entrar en la ciudad. Desde los prados de la ribera opuesta del río Sozh, vio cómo ardían las casas de madera, oyó los gritos, y después los disparos. Pensando que su familia estaba a punto de ser masacrada, Vladimir trató de cruzar el río y llegar a pie a la ciudad para rescatarlos, pero los soldados soviéticos que se retiraban se lo impidieron. Creyendo que sus familiares probablemente habían muerto, volvió a Moscú. Al día siguiente, le llegó la carta de su esposa: ella se encaminaba hacia Briansk, situada a 200 kilómetros al este de Krichev, y seguiría viaje hasta Stalingrado, donde tenía parientes. María pensaba que eso sería más seguro que regresar a Moscú, ciudad que, según se rumoreaba, estaba a punto de caer en manos de los alemanes.

Haber regresado a Moscú resultó ser la ruina de Vladimir. Poco después de su retorno, fue arrestado y sentenciado a diez años de reclusión en un campo de trabajo por «sus expresiones derrotistas y por sembrar el pánico». En el curso

de una charla con un colega de trabajo en el Trust Mosgaz, Vladimir había hablado del caos que había visto con sus propios ojos en el frente. Muchas personas fueron arrestadas por expresarse de esa forma durante los primeros meses de la guerra, cuando las autoridades soviéticas trataban desesperadamente de acallar todas las noticias sobre la catástrofe militar. La NKVD de Moscú exageró las razones del arresto de Majnach hasta convertirlo en una «conspiración trotskista» en la que participaban los principales funcionarios de la planta energética, e hizo docenas de arrestos. Sólo cuando llegó el otoño, Vladimir pudo comunicarle a su esposa dónde se encontraba y lo que le había ocurrido. Durante el largo viaje en tren a Siberia, arrojó por la ventanilla de su vagón una carta dirigida a María, con su dirección de Stalingrado. Un campesino la recogió y la despachó por correo:

> ¡Mis queridos! Estoy vivo y bien. Las circunstancias me han impedido escribir antes. No debéis albergar ninguna preocupación por mí. Cuidad de vosotros mismos. Maria, mi amor, será difícil para ti. Pero no pierdas las esperanzas. Estoy de camino a Siberia. Espérame, regresaré.[654]

El ataque alemán fue tan poderoso y rápido que tomó completamente por sorpresa a las fuerzas soviéticas. Stalin había desdeñado los informes de inteligencia que anunciaban los preparativos alemanes para una invasión. Incluso llegó a desechar los boletines de último momento que confirmaban una enorme acumulación de fuerzas alemanas en la frontera, por considerar que se trataba de un ardid de los británicos para que la Unión Soviética declarara la guerra (ordenó que los que habían transmitido esa información fueran fusilados por ser «espías británicos»). Las defensas soviéticas estaban completamente desorganizadas. Tras la firma del pacto nazi-soviético, se habían abandonado las antiguas líneas defensivas; las nuevas fortificaciones, construidas

apresuradamente en los estados bálticos ocupados, casi carecían de artillería pesada, equipos de radio o campos minados. Fueron fácilmente arrasadas por las diecinueve divisiones Panzer y las quince divisiones de infantería motorizada que constituían la punta de lanza de la fuerza invasora. Se enviaron urgentemente al frente unidades soviéticas con el propósito de cerrar las brechas, sólo para ser aplastadas de inmediato por los tanques y por los aviones alemanes que controlaban el espacio aéreo. El 28 de junio, a seis días de iniciada la invasión, las fuerzas alemanas habían avanzado describiendo un movimiento de tenaza a través de Bielorrusia para capturar Minsk, a 300 kilómetros hacia el interior del territorio soviético, mientras que más al norte habían cruzado Lituania y Letonia con la intención de sitiar Stalingrado.

Konstantin Simonov vio mucho del caos reinante en el frente bielorruso. Cuando se desencadenó la guerra, fue enviado al frente como corresponsal de un periódico del ejército, con la orden de incorporarse al departamento político del Tercer Ejército cerca de Grodno, en la frontera con Polonia. Viajando en tren, Simonov llegó a Borisov muy temprano en la mañana del 26 de junio, pero no pudo seguir viaje porque la línea férrea hacia Minsk sufría un denso bombardeo. Simonov desembarcó y encontró un chófer para que le llevara en automóvil a Minsk, pero muy pronto se toparon con los soldados soviéticos que retrocedían en absoluto desorden y confusión. Los aviones alemanes pululaban en el cielo, disparando sus ametralladoras sobre los soldados y arrojando bombas sobre el camino. Los soldados huyeron para ocultarse en los bosques. Había un oficial de pie en medio del camino, gritando a sus hombres que los acribillaría si no regresaban. Pero los soldados simplemente lo ignoraban. En los bosques, se aglomeraba una multitud de

soldados y civiles que procuraban protegerse de los aviones alemanes, que hacían vuelos rasantes sobre las copas de los árboles, ametrallando a la multitud que había buscado refugio allí. Simonov estuvo al borde de la muerte cuando un avión soviético capturado acribilló a varias personas a su alrededor: volaba tan bajo sobre la copa de los árboles, que Simonov alcanzó a distinguir los rostros de los alemanes que lo tripulaban. Cuando oscureció, Konstantin regresó como pudo al camino y encontró a un comisario, «un hombre joven, sin afeitar, con una *pilotka* (un gorro con doble visera), un capote invernal y, por algún motivo, con una pala en las manos». Simonov se presentó como periodista y le pidió indicaciones para llegar al cuartel general del frente. «¿Qué cuartel general? —le preguntó el oficial—. ¿No ve qué está ocurriendo aquí?»[655]Simonov se retiró con el ejército a Smolensk. Los caminos estaban colmados de soldados y civiles (mujeres, niños, ancianos, muchos de ellos judíos) que se dirigían hacia el este en toda clase de carros, o que marchaban por los caminos cargando sobre sus espaldas pesados bultos con sus pertenencias. En los primeros días de julio, pasó por Shklov y Orsa, «tranquilas poblaciones rurales» en las que vivían numerosas familias judías, incluyendo a los parientes de su esposa, los Laskin. Cuando se detuvo a beber agua en una casa de Shklov, los atemorizados judíos le preguntaron si creía que debían huir. Él les aconsejó que se quedaran, asegurándoles que los alemanes serían aplastados por el Ejército Kojo antes de llegar a Shklov. Pocos días más tarde, los alemanes tomaron Shklov. Mataron a casi todos los judíos, alrededor de seis mil hombres, mujeres y niños, a los que fusilaron y luego sepultaron en una fosa común en las afueras de la población. El 16 de julio, los alemanes tomaron Orsha, y decidieron construir un gueto judío. Casi todos los judíos de Orsha fueron trasladados a los campos de exterminio nazi en 1943,

aunque algunos, como el hermano de Samuil Laskin, Iakov, médico en Orsha, logró huir para unirse al Ejército Rojo.[656]Recordando la catástrofe de 1941, Simonov se daría cuenta de que había sido causada por las políticas del régimen estalinista. Para mediados de la década de 1950, cuando empezó a escribir su gran novela de guerra *Los vivos y los muertos* (1959), Simonov había llegado a reconocer que Stalin era culpable del desastre, no sólo porque no había entendido la situación y no se había preparado para la guerra en 1941, sino, fundamentalmente, porque su reinado de terror había creado tanto miedo y desconfianza, que el país era virtualmente incapaz de emprender cualquier acción de autodefensa coordinada. Simonov no había sido consciente de eso en el momento —el consejo que ofreció a los judíos de Shklov fue una clara prueba de que creía en la versión de la realidad difundida por la propaganda estalinista—, pero a partir de 1942 empezó a barajar esa perturbadora idea en sus diarios de guerra (de los que más tarde extrajo material que incluyó en *Los vivos y los muertos*). Advirtió con claridad que, en 1941, el problema fundamental de las fuerzas armadas soviéticas fue el clima que habían creado las purgas militares de 1937-1938. Entendió que el Terror había socavado la autoridad de los oficiales y había hecho que temieran asumir la responsabilidad de las iniciativas y decisiones militares, ante la posibilidad de ser castigados por sus superiores, o denunciados por los comisarios y otros funcionarios políticos (*politruki*) que vigilaban hasta su más mínimo movimiento. Así, esperaron pasivamente las órdenes, que siempre llegaban demasiado tarde, cuando ya no podían lograr un cambio positivo de la situación en el campo de batalla.[657] Por supuesto, ninguna de esas ideas era publicable en los años de guerra (ni en cualquier otro momento antes del «Deshielo» de 1956). Las cosas que Simonov había escrito en sus diarios

nunca podrían haber sido publicadas en *Krasnaia zvezda*, el principal periódico del Ejército Rojo, para el que trabajó como corresponsal de guerra a partir de julio de 1941. La censura se hizo aún más estricta desde que se desató la guerra. Por medio del Despacho Soviético de Información (*Sovinformbiuro*), creado el tercer día de la guerra para controlar todos los informes impresos y los programas de radio, el gobierno intentó ocultar y manipular las noticias para levantar la moral al pueblo. Se esperaba que los periodistas como Simonov infundieran a sus informes una pátina positiva de optimismo, y, de todas maneras, los censores casi siempre modificaban o cortaban lo que escribían.

Simonov se encontró en una situación particularmente compleja. Al llegar a Moscú el 19 de julio, tres días después de que los alemanes se apoderaran de Smolensk, fue el primer corresponsal que volvió del frente bielorruso. En la capital, la gente no tenía idea de la gravedad del descalabro militar reinante. Se habían eliminado todas las noticias de la caída de Smolensk para evitar que cundiera el pánico (sólo el 13 de agosto, después de que las fuerzas soviéticas no consiguieran recobrar la ciudad, se hizo pública esa información). Los moscovitas bombardearon a Simonov con preguntas sobre la situación militar. Pero él no podía responderlas sinceramente sin correr el riesgo de que lo denunciaran —como le había ocurrido a Majnach—, por «derrotista y por sembrar el pánico». De manera que decidió refrenar la lengua y guardarse para sí su depresión que, según consignó en su diario, «incluso las personas más próximas a mí confundieron con un simple estado de agotamiento». En sus artículos periodísticos, Simonov luchó por encontrar algo positivo que decir sobre las cosas que había visto. «Parecía imposible escribir sobre lo que había ocurrido realmente —recuerda—.

No sólo porque no lo hubieran publicado, sino también porque había algo dentro de mí» que no podía aceptar una perspectiva tan negra. Necesitaba encontrar algún signo de esperanza en medio de semejante catástrofe. El incidente al que se dedicó se había producido en medio del caos de la retirada hacia Smolensk. Simonov había visto a dos hombres, un capitán y un brigadier, marchando hacia el oeste, en sentido opuesto al que se desplazaba la marea humana, en dirección al frente. Como eran los dos últimos hombres que quedaban de su pelotón, que había sido arrasado por una bomba alemana, ambos estaban impulsados, según le pareció a Simonov, por algún sentido innato de deber patriótico, en el que, a medida que transcurría el tiempo, el escritor llegó a identificar el germen de una futura victoria soviética.[658]

Ante la carencia de cualquier información fiable en los medios soviéticos, empezaron a circular rumores y se creó un ambiente de pánico. Se decía que el gobierno había huido, que el Estado Mayor del ejército había cometido traición, que la dirigencia soviética se disponía a abandonar Moscú y Leningrado. Incluso se rumoreaba que el bombardeo alemán de la capital, que se había iniciado a mediados de julio, había sido encabezado por el famoso aviador soviético Sigizmund Levanevski, quien había desaparecido en 1937 durante un vuelo hacia Estados Unidos mientras cruzaba el Polo Norte. El periodista N. K. Verbitski registró en su diario una conversación con «un enérgico anciano» en una calle de Moscú: «¿Por qué nadie se ha dirigido a nosotros por la radio? —dijo el anciano—. Deberían decir algo… cualquier cosa, buena o mala. Pero estamos totalmente a oscuras, y debemos pensar todo y arreglarnos solos». La ausencia de Stalin de la escena pública agravaba este sentimiento de incertidumbre. Aparentemente, había sufrido alguna clase de crisis durante los primeros días de la guerra: se había

encerrado en su dacha y se había desinteresado de todo lo que ocurría. No fue hasta el 1 de julio que Stalin regresó al Kremlin, y tuvieron que pasar aún dos días más antes de que dirigiera su primer discurso a la nación. Haciendo pausas frecuentes, como si estuviera alterado, para beber agua, Stalin se dirigió al pueblo soviético con el apelativo de «hermanos y hermanas, mis amigos». Los instó a unirse para «la lucha de vida o muerte», que describió como una «guerra de toda la nación soviética». Era la primera vez que Stalin definía al pueblo soviético en términos tan fraternales y conciliadores: ya no había ninguna alusión a la lucha de clase o a la ideología. Simonov recuerda la impresión que ese discurso le causó, a él y a todos los soldados que estaban en el frente: «Nadie nos había hablado así en mucho tiempo. Todos esos años habíamos padecido la falta de amistad. Y en ese discurso, según recuerdo, fueron las palabras "amigos míos" las que nos conmovieron hasta las lágrimas».[659]

A pesar del efecto galvanizador ejercido por el discurso de Stalin, el desencadenamiento de la guerra provocó una explosión de abiertas críticas al régimen soviético, estimuladas tal vez por la incertidumbre o por el final del miedo generalizado. «Se oyen conversaciones que hace muy poco hubieran terminado ante un tribunal», apuntó Verbitski en su diario el 18 de octubre, cuando los alemanes estaban a pocos kilómetros de la capital. Gran parte de este descontento se daba entre campesinos y trabajadores, quienes criticaban la falta de preparación para la guerra, la severa disciplina laboral, la reducción de las raciones de comida, los reclutamientos coercitivos y la huida de los dirigentes a la retaguardia, que había dejado al pueblo solo para que se enfrentara como pudiera a la invasión. En Leningrado, donde la mitad de los miembros del Partido de la ciudad habían huido en el transcurso de los primeros seis meses de la guerra,

el sentimiento antisoviético era tan fuerte entre los trabajadores que algunos incluso consideraban con agrado la perspectiva de una victoria alemana. Las numerosas huelgas y manifestaciones obreras de los primeros meses de la guerra marcaron un retorno a una atmósfera equiparable al clima revolucionario de 1917. En una manifestación producida en la región de Ivanovo, en octubre de 1941, cuando los dirigentes del Partido intentaron apaciguar a la multitud, los líderes huelguistas gritaron a los trabajadores: «¡No hay que escucharlos! ¡No saben nada! ¡Nos han estado engañando durante veintitrés años!». En las reuniones de las fábricas, los obreros demostraron que no tenían miedo de responsabilizar a los comunistas por el estallido de la guerra y por las derrotas sufridas en el frente. Según los grupos de vigilancia de la NKVD, había muchos obreros y campesinos que estaban bien dispuestos hacia los invasores, porque suponían que acabarían con el régimen soviético. Todo el mundo sabía que sólo los judíos y los comunistas tenían algo que temer de los alemanes.[660]

El gobierno respondió a esta manifiesta oposición declarándoles la guerra a los que «sembraban el pánico». Miles de ellos fueron arrestados y muchas personas fueron fusiladas por expresarse claramente (por manifestaciones «derrotistas») acerca de la situación reinante en el frente. Rosa Vetujnovskaia fue arrestada el tercer día de la guerra y acusada de traición contra la madre patria. Cuando llegó a su celda, en la prisión descubrió que era sólo una de las muchas mujeres que habían sido detenidas por algo que habían dicho: «Una dijo que el ejército alemán es más fuerte»; «otra dijo que nuestras cosechas son escasas»; «aquella otra dijo que trabajamos como esclavos en el *koljoz*». Casi todas esas mujeres eran obreras y campesinas comunes. Irina Scherbov-Nefedovich fue arrestada en Leningrado el 30 de julio, una

semana después de que la denunciara un empleado del Partido del Instituto de Vacunación donde trabajaba, por «sembrar el pánico y difundir rumores». Resultó que todo lo que había hecho la mujer era contarle a una amiga el bombardeo de Smolensk, del que se había enterado escuchando una emisión de radio del *Sovinformbiuro*. Sentenciada a siete años en un campo de trabajo cercano a Jabarovsk, murió allí en 1946. Nadie informó nunca a su esposo y a su hija de lo que le había ocurrido a Irina. Su familia supuso que había muerto en el bombardeo de Leningrado. Sólo en 1994 se enteraron de cuáles habían sido realmente las circunstancias de su muerte.[661]

El 20 de julio, después de la caída de Smolensk, Stalin asumió la jefatura del mando militar (*Stavka*), autodesignándose comisario de Defensa. Envió al mariscal Timoshenko, exjefe de Defensa, a hacerse cargo del Frente Occidental y a lanzar una contraofensiva para recuperar Smolensk. Durante un tiempo, se consiguió detener el avance de los alemanes sobre Moscú, en especial porque parte del ejército alemán fue desviado hacia el sur para apoderarse de las ricas tierras de cultivo, así como las minas y las industrias de Ucrania. Convencido de que la economía era la clave de la victoria, Hitler creía que el control de esos recursos contribuiría a lograr que el Tercer Reich se convirtiera en un enemigo invencible. Durante el mes de agosto, Hitler se concentró en la conquista de Ucrania, permitiendo así que el Ejército Rojo pudiera contener a los alemanes en el frente Smolensk-Moscú. El 6 de septiembre, las fuerzas soviéticas ganaron por poco tiempo el control de los suburbios de Smolensk, antes de verse obligadas a batirse en retirada por taita de equipamiento militar básico. El 25 de septiembre, más al norte, los alemanes llegaron a las costas del lago Ladoga, y rodearon con eficacia la ciudad de Leningrado. Como deseaba

conservar sus efectivos desplegados en el norte para la batalla de Moscú, Hitler decidió poner sitio a Leningrado y matar de hambre a la población antes que hacer un intento de conquistar la ciudad. En términos estrictamente militares, el destino de Leningrado tenía poca importancia concreta para el resultado de la contienda, que se decidiría en Moscú y en los frentes del sur. Pero por ser la cuna del imperio ruso y de la Revolución, y un baluarte de los valores y la cultura europea en Rusia, Leningrado tenía una enorme importancia en el plano simbólico. Eso explica en gran parte por qué la ciudad no fue abandonada por el mando militar soviético, y también por qué la mayoría de la población eligió quedarse en la ciudad sitiada durante el otoño de 1941, cuando Leningrado quedó aislada de casi todos los suministros de alimentos y combustible (tal vez un millón de personas, es decir un tercio de la población antes de la guerra, murieron de enfermedad o de hambre antes de que se levantara el sitio en enero de 1944). Mientras tanto, en el sur, el avance alemán prosiguió lentamente, porque la mayor parte de las fuerzas soviéticas habían sido destacadas allí con el propósito de proteger los ricos recursos alimentarios e industriales de Ucrania. Por medio de un enorme movimiento de pinzas, los alemanes lograron rodear Kiev y los territorios del interior, hacia el este. Después de que las tropas soviéticas —que perdieron casi medio millón de soldados, entre muertos y prisioneros— sostuvieran una resistencia desesperada durante varias semanas, los alemanes tomaron la ciudad el 19 de septiembre, aunque las luchas calle por calle continuaron hasta varias semanas más tarde. A principios de octubre, con Kiev capturada y Leningrado sitiada, Hitler concentró sus tuerzas en la conquista de la capital soviética. Juró que Moscú sería destruida hasta los cimientos, y que sus ruinas serían inundadas por un lago artificial.[662]

A medida que los alemanes arrasaban el país, millones de familias quedaban rotas, ya que sus miembros estaban dispersados delante y detrás del frente de batalla. Muchos niños estaban en campamentos de verano cuando se inició la invasión, y no pudieron regresar con sus respectivas familias antes de la llegada de los alemanes. Décadas más tarde, los padres aún intentaban localizarlos por medio de las organizaciones estatales y publicando anuncios en los diarios. Miles de niños acabaron en orfanatos o vagaron por todo el país, uniéndose a bandas infantiles o incluso a unidades del Ejército Rojo (según una estimación, hubo al menos veinticinco mil niños marchando con el ejército en cierto momento de la guerra).[663]

En 1941, Iuri Streletski tenía doce años y estaba viviendo en un orfanato de Leningrado. Su padre había sido arrestado en 1937, y su madre exiliada a Vishny Volochek, a mitad de camino entre Leningrado y Moscú. Cuando estalló la guerra, el orfanato fue evacuado a Arzamas, cerca de Gorki. Durante el viaje, Iuri saltó del tren y huyó. Había sido desdichado en el orfanato. Se unió a una banda de niños, que sobrevivía gracias a las raterías de que eran víctimas los pasajeros de los trenes, pero pronto se asqueó de esas actividades delictivas y se entregó a la policía. La policía lo derivó a la NKVD, que su vez lo envió a un aeródromo militar de Arzamas, donde trabajó como aprendiz de ingeniero. Los ingenieros del aeródromo adoptaron a Iuri como mascota. Le ofrecían alcohol y cigarrillos y lo iniciaron con las chicas que acompañaban a la unidad. Cuando veinte de los ingenieros fueron transferidos a Tiflis en la primavera de 1942, llevaron con ellos al joven. Iuri les había suplicado que le permitieran acompañarlos. Sabía que había nacido en la capital de Georgia, aunque su familia se había marchado de allí cuando él era muy pequeño, y recordaba que en su infancia había ido

a visitar a sus padrinos en la ciudad. También sabía que su hermana mayor se había ido a vivir con ellos tras el arresto de sus padres. Los soldados ocultaron a Iuri durante el viaje a Tiflis. El joven no tenía papeles para el viaje, y si lo descubrían sería seguramente arrestado. «Fueron muy bondadosos conmigo», recuerda Iuri:

> Corrían un gran riesgo al llevarme con ellos, pero ninguno se quejó y todos me dieron parte de sus raciones para comer. Me querían y me compadecían porque yo no tenía familia. Cuando nos aproximábamos a Stalingrado, una patrulla detuvo el tren. Los dos guardias de la NKVD me pidieron mis documentos. Quisieron arrestarme cuando les respondí que no tenía, pero los soldados insistieron en que yo era uno de ellos, y se negaron a entregarme a los guardias, quienes accedieron a dejarme seguir viaje a cambio de una botella [de vodka].

En Tiflis, Iuri se despidió de los soldados y vagó por la ciudad, con la esperanza de reconocer el lugar en el que vivían sus padrinos. Finalmente fue al registro municipal y consiguió una copia de su certificado de nacimiento, que acabó por ser la primera pista de un papeleo que finalmente lo condujo hasta ellos. Desde entonces en adelante, Iuri vivió ion sus padrinos, ambos ingenieros, y su hermana. Iuri también se convirtió en ingeniero.[664]

La evacuación de la población de las regiones occidentales de la Unión Soviética también separó familias. Ocho millones de niños fueron evacuados a la retaguardia. La prioridad esencial era rescatar la reserva industrial de las ciudades amenazadas por los alemanes. Entre junio y diciembre de 1941, tres mil fábricas fueron desmanteladas y transportadas hacia el este —al Volga y a los Urales, y aún más lejos— en más de un millón de vagones del ferrocarril. Los obreros fabriles y sus familias se trasladaron al este junto con ellas. Instituciones completas, con su personal incluido, fueron trasladadas: oficinas gubernamentales y públicas, universidades e institutos de investigación, bibliotecas,

museos, compañías teatrales y orquestas.[665]

Para muchas familias, la evacuación fue una bendición a medias. Natalia Gabaeva tenía once años cuando fue evacuada de Leningrado a Omsk, a un hogar infantil especial que pertenecía a la Unión de Artistas. Su madre, una pintora, permaneció en Leningrado, para poder estar cerca de su esposo Sergei, un exexiliado que vivía en Peterhof, en las cercanías de la ciudad, y trabajaba en el Instituto de Agricultura. En 1941, Sergei se mudó a vivir con su padre, un anciano y enfermo empleado de museo, en el sótano del Hermitage, en Leningrado. Todos los días visitaba a su madre, de salud frágil y que estaba divorciada de su padre, en un distante suburbio de la excapital. Natalia era «una niña malcriada», según ella misma lo recuerda. Desde Omsk le escribía a su madre «cartas espantosas» en las que le rogaba que fuera a reunirse con ella. «En otra carta incluso la amenazaba con ir a pie a Leningrado, si ella no venía». En septiembre de 1941, su deseo se cumplió. La madre de Natalia se trasladó a Omsk. Había abandonado Leningrado antes de que los alemanes pusieran sitio a la ciudad. Sergei sufrió mucho la ausencia de su esposa. Cayó enfermo durante las primeras semanas del asedio. Escribió a sus amigos contándoles su desesperada necesidad de ver a Natalia. Pero cuando tuvo la oportunidad de abandonar Leningrado en una de las últimas evacuaciones de la ciudad, en octubre de 1941, la rechazó. Como único sostén de sus padres, no podía abandonarlos. Sergei entendió que no sobreviviría al sitio: a su alrededor todo el mundo estaba muriendo. El 1 de enero de 1942, escribió a su madre que su único deseo era volver a ver a Natalia antes de morir. Cinco días más tarde, perdió la vida cuando el Hermitage sufrió el impacto directo de una bomba alemana. Durante toda la vida Natalia fue acosada por un sentimiento de culpa respecto de la muerte de su padre:

sentía que era responsable de que su madre lo hubiera abandonado, ya que ella podría haberlo ayudado a sobrevivir si se hubiera quedado en Leningrado. «Desde la niñez me ha atormentado la misma idea —recuerda Natalia—: si mis padres hubieran estado amenazados por algún terrible peligro, y yo hubiera podido salvar a uno de ellos, ¿a cuál de ambos habría elegido? Intenté borrar esa pregunta de mi mente, porque no podía responderla, pero no dejaba de acosarme».[666]

Mariana Fursei tenía cuatro años en 1941. Pertenecía a una familia de intelectuales de Arjangelsk. Su padre, Nikolai, era músico y artista. Su madre, Vera Germán, era una maestra que procedía de una familia de famosos pedagogos de Leningrado. Se habían conocido en 1929 en el campo de prisioneros de Solovetski, donde ambos cumplían sentencia, y fueron exiliados juntos a Arjangelsk, donde nacieron su hijo Georgi, en 1933, y Mariana en 1937. En enero de 1941, Nikolai fue arrestado por «agitación antisoviética» y sentenciado a diez años en un campo de trabajo próximo a Arjangelsk. Vera murió de tifus en 1942. Mariana y su hermano quedaron al cuidado de su abuela, Anastasia Fursei, quien había vivido con la familia en Arjangelsk.



Natalia Gabaeva con sus padres, 1934.

Durante el primer año de la guerra, el suministro de alimentos se redujo drásticamente en la ciudad, que se convirtió prácticamente en una zona víctima de la hambruna.

Los niños enfermaron. Para la primavera de l(M2, Mariana estaba tan debilitada por el hambre que ya no podía caminar; su muerte sólo parecía una cuestión de tiempo. Anastasia no estaba en condiciones de afrontar la situación. La médica que consulto, una renombrada especialista en tuberculosis llamada Zina Gliner, le aconsejó que entregara a la niña en adopción a una familia que pudiera alimentarla y quizá salvarle la vida. Al principio Anastasia se negó, con la esperanza de que Nikolai volviera pronto del campo de trábalo Pero cuando se enteró de que lo habían fusilado (en septiembre de 1942, siguió con reticencia el consejo de la doctora, entregó a su nieta en adopción y se trasladó con Georgia Irkutsk, en Siberia, a vivir con unos amigos. «Pido que me perdonen. Les suplico que no me maldigan —le escribió a la familia German, en Leningrado—. He entregado a Marinka [Mariana]. Era la única manera de salvar su vida». Anastasia no hubiera podido hacer otra cosa: Mariana estaba demasiado enferma para resistir el viaje a Irkutsk, no había ningún otro pariente en Arjangelsk que pudiera hacerse cargo de cuidarla, y aunque la familia German se había mantenido en contacto con Anastasia, el sitio de Leningrado había acabado con cualquier esperanza de entregarles la niña a ellos.

Mariana fue adoptada por Iosif y Nelli Goldenstein, quienes procedían de una gran familia judía de Mariupol; en el sudeste de Ucrania. Iosif era un comunista de alto rango en la fuerza aérea soviética, que había sido destinado a Arjangelsk en 1942. A fines de septiembre de 1942, el ejército alemán atacó Mariupol, Iosif voló inmediatamente de regreso para tratar de salvar a su familia. En vez de eso, fue testigo de una espantosa masacre. Cuando se aproximaba a la casa de su familia, oyó gritos que provenían del patio. Sólo pudo contemplar desde lejos cómo los soldados de Hitler alineaban a diecinueve de sus parientes, incluyendo a tres de sus propios

hijos, y los ejecutaban con disparos en la cabeza. Traumatizados por esta experiencia, los Goldenstein anhelaban desesperadamente una criatura a quien amar, incluso —o tal vez especialmente— una niña tan enferma como Mariana, a la que pudieran cuidar y devolver la buena salud.

La abuela materna de Mariana, Vera Germán, envió una carta a Anastasia a Irkutsk, preguntándole el nombre y la dirección de la familia que había adoptado a su nieta. Pero ésta cometió un error crítico: en vez de escribir el apellido Goldenstein en su respuesta, Anastasia escribió Goldstein. Para el momento en que se levantó el sitio de Leningrado, y la familia de Vera pudo iniciar la búsqueda de Mariana, los Goldenstein se habían mudado a Tiflis, y no quedaba ningún rastro de ellos en Arjangelsk. En 1946, Georgi regresó a Leningrado, decidido a estudiar en la universidad; tenía trece años, demasiado joven para recordar el apellido verdadero de los Goldenstein, y nunca pudo hablar con los alemanes de su hermana perdida. Georgi había dejado a su abuela en Irkutsk, prometiéndole que más tarde volvería a buscarla, pero nunca lo hizo. Anastasia murió allí, en un hogar para inválidos, en 1957.[667]



Anastasia con Mariana y Georgi Fursei, Arjangelsk, 1939.

Los Goldenstein eran personas bondadosas y

bienintencionadas, que amaban a Mariana como si fuera su propia hija. Sabiendo que los padres de la niña habían sido arrestados como «enemigos del pueblo», y que su padre había sido fusilado, trataron de proteger a la niña (y quizá también a sí mismos) ocultándole esa información. No le dijeron a Mariana absolutamente nada sobre sus padres, aunque la estimularon para que se convirtiera en música, como su padre (en realidad, fue maestra, como su madre). Los Goldenstein pertenecían a la jerarquía militar comunista de Tiflis. Mariana creció en ese entorno privilegiado y adoptó muchos de sus valores y costumbres. Siempre consideró a los Goldenstein sus padres, y los llamaba «mamá» y «papá». Pero en algún momento, alrededor de los once años, empezó a darse cuenta de que antes había pertenecido a una familia diferente. Los traumáticos recuerdos de su primera infancia, profundamente sepultados en su conciencia, empezaron a aflorar. Según parece, el catalizador fue un incidente en un campamento Pionero, en el que los otros niños excluyeron a Mariana de una expedición al bosque porque, según le dijeron, era una «expósita». Lentamente, Mariana empezó a reconstruir su vida anterior con fragmentos que recordaba de la época de Arjangelsk. Nunca contó a los Goldenstein ninguno de esos recuerdos. Pero su creciente conciencia de que no formaba parte de la «familia» concentró su infelicidad y tal vez también su resentimiento adolescente, tanto contra los Goldenstein, que eran muy estrictos con ella, como contra sus verdaderos padres que, concluyó, la habían abandonado. Mariana explica:

> Papá inspeccionaba cada noche mi trabajo escolar. No podía irme a la cama hasta que no estuviera perfecto… Y mamá estaba demasiado enferma para protegerme. Tenía tuberculosis. Se esperaba que yo, a los trece o catorce años, hiciera todas las tareas domésticas… Cuando mi padre y mi madre se enojaban conmigo, solía pensar: si por lo menos viviera más cerca de Aijangelsk, me escaparía para buscar a mi abuela [Mariana no sabía que su abuela había muerto]. Mis padres podían

> enojarse conmigo, pero seguramente eso no le ocurriría a mi abuela. Entonces recordaba que en realidad no tenía ni padre ni madre. Y eso me cerraba, me retraía por completo. Ni siquiera podía llorar.[668]

En octubre de 1941, Stalin ordenó que el gobierno fuera evacuado de Moscú a Kuibyshev, sobre el Volga. El pánico cundió en la ciudad, el bombardeo se hizo más intenso. Había informes de que el 16 de octubre el ejército alemán había aplastado las defensas soviéticas en Viazma, a pocos días de marcha de la capital. Se produjeron espantosas escenas en las estaciones de ferrocarril, donde la multitud luchaba por abordar los trenes que se dirigían hacia el este. Verbitski informó de que la gente pagaba veinte mil rublos para trasladarse en automóvil desde Moscú a Kazán. El pánico se basaba, en parte, en los recuerdos de la hambruna de la época de la Guerra Civil. Y de hecho la situación de desabastecimiento de alimentos muy pronto se tomó desesperada. En todos los comercios había larguísimas colas, y se difundieron los saqueos, que los arrestos masivos no podían controlar. El 17 de octubre, Verbitski resumió en su diario el estado de ánimo generalizado:

> ¿Quién es el autor de este caos, de esta huida general, de estos saqueos, de esta confusión que invade nuestra mente? La gente dice abiertamente cosas que tres días atrás le hubieran costado un arresto. Colas, interminables colas, gente exaltada, al límite. La histeria de la dirigencia ha contagiado a las masas. La gente ha empezado a recordar y a hacer listas con todos los insultos, la opresión, las injusticias, los atropellos y las maquinaciones burocráticas de la oficialidad, el desprecio y la arrogancia de los miembros del Partido, las órdenes draconianas, las privaciones, los engaños y la jactanciosa autocelebración de los periódicos. Es terrible oír todo eso. Ahora la gente se expresa francamente. ¿Es posible defender una ciudad donde reina semejante espíritu?[669]

El mismo día, Stalin pronunció un discurso radiofónico prometiendo defender la ciudad hasta el final: se produjo un cambio decisivo. La gente se plegó masivamente a la defensa de la capital, más motivada por el patriotismo local hacia Moscú que por cualquier clase de lealtad al régimen soviético.

Los moscovitas recuerdan que los habitantes de la ciudad se congregaron en el centro —los suburbios estaban casi completamente vacíos—, como instados por un impulso colectivo de autodefensa por una necesidad inconsciente de unirse en contra del enemigo. Un cuarto de millón de civiles cavaron zanjas, llevaron alimentos y medicinas al frente y alojaron en sus hogares a los soldados heridos. Decenas de miles se ofrecieron como voluntarios para la fuerza de defensa civil que lucharía codo con codo con los soldados regulares, que eran una mezcla de los restos de las masacradas fuerzas del frente bielorruso, sumadas a los refuerzos de Siberia que fueron enviados a la lucha directamente en cuanto llegaron a Moscú. Bajo las órdenes del general Zhukov, la disciplina se restableció gradualmente. El nuevo espíritu de resolución quedó claramente simbolizado por la decisión de Stalin de hacer el desfile del Día de la Revolución (7 de noviembre) en la Plaza Roja, como era costumbre: los soldados marcharon frente al mausoleo de Lenin, y luego fueron destacados directamente al frente. Según K. R. Sinilov, el comandante de Moscú, el desfile ejerció una influencia decisiva sobre el estado de ánimo de la población. Antes del desfile las cartas que había recibido eran en su mayoría derrotistas: mucha gente prefería abandonar Moscú antes que exponer a la población a grandes peligros. Pero después, la gente empezó a enviarle mensajes en los que primaba un espíritu de desafío y resistencia.[670]

Esas pocas semanas de lucha desesperada determinaron el resultado de la guerra. A mediados de noviembre, las fuerzas alemanas estaban varadas, cercadas por la nieve y el lodo del invierno. Los alemanes no estaban preparados para sobrevivir al invierno ruso y se encontraban exhaustos tras marchar durante cinco meses sin descanso. Por primera vez desde el principio de la invasión, el ejército alemán sufría bajas

severas. En diciembre, los soviéticos lanzaron una contraofensiva, y para abril habían hecho retroceder a los alemanes hasta Smolensk. La defensa de la capital fue un enorme estímulo para la moral soviética. La gente empezó a creer en la victoria. El país aún se encontraba en una situación terrible. A fines de 1941, los soviéticos habían sufrido la pérdida de tres millones de soldados, más de la mitad de la cantidad de efectivos que tenían cuando se desencadenó la guerra; gran parte de la industria soviética había sido destruida, mientras que alrededor de noventa millones de ciudadanos, casi la mitad de la población soviética de preguerra, vivía en territorios ocupados por los alemanes. Pero la supervivencia de Moscú fue crucial: por no haber logrado apoderarse de la capital soviética, las fuerzas de Hitler perdieron toda posibilidad objetiva de derrotar a la Unión Soviética.

2

Simonov fue a la guerra con una fotografía de Valentina Serova en el bolsillo de su camisa. Llevaba su imagen cerca del corazón. Durante los últimos seis meses de 1941, cuando Valentina fue evacuada a Sverdlosk, él la colmó de poemas de amor. El poeta se enamoró de la mujer que imaginaba en sus poemas:

> Quiero decir que tú eres mía,
> no para proclamar que soy tu dueño,
> ni porque nuestra verdadera relación
> hace mucho se conoce, se adivina.
> En alardear de tu belleza no me empeño,
> ni de la fama o fortuna que es tu suerte,
> me basta la mujer amable, clandestina,
> que entró a mi hogar calladamente. [671]

Simonov no escribió a su verdadera esposa. Yenia Laskina había sido evacuada con su hijo Alexei, sus padres, Samuel y Berta, y sus dos hermanas, Fania y Sonia, a Cheliabinsk, en los Urales, en septiembre de 1941. Las tres hermanas trabajaban en la fábrica de tractores de Cheliabinsk, la planta más grande destinada a la construcción de tanques en una ciudad que fue apodada Tankograd. Sonia y Yenia trabajaban en la oficina de compras, mientras que Fania era una comisaria de estándares (responsable de establecer los objetivos de producción y los niveles de pago). Todos los Laskin vivían juntos en una de las habitaciones de un apartamento de dos cuartos que compartían con otra familia. «Vivíamos apiñados, pero era un

ambiente acogedor y amistoso —recuerda Fania—. Lodos nos sentíamos muy próximos». Los padres de Simonov también habían sido evacuados a los Urales, a Molotov. A diferencia de Simonov, ellos sí permanecieron en contacto con Yenia, a quien ambos adoraban. A fines de diciembre, Simonov disfrutó de unos días de licencia por el Año Nuevo. No viajó ni a Cheliabinsk ni a Molotov; en vez de eso fue a visitar a Valentina a la cercana ciudad de Sverdlosk. Ella se negó a recibirlo —estaba a punto de regresar a Moscú—, de manera que Simonov voló a Crimea, donde se acababa de lanzar una ofensiva de grandes proporciones para recuperar la península de Kerch, que estaba en manos de los alemanes.[672]

Valentina siguió rechazando las propuestas amorosas de Simonov. Su corazón estaba en otra parte. Por lo que parece, había tenido un breve romance con el hijo de Stalin, Vasili, y después se había enamorado del héroe militar Rokossovski, un general que había conocido en la primavera de 1942, mientras actuaba en un hospital de Moscú, donde él se recuperaba de las heridas sufridas en combate. Veterano de la Guerra Civil, Rokossovski fue arrestado en 1937, pero había sido liberado de la prisión de Butyrki en 1940, y se había establecido en Kiev con su esposa y su hija. Cuando estalló la guerra, Stalin llamó a Rokossovski a Moscú y le dio el mando del IV Ejército, estacionado cerca de Smolensk. Participó en la crucial batalla de Moscú en el otoño de 1941. Cuando los alemanes ocuparon Kiev, perdió todo contacto con su esposa. Rokossovski creía —o quería creer— que estaba libre para su relación con Serova. No esperaba volver a ver a su esposa. Pero dos meses después de conocer a Serova, su esposa apareció en Moscú con su hija. Habían sido evacuadas de Kiev justo antes de que los alemanes ocuparan la capital ucraniana. En Moscú, la mujer se enteró muy pronto del romance de su esposo y la actriz, quien aún seguía siendo

perseguida por Simonov. El triángulo amoroso se había convertido en el tema favorito de cotilleo de la élite soviética, que lo designaba con el apodo de «URSS» (la Unión de Rokossovsky, Serova y Simonov). Decidida a acabar con el romance, la esposa de Rokossovski se quejó a Stalin, quien desaprobaba que sus generales se distrajeran con asuntos amorosos. En julio de 1942, Stalin ordenó a Rokossovski que se hiciera cargo del comando del frente de Briansk, al sur de Moscú, y que concentrara toda su atención en la guerra. Durante el verano, Valentina trató de revivir el romance. Locamente enamorada del general, voló al frente a visitarlo. Pero después de la llamada de atención de Stalin, Rokossovski se negó a recibirla. Como era evidente que su pasión por el general no era correspondida, Valentina empezó a tener una actitud menos reticente hacia Simonov, quien había seguido enviándole regalos y poemas. Se acostó con él, pero dijo que no estaba enamorada. A veces lo utilizaba de manera cruel y humillante. Una vez incluso le envió una de sus cartas de amor dirigidas a Rokossovski en el frente de batalla.[673]

A estas alturas, el «romance» de Simonov y Valentina se había convertido en el tema de una serie de poemas que todo el mundo conocía. Su relación amorosa se convirtió en un hecho firmemente arraigado en la imaginación literaria nacional incluso antes de que existiera realmente.

El poema más famoso de la serie era «Espérame», escrito en el verano de 1941, cuando Simonov estaba aún muy lejos de conquistar el corazón de Valentina:

Espérame, y regresaré
pero espera con toda tu fuerza,
espera cuando caiga la tristeza
con sus lluvias amarillas,
espera cuando azote la nevada,
espera en el calor,

espera cuando ya no espere nadie
y con el pasado hayan olvidado.
Espera cuando no haya carta
de lugares distantes,
espera cuando todos los que han esperado
se cansen de seguir esperando.
Espérame, y regresaré,
no aceptes lo que dicen
los que dicen que debes olvidar,
insistiendo en que es lo mejor.
Aunque mi hijo y mi madre
crean que ya no estoy,
aunque mis amigos se cansen de esperar,
sentados junto al fuego para beber
un trago amargo,
para que mi alma descanse en paz…
espera. No te apresures a ir con ellos
y brindar por mí.
Espérame, y regresaré,
para contradecir todas las muertes.
Deja que los que no esperaron
digan: «Tuvo suerte».
No pueden entender
los que no esperaron
que en el ardor de la batalla,
por seguir esperando aquí,
fuiste tú quien me salvó.
Sólo tú y yo sabremos
por qué sobreviví…
Sólo porque tú sabes esperar
como no espera nadie más.[674]

Simonov había escrito estos poemas de amor para Valentina y para sí mismo. No creía que fueran adecuados para la publicación, porque carecían del «contenido cívico» impuesto por la poesía realista socialista. «Pensé que esos versos eran parte de mi esfera privada», dijo Simonov en 1942. Pero como vivía en los barracones del frente, se los

había recitado a los soldados, quienes los apuntaron y se los aprendieron de memoria. Los hombres encontraron en esos poemas un eco de sus propias emociones, e instaron a Simonov a publicarlos en *Krasnaia zvezda*. En diciembre de 1941, cuando Simonov, de licencia, volvió a Moscú, varios de sus poemas fueron emitidos por radio y luego publicados en el *Pravda*. «Espérame» es el que tuvo más resonancia. El poema fue publicado cientos de veces en la prensa. Fue copiado y circuló en millones de versiones privadas entre soldados y civiles. Se convirtió en una canción de enorme éxito. En 1942, Simonov escribió el guion de un film (*Espérame*), en el que Valentina interpretó el papel protagonista. También se montó una versión teatral en los teatros de las ciudades de todo el país. Los soldados copiaron el poema en sus cuadernos y libretas. Lo llevaban en su bolsillo como un talismán. Grababan los dos primeros versos sobre los tanques y los camiones, y se lo tatuaban en los brazos. Como carecían de palabras para expresar sus emociones, simplemente copiaban el poema en las cartas a sus novias, que les respondían de la misma manera. «Mi querido Volodenka —le escribió una mujer a su amante, que estaba en el frente—, no he tenido noticias tuyas durante largo tiempo. Pero te esperaré, y regresarás». Los soldados escribían sus propios poemas de amor imitando «Espérame», agregando muchas veces algunos detalles extraídos de su propia experiencia.[675]

La principal razón del enorme éxito del poema era su capacidad de expresar los pensamientos y emociones íntimos de millones de soldados y civiles, que vinculaban su esperanza de sobrevivir a la idea de reunirse nuevamente con alguien a quien amaban. Un grupo de soldados escribió a Simonov en mayo de 1942:

> Siempre que sus poemas aparecen en los periódicos, reina enorme

excitación en nuestro regimiento. Recortamos los poemas y los copiamos, para luego hacer circular las copias, porque no hay suficientes ejemplares de los periódicos y todos queremos leer los poemas y comentarlos. Todos sabemos de memoria «Espérame». Expresa exactamente lo que sentimos. Lo que sentimos todos los que tenemos esposas, prometidas o novias en casa, y anhelamos que nos esperen hasta que regresemos triunfantes.[676]

Todo el mundo estaba comprometido con su propia versión individual del romance universal que expresaba el poema: una historia de «Tú y Yo» con el telón de fondo de la guerra. Pero los anhelos románticos eran sólo una parte. El poema también expresaba la profunda ansiedad «le los soldados sobre la fidelidad de las esposas y novias que habían dejado atrás. Muchas canciones de soldados enunciaban esa preocupación. Una de las más populares se originaba en una canción que cantaban las mujeres tras la partida de sus hombres, pero que tenía gran resonancia entre los soldados, que la entonaban antes de entrar en combate:

Tantas cosas quería decirte,
pero no te dije una palabra.
Al oído me dijiste, suavemente y con firmeza:
«¡No ames a nadie más que a mí!»
(…)
No te preocupes si vas a la guerra,
yo seguiré siendo fiel, volverás,
mi soldado, victorioso
¡y tendrás mi abrazo amoroso!

Las variaciones de «Espérame» también hacían hincapié en la fidelidad. Un grupo de soldados de los Urales cantaba:

Te esperaré, mi muy querido,
esperaré tenazmente,
hasta el invierno en los Urales,
hasta que las flores hayan florecido (…)

Otra versión agregaba algunos motivos, como el ruiseñor, procedentes de las canciones folclóricas rusas:

Te esperaré y regresarás, lo sé en verdad.
Aunque las lluvias amarillas caigan con furor,

te esperaré, dulce ruiseñor,
y creeré con toda mi fuerza en nuestra felicidad (…)[677]

Los soldados juzgaban con toda dureza a las esposas que eran infieles a sus maridos que estaban en el frente. A medida que la guerra avanzaba, la sospecha de infidelidad se convirtió en una presión más intensa para muchas familias, en especial porque la mayoría de las mujeres (que tenían que vivir en la situación real de una guerra) no podían estar a la altura de la imagen ideal soviética de la feminidad (la novia que espera, la esposa leal y fiel) que mostraban las películas de propaganda, las piezas teatrales y los poemas como «Espérame».[678]

El propio Simonov se vio involucrado en el caso de la furia de un soldado contra su esposa infiel. En septiembre de 1943, estaba destacado con el Tercer Ejército, en el frente de Briansk. Pocos días después de que uno de los comandantes muriera en acción, llegó una carta para él enviada por su esposa —quien estaba en Vichuga, al este de Moscú—, en la que la mujer le decía que lo abandonaba por otro hombre. Tras haber abierto la carta, los soldados sintieron que debían responderla. Pidieron a Simonov que la escribiera en nombre de ellos, y le dijeron qué era lo que querían que escribiera. Sin embargo, llamaron a Simonov a otro sector del frente antes de que tuviera tiempo de redactar la carta. Dos meses más tarde, mientras se encontraba en Jarkov elaborando un reportaje para el Krasnaia zvezda sobre los crímenes nazis contra los judíos de la zona, súbitamente recordó que no había cumplido la promesa que les había hecho a los soldados. Simonov aún tenía el nombre y la dirección de la mujer, pero en vez de escribirle directamente, escribió el poema «Carta abierta a la mujer de Vichuga», para expresar públicamente los sentimientos de los soldados. Tal como explicó al secretario del Partido de Vichuga, en el poema «citaba muchas de las frases y expresiones exactas que habían usado

los soldados» cuando le dijeron que debía escribir a la esposa infiel.[679]

Me veo obligado a informarle
de que el destinatario no recibió
la carta que usted le envió
sin asomo de vergüenza.
Su esposo no recibió la carta,
no fue herido por sus palabras vulgares,
no se estremeció ni perdió la cabeza,
no se arrepintió de su pasado.
(…)
A su exesposo lo mataron.
Todo está bien. Puede vivir con el nuevo.
Los muertos no pueden herirla
con una carta llena de palabras superfluas.
Viva sin culpa y sin temor.
Él no puede escribir ni responder,
no volverá de la guerra a la ciudad
para encontrarla de la mano con otro. [680]

Según la poetisa Margarita Aliger, la clave de la atracción ejercida por «Espérame» y los otros poemas del volumen *Contigo y sin ti* (1941-1945), era la manera en que lograban expresar sentimientos universales con una voz intensamente personal. Los lectores soviéticos rara vez se habían topado con una poesía tan emocional y erótica como la que encontraron en los versos de Simonov en la época de la guerra. Antes de la guerra, lo público y lo privado habían sido contrapuestos y considerados como opuestos en el plano cultural y político. Durante las décadas de 1920 y 1930, no había lugar para temas íntimos o privados en la poesía de la Unión Soviética, completamente orientada hacia la esfera pública. Formulada siempre en términos del «nosotros» (o de «El», en los poemas que describían a Stalin como la voz de todos los ciudadanos soviéticos), la poesía estaba dominada por los grandes temas colectivos de la Revolución (incluso Mandelstam declaró que

el verso lírico era inapropiado para el arte soviético, porque la época histórica ya «no tenía ningún interés por el destino humano del individuo»). Pero la cultura soviética de la época de la guerra fue testigo de la fusión gradual de lo privado y lo público. La poesía se hizo más íntima. Incorporó temas personales. Empezó a hablar de las emociones y de las relaciones, que le confirieron un nuevo estatus y una nueva autoridad. Por decirlo con las palabras del poeta Semion Kirsanov:

La guerra no se presta para odas
y mucho de ella no es adecuado para un libro,
pero creo que la gente necesita
el espíritu de este diario abierto.
(«Deber», 1942)

«Espérame» fue el primer signo importante de este cambio estético. El poema hacía patente un mundo privado de relaciones íntimas independiente del Estado. Por estar escrito a partir de los sentimientos de una persona, se volvió necesario para millones. Con el fragor de la batalla en todas partes, con oficiales que gritaban y comisarios que aullaban órdenes, la gente necesitaba que la poesía expresara sus emociones acalladas; todos anhelaban palabras que expresaran el dolor y la furia, el odio, el miedo y la esperanza que los estremecían. «Sus poemas viven en nuestros sentimientos —le escribió a Simonov un grupo de soldados en 1945—. Nos enseñan cómo actuar con los demás, especialmente con las mujeres, y por esa razón todos los amamos. Sólo usted ha conseguido expresar nuestros más profundos pensamientos y esperanzas».[681]

A pesar del enorme impacto que ejerció esta poesía en la esfera privada, fue evidente para todos que también resultaba muy útil como medio de propaganda política. Poemas como «Espérame» eran armas poderosas de la campaña soviética

para mantener alta la moral tanto de la población como de los soldados. Las emociones que expresaban contribuían a fomentar una suerte de patriotismo primario, centrado en la familia, la camaradería y el amor, que, a su vez, proporcionaba una base para el concepto soviético más amplio de solidaridad nacional. Aunque se rumoreaba que Stalin había dicho que sólo deberían haberse impreso dos ejemplares de «Espérame» («uno para ella y otro para él»), de hecho el régimen fue muy veloz para explotar la popularidad del poema. Según Alexandre Scherbakov, director del Departamento Político del Ejército Rojo, el Kremlin incluso consideró la posibilidad de dejar a Simonov de los peligros del frente a causa de su valor como poeta. La dirigencia del Partido se había alarmado por una estrofa de uno de sus poemas, que insinuaba el martirio (era un gesto romántico dirigido a Valentina), y se le ordenó a Scherbakov que recomendara al poeta tener cuidado a la hora de correr riesgos. Después del éxito de «Espérame», Simonov se elevó rápidamente a la cima del mundo cultural soviético. Ganó el premio Stalin en 1942 y nuevamente en 1943. Fue recompensado con un apartamento de lujo en un nuevo edificio de la avenida Leningrado de Moscú (hasta entonces, cuando estaba en Moscú vivía en las oficinas editoriales del *Krasnaia zvezdá*). Por primera vez en su vida tuvo una criada. Bien pagado por su tarea periodística y por su poesía, se hizo rico, más aún porque en el frente no tenía dónde gastar sus ganancias, y porque casi todos sus gastos personales corrían a cuenta de las autoridades. Sólo tenía que gastar dinero de sus derechos de autor cuando quería enviar dinero a sus padres, o a Yenia para su lujo.[682]

A medida que la fama y la fortuna de Simonov aumentaban, él se volvía más atractivo a ojos de Valentina. Siempre se había sentido atraída por los hombres poderosos e

influyentes, que pudieran protegerla de las consecuencias de su poco limpia biografía. Gracias a Simonov, Valentina conseguía papeles protagonistas en películas y piezas teatrales. Para la primavera de 1943, la glamurosa y romántica pareja aparecía regularmente en la prensa soviética, a veces retratados juntos en el frente. La imagen de los amantes separados de «Espérame» reunidos en la realidad era demasiado buena para que el régimen la rechazara, ya que era muy útil para mantener alta la moral de las tropas. Pero en realidad Simonov y Valentina no se casaron hasta octubre de 1943, y todas las evidencias sugieren que sólo poco antes de esa fecha Valentina accedió a casarse con el poeta. En el momento de la boda, Simonov aún estaba legalmente casado con Yenia Laskina (no hay ningún documento que registre el divorcio), aunque la había abandonado tres años antes. La boda se organizó apresuradamente. Sólo hubo unos pocos invitados, entre los que se contaban la hija de Stalin, Svetlana, con su hijo Vasili, quienes transmitieron la bendición personal de Stalin. Después de la ceremonia, Simonov partió de inmediato al frente de Briansk. Aparte de dos períodos breves, uno en 1943, una oportunidad en la que Valentina fue a visitar a Simonov al frente de Briansk, y otro cuando hizo una gira por el frente cerca de Leningrado con él, los recién casados no se vieron hasta el final de la guerra. Incluso tras la finalización de la guerra, Valentina y Simonov vivieron relativamente separados: cada uno tenía su propio apartamento y su propia criada, en la misma planta del edificio de la avenida Leningrado. Valentina empezó a beber profusamente. Con frecuencia estaba ebria al mediodía. Según las memorias de su amiga la actriz Tatiana Okunevskaia, Valentina era infeliz en el matrimonio, y la bebida era su manera de hacer pasar el día (para Simonov, por el contrario, era una manera de conseguir llevársela a la

cama). Se puede desconfiar de la veracidad de las memorias de Okunevskaia, que están intensamente teñidas por su intenso odio contra su exmarido, Boris Gorbatov, un íntimo amigo de Simonov, contra quien la mujer también albergaba rencor.[683] Es muy posible que en algún momento Valentina hubiera estado enamorada de Simonov —probablemente cuando advirtió que él era una figura de importancia dentro del mundo cultural soviético— y que su adicción a la bebida haya tenido otro origen. Pero no hay duda de que su matrimonio era tormentoso, muy distinto de la imagen propagandística de dicha doméstica promovida por las autoridades soviéticas para darle al público alguna cosa feliz en la que creer. Había entre ellos constantes disputas, interrumpidas por apasionados intercambios, entre los que figuran en un lugar preponderante las cartas y poemas de amor de Simonov dirigidos a Valentina desde el frente; pero no hubo hijos hasta que nació María, en 1950, y para entonces Valentina había traicionado a Simonov muchas veces y había tenido numerosos romances con otros hombres.[684]

No todo el mundo estaba tan seducido con «Espérame». Algunas personas pensaban que era un poema sentimental, y que las emociones íntimas que expresaba no eran apropiadas para el consumo público.[685] La propia madre de Simonov, Alexandra, era una de esas personas, aunque sus reservas tenían tanto que ver con el desagrado personal que sentía hacia Valentina como con su desaprobación de la conducta de su hijo hacia su propia familia, así como con su natural disgusto aristocrático hacia las efusiones emocionales.



Serova y Simonov de gira, en el frente de Leningrado, 1944.

Le producían particular disgusto los versos «Aunque mi hijo y mi madre / crean que ya no estoy», que, según le parecía, eran una falta de respeto hacia ella y hacia todas las madres de la Unión Soviética. Después de asistir a un recital de poesía en Moscú en el que Simonov recitó «Espérame» a Valentina, quien estaba sentada delante de una sala colmada, Alexandra escribió a su hijo desde Molotov en diciembre de 1944:

> ¡Kirunia! Hoy hablamos por teléfono, hecho que me instó a terminar mi carta… ya que contiene todas las ideas y preocupaciones que me han acosado en los últimos tiempos. Has dispuesto tu vida de tal manera que no puedo hablar francamente contigo. No puedo expresar lo que encierra mi corazón, lo que siento y pienso, en fragmentos de conversación mientras tu chófer nos lleva de un lado a otro, y sin embargo siento que debo seguir intentándolo.
>
> Y por eso, querido, tengo que decirte la amarga verdad y contarte que tu vida privada me perturba. Lo sentí en el recital, y lo sentí como algo doloroso durante largo tiempo después del recital… Esa noche entendí muchas cosas…
>
> Tal como lo veo, K. Simonov ha hecho algo grande, ha instado a la juventud al amor, ha hablado del amor con voz clara, que es algo nuevo en nuestra literatura y nuestra poesía, en la que los héroes amaban y vivían sus vidas de una manera estrictamente reglamentada… Para lograrlo, Simonov ha usado el material de sus propios sentimientos

> íntimos, y como eso desató rumores, la gente sintió curiosidad. El público que estaba en la sala aquella noche no estaba compuesto por personas pensantes que habían ido a escuchar y reflexionar. Eran una turba que no dudaban en ponerse de pie y abrirse paso a codazos para ver mejor a «esa mujer»… una mujer a la que consideraban y envidiaban pero que no les gustaba mucho, una mujer a la que tú desnudaste ante ellos. No creo que ella pueda haber disfrutado de esa experiencia… Estas actuaciones teatrales muestran a tu personaje bajo una mala luz; no sirven para reparar tus errores. Es penoso ver que te has rodeado de esa repugnante turba de adláteres, tal como lo has hecho durante los últimos años; no has encontrado en ti mismo ni la fuerza ni la comprensión de la vida necesarias para poder verlos por lo que son… Tú y ella, ella y tú… sólo de eso he oído hablar durante los últimos años… y me parece que en este vulgar espectáculo no hay más que egoísmo y capricho, pero no verdadero amor hacia nadie.[686]

Sólo una madre podría haber escrito una carta como ésta. Nadie más podría haberle endilgado a Simonov una reprimenda tan amarga y severa. Alexandra tenía ideas muy estrictas sobre la «decencia» y la «conducta correcta» y, por ser buena pedagoga, no vacilaba en decirles a los demás cómo debían comportarse. Desaprobaba el matrimonio de su hijo con Valentina, una «mujer egoísta, caprichosa y voluble, cuya conducta simplemente no puedo soportar», según escribió en una carta dirigida a su esposo Alexandre en mayo de 1944. No le gustaba la manera en que su hijo había «trepado» en la élite soviética y, a juzgar por el tono de las cartas en las que lo felicita, no adjudicaba gran valor al hecho de que Simonov hubiera recibido el Premio Stalin y otros diversos honores. Lo acusaba de ser egoísta, de descuidarla, de no valorar los sacrificios que ella había hecho para criarlo. Aunque Alexandra tenía tendencia a dramatizar los acontecimientos y, como toda madre, quería que su hijo le prestara más atención, sus reprimendas tenían una base moral. En una carta reveladora, en la que Alexandra reprochaba a su hijo que no le había escrito durante dos meses («y después repentinamente llega una nota de dos renglones mecanografiada por tu secretaria… *Cela brusque!*» *[sic]*), lo

reprende por pensar sólo en su propio bienestar y felicidad con Valentina, mientras ella y Alexandre vivían en la pobreza, «como todos nosotros en Cheliabinsk»:

> El confort que disfrutas, que te has ganado, es la clase de confort que conociste sólo por los libros de historia y por los relatos de mi vida anterior, que te conté cuando eras pequeño (…), una época en la que tu bienestar era mi única alegría. Yo nací en otro mundo. Los primeros veinticinco años de mi vida [1890-1915] pasaron en una situación de lujo, ni siquiera debía desvestirme sola. Luego, repentinamente, esa vida fue destruida. Pero volví a vivir… a través de la esperanza que puse en ti. Lavé y cociné y fui a las tiendas y trabajé todo el día, y todo por tu bien. Lo digo francamente: creo que me he ganado el derecho a vivir la mitad de bien que el hijo al que crie. Me he ganado el derecho a vivir en una habitación confortable, con algún sitio en el que lavarme.[687]

Pero la razón primordial de su desaprobación no era ésa. Alexandra estaba preocupada por Yenia y por su nieto Alexei, un niño enfermizo que sufría periódicamente de tuberculosis. Descuidado por Simonov, Alexei crecía a la sombra de un padre famoso al que rara vez veía. «Despiértate, Kirunia, ¿qué te pasa?», escribió Alexandra a Simonov en 1944:



Alexei y Simonov, 1944.

> ¿Qué ocurrió con la decencia que tanto te distinguió en la niñez? La has mantenido en tu conducta pública, pero la has perdido en tu vida privada, ¡en tu conducta para con las personas que deberían estar más próximas a tu corazón!… En el parvulario donde Aliosha (Alexei) pasa sus días, hay un niño cuyo padre es tan sólo un marinero: pasa a recogerlo cada tarde. Y se trata de un niño común. Las cualidades espirituales de Aliosha se desarrollan rápidamente… Tú podrías aprender a ser mejor persona, una persona más rica espiritualmente, si estuvieras cerca de él… El otro día volvió del parvulario y declaró que tenía la mejor abuela del mundo, la mejor mamá, y luego se detuvo a pensar y agregó: «y el mejor papá del

> mundo». Kirunia, tu hijo aún cree en ti, en su adorable corazón infantil todavía existe la confianza en un papá, quiere tener un papá, un papá real, y todavía tienes tiempo de convertirte en eso. Cree en ti mismo, hijo mío, como Aliosha cree en ti. Vuelve a ser tú mismo, vuelve a ser la persona verdadera y decente que eres, cree en ti mismo, en tu obra, que fue siempre para ti el aspecto más valioso de tu vida, y después cree en nosotros, las personas próximas a ti, que te amamos y creemos en ti. Concentra tu voluntad… siempre estuviste orgulloso de ella y ahora la necesitas más que nunca para volver a ser quien realmente eres.[688]

Si bien la relación de Simonov con su madre se deterioró durante la guerra, su vínculo con su padrastro, Alexandre, se hizo más estrecho. «Por lo que parece, papá y yo hemos intercambiado lugares en la esfera de tus afectos —escribió Alexandra a Simonov en 1944—, y ahora eres más afectuoso con él que conmigo. Entiendo el motivo: lo necesitas a él ahora, en tiempos de guerra, y lo valoro».[689] Alexandre era militar. Había criado a su hijastro para que fuera concienzudo y obediente, disciplinado y ordenado: valores militares que para Simonov habían sido centrales para su identificación con el régimen estalinista durante la década de 1930. Pero el joven Simonov, agudamente consciente de sus desafortunados orígenes, siempre se había sentido inseguro de su posición. Sólo durante la guerra, cuando el rango empezó a definirse ya no tanto por la clase social, sino más bien por el desempeño de los deberes hacia el Estado, encontró su lugar dentro del sistema.

Prestar servicio en el ejército lo fascinaba. Ascendido a teniente coronel en 1942, Simonov asumió su nueva autoridad con graciosa sencillez y gran estilo. El escritor Irakli Andrónikov lo recuerda como «un verdadero oficial ruso de gran porte, calmo y confiado en el uniforme, con relucientes botas de cuero y una pistola al cinto. Tenía dientes blancos y rostro moreno. Usaba la gorra un poco ladeada hacia un costado». Los años de la guerra fueron los más felices de su vida, los años que la definieron. «Me he acostumbrado

rápidamente al uniforme y al estilo de vida militar —escribió Simonov en 1942—, hasta el punto de que no puedo imaginar qué haré cuando la guerra termine y ya no tenga que escribir más informes militares, ni viajar más al frente, y tenga que arreglarme sin los miles de amigos que he hecho en docenas de divisiones del ejército». Margarita Aliger recuerda que Simonov pasó toda la guerra entregado a una suerte de furiosa actividad. «Escribía desde todos los frentes más importantes, regresaba corriendo a Moscú, lo "pasaba en limpio" y volvía a correr hacia los lugares donde el combate era más peligroso. Nunca se quedaba en Moscú más de un día o algo semejante, y con frecuencia permanecía allí apenas unas pocas horas, el tiempo suficiente para ir a beber con algunos amigos». Durante la guerra, Simonov ganó confianza en sí mismo porque su valentía quedó demostrada.



Simonov en 1941.

También sexualmente ganó confianza. Tuvo muchas amantes, me luyendo a Marina Chechneva, la famosa piloto de bombardero y héroe de la Unión Soviética. Según una de sus amantes, Simonov se sentía particularmente atraído por las mujeres con uniforme militar. Le gustaba tener relaciones sexuales sobre una bandera nazi que había traído del frente. [690]

La guerra determinó toda la visión de mundo de Simonov.

Sus valores se medían según la escala militar. «El ejército es una especie de escuela —dijo más tarde—. Servir en el ejército le enseña a uno a cumplir sus obligaciones para con la sociedad, y para toda la vida. Quien no nene ese estricto sentido del deber nunca será un ser humano completo». Simonov era meticuloso y diligente en el cumplimiento de su deber, se adhería rígidamente a las rutinas y las reglas, era racional hasta el punto de parecer frío e insensible, y a veces bastante dominante en su trato con la gente. En muchos aspectos, su modelo de conducta era una figura que él mismo había introducido en la prosa rusa: la del oficial inteligente que entiende la lógica de las órdenes que recibe de las autoridades y las cumple concienzudamente. Más adelante, años más tarde, tendía a juzgar a la gente por la manera en que se habían comportado durante la guerra:

> No para ensuciar el nombre de nadie
> sino para reconocerlo en la oscuridad
> el invierno del cuarenta y uno
> nos dejó una marca para distinguir la verdad.
> Y si quieres, será útil de aquí en adelante,
> no dejemos esa marca de lado,
> porque con ella, de acero fulgurante,
> sabremos dónde un hombre está parado.[691]

Simonov aplicó esa dura evaluación a Lugovskoi, su carismático maestro del Instituto Literario que había inspirado a toda una generación de poetas soviéticos. Lugovskoi quedó muy afectado por un incidente de 1941, cuando servía en el frente, en el que las tropas rusas sufrieron un intenso bombardeo. Mientras se retiraba a través de una ciudad que había sido atacada por los alemanes, se había topado con una casa bombardeada en la que encontró los cuerpos destrozados de varias mujeres y niños. Lugovskoi sufrió un colapso nervioso. Fue evacuado a Tashkent. Muchos amigos acudieron a ayudarlo, incluyendo a Elena Bulgakova,

la viuda del escritor Mijail Bulgakov, quien trató, sin éxito, de levantar la prohibición de publicación impuesta a la poesía de Lugovskoi (obra que había sido condenada por ser «políticamente perjudicial» en 1937). Sonia y Yenia Laskina también se ocuparon de Lugovskoi. Le escribieron con enorme afecto y amistad. «Debes venir a Moscú —le escribió Yenia en 1943, poco después de que los Laskin regresaran a la capital desde Cheliabinsk—. Te necesitan aquí, y las personas siempre vienen cuando se las necesita. No somos personas cualesquiera, sino tus amigos, y no puedes negarte a tus amigos». Sonia incluso prometió casarse con Lugovskoi («te rodearé del confort que ofrece una familia») si volvía y vivía con ellos en el apartamento de los Laskin en Sivtsev Vrazhek, donde ya había ocho personas apiñadas en (res habitaciones diminutas. Pero Simonov no experimentaba ninguna simpatía semejante. Consideraba que el traslado de Lugovskoi a Takshent era signo de cobardía y dejó de considerarlo un amigo íntimo.[692]



Simonov en 1943.

La guerra convirtió a Simonov en «estalinista»: fue en ese momento cuando situó su fe en Stalin en el centro de su vida, cuando asumió su lugar en la jerarquía de mando política y militar del régimen, cuando interiorizó los valores del sistema y aceptó las directivas del liderazgo del Partido. Simonov se había unido al Partido como candidato cuando estalló la

guerra, y se convirtió en miembro pleno en 1942. Como explicó más tarde, se había unido al Partido porque quería tener voz y voto en el esfuerzo bélico —pensaba que ése era su deber por ser oficial— y no creía que fuera posible ganar la guerra sin el liderazgo del Partido. Sólo el Partido era «una fuerza de masas, capaz de tomar las decisiones necesarias y asumir los sacrificios en una situación de guerra», y él quería formar parte de esa fuerza. Simonov se identificaba con el Partido, y en particular con su líder, incluso hasta el punto de dejarse crecer el bigote, peinarse el cabello hacia atrás al «estilo Stalin», y posar para las fotos con una pipa. Según Dolmatovski, Simonov no fumaba en pipa, sino que la había adoptado como «estilo de vida».[693]

El mayor servicio que Simonov prestó al Partido fue por medio de su escritura. Era un importante periodista militar, al menos del nivel de Vasili Grossman e Ilia Ehrenburg, aunque Grossman, que es más conocido entre los lectores occidentales por sus novelas posteriores, tales como *Vida y destino* (publicada en Occidente en la década de 1980), era mejor novelista y, en el plano moral, quizás el más valiente. No nos referimos estrictamente al coraje físico, ya que Simonov nunca eludió los sitios donde se desarrollaban los más feroces combates. De hecho, informó desde todos los frentes importantes en 1942: desde la península de Kerch, donde el intento soviético de recuperar Crimea de manos de las fuerzas alemanas terminó en una catástrofe durante la primavera; desde el frente de Briansk, donde el Ejército Rojo perdió Voronezh en julio cuando los alemanes se dirigieron hacia el sudeste en pos de los depósitos de grano de Ucrania y el Don, y de los ricos campos petrolíferos del Cáucaso; desde Stalingrado, donde los alemanes lanzaron su primer ataque, peleando una calle tras otra para tomar la fortaleza soviética, en el mes de agosto; y desde el norte del Cáucaso, donde los

alemanes empujaron a las fuerzas soviéticas hacia el sur, en diciembre, hasta Krasnodar y Ordzhonikidze. El único frente desde el que Simonov no informó fue Leningrado, donde la ciudad siguió sitiada durante un segundo año, aunque sí escribió desde los puertos de Murmansk y Arjangelsk, donde empezaron a llegar en barcos suministros británicos en préstamo, procedentes de los aliados occidentales, durante el verano de 1942.

Como militar, que había experimentado en persona la sangrienta lucha en Jalkin Gol, Simonov entendía la guerra desde el punto de vista de un soldado tanto como desde el punto de vista de un oficial que estaba obligado a cumplir con las órdenes de sus superiores. Sus informes de guerra se distinguían por su aguda capacidad de observación directa y por su humanidad. Pero también aceptaba plenamente el papel propagandístico que el régimen le asignaba en su condición de periodista. Todos sus informes de guerra estaban escritos con el propósito de fortalecer la moral y la disciplina, promoviendo el amor a Stalin y el odio al enemigo. Escribió que las patrióticas tropas soviéticas estaban luchando por la gloria de Stalin. «Unidas por su disciplina férrea y la organización bolchevique —informó desde Odessa—, nuestras fuerzas soviéticas están asestando al enemigo un potente golpe. Combaten sin temor, sin cansancio en la lucha, como nos ha enseñado el gran Stalin… ¡Por Odessa! ¡Por la Madre Patria! ¡Por Stalin!» En los informes de Simonov, el liderazgo de Stalin eran una constante inspiración para las tropas soviéticas. Por ejemplo, escribió sobre un oficial que había encontrado en el frente, cerca de Stalingrado, que «extraía toda su fuerza de la idea de que nuestro gran líder dirige cada detalle de nuestra enorme causa desde su despacho de Moscú, y por eso le infunde a él, un coronel común y corriente, parte de su genio y de su espíritu». Había

expresado la misma idea en el poema en que conmemoraba el aniversario de la Revolución, escrito para el 7 de noviembre de 1941:

> Camarada Stalin, ¿nos escuchas?
> Sabemos que todo el tiempo nos escuchas.
> No recordamos a la madre ni al hijo en esta hora aciaga,
> sino a ti antes que nada.

Simonov creía genuinamente en Stalin. Nunca intentó negarlo años más tarde. En sus memorias, reconoció que la enorme importancia que había atribuido a Stalin en este poema «no había sido una exageración» de lo que verdaderamente opinaba al respecto.[694]

Parte de sus escritos como corresponsal de guerra estaban al servicio de la campaña del régimen destinada a incitar a los soldados a la lucha. En agosto de 1941, tras la caída del frente soviético, Stalin había emitido su despiadada Orden Número 270, condenando a todos los que se rendían o eran capturados por ser «traidores a la madre patria». Varios comandantes de alto rango fueron arrestados y fusilados, incluyendo al comandante del grupo del Ejército Occidental, el general Dmitri Pavlov, que había hecho un esfuerzo desesperado por mantener unido el frente durante las primeras semanas de la guerra. Las esposas de los oficiales detenidos también eran sometidas al arresto (incluso la esposa del hijo de Stalin, Iakov, quien había sido capturado por los alemanes en julio, fue arrestada y enviada a un campo de trabajo). Simonov aceptó —y argumentó en sus informes de 1941— que el derrumbe del frente soviético había sido causado por la «conducta criminal de ciertos generales, en el mejor de los casos cobardes y, en el peor, agentes alemanes», que habían sido «merecidamente fusilados». También respaldó la idea de que los soldados más valientes eran aquellos que tenían mayores posibilidades de salir con vida…, un mito

promovido por la propaganda para alentar a los soldados a la lucha en situaciones en las que estaban prácticamente condenados a morir.[695]

Además de prestar servicio al régimen estalinista, Simonov procuraba alcanzar otro objetivo en sus artículos bélicos, especialmente en las notas y observaciones inéditas que más tarde usó para su gran novela bélica, *Los vivos y los muertos*. Por ser un patriota soviético y firme creyente en la victoria de la Unión Soviética, procuraba discernir los signos de esa victoria en las acciones, las ideas y las emociones de la gente. Había localizado el primer signo en medio del caos de la retirada soviética, en junio de 1941, cuando había visto a dos oficiales jóvenes marchando a pie hacia el oeste, en dirección al frente de Minsk, en busca de su mando militar.[696] Simonov no podía olvidar esa escena —que para él simbolizaba el espíritu patriótico de la gente común— y volvería a ella en sus escritos ulteriores, tratando de desarrollar una concepción populista de la victoria soviética. Pero en ese momento, sólo tenía una vaga idea de las fuerzas que movían al pueblo a la lucha.

3

Simonov llegó a Stalingrado en septiembre de 1942, en el punto culminante de la lucha por las calles. Los últimos defensores soviéticos estaban confinados en las zonas fabriles del norte, el área en torno a la estación del ferrocarril y la pequeña colina del centro, mientras a su alrededor toda la ciudad había caído bajo el bombardeo de los tanques, la artillería y los aviones alemanes. Simonov quedó asombrado ante la extraordinaria determinación que mostraban los soldados soviéticos, que luchaban por cada una de las calles y por cada edificio en ruinas contra las fuerzas alemanas, que los superaban en número y equipamiento. Incluso cuando los alemanes los hicieron retroceder hasta orillas del río, los soldados soviéticos no entregaron la ciudad y se negaron a pasar a la orilla este del Volga, donde se concentraba la mayor parte del ejército soviético. Esta determinación —que no puede explicarse en términos de disciplina militar o de ideología— fue la que hizo inclinar la balanza en esta batalla decisiva de la guerra.

En su diario del 16 de septiembre, A. S. Chuianov, cabeza del (Comité de Defensa de Stalingrado, registró una conversación que había escuchado entre un grupo de soldados recién llegados y un soldado herido que había sido evacuado de la ciudad en llamas:

> «¿Qué está ocurriendo en la ciudad?» [le preguntaron los hombres al soldado herido].
>
> «No hay manera de entenderlo. Miren —dijo, señalando con su brazo

sano hacia el Volga—, toda la ciudad está en llamas».

«¿Pero, por qué arde durante tanto tiempo?», le preguntaron los soldados, perplejos.

«Todo se ha incendiado: las casas, las fábricas, la tierra, todo el metal se funde…»

«¿Y la gente?»

«¿La gente? ¡La gente resiste! ¡Resiste, y no deja de luchar!…»

La valerosa determinación de las fuerzas soviéticas fue sin duda decisiva en la guerra; y no es posible considerarla como un mero mito inventado por la propaganda soviética. Sin embargo, nunca se ha podido explicar su origen de manera satisfactoria. ¿Por qué tantos soldados soviéticos lucharon con tan poca preocupación por salvar su vida en las batallas de Moscú, Kiev, Stalingrado y otras docenas de ciudades soviéticas?

El terror y la coerción sirven para explicar en parte ese fenómeno. Se reimpusieron los métodos del sistema del terror previo a la guerra para mantener a los soldados luchando durante la guerra. En el punto más alto del hundimiento soviético, el 28 de julio de 1942, cuando los alemanes cernían su amenaza sobre Stalingrado, Stalin emitió la infausta Orden Número 127 («¡ni un paso atrás!»), instando a los soldados a defender cada metro de territorio soviético «hasta la última gota de sangre», y amenazando con los más severos castigos a «los que siembran el pánico» y a los «cobardes» que no cumplieran con su deber.[697*] Se establecieron «unidades de bloqueo» especiales (*zagradotriadi*) para reforzar las unidades existentes de la NKVD: sus integrantes debían controlar el territorio situado detrás del frente soviético, con la tarea de fusilar a cualquier soldado que se hubiera quedado atrás o que intentara huir del combate. En el transcurso de la guerra, aproximadamente ciento cincuenta y ocho mil soldados fueron sentenciados a morir por fusilamiento (muchos más fueron fusilados sin ninguna sentencia formal y sin ningún

registro de sus muertes); cuatrocientos treinta y seis mil fueron encarcelados, mientras cuatrocientos veintidós mil fueron condenados a «expiar con su sangre» los crímenes que habían «cometido contra la madre patria», obligándolos a prestar servicio en los batallones penales especiales (*shtrafroti*) usados para las misiones más peligrosas, tales como limpiar los campos minados o lanzar ataques por sorpresa contra las fortificaciones alemanas. Sin embargo, no hay que exagerar el impacto de la Orden Número 127, ni tampoco la influencia ejercida por el sistema del terror dentro del ejército. La Orden entró en vigencia en momentos desesperados, como el de la batalla de Stalingrado, cuando se estima que alrededor de trece mil quinientos soldados soviéticos fueron fusilados en el transcurso de unas pocas semanas. Pero por lo demás la Orden era ignorada frecuentemente por los comandantes y sus funcionarios políticos, que sabían por experiencia que la cohesión y la eficacia militar no florecían sometidas a esos castigos generalizados y excesivamente drásticos. De hecho, a pesar de la sanción de la Orden, los niveles de deserción siguieron creciendo en el ejército, instando al propio Stalin a reconocer que el terror se estaba volviendo ineficaz como medio de obligar a los soldados a luchar, y que era necesario desarrollar otros métodos de persuasión.[698]

Las apelaciones al patriotismo del pueblo ruso resultaron más exitosas. La enorme mayoría de los soldados soviéticos eran hijos de campesinos: su lealtad no estaba dirigida a Stalin o al Partido, que habían provocado la ruina del campo, sino hacia sus hogares y sus familias: eran leales a su propia visión de la «madre patria». Tal como se lo expresó Stalin a Averell Harriman en septiembre de 1941, el pueblo ruso luchaba «por su tierra natal, no por nosotros». Para asegurarse llegar mejor a los soldados, la propaganda soviética descartó cada vez más

los símbolos soviéticos, reemplazándolos en cambio por imágenes más antiguas de la Madre Rusia, que ejercían mayor influencia sobre las tropas. Entre 1941 y 1942, el período de mayor catástrofe militar, el retrato de Stalin se hizo menos conspicuo (aunque Stalin reapareció como conductor nacional y fuente de inspiración de las victorias soviéticas entre 1943 y 1945); La Internacional fue reemplazada por un nuevo himno nacional; se fabricaron nuevas medallas y condecoraciones soviéticas con retratos de héroes militares de la historia rusa; y se concedió a la Iglesia un nuevo período vital, ya que el Estado levantó muchos de sus controles de la actividad religiosa de la preguerra a cambio del apoyo moral a la guerra por parte de los líderes eclesiásticos. El resultado de esta comunión entre la Iglesia y el Estado fue una curiosa mezcla de fe religiosa y convicciones soviéticas. El periodista Ralph Parker vio a un soldado siberiano en una estación de ferrocarril en Moscú, a punto de partir hacia el frente. El hombre escuchaba un discurso emitido por altavoces, y cuando reconoció la voz de Stalin, se persignó y exclamó: «¡Stalin!».[699]

La propaganda soviética también aprovechaba las emociones, como el odio y la venganza. Para el invierno de 1941, la invasión alemana había causado tanto sufrimiento a las familias soviéticas, que lo único que hacía falta para lograr que el pueblo luchara era avivar un poco la furia que sentía hacia el enemigo. Según Lev Pushkarev, un joven soldado y etnógrafo que realizó un minucioso estudio de la cultura y las creencias que reinaban en las filas del Ejército Rojo, era el odio hacia los alemanes, más que cualquier otra cosa, lo que instaba a los soldados a luchar. La fuerza de esa emoción era tan poderosa e impredecible —ya que contenía gran parte de la furia acumulada por los sufrimientos que el pueblo había soportado desde mucho antes de que se desencadenara la

guerra—, que los propagandistas debían manipularla con extremo cuidado para poder concentrarla contra el enemigo extranjero. Los poetas desempeñaban un papel vital. Simonov era sólo uno de los varios escritores soviéticos, junto con Ilia Ehrenburg y Alexei Surkov, que pusieron su talento literario al servicio de esta campaña de odio. «¡Mátalo!» era el poema más famoso de toda esta llamada a las armas. Escrito por Simonov en julio de 1942 —en un desesperado momento de la guerra, cuando los alemanes amenazaban con cruzar el Volga y el Cáucaso—, era esencialmente una reiteración del espíritu de lucha hasta la muerte expresado en la Orden Número 127. Los oficiales solían leer el poema a sus hombres antes de entrar en combate para infundirles un espíritu de desafío, y la determinación de luchar hasta el fin:

Si quieres a tu madre
que te amamantó,
y cuya leche hace mucho se secó.
sobre quien sólo puedes descansar la mejilla;
si no soportas la idea
de que la cerquen los fascistas,
abofeteando sus mejillas
y tironeando sus trenzas;
(…)
Si no has olvidado a tu padre,
que te acunó en sus brazos,
que fue un buen soldado
y cayó en la nieve de los Cárpatos,[700]
que murió por el Volga y por el Don,
por el futuro de tu tierra natal;
si no soportas la idea
de que él se revuelque en su tumba,
que su retrato de soldado en la cruz
sea arrancado y arrojado a tierra
y pisoteado por un alemán
ante los ojos de tu madre…
(…)

¡Entonces mata a un alemán…
asegúrate de hacerlo!
¡Mátalo lo antes posible!
Cada vez que lo veas,
¡asegúrate de matarlo cada vez!

El pueblo ruso, la pieza teatral de Simonov, procuraba causar el mismo efecto. Publicada en las páginas de *Pravda* a fines de julio de 1942, fue representada en los teatros a lo largo y a lo ancho de la Unión Soviética. La obra era mala, pero extremadamente oportuna, y su mensaje —que todos los rusos estaban unidos contra el enemigo— captaba perfectamente el espíritu de desafío reinante (ganó el Premio Stalin en 1943). Alexandre Werth, que estaba en Moscú como corresponsal del *Sunday Times*, vio una representación de la obra en el Teatro de Arte de Moscú:

> Reinó el silencio durante al menos diez segundos después de que cayera el telón al final del tercer acto; ya que las últimas palabras habían sido: «Mira cómo va hacia su muerte el pueblo ruso». Muchas mujeres del público no podían contener el llanto.[701]

La coerción, el patriotismo, el odio al enemigo: todos esos factores desempeñaron un papel, pero tal vez el elemento más importante que definía la determinación con que los soldados iban a la lucha fue el culto al sacrificio. El pueblo soviético fue a la guerra con la psicología de la década de 1930. Tras haber vivido en un constante estado de lucha revolucionaria, donde siempre se les pedía a todos que se sacrificaran en nombre de una causa más grande, la gente estaba preparada para las privaciones de la guerra —para perder el nivel de su estilo de vida, para la separación de las familias, para la alteración de la vida cotidiana—, porque ya habían pasado por muchas situaciones semejantes en pro de los Planes Quinquenales.[702]

Esta predisposición al sacrificio personal fue el arma más poderosa de la Unión Soviética. Especialmente durante el primer año de la guerra, fue esencial para la supervivencia de

la Unión Soviética, en un momento en que se debatía procurando recobrarse del catastrófico verano de 1941. Las acciones de soldados y civiles comunes, que se sacrificaron en gran número, compensaron los fracasos del mando militar y la parálisis de casi todas las autoridades. El espíritu de sacrificio fue particularmente intenso en la «generación de 1941» (las personas nacidas entre la década de 1910 y principios de la década de 1920), cuyos miembros habían crecido escuchando los relatos legendarios sobre los héroes soviéticos que se habían consagrado enteramente a los intereses del Estado: pilotos que rompían récords y estajanovistas, exploradores del Ártico, soldados de la Guerra Civil, comunistas que habían ido a luchar a España. Fue procurando emular a esos héroes que tantos jóvenes voluntarios marcharon prestos a la guerra. La llamada a las armas de 1941 los vinculó con la tradición heroica de la Guerra Civil rusa y del Plan Quinquenal de 1928-1932, los dos grandes episodios románticos de la historia soviética, en los que supuestamente se lograron grandes cosas gracias al emprendimiento y el sacrificio colectivos. En palabras del poeta David Samoilov (que tenía apenas veintiún años cuando se alistó en el ejército en 1941): «La Guerra Civil… fue de nuestros padres. El Plan Quinquenal… fue de nuestros hermanos mayores. Pero la Guerra Patriótica de 1941… ésa es nuestra». Muchos soldados extraían la fuerza necesaria para la lucha del sentimiento de formar parte de esta continuidad: «Sigo los pasos de nuestro padre, que murió luchando en la Guerra Civil de 1919», escribió Leonid Kurin, un joven teniente, a su hermana en 1943.

> Él luchó por mi vida. Ahora yo lucho por la vida de tus hijos… Sonia, he pensado mucho en la muerte… ¿es aterradora o no?
>
> No da miedo cuando sabes que morirás por un futuro mejor, por la felicidad de nuestros hijos. Pero hay que matar una docena de alemanes antes de morir.[703]

La generación de 1941 luchó con desinteresada dedicación y heroica valentía, incluso con temeridad, desde el primer día de la guerra. Fue la que sufrió el mayor coste humano. Sólo el 3 por ciento del grupo masculino de soldados nacidos en 1923 sobrevivió hasta 1945.[704*] Los hombres mayores iban con mayor cautela al combate… y eran los que, en general, sobrevivían en mayor número. Viacheslav Kondratiev, nacido en 1920 y herido varias veces durante la guerra, recuerda que los soldados más maduros trataban de ayudar a los más jóvenes:

> Luchaban con mayor pericia, más sobriamente, no se lanzaban al ataque sino que nos retenían, a nosotros, los más jóvenes, porque entendían mejor que nosotros el valor de la vida. Yo tuve un protector, un hombre de cuarenta años, que con frecuencia me decía lo que debía hacer con respecto a mi propia vida, incluso en medio de la batalla.[705]

Rita Kogan tenía apenas dieciocho años cuando se unió al ejército en 1941. Era una de las millones de mujeres soviéticas que servían en el Ejército Rojo y sus unidades partidarias, una cifra que representaba alrededor del 8 por ciento del número total de los combatientes soviéticos (aunque muchas mujeres más desempeñaban tareas de apoyo, encargándose de funciones tales como el transporte, el aprovisionamiento y la asistencia médica).[706] Rita había nacido en 1923 en el seno de una familia judía de Rechitsa, una pequeña ciudad industrial de Bielorrusia. La suya era, según dice ella misma, «una familia moderna de estilo soviético». Su padre era gerente de una fábrica, su madre empleada contable, y Rita y su hermana fueron criadas según «el espíritu soviético de esa época», sin creencias o costumbres judías y sin la influencia de los abuelos. La visión de mundo de Rita fue modelada por la escuela, los Pioneros y el Komsomol. «Consideraba los Pioneros y el Komsomol como una especie de ejército de niños que combatía la injusticia en cualquier lugar que se presentara —recuerda—. Si veía en la escuela a un chico que

maltrataba a una niña o a un chico más pequeño, lo trataba con tanta dureza que seguro que acababa quejándose a los maestros». La ética que la inspiraba era la que instauraba el libro infantil, ampliamente leído, de Arkady Gaidar, *Timur y su pandilla* (1940), que cuenta la historia de una milicia juvenil en una dacha cerca de Moscú, encargada de proteger los hogares de los oficiales del Ejército Rojo que están destacados en el frente de batalla. La historia de Timur alentó las aspiraciones militares de muchos adolescentes. Y el entrenamiento que los jóvenes habían recibido en los Pioneros y en el Komsomol (las marchas y ejercicios organizados, la estricta disciplina y la subordinación a la autoridad, los juegos paramilitares) servía explícitamente como preparación para el Ejército Rojo. El hecho de ser una niña no era obstáculo: la propaganda exhibía imágenes positivas de mujeres provistas de armas y promovía en general la militarización de las mujeres como manifestación de igualdad sexual.

Rita estaba terminando su último año en la escuela cuando estalló la guerra. Evacuada con su familia a Stalingrado, encontró trabajo como contable de una escuela, pero, desesperada por hacer algo más directamente comprometido con la guerra, rogó al Komsomol local que le permitiera enrolarse en su escuela militar. El Komsomol se negó (a los dieciocho años, la chica era demasiado joven, alegaron), pero la envió a trabajar en la fábrica de municiones, donde la asignaron al ensamblaje de partes para los aviones. En el verano de 1942, la prensa soviética publicitó las heroicas hazañas de las jóvenes voluntarias del Ejército Rojo que combatían como francotiradoras y artilleras antiaéreas en la defensa de Stalingrado; apenas acabadas de salir de la escuela, pocas de ellas habían disparado amias de fuego antes de ese momento. Rita estaba decidida a seguir el ejemplo de esas

jóvenes, y una vez más apeló al Komsomol.

Una vez más fue rechazada y le dijeron que debía seguir trabajando en la fábrica. «Me puse furiosa —recuerda—. Me había ofrecido como voluntaria para el combate, había dicho que estaba dispuesta a sacrificar mi vida, y ellos me trataban como una niñita. Me fui directamente a casa y lloré». Rita formó su propio grupo de jóvenes mujeres del Komsomol; huyeron de la fábrica y se inscribieron en una escuela militar dedicada a entrenar operadores de telégrafo y de radio como preparación previa al lanzamiento de la Operación Urano, la contraofensiva soviética contra las fuerzas alemanas que rodeaban Stalingrado, en noviembre de 1942. Rita se unió a la clase de especialistas en código Morse. Fue enviada con un grupo de jóvenes al cuartel general del frente sudoeste, entre Staliningrado y Voronezh. Durante la segunda quincena del mes de diciembre, participó en la Operación Pequeño Saturno, en la que las fuerzas combinadas del frente sudoeste y el frente de Voronezh irrumpieron en la retaguardia de las fuerzas alemanas acampadas sobre el Don. «El oficial al mando al que debíamos presentarnos en el cuartel general en el Mente era un caballero mayor, que había servido en el ejército zarista durante la Primera Guerra Mundial —recuerda Rita—. No tenía idea de cómo debía tratarnos, por ser mujeres, y se dirigía a nosotras con tono amable, en vez de darnos órdenes firmes. Pero era un especialista de primera clase, y nos protegía de los otros oficiales, que pretendían practicar el sexo con nosotras». En enero de 1943, Rita estaba destacada en un puesto de observación en el frente, cerca de Jarkov, en el momento en que el lugar fue arrasado por soldados alemanes: mientras procuraba huir con su equipo de radio, experimentó el primer sabor de la batalla, matando a dos de los atacantes en combate cuerpo a cuerpo antes de conseguir escapar, severamente herida. Tras recobrarse, fue a

ocupar un puesto de radioperadora en varios frentes; combatió como artillera contra los alemanes en el primer frente ucraniano del mariscal Konev, cerca de Livov, en julio de 1944, antes de llegar finalmente a Budapest con la división cincuenta y siete del Ejército en enero de 1945.

Reflexionando acerca de su determinación de luchar contra los alemanes, Rita podía estar hablando por toda la «generación de 1941»:

> Apenas tenía dieciocho años, acababa de salir de la escuela, y veía el mundo según el modelo de los ideales de mis héroes soviéticos, los desinteresados pioneros que hicieron grandes cosas por la madre patria, sobre cuyas hazañas había leído en los libros. ¡Era todo tan romántico! Yo no tenía idea de cómo era una guerra en realidad, pero quería tomar parte en ella, porque eso era lo que hacía un héroe… No pensaba en eso como «patriotismo», sino que consideraba que era mi deber…, que yo podía y debía hacer todo lo que pudiera para derrotar al enemigo. Por supuesto, podría haber trabajado simplemente en la fábrica de municiones, y pasarme toda la guerra allí, pero siempre quise estar en el centro de los acontecimientos: así me habían educado en los Pioneros y en el Komsomol. Era una activista, no pensaba en la muerte y no le tenía miedo, porque, al igual que mis héroes soviéticos, yo estaba luchando por la madre patria.[707]

Este era el espíritu que Simonov intentó explicar en *Días y noches* (1944), una historia basada en sus diarias observaciones de la batalla de Stalingrado. Para Simonov, no era el miedo o el heroísmo lo que impulsaba a los soldados al combate, sino algo más instintivo, relacionado con la defensa de sus propios hogares y comunidades, un sentimiento que se agigantaba, liberando la energía y la iniciativa de la gente, a medida que el enemigo se aproximaba:

> La defensa de Stalingrado fue esencialmente una cadena de barricadas. Estaban unidas hasta formar un gran campo de batalla, pero individualmente cada una de ellas dependía de la lealtad de un pequeño grupo que sabía que era esencial mantenerse firme en su puesto, porque si los alemanes lograban penetrar en un solo punto, toda la defensa corría el riesgo de caer.[708]

Tal como demostró el caso de Stalingrado, los soldados

luchaban mejor cuando sabían por qué peleaban y podían relacionar su destino con la causa. Leningrado y Moscú fueron pruebas de lo mismo. El patriotismo local era una motivación poderosa. La gente estaba más dispuesta a luchar y a sacrificar sus vidas cuando identificaban la causa soviética con la defensa de una comunidad en particular, con una red real de vínculos humanos, que cuando la identificaban con alguna idea abstracta de «madre patria soviética». La propaganda soviética que invocaba como objetivo la defensa de la «*rodina*» (un término que combina los significados local y nacional de «tierra natal») apelaba al sentimiento correcto.

Contrariamente a lo que afirmaba el mito soviético de la unidad nacional durante la guerra, la sociedad soviética estuvo más fracturada en el curso de la guerra que en cualquier otro período anterior a partir de la Guerra Civil. El Estado soviético había exacerbado las divisiones étnicas, que fueron usadas como chivos expiatorios, como en el caso de los tártaros de Crimea, los chechenos y los alemanes del Volga, etnias que fueron exiliadas a regiones donde no fueron bien recibidas por la población local. El antisemitismo, que había estado aletargado en la sociedad soviética antes de la guerra, resurgió en todas partes. Floreció especialmente en las zonas ocupadas por las tropas de Hitler, en las que gran parte de la población soviética cayó bajo la influencia de la propaganda racista nazi, pero ideas semejantes se extendieron hasta lugares tan remotos como Kazajstán, Asia central y Siberia, transmitidas por soldados y evacuados soviéticos procedentes de las regiones occidentales próximas al frente de batalla. Mucha gente culpaba a los judíos de los excesos del régimen estalinista, usualmente siguiendo el razonamiento, instalado por la propaganda nazi, de que los bolcheviques eran judíos. Según David Ortenberg, el editor de *Krasnaia zvezda*, los soldados solían decir a menudo que los judíos

estaban «eludiendo sus responsabilidades militares porque huían a la retaguardia y ocupaban cargos en las confortables oficinas soviéticas».[709] De manera más general, este abismo extendido entre los soldados que servían en el frente y las «ratas» que se quedaban en la retaguardia se convirtió en causa de una división de importancia entre la gente común y la élite soviética, ya que la conciencia política popular llegó a asociar la injusta distribución de las responsabilidades militares con una desigualdad mucho más amplia y generalizada.

Sin embargo, aunque no existía una genuina unidad nacional, la gente sí se unió para la defensa de sus comunidades. Para el otoño de 1941, un millón de personas se habían ofrecido como voluntarias para la defensa civil (*narodnoe opolchenie*), dedicándose a excavar trincheras, custodiar edificios, puentes y caminos y, cuando su ciudad era atacada, abocándose a transportar alimentos y medicinas para los soldados que combatían en el frente, acarrear a los heridos e incluso para participar en el combate. En Moscú, la defensa civil tenía ciento sesenta y ocho mil voluntarios de más de treinta nacionalidades, y otro medio millón de personas entrenadas para la defensa; en Leningrado, había ciento treinta y cinco mil hombres y mujeres organizados en unidades de defensa civil, y otros ciento siete mil trabajadores fabricando armamento en el mes de septiembre de 1941.[710] Encendidos por el patriotismo cívico, pero sin entrenamiento adecuado en el combate, todos ellos lucharon con valentía, pero murieron en gran número en las primeras batallas.

La camaradería también era un elemento crucial para la cohesión y la eficacia militar. Los soldados tendían a dar lo mejor de sí en combate si sentían alguna clase de lealtad hacia un pequeño grupo de camaradas en los que confiaban, o

«compinches», según explican los teóricos militares.[711] Entre 1941-1942, las bajas del Ejército Rojo eran tan elevadas que los pequeños grupos no solían durar mucho tiempo: el promedio de permanencia sirviendo en el frente era, para los soldados de infantería, de no más de unas pocas semanas, antes de dejar vacante su puesto por muerte o heridas. Pero en 1942-1943, las unidades militares empezaron a estabilizarse, y la camaradería que los hombres encontraron en ellas se convirtió en un factor motivador decisivo para impulsarlos a luchar. Las relaciones amistosas entre ellos se hicieron muy estrechas, desarrollándose naturalmente a partir de los peligros que afrontaban todos juntos. La confianza y el apoyo mutuos dentro de esos pequeños grupos colectivos eran la clave de su supervivencia. «La vida en el frente acerca a las personas con mucha rapidez», escribió un soldado a la novia de un camarada que había muerto en combate:

> En el frente basta pasar uno o dos días con otro hombre para saberlo todo sobre sus cualidades y sus sentimientos, cosas que en la calle Civvy uno no sabría ni en un año. No hay amistad más fuerte que la amistad forjada en el frente, y nada puede romperla, ni siquiera… la muerte.

Los veteranos recuerdan la intimidad de esas amistades de la época de la guerra con idealismo y nostalgia. Afirman que las personas tenían entonces «corazones más grandes» y actuaban «desde el alma», y que todos eran en cierto modo «mejores seres humanos», como si la camaradería de la pequeña unidad colectiva hubiera sido una esfera más limpia, con relaciones y principios éticos, que el sistema comunista con todos sus compromisos y contingencias. Suelen hablar como si hubieran encontrado en el colectivismo de esos grupos de soldados una clase de «familia» que faltaba en sus vidas antes de la guerra (y que volvería a faltarles más tarde).[712]

Para enero de 1943, las operaciones Urano y Pequeño Saturno habían obligado a los alemanes a retroceder hasta el

río Donets, a 360 kilómetros al oeste de Stalingrado, donde la punta de lanza del ejército alemán, un cuarto de millón de hombres, quedó sitiada por las tropas soviéticas. Luchando tanto contra el frío y el hambre como contra el enemigo, los alemanes, acorralados, sostuvieron una tenaz resistencia —estaban aterrados por la posibilidad de ser capturados por las tropas soviéticas—, y sufrieron las bajas de más de la mitad de sus efectivos antes de rendirse, finalmente, el 2 de febrero. La victoria fue celebrada por los soviéticos como un acontecimiento decisivo. Fue un enorme estímulo para la moral general. «Hasta entonces —escribió Ehrenburg—, uno creía en la victoria como un acto de fe, pero a partir de ese momento no persistió ni una sombra de duda: la victoria estaba asegurada». Desde Stalingrado, el ejército soviético siguió adelante hacia Kursk, donde se concentraron el 40 por ciento de sus soldados y tres cuartas partes de sus fuerzas blindadas, para derrotar al grueso del ejército alemán en el mes de julio. Kursk acabó definitivamente con las esperanzas alemanas de lograr una victoria en suelo ruso. El Ejército Rojo hizo retroceder a los desmoralizados alemanes hacia Kiev, y llegó a los suburbios de la capital ucraniana en septiembre, para recobrar la ciudad completamente el 6 de noviembre, justo a tiempo para una enorme celebración del aniversario de la Revolución que se llevaría a cabo en Moscú al día siguiente.[713]

La valentía y la capacidad de recuperación de las tropas fue un factor decisivo del éxito militar soviético. Otro factor fue la transformación de la estructura de autoridad del Ejército Rojo tras los primeros desastrosos doce meses de la guerra. Stalin reconoció finalmente que la intervención del Partido en la cúpula militar (incluyendo su propia intervención como comandante supremo) disminuía la eficacia del ejército, y que era mejor dejar tranquilos a los oficiales al mando. La

designación de Zhukov como subcomandante supremo en agosto de 1942, algo que permitió a Stalin dar un paso atrás y delegar el control activo de las fuerzas armadas, marcó el inicio de una nueva relación entre el Partido y la cúpula militar. La planificación estratégica y la conducción del esfuerzo bélico fueron transferidas gradualmente de manos de los políticos del Consejo Militar al Estado Mayor, que se hizo cargo del control y que a partir de ese momento tan sólo mantuvo informado al liderazgo del Partido. El poder de los comisarios y otros funcionarios políticos, un legado de las purgas militares de la década de 1930, se vio drásticamente limitado en lo referido a las decisiones militares, y fue eliminado por completo en muchas de las unidades más pequeñas del ejército, donde los oficiales al mando se convirtieron en la única autoridad vigente. Liberada del estrecho control del Partido, la cúpula militar desarrolló una nueva confianza; la autonomía estimuló la iniciativa y produjo como consecuencia un cuerpo estable de profesionales militares cuya pericia y experiencia fueron cruciales para lograr las victorias de 1943-1945. En enero de 1943, para reforzar este espíritu profesional, el liderazgo del Partido restableció el uso de las charreteras que habían formado parte del uniforme de los oficiales zaristas, un aborrecido símbolo del antiguo régimen que había sido destruido en 1917; en julio se volvió a emplear el título «oficial» para reemplazar al igualitario término «camarada». Se importaron galones dorados de Inglaterra, cuyos funcionarios se indignaron al tener que enviar lo que para ellos eran fruslerías, aunque en realidad los galones eran muy significativos.[714] Las medallas y las condecoraciones también desempeñaron un papel vital como recompensas otorgadas a los militares profesionales. Se otorgaron once millones de medallas a soldados soviéticos entre 1941 y 1945…, ocho

veces más que las otorgadas por Estados Unidos. A un soldado soviético sólo le llevaba unos pocos días recibir su condecoración después de una operación militar, mientras que los soldados estadounidenses usualmente debían esperar seis meses. Los soldados que se habían distinguido en combate también eran alentados a unirse al Partido, ya que los requerimientos disminuyeron para que pudieran ingresar los combatientes.

Los cambios producidos en la economía industrial también contribuyeron al renacimiento militar soviético. Entre 1941 y 1942, el ejército había estado pobremente equipado comparado con su adversario, y por lo tanto sufrió enormes bajas. Pero en el transcurso de los años de 1942 y 1943, el drástico incremento de la producción de tanques, aviones, automóviles, radares, radios, artillería, armas y municiones permitió la formación de nuevas divisiones mecanizadas y de tanques, que combatían de manera más eficiente y con un coste de vidas humanas mucho menor. La rápida reorganización de la industria soviética fue lo que puso a prueba el engrasado funcionamiento de la economía planificada (la base del sistema estalinista). Sin la compulsión estatal, ninguno de esos cambios necesarios podría haberse concretado en tan poco tiempo. Miles de fábricas con sus empleados fueron evacuadas al este; casi toda la producción se orientó a satisfacer las necesidades militares; se construyeron o se modificaron vías férreas para conectar las nuevas plantas industriales del este con los frentes militares; y las fábricas fueron sometidas a la ley marcial para exigir aún más disciplina y mayor productividad. Bajo el nuevo régimen de trabajo, se establecían severos castigos a las negligencias, el absentismo y las licencias no autorizadas, e incluso al simple hecho de llegar tarde al trabajo (si alguien no llegaba veinte minutos después de la hora de entrada, se lo acusaba de

«deserción del frente laboral»). Durante los años de guerra, hubo la aterradora cifra de 7,5 millones de juicios por esos delitos.[715] En casi todas fábricas se adoptó como norma la semana de setenta horas de trabajo, y muchos obreros hacían todas sus comidas y a veces incluso dormían en las plantas por miedo a llegar tarde por la mañana. Se estableció el racionamiento generalizado para reducir los costes y mantener a la gente en el lugar de trabajo (donde recibían sus raciones). Finalmente, por medio de los arrestos masivos se movilizó un enorme nuevo ejército de trabajadores del Gulag para abastecer al país del muy necesario combustible y de las igualmente imprescindibles materias primas.

Uno de los aspectos menos conocidos del esfuerzo bélico soviético es el papel que desempeñó el así denominado «ejército obrero» (*trudovaia armmiia*), que contaba con más de un millón de reclutas. Se usaba para diversas tareas que no podían ser cumplidas por la mano de obra libre. No se menciona al «ejército obrero» en los documentos oficiales, que hablan de manera eufemística de «servicio laboral» (*trudovaia povinnost*) y de «reservas laborales» (*trudovie rezervi*), términos que, en ambos casos, ocultan el elemento coercitivo, pero de hecho los reclutados en esas categorías eran trabajadores que no recibían paga, sometidos a las mismas condiciones que los prisioneros del Gulag. Trabajaban en caravanas custodiadas por guardias y eran usados para los mismos trabajos (cortar leña, en la construcción, trabajo agrícola y fabril). A diferencia de los prisioneros del Gulag, muchos de los reclutas del ejército de trabajo nunca habían sido arrestados o sentenciados por un tribunal. La mayoría fue simplemente reclutada por la NKVD y las unidades militares entre las personas que pertenecían a nacionalidades que habían sido deportadas, especialmente alemanes soviéticos que habían sido exiliados de la región del

Volga a Siberia y Kazajstán con el estallido de la guerra, aunque el ejército laboral también estaba compuesto por un gran número de tártaros de Crimea, chechenos, kalmucos, finlandeses, rumanos, húngaros y coreanos.

Rudolf Gotman nació en 1992 en el seno de una familia alemana luterana de Crimea. Los Gotman fueron rotulados como *kulaks* y exiliados a las estepas próximas a Arjangelsk, en 1931. Cuando se desencadenó la guerra, la NKVD detuvo a Rudolf por ser «nativo alemán» (aunque de hecho sus antepasados habían vivido en Rusia desde 1831) y lo enviaron a trabajar en las minas de carbón del Donbass. Allí fue reclutado por una brigada de trabajo compuesta por un centenar de jóvenes procedentes de familias «alemanas» y despachado a trabajar en una planta procesadora de alimentos en Solikamsk, en el norte de los Urales. En el otoño de 1942, los hombres fueron trasladados a un campamento maderero cercano para trabajar como leñadores. Vivían en barracones, dormían en bancos de madera y recibían raciones mínimas que prácticamente los condenaban a morir de inanición. Obligados a trabajar con temperaturas bajo cero, más de la mitad de los miembros de la brigada murieron durante el primer invierno. Los guardias de la NKVD encargados de supervisar la brigada no mostraban piedad alguna por los jóvenes «alemanes» y los llamaban «escoria fascista». Rudolf sobrevivió gracias al hecho de que sufrió un accidente y fue trasladado al hospital: de otra forma, sin duda hubiera muerto de agotamiento. Permaneció en el ejército obrero durante los catorce años siguientes. Trabajó en fábricas, en granjas soviéticas y en obras de construcción e incluso lo mandaron al Cáucaso a construir dachas para Stalin, Molotov y Beria. No recibió ningún pago hasta 1948, y no se le permitió abandonar el ejército obrero hasta 1956, como parte de la amnistía general otorgada a los prisioneros

del Gulag.[716]

No fueron sólo los que «no eran rusos» los reclutados para el ejército obrero. Los ex *kulaks* también eran especialmente vulnerables al reclutamiento. Ivan Bragin, de la región de Suksun, en los Urales, también fue movilizado por el ejército obrero en el otoño de 1943, diez años después de que haber sido exiliado como *kulak* a una «colonia especial» dependiente de la planta procesadora de pulpa y papel de Krasnokamsk, cerca de Perm. Casi ciego a causa de las sustancias químicas empleadas en la planta procesadora, y semiparalizado por dolores reumáticos, Ivan fue enviado a trabajar a un campo maderero situado cerca de Kotlas. El reclutamiento fue un castigo después de que se quejara por no haber recibido su ración completa en la fábrica de papel. Incapaz de cumplir con el pesado trabajo del campo maderero (apenas si alcanzaba a distinguir los árboles que supuestamente debía talar), Ivan pronto cayó enfermo por las bajísimas temperaturas reinantes. «Se me han hinchado las piernas —escribió a su familia que vivía aún en Krasnokamsk —. Están tan hinchadas que ni siquiera puedo ponerme los pantalones». La comida era muy mala en el campo e insuficiente para permitirle conservar sus fuerzas. El trabajo era terriblemente duro. Un día del otoño de 1943, Ivan se desmayó de agotamiento. Lo llevaron al hospital, donde se recobró lentamente. En enero de 1944, Ivan escribió a su familia para contarle que sus pies «finalmente empiezan a dar señales de vida». Tenía la esperanza de que pronto le dieran de alta del hospital y que, como inválido, le permitieran regresar a casa. Era un traicionero viaje invernal desde Kotlas hasta Suksun, de mil kilómetros de distancia, e Ivan tenía miedo de partir antes de la primavera, porque no quería correr el riesgo de «marearse por el aire helado y caer sobre el hielo. Todo lo que necesito es un par de gruesas botas de

fieltro y regresaré a casa». Ivan fue liberado del campo de trabajo en febrero de 1944, mucho antes de estar en condiciones de emprender su largo viaje. Nunca llegó a su hogar. A unos pocos cientos de metros del hospital, resbaló y cayó sobre el camino helado, donde murió congelado.[717]

La mano de obra del Gulag también tuvo un papel importante en la economía del período de guerra, produciendo aproximadamente el 15 por ciento del total de las municiones soviéticas, una gran proporción de los uniformes del ejército y una parte importante de sus alimentos. La población de los campos de trabajo disminuyó entre 1941 y 1943, ya que medio millón de prisioneros fueron liberados para «redimirse de su culpa» combatiendo en el frente, pero aumentó de manera considerable a fines de 1943, cuando el ejército soviético entró en los territorios abandonados por los alemanes, y las unidades de la NKVD, que seguían el avance militar, arrestaron a cientos de miles de personas sospechosas de haber colaborado con el enemigo o de haber apoyado levantamientos nacionalistas que se oponían al régimen soviético. La explotación de esta fuerza de trabajo del Gulag se tornó más intensa durante la guerra. En minas y campos madereros, los prisioneros eran empujados hasta el borde de la muerte para aumentar el abastecimiento de combustible, mientras sus raciones se reducían al mínimo imprescindible para mantenerlos con vida. En 1942, la tasa de mortalidad de los campos de trabajo forzado del Gulag era pasmosa, de un 25 por ciento, uno de cada cuatro trabajadores del Gulag murió en el curso de ese año.[718]



Ivan Bragin y su familia, 1937.

Junto con los campos madereros y las minas, se desarrolló durante la guerra una nueva clase de economía en el Gulag, una economía en la que la mano de obra carcelaria se vinculó a las fábricas y a las obras de construcción en zonas industriales de gran escala (las ciudades Gulag) bajo el control de la NKVD. El complejo de Norilsk, en el Círculo Polar Ártico, es un buen ejemplo de esta nueva clase de desarrollo industrial. Las enormes reservas de níquel, platino y cobre de la región de Norilsk fueron descubiertas por los geólogos en la década de 1920, pero el primer reconocimiento importante de los yacimientos no se llevó a cabo hasta la década de 1930, cuando los preciados minerales se volvieron indispensables para desarrollar el programa de industrialización. Norilsk contenía alrededor de una cuarta parte de los depósitos conocidos de níquel a nivel mundial (el mineral se usaba para producir acero de alto grado), y más de un tercio de las reservas mundiales de platino. Las condiciones naturales de la región eran altamente favorables para la minería y el procesado de estos minerales gracias a los grandes depósitos de carbón, que proporcionaban la energía necesaria para la fundición y el transporte hasta el mar de Kara. Sin embargo, la zona era prácticamente inhabitable. Había tormentas de nieve de manera constante. Reinaba la oscuridad durante varios meses al año. Y después, en verano, el suelo se convertía en un pantanal, y los seres humanos eran devorados

por los mosquitos. Nadie quería ir a trabajar a Norilsk por propia voluntad.

En 1935, el desarrollo de la región fue encomendado a la administración del Gulag, en manos de la NKVD, que tenía cada vez mejor reputación en la tarea de organizar y desarrollar proyectos de construcción a gran escala en regiones remotas, en las que los ministerios civiles no estaban dispuestos a actuar (el Ministerio de Industria Pesada, que era responsable de la metalurgia, se había negado a hacerse cargo del proyecto de Norilsk). El campo de trabajo y el complejo minero de Norilsk fueron excavados en el hielo por mil doscientos prisioneros del Gulag, usando sólo piquetas y carretillas. Para 1939, el número de prisioneros llegaba a diez mil, aunque muchos más habían muerto en el curso de ese período. La administración del Gulag, en Moscú, empezó a ponerse impaciente por la lentitud del progreso. En 1939, el primer director de Norilsk, Vladimir Matveiev, fue arrestado y enviado a un campo de trabajo por quince años. Fue reemplazado por Avram Zaveniagin, el dinámico exdirector del complejo minero de Magnitogorsk. La designación era un signo de la importancia que el régimen asignaba al proyecto de Norilsk. La exigencia de los militares que pedían acero de alta calidad hizo que el níquel de Norilsk cobrara una importancia vital durante la guerra. El régimen de trabajo en Norilsk se hizo más exigente. Desde 1941 hasta 1944, los prisioneros del Grupo A (que trabajaban en producción o en construcción) tenían menos de tres días libres por mes (muchos exprisioneros no recuerdan haber tenido nunca un día libre); todos los prisioneros trabajaban en turnos de once horas; y se perdieron menos días a causa del mal tiempo (durante las tormentas de nieve, iban a trabajar en cordadas de escalada). Zaveniagin introdujo un sistema de incentivos y recompensas (mejores alojamientos, ropas y raciones de

comida, e incluso pequeñas recompensas monetarias) para los prisioneros «estajanovistas» que superaban las normas (más o menos uno de cada cinco en 1943). También aumentó el número de trabajadores libres y de «voluntarios» (había alrededor de diez mil en el momento en que finalizó la guerra), ofreciéndoles cargos gerenciales y especializados. Pero el mayor crecimiento se produjo debido al número de trabajadores presos, que llegó a cien mil en 1944.[719]

Los prisioneros eran trasladados a Norilsk desde todos los rincones de la Unión Soviética, especialmente desde Ucrania, el norte del Cáucaso y la región del Báltico, donde los arrestos masivos de «nacionalistas» y «colaboradores del enemigo» eran motivados en realidad por la necesidad de abastecer al Gulag de mano de obra. El largo viaje hasta Norilsk empezaba en tren hasta Krasnoiarsk, la capital de la región administrativa siberiana en la que estaba situada Norilsk, a 2.000 kilómetros al sur del campo de trabajo. Desde Krasnoiarsk, los prisioneros eran trasladados en vapor por el río Yenisei hasta Dudinka, el puerto del complejo de Norilsk, y luego se los transportaba hasta el campo de trabajo nuevamente en tren. La estepa ártica que rodeaba Norilsk era tan remota que no era necesario construir una cerca para aislar el campo de trabajo. Ningún prisionero en su sano juicio pensaría en escapar, y ninguno lo intentó nunca (aunque había relatos sobre huidas a través del mar Ártico hasta Alaska, a 5.000 kilómetros de distancia).[720]

Vasilina Dimitruk tenía quince años cuando la enviaron a Norilsk. Nacida en el seno de una gran familia campesina de la región de Ternopol, en el oeste de Ucrania, era una de las varias docenas de mujeres acusadas de haber respaldado a los partisanos nacionalistas ucranianos, y que habían sido detenidas por las unidades de la NKVD que acompañaban al

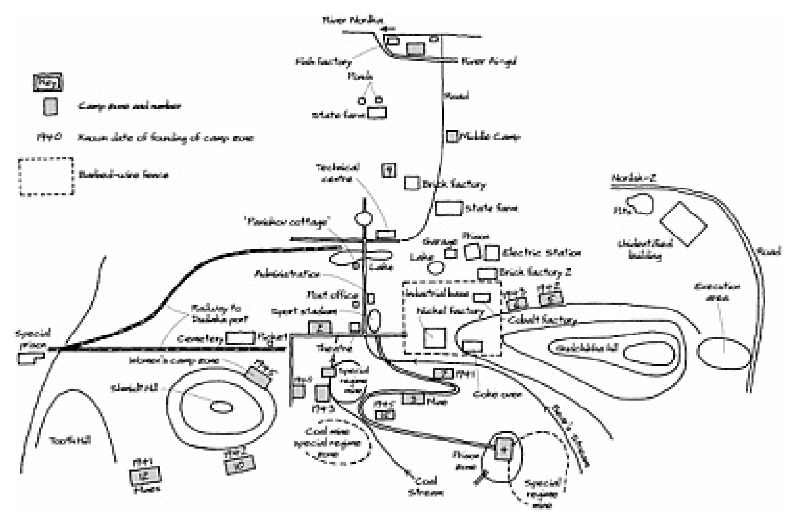
Ejército Rojo tras la recuperación de su aldea de manos de los alemanes en 1943 (todos los hombres jóvenes fueron reclutados por el Ejército Rojo). Trasladadas a la ciudad más próxima, las jóvenes eran maltratadas y golpeadas por los interrogadores rusos de la NKVD hasta que confesaban su «traición a la madre patria» (una acusación que muchas de ellas no entendieron porque no hablaban ruso). Después fueron juzgadas (otra vez en ruso) por un tribunal militar, que las sentenció a diez años de trabajo forzado en Norilsk. Iban a ser destinadas a la construcción del aeródromo de Norilsk. A pesar de las temperaturas bajo cero, el único refugio del que disponían era una gran tienda, que compartían con varios cientos más de jóvenes ucranianas que habían llegado a Norilsk tras haber corrido una suerte similar. [721]

Anna Darvina tenía dieciséis años y estudiaba en la escuela de la ciudad de Uiar, situada a 120 kilómetros al este de Krasnoiarsk, cuando fue reclutada coercitivamente como «trabajadora voluntaria» y enviada a Norilsk. Era una de las miles de así llamadas «voluntarias del Komsomol» que fueron trasladadas por la fuerza desde la región de Krasnoiarsk en septiembre de 1943. «Una gran multitud nos recibió en la estación de Norilsk. Incluso había un coro y una orquesta», recuerda Anna:

> Hacía frío cuando bajamos del tren. Habíamos viajado en sandalias, pero el suelo ya estaba cubierto de nieve. La gente era muy pobre. Todos vestían andrajos, pero nos dieron mantas y botas de fieltro. Creían que éramos voluntarias. Les habían dicho que éramos huérfanas de los soldados que habían muerto en la guerra. Pero en realidad nos habían detenido y enviado a Norilsk los militares, sin darnos a elegir. Estábamos en guerra, y los militares nos necesitaban a todos, incluso a los más débiles, como trabajadores.[722]

Semion Golovko tenía dieciocho años cuando llegó a Norilsk, en 1943. Había nacido en la región de Stavropol, al norte del Cáucaso, y era el segundo de los once hijos de una

familia cosaca que había sido designada como *kulak* y que había perdido todas sus propiedades durante la colectivización. El padre y el hermano mayor de Semion, reclutados por el Ejército Rojo, habían perdido la vida cerca de Smolensk en junio de 1941. Por ser el varón mayor superviviente, Semion quedó a cargo de toda la familia. Abandonó la escuela y fue a trabajar como conductor de tractores en una granja colectiva para mantener a su madre y a sus nueve hermanos. En septiembre de 1942, cuando los alemanes arrasaron el norte del Cáucaso, Semion se unió a los partisanos Rojos, pero los alemanes lo hicieron prisionero y lo obligaron a formar parte de la policía auxiliar (*Schutzmannschaft*), amenazándolo con que, si no lo hacía, fusilarían a su familia. Cuatro meses más tarde, el Ejército Rojo recobró toda la zona. Semion fue arrestado por «haber colaborado con el enemigo» y enviado a Norilsk. Trabajó en varias minas y fábricas y muy pronto se convirtió en jefe de brigada e incluso en estajanovista. Obtuvo varias medallas por su contribución al esfuerzo bélico como trabajador del Gulag. [723]



Campo de trabajo y complejo minero de Norilsk (Gorlag).

Basado en un mapa dibujado por Leonid Konovalov, un prisionero de Norilsk, en 1949. El mapa de Konovalov no es fiable en lo referido a numeración de las zonas del campo, y «el área de ejecución» tal vez no haya sido tan grande como lo imaginaban los prisioneros. (fuente: MM, f. I. I, op. I, d. 242)

Olga Lobacheva, una destacada mineralogista, fue enviada a Norilsk en 1944. Después del arresto de su esposo en 1938, fue sentenciada a ocho años de prisión por «agitación contrarrevolucionaria», y en última instancia terminó en un campo de trabajo de Siberia. Mientras se encontraba en el campo, dio a luz a un hijo que fue enviado a un orfanato. En el otoño de 1943, Olga fue catalogada como especialista por la NKVD y asignada a las minas de Norilsk. Durante seis semanas estuvo encarcelada en Marinsk, a 350 kilómetros al oeste de Krasnoiarsk, donde se reunió gradualmente todo un equipo de geólogos y especialistas en minería procedentes de los campos de trabajo de Siberia. Transferida a Krasnoiarsk para el largo viaje hacia el norte, una comisión médica declaró que Olga no estaba en condiciones de viajar (tenía neumonía) y fue enviada al campo de trabajo de Taishet, situado a 400 kilómetros hacia el este. Taishet era conocido entre los prisioneros como el «campo de la muerte», porque estaba repleto de inválidos y ancianos abandonados a morir allí. Poco después de su llegada a Taishet, Olga fue reclutada una vez más por la NKVD. A pesar de su neumonía, fue reasignada para un traslado inmediato a Norilsk. La mujer viajó con un equipo de ingenieros, electricistas, metalúrgicos y constructores que volaron en un avión especial de la NKVD desde Krasnoiarsk, para acelerar así la llegada de esos especialistas. Olga trabajó como especialista en investigación

geológica en el sector técnico, donde volvió a reunirse con muchos de sus amigos universitarios.[724]

Entre esos amigos se contaba Elizaveta Drabkina, la joven que había reconocido a su padre perdido durante muchos años, Sergei Gusev, el revolucionario bolchevique, en la cafetería del Instituto Smolny en octubre de 1917. Elizaveta había sido arrestada como «trotskista» en diciembre de 1936, y sentenciada a cumplir una condena de cinco años de prisión en la cárcel de Iaroslavl. En 1939, su sentencia fue prolongada a quince años, y se decretó que debía cumplirlos en el campo de trabajo de Norilsk. Durante los primeros tres años, trabajó en las minas de carbón, pero luego fue transferida al sector técnico, donde se la empleó como traductora de libros y manuales importados. Elizaveta trabajó como una verdadera estajanovista, por verdadero compromiso con los ideales patrióticos. Sentía que por medio de su trabajo en el campo contribuía realmente a la economía soviética. Entre 1941 y 1945 se postuló cuatro veces para unirse al ejército en el frente. Sus peticiones fueron denegadas, pero Elizaveta de todas maneras fue recompensada por su diligencia, y le asignaron una habitación en la zona de los especialistas. Vivía allí con su esposo, Alexandre Daniets, hijo de un bolchevique víctima de la represión, que había sido arrestado en 1938. Antes de casarse habían sido amigos en Leningrado. Sus exvecinos de Norilsk recuerdan que eran una pareja tranquila, y que tenían un perro. Drabkina era sorda como consecuencia de un accidente en las minas, y eso les hacía difícil cultivar alguna clase de vida social. Tenían un pequeño círculo de amigos con los que conformaron un grupo de estudio marxista (las obras de Marx y Lenin estaban a disposición de todos en la biblioteca del campo de trabajo), pero se mostraban suspicaces con el resto de las personas. En 1945, un integrante de su círculo fue arrestado y más tarde

ejecutado por «agitación contrarrevolucionaria». Sospechando que en su círculo se había infiltrado un prisionero que trabajaba para la NKVD, Elizaveta y su esposo cancelaron su grupo de estudios y lo volvieron clandestino, encontrándose con sus amigos en secreto en el camino al cementerio cada vez que sacaban a su perro de paseo. Elizaveta y su esposo hablaban fluidamente varios idiomas. Cuando estaban en su casa, hablaban en francés para protegerse de los oyentes indeseables que pudieran encontrarse en la habitación contigua.[725]

4

En algún momento de fines de la década de 1940, Ajmátova se encontraba caminando en compañía de Nadezhda Mandelstam en Leningrado, cuando de repente comentó: «Pensar que los mejores años de nuestra vida fueron los de la guerra, cuando tanta gente perdió la vida, cuando nos moríamos de hambre y mi hijo estaba condenado al trabajo forzado». Para cualquiera que hubiera sufrido el terror de la década de 1930, como le había ocurrido a Ajmátova, la guerra debía de haberle parecido una liberación. Tal como escribiría Pastemak en el epílogo de *Doctor Zhivago* (1957): «Cuando estalló la guerra, sus horrores reales, su amenaza de muerte real, fueron una bendición comparados con el inhumano poder de la mentira, un alivio, porque rompió el hechizo de la letra muerta». El alivio fue palpable. Permitió a las personas actuar de una forma que hubiera sido inconcebible antes de la guerra. Por necesidad, todos volvieron a depender de sus propias iniciativas: hablaban entre sí y se ayudaban mutuamente sin pensar en el peligro político que esto implicaría para ellos; y de esta actividad espontánea nació un nuevo sentido de nacionalidad. Por esta razón, los años de la guerra llegarían a ser recordados con nostalgia. Se los recordaba como «un período de vitalidad», según las palabras de Pasternak, como una «recuperación despojada de ataduras y gozosa del sentimiento de comunidad con todo el mundo».[726]

Para el escritor Viacheslav Kondratiev, ese sentimiento de solidaridad comunal fue el rasgo determinante de la época:

> Estamos orgullosos de esos años, y esa nostalgia del frente se agita en todos nosotros, no porque fueran los años de nuestra juventud, que siempre es recordada con cariño, sino porque nos sentíamos ciudadanos en el más auténtico sentido del término. Era un sentimiento que nunca habíamos experimentado antes, y que no experimentaríamos después. [727]

Esta renovada sensación de responsabilidad personal y colectiva era evidente, especialmente durante el período de 1941 y 1943, cuando la infraestructura del régimen estalinista estuvo prácticamente derrumbada debido a la invasión alemana, y la gente quedó librada a sus propios recursos y a tomar sus propias decisiones acerca de la manera en que cada uno debía actuar. El historiador Mijail Gefter, que era entonces médico del ejército, describe esos años como un período de «desestalinización espontánea»:

> Ante nuestros propios ojos, una persona sometida a los caprichos del destino, inesperadamente, cara a cara con la muerte, halla la libertad para ganar control de sí misma… Como testigo ocular y como historiador puedo dar fe: en 1941 y 1942 hubo una plétora de situaciones y decisiones que constituyeron un proceso de desestalinización espontánea… Seguimos siendo rusos, soviéticos, pero en esos años el espíritu humano universal también nos impregnó.

Para Ada Levidova, que pasó los años de la guerra trabajando en un instituto médico, esta desestalinización espontánea se reflejó en un cambio del poder, que pasó de los funcionarios del Partido que hasta entonces controlaban el hospital a los médicos y las enfermeras: «Había demasiadas situaciones en las que las personas encargadas de la tarea debían tomar decisiones cruciales, de vida o muerte, sin permiso de las autoridades, situaciones en las que debíamos actuar, o improvisar, sin prestar atención a las normas oficiales».[728]

Las personas tenían la sensación de ser necesarias para el esfuerzo bélico. Sentían que su contribución podía ser

importante. De este sentimiento de involucración y participación emanaba una atmósfera general de libertad cívica y de responsabilidad individual. Hedrick Smith consigna una conversación mantenida en la casa de un científico judío a principios de la década de 1970. El científico había dicho que la guerra había sido «la mejor época de nuestras vidas», explicándoles a sus consternados amigos:

> Y es que en esos momentos todos nos sentimos más cerca de nuestro gobierno que en cualquier otro momento de nuestra vida. No era el país de ellos entonces, sino nuestro país. No eran ellos los que querían que se hiciera esto o aquello, sino nosotros los que queríamos hacerlo. No era la guerra de ellos, sino nuestra guerra. Era nuestro país lo que defendíamos, era nuestro el esfuerzo bélico.

Según Kondratiev, un veterano del frente, incluso el más humilde de los soldados, a quien los oficiales superiores maltrataban constantemente haciéndole sentir que era insignificante, se convertía en su propio general cuando entraba en combate en el campo de batalla:

> Allí nadie puede mandarte. Allí estás a cargo de todo. Y también en la defensa hay que decidir cosas… para que los alemanes no pasen… Sientes que el destino de Rusia está en tus manos, y que todo podría salir mal de no ser por ti. En nuestra sociedad, en épocas de paz, nada dependía del individuo. Pero en la guerra todo era diferente: cada uno sentía que estaba personalmente involucrado en la victoria.[729]

Para la «generación de 1941», que había crecido a la sombra del culto a Stalin y al Partido, esta nueva libertad implicó un golpe al sistema. «La catástrofe militar de 1941-1942 nos obligó a cuestionar a Stalin por primera vez», recuerda el historiador literario Lazar Lazarev, quien fue a la guerra directamente desde la escuela secundaria, en 1941:

> Antes de la guerra no habíamos cuestionado nada, creíamos todo lo que la propaganda nos decía sobre Stalin, y creíamos en el Partido como encarnación de la justicia. Pero lo que vimos durante los primeros años de la guerra nos obligó a reflexionar sobre todas las cosas que nos habían dicho. Nos hizo cuestionar nuestras convicciones.[730]

La atmósfera presagiaba el cambio de valores de 1956, el

año de la apertura, del «deshielo» de Kruschev, cuando Julia Neiman escribió el poema «*1941*».

Esos días de Moscú… La avalancha de la guerra…
¡Innumerables pérdidas! ¡Reveses y derrotas!
Sí, camaradas de aquel año, digamos la verdad:
¡Arde como una antorcha ese brillante año!
Como yeso descascarillado los subterfugios cayeron,
y se desnudaron las causas, los efectos se revelaron;
y a través del oscurecimiento, del camuflaje,
vimos el rostro de nuestros camaradas… sin disfraces.
La dudosa vara con que nos medían,
formularios, cuestionarios, años de servicio, rango, edad,
se dejó a un lado y nos medimos con genuina vara:
la del valor, la de la fe. Y los que vivimos
y vimos esas cosas aún las conservamos
frescas en la memoria, y aún sagradas:
las guardias en los tejados, los globos cautivos,
el caos explosivo que era entonces Moscú,
los edificios ocultos tras su camuflaje,
la sinfonía de la alerta aérea y la señal
de final del bombardeo…
porque al menos esas cosas parecían reales,
y nuestro orgullo de ciudadanos, puro y brillante.[731]

A medida que los ciudadanos reclamaban sus nuevas libertades, la influencia ideológica del Partido y el culto a Stalin inevitablemente se debilitaron. Aunque casi se duplicó en tamaño durante los años de la guerra, el Partido perdió gran parte de su espíritu revolucionario anterior al conflicto armado, ya que los bolcheviques más comprometidos habían muerto en las batallas de 1941-1942. En 1945, más de la mitad de los seis millones de miembros del Partido prestaban servicio en las fuerzas armadas, y dos tercios de ellos estaban involucrados en la guerra. Estas tropas diferían significativamente del Partido estalinista de la década de 1930: eran filas más pragmáticas, no tan ideologizadas (ni siquiera

instruidas en la ideología marxista-leninista), menos proclives a ver el mundo en términos de clase social, e impacientes con la burocracia.[732] El nuevo espíritu reinante fue resumido por el *Pravda* cuando la publicación argumentó, en junio de 1944, y contradiciendo palmariamente los principios de preguerra del Partido, que las «cualidades personales de cada miembro del Partido deben juzgarse de acuerdo con su contribución práctica al esfuerzo bélico» y no por sus orígenes de clase o su corrección política. Según Lazarev, quien ingresó en el Partido desde las filas más bajas, la ideología bolchevique no desempeñó ningún papel durante la guerra, y los eslóganes de preguerra que promovían el culto a Stalin y al Partido perdieron prácticamente todo poder y relevancia:

> Existe la leyenda de que los soldados se lanzaban al ataque al grito de «¡por Stalin!». Pero en realidad jamás mencionábamos a Stalin, y al ir al combate lo que gritábamos era «¡por la madre patria!». El resto de nuestros gritos de guerra eran obscenidades.

La guerra dio nacimiento a todo un repertorio de rimas y canciones antiestalinistas, como ésta de 1942:

> ¡Querido Josef Stalin!
> ¡Ahora has perdido Tallin!
> ¡Estamos tan mal alimentados
> que también perderás Stalingrado! [733]

Para mucha gente, la época de la guerra fue un período de liberación del miedo al régimen. Fue una época, tal vez la única de sus vidas, en que se vieron obligados a actuar sin reparar en las consecuencias políticas de sus acciones. Los «verdaderos horrores» de la guerra concentraban toda la atención de las personas, mientras que los potenciales terrores que los aguardaban por parte de la NKVD parecían de algún modo menos amenazantes, o más fáciles de enfrentar en la lucha general. Durante la conversación registrada por Hedrick Smith, el científico judío recordaba un incidente de los años de la guerra:

> Estaba en mi cuarto de Kazan, durmiendo… y en mitad de la noche vino alguien de la Cheka y me despertó, y no sentí miedo. ¡Imagínese! Golpeó a mi puerta en mitad de la noche y me despertó, y no sentí miedo. Si algún chekista hubiera hecho eso en la década de 1930, me hubiera aterrorizado. Si hubiera ocurrido después de la guerra, justo antes de la muerte de Stalin, también hubiera resultado aterrador… Pero en esa época, durante la guerra, no sentí absolutamente nada de miedo. Fue una época única en toda nuestra historia.[734]

En gran medida, esa nueva sensación de libertad era producto de la relajación del control del régimen sobre el campo político e incluso religioso, una distensión producida después de 1941. Los hijos de los «enemigos del pueblo» se beneficiaron especialmente de este cambio de actitud. Si estaban dispuestos o cualificados para trabajar en áreas que se habían vuelto de gran necesidad en tiempo de guerra, sus biografías mancilladas ya no eran un obstáculo tan insalvable como lo habían sido antes de la guerra. Aunque no era una política oficial, los funcionarios, en un arrojo de pragmatismo, habitualmente pasaban por alto los orígenes sociales de los postulantes a empleos y cursos estudiantiles que necesitaban urgentemente candidatos aptos.

Eugenia Stern nació en 1927, en el seno de una familia de funcionarios bolcheviques de Moscú. Su padre fue detenido y fusilado dos años más tarde, acusado de ser «espía alemán». Su madre fue sentenciada a cinco años en los campos de trabajo de Kolyma. Eugenia fue enviada a vivir con su abuela en la región de Altai, en Siberia. En 1943 regresó a Moscú para vivir con su tía. Los maestros de su escuela, donde le permitieron ingresar como alumna externa, reconocieron su capacidad y la protegieron. Un día del verano de 1944, Eugenia pasaba frente a la universidad cuando vio una notificación que invitaba a los estudiantes de secundaria a postularse para ingresar en la Facultad de Física de la Universidad de Moscú. A ella nunca le había gustado la física, no era buena en la materia, pero advirtió que se le presentaba

la oportunidad de ingresar en la Universidad de Moscú, la más prestigiosa de la Unión Soviética. Alentada por su tía, decidió intentarlo. «Sólo tenía dieciséis años», recuerda Eugenia:

> En el cuestionario [que estaba obligada a completar como parte del proceso de postulación] no mencioné que mis padres habían sido arrestados. Escribí que mi padre había muerto… Creo que me hubieran aceptado de todos modos, porque no había suficientes jóvenes que quisieran estudiar física, y en ese momento, en 1944, había una urgente necesidad de físicos.[735]

Los años de la guerra ofrecieron una oportunidad similar a Antonina Golovina, la hija *kulak* que aprendió a ocultar sus orígenes sociales. La ambición de Antonina había sido estudiar en el Instituto de Medicina de Leningrado. Se postuló para ingresar en 1941, pero aunque su promedio de la escuela secundaria era sin duda más que suficiente para garantizar su aceptación en el instituto, probablemente su solicitud fue denegada, tal como ella misma cree, debido a su origen social sospechoso. El desencadenamiento de la guerra acabó con sus sueños de estudiar en Leningrado, ya que la ciudad fue sitiada. Antonina trabajó como maestra asistente en la escuela de la aldea de Pestovo, y luego, en 1943, se postuló para el ingreso en la Universidad de Sverdlosk. Una vieja condiscípula de la escuela, que estudiaba allí, le había sugerido que se postulara porque Sverdlosk necesitaba médicos y la universidad había suavizado las reglas de admisión a la Facultad de Medicina. A pesar de su origen *kulak*, Antonina fue aceptada e ingresó en la universidad. Pronto se destacó como una de las mejores estudiantes de la facultad. Gozaba del pleno respaldo de sus profesores, quienes mantuvieron en secreto su origen social. «Por primera vez en mi vida me permitieron progresar por mis propios méritos», reflexiona Antonina. Cuando se levantó el sitio de Leningrado, en enero de 1944, Antonina se postuló para

ingresar en el Instituto Pediátrico de Leningrado y poder continuar sus estudios. No tenía pasaporte que le permitiera vivir en Leningrado, y normalmente su origen *kulak* habría bastado para descalificarla, a pesar de las ardorosas cartas de recomendación de sus profesores de Sverdlosk. Pero Leningrado necesitaba desesperadamente pediatras que se ocuparan de las decenas de miles de niños enfermos y perturbados que habían quedado huérfanos tras el sitio. Según las palabras del funcionario que recomendó que Antonina fuera admitida en el instituto, hubiera sido «un pecado rechazar a una estudiante tan buena en un momento como aquél». Sin pasaporte que la autorizara a vivir en Leningrado, Antonina no podía ser inscrita oficialmente como estudiante del instituto, de manera que la joven se convirtió en una de los catorce «ilegales» (todos de «origen de clase ajeno») que estudiaban *ex officio*, y todos ellos albergados juntos en una habitación del sótano. Como estudiante *ex officio*, Antonina no podía recibir un estipendio. No podía sacar libros de la biblioteca, ni comer en la cafetería de los estudiantes. Trabajaba clandestinamente de camarera por las noches para poder mantenerse. En 1945, los catorce estudiantes fueron finalmente legalizados: se les facilitó un pasaporte y fueron registrados oficialmente en el instituto. El director de la institución, un comunista pragmático, había apelado por ellos al comité del Partido de Leningrado, insistiendo en que los estudiantes eran urgentemente requeridos para satisfacer las necesidades de la ciudad. Para Antonina, este reconocimiento oficial fue un gran estímulo y le permitió ganar confianza en sí misma. La liberó bastante del miedo que había sentido de manera tan intensa antes de la guerra, permitiéndole pensar de manera más crítica acerca de la naturaleza del régimen soviético y de los estragos que ese régimen había hecho en su familia.[736]

Las concesiones hechas por el régimen en la esfera religiosa también tuvieron consecuencias muy amplias. La distensión de los controles sobre la Iglesia produjo un acusado renacimiento de la vida religiosa entre 1943 y 1948 (cuando casi todas esas concesiones volvieron a perder vigencia). Cientos de iglesias fueron reabiertas, aumentó el número de asistentes, y hubo un renovado interés por los matrimonios religiosos, los bautismos y las ceremonias fúnebres.

La familia de Ivan Bragin tenía estrechas vinculaciones con la Iglesia. Entre los parientes de Ivan se contaban varios clérigos, y su esposa, Larisa, era hija de un sacerdote. Habían ocultado estrictamente esos parentescos en la década de 1930, cuando la familia fue despojada de todas sus pertenencias por considerársela *kulak*, y luego enviada al exilio en Krasnokamsk: Ivan y Larisa no asistían a la iglesia; dejaron de usar cadenas con la cruz, escondieron sus iconos en un baúl y colgaron un retrato de Stalin en la entrada, en el lugar donde tradicionalmente se exhibían los iconos. Instaron a sus hijos a ingresar en los Pioneros y a participar en las actividades antirreligiosas para no despertar sospechas. Pero después de 1944 la familia empezó a recuperar sus costumbres religiosas. Todos los hijos fueron bautizados en la iglesia de una aldea cercana, que había sido reabierta en 1944 después de que los aldeanos reunieran dinero para pagar un tanque. Larisa extrajo del baúl su icono más hermoso y lo dispuso en un rincón del cuarto, donde quedaba semioculto por una cortina. Se persignaba ante el icono cada vez que entraba en la habitación. «Gradualmente», recuerda su hija Vera:

> empezamos a celebrar las fiestas religiosas, y mamá nos explicó todo sobre ellas. Preparaba algún plato especial, aunque eso no era nada fácil durante la guerra. Siempre decía: «Tenemos comida sobre la mesa, de manera que es Martes de Ceniza. Y si no hay nada, es la Cuaresma». Celebrábamos la Navidad, la Epifanía, la Anunciación, la Pascua y la Santísima Trinidad.[737]

Tal vez el aspecto más notable de los años de la guerra fue la nueva libertad de expresión. La gente hablaba abiertamente de la pérdida de sus parientes, expresaban sus sentimientos y sus opiniones de una manera que antes hubiera resultado inconcebible, y se enzarzaban en debates políticos. Las incertidumbres que provocaba la guerra, incluyendo la de la supervivencia del poder soviético, habían eliminado el temor a hablar de política e incluso el temor a criticar al régimen.

Vera Pirozkova recuerda haber regresado a su ciudad natal, Pskov, en 1942: «Todo el mundo hablaba abiertamente de política y sin ningún temor». Consigna una discusión entre dos hermanas: una de veintidós años, esposa de un oficial del Ejército Rojo que luchaba en el frente; la otra, de diecisiete años, era una «ardiente anticomunista». Cuando la hermana mayor afirmó no saber nada de los campos de trabajo, la menor le contestó con desdén: «¿No sabías nada? —le dijo—. ¿Todo el país lo sabía, y tú no? No querías saberlo, te escondiste tras la espalda de tu oficial y fingiste ante ti misma que todo estaba perfectamente». En otra ocasión, la menor criticó a su hermana mayor por haber dicho que no sabía nada del problema del desempleo, a pesar de que muchos de sus parientes no habían podido encontrar trabajo antes de la guerra. «¿Cómo podías no saberlo? A menos que después de casarte te hayas olvidado completamente de tu familia y ni siquiera te hayas dado cuenta de lo pobres que éramos». Antes de la guerra, comenta Vera, cuando el esposo de la hermana mayor vivía con el resto de la familia, nadie se hubiera atrevido a hablar con tanta libertad, aunque sólo fuera por miedo a que él los denunciara.[738]

Las colas para conseguir los alimentos eran un campo fértil para las quejas y las discusiones políticas. La furia y la frustración eran un lazo de unión entre las personas y les daba

valor para hablar (por ese motivo, los informantes y la policía solían frecuentar las colas donde la gente se congregaba en busca de alimentos). «Las opiniones antisoviéticas se expresan abiertamente cuando se acaban las provisiones», subrayaba un grupo de informantes infiltrados en varias colas formadas ante comercios de Moscú en abril de 1942. Se escuchó decir a un anciano que hacía la cola del queroseno: «Los parásitos del Partido están en todas partes. ¡Qué canallas! Tienen de todo, y nosotros, los trabajadores, no tenemos más que el cuello del que nos cuelgan». A lo que una mujer añadió: «Y por eso estamos en este caos». En otra fila de Moscú, según los informantes, se registró esta conversación:

> DRONIN [un soldado]: Sería mejor si viviéramos ahora como vivíamos antes de 1929. En cuanto introdujeron la política de los *koljoz*, todo empezó a ir mal. Me pregunto… ¿por qué estamos luchando? ¿Qué estamos defendiendo?
>
> SIZOV [un soldado]: Sólo ahora he entendido que somos esclavos. Hay gente como [el líder bolchevique] Rykov que intentó hacer algo bueno por nosotros, pero lo eliminaron. ¿Alguna vez habrá alguien que piense en nosotros?
>
> KARELIN [un carpintero]: Nos dijeron que los alemanes vestían con andrajos y eran unos piojosos, pero cuando llegaron a nuestra aldea, cerca de Mozaisk, los veíamos comer carne y beber café todo el día…
>
> SIZOV: Todos tenemos hambre, pero los comunistas dicen que todo anda bien.[739]

Las lenguas se soltaron hasta un punto notable. Roza Novoseltseva recuerda un encuentro con un zapatero que se produjo en Moscú, en 1942. La mujer acababa de regresar a la capital, cinco años después del arresto de sus padres. En realidad, nunca había cuestionado al régimen soviético por el arresto de sus padres. Aunque creía que eran inocentes, estaba dispuesta a aceptar que los «enemigos del pueblo» realmente existían, y que eran «elementos ajenos que había que eliminar», según los describió ella misma en 1938. Pero su visita al zapatero le había hecho cambiar de opinión.

Mientras le arreglaba los zapatos, el hombre maldijo al gobierno soviético, responsabilizándolo de todos los males y aflicciones que sufría el país, mientras le contaba la historia de su propio arresto injusto durante la década de 1930. Estaba claro que no pensaba en lo arriesgado que podía ser hablar de esa manera con una completa desconocida como era Roza. La franqueza de sus palabras era algo que ella nunca antes había visto, y la hizo «detenerse a pensar en esas cosas» por primera vez en su vida.[740]

Las filas del ejército también eran un escenario importante para la crítica y el debate. Los pequeños grupos de camaradas formados por los soldados en el frente eran un entorno seguro en el que se podía hablar. «Maldecíamos a los dirigentes —recuerda un veterano—. ¿Por qué no había aviones? ¿Por qué no había suficientes bombardeos de la artillería? ¿Cuál era el motivo de semejante caos?» Otro veterano recuerda que los soldados no tenían miedo a ser castigados por decir lo que pensaban: «Pensaban muy poco en el castigo… Los soldados que convivían con el riesgo de perder la vida no le tenían miedo a nada». En la primavera de 1945, Lazar Lazarev volvió del frente y pasó algún tiempo en un hospital de Kuibyshev:

> Como todos los soldados, yo tenía la lengua muy suelta en 1945. Decía exactamente lo que pensaba. Y hablaba de las cosas del ejército que me parecían un escándalo. El médico del hospital me advirtió que «contuviera la lengua» y me sorprendió, porque pensaba, como el resto de los soldados, que tenía derecho a hablar, ya que había luchado por el Estado soviético… Con frecuencia oía a los soldados de las aldeas quejarse de las granjas colectivas, y decir que era necesario eliminarlas cuando finalizara la guerra. La libertad de expresión había alcanzado un nivel tan alto, que me parecía completamente normal que se expresaran esas opiniones.[741]

De esta clase de conversaciones empezó a emerger el perfil de una nueva comunidad política. El incremento de la confianza y de la interacción entre las personas dio origen a

un renovado espíritu cívico y a un nuevo sentimiento nacional. El núcleo del que irradiaba esta transformación estaba constituido por un cambio de valores fundamental. Antes de la guerra, el clima de desconfianza general era tan denso que ninguna comunidad podía formarse por sí misma sin instrucciones del Partido; todos los deberes cívicos se cumplían porque eran órdenes del Estado. Pero en la guerra, los deberes cívicos se referían a algo real, que era la defensa del país, y eso cohesionaba a la gente, independientemente del control del Estado, hasta crear todo un nuevo conjunto de actitudes públicas.

Mucha gente advirtió el cambio, y habló de él. El escritor Prishvin sentía, y así lo consignó en su diario en 1941, que «la gente se ha vuelto más amable desde que empezó la guerra: todos están unidos por el temor que sienten por su madre patria». También sentía que las divisiones de clase habían sido borradas por el espíritu nacional que había emergido durante la guerra. «Sólo ahora empezamos a entender que "el pueblo" no es algo invisible, sino algo profundamente arraigado en nuestro interior —escribió en 1942—. El "pueblo" significa mucho más que campesinos y obreros, incluso más que escritores como Pushkin, Dostoievski o Tolstói: es algo que está en el interior de todos nosotros». Otros experimentaron esta unidad nacional provocada por la guerra como un nuevo sentimiento de solidaridad en sus lugares de trabajo. Ada Levidova advirtió una nueva «proximidad» entre el personal de su instituto médico de Leningrado, una cercanía que trascendía las viejas jerarquías profesionales:

> El instituto se convirtió en nuestro hogar. Las fronteras que dividían a los profesores y a los trabajadores comunes desaparecieron. Había una atmósfera de causa común, de responsabilidad compartida respecto del instituto, de los pacientes, de nuestros colegas, que nos hacía sentir muy próximos entre nosotros. Este espíritu democrático (porque eso es lo que era), el sentimiento de que éramos una sola familia, era respaldado por

> todos los que habían sobrevivido al sitio de Leningrado. Y esa atmósfera persistió entre nosotros después de la guerra.

El comandante de un pelotón de infantería consignó que la guerra lo había hecho volver a pensar en los valores y en las relaciones humanas:

> En el frente, las personas pronto descubrían cuáles eran las cualidades de los otros que más importaban. La guerra fue una prueba no sólo de su fuerza, sino también de su humanidad. La bajeza, la cobardía y el egoísmo quedaban inmediatamente de manifiesto. Instintivamente, cuando no intelectualmente, las verdades humanas acababan por entenderse en muy poco tiempo… verdades cuyo aprendizaje a veces puede precisar años, si es que se aprenden, en tiempos de paz.

No es extraño que para muchos la guerra fuera una suerte de purificación espiritual, una violenta purga del «inhumano poder de la mentira» que había asfixiado cualquier discusión política durante los años anteriores. «La guerra nos obligó a reflexionar sobre nuestros valores y nuestras prioridades —comenta Lazarev—; nos permitió, a nosotros, soldados comunes, ver otra clase diferente de verdad, e incluso imaginar una nueva realidad política».[742]

Lista nueva reflexión se difundió cada vez más cuando la guerra se aproximaba a su fin y gran parte del enorme ejército soviético entró en Europa, donde los soldados se vieron expuestos a estilos de vida diferentes. Para principios de 1944, los soviéticos habían congregado un ejército de seis millones de hombres, más del doble del tamaño del ejército alemán en el frente oriental. En junio de 1944, en el momento en que los aliados lanzaron la invasión en el norte de Francia, el Ejército Rojo atacó al grueso del ejército alemán del frente bielorruso, recuperando Minsk el 3 de julio y avanzando a través de Lituania hasta llegar a fines tic agosto a la frontera de Prusia. Mientras tanto, las tropas soviéticas del frente ucraniano marcharon a través del este de Polonia en dirección a Varsovia. En el sector sur, donde las fuerzas alemanas pronto

se derrumbaron, el Ejército Rojo avanzó a través de Rumania y Bulgaria, y llegó a Yugoslavia en septiembre de 1944. El avance soviético fue implacable. Para fines de enero de 1945, las tropas del frente ucraniano habían penetrado profundamente en Silesia, mientras que en el frente bielorruso las tropas de Zhukov habían llegado al río Oder y tenían Berlín a la vista.

Casi ningún soldado soviético había estado nunca en Europa. La gran mayoría eran hijos de campesinos que habían llegado al ejército ion la restringida visión del mundo y las costumbres rurales soviéticas, y con la imagen del mundo exterior que les había transmitido la propaganda política. No estaban preparados para lo que encontraron. «El contraste entre el estándar de vida en Europa y el que teníamos en la Unión Soviética fue un shock emocional y psicológico, y cambió la opinión de millones de soldados», observó Simonov. Los soldados vieron que la gente común vivía en casas mejores; vieron que los comercios estaban mejor abastecidos, a pesar de la guerra y del saqueo del Ejército Rojo, y que las granjas privadas ante las que habían pasado de camino hacia Alemania, aun a pesar de su estado ruinoso, eran muy superiores a las granjas colectivas soviéticas. Ninguna propaganda política, por potente que fuera, podía persuadirlos de que debían descartar las pruebas que veían con sus propios ojos.

El encuentro con Occidente sirvió de modelo para las expectativas de los soldados respecto del futuro en su propio país. Los soldados campesinos estaban convencidos de que las granjas colectivas serían eliminadas al final de la guerra. En el ejército circulaban muchos rumores de esa clase, casi todos ellos referidos a las promesas que Zhukov había hecho a las tropas. Esas expectativas, repetidas en millones de cartas que los soldados dirigían sus familias, se difundieron rápidamente

en las zonas rurales, y tuvieron como consecuencia una serie de huelgas del campesinado en las granjas colectivas. Otros soldados expresaban la necesidad de que se reabrieran las iglesias, de instaurar una mayor democracia, incluso de desmantelar por completo el sistema del Partido. El director de cine Alexandre Dovzhenko recordaba una conversación con un chófer militar, un «mozo de Siberia», que sostuvo en enero de 1944. «Nuestra vida es mala —había dicho el joven —. Y todos nosotros, como entenderá, sólo esperamos que haya cambios que mejoren nuestra vida. Todos esperamos. Todos. Sólo que no lo decimos». «Me asombró lo que escuché —escribió Dovzhenko en su diario, más tarde—. La gente tiene una tremenda necesidad de tener otra clase de vida. Es lo que oigo en todas partes. El único lugar donde no oigo eso es entre nuestros líderes».[743]

Los oficiales estaban a la vanguardia de este movimiento reformista del ejército. Expresaban abiertamente sus críticas del sistema soviético, y sus esperanzas de cambio. En 1945, un teniente escribió al presidente soviético, Mijail Kalinin, enunciando «una serie de consideraciones para presentar en la próxima reunión del Presidium del Soviet Supremo». Tras haber ido a Maidanek, el campo de exterminio nazi en Polonia, el oficial exigía el fin de los arrestos y encarcelamientos arbitrarios en la Unión Soviética, que, según decía, tenía sus propios Maidanek; la abolición de las granjas colectivas, de las que sabía, por lo que sus propios soldados le habían dicho, que eran un desastre; y luego continuaba con una lista de quejas menores que sus soldados le habían pedido que transmitiera al presidente.[744]

Los dirigentes del Partido, comprensiblemente, se sentían considerablemente ansiosos respecto del regreso de todos esos hombres que volvían llenos de ideas reformistas. Para

aquellos que se tomaban el trabajo de rastrear antecedentes en la historia, existía un obvio paralelismo con la guerra contra Napoleón, en 1812-1818, cuando a su regreso, los oficiales trajeron a la Rusia zarista el pensamiento liberal de Europa occidental, que luego inspiró el levantamiento decembrista de 1825. Los activistas políticos que asistieron a un congreso en el segundo frente bieloruso en febrero de 1945 instaron a tomar medidas destinadas a contrarrestar la perniciosa influencia de Occidente:

> Después de la guerra de 1812, nuestros soldados, que habían visto la vida francesa, la compararon con la retrasada vida de la Rusia zarista. En esa época, la influencia francesa era progresista… Los decembristas advirtieron de la necesidad de luchar contra la dictadura zarista. Pero hoy es diferente. Tal vez los Estados de Prusia oriental estén mejor que algunas granjas colectivas. La impresión puede instar a una persona atrasada a concluir a favor de la propiedad privada y en contra de la economía socialista. Pero eso es una regresión. De manera que debe entablarse una lucha sin cuartel para combatir esa manera de pensar.[745]

Existía particular preocupación por la influencia que estas ideas occidentales ejercían sobre los miembros del Partido, más de la mitad de los cuales estaban sirviendo en el ejército en 1945. La dirigencia suponía que, cuando todos esos efectivos fueran dados de baja, infectarían a las organizaciones civiles con sus peligrosas ideas liberales de reforma política.

De hecho, esas ideas ya se estaban difundiendo entre los civiles, especialmente en las clases políticas y entre los más instruidos. La alianza con Inglaterra y Estados Unidos había expuesto a la sociedad soviética a la influencia de Occidente mucho antes de que acabara la guerra. Después de años de aislamiento, las ciudades soviéticas estaban inundadas de películas de Hollywood, libros y productos occidentales importados gracias al acuerdo de préstamo y arriendo establecido con Estados Unidos. Millones de personas pudieron darse cuenta de cómo era en realidad la vida en

Occidente, tal vez no el ideal de Hollywood, pero sí algo que estaba muy lejos de las sombrías imágenes difundidas por la propaganda soviética durante la década de 1930. En las calles de Moscú, reaparecieron los restaurantes y las tiendas comerciales, sugiriendo que podría reinstaurarse algo semejante a la NPE. Todo esto alentó la expectativa de que la vida en la Unión Soviética se haría más fácil y se abriría más a Occidente una vez que finalizara la guerra. Tal como lo expresó el escritor y propagandista Vsevolod Vishneski, en un discurso dirigido a la Sociedad de Relaciones Culturales Exteriores en el verano de 1944:

> Cuando acabe la guerra, la vida se hará muy placentera… Habrá muchos viajes, y mucho contacto con Occidente. Todo el mundo será autorizado a leer lo que prefiera. Habrá intercambio de estudiantes, y se facilitarán los viajes al exterior de los ciudadanos soviéticos.

La *intelligentsia* discutía abiertamente las ideas de reforma política, sin temor a la censura (y tal vez con la aprobación de la dirigencia del Partido, que estaba dispuesta a ofrecer esos incentivos para mantener a la gente luchando hasta que acabara la guerra). «Una gran parte de los círculos intelectuales estaban a favor de la liberalización —recuerda Simonov—. Había una atmósfera generalizada de optimismo ideológico». Para la mayoría de las personas de esos círculos, la liberalización significaba un «diálogo» con el gobierno acerca de las reformas. Pocos estaban dispuestos a desafiar abiertamente a la dictadura comunista, pero muchos querían una mayor participación en la toma de decisiones políticas, para poder de ese modo abrir el sistema desde adentro. Por decirlo con las palabras del poeta David Samoilov:

> Nuestra idea del deber cívico era cumplir con misiones políticas en cuya utilidad creíamos… Nuestra opinión era que si cumplíamos una misión cívica, estábamos en posición de exigir honestidad por parte del gobierno Necesitábamos que el gobierno nos explicara sus ideas, y estar convencidos de que las decisiones adoptadas eran las correctas. Ya no aceptaríamos ser mudos ejecutantes de lo que se le antojara hacer al

gobierno.

Incluso la reforma económica era un tema susceptible de ser discutido. Ivan Lijachiov, el director de la Fábrica Stalin de Moscú, la mayor planta automotriz de la Unión Soviética, propuso la idea de introducir un mercado interno en la economía industrial con mayor libertad financiera a nivel local, para estimular así a los trabajadores ofreciéndoles un mejor salario: un programa que cambiaría la naturaleza fundamental de la economía planificada. Algunos economistas también se manifestaron abiertamente criticando el sistema de planificación, y sugirieron que, después de la guerra, se volviera a la economía de mercado para estimular la producción.[746]

En esta atmósfera de franqueza y apertura pública, la gente se atrevió incluso a cuestionar los principios y valores del régimen soviético también en lo referido a sus vidas privadas.

Elga Torchinskaia, que había sido antes de la guerra una adolescente estalinista, recuerda un particular episodio que la hizo reconsiderar sus convicciones políticas. Como activista del Komsomol, Elga había sido enviada junto con un grupo de estudiantes de la universidad a excavar trincheras en las afueras de Leningrado durante la defensa de la ciudad, en 1941. Los estudiantes dormían en las trincheras. Uno de ellos no estaba nada satisfecho con las condiciones a las que estaban sometidos y se quejó al jefe de la brigada, quien respondió castigándolo, amenazándolo y finalmente denunciándolo en la reunión del Komsomol. El estudiante fue arrestado y encarcelado. Para Elga, esta actitud persecutoria fue un momento de iluminación. Cuando su padre había sido arrestado, en 1937, la joven había supuesto que se debía a que había hecho algo incorrecto. Había creído a pies juntillas en los «enemigos del pueblo» de los que hablaba la propaganda del régimen. Pero ahora advertía que las personas eran

arrestadas sin motivo de peso. Se unió a un grupo de estudiantes para protestar por el arresto de su amigo, pero no obtuvieron resultados. A partir de ese momento, Elga empezó a ver al Komsomol y al Partido bajo una luz diferente, no ya como instituciones democráticas, sino como enclaves de una élite que abusaba de su poder. Pensó por primera vez renunciar al Komsomol, y dejó de asistir a las reuniones. Sus nuevas percepciones se trasladaron a sus actitudes en el apartamento comunitario, en el que vivió durante todo el sitio de Leningrado:

> Era un apartamento agradable. Rara vez había peleas. Pero había una mujer que vivía en la habitación del fondo: siempre estaba discutiendo con su marido, un borracho que le pegaba. Después se unió al Partido. De repente se convirtió en una mujer muy engreída. Tenía pan, tenía muebles, tenía de todo. Y yo me atreví a decirle que no estaba de acuerdo con el Partido. Lo recuerdo muy bien. Podría haber terminado en la cárcel.[747]

Para Marksena Karpitskaia, que trabajaba en la Biblioteca Pública de Leningrado y que había vivido sola en un apartamento comunal tras el arresto de sus padres, el momento de su despertar llegó cuando ella misma fue citada al cuartel general de la NKVD, donde la presionaron para unirse a la denuncia contra un oficial zarista retirado que solía frecuentar la biblioteca y ayudar al personal con las tareas menudas, sólo para protegerse del frío. Cuando Marksena se negó, los inquisidores de la NKVD le respondieron que no era raro que se negara, dado que ella misma era hija de «un enemigo del pueblo, y por eso proteges a esos criminales». El insulto fue un golpe para Marksena, y alentada por algún sentido interno de justicia, por la necesidad de defender tanto al inofensivo oficial zarista como a sus padres, se atrevió a cometer un valeroso aunque necio acto de desafío:

> Estallé. Dije que hasta el momento nadie había demostrado que mis padres fueran enemigos del pueblo, y que lo que ellos me decían era en sí

> mismo un delito. De repente, todo estaba claro para mí. ¡Pero imagínese, lo dije! Sólo la necedad de la juventud puede haberme inducido a mostrarme tan valerosa y temeraria. El hombre se acercó a mí de un salto, como para golpearme. Sin duda estaba acostumbrado a golpear a la gente. Me puse de pie y aferré en alto el banco en el que estaba sentada, para protegerme. Él me hubiera golpeado de no ser por el banco. Recobró la compostura, volvió a sentarse ante su escritorio y me pidió mis documentos.

Pocos días más tarde, Marksena recibió una orden de la NKVD que la obligaba a marcharse de Leningrado. Pero ella se negó a marcharse.

«Leningrado era mi hogar, era todo para mí, y la idea de marcharme de allí era inconcebible —recuerda Marksena—. Pensé, ¿por qué debo irme? Lo único que tengo es este rinconcito [en el apartamento comunitario]. Que me arresten si quieren, pero no me iré». Al día siguiente, Marksena recibió la ayuda de una de las bibliotecarias más encumbradas, Liubov Rubina, una valiente integrante del Partido, que defendió a muchos habitantes de Leningrado del terror de la NKVD durante los años de la guerra y de la posguerra. Rubina había conocido al padrastro de Marksena, un exsecretario de la célula partidaria del distrito, y lo consideraba un hombre decente. Ella misma había perdido un hermano y una hermana durante las purgas de la década de 1930 (y perdería más familiares durante el terror antisemita de 1948-1953). Al ser una comunista sin pelos en la lengua, «no ahorraba palabras para criticar a Stalin y a otros líderes del Partido —recuerda Marksena—. Todos ellos eran "reptiles", en su opinión». Rubina instaló una cama para Marksena en su despacho y le dijo al personal de la biblioteca que no revelaran a la policía el paradero de la joven. Esconder a Marksena era un acto peligroso que podría haber hecho que Rubina terminara en la cárcel, pero su autoridad moral era tan influyente entre los bibliotecarios que nadie dijo una sola palabra, y Marksena vivió allí casi todo el año. «Ella se ocupó

de mí, me cuidó como si fuera su propia hija», recuerda Marksena. Las conversaciones que ambas sostenían en el despacho de Rubina fueron para Marksena una verdadera educación política, que la conectó de nuevo con los valores de sus padres, quienes nunca habían tenido la libertad de hablar tan abiertamente:

> Rubina era una persona extraordinaria, valerosa y fuerte, una idealista comunista, con un profundo compromiso con la idea de que debía haber justicia para todos. Se permitió hablar conmigo con toda franqueza. Y hablamos de todo… no sólo de Stalin. En una de nuestras conversaciones, me dijo que la colectivización había sido un terrible error que había arruinado el país; en otras me dijo que el canal del mar Blanco y otros proyectos de construcción habían sido llevados a cabo por prisioneros… Habló de los arrestos [de 1937 y 1938], y dijo que mis padres sin duda eran inocentes. Me explicó muchas cosas que yo nunca había entendido. Habló durante toda una noche. Sabía que yo no la traicionaría, que no le diría ni una palabra a nadie, y me hablaba con el corazón en la mano.[748]

5

Simonov estaba en Berlín para la batalla final de la guerra. «Tanques, más tanques, carros blindados, Katiushas, camiones, piezas de artillería de todos los tamaños», escribió en su diario el 3 de mayo:

> Me parece que no son divisiones ni brigadas del ejército las que entran en Berlín desde todos los costados, sino que toda Rusia está aquí… Frente al enorme y desabrido monumento a Guillermo I, un grupo de soldados y oficiales posan para las fotografías. Cinco, diez, cien por vez, algunos con armas y otros sin ellas, algunos exhaustos, otros sonrientes.[749]

Cinco días más tarde, Simonov estaba en Berlín Karlshorst para informar sobre la firma de la rendición de Alemania. Luego regresó a Moscú para las celebraciones y desfiles de la victoria.

El centro de Moscú se colmó de soldados y civiles durante las festividades del 9 de mayo. Mark, el sobrino de Samuil Laskin, quedó impresionado al ver la multitud que se congregaba ante la embajada de Estados Unidos, en la plaza Manezh… gente que «se había reunido allí con carteles caseros para apoyar a los Aliados y que vitoreaba con enorme entusiasmo cuando los diplomáticos y soldados estadounidenses los saludaban, muchos de ellos con botellas de whisky en la mano, desde las ventanas y balcones del edificio». Le pareció lo más próximo que había visto, desde 1917, a «una manifestación callejera democrática». Más tarde, Mark regresó al apartamento de los Laskin de Sitsev Vrazhek para asistir a una celebración familiar. Todos los Laskin

(Samuil y Berta, Fania, Sonia, Yenia y su hijo Alexei) habían regresado a Moscú desde Cheliabinsk en 1943. «Brindamos por la victoria —recuerda Mark—, brindamos por Stalin (brindar por él era obligatorio), y nuestros corazones estaban colmados de alegría». Esa noche había aún más gente en el centro de Moscú, congregada para rendir homenaje a un gigantesco retrato de Stalin, el «padre de la nación», que fue colocado sobre el edificio del Kremlin e iluminado con reflectores para que la multitud pudiera verlo desde kilómetros a la redonda.[750]

Seis semanas más tarde, el 24 de junio, hubo un desfile de la victoria más formal en la plaza Roja. Montado en un caballo árabe blanco, el mariscal Zhukov encabezaba la columna de soldados y tanques que marchaba por la plaza bajo un verdadero diluvio, mientras las bandas militares tocaban el himno patriótico de Glinka, *Slavsya*! («¡Gloria para ti!»). Doscientos soldados portando estandartes nazis marcharon hasta el mausoleo de Lenin, donde giraron para encarar a Stalin y arrojar los estandartes a tierra. En un gran banquete ofrecido a sus comandantes de alto rango, Stalin hizo el famoso brindis a la salud de «las decenas de millones» de «gente sencilla, común, modesta… que son los pequeños tomillos (*vintiki*) de la gran maquinaria del Estado, y sin los cuales nosotros, mariscales y comandantes de los frentes y los ejércitos, no valdríamos nada».[751]

La victoria fue celebrada por el pueblo soviético con regocijo universal. Fue un momento —tal vez el único momento del gobierno de Stalin— en el que reinó una genuina unidad nacional. Hasta los prisioneros de los campos de trabajo del Gulag recibieron el final de la guerra con orgullo patriótico: sentían que habían hecho su contribución a la victoria, y sin duda esperaban que el final del conflicto

significara una amnistía para ellos. «Nunca en mi vida he besado a tanta gente por pura alegría y felicidad», escribió un prisionero del ALZhIR a su hijo en la noche del 9 de mayo:

> Incluso besé a los hombres. Fue el primer de los siete años y medio que ha durado nuestra separación en que olvidé todos mis pesares y sufrimientos. En la colonia [la zona exterior del campo de prisioneros] están tocando el acordeón, y los jóvenes están bailando. Es como si no estuviéramos aquí, sino allí, contigo.[752]

Gradualmente los soldados regresaron a sus hogares. Muchos hombres y mujeres sufrieron grandes problemas de adaptación al volver a la vida civil. Dos millones regresaron de la guerra como inválidos. Criminalmente desatendidos por las autoridades soviéticas, que les concedieron apenas una diminuta pensión, les resultó casi imposible encontrar empleos, y muchos terminaron mendigando en las calles. Un número aún mucho mayor volvió de la guerra con heridas psicológicas, padeciendo estrés de combate o traumas o esquizofrenia, pero dado que pocas de esas enfermedades eran reconocidas por la profesión médica soviética, y que los veteranos eran demasiado estoicos como para exigir tratamiento, la verdadera escala de este problema sigue siendo desconocida.[753]

Para otros, el retorno a la «vida normal» significó una larga serie de desilusiones. La pérdida del hogar y la familia, la dificultad de comunicar las experiencias vividas en la guerra a amigos y parientes, la falta de camaradería y de la sensación de mutuo entendimiento que habían compartido con los demás soldados en el frente… todo ello produjo una generalizada depresión en los años de posguerra. «Casi todos mis viejos camaradas del ejército bebieron hasta matarse, o se suicidaron cuando acabó la guerra… uno de ellos acaba de suicidarse recientemente», escribió Kondratiev en la década de 1990:

> Nos sentíamos innecesarios, inválidos… Nos sentimos insultados

cuando Stalin nos comparó con «los pequeños tornillos» de una máquina. No nos sentíamos así en el frente. Pensábamos que el destino de Rusia estaba en nuestras manos, y actuamos en consecuencia, en la convicción de que éramos ciudadanos.

Reflexionando acerca de esos años, Kondratiev escribió:

> Habíamos derrotado a los fascistas y liberado Europa, pero no volvimos sintiéndonos victoriosos, o más bien, nos sentimos victoriosos durante muy poco tiempo, mientras aún albergábamos esperanzas de que se produjera un cambio. Cuando nuestras esperanzas se vieron defraudadas, la desilusión y la apatía, que al principio nos explicábamos como consecuencia del agotamiento que nos había causado la guerra, nos invadieron totalmente. ¿Acaso entendíamos verdaderamente que, al salvar a Rusia, nuestra madre patria, habíamos salvado también al régimen estalinista? Tal vez no. Pero aunque lo hubiéramos entendido, habríamos luchado de la misma manera, prefiriendo nuestro totalitarismo autóctono a la versión de Hitler, porque es más fácil soportar la violencia del propio pueblo que la violencia de los extranjeros.[754]

Las familias resultaron más difíciles de reconstruir de lo que los soldados habían imaginado cuando escribían cartas a casa; las novias no los habían *esperado*, las mujeres no estaban a la altura de los sueños de los soldados; y los matrimonios se destruyeron debido a las tensiones causadas por las separaciones y los regresos. En su pieza teatral *Que así sea*, escrita en el verano de 1944, Simonov cuenta la historia de un oficial que vuelve a Moscú del frente. Su esposa y su hijo han desaparecido mucho tiempo atrás en los territorios ocupados por los alemanes, y el oficial está seguro de que han muerto, por lo que inicia una nueva vida casándose con la hija de un profesor. La idea principal de la obra, que es que la gente debía seguir adelante al finalizar la guerra, no podía haber sido más diferente del mensaje transmitido por «Espérame».

El final de la guerra coincidió con la primera liberación masiva de los prisioneros del Gulag. La sentencia de ocho años recibida por millones de prisioneros «políticos» en 1937-1938 llegó a su fin en 1945-1946 (otros prisioneros, cuyas sentencias expiraban antes de 1945, tuvieron que esperar a

que terminara la guerra para ser liberados). Las familias empezaron a reagruparse. Las mujeres encabezaron esta recuperación, viajando a veces de punta a punta del país en busca de sus esposos y sus hijos. Existían severas restricciones que determinaban en qué lugares podían vivir los exprisioneros. A casi todos ellos se les prohibía residir en las ciudades más importantes. De manera que las familias que deseaban reunirse con frecuencia debían mudarse a remotos rincones de la Unión Soviética. A veces, el único lugar en el que podían establecerse era en la zona del Gulag.

Nina Bulat fue liberada de un campo de trabajo de Magadán en 1945. Recorrió 16.000 kilómetros para rescatar a su hija Inessa de un orfanato de Iaroslavl (en el que la niña había terminado después de la muerte de su abuela) y llevarla con ella de regreso al campo de Magadán. No tenía más alternativa: la habían liberado con un «menos 100», una restricción legal que limitaba el desplazamiento de muchos exprisioneros y que les prohibía establecerse en cien ciudades consignadas en una lista.[755]

La odisea de María Ilina fue aún más ardua. La mujer, que había sido antes directora de una gran fábrica textil en Kiev, había sido arrestada en 1937 en su calidad de esposa de un «enemigo del pueblo» (su esposo era un funcionario de alto rango del Partido), y sentenciada a ocho años en los campos de trabajo de Potma, en Mordovia. En el momento de su arresto, la hija de dos años de María, Marina, y sus dos hijos mayores, Vladimir y Félix, fueron trasladados a un centro de distribución. La abuela de los niños, ya sobrecargada con la atención de varios nietos tras el arresto de su otra hija en 1936, se había negado a albergar a los niños. Vladimir, que cumplió dieciséis años poco después de haber llegado al centro de distribución, fue arrestado allí como «enemigo del

pueblo» y sentenciado a cinco años en un campo de trabajo de Magadán. Félix fue enviado a un orfanato en Kiev; Marina a otro orfanato en la cercana ciudad de Bucha y más tarde, en 1939, fue trasladada a otro en Cherkassy, a 200 kilómetros al sur de la capital ucraniana. Desde los campos de trabajo de Potma, María había escrito cartas a funcionarios de toda la Unión Soviética para tratar de enterarse del lugar al que habían sido enviados sus hijos. No encontró ningún rastro de Vladimir, que murió anónimamente en Magadán en algún momento anterior a 1942. A María le llevó dieciocho años descubrir algo sobre Félix, quien había sido evacuado con su orfanato a la región de Terekty, en Kazajstán oriental, después de que estallara la guerra, finalmente, se enteró de que, en 1943, cuando contaba tan sólo doce años, Félix se había escapado del orfanato y había vagado solo por todo el país durante varios meses, hasta que terminó en la remota ciudad de Cheremjovo, en la región de Irkutsk, en Siberia, a 2.500 kilómetros al este, donde consiguió empleo en una fábrica.

Tuvo mejor suerte en el caso de Marina. Se dio la coincidencia de que una de las médicas del orfanato de Cherkassy, Antonina Mazina, tenía una hermana que cumplía condena en el mismo campo de trabajo que María. A través de ella, María recibía regularmente noticias sobre la salud de su hija que le transmitían las empleadas del orfanato. Marina había enfermado de escarlatina poco tiempo después de llegar al orfanato de Bucha. Había estado al borde de la muerte. Pero cuando llegó a Cherkassy, Antonina la cuidó hasta que la niña recuperó la salud. Se llevó a Marina a su casa para que viviera con su propia hija (también llamada Marina), hasta que la niña se recuperó lo suficiente para volver al orfanato. Antonina le llevaba comida, *jalvá* y golosinas y le decía que se las mandaba su madre. No siempre era verdad, ya que de Potma le llegaban irregularmente pequeñas sumas de dinero

(y también llegaban algunos paquetes con alimentos enviados por la abuela de Marina antes de que estallara la guerra), pero la médica entendió que la niña necesitaba alguna esperanza, que necesitaba creer en el amor de su madre para poder sobrevivir. «No tenía ningún recuerdo de mi padre», dice Marina.

> No tenía ninguna idea real de lo que era una madre. Pero los otros niños del orfanato solían hablar a menudo de las suyas, y decían que eran muy buenas y cariñosas… hablaban de lo felices que habían sido antes de la guerra, de cómo nunca habían padecido hambre, porque siempre habían tenido pan y manteca, y ricas golosinas para comer… Así que en mi imaginación esas golosinas, el chocolate y el *jalva*, se convirtieron en símbolos de la madre amante e ideal cuya imagen había construido para mí… No eran golosinas que cualquiera me había dado, sino que eran «las golosinas de mamá».[756]

En 1941, el orfanato fue evacuado y trasladado de Cherkassy a Chimkent, en el sur de Kazajstán. Pero gracias a las empleadas del orfanato, que siguieron escribiendo a Maria, la conexión familiar se mantuvo. Marina aún era demasiado pequeña para escribir por su cuenta a su madre (no recibió ninguna clase de instrucción hasta los diez años de edad), pero las cuidadoras escribían en su nombre, agregando sus propias frases destinadas a presentar el orfanato bajo una luz favorable:

> Chimkent, 1 de enero de 1944
>
> ¡Saludos, respetada Maria Markovna!
>
> Le escribo de parte de su hija Marinochka: «Mamá, te recuerdo. ¿Volverás pronto a casa? Te extraño mucho. Vivo bien, nos dan bien de comer. Sé cantar y bailar y pronto iré a la escuela. Mamá, envíame tu fotografía. Adiós, te mando un beso, tu hija Marinochka».
>
> Le pregunté qué más quería decirle, y me respondió que con eso bastaba. Su salud es buena. Es una niña feliz, querida por todos los otros niños de nuestro colectivo… Le escribimos regularmente a su abuela que está en Kiev. Las fotografías cuestan 22 rublos en una cabina privada… envíe el dinero si quiere tener una…
>
> Cuidadora Alexandra Zajarovna Gerasimchuk.[757]



Antonina Mazina con su hija Marina y Marina Ilina (izquierda), Chimkent, 1944.

El orfanato volvió de la evacuación en 1945, pero fue resituado en los ruinosos edificios de una propiedad próxima a Lvov, en la frontera de Ucrania con Polonia, en vez de volver a sus instalaciones en Cherkassy. Antonina desapareció. Marina esperaba a su madre. «Nunca había visto un retrato de ella, no conocía su aspecto, pero sentía que estaba esperando a mi madre, como una puede esperar a Dios, como una salvación», recuerda. Otras madres llegaron al orfanato en busca de sus hijos. «Los envidiaba locamente, y sentía que la próxima vez sería mi tumo». Marina no se daba cuenta de que esos niños eran diferentes a ella…, de que sus padres no eran «enemigos del pueblo», sino que tan sólo habían sido separados de sus hijos a causa de la guerra, pero había oído las «conversaciones en susurros» de las cuidadoras del orfanato y había registrado la expresión «enemiga del pueblo», que según percibió, «significaba algo malo de lo que no se podía hablar». Durante todo el año 1945, Marina escribió regularmente a su madre. Para entonces estaba en segundo año de la escuela del orfanato y sabía escribir por sí misma. Habitualmente las maestras decían a los niños qué debían escribir, incluyendo también algunas frases hechas para que sus padres creyeran que estaban felices en el

orfanato. Pero las cartas de Marina conseguían comunicar una atmósfera diferente. El 17 de agosto, la niña escribió a su madre:

> Hola, mamá, ¿cómo estás? Mamá, escríbeme, aunque sea apenas una frase para que yo sepa que has recibido la mía. Te he escrito siete cartas, pero tal vez no has recibido ni una. Mamá, estoy bien, no estoy enferma. Aquí ya ha llegado el invierno y hace mucho frío, pero aun así vamos a la escuela. Mamá, ven a buscarme o envía por mí pronto, estoy harta de estar aquí… Las otras niñas no me maltratan, pero a veces hay peleas. Mamá, supongo que vendrás a buscarme en la primavera.

Marina no sabía lo que significaría estar con su madre, pero no era feliz en el orfanato. Suponía que, como ocurría con los demás niños, había sido separada de su madre por la guerra, y que con la finalización del conflicto su madre iría a buscarla; entonces ella podría disfrutar de la vida feliz de la que le habían hablado los otros niños, la vida que recordaban de la época en la que vivían con sus familias, antes de la guerra.[758]

La madre de Marina fue liberada del campo de trabajo a fines de 1945. Como se le prohibía regresar a Kiev, se quedó en casas de amigos en varias ciudades mientras iba en busca de sus hijos. Por medio del esposo de su sobrina, un historiador y activista del Partido, estableció contacto con el poeta Pavlo Tichina, un integrante de la élite estalinista de la capital ucraniana (aunque en privado criticaba al régimen), quien averiguó el paradero de su hija. Marina recuerda la llegada de su madre en un automóvil conducido por un chófer, que era usado por los miembros del gobierno. Una turba de niños se había congregado en la entrada para ver quién venía a buscar a la afortunada niña:

> «¡Alguien ha venido a buscarte!», me decía todo el mundo… y salí a ver. Había allí una mujer desconocida. Yo no sabía qué hacer. Tenía miedo de que me castigaran si corría hacia ella y la besaba. Sabía que a las cuidadoras no les gustaba que los niños corrieran a abrazar a las personas que habían venido a buscarlos, porque eso dejaba muy mal parado al orfanato. Teníamos que dar la impresión de que todo estaba perfecto, que

éramos reticentes a marcharnos de allí… Pero además, yo era muy tímida. Mamá dijo más tarde que no había habido ninguna alegría en nuestro encuentro, que yo parecía temerosa, que tenía miedo de todo. Recuerdo haber pensado que tal vez no me sacarían de allí. Nadie me había dicho que esa mujer era mi madre. Y yo no sabía que era ella, porque nunca la había visto, ni siquiera en una fotografía. Ella ya no era joven. Llevaba la cabeza cubierta por un viejo chal; parecía que alguien se lo había prestado para darle una apariencia respetable. No estaba vestida como una dama, no llevaba pieles, ni sombrero, ni cosas bonitas. Se la veía pobre y desdichada, como una anciana. No se veía como una madre, no respondía a la manera en que la había imaginado. ¿Qué era una madre para mí? Alguien bella y elegantemente vestida, joven y atractiva, llena de vida… Pero esta mujer tenía el cabello gris.[759]

La madre de Marina la llevó a Lvov, donde se alojaron en un hotel. Para el desayuno, comieron panecillos con chocolate, la primera vez que Marina experimentaba esos lujos, algo que recordaría toda la vida. Al cabo de unos pocos días, fueron a Cherkassy, donde vivieron en una pequeña habitación de un albergue. Marina fue a la escuela. A las dos les resultó muy difícil superar la separación de tanto tiempo. «Durante las primeras semanas, prácticamente no dirigí la palabra a mi madre», recuerda Marina:

Era una niña salvaje, del orfanato, y no quería hablar. Y ella no intentó obligarme, ella misma me tenía miedo… Tal vez vio en mi algo salvaje y estaba tratando de decidir cómo manejarlo…

Más tarde, mi madre me dijo que yo no sólo era muy tímida, sino que además estaba asustada. Yo no me acercaba a ella cuando me llamaba, y jamás la llamaba yo a ella. Durante largo tiempo, me dirigí a ella llamándola «*vy*» [el tratamiento formal de usted], y no la llamaba «mamá». Algo me impedía decir esa palabra, como un muro en mi interior. Tuve que obligarme a decirle «mamá»… me llevó mucho tiempo.

Aunque ambas vivieron juntas durante los doce años siguientes, nunca establecieron una relación estrecha. Las dos estaban demasiado heridas como para abrirse a la otra. La madre de Marina murió en 1964. Nunca le habló a su hija de sus experiencias en los campos de trabajo. «Tenía demasiado miedo como para contarme nada, y yo tenía demasiado miedo como para preguntarle», recuerda Marina. Lo que

supo de la vida de su madre en los campos de trabajo fue lo que le contaron los amigos de María en el Gulag. Ni siquiera supo nada de los hermanos que había perdido, hasta 1955, cuando Félix reapareció y María se enteró de que Vladimir había muerto. María cayó en una profunda depresión, se retrajo en sí misma y nunca habló de su pasado. «Vivíamos juntas en un silencio casi total», recuerda Marina:

> Era terrible. Ni ahora mismo alcanzo a entenderlo. ¿Por qué estaba tan asustada, hasta el punto de no hablar? Creo que no quería echarme encima ningún peso. Quería que yo fuera feliz, y no quería que me amargara y me resintiera por el hecho de vivir en la Unión Soviética. Sabía que todo lo que ellos le habían hecho a nuestra familia había sido una injusticia, pero no quería que yo pensara de esa manera.[760]

Capítulo 7

Estalinistas comunes (1945-1953)

1

Los Bushuev regresaron a Perm tras ser liberados del campo de trabajo del ALZhIR en diciembre de 1945. Zinaida y sus tres hijos (Nelli, Angelina y su hermano menor, Slava) se instalaron en un apartamento comunal de la calle Soviet. Compartían una habitación de once metros cuadrados con la madre de Zinaida, y con su hermano Tolia y su esposa, quienes tenían por su parte dos hijos. Zinaida dormía con sus tres hijos en una cama; Tolia y su esposa dormían en otra con su hija recién nacida, y la abuela dormía con el otro hijo de Tolia. «Era una pesadilla la manera en que vivíamos —recuerda Angelina, quien tenía entonces diez años—. No sé cómo nos las arreglamos para sobrevivir». Cuando los Bushuev regresaron del campo de trabajo, todas sus pertenencias cabían en una única maleta. «No teníamos nada —recuerda Nelli, que en aquel entonces había cumplido los doce—, sólo la ropa de cama y la ropa que llevábamos puesta. Mi madre solía decir: “¿Alguna vez llegará el día en que cada uno tenga su cama?”». El edificio de apartamentos comunitarios en el que vivían estaba totalmente deteriorado: no se habían llevado a cabo reparaciones desde el principio de la guerra; no había agua ni electricidad, el techo se había desmoronado, el sistema de desagües sanitarios no funcionaba y todo estaba lleno de bichos.

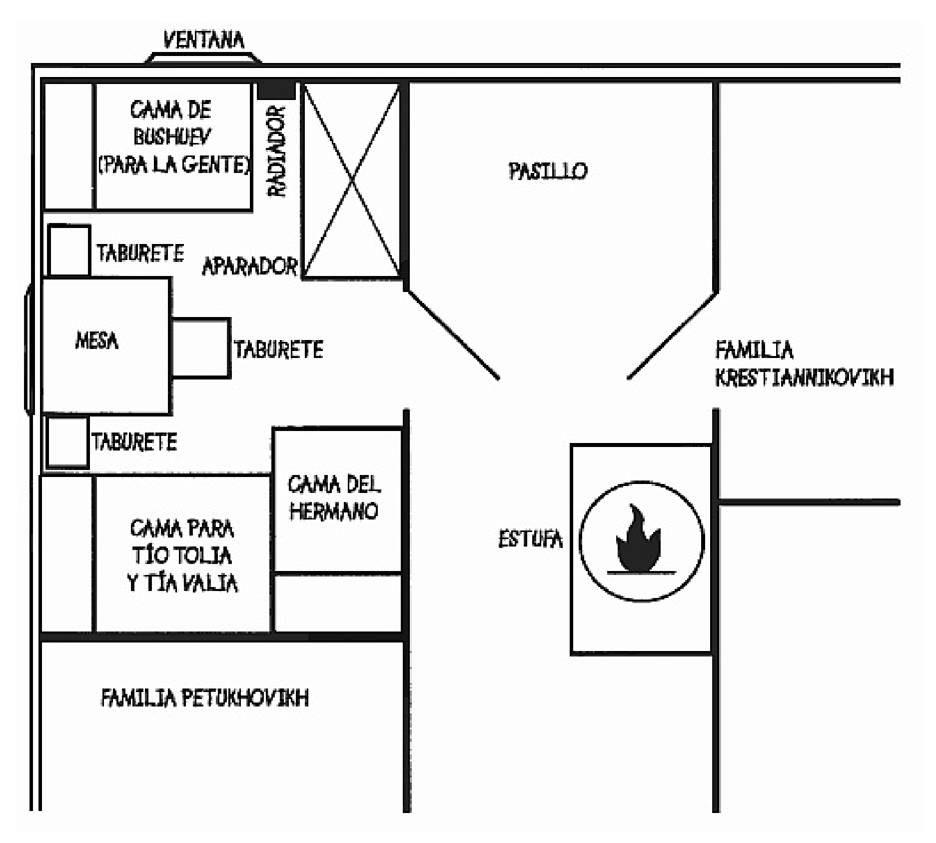
Perm se encontraba muy lejos del frente de combate, pero aunque la ciudad nunca había sido bombardeada, al igual que

otras muchas situadas en la retaguardia, no estaba en pésimas condiciones. La llegada masiva de evacuados de la zona de guerra había llevado al límite la capacidad de albergue de la ciudad, así como los suministros de alimentos y de combustible: las calles principales habían sido convertidas en huertos para cultivar vegetales; no había automóviles en la ciudad, sólo unos pocos camiones alrededor de las fábricas, y casi todas las vallas, cercas, bancos y demás mobiliario urbano de madera acabó siendo utilizado como leña.[761]

Ningún otro país sufrió tanto la Segunda Guerra Mundial como la Unión Soviética.[762*] Según estimaciones fiables, veintiséis millones de ciudadanos soviéticos perdieron la vida (dos tercios de ellos eran civiles); dieciocho millones de soldados resultaron heridos (aunque las autoridades soviéticas reconocieron un número mucho menor),[763*] y desaparecieron cuatro millones de personas entre 1941 y 1945. Las consecuencias demográficas de la guerra fueron catastróficas. Tres cuartas partes de las personas que perdieron la vida eran hombres entre los dieciocho y los cuarenta y cinco años. Para cuando terminó la guerra, había el doble de mujeres que de hombres en esa franja de edad, y en las zonas donde el combate había sido más duro, como Stalingrado, Voronezh, Kursk y Krasnodar, la proporción era de tres mujeres por cada hombre. El desequilibrio era particularmente agudo en las zonas rurales, porque muchos soldados campesinos decidieron no volver a sus aldeas y establecerse en las ciudades, donde la fuerte demanda de obreros fabriles era una garantía para conseguir empleo. En algunas aldeas ningún soldado regresó la guerra. El *koljoz* se convirtió en un lugar para mujeres, niños y ancianos.[764]

La devastación material fue algo sin precedentes: setecientas mil aldeas, mil setecientas ciudades, treinta y dos

mil fábricas y cuarenta mil millas de vías férreas fueron destruidas durante la guerra. En las áreas ocupadas por los alemanes, la mitad de las viviendas quedaron en mal estado o destruidas. En 1945, en Moscú, que no fue la ciudad más afectada, el 90 por ciento de los edificios de la ciudad no tenían calefacción, y el 48 por ciento carecía de agua corriente y de desagües. En total, veinte millones de personas perdieron su vivienda a causa de la contienda. Las autoridades soviéticas fueron muy lentas para responder a la crisis de viviendas urbanas, que se exacerbó por la masiva inmigración de gente del campo, ya que el estándar de vida rural decayó constantemente. Incluso a finales de la década de 1950, todavía había millones de personas que vivían en las ruinas de los edificios, en sótanos, cobertizos o refugios excavados en el suelo.



El «rincón» de los Bushuev: la habitación del apartamento comunitario del número 77 de la calle Soviet, Perm 1946-1948.

Simonov, que en 1947 se convirtió en diputado soviético de la región de Smolensk, recibió cientos de solicitudes de vivienda de sus conciudadanos. Un ejemplo claro de ese tipo de solicitudes procedía de un oficial y miembro del Partido que había sido desmovilizado en 1946. Estaba viviendo en Kaluga con su familia de seis miembros —incluyendo a tres niños pequeños y a su anciana madre—, en una pequeña habitación de un sótano sin calefacción, en la que el techo tenía filtraciones y el agua chorreaba por las paredes. Durante dos años, el oficial elevó peticiones reclamando una nueva vivienda sin lograr una respuesta de las autoridades

soviéticas. Con ayuda de Simonov, la familia fue finalmente asignada a una nueva vivienda en Smolensk, pero a causa de las demoras burocráticas el traslado no se concretó hasta 1951.[765]

La economía soviética emergió de la guerra en un estado catastrófico. Dos malas cosechas, las de 1945 y 1946, llevaron al país al borde de la hambruna, con más de cien millones de personas padeciendo un estado de desnutrición. Entre 1946 y 1948, se produjo la temida hambruna, y en las áreas más afectadas, como Ucrania, alrededor de dos millones de personas murieron de hambre.[766] La producción de artículos de consumo había llegado prácticamente al estancamiento durante la guerra, cuando la industria se orientó hacia el abastecimiento de las necesidades del ejército. A pesar de las promesas de la propaganda política que aseguraba el retorno de un buen nivel de vida, las exigencias militares de la Guerra Fría significaron que durante otra década más las prioridades de la industria soviética siguieran siendo la producción de acero y hierro, energía y armamento. Los artículos domésticos básicos siguieron escaseando, especialmente en ciudades de provincia como Perm, donde todo el mundo usaba ropa remendada y calzado muy deteriorado.

Zinaida Bushueva encontró empleo en las oficinas de una agencia estatal de seguros, pero la ración que le correspondía no era suficiente para alimentar a su familia, de manera que le consiguió a Nelli un trabajo de recadera en una oficina, gracias al cual la familia recibía una segunda tarjeta de racionamiento. Incluso así, los Bushuev sólo disponían de dinero suficiente para comprar pan, hortalizas para sopa y patatas. No podían permitirse comprar jabón, artículo que había desaparecido completamente de las tiendas estatales, y que sólo podía comprarse en las zonas rurales, donde era

fabricado y vendido ilegalmente por los campesinos. Tenían un único par de zapatos para los tres niños, de manera que se turnaban para ir a la escuela. El salario de Zinaida no alcanzaba tampoco para comprar ropa para los niños, así que les hacía prendas con retazos que compraba en el mercado. Los niños no querían salir a la calle por vergüenza. Angelina recuerda una ocasión en la que una tía los invitó al teatro, ya en 1950, cuando las condiciones materiales habían mejorado algo y los niños tenían un poco de ropa y zapatos, pero aun así se sentían incómodos y avergonzados:

> No podíamos ir al teatro, estábamos demasiado avergonzados. El único calzado del que yo disponía era un par de sandalias de lienzo de tres rublos, que usaba durante todo el año, y el vestido de algodón que me había hecho mi madre en 1946. No tuvimos dinero para comprarme un abrigo hasta 1957. Era un abrigo de lana negro, de mala confección, que compramos de segunda mano.[767]

En septiembre de 1945, se designó una comisión del Comité Central para estudiar una serie de huelgas y manifestaciones en gran escala en las plantas de defensa de los Urales y de Siberia…, apenas una de las muchas protestas obreras de esa época. La comisión concluyó que la razón primordial de las huelgas era la crónica escasez de vivienda y productos de consumo, que se había convertido en una afrenta contra la dignidad de los trabajadores. La comisión redactó el siguiente informe respecto de la huelga de doce mil obreros de la fábrica número 147 de Omsk:

> Los obreros y sus familias padecen una desesperada necesidad de ropa, calzado y tejidos. En 1945, el obrero promedio recibió 0,38 artículos de indumentaria y 0,7 pares de zapatos. Debido a la escasez de ropa y de calzado, cuatrocientos cincuenta niños no fueron a la escuela en 1944, y este año hay alrededor de mil trescientos niños en la misma situación. Muchos trabajadores visten tan harapientos que no pueden dejarse ver en lugares públicos.
>
> Las familias obreras no tienen utensilios de cocina, cuchillos, cucharas, tazas, cuencos; carecen de camas, bancos, jofainas y otros artículos esenciales. Hay prolongadas demoras en la distribución de raciones, que consisten mayormente en sustitutos de los productos indispensables. Los

> obreros casi no reciben nada de jabón, sal o queroseno.[768]

Envalentonada por su experiencia durante la guerra, la gente ya no temía manifestar su descontento. Sólo entre 1945 y 1946, la NKVD de la República Rusa recibió más de medio millón de cartas de ciudadanos soviéticos que querían quejarse de la situación general en la que se encontraba el país. Un obrero de fábrica incluso se atrevió a dar su nombre y dirección en la iracunda carta que envió:

> ¡A esto hemos llegado! ¡Esto es lo que ustedes llaman la preocupación estatal por las necesidades materiales del pueblo trabajador del Cuarto Plan Quinquenal estalinista! Ahora entendemos por qué no hay reuniones para discutir esas preocupaciones… porque podrían convertirse en insurrecciones y levantamientos. Todos los trabajadores dirían: «¿Para qué combatimos?».[769]

Al finalizar la guerra, la gente estaba convencida de que la vida mejoraría en la Unión Soviética. Según el escritor Ilia Ehrenburg:

> Todo el mundo esperaba que, una vez alcanzada la victoria, la gente pudiera gozar de verdadera felicidad. Nos dábamos cuenta, por supuesto, de que el país había sido devastado, empobrecido, y de que tendríamos que trabajar duro (…); y no teníamos ninguna clase de fantasía de que habría montañas de oro. Pero creíamos que la victoria traería justicia, que triunfaría la dignidad humana.

La expectativa de reformas, el sentimiento de mayor independencia y la visión de una vida mejor alentada por el contacto con Europa y con los libros y las películas occidentales se conjugaron para crear los primeros indicios de una nueva comunidad política. La gente había cambiado con la guerra: todos habían perdido parte de sus antiguos miedos y se sentían más libres para hablar. En los clubes de veteranos y en los lugares de reunión estudiantiles, en los cafés y las cervecerías, las personas se permitían gozar de la clase de libertad que habían experimentado durante la guerra. Incluso en los círculos más altos se reconocía que el cambio era una necesidad política. «Absolutamente todo el mundo proclama

abiertamente el descontento con su vida —le dijo un general a otro durante una conversación telefónica privada, que fue registrada por la NKVD en 1946—. Es lo que todos dicen en todas partes». El miembro del Politburó Anastas Mikoian creía, según recuerda en sus memorias, que con la finalización de la guerra el país volvería a algo semejante a la NPE de la década de 1920.[770]

Las opiniones antiestalinistas rara vez se expresaban abiertamente, pero eran un elemento tácito del discurso no oficial de ciertos grupos étnicos, sociales y ocupacionales, de prisioneros y exiliados, y a veces de ciudades enteras que tenían motivos para ser hostiles al régimen. En Leningrado, la experiencia del sitio padecido durante la guerra alentó en la población un fuerte sentimiento antimoscovita, que casi todos los ciudadanos de Leningrado entendían como signo de su propia independencia cívica e incluso de su oposición al Kremlin. Este disentimiento fue articulado sutilmente en el folclore del asedio, en los monumentos públicos a sus víctimas, en la jerga, las bromas y anécdotas que circulaban por la ciudad.

Mariana Gordon tenía diecisiete años en 1945, cuando volvió a Leningrado tras la evacuación desde Cheliabinsk. Su padre había permanecido en la ciudad durante todo el sitio a la ciudad. Era traductor de las delegaciones comerciales soviéticas, y un activo defensor de la teosofía (había sido encarcelado varias veces en el transcurso de las décadas de 1920 y 1930). A su regreso, Mariana advirtió que su padre había empezado a expresar abiertamente su disgusto hacia el régimen estalinista. Recuerda un incidente de 1945, cuando su padre hizo un comentario que, incluso en la intimidad de su hogar, jamás se hubiera atrevido a hacer antes de la guerra:

> La radio estaba encendida, mi padre estaba tendido en su cama leyendo y yo estaba fregando el suelo. El cantante [Iuri] Levitan apareció en la

radio cantando una canción que sonaba todo el tiempo en todas partes. «¡Gloria al camarada Stalin! ¡Nuestro gran líder!»

Papá dijo: «¡Mariana, estrangula a ese *kleine Sachs*!».[771*] Simplemente me estaba pidiendo que apagara la radio, pero me pilló desprevenida. Hasta entonces, yo más o menos había aceptado la idea de que el camarada Stalin era el artífice de nuestra victoria, y aunque tenía mis dudas, las había reprimido. Las palabras de papá me permitieron concebir una idea más escéptica de la situación.[772]

El escepticismo y la disensión se desarrollaron particularmente en la comunidad estudiantil de posguerra, donde las expresiones de oposición eran más comunes. La generación de los estudiantes que habían crecido durante la guerra demostró ser de ideas más independientes que los jóvenes que habían llegado a la mayoría de edad antes de 1941. Muchos de ellos habían sido expuestos al mundo de los adultos durante la contienda, un período en el que podían oírse frecuentes críticas al régimen. Esta experiencia generó en ellos una clase de independencia especial y de distancia respecto de la propaganda soviética y de la cultura conformista del Komsomol, aunque casi todos ellos siguieron creyendo en el ideal del comunismo. Valentina Alexandrovna, hija de un oficial bolchevique arrestado en 1938, describió este conflicto de valores entre sus condiscípulos del Instituto Politécnico de Leningrado, donde Alexandrovna ingresó en 1947:

Éramos claramente patriotas según el espíritu de esa época: nuestra madre patria era grande, habíamos ganado la guerra; nos considerábamos la joven guardia, e incluso fundamos un club con ese nombre[773*] Pero también reaccionábamos ante lo que considerábamos la corrupción de la sociedad: la joven que es mala estudiante pero consigue buenas notas porque es hija de un trabajador modelo o de un ingeniero, y cosas por el estilo. Había muchas cosas semejantes que nos disgustaban: las clases compulsivas de historia del Partido; el profesor que nos hacía escribir nuestro número de miembro del Komsomol en la tapa de nuestras carpetas de trabajo; la falta de sinceridad que percibíamos en los mensajes de propaganda que pretendían que respondiéramos de determinada manera. Para nosotros, el Komsomol era una guarida de arribistas, y permanecimos lejos de la organización, formando nuestro propio círculo

> en el instituto, donde nos reuníamos a beber y discutir ideas políticas. Si alguien hubiera escuchado nuestras conversaciones, nos habrían arrestado, pero nuestras peligrosas charlas sólo nos unieron con mayor firmeza. En nuestro círculo, oponerse al culto a Stalin era una marca de pertenencia. Después de unos tragos, alguien podía ponerse muy atrevido y proponer sarcásticamente un brindis: «¡Por el camarada Stalin!». Y todos nos reíamos.[774]

Había muchos de esos grupos informales de estudiantes. Casi todos eran pequeños círculos de discusión en los que se alentaba el pensamiento independiente, junto con la lectura de libros que no siempre estaban aprobados oficialmente. Pero también había grupos más políticos, por lo general estrechamente vigilados por la NKVD, que promovían alguna forma de regeneración comunista como reacción al predominio que habían logrado en el Komsomol lo que ellos consideraban «elementos arribistas». Aunque esos grupos eran pequeños, y rara vez estaban compuestos por más de unos pocos estudiantes, mucha gente joven compartía sus opiniones. En Cheliabinsk, por ejemplo, la NKVD descubrió un círculo de estudiantes que publicaba su propio anuario con poesía mística y artículos políticos que clamaban por la recuperación del espíritu revolucionario leninista dentro del Komsomol. Un informe redactado por una comisión del Partido local en septiembre de 1946 consigna que muchas de esas actitudes eran compartidas por la mayoría de los estudiantes de Cheliabinsk, que se sentían igualmente distanciados del Komsomol porque la organización no satisfacía sus intereses referidos a la literatura extranjera, a los temas sexuales y a la filosofía.[775]

En 1945, Elena Shuvalova regresó a Leningrado tras haber sido evacuada, e inició sus estudios en la universidad. Durante la década de 1930, la familia había sido exiliada a Voronezh, como castigo por la correspondencia que el padre de Elena mantenía con su madre, que estaba en Alemania.

Los padres de Elena se divorciaron en 1939. El estigma de crecer en el exilio dejó su marca en la joven, quien, según sus propias palabras, se volvió «retraída» y «reactiva interiormente» respecto del sistema soviético. Esta resistencia interna fue reforzada por su madre, una artista especializada en retratos de Stalin, a quien solía referirse irónicamente, cuando estaban en la intimidad de su hogar, como «el padre de la nación». Educada por su madre «para creer en Dios y decir siempre la verdad», Elena se sintió cada vez más ajena al entorno social de la universidad, donde debía ocultar la verdad acerca de su pasado. Para ella, hablar francamente y con sinceridad se hicieron sinónimos de la reafirmación de su personalidad. Inició un círculo de discusión con sus dos amigas más íntimas, Natasha y Elena, quienes también tenían biografías mancilladas. «La idea era ser totalmente francas entre nosotras —recuerda—. Celebramos nuestra primera sesión (*zasedanie*) en el cuarto de Elena del apartamento comunitario. Hablamos de cómo atraer nuevos miembros. Necesitábamos gente de "nuestra" clase… personas inconformistas». El círculo nunca creció, porque Elena le explicó lo que estaba haciendo a su abuelo, un exoficial zarista, quien se asustó y le impidió que siguiera adelante. Le reveló a la joven un secreto familiar para desalentarla de sus actividades: los padres de Elena no sólo habían sido castigados en la década de 1930 por sus conexiones alemanas, sino también por su vinculación con una organización religiosa clandestina.[776]

Liudmila Eliashova se inscribió como estudiante en la Universidad de Leningrado en 1940, dos años después del arresto y la ejecución de su padre, un veterano bolchevique y afamado neurólogo de Leningrado. Evacuada junto con la universidad a Saratov en 1941, Liudmila regresó a Leningrado en 1944 y se graduó en 1946. En ese entonces, ya tenía

opiniones que revelaban un disenso profundo hacia el régimen estalinista. Una influencia importante que pesó en su pensamiento fue la del rector de la universidad, el brillante economista político Alexandre Voznesenski, quien rescató a muchos hijos de «enemigos del pueblo» haciéndolos admitir en la universidad. Moralmente valeroso y humano, carismático y apuesto, Voznesenski era «mi ideal de hombre soviético —recuerda Liudmila—. Incluso le escribí para decírselo. En cierto modo, ocupó el lugar de mi padre, que había sido mi ideal de hombre». Las clases de Voznesenski introdujeron a Liudmila en la obra de Marx, cuyos primeros libros, en particular, se convirtieron en la biblia de la joven y en la base de su oposición moral al régimen estalinista. «Marx fue un gran humanista», reflexiona Liudmila:

> Después de escuchar las clases de Voznesenski y de leer las obras de Marx, empecé a entender que el verdadero socialismo, la idea comunista, no era en absoluto lo que teníamos bajo el gobierno de Stalin. Nuestra obligación era regresar a la verdadera sociedad socialista, en la que las personas como mi padre jamás hubieran sido arrestadas.

En vez de un retrato de Stalin, Liudmila tenía entre sus cosas un retrato de Marx. Cada día se persignaba ante él y, como si fuera una plegaria, decía: «¡Karl Marx, enséñame cómo vivir!». Junto con unos amigos de la universidad, formó un grupo de estudios marxistas, que se reunía una vez por semana en la Biblioteca Pública. Como ocurría en los círculos revolucionarios clandestinos del siglo XIX, en el grupo de estudio las amistades se sellaban y se rompían dependiendo de los principios políticos. Liudmila recuerda un incidente típico:

> Un día, en la Biblioteca Pública, algunos de nosotros estábamos de pie en la escalera, conversando. Alguien dijo: «¿Por qué ha habido tanta demora para la convocatoria del Decimonoveno Congreso del Partido? ¡Seguramente con eso se han infringido las reglas del Partido!». Desde el Decimoctavo Congreso del Partido [en 1939], habían transcurrido más de cinco años [el Decimonoveno Congreso del Partido fue convocado en

1952] y eso nos parecía una infracción de los principios de la democracia del Partido [que había convocado un congreso todos los años entre 1917 y 1925, y que garantizaría uno cada cinco años entre 1956 y 1986]. Entonces una muchacha dijo: «¡Stalin es quien sabe qué es lo mejor!». Yo la miré y pensé: «¡Se terminó!».

Para mí, ella dejó de existir como ser humano.[777*]

El grupo empezó a trascender en sus lecturas los volúmenes que les ofrecían en clase. De manera similar a lo que harían los disidentes más tarde, trataban de discernir un «código moral —tal como lo expresa Liudmila— que nos permitiera vivir de manera más honesta, sin simulaciones, en una sociedad cuyos principios básicos negaban la existencia de cualquier código moral».

Por Marx conocimos a Dante, cuyo lema cita: «Sigue tu propio camino y deja que todo el mundo hable». Con frecuencia discutíamos esa sentencia y llegamos a la conclusión de que, aunque es imposible ignorar completamente la opinión de los demás, uno en general debe seguir su propio camino, sin hacer concesiones de los propios principios y sin conformarse con el pensamiento de las masas.[778]

Stalin eliminó rápidamente toda idea de reforma política. En su primer discurso importante de posguerra, pronunciado el 9 de febrero de 1946, dejó perfectamente establecido que no habría ninguna distensión del sistema soviético. Con el telón de fondo de las crecientes tensiones provocadas por la Guerra Fría, Stalin exigió una vez más al pueblo soviético disciplina y sacrificios, para poder recuperarse de la devastación de la guerra y prepararse para el siguiente conflicto global, que sin duda iba a ser provocado por el sistema capitalista («mientras exista el capitalismo, habrá guerras, y la Unión Soviética debe estar preparada»). Stalin ordenó a sus subordinados que asestaran «un fuerte golpe» a cualquier mención de la democracia, incluso antes de que ese tema empezara a difundirse en el país. La censura se hizo más severa, particularmente en lo referido a las memorias de la guerra, en las que la experiencia colectiva tendía a promover ideas

reformistas.[779] En marzo de 1946, la NKVD fue reforzada y reorganizada bajo la forma de dos burocracias separadas: la MVD debía controlar en adelante la seguridad doméstica y el sistema del Gulag; mientras que la MGB (antecesora del KGB) debía hacerse cargo de la tarea de contrainteligencia y de la inteligencia exterior, aunque dado que los enemigos del régimen eran ipso jacto «espías extranjeros», la MGB abarcaba también, de manera espontánea, la vigilancia de la escena doméstica. Los años de posguerra no fueron testigos de un retorno al período de terror reinante en la década de 1930, pero cada año varias decenas de miles de individuos —muchos de ellos judíos e integrantes de otras nacionalidades acusadas de simpatizar con Occidente en los años de la Guerra Fría— fueron arrestados y condenados por los tribunales debido a sus actividades «contrarrevolucionarias».[780]

Inmediatamente después del final de la guerra, Stalin lanzó una nueva purga en el ejército y en la cúpula del Partido, donde habían emergido, como desafío a su autoridad, centros de poder rivales, constituidos por grupos que eran considerados reformistas «liberales». La prioridad absoluta de Stalin era eliminar a los más encumbrados jefes del ejército, que gozaban de enorme popularidad como consecuencia de la victoria de 1945 y, en el caso del mariscal Zhukov, se habían convertido en el núcleo de las esperanzas reformistas del pueblo[781*] La MGB empezó a controlar las conversaciones telefónicas de los comandantes militares de alto rango. Se había dedicado un archivo a Zhukov, cuyo prestigio había alcanzado insoportables proporciones. Como administrador militar de la zona soviética de ocupación en Alemania, Zhukov había ofrecido una conferencia de prensa en Berlín, en la que reclamó la parte del león del crédito por la victoria soviética. Denunciado por Stalin a causa de esa jactancia,

Zhukov recibió la orden de regresar a Moscú, donde fue llamado a declarar ante el Consejo Militar y condenado por los miembros del Politburó, que lo consideraban una amenaza bonapartista contra el Estado soviético (todos los generales, salvo uno, de los que se encontraban presentes en la reunión, hablaron en defensa del mariscal). Cumpliendo órdenes de Stalin, Zhukov fue degradado al rango de comandante del Distrito Militar de Odessa; más tarde, fue enviado a una oscura guarnición de los Urales (y su destino podría haber sido mucho peor, porque circulaban rumores de que Zhukov había estado planeando un golpe militar contra Stalin). El nombre de Zhukov desapareció de la prensa soviética. Fue eliminado de las crónicas soviéticas de la Gran Guerra Patriótica, que describían a Stalin como el único artífice de la victoria. Otros héroes militares populares corrieron una suerte semejante: el mariscal Antonov, exjefe de Estado Mayor, fue exiliado al comando del Distrito Militar Transcaucásico; los nombres de Rokossovski, Konev, Voronov, Vatutin y muchos otros fueron borrados de la crónica pública de la guerra, y varios comandantes de alto rango fueron ejecutados o encarcelados con cargos fraguados entre 1946 y 1948.[782]

Stalin también atacó a la dirigencia del Partido de Leningrado, una ciudad con un fuerte sentimiento de independencia respecto de Moscú y con una vital cultura literaria arraigada en los valores europeos del siglo XIX, que se había convertido en un bastión de las esperanzas reformistas de la *intelligentsia*. Los dirigentes del Partido de Leningrado no eran liberales ni demócratas: eran tecnócratas que creían en la posibilidad de racionalizar el sistema soviético. Durante la guerra, un buen número de ellos habían ascendido hasta ocupar cargos jerárquicos en Moscú, en gran parte debido al poderoso patrocinio de Andrei Zhdanov, el exjefe del Partido

de Leningrado. En los años de posguerra, Zhdanov estuvo a cargo del aparato del Partido y supervisaba el área de asuntos ideológicos y también la política exterior. Para 1948, el momento en que Zhdanov falleció debido a un ataque cardíaco, el Politburó estaba integrado por un desproporcionado número de leningradenses, incluyendo a dos, Nikolai Voznesenski y Alexei Kuznetsov, que eran considerados por muchos como potenciales sucesores de Stalin. Al igual que su hermano Alexandre, rector de la Universidad de Leningrado, Nikolai Voznesenski era economista político. Era joven, dinámico y bien parecido. Como director de Gosplan, Voznesenski había sido responsable de la planificación de la economía de guerra soviética. Después de 1945, se dedicó a buscar maneras de racionalizar la reconstrucción de la industria soviética, adoptando muchas ideas de la NPE,[783*] que tanta influencia había ejercido en el momento de re vitalizar el país tras la destrucción de la Guerra Civil. Kuznetsov era el secretario del Comité Central a cargo de los asuntos de seguridad, pero era más conocido como héroe militar del sitio de Leningrado, y ésa era la causa de su enorme popularidad en aquella ciudad, así como una constante fuente de irritación para Stalin.

En 1949, Stalin envió a Grigori Malenkov, cabeza del Secretariado del Partido y encarnizado enemigo de Voznesenski y Kuznetsov, a inspeccionar el funcionamiento de la organización del Partido de Leningrado. El pretexto de la visita de Malenkov era investigar las supuestas denuncias que alegaban que los comités del distrito del Partido fraguaban los resultados de las elecciones, pero su verdadero propósito era destruir la base de poder de la ciudad. El primer blanco era el Museo de Defensa de Leningrado, cuya exposición permanente mostraba la historia del sitio como un acto de heroísmo colectivo de la población de la ciudad, más

allá de la dirigencia del Partido. El museo fue clausurado y sus directivos arrestados. El invalorable patrimonio de documentos y recuerdos personales que albergaba el museo fue destruido, como para borrar toda memoria de la independencia y el coraje de la ciudad. Luego, en agosto de 1949, Kuznetsov y Voznesenski fueron arrestados, junto con otros funcionarios independentistas de Leningrado, incluyendo al rector de la universidad, en un acontecimiento que sería conocido como el «Asunto Leningrado». Acusados de diversos cargos fraguados, desde ser espías para los británicos hasta libertinaje, Voznesenski y el resto fueron declarados culpables en un juicio secreto y fusilados el mismo día, en el mes de octubre de 1950.

La represión política de posguerra se vio acompañada del retorno a la austeridad de la economía planificada. Como advirtió Stalin en su discurso del 9 de febrero de 1946, no podía haber ninguna distensión en una situación colmada de tensiones internacionales. Ese mismo año se instauró un nuevo Plan Quinquenal. Se dispusieron enormes proyectos de construcción para recuperar la infraestructura del país. Los fantásticos objetivos planteados para la producción industrial sólo podían cumplirse con una fuerza de trabajo constituida enteramente por estajanovistas. La propaganda soviética engatusaba a la población pidiéndole que se preparara para otro período más de sacrificio, endulzando el mensaje con la habitual promesa de que el trabajo duro sería recompensado con productos de consumo más baratos. Sin embargo, la mayoría de la población tenía pocas razones para creer esas promesas. Los altos precios de los pocos productos domésticos básicos que se encontraban disponibles causaban una deflación de los salarios reales. Para afrontar el problema de la inflación, el régimen introdujo una reforma monetaria en 1947, cambiando la vieja moneda por una nueva con un

valor proporcional de diez a uno, medida que redujo drásticamente la capacidad adquisitiva, particularmente en el caso de la población rural. Acabó con todos los ahorros que los campesinos habían acumulado a partir de la venta de vegetales de las huertas domésticas y de la artesanía durante la guerra, un período en el que se habían relajado las restricciones impuestas a la pequeña actividad comercial.[784]

El trabajo forzoso desempeñó un papel cada vez más importante en la economía soviética de posguerra, cumpliendo con una política impuesta por Stalin y su «gabinete familiar» de asesores. Con la finalización de la guerra, la reserva de mano de obra sin sueldo disponible para ser explotada aumentó enormemente. Además de los prisioneros del Gulag y de los reclutas del ejército de trabajadores, había dos millones de prisioneros de guerra alemanes, y alrededor de un millón más de otras nacionalidades del Eje, que en su mayoría fueron destinados a la explotación maderera, la minería y la construcción, aunque los más cualificados eran empleados ocasionalmente en la industria soviética. En algunas fábricas, los prisioneros de guerra alemanes eran tan esenciales para la producción que los campos de detención se construían dentro del perímetro fabril, y los funcionarios intentaban por todos los medios obstaculizar la repatriación de los prisioneros a Alemania. La población del Gulag también creció enormemente a pesar de que muchos prisioneros fueron liberados tras la amnistía de 1945; los campos acogieron a más de un millón de nuevos prisioneros entre 1945 y 1950, en gran parte como resultado de los arrestos masivos de «nacionalistas» (ucranianos, bielorrusos, letones, lituanos y estonios) en territorios capturados o reocupados por el Ejército Rojo, pero que nunca se habían reconciliado verdaderamente con el poder soviético. El sistema del Gulag se expandió hasta convertirse

en un vasto imperio industrial, con sesenta y siete complejos de campos de trabajo, diez mil campos individuales y mil setecientas colonias, que en 1949 ya empleaban una fuerza laboral cautiva de 2,4 millones de personas (la cifra de personas que componían la mano de obra cautiva antes de la guerra era de 1,7 millones). En general, se estima que los trabajadores forzados representaban entre el 16 y el 18 por ciento de la mano de obra industrial soviética entre 1945 y 1948. Fueron especialmente importantes en lo referido a la extracción de minerales preciosos en las regiones frías y remotas, en las que emplear mano de obra libre resultaba muy oneroso, cuando no imposible (por eso su contribución a la economía soviética fue aún más significativa de lo que podrían revelar las cifras). La mano de obra esclava también fue la fuerza laboral que impulsó los grandes proyectos de construcción de fines de la década de 1940, destinados a simbolizar, al menos oficialmente, la confianza y los logros de posguerra del sistema soviético: el canal Volga-Don; la planta hidroeléctrica de Kuibyshev; los ferrocarriles Baikal-Amur y Ártico; las ampliaciones del Metro de Moscú, y el complejo de la Universidad de Moscú en las colinas Lenin, una de siete estructuras semejantes a una tarta de bodas («las catedrales de Stalin») en el ostentoso estilo «Imperio soviético» que florecieron alrededor de la capital en esos años.[785]

Los años de posguerra vieron una fusión gradual entre la economía del Gulag y la economía civil. Cada año, alrededor de medio millón de trabajadores del Gulag eran contratados por el sector civil, sobre todo en la industria de la construcción, o en cualquier sector que los ministros civiles consideraran escasos de mano de obra; y casi el mismo número de trabajadores libres, casi todos especialistas, eran contratados para trabajar en las industrias del Gulag. El sistema del Gulag se vio cada vez más obligado a recurrir a

incentivos materiales para motivar incluso a sus trabajadores cautivos. La población de los campos se había vuelto mucho más díscola y difícil de controlar. Con la amnistía de alrededor de un millón de prisioneros en 1945, principalmente criminales, cuyas sentencias fueron reducidas o anuladas, en los campos quedaron sobre todo prisioneros «políticos»: no los intelectuales que habían colmado las prisiones y campos de trabajo en la década de 1930, sino hombres jóvenes y fuertes que habían combatido como soldados durante la guerra, prisioneros de guerra extranjeros, «nacionalistas» ucranianos y bálticos…, individuos hostiles al régimen soviético y que no temían la violencia. Sin un sistema de recompensas, estos prisioneros sencillamente se negaban a cumplir con los objetivos establecidos. Además, el coste de mantener un sistema carcelario se había vuelto astronómico. En 1953, el MVD empleaba a un cuarto de millón de guardias en sus campos, y gastaba en el mantenimiento del Gulag el doble de los ingresos que reportaba el sistema. Varios funcionarios de alto rango del MVD cuestionaban seriamente la eficacia del empleo del trabajo forzoso. Incluso se plantearon —respaldados por Beria y Malenkov— desmantelar algunos sectores del Gulag y convertir a los prisioneros en trabajadores parcialmente civiles, pero como Stalin era un firme partidario del Gulag, ninguna de esas ideas prosperó.[786]

El complejo de Norilsk es un buen ejemplo de la convergencia entre la economía del Gulag y la economía civil durante los años de posguerra. Su población se triplicó, aumentando de cien mil prisioneros hasta cerca de trescientos mil entre 1945 y 1952. Casi todos los recién llegados eran prisioneros de guerra soviéticos que habían pasado por «los campos de filtrado» (donde los «colaboradores traidores» eran identificados por medio de interrogatorios) a su regreso

de Europa y de las zonas que habían sido ocupadas por los nazis; o soldados y civiles detenidos como «nacionalistas» procedentes de la región del Báltico y de Ucrania. Pero también se produjo un constante aumento del número de trabajadores libres, que en 1949 ya constituían alrededor de la tercera parte de la mano de obra total, si se incluye entre ellos a los prisioneros que permanecieron (o fueron obligados a permanecer), después de su liberación en el complejo de Norilsk, con contratos a sueldo. Finalmente, había un gran contingente de entusiastas del Komsomol que engrosaron la mano de obra de Norilsk, como voluntarios, y parientes de los prisioneros que iban a trabajar al complejo para poder vivir con sus familiares.[787]

Lev Netto nació en 1925, en el seno de una familia estonia de comunistas que se había mudado a Moscú en 1917. Su padre era miembro de la Brigada de Fusileros Letones, que desempeñó un papel crucial en el ascenso al poder de Lenin; su madre, que se convirtió en funcionaría del Ministerio de Relaciones Exteriores, le puso el nombre de Lev en honor a Trotski, que era su héroe. En 1943, Lev fue movilizado por el Ejército Rojo y asignado a una unidad especial de partisanos de la NKVD, que fue enviada a combatir detrás de las líneas alemanas, en Estonia. Capturado por el enemigo en 1944, Lev fue encarcelado en Dvinsk (Letonia) y luego enviado a un campo de prisioneros de guerra próximo a Frankfurt, en Alemania. En abril de 1945, los alemanes obligaron a los prisioneros de guerra a marchar hacia el oeste. Lev y otros pocos prisioneros escaparon del convoy y fueron liberados por tropas estadounidenses. Lev pasó dos meses en un campo dirigido por los estadounidenses. A pesar de que intentaron convencerlo de no volver a su patria, Lev regresó a la Unión Soviética en mayo de 1945. Tenía veinte años y quería estudiar en la universidad. Cuando llegó a la frontera

soviética, lo enviaron a un campo de filtrado y luego fue reincorporado al Ejército Rojo. Durante los tres años siguientes, sirvió como soldado raso en los territorios recientemente ocupados de Ucrania occidental. En abril de 1948, fue arrestado en Rovno bajo la acusación de trabajar para los estadounidenses y, tras sufrir semanas de tortura por parte de sus inquisidores de la NKVD, fue acusado de haber traicionado a su brigada partisana entregándola a los alemanes durante la guerra. Amenazado con el arresto de sus padres, Lev firmó una confesión de esos delitos, y fue sentenciado a veinticinco años de trabajos forzados, seguidos por cinco años de exilio en Norilsk.[788]

María Drozdova fue enviada a Norilsk tras haber sido arrestada por el Ejército Rojo en Berlín en el mes de abril de 1945. Cuatro años antes, cuando tenía diecisiete años, había sido capturada por los alemanes en Krasnoe Selo, cerca de Leningrado, la ciudad en la que vivía con sus padres. El ejército alemán la llevó a Estonia, donde trabajó como enfermera en el hospital de campaña, y luego a Berlín, donde se la empleó como criada en la casa de un oficial nazi de alto rango. María se resistió a varios intentos alemanes de reclutarla como espía (la golpearon muchas veces), pero sus heridas no bastaron para convencer al tribunal militar soviético, que la sentenció a diez años en Norilsk por «traición a la madre patria».[789]

Los metales preciosos de Norilsk ocuparon un lugar importante en los planes de Stalin sobre la reconstrucción de la economía soviética en la posguerra. Para estimular a la fuerza laboral de Norilsk, la administración del campo utilizó cada vez más los créditos laborales y las recompensas monetarias. En 1952, los salarios se habían convertido en la regla para la mayoría de los prisioneros de Norilsk, cada uno

de los cuales ganaba un promedio de 225 rublos mensuales, alrededor de un tercio de la paga de los trabajadores civiles, aunque en Norilsk la comida y el alojamiento eran «gratuitos». Muchos obreros voluntarios recibían salarios especiales («norteños»), que eran mucho más altos que los que hubieran recibido fuera del sistema del Gulag.[790] En Norilsk empezó a desarrollarse un sistema extrañamente híbrido: un régimen carcelario en el que se pagaba a los prisioneros. Pero ningún salario podía compensar la pérdida de dignidad ni las condiciones inhumanas en las que se obligaba a vivir y trabajar a los presos. Su rebelión era tan sólo cuestión de tiempo.

2

Los años de posguerra fueron testigos de la consolidación de un nuevo tipo de «clase media» soviética ilustrada. Desde 1945 hasta 1950, el número de estudiantes de universidades y escuelas superiores se duplicó, dando origen a una joven clase profesional de técnicos y gerentes que se convertirían en los principales funcionarios y beneficiarios del sistema soviético en el transcurso de las décadas siguientes. Esta nueva élite era diferente de los cuadros soviéticos de la década de 1930: sus miembros habían recibido una buena educación con un enfoque menos ideológico y además gozaban de una mayor estabilidad. Sus calificaciones profesionales no sólo les garantizaban cargos jerárquicos dentro del sistema soviético, sino que además les proporcionaban casi absoluta inmunidad contra la posibilidad de ser relegados a causa de cualquier impureza ideológica o de clase. La capacidad profesional empezó a ocupar el lugar de los valores proletarios dentro de los principios gobernantes de la élite soviética.

La creación de esta clase profesional fue una política deliberada del régimen estalinista, que reconocía la necesidad de un estrato social más amplio y fiable formado por ingenieros, administradores y gerentes, tanto para competir con las economías capitalistas como para estabilizar el sistema soviético, proporcionándole una base social más sólida. El régimen necesitaba el respaldo de una clase media leal para no ser aplastado por la generalizada presión social que,

después de 1945, empezó a exigir reformas políticas; y el medio más directo de conseguir esa lealtad era dar satisfacción a las aspiraciones burguesas del pueblo. Esta nueva burguesía soviética fue recompensada con empleos seguros y bien pagados, apartamentos privados y con los placeres domésticos de un hogar confortable. En los primeros años de posguerra, había pocos productos de consumo que pudieran responder a esas aspiraciones, pero, igual que en la década de 1930, abundaban las promesas de «una buena vida». La propaganda, la literatura y el cine soviético conjuraban una imagen de la felicidad personal y material que aguardaba a aquellos que estudiaran con ahínco y trabajaran diligentemente. En las películas y las novelas de posguerra, el enriquecimiento personal era presentado como una justa recompensa a la diligencia y la lealtad; la búsqueda de la felicidad privada, la atmósfera doméstica y los bienes materiales empezó a presentarse como un nuevo valor positivo (y «soviético»).[791]

La expansión del sistema de educación superior fue clave para la creación de esta clase media. A principios de la década de 1950, había 1,7 millones de estudiantes en las universidades soviéticas, y más de dos millones de estudiantes en las escuelas y colegios técnicos superiores.[792] La población estudiantil estaba formada básicamente por una mezcla de hijos de familias de la *intelligentsia*, una parte mayor de hijos de la élite soviética existente y una considerable proporción de jóvenes de origen humilde que habían ascendido en las filas del ejército durante la guerra, y a los que ahora se les ofrecía acceso preferencial a la educación superior. Ascendidos a la élite técnica y administrativa, no tenían éxito por el origen de clase ni por el ciego fervor político, como era el caso de los *vidvizhentsi* de la década de 1930, sino más bien por su capacitación en las escuelas y universidades soviéticas.

Su identificación con el sistema estaba estrechamente relacionada con su identidad profesional. Como ingenieros y técnicos, administradores y planificadores cuyas carreras estaban determinadas por el objetivo de garantizar un funcionamiento eficaz del sistema soviético, aceptaban de inmediato la racionalidad de la planificación de la sociedad y de la economía, aun cuando en el terreno político, o a causa de la represión padecida por sus familias, tuvieran buenas razones para oponerse al sistema estalinista.

Para tener éxito en su carrera, la gente tenía que cumplir, al menos aparentemente, las exigencias del régimen. Como un ingeniero explicó en 1950:

> Para progresar en un empleo, hay que ser enérgico y persistente, hay que poder mantener la boca cerrada y usar una máscara… Si se es capaz de gritar «¡larga vida a Stalin!»… y repetir el latiguillo popular: «No conozco otro país en el que una persona pueda respirar con tanta libertad», entonces seguramente se tendrá éxito.

Según un grupo de emigrados entrevistados en ese momento, el tipo más común de funcionario soviético ya no era el creyente y entusiasta comunista de la década de 1930, sino el arribista que tal vez no creía en el Partido ni en sus objetivos, pero que de todas maneras obedecía las órdenes que se le daban.[793] Por medio de estos estalinistas «comunes», los millones de tecnócratas y pequeños funcionarios que cumplían con su parte, el régimen se convirtió en una rutina, sus prácticas se volvieron burocráticas, y los impulsos revolucionarios que habían conducido al Terror se transformaron en la cultura estable de una fiel clase profesional.

La simulación siempre había sido una clase de destreza necesaria para sobrevivir en la Rusia soviética, pero en los años de posguerra, cuando los requerimientos de clase y de compromiso político se volvieron secundarios y lo que más

importaba era una apariencia de conformismo, el arte de usar una máscara se perfeccionó. Czeslaw Milosz, que había vivido en el sistema comunista de posguerra en Polonia, creía que la gente se había vuelto tan experta en asumir un papel público, que ese papel empezaba a convertirse en su naturaleza:

> Después de una prolongada práctica de ese rol, un hombre se siente tan ligado a él que ya no puede distinguir su verdadero yo del yo que está simulando, de manera que incluso los individuos unidos por las relaciones más íntimas se hablan entre sí con eslóganes del Partido. El hecho de identificarse con el papel que uno está obligado a representar proporciona alivio y permite relajar la constante vigilancia. Los reflejos adecuados en el momento correcto se vuelven automáticos… Un nivel de actuación en semejante escala no se ha dado a menudo en la historia de la raza humana.[794]

Pocas personas se confundían por completo con su papel público. La mentalidad soviética probablemente estaba mejor representada por casos de identidad escindida. Como un actor que todo el tiempo vigila su representación, casi todos los ciudadanos eran agudamente conscientes de las diferencias entre su yo privado y su yo público, y tenían muchas maneras de mantener ambas identidades separadas, desde estrategias diversas hasta la supresión de cualquier idea o impulso potencialmente peligroso, pasando por variados métodos destinados a resolver los dilemas que acosaban sus conciencias.

La joven clase profesional de fines de la década de 1940 y principios de la de 1950 debió afrontar nuevos dilemas, que se diferenciaban de los que sus padres habían debido plantearse en los años treinta. En muchos casos, cargados con una biografía mancillada que habían heredado de sus padres, los miembros de esta generación se veían obligados a encontrar una manera de abrirse paso dentro del sistema, en el que pocos de ellos (a diferencia de lo que les ocurría a sus padres) creían realmente: un complejo juego estratégico que involucraba capacidad de simulación (y de autoengaño),

cierto conformismo y—concesiones morales. La primera alternativa moral que muchos debían afrontar en su carrera era si debían declarar o no el arresto de sus familiares en el cuestionario (*anketa*) que se veían obligados a responder cuando ingresaban en la universidad o para conseguir un empleo. Revelar que se poseía una biografía mancillada era correr el riesgo de ser rechazado; pero ocultarla podía acarrear consecuencias potencialmente más graves, si es que las autoridades llegaban a descubrir la verdad.

Irina Alexandrova ocultó el arresto de su padre cuando se inscribió en el Departamento de Economía del Instituto Politécnico de Leningrado, en 1946. Sin embargo, durante el segundo curso reveló la verdad en otro cuestionario que los estudiantes debían responder antes de sumarse a un viaje de estudios. Irina pensó «que los tiempos habían cambiado, todo era más libre», y que «ya no era vergonzoso provenir de una familia de enemigos del pueblo», aunque, mirando retrospectivamente el asunto, cree que lo hizo bajo la influencia de las esperanzas liberales de amigos cuyas familias nunca habían sufrido la represión. Cuando Irina entregó su segundo cuestionario, el Komsomol organizó en el instituto una «reunión de purga» de todos los estudiantes del curso de Irina, en la que se obligó a la joven a responder preguntas hostiles sobre por qué había «ocultado sus orígenes sociales». Los líderes del Komsomol la acusaron de haberse comportado de manera «vergonzosa», y «antisoviética», tal como se había comportado su padre, un «enemigo del pueblo». El consejo aprobó la resolución de recomendar la expulsión de Irina del instituto. Irina fue rescatada por uno de los profesores, el vicedirector del departamento, quien había sido arrestado durante las purgas industriales de principios de la década de 1930 y que había regresado recientemente después de combatir en el frente. «En esa época, el tono moral del

instituto todavía estaba regido por los soldados que habían regresado del frente de combate —recuerda Irina—. Ellos no toleraban la restauración de la cultura de las purgas, y vigilaban de cerca todos los departamentos y residencias de estudiantes para cerciorarse de que los activistas estudiantiles no acosaran a otros que eran como yo». El profesor se aseguró de que Irina no fuera expulsada —incluso hizo que la reincorporaran al grupo del viaje de estudios—, y la joven se graduó con honores en el instituto. Pero en 1949 el profesor mismo fue despedido en una purga general del instituto relacionada con el Asunto Leningrado.[795]

Mucha gente creía que la «actitud honesta que había que mostrar» era declarar en el cuestionario el arresto de sus padres. Educados a la manera soviética, con la convicción de que la vida privada debía exponerse al escrutinio público, muchos sentían que lo más importante era vivir sin mentir. Otros creían que negar el arresto de sus padres era lo mismo que traicionarlos por razones egoístas; por el contrario, aceptar la herencia de la biografía manchada de los padres era en cierto modo un deber moral hacia ellos. Inna Gaister se inscribió como estudiante de la Universidad de Moscú en 1944. Siempre respondió con la verdad sobre el arresto de sus padres porque temía que si escribía una verdad a medias, o una mentira, podría estar peligrosamente próxima a traicionarlos o a renunciar a ellos.

> Tenía miedo de eso… Temía que si mentía sobre mis padres, de alguna manera renunciaría a ellos… Al declarar abiertamente que era hija de un enemigo del pueblo, sentía que estaba protegiéndome de que me obligaran a renunciar a mi padre, algo que me parecía una actitud pésima, a pesar de que sabía que él estaba muerto.[796]

Algunos preferían ocultar su biografía manchada para no poner en peligro su carrera. Ante ellos mismos, justificaban ese ocultamiento de varias maneras: se decían que sus padres no eran en realidad «enemigos del pueblo» y que por lo tanto

no estaban escondiendo ningún delito; o que el ocultamiento era el único medio de convertirse en honestos ciudadanos soviéticos. Así, Leonid Majnach, en su formulario de inscripción para la Escuela de Cine de Moscú, en 1949, consignó que su padre, Vladimir (quien había sido arrestado y sentenciado a diez años en un campo de trabajo de Siberia en 1941), simplemente «había desaparecido sin dejar rastros» durante la guerra.[797] Y Vladimir Vlasov se cambió su apellido verdadero (Zikkel) por el de su tía, Olga Vlasova, quien lo había criado en su casa de Leningrado después del arresto de los padres de Vladimir. En 1948, Vlasov consiguió un empleo en una instalación militar secreta. Recuerda:

> Siempre consigné lo mismo en el cuestionario. Mi hermana mayor me ayudó a preparar una hoja con los datos para dar exactamente la misma respuesta cada vez. Siempre ponía la misma fecha y lugar de nacimiento (falsos), y siempre explicaba que había perdido a mis padres a temprana edad. «No tengo ninguna información sobre mi padre», añadía. En cuanto a mi madre, siempre daba el [falso] nombre de Nina Ippolitovna. Inventé la historia de que ella había ganado tres medallas en la guerra, y de que nunca se había casado. Le adjudiqué un amante llamado Boris Stepanovich, que había venido a Rusia desde París, aunque yo era demasiado pequeño como para recordar mucho sobre él, salvo que era una especie de artista y que había hecho muchos bocetos de mi madre. Mantuve esa ficción hasta 1980, cuando finalmente dije que mi madre había muerto. Para entonces, ella ya había alcanzado la venerable edad de ochenta y seis años.[798]



Inna Gaister (centro) con dos amigos en la Universidad de Moscú, 194 7.

Sólo en la Unión Soviética, el país más burocrático aunque absurdamente ineficaz del mundo, era posible sostener esas mentiras durante tanto tiempo.

Aquellos que querían dejar atrás su pasado estaban condenados inexorablemente a cambiar la relación con sus progenitores que habían sufrido la represión. Como temía lima Gaister, se presentaba la tentación permanente de renegar de ellos y olvidarlos. Angelina Bushueva se convirtió en una activa integrante del Komsomol de Perm. Ya se había unido a los Pioneros en el campo de trabajo ALZhIR, de donde había regresado en 1946, junto con su madre y su hermana. Más que nada anhelaba que la reconocieran como «una ciudadana soviética igual a todos», para gozar de los mismos derechos que los demás ciudadanos y superar así el estigma de su origen. En el Instituto Pedagógico de Perm, donde se inscribió para estudiar en 1951, Angelina pronto se convirtió en la secretaria del Komsomol. Adoraba a Stalin. Se negaba a creer que él había sido responsable del arresto de su padre, acaecido en 1937, o de la destrucción de su familia, que se materializó después de que su madre fuera arrestada en 1938. Como su madre no opinaba igual que Angelina —y ésa era una opinión que aún resultaba peligrosa a principios de la década de 1950—, la familia nunca hablaba sobre el pasado. Angelina procuraba no pensar en su padre. Sólo negándolo podía seguir avanzando en su carrera, en una fábrica de Perm. De hecho, jamás le habló de su padre a su marido, un funcionario comunista en la misma fábrica:

> En mi familia solíamos decir: «Cuanto más sabe uno, tanto más rápido envejece». O: «Cuanto menos sabe uno, tanto más fácil resulta seguir viviendo». Nunca le hablé a nadie de mi padre… al menos hasta que me jubilé de la fábrica y cobré mi pensión, en 1991.[799]

Leonid Saltikov nació en 1927 en el seno de la familia de un sacerdote, quien fue arrestado en 1937. Por ser el mayor de

cinco hijos, Leonid se sintió responsable de su madre, una trabajadora de correos que no ganaba lo suficiente para mantener a la familia. Aunque era un joven brillante, sólo completó cuatro cursos antes de que lo expulsaran de la escuela a causa de su mancillada biografía. Después de desempeñar cuatro empleos informales, consiguió inscribirse en una fábrica-escuela ocultando el arresto de su padre. Quería convertirse en ingeniero, demostrar que era un «ciudadanos soviético de primera clase», según recuerda, por medio de un desempeño exitoso en una profesión muy valorada por el régimen.



Nelli y Angelina Bushueva, 1953.

En 1944, Leonid consiguió empleo como ingeniero eléctrico en una fábrica de municiones de Cheliabinsk. Asistía a una escuela técnica en el turno nocturno. En todos los formularios, consignó que su padre había muerto en 1942: una fecha que insinuaba que lo habían matado en la guerra. «Nadie haría comprobaciones con una fecha como ésa», razonó Leonid.

> Mantuve esa versión de los hechos durante muchos años…, hasta 1958, cuando me convertí en jefe del sector especial del «grupo secreto» de operaciones en la fábrica de municiones. Entonces sentí que debía sincerarme…, tenía miedo de que en ese «grupo secreto» pudieran comprobar mi historia y que, cuando descubrieran que había estado mintiendo todo ese tiempo, me acusaran de ser un espía.



Leonid en 1944

Leonid sólo descubrió lo que le había ocurrido a su padre en 1963 (lo habían fusilado en 1938). Hasta ese momento, siguió afirmando que no sabía nada de cuál había sido el destino de su progenitor. «Mi único interés era ascender en mi carrera —admite—, y para lograrlo tenía que guardar el secreto de mi pasado… La verdad sobre el arresto de mi padre hubiera mancillado mi reputación y arruinado mi carrera». En 1965, Leonid ingresó en el Partido. Se convirtió en secretario del comité del Partido en la fábrica en la que trabajaba, y por lo tanto en líder de mil quinientos comunistas. Era un ferviente estalinista, que lamentó la muerte de Stalin y conservó su retrato en su escritorio hasta que se jubiló en 1993. Leonid no creía que Stalin hubiera sido responsable del arresto de su padre (una opinión que mantiene aún en la actualidad). Por el contrario, agradecía a Stalin haberle dado la oportunidad de ascender desde su humilde origen de hijo de un sacerdote, para convertirse en uno de los directores de una fábrica.[800]

La actitud de romper con el pasado para cimentar una carrera afectó negativamente a muchas relaciones familiares. En 1946, Iuri Streletski se graduó con notas muy altas en la escuela superior de Tiflis. Quería regresar a Leningrado, donde había crecido, para estudiar ingeniería en el Instituto

Politécnico, pero lo rechazaron cuando admitió en su solicitud que sus padres habían sido arrestados como «enemigos del pueblo». Iuri se las arregló para conseguir empleos de tiempo parcial en diversas fábricas de Leningrado, hecho que le permitió asistir en carácter de oyente a las clases nocturnas del instituto, aunque no pudo presentarse a los exámenes finales ni graduarse. En 1948, fue empleado no oficialmente como diseñador técnico en la principal imprenta del Partido en Leningrado, justo en el momento en que la imprenta incorporaba nuevas tecnologías procedentes de Alemania. Iuri desempeñó un papel vital en la instalación de las nuevas maquinarias, pero como no era oficialmente un empleado reconocido no recibió recompensa o reconocimiento alguno por su diligencia. De hecho, en cuanto las nuevas máquinas estuvieron instaladas y en funcionamiento, fue despedido a causa del arresto de su padre, que Iuri había declarado en uno de los cuestionarios. En 1951, su madre regresó a Leningrado del exilio, que había cumplido en Kazajstán. Profundamente deteriorada por la muerte de su esposo y por los años de exilio, la mujer no pudo conseguir empleo y vivía muy pobremente, sola. Iuri no la visitaba y ni siquiera le proporcionaba ayuda económica. La amargura de sus propias experiencias lo habían vuelto egoísta, según él mismo confiesa en una entrevista.

> Me convertí en un egoísta, y mis sentimientos hacia los demás, incluso hacia mi propia madre, se endurecieron. Decidí no pensar más en ella y olvidarla, porque la consideraba una carga de la que podía prescindir. Es vergonzoso admitirlo, pero ésa es la verdad.

En 1953, Iuri se postuló a un cargo de técnico jefe en el Observatorio de Pulkovo. Esta vez no declaró nada sobre su biografía manchada —afirmó en cambio que sus padres habían muerto— y por lo tanto consiguió el cargo.[801]

Algunos jóvenes estaban tan desesperados por hacerse una

carrera que se convertían en informantes de la NKVD. Los organismos de seguridad reclutaban a muchos informantes entre los hijos de los «enemigos del pueblo». Sabían que eran vulnerables y que muchos de ellos albergaban un intenso deseo de demostrar que eran dignos y valiosos ciudadanos soviéticos.

Tatiana Elagina nació en 1926 en Leningrado, en una familia de comerciantes que habían sido muy ricos antes de 1917. Los Elagin fueron exiliados a Kazajstán en 1935, tras la muerte de Kirov. En 1945, Tatiana se postuló para estudiar matemáticas en la Universidad de Moscú. Aunque tenía notas altas, fue rechazada debido a su «origen social». Entonces se inscribió en el Instituto Electromecánico de la Universidad de Moscú, en la carrera de ingeniería del transporte, en la que la demanda de estudiantes capaces aseguraba que se prestara menos atención a sus antecedentes familiares. Estudiar en Moscú significaba para Tatiana la concreción de sus sueños. Pero poco después de que iniciara sus estudios, el instituto anunció una purga general con el propósito de eliminar a los «indeseables sociales». Tatiana huyó a Leningrado, donde ingresó en el Instituto de Ingeniería Eléctrica: las autoridades de la institución se alegraron de acoger la postulación de una estudiante tan capaz e hicieron oídos sordos a su biografía manchada. Pero en el último año de carrera, cuando los estudiantes eran asignados a realizar trabajos «secretos» en las plantas eléctricas, se hizo más intenso el proceso de investigación destinado a eliminar a aquellos que se consideraban menos fiables. A Tatiana se le encomendó escribir informes sobre sus condiscípulos:

> Me dijeron que no había nada vergonzoso en ello, y de alguna manera conseguí convencerme de que estaban en lo cierto. Me dijeron que si oía a los estudiantes decir algo negativo sobre el instituto o quejarse de algo, incluso aunque fuera en una conversación privada entre ellos, debía presentar un informe inmediatamente, asegurándome de que ellos no se

enteraran.

Tatiana se esforzó por informar lo menos posible: sólo transmitió rumores generales, sin mencionar nombres específicos. Pero la presión para que proporcionara información más concreta crecía, y si se negaba a hacerlo corría el riesgo de que el Ministerio de Energía Eléctrica la enviara a trabajar, como les había ocurrido a otros el año anterior, a las remotas regiones árticas, ya que ese ministerio tenía prioridad para destinar a los graduados del instituto. Antes de presentarse a los exámenes finales, Tatiana entregó un informe que provocó el arresto de tres estudiantes. Le concedieron un cargo prestigioso en Moscú, en el trust Hidroeléctrico.[802]

Valentina Kropotina impulsó toda su carrera gracias a su actuación como informante. Había nacido en 1930, en el seno de una familia campesina bielorrusa que sufrió la represión por ser *kulak* durante la colectivización de la agricultura. La casa y la granja de la familia fueron destruidas. El padre de Valentina fue enviado al exilio, dejando a su madre para que sobreviviera como pudiera con dos hijas pequeñas en una choza que la mujer construyó con los escombros de su propia casa. Expulsada de la escuela por ser hija de *kulak*, Valentina pasó su infancia trabajando con su madre en diversos empleos mal pagados, antes de que se mudaran a Irkutsk y luego a Abakán, en la región de Altai, en Siberia. En Abakán, ella y su madre se reunieron con el padre de Valentina, enfermo y deteriorado por los años pasados en los campos de trabajo. El hombre encontró empleo como conserje de una escuela, en la que la madre de Valentina trabajaba como encargada de la limpieza. Valentina sólo empezó a asistir a clases a los trece años. Hasta entonces no sabía leer, como recuerda:

> Era básicamente una niña de la calle, cubierta de andrajos, descalza…

Todos mis recuerdos de infancia están marcados por la sensación de hambre… Tenía miedo del hambre y temía aún más la pobreza. Y ese miedo me corrompió.

En la escuela, Valentina sufrió intensamente el estigma de su origen *kulak*. Se sintió cada vez más avergonzada de la pobreza de sus padres, de su origen bielorruso y de su ignorancia (eran analfabetos y no sabían hablar ruso). Decidida a liberarse por medio del estudio, se unió a los Pioneros y luego al Komsomol. Sólo ese camino le ofrecía «alguna esperanza de escapar de la pobreza y el hambre en los que había crecido», explica. Valentina llegó a creer que Stalin era «el más grandioso ser humano de la historia». Aceptó totalmente la propaganda del Partido sobre los «espías» y los «enemigos». Incluso quería convertirse en abogada para ayudar al gobierno a perseguirlos. «Como Stalin —recuerda —, yo no sentía ninguna compasión por la gente que era enviada al Gulag».

En 1948, cuando tenía dieciocho años, Valentina huyó de su casa. Se inscribió en una escuela para contables y luego se empleó como pasante de contabilidad en una base naval de la isla de Sakhalin, donde recibía el alto salario y las raciones de comida reservados al personal militar especial. Valentina se casó con un oficial de la marina. Se convirtió en un miembro respetable de la base naval, en donde trabajaba en el edificio del personal, con acceso a los archivos de todos los integrantes de la base. En esa situación, fue reclutada por el MVD para informar sobre las esposas de otros oficiales navales. Su tarea era hacer amistad con esas mujeres e informar a sus superiores sobre sus vidas privadas y opiniones:

En algunos casos me acercaba a las mujeres y les pedía que hicieran para mí algo que yo les compraba: muchas mujeres usaban su tiempo libre para coser y tejer. En otros casos me hacía amiga de ellas para que me invitaran a su casa a tomar el té. O las visitaba en el trabajo. Mi

superior me entregaba dinero para esos «encargos» (aún tengo muchas cosas, especialmente abrigos, que mis «proveedoras» me hicieron). También me daban dinero para que comprara una torta para el té, o algún otro obsequio que me permitiera establecer el primer contacto y ganarme la confianza de las mujeres. Lo principal era establecer una relación. Era verdaderamente muy sencillo. Sólo debía respetar una sola regla: había que estar a solas con alguien antes de iniciar una conversación importante. Sólo en ese caso, las mujeres hablaban con total libertad.

Valentina trabajó como informante durante varios años. Escribió docenas de informes sobre personas que luego fueron arrestadas. Le pagaban bien…, lo suficiente para permitirle enviar crecidas sumas a sus ancianos padres y para comprarse una casa en Abakán, donde se retiró con su esposo en 1959 (a los treinta y nueve años de edad). En el curso de las entrevistas, siguió repitiendo que fue obligada a trabajar en contra de su voluntad. Se considera también una víctima de la represión:

Era imposible negarse a hacerlo, ellos sabían todo sobre mis padres y sus orígenes *kulak*… Yo sabía que habían encarcelado a mi padre y tenía miedo de que también me encarcelaran a mí… Además, mi esposo se hubiera visto perjudicado si yo me negaba a cooperar.



Valentina Kropotina y su esposo, Viktor, 1952.

Por otro lado, Valentina insiste en que las personas que denunció eran verdaderos enemigos del pueblo, «espías comprobados». No siente remordimientos por lo que hizo. De hecho, se enorgullece de los honores que recibió por lo

que denomina su trabajo de «contraespionaje».[803]

3

La carrera de Simonov se elevó a nuevas alturas después de 1945. El escritor regresó de la guerra con el pecho cubierto de medallas conquistadas gracias a sus informes desde el frente. Convertido en un respetable miembro del Partido ya admitido en el círculo íntimo de los intelectuales favoritos de Stalin, Simonov fue puesto a cargo de una pequeña delegación de importantes periodistas que el Kremlin envió a Estados Unidos en mayo de 1946, cuando el mundo estaba al borde de la Guerra Fría. Tras recibir instrucciones de Molotov, el ministro de Exteriores, en el Kremlin, Stalin le encargó personalmente a Simonov que convenciera a los estadounidenses de que la Unión Soviética no quería una guerra. Ese viaje le permitió experimentar por primera vez lo que significaban los privilegios del gobierno. Quedó atónito ante la gran suma que recibió para el viaje; tal vez incluso lo perturbó la enorme disparidad que existía entre su propia situación y las condiciones en que vivía el ciudadano de a pie en la Unión Soviética, pero si así fue, su consternación sólo fue momentánea. Simonov se deleitó con los placeres de Occidente. En Estados Unidos, fue recibido como una celebridad internacional. Su novela Días y noches era un bestseller nacional. Todo el mundo conocía su poema «Espérame». Sus obras estaban en cartel en teatros de Nueva York, Boston, Washington y San Francisco. Simonov fue fotografiado en compañía de estrellas como Gary Cooper, Lion Feuchtwanger y Charlie Chaplin, con quien estableció

un regular intercambio epistolar.[804]

La gira estadounidense fue uno de los diversos viajes al exterior que hizo Simonov durante los primeros años de posguerra. En cada ocasión, el gobierno soviético le encomendó alguna misión importante. En Londres, que visitó en 1947, Simonov informó sobre la posibilidad de reclutar a escritores importantes (incluyendo a J. B. Priestley y George Bernard Shaw) para la causa soviética.[805] En París, donde hizo escala de camino hacia Estados Unidos, Simonov intentó convencer al escritor ruso emigrado Ivan Bunin de que regresara a la Unión Soviética. Bunin, el único ruso que había ganado el Premio Nobel de Literatura, había vivido en el extranjero desde 1920, tras haber abandonado su país profundamente disgustado con la Revolución. Ya tenía más de setenta años, pero Stalin esperaba que el sentimiento patriótico y la nostalgia pudieran convencerlo de que debía regresar a su tierra natal. Muchos emigrados fueron seducidos por la imagen favorable que había ganado la Unión Soviética en 1945, y de hecho algunos de ellos decidieron regresar. Simonov se reunió con Bunin en París en una serie de restaurantes de moda. Pagó las cuentas con el dinero que le había dado el gobierno soviético. Subrayando su propio linaje noble, Simonov describió con lirismo la vida en la Unión Soviética. Y cuando Bunin lo invitó a cenar a su casa, Simonov sugirió una «comida colectiva», para la cual Valentina Serova fue enviada desde Moscú con un enorme canasto de exquisiteces rusas (arenques, tocino, pan negro y diversas clases de vodka) destinadas a exacerbar la nostalgia del anciano. Valentina incluso le cantó canciones rusas. Pero Bunin no alteró su actitud antisoviética. Se negó a regresar a la Unión Soviética, incluso para una breve visita.[806]

En 1946, la Unión de Escritores fue reorganizada siguiendo

el modelo del Politburó, con un secretario general, Alexandre Fadeiev, y tres delegados, entre los que estaba Simonov. El escritor Kornei Chukovski anotó en su diario el 16 de noviembre de 1946: «Los líderes de la Unión de Escritores son absolutamente inexpresivos. Parecen congelados. El peor es Tijanov. Puede escuchar durante horas sin que su reflejo muestre ni un atisbo de expresión… Fadeiev y Simonov también son imperturbables. Sin duda forma parte del entrenamiento en los cargos directivos». Dos semanas después de haber sido elegido como dirigente de la Unión de Escritores, Simonov fue designado editor de *Novyi mir (Nuevo Mundo)*, el periódico literario más antiguo y prestigioso de la Unión Soviética. En marzo de 1950, dejó *Novyi mir* para asumir el cargo de editor del periódico literario más importante del país, *Literaturnaia gazeta*, con instrucciones personales de Stalin de usar sus editoriales para articular una perspectiva alternativa a la política cultural de la Guerra Fría, una perspectiva que pareciera suficientemente distanciada de la postura del Kremlin como para satisfacer el deseo de independencia de la *intelligentsia* literaria, pero sin apartarse realmente de las políticas de línea dura que la dirigencia soviética instrumentaba hacia Occidente. El hecho de que Stalin encomendara a Simonov una tarea tan delicada y compleja era un signo de la confianza que había depositado en él.[807]



Simonov en 1946.

El ascenso a la élite soviética causó una espectacular transformación de la apariencia de Simonov. Abandonó el «estilo militar» de los años de la guerra y empezó vestirse con elegantes trajes ingleses a medida, o más informalmente con suéteres de cuello alto procedentes de Estados Unidos, un abrigo de color beige y la gorra de visera corta que estaba de moda en los años de posguerra. Alto y notablemente apuesto, Simonov tenía la figura de un caballero europeo. Recuperó muchos de los modales de la aristocracia en cuyo seno había nacido. Era un bon vivant y un anfitrión generoso; era leal y amable con sus servidores, especialmente con secretarios y chóferes; abría las puertas a las damas, las ayudaba a quitarse y ponerse el abrigo y las saludaba con un caballeroso beso en las manos.[808]

También el estilo de vida de Simonov sufrió espectaculares transormaciones. Tenía varias viviendas. Poseía una espaciosa dacha en el prestigioso centro literario de Peredelkino, justo en las afueras de Moscú, que le compró en 1946 al escritor Gladkov por un cuarto de millón de rublos, suma que en esa época era una gran fortuna; una casa en Gulripshi, una aldea próxima a Sujumi, que dominaba el mar Negro y que compró en 1949; y un gran apartamento en la calle Gorki, en Moscú, donde vivió con Valentina a partir de 1948. La pareja tenía dos criadas, un ama de llaves, una secretaria y un chófer privado para la limusina que habían importado de Estados Unidos. El apartamento estaba colmado de antigüedades elegantes y costosas. En las paredes pendían pinturas valiosas, incluyendo una de Kuzma Petrov-Vodkin, que seguramente provenía de alguna colección privada que había sido confiscada por el Estado. En el apartamento se celebraban fiestas a la moda a las que asistía la élite del mundo literario y teatral de Moscú. Simonov era un gran cocinero y a veces preparaba elaborados platos para sus invitados; pero con

mayor frecuencia llamaba al chef del cercano y famoso restaurante georgiano Aragvi, quien se llevaba consigo a su equipo para preparar los banquetes en el apartamento.[809]

Entre el personal de *Novyi mir*, Simonov era famoso por sus modales «señoriales». Lidia Chukovskaia, que estaba en la sección de poesía, quedó muy impresionada por la apariencia juvenil del nuevo editor, quien sólo tenía entonces treinta y un años. Sin embargo, la mujer advirtió al mismo tiempo la enorme seguridad de Simonov, que le confería la autoridad de un hombre mucho mayor. En el trabajo, se comportaba con seriedad y parsimonia, siempre con su pipa de brezo en mano, al estilo de Stalin, cuando transmitía instrucciones a sus subordinados (solía tener media docena de pipas diferentes sobre su escritorio). Según Chukovskaia, Simonov era arrogante y autoritario en su trato con el personal de *Novyi mir*. En su diario, la mujer comparaba las oficinas editoriales con una mansión del siglo XIX llena de «servidores y lacayos» que corrían de un lado a otro siempre a disposición del amo. Se sintió especialmente ofendida por la manera prepotente en que Simonov trataba a dos poetas a los que ella había convencido de que enviaran sus poemas a *Novyi mir*, en 1946. Uno de ellos era Nikolai Zabolotski, quien acababa de regresar tras pasar ocho años en un campo de trabajo. Simonov accedió a publicar uno de sus poemas, pero después le obligó a cambiar algunos versos por motivos políticos. El otro era Boris Pasternak, una enorme figura del mundo literario soviético quien entonces, a los cincuenta y seis años, tenía edad suficiente para ser el padre de Simonov. Pasternak había pedido un adelanto por un poema que Simonov había aceptado publicar en *Novyi mir*. Pero el editor se negó a concedérselo porque consideró que la petición era una velada amenaza de retirar el poema si no se le pagaba. Le dijo a Chukovskaia que no era ético que Pasternak «me amenace,

después de todo lo que he hecho por él. Si yo estuviera en su lugar, no me comportaría de ese modo». Para dar una lección a Pasternak, Simonov decidió finalmente no publicar el poema. Para Chukovskaia, que era además hija de un escritor (Kornei Chukovski), y había sido educada con los valores de la antigua intelligentsia, la conducta de Simonov era vergonzosa, porque revelaba su aceptación de la primacía del poder estatal por encima de la autonomía del arte. «El [Simonov] quiere ser mecenas, y exige gratitud», escribió la mujer en su diario.

> Pero la gente no quiere caridad. Los demás quieren el respeto que merecen. Zabolotski merece ser publicado, pero no porque pasó ocho años en un campo de trabajo, sino porque su poema es bueno. Simonov está obligado a apoyar a Pasternak, no para hacerle un favor, sino porque es su *obligación*, porque está a cargo de la sección de poesía y, en ese terreno, Pasternak debería ser su responsabilidad más importante… Simonov no entiende que es su deber para con la cultura rusa, y para el pueblo, darle dinero a Pasternak. El en cambio cree que se trata de un favor personal, por el que Pasternak le debe gratitud.[810]

Como todos los que tenían poder en el sistema estalinista de posguerra, Simonov estaba en condiciones de ejercer enorme influencia. Como director de *Novyi mir* y delegado de la Unión de Escritores, podía construir o destruir la carrera de casi cualquier escritor en la Unión Soviética. Además, podía ayudar a la gente en otros sentidos —a conseguir vivienda o empleo, incluso podía proteger a muchos del arresto— si tenía el coraje de hacer valer su influencia ante las autoridades. Así funcionaba el sistema. Simonov estaba desbordado por las peticiones personales de colegas, amigos, amigos de amigos, conocidos y soldados que había conocido durante la guerra. No podía ayudarlos a todos, por supuesto, pero era reveladora la manera en que elegía a las personas que ayudaba.

Por ejemplo, era protector y amable con su secretaria privada, Nina Gordon, una mujer pequeña y atractiva de

alrededor de treinta y cinco años que había ingresado en *Novyi mir* en 1946. Antes, Nina había trabajado para el escritor Mijail Koltsov, cuyos artículos sobre la Guerra Civil española habían sido una inspiración para Simonov en su juventud. Su esposo, Iosif Gordon, un editor cinematográfico de familia noble, había sido arrestado en 1937 y sentenciado a cumplir cinco años en un campo de trabajo próximo a Magadán. En 1942, Iosif fue liberado para combatir en el frente. Nina reveló a Simonov todos los detalles de las desdichas de su esposo cuando él le comunicó que quería ascenderla al cargo de secretaria personal. En ese momento, Iosif estaba exiliado en Riazán, donde trabajaba como ingeniero. Nina planteó a Simonov la conveniencia de rechazar el ascenso que le había ofrecido. Pero Simonov no quiso saber nada. Incluso dijo que escribiría al MVD para mejorar la situación de Iosif…; una oferta que Nina no aceptó porque no quería abusar de su amabilidad. En realidad, el cargo de la mujer en las oficinas de *Novyi mir* podría haber tenido consecuencias desagradables para Simonov, como lo demuestra un incidente de 1948, cuando Iosif, quien había sido autorizado a visitar Moscú durante algunos días, apareció inesperadamente en la sede editorial. Por casualidad, se encontraba allí un periodista del periódico Izvestia, quien observó detenidamente a Iosif, cuyo aspecto delataba su condición de exiliado. Al día siguiente, Nina fue citada para un interrogatorio en el Departamento Especial de la publicación, que actuaba como los ojos y los oídos del MVD (cada institución soviética tenía su propio Departamento Especial). Sus inquisidores querían saber por qué «Nina había ocultado que estaba casada con un exiliado político, y la amenazaron con denunciarla por falta de vigilancia. Cuando Simonov se enteró del incidente, se puso furioso. Lo consideró como una falta de respeto hacia su autoridad

editorial. Nina recibió una reprimenda del Departamento Especial, que también hizo público un edicto que advertía que «las personas sospechosas» no debían ser admitidas en las oficinas, pero nadie tomó ninguna otra medida contra ella.[811]

Aunque Simonov era con frecuencia bondadoso con las personas de su entorno personal y muy valiente para defenderlos ante las autoridades, era mucho menos valeroso cuando se trataba de personas de la esfera pública. Muchos escritores le pidieron ayuda durante la represión que se desencadenó en los años de posguerra. Simonov respondió a esas solicitudes de manera cautelosa. Fue muy servicial con algunos, menos con otros, dependiendo de sus sentimientos personales, pero siempre tuvo buen cuidado de no poner en peligro su propia posición ni despertar sospechas sobre sí mismo. Por ejemplo, en septiembre de 1946, Simonov escribió una carta de recomendación para su antiguo condiscípulo del Instituto Literario, el poeta Portugalov, quien se había postulado para ingresar en el Sindicato de Escritores. Simonov no mencionó el arresto de Portugalov (en 1937) ni los años que había pasado en el campo de trabajo de Kolyma, aludiendo en cambio a los «siete años que Portugalov pasó en el ejército» como la razón por la que el poeta no había publicado nada, para no dar de ese modo la impresión de que estaba defendiendo a un ex «enemigo del pueblo». Portugalov fue rechazado por la Unión de Escritores en 1946, pero volvió a solicitar su inclusión en 1961, en el punto culminante del descongelamiento de Kruschev. En esa ocasión, Simonov extendió una carta de recomendación más calurosa y explícita, señalando «la injusticia de su arresto» como el único motivo por el cual su primer libro de poesía, aparecido en 1960, no había sido publicado veinte años antes.[812] Simonov también escribió para respaldar la publicación del poeta Iaroslav Smeliakov, un comprometido comunista e

íntimo amigo de los Laskin, que había sido arrestado en 1934, había cumplido cinco años de condena en un campo de trabajo y había luchado valerosamente en la guerra, tras lo cual cumplió otra condena en el Gulag, trabajando en una mina de carbón próxima a Moscú.[813] Pero otros escritores que recurrieron a él no fueron tan afortunados. Simonov se negó a ayudar a su antiguo maestro del Instituto Literario, el poeta Lugovskoi, quien había sufrido un colapso nervioso durante los primeros combates de 1941 y había pasado los años de guerra evacuado en Tashkent. Tras su regreso a Moscú, Lugovskoi escribió a Simonov pidiéndole que le ayudara a conseguir un nuevo apartamento. Su antiguo maestro estaba viviendo con su esposa en un apartamento comunitario, pero su frágil estado mental exigía intimidad. «Ya no soy joven», le escribió a su antiguo alumno,

> soy una persona enferma. No puedo soportar la vida en un apartamento comunal, con una familia de seis personas en la habitación de al lado… Vivo con los nervios de punta constantemente, y si termino en un manicomio no será una sorpresa… Es difícil pedir ayuda…, pero usted es una persona muy humana, y eso me alienta a recurrir a usted. ¡Perdóneme! Le quiero y estoy orgulloso de usted.[814]

Simonov no contestó. Tal como él lo veía, Lugovskoi no merecía ayuda. Para empezar, ya tenía un apartamento y, peor aún, le había faltado coraje en la guerra…; un crimen imperdonable, en opinión de Simonov.

El firme compromiso de Simonov con el ideal soviético del sacrificio militar sirve para explicar su involucración en las campañas de represión instrumentadas por Stalin en la posguerra, empezando con su participación en la «Zhdanovshchina», la represión oficial desatada contra las tendencias «antisoviéticas» en las artes y las ciencias, que fue encabezada por Andrei Zhdanov, el principal ideólogo de Stalin.

La Zhdanovshchina tuvo su origen en la victoria militar de

1945, que provocó el ascenso de un nacionalismo xenófobo entre la dirigencia soviética. El orgullo ante la victoria soviética se desarrolló a la par de la promoción de la superioridad política y cultural de la Unión Soviética (con lo cual el régimen aludía en realidad a la superioridad de los rusos, a quienes Stalin describía como el grupo más importante de la Unión Soviética). El nacionalismo ruso-soviético reemplazó al internacionalismo de los años de preguerra, convirtiéndose en la ideología dominante del régimen. Se hicieron absurdas reivindicaciones de los logros de la ciencia soviética orientada por la ideología marxista-leninista. El orgullo nacional condujo a la promoción y ascenso de fraudulentos y chiflados como el pseudogenetista Trofim Lisenko, quien afirmó haber desarrollado una nueva variedad de trigo capaz de crecer en el hielo ártico. El aeroplano, la locomotora a vapor, la radio, las bombillas incandescentes…, casi no hubo un descubrimiento o invención que los soviéticos no reclamaran como propio. Al iniciarse la Guerra Fría, Stalin exigió que se observara una disciplina de hierro para purgar a todos los elementos antipatrióticos —es decir, prooccidentales— de la cultura soviética. Su argumento era que, en el plano histórico, desde principios del siglo XVIII, cuando Pedro el Grande había fundado San Petersburgo, la *intelligentsia* rusa se había prosternado ante la ciencia y la cultura occidentales: era necesario curarla de esa «enfermedad» para que la Unión Soviética pudiera defenderse de Occidente.

Cumpliendo órdenes directas de Stalin, Zhdanov lanzó una violenta campaña contra las influencias occidentales en la cultura soviética.[815] Para Stalin, el punto de partida de esta campaña era Leningrado, una ciudad «europea» que nunca le había gustado, y cuya independencia de Moscú se había fortalecido durante la guerra. La represión empezó el 14 de

agosto de 1946, cuando el Comité Central publicó un decreto censurando a los periódicos *Zvezda* y *Leningrad* por haber publicado obras de dos grandes escritores de Leningrado, Mijail Zoshchenko y Anna Ajmátova. Al elegir a esos escritores como blancos de su ataque, el Kremlin pretendía demostrar a la *intelligentsia* de Leningrado su sometimiento al régimen soviético. Ajmátova había ganado enorme influencia moral durante la guerra. Aunque desde 1925 su poesía se había publicado muy poco en la Unión Soviética, para millones de rusos seguía siendo un símbolo viviente de la fortaleza de espíritu y de la dignidad humana que había permitido a Leningrado sobrevivir al asedio.

En 1945, el filósofo de Oxford Isaiah Berlín, que acababa de llegar como primer secretario de la embajada británica en Moscú, se enteró de que, durante la guerra, Ajmátova:

> recibió una sorprendente cantidad de cartas del frente, citando tanto sus poemas publicados como no publicados, ya que la mayoría de ellos circulaban privadamente en copias manuscritas; sus corresponsales le pedían autógrafos que confirmaran la autenticidad de los textos, y solicitaban la opinión de la autora sobre cualquier tipo de problema.

Zoshchenko creía que se había sancionado el decreto del Comité Central después de que Stalin había presenciado un recital de poesía de Ajmátova ante una sala repleta, en el Museo Politécnico de Moscú. En cuanto Ajmátova acabó su lectura, la audiencia estalló en aplausos. «¿Quién organizó esta ovación, con todo el público de pie?», preguntó Stalin.[816]

Zoshchenko era una espina igualmente molesta clavada en el costado del dictador. Era el último satirista soviético (Maiakovski, Zamiatin y Bulgakov ya habían muerto), integrante de una tradición literaria que Stalin no podía tolerar. La causa inmediata del ataque contra el escritor fue un relato para niños, «Aventuras de un mono», publicado en *Zvezda* en 1946, en el que un mono escapaba del zoológico y

era entrenado como un ser humano. Pero en realidad, los relatos de Zoshchenko habían irritado a Stalin durante años. Se reconocía a sí mismo en la figura del centinela del relato «*Lenin y el guardia*» (1939), donde Zoshchenko retrataba a un «personaje del sur», brusco e impaciente, con bigote, a quien Lenin trata como a un niño pequeño.[817]

Como miembro jerárquico de la Unión de Escritores, Simonov no tenía más alternativa que apoyar esta campaña. En el primer número como editor de Novyi mir, publicó el decreto del Comité Central junto con la transcripción de un discurso de Zhdanov que describía a Ajmátova como «uno de los estandartes de esa poesía de salón aristocrática, superficial y vacía que es absolutamente ajena a la literatura soviética» y (con una expresión que ya había sido usada por los críticos soviéticos en el pasado) como una «medio monja, medio ramera, o más bien una monja ramera cuyos pecados se mezclan con las plegarias».[818]

Tal vez Simonov experimentó cierta inquietud al perseguir a la *intelligentsia* de Leningrado, a la que pertenecía la familia de su madre, pero sean cuales fueren sus sentimientos al respecto, no permitió que lo desviaran de lo que consideraba su mayor lealtad hacia el Estado. Al reflexionar retrospectivamente sobre estos acontecimientos durante su último año de vida, Simonov confesó que había apoyado la Zhdanovshchina porque creía «que verdaderamente era necesario hacer algo» para contrarrestar «la atmósfera de distensión ideológica» que se había apoderado de la *intelligentsia*. Si no se la controlaba, conduciría a «peligrosas expectativas de reformas liberales», precisamente en un momento en que la Unión Soviética debía prepararse para la intensa lucha ideológica de la Guerra Fría. Ése fue su argumento. Tal como lo expresó en una carta dirigida al

Comité Central:

> En el frente ideológico se lleva a cabo una lucha global de una violencia sin precedentes. Y sin embargo, a pesar de las circunstancias, hay gente que anda lanzando teorías sobre «tener algún alivio»…, la idea de que todos deberíamos sentarnos en un café a hablar sobre las reformas. Dicho sea de paso, se trata de gente que en su gran mayoría no tiene ninguna necesidad de un alivio, porque trabajaron muy poco en la guerra; de hecho, casi ninguno de ellos hizo nada… Si quieren, podemos proporcionarles un alivio impidiéndoles trabajar en el terreno del arte soviético, pero mientras tanto el resto de nosotros seguirá trabajando y luchando.[819]

Este desprecio hacia los intelectuales que rehuían la «lucha» —una opinión que Simonov mantuvo a lo largo de toda su vida— explica su hostilidad hacia Zoshchenko en particular. Con respecto a Ajmátova, su actitud era diferente. No le gustaba —o ni siquiera conocía— su poesía, pero le ofendió el violento lenguaje que Zhdanov empleaba contra ella porque le parecía que «nadie debería hablar de esa manera de una persona que había sufrido junto al pueblo como lo había hecho Ajmátova durante la guerra».[820] Zoshchenko, por su parte, había pasado los años de guerra evacuado en Tashkent, y según la prensa soviética, que acusaba al satirista de cobardía, había escapado de Leningrado para evitar que lo enviaran a combatir en el frente. Simonov creía en la acusación de cobardía. No sabía la verdad, ni se molestó en descubrirla: que Zoshchenko, quien tenía entonces alrededor de cuarenta y cinco años y mala salud, había recibido la orden de las autoridades de abandonar Leningrado al principio de la guerra. Simonov juzgó a Zoshchenko con la misma dureza que aplicaba a todos los hombres que no habían combatido, y que extendió a los intelectuales que no reconocían la necesidad de unirse a la lucha ideológica de la Guerra Fría. El crítico teatral Alexandre llorschchagovski, que conocía bien a Simonov, señala que su apresuramiento para condenar a gente como Zoshchenko estaba enteramente basado en

prejuicios. Simonov, escribe, tenía tendencia a:

> desconfiar de todo el mundo —especialmente de un intelectual— que hubiera pasado los años de guerra trabajando en la retaguardia, y que no había compartido el sangriento sacrificio de los soldados en el frente. Esta suspicacia generalizada —que se articuló sin el menor esfuerzo por profundizar en la biografía de cada individuo— no tomaba en consideración el hecho de que millones de personas de la retaguardia trabajaron hasta la muerte para que los millones de camaradas que se encontraban en el frente pudieran disponer de armas y conquistar la victoria.[821]

Simonov participó en los ataques contra Zoshchenko, pero no se involucró directamente en las difamaciones contra Ajmátova. Cuando *Pravda* le pidió que escribiera un artículo condenando a ambos, Simonov respondió que sólo hablaría contra Zoshchenko, y el artículo que entregó se centraba exclusivamente en ese autor. Sin embargo, Simonov dio marcha atrás en su campaña pocos meses más tarde, cuando se enteró de la verdad acerca de la evacuación de Zoshchenko y cuando el escritor Iuri Germán le dijo que éste era un hombre valeroso, que había luchado con honor durante la Primera Guerra Mundial. Advirtiendo su error, Simonov hizo un esfuerzo por corregir la situación: recomendó a Zhdanov la publicación de *Cuentos partisanos*, de Zoshchenko, escritos en 1943, que Simonov editó personalmente, aun cuando no creía que fueran demasiado buenos. Zhdanov se negó a leer los cuentos, pero en una reunión con Stalin, en mayo de 1947, Simonov volvió a plantear el tema de la publicación, alegando que Zoshchenko se encontraba en una situación desesperada y necesitaba ayuda. Fue un gesto audaz y atrevido por parte de Simonov pasar por encima de Zhdanov y pedirle directamente a Stalin que ayudara a un escritor por el que sentía profundo disgusto. Stalin le dijo que podía publicar los cuentos basándose en su propia autoridad editorial, pero que después de que los publicara, él los leería y se formaría su propia opinión sobre la decisión de Simonov. Según recuerda

Simonov, no hubo más que «un atisbo de amenaza en el tono de Stalin», pero de todas maneras siguió adelante con la publicación de los cuentos, que aparecieron en *Novyi mir* en septiembre de 1947.[822]

Y sin embargo, a pesar de este esfuerzo por corregir las cosas, más tarde Simonov se negó a sentir compasión hacia Zoshchenko. En 1954, un grupo de estudiantes ingleses viajó a Leningrado y solicitó una reunión con Ajmátova y Zoshchenko. Al encuentro asistieron varios miembros del Partido de la Unión de Escritores de Leningrado. Los insensatos estudiantes, que expresaron claramente su postura antisoviética, preguntaron a Ajmátova y Zoshchenko qué opinaban sobre el decreto del Comité Central de agosto de 1946. Ajmátova respondió que el decreto había sido correcto. Sin duda, tenía miedo de decir lo contrario. Pero Zoshchenko fue menos cauto. Respondió que el decreto había sido injusto, y negó con violencia la acusación de cobardía de que había sido víctima. La dirigencia de la Unión de Escritores acusó inmediatamente a Zoshchenko de «conducta antipatriótica», y envió a Leningrado una delegación encabezada por Simonov para «corregirlo». En un desgarrador discurso de defensa que rozaba la histeria, Zoshchenko declaró que su vida como escritor estaba acabada, que se había destruido a sí mismo y rogó a sus acusadores que lo dejaran en paz. Simonov rechazó las súplicas de Zoshchenko y lo acorraló a la manera de los fiscales de una purga. «El camarada Zoshchenko apela a nuestros sentimientos compasivos, pero en realidad no ha aprendido nada, y debería avergonzarse», declaró Simonov, refiriéndose una vez más a sus antecedentes durante la guerra y a su conducta «antipatriótica» después de 1945.[823]

Tras los ataques contra Ajmátova y Zoshchenko, se

instrumentaron muy pronto una serie de medidas represivas contra «elementos antisoviéticos» de las artes y las ciencias. El Museo Estatal de Arte Moderno Occidental fue cerrado. Una campaña contra el «formalismo» y otras «decadentes influencias occidentales» puso en la lista negra oficial a varios compositores (incluyendo a Shostakovich, Jatchaturian y Prokofiev), acusados de componer música que era «ajena al pueblo soviético y a su gusto artístico». En enero de 1947, el Politburó emitió un decreto contra la *Historia de la filosofía europea* (1946), de G. F. Alexandrov, director de Agitprop (el Departamento de Agitación y Propaganda del Comité Central), acusando al libro de subestimar la contribución rusa a la tradición filosófica occidental. Pronto Alexandrov fue destituido de su cargo. Ese mismo año, en julio de 1947, el Comité Central publicó una carta ominosa que censuraba a los científicos Nina Kliueva y Grigori Koski por su actitud «reverente y servil ante la cultura occidental foránea y burguesa, indigna de nuestro pueblo». Los científicos habían sido acusados de proporcionar información sobre su investigación del cáncer a los estadounidenses durante un viaje que habían hecho a Estados Unidos en 1946. A su regreso, fueron sometidos a un «tribunal de honor», una institución recientemente establecida con el propósito de examinar actos de naturaleza antipatriótica en el sistema soviético, donde se les obligó a responder preguntas hostiles ante ochocientos espectadores.[824]

A medida que la Guerra Fría creció en intensidad, el miedo a los extranjeros se apoderó de la sociedad. El periodista estadounidense Fiarrison Salisbury recuerda su regreso a Moscú como corresponsal en 1949. Ninguno de los rusos que había conocido en su anterior estancia en 1944 quiso renovar su amistad. Escribió a sus antiguos conocidos Ehrenburg y Simonov, pero ni siquiera respondieron a sus cartas. En 1944,

según le parecía a Salisbury, el país era pobre pero, comparado con la década de 1930, reinaba en él un nuevo espíritu de libertad y una atmósfera jubilosa, que emanaba de las esperanzas del pueblo de lograr una victoria. En 1949, por el contrario, el país había vuelto a caer en un estado de temor, y había:

> una censura tajante de cualquier clase de relación humana normal entre rusos y extranjeros, algo que, a su vez, sólo reflejaba la xenofobia del gobierno soviético y la forma en que se había transmitido claramente a todos los rusos que la manera más segura, y más rápida, de conseguir un billete para Siberia o para sitios aún más remotos era tener relación con un extranjero.

Los más fugaces contactos con extranjeros podían provocar un arresto por espionaje. Las cárceles soviéticas se colmaron de personas que habían viajado al exterior. En febrero de 1947, se sancionó una ley que prohibía los matrimonios entre ciudadanos soviéticos y extranjeros. La policía vigilaba los hoteles, los restaurantes y las embajadas extranjeras, a la caza de muchachas soviéticas que se encontraran con extranjeros. [825]

Después de la fundación de Israel, en mayo de 1948, y de su alineación junto a Estados Unidos en el conflicto de la Guerra Fría, los dos millones de judíos, que siempre habían sido leales al sistema soviético, fueron descritos por el régimen estalinista como una potencial quinta columna. A pesar de que en lo personal sentía cierto rechazo hacia los judíos, Stalin había sido uno de los más firmes partidarios del establecimiento de un Estado judío en Palestina, con la esperanza de convertirlo en un satélite soviético en Oriente Próximo. Pero a medida que el liderazgo del Estado emergente se mostró hostil a cualquier intento de acercamiento de la Unión Soviética, Stalin empezó a temer cada vez más el sentimiento proisraelí que cundía entre los judíos soviéticos. Sus temores se intensificaron como

consecuencia de la llegada a Moscú de Golda Meir, en el otoño de 1948, en carácter de primera embajadora israelí en la Unión Soviética. Allí adonde iba era recibida con aclamaciones por multitudes de judíos soviéticos. En su visita a una sinagoga de Moscú, en el Yom Kippur (13 de octubre), miles de personas se concentraron en las calles, y muchos de ellos voceaban «*Am Yisroel chai*» («¡El pueblo de Israel vive!»), una afirmación tradicional de renovación para todos los judíos del mundo, pero que era para Stalin un signo peligroso «del nacionalismo burgués judío» que subvertía la autoridad del Estado soviético.[826]

La bienvenida entusiasta brindada a Meir impulsó a Stalin a intensificar la campaña antisemita que en realidad se había puesto en marcha muchos meses atrás. En enero de 1948, Solomon Mijoels, director del Teatro Judío de Moscú y líder del Comité Judío Antifascista (CJAF), fue asesinado en un accidente automovilístico orquestado por la MVD. El CJAF había sido establecido en 1942 para atraer la ayuda de los judíos occidentales al esfuerzo bélico soviético, pero para muchos de los judíos soviéticos que se integraron en la institución, entre los que se contaban importantes escritores, artistas, músicos, actores, historiadores y científicos, el objetivo más importante era el de estimular la cultura judía en la Unión Soviética. Los primeros años de la posguerra fueron relativamente favorables para ese propósito. En 1946, se concedió a Mijoels el Premio Stalin. Con frecuencia se difundían por la radio obras judías. El CJAF desarrolló el proyecto de conmemorar el aniquilamiento judío perpetrado por los nazis: una colección de documentos editada por Vasili Grossman e Ilia Ehrenburg, que se conoció con el título de *El libro negro*. Stalin había tenido la intención de usar al CJAF para congraciarse con el naciente Estado judío en Oriente Medio. Pero en cuanto se hizo evidente que el nuevo Estado

preferiría aliarse con Estados Unidos, Stalin cambió de actitud. La MGB recibió la orden de acusar al CJAF de ser «una organización nacionalista antisoviética». Se postergó indefinidamente la publicación de *El libro negro*. Después del asesinato de Mijoels, el Teatro Judío fue clausurado. En diciembre de 1948, más de cien miembros del CJAF fueron arrestados, torturados para que confesaran sus «actividades antisoviéticas» y ejecutados o enviados a campos de trabajo. [827]

En el mundo literario soviético, el ataque contra los judíos adquirió la forma de una campaña contra los «cosmopolitas». Este término había sido acuñado por el crítico literario del siglo XIX Visarion Belinsky para referirse a los escritores («cosmopolitas sin raíces») que carecían o rechazaban todo carácter nacional. La palabra reapareció durante los años de la guerra, cuando el nacionalismo ruso y los sentimientos antisemitas estaban en ascenso. Por ejemplo, en noviembre de 1943, Fadeiev atacó al escritor judío Ehrenburg por proceder de «ese círculo de la *intelligentsia* que entiende el internacionalismo en un sentido cosmopolita vulgar, y que no logra superar su servil admiración hacia todo lo extranjero». [828] A partir de 1945, el término apareció cada vez con más frecuencia en las publicaciones literarias soviéticas.



Fadeiev en la Unión de Escritores,

22 de diciembre de 1948. En el extremo izquierdo: Simonov. A su lado: Ehrenburg. En el estandarte debajo del retrato se lee: «¡Gloria al gran Stalin!»

La campaña contra los «cosmopolitas» empezó cuando Fadeiev reenvió a Stalin una carta que había recibido de una oscura periodista (Natalia Begicheva) en diciembre de 1948. Originalmente escrita como denuncia a la MVD, la carta afirmaba que existía un grupo de «enemigos» activos dentro de la esfera literaria, y citaba como líderes de este «grupo antipatriótico» a siete críticos y escritores, de los cuales sólo uno no era judío. Presionado por Stalin, Fadeiev pronunció un discurso en la Unión de Escritores el día 22 de diciembre. Atacó a un grupo de críticos teatrales, nombrando a cuatro de los seis judíos denunciados por Begicheva (Altman, Borshchagovski, Gurvich e Iuzovski), quienes, según alegó Fadeiev, «trataban de desacreditar nuestro teatro soviético». Fue un discurso relativamente moderado: aparentemente, Fadeiev era reticente a desempeñar el papel de verdugo al servicio de Stalin. Fadeiev había sido antes un hombre decente, pero había quedado reducido al penoso estado de un alcohólico tembloroso por las concesiones morales que se había visto obligado a hacer. Stalin mantuvo la presión utilizando la colaboración de *Pravda* para atacar a Fadeiev por no haber sido suficientemente vigilante y no haber actuado contra los «cosmopolitas», y para difundir el rumor de que estaba a punto de ser reemplazado como líder de la Unión de Escritores. Incapaz de seguir resistiendo, Fadeiev respaldó un artículo anónimo publicado en *Pravda* el 29 de enero de 1949 («Sobre un grupo antipatriótico»), que, con un lenguaje que recordaba la retórica del Gran Terror, denunciaba a varios críticos teatrales como «cosmopolitas sin raíces», y los acusaba de fomentar una conspiración literaria

burguesa destinada a sabotear los saludables principios del «orgullo nacional» en la literatura soviética.[829] Todos los críticos mencionados eran judíos. Casi con seguridad, el artículo fue escrito por el cagatintas del partido y periodista del *Pravda* David Zaslavski. Exmenchevique y activo sionista hasta que se unió a los bolcheviques en 1921, Zaslavski había hecho varios trabajos de escritura para Stalin para expiar así sus pecados y acelerar su ascenso dentro de la élite soviética.[830]

El artículo del *Pravda* fue seguido muy pronto por una serie de ataques contra los «cosmopolitas sin raíces» en el resto de los medios soviéticos. Los estalinistas rivalizaban entre sí en la denuncia de los grupos «antipatrióticos» que, según afirmaban, estaban debilitando la poesía, la música, el arte y el cine soviéticos.[831] Para los judíos mencionados en estos despiadados artículos, las consecuencias eran muy duras. Muchos perdían su empleo, o eran expulsados del Partido o de su sindicato, privándolos así de su medio de supervivencia. Algunos eran arrestados. Unos pocos se salvaron confesando sus «errores» o distanciándose de los «cosmopolitas sin raíces». Entre los críticos teatrales denunciados por Fadeiev, sólo uno fue arrestado, logan Altman, que había sido víctima de un artículo atroz, lleno de odio y de un antisemitismo apenas velado, que había aparecido en la publicación *Arte soviético*. «En nombre del pueblo soviético, declaramos que los Altman de este mundo contaminan la cultura soviética como cadáveres vivientes —decía el artículo—. Debemos librarnos de ese hedor a corrupción para purificar el aire». Altman fue denunciado en la Unión de Escritores por Anatoli Sofronov, un fanático partidario de la campaña antisemita que ejercía una poderosa influencia en la Unión durante las largas ausencias del alcohólico Fadeiev. Expulsado tanto de la Unión de Escritores

como del Partido, Altman fue arrestado la noche de la muerte de Stalin, en marzo de 1953. Altman y Fadeiev habían sido buenos amigos durante muchos años. Fue Fadeiev quien había insistido en que Altman debía trabajar con Mijoels en el Teatro Judío. «Necesita un asesor, un comisario: ¡piensa en esto como si se tratara de una orden del Partido!», había dicho Fadeiev. Cuando sus interrogadores preguntaron a Altman cómo había llegado a trabajar con Mijoels, el hombre no mencionó a Fadeiev. Sabía que podía salvarse nombrando al líder de la Unión de Escritores, pero no quería involucrar a Fadeiev en algo que se caracterizaba con el nombre de una «conspiración sionista». Sin duda, Altman esperaba que Fadeiev respondiera de manera semejante, que interviniera para rescatarlo. Pero Fadeiev no hizo nada. No asistió a la reunión de la Unión de Escritores en la que Altman fue expulsado, y nadie pudo encontrarlo en Moscú (Simonov creía que había desaparecido para emborracharse y eludir así sus responsabilidades). Altman nunca se recobró de la traición de Fadeiev. Liberado de la cárcel en mayo de 1953, murió dos años más tarde, consumido por la pena.[832]

Simonov también fue arrastrado a esa campaña antisemita. Al principio, intentó mantener una posición moderada. Aunque no protestó abiertamente contra la campaña, tampoco se alineó con Sofronov y otros partidarios de la línea dura. Simonov no era antisemita. Como editor de *Novyi mir*, había publicado a varios escritores de origen judío. Sus dos primeras esposas eran judías: la segunda, Yenia Laskina, era prima del escritor Boris Laskin, quien había sido señalado como «enemigo de la literatura soviética» en la denuncia original de Begicheva ante la MVD. La posición moderada de Simonov irritaba a los partidarios de línea dura, tanto en el Partido como en la Unión de Escritores. Simonov tenía muchos enemigos: críticos celosos de su estatus como

«favorito de Stalin», una circunstancia que había determinado su ascenso, en juventud, hasta la cima de la cúpula dirigente; y miembros del Comité Central que creían que la protección de Stalin había permitido que Simonov se mostrara altivo con el resto de la dirigencia partidaria. Para enemistar a Stalin con Simonov, los partidarios de la línea dura lo acusaron de proteger a los «cosmopolitas». Las más encarnizadas acusaciones procedieron de Viktor Vdovichenko, el editor de Arte soviético. Vdovichenko envió a Malenkov una extensa denuncia en la que consignaba más de veinte nombres judíos que constituían supuestamente una organización sionista dentro de la Unión de Escritores. Gran parte de su denuncia estaba dirigida contra Simonov. Vdovichenko lo acusaba de proteger a los sionistas. Hizo notar que en el personal de *Novyi mir* había varios judíos («gente sin parientes ni amigos»), y centró sus críticas en Alexandre Borshchagovski, a quien Simonov había traído desde Ucrania, donde el crítico teatral había caído en desgracia por haber evaluado negativamente una obra del autor favorito de Kruschev, Alexandre Korneichuk. Simonov apreciaba a Borshchagovski, «un hombre discreto y modesto», cuyas opiniones eran indispensables para Novyi mir, según Natalia Bianki, miembro del equipo editorial. «Simonov no decidía casi nada sin él. “Veamos qué dice Borshchagovski”, era su frecuente comentario». Vdovichenko alegó que Borshchagovski no había producido «una sola obra que lo haga digno de figurar en la redacción de *Novyi mir*», y que su influencia dentro de la publicación era exclusivamente una consecuencia de la simpatía de Simonov hacia los judíos. Subrayó además que Simonov había estado casado con una judía, y que entre sus amigos se contaban muchos judíos.[833]

Al igual que Fadeiev, en última instancia Simonov cedió a la presión de los más radicales. Tenía miedo de perder su

posición dentro de la élite estalinista y creyó que debía demostrar su lealtad participando en la campaña antisemita. En una carta dirigida al editor del *Pravda*, refutó las acusaciones de judeofilia que le asestaban los radicales, distanciándose de Borshchagovski y de los otros críticos judíos a los que había dado empleo en *Novyi mir*.[834] El Kremlin urgió a Simonov a explayarse sobre los temas planteados por el artículo anónimo del *Pravda* («*Sobre un grupo antipatriótico*») en un discurso central en la Unión de Escritores. Fadeiev había quedado reducido a una ruina alcohólica, y Sofronov ansiaba cumplir con la tarea, pero Malenkov creía que Simonov conferiría mayor autoridad a la campaña «anticosmopolita», precisamente por su bien conocida postura moderada. Y Simonov recibió aún más presión por parte de Fadeiev, quien le advirtió de que Sofronov sería quien pronunciara el discurso en el caso de que Simonov se negara a hacerlo. Como antisemita radical con ambiciones políticas en la Unión de Escritores, donde esperaba reemplazar a Simonov como favorito del Kremlin y ser así el sucesor de Fadeiev, Sofronov sin duda añadiría otra docena de nombres a la lista existente de escritores y críticos judíos condenados a ser expulsados de la Unión de Escritores. Temiendo que el poder caería en manos de Sofronov, Simonov accedió a pronunciar la alocución. Lo hizo en el plenario de la Unión de Escritores del 4 de febrero de 1949. La primera esposa de Simonov, la escritora judía Natalia Sokolova (Tipot de soltera), describió la atroz atmósfera reinante en la reunión en el momento en que Simonov denunció al «grupo antipatriótico»:

> El discurso duró una hora y media, después hubo un intervalo, y después otra sesión de una hora y media. La gente escuchaba tensa y precavida, nadie hablaba sólo se oyó algún murmullo aislado: «¿Ha nombrado a alguno más?», (…) «¿Has oído?», (…) «¿Otro cosmopolita más?», (…) «¿Un nuevo cosmopolita?» Algunos hacían una lista de

nombres, como yo.[835]

Años después, Simonov siguió manteniendo que había pronunciado el discurso para impedir que el extremista Sofronov se apoderara del control de la campaña «anticosmopolita». Aunque el papel que había desempeñado lo cargaba de culpa, Simonov insistió en que su objetivo había sido moderar la campaña contra los escritores judíos, manteniéndola bajo su propio control. Esta afirmación está refrendada por las memorias de su amigo, el crítico teatral Borshchagovski, quien estaba con Simonov, en el apartamento de la calle Gorki, cuando Malenkov llamó por teléfono para decirle que Stalin quería que fuera él quien pronunciara el discurso. Tras cortar la comunicación, Simonov «me miró con tristeza y luego clavó los ojos en la ventana» —recuerda Borshchagovski.

Le llevó menos de diez minutos tomar la decisión. Y luego agregó: «Voy a pronunciar ese discurso, Shura [Alexandre]. Es mejor que lo haga yo, y no algún otro». Tras haber cedido en ese punto, buscaba algún argumento para justificar su «participación activa», algún punto de vista decente al que pudiera aferrarse para seguir adelante con esa fraudulenta campaña. «Debemos terminar con toda esta matonería (*khamstvo*) y brutalidad. Debemos aprender a argumentar a otro nivel, a civilizar nuestro lenguaje. Hemos tenido, y aún tenemos, el problema de los formalistas, de los apologistas del constructivismo, de la gente que quiere esclavizarnos a la cultura de Occidente, y debemos hablar de ellos».[836]

También es cierto que, en su discurso, Simonov intentó enmarcar la campaña «anticosmopolita» en un contexto político e intelectual más amplio, en vez de reducirla a una burda conspiración sionista. En una serie de artículos para la prensa soviética, en los que elaboró sus ideas sobre el discurso

del 4 de febrero, Simonov acusó a los «cosmopolitas» de «poner a [Jean-Paul] Sartre en el lugar de Máximo Gorki y a la pornografía de [Henry] Miller en el lugar de Tolstói».[837] Sin duda, la Guerra Fría ejerció una gran influencia sobre su idea de defender la «cultura nacional» de la Unión Soviética contra los «cosmopolitas sin raíces» que pretendían venderla «a la esclavitud del imperialismo estadounidense (…) y al poder internacional del dólar». Pero fuera de eso hay pocas pruebas de que la participación de Simonov cobrara la forma de una influencia civilizadora de la campaña contra los judíos. Su lenguaje era incendiario. Definió al «grupo antipatriótico» como una conspiración de «criminales» y «enemigos» de la cultura soviética que no debían ser confundidos con meros «estetas», porque tenían «un programa militante burgués y reaccionario», es decir, trabajaban para Occidente en la Guerra Fría. Dijo que los judíos eran culpables de haber atraído sobre sí tantas desgracias. Dijo que se habían negado a asimilarse a la sociedad soviética y que habían abrazado el «nacionalismo judío» después de 1945. Despidió a todos los judíos de la plantilla editorial de *Novyi mir*. Incluso escribió una carta a Stalin en nombre de la Unión de Escritores, pidiéndole que se excluyera a todos los judíos de una larga lista de escritores inactivos.[838]

Su amigo Borshchagovski estaba incluido en esa lista. Desde el principio de la campaña «anticosmopolita», Simonov se había distanciado gradualmente del crítico teatral, quien había sido considerado uno de los principales cabecillas del grupo «antipatriótico». Sabía que acabaría viéndose obligado a denunciar a su amigo, cuya carrera él mismo había promovido. Después de la llamada telefónica de Malenkov, cuando accedió a pronunciar el discurso en contra del grupo «antipatriótico», Simonov intentó justificarse ante Borshchagovski: «Si lo hago, eso me pondrá en una posición

más sólida. Podré ayudar a la gente, que en este momento es lo más importante. —Le advirtió de que no fuera al plenario, y agregó en el último momento—: Si vienes, me veré obligado a denunciarte en términos aún más severos»; Borshchagovski no leyó los discursos ni los artículos en los que Simonov lo mencionaba calificándolo de «saboteador del teatro, enemigo burgués de la literatura soviética y escoria literaria»[839] Había confiado en Simonov, lo consideraba un amigo, y con estoicismo afirmó entender que el otro estaba obligado a «interpretar una danza ideológica ritual».



Alexandre Borshchagovski, 1947.

Borshchagovski fue expulsado de la Unión de Escritores y del Partido. Perdió su empleo en *Novyi mir* y fue despedido del Teatro del Ejército Rojo, donde era director literario. Junto con su familia (su madre, su esposa y su hija pequeña), fue desalojado de su apartamento de Moscú. Durante un tiempo, fueron alojados por amigos, que les permitieron dormir en el suelo o quedarse en sus dachas (incluso estuvieron un tiempo en la dacha de Simonov en Peredelkino). Borshchagovski tomó la represión con calma: como superviviente de la década de 1930, había aprendido a seguir adelante lo mejor que podía. Para resolver el aspecto económico, vendió sus pertenencias (en su mayor parte

libros), y pidió prestado dinero a sus amigos, incluyendo a Simonov, quien se lo dio, según entendió Borshchagovski, «para aliviar su conciencia». También se negó a aceptar su devolución.[840]

Atormentado por la culpa, Simonov siguió viendo a Borschagovsky con tanta frecuencia como pudo entre 1949 y 1953, cuando finalmente se levantó la prohibición que pesaba sobre crítico teatral, pero nunca intentó explicarle nada acerca del discurso. A Borshchagovski le parecía que cuando se encontraban, Simonov «me miraba con expresión de ansiedad, como si pensara que debía explicarme algo». En julio de 1950, Simonov apoyó la publicación de *La bandera rusa*, la novela patriótica de Borshchagovski ambientada en la guerra de Crimea. «El libro está logrado, es serio y necesario —concluyó Simonov en su informe para los censores—. Estoy convencido de que su contenido profundamente patriótico conmoverá el corazón de los lectores… Borshchagovski ha cometido graves errores de carácter antipatriótico, es evidente, pero ha sufrido por ellos y los ha reconocido». La publicación del libro fue aprobada finalmente en 1953.[841]

Entrevistado cincuenta años más tarde, en 2003, Borshchagovski aún mostraba una actitud estoica respecto del daño que Simonov le había causado. «Uno se acostumbra al dolor», fue todo lo que dijo sobre el tema. Pero según su esposa, en los últimos años de su vida estuvo cada vez más atormentado por los acontecimientos de 1949.[842] En sus memorias, concluyó que Simonov no había tenido el coraje cívico de defender a sus amigos y colegas escritores de los antisemitas radicales de la Unión de Escritores. No sentía que Simonov hubiera estado impulsado por el miedo ni que careciera de conciencia. Más bien pensaba que había sido su ambición personal, y especialmente una suerte de servilismo

político: simplemente, era demasiado devoto de Stalin, estaba demasiado infatuado por el aura de su poder como para adoptar una posición más valiente.[843]

El «pequeño terror» de los años de posguerra fue muy diferente del Gran Terror de 1937-1938. No se produjo en un entorno apocalíptico, cuando la gente se prestó a traicionar y denunciar en una lucha desesperada por salvar su vida y su familia, sino en el contexto de una existencia relativamente mundana y estable, cuando el miedo ya no despojaba a las personas de su sensibilidad moral. La represión de la posguerra fue instrumentada por burócratas y funcionarios de carrera como Simonov. Esta gente no se veía obligada a participar en el sistema represivo. Probablemente Simonov no estuviera en peligro de ser expulsado de la Unión de Escritores, y menos aún de ser arrestado. Si se hubiera negado a sumar su voz a la denuncia de los judíos, en el peor de los casos podría haber sufrido la pérdida de su cargo de presidente de la Unión de Escritores y tal vez hubiera sido despedido del puesto de editor de *Novyi mir*, aunque es posible que en ese momento temiera represalias más graves. Pero el hecho es que la gente como Simonov tuvo la posibilidad de elegir. Podría haber seguido una carrera que eludiera las trampas de la responsabilidad política, como lo hicieron millones de personas, aunque con el coste de perder privilegios y recompensas materiales. Para los que no podían asumir una postura pública, siempre había maneras menos conspicuas de evitar involucrarse en decisiones políticas que implicaban una concesión de sus principios morales. Tal como Borshchagovski escribió sobre las personas que lo traicionaron en 1949, seguramente hubieran podido no asistir al plenario de la Unión de Escritores, o haber alegado enfermedad: ninguna de ellas estaba sometida a la disciplina del Partido. Para Borshchagovski, las persecuciones de ese

período, y la conducta de todos los que las facilitaron, se basaron en un sometimiento generalizado al régimen estalinista…, que era la característica definitoria de todos los estalinistas comunes. Tal como escribió:

> El fenómeno de 1949, y no sólo de ese año, no puede explicarse por medio del temor…; o si era eso, se trataba de una clase de temor que mucho tiempo antes se había fundido con otros elementos dentro del alma humana… [más acertado es pensar] en el servilismo de adláteres oficiosos, que tenían tan poco coraje y sentido de la moral que eran incapaces de resistirse incluso a las directivas semioficiales de los burócratas de más bajo rango.[844]

Por cierto, había personas en cargos de responsabilidad semejante al de Simonov que se negaron a involucrarse en la campaña «anticosmopolita». Por ejemplo, el presidente de la Academia de Ciencias, Sergei Vavilov, resistió silenciosamente la presión ejercida sobre él para que denunciara a un «grupo antipatriótico» en la Academia, y saboteó su propio sistema burocrático para impedir que despidieran a científicos judíos (su hermano Nikolai, el genetista, había sido arrestado en 1940 y había muerto de hambre en la cárcel en 1943).[845] En la Unión de Escritores había individuos como Boris Gorbatov, secretario del Partido del Presidium de la Unión de Escritores e íntimo amigo de Simonov, quien se negó a apoyar la campaña contra los judíos. Judío él mismo, Gorbatov tenía más razones para temer a Simonov: su esposa había sido arrestada en 1948 y sentenciada a diez años por «espionaje extranjero», mientras él mismo no estaba libre de sospechas políticas (en 1937, Gorbatov había sido acusado de propagar opiniones «trotskistas» en su primera novela, *Nuestra ciudad*, una épica proletaria sobre el Primer Plan Quinquenal en Donbass. Aunque se había salvado por poco de la expulsión del Partido, su hermano había sido arrestado como «trotskista» y fusilado en 1938). Sin embargo, a pesar de la intensa presión ejercida

por los estalinistas de línea dura en la Unión de Escritores, quienes lo denunciaron como «simpatizante de los judíos» del «grupo antipatriótico», Gorbatov se negó a unirse a la persecución de sus correligionarios judíos. Por esa actitud, se vio obligado a dejar todos sus cargos del Partido y de la Unión de Escritores. Borshchagovski recuerda haberse reunido con él en 1949, en la dacha de Simonov de Peredelkino. Tras haber perdido el favor de Stalin, Gorbatov era «un hombre quebrado y arrinconado», pero había logrado preservar sus principios y su dignidad moral.[846]

Simonov era un personaje más complejo, quizás incluso trágico. Está claro que no tenía la conciencia tranquila: se sentía perturbado y hasta repugnado por algunos aspectos de la campaña «anticosmopolita». Pero se enajenó en el sistema estalinista. Su espíritu militar y los valores de servicio público que había heredado de la aristocracia se encastraron tan profundamente en las categorías e imperativos morales del sistema soviético, que le quedaron muy pocos recursos para evaluar o regular su propia conducta. Simonov tenía un sentido hipertrofiado del deber y la responsabilidad pública que definía absolutamente su visión del mundo. «Sin la disciplina del deber público —dijo en una oportunidad—, una persona no puede llegar a ser un ser humano completo». Era un activista por temperamento; nunca hubiera podido fingir que estaba enfermo para evitar que lo forzaran a hacer una difícil elección moral. En su opinión, alguien que eludiera su responsabilidad pública era un cobarde. No tenía tiempo para la gente proclive a la indecisión, la debilidad o la autoanulación…, características de la personalidad que consideraba defectos humanos. Admiraba a las personas racionales y lógicas. Ésas eran las cualidades que atribuía a sus héroes de ficción: hombres como él, sólo que más valerosos, capaces de llegar a la conclusión correcta a partir de pruebas

objetivas, y de actuar de manera decisiva.[847]

Esa elevación del deber a la altura de virtud suprema determinaba la obediencia política de Simonov: confundía la virtud pública con sumisión a la línea del Partido. Reverenciaba a Stalin. Sus cuadernos de posguerra están repletos de sinopsis de las obras de Stalin, citas de sus discursos y listas de las expresiones e ideas del líder que aprendió de memoria para cultivarse en el terreno político.[848] Simonov estaba infatuado con el poder de Stalin. Sentía su presencia, sentía que Stalin observaba virtualmente todo lo que hacía. Stalin era su patrono y su protector, su maestro y guía, su crítico y confesor, y a veces, tal vez, en su imaginación, su carcelero, torturador y verdugo.

La mínima crítica por parte del líder soviético bastaba para reducir a Simonov a un estado de total desdicha. En 1948, el relato de Simonov *Dym otechestva (Humo de la Madre Patria)* fue atacado salvajemente por la principal publicación de propaganda política (*Kul'tura i zhizn'*) con el respaldo personal de Stalin, a quien, según concluyó Simonov, «la historia había disgustado intensamente». Asustado y deprimido, Simonov no entendía qué tenía de malo el libro, que era uno de sus favoritos. «Cuando lo escribí —le dijo más tarde a un amigo—, creí que estaba cumpliendo con mi deber hacia el Partido… y hacia Stalin, que en ese momento, dos años después del final de la guerra, era para mí la autoridad suprema».



Simonov (el que está sentado en tercer lugar desde la derecha) en el Congreso de Escritores Soviéticos en la República de Bielorrusia, Minsk, 1949.

El personaje central del relato es un comunista, veterano de guerra, que regresa del exterior a la Unión Soviética en 1947. Creyendo haber cumplido su deber para con la nación, trata de reconstruir su vida privada en las difíciles condiciones de los años de posguerra. La novela pintaba con precisión cierto estado de ánimo común en ese momento, y era una obra patriótica, colmada de comparaciones favorables entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Pero había en ella ciertas expresiones directas, en particular hablaba abiertamente de la hambruna de 1946-1947, algo que no era habitual en ese momento (sólo con el deshielo de la época de Kruschev, la literatura soviética empezó a tratar los problemas sociales), y precisamente eso fue lo que provocó la censura por parte de la dirigencia del Partido. Simonov quedó consternado ante este ataque contra su obra. Coincidió con el ataque a la novela de Fadeiev *La joven guardia* (1947), que también había sido iniciado por Stalin, y también con la publicación de propaganda política, dando lugar a la sospecha de que el tirano estaba preparando una purga de los líderes de la Unión de Escritores. Desesperado por entender por qué a Stalin le había disgustado su obra, y ansioso por corregirla para lograr su aprobación, Simonov acudió a Zhdanov para que lo

aconsejara, pero el jefe de ideología de Stalin no pudo aclararle nada —a Zhdanov le había gustado la novela—, de manera que Simonov decidió «no volver a publicar *Humo de la Madre Patria*».[849]

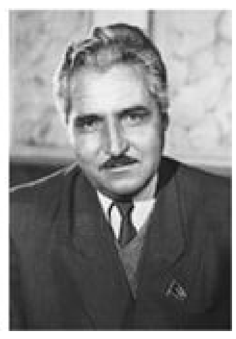
Poco después, uno de los secretarios de Zhdanov llamó a Simonov para preguntarle cuándo entregaría su pieza teatral sobre Kliueva y Roskin, los científicos que habían caído en desgracia, a los que Stalin había acusado de someterse a las tendencias de Occidente. Originalmente, en una reunión en el Kremlin con Fadeiev y Simonov, en mayo de 1947, Stalin había propuesto que se escribiera una novela sobre el tema. Era necesario, había dicho entonces, que se escribieran más obras de ficción patrióticas que expusieran la sumisión de los intelectuales ante Occidente. Simonov estuvo de acuerdo, pero sugirió que el tema era más adecuado para una pieza teatral. En ese momento, Simonov aún estaba escribiendo *Humo de la Madre Patria*, así que postergó sus trabajos en la pieza teatral, un serio encargo político que sentía como una carga, aunque sí fue a la oficina de Zhdanov a echarle un vistazo a los materiales sobre Kliueva y Roskin. Como el aviso del secretario de Zhdanov se produjo tan poco tiempo después del ataque que había sufrido por parte del departamento de propaganda política, para Simonov significó un claro mensaje de que Stalin le perdonaría los errores que había cometido en la novela si producía la pieza teatral que el líder estaba esperando. Desesperado por redimirse, en los primeros meses de 1948 Simonov produjo la primera versión de *Sombra extranjera*, una cruda pieza de propaganda sobre un microbiólogo soviético cuya infatuación con Occidente lo lleva a traicionar a su patria. En un vergonzoso gesto de adulación, Simonov envió la primera versión a Zhdanov para que la aprobara y, siguiendo su consejo, se la envió también a Molotov y a Stalin para que le dieran su veredicto. Stalin

llamó por teléfono a Simonov y le transmitió precisas instrucciones sobre cómo reescribir la obra. Aconsejó a Simonov que pusiera más énfasis sobre el engreimiento del protagonista (Stalin: «Considera su trabajo de investigación como propiedad personal»), y que exaltara la benevolencia del gobierno terminando la obra con una escena en la que el ministro de Salud, cumpliendo las órdenes de Stalin, perdona al descarriado científico y le permite seguir adelante con sus investigaciones. «Así es como veo la obra —dijo Stalin—. Debe corregirla. Hágalo como quiera, eso es asunto suyo. Una vez que la haya corregido, la pieza teatral será aprobada». Simonov revisó y corrigió el final de la obra, introduciendo los cambios sugeridos por Stalin, y le envió la segunda versión para que la aprobara. «Escribí esa obra atormentado, bajo coacción, obligándome a creer que lo que estaba haciendo era imprescindible —recordó Simonov—. Podría haber elegido no escribirla sólo si hubiera encontrado en mí la fuerza de carácter necesaria para resistirme a esa autoviolación. Hoy, treinta años después, me avergüenza no haber tenido el coraje de hacerlo».[850]

El episodio tuvo un final tragicómico. La pieza fue publicada en la revista *Znamia* y nominada para el Premio Stalin, junto con otras obras, cuyos méritos eran evaluados por el Secretariado de la Unión de Escritores antes de ser sometidas a la consideración del comité del Premio Stalin. En la reunión del Secretariado, en la que Simonov se encontraba presente, varios de sus colegas criticaron el final de la pieza (el que había sido sugerido por Stalin), considerándolo «demasiado débil, demasiado liberal, casi una capitulación política, eso de perdonar al científico en lugar de castigarlo». Simonov no dijo nada sobre su conversación telefónica con Stalin. «Me quedé allí sentado en silencio, escuchando cómo mis colegas censuraban el liberalismo de Stalin». La obra ganó

el premio.

Simonov estaba habituado a la autocrítica y la autocensura. Escribió muchas cartas a la dirigencia soviética confesando sus errores, y otros tantos relatos que luego guardó en un cajón porque sabía que los censores jamás aprobarían su publicación. En 1973, la escritora alemana Christa Wolf le preguntó si alguna vez había sentido la presión de escribir cosas que sabía que eran políticamente aceptables. Simonov admitió que en su interior siempre había habido un conflicto entre el escritor y el censor, e incluso reconoció haber experimentado repugnancia cuando su cobardía había prevalecido.[851]

Simonov en 1948 (izquierda) y en 1953 (derecha).

En ocasiones, el escritor que había en Simonov se rebelaba contra el censor, y el poeta expresaba su conciencia política. En octubre de 1946, por ejemplo, en el punto culminante de la Zhdanovshchina, Simonov escribió una furibunda carta a Alexei Surkov, el editor de la revista *Ogonyok*, a la que previamente había enviado cierta cantidad de poemas para su publicación. Simonov expresó su profundo desacuerdo, «de sustancia y de principios», con los pequeños cortes y cambios que Surkov había hecho a sus obras, incluyendo la eliminación de nombres de extranjeros (por razones «patrióticas») y de figuras soviéticas que habían caído en

desgracia por razones políticas. Simonov se ofendió particularmente por el recorte de un poema dedicado a su viejo amigo David Ortenberg, quien en 1943 había sido despedido de su cargo de editor de la publicación del Ejército Rojo, *Krasnaia zvezda*, después de haberse negado a cumplir una orden del Kremlin que lo urgía a despedir a varios judíos de su equipo editorial. Ortenberg, con gran valentía, había escrito a la cúpula del Partido para expresar su descontento por «el desenfrenado antisemitismo» que había detectado en algunos sectores militares y en muchas áreas de la retaguardia soviética. «Quiero incluir este poema —insistió Simonov—. Me gusta mucho. Está dedicado a una persona que quiero, y deseo que aparezca tal como lo escribí».[852]

Tal vez Simonov atribuyó más importancia a su poema sobre Ortenberg cuando se vio mezclado en la persecución literaria de los judíos soviéticos. Su conciencia solía atormentarlo, aun cuando él mismo seguía involucrado en las medidas represivas del régimen estalinista, y el conflicto casi lo destruyó como escritor y como hombre. La tensión física y mental provocada por sus responsabilidades políticas se hizo notar en el cambio de su apariencia: en 1948, Simonov, a los treinta y tres años, parecía un hombre joven en la flor de la edad; sólo cinco años más tarde, se lo veía gris y envejecido. Padecía una afección nerviosa en la piel de las manos, y sólo la bebida en grandes cantidades era capaz de calmar sus nervios.[853]

En sus memorias, escritas durante su último año de vida, recuerda un incidente que turbó particularmente su conciencia y lo hizo enfrentarse al hecho de que la tiranía de Stalin dependía de la cobarde complicidad de funcionarios como él mismo. El incidente ocurrió en 1952, en una reunión en el Kremlin para decidir el Premio Stalin. Más o menos se

había acordado conceder el premio a la novela de Stepan Zlobin *Stepan Razin*, pero Malenkov objetó que Zlobin se había comportado mal en la guerra porque se había dejado capturar por los alemanes. De hecho, como todo el mundo sabía, Zlobin se había comportado con extraordinaria valentía: incluso había encabezado un grupo de resistencia combativa en el campo de concentración donde estuvo recluido. Cuando Malenkov terminó su declaración, reinó un mortal silencio. Stalin se puso de pie y empezó a recorrer el recinto, pasando junto a los miembros del Politburó y a los líderes de la Unión de Escritores, y preguntó en voz muy audible: «¿Lo perdonaremos o no?». Finalmente, él mismo respondió a su pregunta: «Lo perdonamos». Todo el mundo había entendido que la suerte de un hombre inocente había sido puesta en la balanza: o ganaba el Premio Stalin o lo mandaban al Gulag. Aunque todos los escritores presentes en esa reunión eran al menos «conocidos» de Zlobin, ninguno de ellos habló en su defensa, ni siquiera cuando Stalin los había invitado a explicarse al respecto. Como explica Simonov: «A nuestros ojos no era tan sólo cuestión de perdonar o no perdonar a un hombre culpable, sino más bien si debíamos hablar en contra de una denuncia» hecha por alguien tan importante como Malenkov, una denuncia que evidentemente Stalin había aceptado como cierta, ya que para él la cuestión era si debía perdonar a un culpable. Considerando retrospectivamente este suceso, Simonov llegó a la conclusión de que Stalin siempre había estado enterado de las acusaciones contra Zlobin, y que él mismo había nominado deliberadamente su libro para el Premio Stalin para así poder escenificar este «jueguecito». Sabiendo que nadie tendría el valor de defender a Zlobin, el propósito de Stalin había sido demostrar que él, y sólo él, decidía el destino de los hombres.[854]

4

La campaña «anticosmopolita» abrió las puertas al antisemitismo en la Unión Soviética. El antisemitismo tenía una larga historia en la Rusia imperial. Después de 1917, siguió existiendo, especialmente en las clases bajas urbanas, cuyo resentimiento contra los comerciantes judíos fue un factor de importancia en el odio popular hacia la NPE, un sentimiento que Stalin había explotado durante su ascenso al poder. La gran indiferencia demostrada por la clase baja durante las purgas de la década de 1930 se originó en parte en la percepción de que los líderes del Partido, que habían sido las principales víctimas del Terror, eran todos «judíos». Pero, en general, antes de la guerra el gobierno soviético hizo serios intentos de dejar claro que el antisemitismo era una reliquia del pasado zarista, y los judíos soviéticos tuvieron un período relativamente tranquilo, sin sufrir discriminación ni hostilidad.

La situación cambió con la ocupación alemana de la Unión Soviética. La propaganda nazi liberó la fuerza latente del antisemitismo en Ucrania y en Bielorrusia, donde una proporción importante de la población no judía apoyó silenciosamente la aniquilación de los judíos y participó colaborando activamente en el arresto de aquellos que fueron ejecutados o deportados a los campos de concentración. Incluso en las remotas regiones orientales de la retaguardia soviética, se produjo una explosión de antisemitismo, a

medida que los soldados y civiles que eran evacuados desde las regiones occidentales de la Unión Soviética llegaban a esas zonas y transmitían el odio generalizado hacia los judíos.[855]

En la posguerra, con la adopción del nacionalismo ruso como ideología dominante del régimen estalinista, los judíos fueron rotulados de «ajenos y extranjeros», y de potenciales «espías» y «enemigos», aliados de Israel y de Estados Unidos. Borshchagovski recuerda la atmósfera de «¡matemos a los judíos!» que se desarrolló bajo el disfraz de la campaña «anticosmopolita»:

> «Sin raíces», «cosmopolita» y «antipatriota» eran palabras útiles para las Centenas Negras [856] (máscaras tras las que se escondía el antiguo término despectivo *yid*). Quitarse la máscara y pronunciar esa vieja y querida palabra era algo muy arriesgado: los miembros de las Centenas Negras eran cobardes, y el antisemitismo estaba severamente castigado por el Código Penal.[857]

El lenguaje de los funcionarios que intensificaron la campaña contra los judíos también estaba enmascarado. Entre 1948 y 1953, decenas de miles de judíos soviéticos fueron arrestados, despedidos de sus empleos, expulsados de sus universidades o desalojados por la fuerza de sus casas, pero nunca les dijeron (ni tampoco se mencionaba en los expedientes y registros burocráticos) que la razón que motivaba esas acciones estaba vinculada a sus orígenes étnicos. Oficialmente, al menos, esa discriminación era ilegal en la Unión Soviética.

Antes de la guerra, la mayoría de los judíos de las ciudades rusas importantes sólo eran parcialmente conscientes de sí mismos como judíos. Provenían de familias que habían dejado atrás la tradicional vida judía de los *shtetl* para adoptar la cultura urbana de la Unión Soviética. Habían cambiado su judaísmo y la etnicidad judía por una nueva identidad basada en los principios del internacionalismo soviético. Se consideraban «ciudadanos soviéticos», y estaban

completamente inmersos en la sociedad soviética, donde habían alcanzado posiciones vedadas a los judíos antes de 1917, aun cuando conservaban sus costumbres, hábitos y creencias judías en la intimidad de sus propios hogares. Las campañas antisemitas de los años de posguerra obligaron a estos judíos a volver a verse como judíos.

La familia Gaister era un caso típico de esos judíos que habían abandonado la Zona de Residencia y habían encontrado un nuevo hogar en la Unión Soviética. Antes de ser arrestado en 1937, Aron Gaister era un miembro de la jerarquía del gobierno soviético, el subcomisario de Agricultura; su esposa, Rajil Kaplan, era economista con un alto cargo en el Comisariado de Industria Pesada. Sus hijas, Inna y Natalia, fueron educadas como ciudadanas soviéticas, inmersas en la cultura universal y en las ideas de la literatura rusa, y eran apenas conscientes de los elementos judíos que aún persistían en su hogar de Moscú, desde la clase de comida que comían, hasta los rituales familiares en las fiestas soviéticas y las historias sobre pogromos que contaba su abuela. En 1944 Inna se inscribió como estudiante en la Facultad de Física de la Universidad de Moscú. Para mantenerse, trabajaba de noche en el laboratorio de uno de sus profesores, y también ayudaba a su madre, quien, tras su liberación del campo de trabajo del ALZhIR, en 1945, se había establecido en Kolchunigo, a unos 100 kilómetros al noreste de Moscú. En 1948, se le negó a la hermana menor de Inna acceso a la Universidad de Moscú. Cuando Inna fue a averiguar el motivo, el secretario del comité del Partido le dijo que leyera las respuestas que su hermana había dado al cuestionario que era prerrequisito para el ingreso, Natalia había puesto «judía» como respuesta al apartado nacionalidad.[858] Fue la primera vez que Inna cobró conciencia de su condición judía, según dice. Un muchacho

ruso con calificaciones más bajas fue admitido en la universidad en vez de Natalia. El joven continuó su carrera hasta convertirse en profesor.

En abril de 1949, Inna fue arrestada mientras defendía su tesis en la universidad. Acusada de «hija de un enemigo del pueblo», fue sentenciada a cinco años de exilio en Kazajstán, donde encontró empleó como maestra en Borovoe, una lúgubre y remota población de la estepa. Dos meses más tarde, también fue arrestada Natalia: la joven no había declarado el arresto de sus padres en el formulario que había completado para ingresar en el Komsomol del Instituto Pedagógico de Moscú, donde había sido aceptada como estudiante en 1948. El hecho de que la joven conservara un retrato de su padre, en vez de renunciar a él, fue considerado por sus inquisidores como admisión de su culpa como «elemento socialmente peligroso». Natalia también fue sentenciada a cinco años de exilio en Kazajstán. Se reunió en Borovoe con Inna y su madre, quien viajó hasta allí para reunirse con ellas.[859]

Vera Bronshtein nació en 1893, en el seno de una familia judía de Ucrania occidental. Se unió a los bolcheviques cuando era estudiante en Odessa, en 1907, y se convirtió en activa integrante de la clandestinidad revolucionaria; participó en la rebelión con la que los bolcheviques llegaron al poder en Moscú, en octubre de 1917. Se casó con un obrero de fábrica ruso, tuvo una hija, Svetlana, nacida en 1926, y luego abandonó a su marido (que resultó ser antisemita) cuando él la amenazó con denunciarla como «trotskista» en 1928. Vera trabajaba en la administración de los Archivos Estatales. Estudió historia en el Instituto de los Profesores Rojos, y continuó su formación hasta convertirse en profesora de historia, transmitiendo los preceptos del *Curso Breve* de

Stalin a los soldados de la Academia Militar Frunze de Moscú, donde enseñó a partir de 1938. Vera y su hija, que salieron indemnes del Gran Terror, gozaron de las comodidades de la élite soviética hasta 1948, cuando fue arrestada debido a la denuncia contra ella presentada por su exmarido. Acusada de «actividades contrarrevolucionarias», fue sentenciada a cinco años en los campos de trabajo de Potma. En esa época, Svetlana era estudiante y activista del Komsomol en la Universidad de Moscú. Amenazada con la expulsión de la universidad, fue presionada para denunciar a otros estudiantes y profesores como «nacionalistas judíos», pero se negó, incapaz de creer en las «conspiraciones sionistas» que difundía la propaganda soviética. Ingenuamente, incluso llegó a escribir a Stalin para quejarse de la discriminación contra los estudiantes judíos en la universidad, un gesto que le costó el arresto en 1952 y una sentencia de diez años en el campo de trabajo de Viatka.[860]

Olga Loputina-Epshtein nació en 1913, en el seno de una familia judía que abandonó la Zona de Residencia de Poltava después de 1917. Se mudó a Leningrado a principios de la década de 1930, cuando se casó con Boris Epshtein, otro judío de la Zona de Residencia, y se convirtió en empleada contable en la fábrica Lenin. Su hijo Mark nació en 1937. Durante la guerra, Olga y su hijo fueron evacuados a Cheliabinsk. Boris murió en acción en el frente bielorruso, en 1944. Olga volvió a casarse y regresó con su nuevo esposo y su hijo Mark a Leningrado en 1945. La ciudad padecía una escasez crónica de vivienda, e incluso con la ayuda del hermano de Olga, que trabajaba en el MVD, sólo lograron encontrar una habitación diminuta en un apartamento comunitario. Entre sus vecinos, que eran mayoritariamente obreros, las actitudes antisemitas eran fuertes, y aparecían con frecuencia durante las discusiones. «El apartamento era un polvorín de odio étnico

siempre a punto de estallar», recuerda Mark.

> Los vecinos, que con frecuencia estaban borrachos, cada vez que tenían algún problema nos insultaban, maldecían y amenazaban, nos decían que deberíamos marcharnos a Palestina, y entonces mi madre le decía a mi padrastro, que era un ruso de pura cepa: «Kolia, ¿por qué no tratas tú con los de tu tribu?». La atmósfera era venenosa. A veces las amenazas eran tan graves, que mi madre iba corriendo a la sede del Partido [en el edificio Smolny, frente al apartamento], pero nunca dieron ningún crédito a sus quejas.

En la escuela, Mark era intimidado por los otros niños, quienes se negaban a sentarse al lado del «sucio yid». Pintaron «Yid» en la puerta del edificio donde él vivía. Olga se quejó muchas a veces a las autoridades de la escuela. Tampoco tenía sentido ir a quejarse al MVD, porque su hermano había sido arrestado, junto con muchos otros funcionarios ludios del MVD, por motivos vinculados al Asunto Leningrado. Olga enfermó debido a la angustia y la ansiedad, y sufrió varios ataques al corazón entre 1949 y 1953, que la convirtieron prácticamente en una inválida. Después de la muerte de su segundo esposo, en 1955, pasó a depender por completo de su hijo. Siguieron viviendo en el mismo apartamento, con los mismos vecinos antisemitas, hasta la muerte de Olga, en 1987. A los sesenta y cinco años, Mark se casó y consiguió otra vivienda.[861]

La campaña antisemita también hizo estragos en la familia Laskin. En 1943, los Laskin habían regresado a Moscú desde Cheliabinsk, donde habían sido evacuados durante la guerra. Samuil y Berta vivían en el apartamento de su hija mayor, Fania, en el Arbat, donde también vivían el hijo de Yenia, Alexei, y su hermana Sonia (Yenia vivía en el apartamento familiar de la plaza Zubov). Samuil volvió al mundo del comercio, aprovisionando de pescado salado a Gastronom, la cadena estatal de tiendas de alimentos. Fania siguió trabajando en la administración de la industria de tractores,

mientras que Sonia empezó a trabajar en la fábrica Stalin, la enorme planta automotriz de Moscú, donde muy pronto ascendió hasta convertirse en directora técnica de aprovisionamiento de metal. Era un empleo importante porque, en los años de posguerra, la fábrica Stalin introdujo nueva tecnología y acero de alto grado para la producción masiva de automóviles y camiones más ligeros. Sonia se entregaba devotamente a su trabajo. Su esposo, Ernst Zaidler, un comunista húngaro que trabajaba para la Comintern, había sido arrestado y fusilado en diciembre de 1937, y no habían tenido hijos. Yenia trabajaba como editora de radio y se arreglaba como podía con Alexei, quien estaba enfermo con frecuencia. No quería pedir ayuda a Simonov, así que sus padres se ocupaban del niño. También colaboraban los padres de Simonov. En 1947, llevaron a Alexei a pasar unas largas vacaciones junto al mar, para ayudarlo a recuperarse de la tuberculosis que padecía.[862]

El propio Simonov tenía poco tiempo para Alexei. Lo veía apenas una o dos veces al año. Su madre, Alexandra, tenía que recordarle que le escribiera para su cumpleaños. En 1952, cuando Alexei cumplió trece años, no recibió telegrama alguno de su padre, quien más tarde le escribió:

> ¡Querido Aliosha!
>
> No me he sentido bien, y no estaba en Moscú, y sólo hoy me doy cuenta de que, por algún malentendido, no enviaron el telegrama que redacté para tu cumpleaños… Tengo fe en tu futuro y espero que con los años te conviertas en un pequeño amigo. Otro año más te acerca a ese estado… Dos veces por semana paso junto al nuevo edificio de la Universidad de Moscú, y siempre pienso que algún día estudiarás allí, y que luego empezarás tu vida laboral… e irás adonde te envíe el Estado. Piensa en eso con alegría, y trabaja con júbilo en el camino hacia la feliz tarea que te espera, a ti y a millones de niños como tú…[863]

Alexei no se sintió herido por el tono formal de la carta: toda la relación con su padre había tenido siempre el mismo tono, y como había tan poca comunicación entre ambos, el

niño atesoraba cada contacto con celo. Las cartas de su padre eran en general mecanografiadas, lo que implicaba que Simonov se las había dictado a una secretaria. De tono pedagógico, se parecían más a las cartas de un funcionario del Partido que a las de un padre a un hijo. Ésta otra fue escrita en el verano de 1948, cuando Alexei tenía ocho años:

> Querido Aliosha:
>
> Recibí tu carta y tu dibujo. En cuanto al dibujo, en mi opinión no es malo, en especial el gallito. Pero no hay de qué enorgullecerse. Recuerda, a tu edad tu padre dibujaba mejor que tú, así que debes trabajar muy duro para ponerte a su altura. Espero que tu promesa de sacar las mejores notas se haga realidad, y no sólo sea algo escrito en un papel. Me alegraría mucho eso.[864]

Alexei recuerda que su padre le decía con frecuencia que los «lazos de sangre» no tenían para él ninguna importancia especial: uno de sus «principios democráticos» era tratar a la familia de la misma manera que a sus colegas y subordinados. Alexei pagó el precio de los principios de su padre. No podía entender por qué su famoso padre, que era tan popular entre todos los demás, tenía tan poco tiempo para él. En las pocas ocasiones en las que su padre iba a buscarlo para salir, Alexei se sentía torpe, había largos silencios, pero Simonov jamás advirtió la incomodidad del niño. En la primavera de 1947, envió a su hijo un traje (chaqueta y pantalones cortos marrones, y una gorra) que había comprado en Estados Unidos. A Alexei no le gustaron los pantalones cortos —los otros niños se reían de él y hasta lo golpeaban cuando los llevaba puestos—, de manera que los metió en un cajón. Unas semanas más tarde, apareció un coche del gobierno ante la casa de la plaza Zubov, para llevar a Alexei a visitar a su padre. El niño no lo había visto en todo un año. Berta, la abuela de Alexei, le dijo que se pusiera el traje marrón para demostrarle a su padre que le gustaba ese regalo. Frente a todos los otros niños, que se habían reunido en el patio para

inspeccionar la limusina, Alexei salió del edificio y entró en el automóvil. Lo condujeron hasta el Grand Hotel, donde Simonov había pagado por un comedor privado para recibir a sus amigos. El niño de siete años fue presentado a la concurrencia, y su padre le pidió que proporcionara un «informe» ante todo el mundo acerca de cómo le había ido ese año en la escuela. Como Simonov estaba enterado del éxito escolar de su hijo, había planeado una sorpresa para el niño: apareció un cocinero vestido de blanco y con un gran gorro: llevaba una «*omelette surprise*» (hecha de helado) sobre una bandeja de plata. Dejaron tranquilo a Alexei con su «omelette» mientras su padre se dedicaba a conversar con sus amigos. Para Alexei, su padre resultaba «todopoderoso y casi mágico». En un momento dado, Simonov se dirigió al niño y le preguntó si le gustaba el traje. Alexei le dio una respuesta amable y educada. Poco después, lo llevaron de regreso a su casa en el coche oficial… «a esperar —recuerda—, el próximo encuentro con mi padre, tal vez un mes más tarde, tal vez seis, según lo atareado que estuviera con su trabajo para el gobierno».[865]

Aparte de su madre, Alexandra, Sonia era la única persona que se atrevía a criticar a Simonov por descuidar a Alexei. En octubre de 1947, Sonia escribió a Simonov. Alexei había estado enfermo y necesitaba alimentos y medicinas que los Laskin no podían sufragar:

> Es muy desagradable tener que recordarte por segunda vez (¿apenas por segunda vez?) tus obligaciones para con tu hijo. Te permites ignorarlo hasta un punto que no deja de asombrarme. Créeme, ni Yenia ni yo recurriríamos a ti si no fuera necesario para tu hijo, pero está mal que Aliosha sufra porque a nosotras nos incomoda pedirte un favor… un sentimiento que nos invade sólo a causa de tu comportamiento hasta ahora. Si las cosas fueran diferentes, te borraría de nuestra vida, haría que tu hijo deje de amar a un padre que ni siquiera puede dedicarle un par de horas.
>
> Ya te he dicho antes estas cosas.[866]





Samuil y Berta, Sonia, Alexei y Yenia, circa 1948.

En mayo de 1950, Sonia fue arrestada y encerrada en reclusión solitaria en la prisión moscovita de Lefortovo, donde fue interrogada en relación con el asunto de la fábrica Stalin, en la que los trabajadores judíos de la planta habían sido acusados de ser espías de Estados Unidos. El origen del asunto se remontaba a 1948, cuando algunos de los trabajadores de la fábrica habían empezado a organizar excursiones al Teatro Judío de Moscú. La fábrica Stalin tenía un gran contingente de trabajadores indios, casi todos ingenieros y administradores, que eran partidarios del CJAF y de la fundación de Israel. Sus actividades culturales eran alentadas por el subdirector de la fábrica, Alexandre Eidinov, quien también ofreció una gira por la fábrica al embajador de Estados Unidos. Eso bastó para que la MGB «fabricara» un «grupo antisoviético de judíos nacionalistas en la fábrica Stalin», que, se alegaba, pasaba secretos industriales a Estados Unidos. La iniciativa de la investigación provino de Nikita Kruschev, el jefe del Partido de Moscú a partir de diciembre de 1949, aunque probablemente estuviera siguiendo instrucciones de Stalin, quien para ese momento ya veía «espías judíos» y «conspiradores» por todas partes. Condenado por una corte militar, Eidinov fue uno de los catorce «líderes» que más tarde fueron fusilados. Más de cien trabajadores judíos de la fábrica, y varios cientos más de

fábricas de toda la Unión Soviética, fueron enviados a diversos campos de trabajo.[867]

Sonia fue sentenciada a veinticinco años de trabajos forzados en los campos de Vorkuta, en el norte. Fania y Yenia ocultaron a Samuil y Berta la duración de la sentencia, diciéndoles que sólo la habían condenado a cinco años, porque temían que la verdad pudiera matarlos. Sonia fue destinada a la fábrica de ladrillos de Vorkuta, donde trabajó con su habitual energía y empeño. Aun en el Gulag se dedicó por entero a la causa de la industria soviética. Sonia fue recompensada con un cargo privilegiado como bibliotecaria del campo de trabajo, pero en sus cartas a casa expresaba con frecuencia su frustración, diciendo que podría haber servido mejor a su país en un cargo jerárquico en la industria que clasificando libros.

El arresto de Sonia se cobró un alto precio en la salud de Samuil. En ausencia de su hija, Samuil parecía aplastado por una inmensa tristeza, según cuenta Fania. Tenía setenta y un años cuando Sonia fue arrestada. Siempre había sido un hombre vivaz, lleno de vida y energía, pero después del arresto de su hija cobró un aspecto envejecido y frágil. Ya no podía trabajar al mismo ritmo que antes. Sin embargo, las tradiciones persistieron. Durante los cinco años siguientes, cada domingo la familia y los amigos se siguieron reuniendo como siempre para las famosas «cenas Laskin», en las que Berta preparaba deliciosos platos judíos y Samuil reunía su parlamento en la cocina. Simonov no asistía nunca, pero sus padres lo hacían con frecuencia. «Eran personas diferentes, de una clase diferente —recuerda Fania—, pero se llevaban bien con nuestros padres, y querían a Yenia y a Alexei». El brindis inaugural era siempre el mismo: «¡Por el regreso!». Si durante la semana había llegado carta de Sonia, la leían en voz alta y

los invitados comentaban sus noticias. Siempre había lágrimas. Todo el mundo enviaba saludos a Sonia, pidiéndole a Yenia que los incluyera en su carta de respuesta.

A principios de la década de 1950, las condiciones reinantes en muchos campos de trabajo habían empezado a mejorar, a medida que las autoridades del Gulag buscaban maneras de lograr que los prisioneros hicieran mayores esfuerzos laborales, y las cartas semanales no eran inusuales en el caso de trabajadoras tan entusiastas como Sonia. Los censores seguían leyendo la correspondencia, pero las reglas eran menos rígidas, y los prisioneros podían escribir a sus familiares de manera más franca y distendida. En ocasiones, a Sonia incluso se le permitía llamar por teléfono a su familia…, oportunidades en que la emoción era muy intensa y nadie podía hablar demasiado. «Mi querida muchacha», escribió Yenia a Sonia después de una de esas llamadas:

> No puedes imaginar la alegría que supuso para todos nosotros, pero especialmente para mamá y papá. Les hace más fácil esperar. Papá temblaba y no pudo decir ni una palaba durante el primer minuto. No puedo explicarte lo felices que están de haber escuchado tu voz… Alexei… ha crecido tanto que no lo reconocerías… estaba muy nervioso mientras hablaba contigo, y por eso su voz te sonó tan rara. Dijo algo tonto sobre afeitarse y se enfadó consigo mismo por eso.

En 1952, Yenia fue a Vorkuta a visitar a Sonia. La autorización de visitas a los prisioneros formaba parte de la distensión del sistema del Gulag. Yenia fue una de las primeras visitantes de Vorkuta. La noche anterior a su partida, pidió a Simonov que fuera a la casa de la plaza Zubov. Alexei escuchó la conversación entre sus padres. Yenia temía que la arrestaran en el campo de trabajo (era un temor muy común de los familiares de los prisioneros) y quería que Simonov le hiciera la solemne promesa de que, si algo le ocurría a ella, él permitiría que su hijo permaneciera con Samuil y Berta hasta que regresara. En general, Yenia era

diplomática en la vida. Tenía una capacidad extraordinaria para entenderse con personas de toda clase, sin juzgarlas, pero en este tema era inflexible, porque para ella era una cuestión de principios: Alexei no debía vivir con Simonov.



Yenia (izquierda) y Sonia en Vorkuta, 1952.

Yenia nunca pidió a Simonov nada para sí misma. En 1951, la habían despedido de su empleo en la radio, como parte de la purga general de los judíos en este medio. Durante largo tiempo, no consiguió trabajo alguno. Se postuló en docenas de revistas y periódicos literarios, y envió artículos con la esperanza de que se los publicaran, pero no recurrió a Simonov. Sin embargo, por Sonia sí estaba dispuesta a hacerlo. En ese momento, gran parte de la energía de Yenia se concentraba en la apelación destinada a conseguir la liberación de Sonia. Envió cartas a todas las autoridades relevantes: al Tribunal Militar que la había sentenciado, al fiscal militar responsable de la revisión de los casos; incluso escribió al editor del *Pravda* con la esperanza de que se hiciera justicia. Finalmente, Yenia recurrió a Simonov. Durante un período de seis meses, se encontró con él en varias oportunidades con la esperanza de conseguir información y

consejo. Simonov se mostró reticente y no quiso involucrarse, tal como Yenia escribió a Sonia:

> No puedes imaginarte cómo ha cambiado Kostia [Simonov]. No queda nada de la persona que conocimos. Durante los últimos años, lo he visto muy poco, y nunca más que unos minutos, quizá por eso me impresiona tanto —como te impresionaría también a ti— su nueva personalidad… No se trata tan sólo de que haya envejecido (todavía es joven), ni de que se haya vuelto más sabio con la experiencia o como resultado de su alto cargo o de su prosperidad. No, se trata de otra cosa más… difícil de definir. Kostia prometió conseguirnos la información que necesitamos.
>
> Me pareció que valía la pena esperar, porque era probable que la información que él consiguiera podía ser fiable, pero todavía no me ha dicho nada. Sin duda está demasiado atareado… Podría haber hecho más, pero —que Dios lo proteja— parece preferir seguir viviendo su vida tranquila y confortable. Simplemente le he perdido todo respeto.

Cabe señalar en defensa de Simonov que probablemente no hubiera podido hacer gran cosa de todos modos, aun cuando hubiera decidido intervenir para favorecer a Sonia. Por cierto, así lo consideró todo el resto de la familia Laskin, que siguió tratándolo con afecto y estima. En Las raras ocasiones en que lo veían, jamás mencionaban el tema de la liberación de Sonia. «Sabíamos que estaba cerca de Stalin y que podría haber hablado con él —explica Fania—, pero ninguno de nosotros mencionó nunca el asunto…, no podíamos permitirnos hacerlo».[868]

En cualquier caso, para entonces Simonov estaba tan involucrado en la campaña estalinista contra los judíos, que se hubiera puesto en mala posición si hubiera intentado hacer algo por los Laskin. Cuando se hizo cargo del periódico literario *Literaturnaia gazeta*, en 1950, el Kremlin le había ordenado que siguiera en esa publicación la misma línea adoptada por el Kremlin con respecto a la campaña «anticosmopolita». El editor anterior había sido demasiado blando, y Stalin confiaba en Simonov para que situara al nuevo periódico en la vanguardia de la lucha del Partido «contra los elementos burgueses ajenos» a la cultura soviética.

Al hacerse cargo como editor, Simonov despidió a once integrantes de la redacción del periódico (todos ellos judíos) por «mala calidad de trabajo y errores políticos». Bajo su control, el periódico publicó regularmente artículos y editoriales cuyo antisemitismo apenas quedaba disfrazado bajo el argumento de «la lucha ideológica» contra el «cosmopolitismo» y el «servilismo hacia Occidente». Tras haber sido un «moderado» en la primera etapa de la campaña anticosmopolita, Simonov, según parece, se estaba convirtiendo en uno de los agentes más radicales. Mantuvo esa posición hasta el final del régimen estalinista. El 24 de marzo de 1953, más de dos semanas después de la muerte de Stalin, Simonov escribió al Comité Central en nombre del Secretariado de la Unión de Escritores, consignando una lista de nombres de escritores judíos que debían ser purgados (como «pesos muertos») de la Unión de Escritores. Incluso más tarde, escribió para insistir en la purga de su antiguo amigo y camarada de guerra Alexandre Krivitski, editor de la sección internacional de *Literaturnaia gazeta*, a causa de «ciertos hechos biográficos», según expresó en su denuncia al Comité Central, hechos que delataban la falta de vigilancia de Krivitski con respecto a los nacionalistas judíos.[869]

Una actitud vigilante era exactamente lo que Simonov intentaba mantener y exhibir. Cada vez más presionado tras una serie de ataques de los antisemitas que, según parecía, tenían el apoyo del Kremlin, Simonov reaccionó como siempre lo había hecho: trató frenéticamente de demostrar su lealtad. La campaña contra Simonov se inició en 1951, con una discusión pública sobre el uso de pseudónimos por parte de los escritores judíos. En una reunión de discusión del Premió Stalin, el propio líder preguntó por qué el escritor Orest Maltsev no usaba su nombre judío (Rovinski), y propuso que todos los que usaran un pseudónimo ruso

deberían incluir en adelante su nombre judío entre paréntesis en todos los formularios oficiales.[870*] Ésa había sido la costumbre oficial durante el período zarista, pero después de 1917 la costumbre se había abandonado ya que se consideraba una actitud antisemita. El uso de pseudónimos fue un tema muy discutido en la prensa soviética a partir de 1949, fecha en la que los radicales de línea dura empezaron a abogar por el retorno del viejo sistema de identificación de los nombres judíos. En febrero de 1951, se publicó en *Komsomolskaia pravda* un artículo de Mijail Bubennov («¿Son aún necesarios los seudónimos literarios?»). Era un artículo malévolo, de carácter descaradamente antisemita, en el que Bubennov se mofaba cruelmente de los escritores judíos por adoptar pseudónimos, y los acusaba de ser «camaleónicos», y de «esconderse de la sociedad». Como editor de *Litcraturnaia gazeta*, Simonov respondió a ese artículo alegando que el uso de pseudónimos era una cuestión privada y citando las leyes de la década de 1920 que concedían a los escritores el derecho a usarlos, firmó su artículo como «Konstantin (Kirill) Simonov». Era un argumento valeroso. *Komsomolskaia pravda* respondió con una defensa de Bubennov hecha nada menos que por Mijail Sholojov, el celebrado escritor de *El Don apacible*. Simonov dudaba de que Sholojov estuviera ofreciendo su verdadera opinión al respecto. Quería llamarlo y preguntarle, en una charla hombre a hombre, a qué clase de presión lo habían sometido, pero luego lo pensó mejor y, en cambio, escribió un segundo artículo en *Literaturnaia gazeta* en el que denunciaba que la campaña de Bubennov y Sholojov era puro «sensacionalismo barato», y dejando en claro que no escribiría ni una palabra más sobre esa controversia.[871]

Sea como sea, miles de personas sí lo hicieron. La controversia provocó un alud de cartas a la prensa. Algunos

escribieron apoyando a Simonov, casi todos judíos, y otros prefirieron permanecer en el anonimato Pero casi todos los corresponsales estaban de acuerdo con Bubennov, ya fuera porque en su opinión no había necesidad de pseudónimos en la Unión Soviética, o porque creían que los judíos tenían algo que ocultar. Muchas de esas cartas eran violentamente antisemitas, y acusaban a Simonov de «actuar como defensor de los judíos».[872]

Para entonces se había iniciado una campaña en contra de Simonov. Se rumoreaba que era judío. Hacia fines de 1952, fue a verlo Alexei Surkov, un miembro importante de la Unión de Escritores y firme opositor de la campaña antisemita. Surkov le dijo que, durante el año anterior, se había involucrado en discusiones con burócratas jerárquicos del Comité Central acerca de una serie de denuncias que alegaban que Simonov era un «judío clandestino». Algunos llegaron a decir que su verdadero nombre era Simanovich, que era hijo de un artesano judío de la finca de la «condesa Obolenskaia», quien lo había adoptado; otros afirmaban que era hijo de un judío converso de San Petersburgo. Todo ellos aludían a su «aspecto judío» y al hecho de que empleaba un pseudónimo (Konstantin en vez de Kirill). La reacción inicial de Simonov fue subestimar todos esos rumores por considerarlos ridículos: su madre era una princesa y no una condesa, y no tenía ninguna finca. Pero la historia de Simanovich se abrió camino hasta culminar en una amenazante denuncia de un veterano miembro del Partido, Vladimir Orlov, quien acusó a Simonov de llenar de judíos la redacción de Literaturnaia gazeta con el propósito de transformar la publicación en «una organización sionista». La amenaza se agigantó en enero de 1953, cuando Surkov volvió a visitar a Simonov y le contó que había ido a verlo el escritor Vladimir Kruzkov, quien afirmaba tener pruebas de la

existencia de un grupo literario de Moscú vinculado con los nacionalistas judíos en toda Europa del Este y en la Unión Soviética: según Kruzkov, el líder de ese grupo era Simonov. Surkov estaba asumiendo un enorme riesgo personal al informar a Simonov, porque Kruzkov le había hecho jurar que no diría una palabra a nadie. «Esos bastardos están hollando el suelo a tu alrededor —le dijo Surkov—. Están cavando tu sepultura».[873]

La campaña antijudía alcanzaba su clímax justo en ese momento. El episodio final fue la absurda Conspiración de los Médicos. Se originó en 1948, cuando Lidia Timashuk, médica del Hospital del Kremlin que también trabajaba para la MGB, escribió a Stalin dos días antes tic la muerte de Zhdanov afirmando que los médicos no habían reconocido la gravedad del paciente. La carta fue ignorada y archivada, pero tres años más tarde, Stalin la usó para acusar a los médicos del Kremlin de haber sido parte de «una conspiración sionista» destinada a asesinar a Zhdanov y al resto de la dirigencia soviética. Ninguno de los médicos que habían tratado a Zhdanov era judío, así que Stalin tuvo que encontrar una manera de relacionar la muerte del dirigente con los sionistas. La invención de la conspiración se basó en una confesión, extraída por la fuerza, del doctor Iakov Etinger, un médico de relevancia, quien había sido arrestado en noviembre de 1950 por expresar ideas antisoviéticas ante amigos y familiares. Etinger confesó que era un nacionalista judío y que gozaba de la protección de Viktor Abakumov, el jefe de la MGB. Tras el arresto de Abakumov, en julio de 1951, cientos de médicos y funcionarios de la MGB fueron arrestados y torturados para arrancarles confesiones, ya que Stalin inventó una enorme conspiración internacional que relacionaba a judíos soviéticos de la profesión médica, la organización del Partido de Lenin — grado, la MGB y el Ejército Rojo con Israel y Estados

Unidos. El país parecía haber regresado al clima de 1937, con los judíos en el papel de «enemigos del pueblo». En diciembre de 1952, Stalin dijo en una reunión del Comité Central que «cada judío es potencialmente un espía de Estados Unidos», convirtiendo de esa manera a todo el pueblo judío en blanco de su terror. Miles de judíos fueron arrestados, expulsados de sus empleos y de sus hogares, y deportados como «parásitos sin raíces» de las principales ciudades a regiones remotas de la Unión Soviética. Stalin ordenó la construcción de un vasto conjunto de nuevos campos de trabajo en el este, donde serían enviados todos los judíos. En toda la Unión Soviética la gente maldecía a los judíos. Los pacientes se negaban a ser atendidos por médicos judíos, que fueron perseguidos y se les impidió ejercer su profesión y, en muchos casos, fueron obligados a trabajar de obreros. Se difundieron rumores de que los médicos mataban a los bebés en los hospitales. La gente escribió a los periódicos solicitando a las autoridades soviéticas que «eliminaran» a los «parásitos», que los «exiliaran de las grandes ciudades, donde hay tantos de esos cerdos».[874]

Y en medio de esa histeria colectiva, murió Stalin.

5

El autócrata había sufrido un ataque y estuvo inconsciente durante cinco días antes de morir, el 5 de marzo de 1953. Se podría haber salvado si los médicos lo hubieran atendido el primer día, pero, en medio del pánico producido por la Conspiración de los Médicos, ninguno de los miembros del círculo íntimo de Stalin se atrevió a tomar la iniciativa. El propio médico de Stalin fue torturado por decir que el líder debería descansar. Si Stalin despertaba de su coma para encontrarse con que había médicos en torno de su lecho, podría considerar eso como una deslealtad.[875] Es una ironía muy adecuada que la muerte de Stalin se acelerara gracias a sus actitudes políticas.

La noche de su muerte, Simonov estaba en el Kremlin, en una reunión general de la cúpula del Partido: trescientos miembros del Soviet Supremo y del Comité Central. Todo el mundo era consciente de la grave situación, y casi todos los delegados se habían presentado temprano en la sala Sverdlov. «Todos nos conocíamos bien —recuerda Simonov—, nos reconocíamos mutuamente y nos habíamos encontrado muchas veces en el transcurso de nuestro trabajo».

> Estábamos allí sentados, hombro con hombro, nos mirábamos, pero nadie decía una sola palabra. Nadie le preguntaba nada a nadie. Me parece que nadie sentía siquiera la necesidad de hablar. Hasta el principio [de la sesión] reinó tal silencio en la sala que, si no hubiera estado sentado allí durante cuarenta minutos, no podría haber creído que era posible que trescientas personas pudieran estar sentadas tan próximas unas de las otras sin proferir una sola sílaba.

Finalmente, llegaron los miembros del Presidium [876*] y anunciaron que Stalin agonizaba. Simonov tuvo la fuerte impresión de que, con excepción de Molotov, todos los otros miembros de ese círculo íntimo experimentaron cierto alivio ante la noticia: era algo visible en sus rostros y audible en sus voces.[877]



El cuerpo de Stalin en la capilla ardiente.

Desde el Kremlin, Simonov se dirigió hacia las oficinas del *Pravda*, donde se encontraba junto al editor cuando llegó la llamada anunciando la muerte de Stalin. Aunque él la había estado esperando, la noticia le conmocionó. «Algo se estremeció en mi interior —recuerda Simonov—. Una parte de mi vida había llegado a su fin. Empezaba algo nuevo y desconocido». En ese momento, sintió una súbita necesidad de registrar sus ideas por medio de la poesía: no sabía si podría escribir, pero al mismo tiempo estaba seguro de que no podría hacer otra cosa.

> Escribí los primeros dos versos y de repente, de forma inesperada, rompí a llorar. Podría negarlo ahora, porque no me gustan las lágrimas, ni las mías ni las de nadie, pero sólo esas lágrimas expresaban adecuadamente la conmoción que había experimentado. No lloraba por dolor, ni por compasión hacia el muerto: no eran lágrimas sentimentales,

> eran las lágrimas que son consecuencia de un shock. Se había producido una revolución, y su impacto era tan enorme que debía expresarse por algún medio físico, en este caso por medio del llanto convulsivo que se apoderó de mí durante varios minutos.

Más tarde, al hablar con sus colegas escritores, Simonov descubrió que todos habían experimentado la misma emoción. Muchos siguieron su ejemplo, poniendo por escrito sentidos panegíricos sobre la muerte de Stalin. El sentimiento de consternación y dolor, según parece, afectó a personas que habían vivido el reinado de Stalin de maneras muy diferentes. La noche después de que Stalin muriera, Simonov escribió:

> No hay palabras para transmitir
> el insoportable dolor y pesar,
> no hay palabras que describan
> ¡cómo lloramos por ti, camarada Stalin!

Tvardovski, el hijo de *kulaks* que había renunciado a su familia en la década de 1930, escribió:

> En esta hora de gran dolor
> no encuentro las palabras
> que expresen plenamente
> la gran pérdida del pueblo…

Incluso Olga Berggolts, quien pasó dos años en prisión durante el Gran Terror, escribió un sentido poema en honor de su torturador:

> Sangra el corazón…
> por nuestro más amado…
> Acunándote en sus brazos,
> la nación llora por ti. [878]

La muerte de Stalin fue anunciada públicamente el 6 de marzo. Hasta el funeral, que se realizó tres días más tarde, su cuerpo fue velado en el salón de las Columnas, cerca de la Plaza Roja. Enormes multitudes desfilaron para tributarle sus respetos. La capital se colmó de agresivas turbas de dolientes que habían viajado a Moscú desde todos los rincones de la Unión Soviética: cientos de personas murieron aplastadas por

la multitud.

Simonov se contaba entre los elegidos para montar guardia junto al cadáver de Stalin. Tuvo una oportunidad única para observar las reacciones de la gente de a pie que desfilaba ante el féretro. El 16 de marzo hizo la siguiente anotación en su diario:

> No sé cómo ofrecer una descripción certera de la escena… ni siquiera sé cómo ponerla en palabras. No todo el mundo lloraba, no todos sollozaban, pero de alguna manera todos manifestaban una profunda emoción. Pude percibir en cada persona que pasaba una suerte de convulsión espiritual en el momento en que veían a Stalin en su ataúd. [879]

Esta «convulsión espiritual» se sintió en toda la Unión Soviética. Mark Laskin, que no tenía ningún motivo para amar a Stalin, rompió a llorar cuando se enteró de la noticia. Sorprendido por su propia reacción emocional, pensó que seguramente tenía que ver con el devastador papel emocional que Stalin había desempeñado en su vida:

> Había pasado toda mi vida adulta a la sombra de Stalin [tenía dieciséis años cuando murió Lenin en 1924], y todas mis ideas se habían formado a partir de la presencia de Stalin. Esperaba sus palabras. Todas mis preguntas estaban dirigidas a él, y él me daba todas las respuestas, de manera lacónica, precisa, sin dejar lugar a dudas.[880]

Para la gente de la edad de Laskin, o más joven, Stalin era el punto de referencia moral. El dolor que sentían era una reacción natural a la desorientación que inevitablemente les provocaba su muerte, fuera cual fuera la experiencia que habían tenido durante el reinado del déspota.

Algunas víctimas del Terror incluso sintieron verdadero dolor ante la muerte de Stalin. Cuando Zinaida Bushueva se enteró de la noticia, rompió en llanto, a pesar de que su esposo había sido arrestado en 1937, y de que ella había pasado los mejores años de su vida en el campo de trabajo del ALZhIR. Su hija Angelina recuerda el momento en que su madre regresó a casa aquel día:

> Todas lloraban: mi madre, mi hermana y mi abuela. Mi abuela dijo que hubiera sido mejor que ella misma muriera y no él. Ella era cuatro años mayor que Stalin. Lo amaba. Le escribía con frecuencia. Creía que había sido él quien le había permitido escribir a su hija [al campo de trabajo] para poder así reunir a la familia… «Sería mejor que yo me hubiera muerto y él siguiera vivo», repetía una y otra vez mi abuela. No la contradije… yo también amaba a Stalin. Pero hoy [en 2003] le diría: «Abuelita, ¿qué es lo que estás diciendo?». Ella misma había sufrido tanto. Habían arrestado a su hija. Habían mandado a sus nietos al orfanato. Habían fusilado a su yerno. Incluso su propio esposo había sido perseguido por el simple hecho de ser sacerdote… Sin embargo, estaba dispuesta a ofrecer su vida por salvar a Stalin.

Para aquellos que pertenecían a las generaciones anteriores, cuyas ideas se habían formado en un período muy distinto, es probable que la muerte de Stalin fuera causa de regocijo.

Svetlana Sbitneva nació en 1937, en Barnaul, en la región de Altai, en Siberia. Su padre fue arrestado antes de que ella naciera y fue fusilado en 1938. Su madre provenía de Omsk, donde su familia había actuado activamente en el movimiento democrático social antes de 1917. Dieciséis familiares de su madre fueron arrestados durante el Gran Terror: todos ellos, salvo uno, la abuela de Svetlana, murieron, ya fuera fusilados por los bolcheviques o en los campos de trabajo. A Svetlana le dijeron muy poco acerca de su familia. Creció para convertirse en una escolar soviética modelo y, como todas las escolares, adoraba a Stalin. El día que se anunció la muerte del líder, ella volvió a casa de la escuela con cintas negras en el cabello: en su escuela había habido una ceremonia de duelo —los niños habían decorado el retrato de Stalin con hojas de palma y lirios blancos—, y eso la había dejado profundamente conmovida. «Todos llorábamos —recuerda—. Creíamos que era el fin del mundo». En cuanto regresó a casa, Svetlana subió a la terraza, donde acostumbraba a ir siempre que deseaba estar sola. Allí se encontró con su abuela:

> Estaba allí, llorando silenciosamente y persignándose, como yo nunca la había visto antes. Advirtió que yo había estado llorando y me dijo: «No

> te preocupes, querida, estoy llorando de felicidad. Porque él mató a mi familia: a mis hijos, a mis hermanos, a mi esposo, a mi padre… Stalin los mató a todos, dejándonos con vida tan sólo a mí y a tu madre». Esa fue la primera vez que me contaban eso. Y después, las dos nos sentamos juntas y lloramos, de pena y de alegría.

Para la gran mayoría del pueblo soviético, independientemente de lo que pudiera significar la muerte de Stalin, su desaparición no representó una liberación del miedo. De hecho, es probable que en realidad implicara para ellos un miedo aún mayor: no sabían qué ocurriría a continuación. Nadezhda Mandelstam recuerda una conversación con su modista, una de las pocas personas con las que compartía sus sentimientos, mantenida poco después de la muerte de Stalin:

> «¿Por qué estás gimiendo? —le pregunté—. ¿Qué significaba él para ti?» Ella me explicó que la gente de alguna manera había aprendido a vivir con él, pero ¿quién sabía lo que ocurriría ahora que él ya no estaba? Las cosas tal vez se pusieran peor… No era una idea descabellada.

Boris Drozdov estaba viviendo con sus padres en Magadán después de la liberación de su padre (uno de los asociados a Berzin) de un campo de concentración en 1951. «Todo el mundo estaba asustado cuando murió Stalin —recuerda Boris —. Mi padre tenía miedo. La gente temía que Beria asumiera el poder, y eso los asustaba. El sistema del Gulag se asociaba con Beria y el MVD, no con Stalin, de quien mucha gente creía que ni siquiera había sabido la verdad sobre los campos de trabajo».

La madre de Vera Bragin idolatraba a Stalin, aun cuando había sido exiliada como *kulak* y su esposo había sido incorporado al ejército obrero, donde había muerto en 1944. «Cuando Stalin murió, mi madre no se deshizo de su retrato —recuerda Vera—. Lo mantuvo en la pared, junto al retrato de mi padre». En una reunión de la aldea:

> «todos lloraban… La gente asociaba a Stalin con nuestra victoria en la guerra, con la bajada de los precios y el final del racionamiento. Creían

que la vida lentamente había empezado a mejorar, y que ahora todo se pondría peor».

Mucha gente que vivía en zonas rurales experimentaba ansiedades similares. «Las cosas habían sido muy duras para nosotros durante la guerra, pero luego, en los últimos años [antes de la muerte de Stalin], la vida había mejorado un poco», recuerda la hija de *kulaks* Klaudia Rubliova, quien también pasó los años de la guerra incorporada al ejército laboral, y después trabajó en un *koljoz* cerca de Krasnoiarsk. «Cuando Stalin murió, no sabíamos qué ocurriría, y la gente tenía miedo».

El temor de que la muerte de Stalin produjera una nueva oleada de arrestos masivos perturbó a muchas familias, especialmente a las que habían perdido algún familiar durante el Terror.

> La reacción general de mi familia era: «¿Qué ocurrirá ahora?». Teníamos miedo del gobierno, no sabíamos qué podíamos esperar, y nos asustaba que se tomaran represalias por la muerte de Stalin ordenando nuevos arrestos.

El miedo sólo se aplacó cuando se reveló públicamente que la Conspiración de los Médicos había sido una invención del gobierno. La decisión de revelar la verdad sobre la Conspiración de los Médicos surgió, al parecer, de Beria —un crítico de las campañas antisemitas y una víctima potencial de la purga de la MGB que se emprendería con la excusa de la Conspiración—, quien asumió el control del «liderazgo colectivo» que se hizo cargo del poder el 5 de marzo. A pesar de su cargo anterior en la policía de seguridad, que lo convirtió en un personaje muy temido por la población, Beria era una especie de reformista político.



Ceremonia de duelo en la fábrica de tanques Gorki de Kiev (6 de marzo de 1953).

Quería desmantelar el sistema del Gulag («sobre la base de su ineficacia económica»), acabar con el empleo de la tortura en la policía soviética, revertir la sovietización de Ucrania occidental, las tierras bálticas y Alemania del Este y librar al país del culto a Stalin…, un programa que, según creía, contribuiría a lograr el apoyo social generalizado a su propia autocracia. El 4 de abril, Beria canceló la investigación de la Conspiración de los Médicos. El *Pravda* anunció que las personas responsables de la «incorrecta conducción de la investigación» habían sido arrestadas y «acusadas de responsabilidad criminal». La opinión pública se dividió. A juzgar por una muestra de cartas de trabajadores dirigidas al *Pravda*, mucha gente seguía creyendo que había «escurridizos enemigos» en los entresijos del poder, y que la rehabilitación de los médicos era en sí misma un signo de la «influencia judía» en las más altas esferas del gobierno («sin el camarada Stalin, nuestro gobierno se ha arrodillado ante los judíos», etc.). Pero otros se mostraron indignados ante lo que resultaron ser infames calumnias contra los médicos judíos y exigieron explicaciones por los injustos arrestos.[881]

Para la familia Torchinski, el final de la Conspiración de los

Médicos fue un alivio enorme. Lo consideraron una demostración fehaciente de que todas las «conspiraciones» de «enemigos» eran invenciones del Estado y que ya no debían temer una nueva oleada de arrestos. Libres ya del temor, la confianza de Elga creció y empezó a hablar abiertamente contra las personas que la habían amenazado e intimidado. Trabajaba como asistente en el Museo Etnográfico de Leningrado. Una de sus colegas, una ardiente estalinista y «terrible antisemita» llamada Maria Nesterova, había prestado franco apoyo a la campaña «anticosmopolita» redactando docenas de denuncias contra los empleados judíos del museo, algunos de los cuales fueron despedidos. Durante la histeria colectiva de la Conspiración de los Médicos, Nesterova fue aún más atrevida en sus denuncias contra los judíos, por ejemplo diciéndole a todo el mundo que los bebés que eran traídos al mundo por médicos judíos nacían azules porque éstos les habían chupado la sangre. Elga sabía que era inútil discutir con Nesterova, quien obviamente la aborrecía. Además, tenía miedo de perder su empleo, así que permaneció callada y se replegó en sí misma. Pero después de la revelación sobre la falsedad de Conspiración de los Médicos, Elga decidió enfrentarse a ella:

> Le dije que ella no sabía de qué estaba hablando, y que todo lo que decía lo había oído en las colas callejeras para conseguir alimentos… Maria empezó a amenazarme: «¿Sabes lo que puedo hacerte?
>
> ¡Será mejor que te calles la boca!». Y entonces no sé de dónde saqué el valor para responderle: «Por favor, deja de amenazarme, ya no te tengo miedo».[882]

Los que se alegraron ele la muerte de Stalin casi siempre eran demasiado cautelosos como para demostrarlo en público. Zinaida Belikova, empleada de una fábrica en Krasnodar, recuerda que gran parte de la élite intelectual de la ciudad, médicos, maestros, incluso funcionarios del Partido, no podía casi ocultar su entusiasmo cuando se anunció la

muerte de Stalin. «Las ceremonias de duelo en Krasnodar eran casi una fiesta. Todos ponían una cara sombría, pero había una chispa en sus ojos, un esbozo de sonrisa detrás de su saludo, que revelaba claramente que se sentían complacidos».[883]

Cuando los Gaister se enteraron de la noticia, aún vivían en el exilio en Kazajstán, esperando que volvieran a arrestarlos en cualquier momento a causa de la Conspiración de los Médicos. El 6 de marzo, Kajil, la madre de Inna, regresó a casa de la tienda con un kilo de azúcar. Nunca había habido azúcar en la tienda, pero por alguna razón ese día sí tenían. Comprar azúcar podía considerarse un gesto celebratorio. Pero a Rajil le pareció que no había nada malo en aprovechar su buena suerte y comprarlo. Cuando les mostró a sus hijas que había traído azúcar, ellas se aterrorizaron. «Nos lanzamos contra la pobre mamá, y nos pusimos histéricas —recuerda Inna—. ¿Cómo se le ocurría comprar azúcar en un día como ése? ¿Qué pensarían de nosotras? ¡Pobre mamá! Id miedo nos había despojado de toda cordura».[884]

El único lugar en el que la noticia de la muerte de Stalin fue recibida con indisimulable regocijo fue en los campos de trabajo y colonias del Gulag. Hubo, por supuesto, algunas excepciones: campos en los que la vigilancia de las autoridades o la presencia de informantes impedía a los prisioneros manifestar abiertamente su júbilo, pero en general la noticia de la muerte de Stalin fue recibida con espontáneas explosiones de alegría. El 6 de marzo, en el campo de trabajo Inta, Iuri Dunski y Valeri Frid se reunieron con su amigo, el poeta Smeliakov, para organizar una fiesta de medianoche. No pudieron conseguir nada de alcohol (todo el mundo quería beber ese día), así que compraron una bolsa de dulces y se los comieron «todos de una vez… como si fuéramos

niños invitados a tomar el té». En el campo de trabajo de Viatka, Vera Bronshtein y sus camaradas dejaron sus herramientas y se pusieron a cantar y bailar cuando se enteraron de la noticia: «¡Nos vamos a casa! ¡Nos vamos a casa!». Entre los prisioneros se suponía generalizadamente que con la muerte de Stalin los liberarían. Las esperanzas y las expectativas eran enormes. Cuando Olga Adamova—Sliuzberg se enteró de la noticia, vivía exiliada en Karaganda (Kazajstán). Cubriéndose el rostro para que sus compañeros de trabajo no advirtieran el júbilo que la embargaba, empezó a temblar a causa de la excitación nerviosa: «Es ahora o nunca. Todo debe cambiar. Ahora o nunca».[885]

En varios campos de trabajo, las expectativas eran tan altas que, cuando los prisioneros no fueron liberados tras la muerte de Stalin, se produjeron protestas y sublevaciones masivas. Durante la primavera y el principio del verano de 1953, estallaron huelgas y protestas furibundas en los campos de trabajo de Norilsk y de Vorkuta, seguidas de protestas menos masivas en muchos otros campos de trabajo.[886] Estas «rebeliones de esclavos» fueron un hito importante, no sólo porque contribuyeron a lograr la abolición del sistema del Gulag, que ya era cuestionado por el liderazgo soviético, sino porque fueron las primeras protestas a gran escala contra la tiranía del régimen estalinista.

La sublevación de Norilsk fue la más grande de la historia del Gulag. Involucró a casi veinte mil prisioneros de seis zonas del campo de la prisión de Gorlag, en el complejo minero e industrial de Norilsk, donde el régimen de trabajo era particularmente severo y penoso. Casi todos los prisioneros de Gorlag eran exsoldados del Ejército Rojo, prisioneros de guerra extranjeros y nacionalistas ucranianos y del Báltico, muchos de los cuales cumplían sentencias de

veinticinco años por su participación en movimientos de resistencia contra las fuerzas soviéticas entre 1943 y 1945. Eran hostiles al régimen estalinista, estaban bien preparados y dispuestos a luchar, y no tenían demasiado que perder. Durante el otoño de 1952, se había transferido un gran contingente de prisioneros a Gorlag por su participación en un levantamiento armado en los campos de trabajo de Karaganda. La influencia de estos rebeldes ejerció un efecto radical sobre la atmósfera política reinante en el campo de Norilsk. Brotaron como maleza «comités de huelga» *ad hoc* en todas las zonas de Gorlag. En la cuarta zona, donde estaba preso Lev Netto, existía incluso un club secreto de lectura y discusión llamado el «Partido Demócrata» (también conocido como «Verdaderos Leninistas»). Allí los prisioneros estudiaban las ideas de Lenin sobre la clandestinidad revolucionaria, usándolas como modelo e imitándolas para organizarse militarmente.

La muerte de Stalin aumentó sus esperanzas de ser liberados. Pero cuando Beria declaró una amnistía el 27 de marzo, ésta sólo fue para los prisioneros cuyas sentencias fueran inferiores a los cinco años (principalmente delincuentes comunes). Las condiciones empeoraron aún más en Gorlag. Se alargó la jornada laboral, se obligó a los prisioneros a trabajar en medio de la escarcha y la helada, y las raciones se redujeron al mínimo. Los guardias empezaron a tratar a los prisioneros con calculada crueldad. Alentaban a los prisioneros comunes que quedaban para que discutieran con los «políticos», y después reprimían a estos últimos con brutal violencia. Más de veinte «políticos» fueron asesinados por los guardias entre los meses de marzo y mayo. Como en otros campos en los que se produjeron rebeliones, las provocaciones de los guardias sin duda tenían como objetivo preservar el sistema del Gulag. Beria había dicho claramente

que se proponía desmantelarlo, liberando a todos los prisioneros salvo a los criminales más peligrosos, de manera que a menos que se demostrara que la liberación de los «políticos» implicaba un peligro para la sociedad, decenas de miles de guardias y administradores del Gulag se quedarían sin empleo.

Los prisioneros que formaban parte de los comités de huelga y de los círculos de conspiradores de Gorlag no estaban de acuerdo con respecto a qué debían hacer. Algunos estaban a favor de una sublevación, pero otros creían que cualquier rebelión estaba condenada al fracaso. Decidieron armarse para defenderse. «Hicimos cuchillos con restos de acero», recuerda Netto, quien organizó toda la fabricación clandestina en uno de los talleres. No había planes para una sublevación, pero en esa atmósfera de intensa tensión sólo era cuestión de tiempo que alguna nueva provocación hiciera estallar una rebelión.[887]

Para Lev Netto, estos acontecimientos eran la culminación de un largo proceso de despertar político que se inició en 1944, cuando fue enviado detrás de las líneas alemanas para organizar a los partisanos en Estonia. Nacido en una familia estonia de Moscú, Lev siempre se había considerado un ruso soviético de origen estonio, y definía su misión en términos de patriotismo, pero lo que pudo ver en la tierra natal de sus padres (donde el Ejército Rojo se dedicaba al saqueo, la violación y el incendio de aldeas) le hizo empezar a dudar de la idea de que las fuerzas soviéticas fueran «liberadoras» de Estonia. La población local llamaba a las fuerzas soviéticas los «bandidos estalinistas», y él mismo no pudo evitar coincidir con esa descripción.

Capturado por los alemanes, fue recluido en un campo de prisioneros con otros miles de soldados soviéticos. Ése

también fue para él un momento de despertar, porque siempre había creído, según lo que afirmaba la propaganda soviética, que no había prisioneros de guerra soviéticos, sino tan sólo desertores. Pero en ese campo, recuerda, había:

> miles de hombres comunes, como yo, que eran carne de cañón del régimen soviético… Empecé a sentir una suerte de repugnancia hacia Stalin y el sistema soviético, que tanto me había engañado y que nos trataba [a los soldados] como infrahumanos.

Más tarde, en la primavera de 1945, cuando se encontraba en un campo regido por las fuerzas estadounidenses, Lev pudo contrastar el sistema soviético con la actitud de los estadounidenses:

> Siempre que los estadounidenses regresaban de alguna operación, entregaban sus armas. Al día siguiente, recibían un arma diferente. Pero [en el ejército soviético] cada hombre era responsable de su arma y, si la perdía, lo llevaban a rastras ante un tribunal, que lo condenaba a prisión o incluso a ser fusilado. Los estadounidenses asignaban mayor valor al individuo. Entre nosotros, un individuo no contaba para nada.

A su regreso a la Unión Soviética, Lev fue enviado a un campo de filtrado y, finalmente, readmitido en el Ejército Rojo. En 1948, fue arrestado como «espía extranjero» y enviado a Norilsk. Allí conoció a Fiodor Smirnov, el líder del Partido Demócrata, quien lo alentó a considerar al régimen estalinista como una desviación de los principios marxistas. El Partido Demócrata estaba estructurado sobre la base de vínculos informales de confianza y camaradería.[888*] Como los informantes representaban un peligro permanente, nada se consignaba por escrito, y todos los que se entraban en el grupo lo hacían tan sólo por medio de la recomendación personal de un miembro, quien era responsable del nuevo partidario. En este entorno, los prisioneros como Lev podían desarrollar y expresar su propia identidad política.[889]

La rebelión se inició el 25 de mayo. Algunos guardias habían disparado contra una fila de prisioneros que se dirigían hacia sus puestos de trabajo. Una huelga de protesta

se extendió rápidamente por todo el campo de Gorlag, incluyendo la sección femenina, aunque el bastión y núcleo de irradiación se asentó en las zonas cuarta y quinta, donde los prisioneros (ucranianos occidentales, polacos y bálticos) eran militantes y estaban más organizados. Estaban armados con hachas, cuchillos y picos, pero su arma más poderosa era una huelga de hambre destinada a presionar a las autoridades del campo de trabajo. «Nuestro eslogan era "Libertad o muerte" —recuerda Netto—. Queríamos que nos liberaran, y estábamos decididos a luchar por nuestra libertad hasta la muerte. Pensábamos que era mejor morir luchando que seguir trabajando y viviendo de esa manera inhumana». Había llegado el momento de que los esclavos de Stalin demostraran que eran ciudadanos. Los insurgentes se encerraron en sus barracas e izaron banderas negras como símbolo de su protesta contra el arbitrario asesinato de sus camaradas. Cada zona tenía su propio líder huelguista, pero rápidamente se organizó un comité de huelga general para comunicar a las autoridades las condiciones exigidas. Netto cumplía la función de mensajero y coordinador entre las diversas zonas, una tarea peligrosa porque corría el riesgo de que le dispararan cada vez que pasaba de una zona a otra.[890]

Todas las exigencias de los huelguistas tenían que ver con el respecto y la dignidad. A pesar de su eslogan apocalíptico, las demandas de los huelguistas eran relativamente moderadas y para nada antisoviéticas.[891] Querían que los guardias los llamaran por sus nombres, no por el número inscrito en sus uniformes carcelarios, número que, según exigían, debía ser eliminado. Querían ventanas sin rejas en los barracones. Querían que acabaran los castigos físicos infligidos por los guardias, y exigían castigo para los guardias que habían matado prisioneros. Querían una jornada laboral normal, de diez horas, en vez de los turnos de catorce horas

que debían cumplir la mayoría de los reclusos. Pedían la posibilidad de escribir cuando quisieran a sus familiares, en vez de apenas dos veces por año. El comité de huelguistas se negaba a negociar con las autoridades de Norilsk y exigió conversaciones con el gobierno de Moscú, conscientes de que los jefes locales no podrían hacer concesiones sin la autorización de Moscú. Pocos días más tarde, el 5 de junio, Beria envió a uno de sus altos funcionarios para mantener conversaciones con los cabecillas de la huelga. Se trataba de algo sin precedentes: nunca antes el Kremlin había respondido a las demandas de los prisioneros con otra cosa que no fuera una brutal violencia. El emisario de Beria prometió transmitir al gobierno las demandas de los huelguistas. Pero les rogó que reanudaran su trabajo, que, según les dijo, era muy valioso y de gran importancia para todo el país. Era un ardid muy eficaz, porque los huelguistas anhelaban, más que nada, que se reconocieran sus esfuerzos. En palabras de Netto:

> Habíamos hecho enormes sacrificios para abastecer al país de níquel, estábamos orgullosos de nuestro trabajo, y cuando escuchamos esas palabras de gratitud —y nada menos que de boca de un representante de Beria— fue para nosotros como recibir alimento espiritual. Nos levantó el ánimo y nos predispuso a continuar. Estábamos dispuestos a hacer mayores sacrificios, si por lo menos nos trataban como a seres humanos, si por los menos nos hablaban como a seres humanos.[892]

Entre los rebeldes surgieron divisiones: había quienes querían seguir adelante con la huelga y otros que preferían volver al trabajo con la esperanza de arrancar concesiones a Moscú por medio de una actitud cooperativa. En realidad, los combativos no tenían ninguna posibilidad real de resistirse, por no hablar de lograr una victoria: estaban aislados en la zona carcelaria, rodeada de soldados, y tenían un apoyo mínimo entre el resto de los prisioneros de Norilsk. Por lo tanto, cuando el fiscal general de Norilsk se dirigió a los

huelguistas por los altavoces, pidiéndoles que se dispersaran y prometiéndoles que no serían castigados, la mayoría de los prisioneros obedeció. Los guardias del campo de trabajo los dividieron en grupos. Se llevaron a los cabecillas de cada grupo, y al resto se le permitió regresar a sus barracones. Unos pocos miles de huelguistas resistieron. En la sexta zona, el 7 de julio, mil mujeres formaron un círculo humano de cuatro filas de espesor alrededor de una bandera negra y empezaron a gritar y a silbar cuando los soldados intentaron dispersarlas por la fuerza; el estrepitoso alboroto no cesó durante cinco horas, y sólo lograron acallarlas arrojándoles agua con las mangueras a presión. En la quinta zona, mil cuatrocientos prisioneros se negaron a volver a sus barracones y se enzarzaron en una batalla campal con los soldados, que abrieron fuego contra ellos y mataron a veinte prisioneros. Según los informes, la resistencia más encarnizada se produjo en la tercera zona, donde varios cientos de huelguistas se encerraron en los barracones y ofrecieron resistencia a los soldados hasta el 10 de julio. El inesperado líder de estos rebeldes fue Semion Golovko, el joven cosaco del norte del Cáucaso, quien de repente encontró en su interior el coraje necesario para encabezar esta lucha desesperada. «No me había dado cuenta de que era capaz de hacerlo —recuerda—. Al principio, cuando los soldados aporreaban las puertas y nos amenazaban diciendo que dispararían contra nosotros, me asusté mucho. No dejaba de rezar el padrenuestro. Pero una vez asumí el mando, dejé de sentir miedo». Se estima que alrededor de quinientos prisioneros resultaron muertos, y doscientos setenta fueron heridos antes de que los soldados pudieran vencer la resistencia y apoderarse del campo.[893]

Las huelgas fueron reprimidas, pero ya nunca se logró someter por completo a los prisioneros de los campos de

trabajo. La exigencia de dignidad humana planteada por los prisioneros fue, en última instancia, irreprimible. Las pequeñas huelgas y protestas se sucedieron durante 1953 y 1954, hasta que finalmente el régimen reconoció que no podía seguir adelante con el sistema del Gulag, y empezó a liberar a los prisioneros.

Capítulo 8

Regreso (1953-1956)

1

Después de prolongadas dilaciones, finalmente Sonia Laskina regresó de Vorkuta en noviembre de 1955. Toda la familia Laskin esperaba en la estación Iaroslav para recibir el tren que la traía de regreso. Aparte de su hermana Yenia, que había ido a visitarla al campo de trabajo, ninguno de sus otros familiares había visto a Sonia durante los últimos cinco años. Finalmente llegó el tren, y Sonia apareció en medio de la multitud de pasajeros al bajar de su vagón. Se la veía muy pálida, consumida y delgada. Avanzó hacia su familia. Al llegar ante Samuil y Berta, dejó caer sus maletas, cayó de rodillas en el andén y suplicó a sus padres que la perdonaran por toda la desdicha que les había causado.

Al igual que muchas otras personas que regresaban de los campos de trabajo de Stalin, Sonia estaba consumida por la culpa; se sentía responsable del dolor que su arresto había causado a su familia. En Vorkuta se había privado de alimento para poder enviar dinero a casa, y había adelgazado de manera peligrosa. Tras su regreso, sólo vivía para su familia. A los cuarenta y cuatro años, sin esposo o hijos propios, se dedicó por entero al bienestar de sus padres y a los hijos de sus dos hermanas. «Hacía cualquier cosa por nosotros —recuerda su sobrino Alexei—. Estaba dispuesta a abandonar cualquier cosa que estuviera haciendo si creía que la necesitaban, por ejemplo para ir a conseguir algún medicamento o hacer algún otro recado importante. Su

devoción por la familia tenía un carácter casi religioso, tenía un elemento de generosidad, autoprivación y sacrificio, aunque ella no era en absoluto una persona religiosa».[894]

Siguiendo la tradición rusa de liberar a los prisioneros en el momento de la muerte del zar, un millón de prisioneros fueron liberados de los campos de trabajo por medio de la amnistía del 27 de marzo de 1953, una cifra que representaba alrededor del 40 por ciento de la población total del Gulag. Además de considerar a los convictos que cumplían sentencias inferiores a los cinco años, la amnistía tenía en cuenta también a los prisioneros condenados por delitos económicos, a mujeres con hijos pequeños, a los más jóvenes y a prisioneros que habían alcanzado la edad de la jubilación. Los prisioneros políticos estaban excluidos de la amnistía. Sus casos debían ser revisados por la fiscalía del Soviet, un proceso que podía durar varios años, especialmente en casos como el de Sonia, en el que dirigentes soviéticos de alto nivel (Kruschev en este caso) habían estado implicados en «conspiraciones antisoviéticas». Para fines de abril de 1955, la fiscalía del Soviet había revisado 237.412 apelaciones de prisioneros políticos (menos de la cuarta parte de las apelaciones que había recibido desde marzo de 1953), pero sólo un 4 por ciento de esas revisiones habían tenido como resultado la liberación de los prisioneros en cuestión.[895]

Estas decisiones no tenían demasiado fundamento ni sentido. Por ejemplo, el Asunto de la Fábrica Stalin, en el que Sonia había estado involucrada, se había originado en la «conspiración sionista» supuestamente organizada por Solomon Mijoels, el exdirector del Teatro Judío de Moscú. El propio Mijoels había sido rehabilitado póstumamente el 3 de abril de 1955, y a partir de ese momento había sido frecuentemente elogiado por la prensa soviética, que lo

calificaba de leal patriota. Sin embargo, en noviembre de ese mismo año, el fiscal general informó a Sonia de que no había fundamentos que justificaran la revisión de su caso. Un recluso del campo de trabajo de Inta, que también había sido arrestado en relación con el Asunto de la Fábrica Stalin, se mostró indignado al recibir una respuesta similar. La recibió en una carta que contenía esta única oración: «No hay fundamentos para revisar el caso», y el hombre debía firmar esa carta y devolverla al fiscal como confirmación de que la había recibido. «Es algo completamente ilógico», dijo el hombre, quejándose, a sus compañeros. Si Mijoels era inocente, ¿por qué él mismo no lo era? Uno de sus compañeros le respondió: «Firma la carta ahora…, más tarde te explicarán los fundamentos lógicos».[896]

La dirigencia soviética estaba dividida con respecto a la dimensión que debía alcanzar la liberación de los prisioneros. Inmediatamente después de la muerte de Stalin, Beria había defendido una amnistía general para todos los prisioneros que «no representaban un peligro grave para la sociedad», incluyendo a más de un millón y medio de exiliados políticos. Beria era la figura dominante del colectivo de dirigentes que asumió el poder tras la muerte de Stalin. Su base de poder estaba edificada dentro de la MVD y la MGB, y había accedido al control del gobierno junto con Malenkov (presidente del Consejo de Ministros) y Voroshilov (presidente del Presidium del Soviet Supremo), aunque Kruschev (el secretario del Comité Central del Partido) era un enconado opositor de Beria y, desde el principio, impulsó una campaña en su contra con el apoyo de Nikolai Bulganin (el nuevo ministro de Defensa). Sin duda, los líderes militares y los dirigentes importantes del Partido recelaban del programa de Beria, que incluía el desmantelamiento del sistema del Gulag y la moderación de las políticas soviéticas en los

territorios recientemente anexionados de Ucrania occidental, la región báltica y Alemania del Este. En la primavera de 1953, Beria impuso una serie de reformas en la dirigencia de Alemania del Este. Los comunistas radicales de línea dura de Berlín se resistieron a implementar las medidas, actitud que produjo una semana de manifestaciones de protesta masivas en las calles de Berlín oriental, que fueron reprimidas por los tanques soviéticos. En Moscú, Kruschev, Bulganin, Molotov y hasta Malenkov inculparon a Beria, atribuyéndole la responsabilidad de esa sublevación. El 16 de junio, fue arrestado en el Kremlin tras un golpe organizado en la capital soviética por Kruschev y altos oficiales del ejército. Recluido en un búnker subterráneo en el Cuartel General del Estado Mayor del Distrito General de Moscú, Beria fue juzgado en secreto y luego fusilado en diciembre de 1953 (incluso es posible que fuera fusilado antes de ser juzgado). El golpe no tenía base legal: las acusaciones contra Beria eran extremadamente vagas (en realidad, no había hecho nada sin el consentimiento del colectivo de dirigentes), y su sentencia se anunció ante el Partido mucho antes de que se celebrara su juicio. Pero ninguno de los jerarcas se opuso al golpe ni cuestionó su legalidad. Bien entrenados en la tradición de la obediencia estalinista a la línea del Partido, conformaban un grupo dócil de funcionarios, dispuestos a dejar de lado sus principios en cuanto percibían que en la cima habían cambiado los vientos del poder. Tras el golpe, Kruschev consiguió una posición dominante. Simonov recuerda el pleno del Partido del 24 de diciembre, cuando se anunció la ejecución de Beria. Le impresionó la «apasionada satisfacción» con la que Kruschev relató la «captura» de Beria: «Por su relato, era evidente que el propio Kruschev había desempeñado el papel principal… que había instigado la acción, y que había demostrado ser más perspicaz, más

talentoso, más enérgico y más resuelto que el resto de los dirigentes», quienes no habían tenido más alternativa que someterse a él.[897]

Aunque formalmente Malenkov era la cabeza del gobierno soviético, Kruschev era el más poderoso dentro del colectivo de dirigentes. El golpe no tuvo nada que ver con cuestiones políticas: fue parte de una despiadada lucha por el poder. Kruschev había apoyado el programa de Beria y ahora se lo apropió. Desde fines de 1953, introdujo una serie de reformas destinadas a reforzar la «legalidad socialista», una expresión empleada durante todo el período soviético, pero que nunca se había tomado demasiado en serio. Ordenó que la Fiscalía soviética revisara todos los casos de «delitos contrarrevolucionarios» registrados desde 1921. Kruschev se interesó particularmente por el Asunto Leningrado, en el que su rival Malenkov había actuado como verdugo principal a las órdenes de Stalin. En abril de 1954, fueron arrestados varios oficiales de la MGB estrechamente vinculados con Malenkov en el momento del Asunto Leningrado. Era evidente que Malenkov estaba bajo amenaza. Inicialmente, Kruschev retuvo las pruebas que había conseguido reunir contra Malenkov —todavía necesitaba su apoyo dentro del gobierno colectivo—, pero en los primeros meses de 1955, cuando Kruschev procuraba lograr el control del Partido, se encargó de que Malenkov fuera acusado como «responsable moral» del Asunto Leningrado y que fuera degradado de su cargo de presidente del Consejo de Ministros al puesto de ministro de Electrificación.

Kruschev usó la exposición y revelación de los crímenes de Stalin para fortalecer su posición y erosionar la de sus rivales en el colectivo dirigente (lo que le hizo a Malenkov en 1955 se lo haría también a Kaganovich, Molotov y Voroshilov en el

Congreso del Partido de 1961). Era un juego peligroso, porque el propio Kruschev había estado profundamente involucrado en las represiones masivas de la década de 1930, primero como jefe del Partido de Moscú, entre 1935 y 1938, y después como jefe del Partido en Ucrania, donde estuvo a cargo del arresto de al menos un cuarto de millón de personas. Pero el nuevo líder era capaz de limitar las actividades de los fiscales si éstas iban en contra de sus propios intereses. El Asunto Fábrica Stalin es un ejemplo. Como en ese caso era el propio Kruschev quien estaba involucrado, hubo largas demoras en la revisión de las apelaciones de los prisioneros que pudieran arrojar pruebas incriminatorias contra su persona. En junio de 1954, se le prometió a Sonia Laskina que en agosto recibiría una respuesta a su apelación; en agosto le dijeron que sería en septiembre; en septiembre, que sería en octubre, después noviembre; y luego, en febrero de 1955, le comunicaron que la revisión estaría terminada para finales de marzo. Su caso fue finalmente reconsiderado en septiembre de 1955.[898]

Al igual que otros líderes del Partido, Kruschev temía lo que podía ocurrir si todas las víctimas de Stalin eran liberadas simultáneamente. «Teníamos miedo —escribió en sus memorias—. Temíamos que el deshielo pudiera desatar un diluvio que tal vez no pudiéramos controlar y que nos ahogaría a todos». Según Mikoian, miembro del Politburó durante más de treinta años, hubiera sido políticamente imposible que todos los «enemigos del pueblo» fueran declarados inocentes al mismo tiempo, porque eso hubiera implicado aceptar que «el país no estaba conducido por un gobierno legítimo, sino por una banda de gángsters». La dirigencia del Partido no tenía verdadero interés en apresurar la liberación de los prisioneros políticos. Tampoco estaban interesados en ello los funcionaros de la Fiscalía, que eran

reticentes a admitir que había habido errores en el proceso de los prisioneros políticos, por no hablar de confesar el papel que ellos mismos habían desempeñado en la fabricación de pruebas falsas durante la época del terror estalinista. En 1954, para favorecer así los intereses de ambas instituciones, el personal de la Fiscalía del Soviet fue reducido en dos tercios, prolongando así las dilaciones procesales.[899]

Los Laskin se contaron entre los más afortunados. Pudieron retomar el antiguo ritmo de la vida doméstica, y en muchos aspectos la relación familiar se hizo aún más estrecha a partir del regreso de Sonia del campo de trabajo. La propia Sonia fue invitada a volver a ocupar su antiguo cargo en la fábrica Stalin. Después de meses de escribir solicitudes y de llenar formularios para la Fiscalía, y de luchar con funcionarios en la oficinas del Soviet, recibió un certificado de rehabilitación que anulaba todas las acusaciones contra ella, le devolvía los derechos civiles y le adjudicaba una pequeña suma de dinero como compensación de los cinco años de su vida que había perdido en los campos de trabajo. Sonia ocupó una pequeña habitación del apartamento comunitario de los suburbios de Moscú que usaban varios de sus familiares, al igual que en todos los sitios en los que vivían los Laskin. Las famosas cenas de la familia en el apartamento de la plaza Zubov se siguieron celebrando los domingos por la noche, como siempre. El apartamento estaba siempre colmado de familiares y amigos, incluyendo a algunos, como el poeta Lugovskoi (el viejo profesor de Simonov en el Instituto Literario), que había empezado a formar parte del círculo ampliado del clan. Alexei, que ya tenía dieciséis años en el momento en que Sonia regresó, recuerda la atmósfera que reinaba en el hogar de los Laskin:

> Era un lugar extraordinariamente cálido y hospitalario, regido por la visión de mi abuelo [Samuil Laskin]. La regla de oro que él imponía era:

> cualquiera que venga a nuestra casa debía ser bienvenido como un miembro de la familia. Una vez intenté poner a prueba esa regla: durante varios domingos seguidos, llevé a casa a diversas jóvenes que había conocido en la calle. Nadie dijo una sola palabra, ni siquiera mi madre, que era muy estricta en el terreno moral, porque eso hubiera sido transgredir las reglas de Samuil.[900]



La familia Laskin en su dacha de Ilinskoe, cerca de Moscú (1956). De izquierda a derecha: Yenia, Berta, Sonia, Samuil, Fania.

El regreso de los familiares de los campos de trabajo hizo que muchas familias se unieran. Los años de separación hicieron que las delicias de la vida doméstica cobraran mayor valor, incluso para los bolcheviques que antes habían vivido exclusivamente para la política. Antes de su arresto, en 1937, Ruth Bonner había sentido poco interés por la educación de sus dos hijos. Estaba completamente comprometida con su trabajo para el Partido. Las cartas que le escribió a su hija adolescente, Elena, desde el campo de trabajo del ALZhIR, eran frías y distantes, dándole a la niña la orden de estudiar mucho, «ayudar a tu abuela» y «ser un modelo en el Komsomol». Su principal preocupación era pedirle a Mikoian (un viejo amigo) que salvara a su esposo, quien había sido arrestado durante la purga de la Comintern en 1937, y, en sus cartas a Mikoian, Ruth repetía una y otra vez que su esposo «siempre había sido leal al Partido». Liberada en 1946, a Ruth no se le permitió regresar a Leningrado, de manera que se estableció en Luga, a 135 kilómetros al sur, donde, con la

ayuda de amigos de Elena, jóvenes poetas, consiguió empleo como supervisora en el campamento Pionero de la Unión de Escritores. Mientras tanto, Elena, su hija, había vuelto a Leningrado tras recibir la baja en el ejército, donde había pasado los años de guerra como enfermera militar, y estaba estudiando pediatría en el Instituto Médico. Compartía una habitación con varias amigas (incluyendo a Ida Slavina) y, durante el invierno, cuando el campamento Pionero estaba cerrado, Ruth iba a visitarla. Al principio, la relación entre ambas era tensa. «Me daba cuenta de que ella no compartía nuestro optimismo de posguerra y no aprobaba nuestro estilo de vida», recuerda Elena en sus memorias.

> Ahora entiendo que cada una había vivido sus propias experiencias. A ella le había tocado la muerte de su esposo, la prisión y el campo de trabajo. Yo había tenido mis propias pérdidas y, según me parecía entonces, una vida completamente diferente. Ninguna de las dos sabíamos ser francas con la otra, y a mí no me gustaba eso. Me enojaba la manera en que mamá me seguía tratando, como la niña de catorce años que era cuando ella se había ido, y sus preguntas me volvían loca: «¿Adónde vas? ¿A qué hora regresas?».

Reflexionando sobre esos años en el curso de una entrevista, Elena recuerda: «Con frecuencia deseaba que mi madre se fuera al infierno. No podía echarla, pero sí podía abandonar el instituto y escaparme a cualquier otro lado, a cualquier lado donde pudiera ganarme la vida, siempre que me viera libre de ella». Después del nacimiento de la hija de Elena, Tania, en 1950, se produjo un cambio dramático en las prioridades de Ruth. «Encontramos algo en común —la crianza de su nieta— y eso nos acercó mucho», recuerda Elena. A partir de ese momento, Ruth dejó de tener todo interés verdadero por la política. Aunque había vuelto a unirse al Partido tras su regreso a Leningrado y su rehabilitación, en 1954, nunca desempeñó nuevamente un papel activo y, según Elena, siguió siendo miembro del Partido «principalmente porque temía por nosotros, sobre

todo por sus nietos».[901*] «Sólo los nietos [Tania y su hermano Alexei] eran importantes para ella —recuerda Elena—. Resultaba sorprendente ver cuánta calidez y alegría interior había conservado para ellos». Ruth estaba redescubriendo los valores de su propia madre, la amada abuela de Elena, Batania, quien se había hecho cargo de sus nietos mientras sus propios hijos se dedicaban por completo al trabajo en el Partido. Al reflexionar sobre esta transformación del carácter de su madre, Elena Bonner recuerda la mañana del funeral de Ruth, en diciembre de 1987:

> Yo estaba buscando los manteles en el armario, preparando las mesas para el velatorio. El primero que me cayó encima era de una tela pesada con un bordado colorido… ¡Y debajo estaba el mantel rosado! Ahora, después de muchos lavados, el rosa era pálido y descolorido, y los zurcidos esmerados de mamá, de un color rosado brillante, parecían brillar con luz propia. ¿Quién podría haber imaginado que mi madre, una trabajadora del Partido, antiburguesa y maximalista, que nunca se permitió pronunciar una palabra tierna hacia Egorka o hacia mí remendaría manteles, cosería vestidos para mí, vestiría a Tania, que se convertiría en una abuela «chocha» para quien sus nietos y bisnietos serían «la luz de su vida», la justificación de todas las pérdidas que había sufrido en su vida? Ni siquiera podía imaginar que acabaría adorando las plantas y flores en tiestos en el alféizar de la ventana, que terminaría atendiéndolas, haciéndolas crecer llenas de vida. O que devolvería su tarjeta del Partido con cierto orgullo y cierta actitud desafiante. No fue para ella un ajuste de cuentas, ni lo hizo para demostrar nada al Partido… Simplemente, con ese gesto difícil, casi imposible, se entregó por entero a nosotros, nos dedicó todo su amor, cálido y vital, que era más elevado y más grande que las ideas y principios abstractos. Poco antes de su muerte, dijo que en la vida había que vivir simplemente, de una manera amable y bondadosa.[902]

Las familias tenían una milagrosa capacidad de supervivencia, a pesar de las enormes presiones que debieron soportar durante el reinado de Stalin. La familia emergió de los años del terror como la única institución estable de una sociedad en la que casi todos los puntales tradicionales de la existencia humana —(la comunidad del vecindario, la aldea y la iglesia) se habían debilitado o habían sido destruidos. Para

muchas personas, la familia representaba la única clase de relación en la que podían confiar, el único lugar en el que experimentaban alguna sensación de pertenencia, e hicieron esfuerzos extraordinarios para reunirse con sus familiares.

Pocas personas se sometieron a tantos sacrificios como Valentin Muravski. Valentin nació en 1928, en el seno de la familia de un ingeniero de radio de Leningrado. En 1937, tras el arresto y la ejecución de su padre como «enemigo del pueblo», Valentin fue exiliado, junto con su hermana Dina y su madre, a Uzbekistán. La familia regresó a Leningrado en 1940. Durante la guerra, período en el que fueron evacuados a Cherkessk, cerca de Stavropol, los tres fueron capturados por los alemanes y enviados a trabajar en diversas fábricas de Austria y de Alemania. En 1945, Dina estaba trabajando en una fábrica cercana a Nuremberg, que fue liberada por tropas estadounidenses. Se casó con un oficial estadounidense y emigró a Estados Unidos. Pero Valentin regresó a Leningrado, donde se reunió con su madre. La guerra lo había instado a pensar más críticamente sobre el sistema soviético y sobre las razones del arresto de su padre. La experiencia que había tenido en Alemania lo había llevado a concluir que era posible vivir con más libertad en Occidente, una opinión que expresó en las cartas dirigidas a su hermana que vivía en Estados Unidos. En 1947, Valentin fue arrestado e interrogado por la MGB, que trató de persuadirlo de que debía convencer a su hermana de que regresara a la Unión Soviética. Cuando Valentin se negó, fue acusado de difundir «propaganda antisoviética» y sentenciado a tres años en un campo de trabajo cerca de Krasnoiarsk. Su madre fue arrestada en 1948, también debido a su correspondencia con Dina, y sentenciada a diez años en el campo de trabajo del ALZhIR. Valentin fue liberado en 1950. Fue a vivir con una tía en Añapa, en la costa del mar Negro, cerca de Krasnodar, y

encontró trabajó en una fábrica de cemento. Pero muy pronto fue reclutado por la marina soviética y enviado a Sebastopol, donde le obligaron a prestar servicio en la marina durante los cuatro años siguientes. Se casó con una joven de diecinueve años de Sebastopol, y tuvieron una hija, que nació en 1953.

En 1953, la marina dio de baja a Valentin. Decidió ir a vivir cerca de su madre, en Kazajstán, en vez de regresar a su Leningrado natal, y llevó a su mujer y a su hija consigo. De esa manera, Valentin dejó de lado buenas perspectivas laborales en Leningrado. En la marina había tenido una actuación sobresaliente, y había dejado el servicio con un excelente informe. Pero su conciencia le decía que debía ayudar a su madre, quien, a los sesenta y un años de edad, estaba debilitada y mentalmente frágil debido a los años pasados en el campo de trabajo. Al considerar retrospectivamente su decisión, Valentin la explica en función de los principios que le enseñaron en la infancia:

> Mi madre siempre me dijo que debía tener una actitud moral y honesta, que debía vivir mi vida sin mentiras de ninguna clase, como lo predicaban los grandes escritores rusos del siglo XIX, en particular Herzen, cuyas obras nos leía cuando éramos pequeños (…) Cuando me casé, le dije a mi esposa que no pensaba ocultar el hecho de que mi madre había estado en un campo de trabajo, y que viviría de la manera que mejor me permitiera ayudarla todo lo posible (…) No podría haber actuado de otro modo.
>
> Era mi obligación moral ayudarla.

La decisión de Valentin de seguir a su madre al exilio fue adoptada, en parte, por el ejemplo de las esposas decembristas, las mujeres de la nobleza que habían seguido a sus esposos al exilio político en Siberia tras el fracaso de la sublevación de diciembre de 1825. Según él mismo admite, tal vez hubiera en su decisión un elemento consciente de disensión política, un apartamiento deliberado del sistema soviético y de la carrera que lo esperaba en Leningrado, que se había originado en el daño que el sistema le había infligido,

impulsándolo a concebir una profunda sensación de injusticia.[903]

En Kazajstán, Valentin trabajó como conductor de una cosechadora en una gran granja colectiva enclavada en medio de la estepa. En ese momento, el gobierno soviético se dedicaba a investigar nuevas tecnologías como parte de la Campaña de las Tierras Vírgenes, un proyecto optimista y en última instancia de desastroso resultado emprendido con el propósito de utilizar nuevas y enormes extensiones de áridas estepas, en Kazajstán y en Siberia, para el cultivo de trigo. El *koljoz* de Valentin se contó entre los primeros que lanzaron esa campaña en 1954, cuando al menos 19 millones de hectáreas de tierra de pastoreo fueron destinadas al cultivo. Valentin vivía con su esposa y su hija en un primitivo barracón en una remota colonia de la estepa. Una vez a la semana, recorría a pie los cien kilómetros que los separaban de Akmolinsk para visitar a su madre en el campo de trabajo del ALZhIR y llevarle ropa y comida. La carga que implicaba cuidar a su madre enferma y envejecida, sumada a las penurias de la vida en la estepa, provocaron una tensión insoportable en la relación de Valentin con su esposa, quien no estaba dispuesta a tanto sacrificio. En 1956, abandonó a su esposo y volvió con su familia, en Crimea, dejando a Valentin solo a cargo de su hija de tres años y de su madre. El mismo año, la madre de Valentin fue liberada. Valentin regresó con ella a Leningrado, donde ambos vivieron juntos en una pequeña habitación de un apartamento comunitario. En 1957, su madre murió: los ocho años de vida en el campo de trabajo la habían deteriorado por completo. Dos años más tarde, la esposa de Valentin regresó a su lado; tuvieron dos hijos más, pero luego, en 1964, la mujer volvió a abandonarlos. Valentin crio solo a sus tres hijos.[904]



Valentin Muravski con su hija Nina. Karaganda, Kazajstán, 1954.

Mariana Fursei se reunió con su familia de la manera más extraordinaria. Cuando tenía cuatro años y estaba gravemente enferma, en 1942, su abuela la había entregado en adopción a los Goldenstein, antes de marcharse a Irkutsk con Georgi, el hermano de la niña. Después de la guerra, Georgi regresó para vivir con la familia de su madre, en Leningrado. No tenían modo de encontrar a Mariana, porque todos habían perdido contacto con los Goldenstein y ni siquiera sabían bien cuál era su apellido. Mariana creció con los Goldenstein en Tiflis. Los consideraba sus padres y no tenía ningún recuerdo de su verdadera familia. Pero las cosas empezaron a cambiar en su adolescencia.

Mariana empezó a sospechar que los Goldenstein no eran sus verdaderos padres en 1949, cuando otros niños de un campamento Pionero se burlaron cruelmente de ella, diciéndole que era una expósita. El incidente le devolvió recuerdos traumáticos de su temprana infancia en Arjangelsk. Tenía un vago recuerdo de su abuela, y también pudo recordar que tenía un hermano. A medida que creció y empezó a rebelarse contra la estricta disciplina de los Goldenstein, Mariana atribuyó aún más importancia a esos

remotos recuerdos, creando con ellos una imagen casi mítica de su familia perdida tanto tiempo atrás. Recordando que había estado en un hospital de Arjangelsk, Mariana se propuso rastrear el paradero de su hermano:

> Tenía entonces dieciséis años… era en 1954. Envié una carta a Arjangelsk. Dirigida al Instituto Médico. En el sobre escribí: Primer Año, Primer Grupo, para la Primera Estudiante Mujer en Orden Alfabético. Le dije a esa muchacha que había vivido en Aqangelsk siendo niña, en la calle Pavlin Vinograd, que tenía un hermano, y que había una doctora que tal vez supiera algo de él. ¿Podría hacerme el favor de buscarla? Y, créase o no, ¡esa joven logró encontrar a la doctora! Le contó que mi abuela y Georgi estaban en la miseria, y que pasaban grandes penurias. También descubrió, a través de conocidos, que mi hermano estaba estudiando física en Leningrado. Cuando la joven me respondió contándome todo esto, dándome toda esa información, la excitación me invadió. Envié cartas a todos los institutos de Leningrado, pidiéndoles que buscaran a un estudiante llamado Georgi que procedía de Arjangelsk. Resultó que estaba estudiando en el Instituto Politécnico. Me escribió enviándome una fotografía.[905]

Georgi pasó tres meses con Mariana en Tiflis durante el verano de 1954. Recuerda esa reunión como una ocasión jubilosa, aunque percibió un poco de celos por parte de su hermana, según recuerda: «Porque yo había vivido con la abuela mientras que ella había sido entregada a extraños». Los Goldenstein eran gente buena que querían a Mariana como si fuera su propia hija. Nunca le dijeron nada sobre sus propios padres, en parte porque trataron de protegerla del hecho de que habían sido arrestados, pero fundamentalmente, según parece, porque tenían miedo de que ella los abandonara en caso de que se enterara.



Mariana con Iosif y Nelli Goldenstein, Tiflis (1960).

Esos «valores materialistas», según Gerogi, eran muy diferentes de los de la familia Fursei, compuesta por artistas y músicos, y de los valores que predominaban en la familia German, por parte de su madre, quienes integraban la élite cultural de Leningrado. En el otoño de 1954, Mariana pasó una semana con los German en Leningrado. Ellos le mostraron fotografías de todos sus familiares, incluyendo algunas fotos de ella misma en Arjangelsk, pero no le dijeron que sus padres habían sido arrestados, ni que habían muerto en los campos de trabajo, sino tan sólo que los habían matado durante la guerra. Recordando retrospectivamente esa visita, Mariana cree que sin duda hubo algún acuerdo entre los German y los Goldenstein para ocultarle la verdad, y tal vez haya sido así.[906*] Su hermano Giorgi, quien también conocía el destino de sus padres, se lo ocultó igualmente. «La verdad era una molestia para él —concluye Mariana, procurando explicar el silencio de su hermano, quien era en ese momento estudiante de física en la Universidad de Leningrado (y que prosiguió su carrera hasta convertirse en profesor)—. La única cosa importante para él era estudiar y seguir adelante». [907]

Mariana se inscribió en el Instituto de Industria Ligera en

Tiflis y luego trabajó como maestra en la capital georgiana. No descubrió la verdadera historia de sus padres hasta 1986, cuando recibió una invitación a una exposición de pinturas de Nikolai Fursei en Arjangelsk, donde los antiguos amigos y colegas de su padre le contaron todo. Por haber crecido en una familia estrictamente comunista, y por haber creído siempre que su padre había muerto como soldado en la guerra, para Mariana fue un shock descubrir, casi a los cincuenta años, que en realidad lo habían fusilado como «enemigo del pueblo». Eso abrió sus ojos a la historia de represión en la Unión Soviética, una historia que antes había ignorado en la ingenua convicción de que en realidad no había afectado a su familia. «Sentí pena por esa gente (mis padres carnales)», recuerda:

> Simpaticé con ellos y me pregunté cómo era posible que gente tan buena y respetuosa de la ley hubiera sido reprimida de manera tan injusta… No lo podía entender. Quiero decir: si eran sospechosos de haber cometido algún delito, ¿por qué no hubo ninguna investigación? ¿Por qué los tribunales no funcionaban adecuadamente? Empecé a cuestionar el sistema soviético, aunque me habían educado (los Goldenstein) para aceptar las cuestiones políticas sin espíritu crítico… Gradualmente, empecé a advertir que compartía los valores de mis verdaderos padres, aunque me habían separado de ellos a los tres años de edad.[908]

Junto con el regreso de los prisioneros, los años que siguieron a la muerte de Stalin fueron testigos también de la liberación de decenas de miles de niños de los orfanatos y hogares infantiles, donde muchos de ellos habían crecido sin conocer siquiera a sus familiares.

Nikolai Kovach no sabía lo que era la vida familiar en el momento en que fue liberado del orfanato, en 1953, a los dieciséis años de edad.

No tenía recuerdo alguno de sus padres, que habían sido fusilados en campos de trabajo cuando él tenía apenas un año, ni tampoco tenía memoria alguna de su hermana mayor,

quien había sido enviada a otro orfanato. Su primera experiencia de vida familiar se produjo cuando el Komsomol lo envió a Kazajstán a ayudar en la primera cosecha de la Campaña de las Tierras Vírgenes (el Komsomol reclutó a más de trescientas mil personas como voluntarios para la cosecha de 1954). Uno de los líderes de la brigada de tractoristas, un trabajador de más edad, concibió un interés paternal hacia Nikolai. Lo llevó a vivir con su esposa y sus tres hijos, y todos lo aceptaron como un miembro más de la familia. «Era un hogar ruso común y corriente. Los tres hijos eran todos menores que yo —recuerda Nikolai—, y todos me adoraron. Yo jugaba con ellos y también les tomé cariño». Nikolai vivió con ellos durante dieciocho meses, hasta 1957, cuando fue movilizado por el ejército. «Nunca había conocido lo que era una familia», dice:

> pero observé cómo funcionaba, cómo funcionaban todas las relaciones, y la experiencia fue buena para mí. Más tarde, leí libros de psicólogos que explicaban que los niños crecen con los valores de sus familias. Cuando era niño no tuve familia, y me convertí en adulto antes de conocer la vida familiar. Tuve suerte de conocer a gente tan maravillosa. Me casé [en 1962] y creé mi propia familia. No podría haberlo hecho sin haber tenido la experiencia que tuve en Krasnoiarsk… Eso me enseñó la importancia del respeto y del amor… ellos se ayudaban todo el tiempo, pensaban todo el tiempo en cada uno de ellos, y también en mí… y yo nunca había visto nada semejante, por supuesto, en el orfanato.[909]

Elizaveta Perepechenko no sabía nada de su padre cuando él fue a buscarla a un orfanato en 1946. Ella era apenas un bebé cuando lo habían arrestado en 1935, y no había tenido ninguna noticia durante los diez años que el hombre había pasado en un campo de trabajo y exiliado en Kazajstán. La madre de Elizaveta había muerto en un campo de trabajo, y ella no tenía más familiares. De manera que no tuvo más alternativa que reunirse con su padre en Alma-Ata, donde él trabajaba como geólogo. Vivían en el sótano de una gran casa comunitaria, que compartían con varias familias más.

Aunque era apenas una adolescente, Elizaveta se hizo cargo de todas las tareas domésticas y de atender a su padre, un personaje taciturno y difícil a quien la experiencia en el campo de trabajo había afectado profundamente. A Elizaveta le resultaba muy difícil entenderse con él, porque nunca había estado tan próxima a ningún hombre (todas las empleadas del orfanato eran mujeres). Al igual que muchos padres que habían regresado del campo de trabajo, el de Elizaveta era un hombre muy severo y controlador. No la dejaba salir de noche si no sabía exactamente adonde iba y con quién. Se suscitaban frecuentes conflictos entre ellos, ya que ambos intentaban imponer su voluntad al otro. Elizaveta recuerda «una ocasión en la que nos sentamos frente a frente durante más de una hora, porque yo me negué a comer un pedazo de pan. Ambos éramos igualmente tercos y obstinados». Su padre nunca le habló de su pasado, y ella nunca le habló a él del orfanato. De manera que vivían juntos en un estado de mutua lejanía. En 1953, Elizaveta se mudó a Leningrado y se postuló para un cargo en el MVD: no tenía idea de que su padre había sido arrestado antes como «enemigo del pueblo». Cuando él se enteró de la candidatura de su hija, viajó inmediatamente a Leningrado para comunicar a los potenciales empleadores que su hija tenía una biografía «manchada». Temía que la joven fuera castigada si descubrían que no lo había declarado en el cuestionario de ingreso. El MVD accedió a no contarle a Elizaveta la historia de su padre. La joven no supo nada del arresto de su progenitor hasta 1959.[910]

Durante los años de separación de sus padres, los niños naturalmente se construían un retrato imaginario de sus madres y sus padres. Con frecuencia esa imagen era muy distinta de la realidad con la que se encontraban cuando se reunían con ellos.

Galina Stein tenía ocho años cuando su padre, Alexandre Sagatski, fue arrestado en 1936.[911*] Galina creció sin saber nada de lo que le había ocurrido a su padre, un profesor de economía de Leningrado. Su madre, que tras el arresto de su marido había sido despedida de la biblioteca en la que trabajaba, cortó toda relación con Alexandre y volvió a adoptar su apellido de soltera. Durante la guerra, cuando Galina y su madre fueron evacuadas a Siberia, la joven empezó a sentir la desesperada necesidad de un padre. Recuerda que:

> Todo el mundo hablaba de su «papá que estaba en el frente», de cómo su papá era un héroe, o de cómo había muerto. Empecé a sentirme extraña. No tenía padre. Ni siquiera sabía quién era ni qué era ni dónde estaba. No sabía qué apariencia tenía, porque mamá había destruido todas las fotos en las que salía él.

Galina escribió al Despacho de Domicilios de Leningrado con la esperanza de rastrear al hermano menor de su padre, pero le dijeron que había muerto en el sitio de Leningrado. Perdió toda esperanza de encontrar a su padre hasta 1947, cuando la casualidad la puso en su pista. Galina estaba estudiando biología en la Universidad de Leningrado. Un día, mientras se hallaba en la cola de una biblioteca, escuchó a otro estudiante mencionar el apellido Sagatskaia. El estudiante se refería a una mujer que daba clases de marxismo-leninismo. Galina esperó a la profesora en la puerta de una de las aulas.

> Una mujer de mediana edad con un rostro atractivo salió de la sala. Yo estaba muy nerviosa, me disculpé profusamente por molestarla y luego le pregunté: «¿Por casualidad es usted familiar de Alexandre Pavlovich Sagatski?». Ella permaneció un momento en silencio. Luego me dijo: «¿Tú eres Galina?». Resultó ser la primera esposa de mi padre.[912]

El padre de Galina estaba en Norilsk. Había sido condenado a diez años en el campo de trabajo y luego, tras su liberación en 1948, a otros cinco años de exilio en la colonia del Gulag. Galina le escribió, dando como dirección el correo

central de Leningrado. «No quería preocupar a mi madre», explica.

Iba a correos todos los días para ver si mi padre había contestado. Empecé a ir allí durante el otoño [de 1947J y seguía yendo allí cuando ya había llegado el invierno. Nunca encontré una respuesta. Finalmente, en abril de 1948 decidí que haría un último viaje a correos y que, si no encontraba nada, abandonaría mi propósito. En el mostrador me entregaron cuatro gruesos sobres. Estaban hechos artesanalmente, con un papel basto. En el interior de cada uno, en delgado papel azul, había una larga carta.

La primera era muy emotiva:

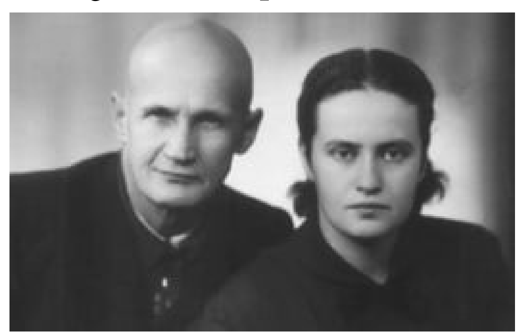
> 4 de abril de 1948. Norilsk
>
> Carta número 1
>
> (envío tres cartas juntas el 6-4)
>
> Mi querida hija Galia:
>
> Tu carta llenó de alegría mi corazón… Una de las mayores tragedias de mi vida es haber sido apartado durante tantos años de la hija que adoro. Me escribes: «Mi carta, sin duda, será una sorpresa, pero espero, sin embargo, que se trate de una sorpresa agradable». Y contesto: 1) Sí, es una sorpresa; 2) Más que agradable… es una enorme alegría. Incluso en la manera en que expresas tus pensamientos, ese «sin embargo», me reconozco. En tu lugar, yo hubiera escrito lo mismo… Créeme, Galia, has encontrado a tu padre, que durante tantos años te perdió pero que nunca dejó de amarte.[913]

Por medio de las cartas, Galina inició una intensa relación con su padre. Lo imaginaba como la clase de héroe romántico que había hallado en los libros: «Yo admiraba a los hombres valerosos, a las científicos audaces, los intrépidos exploradores, o a las personas como mi padre que lograban sobrevivir a las circunstancias adversas. Nunca me había cruzado con gente así en toda mi vida». En la primera etapa de la correspondencia entre ambos, su padre encajaba en la imagen ideal de Calina. Escribía cartas apasionadas y emocionalmente comprometidas, llenas de detalles sobre su

vida, sus lecturas y la manera en que sus opiniones habían cambiado en los últimos años. Galina se enamoró de ese personaje literario. «Se había instalado en mi cabeza la fantasía del padre que había anhelado todos esos años», recuerda Galina.

> Parecía la clase de hombre con el que podía sincerarme, al que podía decirle todo y que siempre escucharía, me daría consejos y demás. Empezó una nueva vida para mí, que me absorbió por completo. A pesar de mi carácter reservado, y de mi reticencia general, parecía que, al igual que él, después de todo era una persona muy afectiva. Por supuesto, ahora entiendo que para mí era más fácil ser afectiva en esas cartas que en la vida real.[914]

En 1956, Alexandre visitó a Galina en Leningrado. Pero el encuentro fue una desilusión: no pudieron recrear la conexión que habían establecido a través de las cartas. Recientemente liberado de su exilio en Norilsk, Alexandre había sido rehabilitado por el Partido; estaba muy preocupado por la restauración de su carrera política. Según Calina, estaba demasiado atareado con su trabajo en el Partido para prestarle atención a ella. «Tuve la impresión de que ya no tenía ningún interés por mí», recuerda.



Alexandre y Galina, Leningrado (1956).

> Incluso pienso que me desaprobaba. Recuerdo que, en una oportunidad, me dijo: «Te has convertido en una terrible haragana superficial». ¿Y por qué pensaba eso? Porque yo no mostraba interés por la poesía de Mao Tse-tung. Porque no había leído algún artículo político que él me había recomendado leer. A mí la política no me interesaba. Pero él vivía para la política.

En 1956, Alexandre se mudó a Ulianovsk, el lugar de nacimiento de Lenin, a orillas del Volga. Enseñaba economía política en la universidad y escribía artículos sobre el tema para diversas publicaciones. «Mi padre odiaba a Stalin —recuerda Galina—, pero seguía siendo un convencido leninista. A pesar de todo lo que había sufrido, seguía creyendo que no había otro camino. Había padecido un trato injusto, pero la historia soviética era correcta». Esa inquebrantable convicción en el ideal comunista, tan necesaria para su propia supervivencia, se convirtió en un obstáculo para la relación entre Alexandre y Galina, quien era más escéptica y no hallaba sentido alguno en debatir sobre política con su padre. «¿Qué sentido tenía discutir con un creyente? Las opiniones de mi padre eran totalmente rígidas. La política, que ocupaba el centro de su vida, se convirtió en un tema sobre el que no podíamos hablar». En 1958, Galina fue a Ulianovsk a visitar a su padre. Fue la única visita que le hizo. Apenas intercambiaron una palabra, salvo para formular alguna pregunta cortés sobre el trabajo del otro. Por sentido del deber, Galina siguió escribiéndole cartas a su padre hasta principios de la década de 1960. Pero, como ella misma admite:

> En realidad no tenía nada que decirle. Ya no sentía la urgencia de abrirle mi corazón como antes. Y las cartas que él me escribía eran tan sólo informes políticos. Sólo me hablaba de las conferencias del Partido a las que había asistido o de los libros que había leído. No había en ellas nada personal. Había perdido al padre de mis sueños.[915]

2

Bulat Okudzhava cuenta la historia de cómo se reunió con su madre cuando ella regresó de los campos de trabajo en su «cuento autobiográfico» *La muchacha de mis sueños* (1988). El futuro poeta y compositor de canciones tenía tan sólo doce años en 1937, cuando su madre fue arrestada y sentenciada a diez años en el campo de trabajo de Karaganda tras el arresto de su esposo, un funcionario comunista de origen georgiano. Bulat creció con su abuela, en Moscú, y luego fue a vivir con la familia de su padre en Tiflis. En 1941, a los diecisiete años, ingresó en la Universidad de Tiflis. Su madre pasó un total de dieciocho años en el Gulag, y regresó de los campos de trabajo en 1955.

En *La muchacha de mis sueños*, Okudzhava reconstruye la noche del regreso de su madre. El narrador es un estudiante, «un joven inocente», que vive con un compañero en un apartamento de una sola habitación. Es feliz porque está enamorado. La única fuente de tristeza en su vida es la ausencia de su madre. Conserva una fotografía de ella cuando era joven, «con grandes ojos de color almendra», y recuerda su sonrisa amable y su tierna voz. Un día llega un telegrama. «Llego en el 501. Mamá». De camino a la estación, el joven imagina el encuentro como una ocasión simple y feliz:

> La recibo. Comemos en casa. Los dos solos. Ella me cuenta su vida, y yo le cuento la mía. No analizamos nada ni tratamos de entender las razones de los culpables de todo esto. Lo que pasó, pasó, y ahora estamos juntos otra vez… Y después la llevo al cine para que se entretenga un poco.

Pero las cosas resultan ser muy diferentes. La llegada del tren especial 501, con prisioneros, tiene varios avisos de demora, y cuando el joven vuelve a recibirlo, a medianoche, se entera de que ha llegado una hora antes. Encuentra a su madre caminando hacia su casa. Se abrazan y caminan juntos en silencio. Cuando llegan al apartamento, ella se sienta ante la mesa de la cocina y fuma constantemente. Cuando él la mira no ve los «grandes ojos de color almendra», sino otra cosa:

> Sus ojos eran fríos y distantes. Me miraba pero no me veía. Su rostro estaba congelado, convertido en piedra, sus labios entreabiertos, sus manos bronceadas por el sol descansaban laxamente sobre sus rodillas. No dijo una sola palabra.

Ella es incapaz de mantener una conversación. No entiende lo que le dice su hijo. Cuando él le pregunta si quiere comer algo, ella responde: «¿Qué?». Y cuando él vuelve a preguntarle, dice: «¿Yo?». No le pregunta a su hijo por su propia vida. Sólo masculla algunas palabras aisladas, los nombres de lugares cercanos a su campo de trabajo. Se asusta del compañero de cuarto de su hijo y pregunta si también viene de los campos de trabajo, sospechando que se trata de un informante. Tiene miedo de salir de la casa. Cuando su hijo la arrastra al cine, se va pocos minutos después, antes de que empiece la película.[916]

La gente volvía de los campos de trabajo destruida física y mentalmente. Unos años en el Gulag bastaban para envejecer de forma prematura a una persona. Algunos prisioneros envejecían tanto que sus familiares casi no los reconocían cuando volvían a casa. Ivan Uglitskij tenía treinta y tres años en el momento de su liberación de Kolima y de su regreso a Cherdyn. En una entrevista, recuerda su retorno al hogar:

> Regresé en noviembre de 1953. No había visto a mi familia durante trece años. Mi hermano menor estaba viviendo en nuestra antigua casa. No estaba, había salido a buscar heno, y su esposa no sabía quién era yo.

Nos sentamos a tomar una taza de té, y cuando día me dijo que me parecía a su esposo, le dije que era su hermano, pero que no se lo dijera a él cuando regresara. Yo quería darle una sorpresa. Mi hermano volvió con el heno, lo dejó en el granero y vino a reunirse con nosotros… Vio que había huéspedes… el samovar estaba sobre la mesa, y también una botella de vodka… Su esposa le dijo: «¿Sabes quién es él?».

él respondió: «No, ¿quién es? ¿Un anciano que pasaba por aquí?». Y después agregó, dirigiéndose a mí: «¿Dónde vas, anciano?». No me reconoció en absoluto. Estábamos allí… sentados bebiendo té… [*Ivan se conmueve e interrumpe la entrevista*].[917]

Las personas regresaban de los campos de trabajo con deformidades físicas y enfermedades crónicas. Fruza Martinelli, la esposa del director del complejo Dallag Gulag hasta que su marido fue arrestado en 1937, regresó de los campos de trabajo de Kazajstán a Moscú convertida en una inválida. Había sido torturada y golpeada a menudo en los campos de trabajo, y tenía el cuerpo cubierto de cicatrices y marcas. Su hija Elena nunca se enteró de ese maltrato hasta la muerte de su madre, en 1960, cuando los médicos le preguntaron por las cicatrices y hematomas. «Dijeron que nunca habían visto un cuerpo tan maltratado —recuerda Elena—. Los golpes hasta le habían desplazado el corazón».

«¿Tu madre estuvo en un campo de trabajo?», me preguntaron.

No podían imaginar cómo mi madre podía haber sobrevivido en semejante estado. Sólo entonces comprendí por qué mi madre era tan cruel y rústica cuando regresó del campo. Todo el tiempo insultaba, lanzaba juramentos, nos golpeaba y rompía cosas cada vez que estaba de mal humor. Yo solía preguntarle si la habían maltratado en el campo de trabajo, pero ella se negaba a responder. «Hay cosas de las que no se puede hablar», me decía. Y yo dejé de preguntarle.

A Elena le resultó cada vez más difícil vivir con su madre, quien se volvió fanáticamente religiosa y empezó a mostrar signos de perturbación mental tras su regreso del campo de trabajo. Fruza era violenta con el hijo de Elena, quien había nacido en 1953 y era discapacitado.

Le rompía los juguetes y se comía sus golosinas, que ocultaba junto con otros alimentos en su propia cama.

Incapaz de tolerar su conducta, Elena se mudó a Leningrado en 1958.[918]

Gertrud Ielson—Grodzianskaia se había imaginado a su madre, recluida en el campo de trabajo del ALZhIR, como una mujer «buena y bella que vivía en una tierra remota». Era una imagen que se había formado leyendo las cartas que su madre le había enviado, y con los pequeños obsequios que la mujer había hecho para su hija, como la toalla bordada con imágenes de animales. Cuando Gertrud tenía catorce años, su madre fue liberada del campo de trabajo y se le permitió establecerse en una zona de exclusión dentro de un radio situado a 100 kilómetros de Moscú. La mujer eligió vivir cerca de Vladimir, donde encontró trabajo como agrónoma en una granja colectiva. Pasó por Moscú, donde Gertrud vivía con la familia de su tío, en el viaje desde el ALZhIR hacia Vladimir. Gertrud fue a verla a la estación:

> De repente, una mujer bajó del tren. Estaba cubierta por una piel de oveja y llevaba una maleta de madera y un morral. Tenía la cabeza rapada. Hedía espantosamente. Había estado viajando durante una semana. La llevamos a casa, y me pidieron que la ayudara a lavarse… Calenté agua en el fogón de la cocina y la ayudé a desvestirse. El hedor era imposible. Supuso una verdadera conmoción para mí. Tenía piojos en todo el cuerpo y había cucarachas en sus ropas. Me dio asco. No veía a esa mujer como mi madre, sino como si fuera otra persona.[919]

Esfir Slavina fue liberada del campo de trabajo del ALZhIR en 1943. Como se le había prohibido regresar a Leningrado, o a cualquier otra ciudad importante de la Unión Soviética, fue rescatada por su hija Ida, que ya trabajaba como maestra en Novosibirsk y había arreglado que ambas vivieran en una oficina desocupada de la escuela. Ida recuerda la apariencia de su madre:

> Estaba muy delgada y oscura, bronceada por el sol de Kazajstán, y tenía todos los síntomas de alguien que había sufrido de malaria. No parecía para nada la persona que había sido antes. No era la madre que yo había conocido. Estaba enferma, apenas si podía moverse, y dependía de mí

para todo.

En 1944, Esfir se mudó a Moscú, donde su hijo, un investigador científico, había conseguido autorización para que pudiera vivir con él. Ida se casó con un maestro de escuela en Novosibirsk. En 1945, regresó a Leningrado, donde vivió en un apartamento comunitario con otras cinco familias. Esfir vivía ilegalmente con ellos para poder ayudar a cuidar al hijo recién nacido de Ida, que estaba enfermo con frecuencia. En 1949, Esfir fue arrestada por transgredir la ley de pasaportes (no estaba registrada para vivir en Leningrado) y exiliada a la población de Malaia Vishera, situada 110 kilómetros al sudeste, donde vivía en espantosas condiciones, incapaz de mantenerse, sin trabajo y constantemente acosada por los residentes locales, que la detestaban por ser una «presa política», algo que a sus ojos la convertía en una «fascista». Seis meses después de su llegada a Malaia Vishera, Esfir fue arrestada una vez más, esta vez como «elemento antisocial» y exiliada a Shadrinsk, en Siberia occidental, donde vivía en una mísera habitación de los suburbios de la población. Sin trabajo, vivía del dinero que Ida le enviaba cada mes. En 1951, Esfir fue finalmente autorizada a regresar a Leningrado. «Estaba completamente destruida», recuerda Ida, quien se hizo cargo de ella:

> Estaba casi siempre en silencio, tenía miedo de hablar y sólo lo hacía en susurros. Había que extraerle cada palabra: en cuanto decía algo, de inmediato lo lamentaba. Nunca me contó nada sobre el campo de trabajo. Intenté presionarla para que lo hiciera, y mi hermano también, pero sin resultado. Tenía miedo de salir de la casa. Si estaba en la calle y veía un policía, corría a esconderse en la entrada de un edificio y no salía de allí hasta estar segura de que el policía se había marchado. Eso era algo totalmente ajeno a su carácter: siempre había sido una mujer fuerte y segura. Pero volvió a casa del campo de trabajo convertida en otra persona. Toda su seguridad se había esfumado, al igual que su salud: tuvo dos ataques en los primeros tres años después de su regreso, y había perdido toda vitalidad y sociabilidad. Nunca quería ver a nadie. Pasó sus últimos años sin levantarse de la cama.[920]

El campo de trabajo del ALZhIR ejerció un efecto diferente sobre Zinaida Bushueva. La convirtió en una mujer fría y severa, según relata su hija Angelina, quien tenía diez años en el momento en que su madre fue liberada. A Zinaida no le gustaba hablar del pasado. Era una mujer muy retraída en el aspecto emocional. «Era muy difícil vivir con ella», recuerda Angelina.

> Estaba todo el tiempo en silencio. Nunca nos decía lo que pensaba o lo que sentía. Y yo se lo echaba en cara. Yo quería hablar. Pero tal vez ella deseaba protegernos de todo lo que había sufrido… Siempre fue muy distante con nosotros. Nunca manifestaba su afecto, nunca nos acariciaba el cabello ni nos abrazaba. Su idea de la maternidad era asegurarse de que tuviéramos comida, de que fuéramos a la escuela y de que estuviéramos sanos físicamente…, pero eso era todo. No nos daba nada en lo espiritual o en lo emocional. La verdad es que, después del campo de trabajo, ya no tenía nada para dar.

Angelina atribuye la austeridad emocional de su madre al campo de trabajo, donde Zinaida había pedido que se le asignaran los trabajos manuales más pesados para no tener tiempo de pensar en los hijos que había perdido. Encerrarse en sí misma se había convertido en su mecanismo de supervivencia, y luego se transformó en su manera de soportar los problemas del regreso. Ese mismo instinto de supervivencia se manifestaba en su manera obsesiva de comer: todo el tiempo iba con pedazos de pan encima, acumulaba comida y, por la noche, se levantaba a comer algo porque temía sentir hambre.[921]




Izquierda: Esfir e Ida en 1938.
Derecha: Esfir en 1961.

Liuba Babitskaia regresó a Moscú procedente del campo de trabajo del ALZhIR en 1947. Como se le había prohibido establecerse en la capital, la mujer regresó ilegalmente en busca de trabajo, de su familia y de sus amigos. A pesar de sus previos esfuerzos para persuadirla de que volviera con él, su primer esposo, el director cinematográfico Anatoli Golovnia, había iniciado una relación con una joven asistente de producción (y probablemente una agente de la NKVD) llamada Tatiana Labova, quien ejerció una maligna influencia sobre él y lo alejó de todos sus familiares, especialmente de su hija Oksana, que consideraba ese romance como una traición. Físicamente exhausta, perdida su apariencia de estrella de cine, Liuba fue evitada por casi todos sus viejos amigos de Moscú. «En cuanto la gente la reconocía como la exmujer de Golovnia, como la viuda del fusilado Babitski, todos cruzaban la calle para eludirla», recuerda Oksana. La única persona que acudió en auxilio de Liuba fue la actriz Liubov Orlo va, una vieja amiga que se sentía culpable porque su esposo, el director de cine Grigori Alexandrov, estrechamente vinculado con la NKVD, había sido uno de los responsables de las denuncias de los estudios Mezhrabpomfilm que habían conducido al arresto de Babitski. Orlova alojó a Liuba y le sugirió que contactara con Mijail Gurevich, el viceministro de Geología, quien, le dijo, podría ayudarla a conseguir permiso para quedarse en Moscú y a conseguir un empleo. «Ha estado enamorado de ti toda la vida», le explicó Orlova, mientras llamaba a Gurevich y le pasaba la comunicación a Liuba. Gurevich le preguntó a Liuba dónde estaba, y luego le dijo: «Espérame, voy para allá. Nos casaremos». Gracias a ese matrimonio, Liuba consiguió el derecho de residencia y un empleo en Moscú; Gurevich, sin embargo, fue despedido de su cargo.



Liuba a su regreso a Moscú, 1947

Liuba fue arrestada en 1938: su hija Oksana tenía entonces once años; cuando la mujer volvió, nueve años más tarde, la joven se había convertido en mujer y en madre. «La relación entre nosotras era muy difícil —recuerda Oksana—. Algo se había roto entre nosotras… Había en nuestra relación tanto dolor, tanto amor, tantos celos, todo eso mezclado con cierta distancia, con un anhelo de proximidad, de entendernos, y al mismo tiempo la incapacidad de encontrar las palabras que nos ayudaran a comunicarnos». Liuba quería controlar la vida de Oksana. En 1948, cuando su hija inició una relación amorosa con un diplomático estadounidense, se asustó y amenazó con denunciarla a la MVD por establecer contacto con un extranjero si no interrumpía el vínculo. El esposo de Oksana, Albert Rijter, un oficial naval de una familia judía alemana de Odessa, ya había sido arrestado y sentenciado a diez años en Magadán por «espionaje», de manera que la denuncia de Liuba seguramente provocaría el arresto de la propia Oksana. Finalmente, Liuba usó su vínculo con Gurevich para enviar a Oksana a Siberia como asistente de una expedición geológica, circunstancia que puso punto final a su relación con el diplomático.

Liuba regresó del campo de trabajo con una personalidad diferente: la calidez y el afecto que antes había manifestado como madre habían desaparecido, y en su lugar se había instalado una nueva dureza, una nueva insensibilidad. Nunca fue cariñosa con sus nietos. Si se caían y se lastimaban, ella les decía que se pusieran de pie y dejaran de llorar, porque había «cosas peores» que podrían lastimarlos, «cosas que verdaderamente los harían llorar». Liuba trajo de regreso a casa las costumbres de los campos de trabajo. Era egoísta, y mostraba una avidez casi patológica en lo referido a la comida; irritable, a veces cruel y violenta; cerrada emocionalmente ante todo el mundo. «Conservaba una maleta llena de ropa de invierno y alimentos secos debajo de la cama, por si venían a buscarla otra vez —recuerda su nieta —. Se aterrorizaba cuando el teléfono o el timbre de la puerta sonaban por la noche, y también la asustaban los policías cuando se cruzaba con ellos en la calle». Éstas huellas de su vida en el campo de trabajo habían hecho mella en su carácter. «Una persona liberada de los campos de trabajo tiene miedo de la libertad —escribió Liuba en su último cuaderno, poco antes de su muerte, acaecida en 1983—. Cuando una ha sido profundamente herida una vez, cualquier cosa la herirá más tarde».[922]

Mucha gente volvía de los campos de trabajo con hábitos nerviosos y obsesiones. Elena Cherkesova contaba los pasos que daba hasta llegar a su casa. Era un hábito que la mujer había adquirido en el campo de trabajo de Temnikovsky, como una manera de maximizar su eficiencia y evitar cualquier gasto de energía innecesario. Antes de que la enviaran al campo de trabajo, Elena nunca había trabajado, y el régimen que reinaba allí la agotó, empujándola al borde de la inanición. Durante los años de la guerra en particular, cuando las cuotas de trabajo de los prisioneros del Gulag

fueron aumentadas, Elena con frecuencia no conseguía cumplir la que le habían adjudicado, lo cual implicaba que recibía menos pan. Para ahorrar energía, aprendió a dar la menor cantidad de pasos posible. Una obsesión similar llevó de regreso a su casa Alexandra Filipova. La mujer era paranoica porque creía que los demás podían robarle la comida. Había ido a vivir con su hija en un apartamento comunitario, y tenía escondites para ocultar comida en su habitación, y más tarde se olvidaba de que ya se la había comido. Cuando buscaba su comida y descubría que ya no estaba, acusaba a su hija, o a los vecinos, de habérsela quitado. La relación con su hija se hizo tan difícil, que Alexandra la obligó a irse del apartamento.[923]

Mijail Nikolaev había crecido en un orfanato. No sabía quiénes eran sus padres. Pasó sus años de adolescencia en el Ejército Rojo, y luego quince años en diversos campos de trabajo. En todas las instituciones por las que había pasado había vivido una lucha constante por la comida —una batalla permanente para conseguir el vaso o el plato más lleno—, de manera que había aprendido a hacerse con todo el alimento que encontraba a su alcance sin pensar en nadie más. El hombre de treinta y seis años en el que se había convertido cuando lo liberaron de los campos de trabajo no tenía idea de cómo comportarse en el hogar de una familia normal, porque jamás había conocido esa vida. Un hombre alto, apuesto y de espesa barba, se hizo famoso en los círculos literarios de Moscú como «el salvaje de Marte», según recuerda Viktoria Shweitser, quien se enamoró y se casó con él. Cuando lo presentó a su familia, quedó escandalizada por sus modales en la mesa. La joven no podía entender cómo era posible que se sirviera todo lo que había sobre la mesa sin ofrecérselo primero a los demás. Durante largo tiempo ella no dijo nada, pero un día finalmente perdió la paciencia y le reprochó que

hubiera cogido la última naranja que quedaba en vez de dejarla para los niños, como era costumbre en su casa. «Mijail contestó: “No sé, nadie me enseñó eso, ¿por qué no me lo explicas?” —recuerda Viktoria—. No era codicioso, pero como él mismo decía, era agarrado, tal vez incluso egoísta, a causa de la manera en que había crecido». Tal como ella misma recuerda en la entrevista, fue en ese momento cuando se dio cuenta de que se había enamorado de un hombre a quien realmente no conocía. «Tuve que aprender a enamorarme otra vez de él, esta vez del verdadero Misha, el niño del orfanato, para poder entenderlo de verdad y ayudarlo a llevar una vida normal».[924]

A la gente que volvía de los campos de trabajo le resultaba muy difícil restablecer la relación con sus familiares. Después de años de vivir en el Gulag, ¿a qué clase de «vida normal» podían aspirar? No había terapia ni psicoanálisis para esa gente, ninguna ayuda que pudiera aliviar sus afecciones físicas o de conducta, ni siquiera se reconocían las experiencias traumáticas por las que habían pasado. AJ mismo tiempo, los que regresaban con frecuencia no entendían la tensión que había provocado en su familia los horrores que ellos habían vivido durante todos esos años. Las personas de ambos lados —los que habían regresado de los campos de trabajo y los que se habían quedado en su casa— se sentían rechazadas e incomprendidas.

Por diversas razones, a los supervivientes de los campos les resultaba difícil hablar de lo que habían pasado «en el otro lado», y se cerraban ante sus familias. Algunas personas preferían no hablar por temor a ser castigadas (cuando los liberaban, les decían a los prisioneros que no debían hablar en público de lo que les había ocurrido, y muchos también temían, por lo tanto, hablar en privado sobre su pasado).

Otros no contaban nada a sus familiares porque no querían sobrecargarlos con sus experiencias, o porque temían que no quisieran o no pudieran entender cuánto habían sufrido. Los padres temían contárselo a sus hijos, sobre todo porque no querían decir nada que pudiera predisponerlos negativamente hacia el sistema soviético, o que les causara problemas con las autoridades.

Incluso en las familias en las que era habitual conversar, los padres eran cautelosos con respecto a lo que contaban a sus hijos. A su regreso de Kolima, Olga Adamova—Sliuzberg descubrió que, en su ausencia, su hijo había crecido y se había convertido en un miembro activo del Komsomol, fanáticamente devoto de Stalin. Un día, durante la comida, ella preguntó si era cierto que Stalin había estado enfermo:

> Nadie lo sabía, pero mi hijo me respondió, con un tono muy elocuente: «No sé si está enfermo o no, pero si estuviera enfermo y yo tuviera que dar mi sangre y morir por él, lo haría con gusto». Entendí que su respuesta pretendía darme una lección, y también una advertencia, y me mordí la lengua.[925]

La experiencia de Adamova-Sliuzberg en los campos de trabajo le había infundido un gran escepticismo hacia el régimen, pero sabía que no podía decir nada, aun cuando deseaba que su hijo entendiera la odisea que su madre había vivido. Olga recuerda:

> Tenía miedo de contarle lo que había descubierto «en el otro lado». Probablemente hubiera logrado convencerlo de que en nuestro país había muchas cosas que estaban mal, de que su ídolo, Stalin, estaba muy lejos de la perfección, pero mi hijo tenía apenas diecisiete años. Si le hubiera explicado todo, y él hubiera coincidido conmigo, ya no habría podido aclamar al líder, ni siquiera escribir aquellas odiosas cartas, o proclamar en clase que nuestro país era un país justo. Y si no hubiera podido hacer esas cosas, se habría muerto de dolor. Tal vez hubiera encontrado la manera de vivir una doble vida. Pero yo no podía obligarlo a pasar por eso. Tenía miedo de ser franca con él. Pero de alguna manera, gradualmente, lo conquisté. El me observaba cuidadosamente. Al cabo de varios meses, me dijo: «Mamá, me gustas».[926]

Sea como sea, la dinámica opuesta era más común. Los padres que seguían comprometidos con los ideales bolcheviques de la década de 1930 con frecuencia volvían de los campos de trabajo para descubrir que sus hijos habían desarrollado ideas y actitudes completamente distintas en el clima relativamente liberal del deshielo de Kruschev, en el que gradualmente se produjo una distensión de la censura y la época de Stalin empezó a ser revaluada en los medios soviéticos. La gente joven se alejó de la política y se dedicó a buscar su felicidad personal, estimulada por el florecimiento económico de los años de Kruschev, en los que se construyeron edificios de viviendas privadas, empezaron a circular más productos de consumo y se importaron nuevas tecnologías, moda, arte y música de Occidente. Sin embargo, todo esto provocó el temor, expresado por los comunistas cada vez que el régimen relajaba su control de la esfera privada, de que las tendencias individualistas condujeron a la desaparición, entre los jóvenes, del activismo social, el colectivismo y otros valores soviéticos. Hubo, por lo tanto, renovadas llamabas que instaban a los jóvenes soviéticos a unirse al Komsomol y a convertirse en «entusiastas» de proyectos colectivos como el de la Campaña de las Tierras Vírgenes.[927]

Cuando regresó de los campos de trabajo de Potma, Maria Ilina se topó con esta brecha generacional entre ella y su hija Marina. Antes de su arresto, producido en 1937, Maria había sido directora de una gran fábrica textil en Kiev; su esposo era el jefe del Partido hasta que fue arrestado y ejecutado ese mismo año. Tras su liberación, en 1945, Maria encontró a Marina, que entonces tenía diez años, en un orfanato ucraniano. No había visto a su hija desde que la niña tenía dos años. Madre e hija vivieron juntas durante los doce años siguientes, primero en Cherkassy, y después en Moscú, hasta

el año 1958, cuando Maria volvió a mudarse a Kiev. Hasta la muerte de Maria, acaecida en 1964, ambas se visitaron mutuamente en los días de fiesta y en vacaciones. Sin embargo, la relación entre ambas era difícil. Maria quería dirigir el estilo de vida de su hija. Quería que fuera una comunista modelo, que fuera la misma clase de joven que ella misma había sido hasta el momento de su arresto. Rehabilitada en 1956, Maria volvió a unirse al Partido y se convirtió en activa propagandista de la causa partidaria. Según su hija, «ella necesitaba creer en los ideales comunistas que la habían sostenido, a ella y a mi padre, en su juventud. De otro modo, los sacrificios que había hecho hubieran perdido todo sentido».

Maria se entregó por entero a la educación política de su hija. Organizó un programa de lecturas, una mezcla de los clásicos rusos y soviéticos, destinado a inculcarle las correctas ideas y actitudes comunistas. Por ejemplo, *Ana Karenina*, de Tolstói, se consideraba pernicioso, porque Ana era egoísta, y «lo principal para una mujer no era el amor, sino la camaradería y su deber hacia la sociedad».

> Quería que yo fuera fuerte y decidida, valiente y audaz, una integrante activa de los Pioneros y del Komsomol… Quería que fuera dueña de mí misma, que superara todo lo negativo que había en mí, me mejorara constantemente, como los héroes de la literatura soviética. Para mamá eso era lo más importante: ser dueña de una misma (…) Siempre me decía que tenía que hacer cosas que no deseaba hacer.

Maria intervino en todos los terrenos. Su hija quería estudiar literatura y ser maestra, pero ella la obligó a estudiar en el prestigioso Instituto de Ingeniería Eléctrica de Moscú. Marina ingresó en el Komsomol y se convirtió en directora del comité del Komsomol del instituto. Tras graduarse como ingeniera, trabajó en un instituto de investigación en Moscú. Maria quería que se uniera al Partido y le rogó que aceptara la invitación que le había extendido el secretario del Partido de

su fábrica, que ella misma se había esforzado en conseguir. Pero Marina ya tenía ideas diferentes. Como muchas de sus amigas, sus opiniones estaban inspiradas en el clima liberal que reinaba durante el deshielo de Kruschev. De ideas seguras e independientes, Marina empezó a mostrarse cada vez más escéptica con respecto a la política. Pensaba que ingresar en el Partido le exigiría demasiado…, mucho más de lo que estaba dispuesta a invertir en actividades de la esfera pública. Esas ideas se reforzaron con su matrimonio con Igor, con quien se había casado cuando cursaba el tercer año en el instituto. Igor era crítico con el sistema soviético, y con frecuencia discutía con Maria, pero a Marina no le interesaban esos debates. Rechazaba el Partido y la política, no por haber reflexionado en profundidad sobre la causa de su tragedia familiar, sino, al contrario, porque quería olvidar el pasado y empezar «una vida feliz». Sus principales intereses eran la música y el cine, bailar y hacer vida social con sus amigos. Igor la estimulaba a cultivar sus intereses. Su marido recibía un buen salario de ingeniero y soñaba con que ella no tuviera que trabajar y pudiera quedarse en casa. La atención que Marina prestaba a su apariencia personal despertaba constante desaprobación por parte de su madre, cuyas convicciones comunistas y actitudes espartanas no daban cabida a esas preocupaciones «pequeño-burguesas». Maria siempre se dejaba ver limpia y arreglada. Tenía una buena figura. Pero después de su regreso de los campos de trabajo, nunca sacó partido de mi apariencia ni se preocupó demasiado de ella. Como recibía un salario muy bajo, no podía permitirse gastar mucho en ropa ni en cosméticos. Pero, según su hija, había otro motivo que justificaba su falta de interés por esas cosas: la experiencia del campo de trabajo la había sumido en un profundo estado depresivo que se agravó aún más a partir de 1955, cuando se enteró de la muerte de su hijo Vladimir en el Gulag. «Después

de todo lo que ella había pasado», dice Marina:

> se abandonó y se entregó. Nunca se miraba en el espejo… ni usaba perfume o maquillaje… Sólo una vez se compró un abrigo que le sentaba bien, y desde atrás se la veía muy bien. Era alta y delgada, con piernas esbeltas y tobillos finos. De frente, su aspecto era totalmente distinto… su cabello era gris y ralo, y tenía el rostro marcado por las cicatrices.

Escasa de dinero, Maria vendió el abrigo y empezó a usar en cambio una chaqueta acolchada, como las que usaban los prisioneros del Gulag.[928]

Vladimir Majnach, el exdirector del trust Mogasz, que controlaba el abastecimiento de gas de Moscú, regresó a la capital soviética en junio de 1955, después de pasar catorce años en el campo de trabajo de Taishet. Su hijo Leonid, que era ya un joven de veintidós años, estaba muy resentido por el estigma que implicaba su «biografía mancillada». Nacido en las privilegiadas condiciones de la élite soviética, había vivido con su madre en una desesperada situación de pobreza tras el arresto de su padre. Su madre no tenía ningún ingreso propio. Ambos ocuparon una habitación en un apartamento comunitario que fue allanado varias veces por la policía en busca de pruebas incriminatorias contra los «familiares de los enemigos del pueblo». Ansioso por progresar, Leonid mintió sobre el arresto de su padre cuando se postuló para ingresar en la Escuela de Cine de Moscú (VGIK). En el momento del regreso de su padre, Leonid se movía en los bohemios círculos del mundo del cine, que habían florecido en el clima liberal del deshielo. También había desarrollado conexiones con la MGB. Su novia Tamara era la hijastra de Naftali Frenkel, el hombre que, en 1929, había sido responsable de la concepción del sistema del Gulag, y que vivía como un recluso en la capital soviética. Frenkel se interesó mucho por Leonid.

El regreso de Vladimir sin duda estaba destinado a irritar a

Leonid. El joven se vio repentinamente frente a un padre que pretendía reafirmar su autoridad sobre su esposa e hijo. Vladimir «era un personaje difícil», según su hijo.

> Era malhumorado y taciturno. No quería hablar de los campos de trabajo. Emocionalmente, se cerraba ante nosotros. Trajo a casa los hábitos y miedos que había adquirido en el campo de trabajo, y esperaba que nosotros nos adaptáramos a ellos. No dormía en la misma cama que mi madre, que en ese momento tenía cuarenta y seis años. Recuerdo que un día ella le dijo, con los ojos llenos de lágrimas: «¡Ya no soy una mujer para ti!».

A pesar de los años que había pasado en los campos de trabajo, Vladimir seguía siendo un inquebrantable leninista; seguía creyendo que las políticas de Stalin instrumentadas a principios de la década de 1930 (la colectivización de la agricultura y el programa de industrialización de los Planes Quinquenales) eran en esencial correctas. El mismo había desempeñado un papel importante en la ejecución y aplicación de esas políticas. En su opinión, sólo a fines de la década de 1930 Stalin había dejado de ser un comunista. Para Vladimir, el proceso del regreso era simplemente cuestión de hacer retroceder el reloj. Volvió a ingresar en el Partido, que reconoció retroactivamente su afiliación desde 1921. También volvió a su antigua esfera laboral, y fue designado subdirector de la Administración de Combustible y Energía de Moscú en 1956. Incluso le asignaron un automóvil con chófer y una dacha próxima a la que los Majnach tenían antes en Serebrianyi Bor. Pero Vladimir no había asimilado los cambios sociales que se habían producido desde su arresto. Venía de la generación de campesinos que habían ascendido hasta convertirse en la élite soviética a principios de la década de 1930.



Vladimir en 1956

En política era un radical, pero sus actitudes sociales eran conservadoras (había obligado a Maria a dejar de trabajar con el nacimiento de Leonid, porque pensaba que «un líder jerárquico del Partido debía tener una mujer que se quedara en casa»). Ahora Vladimir esperaba convertirse una vez más en el patriarca de la casa. No le gustaba que Leonid volviera tarde de noche, especialmente porque su vida en los campos de trabajo le había provocado un severo insomnio. Había constantes discusiones entre los dos. Una noche, Leonid regresó de una fiesta a medianoche. Se produjo una discusión que se convirtió en pelea. Vladimir golpeó a su hijo en el rostro. Leonid salió enfurecido del apartamento y se dirigió directamente a la casa de Frenkel, donde permaneció hasta que se casó con Tamara en 1958. Tal como recuerda Leonid, tras su ruptura con Vladimir, Frenkel se convirtió en la principal figura paterna de su vida. Opositor del deshielo de Kruschev, Frenkel conservaba fuertes conexiones con la MGB, que promovieron a Leonid como director cinematográfico y que le reportaron el encargo de su primera película, una historia panfletaria sobre espías soviéticos durante la Guerra Fría.[929]

Entre los supervivientes de los campos de trabajo cundía la sensación de que su experiencia era incomunicable, un abismo infranqueable que se abría entre ellos y todos los que no habían estado nunca en un campo de trabajo. En 1962, María Drozdova regresó a Krasnoe Selo con su familia, después de veinte años de prisión y exilio en Norilsk. «¿Qué podía decirles?», escribe:

> Que estaba viva y había regresado. ¿Pero qué podía contarles sobre mi vida allí? ¿Cómo había sido mi viaje hasta Norilsk en una caravana? ¿Cómo podían entender ellos el término «caravana»? Por más detallada que fuese mi descripción, seguiría siendo incomprensible para ellos. Nadie podía entender la experiencia por la que habíamos pasado. Sólo aquellos que la habían compartido podían entenderla y solidarizarse con nosotros.[930]

Al igual que muchos exprisioneros, Maria se sentía mucho más próxima a sus amigas de Norilsk que a su propia familia, y siguió viéndolas con regularidad tras su liberación. «Las amistades que se sellaban en los campos de trabajo eran de por vida», escribe un exprisionero. Según muchos supervivientes del Gulag, las personas que habían estado juntas en los campos de trabajo tendían a brindarse mayor apoyo mutuo que el que ofrecían los familiares y amigos cuando los reclusos volvían a su casa. En una sociedad en la que los exprisioneros solían ser víctimas de los prejuicios y la malevolencia, se forjaban entre ellos vínculos de confianza y mutua dependencia. Aunque los prisioneros no hablaban de su vida en los campos de trabajo con sus familiares, sí lo hacían con sus amigos del Gulag. Se escribían cartas, se reunían para las fiestas, se visitaban y organizaban reuniones. Sonia Laskin tenía un amplio círculo de viejas amigas del campo de trabajo de Vorkuta. Siempre alojaba a alguna en su apartamento de Moscú. Algunas se habían convertido en miembros de la familia ampliada de los Laskin y asistían a la celebración de todos los cumpleaños. «El espíritu de

camaradería era extraordinario —recuerda Valeri Frid, hablando de sus viejas amistades del campo de trabajo de Inta —. Sin ninguna afectación, sin largas conversaciones previas, simplemente nos ayudábamos mutuamente». Según Frid, el gran escritor del Gulag, Varlam Shalamov, se equivocó cuando escribió que no había nada positivo que un prisionero pudiera llevarse de su experiencia en los campos de trabajo. Su propia amistad y colaboración de toda la vida con el cineasta Iuri Dunski fue fortalecida por los años que pasaron juntos en Inta. «Agradezco a los campos de trabajo que me hayan enseñado el verdadero significado de la amistad — recuerda Frid—, y que me hayan dado tantos amigos».[931]

Algunos prisioneros volvieron a casa con nuevas esposas o nuevos maridos que habían conocido «en el otro lado». En el caso de las mujeres, en particular, estos «matrimonios del Gulag» se producían simplemente debido a la lucha por la supervivencia. Pero también se basaban en la comprensión y la confianza que solía primar entre los prisioneros.

Después de su liberación del campo de trabajo de Norilsk, que se produjo en 1946, Olga Lobacheva, la especialista en mineralogía, permaneció en Norilsk como trabajadora voluntaria. Se casó con un geólogo llamado Vladimir, un voluntario que había estudiado en la Universidad de Saratov y que era veinte años menor que ella. En 1956, ambos regresaron juntos a Semipalatinsk, donde, antes de ser arrestada, Olga había vivido en exilio, tras el arresto de su primer esposo, Mijail. Olga no sabía qué le había ocurrido a Mijail. Al no tener noticias de él, había supuesto que había muerto y, con esa convicción, se había casado con Vladimir. En realidad, Mijail había sido condenado a diez años de trabajo forzado en los campos de Karaganda. Allí se había casado con otra prisionera, una joven y bella judía húngara

llamada Sofía Oklander, con quien había tenido una hija en 1948. «Ellos también se habían aproximado por la necesidad de amor y de amistad —reflexiona el hijo de Olga y Mijail—. No fue culpa suya, pero mis dos padres se enamoraron de personas más jóvenes y terminaron traicionándose mutuamente». En 1956, Mijail se mudó con su nueva esposa y su hija a Alma-Ata. Estableció contacto con Olga y fue a visitarla a Semipalatinsk. Incluso trató de convencerla de que volviera con él. Pero Olga se negó a perdonar a su exesposo por haberse casado con Sofía «sin haber intentado antes localizarla a ella».[932]

Liudmila Konstantinova también se casó con alguien que conoció en los campos de trabajo. Mijail Yefimov, un fuerte y apuesto campesino de Novgorod, había sido enviado a Kolima en 1934, por el dcli to menor de «vandalismo», y formaba parte del equipo de trabajadores que construyó la ciudad de Magadán. En 1937, Yefimov ya había ter minado de cumplir su sentencia de tres años, pero no tenía dinero para regresar a Novgorod, de manera que se quedó en Magadán como voluntario. Liudmila lo conoció en 1938, cuando trabajaba como reclusa en la fábrica de algodón donde Yefimov instalaba conductos de ventilación. Liudmila había estado en Kolima desde 1937; no sabía lo que le había ocurrido a su esposo después de haber sido arrestado, en 1936. Poco después de conocer a Yefimov, cayó gravemente enferma de una infección renal. Yefimov la cuidó hasta que recuperó la salud, comprándole medicinas y alimentos especiales. En 1944, la mujer se enteró de que sus hijas, Natalia y Elena, habían sido rescatadas de un orfanato por la abuela, que las había criado en el exilio en medio de la estepa, en la remota ciudad de Ak-Bulak. Un año más tarde, cuando Natalia y Elena volvieron a Leningrado con su abuela, Yefimov empezó a enviarles paquetes y dinero. Liudmila fue

liberada del campo de trabajo en el otoño de 1945, pero permaneció en Magadán para estar con Yefimov, a quien le habían negado autorización para trasladarse a Leningrado. En 1947, Liudmila y Yefimov se casaron. Diez años habían transcurrido desde el arresto del esposo de Liudmila, y ella no había tenido en todo ese tiempo ninguna noticia de él. No pudo conseguir ninguna información de las autoridades soviéticas, por lo cual supuso que había muerto.[933*] «No se puede tener a alguien esperando eternamente —escribió a su madre en 1945, cuando le concedieron el divorcio de su primer esposo—. La gente necesita vivir en el mundo real».



De izquierda a derecha: Elena Konstantinova, su madre, Liudmila; su abuela Elena Lebdeva, y su hermana Natalia. Leningrado, 1950.

Liudmila no estaba enamorada de Yefimov. En las cartas a su madre lo describe como «un buen camarada desde los primeros penosos días que pasé en Kolima». Era fuerte y un hombre de fiar, habían entablado una duradera amistad basada en la experiencia compartida del Gulag, y ella confiaba en él como puntal emocional después de su liberación. En 1948, Liudmila se mudó con Yefimov a Novocherkassk, cerca de Kostov del Don, donde viviría hasta su muerte en 1992. Una vez al año iba a Leningrado a visitar a sus hijas y a su

madre. A veces, Yefimov la acompañaba. Siguió siendo una figura remota para sus hijastras, quienes lo trataban de usted, a la manera reservada habitualmente para los desconocidos. «Sólo poco antes de que mamá muriera empecé a tutearlo», recuerda Natalia. Elena y Natalia permanecieron con su querida abuela hasta que la anciana murió en 1968; nunca vivieron con su madre como una familia.[934]

Ilia y Alexandra Faivisovich eran peluqueros en Osa, una pequeña población de los Urales, al sur de Perm. Ambos fueron arrestados en 1939, debido a denuncias de sus clientes que afirmaban que se habían quejado de la escasez. Ilia fue condenado a diez años de trabajos forzados en un campo cerca de Gorki; Alexandra a cinco años de trabajos forzados en un campo próximo a Arjangelsk. Su hija Iraida fue criada por la abuela hasta el regreso de Alexandra, que se produjo en 1945. Cuatro años más tarde, Ilia fue liberado. Alexandra había esperado pacientemente su regreso. Finalmente, llegó el día. La casa estaba llena de familiares de Alexandra: ella había preparado una comida especial para el retorno al hogar de Ilia, Pero Ilia no apareció. En cambio, su hermana Lida llegó desde Perm y les contó que Ilia había llegado a su casa acompañado de una mujer joven, su nueva esposa. Alexandra y su hija fueron a visitarlo, una escena que Iraida recuerda:

> Se abrió la puerta y allí estaba papá… No lo habíamos visto durante diez años. Me abrazó y me besó… Nina [su nueva esposa] estaba de pie en la habitación. Mamá empezó a llorar. Lida trató de calmarla. «¿Qué esperas si hace diez años que no se ven?», dijo. Mamá siguió llorando. Papá me abrazó muy fuerte, como diciéndome que yo no podía hacer nada. ÉJ había estado bebiendo mucho, y estaba ebrio, me parece. Mamá empezó a maldecirlo: «¡Has arruinado mi vida! ¡Has destruido a nuestra familia! —le gritaba…—. ¿Por qué no me escribiste para decirme que no te esperara?».

Alexandra sufrió un colapso nervioso y pasó cuatro meses en un hospital psiquiátrico. Ilia y Nina se establecieron en una pequeña población próxima a Sverdlosk, donde vivieron en

una antigua casa de baños. Se habían conocido en el campo de trabajo, en cuyo hospital trabajaba Nina, una joven médica judía de Leningrado. Nina le había salvado la vida a Ilia. Lo habían llevado al hospital con un severo caso de congelamiento después de que el hombre se desmayara de agotamiento mientras partía leña sin haber comido, y no lo habían hallado durante varios días. Nina se enamoró de él. Ilia volvió del campo de trabajo convertido en un inválido. Dependía de Nina para poder caminar. Una vez al año, iba a Osa para visitar a Alexandra e Iraida. A veces les escribía, pero la familia nunca recuperó la relación. Después de la muerte de Nina, que se produjo en 1978, Iraida trató de convencer a su padre de que volviera con Alexandra, pero él se casó con otra mujer. Alexandra nunca volvió a casarse. Nunca se recuperó de la traición de Ilia. Según la hija, siguió enamorada de él. Tenía su foto junto a su lecho y murió con ella entre las manos.[935]



Nina e Ilia ante su casa, cerca de Sverdlosk, 1954.

Zinaida Levina era una de las fundadoras de la Organización de los Pioneros en Ucrania, donde había nacido en 1904, en el seno de una familia judía. Fue arrestada en 1937 y sentenciada a ocho años de trabajos forzados en el

campo de Kolima. Su esposo, un ingeniero llamado Danil, también fue arrestado por ser «familiar de un enemigo del pueblo», y exiliado durante tres años a Turkmenistán (tras su liberación, sirvió en el ejército, fue herido en el frente y evacuado a Siberia). La hija de ambos, Larisa, que tenía cuatro años cuando arrestaron a sus padres, fue criada por su abuela en el apartamento comunitario que la familia compartía en Kiev. En 1945, Danil regresó de Siberia con una nueva esposa, Regina, y una hija. Se instalaron en las dos pequeñas habitaciones en las que vivían también tres hermanas de Danil. Larisa fue a vivir con ellos. Se llevó bien con su medio hermana, pero Regina y sus tías la detestaban. Según Larisa, Danil había preferido renunciar a Zinaida y divorciarse de ella porque temía que volvieran a arrestarlo a su regreso del exilio si seguía casado con una «enemiga del pueblo». Pero la madre de Zinaida, que había advertido que su yerno era un mujeriego, creía que simplemente había aprovechado el arresto de su esposa para casarse con Regina, quien era joven y bella, y se negaba a visitarlos. De esa manera, separada de su abuela, la situación de Larisa en la casa de su padre se hizo más difícil.

Después de ser liberada en 1946, Zinaida recibió la orden del Estado de establecerse en Zvenigorodka, una pequeña ciudad cercana a Kiev. Un día apareció en el apartamento de su madre acompañada por un niño pequeño llamado Valeri, a quien presentó como su hijo. En Kolia, Zinaida se había enterado de la masacre de la población judía de Kiev en Babi Yar, durante el mes de septiembre de 1941. Temiendo que su familia hubiera sido aniquilada, decidió tener otro hijo antes de que fuera demasiado tarde (tenía treinta y siete años), y dio a luz a Valeri en 1942. Se negó a confesar quién era el padre, (y se llevó el secreto a la tumba), pero todo el mundo supuso que se trataba de algún guardia de la prisión. En 1949,

Zinaida fue arrestada otra vez con la acusación de «elemento antisocial» (fue en el momento más intenso de la campaña contra los judíos) y sentenciada a tres años en el campo de trabajo de Potma (más tarde fue exiliada a Dzhambul, en Kazajstán). Valeri se quedó con su abuela, pero pocos meses más tarde la anciana falleció. Larisa rogó a su padre que rescatara al niño. Se sentía responsable de su medio hermano, un niño difícil con severos trastornos de conducta: «Algo me impulsaba a amarlo. Experimentaba ese sentimiento de responsabilidad. Y lo sentía en mi corazón. Yo no tenía familia, y quería protegerlo como si fuera mío». Sin embargo, las hermanas de Danil entregaron a Valeri a un orfanato, ya que pensaban que era el Estado el que debía hacerse cargo del hijo de un guardia. Valeri desapareció hasta 1953, cuando le escribió a Larisa desde otro orfanato, en Uzhgorod (Ucrania occidental). Larisa fue a recogerlo y lo llevó con su madre a Dzhambul, donde los tres vivieron durante los dos años siguientes. «En esa época», recuerda Larisa,

> yo casi no conocía a mi madre. Nunca había vivido verdaderamente con ella, y ese período, entre 1953 y 1954, fue el primero que había pasado junto a ella… Me inundó de cariño…
>
> Me sentí abrumada. No estaba acostumbrada… Pero pronto descubrí las alegrías del amor familiar.

En 1955, Zinaida so enamoró de otro judío exiliado a Dzhambul, un hombre que había perdido a su familia en Babi Yar. El la ayudó con Valeri y lo quiso como si fuera su propio hijo. Se casaron en 1956. Liberados del exilio, volvieron a Kiev, donde empezaron una nueva vida como una familia.[936]

Para algunos prisioneros, sin embargo, la vida familiar ya no era posible. Tenían demasiado miedo… de desilusionarse, de ser una carga, de ser incapaces de relacionarse.

Natalia Iznar nació en 1893 en una familia de abogados de San Petersburgo. En la década de 1920, trabajó como artista

gráfica y escenógrafa del Teatro de Arte de Moscú y del Estudio de la Opera de Stanislavski. En 1932, se divorció de su primer esposo y se casó con Grigori Abezgauz, un funcionario de bajo rango del Comisariado de Arte y Educación. En 1937, Abezgauz fue arrestado y fusilado. Natalia también fue arrestada y condenada a ocho años en el campo de trabajo del ALZhIR. Tras su liberación, en 1946, permaneció en Dolinka, donde trabajó como artista decoradora para el Departamento Político del MVD, que era responsable del arte y el teatro de propaganda en los campos de trabajo. Natalia tenía familiares en Moscú y en Leningrado. Tenía una hija de su primer matrimonio. Pero prefirió quedarse en la colonia del Gulag antes que volver con su familia. Los años de separación en el campo de trabajo habían quebrado algo en su interior, y era irreparable. Natalia escribió a su cuñada, que estaba en Moscú, para explicarle:

> Chistye Prudy 15, Apt. 27
>
> Elena Moiseievna Abezgauz
>
> Mi querida, es una suerte que Liudmila Alexandrovna [una amiga del ALZhIR] pueda entregarte personalmente esta carta. Finalmente, puedo explicarte esto de una manera que podrás entender. Han transcurrido seis semanas desde que recobré la libertad, y sin embargo ésta es mi primera carta. ¿Cómo explicarlo? Es doloroso reconocer que después de estos largos años de separación hay ahora un abismo infranqueable entre las dos. En el breve período de mi, así llamada, libertad me he dado cuenta de que ya no puedo sentirme próxima a ti. Cuando pienso en regresar contigo, me abruma la aterradora idea de que no seré necesaria, de que me sentiré fuera de lugar, y de que no seré una ayuda para ti. He perdido toda seguridad como madre. Después de todos estos años, soy una persona completamente diferente…, más seria. Quiero trabajar. Estoy tratando de educarme para vivir sin sentir que necesito una familia, para erradicar ese sentimiento hasta sentir que nunca ha existido en mi interior. No necesito otra cosa salvo mi trabajo… Liudmila Alexandrovna te contará todo sobre la manera en que vivo, sobre mi carácter, mi apariencia y demás. Es una persona muy querida para mí, más próxima a mí que cualquier familiar, porque ha estado a mi lado y ha experimentado las mismas cosas que yo en el campo de trabajo. Es una alegría tan grande encontrar a una persona absolutamente buena… Siento internamente que

he perdido a todos mis parientes… No es algo malo…, simplemente…, es así.[937]

3

Cuando Sonia Laskina fue liberada del campo de trabajo de Vorkuta, le entregaron dos cosas: un certificado de liberación firmado por dos administradores de su campo y un billete de tren de segunda clase para Moscú. Sonia tenía una familia, un empleo y un apartamento a los cuales volver en Moscú. Otros prisioneros eran mucho menos afortunados. No tenían ningún sitio adonde ir: sus familias habían sido desmembradas o se habían trasladado, sus casas habían desaparecido o habían sido ocupadas por otros, o se les prohibía regresar a las ciudades en las que habían vivido antes. Proscritos de los mayores centros urbanos, muchos exprisioneros se veían obligados a vivir una existencia marginal en viviendas provisionales, en cualquier sitio donde las autoridades soviéticas aceptaran registrarlos. Las autoridades eran reticentes a conceder ese derecho a ex «criminales». La lucha para superar los obstáculos legales y la discriminación institucionalizada que les impedía regresar a sus ciudades y sus hogares era larga, complicada y desalentadora.

СССР
МИНИСТЕРСТВО
ВНУТРЕННИХ ДЕЛ

Форма А

АХ

ИТЛ ЖС

10 ноября 1955 г.

СПРАВКА № 071228

IV ПЧ-693593 11/XI 55 г

Выдана гражданину(ке) Ласкиной Софье Самойловне

год рождения 1911 национальность еврейка

уроженцу(ке) гор. Шклова Могилевской обл.

в том, что он(она) содержался(ась) в местах заключения МВД с 24 мая 1950 г. по 10 ноября 1955 г., откуда освобожден(а) по определению Военной Коллегии Верховного Суда СССР от 22/X-1955 г. за прекращением дела за недоказанностью.

Следует к месту жительства город Москва (город, село, район, область)

Начальник ИТЛ ЖС/22 (колонии, тюрьмы) (подпись) Дмитриев

Начальник отдела (части) (подпись)

Ж-175/22 СССР

El certificado de liberación de Sonia. Registra la fecha de su encarcelamiento, cita la decisión de la Corte Suprema de cerrar el caso en su contra «por falta de pruebas», y autoriza a regresar a Moscú como lugar de Residencia.

En 1953, a los setenta y ocho años de edad, Liudmila

Tideman (de soltera Obolenskaia) volvió a Leningrado desde Orenburg, donde había vivido en el exilio desde 1935. Después de muchas peticiones, recibió autorización del Soviet de la ciudad para volver a instalarse en su antigua habitación del apartamento comunitario en el que había vivido con su hijo y su hija antes de ser arrestada. Sin embargo, a su regreso al apartamento, el comité de la vivienda se negó a registrarla como residenta, alegando que tres personas de su familia habían vivido previamente allí, por lo que ahora no podía vivir ella sola. Durante varias semanas, Liudmila hizo cola ante el departamento de policía, el departamento de Vivienda local, el Soviet de la ciudad y diversas oficinas más, procurando establecer su derecho a ocupar la habitación ella sola. «El aspecto más repugnante de todo era que en todas partes pensaban que yo era una estafadora —escribió a Simonov—. Me decían que había consignado nombres de más [en la orden del Soviet que la autorizaba a ocupar su vivienda] para recibir más espacio donde vivir». Las autoridades no le permitían vivir sola allí, ni cambiaban los nombres de la orden, alegan do, según ella, que «ellos no cometen errores», de manera que el caso se postergó penosamente. Por fin, meses más tarde, Liudmila fue autorizada a volver a su hogar.[938]

La secretaria personal de Simonov, Nina Gordon, tuvo un período igualmente difícil. Su esposo, Iosif, había sido arrestado por segunda vez y enviado como castigo a Krasnoiarsk, donde Nina se reunió con él en 1951. Cuando la pareja regresó a Moscú en 1954, se alojaron en casa de Simonov a la espera de encontrar un sitio donde vivir. Aunque Nina y Iosif eran moscovitas, les resultó imposible lograr que los registraran como residentes, incluso con la ayuda de Simonov, quien dirigió una carta al Soviet e incluso escribió al director de la policía de Moscú en nombre de esta

«honesta pareja trabajadora que ha padecido tan grave infortunio durante los últimos años». Finalmente, se les permitió permanecer en Moscú durante un año, y se mudaron a una habitación de un apartamento comunitario que les había conseguido Simonov. Iosif consiguió empleo en los Estudios Cinematográficos Gorki, y Nina volvió a trabajar con Simonov. Pero sus derechos de residencia fueron anulados muy pronto, sin motivo aparente, y la pareja fue informada de que debía abandonar la capital en un mes. Simonov protestó en una carta dirigida al jefe del MVD de Moscú:

> La conclusión es simple: una persona que sin haber cometido ningún delito ha pasado muchos años en la prisión y en el exilio, y que finalmente ha regresado al trabajo del que injustamente la arrancaron, es obligada a dejar una vez más ese trabajo e irse lejos. Su esposa, que ya abandonó una vez su trabajo para reunirse con su esposo, ahora debe volver a dejarlo para abandonar nuevamente su ciudad natal si quiere estar con él. No sólo es injusto, sino inhumano.

Gracias a la petición de Simonov, a la pareja se le permitió de nuevo permanecer transitoriamente en Moscú. Vivieron en ocho habitaciones y apartamentos diferentes durante los cuatro años siguientes, hasta que por fin se los registró como ciudadanos permanentes. En 1958, Simonov consiguió que los pusieran en la lista de espera para conseguir un apartamento individual, en un edificio que en ese momento se construía para los trabajadores de los Estudios Cinematográficos Gorki. Pero la construcción del edificio se demoró, obligando a Iosify Nina a buscar más alojamientos transitorios. Sólo en 1966, poco antes de la muerte de Iosif, la pareja consiguió por fin un pequeño apartamento propio.[939]

Encontrar trabajo era casi tan penoso como encontrar un lugar donde vivir. Los funcionarios soviéticos en general desconfiaban de los exprisioneros, y muchos empleadores los seguían considerando, con suspicacia, díscolos potenciales y

«enemigos del pueblo». El regreso de los prisioneros políticos siguió a la liberación de los delincuentes comunes de los campos de trabajo, que se produjo como resultado de la amnistía de marzo de 1953. La mayoría del pueblo soviético no distinguía entre los «presos políticos» y los delincuentes comunes. La gente relacionaba las liberaciones del Gulag con el aumento de la criminalidad y el vandalismo que se hizo sentir a partir de 1953 (de la misma manera que lo asociaron con la reaparición de «las amenazas y enemigos internos» después de la sublevación húngara de 1956, un momento en que la prensa soviética se llenó de propaganda al respecto). A muchos exprisioneros se les negaba trabajo incluso después de haber sido rehabilitados. El hecho mismo de su rehabilitación era frecuentemente causa de prejuicios y sospechas por parte de los empleadores, quienes no deseaban correr el riesgo de contratar a una persona que había sido rotulada de «criminal» político apenas unos años antes. Un exprisionero recuerda que el gerente de una fábrica de Jarkov le dijo que, «aunque me habían rehabilitado, a sus ojos yo seguía siendo una persona con un pasado vergonzoso». Hasta el momento en que Kruschev enunció la explícita condena de los crímenes de Stalin en el XX Congreso del Partido en 1956, la actitud pública hacia los prisioneros que habían regresado del Gulag osciló entre la desconfianza y la hostilidad. La gente temía tener cualquier relación con los ex «enemigos» que volvían de los campos de trabajo. La visión de esos prisioneros despertaba recuerdos molestos, tal vez incluso sentimientos de culpa y de vergüenza, en muchos ciudadanos que habían gozado de una existencia relativamente confortable mientras sus compatriotas languidecían en los campos de trabajo. La mayoría de la gente prefería ignorar a los exprisioneros, del mismo modo que, durante el reinado de Stalin, nadie había querido mencionar a los millones de

personas desaparecidas. Lev Kopelev recuerda que, tras su regreso de los campos de trabajo, se sentía incómodo con las personas exitosas que habían logrado evitar las purgas de los años de Stalin, y que prefería la compañía de personas que habían sido «desafortunadas en algún aspecto». Al menos con ellas podía estar seguro de que no se encontraba junto a alguien que había construido su carrera colaborando con el sistema de represión.[940]

El problema de encontrar trabajo y vivienda se hizo tan agudo que algunos exprisioneros acabaron por regresar a los campos de trabajo. A partir de 1953, muchos de los campamentos siguieron en funcionamiento como zonas económicas especiales que daban empleo a mano de obra nominalmente libre, sobre todo a prisioneros liberados.

Éstos recibían un salario, pero no podían marcharse de las remotas colonias debido a que sus movimientos estaban sometidos a restricciones legales. También se dio el caso de que algunos eligieran permanecer en los campos y colonias de trabajo porque no se sentían preparados para regresar a la sociedad. En algunos campos de trabajo, los viejos barracones siguieron habitados por exprisioneros hasta bien entrada la década de 1960. Incluso hubo casos de exprisioneros que cometieron delitos menores para que los arrestaran y volvieran a enviarlos a los campos de trabajo, donde al menos estaban seguros de que tendrían su ración de pan.[941]

Tras regresar de los campos de trabajo de Kolima en 1953, Ivan Uglitskij no pudo conseguir empleo ni un sitio donde vivir en su ciudad natal de Cherdyn; la policía se negó a concederle el pasaporte necesario para que obtuviera derecho de residencia. Viajó por todo el país en busca de trabajo, viviendo del dinero que había ahorrado mientras trabajaba como electricista en Kolima. Primero fue a Moscú. Su mayor

ambición era ver la Plaza Roja. Pero tenía tan mal aspecto con su chaqueta acolchada del campo de trabajo, llena de remiendos, que de inmediato la policía lo detuvo y lo deportó. En todo caso, se le prohibió volver a Moscú. Después fue a Novozybkov, una pequeña ciudad de la región de Briansk, al sudeste de la capital, donde vivía su exesposa con su nuevo esposo y sus dos hijos, pero tampoco pudo encontrar trabajo allí. Después fue a Donbass, con la esperanza de encontrar empleo en las minas, pero no halló donde vivir, y si no se registraba como residente nadie aceptaba contratarlo. Se topó con el mismo problema en Zhdanov y en Taganrog. Después de meses de desesperada búsqueda, Ivan terminó en una granja estatal cercana al mar de Azov, donde todos los obreros vivían en refugios subterráneos, pero ni siquiera allí pudo conseguir trabajo: una sola mirada a su certificado de liberación de Kolima fue suficiente para que los funcionarios a cargo de la granja lo rechazaran. Finalmente, Ivan consiguió trabajo justo en el momento en que había decidido regresar a Kolima. De camino hacia el campo, se detuvo en Krasnokamsk para visitar a la familia de su hermano, que vivía en los barracones de un excampo de trabajo. Ivan se presentó ante un funcionario de la fábrica de ladrillos anexa al campo y le pidió trabajo. Aunque inicialmente lo rechazaron, un soborno —bajo la forma de un reloj— persuadió al funcionario de que debía cambiar de idea. Ivan trabajó en la fábrica de ladrillos hasta que se retiró, en 1981.[942]

Entre 1953 y 1957, las autoridades soviéticas rehabilitaron a alrededor de seiscientos doce mil exprisioneros, muchos de ellos de manera póstuma. Según la retórica de la dirigencia soviética, la rehabilitación era un proceso destinado a restablecer la verdad —para revivir la fe en los principios de justicia establecidos en 1917—, y visto desde fuera, había en el intento cierta cualidad idealista. Pero desde la perspectiva de

la gente común que procuraba recuperar sus derechos civiles, la realidad concreta era muy diferente. Para ellos, la rehabilitación significaba una prolongada y humillante serie de visitas a diversas oficinas, donde los obligaban a esperar en largas colas, llenar formularios y pugnar con funcionarios que con frecuencia se mostraban hostiles. No era inusual que un exprisionero tuviera que escribir una docena de cartas antes de que las autoridades soviéticas accedieran a considerar sus apelaciones, aunque el proceso de revisión judicial y rehabilitación se aceleró después de 1956. A veces los apelantes eran convocados a presentarse ante una comisión en las oficinas de la MVD o en el Ministerio de Justicia, lugares que inspiraban temor a los exprisioneros, que solían presentarse con sus chaquetas de abrigo, acompañados por familiares llorosos, convencidos de que volverían a enviarlos a los campos de trabajo. No resulta sorprendente que esos temores y obstáculos disuadieran a mucha gente de solicitar la rehabilitación (y probablemente ésa fuera la intención de las autoridades). La revisión judicial y los procedimientos burocráticos se llevaban a cabo a disgusto. Los funcionarios soviéticos tenían obvios motivos para demorarlos: muchos de ellos habían sido ascendidos a partir de los casos que habían inventado contra los «enemigos del pueblo», y tenían miedo de ser enjuiciados en caso de que esas viejas injusticias salieran a la luz. Algunos de los intentos de rescatar algo de las acusaciones originales ofrecen pruebas de lo mezquinas y ridículas que eran a menudo. Por ejemplo, un veterano de guerra había sido condenado en 1947 a diez años en un campo de trabajo por «propaganda antisoviética» (había hecho algunos chistes «antisoviéticos»). En 1954, redujeron su condena a cinco años, tras una apelación, y el hombre fue liberado inmediatamente. El fiscal asignado a la investigación había decidido que, después de todo, los chistes no habían

sido tan antisoviéticos. Pero había justificado la acusación original (negándose a anular el caso y a rehabilitar al prisionero) alegando que uno de esos chistes podía haber sido entendido como antisoviético.[943]

Finalmente, cuando se concedía la rehabilitación, ésta no venía acompañada de ninguna disculpa por el injusto arresto, por no hablar de los años malgastados en un campo de trabajo. Según opinaba la mayoría de los funcionarios, la rehabilitación de un excriminal no eliminaba toda su culpa. Como un mayor del KGB le recordó a un exprisionero en 1960: «La rehabilitación no significa que usted haya sido inocente, sino tan sólo que sus delitos no eran tan graves. ¡Pero siempre queda un fondo delictivo!».[944]

Para muchas personas la necesidad de rehabilitación era tan fuerte que ningún obstáculo era capaz de disuadirlas. Ser rehabilitado era algo particularmente importante para los exmiembros del Partido y para todos los que se habían comprometido con los valores públicos de la K evolución de 1917. Para ellos, el reconocimiento de su integridad cívica era fundamental para la recuperación de su dignidad personal. Por el mismo motivo, muchas de esas personas querían ser reincorporadas al Partido. Sólo cuando les devolvían su credencial del Partido se sentían plenamente restituidos como ciudadanos soviéticos. La viuda de un enemigo del pueblo» que pasó doce años en los campos de trabajo del ALZhIR recuerda el orgullo que experimentó cuando recibió la pensión de su esposo, que había sido póstumamente reincorporado a las lilas del Partido. Como viuda de un miembro del Partido, recibió muchos beneficios especiales que no eran concedidos a otras familias víctimas de la represión (y esto le hizo concebir una idea distorsionada de lo que implicaba la rehabilitación para casi todo el mundo), pero

esas ventajas eran importantes para ella particularmente, y en primer término, como símbolo de su reintegración a la sociedad:

> Políticamente y como ciudadana sentía que finalmente había vuelto a convertirme en una persona. Más que eso, en cierto sentido era una especie de «heroína del día». Los miembros del Partido que eran rehabilitados experimentaban un ascenso social. Nos ponían a la cabeza de la fila de los que esperaban que les asignaran vivienda, vacaciones, ayuda financiera y cosas por el estilo.[945]

Para otros, la rehabilitación era importante porque devolvía significado a sus vidas y a sus convicciones políticas. A pesar de las injusticias que habían padecido, muchas personas todavía sostenían firmemente su compromiso con los ideales soviéticos. Esa convicción daba sentido a sus vidas, y —tal vez también a sus sacrificios. Muchos incluso se enorgullecían de que su trabajo en los campos hubiera contribuido a la causa soviética, como en el caso de Alexandre Degtiarev, un especialista del Instituto de Agricultura Lenin, quien explicó lo siguiente al periodista Anatoli Zhukove, en la década de 1970:

> Extraje con mis propias manos tantos metales preciosos en el campo de trabajo que podría haberme convertido en multimillonario. Ésa fue mi contribución al sistema comunista. Y el factor más importante que aseguró mi supervivencia en esas penosas condiciones fue la inquebrantable e inagotable fe en nuestro Partido Leninista y en sus principios humanistas. El Partido me dio la fuerza necesaria para soportar todas esas duras pruebas. El Partido mantenía con vida nuestro espíritu y nuestra conciencia, nos ayudaba a luchar. La reincorporación a las filas comunistas fue el acontecimiento más feliz de mi vida.[946]

Había otra categoría de gente que procuraba ser rehabilitada porque creía que era la manera de eliminar la vergüenza que empañaba su nombre. María Drozdova, que había sido liberada de los campos de trabajo de Norilsk, no sintió que era realmente libre hasta que fue rehabilitada: «Sólo entonces pude mirar a la gente a los ojos con orgullo y honor. Ya nadie tenía derecho a injuriarme».[947]

La rehabilitación fue un enorme alivio para los Turkin, que habían sido estigmatizados como familiares de un «enemigo del pueblo» desde 1936, cuando Alexandre Turkin, el veterano periodista bolchevique de Perm, fue arrestado por «trotskista». Durante veinte años, la esposa de Alexandre y sus dos hijas creyeron que Alexandre era culpable de algún delito contra el Estado: era la única manera en que podían explicarse la hostilidad que manifestaban hacia ellas examigos y vecinos. La suegra de Alexandre había recortado su rostro de la foto familiar que pendía en la sala («si tenemos un enemigo entre nosotros, debemos eliminarlo»), y desde entonces la familia ni siquiera lo nombraba. De manera que, cuando a la esposa de Alexandre le dijeron que su esposo en realidad había sido inocente, y cuando más tarde recibió el documento que certificaba su rehabilitación, fue una verdadera liberación para toda la familia. Finalmente podían hablar, sin sentir vergüenza, del esposo y el padre que habían perdido. «En cuanto la gente se enteró de que mi padre había sido rehabilitado, empezaron a cambiar su actitud hacia nosotros —recuerda Vera, hija de Alexandre—. Fue algo muy importante para nosotros en el aspecto moral, porque también habíamos dudado de él, y resultó que habíamos estado equivocados».[948*]

No todo el mundo consideraba que la rehabilitación era una respuesta adecuada. Algunos opinaban que ellos siempre habían sabido que eran inocentes, que no necesitaban la reivindicación de un sistema que había demostrado a todas luces su propia injusticia. Este punto de vista era el más generalizado entre los miembros más antiguos del Partido, los seguidores de Lenin, quienes consideraban a Stalin un «contrarrevolucionario». Otros, como Lev Netto, uno de los cabecillas de la sublevación de Norilsk, que fue liberado del campo de trabajo en 1956, se negó a solicitar su rehabilitación

«por principios». Hablando en nombre de sus camaradas del levantamiento, Netto explica: «Sentíamos que no necesitábamos el perdón del Estado, que era culpable de un delito en nuestra contra. Lo que estaba en juego era el respeto hacia nosotros mismos, y nuestra dignidad».[949]

Para muchos miembros del Partido y sus familias, la rehabilitación no era suficiente para restablecer la justicia si no se producía también una reincorporación al Partido (algo que también significaba recibir una compensación adicional por parte del Estado). Pero el proceso de reincorporación era extremadamente lento, sobre todo en las provincias, donde muchas organizaciones partidarias seguían dominadas por los viejos jefes, que habían ascendido hasta la cumbre inventando casos contra «enemigos del pueblo», y que ahora corrían el riesgo de perderlo todo si reconocían sus errores. Alexandre Turkin era uno de los treinta bolcheviques de Perm que habían sido injustamente arrestados como «trotskistas» en 1936. En el momento de su rehabilitación, en 1956, la prensa local había planteado el tema de su reincorporación al Partido, pero a pesar de los esfuerzos de sus familias, el asunto fue sepultado polla organización partidaria, hasta que volvió a emerger con el período del *glasnost*, durante la década de 1980. Pero incluso entonces, los líderes locales demoraron el procedimiento todo lo posible: ni uno de los treinta bolcheviques fue reincorporado al Partido antes de que la organización fuera abolida, en 1991.[950]

Si no eran reincorporados al Partido, la compensación que se entregaba a los exprisioneros rehabilitados era tan insignificante que muchos se negaban a aceptarla. Cuando Zinaida Bushueva fue rehabilitada en 1957, le entregaron dos meses de salario, calculado con los valores de 1938, el año de su arresto, como compensación de los ocho años que había

pasado en los campos de trabajo del ALZhIR, y otros dos meses de salario por su esposo, quien había sido fusilado en 1938 y rehabilitado póstumamente «por falta de pruebas» en su contra. La mujer usó el dinero para comprar un abrigo para sus dos hijas, un traje para su hijo y una mesa con seis bancos para el apartamento de una habitación que les había concedido el Soviet en Perm.[951]

Olga Adamova-Sliuzberg se postuló para la rehabilitación de sí misma y de su esposo en 1954. Esperó dos años antes de recibir el certificado usual, que consignaba que su caso había sido revisado y que las acusaciones en su contra habían sido eliminadas por falta de pruebas. «Había pagado por ese error con veinte años y cuarenta y un días de mi vida», escribe Olga. Como compensación, recibió dos meses de[952]salario por ella y por su difunto esposo, y otros 11 rublos y 50 kopeks como compensación de los 115 rublos que su esposo tenía encima en el momento de su muerte. En la sala de espera de un despacho del edificio del Soviet Supremo de Moscú, donde recibió ese obsequio, había otras veinte mujeres que habían ido a recibir certificados similares. Entre ellas se contaba una vieja ucraniana, que se puso histérica cuando le dijeron cuánto valía la vida de su hijo:

> La anciana ucraniana empezó a gritar: «No quiero que me den ese dinero por la sangre de mi hijo. ¡Guárdenselo, asesinos!».
>
> Hizo pedazos el certificado y los arrojó al suelo.
>
> El soldado que entregaba los certificados se acercó a ella: «Cálmese, ciudadana», empezó a decir.
>
> Pero la anciana siguió gritando: «¡Asesinos!». Le escupió en la cara, ahogada en un acceso de furia. Vino un médico con dos asistentes y se la llevaron. Todo el mundo permaneció en silencio, en una atmósfera densa. Aquí y allá se escucharon sollozos ahogados. A mí también me resultó difícil contenerme… Volví a mi apartamento, del que ningún policía podría volver a desalojarme. No había nadie en casa, y pude llorar con toda libertad. Llorar por mi esposo, que había muerto en el sótano de la Lubianka a los treinta y siete años, cuando se encontraba en la flor de la vida y en el punto más productivo de su talento; por mis hijos, que habían

> crecido como huérfanos, estigmatizados por ser hijos de enemigos del pueblo; por mis padres, que habían muerto de pena; por los veinte años de tortura, y por amigos que no habían vivido para ser rehabilitados y que yacían bajo la tierra helada de Kolima.[953]

Millones de personas no regresaron jamás de los campos de trabajo. Para los familiares, que rara vez eran informados de su paradero o de lo que les había ocurrido, los años que siguieron a 1953 fueron una larga y agónica espera, tanto de su regreso como de alguna información acerca de la suerte que habían corrido. En muchos casos fue sólo en la década de 1980, cuando la «apertura» o *glasnost* se convirtió en la contraseña del gobierno soviético, o incluso después del hundimiento del régimen soviético en 1991, cuando esta angustiosa espera tocó a su fin.

Zinaida Bushueva nunca descubrió que su esposo había sido fusilado en 1938. Hasta su propia muerte, en 1992, la mujer no supo que había muerto —en cuyo caso podría haberlo llorado—, o si aún seguía vivo, pero había decidido no volver con su familia, en cuyo caso Zinaida probablemente hubiera concluido que, después de todo, su esposo había sido culpable.[954]

Afanasia Botova siguió creyendo que su esposo todavía podía estar vivo hasta que ella misma murió en 1981. Su esposo había sido arrestado en 1937 en su lugar de trabajo, en los talleres de maquinarias anexos a la estación de ferrocarril de Perm. Lo enviaron a Bamlag, el complejo del Gulag organizado para la construcción de la línea férrea Baikal-Amur, y de allí a un campo de trabajo próximo a Magadán, donde, tal como se informó a su hija Nina en 1989, había muerto de agotamiento en noviembre de 1940. Afanasia nunca se enteró de nada de esto, y además había recibido una nota de su esposo en enero de 1941, donde le decía: «Todavía con vida. Reina una temperatura de 10 grados bajo cero».

Durante cuarenta años, ese pedacito de papel desteñido fue suficiente para que Afanasia se aferrara a la esperanza de que su esposo iba a regresar.[955]

Elena Cherkesova se aferró a la idea de que su esposo estaba vivo hasta su muerte, acaecida en 1982. Su esposo, Vsevolod, un geólogo del Instituto de Minería de Leningrado, fue arrestado en 1937 y sentenciado a fusilamiento en febrero de 1938. Antes de su ejecución, se le permitió que llamara por teléfono a su esposa. Vsevolod le dijo que nunca más volverían a verse, pero no que estaba a punto de ser ejecutado, diciéndole en cambio, como sin duda le habían ordenado sus verdugos, que lo habían condenado quitándole «todo derecho a escribir cartas». Igual que otros millones de familiares cuyos seres queridos habían sido recluidos en los campos de trabajo, Elena no entendió que «sin derecho a escribir cartas» era el código usado en el Gulag para referirse a una sentencia de muerte. Después de 1953, la mujer supuso que ya debía de haber cumplido la condena, de manera que intentó rastrear su paradero. Hizo averiguaciones en el cuartel general del MVD en Leningrado y escribió a la fiscalía del Soviet de Moscú, pero ningún funcionario le dio respuesta. Poco después de haberse presentado en el cuartel general del MVD, Elena recibió la visita de una desconocida, quien le dijo que había estado prisionera en el mismo campo que Vsevolod, y que lo había visto allí pocos años antes. La mujer alentó a Elena a creer que su esposo aún seguía con vida.[956]

Se trataba de una treta habitual empleada por el MVD para engañar a los familiares de los prisioneros ejecutados. Los funcionarios soviéticos se tomaban muchas molestias para ocultar sus asesinatos. Su preocupación primordial era ocultar la enorme cantidad de ejecuciones llevadas a cabo entre 1937 y 1938, alegando que las personas fusiladas en esos

años habían muerto más tarde, habitualmente durante los años de la guerra. Urdían certificados de defunción e informaban a los familiares de que los prisioneros habían muerto de ataques al corazón o de otras enfermedades cuando en realidad habían sido fusilados muchos años antes.

En 1955, Ida Slavina apeló con éxito para que su padre fuera rehabilitado. Con el certificado de rehabilitación recibió también un certificado de defunción del registro de Leningrado, donde se consignaba que su padre había muerto de un ataque cardíaco en abril de 1939. Ida quedó perpleja, porque en 1945 las autoridades soviéticas le habían dicho que su padre estaba vivo. Acudió al cuartel general del MVD de Leningrado, donde le aconsejaron creer en lo que decía el certificado de defunción. Diez años más tarde, en 1965, cuando solicitó información en el KGB de Moscú, recibió el mismo consejo. Ida siguió creyendo esa versión hasta 1991, cuando consiguió acceder a la ficha de su padre en los archivos del KGB y descubrió que lo habían fusilado apenas tres meses después de su arresto, el 28 de febrero de 1938. En los archivos encontró también una orden de un oficial del KGB, de 1955, que afirmaba que «por razones de seguridad» era necesario informar erróneamente a Ida de que su padre había muerto de un ataque al corazón en 1939.[957]

Irina Dudareva nunca perdió las esperanzas de encontrar a su esposo después de su arresto, acaecido el 30 de agosto de 1937 en la ciudad sureña de Azov, donde desempeñaba el cargo de presidente del comité del Partido. Diez años más tarde, aún no había tenido ninguna noticia de él, pero había llegado la fecha de su liberación, de manera que la mujer empezó a escribir al MVD y a todos los campos de trabajo, cuyos nombres y direcciones había conseguido a través de los familiares de otros prisioneros que habían sido arrestados en

la misma región de Rostov en la que ella vivía. Poco después, recibió la visita de un hombre, uno de los excolegas de su esposo en la filial del Partido de Azov, quien afirmó que lo había visto en un campo de trabajo, donde, según dijo, se encontraba con vida y en buen estado. Irina siguió escribiendo a las autoridades, que le informaron de que su esposo estaba vivo pero que aún cumplía su condena en un campo de trabajo «sin derecho a escribir cartas». Después de 1953, Irina empezó a escribir con mayor frecuencia, suponiendo que seguramente su marido ya debía de haber sido liberado, ya que nunca había oído hablar de alguien que pasara más de quince años en un campo de trabajo; estaba convencida de que, en caso de que la sentencia de su esposo se hubiera prolongado por algún motivo, se lo habrían notificado. Finalmente, en 1957, Irina recibió un certificado que establecía que su esposo había fallecido por enfermedad en 1944. Eso fue todo lo que Irina supo hasta el momento de su muerte, acaecida en 1974. Pero, en 1995, su hija Galina consiguió acceder al historial de su padre del archivo del KGB, donde se consignaba que el hombre había sido fusilado la misma noche de su arresto.[958]

4

Ahora los que fueron arrestados volverán, y dos Rusias se mirarán a los ojos: la que envió a esa gente a los campos de trabajo y la Rusia que regresó».[959] Con estas palabras, la poeta Ajmátova anticipó el drama que se produciría cuando los prisioneros volvieran de los campos de trabajo y se enfrentaran a los colegas, vecinos y amigos que los habían denunciado.

En 1954, Maria Budkevich regresó al apartamento comunitario de Leningrado en el que había vivido junto con su hermano y sus padres hasta que en 1937 los arrestaron. Sus dos habitaciones habían sido ocupadas por los vecinos de al lado, una pareja casada con tres hijos. La mujer había mantenido una relación amistosa con los Budkevich hasta los arrestos masivos de 1937, momento en que los denunció como «contrarrevolucionarios» y «espías extranjeros» (el padre de Maria era de origen polaco). La mujer incluso había afirmado que la madre de Maria era una prostituta que llevaba a sus clientes a la casa. En 1954, la misma mujer, ahora anciana y frágil y con largos cabellos blancos, vivía sola en las habitaciones de los Budkevich, ya que sus hijos habían crecido y se habían marchado de la casa, y su esposo había sido enviado a un campo de trabajo en 1941. Maria necesitaba que la mujer firmara un documento atestiguando que los Budkevich habían vivido en el lugar. Había recibido recientemente la rehabilitación de sus padres, quienes habían

sido fusilados en 1937, y necesitaba el documento para poder postularse para recibir compensación por la vivienda y los bienes personales confiscados a los Budkevich en la época de su arresto. El rostro de la mujer empalideció en cuanto Maria le dijo quién era. «No creí que volvieras», le dijo. Maria le explicó el propósito de su visita y tranquilizó a la mujer diciéndole que no tenía intenciones de reclamar las habitaciones en las que vivía. La mujer invitó a Maria a tomar asiento mientras ella leía y firmaba el documento. Mientras tanto, Maria echó un vistazo a la habitación. Reconoció la colección de vasijas cerámicas de su madre, el sofá de cuero que su padre había traído desde Minsk, los almohadones, las lamparas y sillas que conocía desde la infancia. Cuando hubo firmado el documento, la mujer le pidió a Maria que se sentara junto a ella en el sofá. «Tengo algo que contarte», le susurró. La mujer le contó a Maria que, poco después de ser arrestado, su esposo le había enviado una carta desde el campo de trabajo, que ella había destruido por miedo. Le decía que durante el interrogatorio le habían arrancado a golpes todos los dientes, que no creía que regresara nunca del campo de trabajo, y que ella no debía esperarlo, sino que más bien le convenía casarse con algún otro. Su esposo no había regresado nunca del campo de trabajo. Se lo contaba ahora a Maria, le explicó, porque deseaba que entendiera que ella también había sufrido y que lamentaba lo que les había ocurrido a los Budkevich.[960]

Iuri Shtakelberg fue arrestado en 1948, acusado de pertenecer a un grupo de «estudiantes judíos nacionalistas» de la Universidad de Leningrado. Se afirmaba que el grupo era organizado y financiado por un barón alemán como un «círculo de espías» que atentaba contra la Unión Soviética. Iuri fue acusado de mantener una imprenta secreta destinada a difundir propaganda antisoviética en el ámbito de la

universidad. Las acusaciones carecían de fundamento. Se basaban en una historia completamente inventada y en una denuncia firmada por algunos de sus compañeros de la universidad, quienes, según parece, estaban impulsados por la xenofobia y habían decidido perjudicar a Shtalkelberg debído a su apellido extranjero (también es posible que estuvieran entera dos del arresto del padre de Iuri, acusado de «diseminar propaganda alemana», en diciembre de 1941). En marzo de 1949, un tribunal de Leningrado sentenció a Iuri a veinticinco años de trabajos forzados Lo enviaron al campo de trabajo de Bamlag (donde su padre había perecido en 1942), y lo pusieron a trabajar en la construcción de puentes del ferrocarril. En 1956, sufrió serias heridas a consecuencia de una caída y fue liberado por invalidez. Al principio, vivió en Luga y, más tarde, regresó finalmente a Leningrado, donde ocupó un empleo en la Biblioteca Pública. Cuando el KGB le permitió acceder a los expedientes de su juicio, vio los nombres de los compañeros que lo habían denunciado. Visitó a cada uno de ellos por turno. «Todos entendieron que yo sabía lo que habían hecho», recuerda Iuri.

> Una mujer me dijo que el hecho de que hubiera regresado no cambiaba nada, porque había sido un malnacido entonces, y que ahora seguía siéndolo… Dijo que deberían haberme fusilado.
>
> Uno de los hombres —uno que siempre había sido un provocador, y un provocador estúpido— me llevó a su casa y me mostró en la entrada una gran resma de papel, como las que solían venderse en las grandes tiendas. Me dijo: «Si quieres, llévate el papel. Tal vez ahora haya llegado el momento de que establezcas tu imprenta». Yo me reí con desprecio, pero un escalofrío me recorrió la espalda. Pensé decirle que ese papel no servía para imprimir, porque estaba cortado en un tamaño muy pequeño, pero no dije nada.[961]

Ibragim Ismail-Zade era profesor titular de medicina y jefe de departa mentó del Instituto de Medicina de Bakú en el momento en que fin arrestado, en 1938, acusado de pertenecer a «un grupo antisoviético de nacionalistas

azerbayanos». Después de su liberación del campo de trabajo de Kolima, regresó a Bakú, donde ocupó un cargo inferior en el misino instituto. En vez de dedicarse a las innovadoras investigaciones a las que se había abocado en la década de 1930, ahora debía emplear su i lempo en una rutinaria labor clínica. En 1955, durante el juicio de M D. Bagirov, el exjefe del Partido de Azerbaiyán, Ibragim fue uno de los testigos de la fiscalía, y como tal se le permitió ver su propio expediente desde 1938, cuando Bagirov había encabezado la campaña del terror en Bakú. Ibragim descubrió que había sido denunciado por su estudiante favorito, quien luego se había convertido en director de su departamento en el instituto. Mientras Ibragim estaba en Kolima, el exestudiante había ido a visitarlo con frecuencia, acompañado por su esposa y su hija, quienes lo trataban como a un miembro de su propia familia. La actitud del antiguo estudiante era notablemente más distante después del regreso de Ibragim, ya que rara vez iba a visitarlo, y jamás lo hacía por las noches, cuando se hubiera visto obligado a comer y beber con su exprofesor. Después de descubrir quién había sido el responsable de la denuncia, Ibragim y su familia se vieron obligados a ver al exestudiante varias veces, y aunque nunca le dijeron nada acerca de lo que había hecho, era evidente que los Izmail-Zade se habían enterado de su traición. Un día, el director político del instituto se presentó en la casa ile los Izmail-Zade. Quería que Ibragim firmara un documento donde se consignaba que su familia no albergaba ningún resentimiento contra el exestudiante, y que mantendrían sus relaciones en términos amistosos. Ibragim se negó a firmar. Tuvieron que contenerlo para que no echara violentamente a la calle al funcionario. Según su hija, Ibragim estaba destruido por esa traición. Se sentía humillado al verse obligado a trabajar a las órdenes de alguien que, según creía, no poseía la cualificación necesaria. El hecho de que le

pidieran que firmara ese documento había sido la gota que colmó el vaso.[962]

En 1953, Kolia Kuzmin, el exlíder del Komsomol en Obujovo, que había denunciado a los Golovin por *kulaks* durante la campaña de colectivización de 1930, fue a vivir a Pestovo, la pequeña población próxima a Vologda, donde los Golovin se habían establecido al regresar del exilio en Siberia. Antes de denunciar a los Golovin, Kolia había sido un huésped frecuente en la casa de la familia. Incluso había sido empleado en la curtiduría de Nikolai Golovin, quien se había compadecido del adolescente porque provenía de la familia más pobre de la aldea. Nikolai y su esposa Yevdokia eran religiosos y creyentes. Cuando Kolia fue a visitarlos brevemente después de la muerte de Stalin y les pidió perdón, no sólo por haberlos denunciado, sino también por el papel que había desempeñado en el asesinato del hermano de Nikolai, no sólo lo perdonaron, sino que lo invitaron a vivir con ellos en Pestovo. Su hija Antonina, quien entonces trabajaba como médica en Kolpino, cerca de Leningrado, estuvo en desacuerdo con la generosa conducta de sus padres e intentó convencerlos de que cambiaran de opinión. «El mató a Ivan [el hermano de Nikolai] y destruyó a nuestra familia. ¿Cómo es posible perdonarle eso a alguien?», razonaba Antonina. Pero Yevdokia creía que «una verdadera cristiana debía perdonar a sus enemigos». Kolia se estableció en una casa contigua a la de los Golovin. Estaba avergonzado de sus acciones del pasado y trató de enmendarlas haciendo diversas tareas para los Golovin. Los sábados iba con Nikolai a los baños públicos; los domingos iba a la iglesia con el matrimonio. En 1955, Yevdokia murió, seguida tres días más tarde por Nikolai, y en 1970 por Kolia Kuzmin. Todos ellos están sepultados en el cementerio de la iglesia de Pestovo.[963]

Muchos exprisioneros se mostraron extraordinariamente indulgentes con la gente que los había denunciado. Esta tendencia a perdonar casi nunca respondía a actitudes religiosas, como en el caso de los Golovin, sino que más bien solía basarse en la comprensión, compartida por cualquiera que hubiera tenido la experiencia de las cárceles y campos de trabajo del sistema del Gulag, de que cualquier ciudadano, por mejor que pudiera ser en circunstancias normales, podía convertirse en informante bajo la presión de la NKVD. La periodista Irina Sherbakova recuerda un encuentro de la Sociedad Conmemorativa de Moscú (fundada para representar a las víctimas de la represión), realizada a fines de la década de 1980:

> Una mujer que había sido arrestada alrededor de 1939, me dijo con voz completamente calma: «Allí está el hombre que me denunció». Y lo saludó con toda normalidad. Percibiendo mi perplejidad, me explicó: «Por supuesto, sólo teníamos dieciocho años entonces, sus padres eran antiguos bolcheviques que habían sufrido la represión y ellos [la NKVD] también trataron de reclutarme a mí. Y por supuesto, él también fue reprimido más tarde». Sentí que lo que decía no estaba originado en una falta de preocupación por el pasado ni en un deseo de olvidarlo todo, sino por su conciencia de las cosas vergonzosas que el sistema había hecho a la gente.[964]

Esa comprensión tenía por cierto mayores posibilidades de darse en la década de 1980: cuando los recuerdos dolorosos ya habían sido suavizados por el tiempo, las víctimas de la represión, con la ayuda prestada por la información histórica, habían llegado a una interpretación más objetiva del sistema soviético. Pero la tendencia a no condenar a los individuos se hizo notar ya en la década de 1950, cuando los emigrados soviéticos, aparentemente, no manifestaban hostilidad hacia los funcionarios del Partido, porque comprendían que en realidad eran impotentes y tal vez también víctimas del mismo sistema.[965]

No resulta sorprendente, entonces, que el regreso de los

prisioneros de Stalin provocara gran temor en la gente que había contribuido a enviarlos a los campos de trabajo. «Todos los asesinos, provocadores e informantes tenían un rasgo en común —recuerda Nadezhda Mandelstam—: nunca pensaban que algún día sus víctimas podrían regresar»:

> Creían que todas las personas que eran enviadas al otro mundo o a los campos de trabajo habían sido definitivamente eliminadas. Nunca se les ocurrió que esos fantasmas podrían levantarse de sus tumbas y ajustar las cuentas a sus enterradores. Durante el período de las rehabilitaciones, por lo tanto, cundió el pánico entre ellos. Pensaban que el tiempo iba marcha atrás y que aquellos que llamaban «polvo de los campos» se habían reencarnado y recuperado sus viejos nombres. Estaban paralizados de terror.
>
> Una «desdichada informante» era citada constantemente a la Fiscalía para retractarse del testimonio prestado contra vivos y muertos. Después de cada sesión, la mujer corría a ver a las familias de los que había denunciado y les juraba, «con Dios por testigo», que «nunca había dicho nada malo» sobre ellos, y que «el único motivo por el que iba al despacho del fiscal era para decir cosas buenas sobre los muertos para que los rehabilitaran tan pronto como fuera posible». La mujer jamás había tenido nada que se pareciera remotamente a una conciencia, pero esto era más de lo que podía soportar, y acabó por sufrir un ataque que la dejó paralizada. En algún momento debió de sentir tanto miedo que verdaderamente creyó que las rehabilitaciones eran una cosa seria y que todos los difamadores y otros esbirros serían sometidos a juicio.[966]

Mandelstam también relata la historia de un funcionario jerárquico del MVD de Tashkent que se retiró poco después de la muerte de Stalin, pero a quien «citaban ocasionalmente para que se entrevistara con exvíctimas que por algún milagro habían sobrevivido y habían logrado regresar de los campos de trabajo». El hombre no pudo soportarlo y se ahorcó. Mandelstam tuvo oportunidad de leer la carta dirigida al Comité Central que escribió antes de suicidarse. El funcionario había escrito que siempre había trabajado duro para el Partido, y que jamás se le había ocurrido que:

> tal vez no hubiera estado al servicio del pueblo, sino de «alguna clase de bonapartismo». Trataba de echarle la culpa a otros: a la gente que había interrogado por haber firmado toda clase de falsas confesiones,

> confundiendo de esa manera a los funcionarios a cargo de sus casos; a los funcionarios enviados desde Moscú con órdenes de «simplificar los interrogatorios» y con la exigencia de que se cumpliera con las cuotas de condenados que se enviaban a los campos de trabajo; y en último término, pero no menos importante, a los informantes que voluntariamente presentaban denuncias que obligaban a la policía secreta a tomar medidas contra tanta gente.

La muerte del funcionario del MVD fue acallada. El hombre había nombrado a demasiados funcionarios e informantes antes de suicidarse. Pero su hija estaba resuelta a ajustar las cuentas «con todos aquellos que habían causado la muerte de su padre». Como señalaba Mandelstam:

> Su furia se dirigió contra los que habían despertado todo ese funesto asunto. «¡Tendrían que haber mostrado alguna consideración por las personas que ocupaban cargos oficiales en aquel momento! Ellos no fueron los que empezaron con todo eso, sino que tan sólo estaban cumpliendo órdenes».[967]

Otro de los verdugos a las órdenes de Stalin que acabó por suicidarse fue Alexandre Fadeiev, el alcohólico líder de la Unión de Escritores, quien fue desposeído de ese cargo en 1954. Fadeiev padecía una aguda depresión desde hacía tiempo, pero la muerte de Stalin acabó de desquiciarlo. «Mi enfermedad no se localiza en el hígado —escribió a otro miembro de la Unión de Escritores—, sino en la cabeza». Fadeiev confesó a Simonov que estaba «quebrado» como escritor. Abandonó su última novela, un relato realista socialista sobre la lucha del Partido contra el sabotaje industrial, que empleaba materiales de los juicios de la década de 1930, tras haber advertido, según explicó a varios amigos, que su orientación moral era completamente errónea: no había habido ningún sabotaje industrial. Fadeiev se sentía aplastado por los remordimientos que le causaba su participación en la represión de los escritores durante el período en que había liderado la Unión de Escritores. «Fui un canalla», escribió a Chukovski. Experimentaba particular

remordimiento respecto de su viejo amigo logan Altman, quien había muerto en 1955, dos años después de haber sido liberado de la prisión. Fadeiev había denunciado a Altman durante la campaña «anticosmopolita» y no había hecho nada por salvarlo cuando lo arrestaron y encarcelaron en 1949. Después de la muerte de Altman, Fadeiev se entregó sin mesura al alcohol. Confesó a un amigo que había sancionado el arresto de muchos escritores que sabía inocentes.[968]

Después de 1953, Fadeiev intentó redimirse redactando peticiones a las autoridades a favor de la liberación y rehabilitación de los escritores enviados a los campos de trabajo. Escribió a Malenkov y a Kruschev pidiendo que el Partido relajara el control ideológico que ejercía sobre la esfera cultural, pero fue ignorado y finalmente despedido de su cargo. Para 1956, Fadeiev ya se había convertido en una figura aislada, a quien los círculos literarios denunciaban como estalinista recalcitrante, dado que los miembros de la intelectualidad desconocían por completo los esfuerzos que había hecho para defender a los escritores víctimas de la represión, justo antes de suicidarse de un balazo, el 13 de mayo de 1956, Fadeiev dirigió una carta al Comité Central que permaneció escondida en los archivos del Partido hasta 1990:

> No veo posibilidad de seguir vivo, porque la causa del arte [soviético] a la que dediqué toda mi vida ha sido destruida por la arrogancia y la ignorancia de la dirigencia del Partido (…). Nuestros mejores escritores han sido exterminados o han muerto antes de tiempo debido a la criminal connivencia de los que detentaban el poder (…). Como escritor, mi vida ha perdido todo sentido, y abandono esta vida con alegría, con un sentimiento de liberación de esta vil existencia, en la que el alma está aplastada por la malignidad, las mentiras y la calumnia.[969]

Fadeiev quedó destruido por el conflicto entre ser un buen comunista y ser un buen ser humano. Era por naturaleza una persona bondadosa, como lo reconocieron muchas de sus

víctimas, pero su conciencia, su identidad y, en última instancia, su deseo de vivir desaparecieron, destruidos por las concesiones y los pactos que se vio obligado a hacer durante los años que pasó al servicio del régimen estalinista.[970]

A pesar del pesimismo de Fadeiev con respecto al estado de la literatura, los escritores soviéticos desempeñaron un papel muy importan te al principio del deshielo. Cuando el régimen dejó de ejercer un veto directo sobre los escritores, la literatura se convirtió en el centro de una nueva preocupación por la vida individual e íntima, y del rechazo de la interferencia de la burocracia estalinista. Los escritores soviéticos se apartaron de los temas públicos y heroicos del realismo socialista y procuraron pintar a personas reales dentro de su contexto doméstico y social. La obra de ficción más audaz de esos años, *El deshielo* (1954), de Ehrenburg, era deliberadamente provocativa, como si se propusiera comprobar cuán lejos era posible llegar en el nuevo clima. La novela cuenta la historia de un despótico gerente de fábrica, un «pequeño Stalin» que se hace cada vez más corrupto e inhumano, robando dinero destinado a las viviendas de los obreros para invertirlo en la fábrica, en un esfuerzo por cumplir con la cuota de producción establecida por el Plan Quinquenal. Su esposa no soporta quedarse con un hombre tan despiadado, y la primavera del deshielo, que promete una nueva vida mejor, le da el coraje necesario para abandonarlo. En el clima político de 1954, cuando el deshielo apenas se iniciaba, era aún demasiado pronto para que los lectores soviéticos discutieran el antiestalinismo de la novela, que de cualquier manera no era obvio. Los lectores se concentraron, en cambio, en el otro tema de la obra, la independencia del artista, que se desarrollaba en la historia secundaria de un pintor. El artista produce una obra encargada por el Estado y en consecuencia puede vivir con comodidad, pero reconoce

su propia mediocridad cuando se compara con otros artistas cuyas obras no están enajenadas al servicio del sistema.

La publicación de *El deshielo* dividió al mundo literario soviético. I as publicaciones liberales como *Novyi mir*, donde la novela apareció por primera vez, esperaban que la obra señalara el principio de nueva era, en la que los escritores pudieran ser por fin honestos y sinceros, y en la que recuperarían su verdadero papel de modeladores de la sensibilidad privada en vez de ser un mero reflejo de los intereses del régimen. En una charla sobre su obra realizada en una biblioteca de Moscú en 1954, Ehrenburg sostuvo que el propósito del arte era expresar la «cultura de las emociones» y contribuir a la «comprensión individual de sus congéneres humanos».[971] Alarmados por ese discurso liberal, los conservadores del régimen soviético empezaron a organizar una serie de ataques contra los escritores liberales del deshielo. En agosto de 1954, consiguieron que Tvardovski, el hijo de *kulak* y poeta, fuera despedido del cargo de editor de *Novyi mir*. La tarea de criticar a Ehrenburg recayó sobre Simonov, quien reemplazó a Tvardovski como editor de *Novyi mir*. El elegido fue Simonov porque se lo consideraba un conservador moderado, y por lo tanto con mayor autoridad que los estalinistas radicales como Sofronov. En dos extensos artículos publicados en *Literaturnaia gazeta*, Simonov atacó *El deshielo* argumentando que la descripción que la novela ofrecía de la Rusia soviética era demasiado negro y que la conclusión de su trama secundaria era simplista: era posible, decía Simonov, ser un buen artista y servir al Estado.[972]

Simonov permaneció en el bando estalinista hasta 1956, cuando empezó a adherirse al espíritu de la reforma. Como mucha gente que había vivido a la sombra de Stalin, Simonov

estaba confundido y desorientado por la muerte del líder. Al principio no estaba nada claro hacia dónde se orientaría la política del Kremlin: un retorno al Terror era bastante verosímil. En ese clima de incertidumbre no era descabellado que las personas que ocupaban posiciones como las de Simonov apostaran a lo seguro, aferrándose al terreno político que habían ocupado antes de la muerte de Stalin. «En esos años —recuerda Simonov—, mi actitud hacia Stalin cambiaba permanentemente. Oscilaba entre diversas emociones y puntos de vista». Durante gran parte del año de 1953, su sentimiento predominante fue «una profunda pena ante la pérdida de un gran hombre», que indujo a Simonov a escribir un sorprendente panegírico en *Literaturnaia gazeta* («El sagrado deber de un escritor»), en el que argumentaba que «la tarea más elevada de la literatura soviética es retratar la grandeza y el genio del inmortal Stalin ante todas las naciones y todas las generaciones futuras». El artículo enfureció a Kruschev, quien insistió en que Simonov fuera eliminado de la redacción del periódico. Simonov siguió siendo leal a sus orígenes estalinistas a lo largo de 1954, y colocó un retrato de Stalin sobre su escritorio. Era una foto que le gustaba particularmente: Stalin contemplando desde ese monumento el esfuerzo del Gulag: el canal Volga-Don.



Simonov con su hijo Alexei

(1954).

Durante la vida de Sulin, Simonov nunca había colgado un retrato del líder en su despacho ni en su casa. Ahora lo hacía porque estaba asqueado de los «renegados» y «arribistas» que habían proclamado su amor por el líder soviético cuando vivía, pero que habían renunciado a él en cuanto murió. «No fue el estalinismo lo que me llevó [a colocar esa fotografía] —recuerda Simonov—, sino algo más semejante a la idea aristocrática o intelectual del honor». Esa misma negativa a renunciar a su pasado instó a Simonov a incluir en 1955 en un volumen de poesía una «*Oda a Stalin*» verdaderamente horrible que había escrito en 1943, pero que nunca había publicado, en la que alababa a Stalin considerándolo el ser humano más grande de toda la historia.[973]

Simonov continuó la crítica de Ehrenburg con una serie de ataques a otros escritores de la vanguardia del deshielo liberal. En un extenso artículo publicado en el *Pravda* de julio de 1954, Simonov condenó el rechazo literario de las tradiciones del realismo socialista y la creciente tendencia hacia la sátira, eligiendo como blanco de sus críticas al dramaturgo ucraniano Alexandre Korneichuk, a quien condenó por abandonar la responsabilidad del teatro, según expresaba Simonov, «de enseñar al pueblo soviético a amar y respetar el sistema soviético».[974]

Como editor de *Novyi mir*, Siinonov también criticó la explosiva novela *No sólo de pan vive el hombre*, de Vladimir Dudintsev, quien la había enviado al periódico para su publicación seriada. La novela cuenta la historia de un inventor, un profesor de física dedicado a mejorar la vida en la Unión Soviética, cuya creatividad es asfixiada y destruida por la perversa corrupción y la incompetencia de los funcionarios soviéticos. Simonov obligó a Dudintsev a bajar el tono de su ataque contra la burocracia, temiendo que la

novela pudiera suscitar dudas sobre el sistema en general, antes de publicarla en Novyi mir, en 1956. A pesar de los cambios exigidos por Simonov, el libro fue celebrado por los reformistas como un ataque contra el sistema. La primera discusión pública de la novela atrajo a tanta gente a la Unión de Escritores, con los estudiantes subidos a las cañerías de desagüe para poder escuchar el debate desde las ventanas del segundo piso, que hubo que llamar a la policía montada para dispersar a la multitud.[975]

Simonov también fue responsable de la crucial decisión de no publicar en *Novyi mir* la novela *Doctor Zhivago*, de Boris Pasternak. En septiembre de 1956 dirigió una dura carta a Pasternak, en nombre del comité editorial de la publicación, señalándole las objeciones políticas a su novela, un épico drama humano situado en el contexto de la Revolución y la Guerra Civil. La carta fue usada y prominentemente citada por la dirigencia soviética en 1958, durante la campaña desatada para obligar a Pasternak a rechazar el Premio Nobel. [976*] Simonov tenía una opinión muy pobre de la novela, «una vil y despreciable obra filistea y en ciertos momentos simplemente antisoviética», tal como la describió en una carta dirigida a su hijos. Simonov adoptó la postura de que, al plantear la pregunta central de la novela —si la *intelligentsia* rusa había tomado la decisión correcta al aceptar la Revolución de Octubre de 1917—, Pasternak había dispuesto las cosas de tal manera que sólo pudiera responderse de numera negativa: al decidir seguir con los bolcheviques, la *intelligentsia* había traicionado su deber hacia el pueblo ruso, hacia la cultura rusa y hacia la humanidad. En opinión de Simonov, ese sesgo no sólo determinaba el carácter antisoviético de la novela, sino que era un insulto para toda una generación de profesionales, gente como su madre y su padrastro, que se había quedado en la Rusia soviética y había

trabajado para los bolcheviques, no por elección política, sino porque, ante todo y en primer lugar, eran patriotas rusos.[977]

A medida que se desarrollaba el deshielo y los reformistas de Kruschev ganaban poder en la dirigencia soviética, Simonov se convirtió en una figura cada vez más solitaria dentro del mundo literario de Moscú. El espíritu reformista liberal no toleraba a los creyentes estalinistas que se negaban a cambiar de opinión. Así lo expresó Simonov en 1956:

> El editor puede pedirme que corte
> el nombre de Stalin de mis versos,
> pero no puede ayudarme
> con el Stalin que queda dentro de mi alma.

Sólo gradualmente, después del discurso en el que Kruschev denunció a Stalin en el XX Congreso del Partido de 1956, Simonov empezó a purgar de sí mismo a ese Stalin interior.[978]

El discurso de Kruschev fue un hito crucial, más importante aún que la muerte de Stalin, en la lenta desaparición del sistema del terror que había gobernado al pueblo soviético desde 1917. Con el discurso de Kruschev quedó claro que el gobierno soviético se distanciaba finalmente del reinado estalinista del Terror, y el temor y la incertidumbre sobre el futuro que embargaba al pueblo ruso empezaron a disiparse.

El XX Congreso del Partido, el primero celebrado después de la muerte de Stalin, se realizó en el Gran Palacio del Kremlin el 14 de febrero de 1956. Los 1.365 delegados se reunieron con la expectativa de que la dirigencia explicara por fin su línea post-Stalin y esclareciera el estatus del fallecido líder. La decisión de desenmascarar y denunciar los crímenes de Stalin fue responsabilidad colectiva de la dirigencia (aunque hubo encarnizadas discusiones respecto de hasta dónde podían llegar) después del 9 de febrero, cuando una

comisión oficial presentó un informe al Comité Central sobre la represión de los miembros del Partido entre 1935 y 1940. La dirigencia quedó muy sorprendida ante los hallazgos de la comisión —tanto por la enorme escala de los arrestos masivos y ejecuciones, como por la fabricación de pruebas sobre la que se había basado esa oleada de terror—, y la víspera del Congreso del Partido decidió revelar la verdad en sesión secreta a los delegados. El texto del discurso fue preparado de manera colectiva y Kruschev, quien había sido el principal impulsor de esta revelación, asumió la responsabilidad de pronunciarlo el día 25 de febrero.

Los motivos de Kruschev eran complejos. Sin duda fue una actitud valerosa la de defender la revelación cuando otros líderes partidarios, como Kaganovich, Molotov y Voroshilov, se sentían claramente incómodos ante la idea de revelar los crímenes de un régimen en el que habían desempeñado papeles tan importantes. Durante las discusiones del 9 de febrero, Kruschev exigió una actitud valerosa y decidida:

> ¿Qué clase de líder destruye a todo el mundo? Tenemos que ser valientes y decir la verdad… Todos trabajamos con Stalin, pero eso no nos hace cómplices. A medida que emergen los hechos, debemos hablar de ellos, pues de otra manera estaremos justificando sus acciones (…) Debemos hablar con voz clara. No estamos avergonzados. No tenemos nada que temer, y ningún motivo para contentarnos con argumentos mezquinos.

La revelación también era conveniente para las ambiciones de poder de Kruschev. Utilizó la revelación de los crímenes de Stalin para debilitar o amenazar a sus principales rivales, y para construir una base de apoyo en aquellos sectores de la sociedad que favorecían el deshielo y la reforma política. Pero tal vez especialmente porque, al igual que el resto de los dirigentes del Partido, Kruschev temía que si no hablaban de los crímenes de Stalin, el público hablaría por ellos, y en el clima del deshielo los críticos del Partido responsabilizarían

de esos crímenes a toda la dirigencia partidaria. «O se lo dices en el congreso, o te encontrarás repentinamente sometido a investigación», advirtió a Kruschev un viejo camarada del Partido que había regresado recientemente de los campos de trabajo, cuyo testimonio aparecía en el discurso. Al dar la impresión de que los líderes del Partido habían descubierto la verdad sobre el Terror recientemente, como resultado del informe que la comisión había presentado el 9 de febrero, Kruschev pudo desviar toda la culpa sobre Stalin dejando libres de sospecha al resto de dirigentes, alegando que ninguno de ellos «sabía». Con el mismo propósito, Kruschev ofreció una explicación que los exculpaba de todas las injusticias cometidas por el Partido desde 1935: Stalin había sido responsable de todas ellas, pero el resto de los dirigentes fueron pintados como víctimas de esos «monstruosos» crímenes (ni siquiera los seguidores de Trotski y Pujarin habían merecido la muerte). No había manera de culpar al sistema soviético…, salvo de su dificultad para «superar el culto a la personalidad». El único objetivo del discurso era volver a instaurar el leninismo en el poder.[979]

Kruschev terminó su discurso pidiendo secreto y discreción:

> Este tema no debe trascender las fronteras del Partido, y menos aún llegar a oídos de la prensa. Por eso estamos hablando de este tema en una sesión cerrada… No debemos proporcionar munición a nuestros enemigos, no debemos mostrarles nuestras heridas. Supongo que los delegados entenderán lo que les digo y actuarán en consecuencia.

Cuando terminó de hablar, se produjo un «silencio mortal» en la sala de reunión. Alexandre Iakovlev, quien más tarde se convertiría en una figura relevante en la política del glasnost de Gorbachov, era uno de los delegados del congreso. Así recuerda la escena:

> Yo estaba sentado en los palcos. Recuerdo muy bien la sensación de profunda perturbación, si no de desesperación, que se apoderó de mí

> después de que Kruschev terminara de hablar. En la sala reinaba un profundo silencio. No se oía un solo crujido de los asientos, ni una sola tos, ni un murmullo. Nadie miraba a nadie…, ya fuera porque lo que acaba de ocurrir había sido muy inesperado o por miedo o nerviosismo… Todos salimos de la sala con la cabeza gacha.

Entre los delegados que salieron en torrente, se encontraba Simonov, quien permaneció allí durante largo rato, en un estado de shock y confusión, fumando y hablando con Igor Chernoutsan, el asesor cultural del Comité Central. «Ya sabíamos muchas cosas —recuerda Chernoutsan—, y de todas maneras estábamos atónitos por la manera en que nos había afectado la verdad. ¿Pero era ésa toda la verdad?»[980]

Capítulo 9

Memoria (1956-2006)

1

El «discurso secreto» de Kruschev se mantuvo en secreto durante muy poco tiempo. La transcripción del mensaje fue publicada en un folleto enviado a todas las organizaciones del Partido de toda la Unión Soviética, para ser leído a los comunistas en sus lugares de trabajo. Durante las semanas que siguieron al XX Congreso del Partido, el discurso fue escuchado por siete millones de miembros del Partido y dieciocho millones de integrantes del Komsomol en fábricas, oficinas, escuelas y universidades soviéticas. El discurso también fue enviado a los gobiernos comunistas de Europa del Este. Walter Ulbricht, líder de Alemania Oriental en ese momento, hizo lo posible por ocultárselo a la población de la RDA, pero los líderes polacos lo publicaron, y una copia con el contenido del mensaje llegó al *New York Times*, donde apareció en primera página el 4 de junio. Desde Occidente el texto de Kruschev se filtró de nuevo al resto de la Unión Soviética y a la RDA.[981]

El discurso sumió al Partido en la mayor confusión. En los locales y oficinas gubernamentales de todo el territorio se suscitaron vehementes debates acerca de esas revelaciones y sus consecuencias; algunos miembros del Partido responsabilizaban a sus líderes de no haber hablado antes, y otros criticaban a Kruschev por haber escogido un momento tan inoportuno. Hacia junio de 1956, el Comité Central estaba tan preocupado por esas voces de disenso en sus

propias filas, que envió una circular secreta a los líderes del Partido con instrucciones de acallar las críticas con la purga o incluso el encarcelamiento de los miembros del Partido que se hubiesen sobrepasado en sus comentarios.[982]

Fuera de la órbita del Partido, los más osados vieron en el discurso de Kruschev una señal de apertura para debatirlo y cuestionarlo todo. La *intelligentsia* fue la primera en manifestarse. «El congreso puso fin a nuestro solitario cuestionamiento del sistema soviético», recuerda Liudmila Alexeieva, licenciada de la Universidad de Moscú que más tarde emigró a Estados Unidos junto a otros disidentes.

> Los jóvenes de ambos sexos comenzaron a perder el miedo a compartir sus dudas, opiniones, información e interrogantes. Nos reuníamos todas las noches en apartamentos atestados de gente para recitar poesía, leer prosa «no oficial», e intercambiar relatos que, al provenir de diversas personas, nos daban una idea más realista de la verdadera situación de nuestro país.[983]

El discurso de Kruschev disipó el miedo que había apagado las voces de muchos prisioneros que habían vuelto del Gulag, quienes también comenzaron a contar su versión. «El XX Congreso fue el comienzo del deshielo en el interior de nosotros mismos», recuerda Larisa Levina, cuya madre, Zinaida, volvió a Leningrado del exilio en 1956.

> Cuando regresó, mi madre no podía decir una palabra de lo que había vivido en los campos de trabajo [Kolima, desde 1937 hasta 1946, y Potma entre 1949 y 1953]. Pero después del XX Congreso empezó a hablar. Y cuanto más hablaba, más cambiaban nuestras ideas, y más escépticos nos volvíamos. Nuestras relaciones también cambiaron: liberados de los temores de nuestra madre, nos unimos más como familia.[984]

Los hijos de los prisioneros del régimen de Stalin que sufrían las consecuencias de tener una «biografía mancillada», se sintieron de pronto alentados a hacer oír su grito reclamando justicia. Angelina Yevseyeva trabajaba en una fábrica de municiones en Leningrado cuando el texto de Kruschev fue leído a los trabajadores del Partido de la planta.

Alguien la avisó, y ella logró colarse sin ser vista entre sus compañeros de trabajo comunistas. Al concluir la lectura, Angelina perdió el control y se echó a llorar desconsoladamente. Según recuerda:

> Nadie entendía qué me pasaba. Yo tenía un *curriculum vitae (anketa)* impecable, incluso había sido elegida como diputada del Soviet de la ciudad. Nadie sabía que mi padre había sido arrestado como un «enemigo del pueblo» en 1937. Yo nunca le había dicho una palabra de eso a nadie, y siempre tuve miedo de que descubrieran mi secreto. Por eso lloraba. No podía contenerme. A partir de ese momento, comencé a contarle a la gente la verdad sobre mi pasado.[985]

Para Lydia Babushkina, cuyo padre había sido fusilado en 1938, el discurso de Kruschev fue el reconocimiento oficial de la sensación de injusticia que sentía en las entrañas desde la infancia, cuando su padre desapareció. Antes de 1956, estaba demasiado atemorizada para hablar de su resentimiento, incluso con su madre y abuela, quienes a su vez temían mencionar el arresto del padre de Lydia, sobre todo por temor a ser despedidas de la fábrica de municiones donde ambas trabajaban si la veraciad de sus biografías manchadas salía a la luz. A raíz del silencio de las mujeres, Lydia llegó a dudar de la inocencia de su padre. Pero con el discurso de Kruschev todas sus dudas se disiparon. Logró finalmente reunir valor no sólo para interrogar a su madre acerca del destino de su padre, sino también para sincerarse con sus compañeros de trabajo de la fábrica de ropa donde trabajaba entonces, cerca de Smolensk. Una noche, en el dormitorio anexo a la fábrica, Lydia comentó a varias de Lis muchachas que «el verdadero enemigo del pueblo» había sido Stalin, porque había ordenado el arresto de muchos ciudadanos inocentes, como su padre. Las muchachas se atemorizaron: «Silencio, silencio, pueden arrestarte por hablar así». Pero Lydia no se amedrentó: «Que me arresten. Yo les voy a repetir alto y claro lo mismo que dijo Kruschev.

Me van a tener que escuchar, van a tener que reconocer que digo la verdad».[986]

Sin embargo, las conversaciones de ese tenor eran todavía poco frecuentes. Incluso después de 1956, la gran mayoría de los ciudadanos se guían demasiado intimidados y aterrorizados por el recuerdo del régimen de Stalin como para criticarlo tan abiertamente como Lydia. La idea de que el deshielo de Kruschev fue aceptado mayoritariamente y abrió un período de debate político en toda la Unión Soviética es una imagen construida por la *intelligentsia* palabrera a partir de recuerdos poco representativos. Es posible que los intelectuales de las grandes ciudades hablaran abiertamente entre ellos de estos temas con normalidad, y que luego usaran el deshielo para lidiar con la historia del Terror, pero para una inmensa mayoría de la población soviética, tan ignorante y confundida como siempre acerca de las fuerzas que moldeaban sus vidas, la manera más normal de lidiar con el pasado siguió siendo el estoicismo y el silencio.

En 1957, Alexandra Faivisovich, peluquera de Osa, habló por primera vez con su hija de su arresto y de los años pasados en el campo de trabajo cerca de Arjangelsk, donde aún vivían. Alexandra acababa de obtener su rehabilitación, y entonces se animó a contarle a su hija Iraida algo de su pasado. Iraida recuerda así la conversación:

> Me dijo que con la rehabilitación le habían entregado un pasaporte nuevo, que habían «borrado» los registros de su arresto, que era inocente y que por lo tanto ya podía hablar. Pero lo único que llegó a decirme fue que mi padre había sido encarcelado «por hablar de más» [lo habían oído quejarse de la escasez de víveres en los comercios]… y que ella había sido arrestada por ser su esposa. También dijo que en los campos de trabajo había muerto mucha gente, que «caían como moscas», que la gente enfermaba y a nadie le importaba. «Nos trataban como a perros».
>
> No dijo nada más.

Durante el cuarto de siglo que siguió y hasta su muerte en

1980, Alexandra no volvió a mencionarle a su hija el tema de su arresto y su vida en los campos. Cuando Iraida le preguntaba, se limitaba a responder: «Tengo pasaporte nuevo, estoy limpia».[987]



Zinaida Bushueva (en el centro) con su hija Angelina y su hijo Slava (1958)

Zinaida Bushueva jamás habló de los campos de trabajo. Nunca comentó a sus hijos las circunstancias de su detención o de la de su marido, quien fue fusilado en 1938. Incluso en los últimos años de su vida, hacia fines de la década de 1980, no bajaba nunca la guardia cuando le preguntaban sobre su pasado. «En nuestra familia», recuerda Angelina,

> nadie hablaba de los motivos del arresto de mamá, o de por qué no teníamos padre. Era un tema clausurado. Después del XX Congreso del Partido traté de informarme más, pero mamá simplemente repetía: «Cuanto menos sepas, mejor va a ser tu vida», o «cuanto más se sabe, más rápido se envejece». Tenía muchas frases así para dar por terminada la conversación.

Según su hija, a Zinaida no le interesaba la política: «No se lo permitía». El temor que la acompañaba desde su paso por los campos de trabajo la llevó a adoptar una postura de «aceptación acrítica» de todo lo que el régimen soviético decía. Advertía las contradicciones entre la propaganda y la realidad de trabajo y había sufrido las injusticias del régimen en carne propia, pero al igual que millones de otros ciudadanos soviéticos, nunca «se detuvo a reflexionar con

espíritu crítico» sobre la realidad que le mostraban sus ojos. La aceptación de la versión oficial de la realidad funcionaba como un mecanismo de defensa que le permitía sobrevivir.[988]

Nadezhda Maximov creció ignorando sus antecedentes familiares. Su padre, un campesino de la región de Novgorod, había sido carpintero en Leningrado. En la década de 1920, fue arrestado dos veces; luego, en 1932, cuando Nadezhda tenía tres años, fue arrestado nuevamente y enviado al exilio con su familia a Aijangelsk, y Nadezhda pasó toda su infancia en el Círculo Ártico sin conocer los motivos. Su padre fue arrestado otra vez muy brevemente en 1938 (Nadezhda creía que estaba en viaje de trabajo) antes de que la familia se instalara en Penza. En 1946, Nadezhda se inscribió en el Instituto Médico de Leningrado con la intención de convertirse en médica. No fue sino hasta poco tiempo antes de la muerte de su madre, en 1992, que Nadezhda se enteró de los múltiples arrestos que había sufrido su padre y de los ocho años que había pasado en diversas prisiones, campos de trabajo y «asentamientos especiales». Vio los nombres de su padre, su tío y su abuelo en un periódico, dentro de una lista de exprisioneros políticos rehabilitados póstumamente después de la caída de la Unión Soviética. Nadezhda mostró la lista a su madre, quien al principio dijo: «Fue hace tanto tiempo. ¿Para qué desenterrar todo eso?»; pero Nadezhda insistió y su madre le lo contó todo. Sus padres habían querido protegerla, evitándole la angustia de tener que esconder una biografía manchada. Nadezhda explica:

> Durante toda mi vida, cada vez que tuve que llenar un cuestionario había puesto «no» en el casillero donde nos preguntaban si algún familiar había sido arrestado, y como yo no conocía la historia de mi padre, nunca sentí la angustia que seguramente me hubiera provocado verme obligada a mentir. Estoy segura de que precisamente por eso nunca me descubrieron.



Tumba del padre de Nadezhda, Ignati Maximov. Penza (1994).

Sus padres mantuvieron el secreto incluso después de 1956: creían que seguía siendo demasiado peligroso hablarle a su hija de su pasado, en caso de que ella se lo contara a sus amigos o que las circunstancias políticas cambiaran. En consecuencia, y como ella misma admite, hasta los dieciséis años nunca sintió el menor interés por las víctimas del régimen estalinista, una indiferencia seguramente compartida por muchos otros ciudadanos soviéticos a quienes el Terror no afectó de manera directa. Al volver sobre su vida en la década de 1930 y 1940, Nadezhda recuerda:

> Había oído hablar de la represión, pero no despertaba en mí el menor interés. En 1946, por ejemplo, hubo arrestos masivos en la aldea vecina de Penza, pero de alguna manera logré no darme por enterada. Ni entendía ni quería entender lo que estaba pasando. Es algo que hoy me cuesta explicar, ya que esos hechos ocurrieron en paralelo con mi propia vida, pero no me afectaban para nada. De alguna manera, logré desentenderme de todo.[989]

Tamara Trubina ignoró durante más de cincuenta años cuál había sido la suerte de su padre. Todo lo que su madre, Kapitolina, le dijo fue que había desaparecido en el Lejano Oriente, donde había ido como voluntario para trabajos de

construcción. Kapitolina conoció a Konstantin, un ingeniero, en 1935, cuando ella, una joven médica, fue enviada por el Komsomol para trabajar en la administración del Gulag en Sychan, una pequeña aldea cercana a Vladivostok, donde Konstantin trabajaba como obrero penal en las construcciones cercanas al Gulag. En 1938, Konstantin fue arrestado nuevamente. Kapitolina no tenía idea de dónde se encontraba su marido, apenas sabía que lo habían enviado a un campo de trabajo en algún punto de la red Gulag de Dalstroi, en el extremo nororiental de Siberia. Después de dejar a la pequeña Tamara con su abuela en Perm, Kapitolina volvió a su trabajo de médica en los campos de trabajo de Kolima. Como su matrimonio con Konstantin no había sido registrado y ella conservaba su apellido de soltera, pudo esconder los detalles de su biografía durante muchos años. Finalmente, el jefe de la sección del Gulag donde ella trabajaba supo de la existencia de Konstantin, pero la necesidad de médicos en los campos era tan acuciante que mantuvo el secreto y protegió a la mujer. Durante treinta años, Kapitolina siguió trabajando como médica para la NKVD, y luego para el MVD, hasta convertirse en jefa de la División Médica del KGB, donde se retiró en 1965. En sus periplos por los campos de trabajo de Kolima, nunca perdió la esperanza de encontrar a Konstantin, o de saber qué había sido de él. Como más tarde explicaría, ayudar a otros prisioneros le hacía sentir que mantenía en cierto modo un vínculo con su marido desaparecido. Después, en 1956, supo la verdad: Konstantin había sido ejecutado en noviembre de 1938.



Tamara y Kapitolina (1948)

Durante casi veinte años, Kapitolina vivió con el temor de que sus colegas descubrieran que su marido era un «enemigo del pueblo». La atemorizaba la sola idea de hablar de él con su propia familia. La noticia de su ejecución, que ella tomó como evidencia de que Konstantin había cometido un grave crimen, la hizo replegarse todavía más en sí misma. No decía nada a su hija, que cada vez preguntaba sobre su padre con mayor insistencia. «Mamá nunca hablaba de papá», recuerda Tamara.

> Conservaba toda su correspondencia de la década de 1930 y algunos telegramas, pero nunca me los mostró. Siempre se las ingeniaba para desviar el tema de conversación. Solía decir: «No sé lo que hizo». A lo sumo decía: «Quizá su lengua lo metió en problemas».

Después de la muerte de su madre, en 1992, un tío de Tamara, oficial de alto rango del KGB, le aconsejó que escribiera a sus colegas de la policía de Vladivostok para pedir información acerca de su padre. El informe que recibió como respuesta consignaba que su padre había sido fusilado en 1938 bajo el cargo de pertenecer a una «organización trotskista», pero no mencionaba su encarcelamiento en los campos de trabajo. Así que Tamara siguió creyendo que su padre había sido un trabajador voluntario en el Lejano Oriente, como le había dicho su madre, y que sólo había caído en desgracia con las autoridades soviéticas en 1938. No fue

sino hasta el año 2004, cuando Tamara fue entrevistada en Perm en relación con este libro, que supo la historia completa. Frente a los documentos que demostraban que su padre había sido prisionero del Gulag durante mucho tiempo, Tamara se negó a aceptar la evidencia, e insistía en que debía de haber algún error. No estaba mentalmente preparada para verse a sí misma como una «víctima de la represión» del sistema soviético, que le había permitido desarrollar una exitosa carrera docente y la había aceptado como miembro pleno de la sociedad. Tamara reconoce que probablemente deba su éxito al silencio de su madre: de haber sabido la verdad sobre su padre, quizás hubiese dudado a la hora de emprender una carrera profesional.[990]

La represión de recuerdos traumáticos es una herramienta de autodefensa psíquica muy extendida entre las víctimas de todos los regímenes totalitarios, pero en la Unión Soviética las víctimas de Stalin tenían razones especiales para olvidar definitivamente su pasado. Y la razón es simple: nadie podía estar seguro de que el deshielo de Kruschev fuese a durar. La represión podía volver en cualquier momento, y como quedó demostrado, el deshielo fue fugaz y limitado. Durante la era Kruschev, el régimen dejó muy claro que no estaba dispuesto a aceptar ninguna crítica a la represión estalinista que condujera a un cuestionamiento del sistema soviético en general. Incluso durante el apogeo del deshielo de Kruschev, a comienzos de la década de 1960 (cuando el cuerpo de Stalin fue retirado del Mausoleo de Lenin, cuando los estalinistas de la línea dura como Kaganovich, Molotov y Malenkov fueron expulsados del Partido, y cuando la imagen del régimen de Stalin cambió para siempre con la publicación de *Un día en la vida de Ivan Denisovich* [1962], un virulento relato de Solzhenitsin sobre la vida en el Gulag), nunca hubo un reconocimiento oficial de los millones de personas que habían

muerto y habían sido reprimidos, ni monumento público ni disculpa gubernamental ni reparación adecuada para las víctimas, cuya rehabilitación fue concedida sólo a regañadientes.

En 1964, Kruschev fue reemplazado por Leonid Brezhnev, y el benévolo clima liberal que se vivía llegó a su fin abruptamente. La censura se endureció. La reputación de Stalin como «gran héroe de guerra» fue resucitada de cara al vigésimo aniversario de la victoria soviética, cuando descubrieron un busto en su honor junto a su tumba, cerca del Muro del Kremlin. Brezhnev aplastó a los «disidentes», quienes se organizaron por primera vez en febrero de 1966 para protestar por los «juicios de exhibición de poder» contra los escritores clandestinos Iuli Daniel y Andrei Siniavski. La persecución de los disidentes fue una excelente arma de disuasión contra quienes pretendían desenterrar los crímenes de Stalin. Millones de personas que por experiencia propia podrían haberse manifestado críticamente sobre el sistema soviético se echaron atrás, temerosas de ser identificadas con los disidentes, quienes utilizaban los crímenes de Stalin como una forma de oponerse al régimen de Brezhnev. La gente volvió entonces a reprimir sus recuerdos, a negarse a hablar del pasado, y guardaron apariencia de conformidad con la inmensa, leal y silenciosa mayoría soviética.

Entre los antiguos prisioneros de Stalin, la amenazadora posibilidad de un nuevo arresto bastó para reforzar su silencio durante varias décadas después de 1956. Y aunque al final del Terror el KGB perdió sus colmillos, siguió teniendo acceso a un amplio arsenal de castigos draconianos; además, el alcance de su vigilancia, que llegaba a todas partes, era suficiente para despertar miedo en cualquiera que se atreviera a pensar o actuar de modo «antisoviético».

En 1977, mientras trabajaba como ingeniera en los laboratorios Tsvetmetavtomatika de Moscú, Inna Gaister recibió un aviso telefónico de un empleado del KGB pidiéndole que se presentara en la Lubianka, nombre del cuartel general de la organización. «Me puse a temblar, por obvias razones —recuerda Inna—. No podía pensar». Su mente regresó de un salto a su arresto, en abril de 1949, cuando había sido requerida de ese mismo modo y mientras defendía su tesis de doctorado en la Universidad de Moscú, así como al arresto de su hermana, en junio de ese mismo año, y al arresto de sus padres, treinta años atrás, en 1937, cuando ella tenía apenas doce años. Inna dijo al oficial del KGB que estaba en medio de un experimento de laboratorio y que no podía atenderle en ese momento. El empleado dijo entonces que volvería a llamar en media hora. Inna comenzó a llamar desesperadamente a sus amigos, tanto para advertirles de la posibilidad de que también fueran convocados como para informarlos de su paradero en caso de que no regresara. Cuando el KGB llamó nuevamente, Inna volvió a negarse a ir a la Lubianka, así que el empleado comenzó a interrogarla acerca de su relación con Lev Kopelev, escritor disidente y exprisionero del Gulag, que poco tiempo después sería expulsado de la Unión Soviética. Kopelev era un conocido de Inna, así como de cientos de moscovitas más, y había realizado lecturas en casa de su amiga. De alguna forma, el KGB se había enterado, quizás interviniendo su línea telefónica, o más probablemente a través de un informante que había asistido a alguna de las lecturas. Inna estaba aterrada, y pasó varios días con el corazón en la boca, a la espera de un arresto inminente. Se deshizo de toda la literatura disidente que almacenaba en su apartamento, por temor a que fuese registrado por el KGB, y canceló todas las reuniones en su casa. No la arrestaron, y el

incidente no tuvo mayores repercusiones. Pero aquella simple llamada fue suficiente para remover recuerdos dolorosos y perturbar su tranquilidad durante años. «He tenido que lidiar toda mi vida con ese miedo —reflexiona Inna—. Siempre tengo miedo». Y se trata de un miedo difícil de explicar. «No es miedo a algo concreto, es más parecido a un sentimiento de inferioridad, una vaga sensación de ser defectuoso».[991]

Se trata de un sentimiento de angustia muy extendido entre los antiguos prisioneros del régimen de Stalin. Zinaida Bushueva vivió las décadas de 1960 y 1970 en constante angustia y preocupación por la posibilidad de un nuevo arresto. No fue sino hasta 1981, cuando recibió un pasaporte limpio y sin marcas que indicaran que había sido prisionera en un campo de trabajo, que la angustia y el temor comenzaron a aplacarse, pero incluso entonces, según recuerda su hija, «y hasta el día de su muerte, siguió temiendo el regreso del Terror». Maria Vitkevich, que después de su arresto en 1945 pasó diez años en el campo de trabajo de Norilsk, sigue atemorizada hasta el día de hoy. «No logro deshacerme del miedo», explica:

> Sentí miedo toda mi vida, siento miedo ahora [en 2004] y sentiré miedo el día que me muera. Incluso en este momento siento que vienen a por mí. Me rehabilitaron hace cincuenta años. No tengo nada de qué avergonzarme. La Constitución dice que no pueden interferir en mi vida privada. Y sin embargo, tengo miedo. Sé que tienen suficiente información sobre mí como para arrestarme cuando quieran.

Svetlana Bronshtein, sentenciada a diez años en los campos de trabajo en 1952, aún tiene pesadillas de su vida en el campo de Viatka, donde cumplió tres años de su sentencia antes de ser liberada, en 1955. Si tuviese suficiente energía para llenar el papeleo y hacer cola en la puerta de la embajada estadounidense, intentaría emigrar a Estados Unidos, donde cree que sus temores se disiparían.[992]

Intimidadas y silenciadas, la gran mayoría de las víctimas

de Stalin reprimieron con estoicismo todas sus emociones y recuerdos traumáticos. «El ser humano sobrevive por su habilidad para olvidar», escribió Varlam Shalamov en *Cuentos de Kolima*. Quienes han padecido sufrimientos horribles no hablan de sus vidas. Y rara vez lloran. «Hasta el día de hoy no puedo llorar —asegura Inna Gaister—. En tiempos de Stalin la gente no lloraba. Siempre he sentido en mi interior una especie de prohibición de llorar que me viene de esa época».[993]

Los historiadores ya se han ocupado del tema del estoicismo. En su libro sobre la muerte y la memoria en la Rusia soviética, la historiadora británica Catherine Merridale señala que los rusos están tan acostumbrados a reprimir sus emociones y a callar su sufrimiento (no en el sentido de «negación» del inconsciente, sino como estrategia consciente o mecanismo de defensa), que uno se pregunta «si la noción de trauma psicológico es aplicable a la mentalidad rusa, tan diferente y ajena como la maquinaria importada que se atasca y deja de funcionar durante el crudo invierno siberiano».[994]

La psiquiatría afirma que hablar tiene efectos terapéuticos en las personas que han sufrido algún trauma, pues la represión de las emociones perpetúa el trauma, la ira y el miedo.[995] Cuanto más prolongado es el silencio, más atrapadas se sienten las víctimas por sus recuerdos acallados. El estoicismo puede ayudar a las personas a sobrevivir, pero también puede convertirlas en sujetos pasivos de sus destinos. El logro final de Stalin fue haber creado una sociedad en la que el estoicismo y la pasividad eran normas sociales.

Nadie más estoico y resignado con su destino que Nikolai Lileiev. Nacido en 1922, Nikolai fue reclutado por el Ejército Rojo a los dieciocho años de edad, capturado por los alemanes en 1941, llevado como prisionero de guerra a una

granja de Estonia, y luego a varias minas y fábricas de Alemania. En 1945, Nikolai regresó a la Unión Soviética, donde fue arrestado y enviado a los campos de trabajo de Komi. Al ser liberado, en 1955, no se le permitió regresar a su Leningrado natal, y se instaló en Luga hasta 1964. En 2002 escribió sus memorias, que tituló *Los desafortunados no sobreviven*, con un prólogo que, según el mismo autor se ocupa de afirmar, «fue escrito sin el menor deje de ironía o humor negro»:

> He sido siempre un hombre sumamente afortunado, en especial durante los períodos difíciles de mi vida. Tuve la fortuna de que mi padre no fuese arrestado, de que las maestras de mi escuela fuesen amables, de no haber tenido que pelear en la guerra con Finlandia, de no haber sido nunca herido de bala, de haber pasado el peor año de mi cautiverio en Estonia, de no haber muerto en las minas de Alemania, de no haber sido fusilado por desertor cuando me arrestaron las autoridades soviéticas, de que no me torturaran para interrogarme, de no haber muerto en el convoy camino a los campos de trabajo a pesar de medir un metro ochenta de estatura y pesar apenas cuarenta y ocho kilos, y de haber estado en un campo de trabajo soviético cuando el sistema Gulag ya estaba declinando. No estoy amargado por mi experiencia y he aprendido a aceptar la vida como es.[996]

2

En 1956, Simonov se divorció de la actriz Valentina Serova y contrajo matrimonio con su cuarta esposa, Larisa Zhadova, quien ya estaba embarazada de su hijo. Larisa era una historiadora especializada en arte, hija de un general de alto rango, subcomandante de todas las fuerzas soviéticas del Ejército de Tierra. El padre se había enfurecido con el primer matrimonio de su hija con el poeta Semion Gudzenko, muerto en 1953. Cuando Larisa anunció que se casaría con Simonov, el general amenazó con expulsarlas a ella y a su hija de tres años de la casa familiar («¿no tuviste suficiente con un poeta?»). Larisa era una mujer seria y decidida, cuya frialdad contrastaba con el carácter apasionado de Valentina. Se hizo cargo de la vida privada de Simonov y se convirtió en su compañera, pero no le inspiró los arrebatados poemas románticos que había dedicado a Valentina.[997] Quizá Simonov buscaba entonces el orden de una vida tranquila.



Simonov y Valentina Serova (1955).

La ruptura con Valentina, al igual que toda su relación, fue muy turbulenta. Las cosas empezaron a andar mal a partir del nacimiento de la hija de ambos, Masha (Maria), en 1950. Valentina, que siempre había sido una gran bebedora, se volvió alcohólica crónica a medida que su belleza y su carrera teatral declinaban. Después de una serie de escandalosos incidentes en el Teatro Maly, fue reprendida varias veces y finalmente despedida por las autoridades en 1952. El comportamiento de Valentina avergonzaba profundamente a Simonov, quien a su vez sufría entonces las presiones de la línea dura del régimen y su campaña contra los judíos. Sus peleas y discusiones eran constantes, y los arranques de violencia y borracheras de Valentina arreciaron cuando se dio cuenta de que su esposo se disponía a abandonarla. En 1954, Simonov dejó el apartamento conyugal que ocupaban en la calle Gorki. Ya en ese entonces se veía con Larisa, como Valentina sospechaba. En un último esfuerzo por salvar su matrimonio, Simonov le consiguió el papel protagonista en una obra del Teatro Soviético de Moscú, y le prometió volver con ella si lograba «recuperarse». Pero Valentina era incapaz

de recuperarse, y él sin duda lo sabía. Estaba enferma, y necesitaba ayuda.

En la primavera de 1956, Simonov decidió finalmente divorciarse de Valentina: Larisa le comunicó que estaba embarazada, y él no podía permitirse el nuevo escándalo que implicaría una negativa a contraer matrimonio con ella. Valentina no quería el divorcio. Al igual que muchos amigos de la pareja, ella tenía la sensación de que su esposo la abandonaba justo cuando más necesitaba su apoyo. Quizá la apreciación era injusta. En la Unión Soviética, no existía una conciencia real del problema del alcoholismo, y la bebida era considerada un rasgo del carácter nacional ruso. Sin ayuda médica profesional, no era mucho lo que Simonov podía hacer por su esposa. Valentina se hundió en la desesperación y continuó bebiendo tanto que, finalmente, debió ser hospitalizada. Fue justo en ese momento que el divorcio fue legalizado. Valentina sufrió un colapso nervioso y durante los siguientes cuatro años fue confinada varias veces en hospitales psiquiátricos. Durante la mayor parte de este tiempo, su hija Masha vivió con la madre de Valentina. La niña estaba profundamente perturbada por el alcoholismo de su madre y el abandono y desaparición de su padre.[998]

En 1960, la doctora Zinaida Sinkevich, psiquiatra a cargo del hospital donde Valentina estaba confinada, escribió a Simonov acusándolo de ser el causante del hundimiento de su exesposa:

> Valentina Vasilevna se entregó a usted completamente… No había aspecto de su vida que no estuviese en sus manos: su autoestima como mujer, su carrera como actriz de teatro y cine, su éxito y su fama, su familia y amigos, sus hijos, su bienestar material (…). Y después usted la abandonó, ¡y su partida la terminó de destruir! Perdió toda confianza en sí misma, sus lazos con el teatro y el cine, sus amigos y familia, su amor propio (…) Lo único que le quedaba era el vino, lo único en que podía confiar, y cuando usted la abandonó se convirtió en su vía de escape de la realidad.

Al repasar esos acontecimientos mucho más tarde, en 1969, Simonov confesó en una carta a Katia (la hija de dieciséis años del primer matrimonio de Larisa, que vivía con Simonov desde 1956) que, cuando se divorció de Valentina, no guardaba «el menor sentimiento de respeto y menos aún de amistad» por su esposa alcohólica, y que «sólo se arrepentía» de no haberla abandonado «muchos años antes».[999]

Durante toda su vida, Simonov siempre había tenido la capacidad fría y racional de separar de su vida a aquellas personas que no le agradaban o que sentía que podían perjudicarle. En las décadas de 1930 y 1940, cuando las lealtades políticas estaban por encima de las lealtades personales, Simonov había cortado muchas de sus relaciones personales. Cuando esta estrategia quedó al descubierto y comenzó a atormentarlo en 1956, ya no tenía amigos cercanos, una prueba, en definitiva, de la imposibilidad de mostrarse como estalinista en la vida pública sin que la moral del sistema afectara también las relaciones interpersonales.

Después del divorcio, Simonov hizo esfuerzos deliberados por eliminar de su vida todo aquello que tuviese relación con Valentina, aunque siguió proporcionándole ayuda económica hasta que ella murió, en 1975. Se compró una casa nueva, y una dacha. Excluyó del seno familiar a su hija Masha, que no era invitada a participar en las celebraciones, cumpleaños, álbumes o filmaciones que registraban a la familia al completo. En su carta de 1969 a su hijastra Katia, que le exigía saber los motivos por los que nunca se le había permitido conocer a Masha, Simonov le explica por qué era mejor para todos que se mantuviesen alejados.[1000*]

> Existe hoy una joven de diecinueve años [MashaJ que ha sido criada por su madre con valores y reglas muy diferentes a las mías, y por lo tanto, y aunque lleva mi nombre, me es espiritualmente extraña. No la considero parte de mi vida, a pesar de que durante años dediqué mucho esfuerzo y energía para tratar de asegurarle una existencia más o menos

normal, tarea casi imposible si se tiene en cuenta que vivía con su madre, que había bebido durante más de veinte años, luego se recuperó, después recayó y volvió a recuperarse.

> Nunca quise que conocieras o supieras de esa niña o tuvieras trato con ella porque sólo te habría causado infelicidad. Y no creo que haya razones tampoco ahora para que la conozcas. No sería bueno para ninguna de las dos. En la vida hay que tomar decisiones difíciles, momentos en los que un hombre debe ser responsable y hacer lo que cree mejor, y no depositar la carga de sus decisiones en los demás.[1001]

No fue sino hasta la década de 1970 que Simonov flexibilizó su actitud hacia Masha y comenzó a incluirla en las reuniones familiares.

Para Simonov, el matrimonio con Larisa y el nacimiento de su hija Alexandra significó el comienzo de una nueva vida. «En cuanto a tu hermana, hoy cumple ocho semanas de vida», escribió Simonov a su hijo Alexei en marzo de 1957.

> Ya ha perdido su color amoratado y su piel es más rosada, así que hay esperanzas de que llegue a ser una persona fuerte, con ideas sanas sobre la vida, una persona que camine, coma y hable como cualquiera. En pocas palabras: una persona de buenos principios.

La felicidad doméstica coincidió con el deshielo de Kruschev. Para Simonov, los cambios de 1956 significaron un alivio espiritual, aunque en un primer momento tuvo sus reservas respecto de la crítica a Stalin. Después de 1956, según recuerda Alexei:

> Mi padre estaba más feliz y relajado. No estaba tan presionado ni sobrecargado de trabajo. Su enfermedad nerviosa, que se manifestaba en la piel de las manos desde que yo era pequeño, se atenuó. Se volvió más cariñoso y atento con las personas que lo rodeaban, como si el deshielo político también hubiese descongelado su corazón y hubiese comenzado a vivir de nuevo.[1002]

En agosto de 1957, la familia Laskin celebró las bodas de oro de Samuil y Berta con un banquete en un restaurante de Moscú. La organización de los festejos estuvo a cargo del sobrino de Samuil, el humorista y autor de sátiras Boris Laskin. Las invitaciones impresas, así como la decoración del restaurante, satirizaban la propaganda soviética, con

eslóganes como «50 años de felicidad. ¡Una carga liviana!» o «¡La Unión Familiar es la verdadera Escuela del Comunismo!». Simonov tomó parte en la celebración, e incluso cubrió parte de los gastos, a pesar de que por lo general desaprobaba las bromas que ridiculizaban al poder soviético. Desde 1956, Simonov mantenía buenas relaciones con la familia Laskin. Siguió siendo amigo de Yenia, la ayudó con dinero, solía seguir sus consejos en cuestiones literarias y contribuyó al ascenso de su carrera como editora del periódico *Moskva*, partidario del deshielo, enviándole los manuscritos de prosa y poesía que llegaban a sus manos.[1003*] Había quizás algo de arrepentimiento detrás de las atenciones que Simonov dispensaba a su exesposa. El espíritu del deshielo debió de despertar en él remordimientos, por el contraste moral entre Yenia, una incansable y hábil luchadora que había logrado publicar a poetas censurados, y su propio papel dentro del entorno literario del régimen soviético. En 1964, al cumplir cincuenta años, Yenia celebró una fiesta con amigos y familiares en su nuevo apartamento cerca de la estación de metro del aeropuerto, en el norte de Moscú, donde algunos de sus amigos escritores recitaron poemas escritos en su honor. Fue una celebración animada, cálida y divertida, plagada de muestras de cariño hacia la anfitriona. Simonov dio un discurso que se extendió demasiado. Resultaba evidente que no le era fácil hablar de Yenia en una habitación llena de escritores que la admiraban por su coraje y su generosidad, por su voluntad de ayudar a los demás sin pensar en los riesgos para ella misma. La hija de siete años de Simonov, Alexandra, entró en la habitación y corrió hacia su padre, rescatándolo sin proponérselo de ese momento incómodo. Simonov la alzó en sus brazos y le dijo: «¡Ahora mismo felicita a tu tía Yenia!». Alexandra cogió entonces el micrófono: «Querida tía Yenia, felices cincuenta años, ¡y dile

a Aliosha [Alexei] que se rasure la barba!».[1004]

Para Alexei, el deshielo significó el comienzo de una nueva etapa en su relación con Simonov. En 1956, el joven de dieciséis años escribió una carta a su padre donde se refería al distanciamiento entre ellos mientras su progenitor había vivido con Valentina, y a su esperanza de lograr un mayor acercamiento en los años venideros:

> Yo creo en ti, no sólo como padre, sino como hombre bueno, honorable e inteligente: un buen amigo. Esta convicción es para mí una fuente de fortaleza, y si a ti también te sirve al menos un poco, yo ya soy feliz. Recuerda que tu hijo, a pesar de ser joven y no muy fuerte, siempre estará a tu lado (…). Casi nunca hemos hablado de nuestras vidas privadas, creo que una sola vez (…).
>
> En tu casa, nunca me sentí en mi casa: no era nada grave, pero cuando «no estabas» oía conversaciones que eran difíciles para mí. Evitaba ir a tu casa cuando no estabas. Mi relación con Masha también fue difícil: no podía aceptarla como hermana (…). Nada de eso importa ya. Ahora siento que todo será diferente.
>
> Me alegro de que estés más tranquilo, más feliz. Estoy seguro de que tu nueva esposa y yo nos llevaremos bien, y mis sentimientos hacia ella son ya de amistad. Estaremos más cerca, padre, y ya no seré más tan sólo un huésped en tu casa.[1005]

En el verano de 1956, a la edad de dieciséis años, Alexei terminó la escuela y, alentado por su padre, se unió a una expedición científica con destino a la remota región de Iakutsk, en Siberia oriental. Para Alexei, la experiencia era una forma de probarse a sí mismo como un hombre capaz de emular a su padre, que también había dejado la escuela para trabajar a esa misma edad. «Dile a mi padre que no lo defraudaré», escribió Alexei a su madre, Yenia, en su primera carta desde el norte.

En las cartas a Simonov, Alexei comparaba la expedición con la «universidad de la vida» de Simonov en las fábricas, durante el Primer Plan Quinquenal. Su padre le respondió con una ternura e informalidad desconocidas para Alexei. En una de esas cartas, que Alexei atesoraría durante el resto de su

vida, Simonov escribió:

> Es la costumbre que los padres utilicen estas cartas para dar consejos a sus hijos. Por lo general, no me gusta hacerlo, pero me permito darte un pequeño consejo antes del invierno. Sin duda habrás oído, o puedes imaginarlo por lo que he escrito y dicho al respecto, que no fui culpable de cobardía durante la guerra. Esto es lo que quiero decirte: hice lo que debí hacer y según mi criterio y consideración de la dignidad humana y de mi amor propio como hombre, pero recuerda que si tú ahora tienes un padre vivo y saludable, y no tan sólo una tumba o un recuerdo, es porque nunca me expuse a riesgos estúpidos. Siempre fui cuidadoso, frío y cauteloso en todas las situaciones donde existía un peligro real, aunque nunca hui de él. Debería quedarte claro por qué te escribo estas palabras…
>
> Y ahora, amigo mío, debo correr al Sindicato de Escritores a decirles a los jóvenes autores cómo escribir y cómo no escribir, y tú puedes tomarte la libertad de corregir mi estilo y mi puntuación a tu antojo, ¿sí?
>
> Un beso, mi querido, y un apretón de manos. Tu padre.
>
> 31 de agosto de 1956.[1006]

En septiembre, Simonov pasó tres días con Alexei en Iakutsk. Disfrutó de las condiciones básicas y la camaradería de la expedición, que le recordaba los tiempos de la guerra («está muy contento de poder salir todavía a pasear con una mochila al hombro», explicó Yenia a Alexei). Por primera vez en su vida, tomó asiento junto a su hijo, bebió con él junto al fuego y habló abiertamente de su vida, de política y de sus esperanzas y anhelos para el futuro. Aislado de los círculos literarios, Simonov había encontrado en su hijo un compañero del alma y un fiel apoyo. «Está muy contento contigo en todos los sentidos —escribió Yenia a su hijo Alexei después del regreso de Simonov—. Está muy satisfecho con tu desarrollo, tanto físico como espiritual, y de la consideración que te demuestran tus compañeros». Alexei, por su parte, no recordaba haber visto nunca a su padre tan jovial y excitado: «Estaba henchido del espíritu del XX Congreso, de la alegría de su nueva familia, de su hija, de su nueva casa y de su nueva novela, Los vivos y los muertos. Sentía que había dejado atrás

una parte de su vida y que comenzaba a vivir de manera diferente». Durante esos tres días en Iakutsk, Alexei se enamoró de Simonov: ese padre ideal con el que había fantaseado durante tantos años, finalmente se había materializado, y Alexei floreció. Esa nueva conexión con su padre lo hizo madurar y sentirse independiente. En sus cartas desde Iakutsk, comentaba con su padre sus ideas sobre la vida y la literatura, y le pedía su consejo, de hombre a hombre: «Espero ansioso nuestro próximo encuentro —le escribió en febrero de 1957—. Hay tantas cosas que quiero decirte, tantas que preguntarte, y que no puedo expresar en esta carta».[1007]

La cercanía de Alexei y su padre no duró mucho. La intimidad que habían logrado en Iakutsk no volvió a producirse en Moscú, donde Simonov no tenía tiempo para su hijo. La política los dividía. Alexei estaba encantado con el espíritu democrático del deshielo, mientras que su padre seguía mostrándose escéptico, por no decir que se oponía directamente. Alexei era demasiado joven, demasiado inmaduro desde el punto de vista político como para articular una crítica contra las ideas de su padre. No tenía, por ejemplo, posición tomada respecto de la sangrienta represión del levantamiento de Hungría de 1956, cuando su padre había apoyado el envío de tanques para sofocar a los manifestantes antisoviéticos de Budapest. Sin embargo, en Alexei se agitaba el germen de la disensión y la protesta, que quizá provenía del lado Laskin de su familia. En 1956, solicitó su primer pasaporte. En el casillero donde se pedía a cada ciudadano soviético que consignara sus orígenes étnicos, había decidido escribir «judío», a pesar de tener derecho a inscribirse como ruso, nacionalidad de su familia paterna, lo que le facilitaría mucho las cosas. Fueron necesarios los esfuerzos de todos los miembros de la familia Laskin (y la insistencia de Samuil y Berta en particular) para convencerlo de que no lo hiciera.

Para Alexei, la identificación con sus orígenes judíos significaba un gesto deliberado de disensión política con los valores del antiguo régimen soviético. Sus opiniones en otras cuestiones exhibían esa misma voluntad. Se sentía asqueado por la falsedad e hipocresía del Komsomol. El libro de Dudintsev *No sólo de pan vive el hombre*, un ataque frontal contra la oficialidad soviética, le había causado una profunda impresión, y escribió a su autor que era un texto genial muy necesario para la reforma política del país. Para evitar toda vinculación con el apellido Simonov, firmó la carta con el nombre de su abuelo («Alexei Ivanishev») en vez de con el de su padre, quien había criticado la novela por considerar que alimentaba sentimientos antisoviéticos, y había obligado al autor, Dudintsev, a moderar sus ataques contra la burocracia antes de publicar el texto en *Novyi mir*. Simonov era mucho más receloso que su hijo con respecto al espíritu reformista del deshielo. «Si uno da un paso atrás un instante y observa el país y el ánimo de su pueblo —escribió a Alexei en febrero de 1957—, podemos decir sin temor a exagerar que es enorme el trayecto recorrido desde 1953. Pero un escritor que considera que su deber es alentar la rebelión injustificada no me despierta la menor simpatía».[1008]

La desestalinización de Simonov avanzaba muy lentamente. Las revelaciones hechas en el XX Congreso del Partido lo habían entusiasmado y consternado al mismo tiempo, y le llevó un buen tiempo reconciliarse con la verdad de los hechos. Para Simonov, la prueba moral definitiva del régimen de Stalin seguía siendo su proceder durante la guerra. Mientras trabajaba en su gran novela bélica, *Los vivos y los muertos* (1959), Simonov se enfrentó por primera vez con la cuestión moral central que planteaba la guerra: el desperdicio escalofriante de vidas humanas por parte del régimen. La novela plantea varios de estos dilemas hasta

entonces omitidos por el discurso público sobre la guerra: los devastadores efectos del Terror en los altos mandos militares, el caos y la confusión que azotaron al país durante las primeras semanas de la guerra, el clima de desconfianza y la incompetencia de los oficiales, que costaron la pérdida de tantas vidas de jóvenes inocentes. Simonov extrae material de sus diarios y memorias de la guerra, y cuenta la historia del enfrentamiento bélico a través de una serie de vividas escenas en las que soldados y hombres se esfuerzan por dar sentido a lo que ocurre y cumplen con su deber a pesar de todos los obstáculos. Muestra cómo la experiencia de la guerra cambió a las personas, que se unieron como nunca para derrotar al enemigo con decisión, y deja entrever que ese espíritu fue la razón fundamental de la victoria soviética. Simonov siempre había considerado que el liderazgo de Stalin había sido un factor crucial en el desarrollo de la guerra. Pero con *Los vivos y los muertos* comenzó a reconsiderar el papel de Stalin, y se volcó hacia una visión más populista que desarrollaría en los últimos años de su vida, que afirmaba que había sido el pueblo soviético el que había ganado la guerra, y eso a pesar del liderazgo de Stalin. Incluso llega a sugerir que el caos y la desconfianza que el reinado de Stalin había instalado en el ejército condujo inevitablemente a la catástrofe militar de 1941. Sólo el espíritu patriótico y la iniciativa de la gente común, como los héroes de su libro, habían logrado revertir la situación y transformar un desastre en triunfo. Simonov ya había sugerido estas ideas en sus diarios de 1941-1945, donde había apuntado sus ideas sobre la guerra y las había discutido con sus amigos, entre ellos el escritor Lazar Lazarev, antes de 1953. Pero como el mismo Simonov confesó durante una velada literaria en la Academia Militar de Frunze, en 1960, no había tenido «el coraje cívico necesario» para publicar sus ideas cuando Stalin estaba todavía vivo.[1009]

Simonov siguió siendo fiel a la memoria de Stalin durante toda su vida. Su propia historia personal e identidad estaban demasiado ligadas al régimen para poder deshacerse del legado de Stalin de raíz. Por esa razón, no pudo nunca abrazar de corazón y por completo el deshielo de Kruschev, que significaba para él una traición a Stalin como hombre y como líder, y una traición a su propio pasado.



Alexei y Konstantin Simonov (1967).

No podía negar a Stalin sin negarse a sí mismo. Incluso durante el apogeo del deshielo, Simonov siguió sosteniendo con firmeza muchos de los dogmas del dictador, y tomó una posición muy dura en relación con la crisis de 1956 en Hungría. «Varios miles de personas murieron en los sucesos de Hungría —escribió Simonov a Alexei desde Calcuta en 1957—, pero los ingleses derramaron mucha más sangre durante el reparto de la India, y no en interés del pueblo [motivo que según Simonov impulsaba el accionar soviético en Budapest], sino sólo para alentar el odio religioso y la rebelión».

A partir de 1956, Simonov fue considerado por los reformistas liberales como un estalinista irreducible, y por los viejos estalinistas como un peligroso liberal, pero en realidad,

durante los años del deshielo de Kruschev, Simonov era un conservador moderado. Reconocía los errores de Stalin y admitía la necesidad de una reforma política limitada, pero seguía sosteniendo que el sistema soviético creado por Stalin durante las décadas de 1930 y 1940 era la única base sólida para el progreso de la humanidad. «Hemos cometido muchos errores en el camino al comunismo —escribió a Alexei—, pero el reconocimiento de nuestros errores no debe hacer flaquear ni por un instante nuestra convicción en los principios del comunismo».

En 1964, cuando Brezhnev llegó al poder, el conservadurismo moderado de Simonov se ganó el favor oficial, pues el Kremlin comenzó a revertir las medidas de desestalinización de Kruschev y se opuso a cualquier tipo de reforma en la Unión Soviética o en cualquiera de los otros países del Pacto de Varsovia. A partir de mediados de la década de 1960, Simonov emergió como un viejo estadista en el seno del ambiente literario soviético. Sus libros habían sido publicados masivamente y eran textos de lectura y estudio en las escuelas soviéticas y las universidades, y sus apariciones en los medios de comunicación soviéticos eran muy frecuentes. Viajaba alrededor del mundo como cara visible y oficial de la literatura soviética, e incluso para los estándares de la élite, gozaba de un estilo de vida privilegiado.

El 9 de mayo de 1970, vigésimo quinto aniversario de la victoria soviética de 1945, Simonov concedió una entrevista al periódico *Industria Socialista*, donde dejaba clara su posición respecto de la historia soviética de la posguerra:

> He pasado mucho tiempo estudiando la historia de la Gran Guerra Patriótica, y ahora sé mucho más de lo que sabía cuando terminó la guerra. Obviamente, mi percepción de los hechos ha cambiado. Pero cuando recorro el país y veo cómo se ha levantado, cuando veo todo lo que se ha hecho y todo lo que se está haciendo, mi sensación sigue siendo que nuestra causa en ese entonces era justa. Por duro que haya sido, por

> vidas que se hayan perdido, durante la guerra nuestro pueblo hizo lo que había que hacer. Si hubiesen fallado en esa empresa tan difícil, nuestro país no sería lo que es hoy, no habría otros países socialistas ni luchas en todo el mundo para librarse del yugo del colonialismo. Todo eso fue posible sólo gracias a nuestra victoria.

Para la gente de la generación de Simonov, la guerra había sido el momento crucial de sus vidas. Nacidos durante los años de la Revolución de 1917, habían alcanzado la madurez en la década de 1930, momento en que el régimen de Stalin estableció un nuevo sistema de valores, y alcanzaron la edad de retiro durante los años de Brezhnev.

Desde la perspectiva de la década de 1960 y 1970, estas personas recordaban la guerra con nostalgia, como un punto álgido de su juventud.

Había sido un tiempo de camaradería, de responsabilidades compartidas y de sufrimiento, cuando la gente «se volvió más humana» porque debía ayudar y confiar en los demás, un tiempo en que sus vidas tenían un propósito más alto y un sentido, pues, a su parecer, sus contribuciones individuales a las campañas de la guerra habían logrado cambiar el destino de la nación. Esos veteranos recordaban la guerra como un período de grandes logros colectivos, cuando personas como ellos habían hecho enormes sacrificios en pos de la victoria. Para ellos, el año 1945 era un enclave tempo-espacial casi sagrado en la historia y la memoria soviética. En palabras del veterano de guerra y escritor Kondratiev:

> Para nuestra generación, la guerra fue el suceso más importante de nuestras vidas, el más importante. Eso es lo que creemos hoy.
>
> Y por lo tanto no estamos dispuestos a empequeñecer en lo más mínimo el enorme sacrificio de nuestro pueblo durante esos años terribles, difíciles e inolvidables. La memoria de todos los caídos es demasiado sagrada, y nuestro sentimiento patriótico es demasiado puro y profundo para eso.[1010]

Las conmemoraciones de la Gran Guerra Patriótica sirvieron como recordatorio del éxito del sistema soviético. A

los ojos de sus ciudadanos leales, incluido Simonov, la victoria de 1945 bastaba para justificar el régimen soviético y todos sus logros desde 1917. Pero la memoria popular de la guerra, que se refería a ella como «la guerra del pueblo», también entrañaba una amenaza potencial para la dictadura soviética. La guerra había sido una época de «desestalinización espontánea», cuando más que en ningún otro momento el pueblo soviético se había visto obligado a hacerse responsable de sus acciones y organizarse para el esfuerzo de la guerra, la más de las veces en total ausencia de liderazgo o control por parte del Partido. Como temía el régimen en la posguerra, la memoria colectiva de esa libertad de acción y capacidad de iniciativa podía ser peligrosa si despertaba ideas de reforma política.

Durante muchos años, la memoria de la guerra fue menospreciada en la cultura pública del régimen soviético. Hasta 1965, el Día de la Victoria no era siquiera una festividad soviética oficial, y las agrupaciones de veteranos debían organizar los festejos y desfiles conmemorativos por su cuenta. Las publicaciones sobre la guerra eran censuradas salvajemente, las novelas bélicas eran sometidas a un estricto control ideológico[1011*] y los periódicos de guerra fueron retirados de las bibliotecas públicas. Después de 1956, se produjo una flexibilización parcial de estos controles sobre la memoria de la guerra. Entonces comenzaron a aparecer ediciones de relatos y memorias de guerra de los propios veteranos. Los escritores que de jóvenes habían combatido en la guerra utilizaron su propia experiencia para escribir relatos y novelas donde esbozaban la vida real de los soldados, «la verdad de las trincheras» (*okopnaia pravda*), como solía llamársela, que funcionaba como contrapeso moral de la versión de la guerra que mostraba la propaganda oficial.[1012*] Pero estas publicaciones llegaban al límite de lo permitido por

el deshielo de Kruschev: el Partido estaba dispuesto a culpar a Stalin por sus errores bélicos, pero no a desafiar la versión oficial de la guerra como triunfo de la disciplina y el liderazgo comunista. En 1962, Grossman fue informado por Mijail Suslov, jefe de ideología del Politburó, de que su novela bélica *Vida y Destino*, que había sido incautada por el KGB cuando fue enviada al periódico *Znamia*, no podría ser publicada ni en 200 años (fue publicada por primera vez en Rusia en 1988).



Estatua de la Madre Rusia, parte del Memorial de la Guerra de Mamaev Kurgan en Volgogrado.

El régimen de Brezhnev controló aún más férreamente el recuerdo de la guerra, y utilizó la conmemoración de la victoria soviética para generar un poderoso despliegue de lealtad pública y legitimidad política hacia el propio régimen. En 1965, el Día de la Victoria fue incluido en el calendario oficial de festividades soviéticas y celebrado con gran pompa por toda la cúpula del Partido con un desfile militar en la Plaza Roja. Para la ocasión, se inauguró un nuevo museo de las Fuerzas Armadas, cuyo vasto despliegue de objetos conmemorativos transformaba en culto el recuerdo de la guerra. Dos años más tarde, muy cerca del Muro del Kremlin se erigió la Tumba del Soldado Desconocido, que pronto se

convirtió en zona sagrada para el Estado soviético y en lugar de homenajes rituales de novias y novios soviéticos. En Volgogrado (antes Stalingrado), se completó en 1967 un conjunto monumental de duelo y recogimiento por los caídos. En su centro se erigía una enorme estatua de la Madre Rusia blandiendo la espada, la efigie más alta del mundo, de 52 metros de altura. Fue en esta época que la estadística repetida hasta el cansancio de los «veinte millones de muertos» hizo su ingreso en la propaganda soviética como símbolo mesiánico del sacrificio excepcional de la Unión Soviética en pos de la liberación del mundo.

Simonov tenía demasiado de soldado y había visto demasiado de cerca la realidad de la guerra como para tomar parte en la manipulación del recuerdo colectivo del conflicto. Había pasado muchos años reflexionando acerca del sentido de la guerra y las razones de la victoria soviética. Sus ideas sobre el conflicto bélico se habían convertído en una reflexión moral sobre Stalin y el sistema soviético en su conjunto: ¿el objetivo de ganar la guerra justificaba la pérdida de tantas vidas?, ¿el pueblo había ido a la guerra por la fuerza o por razones internas más profundas, por la fuerza espiritual del patriotismo o por un estoicismo sin vinculación ninguna con la política? Durante la última década de su vida, Simonov reunió recuerdos y testimonios de excombatientes. A su muerte, en 1979, había reunido un extenso archivo con memorias, cartas y varios miles de entrevistas grabadas.[1013*] Muchos de estos testimonios fueron incluidos en *El soldado que fue* (1975), un «film-poema en siete capítulos», cada uno de los cuales reflexionaba sobre un aspecto de la experiencia de los combatientes, con entrevistas y lecturas de textos de Simonov. De una manera inusitada para la época, la película da vida a los horrores de la guerra y el sufrimiento de los soldados, quienes son retratados como seres humanos

comunes que demostraron valor y resistencia en las peores circunstancias. Uno de los capítulos más largos de la película trata de las heridas de guerra, con la participación de un soldado de infantería que había sido herido siete veces y aun así marchó hacia Berlín. La película era el homenaje a los cuadros de base del Ejército Rojo, al coraje y la resistencia de millones de héroes desconocidos y olvidados que habían dado la victoria a la Unión Soviética, de parte de un hombre que en sus escritos solía adoptar la perspectiva de los altos mandos. Según Marina Babak, directora de la película y en ese entonces amante de turno de Simonov, ese acto de homenaje estaba motivado por razones personales profundas, porque Simonov sentía que, a lo largo de su vida, «nunca había demostrado el valor suficiente», Babak recuerda que «Simonov insistió en que no se lo viera en ningún momento en la película, pues se sentía indigno de aparecer junto a un soldado».[1014]

La película molestó a los altos mandos militares, quienes se sintieron ofendidos por su crudo realismo y su concepción populista de la guerra. De hecho, los censores insistieron en que la película incluyera un segmento que rindiera homenaje a Brezhnev como líder de guerra. El gobierno de Brezhnev consideraba que todo intento de conmemorar el sufrimiento del pueblo durante el conflicto bélico constituía una amenaza al régimen. A partir de mediados de la década de 1960, muchos de los escritos sobre la guerra de Simonov fueron censurados para su publicación o fueron directamente prohibidos. Sus diarios de guerra de 1941, preparados para su publicación en forma de libro en 1967 (*Cien días de guerra*), fueron rechazados por la censura del Soviet, a pesar de la apelación del propio Simonov a los líderes del Partido. El libro fue finalmente publicado en 1999. La misma suerte corrieron sus ensayos sobre Zhukov y sus diarios de guerra de

1941-1945 (*Varios días de guerra*), que fueron publicados con cortes y enmiendas en 1977.[1015] Su documental *Si amas tu casa* apareció en 1966 y sólo después de una encarnizada lucha con los censores, que lo recortaron a mansalva, mientras que la versión fílmica de su novela *No se nace soldado* (1964), segundo volumen de *Los vivos y los muertos*, fue desfigurada tan salvajemente por los censores soviéticos que Simonov retiró el título de su novela y hasta su propio nombre de la versión final de la película, que fue estrenada con el nombre de *Retribución (Vozmezdiye)* en 1967.

Estos enfrentamientos con la censura fortalecieron su decisión de buscar la verdad acerca de la guerra y del régimen estalinista. Sus cuadernos de esta época están llenos de alusiones a sus encuentros con Stalin, donde se pregunta acerca de lo que él mismo sabía o ignoraba sobre los crímenes del dictador en tiempos en los que formaba parte de su corte. Cuanto más sabía o se enteraba de las mentiras y crímenes de Stalin, más intentaba alejarse de su propio pasado. «Hubo un tiempo en que, a pesar de mis dudas, yo amaba a Stalin —escribió Simonov en 1966—.

Pero hoy, sabiendo todo lo que sé sobre él, ya no puedo ni quiero amarlo más. Si hubiese sabido entonces lo que sé hoy, tampoco lo habría amado entonces».[1016]

Durante los últimos años de su vida, Simonov sintió cada vez más remordimientos por su actuación durante el régimen estalinista. Como una forma de redimir sus culpas, hizo lo imposible por promover el trabajo de escritores y artistas que habían sido censurados o reprimidos en tiempos del dictador. Alentado por su esposa, Simonov se convirtió en coleccionista privado y mentor del arte soviético de vanguardia, incluso organizó una exposición retrospectiva del relegado artista Vladimir Tatlin. Tuvo un papel relevante en la campaña por

la publicación de las obras de Osip Mandelstam, Kornei Chukovski y Vsevolod Ivanov, y por la traducción de *Las aventuras del buen soldado Shveik*, de Jaroslav Hasek. Daba dinero de su propio bolsillo a escritores que habían sufrido en el pasado, entre ellos Borshchagovski, Vera Paño va y Nadezhda Mandelstam, y presentó peticiones de vivienda, empleo y readmisiones para muchos otros frente al Sindicato de Escritores.[1017]

En 1966, Simonov dio el primer paso de un proceso que culminaría con la publicación de la subversiva obra maestra de Bulgakov, *El maestro y Margarita*, una fantástica sátira social en la que el demonio visita Moscú y, con sus anárquicas diabluras, logra sacar a la luz lo peor de cada persona. Imposible de publicar cuando Stalin estaba vivo, el manuscrito había sobrevivido oculto en un cajón desde la muerte de su autor, en 1940. En 1956, Simonov había sido nombrado presidente de la comisión a cargo del legado literario de Bulgakov por la viuda del escritor, Elena Bulgakova, una vieja amiga de la madre de Simonov. Simonov entregó el manuscrito de *El maestro y Margarita* a Yenia Laskina, quien trabajaba entonces en el *Pravda*, periódico que necesitaba con urgencia una prosa brillante que hiciera repuntar su alicaída nómina de suscriptores (de la que dependían su prestigio y sus subsidios), ya que al finalizar el deshielo literario se había convertido en una publicación aburrida y sin interés. Simonov no creía que Yenia fuera capaz de lograr que el texto pasara la inspección de los censores, que en ese entonces habían apretado las tuercas del control sobre la literatura. De hecho, incluso había aconsejado a Elena Bulgakova que aceptara algunos cortes para que el libro fuese publicado. Después de leer el libro en su dacha durante un fin de semana, el editor del *Moskva*, Eugeni Popovkin, confesó a Yenia que tenía miedo de

publicarlo, a pesar incluso del renombre que ganaría por hacerlo. Popovkin aconsejó a Yenia que llevara el manuscrito a otro de los editores del *Moskva*, un censor retirado que tenía buenas conexiones con el Glavlit, el comité encargado de la censura literaria, a quien nunca le habían rechazado un texto. Con la ayuda de este censor retirado, el manuscrito de Bulgakov pasó la censura con cortes relativamente menores, y fue publicado en entregas periódicas en el *Moskva* a partir de noviembre de 1966. La tirada del mes de noviembre, de ciento cincuenta mil ejemplares, se agotó de la noche a la mañana. La demanda de suscripciones para los siguientes dos años, tiempo en que tardaría en aparecer completa la extraordinaria novela de Bulgakov por entregas, se multiplicó, y para los lectores soviéticos era casi un milagro acceder a un texto semejante en medio de la opresiva atmósfera que se vivía durante los primeros años de gobierno de Brezhnev. Encantados con su éxito, Simonov y Yenia conmemoraron el histórico evento con una compilación de todos los fragmentos purgados por la censura. Hicieron tres copias del volumen: una para Simonov, una para Yenia, y una para Elena Bulgakova.[1018]

El apoyo de Simonov a estas iniciativas era una declaración pública de sus ideas políticas. Al lanzarse al rescate de obras de arte y literatura suprimidas por el régimen, se estaba alineando con el ala liberal de la dirigencia soviética. Esos esfuerzos, fruto de su propia iniciativa (pues no ocupaba puestos oficiales en ninguna institución o publicación soviética), le ganaron el respeto de muchos artistas y escritores, quienes durante las décadas de 1960 y 1970 lo eligieron para dirigir comisiones y organizaciones literarias como la Casa Central de la Literatura. Simonov no se había vuelto liberal a la manera de los disidentes, que eran prooccidentales y antisoviéticos, pero como muchos

comunistas reformistas de la era Brezhnev, estaba abierto a la necesidad de un cambio fundamental en la cultura y política del sistema soviético. No criticaba abiertamente al gobierno de Brezhnev, pero en privado se oponía a muchas de sus medidas, sobre todo a la invasión de Checoslovaquia de agosto de 1968 que tuvo por objeto aplastar la «Primavera de Praga» del gobierno reformista de Alexander Dubcek. La crisis de 1968 fue un punto crucial en el desarrollo de las ideas políticas de Simonov. A partir de ese momento, su postura se radicalizó. Comenzó a preguntarse si era posible o deseable que un sistema unipartidista sobreviviera con esa forma estanca que había cobrado bajo el liderazgo de Brezhnev. Según su hijo, de haber vivido algunos años más, habría abrazado con gusto las reformas de Gorbachov:

> Como antiguo miembro del Partido, no podía ir más lejos que eso, obviamente. Para salir en defensa de Solzhenitsin, por ejemplo, habría tenido que romper directamente con el molde del Partido, y eso era algo que no podía hacer. No sé lo que pensaba en realidad, ni lo que se obligaba a sí mismo a pensar para poder mantenerse íntegro, pero sí sé que hacia el final había evolucionado mucho políticamente. Para mí, ésa era su cualidad más sobresaliente: nunca perdió la capacidad de cambiar. [1019]

El desarrollo de las ideas políticas de Simonov durante sus últimos años estuvo íntimamente ligado a su reexamen del pasado, y con el tiempo los remordimientos por su actuación durante el reinado de Stalin fueron aumentando. A medida que reconocía sus propios errores, se volvía más crítico con el sistema político que lo había conducido a cometerlos. Su sentimiento de culpa era tan profundo que, a veces, lo llevaba a despreciarse a sí mismo, según afirma Lazar Lazarev, en ese entonces su amigo más cercano. Lazarev recuerda que en eventos públicos, Simonov se fustigaba a sí mismo, como hombre y como escritor. Era famoso por su capacidad de reírse de sí mismo y de autodenigrarse con ironía. Sus amigos y admiradores lo tomaban como parte de su encanto

personal. Pero en algún momento sin duda advirtieron que esa autocrítica tenía orígenes oscuros. Durante la celebración de su cincuenta cumpleaños en la Casa Central de la Literatura en 1965, una velada de discursos destinados a ensalzar a Simonov a la que asistieron más de setecientas personas, se le veía incómodo por las cosas que oía decir de sí mismo. Hacia el final de la velada, y temblando visiblemente de emoción, se acercó al micrófono y pronunció estas extraordinarias palabras:

> En este tipo de ocasiones, cuando alguien alcanza la edad de cincuenta años, es natural que la gente prefiera recordar sus buenas acciones. Sólo quiero decirles a los camaradas presentes hoy aquí que siento vergüenza de muchas cosas que he hecho en mi vida, que no todo lo que he hecho es bueno, lo sé, y que no siempre viví de acuerdo con los más altos principios morales, ni cívicos ni humanos. Hay cosas de mi vida que recuerdo con pesar, ocasiones en las que actué sin suficiente determinación, sin suficiente coraje. Lo sé. Y no lo digo como una suerte de arrepentimiento, por así decirlo, ya que ése es un asunto privado de cada uno, sino simplemente porque gracias a la memoria, uno querría no volver a cometer los mismos errores. Y yo intentaré no repetirlos… A partir de ahora, y sin importar las consecuencias, no volveré a hacer las concesiones morales que hice.[1020]

Estos remordimientos se intensificaron con el tiempo. Se arrepentía de sus escritos de la década de 1930 sobre Stalin y el canal del mar Blanco. Se arrepentía de haber participado en la propaganda del régimen de Stalin durante la guerra, y de haber endosado las mentiras de Stalin sobre el «comportamiento criminal» y la «traición» de los generales soviéticos que ordenaron la retirada de 1941. Se arrepentía de su vergonzosa actuación en el Sindicato de Escritores entre los años 1946 y 1953, años «dolorosos de recordar», como escribió en un ensayo sobre Fadeiev: «Hay cosas que no es posible recordar sin verse obligado a fingir los propios sentimientos, y muchas otras que directamente no podemos explicar». En sus últimos años, Simonov se abocó sin cuartel a tratar de comprender su actitud en el Sindicato de Escritores.

Cuestionaba sus propios recuerdos e incluso llegó a escribir numerosos borradores con impresiones personales sobre su papel en la campaña «anticosmopolita» que permanecen cerrados en los archivos del escritor. Sin embargo, nunca intentó defender o justificar sus acciones de esos años. Lazarev recuerda una velada en casa de Simonov en ocasión de su cincuenta y cinco cumpleaños, en 1970. El escritor Alexandre Krivitski hizo circular entre los invitados una fotografía de Simonov de 1946, y propuso brindar con las palabras de la canción popular «Como era entonces, así es hoy». Lazarev se sintió ofendido por las implicaciones del mensaje (a saber, que Simonov seguía siendo estalinista) y propuso otro brindis, en esta oportunidad en honor del coraje del homenajeado, quien «no tuvo miedo de cambiar y romper con el pasado». Se suscitó entonces una vehemente discusión acerca de si Simonov había cambiado realmente, y si esto era algo bueno o malo. Al día siguiente, Lazarev llamó a Simonov para disculparse, pero Simonov restó total importancia al asunto. «Por el contrario —recuerda Lazarev—, me dijo que la discusión había sido muy fructífera, porque lo había ayudado a decidir algo respecto de sí mismo: por supuesto que era mejor que una persona cambiase, si el cambio era para mejor».[1021]

Muchas de las actividades de Simonov en la década de 1970 estuvieron impulsadas por su necesidad de resarcirse de sus acciones pasadas. Atormentado por el recuerdo de los ataques estalinistas contra los escritores judíos, llevó adelante una valiente campaña en defensa de Lilia Brik, musa inspiradora de gran parte de la poesía tardía de Maiakovski. Brik era objeto de ataques abiertamente antisemitas por parte de los críticos literarios leales a Suslov, quien exigía que el nombre de la mujer fuese eliminado de todo registro de la vida de Maiakovski para purgar la memoria del gran poeta soviético

de todo elemento de origen judío. Lleno de remordimientos por su propio ataque contra Ehrenburg en 1954, Simonov organizó la publicación de los artículos periodísticos de guerra del escritor. El volumen incluía un artículo de Simonov escrito en 1944 donde afirmaba que Ehrenburg era el mejor corresponsal de guerra que existía. El libro fue publicado en 1979, poco antes de la muerte de Simonov, que estaba ingresado en el hospital cuando recibió de la editorial una copia del libro. Llamó a Lazarev, que lo había editado, y le manifestó lo contento que estaba y el alivio que representaba para él haber hecho las paces con Ehrenburg.[1022]

Muchos de los integrantes de los círculos reformistas de la *intelligentia* literaria se mostraron escépticos ante el tardío liberalismo penitente de Simonov. Les resultaba increíble que el veterano estalinista hubiese sido capaz de reformarse tan radicalmente. Cada vez que Simonov se manifestaba a favor de una causa liberal, era tildado de hipócrita. «Simonov, el hombre de las mil caras —escribió Solzhenitsin—, Simonov, el noble mártir literario y a la vez el conservador con acceso a todas las oficinas de gobierno».[1023]

En algunos momentos, las acciones de Simonov estaban efectivamente en los antípodas del liberalismo. Tomó parte, por ejemplo, en la encarnizada persecución que el Kremlin hizo de *Metropol*, un almanaque literario compilado y editado por Viktor Erofeev, Eugeni Popov y Vasili Axionov, publicado por Ardis en Estados Unidos pero fechado en «Moscú, 1979». *Metropol* no era una publicación disidente, pero como más tarde escribiría Erofeev, «era un intento de lucha contra el estancamiento en un entorno estancado». Furiosos por este intento de socavar su control sobre la palabra escrita, los impotentes líderes del régimen de Brezhnev cobraron venganza contra los editores de *Metropol*.

Erofeev y Popov fueron expulsados del Sindicato de Escritores, mientras que muchos de los escritores que figuraban en el almanaque renunciaron como protesta al Sindicato o abandonaron la Unión Soviética. Simonov fue seducido para sumarse a la campaña contra *Metropol* por Suslov, quién lo presionó para que denunciara la publicación por «antisoviética». Simonov tenía un conflicto de intereses al respecto. Su hija Alexandra, entonces de veintidós años, estaba enamorada del hermano de Viktor Erofeev, un joven historiador del arte llamado Andrei, con quien se había comprometido recientemente. Alexandra y Andrei habían hecho amistad con un grupo de bohemios, todos ellos hijos de la élite soviética (el padre de Andrei era un diplomático de alto rango), que se vestían como *hippies* y escuchaban rock, en ese entonces considerado una forma de disidencia. Cuando se desató el escándalo literario, Simonov decidió dar por terminado el romance de su hija y distanciar a ambas familias, cuyos vínculos con los círculos disidentes él consideraba potencialmente peligrosos para sí mismo. Andrei piensa que quizá Simonov quiso que Alexandra se casara con el integrante de una familia que se acercara más al ideal de la jerarquía soviética. Quizá temiera que el asunto *Metropol*, que ya había desencadenado una ola de protestas en Occidente, se complicara aún más, y que Alexandra sufriera las consecuencias de su íntima vinculación con los Erofeev. El miedo nunca estuvo ausente de las relaciones de Simonov con el régimen soviético, incluso en esos años finales, cuando ya gozaba de un estatus de privilegio como figura central del sistema que debería haber calmado sus temores. En la oficina de Suslov, Simonov confeccionó un informe literario sobre Metropol donde denunciaba no sólo a Viktor, sino también a Andrei Erofeev como «disidentes antisoviéticos». Cuando Andrei informó de esto a Alexandra, la joven no pudo creer

lo que oía, acusó a su prometido de estar difamando a su padre y rompió allí mismo el compromiso. Pero más tarde se enteró de la verdad.[1024]

La muerte de Simonov de una bronquitis crónica fue lenta y dolorosa. Los médicos del Kremlin no se atrevían a tomar el caso bajo su responsabilidad, problema bastante común en la Unión Soviética durante décadas después de la Conspiración de los Médicos, ni a prescribirle el tratamiento adecuado. Durante los últimos meses, entre ingreso e ingreso, Simonov continuó reflexionando sobre su pasado y preguntándose por qué no había ayudado a quienes recurrieron a él durante el reinado del Terror de Stalin. En algunas de sus notas finales, pensadas para una obra de teatro (*Los cuatro «yo»*), que debía tener la forma de una conversación entre su yo del presente y otros tres «yo» de diversos momentos de su pasado, se lleva a juicio a sí mismo:

> —¿Entonces, cuál era su actitud cuando alguien que conocía recurría a usted en busca de auxilio?
>
> —Depende. A veces llamaban, otras veces escribían y otras más me pedían favores directamente.
>
> —¿Y qué pedían?
>
> —Depende. A veces me pedían que intercediera a favor de alguien, y me contaban lo buena persona que era. A veces me escribían para decirme que no podían creer que alguien que conocían fuera culpable, que no creían que fuese cierto lo que se decía que había hecho, que lo conocían demasiado bien para eso.
>
> —¿Y la gente realmente escribía eso?
>
> —Sí, a veces. Pero la mayoría de las veces escribían que sabían que no era asunto suyo, que no podían juzgar, que quizás era cierto, pero… Y entonces trataban de dar cuenta de todas las buenas cualidades de la persona en cuestión para tratar de ayudarla.
>
> —¿Y usted intentaba ayudarlos?
>
> —Bueno, a veces no contesté a sus cartas. Dos veces. Una vez porque nunca me había gustado la persona en cuestión y no me parecía bien ayudar a una persona que nunca me había gustado y sobre la que nada sabía. En la otra oportunidad, yo conocía bien a la persona, un hombre que había estado en el frente de batalla conmigo y había llegado a

agradarme mucho, pero cuando lo encarcelaron durante la guerra yo pensé que era culpable, que era posible que estuviese involucrado en alguna conspiración, aunque nadie hablaba demasiado de esas cosas. Era imposible hablar de esas cosas. Me escribió. No le respondí y no lo ayudé. No sabía qué decirle, y dejé pasar el tiempo. Después, cuando lo liberaron, sentí vergüenza, sobre todo porque otro de nuestros camaradas, alguien que yo consideraba todavía más cobarde y débil que yo, le había respondido, y había ayudado a tantas personas como le fue posible, enviándoles dinero y víveres.[1025]



Simonov en 1979.

Fue durante uno de esos últimos ingresos en el hospital cuando Simonov comenzó a dictar sus memorias, tituladas *A través de los ojos de alguien de mi generación*, que con su muerte quedaron inconclusas.[1026] Simonov articuló sus memorias como otra conversación con sus «yo» pasados, admitiendo que era imposible recuperar lo que pensaba realmente en cualquiera de los momentos de ese pasado, pero buscando la verdad acerca de su propia vida en un diálogo con su propia memoria. En su esfuerzo por explicar su antigua devoción a Stalin, su colaboración con el régimen y la naturaleza del estalinismo que había abrazado, se juzga a sí mismo duramente y sin miramientos.

Simonov falleció el 28 de agosto de 1979. Sus cenizas fueron esparcidas en un campo de batalla cerca de Mogiliov, lugar de descanso de miles y miles de hombres que habían caído durante los combates de junio de 1941. La prensa de

todo el mundo se hizo eco de la muerte del gran escritor soviético, «el favorito de Stalin».

Los libros de Simonov siguieron siendo libros de lectura clásicos en escuelas y universidades durante toda la década de 1980, y traducidos a varios idiomas. Pero con la caída del régimen soviético, su reputación literaria decayó abruptamente. Los lectores rusos más jóvenes querían algo nuevo, y su prosa parecía muy ligada a una época, y en exceso… «soviética».

3

Después de 1956, millones de personas que habían colaborado de una manera u otra con los crímenes del estalinismo, algunos directamente como agentes de la NKVD o guardias de las cárceles, otros de manera más indirecta, como los burócratas, siguieron con sus vidas «normales». La mayoría de ellos logró evitar el sentimiento de culpa obligándose a olvidar, conscientemente o no, sus acciones pasadas, y racionalizando y defendiendo su comportamiento con argumentos ideológicos o míticos, o arguyendo que «no sabían» lo que pasaba y que sólo estaban cumpliendo órdenes.[1027] Fueron pocos los que tuvieron el coraje de afrontar su culpa como Simonov, de forma honesta y objetiva.

Según la mayoría de las estimaciones, después de 1956 vivían en la Unión Soviética alrededor de un millón de exguardias de campos de trabajo. Los pocos entre ellos que se atrevieron a hablar de su pasado lo hicieron sin el menor rastro de culpa o arrepentimiento. Lev Razgon recuerda su encuentro en un hospital de Moscú, en la década de 1970, con un tártaro de Siberia llamado Niazov que había sido guardia en el campo de tránsito de Bikin, cerca de Jabarovsk, donde había supervisado la ejecución de miles de prisioneros. Su historia personal era simple: hijo de un portero, de niño había sido el matón de la escuela, y luego ladronzuelo y pandillero al llegar a la adolescencia. La policía lo atrapó, y lo puso a trabajar como guardia de una prisión en Omsk, para luego ser

transferido también como guardia del Gulag. El campo de tránsito que estaba entre Jabarovsk y Vladivostok era uno de los muchos «asentamientos especiales» (*spetsob'ekti*) del Gulag donde los prisioneros eran fusilados un par de días después de su llegada. Niazov participó en gran parte de las aproximadamente diecisiete mil ejecuciones que se llevaron a cabo en el campo de Bikin durante su breve existencia, de 1937 a 1940. Antes y después de cada ejecución, recibía raciones de vodka. Según cuenta Razgon, cuando muchos años después Niazov se enteró de que sus víctimas eran inocentes, no sintió culpa ni remordimiento alguno, y hasta afirmó no tener problemas para conciliar el sueño. Durante la guerra, Niazov fue movilizado por el Ejército Rojo. Peleó en el frente alemán, donde tomó parte del saqueo de un banco. Después de 1945, quedó a cargo de la seguridad de unos almacenes de pertrechos militares, donde se hizo rico robando y traficando. Despedido de su trabajo por el nuevo jefe impuesto por el Partido, sufrió un infarto y fue hospitalizado. Fue entonces cuando Razgon lo conoció.[1028]

Ivan Korchagin era guardia del Campo de Trabajo para Esposas de Traidores a la Patria del ALZhIR. Hijo de un campesino pobre, sólo asistió a la escuela rural durante cuatro años, y al unirse al ejército a los dieciséis años, en 1941, no sabía leer ni escribir. Después de la guerra, formó parte de una unidad militar móvil que recorría los campos de trabajo del Gulag realizando tareas diversas. Korchagin consiguió finalmente empleo en el ALZhIR, donde trabajó como guardia entre 1946 y 1954. Entrevistado en 1988, dijo estar al corriente de que los arrestos masivos que llenaban los campos de trabajo eran injustos, pero no estaba arrepentido de sus acciones. Racionalizaba y justificaba su participación en el sistema represivo con argumentos ideológicos de su propia cosecha, lecciones morales de la vida y odio de clase hacia los

prisioneros:

> Yo le pregunto, ¿qué es el poder soviético? ¡Un órgano de coerción! ¿Me entiende? Digamos por ejemplo que estamos sentados aquí charlando y dos policías llaman a la puerta. «¡Vengan con nosotros!», dicen. ¡Y ya está! ¡El poder soviético es eso! Te pueden llevar y encerrar en la cárcel por nada. Y aunque uno no sea un enemigo, no habrá quien crea lo contrario. Así funciona.
>
> Si yo recibo órdenes, ¿debo creer en esas órdenes o debo creerle a usted? Puedo sentir lástima por usted o no, pero igualmente no puedo hacer nada. Cuando se mata un cerdo uno no siente pena de sus chillidos. Y aunque hubiese sentido pena por alguien, ¿qué podía hacer yo? En la guerra, cuando debíamos retirarnos, dejábamos soldados heridos abandonados en el campo de batalla conscientes de que morirían. Nos daba pena, ¿pero qué podíamos hacer? En el campo, custodié a madres con niños enfermos. Lloraban y lloraban. ¿Qué podía hacer? Las castigaban por sus maridos, pero ése no era asunto mío. Yo tenía que hacer mi trabajo. Dicen que un hijo no es responsable de los padres que tiene, pero que una mujer es responsable por su marido. Y si su marido es un enemigo del pueblo, ¿qué clase de hijo está criando esa madre? Había muchísimos niños en el campo, ¿y qué podía hacer yo? Lo pasaban mal, pero quizás estuvieran mejor sin esas madres que tenían. Los enemigos eran parásitos. Viajaban al extranjero, siempre dándose aires, con sus músicas y sus dachas y su refinamiento. Y los pobres pasaban hambre y vivían peor que animales. ¿Quién es entonces el enemigo del pueblo? ¿Quién merece mis lágrimas? Además, mi trabajo no le hacía daño a nadie.
>
> Yo estaba haciendo un servicio al gobierno.[1029]



Ivan Korchagin, Karaganda (1988).

Durante el período de la *glasnost* de finales de la década de 1980, cuando el papel de los administradores del Gulag comenzó a ser tema de debate en los medios de

comunicación, muchos antiguos guardias enviaron cartas a exprisioneros para pedirles que dejaran constancia de que los habían tratado bien. Uno de esos guardias era Mijail Iusipenko, nacido en 1905 en el seno de una familia de braceros sin tierra de Akmolinsk. Iusipenko sólo recibió tres años de escolarización antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, pues con la partida de su padre al frente de batalla, el niño debió salir a trabajar. Su padre nunca volvió de la guerra. Durante la década de 1920, Iusipenko trabajó en el campo para ayudar a su madre y sus hermanos pequeños. Luego perdió a su esposa y dos hijos durante la hambruna de 1931. A partir de 1934, Iusipenko fue empleado del Partido en Karaganda, centro administrativo de los campos del Gulag en la región de Kazajstán. Pronto fue reclutado por la NKVD y nombrado subcomandante del campo de trabajo del ALZhIR, cerca de Akmolinsk. Durante los cinco años que trabajó en el campo, desde 1939 y 1944, Iusipenko violó supuestamente a una gran cantidad de prisioneras, aunque no se realizó ninguna investigación del caso; aun así, esos rumores empezaron a inquietar a Iusipenko en los años del deshielo de Kruschev. Entre 1961 y 1988, escribió a varios cientos de exprisioneros, incluyendo a muchos hijos de mujeres liberadas del ALZhIR que ya habían muerto, para pedirles que dejaran testimonio escrito de su buen comportamiento. Recibió respuesta de veintidós de esas mujeres, quienes escribieron diciendo que lo recordaban como un hombre bueno y decente, al menos comparado con muchos otros guardias del ALZhIR. Muchos de esos testimonios provenían justamente de mujeres que según se decía habían sido violadas por él. En 1988, después de que un artículo aparecido en el periódico *Leninskaia Smena* sugiriera que era culpable de abusos sexuales, Iusipenko envió esos testimonios a los editores de varias publicaciones locales y nacionales, así como

a las oficinas del Partido en Kazajstán, junto con un extenso comentario destinado a «corregir los hechos históricos». Iusipenko afirmaba que «siempre había sabido» que los prisioneros eran inocentes y que, «desde el principio», había sentido «profunda compasión por ellos», que nunca «les hablaba en tono intimidatorio» y que había hecho «todo lo posible para aliviar sus penas», dándoles permiso para escribir y recibir más cartas y encomiendas de las oficialmente permitidas, y enviando recomendaciones de liberación anticipada, incluso «a riesgo» de perder su puesto y hasta su vida. «Habría sido muy fácil acusarme de simpatizar con los enemigos del pueblo —escribió Iusipenko—, y eso habría sido mi fin. Pero estaba convencido, como lo estoy ahora, de que estaba haciendo lo correcto». Con la publicación de los testimonios y sus comentarios en los periódicos, Iusipenko no buscaba tan sólo dejar probada su inocencia, sino demostrar que incluso se había opuesto a la «represión estalinista» (expresión acuñada durante la era de la *glasnost*), y que de hecho él mismo había sido una víctima de esa misma represión.[1030]



Mijail Iusipenko, Karaganda (1988).

Muchos exoficiales del Gulag inventaron fábulas parecidas sobre su pasado. Pavel Drozdov, contador en jefe de la Oficina de Planeamiento e inspector del complejo Gulag de Dalstroi, fue arrestado en 1938 y sentenciado a quince años de

trabajos en el campo de Magadán. Después de su liberación, en 1951, se quedó en Magadán como trabajador voluntario, y pronto su mujer y su hijo se reunieron allí con él. Según la historia que Pavel contó a su hijo, el exoficial del Gulag no había sido más que un humilde profesional especializado sin ninguna injerencia en la administración del complejo de Dalstroi. La historia tenía algo de verdad, pues después del arresto de su protector, Eduard Berzin, cabeza de Dalstroi, en 1937, Pavel había sido descendido al cargo de simple contable, poco antes de ser arrestado él también. Cuando la era Kruschev tocaba a su fin, Pavel comenzó a recopilar material para las memorias de su vida en la administración de Dalstroi. Su objetivo era honrar la memoria de Berzin y presentarlo como un visionario reformista de la economía, y como una persona humana e ilustrada. Pero muchas de las cartas que recibió de exprisioneros del campo lo inquietaron profundamente. De alguna manera, no había advertido o había borrado de su mente el verdadero alcance del sufrimiento humano que había causado al frente de la Oficina de Planeamiento del complejo de Dalstroi. Pavel sufrió entonces una serie de ataques cardíacos, y abandonó sus memorias por recomendación médica. Murió en 1967, y su hijo sigue creyendo que fue sólo un inocente burócrata, un mero contable de Dalstroi en una época en que Berzin administraba el campo «de manera relativamente humana y progresista», y que había sido una víctima más del régimen estalinista.[1031]

Toda familia se sustenta en el entrecruzamiento de fábulas y recuerdos, pero en la Unión Soviética, donde millones de vidas quedaron destrozadas, ese fenómeno desempeñó un papel especial. Los psicoanalistas sostienen que las víctimas de un trauma pueden mejorar si logran enmarcar su experiencia en un relato más amplio y abarcador que dé sentido y

explicación a sus padecimientos. A diferencia de las víctimas de la guerra del nazismo contra los judíos, para quienes no había relato de redención posible, las víctimas de la represión estalinista tenían dos discursos colectivos principales en los que insertar su propia historia de vida, y así encontrar alguna explicación a sus padecimientos: el relato de la supervivencia tal cual figura en las memorias de los exprisioneros del Gulag, donde el sufrimiento es trascendido por la fuerza de espíritu del superviviente, y el relato soviético, según el cual el sufrimiento se redimía en la consumación del ideal comunista, en la victoria en la Gran Guerra Patriótica o en los logros alcanzados por la Unión Soviética.

Las memorias del Gulag publicadas en las décadas posteriores al deshielo de Kruschev han tenido un fuerte impacto en la forma en que las personas comunes recuerdan su propia historia familiar durante el período de Stalin. Esa influencia responde en parte al modo en que las víctimas de un trauma afrontan sus recuerdos. Como ha demostrado el psicoanálisis, las personas que tienen recuerdos traumáticos tienden a bloquear partes de su propio pasado. Su memoria se vuelve fragmentaria y se organiza como una serie de episodios inconexos (como por ejemplo el arresto de los padres o el desalojo de la vivienda familiar), y no como una cronología lineal. Cuando intentan reconstruir la historia de sus vidas, en particular cuando los recuerdos empiezan a flaquear debido al avance de la edad, tienden a llenar los vacíos de sus propios recuerdos con lo que han oído contar a otros que han sufrido experiencias similares a las suyas.[1032] En la página introductoria de sus memorias, escritas en la década de 1970, Alexandre Dolgun, un empleado consular estadounidense arrestado por «espionaje» en 1948 y encarcelado en un campo de trabajo en Kazajstán, explicaba de esta manera esos vacíos de memoria:

La mayor parte de mi relato es lo que yo realmente recuerdo, pero otra parte es como debió de haber sido. Hay episodios, caras, palabras y sensaciones que están grabados a fuego en mi memoria y me acompañarán mientras viva. Pero hubo momentos en que estaba tan extenuado por la falta de sueño, tan hambriento, tan golpeado, tan enfermo de fiebre o entumecido por el frío, que sólo logro reconstruir lo que debió de haber pasado estableciendo conexiones entre esos lapsos de tiempo perdido.

Aunque se jacta de tener una «memoria prodigiosa», Dolgun no tenía «el menor recuerdo» de las dos semanas que transcurrieron desde que abandonó Moscú a bordo de un tren de convictos y de los primeros días de trabajo en una cantera de piedra en el campo de Kazajstán.[1033]

Para llenar esos vacíos, la gente tomaba prestados los recuerdos ajenos. Muchas de las escenas descritas por los escritores aficionados de memorias sobre el período de Stalin guardan una semejanza notable con los relatos de libros muy conocidos sobre la época del Terror, como *El vértigo* (1967), de Eugenia Ginzburg, o *Archipiélago Gulag* (1973), de Solzhenitsin. Aunque ninguno de estos dos libros publicados originalmente en Occidente apareció oficialmente en Rusia hasta mediados de la década de 1980, circulaban ampliamente gracias a las ediciones clandestinas (*samizdat* desde mucho tiempo antes, lo que desató en ese momento una fiebre de memorias escritas por aficionados)[1034*] No queda claro si los recuerdos que recogen estas memorias son recuerdos directos o si cuentan lo que el escritor presupone que sucedió o imagina que «debió de haber sucedido» a partir de lo que otros han escrito sobre esos episodios. Irina Sherbakova, que durante la década de 1980 entrevistó a numerosos supervivientes del Gulag, señala el modo en que se produjo esa transferencia de recuerdos:

Durante décadas, la vida en el Gulag fue objeto de infinidad de rumores, leyendas y mitos que por lo general tenían como protagonistas a gente famosa que se creía había sido ejecutada en Moscú mucho tiempo

> antes, pero que alguien afirmaba haber visto en algún campo de trabajo remoto. Al menos cuatro mujeres, por ejemplo, me describieron exactamente la misma escena, a saber, que la primera vez que pudieron mirarse en un espejo después de muchos años confinadas, lo primero que habían visto reflejado era la cara de su propia madre. Incluso tan tempranamente como en la década de 1970, yo identificaba relatos orales que se correspondían al detalle con incidentes descritos por Solzhenitsin en *Archipiélago Gulag*, o en otros libros de memorias. Ahora [en 1992], los relatos sobre la vida en los campos se han vuelto tan populares que resulta mucho más difícil registrar la memoria oral. La enorme cantidad de información que emana de las personas muchas veces parece surgir de la inmolación de los recuerdos personales, hasta el punto de que por momentos da la sensación de que todo lo que cuentan les ha sucedido a ellos personalmente.[1035]

Muchos supervivientes del Gulag afirman haber sido testigos de escenas descritas en libros de Ginzburg, Solzhenitsin o Shalamov; dicen reconocer a los guardias de la NKVD mencionados en esos textos, e incluso haber conocido a los mismos autores en los campos, cuando los registros demuestran claramente que no es posible.[1036]

Existen muchas razones que explican esa transferencia de recuerdos. En las décadas de 1970 y 1980, cuando libros como *Archipiélago Gulag* circulaban clandestinamente a través del samizdat, muchas víctimas de la represión estalinista se identificaron tan completamente con la posición ideológica que tomaban esos libros, que sintieron que la clave para comprender lo que había sucedido en los campos implicaba la suspensión de sus recuerdos individuales para permitir que esos libros dijeran la verdad por todos. Por lo general, las víctimas de la represión no contaban con un marco conceptual que les permitiera apropiarse de sus propios recuerdos. Esa carencia fomentó su inclinación a sustituir sus propios recuerdos, vagos, fragmentarios y confusos, con los recuerdos coherentes y bien expresados por los escritores. Tal como surge de las observaciones de un historiador que tuvo la experiencia de entrevistar a supervivientes del Gran Terror:

> Cuando uno hace una pregunta directa del tipo: «¿Cuántas personas conoce que hayan sido arrestadas en 1937?», recibe invariablemente una respuesta de asombro: «¿Pero cómo? ¿No ha leído usted a Solzhenitsin? ¿No sabe que arrestaron a todo el mundo?». Y si uno continúa preguntando: «¿Pero arrestaron a muchos miembros de su familia?», entonces hacen una pausa… «Bueno, no. En realidad de mi familia no, pero en las de los demás sí hubo arrestos». Entonces uno pregunta: «¿Cuántos vecinos del apartamento comunal donde usted vivía fueron arrestados?», y allí la pausa es más bien larga, seguida de: «Bueno…, en realidad no recuerdo, pero sí, a un tal Ivanov, que vivía en la habitación del fondo, sí, ahora recuerdo».[1037]

Este ejemplo demuestra por qué los testimonios orales, en general, son más fiables que las memorias literarias, que muchas veces son consideradas como un registro más auténtico del pasado. Como todo recuerdo, el testimonio volcado en una entrevista no es del todo fiable, pero a diferencia de un libro puede ser verificado y confrontado con otras evidencias que ayuden a despejar el recuerdo real de los recuerdos recibidos o imaginados.

Los libros de memorias de la vida en el Gulag influyeron no sólo en los recuerdos de la gente, sino en el modo en que entendieron lo que les pasó. Todas las memorias sobre el Terror de Stalin son reconstrucciones narrativas de supervivientes.[1038] Usualmente, se trata de relatos de purgatorio y redención —un viaje a través del «infierno» del Gulag y de regreso a la «vida normal»— en los cuales el narrador trasciende el dolor y el sufrimiento. La moraleja optimista de esos relatos sirve para explicar su enorme influencia en la manera en que otros supervivientes del Gulag recordaban su propia historia. Las memorias de Ginzburg, en particular, se convirtieron en el modelo del relato del superviviente y su estructura literaria fue copiada por cientos de memoristas aficionados con historias de vida no muy diferentes. El tema unificador de las memorias de Ginzburg es la redención a través del amor, un tema que confiere a su obra

literaria enorme potencia. Ginzburg explica que su supervivencia en los campos es resultado de su fe en el ser humano. Los destellos de humanidad que descubre en los demás y que la ayudan a sobrevivir son una respuesta a su fe en las personas. En la primera parte de sus memorias *El vértigo* (1981), Ginzurg hace hincapié en su trabajo en una sala de maternidad de Kolima, donde el cuidado de los niños le recordaba a su propio hijo y le daba fuerzas para seguir adelante. En la segunda parte de *El vértigo*, Ginzburg es transferida de la sala materna al hospital, donde se enamora de otro prisionero que trabajaba como médico. A pesar de la angustia de las continuas separaciones, ambos sobreviven y logran seguir en contacto hasta la muerte de Stalin. Liberados, pero todavía exiliados de las principales ciudades de Rusia, se casaron y adoptaron un hijo.[1039] Este recorrido narrativo se repite hasta el infinito en otros textos de memorias. La uniformidad de esas «crónicas familiares» y «relatos documentales», básicamente idénticos en su estructura básica y en su forma moral, es notable y no puede ser explicada sólo desde el punto de vista literario. Quizás estos biógrafos, que vivieron todos vidas extraordinarias, sentían la necesidad de entrelazar sus destinos con otros como el suyo, reconstruyendo su historia de vida según el patrón de un modelo literario.

Los relatos soviéticos ofrecían otro tipo de consuelo, asegurando a sus víctimas que sus sacrificios habían servido al bien común y a los logros del régimen. La idea de un propósito soviético común a todos no fue sólo una fábula de la propaganda. Ayudó a la gente a reconciliarse con su sufrimiento, al hacerles sentir que sus vidas tenían sentido por el papel que habían desempeñado en la consecución del ideal soviético.

En ese aspecto, la memoria colectiva de la Gran Guerra Patriótica era muy poderosa. Permitía a los veteranos pensar que sus heridas y sus pérdidas tenían un propósito y un significado mayor, encarnado en la victoria de 1945, un hito del que podían enorgullecerse. La historiadora Catherine Merridale, que realizó entrevistas a veteranos del Kursk para su libro sobre la armada soviética durante la guerra, descubrió que los entrevistados no hablaban de esa experiencia con amargura o autoconmiseración, sino que aceptaban todas sus pérdidas con estoicismo, y que «en vez de intentar desahogarse, solían adoptar el discurso del desaparecido régimen soviético, repitiendo consignas de orgullo y honor, de venganza justificada, de amor a la madre patria, a Stalin, y de la absoluta necesidad de tener fe». Como explica Merridale, esa identificación con el mito soviético de la guerra funcionaba como mecanismo de némesis que les permitía vivir con sus propios recuerdos dolorosos:

> En ese entonces, durante la guerra, era muy fácil caer en la desesperación ante tantos horrores, y eso podía ser fatal. La aceptación estoica y la concentración en los objetivos eran la mejor herramienta de supervivencia. El lenguaje de los hombres era optimista y profesional, pues cualquier otra cosa los habría conducido a su destrucción. Sesenta años más tarde, habría sido fácil llamar la atención o ganar la simpatía de los otros contando truculentas historias de guerra, pero para esta gente habría significado una traición a los valores que siempre habían sido su motivo de orgullo, y su modelo de vida.[1040]

De la misma manera, quienes regresaban de los campos de trabajo encontraban consuelo en la idea estalinista según la cual los trabajadores del Gulag también habían hecho su contribución a la economía soviética.

Tiempo después, muchas de esas personas recordaban con enorme orgullo esas fábricas, embalses y ciudades que habían ayudado a construir. Ese orgullo surgía en parte de su persistente fe en el sistema soviético y su ideología, a pesar de las injusticias que habían padecido, y en parte también, quizá,

de encontrar un significado más trascendente a sus sufrimientos. En *El vértigo*, Ginzburg recuerda sus primeras impresiones al volver a Magadán, la ciudad construida por sus compañeros prisioneros de los campos de Kolima:

> ¡Qué raro es el corazón del hombre! Toda mi alma se rebelaba contra quienes habían pergeñado la idea de construir una ciudad en el *permafrost*, derritiendo el hielo del suelo con la sangre y las lágrimas de los inocentes. Y sin embargo, al mismo tiempo, sentía una especie de orgullo ridículo… ¡Cómo había crecido y qué elegante y magnífica se había vuelto durante mis siete años de ausencia nuestra ciudad de Magadán! Prácticamente irreconocible. Contemplé con admiración cada farol de alumbrado público, cada tramo de asfalto, y hasta el cartel que anunciaba que la Casa de la Cultura estaba presentando la opereta *La princesa del dólar*. Nosotros atesoramos cada uno de los fragmentos de nuestra vida, incluso los más amargos.[1041]



Norilsk, julio de 2004.

En Norilsk, ese orgullo sigue firmemente arraigado en la franja poblacional de mayor edad (alrededor de ciento treinta mil personas), integrada sobre todo por exprisioneros del Gulag y sus descendientes, con una pequeña minoría de exempleados administrativos de los campos y trabajadores voluntarios, cuyas familias decidieron quedarse en ese asentamiento ártico después del desmantelamiento del Gulag. Muchos se quedaron porque no tenían a donde ir. Después de 1953, cuando la administración del complejo industrial pasó del Gulag al Ministerio de Industria Pesada, los habitantes de

Norilsk se integraron por completo en las instituciones comunes bajo el mando soviético (escuelas, Pioneros, Komsomol, células del Partido y demás), lo que contribuyó a generar una mentalidad soviética, e incluso un patriotismo soviético local basado en el orgullo por la ciudad, que enterró la memoria del Gulag. La ciudad es celebrada hasta el día de hoy con relatos y canciones, y aún hoy la gente canta:

> Esta es la ciudad llamada Norilsk,
> donde cavamos en busca de níquel
> y cobre con ánimo inquebrantable.
> Todos en Rusia saben de Norilsk.

Libros y películas conmemoran a los hombres y mujeres que desafiaron a los elementos para construir Norilsk, pasando por alto el hecho de que la mayoría de ellos eran prisioneros (en esta ciudad fantasma, donde la supervivencia es sinónimo de olvido, la memoria del Gulag subyace en la conciencia popular). Ese orgullo ciudadano está vinculado con la idea romántica de las exploraciones de los pioneros del Ártico, que sigue expresándose en la concepción popular de que para sobrevivir en las duras condiciones de vida de Norilsk es necesario tener una fuerza de espíritu especial.

> La gente de aquí es más fuerte y dura,
> y los débiles huyen de inmediato, sin más.
> No hay lugar para ellos en este inhóspito lugar
> donde sopla el viento,
> donde azota la tormenta,
> donde no hay verano. [1042]

También existe la creencia popular de que la gente de la ciudad es especialmente cálida y de que existe un sentido de camaradería nacido de la experiencia compartida del Gulag y de la supervivencia en esas condiciones tan duras. Pero ese orgullo cívico tiene sobre todo sus raíces en el esfuerzo y el trabajo de personas de Norilsk como Vasili Romashkin, héroe local que en 2004 seguía viviendo allí con sus hijos y nietos.

Vasili nació en 1914, en el seno de una familia campesina de la región de Moscú. Fue arrestado por *kulak* en 1937 y encarcelado en Norilsk desde 1939, donde permaneció en el complejo minero, primero como prisionero y luego como «trabajador voluntario», hasta jubilarse, en 1981. Vasili ha sido condecorado varias veces por su labor en Norilsk. Incluso cuando era prisionero, era conocido por ser un verdadero estajanovista. Vasili está especialmente orgulloso de su contribución al esfuerzo bélico soviético, como explicó durante la entrevista:

> Estas medallas son todas para ganadores [de las Competencias Socialistas]: Ganador de Metalurgia, Ganador del Noveno Plan Quinquenal [1971-1975], y esta otra… ya olvidé por qué era… Y éstas son al «Veterano del Complejo [de Norilsk]» y al «Veterano de la Unión Soviética», por mi trabajo valiente y dedicado. Y esta otra es la medalla entregada a los veteranos en el jubileo de la Gran Guerra Patriótica, cuando el complejo estaba militarizado… Estoy orgulloso de mi papel en la guerra. Cumplí con mis obligaciones cívicas.[1043]



Vasili Romashkin (2004).

Vasili es la voz de esa generación que celebra la contribución del trabajo realizado en los campos a la economía soviética, especialmente durante la guerra, cuando los metales que extraían de la tierra helada eran imprescindibles para la victoria soviética. Ese sentimiento de labor cumplida es el que subyace en las declaraciones de amor

por la «belleza» de Norilsk, una ciudad que construyeron con sus propias manos, aunque nadie parece advertir que la atmósfera del lugar está envenenada con tóxicos vapores amarillos que impiden el crecimiento de ningún árbol. «Es una ciudad hermosa», declara Olga Iaskina, quien fue encarcelada en el campo de trabajo de Norilsk a principios de la década de 1950 y nunca más abandonó la ciudad. «Es nuestra pequeña Leningrado».[1044] Muchos de los edificios del centro fueron de hecho construidos en el estilo neoclásico de San Petersburgo, otra ciudad construida por esclavos. Norilsk representa una extraña paradoja: una enorme ciudad industrial construida y habitada por prisioneros del Gulag, cuyo orgullo cívico tiene sus raíces en su propio trabajo esclavo bajo el régimen estalinista.

Una paradoja similar presenta la nostalgia popular por Stalin que, más de medio siglo después de la muerte del dictador, siguen sintiendo millones de personas, incluidas muchas de sus víctimas. De acuerdo con una investigación realizada en enero de 2005 por el Centro de Estudios de Opinión Pública de Todas las Rusias, el 42 por ciento de la población rusa quería el regreso de un «líder como Stalin» (el 60 por ciento de los entrevistados mayores de sesenta años se mostraban a favor de un «nuevo Stalin»).[1045] Esa nostalgia poco tiene que ver con la política y la ideología. Para la gente mayor, que recuerda los años de Stalin, tiene más que ver con las emociones y sentimientos que se ponen en movimiento a la hora de recordar el pasado, ese período legendario de su juventud cuando los comercios estaban llenos de mercancías, cuando existía la seguridad y el orden sociales, cuando sus vidas se organizaban y cobraban sentido a partir de los simples objetivos de los sucesivos planes quinquenales, y todo estaba claro, en blanco sobre negro, pues Stalin se ocupaba de pensar por todos y les decía lo que tenían que hacer. Para

estas personas, la nostalgia de «los buenos viejos tiempos» de Stalin refleja la incertidumbre de su vida de jubilados, en especial desde la caída del régimen soviético en 1991: el alza de los precios ha vuelto inaccesibles para ellos algunos productos, la inflación ha hecho estragos en sus ahorros, y la escalada de violencia e inseguridad tiene aterrados a los ancianos en sus hogares.



Leonid Saltikov (1985).

Los que sucumbieron a esta nostalgia no eran sólo quienes ostentaban un cierto rango o estatus, sino ese vasto ejército de secretarios y pequeños funcionarios soviéticos, guardias de los campos, policías, chóferes, empleados de ferrocarril, capataces de fábricas y granjas colectivas, vigilantes y porteros, que añoraban los días en que habían estado conectados al Gran Líder y a la cadena de mando como «pequeños Stalin» desde su propio reducto de poder. Pero los ciudadanos ordinarios, esos que no ocupaban ningún lugar especial en el régimen estalinista pero cuyas vidas habían sido parte de ese destino, también sentían nostalgia. Mijail Baitalski recuerda su reencuentro con un viejo estalinista en la década de 1970, un camarada suyo del Komsomol en la década de 1920 que había ascendido a la jerarquía media de los ingenieros de una de las fábricas de Stalin. El hombre no

salía en defensa del dictador (pues conocía los hechos), pero seguía creyendo y sosteniendo muchos presupuestos estalinistas que no estaba dispuesto a cuestionar, como la culpabilidad de Tujachevski y otros «enemigos del pueblo». Baitalski llegó a la conclusión de que su viejo amigo no se aferraba a la ideología estalinista, sino «al orgullo de las cualidades que él mismo había exhibido en esos apasionados años de juventud». No quería renunciar a los valores que había sostenido en las décadas de 1920 y 1930, ideas y creencias que habían pasado a formar parte de su propia personalidad, y se negaba a admitir que eran precisamente esos valores los que habían alimentado su «predisposición interna a aceptar todo, absolutamente todo, incluso hasta la ejecución de sus propios camaradas».[1046]

Esa nostalgia tampoco es ajena a las víctimas desconocidas de Stalin y sus descendientes. Leonid Saltikov era hijo de un sacerdote ejecutado en 1938. Cuando se convirtió en trabajador y luego ingeniero de fábrica, Leonid ocultó el arresto de su padre. En 1965, se unió a las filas del Partido, hasta llegar a ser secretario del Comité del Partido de la fábrica donde trabajaba. Fue un fanático defensor de Stalin durante toda su vida. Lloró su muerte y conservó una foto del dictador sobre su escritorio hasta su jubilación, en 1993. Durante las entrevistas, Leonid negó que Stalin fuese responsable de los arrestos masivos de la década de 1930, incluyendo el arresto de su padre:

> Sí, mi padre sufrió, como muchos otros; aun así, Stalin era un líder mucho mejor que cualquiera de los que tenemos hoy en día. Era un hombre honesto, aunque la gente que lo rodeaba no lo fuera. No olvidemos que gracias a él ganamos la guerra, y ése fue un logro enorme. Si alguien hoy quisiera declararnos la guerra, no hay garantías de que Rusia pudiera ganarla. Stalin construyó nuestros ferrocarriles y nuestras fábricas. Con él, bajó el precio del pan. Nos estimulaba a todos a trabajar y a esforzarnos, porque sabíamos que si estudiábamos con esmero y nos preparábamos en un instituto, teníamos garantizado un buen empleo, y

hasta podíamos elegir en qué fábrica. Todo dependía del esfuerzo que hiciera cada uno.[1047]



Vera Minusova en el Complejo Memorial para las Víctimas de la Represión, cerca deEkaterinburgo, en mayo de 2003. La vela que encendió fue en memoria de su padre (cuyo nombre en la placa está mal escrito).

Vera Minusova tenía diecisiete años cuando su padre, un ingeniero ferroviario de Perm, fue arrestado y fusilado en 1937, y desde entonces, como ella misma reconoce, ha vivido con miedo en todo momento, incluso después de su matrimonio, en 1947, con un oficial de alto rango del Partido en Perm. En el transcurso de las entrevistas que se le realizaron en 2004, se mostraba todavía muy temerosa de hablar de muchos aspectos del Terror, y en varios momentos se negó a hablar si no se apagaban las grabadoras. En esas entrevistas, Vera recordaba con nostalgia los muchos años del reinado de Stalin como una época de «más disciplina y orden» que la actual. Ella trabajó durante más de cincuenta años como contable, en las oficinas de los ferrocarriles soviéticos. Se quejaba de que a las personas de hoy «no les gusta trabajar», y afirmaba que en tiempos de Stalin era mejor, ya que «se obligaba a todos a trabajar».

La disciplina es fundamental. Hay que tener a la gente bajo control, y

usar el látigo de ser necesario. Hoy habría que volver a los métodos de Stalin. No puede ser que la gente llegue tarde al trabajo, o se vaya cuando le da la gana. Si quieren el trabajo, tendrían que obligarlos a trabajar de acuerdo con las reglas.[1048]

Iraida Faivisovich tenía cuatro años cuando sus padres, peluqueros de Osa, fueron arrestados y enviados al Gulag, en 1939. Durante una serie de entrevistas, en 2003, ella también afirmó que la vida con Stalin era mucho mejor. «¡A la gente no la mataban por la calle! En esa época, se podía salir de noche». Según Iraida, durante la era de Stalin, los líderes políticos eran honestos: «Es cierto que a veces había escasez de alimentos o ropa, pero en general cumplían sus promesas». Como muchos ancianos que crecieron en apartamentos comunales, Iraida extraña el colectivismo de esos años, que ella recuerda con alegría al compararla con su vida de jubilada:

> La vida con Stalin era espiritualmente más rica. Éramos felices, y vivíamos en paz. Como todos éramos igualmente pobres, no dábamos mucha importancia a lo material, y nos divertíamos más: todo era abierto, compartido entre amigos y familia. La gente se ayudaba entre sí. Pasábamos mucho tiempo en las habitaciones de los otros y celebrábamos las fiestas todos juntos en la calle. Hoy, cada familia vive por su cuenta.

En ese entonces, afirma Iraida, la gente era más esperanzada, y sentía que su vida tenía sentido:

> Creíamos en un futuro mejor. Estábamos convencidos de que nuestra vida mejoraría si trabajábamos bien y honestamente (…) No nos creíamos que estábamos construyendo un cielo en la tierra, pero sí que ayudábamos a construir una sociedad en donde alcanzaría para todos, donde tendríamos paz y ya no habría más guerras (…). Era una convicción genuina que nos ayudaba a vivir, pues nos ayudaba a enfocar nuestros esfuerzos y nuestros estudios en un futuro mejor, y no en nuestra estrechez material. A diferencia de lo que ocurre hoy en día, nuestro trabajo era una fuente de orgullo para nosotros. Es difícil vivir sin ideales. ¿En qué creen hoy en día? Ya no existen los ideales.[1049]

4

A pesar de la nostalgia, el ruinoso legado del régimen estalinista siguió afectando a los descendientes de las víctimas del dictador muchas décadas después de su muerte. No se trataba sólo de la pérdida de vínculos, o del daño a las personas y sus familias, sino de los traumas transmitidos de una generación a la siguiente.[1050*] [1051]

Elizaveta Delibash heredó de sus padres, ejecutados ambos en 1937, un temor inveterado por las autoridades soviéticas, que a su vez ella transmitió a sus hijos. Criados por sus abuelos en Tiflis y luego por su tía de Leningrado, una ferviente estalinista, Elizaveta había superado ese temor después de unirse al Komsomol y convertirse en una estudiante activista. Estudió con denuedo y obtuvo las mejores calificaciones, lo que le permitió inscribirse en la Universidad de Leningrado como estudiante de lengua en 1947. Pero su temor no desaparecía. «Siempre me sentí inferior e insegura como consecuencia de lo que había sucedido a mis padres —recuerda—. He sentido miedo durante toda mi vida, una sensación de pérdida y vulnerabilidad, un sentimiento de que no era del todo merecedora de mi condición humana, y de que en cualquier momento podían insultarme o humillarme». Temiendo ser arrestada en Leningrado, Elizaveta abandonó sus aspiraciones de graduarse y huyó a Krasnodar, una tranquila ciudad de Kuban, donde desempeñó el cargo de maestra de escuela

hasta 1954, cuando regresó a Leningrado con su esposo, un estudiante de física llamado Iosif Liberman, y consiguió empleo como bibliotecaria.

Iosif, su marido, provenía de una familia judía de disidentes moderados de Leningrado. El contraste de las opiniones de su familia política con las opiniones ortodoxas de su tía fue como una revelación para Elizaveta, quien, alentada por las revelaciones del XX Congreso del Partido, comenzó a desarrollar un pensamiento más crítico respecto de las circunstancias que habían rodeado la desaparición de sus padres. En 1958, finalmente descubrió que ambos habían sido ejecutados. Fue un duro golpe para ella, ya que conservaba la esperanza de que su madre estuviese viva, y en la última carta que había recibido desde el campo de trabajo de Solovetski su madre le aconsejaba contemplar siempre la Osa Mayor en busca de esperanza, cosa que Elizaveta había hecho des de entonces. El descubrimiento de la muerte de sus padres profundizó su sensación de alienación del sistema soviético. Iosify ella se unieron al grupo de estudiantes disidentes fundado por Mijail Molostvov, arrestado y expulsado de Leningrado en 1958. Formaban parte del círculo de Iosif Brodski, el poeta de Leningrado que fue llevado a juicio por «parasitismo» en 1964, y condenado a cinco años de exilio en el Norte, sentencia que fue conmutada en 1965, después de las protestas que se hicieron escuchar en todo el mundo. Hacia fines de la década de 1960, se vincularon estrechamente con los *refuseniks*, los judíos soviéticos a quienes se negaba el visado de salida de la Unión Soviética, cuyas protestas se convirtieron en una parte importante del movimiento de derechos humanos en ese país.

Elizaveta pasó todos esos años con miedo. Temía por Iosif, a quien no le entregaron su título de doctorado (que le hubiese permitido acceder a un salario de académico) hasta

muchos años después de que hiciera la defensa de su tesis, un castigo relativamente suave por sus vinculaciones con los grupos de oposición, pero que funcionaba como amenaza latente de que podían ocurrirles cosas peores. Elizaveta se fue volviendo cada vez más introvertida. Temía por sus hijos, Alexandre (nacido en 1955) y Anna (1960). Elizaveta vivía una «vida secreta», aterrada al pensar que sus ideas disidentes terminarían por llevarla a la cárcel, privando a sus hijos de su madre, como le había sucedido a ella misma cuando era niña. «La pérdida de mi madre fue el golpe más fuerte de toda mi vida, y me hacía temer por mis propios hijos», recuerda.

Según su hija Anna, Elizaveta era una madre sobreprotectora, y no contaba nada de su historia familiar[1052*] «Durante nuestra infancia, ése era un tema tabú», recuerda Anna. Cuando cumplió catorce años, Anna supo por su hermano que sus abuelos habían sido fusilados durante el Gran Terror. Pero cuando interpeló a su madre al respecto, Elizaveta le aseguró que habían muerto en la guerra. Elizaveta ocultó la verdad acerca de sus padres hasta la época de la *glasnost*. Durante su infancia, Anna era completamente ajena al hecho de que sus padres formaban parte de los círculos opositores: «Me mantuvieron alejada de sus actividades con el objeto de protegerme». No fue sino hasta la década de 1980 cuando descubrió que los amigos de sus padres eran disidentes, que Brodski había visitado varias veces su casa y que los manuscritos que sus padres leían era literatura clandestina e ilegal.

Lo único que su madre le repetía hasta el cansancio era que debía estudiar con ahínco. «Nos repetía sin cesar que nuestro esfuerzo debía ser mayor que el de los otros niños de la escuela —recuerda Anna—, porque estábamos marcados por nuestro origen judío». Anna se sentía presionada, como si su

madre esperara cumplir a través de ella su sueño interrumpido de educación universitaria: «Dios no permitiera que yo no estuviese entre los mejores de mi clase. Yo tenía la obligación de ser inteligente, y no había otra opción». Anna tenía prohibido mezclarse con niños de origen proletario porque su madre temía que se convirtieran en una amenaza para la familia si su historia quedaba al descubierto. «Al recordarlo —reflexiona Anna—, tomo conciencia de que mi madre aspiraba a que nuestros amigos proviniesen de familias con educación que, como nosotros, hubiesen sido víctimas de la represión». A Anna le inculcaron la modestia, el conformismo, la lealtad política y el bajo perfil, y la alentaron a unirse al Komsomol y a los Pioneros, aunque su instinto le indicaba que esa obediencia a las autoridades era «meramente por las apariencias».

Anna reconoce en sí misma un miedo inveterado, una falta de confianza y una inhibición social que vincula a la educación que le dio su madre:

> Es difícil decir a qué tengo miedo, pues lo he sentido desde que era pequeña. Todo contacto con la burocracia me aterra…, es por miedo a que me humillen. Es algo que me inculcaron desde niña: retirarme de toda situación en la que mi conducta pudiese ser censurada por las autoridades… A partir de la adolescencia, fui más abierta con mis amigos, pero más inhibida en sociedad (…) Me atemorizaba estar entre desconocidos, y siempre me cuidaba mucho de no dar la nota.

El temor de Anna era como una amenaza vaga de origen incierto justamente porque de niña no le hablaron de la represión que había sufrido su familia. Tomó verdadera conciencia cuando advirtió las consecuencias de su biografía manchada. Anna recuerda ese momento con claridad meridiana: le había dicho a uno de sus profesores que quería ir a la universidad, y el docente lo había puesto en duda, no porque le faltaran condiciones, sino porque, como el profesor le explicó, «nunca le dan las mejores calificaciones a personas

con apellidos [judíos] como el tuyo». Anna se puso «histérica»: ésa era precisamente la humillación que siempre había temido.

Para poder ir a la universidad, donde estudió turismo, cuando Anna debió realizar los trámites para obtener el pasaporte soviético adoptó la nacionalidad georgiana de su madre, en vez de la judía de su padre. Se unió al Komsomol, y cuando se desencantó de la ideología de ese grupo, permaneció de todos modos en él, temerosa de que su defección pudiera traerle problemas con las autoridades universitarias. No se interesaba en la política, nunca se involucraba con disidentes, y aunque admite que siempre supo que el sistema soviético era injusto, censuraba sus propios pensamientos e intereses, y jamás se comportaba de modo que pudiera despertar sospechas acerca de su lealtad. [1053]

Ese «miedo genético», como la propia Anna lo llama, afectó a los hijos de las víctimas de Stalin en muchos aspectos, condicionando desde la elección de sus amigos en la escuela hasta sus posteriores elecciones profesionales. Vladimir Korsakov, por ejemplo, nació en el seno de una familia de la *intelligentsia* de Leningrado que había sufrido muchas pérdidas durante las purgas de las décadas de 1930 y 1940. Profundamente traumatizado por sus recuerdos infantiles del sitio de Leningrado, hacia finales de la década de 1950 rechazó la oportunidad de hacer carrera como bailarín del Ballet de Kirov para irse en cambio a trabajar como obrero en la Fábrica del Báltico, un gigantesco astillero y plaza industrial, pues, según él mismo recuerda, tenía miedo de ser estigmatizado como hijo de un «enemigo del pueblo», y buscó protegerse ««fundiéndose en la masa proletaria».[1054]

Alexei Iurasovski creció en el apartamento comunal de Moscú de la familia Janeyevski, durante las décadas de 1950 y

1960. Su madre era hija del médico militar Alexei Janeievski, que durante la Primera Guerra Mundial había obtenido un título nobiliario, y su padre descendía de una familia noble de ruso-georgianos. El abuelo paterno de Alexei y varios de sus tíos abuelos habían luchado en la Ejército Blanco durante la Guerra Civil. Como sus padres y abuela desconfiaban tanto de sus vecinos de apartamento proletarios, Alexei aprendió a callarse la boca y a no confiar en nadie. «Me enseñaron a temer al régimen», recuerda.

> Mi abuela agregaba una buena cuota de irracionalidad al asunto, y sus advertencias eran a veces francamente descabelladas, aunque convincentes para un niño como era yo en ese entonces. Me contaba, por ejemplo, la historia de un niño que había pisado el umbral de la embajada de Finlandia y había sido arrestado de inmediato: nunca más lo vieron. Esa historia me aterraba. Ella tenía muchos cuentos de hadas como ése.

El temor hizo de Alexei una persona excesivamente cautelosa. Durante su paso por la Universidad de Moscú, llevaba una vida de aislamiento. Su único contacto con el mundo exterior era una radio de onda corta que había construido en la escuela y que usaba para sintonizar la BBC de Londres. Rechazando todo contacto con el Komsomol y toda participación en la política estudiantil, que lo asqueaban, Alexei llegó a la conclusión de que la estrategia más efectiva para protegerse era evitar tener amigos, quienes podrían llegar a dudar de sus lealtades políticas. Se aferró a esa estrategia hasta los cuarenta años, mientras estudiaba para convertirse en arqueólogo y arabista. Al hacer un repaso de su carrera, Alexei concluye que sus elecciones estaban motivadas por su «deseo de escapar» de la política de opresión del régimen soviético, que él percibía como un «campo minado» de reglas y peligros que cambiaban todo el tiempo y de manera impredecible. Los temores que sentía de chico se disolvieron gradualmente, para ser reemplazados, según sus propias palabras, por una «tristeza y escepticismo» por Rusia

y el régimen soviético. Sus precauciones también condicionaron la elección de su esposa: Anna era su prima tercera, y sus familiares directos también habían sido víctimas de la represión estalinista. «Por supuesto que tener los mismos orígenes nos ayudó mucho —recuerda Alexei—. Nos hizo más próximos y nuestra relación se hizo más comprensiva y solidaria».[1055]

La herencia de miedo tuvo un impacto directo en muchos matrimonios. Era frecuente que una mujer cuyos padres habían sido arrestados se casara, por ejemplo, con algún funcionario del Partido porque pensaba que la protegería. Vera Minusova, cuyo padre fue arrestado y fusilado en 1937, se casó con el jefe del Partido local, un hombre que casi le doblaba la edad y a pesar de encontrarlo físicamente repugnante, porque sentía que, como le decía su madre, ese hombre sería un buen proveedor que le permitiría criar a sus hijos sin temer por su futuro. «El día de mi boda yo lloraba —recuerda Vera—, pero mi madre seguía diciendo: "¡Cásate! ¡Cásate!". Yo no lo amaba, me daba asco, pero me dio una hija hermosa, y la amo». Marksena Karpitskaia, la adolescente de Leningrado que sobrevivió por sí sola después del arresto y ejecución de sus padres en 1937, se casó más tarde con un militar científico de alto rango y funcionario del Partido en Leningrado. Marksena contó a su esposo toda la verdad de su historia familiar porque quería estar segura de lo que implicaba ese matrimonio. Sin embargo, la joven insistió en que el matrimonio no fuese registrado, porque, como ella misma explica: «Incluso después de la rehabilitación de mis padres, quise que mi marido tuviera la posibilidad de dejarme si en algún momento se le hacía intolerable la presión de estar casado con una hija de dos enemigos del pueblo».[1056]

Muchas de las personas que tenían biografías mancilladas

no les contaron la verdad a sus futuros consortes hasta poco antes de la boda. Como Marksena, querían que conocieran su pasado antes de unir sus vidas en matrimonio, pero a su vez temían que hacerlo demasiado tiempo antes los habría espantado. Sólo después de casi tres años de noviazgo, en la víspera de su boda, Lydia Babushkina logró reunir el valor suficiente para contarle a su prometido («un estalinista convencido nacido en el seno de una familia de convencidos militares estalinistas») que su padre había sido arrestado y ejecutado como «enemigo del pueblo». Boris Kashin también esperó hasta minutos antes de su boda para decirle a su prometida que su padre había sido fusilado por «contrarrevolucionario» en 1938. «El riesgo era enorme —recuerda Boris—, pero yo confiaba en ella, y no quería arruinar su vida con una boda fraudulenta. Sin perder la calma, ella me contó que su propia abuela había sido reprimida por *kulak*, y que por lo tanto sabía de lo que estaba hablando».[1057]

Es asombrosa la cantidad de parejas que se formaron entre víctimas de la represión estalinista. Algo hacía que esa gente se juntara. Larisa y Vitali Garmash se enamoraron en 1955, durante su primer año de carrera en el Instituto de Economía y Estadística de Moscú. Larisa era hija de Zinaida Levina, que había pasado ocho años en los campos de trabajo de Kolima (de donde regresó en 1946 con un hijo que había tenido, aparentemente, con un guardia de la prisión) y luego tres años en los campos de Potma, seguidos de un período de exilio en Kazajstán. Antes de trasladarse a Moscú, Larisa había vivido en el exilio con su madre. Durante su época de estudiante, en 1944, Vitali había sido arrestado y acababa de ser rehabilitado cuando conoció a Larisa, el primer día de clases en el Instituto. Como ella recuerda, la atracción mutua que sentían estaba asociada a la sensación de tener por

primera vez en sus vidas a alguien de confianza con quien hablar de su vida pasada. Según Larisa recuerda:

> Se sentó junto a mí en el salón de conferencias. Yo no lo conocía, no sabía nada de él, pero nos pusimos a hablar (…). Por supuesto que hablaba también con sus amigos de Moscú, que sabían que había sido arrestado, e incluso su mejor amigo acababa de volver recientemente de los campos, pero quizá con ellos no sentía la misma libertad para expresar sus emociones, porque de pronto comenzó a vomitar todo su pasado (…). Después de eso, nuestra relación avanzó a grandes pasos. El hecho de que compartiéramos los mismos problemas, que la historia de nuestras familias fuese difícil, tuvo un papel muy importante en nuestra relación. [1058]

Cuando Nikolai Meshalkin conoció a su prometida, Elfrida Gotman, en 1956, no le dijo que su familia había sido expulsada de Penza por *kulak* en 1933, ni que todavía vivían en exilio penal en la región de Komi.[1059*] Nada sabía de la familia de Elfrida (alemanes soviéticos de Crimea que también habían sido deportados a la región de Komi durante la guerra), pero tenía la sensación de que ambos habían sufrido la represión del régimen estalinista (la región de Komi estaba llena de alemanes soviéticos en el exilio), fue eso lo que lo atrajo a ella. Nikolai la bombardeó con cartas de amor. Elfrida se negó durante años a abrir su corazón a un ruso. Pero Nikolai perseveró, y Elfrida, que se acercaba a los treinta años y ya temía no encontrar un compañero, finalmente aceptó casarse con él. Poco a poco, Nikolai y Elfrida comenzaron a contarse la historia de sus familias, y su historia común y la consecuente empatía entre ambos los unió todavía más. Después de casi cincuenta años de casados, Nikolai cree que ese mutuo entendimiento fue el elemento más importante de su relación:

> A ese entendimiento yo lo llamo solidaridad. Siempre tuve ese sentimiento, esa sensación de solidaridad con esa mujer, porque ella también había sufrido, también había sido perseguida (…). Yo creo que para ella era igual, creo que lo que había entre nosotros no era amor, sino solidaridad, que para nosotros era lo más importante. El amor se va, pero la solidaridad no tiene a donde irse.[1060]

Nikolai y Elfrida nada dijeron a sus hijas acerca de sus biografías manchadas hasta 1992, cuando leyeron un nuevo decreto que ofrecía compensaciones a las víctimas de la represión. Antes de eso, habían tenido miedo de contarles toda la historia y que fuese una carga para ellas o las terminara alienando del sistema soviético. Frente a sus hijas, ellos siempre llevaban las conversaciones acerca del pasado hacia episodios más positivos, como el papel desempeñado por sus padres durante la Gran Guerra Patriótica.[1061]



Nikolai y Elfrida Meshalkin con sus hijas, Marina e Irina, Perra, 2003

Los Meshalkin no eran una excepción en este aspecto. Incluso durante los últimos años del régimen soviético, con el clima liberal de la *glasnost*, la gran mayoría de las familias soviéticas seguía sin hablar abiertamente de su pasado, o sin transmitir a sus hijos la historia de represión que habían vivido. La influencia de la *glasnost* se circunscribía sobre todo a las grandes ciudades, pero en las provincias, en las aldeas como Perm, donde vivían los Meshalkin, el fantasma de Stalin todavía seguía presente. Como escribió el poeta Boris Slutski antes de morir, en 1986:

> En las provincias, la periferia, entre los rezagados
> donde el frío era muy intenso, no hubo deshielo.
> Allí Stalin está vivo hasta el día de hoy.

> ¡No, él ya murió! Pero su cuerpo aún está tibio.[1062]

Quince años después de la caída del régimen, hay gente en provincias que todavía tiene miedo hablar de su pasado, incluso a sus propios hijos.[1063]

Antonina Golovina guardó prácticamente durante toda su vida el secreto de su biografía mancillada. Sólo le contó a su hija sus orígenes *kulak* en la década de 1990, más de sesenta años después de que fuera exiliada en Siberia, cuando era niña. Antonina ocultó la verdad de su familia a sus dos maridos, cada uno de los cuales vivió con ella más de veinte años. Cuando en 1947 conoció a su primer esposo, Georgi Znamenski, mientras cursaba su último año de estudios en el Instituto de Pediatría de Leningrado, Antonina ya vivía bajo el nombre falso de un antiguo novio, con la intención de ocultar su pasado. Como no tenía permiso legal de residencia en Leningrado, temía que si se descubría que había ocultado sus orígenes *kulak* para ser admitida en el instituto podía ser arrestada y exiliada nuevamente como «elemento antisocial», una suerte que habían corrido muchos ex *kulaks*, incluido su padre, durante los años de la posguerra, cuando el régimen se abocó a realizar una purga intensiva de las ciudades. Antonina recuerda así la situación:

> Todos mis documentos eran falsos. Tenía terror de que un policía me detuviera en la calle. Mi pasaporte estaba lleno de sellos y firmas fraguados, muchos de ellos por mi hermana de Sverdlovsk… Mi derecho de residencia [en Leningrado] había expirado más de seis meses antes.

Antonina vivía en un apartamento comunal cuyo guardia era un fervoroso estalinista —de quien todos sospechaban que era informante—, que no perdía ocasión de dejar en claro sus dudas sobre Antonina. En una oportunidad, cuando un vecino se jactaba de su par de zapatos nuevos, Antonina bajó la guardia y señaló que su padre los hubiese hecho mucho mejor, ya que había sido zapatero (un oficio que en las zonas

rurales se asociaba a los *kulak*). Antonina temía quedar al descubierto, y para ella fue un gran alivio que Georgi Znamenski le propusiera matrimonio. Al casarse con un ingeniero nativo de Leningrado, Antonina accedería a un nuevo nombre y nuevos documentos que le permitirían permanecer en la ciudad.

Durante los siguientes cuarenta años, Antonina guardó silencio y no habló con Georgi de sus orígenes *kulak*. Es más, rara vez hablaban de su pasado. Cuando ella hablaba de su familia, siempre se cuidaba de referirse a ellos como campesinos. Ocultó la verdad a todos sus amigos y colegas del Instituto de Fisiología (y no fue sino hasta mucho tiempo después que se enteró de que todos sus amigos procedían de familias que habían sido reprimidas). En 1961, incluso se afilió al Partido, del que fue miembro hasta 1991, pero no porque compartiera su ideología (más de una vez transgredió sutilmente las reglas del Partido para ayudar a sus amigos), sino porque pensaba que su afiliación le evitaría sospechas. Tenía intenciones de progresar en su carrera médica y así ganar protección para su hija, que entonces tenía catorce años y se acercaba a la edad en que debería postularse para ir a la universidad. «El futuro de mi hija me desvelaba», recuerda Antonina:

> Yo no quería en modo alguno que se enterara de mi pasado. Quería que sintiera que tenía una madre normal, como cualquiera de las otras chicas de su escuela [de élite], donde todos los padres, al menos los varones, eran miembros del Partido.

Antonina siguió sin decirle nada a su marido incluso después de divorciarse de él, en 1968, y de casarse con un estonio llamado Boris Ioganson. En 1987, Antonina recibió la visita de una anciana tía de Georgi que le dio a entender que su exmarido era hijo de un almirante de la Armada Imperial, un hombre devoto del zar, que durante la Guerra Civil había

combatido en el Ejército Blanco. Se dio cuenta entonces de que, durante todos esos años, Georgi había ocultado sus orígenes como lo había hecho ella misma. Como había pasado sus primeros años en campos de trabajo y «asentamientos especiales», Georgi había decidido convertirse en ingeniero como parte de un esfuerzo consciente por forjarse una identidad proletaria. Al postularse para trabajar por primera vez en una fábrica, había llenado el formulario con mentiras; durante toda su vida siempre tenía a mano una copia de su biografía falsa para asegurarse de no contradecirse a la hora de completar un nuevo cuestionario. Alguna profunda intuición los había llevado a encontrar el uno en el otro un espejo de sí mismos.

Boris Ioganson también provenía de una familia víctima de la represión (su padre y abuelo fueron arrestados en 1937), pero Antonina no lo supo ni dijo nada de su propia historia a su marido hasta principios de la década de 1990, después de la caída de la Unión Soviética, cuando, envalentonados por las revelaciones y debates públicos acerca de la represión estalinista, finalmente comenzaron a hablar de su historia familiar. Fue también durante esta época cuando Antonina y Georgi comenzaron a revelarse mutuamente los secretos familiares que se habían ocultado durante más de cuarenta años. Sin embargo, ambos acordaron no decir nada a su hija Olga, quien ya entonces había hecho carrera como maestra de escuela. Sentían que era una manera de protegerla en caso de que los estalinistas regresaran. Poco a poco, sin embargo, Antonina pudo superar su miedo inveterado y pudo hablar con su hija de sus orígenes *kulak*. Dos sucesos precipitaron este cambio.

El primero tuvo lugar en 1995, cuando Antonina, a la edad de setenta y dos años, decidió volver a Obujovo, la aldea donde su familia había vivido hasta que fue enviada al exilio

en Siberia, en 1931. Había visitado Obujovo por última vez en 1956, con su hermano y su padre, pocas semanas antes de la muerte de este último. El terreno donde alguna vez había estado su casa se encontraba vacío, y la maleza invadía el molino donde solían reunirse y charlar con los vecinos. Mientras estaba allí, contemplando el terreno deshabitado, Antonina oyó una voz a sus espaldas que decía: «¡Los *kulaks* han vuelto! ¡Los *kulaks* han vuelto! Se deshicieron de ellos pero ahora han vuelto, y con ropa nueva». Cuando Antonina se dio la vuelta para ver quién era, la persona en cuestión había desaparecido. El recuerdo de esa última visita siempre la había atormentado: «Yo quería regresar a mi tierra natal y sentir que ese lugar seguía siendo mi hogar —recuerda—. Quería que la gente me reconociera, que me hablara y me aceptara como uno de ellos».



Antonina Golovina (2004).

Antonina regresó a Obujovo el 2 de agosto de 1995, cuando se cumplieron sesenta y cinco años del arresto de su padre, en 1930. No quedaba mucho de la vieja aldea, y sólo nueve de las viviendas estaban habitadas. Sesenta años de colectivización habían despojado a Obujovo de toda su fuerza y juventud, como sucedió con miles de otras aldeas como ésa. En 1930, Obujovo era una comunidad pobre pero pujante, con una población de 317 habitantes, la mitad de los cuales eran niños.

La aldea contaba con su propia escuela, su iglesia, su cooperativa, y muchos de los hogares, como el de los Golovin, contaban con su propio taller donde trabajaban el cuero, confeccionando zapatos y otros artículos. En 1960, la población de Obujovo se había reducido a sesenta y ocho habitantes, en su mayoría parejas de ancianos jubilados o gente sola. Y en 1995, momento de la visita de Antonina, sólo quedaban en la aldea trece personas, once de las cuales tenían más de sesenta años. La tradicional fiesta religiosa del 2 de agosto había sido olvidada hacía mucho, no así la antigua hospitalidad de los aldeanos rusos, y la noche de su llegada las mujeres del pueblo organizaron de inmediato una cena en honor de Antonina en casa de Ivan Golovin, único miembro de su familia que aún vivía en el lugar. Pasada la tensión inicial, los aldeanos recordaron al padre de Antonina como un buen campesino, cuyas habilidades todos echaron de menos en la granja colectiva.

«Los Golovin eran gente honesta, limpia y sobria —recordaba una mujer—. Estuvo mal que los arrestaran. Tonia [AntoninaJ, tú eres una de nosotros, una verdadera campesina de las que tanta falta nos hacen».[1064]

El otro punto de inflexión en la reconciliación de Antonina con su pasado se produjo cuando realizó una peregrinación a la región de Altai, en Siberia, para visitar el «asentamiento especial» de Shaltyr, donde había vivido en el exilio con su familia entre 1931 y 1934. El asentamiento estaba abandonado desde hacía varios años, pero las ruinas de los barracones todavía se alzaban, visibles desde el camino, detrás de una valla de alambre de púas. Cerca de allí, Antonina se cruzó con una mujer de aproximadamente su misma edad y le preguntó si era posible entrar en el asentamiento, y las dos se pusieron a hablar. La mujer le dijo que había vivido allí

cuando era niña. «Yo soy hija de *kulaks* —afirmó la mujer—. Me enviaron aquí en 1930, pero mi verdadero hogar está en Barnaul». Antonina recuerda su reacción frente a esas sencillas palabras.

> Yo estaba conmovida. Nunca había escuchado a nadie decir que era hija de un *kulak*, como yo. Nunca se me había ocurrido que uno podía pronunciar esas palabras sin sentir vergüenza, y menos aún con el orgullo que esa mujer evidentemente sentía. Yo había tratado de ocultar mis orígenes durante toda mi vida. Cuando la mujer habló, miré a nuestro alrededor para ver si alguien la había oído. Luego me puse a pensar. ¿Por qué había mirado alrededor? ¿De dónde venía ese miedo? Y de pronto, sentí vergüenza de ese miedo, y exclamé en voz alta: «Yo también soy hija de *kulaks*». Era la primera vez en mi vida que pronunciaba esas palabras en voz alta, aunque en mi mente las había susurrado miles de veces. No había nadie cerca de mí que pudiera oírme. Estaba sola, en medio de un camino desierto. Y sin embargo, sentí orgullo de haberlo dicho finalmente. Bajé hasta el río y me lavé en sus aguas. Y luego recé por mis padres.[1065]

Palabras finales y agradecimientos

Lo que susurran tiene una larga historia. La idea de este libro se remonta a mediados de la década de 1980, en Moscú. Yo era un investigador graduado, estudioso de la Revolución y la Guerra Civil rusas, y ansiaba conocer a todos aquellos que pudiesen todavía recordar esa época. Había entablado amistad con Zhenia Golovnia, nieta del cineasta Anatoli Golovnia. Su madre, Oksana, me contó muchas historias de su familia durante las décadas de 1920 y 1930, y me puso en contacto con algunos de sus amigos nacidos en «tiempos de paz», como llamaba ella a los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. En el transcurso de los meses siguientes, visité la casa de alrededor de una docena de amigos de Oksana, en su mayoría señoras mayores, que no tenían edad para recordar nada de la Guerra Civil, y que no parecían dispuestas a hablar en profundidad de esa historia que realmente había dado forma a sus vidas: los años del gobierno de Stalin.

Ese primer intento de historia oral me enseñó la importancia de la memoria familiar como contrapartida de la versión oficial de la historia soviética. Después de 1991, volví a considerar la posibilidad de investigar para escribir un libro sobre el tema de *Los que susurran*. La repentina aparición en ese entonces de memorias sobre la represión estalinista alentaba mi idea, pero mi instinto me decía que las personas más ancianas, en su mayoría, se guardarían para sí sus

recuerdos y sentimientos hasta estar seguros de que el comunismo no volvería al poder, y para eso faltaban todavía algunos años. En cierto sentido, me equivoqué: actualmente, la década de 1990 es considerada la época de oro de la historia oral de la ex Unión Soviética, sobre todo en comparación con la época de Putin, cuyo gobierno de sesgo autoritario empujó a muchos rusos a volver al ostracismo voluntario. Pero en otros aspectos mi intuición se vio confirmada, pues lo que la gente quería recordar en esos primeros años de furor rememorativo eran los hechos de represión, el detalle de los arrestos, el encarcelamiento y la rehabilitación, y no el daño que habría sufrido su vida interior, ni los dolorosos recuerdos de traiciones personales o vínculos perdidos que habían cambiado sus vidas.

Hacia el año 2002, cuando terminé de trabajar en mi libro *El baile de Natacha*, sentí que había llegado el momento de introducirme en ese terreno inexplorado. La última generación que alcanzó la edad adulta antes de 1953 estaba desapareciendo rápidamente, y urgía encarar el proyecto si no queríamos perder la última oportunidad de comprender el período de Stalin a través de la vida íntima de familias e individuos comunes. La edad promedio de quienes fueron entrevistados y aportaron archivos para *Los que susurran* fue de ochenta años. Hasta el momento, y según tengo entendido, al menos veintisiete (alrededor de un 6 por ciento del muestreo total) de ellos murieron antes de la finalización de este libro.

Mis primeras investigaciones se orientaron al Estado ruso y los archivos públicos, donde esperaba encontrar documentos privados acerca de la vida familiar, para luego entrevistar a las personas que los habían donado. La tarea fue ardua y, a la larga, infructífera: una colección de cartas, cuadernos, apuntes de diarios o memorias escritos en pedazos de papel

apenas descifrables que arrojaban información fragmentaria de la que era imposible extraer ninguna conclusión. (Casi nada de estos archivos fue incluido en *Los que susurran*.) Muchos fueron los empleados que me ayudaron en esa etapa del proyecto: Katia Bunina y Julia Sharapova, que trabajaron conmigo en el Archivo de Moscú; Nikolai Mijailov, que reunía material en el archivo de San Petersburgo, y Nikolai Kuzmin, que trabajó en los archivos de Orel y en otros lugares. También querría agradecer a mis dos antiguos maestros y camaradas su apoyo durante aquellos primeros años de la investigación: Viktor Danilov (1925-2004), historiador del campesinado soviético que se interesó amablemente en mi trabajo y ayudó a que me abrieran las puertas del RGAR, y Theodor Shanin, quien dio a mi proyecto el apoyo de la Escuela de Ciencias Sociales y Económicas de Moscú.

Simultáneamente a mis búsquedas en los archivos, visitaba a las personas en sus hogares, escuchando sus historias de la era de Stalin, y les preguntaba si tenían papeles personales que aportar. El proyecto se difundió boca a oreja, que sigue siendo el mejor modo de trabajar en Rusia, a medida que los entrevistados contaban a sus amigos nuestra investigación. Me conmovió el interés que tenía la gente por ser entrevistada, la generosidad con que ofrecían sus recuerdos familiares, cartas, cuadernos o incluso algún precioso manuscrito que querían que yo publicase (o que quizás esperaban vender). Resulta imposible agradecer a todos los que me ayudaron en esa etapa de la investigación, y son nombrados en la lista de entrevistados. Pero estoy especialmente en deuda con Sasha Kozirev, quien amablemente se ofreció a entrevistar a varios de sus amigos y conocidos de San Petersburgo; con Ida Slavina, quien me concedió varias entrevistas y me proporcionó documentos y

fotografías de sus archivos y me envió información sobre su familia, y con Eugenia Vittenburg, Ada Levidova y Bella Levitina; Olga Ramenskaia y Galina Petrova, que me brindaron entrevistas y archivos familiares para el proyecto; Leonid Makhnach, quien transcribió sus recuerdos en una prosa muy lúcida y entregó preciosos manuscritos; Vajtang Mikheladze, quien me brindó varias entrevistas y me puso en contacto con su familia de Tiflis; y Yenia Golovnia, quien no sólo transcribió y escaneó todos los archivos de su familia, sino que puso a mi disposición las muchas entrevistas y documentos que había reunido de antiguos prisioneros y administradores del campo de trabajo del ALZhIR para su película *Izmennitsy* (1990). Yenia me puso al tanto de la compleja historia, los rumores, intrigas y los personajes destacados del mundillo cinematográfico soviético, y me presentó a numerosas familias que tenían interesantes anécdotas y documentos del período estalinista.

Fue a través de Yenia que conocí a Alexei Simonov, con quien tengo la mayor deuda de todas. Ya conocía a Alexei por su labor como director cinematográfico, periodista y activista de los derechos humanos y la libertad de prensa (en el año 1999, se convirtió en presidente de la Fundación para la Defensa de la *glasnost* de Moscú), pero desconocía la extraordinaria historia de su familia, pues la historia de su familia materna, los Laskin, había sido prácticamente obviada en las biografías dedicadas a su famoso padre, que yo había leído para nuestra primera entrevista en su apartamento de Moscú, a pocos pasos de la calle Konstantin Simonov. Desde la muerte de su madre, Yenia Laskina, en 1992, Alexei conservaba los archivos de la familia Laskin en un cajón. A partir de ese material, Alexei había escrito en 1999 una conmovedora biografía de sus padre (*Chastnaia kollektsiia*), pero desde un primer momento se alegró por mi interés y me

confió la tarea de convertirme en lo que él mismo llamó «el historiador de la familia». Alexei me permitió copiar el archivo Laskin, y me cedió muchas horas de su invalorable tiempo y su apretada agenda para darme detalles de la historia de su familia y rectificar mis errores. Alexei es un narrador extraordinario. Durante nuestras muchas entrevistas y conversaciones, sentados a la mesa de cocina de su apartamento y que con frecuencia se extendían toda la noche, lograba conjurar tan vívidamente la atmósfera del hogar de los Laskin (cierta calidez informal que Alexei y su esposa Galina habían logrado recuperar en su propio hogar), que comencé a sentir que no era sólo un historiador, sino prácticamente un miembro de la familia extendida. Tuve la misma sensación cuando visité a la tía de Alexei, Fania Samuilovna, o Dusia, como suelen llamarla, última hermana superviviente de los Laskin, que vive con su hijo en el piso 11 de una moderna torre cerca de la plaza Ilich. Fania se cambió a ese apartamento en 1990, cuando ella y su hermana Sonia fueron desalojadas de su hogar en Sivtsev Vrazhek, donde había vivido la familia durante más de sesenta años. Sonia murió en 1991. Los recuerdos de Fania son borrosos. Cuando me concedió la última entrevista, tenía noventa y siete años. Pero a veces, cuando le preguntaba sobre un tema que ya habíamos tocado varias veces, recordaba de pronto un detalle largo tiempo olvidado de la familia Laskin que de otra manera jamás se habría sabido. Por eso, pero sobre todo por su encanto, llegué a atesorar cada momento pasado en compañía de Dusia.

Estoy profundamente agradecido hacia Alexei por darme acceso completo y sin restricciones al voluminoso archivo de su padre en RGALI. Muchos de los documentos que recibí pertenecían a secciones cerradas del archivo personal de Simonov (en *opus* 9 y 10) y no habían sido consultadas por

los investigadores hasta entonces. De hecho, de pronto resultó evidente que parte de la información más sensible de esos archivos era desconocida también por la familia. Lamentablemente, y como consecuencia de mis investigaciones, salieron a la luz muchos recuerdos dolorosos para algunos miembros de la familia y, en octubre de 2005, Katia Simonova (Gudzenko), jefa de la comisión a cargo del legado literario de Simonov, decidió cerrar los archivos a los investigadores hasta el año 2025.

Además de las revelaciones de los archivos de Simonov, conocí muchos detalles de la vida del escritor y de su personalidad en entrevistas con sus colegas, amigos y familiares. Vaya mi particular agradecimiento a Maria Simonova, Lazar Lazarev, Nina Aqipova, Alexei y Sofía Karaganov, Andrei Erofeev y Marina Babak. Y a muchos otros que me ayudaron a hacerme una idea más ajustada del mundo en el que se movía Simonov, entre ellos Iunna Morits, Viktor Erofeev, Viktoria Shweitser, Galina Kravchenko y Alexei Schmarinov.

Hacia la primavera de 2003, el proyecto estaba en marcha con una docena de familias, pero necesitaba desesperadamente un equipo de investigación que me permitiera extender mi trabajo y sistematizarlo. En ese momento, fue crucial el otorgamiento de dos becas importantes, una del Arts and Humanities Research Council y otra del Leverhulme Trust, en 2003. Sin el generoso apoyo de estas instituciones británicas, habría sido imposible escribir *Los que susurran* o completar el amplio proyecto de investigación que excede los límites del libro. Agradezco profundamente a ambas su colaboración.

Con el apoyo de estas becas, me serví de la Memorial Society de San Petersburgo, Moscú y Perm para entrevistar a

supervivientes de los años de Stalin y reunir los archivos familiares para su transcripción y digitalización. La elección de esas tres sedes de la Memorial Society no fue difícil: tenían excelentes registros de historia oral, aunque en cierto sentido el trabajo que realizaron para mí, cuyo énfasis estaba puesto en el mundo interior del individuo y sus relaciones familiares, era diferente a cualquier otro proyecto sobre la historia del Gulag que hubiesen hecho hasta ese momento. Las tres sedes eran muy activas y contaban con numerosos miembros, de cuyas filas extrajimos a la mayoría de los entrevistados, aunque las tres debieron exceder ampliamente el marco de sus miembros naturales (víctimas de la represión) e involucraron a un espectro más amplio de familias, incluyendo muchas que habían sido muy favorecidas por el régimen de Stalin. La mayor ventaja en San Petersburgo y Moscú era la proporción relativamente elevada de familias instruidas que habían conservado documentos escritos. En Perm, fue el hecho de que la ciudad había permanecido fuera de la zona de ocupación entre 1941 y 1945, por cuanto la memoria de la era stalinista no estaba contaminada por el trauma de la guerra, así como también el cuantioso número de antiguos exiliados y exprisioneros del Gulag que componían la población de esa región, en un tiempo minada de campos de trabajo y «asentamientos especiales».

El equipo de San Petersburgo estuvo a cargo de Irina Flige, cuyas inteligentes acotaciones y sugerencias, así como sus críticas, resultaron invalorables para este proyecto. Disfruté y aprendí mucho trabajando con Irina y siempre estaré en deuda con ella. El resto del equipo de San Petersburgo estaba integrado por Tatiana Kosmova, también una interlocutor valiosa, quien como Irina también logró extraer de las entrevistas más de lo que nadie hubiera imaginado; por Tatiana Morgacheva, quien realizó entrevistas y organizó los

archivos con gran habilidad, y por Irina Flige y Tatiana Kosinova, que también condujeron la expedición a Norilsk, e Irma viajó por su cuenta a Moscú, Saratov, Petrozavodsk, Krasnoiarsk y Stavropol para realizar entrevistas y reunir material. Aliona Kozlova condujo el equipo de Moscú con tranquila autoridad, aportando siempre consejos atinados e inteligentes. Irina Ostrovskaia, Olga Binkina, Natalia Malijina y Aliona Kozlova llevaron a cabo las entrevistas con enorme sensibilidad, mientras que Galia Buvina organizó los archivos con eficiencia ejemplar. Estoy profundamente en deuda con todas ellas.

En Perm el equipo fue organizado por el hábil y entusiasta Aleksandre Kalij, asistido por Elena Skriakova, y las entrevistas fueron conducidas por Robert Latipov, Andrei Grebenshchikov, Svetlana Grebenshchikova y Mijail Cherepanov. Quisiera expresar mi agradecimiento a todos ellos, en especial a Robert y Andrei, quienes realizaron la mayoría de las entrevistas, siempre con interesantes resultados, y tomaron notas de suma utilidad.

Es de rigor decir algunas palabras sobre la metodología de este proyecto. Seleccioné a las familias que iban a ser incluidas en él a partir de una base de datos recopilada por los equipos de investigación con llamadas telefónicas a un total de más de mil personas. Mi principal preocupación era asegurarme de que la muestra final resultase de una base social representativa (el riesgo de desviarse hacia la *intelligentsia*, especialmente en Moscú y San Petersburgo, era grande) y a la vez que se ciñera al principio de que cada familia debía tener al menos algún tipo de archivo o documento para corroborar sus palabras durante las entrevistas. En Perm, esto último fue muy difícil: se trata de una región fuertemente poblada por antiguos *kulaks* desarraigados de sus hogares y otras víctimas del régimen de Stalin. La mayor parte de las personas de esa

zona entrevistadas telefónicamente no conservaban documento personal alguno, y muchas ni siquiera tenían una foto de sus padres. Pero quienes habían guardado archivos familiares justificaron nuestra búsqueda.

Durante el primer encuentro, se daba al entrevistado la posibilidad de reconstruir su historia de vida sin mayores intervenciones (una práctica usual en la historia oral), aunque yo preparé un cuestionario para los entrevistadores y les pedí que desarrollaran ciertos temas que ya habían surgido durante las entrevistas telefónicas. Esas entrevistas eran largas, en general duraban muchas horas y se extendían varios días. Una vez editadas y analizadas las transcripciones, yo decidía el enfoque principal y la serie de preguntas para las entrevistas posteriores, que exploraban ciertos temas específicos en profundidad. Por lo general, cada familia era entrevistada en dos o tres ocasiones. Una vez al mes, me reunía con los equipos de investigación para hablar de las entrevistas y seleccionar material de los archivos familiares para su transcripción y digitalización. La selección de los archivos fue bastante sencilla: recogíamos todo lo posible (documentos personales, diarios, memorias, cuadernos, series de cartas, etc.) siempre y cuando datase de antes de 1960 o aportase alguna luz sobre el período de Stalin. En las entrevistas, por el contrario, encontramos otros desafíos, muchos de los cuales resultarán familiares a quienes se dedican a la historia oral en la ex Unión Soviética. Debimos desarrollar técnicas que condujeran a los entrevistados a tener una mirada más reflexiva sobre sus vidas, a separar los recuerdos de primera mano de las opiniones o sensaciones recibidas de otros, a contemplar el pasado y recordar lo que pensaban en ese momento, y a superar el miedo a hablar de estas cosas con extraños. Lograr gradualmente esa confianza era esencial. Muchas veces eran necesarias docenas de visitas

para que los documentos finalmente llegaran a manos de nuestros colaboradores para ser copiados (los escáneres portátiles y las cámaras digitales hicieron posible la digitalización en los propios hogares de los entrevistados).

Agradezco profundamente a todas las familias que contribuyeron al proyecto llevado a cabo por la Memorial Society. Es imposible agradecérselo a todos de forma individual (todos figuran en la lista de entrevistados), pero vaya mi especial reconocimiento para Antonina Znamenskaia, Inna Shijeieva, Marksena Nikiforova, Elizaveta Delibash, Angelina Bushueva, Valentina Tijanova, Nina Feofilaktova, Maria Vitkevich, Marianna Barkovskaia, Georgia Fursei, Maria Kuznetsova, Yevgenia Vasileva, Nikolai Kovach, Valentín Muravski, Rada Poloz, Anzhelika Sirman, Zola Timofeieva, Nikolai Lileiev, Vladimir Piatnitski, Lev Netto, Julia Volkova, Larisa y Vitali Garmash, Maia Rodak, Galina Adasinskaia, Roza Novoseltseva, Veronika Nevskaia, Svetlana Jlistova, Vera Minusova, Nikolai Meshalkin, Elfrida Meshalkina, Leonid Saltikov, Dimitri Streletski, Irina Mikueva, Rezeda Taisina, Liubov Tetiueva, Vera Vasiltseva, Natalia Stepantseva, Ivan Uglitskij, Sofía Ozemblovskaia, Valentina Kropotina, Tamara Trubma y Vera Turkina, quienes brindaron muchas horas de su tiempo y sus preciados documentos para el proyecto. También me gustaría expresar mi agradecimiento a Elena Bonner, quien fue entrevistada en Boston por Irma Flige como parte del proyecto Memorial, autorizarme a citar extractos de la traducción de Antonina W. Bouis de su libro *Mothers and Daughters* (Londres, Hutchinson, 1992).

Ellos son los héroes de *Los que susurran*. Este libro es suyo en un sentido verdadero: yo sólo les di la palabra. Para nosotros, son historias; para ellos, es su vida.

He sido muy consciente en cada etapa de mi trabajo en este libro de que mi deber como historiador era contar las historias de estas personas de modo tal que encontrasen en él un verdadero reflejo de sus experiencias. En este libro no hay testimonios anónimos: salvo una o dos excepciones, todas las personas que brindaron entrevistas o documentos estuvieron de acuerdo en que sus nombres fueran revelados. Por esa razón, algunas secciones de los borradores posteriores fueron traducidos al ruso y entregados a las familias involucradas para que pudiesen realizar las correcciones correspondientes y sugerir modificaciones al texto.

El proceso fue largo y complejo, y no sólo porque la forma en que una persona ve su propia biografía muchas veces difiere de la imagen que uno se hace al leer sus memorias, cartas, diarios y anotaciones. Pero era importante que los sujetos de este libro tuvieran la oportunidad de corregirlo. En ninguno de los casos me vi obligado a cambiar mi apreciación general, y muchas de mis opiniones se enriquecieron y aguzaron gracias a los comentarios de las familias. Una sola vez surgió un problema con una de las familias, los Shikheiev (Gaister): algunos miembros de la familia objetaron el testimonio de la hija mayor de Inna, y fue retirado de las galeradas a petición suya. Inna vio y corrigió todos los pasajes sobre los Gaister que fueron incluidos, pero después de eso clausuró sus archivos en la Memorial Society. También me gustaría agradecer a Zhanna Bogdanovich y Natalia Leshchenko por traducir partes del libro al ruso; a Irina Flige, Aliona Kozlova e Irina Ostrovskaia por corregir los borradores finales; a Leo Viprinski por su generosa y perspicaz ayuda con las partes en eslavo, y a Alexei Simonov, no sólo por corregir el texto en inglés sobre los Laskin y los Simonov, sino también por mostrarme que debía replantearse el enigma de «K.M».

La mayor parte del material generado por el proyecto de investigación de *Los que susurran* está disponible en red (http://wvvw.orlan- dofiges.com). Allí encontrarán los principales archivos familiares, junto a las transcripciones y algunos extractos de las entrevistas. Parte del material ha sido traducido al inglés. De no ser por el sitio web, muchos de estos archivos se habrían perdido al morir sus poseedores, pues las nuevas generaciones de Rusia demuestran poco interés por el pasado soviético y no tienen suficiente espacio para almacenar estas cosas. Me gustaría agradecer a Emma Beer, Aibek Baratov y Ding Zhang su ayuda en el diseño y construcción de la página web. Con la ayuda de Jerry Kuehl, Emma también se puso al frente de un proyecto de vídeo cuyo objetivo era crear un archivo fílmico de las entrevistas a los héroes de *Los que susurran*, al que puede accederse a través de la página web.

El trabajo en este proyecto me exigió muchos viajes y meses de separación de mi familia, Stephanie, Lydia y Alice, que tuvieron que soportar mucho, y quienes espero que hoy comprueben que no fue en vano. Su amor y su apoyo me recordaron siempre lo que significa la familia.

Debo agradecer a mi amigo Robert (Lord) Skidelski su generosa hospitalidad en Moscú, y a Alexei Iurasovski por ser un casero tan amable: también me gustaría mostrar mi agradecimiento a Elena (Helen) Volkonskaia por invitarme a pasar un tiempo en su adorable hogar en la Toscana durante el verano de 2006, donde escribí buena parte del segundo borrador.

En tanto escritor, cuento con el inestimable apoyo de mi agente, Deborah Rogers, quien ha sido tan amable y apasionada como siempre para actuar en mi nombre, y Melanie Jackson en Estados Unidos, que me ayudó de tantas

maneras. Simón Winder, de Penguin, y Sara Bershtel, de Metropolitan, son el sueño editorial de cualquier escritor. Cada uno de ellos a su manera (Simón con sus comentarios inspiradores y entusiastas, y Sarah con su extraordinaria y detallada edición, línea por línea) tuvo una inmensa influencia en la escritura de este libro. Tengo una enorme deuda con ambos. También quiero mostrar mi agradecimiento a David Watson por su trabajo de edición, a Merle Read por verificar la transliteración de los nombres rusos, a Alan Gilliland por el dibujo de los planos y a Donald Winchester por la ayuda adicional para la edición. Vaya también por delante mi agradecimiento para Andrei Bobrov, de la ITARTASS Photo Agency, por ayudarme a rastrear algunas fotografías difíciles de conseguir.

Quiero agradecer a los expertos que me ayudaron en los detalles y me condujeron a fuentes que desconocía: Valeri Golofast, Katerina Gerasimova, Stephen Wheatcroft, Catriona Kelly, Boris Kolonitski, Jonathan Haslam, Daniel Beer y Daniel Pick. También estoy en deuda con Rob Perks, quien compartió conmigo su sabiduría sobre los desafíos de la historia oral. Jennifer Davis me dio buenos consejos sobre los aspectos legales de los contratos con la Memorial Society: para ella mi agradecimiento. Raj Chandarvarkar me dio su apoyo leal y su ayuda de mil y una formas. Desearía que estuviese vivo para discutir el libro con él.

Finalmente, quiero mostrar mi agradecimiento a mi viejo amigo y colega Hiroaki Kuromiya, uno de los mejores y más cuidadosos historiadores del período estalinista, quien leyó el manuscrito con estrictas instrucciones de poner en duda todo aquello que pudiese ser erróneo. Cualquier error que subsista es sólo responsabilidad mía.

Londres, abril de 2007

Fuentes y archivos

ARCHIVOS PÚBLICOS

AFSBTO

Archivo del Servicio Federal de Seguridad del Oblast de Tambov, Tambov

AFSBVO

Archivo del Servicio Federal de Seguridad del Oblast de Vologda, Vologda

AMILO

Archivo de la Sociedad Histórico-Literaria de Moscú (‘Vozvrashchenie’)

ARAN

Archivo de la Academia Rusa de Ciencias, Moscú

GAOO

Archivo Público del Oblast de Orel, Orel

GAPO

Archivo Público del Oblast de Perm, Perm

GARF

Archivo Público de la Federación Rusa, Moscú

GARK

Archivo Público de la República de Komi, Siktivkar

GASO

Archivo Público del Oblast de Sverdlovsk, Ekaterinburgo

GAVO

Archivo Público del Oblast de Vologda, Vologda

GMPIR

Museo Público de Historia Política de Rusia, San Petersburgo

GOPAPO

Archivo Público de Sociopolítica del Oblast de Perm, Perm

HP

Harvard Project (Proyecto sobre el Sistema Social Soviético), Universidad de Harvard, Estados Unidos

IISH Instituto Internacional de Historia Social, Amsterdam

IRL RAN

Instituto de Literatura Rusa, Academia Rusa de Ciencias («Casa Pushkin»), San Petersburgo

MM [1066]

Archivo de la Sociedad Memorial de Moscú

MP1

Archivo de la Sociedad Memorial de Perm

MSP1

Archivo de la Sociedad Memorial de San Petersburgo

OR RNB

Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Rusia, San Petersburgo

RGAE

Archivo Público de Rusia de Economía, Moscú

RGAKFD

Archivo Público de Rusia de Documentales y Fotografías, Krasnogorsk

RGALI

Archivo Público de Rusia de Literatura y Arte, Moscú

RGASPI

Archivo Público de Rusia de Historia Social y Política, Moscú

SPbF

ARAN

Filial de San Petersburgo del Archivo de la Academia Rusa de Ciencias

SSEES

Academia de Estudios Eslavos y de Europa del Este, Universidad de Londres

TsAFSB

Archivo Central del Servicio de Seguridad Federal, Moscú

TsADM

Archivo Central de los Movimientos Sociales de Moscú

TsDNA

Centro de Documentación, los «Archivos del Pueblo», Moscú

TsGAIPD

Archivo Público Central de Documentos Histórico Políticos, Moscú

TsIAM

Archivo Público Central de San Petersburgo Archivo Histórico Central de Moscú

TsJDMO

Centro para la Preservación de Documentos sobre las Organizaciones de Jóvenes, Moscú

TsMAMLS

Museo de Colecciones Personales del Archivo Central de Moscú

ARCHIVOS PRIVADOS

AFA Archivo de la familia

GFA Archivo de la familia

IFA Archivo de la familia

LFA Archivo de la familia

MFA Archivo de la familia

MIFA Archivo de la familia

MUFA Archivo de la familia

PFA Archivo de la familia

RFA Archivo de la familia

SFA Archivo de la familia

SLFA Archivo de la familia

VFA Archivo de la familia

VOFA Archivo de la familia

Lista de entrevistas

Adasinskaia, Galina Antonovna (San Petersburgo)
Akkuratnova, Maia Pavlovna (Moscú)
Aksionova, Iraida Petrovna (Usóle)
Alexandrova, Irina Mijailovna (San Petersburgo)
Alexandrova, Valentina Lvovna (San Petersburgo)
Aliavdina, Veronika Anatolevna (San Petersburgo)
Alkaeva, Raifa Izmagilovna (Krasnokamsk)
Anastaseva, Margarita Viktorovna (Moscú)
Andreiev, Oleg Grigorevich (San Petersburgo)
Arjipova, Nina Nikolaeva (Moscú)
Atapov, Alexandre Pavlovich (San Petersburgo)
Atapov, Sergei Mijailovich (Tambov)
Avdasheva, Ninel Nikolaevna (San Petersburgo)
Babaeva, Klaudia Mijailovna (Moscú)
Babailova, Natalia Borisovna (Severodvinsk)
Babak, Marina Mijailovna (Moscú)
Babikova, Eugenia Spiridonovna (Norilsk)
Babina, Rada Lvovna (Moscú)
Babitskaia, Vlada Alexeievna (Moscú)
Babushkina, Lidia Vasilevna (Perm)
Badaeva, Valentina Fiodorovna (Perm)
Badiaeva, Galina Ivanovna (Perm)

Baigulova, Elena Aiexeievna (Moscú)

Balandin, Grigori Pavlovich (Perm)

Baranenko, Nadezhda Pavlovna (Perm)

Barinov, Sergei Mijailovich (Akmolinsk)

Barkovskaia, Marianna Iosifovna (Izobilnoe, distrito de Stavropol)

Batin, Piotr Iefimovich (Usole)

Batishcheva, Maria Karlovna (Norilsk)

Batrakova, Nina Dmitrevna (Perm)

Bazilevskaia, Valentina Borisovna (Voronezh)

Bazilevskaia, Vladilena Borisovna (Moscú)

Bekker, Valentin Vladimirovich (San Petersburgo)

Belikova, Zinaida Vasilevna (San Petersburgo)

Beloborodov, Nikolai Nikolaevich (Perm)

Belousov, Arkadi Sergeievich (Penza)

Belova, Anna Pavlovna (Krasnokamsk)

Beneta, Svetlana Anatolevna (Norilsk)

Blagoveshchenski, Andrei Borisovich (Moscú)

Bletsko, Tatiana Nikolaevna (San Petersburgo)

Blium, Arlen Viktorovich (San Petersburgo)

Blium, Igor Vsevolodovich (San Petersburgo)

Bogdanov, Sergei Nikolaevich (San Petersburgo)

Bogdanova, Natalia Borisovna (Moscú)

Bolchis, Tatiana Vasilevna (San Petersburgo)

Bonner, Elena Georgievna (Boston, EEUU)

Borodina, Valentina Semionovna (Norilsk)

Borozna, Mijail Danilovich (Orel)

Borshchagovski, Alexandre Mijailovich (Moscú)

Bronshtein, Ekaterina Mijailovna (San Petersburgo)
Bronshtein, Svetlana Alexandrovna (Moscú)
Budkevich, Maria Stanislavovna (San Petersburgo)
Bulat, Inessa Pavlovna (San Petersburgo)
Burilovna, Zoia Pavlovna (Perm)
Bushueva, Angelina Vladimirovna (Perm)
Chechik, Elizaveta Natanovna (Moscú)
Cherepanova, Praskovia Iakimovna (Perm)
Cherkasova, Karina Leonidovna (Moscú)
Cherkasskaia, Bella Martinovna (San Petersburgo)
Cherkesov, Oleg Vsevolodovich (San Petersburgo)
Cherkesova, Svetlana Vsevolodovna (San Petersburgo)
Cherniaev, Boris Dmitrievich (Tambov)
Cherniaeva, Dalita Artiomovna (Krasnokamsk)
Chesnokov, Vladimir Ivanovich (San Petersburgo)
Chulkova, Antonina Alexeievna (Perm)
Chuprun, Gerta Eugenievna (Moscú)
Dadzis, Lidia Ianovna (San Petersburgo)
Danilenko, Irma Alexandrovna (Norilsk)
Danilov, Viktor Petrovich (Moscú)
Danilova, Natalia Stepanovna (Moscú)
Danilovich, Lia Iakovlevna (Perm)
Darvina, Anna Andreievna (Norilsk)
Davidova, Inna Pavlovna (Voronezh)
Delibash, Elizaveta Alexandrovna (San Petersburgo)
Dmitrenko, Irina Alexandrovna (Norilsk)
Dmitruk, Stepan Kuzmich (Norilsk)
Dmitruk, Vasilina Korneievna (Norilsk)

Dobrovolskaia, Ella Dmitrievna (Moscú)
Dombrovskaia, Elena Petrovna (Moscú)
Drozdov, Boris Pavlovich (Moscú)
Dudareva, Galina Vasilevna (San Petersburgo)
Eisenberg, Vera Ignatevna (Kolpino)
Eliashova, Liudmila Leonidovna (San Petersburgo)
Eliashova, Marksena Leonidovna (San Petersburgo)
Ender, Zoia Borisovna (Roma, Italia)
Epshtein, Mark Borisovich (San Petersburgo)
Erofeev, Andrei Vladimirovich (Moscú)
Erofeev, Viktor Vladimirovich (Moscú)
Feofilaktova, Nina Ivanovna (San Petersburgo)
Filimonova, Larisa Fiodorovna (San Petersburgo)
Filippova, Kira Ivanovna (San Petersburgo)
Fomin, Vladimir Leonidovich (San Petersburgo)
Fursei, Georgi Nikolaevich (San Petersburgo)
Gabaeva, Natalia Sergeievna (San Petersburgo)
Galchinskaia, Liudmila Mijailovna (San Petersburgo)
Galitski, Pavel Kalinikovich (San Petersburgo)
Garmash, Larisa Danilovna (Moscú)
Garmash, Vitalii Ivanovich (Moscú)
Gavrilov, Boris Nikolaevich (San Petersburgo)
Genishta, Eugeni Sergeievich (Moscú)
Genishta, Vladimir Sergeievich (Novosibirsk)
Gernet, Galina Eugenevna (San Petersburgo)
Glazova, Margarita Nikolaevna (San Petersburgo)
Godes, Anri Mijailovich (San Petersburgo)
Goldevskaia, Ekaterina Ivanovna (San Petersburgo)

Goldobin, Andrei Borisovich (San Petersburgo)
Golovanova, Genrietta Ivanovna (Severodvinsk)
Golovko, Semion Georgievich (Norilsk)
Golovnia, EugeniaViktorovna (Moscú)
Golovnia, Oksana Anatolevna (Moscú)
Golubiatnikova, Natalia Nikolaevna (Norilsk)
Goncharov, Eugeni Iefimovich (Norilsk)
Goncharova, Klaudia (Moscú)
Gorbach, Larisa Fiodorovna (Perm)
Gordon, Marianna Lvovna (San Petersburgo)
Gorshkova, Tamara Filippovna (Perm)
Gotman, Rudolf Gotlibovich (Perm)
Gremiakina, Antonina Dmitrevna (Krasnokamsk)
Gribelnaia, Nina Andreievna (San Petersburgo)
Grigoreva, Natalia Vasilevna (Moscú)
Gukovski, Maksim Stepanovich (Voronezh)
Gurevich, Sergei Grigorevich (San Petersburg)
Gurova, Irina Gavrilovna (Moscú)
Iablokov, Iuri Ievgenevich (Moscú)
Iakovlev, Gennadi Ilarionovich (Usole)
Iakovlev, Mijail Ivanovich (San Petersburgo)
Iakovleva, Lelita Andreievna (Adler, región de Krasnodar)
Iakovleva, Nina Andreievna (San Petersburgo)
Iakubovich, Vladimir Andreievich (San Petersburgo)
Ianchevskaia, Maria Leopoldovna (San Petersburgo)
Ianin, Vladimir Andreievich (Moscú)
Ianovich, Elena Petrovna (San Petersburgo)
Iashkov, Anatoli Vasilevich (San Petersburgo)

Iaskina, Olga Ivanovna (Norilsk)
Iazikov, Vladimir Alexandrovich (Moscú)
Ibragim-Zade, Dilara Ibragimovna (Moscú)
Ilina, Inna Vasilevna (Moscú)
Ilina, Liana Lvovna (San Petersburgo)
Iodis, Praskovia Andreievna (Norilsk)
Iurasovski, Alexei Mijailovich (Moscú)
Iushkevich, Mijail Ivanovich (San Petersburgo)
Iusipenko, Mijail Terentevich (Akmolinsk)
Iusopova, Antonina Samsonovna (Krasnokamsk)
Ivanishcheva, Sofia Nikolaevna (Krasnokamsk)
Ivanov, Alexei Petrovich (Voronezh)
Ivanov, Sergei Borisovich (Tambov)
Ivanova, Margarita Fiodorovna (Krasnokamsk)
Ivanova, Marina Nikolaevna (San Petersburgo)
Ivanova, Olga Stepanovna (San Petersburgo)
Ivanova, Tatiana Ivanovna (San Petersburgo)
Jaritonova, Ella Ilinichna (San Petersburgo)
Jlistova, Svetlana Veniaminovna (Perm)
Kagner, Irina Borisovna (Moscú)
Kalnina, Maia Konstantinovna (San Petersburgo)
Kanepei, Elena Vasilevna (Yeisk, región de Krasnodar)
Kasatkina, Liidia Dmitrevna (Perm)
Kashin, Boris Romanovich (Perm)
Kashtanov, Alexei Mijailovich (Penza)
Kasimova, Sanie Isliamovna (Berezniki)
Katseilidi, Ekaterina Dmitrevna (Krasnokamsk)
Katseilidi, Vera Dmitrevna (Krasnokamsk)

Kavelina, Olga Alexandrovna (Moscú)
Kazakova, Zoia Pavlovna (Perm)
Kern, Vilgelmina Ivanovna (Usole)
Kiseliova, Eugenia Konstantinovna (Moscú)
Kleimenova, Zoia Izrailevna (Moscú)
Kofman, Maia Lazarevna (Moscú)
Kogan, Rebekka (Rita) Samoilovna (San Petersburgo)
Kolia, Galina Nikolaevna (Perm)
Kollakova, Julia Vasilevna (Moscú)
Kollang, Rene Almarovich (San Petersburgo)
Kolobkov, Viacheslav Petrovich (San Petersburgo)
Koltsova, Laura Vladimirovna (San Petersburgo)
Kondratenko, Dina Vladimirovna (San Petersburgo)
Kondrateva, Adalina Veniaminovna (Moscú)
Konstantinova, Elena Alexandrovna (Petrozavodsk)
Konstantinova, Natalia Alexandrovna (San Petersburgo)
Korchagin, Ivan Petrovich (Karaganda)
Korsakov, Vladimir Georgievich (San Petersburgo)
Kosariov, Vladimir Valentinovich (San Petersburgo)
Kosheleva, Galina Andreievna (San Petersburgo)
Kovach, Nikolai Ivanovich (Yeisk, región de Krasnodar)
Kozhin, Viktor Alexandrovich (San Petersburgo)
Kozirev, Alexandre Nikolaevich (San Petersburgo)
Kozmina, Oksana Ievdokimovna (Moscú)
Kraeva, Klara Maximovna (Perm)
Kraevski, Karl Borisovich (Moscú)
Krasnova, Elena Iosifovna (San Petersburgo)
Krasnova, Elena Ivanovna (San Petersburgo)

Krasovitov, Mijail Gavrilovich (Krasnokamsk)
Krastlnikov, Grigori Pavlovich (Krasnokamsk)
Krauze, Hens Fridrijovna (Moscú)
Kreines, Natalia Mijailovna (Moscú)
Krilov, Nikolai Arjipovich (Perm)
Krilova, Inna Adolfovna (San Petersburgo)
Krilova, Valentina Ivanovna (Perm)
Krivulina, Julia Alexandrovna (Ufa)
Kropotina, Valentina Andreievna (Perm)
Kruglova, Tatiana Sergeievna (Moscú)
Krutilova, Larisa Solomonovna (San Petersburgo)
Kulak, Lidia Fiodorovna (Krasnokamsk)
Kurko, Nadezhda Adolfovna (San Petersburgo)
Kuruchkina, Olga Alexandrovna (Perm)
Kuznetsov, Anatoli Pavlovich (Perm)
Kuznetsova, Julia Nikolaevna (Penn)
Kuznetsova, Maria Ilinichna (Moscú)
Kuznetsova, Tatiana Borisovna (San Petersburgo)
Lapchev, Vasili Stepanovich (Perm)
Lapko, Laris Ivanovich (Gaiva)
Lapko, Rem Ivanovich (Ekaterinburgo)
Lapko, Stanislav Ivanovich (Krasnokamsk)
Lapko, Stanislav Ivanovich (Perm)
Larionov, Maxim Mijailovich (San Petersburgo)
Larkov, Sergei Alexeievich (Moscú)
Laskina, Fania Samoilovna (Moscú)
Lazarev, Lazar Ilich (Moscú)
Lazareva, Valentina Grigorevna (Krasnokamsk)

Lazareva, Zoia Grigorevna (Krasnokamsk)

Lebedeva, Natalia Mijailovna (San Petersburgo)

Lebedeva Epshtein, Tatiana Valerevna (Moscú)

Leshchukova, Maria Ivanovna (Usole)

Leven, Leonid Petrovich (San Petersburgo)

Levidova, Ada Lvovna (San Petersburgo)

Levin, Valeri Pavlovich (Moscú)

Levina, Nina Pavlovna (Krasnoiarsk)

Levitina, Bella Iosifovna (San Petersburgo)

Liberman, Irina Solomonovna (San Petersburgo)

Lijachiov, Sergei Ivanovich (Penza)

Lileiev, Nikolai Ivanovich (San Petersburgo)

Liubavskaia, Mella Pavlovna (San Petersburgo)

Liubich, Olga Alexandrovna (Moscú)

Liverovskaia, Olga Alexeievna (San Petersburgo)

Lobachev, Vladimir Mijailovich (Moscú)

Lomakin, Iuri Mijailovich (Tambov)

Lopatin, Roman Alexandrovich (Stavropol)

Lorentsson, Lilia Vikinitevna (Perm)

Loshkareva, Taisia Grigorevna (Romanovo, distrito de Usóle)

Loviagina, Polina Nikiforovna (Perm)

Lukomski, Georgi Vladimirovich (San Petersburgo)

Majnach, Leonid Vladimirovich (Moscú)

Makridin, Vasili Platonovich (San Petersburgo)

Malajovskaia, Terezia Valerianovna (San Petersburgo)

Malanichev, Nikolai Ivanovich (Krasnokamsk)

Margulin, Valentin Mijailovich (San Petersburgo)

Markelova, Galina Georgievna (San Petersburgo)
Martinelli, Elena Arvidovna (San Petersburgo)
Maximov, Vladimir Ivanovich (San Petersburgo)
Medvedeva, Marina Sergeievna (Moscú)
Melnikova, Tsetsilia Vladimirovna (Colonia, Alemania)
Meshalkin, Nikolai Ivanovich (Perm)
Meshalkina, Elfrida Gotlibovna (Perm)
Mezentseva, Klara Isaakovna (San Petersburgo)
Miftajov, Tolgat Latfillinoch (Krasnokamsk)
Miftajova, Asia Sadikova (Krasnokamsk)
Mijailov, Valentin Mijailovich (Tambov)
Mijailova, Nadezhda Nikolaeva (Moscú)
Mijeladze, Vajtang Eugenevich (Moscú)
Mikova, Nina Grigorevna (Usole)
Mikueva, Irina Ilinichna (Perm)
Mikueva, Tamara Nikolaevna (Stavropol)
Mikuevich, Anatoli Pavlovich (Voronezh)
Mileiko, Vitali Bronislavovich (San Petersburgo)
Milkevich, Vladimir Vilkentivich (Berezniki)
Minusova, Vera Viktorovna (Perm)
Mitina, Valentina Nazarovna (Moscú)
Moiseienko, Eugenia Mitrofanovna (Moscú)
Moiseieva, Antonina Mijailovna (Perm)
Molotkov, Lev Vladimirovich (San Petersburgo)
Monko, Ianina Davidovna (Moscú)
Morozov, Nikita Fiodorovich (San Petersburgo)
Mujina, Nina Nikolaeva (Perm)
Muravnik, Leonid Iakovlevich (Moscú)

Muravski, Valentin Tijonovich (San Petersburgo)
Muravski, Vladimir Valentinovich (San Petersburgo)
Nardina, Zoia Iakovlevna (Norilsk)
Nemishchenko, Galina Parfenevna (Moscú)
Netto, Lev Alexandrovich (Moscú)
Neverova, Nina Vasilevna (Usóle)
Nevskaia, Veronika Alexandrovna (San Petersburgo)
Nikiforova, Marksena Mijailovna (San Petersburgo)
Norkina, Maia Nikolaevna (Moscú)
Noskova, Tatiana Alexandrovna (Perm)
Novikova, Minora Zinovevna (Moscú)
Novoseltseva, Roza Alexandrovna (Moscú)
Obst, Elizaveta Iosifovna (Norilsk)
Orlova, Ekaterina Alexandrovna (San Petersburgo)
Osipov, Pavel Alexandrovich (Orel, distrito de Usóle)
Ostasheva, Larisa Sergeievna (Moscú)
Ovchinnikova, Nadezhda Ignatevna (San Petersburgo)
Ozemblovskaia, Sofia Alexandrovna (Perm)
Paches, Nikolai Ivanovich (Perm)
Paduchij, Lidia Andreieva (Orel, distrito de Usóle)
Panova, Nonna Vladimirovna (San Petersburgo)
Paramonova, Margarita Ivanovna (San Petersburgo)
Paramonova, Nina Pavlovna (San Petersburgo)
Pavlovich, Alexandre Georgievich (Moscú)
Perepechenko, Elizaveta Dmitrievna (Moscú)
Petrova, Galina Ivanovna (Strugi Krasnie)
Petrovich, Valentina Iakovlevna (Penn)
Piatnitski, Vladimir Iosifovich (San Petersburgo)

Pikulova, Anastasia Nikolaevna (Perm)
Pishchalnikova, Alexandra Gavrilovna (Moscú)
Pleskina, Anastasia Gavrilovna (Krasnokamsk)
Poloz, Rada Mijailovna (Moscú)
Ponomariov, Nikolai Iakovlevich (Usole)
Popkova, Linda Emmanuilova (Usole)
Potapova, Nona Petrovna (Perm)
Potapova, Olga Mijailovna (Petrozavodsk)
Potter, Nadezhda Nikolaevna (San Petersburgo)
Pristupa, Vera Ignatevna (Norilsk)
Proskurina, Marina Semionovna (Krasnokamsk)
Pujova, Lidia Alexandrovna (San Petersburgo)
Radzevski, Nikolai Semionovich (Krasnokamsk)
Ragozina, Nadezhda Nikolaeva (Perm)
Ramenskaia, Olga Ivanovna (Strugi Krasnie)
Reifshneider, Ninel Kirillovna (Moscú)
Remchuk, Olga Grigorevna (Norilsk)
Riabova, Tamara Nikolaevna (Perm)
Riabtseva, Tatiana Evgenevna (San Petersburgo)
Riabushinski, Mijail Petrovich (Stavropol
Rimm, Eduard Robertovich (Perm)
Rodak, Maia Isaakovna (Moscú)
Roginski, Martin Alexandrovich (San Petersburgo)
Romanov, Sergei Dmitrievich (Krasnokamsk)
Romanova, Natalia Ivanova (Krasnokamsk)
Romashkin, Mstislav Antonovich (Penza)
Romashkin, Vasili Feoktistovich (Norilsk)
Rozonovskaia, Svetlana Leonidovna (San Petersburgo)

Sakulina, Ella Iakovlevna (Perm)

Saltikov, Leonid Konstantinovich (Perm)

Samieva, Inessa Petrovna (Pushkino)

Samsonov, Gennadi Mijailovich (Stavropol)

Sazhnov, Igor Natanovich (Norilsk)

Sazhnova, Nina Petrova (Saratov)

Sedujina, Inessa Mijailovna (Perm)

Selezneva, Vera Petrovna (Krasnokamsk)

Serbin, Semion Semionovich (Usole)

Serpokril, Nina Vasilevna (San Petersburgo)

Shabrova, la Ivanovna (Moscú)

Shangina, Tatiana Mstislavovna (San Petersburgo)

Shchegoleva, Eugenia Sergeievna (Usole)

Shcherbakova, Emilia Alexandrovna (Perm)

Shchukina, Klaudia Pavlovna (Perm)

Shchurenkova, Vera Anatolevna (Moscú)

Shenshina, Inna Eugenevna (Perm)

Shijeieva, Inna Aronovna (Moscú)

Shirkunova, Alexandra Romanovna (Krasnokamsk)

Shirokij, Piotr Grigorevich (Perm)

Shishkina, Emma Ivanovna (Usole)

Shliapnikova, Klara Konstantinova (Krasnokamsk)

Shmeliov, Boris Vasilevich (San Petersburgo)

Shtakelberg, Iuri Ivanovich (San Petersburgo)

Shtein, Galina Alexandrovna (Kirishi, distrito de Leningrado)

Shumatov, Alexandre Petrovich (Perm)

Shumilo, Vera Ivanovna (Norilsk)

Shumovski, Teodor Abramovich (San Petersburgo)

Shuvalova, Elena Vladimirovna (San Petersburgo)

Shvartsvald Jmiznikova, Elena Pavlovna (San Petersburgo)

Shvartsvald Jmiznikova, Konstantin Pavlovich (San Petersburgo)

Shweitser, Viktoria (Moscú)

Simonov, Alexei Kirillovich (Moscú)

Simonova, Anna Iosifovna (San Petersburgo)

Simonova, Maria Kirillovna (Moscú)

Simonova, Tatiana Petrovna (Kasnokamsk)

Sirman, Anzhelika Alexeievna (San Petersburgo)

SiuzsinNian, Boris Ivanovich (Moscú)

Skachkova, Alexandra Petrovna (Moscú)

Skachkova, Varvara Petrovna (San Petersburgo)

Skanchenko, Nadezhda Ivanovna (Moscú)

Skorobogatov, Mijail Mijailovich (Perm)

Skripnik, Marta Ivanovna (Moscú)

Slanskaia, Veronika Petrovna (San Petersburgo)

Slavina, Ida Ilinichna (Colonia, Alemania)

Smelskaia, Valentine Stepanovna (San Petersburgo)

Smirnova, Eugenia Vladimirovna (Moscú)

Soboleva, Nina Alexandrovna (Perm)

Sorokina, Ekaterina Nikolaevna (Usole)

Stepanova, Antonina Fiodorovna (Perm)

Stepantseva, Natalia Ilinichna (Perm)

Stogova, Alla Alexandrovna (Moscú)

Stogova, Liubov Ivanovna (Moscú)

Streletski, Dmitri Nikolaevich (Perm)

Streletski, Iuri Sergeievich (San Petersburgo)
Striapunin, Vasili Nikolaevich (Krasnokamsk)
Sujobaevski, Igor Iurevich (Norilsk)
Sushentseva, Liudmila Vasilevna (Perm)
Suutarinen, Jugo Ivanovich (Shemeinii, distrito de Usole)
Suvorov, Artur Mijailovich (Moscú)
Suvorova, Diana Mijailovna (Moscú)
Suvorova, Elizaveta Petrovna (Usole)
Svetlov, Iuri Valentinovich (Moscú)
Taisina, Rezeda Shamsuvalievna (Perm)
Tamanov, Boris Borisovich (Voronezh)
Tarasova, Nina Fiodorovna (Krasnokamsk)
Tell, Vilgelm Tosifovich (Moscú)
Tetiueva, Liubov Alexandrovna (Perm)
Tijanova, Valentine Alexandrovna (Moscú)
Tijantovskaia, Margarita Vasilevna (Perm)
Tijomirov, Sergei Alexandrovich (San Petersburgo)
Tijomirova, Elvina Georgievna (Perm)
Timofeieva, Zoia Andreievna (San Petersburgo)
Titorenko, Nikita Stepanovich (Voronezh)
Tokmacheva, Eugenia Ivanovna (San Petersburgo)
Torchinskaia, Elga Grigorevna (San Petersburgo)
Treimanis, Maria Alexandrovna (Norilsk)
Trofimova, Galina Eugenevna (San Petersburgo)
Tronina, Anna Ivanovna (Perm)
Tropina, Sofia Mijailovna (Kolpino)
Trubina, Tamara Konstantinovna (Perm)
Turkina, Vera Alexandravna (Perm)

Uglitskij, Ivan Ivanovich (Krasnokamsk)
Usanina, Valeria Viktorovna (Perm)
Vangengeim, Eleonora Alexeievna (Moscú)
Vasileva, Eugenia Pavlovna (San Petersburgo)
Vasileva, Tatiana Pavlovna (San Petersburgo)
Vasileva Ruzova, Tatiana Sergeievna (San Petersburgo)
Vasiltseva, Vera Ivanovna (Perm)
Veber, Nina Vasilevna (Moscú)
Veksler, Arkadi Favishevich (San Petersburgo)
Verzakova, Liudmila Nikolaevna (Krasnokamsk)
Vijrova, Alexandra Antonovna (Norilsk)
Vilenski, Nikolai Alexeievich (Moscú)
Vinogradov, Iuri Abramovich (San Petersburgo)
Violina, Lidia Mijailovna (Moscú)
Vishniakova, Angelina Dmitrevna (Perm)
Vitkevich, Maria Ivanovna (San Petersburgo)
Vittenburg, Eugenia Pavlovna (San Petersburgo)
Vlasov, Vladimir Alexandrovich (San Petersburgo)
Volinets, Viktor Flegontovich (San Petersburgo)
Volkonskaia, Elena (Cettona, Italia)
Volkov, Sergei Alexandrovich (San Petersburgo)
Volkova, Julia Mijailovna (Moscú)
Vorobiov, Alexei Mijailovich (Moscú)
Vorovski, Semion Leonidovich (Moscú)
Yefremova, Nina Alexandravna (Perm)
Yegorovna, Vera Nikolaevna (Usole)
Yelsukova, Liudmila Anatolevna (Perm)
Yevangulova, Eugenia Pavlovna (San Petersburgo)

Yevgenova, Irina Nikolaevna (San Petersburgo)

Zagurskaia, Lilia Grigorevna (Moscú)

Zagurskaia, Tamara Grigorevna (Moscú)

Zaletaeva, Augusta Pavlovna (Krasnokamsk)

Zavadskaia, Olga Sergeievna (Irkutsk)

Zelenina, Nina Ignatevna (Perm)

Zelenina, Valentina Abramovna (Romanovo, distrito de Usole)

Zeziulina, Anna Leonidovna (Perm)

Zhuravleva, Margarita Udovna (San Petersburgo)

Zimniaia, Irina Nikolaevna (Moscú)

Znamenskaia, Antonina Nikolaevna (San Petersburgo)

Zorin, Ilia Mijailovich (Romanovo, distrito de Usole)



ORLANDO FIGES (Londres, 1959) es un historiador británico.Desde 2017 nacionalizado como ciudadano alemán. Es profesor de Historia en el Birkbeck College de la Universidad de Londres.

Se graduó en la Universidad de Cambridge, donde fue profesor de Historia y miembro del Trinity College de 1984 a 1999. Sus investigaciones se refieren a muchos aspectos diferentes de la historia de Rusia, la Unión Soviética y el Este europeo. Sus principales publicaciones son sobre la historia de la revolución rusa, el régimen soviético y la historia cultural de Rusia desde 1700.

Es autor de numerosos libros sobre la historia de Rusia, como *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924 (La tragedia de un pueblo: La revolución rusa, 1891-1924),* que en 1997 recibió el Premio Wolfson, el NCR Book Award, el Premio literario WH Smith, el Longman / History Today Book Prize y el Premio Los Angeles Times; *Natasha's Dance: A Cultural History of Russia (El baile de Natacha)* (2002) fue seleccionado para el Premio Samuel Johnson y el Premio Duff

Cooper. Otro más reciente es *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia (Los que susurran)* (2007). Sus libros han sido traducidos a quince idiomas.

Es colaborador habitual de *The New York Review of Books.* Es miembro de la Royal Society of Literature desde 2003.

Notas

[1] MSP, f. 3, op. 14, d. 2,1. 31; d. 3,11. 18-19.

Advertencia: Hay dos tipos de notas en el libro: las puramente bibliográficas y las aclaratorias o ampliatorias del autor. Para distinguir éstas últimas, que creemos de mayor interés para el lector no especialista, en esta edición electrónica se ha añadido un asterisco al número cardinal de la nota. (N. del E. D.) <<

[2] He basado mis estimaciones en cifras de M. Ellman, «Soviet Repression Statistics: Some Comments», *Europe Asia Studies*, vol. 54, n.° 7 (noviembre de 2002), pp. 1.115-172. Ellman consigna una cifra de 18,75 millones de sentenciados al Gulag entre 1934 y 1953, pero muchos prisioneros Gulag cumplieron más de una sentencia durante ese período. También consigna los siguientes números para ese mismo lapso de tiempo: al menos un millón de ejecuciones, dos millones de personas en el ejército de mano de obra y otras unidades de trabajos forzados subordinados al Gulag, cinco millones de deportados de diversas nacionalidades. Según las estimaciones más serias, alrededor de diez millones de personas fueron reprimidas por considerarlas *kulaks* después de 1928. Lo que arroja un total de 36,5 millones de personas. Asumiendo que las sentencias al Gulag se repetían y están duplicadas, una cifra final de alrededor de veinticinco millones de personas no sólo es razonable, sino incluso una subestimación <<

[3] Entrevista a Elena Dombrovskaia, Moscú, enero 2003. <<

[4] MP, f. 4, op. 25, d. 2,11. 9-10. <<

[5] M. Gefter, «V predchuvstvii proshlogo», *Vek XX i mir*, n. ° 9, 1990, p. 29 <<

[6] Las colecciones personales de los archivos de ciencia, literatura y arte (como por ejemplo SPbF ARAN, RGALI, IRL, RAN) son a veces más reveladoras, aunque casi todas tienen partes cerradas en las que se encuentran los documentos más privados. Después de 1991, algunos de los archivos exsoviéticos incorporaron colecciones personales donadas por familias comunes (por ejemplo, TsMAMLS, que contiene un amplio espectro de documentos privados pertenecientes a moscovitas). <<

[7] Véase, p. e., V. Kaverin, *Epilog: Memuary* (Moscú, 1989); K. Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia* (Moscú, 1990). <<

[8] La literatura es copiosa, véase, p. e., A. Barmine, *One Who Survived* (Nueva York, 1945); V. Kravchenko, *I Chose Freedom: The Personal and Political Life of a Soviet Official* (Londres, 1947); A. Gorbatov, *Years off My Life* (Londres, 1964); N. Kaminskaya, *Final Judgment: My Life as a Soviet Defence Attorney* (Nueva York, 1982); N. Mandelstam, *Hope Against Hope* (Londres, 1989); del mismo autor, *Hope Abandoned* (Londres, 1990); E. Ginzburg, *Journey into the Whirlwind* (Nueva York, 1967); del mismo autor, *Within the Whirlwind* (Nueva York, 1981); L. Bogoraz, «Iz vospominanii», *Minuvshee*, vol. 2 (Paris, 1986); L. Kopelev, *No Jail for Thought* (Londres, 1979); del mismo autor, *The Education of a True Believer* (Londres, 1980); T. Aksakova-Sivers, *Semeinaia jronika*, 2 vols. (Paris, 1988); Mijail Baitalski, *Notebooks for the Grandchildren: Recollections of a Trotskyist Who Survived the Stalin Terror* (Nueva Jersey,

1995). <<

[9] A. Krilova, «The Tenacious Liberal Subject in Soviet Studies», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 1, n.° 1 (invierno, 2000), pp. 119-146. <<

[10] También en este caso la literatura es abundante, pero entre los títulos más interesantes se encuentran: O. Adamova-Sliuzberg, *Put’* (Moscú, 1993); A. Raikin, *Vospo- minaniia* (San Petersburgo, 1993); I. Diakonov, *Kniga vospominanii* (San Petersburgo, 1995); Iu. Liuba, *Vospominaniia* (San Petersburgo, 1998); I. Shijeeva-Gaister, *Semeinaia jronika tremen kuVta lichnosti (1925-1953 bgg.)* (Moscú, 1998); I. Dudareva, *Proshloe vsegda s nami: vospominaniia* (San Petersburgo, 1998); E. Evangulova, *Krestnyi put’* (San Petersburgo, 2000; *K. Atarova*, Vcherashnyi den’: vokrug sem’i Atarovyj-Dal’tsevyj: vospominaniia (*Moscú, 2001); L. El’iashova*, My ujodim, my ostaemsia. Kniga 1: Dedy, ottsy (*San Petersburgo,2000*; N. Iudkovski, *Rekviem dvum semeistvam: vospominaniia* (Moscú, 2002); E. Vlasova, *Domashnyi al’bom: vospominaniia* (Moscú, 2002); P. Kodzaev, *Vospominaniia reabilitirovannogo spetspereselentsa* (Vladikavkaz, 2002); E. Liusin, *Pis’mo-vospominaniia o prozhityj godaj* (Kaluga, 2002); A. Bovin, XX *vek kak zhizv’: vospominaniia* (Moscú, 2003). Véase también: I. Paperno, «Personal Accounts of the Soviet Experience», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 3, n.° 4 (otoño, 2002), pp. 577-610. <<

[11] *Véase, p. e., S. Fitzpatrick*, Stalin’s Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village After Collectivization (*Nueva York, 1994); S. Davies*, Popular Opinion in Stalin’s Russia: Terror, Propaganda and Dissent, Í934-Í94Í (*Cambridge, 1997); S. Kotkin*, Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization (*Berkeley, 1997)*. <<

[12] Véase, p. e., N. Kosterina, *Dnevnik* (Moscú, 1964); O. Berggol'ts, «Bezumstvo predannosti: iz dnevnikov Ol'gi Berggol'ts', *Vremia i my*, 1980, n.° 57, pp. 270-285; A. Mar'ian, *Gody moi, kak soldaty: dnevnik sel'skogo aktivista, 1925-1953 gg.* (Kishinev, 1987); M. Prishvin, *Dnevniki* (Moscú, 1990); E. Bulgakova, *Dnevnik Eleny Bulgakovoi* (Moscú, 1990); N. Vishniakova, *Dnevnik Niny Vishniakovoi* (Sverdlovsk, 1990). <<

[13] Véase, p. e., V. Vernadskii, «Dnevnik 1938 goda», *Druzhba narodov*, n.° 2, 1992, pp. 219-239; n.° 3, pp. 241-269; del mismo autor, «Dnevnik 1939 goda», *Druzhba narodov*, 1993, n.° 11/12, pp. 3-41; A. Solov'ev, *Tetradi krasnogo professora (1912-1941 gg.), Neizvestnaia Rossiia. XX vek*, vol. 4 (Moscú, 1993), pp. 140-228; «"Ischez chelovek i net ego, kuda devalsia nikto ne znaet": iz konfiskovannogo dnevnika», *Istochnik*, n.° 4, 1993, pp. 46-62; *Golgofa. Po materialam arjivno-sledstvennogo déla n.° 603 na Sokolovu-Piatnitskuiu Iu. I.*, ed. V. 1. Piatnitski (San Petersburgo, 1993); A. Afinogenov, «Dnevnik 1937 goda», *Sovremennaia dramaturgiia*, n.° 1, 1993, pp. 219-233; n.° *2*, pp. 223-241; n.° 3, pp. 217- 239; K. Chukovski, *Dnevnik 1930-1969* (Moscú, 1994); M. Prishvin, «"Zhizn' stala vese- lei…": iz dnevnika 1936 goda», *Oktiabr'*, n.° 10, 1993, pp. 3-21; mismo autor, 'Dnevnik 1937 goda', *Oktiabr'*, 1994, n.° II, pp. 144-171; n.° 9, 1995, pp. 155-171; M. Prishvin and V. Prishvin, *My s toboi: dnevnik liubvi* (Moscú, 1996); A. Kopenin, «Zapiski nesumashedshego: iz dnevnika sel'skogo uchitelia», *Rodina*, n.° 2, 1996, pp. 17-29; *Dnevnye zapiski ust'kulomskogo krest'ianina I. S. Rassujaeva (1902-1953)* (Moscú, 1997); M. Krotova, *Bavykinskii dnevnik: vospominaniia shkol'nogo pedagoga* (Moscú, 1998); A. Tsember, *Dnevnik* (Moscú, 1997); V. Sitnikov, *Perezhitoe: dnevnik saratovskogo obyvatelia 1918-1931 gg.* (Moscú, 1999); E. Filipovich, *Ot sovetskoi pionerki do*

cheloveka-pensionerki: moi dnevniki (Podol'sk, 2000); A. Man'kov, *Dnevniki tridtsatyjgodov* (San Petersburgo, 2001); Iu. Nagibin, *Dnevnik* (Moscú, 200 1); N. Lugovskaia, *I Want to Live: The Diary of a Soviet Schoolgirl 1932-1937* (Moscú, 2003); M. Shirshova, *Zabytyi dnevnik poliarnogo biologa* (Moscú, 2003). Fragmentos de diez diarios publicados en traducción por V. Garros, N. Kore- nevskaia y T. Lahusen, editores, *Intimacy and Terror: Soviet Diaries of the 1930's* (Nueva York, 1995) <<

[14] Jochen Hellbeck es un historiador pionero de los estudios de diarios soviéticos de la década de 1930, en especial del diario de Stepan Podlubny, reproducido en *Tagebuch aus Moskau, 1931-1939*, J. Hellbeck ed., (Munich, 1996). Véase también la reflexión de Hellbeck sobre cuatro diarios soviéticos de la década de 1930 en *Revolution on My Mind: Writing a Diary Under Stalin* (Cambridge, 2006). El controvertido punto de vista de Hellbeck es que, durante la década de 1930, los ciudadanos soviéticos pensaban con categorías soviéticas porque carecían de alternativas conceptuales, y que a través de sus diarios trataron de convertirse en esa Nueva Persona Soviética, expurgando de su personalidad todos los elementos no-soviéticos (algo que experimentaban como una «crisis del ser»). Véase además: J. Hellbeck, «Self Realization in the Stalinist System: Two Soviet Diaries of the 1930's», en M. Hildermeier (ed.), *Stalinismus vor dem Zweiten Weltkrieg: neue Wege der Forschung* (Múnic, 1998), pp. 275-290. La opinión de Hellbeck ha recibido numerosas críticas, en especial por parte de A. Etkind, en «Soviet Subjectivity: Torture for the Sake of Salvation?», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 6, n.° 1 (invierno de 2005), pp. 171-186; y de S. Boym en «Analiz praktiki sub'ektivizatsii v rannesta- linskom obshchestve», *Ab Imperio*, n.° 3, 2002, pp. 209-418. <<

[15] Véase, p. e., J. Hellbeck, «Fashioning the Stalinist Soul: The Diary of Stepan Podlubnyi (1931-1939)», *Jahrbacberfur Geschichte Osteuropas*, 44 (1996), pp. 344-373; I. Halfin y J. Hellbeck, «Rethinking the Stalinist Subject: Stephen Kotkin's «Magnetic Mountain» and the State of Soviet Historical Studies», *Jahrbiicber fur Geschichte Osteuropas*, 44 (1996), pp. 456-463; I. Halfin, *Terror in My Soul: Communist Autobiographies on Trial* (Cambridge, 2003); C. Kaier y E. Naiman (eds.), *Everyday Life in Early Soviet Russia: Taking the Revolution Inside* (Bloomington, 2006). <<

[16] Este es el principal argumento de Hellbeck (véanse las referencias a sus trabajos en las notas anteriores). <<

[17] MP, f. 4, op. 18, d. 2,11. 49-50. <<

[18] En particular, véanse los dos libros de Catherine Merridale, *Night of Stone: Death and Memory in Russia* (Londres, 2000) e *Ivan's War: The Red Army 1939-1945* (Londres, 2005), ambos basados parcialmente en sus entrevistas. <<

[19] *Véase, p. e.*, Golos krest'ian: Sel'skaia Rossiia XX veka v krest'ianskij memuaraj (*Moscú, 1996*); Sud'ba liudei: Rossiia xx vek. Biografii semei kak ob'ekt sotsiologicheskogo issledovaniia (*Moscú, 1996); D. Bertaux, P. Thompson y A. Rotkirch (eds.)*, On Living through Soviet Russia (*Londres, 2004); V. Skultans*, The Testimony of Lives: Narrative and Memory in Post-Soviet Latvia (*Londres, 1998); A. Shtemshis*, Soviet and Kosher: Jewish Popular Culture in the Soviet Union, 1923-1939 (*Bloomington, 2006). Son muchos los libros basados en entrevistas, entre ellos los más destacados son: N. Adler*, Beyond the Soviet System: The Gulag Survivor (*New Brunswick, 2002); A. Applebaum*, Gulag: A History of the Soviet Camps (*Londres, 2003).* <<

[20] La primera historia oral de envergadura fue el Proyecto

sobre el Sistema Social Soviético de Harvard (329 entrevistas a soviéticos refugiados en Europa y Estados Unidos, llevadas a cabo entre 1950-1951). La mayor parte de los entrevistados había dejado la Unión Soviética entre 1943 y 1946, y sus opiniones, muy teñidas por la experiencia de su vida posterior en Occidente, son ostensiblemente antisoviéticas, y no son representativas de la opinión del conjunto de la población rusa. Sin embargo, el proyecto dio como resultado la publicación de diversos libros sociológicos que influyeron en la opinión occidental sobre la vida cotidiana en la Unión Soviética durante la Guerra Fría: R. Bauer, A hilóles y C. Klujohn, *How the Soviet System Works: Cultural, Psychological and Cultural Themes* (Cambridge, 1957); J. Berliner, *Factory and Manager in the USSR* (Cambridge, 1958); M. Field, *Doctor and Patient in Soviet Russia* (Cambridge, 1958); y A. Inkeles y R. Bauer. *The Soviet Citizen: Daily Life in a Totalitarian Society* (Cambridge, 1959), abocado especial mente al estudio «[d] el impacto de la sociedad soviética sobre el individuo y cómo éste se ajusta al patrón de funcionamiento de la vida soviética» (p. 3). A principios de la década de 1980, se iniciaron otros proyectos de menor escala de historia oral desde un punto de vista sociológico, en especial por Daniel Bertaux y Paul Thompson (publicados en *Sud'ba liudei* y *On Living Through Soviet Russia*) y por la Escuela de Ciencias Sociales y Económi cas de Moscú (publicados en *Golos krest'iari*). La Memorial Society (http://www.memo.ru) está a la cabeza de la historia oral del Gulag, aunque por supuesto la primera gran historia oral sobre el tema fueron los tres volúmenes de *Archipiélago Gulag* (Londres, 1974-1978), de Aleksandr Solzhenitsin, basado sobre todo en el testimonio de sobrevivientes de los cam pos de trabajo. [Hay traducción al español de Josep Güell i Socias y Enrique Fernández Vernet, Barcelona, Tusquets, 3 vols.,

2005-2007. <<

[21] Casi todos los archivos fueron reunidos por el autor en colaboración con la Sociedad Conmemorativa, una asociación de derechos humanos e histórica organizada a fines de la década de 1980 con el propósito de representar y conmemorar a las víctimas de la represión soviética. Casi todos estos documentos, alojados en los archivos de la Sociedad Conmemorativa de San Petersburgo (MSP), Moscú (MM) y Perm (MP), están además disponibles en Internet (http://www.orlandofiges.com), junto con las transcripciones y fragmentos de audio de las entrevistas. Parte del material está disponible en inglés. Para más detalles sobre el proyecto de investigación relacionado con este libro, véanse el epílogo y los agradecimientos de este volumen. <<

[22] La Zona de Residencia, o de Asentamiento, fue creada por Catalina la Grande en 1791 para limitar la dispersión de los judíos en Rusia; con esta medida, se pretendía evitar su establecimiento dentro del territorio, y restringir sus asentamientos en pequeños pueblos rurales, con el fin de mantenerlos alejados de las grandes ciudades. Fue abolida en 1917. (*N. de T.*) <<

[23] RGALI, f. 3.084, op. 1, d. 1.389,1. 17; f. 2.804, op. 1, d. 45. <<

[24] E. Drabkina, *Chernye sujari* (Moscú, 1975), pp. 82-83. <<

[25] S. Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar* (Londres, 2003), p. 61. <<

[26] El Gobierno Provisional fue formado por liberales y socialistas moderados para encaminar al país hacia la finalización de la Primera Guerra Mundial y hacia la elección democrática de una Asamblea Constituyente. Sin embargo, su autoridad política muy pronto se derrumbó cuando los obreros, campesinos y soldados constituyeron sus propios comités revolucionarios populares, especialmente el de los Soviets, para llevar a cabo una revolución social. Fue en nombre de los Soviets que los bolcheviques de Lenin asumieron el poder en octubre de 1917. Los bolcheviques, unos 350.000 en la víspera de su insurrección, representaban el brazo revolucionario del Partido Social—Demócra— ta (marxista), cuya ala moderada, los mencheviques, apoyaban al Gobierno Provisional. En marzo de 1918, los bolcheviques se rebautizaron atribuyéndose el nombre de Partido Comunista Ruso. <<

[27] RGALI, f. 2.804, op. 1, d. 22, 1. 4; f. 3.084, op. 1, d. 1.389, 1. 3; Drabkina, *Chernye sujari*, pp. 23-39; N. Burenin, *Pamiatnyegody: vosporninaniia* (Leningrado,1961), pp. 150-151. <<

[28] Hubo muchos ejemplos, como el de Alexandr Fadeiev (el padre del futuro escritor), que dejó a su esposa y tres hijos para dedicarse a la «causa del pueblo» en 1905, o Liuba Radchenko, que dejó a su esposo y a dos hijas pequeñas porque, tal como consignó en su diario, «era el deber de una verdadera revolucionaria no estar atada a una familia»

(RGAE, f. 9455, op. 3, d. 14,1., 56). <<

[29] Partiinaia etika: dokumenty i materialy diskussii dvadtsatyj godov (*Moscú, 1989), p. 16; M. Gorki*, Untimely Thoughts: Essays on Revolution, Culture and the Bolsheviks, 1917- 1918 (*Londres, 1970), p. 7.* <<

[30] Citado en E. Naiman, *Sex in Public: The Incarnation of Early Soviet Ideology* (Princeton, 1997), pp. 91-92 <<

[31] RGALI, f. 2.804, op. 1, dd. 22, 40, 1.389; V. Erashov, *Kak molniia v nochi* (Moscú, 1988), p. 344. <<

[32] O. Figes, *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924* (Londres, 1996 [hay trad. esp. de César Vidal, Barcelona, Edhasa, 2001]), pp. 752-768. <<

[33] J. Stalin, *Sochineniia*, 13 vols. (Moscú, 1946-1955), vol. 6, p. 2.48. <<

[34] K. Geiger, *The Family in Soviet Russia* (Cambridge, 1968), p. 61. <<

[35] *L. Kirschenbaum*, Small Comrades: Revolutionizing Childhood in Soviet Russia, 1917-1932. (*Nueva York, 2001), p. 48.* <<

[36] O. Maitich, «Utopia in Daily Life», en J. Bowlt y O. Maitich (eds.), *Laboratory of Dreams: The Russian Avantgarde and Cultural Experiment* (Stanford, 1996), pp. 656; V. Buchli, *An Archaeology of Socialism* (Oxford, 1999), pp. 65-68. <<

[37] *W. Goldman*, Women, the State and Revolution: Soviet Family Policy and Social Life, 1917-1936 (*Cambridge, 1993), p. 107; N. I china*, Povsednevnaia zhizn' sovetskogogoroda: tiormy i anomalii, 1920-1930 gody (*San Petersburgo, 1999), p. 272.* <<

[38] I. Halfin, «Intimacy in an Ideological Key: The Communist Case of the 1929's and 1930's», en *Language and*

Revolution: Making Modern Political Identities (Londres, 2002), pp. 118-178, del mismo autor. <<

[39] *L. Trotski*, Problems of Everyday Life: Creating the Foundations of a New Society in Revolutionary Russia (*Londres, 1973), p. 72; A. Inkeles y R. Bauer*, The Soviet Citizen: Daily Life in a Totalitarian Society (*Cambridge, 1959), p. 205.* <<

[40] *Trotski*, Problems of Everyday Life, *p. 48.* <<

[41] En honor a Marx y Engels, uno de los numerosos nombres soviéticos creados a partir de los anales de la Revolución después de 1917. Otros nombres «soviéticos» comunes incluían a Vladlen (Vla— dimir Lenin), Engelina, Ninel, Marlen (por Marx y Lenin) y Melor (por Marx, Engels, Lenin y la Revolución de Octubre). <<

[42] MSP, f. 3, op. 16, d. 2,11. 2, 7, 46-62. <<

[43] Véase O. Figes, *Natasha's Dance: A Cultural History of Russia* (Londres, 2002 [hay trad. esp. de Eduardo Hojman, Barcelona, Edhasa, 2006]), pp. 119-130. <<

[44] MSP, f. 3, op. 18, d. 2,11. 24, 26. <<

[45] MSP, f. 3 op. 12, d. 2,1. 15. <<

[46] E. Bonner, *Mothers and Daughters* (Londres, 1991), pp. 40, 46, 61-62, 101. <<

[47] Buchli, *An Archaeology of Socialism,* p. 131. <<

[48] El líder del Ejército Blanco, en el sur de Rusia, durante la Guerra Civil. <<

[49] V. Maiakovski, *Polnoe sobranie sochinenii*, 13 vols. (Moscú, 1955-1961), vol. 2, pp. 74-75. <<

[50] V. Maiakovski, *Polnoe sobranie sochinenii*, 13 vols. (Moscú, 1955-1961), vol. 2, pp. 74-75. <<

[51] W. Rosenberg (ed.), *Bolshevik Visions: First Phase of the*

Cultural Revolution in Soviet Russia, 2 vols. (Ann Arbor, 1990), vol. 1, p. 37 (la traducción ha sido levemente alterada para facilitar la comprensión). <<

[52] MM, f. 1, op. 1, dd. 167, 169; f. 12, op. 27, d. 2,11. 47-54. <<

[53] MSP, f. 3, op. 47, d. 2,11. 32-3, 59-64; d. 3,11. 16; L. El'iashova, *My ujodim, my ostaemsia. Kniga I: Dedy, ottsy* (San Petersburgo, 2001), pp. 191-194. <<

[54] OR RNB, f. 1.156, d. 597,11. 3, 14; IISH, Voitinski, n.° II (caja 3, archivo 5/b); VOFA, A. Levidova, «Vospominaniia», ms., p. II; entrevista a Ada Levidova, San Petersburgo, mayo de 2004. <<

[55] OR RNB, f. 1.156, d. 576, 11. 4, 12-19; d. 577, 1. I; d. 597, 1. 51; VOFA, A. Levidova, «Vospominaniia», ms., p. 12. <<

[56] *V. Zenzinov*, Deserted: The Story of the Children Abandoned in Soviet Russia (*Londres, 1931), 27* <<

[57] A. Lunacharski, O *narodnom obrazovanii* (Moscú, 1948), p. 445. <<

[58] E. M. Balashov, *Shkola v rossiiskom obshchestve 1917-1927 gg. Stanovlenie «novo- go cheloveka»* (San Petersburgo, 2003), p. 33; J. Ceton, *School en kind in Sowjet Rusland* (Amsterdam, 1921), p. 3. Sobre el trabajo y el juego en guarderías, véase L. Kirschenbaum, *Small Comrades: Revolutionizing Childhood in Soviet Russia, Í9Í7-1932* (Nueva York, 2001), pp. 120-123. <<

[59] MP, f. 4, op. 18, d. 2,11. 1-2; RGAE, f. 9.455, op. 2, d. 154; L. Holmes, «Part of History: The Oral Record and Moscú's Model School n.° 25, 1931-1937», *Slavic Review*, 56 (verano de 1997), pp. 281-283; S. Fitzpatrick, *Education and Social Mobility in the Soviet Union* 1921-1934 (Cambridge, 1979), p. 27; SFA, I. Slavina, «Tonen'kii nerv istorii', ms., p. 16

<<

[60] RGAE, f. 9.455 op. 2 d. 30, 11. 241-156; d. 51, 11. 113-114; d. 154, 11. 47-48. <<

[61] RGAE, £ 9.455, op. 2, d. 154, 1. 397; d. 155, 11. 5, 8, 9, 15; d. 156, 11. 11-12, 171; d.157,11. 98-103. <<

[62] RGAE, £ 9.455, op. 2, d. 154, 1. 397; d. 155, 11. 5, 8, 9, 15; d. 156, 11. 11-12, 171; d.157,11. 98-103. <<

[63] A. Mar'ian, *Gody moi, kak soldaty: dnevnik seVskogo aktivista, Í925-Í953 gg.* (Kishinev, 1987), p. 17; E. Liusin, *Pis'mo-vospominaniia o prozhityjgodaj* (Kaluga, 2002), pp. 18-19. Véase más en C. Kelly, «Byt, Identity and Everyday Life», en S. Franklin y E. Widdis (eds.*), National Identity in Russian Culture: An Introduction* (Cambridge, 2004), pp. 157-167. <<

[64] *Balashov*, Shkola v rossiiskom obshchestve, *p. 137.* <<

[65] MSP, f. 3, op. 37, d. 2,11. 89; op. 14, d. 3,11. 246; MP, f. 4, op. 24, d. 2,11. 412; op. 3, d. 2,1. 24; V. Frid, *58i/2; zapiski lagernogo pridurka* (Moscú, 1996), p. 89. <<

[66] MSP, f. 3, op. 8, d. 2,11. 1, 7; MP, f. 4, op. 9, d. 2,11. 11-12. <<

[67] C. Kelly, «Shaping the "Future Race": Regulating the Daily Life of Children in Early Soviet Russia», en C. Kaier y E. Naiman (eds.), *Everyday Life in* Early *Soviet Russia: Taking the Revolution Inside* (Bloomington, 2006), p. 262; Rosenberg, *Bolshevik Visions*, vol. 2, p. 86; MP, f. 4, op. 24, d. 2,1. 43. <<

[68] *Subbotniki*: las campañas laborales de los sábados fueron introducidas durante la Guerra Civil. Estudiantes, trabajadores y otros ciudadanos eran coaccionados a ofrecerse como «voluntarios» para tareas manuales, como recoger la basura de las calles. Pronto se convirtieron en una característica permanente del estilo de vida soviético: no sólo días, sino semanas enteras, se disponía que la población debía

trabajar sin ninguna paga. <<

[69] Entrevista a Vasili Romashkin, Norilsk, julio de 2004. <<

[70] Entrevista a Ida Slavina, Colonia, junio de 2003. <<

[71] MSP, f. 3, op. 17, d. 2,1. 8. <<

[72] *P. Kenez*, The Birth of the Propaganda State: Soviet Methods of Mass Mobilization, Í9Í7-Í929 (*Cambridge, 1985), pp. 168-169.* <<

[73] N. Vishniakova, *Dnevnik Niny Vishniakovy* (Sverdlovsk, 1990), pp. 28-29. <<

[74] E. Dolmatovski, *Bylo: zapiski poeta* (Moscú, 1982), pp. 22-23. <<

[75] V. Pirozhkova, *Poteriannoepokolenie* (San Petersburgo, 1998), pp. 46-47. <<

[76] Entrevista a Vasili Romashkin, Norilsk, julio 2004; D. Hoffman, *Stalinist Values: The Cultural Norms of Stalinist Modernity* (Cornell, 2003), pp. 121-122. <<

[77] M. Baitalski, *Notebooks for the Grandchildren: Recollections of a Trotskyist Who Survived the Stalin Terror* (Nueva Jersey, 1995), pp. 56, 68, 71 (la traducción ha sido levemente alterada para facilitar la comprensión). <<

[78] Lebina, *Povsednevnaia zhizn'*, p. 274. <<

[79] Baitalski, *Notebooks for the Grandchildren*, pp. 94-96, 161-162. <<

[80] Stalin, *Sochineniia*, vol. 6, p. 46; *Partiinaia etika*, p. 287. <<

[81] *M. Rubinshtein*, SotsiaVno-pravorrye predstavleniia i samoupravleniia u detei (*Moscú, 1925), pp. 69-70.* <<

[82] Partiinaia etika, *p. 329.* <<

[83] O. Jajordin, *The Collective and the Individual in Russia:*

A Study of Practices (Berkeley, 1999), pp. 35-74, 212-228. De la misma manera, la «conciencia proletaria» exigía una prueba de conciencia (compromiso ideológico con la causa del Partido); no bastaba con haber nacido en el seno de una familia proletaria, pues muchos de los nacidos entre la clase obrera habían desarrollado una mentalidad «pequeñoburguesa». <<

[84] L. Schapiro, *The Communist Party of the Soviet Union* (Londres, 1970), p. 385. <<

[85] Véase más en I. Halfin, «From Darkness to Light: Student Communist Autobiography During NEP»,*Jahrbiicherfur Geschichte Osteuropas*, 45 (1997), pp. 210-236; mismo autor, *Terror in My Soul: Communist Autobiographies on Trial* (Cambridge, 2003). <<

[86] *Jajordin, The* Collective and *the* Individual in Russia, *pp. 123-125.* <<

[87] V. Kozlov, «Denunciation and Its Functions in Soviet Governance: A Study of Denunciations and Their Bureaucratic Handling from Soviet Police Archives, 1944-1953», *Journal of Modern History*, 68 (diciembre de 1996), p. 867; C. Hooper, «Terror from Within: Participation and Coercion in Soviet Power, 1924-1964» (tesis doctoral, Universidad de Princeton 2003), p. 13. <<

[88] XIVs’ezd VKP(b): stenograficheskii otchet (*Moscú, 1926), p. 600.* <<

[89] Ibid., p. 615. <<

[90] *Bonner*, Mothers and Daughters, op. cit., *p. 148.* <<

[91] Partiinaia etika, *p. 329.* <<

[92] Entrevista a Elena Dombrovskaia, Moscú, enero 2003. <<

[93] Los Revolucionarios Socialistas (RS) eran el mayor

partido político de Rusia en 1917. (‘on el apo yo del campesinado, tenían mayoría en la Asamblea Constituyente, que fue clausurada por los bol cheviques en enero de 1918. <<

[94] MSP, f. 3, op. 48, d. 2,11. 1, 23, 32-34. <<

[95] MSP, f. 3, op. 42, d. 2,11. 5-6. <<

[96] MP, f. 4, op. 9, d. 1,11. 48; d. 2,1. 13. <<

[97] Eran *lishenti* (que significa literalmente «desposeídos»), una categoría de gente, perteneciente en general a la antigua intelectualidad, a la pequeña burguesía y al clero, privada de derechos civiles y electorales. Durante la década de 1920, los *lishenti* fueron sometidos a un nivel cada vez mayor de discriminación por parte de los bolcheviques, quienes negaron a muchas familias el acceso a las escuelas soviéticas y a la vivienda estatal, privándolas también de tarjetas de racionamiento. <<

[98] MP, f. 4, op. 12, d. 2,1. 7. <<

[99] *Bonner*, Mothers and Daughters, op. cit., *p. 17.* <<

[100] V.Semenova, «Babushki: semeinye i sotsial’nye funktsii praroditel’skogo pokoleniia», en *Sud’ba liudei: Rossiia xx vek. Biografii semei kak ob’ekt sotsiologicheskogo issledov niia* (Moscú, 1996), pp. 326-354. <<

[101] *Cómo se templó el acero* (1932—1934), la novela de Nikolai Ostrovski sobre el establecimiento del poder soviético y la heroica vida de un activista del Komsomol, Pavel Korchagin, que inspiró a muchos niños soviéticos durante las décadas de 1930 y 1940. <<

[102] Bonner, *Mothers and Daughters, op. cit.*, pp. 14, 15, 16, 27, 40, 78, 145; entrevista a Elena Bonner, Boston, noviembre de 2006. <<

[103] Elena Volkonskaia, que creció en Roma, donde había nacido en 1924, recuerda que su madre empleaba la misma

expresión. Nacida en 1893, la madre de Elena era hija de Piotr Stolipin, primer ministro de Rusia entre 1906 y 1911, y otro graduado más del Instituto Smolny (entrevista con Elena Volkonskaia, Cetona, julio de 2006). <<

[104] GFA, O. Golovnia, «Predislovie k pis'mam», ms., p. 20; entrevista a Eugenia Golovnia, Moscú, noviembre de 2004. <<

[105] Entrevista a Vladimir Fomin, San Petersburgo, septiembre de 2003. <<

[106] Entrevista a Eugenia Yevangulova, San Petersburgo, marzo de 2004; E. P. Evangulova, *Krestnyi put'* (San Petersburgo, 2000), pp. 7-9, 36; RGAE, f. 5.208, op. 1, d. 28. <<

[107] Entrevista a Boris Gavrilov, San Petersburgo, junio de 2003. <<

[108] «Obydennyi NEP (Sochineniia i pis'ma shkol'nikov 20-x godov)», en *Neizvestnaia Ross xx vek*, vol. 3 (Moscú, 1993), pp. 285-287; HP, 59 A, vol. 5, p. 25; Inkeles y Bauer, *The Soviet Citizen, op. cit.*, p. 216. Véase también, S. Tchouikina, «The «Old» and «New» Intelligentsia and the Soviet State», en T. Vihavainen (ed.), *The Soviet Union: A Popular State*? (San Petersburgo, 2003), pp. 99-100. <<

[109] Inkeles y Bauer, *The Soviet Citizen, op. cit.*, p. 223; MSP, f. 3, op. 52, d. 2,1. 19. <<

[110] E. Olitskaia, *Moi vospominaniia*, 2 vols. (Frankfurt, 1971), vol. 2, p. 56; MP, f. 4, op. 8 d. 2, 1. 6. Véase también, MM, f. 12, op. 31, d. 2,11. 1-2; MSP, f. 3, op. 53, d. 11-12; f. 3, op. 8, d. 2,11. 1-7. <<

[111] *Partiinaia etika*, p. 437; Liusin, *Pis'mo*, p. 11; MP, f. 4, op. 32, d. 4, 1. 7. <<

[112] Bonner, *Mothers and Daughters, op. cit.*, pp. 41, 138-139, 200-202. <<

[113] Los Antiguos Creyentes seguían los rituales rusos ortodoxos observados antes de las reformas de la iglesia de la década de 1650, que los modificó para acercarlos a los rituales que prevalecían en la liturgia ortodoxa griega. <<

[114] MSP, f. 3, op. 16, d. 2,11. 3-4, 7. <<

[115] MSP, f. 3, op. 37, d. 2, 11. 13-15; I. Shijeeva-Gaister, *Semeinaia jronika vremen kul'ta lichnosti: 1925-1953* (Moscú, 1998), pp. 5-6. <<

[116] *V. Danilov*, Sovetskaia dokoljoznaia derevnia: naselenie, zemlepol'zovanie, joziaistvo (*Moscú, 1977), p. 31.* <<

[117] MSP, f. 3, op. 14, d. 3,11. 34-35. <<

[118] *Sobre la revolución campesina, véase O. Figes*, Peasant Russia, Cavil War: the Volga Countryside in Revolution, 1917-1921 (*Oxford, 1989).* <<

[119] MSP, f. 3, op. 14, d. 3,11. 8, 104; G. Dobronozhenko, *Kollektivizatsiia na Severe, 1929-1932* (Syktyvkar, 1994), pp. 27-28. <<

[120] MSP, f. 3, op. 14, d. 3,11. 7-8. <<

[121] MSP, f. 3, op. 14, d. 2,11. 18, 69. <<

[122] El gobierno alentaba a la gente a incinerar a sus muertos en ceremonias seculares soviéticas, proporcionando cremaciones estatales gratuitas, pero según uno de los funcionarios de la funeraria a principios de la década de 1920, «los rusos todavía son o bien demasiado religiosos o demasiados supersticiosos para deshacerse de las tradiciones funerarias ortodoxas» (GARF, f. 4390, op. 12, d. 40,1. 24). <<

[123] MSP, f. 3, op. 2, d. 2,11. 20, 43-45. <<

[124] VFA, E. Vittenburg, 'Pamiati P. V. Vittenburga', ms., p. 4; entrevistas a Eugenia Vittenburg, San Petersburgo, agosto de 2003, septiembre de 2004; E. Vittenburg, *Vbernia poliarnyj*

stran (San Petersburgo, 2002), pp. 44-74. <<

[125] RGALI, f. 1814, op. 9, d. 351, 1. 3; entrevista a Alexei Simonov, Moscú, noviembre de 2003. <<

[126] Lo bautizaron Kirill y lo llamaron así durante toda su vida, pero cuando inició su carrera literaria, en la década de 1930, se cambió el nombre por el de Konstantin, porque no podía pronunciar bien las «r». Para evitar confusiones, lo llamaremos Konstantin de ahora en adelante. <<

[127] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 360; op. 9, d. 2.613,11. 3, 13 <<

[128] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 2.698, 1. 1. <<

[129] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 360,1. 31. <<

[130] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 353,1. 38; d. 337,1.7. <<

[131] RGALI, f. 1.814, op. 10 d. 339,1. 11; op. 9, d. 1.534,1. 31. <<

[132] RGALI, f. 1.814, op. 6, d. 70,1. 103; d. 170,1. 17; op. 9, d. 2.613,1. 13; dd. <<

[133] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 1.533, 1. 18; d. 24, 1. 116; d. 25, 11. 6, 17, 26; d. 1.010,11. 9-10; Simonov, *Segodnia i davno,* op. cit., p. 66. <<

[134] K. Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia* (Moscú, 1990), pp. 25-26. <<

[135] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 25,1. 12; d. 1.010,11. 1.619; op. 10, d. 339,1. 11. <<

[136] Fania y Iakov fueron a la Universidad de Iurev (Tartu) en Estonia, una de las pocas universidades del imperio que admitía a judíos antes de 1917. <<

[137] SLFA, M. Laskin, «Vospominaniia», ms., p. 2. <<

[138] SLFA, «Lichnyi listok po uchety kadrov» (Samuil Laskin); entrevistas a Fania Laskina, Moscú, noviembre de

2003, marzo de 2005. <<

[139] A. Ball, Russia's Last Capitalists: The NEPmen 1921-1929 (Berkeley, 1987), p. 39. <<

[140] Entrevistas a Fania Laskina, Moscú, y junio, noviembre de 2003, febrero y julio de 2004; entrevistas a Alexei Simonov, Moscú, noviembre de 2003; SLFA, M. Laskin, «Vospominaniia», ms., pp. 20, 21, 29. <<

[141] *Y. Slezkine*, The Jewish Century (*Berkeley, 2005), p. 217*; Vsesoiuznaia perepis' naseleniia. 1937g. Kratkie itogi (*Moscú, 1991), p. 90.* <<

[142] *A. Shternshis*, Soviet and Kosher: Jewish Popular Culture in the Soviet Union, *1923- 1939 (Bloomington, 2006), pp. 35-43; J. Veidlinger*, The Moscow State Yiddish Theatre: Jewish Culture on the Soviet Stage (*Bloomington, 2000).* <<

[143] Entrevistas a Fania Laskina, Moscú, junio y noviembre de 2003; entrevista a Alexei Simonov, Moscú, noviembre de 2003; SLFA, M. Laskin, «Vospominaniia», p. 119. <<

[144] Entrevista a Rebekka (Rita) Kogan, San Petersburgo, mayo de 2003. <<

[145] Los judíos estaban autorizados a vivir fuera de la Zona de Residencia si eran mercaderes del primer gremio, artesanos excepcionalmente talentosos, estudiantes universitarios o farmacéuticos calificados. <<

[146] I. Slavin, *Protsess v Novikaj* (Vitebsk, 1920). <<

[147] SFA, I. Slavina, «Tonen'kii ncrv istorii», ins., p. Il; entrevista a Ida Slavina, Colonia, octubre de 2003. <<

[148] Entrevista a Fania Laskina, Moscú, marzo de 2005. <<

[149] A. Barmine, *One Who Survived: The Life Story of a Russian Under the Soviets* (Nueva York, 1945), pp. 124-125; H. Kuromiya, *Stalin's Industrial Revolution: Politics and Workers, 1928-1932* (Cambridge, 1988), p. 110; RGAE, f.

9.455, op. 2, d. 157,1. 183. <<

[150] V. Danilov, «Vvedenie: sovetskaia derevnia v gody “Bol’shogo terrora”», in *Tragediia sovetskoi derevni: kollektivizatsiia i raskulachivanie. Dokumenty i materialy v 5 tomaj 1927-1939*, 5 vols. (Moscú, 1999-2004), vol. *5:1937-1939*, Part 1,1937, p. 9; A. Meyer, «The War Scare of 1927», *Soviet Union/Union Soviétique*, vol. 5, n.° 1 (1978), pp. 1-25; S. Fitzpatrick, «The Foreign Threat During the First Five Year Plan», *Soviet Union/Union Soviétique*, vol. 5, n.° 1 (1978), pp. 26-35; Stalin, *Sochineniia*, vol. II, pp. 170-172. <<

[151] *R. Davies*, The Industrialization of Soviet Russia 3: The Soviet Economy in Turmoil, 1929-1930 (*Londres, 1989), p. 76; Ball*, Russia’s Last Capitalists, *pp*. 76-77. <<

[152] SLFA, «Lichnyi listok po uchety kadrov» (Samuil Laskin); entrevistas a Fania Laskina, Moscú, noviembre de 2003 y marzo de 2005. <<

[153] N. Mandelstam, *Hope Abandoned* (Londres, 1989), p. 551. <<

[154] MSP, f. 3, op. 14, d. 2,1. 38; d. 3,1. 10. <<

[155] AFSBVO, Arjivno-sledstvennoe délo N. A. Golovina. <<

[156] MSP, f. 3, op. 14, d. 2,11. 102-104. <<

[157] El término *kulak* deriva de la palabra rusa que significa «puño», y fue utilizada por primera vez por los campesinos para distinguir a los explotadores (usureros, subarrendatarios de tierras, ventajistas) del».mipesinado que trabaja la tierra. Desde su punto de vista, un trabajador de la tierra emprendedor, aunque contrate mano de obra, nunca es un *kulak*. Los bolcheviques, por el contrario, desvirtuaron el término en un sentido marxista para referirse a cualquier campesino rico. Identificaron *kulak* con «capitalista», sobre la falsa presunción de que la contratación de mano de obra rural (algo sumamente infrecuente en casi toda Rusia) era una forma de «capitalismo» (y no una manera de resolver la escasez de mano de obra en una granja). Durante la Guerra Civil, los bolcheviques intentaron suscitar la lucha de clases en las zonas rurales y la requisa de grano organizando a los campesinos sin tierras (mayormente de origen urbano) en Comités de Pobres (*kombedi*) para oponerse a los *kulaks*, a quienes se acusaba de acaparar la semilla. Durante la colectivización, el término *kulak* fue utilizado contra todo campesino —pobre o rico— que se negara a ingresar en una granja colectiva. <<

[158] MSP, f. 3, op. 14, d. 2,1. 93. <<

[159] AFSBVO, Agivno-sledstvennoe délo N. A. Golovina; MSP, f. 3, op. 14, d. 2, 1. 69; d. 3, 11. 7-8. <<

[160] GAVO, f. 407, op. 1, d. 98,1.7. <<

[161] AFSBVO, Aqivno-sledstvennoe délo N. A. Golovina; MSP, f. 3, op. 14, d. 3, <<

[162] AFSBVO, Agivno-sledstvennoe délo N. A. Golovina. <<

[163] MSP, f. 3, op. 14, d. 3,1. 11. <<

[164] Tragediia sovetskoi derevni: kollektivizatsiia i raskulachivanie. Dokumenty i materialy, *5 vols*. (*Moscú, 1999-2004), vol. 1, pp. 36, 148-150, 228-230, 742*; Izvestia TsK KPSS, *n.° 5, 1991, pp. 196-202.* <<

[165] *Citado en M. Lewin*, Russian Peasants and Soviet Power: A Study of Collectivization (*Londres, 1968), p. 257.* <<

[166] R. Davies, *The Soviet Economy in Turmoil, 1929-1930* (Londres, 1989), pp. 198- 199; *Pravda*, 1 de septiembre, 10 de noviembre de 1929. <<

[167] *Pravda*, 7 de noviembre de 1929; I. Stalin, *Sochineniia*, 13 vols. (Moscú, 1946- 1955), vol. 12, p. 174. <<

[168] *R. Davies*, The Socialist Offensive: The Collectivization of Soviet Agriculture, 1929-*1930* (Londres, 1980), p. Ill; *Tragediia sovetskoi derevni*, vol. 1, pp. 702-710, 716-727; M. Hindus, *Red Bread: Collectivization in a Russian Village* (Bloomington, 1988), p. 246. <<

[169] Davies, *The Socialist Offensive, op. cit.*, p. 218; V. Kravchenko, *I Chose Freedom* (Nueva York, 1946), p. 91. <<

[170] M. Vareikis, «O partiinom rukovodstve koljozam», *Na agrarnom fronte*, 1929, n.° 8, p. 65; *Izvestia*, 19 de abril de 1930; GARK, f. 3, op. 1, d. 2.309,1. 6. <<

[171] *Davies*, The Socialist Offensive, op. cit., *p. 198.* <<

[172] Los Golovin tenían dos graneros, varias herramientas y maquinarias, tres caballos, siete vacas, unas docenas de ovejas y cerdos, así como los enseres domésticos, que incluían dos camas de hierro y un samovar, ambos signos de riqueza entre el campesinado soviético. <<

[173] M. Fainsod, *Smolensk Under Soviet Rule* (Cambridge,

1958), p. 250. <<

[174] *R. Conquest*, The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine (*Londres, 1986), pp. 120-121; S. Fitzpatrick*, Stalin's Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village After Collectivization (*Nueva York, 1994), pp. 54-55.* <<

[175] GAVO, f. 22, op. 1, d. 37, 1. 41; GARK, f. 136, op. 1, d. 121, 1. 153; MSP, 3, op. 14, d. 3,1. 75; *Tragediia sovetskoi derevni*, vol. 3, pp. 66-68. <<

[176] MP, f. 4, op. 18, d. 2,1. 44. <<

[177] *Conquest*, Harvest of Sorrow, op. cit., *p. 137*; Tragediia sovetskoi derevni, *vol. 3, p. 15; Lewin*, Russian Peasants and Soviet Power, op. cit., *p. 508.* <<

[178] MP, f. 4, op. 18, d. 5,1. 15. <<

[179] MP, f. 4, op. 7, d. 2,1. 39. <<

[180] MP, f. 4, op. 5, d. 2,1. 30. <<

[181] VFA, «Vospominaniia», ms., p. 8; *Komsomol'skaia pravda*, 8 de septiembre de 1989, p. 2. <<

[182] LFA, «Roditeli», p. 24. <<

[183] A. Zverev, *Zapiski ministra* (Moscú, 1973), p. 54. <<

[184] L. Kopelev, *The Education of a True Believer* (Londres, 1981), p. 235. <<

[185] *Tragediia sovetskoi derevni, op. cit.*, vol. I, pp. 89; R. Davies y S. Wheatcroft, *The Years of Hunger: Soviet Agriculture, 1931-1933* (Londres, 2004), p. 451. <<

[186] *Davies*, The Socialist Offensive, op. cit., *pp. 442-443*; Tragediia sovetskoi derevni, op. cit., *vol. 3, pp. 89; Davies y Wheatcroft*, The Years of Hunger, op. cit., *pp. 31, 37*; Politbiuro i krest'ianstvo: vysylka, spetsposelenie 1930-1940, 2 *vols. (Moscú, 2006), vol. II, p. 43.* <<

[187] AFSBVO, Arjivno-sledstvennoe délo N. A. Golovina; MSP, f. 3, op. 14, d. 2, 11. 82-101, 122-123; d. 3,11. 11, 56-58. <<

[188] Hindus, *Red Bread, op. cit.*, p. 142. <<

[189] E. Foteeva, «Coping with Revolution: The Experience ofWel-to-do Russian Families», en D. Bertaux, P. Thompson y A. Rotkirch (eds.), *On Living through Soviet Russia* (Londres, 2004), p. 75. <<

[190] Entrevistas a Olga Ramenskaia (nacida Olga Zapregaeva) y Galina Petrova, Stru- gi Krasnye (Pskov oblast), agosto de 2003. <<

[191] RGAE, f. 7.486, op. 37, d. 101, 11. 61-2; M. Tauger, «The 1932 Harvest and the Soviet Famine of 193233', *Slavic Review*, vol. 50, n.° 1 (primavera de 1991); Davies y Wheatcroft, *The Years of Hunger, op. cit.*, pp. 181-224, 411, 415; Conquest, *Harvest of Sorrow*, pp. 3, 196, 272-273, 441. Los cargos de genocidio son también presentados por J. Mace, «The Man-Made Famine of 1933 in the Soviet Ukraine: What Happened and Why?», en I. Charny (ed.), *Toward the Understanding and Prevention of Genocide: Proceed- ings of the International Conference on the Holocaust and Genocide* (Boulder, 1984), p. 67; y «Famine and Nationalism in Soviet Ukraine», *Problems of Communism*, vol. 33, n.° 3 (mayo-junio de 1984), p. 39. <<

[192] En cuanto a las relaciones entre la hambruna y la introducción del sistema de pasaportes en diciembre de 1932, véase RGASPI, f. 81, op. 3, d. 93, 11. 24-25; f. 558, op. 11, d. 45, 1. 109. <<

[193] *Fitzpatrick*, Stalin's Peasants, op. cit., *p. 80; Conquest*, Harvest of Sorrow, op. cit., *p. 237.* <<

[194] G. Kessler, «The Passport System and State Control

over Population Flows in the Soviet Union, 1931-1940», *Cahiers du Monde Russe*, vol. 42, n.° 2-4 (2001), pp. 477- 504; D. Shearer, «Social Disorder, Mass Repression and the NKVD during the 1930s», *Cahiers du Monde Russe*, vol. 42, n.° 2-4 (2001), pp. 505, 519-520. Véase también D. Shearer, «Elements Near and Alien: Passportization, Policing, and Identity in the Stalinist State, 1932-1951», *Journal of Modern History*, vol. 76 (diciembre de 2004), pp. 835-881. <<

[195] *Tragediia sovetskoi derevni*, vol. 3, p. 63; A. Applebaum, *Gulag: A History of the Soviet Camps* (Londres, 2003), p. 333; GARF, f. 5207, op. 3, d. 49, 1. 190; f. 8.131, op. 37, d. 137,1. 4. <<

[196] L. Viola, «Tear the Evil From the Root: The Children of petspereselentsy of the North», en N. Baschmakoff y P. Fryer (eds.), *Modernization of the Russian provinces*, número especial de *Studia Slavica Finlandensia*, 17 (abril de 2000), pp. 4, 44, 48-49 (la traducción ha sido levemente alterada para facilitar la comprensión), 51; *Politbiuro i krest'ianstvo, op. cit.*, p. 47. Para más información acerca de los «asentamientos especiales», véase L. Viola, *The Unknown Gulag: The Lost World of Stalin's Special Settlements* (Oxford, 2007); N. Werth, *Cannibal Island: Death in a Siberian Gulag* (Princeton, 2007). <<

[197] MSP, f. 3, op. 14, d. 2, 11. 256; d. 3,11. 12-18, 125. <<

[198] MP, f. 4, op. 18, d. 2; d. 5,11. 16-17 <<

[199] MP, f. 4, op. 5, d. 2,11. 37, 38. <<

[200] Politbiuro i krest'ianstvo, op. cit., *pp. 467-553; Viola*, The Unknown Gulag, *p. 232.* <<

[201] MP, f. 4, op. 9, d. 5,11. 2-7. <<

[202] AMILO, M. A. Solomonik, «Zapiski raskulachennoi», ts., pp. 7-34. <<

[203] *Pravda*, 7 de noviembre de 1929. <<

[204] AFA, A. M. Alekseiev, «Vospominaniia», p. 18. <<

[205] Véase, p. e., GARF, f. 9.414, op. 1, d. 368, 1. 115. Véanse también los reveladores y agudos comentarios de Alexei Loginov, director del complejo minero del Gulag de Norilsk entre 1954 y 1957, en A. Macqueen, «Survivors», *Granta*, 64 (invierno de 1998), p. 45. <<

[206] Para una interpretación política clásica del sistema del Gulag, véase R. Conquest, *The Great Terror: A Reassessment* (Londres, 1991), y del mismo autor, *Kolyma: The Arctic Death Camps* (Nueva York, 1978). El aspecto económico ha sido enfatizado por M. Jakob- son, *Origins of the Gulag: The Soviet Prison Camp System, 1917-1934* (Lexington, 1993); G. Ivanova, *Gulag v sisteme totalitarnogo gosudarstva* (Moscú, 1997); y por numerosos académicos en P. Gregory y V. Lazarev (eds.), *The Economics of Forced Labor: The Soviet Gulag* (Stanford, 2003). Para una visión académica de los primeros años del Gulag que combine ambas perspectivas, véase O. Jlevniuk, *The History of the Gulag: From Collectivization to the Great Tenor* (New Haven, 2004). <<

[207] Sistema ispravitel'no-trudovyj lageret v SSSR, 1913-1960. Spravochnik (*Moscú, 1998), p. 395; Applebaum*, Gulag, op. dt., *pp. 31-40.* <<

[208] GARF, f. 5446, op. 11a, d. 555,1 32; RGASPI, f. 17, op. 3, d. 746,1. 11; *Sistema ispraviteVno-trudovyj lageret v SSSR*, p. 38. <<

[209] GARF, f. 9414, op. 1, d. 2920, 1. 178; Applebaum, *Gulag, op. dt.*, pp. 625; C. Joyce, «The Gulag in Karelia, 1919-1941», en Gregory y Lazarev (eds.), *The Economics of Forced Labor, op. dt.*, p. 166; N. Baron, «Conflict and Complicity: The Expansion of the Karelian Gulag, 1913-1933», *Cahiers du Monde Russe*, vol. 42, n.° 2-4 (2001), p. 643; A. Solzhenitsin,

The Gulag Archipelago 1918-1956: An Experiment in Literary Investigation, 3 vols. (Londres, 1974-1978), vol. 2, p. 99. <<

[210] MSP, f. 3, op. 19, d. 2,11. 1-4. <<

[211] GARF, f. 5515, op. 33, d. 11,11. 39-40; GASO, f. 148, op. 5, d. 26,1. 75. <<

[212] GARF, f. 9414, op. 1, d. 3048,11. 25-36; V. Shalamov, *Vishera: antiroman* (Moscú, 1989), p. 23. <<

[213] D. Nordländer, «Magadan and the Economic History of the Dalstroi in the 1930s», en Gregory y Lazarev (eds.), *The Economics of Forced Labor, op. cit.*, p. 110. <<

[214] V. Shalamov, *Kolyma Tales* (Londres, 1994 [hay trad. esp. de Ricardo San Vicente Urondo, Barcelona, Minúscula, 2008]), pp. 368-369. Shalamov llegó a Kolyma en 1937, y mucho de lo que escribe acerca del período de Berzin eran leyendas del campo. <<

[215] MP, f. 4, op. 10, d. 1,11. 1-4, 14-17. <<

[216] *A. Barmine*, One Who Survived: The Lfe Story of a Russian Under the Soviets (*Nueva York, 1945), p. 196.* <<

[217] C. Ward, *Stalin's Russia* (Londres, 1999), p. 56; A. Smith, *I Was a Soviet* worker (Londres, 1937), p. 43. <<

[218] Entrevistas a Lydia Pujova, San Petersburgo, mayo y octubre de 2004. <<

[219] MSP, f. 3, op. 14, d. 2,11. 23-24, 26, 29; d. 3,11. 20, 63-70. <<

[220] *Y. Druzhnikov*, Informer 001: The Myth of Pavlik Morozov (*Londres, 1997), pp. 155- 156; C. Kelly*, Comrade Pavlik: The Rise and Fall of a Soviet Boy Hero (*Londres, 2005), p. 66.* <<

[221] Druzhnikov, *Informer*, pp. 19-20, 30-31, 42, 114, 152; Kelly, *Comrade, op. cit.*, pp. 13, 94. Kelly (que tuvo acceso al

archivo secreto de la policía) duda que haya habido un juicio a Morozov. En su opinión, la denuncia de Pavlik fue inventada por la policía y la prensa de propaganda (pp. 251-258). <<

[222] Kelly, *Comrade, op. cit.*, pp. 26-72. <<

[223] Druzhnikov, *Informer, op. cit.*, pp. 9-11; Kelly, *Comrade, op. cit.*, p. 14. <<

[224] Kelly, *Comrade, op. cit.*, p. 156 (la traducción ha sido levemente alterada para facilitar la comprensión). <<

[225] Véase ibid., pp. 22, 26-29, 169-171. <<

[226] M. Nikolaev, *Detdom* (Nueva York, 1985), p. 89. <<

[227] *V. Danilov*, Sovetskaia dokoljoznaia derevnia: naselenie, zemlepol'zovanie, joziaist- vo (*Moscú, 1977), p. 25; P. Kenez*, The Birth of the Propaganda State: Methods of Mass Mobilization, 1917-1929 (*Cambridge, 1985), p. 186*; Ocherki byta, derevenskoi molodezhi (*Moscú, 1914), pp. 10-12.* <<

[228] Entrevistas a Nina Gribelnaia, San Petersburgo, marzo, junio y octubre de 2004; AF Aijivno-sledstvennoe délo F. Z. Medvedeva. <<

[229] Conquest, *Harvest of Sorrow*, op. citp. 195; Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, op. cit., p. 256. <<

[230] *Vsjody kommuny*, 19 de diciembre de 1932; K. Geiger, *The Family in Soviet* (Cambridge, *op. cit.*, 1968), p. 308 (la traducción ha sido levemente alterada para facilitar la comprensión). <<

[231] *A. Mar'ian*, Gody moi, kak soldaty: dnevnik seVskogo aktivista, 1925-1953 (*Kishinev, 1987), pp. 55,71,78-79.* <<

[232] *Citado en Geiger, The Family in Soviet Russia, op. cit., p. 140.* <<

[233] A. Shternshis, *Soviet and Kosher: Jewish Popular*

Culture, 1923-1939 (Bloomington, 2006), p. 61. Mi agradecimiento para Anna Shternshis por la transcripción de la entrevista a Sofia G. <<

[234] V. Baevskii, «Syn *kulak* a i vrag naroda: A. T. Tvardovskii v Smolenske v 1937*»; en* Stalinizm v rossiiskoi provinstii: smolenskie arjivnye dokumenty vpochtenii zarubezhnykh i rossiiskij istorikov (*Smolensk, 1999), p. 256.* <<

[235] Istoriia sovetskoipoliticheskoi tsenzury (*Moscú, 1997), p. 109; Baevskii, «Syn* kulaks», op. cit., *pp. 255-258.* <<

[236] I. Tvardovski, «Stranitsy perezhitogo», *Iunostn.*° 3, 1988, pp. 14, 18. <<

[237] Ibid., p. 23. <<

[238] Ibid., p. 26. <<

[239] Ibid., p. 27. <<

[240] E. Iaroslavskii (ed.), *Kak provodit chistku partii* (Moscú, 1919), p. 10. <<

[241] Véase S. Fitzpatrick, «The Problem of Class Identity in NEP Society», en S. Fitzpatrick, A. Rabinowitch y R. Stites (eds.), *Russia in the Era of NEP*: *Explorations in Society and Culture* (Bloomington, 1991), pp. 21-33. <<

[242] G. Alexopoulos, «Portrait of a Con Artist as a Soviet Man», *Slavic Review*, vol. 57, n.° 4 (invierno de 1998), pp. 774-790. Véase más en S. Fitzpatrick, «Making a Self for the Times: Impersonation and Imposture in 20th Century Russia», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 2, n.° 3 (verano de 2000), pp. 469-487; y del mismo autor *Tear off the Masks! Identity and Imposture in Twentieth Century Russia* (Princeton, 2005). <<

[243] E. Bonner, *Mothers and Daughters* (Londres, 1991), p. 317. <<

[244] *S. Fitzpatrick*, Everyday Stalinism: Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s (*Oxford, 1999), pp. 118-138.* <<

[245] *Geiger*, The Family in Soviet Russia, op. cit., *pp. 141-142. Véase más en Fitzpatrick*, Everyday Stalinism, op. cit., *p. 133.* <<

[246] B. Engel y A. Posadskaia-Vanderbeck, *A Revolution of their Own: Voices of Women in Soviet History* (Boulder, 1997), pp. 29-32 (la traducción ha sido levemente alterada para facilitar la comprensión). <<

[247] *Geiger*, The Family in Soviet Russia, op. cit., *p. 143; N. Novak-Decker (ed.)*, Soviet Youth: Twelve Komsomol Histories (*Múnich, 1959), p. 99.* <<

[248] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 339,1. 6. <<

[249] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 339,1. 3. <<

[250] K. Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia* (Moscú, 1990), pp. 29-30. <<

[251] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 339,1. 5. <<

[252] *Simonov*, Glazami cheloveka, op. cit., *p. 32.* <<

[253] Ibid., p. 33. <<

[254] Ibid., pp. 356. <<

[255] W. Leonhard, *Child of the Revolution* (Londres, 1957), p. 143. <<

[256] J. Hellbeck, «Fashioning the Stalinist Soul: The Diary of Stepan Podlubnyi (1931-1939)», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, 44 (1996), pp. 350, 353-355 (la traducción ha sido levemente alterada para facilitar la comprensión). <<

[257] MSP, f. 3, op. 14, d.3,1. 22. <<

[258] El árbol de Navidad fue prohibido en la Unión Soviética en 1929, pero en 1935 fue reinstaurado como árbol

de Año Nuevo. Las fiestas de Año Nuevo tenían muchos de los atributos tradicionales de la Navidad: la reunión familiar, el intercambio de regalos, la figura de Papá Noel, etcétera. <<

[259] MSP, f. 3, op. 14, d. 2, 1. 31; d. 3,11. 18-19. <<

[260] MSP, f. 3, op. 14, d. 2,1 38. <<

[261] MSP, f. 3, op. 14, d. 2.11 84. <<

[262] MSP, f. 3, op. 14, d. 2,11. 119-120. <<

[263] SLFA, carta de Fania y Sonia Laskina a Gavril Popov, 18 de mayo de 1990; M. Laskin, «Vospominaniia», ms., p. 31; entrevistas a Fania Laskina y Alexei Simonov, Moscú, julio de 2004-marzo de 2005. <<

[264] T. Colton, *Moscow: Governing the Socialist Metropolis* (Cambridge, 1995), pp. 214, 270 ss. <<

[265] RGALI, f. 2.771, op. 1, d. 93, 1. 2; Colton, *Moscow, op. cit.*, pp. 280, 327. <<

[266] RGALI, f. 2.772, op. 1, d. 6,1. 24; d. 87,1. 5. <<

[267] Los cimientos tenían filtraciones, incluso después de que los rellenaran con lápidas de los cementerios de la ciudad. Los niños saltaban el vallado para ir a nadar en los cimientos o pescar carpas. La construcción se detuvo con el estallido de la guerra en 1941. Las obras nunca se reanudaron. Pero la imagen del Palacio siguió apareciendo en las cajas de cerillas, y la parada de metro del lugar (en la actualidad, estación Kropotkin) siguió conociéndose como Palacio de los Soviets. El lugar se convirtió más tarde en una piscina pública. <<

[268] RGALI,, f. 2.772 op. 1, d. 94, 1. 55; D. Neutatz, *Die Moskauer Metro: Von den ersten Planen bis zur Grossbaustelle des Stalinismus (1897-1935)*, Beitrage zur Geschichte Osteuropas 33 (Viena, 2001), pp. 173, 181-182; Colton, *Moscow*, op. cit., p. 257; *Pravda*, 20 de mayo de 1935, p. 3. <<

[269] RGALI, f. 2.772, op. 1, d. 97,11. 17-18. <<

[270] RGALI, f. 2.772, op. 1, d. 87,1. 87; d. 90,11. 20-21; entrevista a Fania Laskina, Moscú, noviembre de 2003. <<

[271] E. Zaleski, Planning for Economic Growth in the Soviet Union, Í928-Í932. (Chapel Hill, 1971), p. 120; N. Lampert, The Technical Intelligentsia and the Soviet State: A Study of Soviet Managers and Technicians Í928-Í935 (Londres, 1979), p. 71; S. Fitzpatrick, Education and Social Mobility in the

Soviet Union 1921-1934 (Cambridge, 1979), pp. 199-200; R. Davies, The Soviet Economy in Turmoil, 192930 (Londres, 1989), pp. 13-45. <<

[272] Una buena muestra de estas cartas puede encontrarse en *Obsbchestvo i vlast’ 1930-e gody: povestvovanie v dokumentaj* (Moscú, 1998) y *Stalinism as a Way of Life: A Narrative in Documents*, editado por L. Siegelbaum y A. Sokolov (New Haven, 2000). <<

[273] Véase L. Viola, *Peasant Rebels Under* Stalin: *Collectivization and the Culture of Peasant Resistance* (Oxford, 1996); del mismo autor, «Popular Resistance in the Stalinist 1930s: Soliloquy of a Devil’s Advocate», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 1, n.° 1 (invierno 2000), pp. 45-69; J. Rossman, «The Teikovo Cotton Workers’ Strike of abril 1931: Class, Gender and Identity Politics in Stalin’s Russia», *Russian Review*, vol. 56, n.° 1 (enero de 1997), pp. 44-69. <<

[274] Entrevistas a Lev Molotkov, San Petersburgo, mayo 2003; Zinaida Belikova, San Petersburgo, octubre 2003; MUFA, A. Golovanov, «Tetradki», ms., p. 16. <<

[275] TsJDMO, f. 1, op. 23, d. 1.265,1. 43. <<

[276] J. Arch Getty y O. Naumov, *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939* (New Haven, 1999), pp. 52-54. <<

[277] Ibid., p. 116. <<

[278] S. Fitzpatrick, The Cultural Front: Power and Culture in Revolutionary Russia (Ithaca, 1992), pp. 160-161; mismo autor, Education and Social Mobility, pp. 178, 146. <<

[279] Pavel Galitski (n. 1911) recuerda haber sido interrogado por sus jefes del Partido en la Fábrica del Arsenal Rojo de Leningrado, durante las purgas de 1932. Hijo de un

sacerdote, Galitsky era editor de uno de los periódicos murales de la fábrica. Era un afiliado reciente del Partido, pero sus antecedentes familiares lo hacían vulnerable. El cabecilla del comité de purga, también director del comité regional del Partido y director de la fábrica, puso a Galitski en un aprieto al pedirle que resumiera un libro de Lenin: *El Anti—dühring*. No existe tal libro de Lenin, pero sí existía un famoso libro de Friedrich Engels del mismo título, donde detallaba con precisión enciclopédica la concepción mar—xista de la filosofía, las ciencias naturales y la economía política. Galitski no tenía idea del libro, tal como lo recuerda, «sabía que "anti" significaba "contra", así que dije que Lenin había escrito contra Dühring, y dijeron: "¡Correcto! ¡Bien hecho! ¡Qué muchacho inteligente!"». (MSP, f. 3, op. 53, d. 2, 1. 6). <<

[280] . Man'kov, *Dnevniki tridtsatyj godov* (San Petersburgo, 2001), pp. 82-83. <<

[281] *Stalinism as a Way of Life*, pp. 124-125 (la traducción ha sido levemente alterada para facilitar la comprensión). <<

[282] L. Trotski, *The Revolution Betrayed* (Nueva York, 1972), pp. 136, 138. <<

[283] J. Gronow, *Caviar with Champagne: Common Luxury and the Ideals of the Good Life in Stalin's Russia* (Oxford, 2003), p. 36; Fitzpatrick, *The Cultural Front*, p. 224. <<

[284] RGASPI, f. 17, op. 120, d. 138,11. 78-90. <<

[285] D. Hoffman, *Stalinist Values: The Cultural Norms of Stalinist Modernity* (Ithaca, 2003), pp. 126, 131; N. Timasheff, *The Great Retreat: The Growth and Decline of Communism in Russia* (Nueva York, 1946), pp. 317-318. Sobre el papel ideológico de la *kuV- turnost* (la «vida culta») en la década de 1930: V. Volkov, «The Concept of Kul'turnost': Notes on the Stalinist Civilizing Process», en S. Fitzpatrick (ed.), *Stalinism:*

New Directions (Londres, 2000), pp. 210-230. <<

[286] En agosto de 1935, Alexei Stajanov, minero del Donbass, extrajo una suma récord de carbón. Sonadamente aplaudido en la prensa nacional, su logro dio pie a la política de recompensar a los obreros habilidosos y abnegados, pues la eficiencia era uno de los objetivos que se había impuesto el Segundo Plan Quinquenal. El estajanovismo pronto derivó en una nueva forma de «shock laboral» por el cual los trabajadores que excedían su cuota de producción eran recompensados con bonificaciones en su paga, mercancías, mejor vivienda o incluso ascensos a puestos administrativos (en especial en la policía). Para el régimen de Stalin, ese movimiento era una manera de elevar las normas de producción, mantener a raya el sueldo básico y hacer que los trabajadores dependieran cada vez más del trabajo a destajo. Ejerció una enorme presión sobre directivos y funcionarios, quienes pagaban el pato (frecuentemente acusados de «saboteadores» o «infiltrados») cuando la escasez de combustible o de materias primas impedía que los estajanovistas alcanzaran sus objetivos de producción. <<

[287] L. Trotski, *Problems of Everyday Life: Creating the Foundations of a New Society in Revolutionary Russia* (Londres, 1973), p. 98. <<

[288] K. Gerasimova, «Public Privacy in the Soviet Communal Apartment», en D. Crowley y S. Reid (eds.), *Socialist Spaces: Sites of Everyday Life in the Eastern Bloc* (Oxford,(2001), p. 210; V. Buchli, *An Archaeology of Socialism* (Oxford, 1999), p. 78. <<

[289] En octubre de 1935, Stalin realizó una muy publicitada visita a su madre en Tiflis. Fue la puntilla inicial de una campaña destinada a mostrar al líder como un hombre de familia. Stalin fue fotografiado en los jardines del Kremlin

con sus hijos, algo que jamás había permitido antes (la mayor parte del pueblo soviético no sabía hasta ese momento que Stalin tuviera hijos). <<

[290] S. Fitzpatrick, *Everyday Stalinism: Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s* (Oxford, 1999), pp. 150-155; K. Clark, *The Soviet Novel: History as Ritual* (Chicago, 1981), p. 115; J. Brooks, «Revolutionary Lives: Public Identities in *Pravda* during the 1920s», en S. White (ed.), *New Directions in Soviet History* (Cambridge, 1992), p. 34; Timasheff, *The Great Retreat*, pp. 199-200, 202; C. Kelly, *Comrade Pavlik: The Rise and Fall of a Soviet Boy Hero* (Londres, 2005), p. 158. <<

[291] Entrevista a Marina Ivanova, San Petersburgo, marzo de 2004. <<

[292] I. Shijeeva-Gaister, *Semeinaia jronika vremen kul'ta lichnosti: 1925-1953* (Moscú, 1998), pp. 15-17. <<

[293] J. Barber, «The Worker's Day: Time Distribution in Soviet Working-Class Families, 1913-1936», ponencia presentada en el Centro de Estudios Rusos y Centroeuropeos, University of Birmingham, 1978. <<

[294] Trotski, *The Revolution Betrayed*, p. 156. <<

[295] MFA, L. Majnach, «Oskolki bylogo s vysoty nastoiashchego», ms., pp. 2-5; entrevistas a Leonid Majnach, Moscú, marzo y julio de 2004. <<

[296] MFA, L. Majnach, «Otets», ms., pp. 2-4. <<

[297] MFA, de Vladimir a Maria Majnach, 29 de noviembre de 1935. <<

[298] CFA, O. Golovnia, «Predisloviia k pis'mam…», ms., pp. 3-4, 6, 12, 14, 47. <<

[299] CFA, O. Golovnia, «Mezhdu kratovym i otdyjom», ms., p. 1; «Predisloviia k pis'mam…»., ms., p. 31; A. Golovnia,

«Dnevnik»; entrevistas a Eugenia Golovnia, Moscú, marzo, julio, octubre 2004. <<

[300] CFA, «Predisloviia k pis'mam …», ms., pp. 40-43, 58-61. <<

[301] Ibid., p. 51. <<

[302] E. Osokina, *Za fasadom 'stalinskogo izobiliia'. Raspredelenie i rynok v snabzhenii naseleniia vgody industrializatsii, 1927-1941* (Moscú, 1998), pp. 128, 134; *Man'kov, Dnevniki tridtsatyjgodov*, p. 272. Véase también Gronow, *Caviar with Champagne*, pp. 126-127. <<

[303] A. Ledeneva, *Russia's Economy of Favours: Blat, Networking and Informal Exchange* (Cambridge, 1998); Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, p. 63 <<

[304] Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, p. 46. <<

[305] S. Kotkin, *Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization* (Berkeley, 1997), pp. 161, 171, 175-176, 477 <<

[306] N. Mandelstam, *Hope Against Hope* (Londres, 1989), p. 135. <<

[307] Véase, p. e., MSP, f. 3, op. 36, d. 2,11. 3-9. <<

[308] MSP, f. 3, op. 44, d. 2,1. 57. <<

[309] La siguiente sección se basa en entrevistas a treinta y siete habitantes de departamentos comunales durante la década de 1930. Véase la Lista de Entrevistas. <<

[310] K. Gerasimova, «Public Privacy in the Soviet Communal Apartment», p. 208; V. Semenova, «Ravenstvo v nishchete: simvolicheskoe znachenie "kommunalok"», en *Sud'ba liudei: Rossiia xx vek. Biografii semei kak ob'ekt sotsiologicheskogo issledovaniia* (Moscú, 1996), p. 374. <<

[311] K. Gerasimova, «Public Spaces in the Communal Apartment», en G. Ritters- porn, M. Rolfe y J. Behrends

(eds.), *Public Spheres in Soviet-Type Societies* (Sonderdruck, 2003), p. 167; I. Utejin, *Ocherki kommunal'nogo byta* (Moscú, 2001), pp. 148-149. <<

[312] Entrevistas a Alexei Iurasovski, Moscú, marzo y junio de 2005. <<

[313] P. Messana, *Kommunalka. Une histoire de VUnion sovietique a travers Vappartement communautaire* (París, 1995), pp. 16-17. Véase también R. Berg, Sukbovei. *Vospominaniia genetika* (Moscú, 2003), p. 140. <<

[314] SSEES, Pahl-Thompson Collection, E. V. Mamlin, pp. 1-7. <<

[315] Entrevista a Minora Novikova, Moscú, mayo de 2005. <<

[316] Entrevista a Nina Paramonova, San Petersburgo, junio de 2005. <<

[317] Entrevista a Ninel Reifshneider, Moscú, abril de 2005. <<

[318] MSP, f. 1, op. 16, d. 2,11. 65-66; op. 23, d. 2,1. 93; Berg, *Sukbovei*, p. 141; entrevista a Elena Baigulova, San Petersburgo, mayo de 2005; SSEES, Pahl-Thompson Collection, E. V. Mamlin, p. 4. <<

[319] Gerasimova, «Public Spaces», pp. 185-186. <<

[320] Entrevista a Nina Paramonova, San Petersburgo, junio de 2005. <<

[321] V. Semistiaha, «The Role and Place of Secret Collaborators in the Informational Activity of the GPUNKVD in the 1920s and 1930s (on the Basis of Materials of the Donbass Region)», *Cahiers du Monde Russe*, vol. 42, n.° 2-4 (2001), pp. 231-244. Véase también P. Holquist, «"Information is the Alpha and Omega of Our Work": Bolshevik Surveillance in its Pan-European Context», *Journal*

of Modern History, 69 (septiembre de 1997), pp. 415-450. <<

[322] Entrevista a Nina Paramonova, San Petersburgo, junio de 2005; M. Baitalski, *Notebooks for the Grandchildren: Recollections of a Trotskyist Who Survived the Stalin Terror* (Nueva Jersey, 1995), p. 144. <<

[323] Entrevista a Natalia Grigoreva, San Petersburgo, mayo de 2005. <<

[324] Por esta razón, prefiere mantener su anonimato. <<

[325] Entrevista anónima, Moscú, marzo de 2003. <<

[326] Entrevista a Eugenia Moiseienko, San Petersburgo, septiembre de 2005. <<

[327] Entrevista a Minora Novikova, Moscú, mayo de 2005; SSEES, Pahl-Thomp- son Collection, G. E. Mamlina, p. 6. <<

[328] Entrevista a Nina Paramonova, San Petersburgo, junio de 2005; entrevista a Eugenia Moiseienko, San Petersburgo, septiembre de 2005; MSP, f. 3, op. 16, d. 2, 11. 71-72. <<

[329] Gerasimova, «Public Privacy», p. 224. <<

[330] Entrevistas a Inna Shijeieva (Gaister), Moscú, mayo de 2005; Elizaveta Chechik, Moscú, abril de 2005; Minora Novikova, Moscú, mayo de 2005; Maia Rodak, Moscú, octubre de 2004; Tatiana Vasileva, San Petersburgo, mayo de 2002; Elena Baigulova, San Petersburgo, mayo de 2005. <<

[331] Entrevistas a Elizaveta Chechik, Moscú, abril de 2005; Inna Shijeieva (Gaister), Moscú, mayo 2005; Minora Novikova, Moscú, mayo de 2005; SSEES, Pahl-Thomp- son Collection, E. V. Gavrilova, pp. 6-7; G. E. Mamlina, p. 12; MSP, f. 3, op. 16, d. 2, 11. 64-65. <<

[332] SSEES, Pahl-Thompson Collection, A. A. Dobriakova, pp. 5-8. <<

[333] Entrevista a Alexei Iurasovski, Moscú, marzo de 2005.

Véase también E. A. Skriabina, *Stranitsy zhizni* (Moscú, 1994), p. 84. <<

[334] Entrevistas a Inna Shijeieva (Gaister), Moscú, mayo de 2005; Elizaveta Chechik, Moscú, abril de 2005; Minora Novikova, Moscú, mayo de 2005; Maia Rodak, Moscú, octubre de 2004; Tatiana Vasileva, San Petersburgo, mayo de 2005; SSEES, PahlThompsotl Collection, E. V. Gavrilova, p. 7; E. V. Mamlin, p. 12. <<

[335] Utejin, *Ocherki*, pp. 94-95, 151, 153, 166; entrevista a Galina Markelova, San Petersburgo, junio de 2004. Véase también MM, f. 12, op. 7, d. 2,11. 12-15; TsGASP, f. 7384 op. 42, d. 343,11. 421-424. <<

[336] N. Lebina, *Povsednevnaia zhizn'sovetskogo goroda: normy I anomalii, Í920-1930 gody* (San Petersburgo, 1999), p. 195; entrevista a Elizaveta Chechik, Moscú, abril de 2005. <<

[337] Los psiquiatras han descubierto también que una gran proporción de los que residieron mucho tiempo en apartamentos comunales sufren de paranoia y delirios esquizofrénicos. <<

[338] Es posible que Simonov se refiera a Piotr Palchinski (1875—1929), ingeniero de minas a quien Kerenski puso al mando del Palacio de Invierno en octubre de 1917. Encarcelado por los bolcheviques, Palchinski fue liberado y luego se le permitió retomar su trabajo en el Instituto Técnico Ruso, durante la década de 1920. Fue arrestado nuevamente en 1928 y ejecutado al año siguiente. Eran muchas las leyendas como la de Palchinski que circulaban en el campo, y parece que Simonov se creyó una de ellas. <<

[339] Entrevistas a Minora Novikova, Moscú, mayo de 2005; Inna Shijeieva (Gaister) Moscú, mayo 2005. <<

[340] K. Mannheim, *Ideology and Utopia: An Introduction to*

the Sociology of Knowledge (Londres, 1991), pp. 184, 219. Véase también A. Kelly, «In the Promised Land», *New York Review of Books*, vol. 48, n.° 119 (29 de noviembre de 2001), de donde procede este párrafo. <<

[341] N. Patolichev, *Ispytaniia na zrelosV* (Moscú, 1977), p. 170. <<

[342] V. Petrov, *Byt derevni v sochinemiiaj shkoVnikov* (Moscú, 1917); T. Egorov, *Kem khotiat byt) nashi deti? Sbornik detskijpisem dlia ottsov* (Moscú y Leningrado, 1929); G. Petelin, *Dadim slovo shkoVniku* (Moscú, 1931). <<

[343] MSP, f. 3, op. 47, d. 2,1. 7. <<

[344] R. Orlova, *Vospominaniia o neproshedshem vremeni* (Ann Arbor, 1983), p. 30. <<

[345] *Izvestia*, 14 de julio de 1935, p. 2; A. Tertz, *On Socialist Realism* (Nueva York, (1960), p. 7; Soviet Writers' Congress, 1934: *The Debate of Socialist Realism and Modernism* (Londres, 1977), p. 157; S. Fitzpatrick, *The Cultural Front: Power and Culture in Revolutionary Russia* (Ithaca, 1992), p. 217; W. Leonhard, *Child of the Revolution* (Londres, 1957), p. 22. <<

[346] N. Kaminskaia, *Final Judgment: My Life as a Soviet Defence Attorney* (Nueva York, 1982), pp. 18-21. <<

[347] The Correspondence of Boris Pasternak and Olga Freidenberg, 1910-1954 (*New York 1982), p. 154; N. Mandelstam*, Hope Against Hope: A Memoir (*Londres, 1989), p. 115.* <<

[348] L. Kopelev, *No Jail for Thought* (Londres, 1975), pp. 11-13. <<

[349] Leonhard, *Child of the Revolution*, p. 81. <<

[350] D. Shearer, «Social Disorder, Mass Repression and the NKVD During the 1930s», *Cahiers du Monde Russe*, vol. 42,

n.° 2-4 (2001), pp. 505-534; P. Hagenloh, «“Socia Harmful Elements» and the Great Terror”, en S. Fitzpatrick (ed.), *Stalinism: New Directions* (Londres, 2000), pp. 286-308. <<

[351] RGALI, f. 1.604, op. 1, d. 21, 1. 32; A. Avdeenko, «Otluchenie», *Znamiia*, n.°3 (1989) p. 11. <<

[352] C. Ruder, *Making History for Stalin: The Story of the Belomor Canal (Gainesville*, FI., 1998), p. 50; G. Smith, D. S. Mirsky: *A Russian-English Life, 1890-1939* (Oxford, 2000), p. 209; Avdeenko, «Otluchenie», p. 18; *Belomorsko-baltiiskii kanal imeni Stalina: istoriiat stroiteVstva 1931-1934*gg. (Moscú, 1934). <<

[353] A. Starkov, *Mijail Zoshchenko: sud’ba judozhnika* (Moscú, 1990), p. 139. <<

[354] S. and B. Webb, *Soviet Communism: A New Civilization?, 2 vols*. (Londres, 1935), vol. II, p. 591; Ivan Chujin, *Kanalo-armeitsy: istoriia stroiteVstva Belomorkanala v dokumentaj, tsifraj, faktaj, fotografriaj, svideteVstvaj ychastnikov i ochevidtsev* (Petrozavodsk, 1990), p. 37. <<

[355] Ruder, *Making History for Stalin*, op. cit., pp. 56-59. <<

[356] Avdeenko, «Otluchenie», p. 8; RGALI, f. 1.814, op. 1, d. 944, 11. 6, 14. <<

[357] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 339; d. 360,11. 33, 35-36. Sobre Simonov y Pudovkin: K. Simonov, «O Vsevolode Illarionoviche Pudovkine», en *Pudovkin v vospominaniiaj sovremennikov* (Moscú, 1989), pp. 274-281. <<

[358] Es posible que Simonov se refiera a Piotr Palchinski (1875-1929), ingeniero de minas a quien Kerenski puso al mando del Palacio de Invierno en octubre de 1917. Encarcelado por los bolcheviques, Palchinski fue liberado y luego se le permitió retomar su trabajo en el Instituto Técnico Ruso, durante la década de 1920. fue arrestado nuevamente

en 1928 y ejecutado al año siguiente. Eran muchas las leyendas como la de Palchinski que circulaban en el campo, y parece que Simonov se creyó una de ellas, <<

[359] K. Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia* (Moscú, 1990), pp. 39-41. <<

[360] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 360,1. 34; Simonov, *Glazami*, pp. 39, 41, 45. <<

[361] RGALI, f. 1.814, op. 1, d. 1,11. 13-14, 60; d. 848,1. 5; op. 10, d. 360,11. 34-35. <<

[362] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 339,1. 4 <<

[363] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 360,1. 36. <<

[364] RGALI, f. 632, op. 1, d. 1; d. 16,11. 5, 12. <<

[365] N. Tipot (Sokolova), «Dnevnik», archivo privado. <<

[366] RGALI, f. 632, op. 1, d. 115,11. 23-27; d. 16,11. 7-8; f. 1.814, op. 9, d. 2606, 6; op 10, d. 339, 1. 11; entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre de 2003, <<

[367] L. Lazarev, *Konstantin Simonov. Ocherk zhizni i tvorchestva* (Moscú, 1985), pp. 18, 35; A. Karaganov, *Konstantin Simonov vblizi i na rasstoianii* (Moscú, 1987), pp. 9, 10; RGALI, f. 1814, op. 1, d. 71. <<

[368] Simonov, *Glazami*, pp. 42-45; RGALI, f. 1814, op. 9, d. 25,1. 13; d. 1010,11. 16-19, 25 <<

[369] Simonov, *Glazami*, pp. 46-47. <<

[370] Ibid., pp. 48-49. <<

[371] Ibid., p. 47. <<

[372] TsGAIPD, f. 1.278, op. 1, d. 439.869,1. 4. <<

[373] SFA, I. Slavina, «Tonen'kii nerv istorii», ms., pp. 16-17, 30; entrevista a Ida Slavina, Colonia, septiembre de 2003. <<

[374] I. Slavin, *VrediteVstvo na fronte sovetskogo ugolovnogo prava* (Moscú, 1931), p. 76; SFA, I. Slavina, «Put' na plakhu»,

ms., p. 29. <<

[375] I. Slavin, «K voprosu o prinuditel'nyj rabotaj bez soderzhaniia pod strazhei», *Ezhenedel'nik sovetskoi iustitsii, 1922*, n.° 36; «Proizvodstvennye tovarishcheskie sudi i revoliutsiia», *Sovetskoe gosudarstvo i pravo*, 1931, n.° 7; «Nekotorye voprosy praktiki proiz- vodstvenno-tovarishcheskij sudov», *Sovetskoe gosudarstvo i pravo*, 1931, n.° 5-6. <<

[376] SPbF ARAN, f. 229, op. 1, d. 100, 11. 44-45. <<

[377] TsGAIPD, f.)1816, op. 2, d. 5095,1. 66. <<

[378] SPbF ARAN, f. 229, op. 1, d. 93, 11. 4, 6; d. 100, 1. 67; d. 120, 11. 712; d. 122,11. 610; SFA, «Put' na plakhu», pp. 79-81; entrevistas a Ida Slavina, Colonia, junio y octubre de 2003; TsGAIPD, f. 563, op. 1, d. 1.467,1. 117. <<

[379] S. Wheatcroft, «The Scale and Nature of German and Soviet Repression and Mass Killings, 1930-1945», *Europe-Asia Studies*, vol. 48, n.° 8 (1996), pp. 1.338-1.340. <<

[380] Entrevista a Eugenia Vittenburg, San Petersburgo, agosto de 2003; E. Vittenburg, *Vremia poliarnyj stran* (San Petersburgo, 2002), pp. 106-112. <<

[381] I. Flige, «Osoblag Vaigach», *Vestnik Memoriala*, n.° 6 (San Petersburgo, 2001), pp. 12-19. <<

[382] VFA, carta de Zinaida a Veronika by Valentina Vittenburg, 26 de agosto de 1933. <<

[383] Entrevista a Eugenia Vittenburg, San Petersburgo, agosto de 2003. <<

[384] Entrevista a Eugenia Vittenburg, San Petersburgo, septiembre de 2004. <<

[385] VFA, «Sotsdogovor ambulatornogo vracha sanotdela vaigachskoi ekspedit- sii NKVD Vittenburg Z.I. of z marta 1933»; carta de Zinaida a Veronika y Valentina Vittenburg,

sin fecha [1935]; entrevista a Eugenia Vittenburg, San Petersburgo, septiembre de 2004. <<

[386] Entrevistas a Eugenia Vittenburg, San Petersburgo, agosto de 2003, septiembre de 2004; VFA, carta de Zinaida a Eugenia Vittenburg, 3 de noviembre de 1935; «Dnev- nik v pis'makh P. V. Vittenburga docheri Evgenii», p. 54; Vittenburg, *Vremia poliarnyjs- tran*, p. 134. <<

[387] VFA, carta de Pavel a Eugenia Vittenburg, 13 de septiembre de 1936; «Dnevnik v pis'maj P. V. Vittenburga docheri Evgenii», ms., p. 7. <<

[388] MM, f. 1, op. 4, Trudovaia kniga; f. 12, op. 9, d. 2. <<

[389] MM, f. 12, op. 2, d. 2,1. 13; d. 3,1. 43. <<

[390] S. Rosefield, «Stalinism in Post-Communist Perspective: New Evidence on Killings, Forced Labour and Economic Growth in the 1930s», *Europe-Asia Studies*, vol. 48, n.° 6 (1996), p. 969. <<

[391] MSP, f. 3, op. 1, d. 2, 11. 1-14; d. 5, 11. 1-5, 12-15; *Pravda*, 3 de noviembre de 1929, p. 5; P. Rroue, Trotski (París, 1988), p. 638. <<

[392] MSP, f. 3, op. 1, d. 5,11. 10, 19. <<

[393] MSP, f. 3, op. 1, d. 4 (las citas de las cartas están ordenadas por fecha). <<

[394] MSP, f. 3; op. 2, d. 2,11. 21, 59. <<

[395] MSP, f. 3, op. 1, d. 2,1. 58. <<

[396] MSP, f. 3, op. l,d. 2,1.50. <<

[397] MSP, f. 3, op. 1, d. 2,1. 5 2. <<

[398] MSP, f. 3, op. 1, d. 5,11. 7, 8, 21, 25-26. <<

[399] *Stalin's Letters to Molotov*, editado por L. Lih, O. Naumov y O. Jlevniuk, traducido por C. Fitzpatrick (New Haven, 1995), p. 200. <<

[400] RGAE, f. 769, op. 1, d. 23-35. <<

[401] RGAE, f. 769, op. 1, d. 25,1. 10. <<

[402] RGAE, f. 769, op. 1, d. 31,1. 9. <<

[403] RGAE, f. 769, op. 1, d. 13. <<

[404] RGAE, f. 769, op. 1, d. 29,1. 44. <<

[405] *Pravda*, 31 de enero de 1932; *Golgofa. Po materialam arjivno-sledstvennogo déla* n.° *603 na Sokolovu-Piatnitskuiu lu*. /., ed. de V. I. Piatnitski (San Petersburgo, 1993), p. 42. <<

[406] Ibid., pp. 8-9. <<

[407] V. Piatnitski, *Zagovor protiv Stalina* (Moscú, 1998), p. 198. <<

[408] *Golgofa*, p. 9. <<

[409] J. Haslam, «Political Opposition to Stalin and the Origins of the Terror, 1932- 1936» *Historical Journal*, vol. 29, n.° 2 (junio de 1986), p. 412. Véase también del mismo autor, «The Soviet Union, the Comintern and the Demise of the Popular Front, 1936- 1939», en H. Graham y O. Preston (eds.), *The Popular Front in Europe* (Londres, 1987), pp. 152-160; K. McDermott, «Stalinist Terror in the Comintern: New Perspectives», *Journal of Contemporary History*, vol. 30, n.° 1 (enero de 1995), pp. 111-130. <<

[410] *The Diary of Georgi Dimitrov, Í933-Í949* (New Haven, 2003), p. 110; McDer- mot, «Stalinist Terror», *op. cit*., p. 118. <<

[411] No hay registro alguno del discurso de Piatnitski, ni ha sobrevivido ningún registro estenográfico de la reunión plenaria de junio, aunque hay evidencias que demuestran que lo que dijo Piatnitski fue borrado de la copia taquigráfica (una práctica común en los archivos del Comité Central) porque podría haber alentado a otros disidentes. Antes de cerrar la última sesión plenaria del 29 de junio, Stalin anunció: «En lo referido a Piatnitski, la investigación está en marcha. Debería estar terminada en unos pocos días». Al pie de la página hay una nota manuscrita de uno de los secretarios: «Esta comunicación fue tachada por el camarada Stalin porque no debía figurar en la copia estenográfica» (RGASPI, f. 17, op. 2,

d. 622,1. 220). Puede haber otros registros del supuesto incidente en archivos cerrados (como el Archivo Presidencial del Kremlin). Hasta que se disponga de esas evidencias, el único registro de la postura de Piatnitski en contra del arresto masivo de los viejos bolcheviques procede de su hijo Vladimir, quien afirma haber reconstruido los acontecimientos de la reunión plenaria de junio a partir del archivo personal de su padre en el archivo FSB, de fragmentos de evidencias de otros archivos y de los supuestos recuerdos de Kaganovich, tal como se los relató Samuel Guberman, el jefe del secretariado de Kaganovich (*Zagovor*, pp. 59—70; entrevistas con Vladimir Piatnitski, San Petersburgo, septiembre 2005). Véase también, como apoyo de la versión de los hechos de Piatnitski, B. Starkov, «Ar'egardnye boi staroi partiinoi gvardii», en *Oni ne molchali* (Moscú, 1991), pp. 215—225. <<

[412] B. Starkov, «The Trial That Was Not Held», *Europe-Asia Studies*, vol. 46, n.° 8 (1994), p. 1.303. <<

[413] *Golgofa, op. cit.*, pp. 20, 21, 24; entrevistas a Vladimir Piatnitski, San Petersburgo, septiembre de 2005. <<

[414] *Golgofa*, op. cit., pp. 62-63. <<

[415] Ibid., pp. 25, 39-40. <<

[416] Ibid., pp. 26, 34; entrevistas a Vladimir Piatnitski, San Petersburgo, septiembre de 2005. <<

[417] M. Ellman, «Soviet Repression Statistics: Some Comments», *Europe-Asia Studies*, vol. 54, n.° 7 (noviembre de 2002); 11. Kuromiya, «Accounting for the Círeat Terror», *Jahbücherfür Geschichhte Osteuropas*, 53 (2005), p. 88; A. Applebauin, *Gulag: A History of the Soviet Camps* (Londres, 2003), pp. 516, 519. Las cifras para 1919-1932 son de V. Popov, «Gosudarstvennyi terror v sovetskoi Rossii. 1923-1953 gg»., *Otechestvennyi arjiv*, n.° 2, 1992, p. 28. <<

[418] J. Getty, *Origins of the Great Purges: The Soviet Communist Party Reconsidered, 1933- 1938* (Cambridge, 1985). <<

[419] P. Solomon, *Soviet Criminal Justice Under Stalin* (Cambridge, 1996), cap. 5; O. Jlevniuk, «The Politburo, Penal Policy and "Legal Reforms" in the 1930s», en P. Solomon (ed.), *Reforming Justice in Russia, 1864-1996: Power, Culture, and the Limits of Legal Order* (Armonk, 1997), pp. 190-206. <<

[420] J. Getty, «"Excesses Are Not Permitted": Mass Terror and Stalinist Governance in the Late 1930s», *Russian Review*, 61 (2002), n.° 1, pp. 113-138. <<

[421] S. Fitzpatrick, «Varieties of Terror», en *Stalinism: New Directions*, del mismo autor (ed.), (Londres, 2000), p. 258. Para un punto de vista similar: B. McLoughlin y K. McDermott, «Rethinking Stalinist Terror», en *Stalin's Terror: High Politics and Mass Repression in the Soviet Union*, de los mismos autores (eds.), (Nueva York, 2003), pp. 1-18. <<

[422] O. Jlevniuk, «The Reasons for the "Great Terror": The Foreign Political Aspect», *Annali della Fondazione Giangiacomo Feltrinelli*, vol. 34 (1998), pp. 163 y ss.; del mismo autor, «The Objectives of the Great Terror, 1937-1938», enj. Cooper, M. Perrie y E. Rees (eds.), *Soviet History, 1917-1953: Essays in Honour of R. W. Davies* (Londres, 1995), pp. 158-176. Véase también H. Kuromiya, «Accounting for the Great Terror», de los que he tomado para los siguientes párrafos <<

[423] Kuromiya, «Accounting for the Great Terror», p. 94; S. Payne, *The Spanish Civil War, the Soviet Union, and Communism* (New Haven, 2004 [hay trad. esp. de Francisco Ramos Vera, Barcelona, Plaza Janés, 2003]), p. 309. <<

[424] Es posible que Stalin hubiera tenido alguna

participación en el asesinato de Kirov. El jefe del Partido en Leningrado era un líder muy popular y más moderado que Stalin, y este último tenía buenos motivos para temer que Kirov pudiera convertirse en un serio rival en el terreno del liderazgo. Nunca ha habido ninguna prueba sólida de que Stalin tuviera algo que ver con el asesinato de Kirov. Pero sí usó ese crimen para alimentar su obsesión respecto de una amenaza interna y perseguir a sus «enemigos». <<

[425] S. Allilueva, *Twenty Letters to a Friend* (Londres, 1967), pp. 88-90; J. Getty y O. Naumov, *The Road to Terror: Stalin and the Self Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939* (New Haven, 1999), pp. 157, 256-257 <<

[426] V. Kravchenko, *I Chose Freedom* (Londres, 1947), p. 213. <<

[427] V. Rogovin, *Partiia rasstreliannyj* (Moscú, 1997), pp. 487-489; *Reabilitatsia. Kak eto bylo*, 3 vols. (Moscú, 2000-2004), vol. 1, p. 30; O. Suvenirov, *Tragediia RKKA, 1938-1938* (Moscú, 1998), p. 315. <<

[428] *Istochnik*, n.° 3, 1994, p. 80; N. Kruschev, *Khrushchev Remembers* (Londres, 1971), p. 183; M. Jansen y N. Petrov, *Stalin's Loyal Executioner: People's Commissar Nikolai Ezhov, 1895-1940* (Stanford, 2002), pp. 89, 201. <<

[429] F. Chuev, *Sto sorok besed s Molotovym* (Moscú, 1991), pp. 390, 413; Piatnitski, *Zagovor protiv Stalina, op. cit.*, p. 65; Kuromiya, «Accounting for the Great Terror», p. 96. <<

[430] *Tragediia sovetskoi derevni: kollektivizatsiia i raskulachivanie. Dokumenty i materialy*, 5 vols. (Moscú, 1999-2004), vol. 5: 1937-1939, parte 1, 1937, pp. 32, 33, 46, 54, 387; Kuromiya, «Accounting for the Great Terror», *op. cit.*, pp. 92-93. <<

[431] N. Petrov y A. Roginski, «"Pol'skaia operatsiia" NKVD

1937-1938 gg»., en L. Eremina (ed.) *Repressii protiv poliakov i pol'skij grazhdan* (Moscú, 1996), pp. 40-43. Sobre las «operaciones nacionales» como forma de «limpieza étnica», véase T. Martin, *The Affir-mative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939* (*Ithaca, 2(H)l), pp. 328-343.* <<

[432] V. Garros, N. Korenevskaia y T. Lahusen (eds.), *Intimacy and Terror* (Nueva York, 1995), p. 357. <<

[433] Entrevista a Vladimir Piatnitski, San Petersburgo, septiembre de 2005. <<

[434] R. Thurston, *Life and Terror in Stalin's Russia* (New Haven, 1996), pp. 727. <<

[435] V. Frid, *58^2: zapiski lagernogo pridurka* (Moscú, 1996), p. 91. <<

[436] Entrevista a Viacheslav Kolobkov, San Petersburgo, mayo de 2004. <<

[437] E. Ginzburg, *Journey into the Whirlwind* (Nueva York, 1967 [hay trad. esp. de Enrique Sordo y Fernando Gutiérrez, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2005), pp. 21-22. <<

[438] E. Bonner, *Mothers and Daughters* (Londres, 1992), p. 263. <<

[439] La personificación de estos bolcheviques es Rubashov, el viejo revolucionario de la novela de Ar— tluir Koestler *El cero y el infinito* (1941), quien confiesa aceptando la acusación de traición en su jui— (io, aunque es inocente, porque anhela servir al Estado. <<

[440] MP, f. 4, op. 4, d. 2,11. 2, 15; op. 5, d. 5,11. 3-4; L. IPina, *Moi otets protiv NKVD* (San Petersburgo, 1998), pp. 16-21. <<

[441] MSP, f. 3, op. 12, d. 2,11. 35-40, 116-117. <<

[442] SFA, I. Slavina, «Tonen'kii nerv istorii», ms., pp. 9-13. <<

[443] R. Conquest, *The Great Terror: A Reassessment* (Londres, 1991), pp. 75, 87, 89, 127. <<

[444] V. Bronshtein, «Stalin and Trotsky's Relatives in Russia», en T. Brotherstone y P. Dukes (eds.), *The Trotsky Reappraisal* (Edimburgo, 1992), pp. 8-15. <<

[445] Getty and Naumov, *The Road to Terror*, op. cit., pp. 486-487; Chuev, *Sto sorok besed*, op. cit., p. 415. <<

[446] *Golgofa*, op. cit., p. 29. <<

[447] Véase también MSP, f. 3, op. 34, d. 2; MP, f. 4, op. 16, dd. 2, 3. <<

[448] *Golgofa, op. cit.*, pp. 31, 34, 35-36, 43, 45; entrevista a Vladimir Piatnitski, San Petersburgo, agosto de 2005. <<

[449] *Golgofa*, op. cit., p. 37. <<

[450] M. Prishvin, «Dnevnik 1937 goda», *Oktiabr'*, n.° 9, 1995, p. 168. <<

[451] Conquest, *The Great Terror, op. cit.*, p. 256; M. Prishvin y V. Prishvin, *My s toboi. Dnevnik liubvi* (Moscú, 1996), p. 13. <<

[452] MP, f. 4, op. 25, d. 2,11. 910. <<

[453] MSP, f. 3, op. 8, d. 2,1. 9. <<

[454] MP, f. 4, op. 6, d. 2,11. 18, 37. <<

[455] E. Gerstein, *Moscú Memoirs* (Londres, 2004), p. 79. <<

[456] MM, f. 12, op. 14, d. 2,11. 15-16. <<

[457] MM, f. 12, op. 7, d. 2,1. 23. <<

[458] Gerstein, *Moscú Memoirs*, op. cit., p. 214. <<

[459] MP, f. 4, op. 8. d. 2,1. 22. <<

[460] MM, f. 12, op. 28, d. 2,11. 12, 35-36. <<

[461] GFA, O. Golovnia, «Dom na Vasil'evskoi», ms., pp. 23. <<

[462] Prishvin, «Dnevnik 1937 goda», *Oktiabr’*, n.° 9, 1995, p. 158. <<

[463] A. Man’kov, *Dnevniki tridtsatyjgodov* (San Petersburgo, 2001), p. 144. <<

[464] Prishvin, «Dnevnik 1937 goda», *Oktiabr’*, n.° 9, 1995, p. 165. <<

[465] Para una perspectiva diferente del papel de la escritura de diarios íntimos, véanse los trabajos de Jochen Hellbeck citados en la introducción. <<

[466] «“Zhizn’ stala veselei…” Iz dnevnika 1936 goda», *()htiabr’*, n.° 10, 1993, p. 4; M. Prishvin, «Dnevnik 1937 goda», *Oktiabr’*, n.° 11, 1994, p. 144; del mismo autor, *Sóbrame sochinenii*, 8 vols. (Moscú, 1986), vol. 8, p. 473. <<

[467] J. Hellbeck, *Revolution on My Mind: Writing a Diary Under Stalin* (Cambridge,,2006), pp. 304-305, 306, 308-309, 311-322; RGALI, f. 2.172, op. 3, d. 5,1. 249. <<

[468] E. Evangulova, *Krestnyi put’* (San Petersburgo, 2000), pp. 68, 81, 83. <<

[469] Man’kov, *Dnevniki*, p. 59. <<

[470] Prishvin and Prishvin, *My s toboi, op. cit.*, pp. 22-23, 35, 37. <<

[471] MM, f. 12, op. 25, d. 2, 1. 136; Kravchenko, *I Chose Freedom, op. cit.*, p. 448; Thurston, *Life and Terror in Stalin’s Russia, op. cit.*, p. 71. Una cifra menor de diez mil informantes en Moscú en 1930 es consignada por un oficial de la OGPU citado por G. Aga- bekov, *GPU: zapiski chekista* (Moscú, 1931). Véase también V. Semistiaha, «The Role and Place of Secret Collaborators in the Info mational Activity of the GPUNKVD in the 1920s and 1930s (on the Basis of Materials of the Donbass Region)», *Cahiers du Monde Russe*, vol. 42, n.° 2-4 (2001), pp. 231-244. <<

[472] Sobre estas redes de informantes de base, véanse C. Hooper, «Terror from Within: Participation and Coercion in Soviet Power, 1924-1964» (tesis doctoral, Universidad de, Princeton, 2003), pp. 154-164. <<

[473] K. Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia* (Moscú, 1990), p. 50. <<

[474] W. Leonhard, *Child of the Revolution* (Londres, 1957), pp. 100-102. <<

[475] Frid, 5S7$_2$, pp. 160-161. <<

[476] MP, f. 4, op. 9, d. 2,11. 25-27; d. 5,11. 89. <<

[477] O. Adamova-Sliuzberg, *Put'* (Moscú, 2002), p. 172. <<

[478] TsAODM, f. 369, op. 1, d. 161,11. 1-2. <<

[479] Entrevistado en *The Hand of Stalin* (parte 2), October Films, 1990. <<

[480] Adamova-Sliuzberg, *Put', op. cit.*, pp. 19-20. <<

[481] Citado en Thurston, *Life and Terror in Stalin's Russia*, op. cit., p. 154. <<

[482] MSP, f. 3, op. 16, d. 2,11. 34, 63-65. <<

[483] Entrevista a Lev Molotkov, San Petersburgo, mayo de 2003. <<

[484] N. Adler, *Beyond the Soviet System: The Gulag Survivor* (New Brunswick, 2002), p. 216; I. Shijeeva-Gaister, Semeinaia jronika vremen kul'ta lichnosti: 1925-1953 (Moscú, 1998), p. 32. <<

[485] Conquest, *The Great Terror, op. cit.*, p. 222; V. Kozlov, «Denunciation and Its Functions in Soviet Governance: A Study of Denunciations and Their Bureaucratic Handling from Soviet Police Archives, 1944-1953», *Journal of Modern History*, vol. 68, n.° 4 (diciembre de 1996), p. 875. Sobre los apartamentos, véase V. Buchli, *An Archaeology of Socialism*

(Oxford, 1999) pp. 113-117. <<

[486] MSP, f. 3, op. 36, d. 2,11. 3, 1314; d. 3,11. 4-6. <<

[487] Simonov, *Glazami, op. cit.*, pp. 55, 62. <<

[488] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 5,11. *65-67*; entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre de 2003. <<

[489] RGALI, f. 632, op. 1, d. 12,11. 28-29; d. 13,1. 10; entrevista a Semion Vorovski, Moscú, junio de 2005. <<

[490] RGALI, f. 631, op. 15, d. 242,11. 68; f. 618, op. 3, d. 27,11. 5-14. <<

[491] RGALI, f. 653, op. 1, d. 1087,1. 4. <<

[492] RGALI, f. 63 1, op. 15, d. 226,1. 72. <<

[493] RGALI, f. 1814, op. 1, d. 437,11. 17. <<

[494] RGALI, f. 632, op. 1, d. 15,1. 23. <<

[495] RGALI, f. 632, op. 1, d. 12,1. 13. <<

[496] E. Dolmatovski, *Bylo: zapiski poeta* (Moscú, 1982); entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre de 2003. <<

[497] RGALI, f. 1812, op. 1, d. 96,1.7. <<

[498] RGALI, f. 631, op. 115, d. 265,1. 34. <<

[499] A. Granovski, *All Pity Choked: The Memoirs of a Soviet Secret Agent* (Londres, 1952), p. 101. <<

[500] Ginzburg, *Journey into the Whirlwind*, op. cit., pp. 90-92. <<

[501] A. Gorbatov, *Years off My Life* (Londres, 1964), pp. 103-104. <<

[502] Conquest, *The Great Terror, op. cit.*, pp. 203-204. Puede ser que el móvil de Iakir haya sido en parte salvar a los miembros de su familia (que fueron luego fusilados o enviados a los campos de trabajo). <<

[503] F. Beck y W. Godin, *Russian Purge and the Extraction*

of Confession (Londres, 1951), p. 86. <<

[504] S. Vilenski (ed.), *Till My Tale is Told* (Londres, 1999), pp. 124-126. <<

[505] Entrevistado en *The Hand of Stalin* (part 2), October Films, 1990. <<

[506] Entrevista a Ida Slavina, Colonia, junio de 2003. <<

[507] MM, f. 12, op. 21, d. 2,11. 289; op. 32, d. 2,1. 17. <<

[508] MP, f. 4, op. 18, d. 2,11. 325, 49-50. <<

[509] VFA, cartas de Pavel a Eugenia Vittenburg, [febrero de] 1937. <<

[510] TsMAMLS, f. 68, op. 1, d. 76, 1. 77; d. 124,1. 19; d. 141,1. 88. <<

[511] N. Kaminskaia, *Final Judgment: My Life as a Soviet Defence Attorney* (Nueva York, 1982), p. 19. <<

[512] MM, f. 12, op. 23, d. 2,11. 37-38. <<

[513] Simonov, *Glazami, op. cit*., pp. 54-55. <<

[514] Adamova-Sliuzberg, *Put', op. cit*., p. 11. <<

[515] *Deti GULAG a 1918-1956, Rossiia XX vek. Dokumenty* (Moscú, 2002), pp. 272-273. <<

[516] O. Jlevniuk, «The Objectives of the Great Terror, 1937-1938», en D. Hoffman (ed.), *Stalinism* (Londres, 2003), p. 98; Jansen y Petrov, *Stalin's Loyal Executioner, op. cit*., pp. 187-188, 191. <<

[517] SLFA, Mark Laskin, «Vospominaniia», ms., p. 41. <<

[518] Simonov, *Glazami, op. cit*., p. 59. <<

[519] V. Shentalinski, *The KGB's Literary Archive* (Londres, 1993), pp. 186-187. <<

[520] RGALI, f. 1712, op. 1, d. 21,1. 4, op. 4, d. 8,1. 37. <<

[521] RGALI, f. 1712, op. 3, d. 13,1. 1. <<

[522] GARF, f. 5446, op. 82, d. 66, 11. 287-288. Véase también L. Siegelbaum y A. Sokolov (eds.), *Stalinism as a Way of Life: A Narrative in Documents* (Yale, 2000), pp. 237-241. <<

[523] Adamova-Sliuzberg, *Put', op. cit.*, pp. 77-78. <<

[524] P. Solomon, *Soviet Criminal Justice under Stalin* (Cambridge, 1996), p. 234. <<

[525] M. Shreider, *NKVD iznutri: zapiski chekista* (Moscú, 1995) p. 42. <<

[526] Ibid., p. 91. <<

[527] Ibid., pp. 104-105. <<

[528] Ibid., p. 120. <<

[529] Bonner, *Mothers and Daughters*, op. cit., p. 304. <<

[530] A. Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago 1918-1956: An Experiment in Literary Investigation, 3 vols*. (Londres, 1974-1978), vol. 2, p. 637. <<

[531] Adamova-Sliuzberg, *Put', op. cit.*, pp. 11-12. <<

[532] MSP, f. 3, op. 37, d. 2, I. 93. <<

[533] MSP, f. 3, op. 12, d. 2,11. 42-3. <<

[534] MP, f. 4, op. 6, d. 2,11. 610, 39-41, 45-49; d. 3,11. 16. <<

[535] *Golgofa, op. cit.*, pp. 30, 32, 35; entrevista a Vladimir Piatnitski, San Petersburgo, agosto de 2005. <<

[536] MSP, f. 3, op. 18, d. 1,1. 1; d. 2,11. 23, 7-10. <<

[537] MP, f. 4, op. 25, d. 2,11. 7-8, 13-16, 18, 19, 21-22, 26-30. <<

[538] Véase, p. e., MSP, f. 3, op. 4, d. 2; MP, f. 4, op. 4, d. 2; V. Shapovalov (ed.), *Rememberin the Darkness: Women in Soviet Prisons* (Lanham, 2001), pp. 2.289; N. Ulano vskaia y M. Ulanovskaia, *Istoriia odnoi sem'i* (Nueva York, 1981), p. 135.

<<

[539] MM, f. 12, op. 2, d. 2,11. 16-20. <<

[540] O. Liubchenko, «Arbat 30, kvartira 58», *Istochnik*, n.° 5-6 (1993), pp. 26-29. <<

[541] En una reunión de trabajadores del Partido y operarios, realizada en diciembre de 1935, un joven operario dijo que lucharía por la victoria del socialismo pese a que era hijo de un kulak, a lo cual Stalin respondió: «Un hijo no es responsable de su padre». La prensa soviética tomó este falaz eslogan y lo convirtió en la «directiva» de Stalin. <<

[542] SFA, I. Slavina, «Tonen'kii nerv istorii», ms., p. 31; entrevista a Ida Slavina, Colonia, junio de 2003. <<

[543] Bonner, *Mothers and Daughters, op. cit.*, pp. 254-255 (donde Bonner afirma por error que el nombre de la directora de la escuela era Klaudia Vasileevna); entrevista a Elena Bonner, Boston, noviembre de 2006. <<

[544] Entrevista a Ida Slavina, Colonia, septiembre de 2004. <<

[545] MSP, f. 3, op. 46, d. 2,11. 17-18, 42-43. <<

[546] MP, f. 4, op. 18, d. 2,1. 53. <<

[547] MSP, f. 3, op. 37 d. 2,11. 235, 37. <<

[548] MM, f. 1, op. 1, d. 169 (de Sofía a Vladimir Antonov-Ovseienko, 16 de octubre de 1937). <<

[549] GARF, f. 7523, op. 123, d. 202,11. 16-19. <<

[550] GARF, f. 5446, op. 26, d. 105,11. 35-36. <<

[551] Adamova-Sliuzberg, *Put', op. cit.*, pp. 60-63. <<

[552] MP, f. 4, op. 6, d. 2,11. 37-38. <<

[553] MSP, f. 3, op. 4, d. 2,1. 24. <<

[554] *The Diary of Nina Kosterina* (Londres, 1972), pp. 35, 44, 53, 85, 163, 165. <<

[555] M. Baitalski, *Notebooks for the Grandchildren: Recollections of a Trotskyist Who Survived the Stalin Terror* (Nueva Jersey, 1995), pp. 334-335. <<

[556] MSP, f. 3, op. 10, d. 1,1. 1; d. 3,11. 7, 10-11. <<

[557] Irina nunca se enteró de su muerte. Siguió intentando localizarlo, y hasta su muerte, acaecida en 1974, escribió cientos de cartas dirigidas a las autoridades soviéticas. Después de 1956, Irina fue invitada a unirse al Partido, pero se negó. <<

[558] *Golgofa, op. cit.*, pp. 41, 46, 53-54; entrevista a Vladimir Piatnitski, San Peters- burgo, septiembre de 2005. <<

[559] *Golgofa, op. cit.*, pp. 33, 42. <<

[560] Ibíd., pp. 41-42 <<

[561] Entrevista a Vladimir Piatnitski, San Petersburgo, septiembre de 2005. Se encontraba bajo tratamiento psiquiátrico desde mayo de 1938 (véase *Golgofa, op. cit.*, p. 88). <<

[562] *Golgofa, op. cit.*, pp. 42-43, 58. <<

[563] Ibíd., pp. 57, 100. <<

[564] Ibíd., pp. 52, 61; entrevista a Vladimir Piatnitski, San Petersburgo, septiembre de 2005. <<

[565] L. Razgon, *True Stories* (Londres, 1997), p. 131. <<

[566] Starkov, «The Trial» *op. cit.*, p. 1.307. <<

[567] *Lubianka. Stalin iglavnoe upravleniegosbezopasnosti NKVD, 1937- 1938* (Moscú, 2004), p. 544. <<

[568] *Golgofa*, op. cit., p. 80. <<

[569] Ibíd., pp. 83-84. <<

[570] En 1941, Igor volvió a ser acusado de haber organizado una «conspiración antisoviética», esta vez con hijos de «enemigos del pueblo», y se añadieron otros cinco años a su

condena. Volvió a Leningrado en 1948, pero pronto fue arrestado nuevamente por «agitación contrarrevolucionaria» y sentenciado a cinco años (cumplió ocho) en el campo de trabajo de Norilsk <<

[571] Ibíd., p. 99. <<

[572] Entrevista a Vladimir Piatnitski, San Petersburgo, septiembre de 2005. <<

[573] *Golgofa, op. cit.*, pp. 114-116. <<

[574] MP, f. 4, op. 2, d. 2,11. 7-10. <<

[575] MP, f. 4, op. 2, d. 2,1. 5. Véae igualmente MM, f. 4, op. 11, d. 2,11. 40-41. <<

[576] MP, f. 4, op. 2, d. 2,1. 10. <<

[577] MSP, f. 3, op. 41, d. 2,1. 10. <<

[578] MSP, f. 3, op. 41, d. 2,11. 6, 11, 31-32, 54, 59, 62-63, 65. <<

[579] MSP, f. 3, op. 6, d. 2,11. 6, 10, 25-26. <<

[580] Sobre los primogénitos que debían asumir el papel de adultos en familias monoparentales, véase MP, f. 4, op. 24, d. 2,11. 39-40; op. 13, d. 2,11. 42-44. <<

[581] MSP, f. 3, op. 37, d. 2,11. 11-12, 40; 1. Shijeeva-Gaister, *Semeinaia vjronika vre- men kul'ta lichnosti: 1925-1953* (Moscú, 1998), pp. 36-38, 41-47, 50, 53-54, 187. <<

[582] MP, f. 4, op. 22, d. 2,11. 34, 246, 34-35. <<

[583] Véase S. Davies, *Popular Opinion in Stalin's Russia: Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941* (Cambridge, 1997), pp. 131-132. <<

[584] MM, f. 1, op. 3, d. 905 (25 de enero de 1939). <<

[585] Véase en particular MM, f. 1, op. 1, d. 5.401; op. 3, d. 5.923; f. 12, op. 25, d. 2; op. 31, d. 2 <<

[586] MM, f. 1, op. 3, d. 905 (25 de agosto de 1940); f. 12, op. 3, d. 2, I. 31. <<

[587] L. Siegelbaum y A. Sokolov (eds.), *Stalinism as a Way of Life: A Narrative in Documents* (Yale, 2000), p. 401. <<

[588] GMim, f. 2. n.º 51291-1345; VS I 1026; f. 6. VS 1937, VS 1937 VS 1938. <<

[589] MM, f. 12, op. 22, d. 1,1. 1; d. 2,11. 5-6, 14 <<

[590] MSP, f. 3, op. 40, d. 2, 11. 10, 22; d. 5 (20 de mayo de

1940). <<

[591] MSP, f. 3, op. 40, d. 2,11. 7, 18, 24, 34-35. <<

[592] MSP, f. 3, op. 16, d. 2,11. 71-72. <<

[593] MSP, f. 3, op. 16, d. 1; d. 2,11. 25-27. <<

[594] GARF, f. 5207, op. 3, d. 49,1. 190; d. 56,1. 18. <<

[595] A. Applebaum, *Gulag: A History of the Soviet Camps* (Londres, 2003), p. 300. <<

[596] Su padre, Pavel Bulat, era un economista político de la Academia Político-Militar de Leningrado. Nina, la madre, era ingeniera y geóloga. <<

[597] MSP, f. 3, op. 29, d. 2,11. 1, 3, 14, 20-21. <<

[598] MM, f. 12, op. 27, d. 2,11. 4, 72. <<

[599] MSP, f. 3, op. 13, d. 2,11. 4-6, 21-24. <<

[600] MSP, f. 3, op. 24, d. 2,11. 10, 41; d. 4, 1. 25. <<

[601] MSP, f. 3, op. 24, d. 2,11. 37-38. <<

[602] MSP, f. 3, op. 24, d. 2,11. 20, 39-40. <<

[603] M. Nikolaev, *Detdom* (Nueva York, 1985), pp. 48-49, 89. <<

[604] Ibid., pp. 42, 65, 101. <<

[605] Ibid., pp. 77-79, 126; entrevista a Viktoria Shweitser (viuda de Mijail Nikolaev), Moscú, julio de 2004. <<

[606] MSP, f. 3, op. 24, d. 2,1. 16; d. 4,1. 21. <<

[607] MSP, f. 3, op. 12, d. 2,1. 68. <<

[608] MSP, f. 3, op. 12, d. 2,11. 127-130. <<

[609] E. P. Evangulova, *Krestnyi put** (San Petersburgo, 2000), pp. 59, 69, 75, 77, 81. <<

[610] Ida fue entrevistada para la película de la BBC *The Hand of Stalin* (1989). <<

[611] SFA, I. Slavina, «Na vesakh nadezhdy i otchaianiia», ms., p. 1. <<

[612] MSP, f. 3, op. 42, d. 2,1. 23; d. 3,11. 12. <<

[613] Después de la caída del comunismo, Liuba se convirtió en miembro activo de su iglesia, y publicó un libro sobre la vida de su padre (L. Tetiueva, *Zhizn' pravoslavnogo sviashchennika*, Perm, 2004). <<

[614] MP, f. 4, op. 12, d. 2,11. 10, 14, 32, 63-64. <<

[615] Elizaveta no tuvo fotografías de su madre hasta principios de la década de 1990, cuando recibió el legajo de su madre de los archivos del antiguo KGB. <<

[616] MSP, f.3, op. 11, d. 2, 11. 39, 61, 62, 63-64, 72. <<

[617] Lynne Viola, «Tear the Evil From the Root: The Children of Spetspereselentsy of the North», en Natalia Baschmakoffy Paul Fryer (eds.), *Modernization of the Russian Provinces*, número especial de *Studia Slavica Finlandensia*, 17 (abril de 2000), pp. 60-61. <<

[618] MP, f. 4, op. 18, d. 2,11. 11, 16, 50, 52, 65, 76; d. 5,11. 22-23. <<

[619] MP, f. 4, op. 2, d. 2,1. 14. <<

[620] Después del estallido de la guerra, en junio de 1941, las prisioneras que habían cumplido su sen— tencia en el área de prisión fueron obligadas a vivir y trabajar en los barracones del asentamiento. Así, una prisionera sentenciada a tres años en 1938 no era de hecho liberada del ALZhIR hasta 1945. <<

[621] Entrevistas a Oksana Kozmina (Moscú, 1988), Klaudia Goncharova (Moscú, 1986), Inna llina (Moscú, 1988), Lydia Violina (Moscú, 1988), Klaudia Babaeva (Moscú, 1988); GFA, entrevistas a Sergei Barinov (Akmolinsk, 1988); *Leninskaia smena*, 2 de junio de 1988, p. 2; M. Shreider, *NKVD iznutri: zapiski chekista* (Moscú, 1995), p. 117. Véase más en A.

Kukushkina, *Akmolinskii lager' zhen 'izmennikov rodiny\ Istoriia i sud'hy* (Karaganda, 2002). <<

[622] MP, f. 4, op. 2, d. 2,11. 4, 45, 51. <<

[623] A. Applebaum, *Gulag, op. cit.*, p. 234; I. Shijeeva-Gaister, *Semeinaia jronika vremen* kul'ta lichnosti: Í925-Í953 (*Moscú, 1998), pp. 47-48.* <<

[624] SFA, I. Slavina,'Na vesaj nadezhdy i otchaianiia', ms., pp. 6-7. <<

[625] Entrevista a Oksana Kozmina, Moscú, 1988. <<

[626] La investigación más detallada sobre los hombres y mujeres «de confianza» se encuentra en A. Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago 1928-1956: An Experiment in Literary Investigation*, 3 vols. (Londres, 1974-1978), vol. 2, pp. 251-291. <<

[627] MM, f. 12, op. 29, d. 2,11. 1, 18. <<

[628] H. Volovich, «My Past», en S. Vilenski (ed.), *Till My Tale is Told: Women's Memoirs o/ the GULAG* (Bloomington, 1999), pp. 260-264. <<

[629] Applebaum, *Gulag, op. cit.*, p. 293. <<

[630] Entrevistas a Oksana Kozmina (Moscú, 1988), Klaudia Goncharova (Moscú, 1986), Inna Ilina (Moscú, 1988), Lydia Violina (Moscú, 1988), Klaudia Babaeva (Moscú, 1988), Mijail Iusipenko (Akmolinsk, 1988). <<

[631] Acerca de este tema, véase Solzhenitsin, *Gulag, op. cit.*, vol. 2, pp. 229-234; Applebaum, *Gulag, op. cit.*, pp. 285-291. <<

[632] Eugeni fue torturado y luego fusilado por el mismo Beria, en ese entonces jefe del Partido en la capital georgiana. Ketevan sirvió de inspiración para el personaje de Ketevan Barateli en la película *Uvpentence* (1984), de Tengis Abuladze. <<

[633] MIFA, Tina Mijeladze, «Vospominaniia», ms., pp. 18; entrevista a Vajtang Mije- ladze, Moscú, abril de 2003. <<

[634] MSP, f. 3, op. 41, d. 2,11. 10-12, 40-41, 83-91. <<

[635] GFA, Oksana Golovnia, «Vospominaniia», ms., pp. 5-7. <<

[636] GFA, carta de Anatoli a Liuba Golovnia, 22 de junio de 1940; cartas de Polina Eisner a Liuba Golovnia, 11 de diciembre de 1940 y 22 de marzo de 1941 <<

[637] GFA, Oksana Golovnia, «Predislovie k pis'mam», ms., p. 411; Polina Eisner (Iva- nova), «Autobiografiia» (febrero de 1942); entrevista a Oksana Kozmina, Moscú, 1988; cartas de Anatoly a Liuba Golovnia, 23 de julio de 1939; 1 de marzo, 27 de marzo y 3 de abril de 1940. <<

[638] Entrevista a Alexei Simonov, Moscú, noviembre de 2003. <<

[639] RGALI, f. 632, op. 1, d. 14,11. 26-27. <<

[640] RGALI, f. 631, op. 2, d. 453,1. 21; f. 2.897, op. 1, d. 114; A. Simonov, *Chastnaia kollektsiia* (Nizhny Novgorod, 1999), pp. 35-36, 49; entrevistas a Alexei Simonov, Moscú, noviembre de 2003; SLFA, Eugenia Laskina a Alexandra Ivanisheva, 8 de septiembre de 1939; Konstantin Simonov a Eugenia Laskina, agosto de 1939. <<

[641] RGALI, f. 1814, op. 1, d. 93,1. 20. <<

[642] J. Colvin, *Nomonhan* (Londres, 1999), pp. 169-175. <<

[643] RGALI, f. 1814, op. 1, d. 480, 1. 106; op. 6, d. 170, 1. 46; op. 10, d. 339, 11; K. Simonov, *100 sutok voiny* (Moscú, 1999), p. 295. <<

[644] G. Roberts, «The Soviet Decision for a Pact with Nazi Germany», *Soviet Studies*, vol. 44, n.° 1 (1992), pp. 57-78; R. Overy, *The Dictators: Hitler's Germany and Stalin's Russia* (Londres, 2004), p. 486. <<

[645] C. Merridale, *Ivan's War: The Red Army 1939-1945* (Londres, 2005), p. 44. <<

[646] RGALI, f. 1814, op. 6, d. 170,11. 44-46; K. Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia* (Moscú, 1990), p. 67; Simonov, *100 sutok voiny, op. cit.*, pp. 292-293. <<

[647] Simonov, *100 sutok voiny, op. cit.*, pp. 297-298. <<

[648] Konstantin Simonov v vospominaniiaj sovremennikov (*Moscú, 1984), pp. 18-20.* <<

[649] N. Pushnova, *Valentina Serova* (Moscú, 2003), pp. 10, 298-299; entrevista a Maria Simonova, Moscú, marzo de 2004. <<

[650] Pushnova, *Valentina Serova, op. cit.*, pp. 48-49. <<

[651] Ibid., p. 96. <<

[652] Entrevista a Fania Laskina, Moscú, julio de 2004. <<

[653] Pushnova, *Valentina Serova*, p. 115; M. Simonova, «la pomniu», *Ogonek*, 1993, n.° 6, pp. 22-23; entrevista a Fania Laskina, Moscú, noviembre de 2003. <<

[654] MFA, L. Majnach, «Oskolki bylogo s vysoty nastoiashchego», ms., pp. 1-14; de Vladimir a Maria Majnach, noviembre de 1941; TsAODM, f. 3, op. 52, d. 27, 1. 21. <<

[655] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 339, 1. 6; K. Simonov, *100 sutok voiny* (Moscú,1999), pp. 6-17. <<

[656] Simonov, *100 sutok voiny, op. cit.*, pp. 51-52; SLFA, M. Laskin, «Vospominaniia», ms., p. 55. <<

[657] RGALI, f. 1.814, op. 4, d. 5, 11. 7, 58. Para saber más acerca del desarrollo de las ideas de Simonov sobre el Terror durante los años de la guerra, véase A. Karaganov, *Konstantin Simonov vblizi i na rasstoianii* (Moscú, 1987), pp. 88-89. Acerca del legado del Terror en las fuerzas armadas soviéticas, E. Seniavskaia, «Dujovnyi oblik frontovogo poko- leniia: istoriko-psijologicheskii ocherk», *Vestnik MGU: Istoriia*, n.° 4, 1992, pp. 39-51; M. von Hagen, «Soviet Soldiers and Officers on the Eve of the German Invasion: Toward a Description of Social Psychology and Political Attitudes», en R. Thurston y B. Bon- wetsch (eds.), *The People's War: Responses to World War II in the Soviet Union* (Urbana, 2000), pp. 193 ss. <<

[658] Simonov, *100 sutok voiny, op. cit.*, pp, 17-21, 53, 121, 409-411. <<

[659] Moskva voennaia 1941-1945: memuary i atjivnye dokumenty (*Moscú, 1995), p. 475; C. Merridale*, Ivan's War: The Red Army 1939-1945 (*Londres, 2005), p. 84; Simonov*, 100 sutok voiny, op. cit., *p. 50.* <<

[660] *Moskva voennaia*, p. 478; R. Bidlack, «The Political Mood in Leningrad During the First Year of the Soviet-German War», *Russian Review*, vol. 59, n.° 1 (enero de 2000), pp. 101-111; G. Bordiugov, «The Popular Mood in the Unoccupied Soviet Union: Continuity and Change during the War», en *The People's War, op. cit.*, pp. 59-60; M. Gorinov,

«Muscovites Moods, 22 de junio de 1941 a mayo de 1942», en *The People's War, op. cit.*, pp. 119-120. <<

[661] V. Shapovalov (ed.), *Remembering the Darkness: Women in Soviet Prisons* (Lanham, Maryland, 2001), pp. 150-151; MSP, f. 3, op. 35, d. 1, 1. 1; d. 2, 1. 34. <<

[662] R. Overy, *Russia's War* (Londres, 1997), p. 94. <<

[663] E. Maksimova, *Deti voennoipory* (Moscú, 1988), pp. 235-308; Merridale, *Ivan's War, op. cit.*, p. 216. <<

[664] Entrevistas a Iuri Streletski, San Petersburgo, mayo de 2003 y febrero de 2004. <<

[665] J. Dunstan, *Soviet Schooling in the Second World War* (Basingstoke, 1997), p. 82; J. Barber y M. Harrison, *The Soviet Home Front, 1941-1945: A Social and Economic History of the USSR in World War II* (Londres, 1991), p. 128. <<

[666] MSP, f. 3, op. 3, d. 2,11. 14-15, 34-42; d. 3, 1. 28. <<

[667] MSP, f. 3, op. 45, d. 2,11. 9, 53, 88, 165. <<

[668] MSP, f. 3, op. 45, d. 2,11. 11, 46. <<

[669] *Moskva voennaia*, pp. 478, 481. <<

[670] Ibid., pp. 149, 152. <<

[671] K. Simonov, *Sobranie sochinenii*, 12 vols. (Moscú, 1979-1987), vol. 1, p. 171. He tomado prestada la traducción de Mike Munford (www.simonov.co.uk). <<

[672] Entrevista a Fania Laskina, Moscú, febrero de 2003; entrevista a Alexei Simonov, Moscú, septiembre de 2003; SLFA, papeles de Sonia Laskina; RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 339,1. 41. <<

[673] N. Pushnova, *Valentina Serova: krug otcbuzhdeniia* (Moscú, 2003), pp. 150-152, 161-165; entrevista a Alexei Simonov, Moscú, noviembre de 2003; RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 2.788,1. 1. <<

[674] A. Todd y M. Hayward (eds.), *Twentieth Century Russian Poetry* (Londres, 1993), pp. 623-624 (traducido por L. Yakovleva). <<

[675] L. Lazarev, *Konstantin Simonov. Ocherk zhizni i tvorchestva* (Moscú, 1985), pp. 66- 67, 71, 78-79; L. Pushkarev, *Po dorogam voiny: vospominaniia fol'klorista-frontovika* (Moscú, 1995), pp. 56-57; B. Pankin, *Chetyre la Konstantina Simonova* (Moscú 1999), p. 80; *Poslednie pis'ma s fronta. Sbornik*, 5 vols. (Moscú, 1991), vol. 3 (1943), p. 257. <<

[676] RGALI, f. 1.814, op. 1, d. 765,1. 9. <<

[677] Pushkarev, *Po dorogam voiny, op. cit.*, pp. 31, 57-58. <<

[678] Sobre este tema, véase Merridale, *Ivan's War, op. cit.*, pp. 93, 208, 272-274. <<

[679] RGALI, f. 1.814, op. 8, d. 93,11. 61-62. <<

[680] Simonov, *Sobranie sochinenii, op. cit.*, vol. 1, pp. 129-132. <<

[681] Lazarev, *Konstantin Simonov, op. cit.*, pp. 38-39, 70-72; del mismo autor, *Pamiat' trudnoi godiny, Velikaia otechestvennaia voina v russkoi literature* (Moscú, 2000, pp. 47-49; *Autobiographical Statements in Twentieth-Century Russian Literature* (Princeton, 1990), p. 13; R. Stites, «Soviet Russian Wartime Culture: Freedom and Control, Spontaneity and Consciousness», en *The People's War, op. cit.*, p. 175; V. Dunham, *In Stalin's Time: Midd- leClass Values in Soviet Fiction* (Durham, 1990), pp. 70-71. RGALI, f. 1.814, op. 1, d. 772,1. 362. <<

[682] L. Lazarev, *Shestoi etazh. Kniga vospominaniia* (Moscú, 1999), pp. 202-203. <<

[683] Según sus memorias, publicadas en 1998, Okunevskaia se había casado con Gorbatov en 1937, con la esperanza de que, como el hombre era un escritor conocido y periodista del

Pravda, pudiera protegerla del arresto (su padre, que había sido arrestado por ser funcionario zarista en 1925, fue arrestado una vez más, junto con su abuela, y enviado a un campo de trabajo en 1937, mientras que ella misma fue despedida de la película que estaba filmando y no pudo encontrar ningún otro trabajo como actriz). Durante los diez años siguientes, la pareja vivió con el estilo de vida lujoso típico de la élite soviética. Se los veía siempre en las recepciones del Kremlin, donde la belleza de Tatiana atrajo las atenciones del jefe de la NKVD, Laurenti Beria. En 1947, fue violada en repetidas oportunidades por Beria, hecho que era conocido por todos los miembros de la dirigencia soviética. En sus memorias, Okunevskaia alega que Gorbatov no hizo nada para protegerla. Lo acababan de ascender al Comité Central, y no quería ser motivo de agitación. Tatiana se volvió salvaje y escandalosa, llebía mucho y actuaba con indiscreción en las recepciones del Kremlin. Temiendo que la arrestaran, Gorbatov rogó a su esposa que tratara de salvarse afiliándose al Partido. Pero ella se negó. Para salvarse a sí mismo, según Okunevskaia, Gorbatov presentó a las autoridades evidencias de las actividades de su esposa. Tatiana fue arrestada y sentenciada a diez años en los campos de Kolyma por espionaje (había estado en el extranjero con frecuencia, y se conocían sus aventuras con hombres extranjeros, incluyendo a Josip Tito, el primer ministro yugoslavo). El arresto de Okunevskaia era causa de frecuentes disputas en la casa de los Simonov. En sus memorias, Okunevskaia se muestra profundamente hostil hacia Simonov, describiéndolo, al igual que lo hace también en el caso de Gorbatov, como un aborrecible arribista del Partido. Recordando la primera vez que ambos se vieron, en 1937, en Peredelkino, momento en el que, según alega, él trató de violarla, la actriz describe al escritor como «el más

desagradable [de los amigos de Gorbatov], grosero y rudo, carente de gracia, sucio y descuidado», una semblanza radicalmente opuesta a la figura cultivada y respetable que describen otros en ese momento. (T. Okunevskaia, Tat'ianin den' [Moscú, 1998], pp. 65—66.) <<

[684] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 1.532, 1. 4; d. 775, 1. 1; entrevistas a Fania Laskina, Moscú, junio y septiembre de 2003; Pushnova, *Valentina Serova, op. cit.*, pp. 181-182, 290; T. Okunevskaia, *Tat'ianin den'* (Moscú, 1998), pp. 119-120. <<

[685] Véase, p. e., RGALI, f. 1.814, op. 1, d. 765,11. 15, 66, 68, 77. <<

[686] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 1.530,1. 2; d. 1.533,11. 29-30. <<

[687] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 2.768,1. 10; d. 1, 1. 1; d. 1.533, 11. 1.819; d. 2.768, 115. <<

[688] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 1, 1. 3. <<

[689] RGALI, f. 1.814, op. 9, d, 1.533,1. 19. <<

[690] N. Ivanova, «Konstantin Simonov "Glazami cheloveka moego pokoleniia"», *Znamia*, n.° 7; 1997, RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 339,1. 8; entrevista a Alexei Simonov. Londres, mayo de 2004; entrevista a Marina Babak, Moscú, noviembre de 2003. <<

[691] RGALI, f. 1.814, op. 6, d. 170,1. 17; entrevista a Alexei Simonov, Moscú, septiembre de 2003; Lazarev, *Shestoi etazh, op. cit.*, p. 213. <<

[692] Karaganov, *Konstantin Simonov, op. cit.*, pp. 9-10; A. Simonov, *Chastnaia kollektsiia* (Nizhny Novgorod, 1999), pp. 22-24; SLFA, de Zhenia Laskina a Vladimir Lugovskoi, 28 de agosto de 1943; de Sonia Laskina a Vladimir Lugovskoi, 21 de agosto de 1943; entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre

de 2003; RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 1.812,11. 1-2. <<

[693] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 339, 1. 20; K. Simonov, *Segodnia i davno* (Moscú, 1978), p. 321; E. Dolmatovski, *Bylo: zapiskipoeta* (Moscú, 1982), p. 58 (también RGALI, f. 1.814, op. 6, d. 170,1. 2). <<

[694] *Krasnaia zvezda*, 28 de agosto de 1941, p. 1; 7 de noviembre de 1941, p. 4; RGALI, f. 1.814, op. 1, d. 993,1. 37; K. Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia* (Moscú, 1990), p. 87. <<

[695] Simonov, *100 sutok voiny, op. cit.*, pp. 550-551. <<

[696] Ibid., pp. 17-21. <<

[697] La Orden sólo fue conocida por el público soviético en 1988, cuando fue publicada como parte de la política del *glasnost* o apertura, aunque en 1942 había sido distribuida a todas las unidades de las fuerzas armadas soviéticas. <<

[698] Merridale, *Ivan's War, op. cit.*, 134-138. <<

[699] R. McNeal, *Stalin: Man and Ruler* (Londres, 1988), p. 241; R. Parker, *Moscow Correspondent* (Londres, 1949), pp. 21-22. <<

[700] El ejército ruso luchó en los Cárpatos durante la Primera Guerra Mundial. <<

[701] Pushkarev, *Po dorogam voiny, op. cit.*, p. 60; E. Seniavskaia, *Chelovek na voine. Istoriko-psijologicheskie ocherki* (Moscú, 1997), pp. 47-48; Lazarev, *Konstantin Simonov*, p. 68; Karaganov, *Konstantin Simonov, op. cit.*, p. 68; Simonov, *Sobranie sochinenii, op. cit.*, vol. 1, pp. 105-107; A. Werth, *Russia at War 1941-1945* (Londres, 1964), p. 412. Werth equivoca el final de la obra. La frase que cita aparece en un momento anterior. <<

[702] K. Simonov, *Pis'ma o voine, 1943-1979* (Moscú, 1990), p. 110. <<

[703] D. Samoilov, *Podennye zapisi*, 2 vols. (Moscú, 2002), vol. 1, p. 140; «Zaveshchanie zhivym (pis'ma s fronta)», *Sovetskaia Rossiia, 9* de mayo de 1991. <<

[704] lili la familia Golovin, tres de los cuatro hijos de Nikolai perdieron la vida en combate en 1941: Ivan (entonces de treinta y cuatro años), Nikolai (de veintiocho años) y Anatoli (de veintiún años). <<

[705] Seniavskaia, «Dujovnyi oblik», p. 49; V. Kondrat'ev, «Ne tol'ko o svoem pokolenii. Zametki pisatelia», *Kommunist*, n.° 7, 1997, p. 122. <<

[706] S. Conze y B. Fieseler, «Soviet Women as Comrades-in-Arms: A Blind Spot in Soviet History», en *The People's War*, n.° 7, p. 212. <<

[707] Entrevistas a Rebekka (Rica) Kogan, San Petersburgo, junio y noviembre de 2003. <<

[708] A. Chuianov, *Stalingradskii dnevnik*, 1941-1943 (Volgograd, 1968), p. 209; *Konstantin Simonov rasskazyvaet* (Moscú, 1981), p. 106. <<

[709] RGASPI, f. 17, op. 125, d. 190,1. 16. <<

[710] D. Glantz, *The Siege of Leningrad, 1941-1944: 900 Days of Terror* (Londres, 2001), pp. 75-76. <<

[711] La formulación clásica de esta influyente teoría es de E. Shils y M. Janowitz, «Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II», *Public Opinion Quarterly*, n.° 12, 1948, pp. 280-315 <<

[712] E. Seniavskaia, *Frontovoe pokolenie 1941-1945: istoriko-psijologicheskoe issledov- anie* (Moscú, 1995), p. 86; del mismo autor, «Dujovnyi oblik», n.° 12, pp. 46-47; C. Merridale, *Night of Stone: Death and Memory in Russia* (Londres, 2000), p. 179. <<

[713] R. Overy, *Russia's War* (Londres 1998), p. 197. <<

[714] J. Erickson, *The Road to Berlin* (Londres, 1983), p. 40. <<

[715] V. Zemskov, «Ukaz ot 26 Iunia 1940 g. (Eshche odna kruglaia data)», *Raduga*, n.° 6, 1990, p. 47. <<

[716] MP, f. 4, op. 15, d. 2,11. 79; d. 3,1. 2. <<

[717] MP, f. 4, op. 11, d. 2,11. 268. <<

[718] E. Bacon, *The Gulag at War: Stalin's Forced Labour System in the Light of the Archives* (Londres, 1994), p. 144; L. Borodkin y S. Ertz, «Coercion versus Motivation: Forced Labor in Norilsk», en Paul Gregory y Valeri Lazarev (eds.), *The Economics of Forced Labor: The Soviet Gulag* (Stanford, 2003), p. 78. <<

[719] S. Ertz, «Building Norilsk», en *The Economics of Forced Labor, op. cit*., pp. 127- 150; O *vremeni, o Noril'ske, o sebe… Vospominaniia*, 5 vols. (Moscú, 2001-2006), vol. 3, p. 12; Borodkin y Ertz, «Coercion versus Motivation», *op. cit*., pp. 77, 86-88. <<

[720] MM, f. 12, op. 18, d. 2,1. 27. <<

[721] Entrevistas a Vasilina Dmitruk, Vera Pristupa, Maria Treimanis (nacida Maria Fishchuk), Norilsk, julio de 2004. <<

[722] Entrevista a Anna Darvina, Norilsk, julio de 2004. <<

[723] Entrevista a Semion Golovko, Norilsk, julio de 2004. <<

[724] MM f. 2, op. 5 («Khranit' vechno!», ms.). <<

[725] RGALI, f. 3.084, op. 1, d. 1.390,11. 1, 13; MSP, f. 3, op. 22, d. 2,11. 19-21, 36- 37; d. 4, 11. 15-16; entrevistas a Natalia Bahailova, Severodvinsk, marzo y noviembre de 2005; entrevista a Nina Sazhnova, Saratov, noviembre de 2004; entrevista a Nina Levina, Krasnoiarsk, agosto de 2005. <<

[726] N. Mandelstam, *Hope Abandoned* (Londres, 1989), p. 252 B. Pasternak, *Doctor Zhivago* (Londres, 1958), p. 453; O.

Ivinskaia, *Vplenu vremeni: gody c B. Pasternakom* (Moscú, 1972), p. 96. <<

[727] Kondrat'ev, «Ne tol'ko o svoem pokolenii», *op. cit.*, p. 224. <<

[728] M. Gefter, «Stalin umer vchera…», en *Inogo ne daño* (Moscú, 1988), p. 305; VFA, A. Levidova, «Vospominaniia», ms., p. 118. <<

[729] H. Smith, *The Russians* (Londres, 1976), p. 369; V. Kondrat'ev, «Paradoks fron- tovoi nostal'gii», *Literaturnaia gazeta*, 9 de mayo de 1990, p. 9. <<

[730] Entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre de 2003. <<

[731] P. Blake y M. Hayward (eds.), *Dissonant Voices in Soviet Literature* (Nueva York, 1962), pp. 164-167 (traducido por Walter Vickery). <<

[732] Sobre el colapso de los centros de entrenamiento ideológico del Partido durante la guerra, véase R. Brody, *Ideology and Political Mobilization: The Soviet Home Front During World War II* (Pittsburgh, 1994), pp. 24-26. <<

[733] Merridale, *Ivan's War, op. cit.*, p. 141; Werth, *Russia at War, op. cit.*, p. 943; *Prav- da*, 24 de junio de 1944, p. 2; entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre de 2003; MSP, f. 3, op. 30, d. 2, 1. 23. <<

[734] Smith, *The Russians, op. cit.*, p. 370. <<

[735] MM, f. 12, op. 25, d. 2. <<

[736] MSP, f. 3, op. 14, d. 2,11. 46-53, 87-90; d. 3,11. 27-33. <<

[737] MP, f. 4, op. 11, d. 2,11. 10, 34-37. <<

[738] V. Pirozhkova, *Poteriannoepokolenie* (San Petersburgo, 1998), p. 154. <<

[739] TsAODM, f. 1.870, op. 3, d. 1,11. 15-17; d. 3,11. 33-34. <<

[740] MM, f. 12, op. 21, d. 2,11. 31-32. <<

[741] E. Zubkova, *Russia After the War: Hopes, Illusions and Disappointments, 1945- 1957* (Londres, 1998), p. 17; «Voina, kotoruiu ne znali: iz. dnevnika, prokommentiro-vannogo samym avtorom 45 let spustia», *Sovetskaia kul'tura*, 5 de mayo de 1990, p. 4; entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre de 2003. <<

[742] M. Prishvin, *Sobranie socbinenii*, 8 vols. (Moscú, 1986), vol. 8, pp. 392, 435- 436; VFA, A. Levidova, «Vospominaniia», ms., p. 119; S. Gus'kov, *Esli ostanus' zbiv* (Moscú, 1989), p. 215; entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre de 2003. <<

[743] GARF, f. 9.041, op. 2, d. 202, 1. 8; RGASPI, f. 558, op. 11, d. 868, 1. 56; f. 17, op. 122, d. 122,11. 2730; *Pravda*, 11 de septiembre de 1989. <<

[744] GARF, f. 7253, op. 16, d. 79,1. 173; Merridale, *Ivan's War, op. cit.*, pp. 292-293. <<

[745] Seniavskaia, «Dujovnyi oblik», *op. cit.*, pp. 49-50. <<

[746] T. Dunmore, *Soviet Politics 1945-1953* (Londres, 1984), p. 129; Zubkova, *Russia After the War, op. cit.*, p. 94; Bordiugov, «The Popular Mood», *op. cit.*, pp. 66, 68. <<

[747] MSP, f. 3, op. 4, d. 2,11. 41-2, 46, 57-58. <<

[748] MSP, f. 3, op. 16, d. 2,11. 30-34, 74-78, 98. <<

[749] Simonov, *Sobranie sochinenii, op. cit.*, vol. 9. p. 639. <<

[750] SLFA, M. Laskin, «Vospominaniia», ms., p. 72. <<

[751] *Pravda*, 27 de junio de 1945. <<

[752] Chelovek y istorii. Rossiia-XX vek: sbornik rabot pobeditelei (*Moscú, 2002), p. 293.* <<

[753] Véase Merridale, *Ivan's War, op. cit.*, pp. 232-234. <<

[754] Kondrat'ev, «Ne tol'ko o svoem pokolenii», *op. cit.*, pp. 112-116; del mismo autor, «Paradoks frontovoi nostal'gii» *op. cit*. <<

[755] MSP, f. 3, op. 29, d. 2,11. 5-6. <<

[756] MM, f. 1, op. 1, d. 1942; d. 1944; f. 12, op. 16, d. 2,11. 12-15, 68-69. <<

[757] MM, f. 1, op. 1, d. 1944. <<

[758] MM, f. 1, op. 1, d. 1944; f. 12., op. 16, d. 2,11. 27, 29, 69. <<

[759] MM, f. 12., op. 16, d. 2,11. 323. <<

[760] MM, f. 12, op. 16, d. 2,11. 34, 71-72, 85. <<

[761] MP, f. 4, op. 2, d. 2,11. 64-89. <<

[762] Se podría argumentar que, en proporción, Polonia sufrió más, pero en números absolutos la pérdida de vidas humanas y de propiedades fue mucho mayor en la Unión Soviética. <<

[763] Las autoridades soviéticas decidieron que un veterano herido que estaba en condiciones de trabajar no era un inválido. Las autoridades alentaban a los veteranos heridos a buscar empleo —ya que consideraban que los endurecía y los estimulaba a recuperarse—, y sólo concedieron una pequeña pensión por invalidez a alrededor de tres millones de veteranos (B. Fiesler, «The War Disabled in the Soviet Union 1945—1964», trabajo presentado en la Escuela de Estudios Eslavos y del Este de Europa. Londres, septiembre de 2006). <<

[764] E. Zubkova, *Russia After the War: Hopes, Illusions and Disappointments, 1945- 1957 (Londres, 1998), pp. 20-21, 38; Liudskiepoteri SSSR vperiod vtoroi mirovoi voiny: sbornik statei* (San Petersburgo, 2005), p. 130. <<

[765] M. Heller y A. Nekrich, *Utopia in Power: The History of the Soviet Union from 1917 to the Present* (Londres, 1986), pp. 472-473; RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 387, 1. 4; d. 389,1. 10. <<

[766] Zubkova, *Russia After the War, op. cit.*, pp. 11, 40. M. Ellman da una tasa de mortalidad más baja (1,5 millones de muertos) en «The 1947 Soviet Famine and the Entitlement Approach to Famines», *Cambridge Journal of Economics*, 24 (septiembre de 2000), p. 615. <<

[767] MP, f. 4, op. 2, d. 2,11. 13, 1920, 24-26, 76-79. <<

[768] RGASPI, f. 17, op. 117, d. 530,11. 37-38. <<

[769] Iz suzhdenii sovetskij hudei o poslevoennyj problemaj i o zhizni v SSSR», *Isto- riia otechestva v dokumentaj, 1945-*

1993 (Moscú, 1995) p. 17. <<

[770] I. Ehrenburg, *The War, Í94Í-Í945* (Londres, 1964), p. 124; R. Service, *A History of Twentieth-Century Russia* (Londres, 1997), p. 299 (la cita ha sido alterada para facilitar la comprensión); A. Mikoian, *Tak bylo: razmyshleniia o minuvshem* (Moscú, 1999), pp. 513-514. <<

[771] «El pequeño [Hans] Sachs» (de *Los maestros cantores de Nuremberg*, de Wagner). <<

[772] Entrevista a Marianna Gordon, San Petersburgo, octubre de 2003. <<

[773] Alusión a La joven guardia, de Alexandre Fadeiev, una novela acerca de una organización juvenil clandestina en la Ucrania ocupada durante la Segunda Guerra Mundial, que ganó el Premio Stalin en 1946. <<

[774] Entrevista a Valentina Alexandrova, San Petersburgo, diciembre de 2003. <<

[775] RGASPI, f. 17, op. 125, d. 424,11. 5.871. Sobre estos grupos véase J. Fiirst, «Prisoners of the Self? Political Opposition Groups in Late Stalinism», *Europe-Asia Studies*, vol. 54, n.° 3 (2002), pp. 353-375; H. Kuromiya, «“Political Youth Opposition in Late Stalinism”: Evidence and Conjecture», *Europe-Asia Studies*, vol. 55, n.° 4 (2003), pp. 631-638. <<

[776] MSP, f. 3, op. 20, d. 2,11. 53, 59. <<

[777] Liudmila (que aún está viva) siguió progresando hasta convertirse en directora del Departamento de Historia del Partido de la Universidad de Leningrado. <<

[778] MSP, f. 3, op. 47, d. 2,11. 21, 31, 35, 38, 55. <<

[779] Véase N. Tumarkin, *The Living and the Dead: The Rise and Fall of the Cult of World War ÍÍ in Russia* (Nueva York, 1994), p. 104; L. Lazarev, *Pamiat' trudnoigodiny. Velikaia*

otechestvennaia voina v russkoi literature (Moscú, 2000), pp. 61-63. <<

[780] *Pravda*, 10 de febrero de 1946; A. Applebaum, *Gulag: A History of the Soviet Camps* (Londres, 2003), p. 415. <<

[781] Circula una leyenda sobre el desfile de la victoria celebrado en Moscú el 24 de junio de 1945, en el que Zhukov encabezó la columna de soldados a través de la plaza Roja, montado en un caballo árabe blanco. Se decía que Stalin había pretendido encabezar el desfile, pero que en el ensayo el caballo lo había tirado de su lomo. La leyenda no es verídica, pero sugiere el deseo popular de que Stalin fuera destituido por Zhukov. <<

[782] R. Overy, *Russia's War* (Londres, 1997), pp. 304-307. <<

[783] Voznesenski no promulgó una restauración de la economía mixta, pero sí favoreció suprimir el control de precios estatal para que los precios pudieran reflejar mejor la oferta y la demanda. También impulsó una expansión del sector cooperativo, así como una mayor inversión en las industrias de consumo, tales como las textiles; ambas medidas habían sido muy importantes para determinar la primera etapa exitosa de la NPE. <<

[784] A. Danilov y A. Pyzhikov, *Rozhdenie sverjderzhavy: SSSR v pervye poslevoennye gody* (Moscú, 2001), p. 108. <<

[785] GARF, f. 9.401, op. 2, d. 234,11. 148, 153; d. 199,1. 392: S. Fitzpatrick, «Postwar Soviet Society: The «Return to Normalcy», 1945-1953», en S. Linz (ed.), *The Impact of World War II on the Soviet Union* (Totowa, 1985), pp. 143-145. <<

[786] P. Gregory, «An Introduction to the Economics of the Gulag», en P. Gregory y V. Lazarev (eds.), *The Economics of Forced Labor: The Soviet Gulag* (Stanford, 2003), pp. 14, 16;

G. Alexopoulos, «Amnesty 1945: The Revolving Door of Stalin's Gulag», *Slavic Review*, vol. 64, n.° 2 (verano de 2005), p. 274; Y. Gorlizki y O. Jlevniuk, *Cold Peace: Stalin and the Soviet Ruling Circle, Í945-Í953* (Oxford, 2004), pp. 130-131, 268-271 <<

[787] Para un buen ejemplo de una familia que se reunió en Norilsk, cfr. los archivos Kuznetsova-Babailova en MSP, f. 3, op. 22, dd. 25. <<

[788] MM, f. 12, op. 20, d. 2. <<

[789] MSP, f. 3, op. 8, d. 2. <<

[790] L. Borodkin y S. Ertz, «Coercion versus Motivation: Forced Labor in Norilsk», en Gregory y Lazarev (eds.), *The Economics of Forced Labor, op. cit.*, pp. 102-103. <<

[791] V. Dunham, *In Stalin's Time: Middle-Class Values in Soviet Fiction* (Nueva York, 1976). <<

[792] N. DeWitt, *Education and Professional Employment in the USSR* (Washington,pp. 606-607, 638-639. <<

[793] A. Inkeles y R. Bauer, *The Soviet Citizen: Daily Life in a Totalitarian Society* (Cambridge, 1959), pp. 289, 326-327. <<

[794] C. Milosz, *The Captive Mind* (Londres, 1953), pp. 55, 57. <<

[795] Entrevistas a Irma Alexandrova, San Petersburgo, mayo y noviembre de 2003. <<

[796] MSP, f. 3, op. 37, d. 2, 11 44-45. <<

[797] MFA, L. Majnach, «Oskolki bylogo s vysoty nastoiashchego», ms., p. 76. <<

[798] MSP, f. 3, op. 34, d. 2, 1. 4. Véase también MM, f. 12, op. 32, d. 2, 11. 77-78. <<

[799] MP, f. 4, op. 2, d. 2,11 32-33. <<

[800] MP, f. 4, op. 13, d. 2,11. 37-38, 39, 42-43, 56. <<

[801] Entrevistas a Iurii Streletski, San Petersburgo, mayo de 2003 y febrero de 2004. <<

[802] PFA, «Vospominaniia», ms., pp. 17, 224; entrevistas a Tatiana Elagina, Moscú, mayo y octubre de 2003 (nombre cambiado por petición de la fuente). <<

[803] MP, f. 4, op. 7, d. 2,11. 3, 7, 11-12, 26, 28, 39-40. <<

[804] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 360, 1. 45; K. Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia* (Moscú, 1990), p. 82; A. Karaganov, *Konstantin Simonov vblizi i na rasstoianii* (Moscú, 1987), p. 103. <<

[805] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 346. <<

[806] K. Simonov, *Segodnia i davno* (Moscú, 1978), pp. 143-144; N. Pushnova, *Valentina Serova* (Moscú, 2003), pp. 215-216. <<

[807] K. Chukovski, *Dnevnik, 1901-1969, 2* vols. (Moscú, 2003), vol. II, p. 210; RGALI, f. 631, op. 15, d. 1.004,1. 150; Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia, op. cit.*, p. 116. <<

[808] Entrevista a Alexei Simonov, Moscú, noviembre de 2003; entrevista a Marina Babak, Moscú, noviembre de 2003. <<

[809] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 343, 1. 1; N. Bianki, *K. Simonov i A. Tvardovski v ‘Novom mire’* (Moscú, 1999), p. 7; L. Fink, *Konstantin Simonov* (Moscú, 1979), pp. 220, 235, 251, 274. <<

[810] L. Chukovskaia, *Sochineniia v z tomaj* (Moscú, 2000), vol. 2, pp. 182, 186, 216. Simonov fue acusado de manera igualmente dictatorial como editor de la *Literaturnaia gazeta* (véase RGASPI, f. 558, op. 11, d. 878,1. 55). <<

[811] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 229, 11. 16, 20; Bianki, *K. Simonov i A. Tvardovski v «Novom Mire», op. cit.*, p. 16; B.

Pankin, *Chetyre La Konstantina Simonova* (Moscú, 1999), pp. 19, 23, 355; entrevista a Alexei Simonov, Moscú, noviembre de 2003; entrevista a Marina Babak, Moscú, noviembre de 2003. <<

[812] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 2.590, 11. 1, 2. Sobre Portugalov en Kolyma véanse los recuerdos que tiene de él Varlam Shalamov en RGALI, f. 2.596, op. 2, d. 133,11. 1-10. <<

[813] Karaganov, Konstantin *Simonov, op. cit.*, p. 136. Sobre Smeliakov, *Sluzhili dva tovarishcha: kniga o zhizrri kinodramaturgov Dunskogo i Frida* (Moscú, 2002), pp. 592-595. <<

[814] RGALI, f. 1.814, op. 1, d. 454, 11. 43, 45; d. 643, 11. 1-2; op. 9, d. 1.812, 1. 4. <<

[815] Con frecuencia se ha afirmado que Zhdanov era un moderado en política, un reformista liberal, pero que fue vencido por los miembros del círculo gobernante de línea dura de Stalin, como Malenkov, en el período en que se deterioraron las relaciones con Occidente, entre 1945 y 1946. Según esa perspectiva, las políticas de línea dura fueron en realidad impuestas por los rivales de Zhdanov en el liderazgo del Partido. Pero los archivos demuestran que Zhdanov no tenía ideas políticas independientes, y que las posturas políticas de la camarilla gobernante se adoptaron respondiendo a varias indicaciones de Stalin, quien usó a Zhdanov para imponer a todas las artes y ciencias soviéticas una rígida conformidad ideológica con la postura antioccidental del Partido. <<

[816] I. Berlin, «Meetings with Russian Writers in 1945 and 1956», en *Personal Impressions* (Oxford, 1982), pp. 160-161; N. Mandelstam, *Hope Abandoned* (Londres, 1989), p. 375. <<

[817] G. Carleton, *The Politics of Reception: Critical*

Constructions of Mijail Zoshcbenko (Evanston, 1998), pp. 231-232. <<

[818] Doklad t. Zhdanova o zhurnalaj *Zvezda* i *Leningrad*», *Novyi mir*, n.° 9, 1946, pp. iv-xix. <<

[819] Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia*, pp. 104-107; RGASPI, f. 17, op. 132, d. 229,1. 21. <<

[820] Por la misma razón, Simonov defendió al escritor Vasili Grossman, cuya pieza teatral *Si tuviéramos que creer a los pitagóricos* fue salvajemente atacada en *Pravda* en septiembre de 1946. Simonov escribió al director del periódico defendiendo a Grossman, alegando que un escritor que se había pasado «toda la guerra luchando en el frente» no merecía ser criticado con el lenguaje ofensivo empleado por el crítico, aun cuando hubiera cometido «graves errores ideológicos» (RGALI, f. 1814, op. 9, d. 1384,1, 2). <<

[821] Simonov, *Segodnia i davno, op. cit.*, pp. 337-338; A. Borshchagovski, *Zapiski balovnia sud'by* (Moscú, 1991), p. 235. <<

[822] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 331,11. 1-2; Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia, op. cit.*, pp. 118-120, 137, 141; entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre de 2003. <<

[823] SLFA, *K.M.*, película en dos partes, en DVD, comentarios de Benedikt Sar- nov en la parte I, en el minuto veintiséis; entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre de 2003. <<

[824] B. Schwarz, *Music and Musical Life in Soviet Russia, Í9Í7-Í910* (Londres, 1972), pp. 208, 218; Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, pp. 35-38; Zubkova, *Russia After the War, op. cit.*, pp. 119-123. <<

[825] H. Salisbury, *American in Russia* (Nueva York, 1955),

pp. 16-20, 38; G. Ivanova, «Poslevoennye repressii i Gulag», en *Stalin ijolodnaia voina* (Moscú, 1998), p. 255. <<

[826] J. Brent y V. Naukov, *Stalin's Last Crime: The Doctors' Plot* (Londres, 2003), p. 96. <<

[827] «Evreiskii antifashistskii komitet», *Izvestia TsK KPSS*, n. ° 12, 1989, p. 40; *Rea- bilitatsiia: politicheskie protsessy 30-50-jgodov* (Moscú, 1991), p. 326. <<

[828] Citado en A. Weiner, *Making Sense of War: The Second World War and the Fate of the Bolshevik Revolution* (Princeton, 2001), p. 195. <<

[829] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 2.645,11. 3-4, 9, 18; Borshchagovski, *Zapiski balovnia sud'by, op. cit.*, pp. 3, 77, 94; G. Kostirchenko, *Tainaia politika Stalina. Vlast' i antise- mitizm* (Moscú, 2001), pp. 319 ss. <<

[830] Zaslavski fue probablemente el autor del infame artículo del *Pravda* de 1936 («Un enredo en vez de música»), que atacaba la ópera de Shostakovich Lady Macbeth de Mtsenk. En 1929, Zaslavski había denunciado a su propio hermano, acusándolo de «trotskista», para demostrar su lealtad al Partido. Por iniciativa de Fadeiev, y con el acuerdo de Stalin, Zaslavski y Ehrenburg fueron eliminados de la lista de miembros del CJAF poco antes de que se produjera el arresto de los otros miembros, en diciembre de 1948 (RGALI, f. 2.846, op. I, dd. 75, 101, 187, 310, 311). <<

[831] A. Gerasimov, «Za sovetskii patriotism v iskusstve», *Pravda*, 10 de febrero de 1949; N. Gribachev, «Trotiv kosmopolitizma i formalizma v poezii», *Pravda*, 16 de febrero de 1949; T. Jrennikov, «Burzhuaznye kosmopoliry v muzykal'noi kritike», *Kul'tura i zhizn'*, 20 de febrero de 1949; «Do kontsa razoblachif kosmopolito-vantipatriotov», *Pravda*, 26-27 de febrero de 1949; L. Bol'shakov, «Razgromif burzhuaznyi kosmopolitizm v kinoiskusstve», *Pravda*, 3 de

marzo de 1949; etc <<

[832] Kostirchenko, *Tainaia politika Stalina, op. cit.*, pp. 334-335; Borshchagovski, *Zapiski balovnia sud'by, op. cit.*, pp. 185, 188-191; RGASPI, f. 83, op. 1, d. 5, 11. 92-95. <<

[833] RGASPI, f. 17, op. 132, d. 237, 11. 13-15. Véase también RGASPI, f. 77, op. 4, d. 73, 11. 7-11; Bianki, *K. Simonov i A. Tvardovski v «Novom Mire», op. cit.*, p. 19. <<

[834] RGASPI, f. 17, op. 118, d. 229,1. 17. <<

[835] N. Tipot (Sokolova), «Dnevnik», archivo privado. Sobre Sofronov y Simonov como rivales en la sucesión de Fadeiev, véanse las reflexiones de Borshchagovski en A. Borshchagovski, *Pustotelyi monolit* (Moscú, 2002), pp. 133-134, <<

[836] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 19 («Vospominaniia o kampanii po bor'be s kosmopolitizmom», ts., 1976); Borshchagovski, *Zapiski balovnia sud'by, op. cit.*, p. 214. <<

[837] Véase, p. e., K. Simonov, «Zadachi sovetskoi dramaturgii i teatral'naia kritika», *Pravda*, 27-28 de febrero de 1949 (de donde proviene la cita de Sartre y Miller); del mismo autor, «Zadachi sovetskoi dramaturgii i teatral'naia kritika'», *Literaturnaia gazeta*, 5 de marzo de 1949. <<

[838] RGASPI, f. 17, op. 132, d. 226,11. 16; d. 229,1. 30; Kostirchenko, *Tainaia poli- tika Stalina, op. cit.*, pp. 339-340. <<

[839] La expresión «escoria literaria» (*literaturnie podonki*) había sido empleada para calificar a Zoshchenko en el decreto del Comité Central del 14 de agosto de 1946. <<

[840] Borshchagovski, *Zapiski balovnia sud'by, op. cit.*, pp. 19, 35-36, 49, 187, 200, 204, 215, 223, 272, 278-279; entrevista a Aleksandr Borshchagovski, Moscú, noviembre de 2003. <<

[841] Borshchagovski, *Zapiski balovnia sud'by, op. cit.*, pp.

266, 279; entrevista a Aleksandr Borshchagovski, Moscú, noviembre de 2003; RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 4, 1. 4. <<

[842] Alexandre Borshchagovski murió en mayo de 2006, a los noventa y cuatro años. <<

[843] Entrevista a Aleksandr Borshchagovski, Moscú, noviembre de 2003; Borshchagovski, *Zapiski balovnia sud'by, op. cit.*, pp. 4, 240. <<

[844] Ibid., pp. 261-262. <<

[845] Véase A. Kozhevnikov, «President of Stalin's Academy: The Mask and Responsibility of Sergei Vavilov», *Isis*, vol. 87, n.° 1 (marzo de 1996), pp. 18-50; N. Tolstoi (ed.), *Brat'ia Nikolai i Sergei Vavilovi* (Moscú, 1991); M. Popovski, *The Vavilov Affair* (Hamden, 1984); S. Ivanovich, *Vavilov: ocherki i vospominaniia* (Moscú, 1991). Vavilov actuó subrepticiamente contra decisiones oficiales, y su oposición pasó desapercibida durante muchos años, quizás una de las razones por las que Solzhenitsin lo difamó como «presidente lacayo de la Academia de Ciencias», en A. Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago 1918-1956: An Experiment in Literary Investigation*, 3 vols. (Londres, 1974-1978), vol. 2, p. 638 <<

[846] RGASPI, f. 17, op. 132, d. 237,11. 14-15; RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 1.365,1. 1; f. 2.203, op. 1, d. 333,1. 1; f. 631, op. 16, d. 90; f. 2.203, op. 1, d. 333,1. 5; d. 336,1. 11; entrevista a Nina Aqipova, Moscú, noviembre de 2003; Borshchagovski, *Zapiski balovnia sud'by, op. cit.*, p. 321. <<

[847] RGALI, f. 1.814, op. 6, dd. 70, 173; d. 170, 1. 17; entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre de 2003; entrevista a Alexei Simonov, Moscú, julio de 2004. <<

[848] RGALI, f. 1.814, op. 1, d. 500. <<

[849] Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia, op. cit.*, pp. 126-128; Fink, Konstantin Simonov, de p. 229. <<

[850] RGALI, f. 1.814, op. 1, d. 563; op. 4, d. 10; op. 9, d. 5, 11. 69-70; RGASPI, f. 82, op. 2, d. 1.458,1. 49; f. 558, op. 11, d. 806,1. 164; Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia, op. cit.*, pp. 128-131. <<

[851] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 809, 11. 1-6; Karaganov, *Konstantin Simonov, op. cit.*, pp. 88-89; Simonov, *Segodnia i davno, op. cit.*, pp. 609-610. <<

[852] K. Simonov, *Sobranie sochinenii*, 12 vols. (Moscú, 1979-1987), vol. 12, p. 41. <<

[853] Entrevista a Alexei Simonov, Moscú, noviembre de 2003; RGALI, f. 1.814, op. 1, d. 454, 11. 28-41. <<

[854] Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia, op. cit.*, pp. 185-189 <<

[855] Véase *Gosudarstvennyi antisemitizm v SSSR: ot nachala do kul'minatsii, 1938-1953* (Moscú, 2005), pp. 27-61. <<

[856] Nacionalistas rusos antisemitas de la era zarista. <<

[857] Borshchagovski, *Zapiski balovnia sud'by, op. cit.*, p. 267. <<

[858] Natalia no estaba reafirmando de manera desafiante su condición de judía: lanacionalidad, o el origenétnico, era una categoría obligatoria en todos los documentos oficiales. <<

[859] MSP, f. 3, op. 37, d. 2, 11. 13, 52; I. Shijeeva-Gaister, *Semeinaia jronika vremen kul'ta licbnosti: Í925-1953* (Moscú, 1998), pp. 72-73, 78-79, 257. <<

[860] MM, f. 2, op. 5, d. 3; f. 12, op. 30, d. 2,1. 27. <<

[861] Entrevistas a Mark Epshtein, San Petersburgo, junio y octubre de 2003. <<

[862] SLFA, documentos varios; entrevista a Fania Laskina, Moscú, junio de 2003; entrevista a Alexei Simonov, Moscú, noviembre de 2003; RGAIA, f. 1.814, op. 9, d. 533; RGASPI, f.

495, op. 199, d. 207 (Zaidler). <<

[863] A. Simonov, *Chastnaia kollektsiia* (Nizhni Novgorod, 1999), p. 61. <<

[864] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 1.541,1. 36; d. 1.770,1. 2. <<

[865] Simonov, *Chastnaia kollektsiia, op. cit*., pp. 59-61. <<

[866] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 2.581. <<

[867] Kostirchenko, *Tainaia politika Stalina, op. cit*., pp. 619-626. <<

[868] Entrevistas a Fania Laskina, Moscú, junio de 2003, julio de 2004; entrevistas a Alexei Simonov, Moscú, noviembre de 2003; SLFA, de Iakov Jaron a Sonia Laskina, 8 de marzo de 1954; de Eugenia a Sonia Laskina, 28 de mayo de 1954. <<

[869] RGALI, f. 1.814, op. 1, d. 454, 1. 32; op. 10, d. 92, 1. 37; RGASPI, f. 17, op. 133, d. 390,11. 81-84; d. 389,11. 158-163; entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre de 2003. Para documentar que el autor de la carta del 24 de marzo es Simonov, véase *Nash sovremennik*, n.° 1, 1999, p. 206. <<

[870] Maltsev (Rovinski) era de *hecho ruso, pero compartía el nombre con un conocido editor judío de* Isvetsia, también llamado Rovinski (probablemente, Stalin los había confundido). Se cambió el apellido de Rovinski a Maltsev después de que una de sus primeras novelas despertara una reacción antisemita. <<

[871] Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia,* op. cit., pp. 189-204. <<

[872] RGALI, f. 1.814, op. 1, d. 802,1. 95. <<

[873] RGASPI, f. 17, op. 119, d. 452,11. 4-6; Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia, op. cit*., pp. 220-222; Fink, *Konstantin Simonov, op. cit*., p. 112. <<

[874] Brent y Naukov, *Stalin's Last Crime, op. cit*., pp. 9, 129,

176, 184; SLFA, M. Laskin, «Vospolninaniia», ms., p. 86; Zubkova, *Russia After the War, op. cit*., p. 137. <<

[875] S. Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar* (Londres, 2003), p. 568. <<

[876] En el otoño de 1952, Stalin había reemplazado al Politburó por un gran Presidium de veinticinco miembros, como paso preliminar y preparatorio de una nueva purga de la cúpula del Partido. <<

[877] Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia, op. cit*., pp. 223-227. <<

[878] Ibid., p. 229. <<

[879] RGALI, f. 1.814, op. 4, d. 10,1. 5. <<

[880] SLFA, M. Laskin, «Vospominaniia», ms., pp. 87-88. <<

[881] A. Knight, *Beria: Stalin's First Lieutenant* (Princeton, 1993), p. 185; A. Loks- hin, «"Delo vrachei": "Otkliki trudiashchijsia"», *Vestnik evreiskogo universiteta v Moskve*, n.° 1, 1994, pp. 52-62. <<

[882] MSP, f. 3, op. 4, d. 2,11. 43-44. <<

[883] Entrevista a Zinaida Belikova, San Petersburgo, mayo de 2003. <<

[884] Shijeeva-Gaister, *Semeinaia jronika, op. cit*., p. 175. <<

[885] *Sluzhili dva tovarishcha, op. cit*., p. 357; MM, f. 12, op. 30, d. 2,1. 22; O. Adamova-Sliuzberg, *Put'* (Moscú, 2002), p. 201. <<

[886] Véase Applebaum, *Gulag, op. cit*., pp. 435-453 <<

[887] A. Makarova, «Noril'skoe vosstanie. Mai-avgust 1953 goda», ms.; Applebaum, *Gulag, op. cit*., pp. 437, 440; MM, f. 12, op. 20, d. 2,11. 74-75, 89, 91. <<

[888] Una de las amistades más importantes que Lev forjó dentro de ese partido fue la de Andrei Starostin, uno de los

cuatro famosos hermanos Starostin, todos ellos astros futbolísticos del Spartak de Moscú. Lev conocía a Starostin desde la década de 1930 (llegó a ser capitán del equipo nacional sovié— tico). Las ideas de Starostin ejercieron una profunda influencia sobre Lev, quien incluso las consignó en un cuaderno. Una idea, que Lev considera ahora «el principio conductor» de toda su vida, estaba tomada de Tolstói: «Haz lo que sea necesario, y lo que crees que deberías hacer, y que sea lo que sea». <<

[889] MM, f. 12, op. 20, d. 2,11. 34, 48; f. 1, op. 1, d. 1.925,11. 11-30. <<

[890] MM, f. 12, op. 20, d. 2,1. 92; MSP, f. 3, op. 8, d. 2,1. 18; d. 3,11. 20-22; entrevista a Vasilina Dmitruk, Norilsk, julio de 2004. <<

[891] También sobre las moderadas demandas del levantamiento de mayo-junio de 1954 de la división Kengir del campo especial de Steplag, Kazajstán, véase S. Barnes, «"In a Manner Befitting Soviet Citizens": An Uprising in the Post-Stalin Gulag», *Slavic Review*, vol. 64, n.° 4 (invierno de 2005), pp. 823-850. <<

[892] MM, f. 12, op. 20, d. 2,11. 98, 101. <<

[893] *Istoriia stalinskogo Gulaga: konets 1920-j pervaia polovina 1950-j godov. Sobranie dokumentov v semi tomaj, vol. 6, Vosstaniia, bunty i zabastovski zakliuchennyj* (Moscú, 2004), pp. 320-413; Applebaum, *Gulag, op. cit.*, pp. 441-442; entrevista a Semion Golovko, Norilsk, julio de 2004. <<

[894] SLFA, Spravka MVD, 11 de noviembre de 1955; de Eugenia a Sonia Laski- na, 8 de septiembre de 1955, 5 de octubre de 1955; entrevista a Fania Laskina, septiembre de 2003; entrevista a Alexei Simonov, noviembre 2003. <<

[895] *Reabilitatsiia: kak eto bylo. Dokumenty prezidiuma TsKPSS i drugie materialy: mart 1953jevraV 1956* (Moscú, 2000), p. 213. <<

[896] SLFA, de Sonia Laskina a Dmitri Shepilov, 4 de junio de 1955; V. Frid, *58í/2: zapiski lagernogo pridurka* (Moscú, 1996), pp. 358-359. <<

[897] Y. Gorlizki y O. Jlevniuk, *Cold Peace: Stalin and the Soviet Ruling Circle, 1945- 1953* (Oxford, 2004), p. 131; D. Shepilov, *Neprimknuvshii* (Moscú, 2001), p. 267; A. Knight, *Beria: Stalin's First Lieutenant* (Princeton, 1993), pp. 209-210; K. Simonov, *Gla- zami cheloveka moego pokoleniia* (Moscú, 1990), pp. 246-247. <<

[898] V. Naumov, «Repression and Rehabilitation», en W. Taubman, S. Kruschev y A. Gleason (eds.), *Nikita Khrushchev* (New Haven, 2000), pp. 90-91; SLFA, de Sonia Laskina a Dmitri Shepilov, 4 de junio de 1955; de Konstantin Simonov a Eugenia Laskina, 24 de septiembre de 1955. <<

[899] N. Kruschev, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, traducido y editado por S. Talbott (Boston, 1974), p. 79; A. Hochschild, *The Unquiet Ghost: Russians Remember Stalin* (Londres, 1994), p. 223; N. Adler, *Beyond the Soviet System: The Gulag Survivor* (New Brunswick, 2002), pp. 90-93 <<

[900] SLFA, de Eugenia a Sonia Laskina, 16 de septiembre de 1955; de Vladimir Lugovskoi a Eugenia Laskina, 20 de julio de 1956; de Maia Bikova a Eugenia Laskina, 25 de diciembre de 1974; entrevista a Alexei Simonov, Moscú, junio de 2003. <<

[901] Dejó el Partido en cuanto Tania y su hermano Alexei emigraron a Estados Unidos —en el momento culminante de la campaña de Kruschev contra Elena Bonner y su segundo esposo, Andrei Saja— rov— en 1978. Elena Bonner había ingresado en el Partido en 1956. Dejó de pagar sus cuotas al Partido después de la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968, pero debido al temor por el bienestar de sus nietos, Ruth Bonner siguió pagando en secreto las cuotas de su hija hasta 1972 (entrevista con Elena Bonner, Boston, noviembre de 2006). <<

[902] E. Bonner, *Mothers and Daughters* (Londres, 1992), pp. 89-90, 328, 330-331; entrevista a Elena Bonner, Boston, noviembre de 2006. <<

[903] Compárese esto con las memorias de la disidente Liudmila Alekseieva, que recuerda que la lectura de Herzen y el ejemplo de los decembristas también influyeron en su distanciamiento moral del régimen soviético: L. Alexeieva y P. Goldberg, *The Thaw Generation: Coming of Age in the Post-Stalin Era* (Boston, 1990), pp. 34-35. <<

[904] MSP, f.3 op. 33,d. 2,11. 33, 39. <<

[905] MSP, f. 3, op. 45, d. 2,1. 47. <<

[906] Todo ello no ha sido confirmado por la prima de Mariana, Katia Bronshtein (German de soltera), quien tenía dieciocho años en ese momento. <<

[907] MSP, f. 3, op. 45, d. 2,11. 132, 166. <<

[908] MSP, f. 3, op. 45, d. 2,11. 26-27, 89-90, 134. <<

[909] MSP, f. 3, op. 24, d. 2,1. 38. <<

[910] MSP, f. 3, op. 35, d. 2,11. 40-54. <<

[911] Galina adoptó el apellido de su madre. <<

[912] MSP, f. 3, op. 39, d. 2,11. 27, 29. <<

[913] MSP, f. 3, op. 39, d. 3,11. 1-5. <<

[914] MSP, f. 3, op. 39, d. 2,11. 31. <<

[915] MSP, f. 3, op. 39, d. 2,11. 36, 47, 52, 54. <<

[916] B. Okudzhava, «Devushka moei mechty», en *Izbrannye proizvedeniia v dvuj tomaj* (Moscú, 1989), vol. 2, pp. 283-294. <<

[917] MP, f 4, op. 10, d. 2,11. 9, 28. <<

[918] MSP, f. 3, op. 38, d. 2,11. 19, 36. <<

[919] MM, f. 12, op. 29, d. 2,1. 20. <<

[920] SFA, I. Slavina, «Tonen'kii nerv istorii», ms., p. 17; entrevista a Ida Slavina, Colonia, junio de 2003. <<

[921] MP, f. 4, op. 2, d. 2,11. 23-24, 43-45. <<

[922] GFA, carta de Anatoli a Liuba Golovnia, 5 de diciembre de 1940; O. Golovnia, «Predislovie k pis'mam», ms., p. 70; L. Golovnia-Babitskaia, «Predsmertnye zapiski», ms., p. 4; A. Bachinski, «Zhizn', liubov' i smert' Anatolia Golovni», *Stolitsa S*, 17 de enero de 1997; entrevista a Eugenia Golovnia, Moscú, julio de 2004. <<

[923] MSP, f. 3, op. 46, d. 3,1. 43; MM, f. 12, op. 29, d. 2,11. 34-35. <<

[924] M. Nikolaev, *Detdom* (Nueva York, 1985), p. 96; entrevistas a Viktoria Shweitser, Moscú, julio de 2004; Amherst, noviembre de 2006. <<

[925] O. Adamova-Sliuzberg, *Put'* (Moscú, 2002), p. 153. <<

[926] Ibid., pp. 154-155. <<

[927] Sobre esto véase D. Field, «Communist Morality and Meanings of Private Life in Post-Stalinist Russia, 1953-1964» (tesis doctoral, Universidad de Michigan, 1996). Sobre la cultura joven: J. Furst, «The Importance of Being Stylish: Youth, Culture and Identity in Late Stalinism», en el libro

editado por él mismo, *Late Stalinist Russia: Society between Reconstruction and Reinvention* (Londres, 2006), pp. 209-230. <<

[928] MM, f. 12, op. 16, d. 2,11. 78, 79-80, 85, 97. <<

[929] MFA, L. Majnach, «Otets», ms., pp. 38; entrevista a Leonid Majnach, Moscú, julio de 2004. <<

[930] MSP, f. 3, op. 8, d. 2,1. 24. <<

[931] L. El'iashova, «"Kak zhit"? O zhizni Sof i Mijailovni Firsovoi», *Sankt-Peterburgskli Universitet*, n.° 22 (3489), 20 de octubre de 1998, p. 24; Frid, *58*$^{1/2}$, p. 389; *Sluzbili dva tovarishcha: kniga o zhizni kinodrarnaturgov Dunskogo i Frida* (Moscú, 2002), p. 146. <<

[932] MM, f. 12, op. 18, d. 2,11. 12-14, 17-19. <<

[933] En 1989, se enteró de que lo habían fusilado en 1937. <<

[934] MSP, f. 3, op. 41, d. 2,11. 37-41, 836; d. 3,1. 2. <<

[935] MP, f. 4, op. 22, d. 2,11. 16, 29, 35, 50, 53, 59. <<

[936] MM, f. 1, op. 1, dd. 841, 2.676; f. 12, op. 4, d. 2,11. 59-80. <<

[937] GFA, N. Iznar, «Autobiografiia»; de Natalia Iznar a Elena Abezgauz, sin fecha. <<

[938] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 2.581, 11. 2.836. <<

[939] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 229,11. 15, 17, 18, 11, 32, 47, 48. <<

[940] MM, f. 2, op. 1, d. 45,1. 105; A. Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago 1918-1956: An Experiment in Literary Investigation*, 3 vols. (Londres, 1974-1978), vol. 3, p. 455. <<

[941] A. Applebaum, «After the Gulag», *Nueva York Review of Books*, vol. 49, n.° 16 (24 de octubre de 2002), p. 41. <<

[942] MP, f. 4, op. 10, d. 2,11. 10-13. <<

[943] Adler, *Beyond the Soviet System, op.cit*. pp. 30-31; A.Applebaum, *Gulag: A History of the Soviet Camps* (Londres, 2003), p. 460; C. Hooper, «Terror, from Within: Participation and Coercion in Soviet Power, 1914-1964» (tesis doctoral, Universidad de 2003), p. 377. <<

[944] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago, op.cit*., vol. 3, p. 451. <<

[945] RGASPI, f. 560, op. 1, d. 37,1. 487. <<

[946] MM, f. 2, op. 1, d. 29 (Anatolii Brat [Zhukov], «Zhutkie gody»). <<

[947] MSP, f. 3, op. 8, d. 2,1. 28. <<

[948] Con el certificado de rehabilitación, los Turkin recibieron la información de que Alexander había muerto en un campo de trabajo pocas semanas después de su arresto, en 1936, a los cincuenta y dos años de edad.

MP, f. 4, op. 6, d. 2,11. 2.830, 3.940 <<

[949] MM, f. 12, op. 20, d. 2,1. 124. <<

[950] MP, f. 4, op. 6, d. *2*,1. 29. <<

[951] MP, f. 4, op. 2, d. 2,1. 26. <<

[952] Con el certificado de rehabilitación, los Turkin recibieron la información de que Alexandre había muerto en un campo de trabajo pocas semanas después de su arresto, en 1936, a los cincuenta y dos años de edad. <<

[953] Adamova-Sliuzberg, *Put', op.cit*., pp. 207-208. <<

[954] MP, f. 4, op. 2, d. 2,1. 46. <<

[955] MP, f. 4, op. 43, d. 2,1. 2. <<

[956] MSP, f. 3, op. 46, d. 2, 11. 514; d. 3,11. 49-50. <<

[957] TsAFSB, Aijivnos-ledstvennoe deio I. V. Slavina (P51.969); «Deio reabilitatsii» (N4N-012826/55); SFA, I. Slavina, «Put' na plakhu», ms., pp. 3-6, 103; entrevista a Ida

Slavina, Colonia, junio 2003. <<

[958] MSP, f. 3, op. 10, d. 2,11. 15, 30-35; d. 3, 11. 34-35. Véase también MSP, f. 3, op. 38, d. 2, 11. 236; MM, f. 12, op. 2, d. 2,11. 28-30. <<

[959] L. Chukovskaia, *Zapiski oh Anne Ajmatovoi*, 3 vols. (París, 1980), vol. 2, p. 137. <<

[960] MSP, f. 3, op. 12, d. 2,11. 6067, 131-133. <<

[961] MSP, f. 2, op. 51. d. 2,11. 3-7. <<

[962] MM, f. 12, op. 10, d. 2,11. 18-23. <<

[963] MSP, f. 3, op. 14, d. 2,11. 66-68; d. 3,11. 54-55. <<

[964] I. Sherbakova, «The Gulag in Memory», en L. Passerini (ed.), *International Yearbook of Oral History and Life Stories*, vol. 1: *Memory and Totalitarianism* (Oxford, 1992), p. 114 (la traducción ha sido levemente alterada para facilitar la comprensión). <<

[965] Véase A. Inkeles y R. Bauer, *The Soviet Citizen: Daily Life in a Totalitarian Society* (Cambridge, 1959). <<

[966] N. Mandelstam, *Hope Against Hope* (Londres, 1989), p. 48. <<

[967] Ibid., p. 49. <<

[968] *Vokrug Fadeeva: neizvestnye pis'ma, zametki i dokumenty* (Moscú, 1996), pp. 12, 122; RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 5, 1. 30; V. Kaverin, *Epilog: memuary* (Moscú, 2002), pp. 313-324. <<

[969] *ízvestia TsK KPSS*, n.° 10, 1990, p. 147. <<

[970] Sobre la amabilidad de Fadeiev, véase K. Chukovski, *Dnevnik, Í90Í-Í969*, 2 vols. (Moscú, 2003), vol. 2, pp. 282-283; A. Borshchagovski, *Zapiski balovnia sud'by* (Moscú, 1991), p. 21; y la carta de Ajmátova a Fadeiev de marzo de 1956, donde la agradece sus esfuerzos para liberar a su hijo Lev Gumiliov

de un campo de trabajo en Siberia («usted ha sido más amable y comprensivo que nadie en estos años terribles») en *Vokrug Fadeeva, op. cit.*, p. 161. <<

[971] RGALI, f. 618, op. 16, d. 88,1. 16. <<

[972] *Literaturnaia gazeta*, 17 de julio de 1954, pp. 2-3; 20 de julio de 1954, pp. 2-3. <<

[973] Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia, op. cit.*, pp. 248-253; entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre de 2003. <<

[974] *Pravda*, 4 de julio de 1954, p. 3. <<

[975] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 1.770,11. 21-22. Sobre la respuesta pública a la novela, véase D. Kozlov, «Naming the Social Evil: The Readers of *Novyi mir* and Vladimir Dudintsev's *Not by Bread Alone*, 1956-1959», en P. Jones (ed.), *The Dilemmas ofDe-Stali- nization: A Social and Cultural History of Reform in the Khrushchev Era* (Londres, 2005), pp. 80-98. <<

[976] Sacada clandestinamente de la Unión Soviética y publicada por primera vez en Italia en 1957, la novela *Doctor Zhivago* se convirtió en un éxito de ventas internacional, y Pasternak fue nominado para el Premio Nobel de literatura en 1958, pero bajo la presión de la Unión de Escritores y de un huracán de injurias nacionalistas por parte de la prensa soviética, el escritor se vio obligado a rechazar el premio. <<

[977] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 1.770, 1. 15; K. Simonov, *Segodnia i davno* (Moscú, 1978), p. 78; *A za mnoiu shumpogoni: Boris Pasternak i vlasP. Dokumenty 1956-1912* (Moscú, 2001), pp. 89-90. <<

[978] L. Lazarev, *Shestoi etazb: kniga vospominaniia* (Moscú, 1999), p. 201. <<

[979] *Reabilitatsiia: kak eto bylo, op. cit.*, pp. 349-351; W.

Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era* (Londres, 2003), pp. 270, 272, 274, 278. <<

[980] *Reabilitatsiia: kak eto bylo*, pp. 5-6; Taubman, *Khrushchev*, pp. 273-274. <<

[981] W. Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era* (Londres, 2003), pp. 282-283. <<

[982] P. Jones, «From the Secret Speech to the Burial of Stalin: Real and Ideal Responses to De-stalinization», en P. Jones (ed.), *The Dilemmas of De-Stalinization: A Social and Cultural History of Reform in the Khrushchev Era* (Londres, 2005), p. 47. <<

[983] L. Alexeieva y P. Goldberg, *The Thaw Generation: Coming of Age in the Post-Stalin Era* (Boston, 1990), p. 4. <<

[984] MM, f. 12, op. 4, d. 2,11. 47, 78. <<

[985] MSP, f. 3, op. 18, d. 2,11. 21-22. <<

[986] MP, f. 4, op. 26, d. 2,11. 12-14. <<

[987] MP, f. 4, op. 22, d. 2,11. 14, 62-64. <<

[988] MP, f. 4, op. 2, d. 2,11. 36-41. <<

[989] MSP, f. 3, op. 19, d. 2,11. 5, 24-33. <<

[990] MP, f. 4, op. 19, d. 2, 11. 26-27, 41-45; d.3,1. 1; d. 4, 11. 1-3. <<

[991] Shijeeva-Gaister, *Semeinaia jronika vremen kul'ta lichnosti: Í9Í5-1953* (Moscú, 1998), pp. 266-267; MSP, f. 3, op. 37, d. 2, 11. 31-32, 76 <<

[992] MSP, f. 3, op. 8, d. 2, 1. 25; MP, f. 4, op. 2, d. 2, 1. 23; MM, f. 12, op. 30, d. 2,11. 36-38. <<

[993] V. Shalamov, «Dry Rations», en *Kolyma Tales* (Londres, 1994), p. 43; MSP, f. 3, op. 37, d. 2,1. 45. Véase también: op. 1, d. 2,11. 33-34; op. 36, d. 2,11. 7-9. <<

[994] C. Merridale, *Night of Stone: Death and Memory in Russia* (Londres, 2000), p. 21. <<

[995] C. Garland (ed.), *Understanding Trauma: A Psychoanalytical Approach* (Londres,1998), pp. 4-5; D. Laub, «Truth and Testimony: The Process and the Struggle», en

Caruth (ed.), Trauma: Explorations in Memory (Baltimore, 1995), pp. 61-75. <<

[996] MSP, f. 3, op. 15, d. 3,1. 1. <<

[997] Entrevista a Alexei Simonov, Moscú, noviembre de 2003; entrevista a Marina Bahak, Moscú, noviembre de 2003; entrevista a Nina Arjipova, Moscú, noviembre de 2003. <<

[998] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 1.538; V. Pushnova, *Valentina Serova* (Moscú, 2003), pp. 258-284; entrevista a Maria Simonova, Moscú, marzo de 2004. <<

[999] Pushnova, *Valentina Serova, op. cit.*, p. 322; RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 775,1. 1. <<

[1000] Entrevistada en Moscú en el año 2004, Masha Simonova desconocía la existencia de esta carta, así como su contenido y los sentimientos volcados en ella. <<

[1001] Entrevista a Maria Simonova, Moscú, marzo 2004; RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 775,1. 1. <<

[1002] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 1.770, 1. 18; entrevista a Alexei Simonov, Moscú, septiembre de 2003. <<

[1003] Yenia trabajó en el Moskva entre 1957 y 1969, cuando fue despedida por «errores ideológicos graves» (había publicado poemas de Eugeni Yevtushenko). <<

[1004] SLFA, de Eugenia Laskina a Alexei Simonov, 18 de agosto de 1957; Mark Laskin, «Vospominaniia», ts., p. 15; RGALI, f. 1.814, op. 10. d. 342, 1. 20; entrevista a Fania Laskina, Moscú, julio de 2004; A. Simonov, *Chastnaia kollektsiia* (Nizhny Novgorod, 1999), pp. 42, 44-45, 148. <<

[1005] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 2.199,1. 2. RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 2.199,1. 2. <<

[1006] SLFA, de Alexei Simonov a Eugenia Laskina, 19 de agosto de 1956; de Alexei Simonov a Konstantin Simonov, 24 de octubre de 1956; de Konstantin a Alexei Simonov, 31 de

agosto de 1956. <<

[1007] SLFA, de Eugenia Laskina a Alexei Simonov, 26 de septiembre de 1956; Simonov, *Chastnaia kollektsiia, op. cit.*, p. 67; de Alexei a Konstantin Simonov, 7 de febrero de 1957. <<

[1008] Entrevista a Alexei Simonov, Moscú, noviembre de 2003; SLFA, Alexei Simonov, Diario, 23 de diciembre de 1956; de Alexei Simonov a Vladimir Dudintsev, 13 de diciembre de 1956; RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 1.770,11. 15-17, 22. <<

[1009] K. Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia* (Moscú, 1990), p. 12; entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre de 2003; RGALI, f. 1.814, op. 2, d. 127, 11. 2-3, 8. <<

[1010] V. Kondrat'ev, «Ne tol'ko o svoem pokolenii. Zametki pisatelia», *Kommunist*, n.° 7, 1997, p. 122. <<

[1011] Con una sola notable excepción, la de *En las trincheras de Stalingrado* (1946), de Viktor Nekra— sov, una vivida recreación de la vida de trincheras que evita los frecuentes clichés sobre el sabio liderazgo del Partido. Sorprendentemente quizá, la novela ganó el Premio Stalin en 1946. <<

[1012] Cuatro trabajos de ficción en esta categoría: *Los vivos y los muertos*, de Simonov; *La segunda noche* (1960), de Nekrasov; *Buena suerte, escolar* (1961), de Okudzhava, y *Los muertos no sienten dolor* (1965), de Vasil Bikau. <<

[1013] Durante su último año de vida, Simonov intentó abrir una colección especial con recuerdos y memorias de soldados en los archivos del Ministerio de Defensa, en Podolsk, en las afueras de Moscú, pero los altos mandos militares se opusieron a la idea («O popitke K. Simonova sozdat' arjiv voennij memuarov», *Otechestvennye aijivi*, 1993, no. I, pp. 63

—73). <<

[1014] Entrevista a Marina Babak, Moscú, noviembre de 2003 <<

[1015] K. Simonov, *Sto sutok voiny* (Smolensk, 1999); del mismo autor, *Raznye dni voiny: dnevntik pisatelia*, 2 vols. (Moscú, 1977-1978). <<

[1016] RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 11,11. 1-21; op. 8, d. 58,1. 98. <<

[1017] RGALI, f. 1.814, op. 9. dd. 2.590, 681, 1.857. <<

[1018] Simonov, *Chastnaia kollektsiia, op. cit.*, pp. 147-155. Los cortes, que sumaban sesenta páginas mecanografiadas, aparecieron de inmediato en la clandestinidad, y fueron incluidos en las ediciones extranjeras de la novela a partir de 1969. la primera versión completa de la novela apareció en la Unión Soviética en 1973. Véase la «Introducción» y las notas de R. Pevear al texto y la traducción de M. Bulgakov, *The Master and Margarita* (Londres, 1997), pp. vii-xix. <<

[1019] Entrevistas a Alexei Simonov, Moscú, septiembre y noviembre de 2003 y febrero de 2004. <<

[1020] RGALI, f. 1.814, op. 10, d. 376, 11. 20-21; *Konstantin Simonov v vospornina- niiaj sovremennikov* (Moscú, 1984), p. 291; N. Bianki, *K. Simonov i A. Tvardovski v «Novom Mire»* (Moscú, 1999), pp. 32-33. <<

[1021] L. Lazarev, *Shestoi etazh: kniga vospominaniia* (Moscú, 1999), pp. 208, 210; entrevista a Lazar Lazarev, Moscú, noviembre de 2005; Simonov, *Sto sutok voiny, op, cit.*, pp. 550-554; RGALI, f. 1.814, op. 9, d. 5,1. 63; op. 9, d. 19 («Vospominaniia o kampanii po bor’be s kosmopolitizmom», ts., 1976). <<

[1022] K. Simonov y I. Ehrenburg. *V odnoi gazete: reportazhi i stati Í94Í-Í945* (Moscú, 1979); Lazarev, *Shestoi etazh, op. cit.*,

pp. 201-202. <<

[1023] A. Solzhenitsin, *The Oak and the Calf: Sketches ofLliterary Life in the Soviet Union* (Londres, 1980). p. 299. <<

[1024] Entrevista a Viktor Erofeev, Moscú, noviembre de 2003; entrevista a Andrei Erofeev, Moscú, abril de 2004; entrevista a Nina Arjipova, Moscú, noviembre de 2003; Gillespie, «Metropol», *The Literary Encyclopedia*, 19 de noviembre de 2005 <<

[1025] Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia, op. cit.*, pp. 7-8. <<

[1026] Ibid. Fragmentos de las memorias fueron publicados primero en el periódico *Znamia* en 1988, n.° 3, pp. 3-66; n.° 4, pp. 49-121; n.° 5, pp. 69-96. <<

[1027] Véase p. ej. A. Mikoian, *Tak bylo: razmyshleniia o minuvshem* (Moscú, 1999), p. 589 («Por supuesto que somos responsables, pero hay que entender las circunstancias en las que trabajábamos. Había muchas cosas que nosotros no sabíamos. Simplemente, no podíamos hacer nada».) <<

[1028] Lev Razgon, *True Stories* (Londres, 1997), pp. 21-34. <<

[1029] Entrevista a Ivan Korchagin, Akmolinsk, septiembre de 1988. <<

[1030] IFA, «Kommentarii k pis'mam», ts., 1988; de Mijail Iusipenko a M. Zelder, 29 de diciembre de 1988; de Mijail Iusipenko a Sergei Barinov, 18 de agosto de 1988, entrevista con Oksana Kozmina, Moscú, 1988. <<

[1031] MM, f. 1, op. 2; f. 2, op. 5; f. 12, op. 9, dd. 2, 3. <<

[1032] Acerca de las relaciones entre memoria y relato, véase *The Testimony of Lives: Narrative and Memory in Post-Soviet Latvia* (Londres, 1998). <<

[1033] *Alexander Dolgun's Story: An American in the Gulag*

(Nueva York, 1975). <<

[1034] Pueden encontrarse miles de volúmenes de memorias de ese tipo en los archivos de la Sociedad Memorial, que se estableció en muchas ciudades de Rusia a partir de la década de 1980 para conmemorar a las víctimas de la represión y dejar registro de sus recuerdos. También hay una extensa colección de memorias inéditas en el Archivo de la Sociedad Histórico-Literaria de Moscú («*Vozvrashchenie*»), establecido en 1989, y en el Museo y Centro Público Andrei Sajarov, abierto en Moscú en 1996 <<

[1035] I. Sherbakova, «The Gulag in Memory», en L. Passerini (ed.), *International Yearbook of Oral History and Life Stories*, vol. 1: *Memory and Totalitarism* (Oxford, 1992), pp. 112-113 (la traducción ha sido levemente alterada para facilitar la comprensión). <<

[1036] Véase, p. e., MSP, f. 3, op. 42, d. 3,11. 1-24. <<

[1037] M. McAuley, *Soviet Politics 1917-1991* (Oxford, 1992), pp. 56-57. <<

[1038] Sobre la memoria del Gulag como género literario, véase Leona Toker, *Return from the Archipelago: Narratives of Gulag Survivors* (Bloomington, 2000). <<

[1039] E. Ginzburg, *Into the Whirlwind* (Londres, 1968); *Within the Whirlwind* (Londres, 1981). <<

[1040] C. Merridale, *Ivan's War: The Red Army Í939-Í945* (Londres, 2005), p. 334; A. Applebaum, «The Real Patriotic War», *Nueva York Review of Books*, vol. 53, n.° 6 (6 de abril de 2006), pp. 16, 18. <<

[1041] Ginzburg, *Within the Whirlwind, op. cit*., p. 201. <<

[1042] O *vremeni, o Noril'ske, o sebe: vospominaniia*, 5 vols. (Moscú, 2001-2004) A. Mac- queen, «Survivors», *Granta*, 64 (invierno de 1998), p. 39. <<

[1043] Entrevista a Vasili Romashkin, Norilsk, julio de 2004. <<

[1044] Entrevista a Olga Iaskina, Norilsk, julio de 2004. Este párrafo está basado en entrevistas a cincuenta personas en Norilsk durante julio de 2004. Véase la lista de entrevistas para más referencias en la sección de Fuentes. <<

[1045] *Moscow News, 4* de marzo de 2005. <<

[1046] Mijail Baitalski, *Notebooks for the Grandchildren: Recollections of a Trotskyist who, Survived the Stalin Terror* (Nueva Jersey, 1995), pp. 97-98. <<

[1047] MP, f. 4, op. 13, d. 2,1. 18. <<

[1048] MP, f. 4, op. 24, d. 2,11. 64-67. <<

[1049] MP, f. 4, op. 22, d. 2,11. 67-71. <<

[1050] Acerca de este fenómeno en general, véase H. Krystal, *Massive Psychic Trauma* (Nueva York, 1968); D. Wardl, *Memorial Candles: Children of the Holocaust* (Londres, 1992); N. Burchardt «Transgenerational Transmission in the Families of Holocaust Survivors in England», en D. Bertaux y P. Thompson (eds.), *International Yearbook of Oral History and Life Stories*, vol. 2: *Between Generations: Family Models, Myths and Memories* (Oxford, 1993), pp. 121-137. Para detalles de un interesante estudio piloto llevado a cabo por la psicóloga Marina Gulina entre niños criados por supervivientes del sitio de Leningrado, véase «Malen'kii prints v blokadnom Leningrade: psijoanaliti- cheskoe issledovanie» *Sankt-Peterburgskii Universitet*, n.° 9 (3.698), 5 de mayo de 2005, pp. 32-35. <<

[1051] Esta herencia psicológica puede transmitirse de varias maneras: en la ansiedad y las fobias de los padres, en la sobreprotección hacia sus hijos y las desmedidas expectativas que depositan sobre ellos, y hasta en los juegos que les

enseñan. La psicoanalista húngara Terez Virag, especialista en el tratamiento de supervivientes del Holocausto y de sus hijos, cita el caso de una madre, por ejemplo, que en su infancia vivió el sitio de Leningrado. Su hija de dos años se negaba a comer bizcochos navideños, y cuando se los daban, lloraba y se quejaba. De niña, durante el sitio de Leningrado, su madre había quedado traumatizada por las historias de gente que se mataba entre sí para comer esos bizcochos. Según Virag, la mujer había transmitido el trauma a su pequeña a través de un juego que llevaban a cabo mientras la bañaba, cuando tomaba los pies de su hija entre los labios y decía: «Ahora te voy a comer» (T. Virag, *Children of Social Frauma: Hungarian Psychoanalytic Case Studies*. Londres, 2000; p. 43). <<

[1052] Alexandre, su hermano, murió en un accidente de alpinismo en 1991. <<

[1053] MSP, f. 3, op. 11, d. 1,11. 12; d. 2,11. 53-60, 74-84. <<

[1054] MSP, f. 3, op. 37, d. 2,1. 63; entrevista a Vladimir Korsakov, San Petersburgo, mayo y octubre de 2003. <<

[1055] Entrevistas a Alexei Iurasovski, Moscú, julio de 2004, octubre de 2005. <<

[1056] MP, f. 4, op. 24, d. 2,11. 36-37, 44-47: MSP, f. 3, op. 16, d. 2,1. 91. <<

[1057] MP, f. 4, op. 26, d. 2,11. 6-8; op. 3, d. 2,1. 37. <<

[1058] MP, f. 12, op. 4, d. 2,11. 75-76. <<

[1059] No fue sino hasta la década de 1990, cuando realizó sus propias pesquisas en los archivos de Penza, que Nikolai descubrió un secreto familiar que sus padres le habían ocultado: habían sido propietarios de una posada y una panadería en su aldea, suficientes propiedades para ser acusados, según los estándares soviéticos, como miembros de

la burguesía. <<

[1060] MP, f. 12, op. 16, d. 2,1. 23; op. 17, d. 2,1. 52. <<

[1061] MP, f. 12, op. 17, d. 2,11. 52-53. <<

[1062] B. Slutski, *Sud'ba. Stiji raznyj let* (Moscú, 1990), p. 40. <<

[1063] Véase, p. e., MP, f. 4, op. 5, d. 2, 1. 20; op. 24, d. 2, 11. 70-73. Algunos historiadores orales han argumentado que, bajo el gobierno autoritario de Vladimir Putin, a partir del año 2000, los rusos se han «socializado en la reticencia», tal como había sucedido en el período soviético, y que, comparados con la década de 1990, «se muestran reacios a dar su testimonio en entrevistas espontáneas» (D. Bertaux, P. Thompson y A. Rotkirch (eds.), *On Living Through Soviet Russia* (Londres, 2004), pp. 8-9. <<

[1064] MSP, f. 3, op. 14, d. 3,11. 52-54. <<

[1065] MSP, f. 3, op. 14, d. 2, 11. 41-45, 59-64, 76, 85-90, 93, 119; d. 3, 11. 34, 39- 40, 45-46. Antonia murió en diciembre de 2006. <<

[1066] Todo el material de los archivos de la Sociedad Memorial citado en este libro fue reunido y organizado por el grupo de investigación asociado a este proyecto. La mayor parte de esos documentos está disponible en red (http://www.orlandofiges.com), donde además encontrarán más detalles de esta investigación. <<

ÍNDICE

Los que susurran 3
Mapas y árboles genealógicos 6
Introducción 23
Capítulo 1: Los hijos de 1917 (1917-1928) 40
1 41
2 68
3 85
4 98
5 116
6 132
Capítulo 2: La gran ruptura (1928-1932) 149
1 150
2 179
3 200
4 216
5 235
Capítulo 3: La búsqueda de la felicidad (1932-1936) 251
1 252
2 283
3 305
4 313
5 335
Capítulo 4: El Gran Terror (1937-1938) 361

1 362
2 397
3 408
4 428
5 447
6 466

Capítulo 5: Las huellas del Terror (1938-1941) 488

1 489
2 506
3 526
4 543
5 561

Capítulo 6: «Espérame» (1941-1945) 575

1 576
2 599
3 622
4 651
5 673

Capítulo 7: Estalinistas comunes (1945-1953) 684

1 685
2 708
3 724
4 762
5 781

Capítulo 8: Regreso (1953-1956) 799

1 800

2 823
3 851
4 868
Capítulo 9: Memoria (1956-2006) 886
1 887
2 902
3 931
4 951
Palabras finales y agradecimientos 967
Fuentes y archivos 980
Lista de entrevistas 984
Autor 1001
Notas 1003